LA DAMA DE MONSOREAU

de Alejandro Dumas (Padre)



Publicado por Libros Gratis Online. Visita el sitio para Descarga libros electrónicos gratuitos de literatura clásica, libros y novelas.

Esta obra está licenciada bajo una Licencia Creative Commons Atribución No Comercial 3.0 Estados Unidos.

La dama de Monsoreau de Alejandro Dumas (Padre)

Alejandro Dumas

CAPITULO PRIMERO

LAS BODAS DE SAN LUCAS

El domingo de carnaval del año de 1578, después de la fiesta del pueblo, y en tanto se extinguían en las calles de París los rumores de aquel alegre día, comenzaba una espléndida función en el magnífico palacio recién construido al otro lado del río y casi enfrente del Louvre por cuenta de la ilustre familia de los Montmorency, que, aliada con la familia real, igualaba en categoría a la de los Príncipes.

Esta función particular, que sucedía a la función pública, tenía por objeto festejar las bodas de Francisco de Epinay de San Lucas, grande amigo del Rey Enrique III, y uno de sus favoritos más íntimos, con Juana de Cossé-Brisac, hija del Mariscal de Francia de este nombre.

Celebrábase el banquete en el Louvre, y el rey, que difícilmente había consentido en que se efectuase aquel matrimonio, se presentó en el festín con el rostro severo e impropio de las circunstancias. Su traje, además, se hallaba en armonía con su rostro: era aquel traje color de castaña obscuro con que Clouet nos le ha pintado, presenciando las bodas de Joyeuse; y aquella especie de espectro real, serio hasta la majestad, tenía helados a todos de espanto, y principalmente a la joven desposada, a quien miraba de reojo cada vez que la miraba.

Sin embargo, nadie parecía extrañar la actitud sombría del rey en medio de la alegría del festín, pues que tenía por origen uno de esos secretos del corazón que el mundo costea con precaución como escollos a flor de agua, contra los cuales es seguro de estrellarse apenas se les toca.

Apenas terminó el banquete, se levantó el

rey bruscamente, y todos, hasta los que confesaban en voz baja su deseo de permanecer sentados a la mesa, se vieron obligados a seguir el ejemplo del monarca.

Entonces San Lucas dirigió una mirada a su mujer, como si quisiera hallar en sus ojos el valor que le faltaba, y acercándose al rey, le dijo:

-Señor, ¿tendré el honor de que Vuestra Majestad acepte el baile que intento celebrar en su obsequio esta noche en el palacio de Montmorency?

Enrique III se volvió hacia San Lucas con aspecto de cólera y disgusto, y como el favorito se mantuviese profundamente inclinado delante de él, rogándole con una voz de las más suaves y en una actitud de las más respetuosas, le respondió:

-Sí, señor, iremos: aunque no merecías - contestó- esta prueba de amistad de nuestra

parte.

Entonces la señorita de Brissac, ya madame de San Lucas, dio humildemente las gracias al rey; mas Enrique volvió la espalda sin responderla.

-¿Qué tiene el rey contra vos, M.- de San Lucas? -preguntó la joven a su esposo.

-Querida mía -respondió éste-, yo os lo contaré después, cuando se haya disipado ese grande enojo.

-¿Y se disipará pronto? -insistió Juana.

-Preciso será que se disipe -contestó el joven.

La señorita de Brissac hacía muy poco tiempo que era madame de San Lucas para que juzgase prudente insistir en sus preguntas; encerró, pues, su curiosidad en lo íntimo del corazón, prometiéndose encontrar muy pronto, para dictar sus condiciones, un momento en que su marido no pudiese menos de aceptarlas.

Esperábase, pues, a Enrique III en el palacio de Montmorency, en el instante que empieza la historia que vamos a referir a nuestros lectores. Pero eran ya las once y el rey no había llegado. San Lucas había invitado al baile a todos los amigos del rey y a los suyos propios, comprendiendo en las invitaciones a los Príncipes y a los amigos de los Príncipes, y especialmente al duque de Alençon, entonces duque de Anjou, a consecuencia de la elevación de su hermano al trono; pero el duque de Anjou, que no había asistido al banquete del Louvre, parecía que tampoco debía encontrarse en el baile del palacio de Montmorency.

El rey y la reina de Navarra, hermana y cuñado de Enrique, se habían refugiado en Bearn, y hacían la oposición declarada guerreando a la cabeza de los hugonotes.

El duque de Anjou, según su costumbre, hacía igualmente la oposición: pero una oposi-

ción sorda y tenebrosa, en que tenía siempre cuidado de quedarse a retaguardia, echando por delante a aquellos de sus amigos a quienes no curó el ejemplo de La Mole y de Coconnas, decapitados poco tiempo antes.

Huelga decir que los gentileshombres de su casa y los del rey vivían en mala inteligencia, y teniendo dos o tres veces al mes encuentros parciales, en los cuales generalmente, moría uno de los combatientes o por lo menos quedaba gravemente herido.

La reina Catalina había visto colmados sus deseos. Su más amado hijo ocupaba ya aquel trono que ella había ambicionado tanto para él, o mejor dicho para sí misma, porque reinaba en nombre de Enrique, sin dejar por eso de aparentar que aislada de las cosas de este mundo, no procuraba más que asegurar su salvación eterna.

San Lucas, aunque alarmado por no ver lle-

gar ninguna persona real, trataba de tranquilizar a su suegro, a quien inquietaba demasiado esta amenazadora ausencia. Convencido, como todos, de la amistad que el rey Enrique profesaba a San Lucas, creyó contraer alianza con un favorito, y por el contrario, según todas las apariencias, su hija se había casado con un hombre caído de la gracia del monarca.

San Lucas se esforzaba por infundirle una seguridad que él mismo no tenía, y sus amigos Maugiron, Schomberg y Quelus, con sus trajes más lujosos, muy estirados con sus ropillas espléndidas, cuyas gorgueras enormes parecían platos en que se hallaban colocadas sus cabezas, como en el festín de Herodes, aumentaban el conflicto del recién casado con sus irónicas lamentaciones.

-¡Pobre amigo mío! -decía Quelus-. Creo, verdaderamente, que esta vez no hay remedio para ti. Has disgustado al rey por haberte reído

de sus consejos, y al duque de Anjou por haberte mofado de sus narices.

-No hay tal -respondió San Lucas-; el rey no viene porque ha ido a hacer una peregrinación a los Mínimos del bosque de Vincennes, y el duque de Anjou se ha negado a asistir al baile porque estará enamorado de alguna mujer, a quien me he olvidado de convidar.

-¡Qué disparate! -dijo Maugiron-. ¿Has visto el aspecto que tenía el rey durante la comida? ¿Por ventura era aquella la fisonomía devota de un hombre que va a tomar el bordón para hacer una peregrinación? Y respecto al duque de Anjou, su ausencia personal, motivada por la causa que dices, ¿impediría la venida de sus angevinos? ¿Ves uno solo de ellos en tu salón, ni siquiera ese tajamontes de Bussy?

-¡Eh! señores -dijo el duque de Brissac, meneando la cabeza con además desesperado-, esto se me figura una desgracia completa. ¡Pero,

Dios mío! ¡en qué ha podido nuestra casa, siempre tan fiel a la monarquía, desagradar a Su Majestad?

Y el viejo cortesano levantaba dolorosamente las manos al cielo. Los jóvenes miraban a San Lucas y daban grandes carcajadas, que, lejos de tranquilizar al mariscal, le desesperaban.

La joven madame de San Lucas, pensativa y ensimismada, se preguntaba en qué habían podido su padre y su esposo desagradar al rey.

San Lucas lo sabía, y por eso era el que menos tranquilo estaba de todos.

De pronto se abrió una de las puertas por donde se entraba al salón y anunciaron al rey.

-¡Ah! -exclamó el mariscal radiante de alegría-; ahora no temo nada, y si oyese anunciar al duque de Anjou, mi alegría sería completa.

-Y yo -murmuró San Lucas-, temo más al rey presente, que al rey ausente, porque segu-

ramente viene a jugarme alguna mala pasada, así como la ausencia del duque de Anjou tiene el mismo objeto.

Mas esta triste reflexión no le impidió precipitarse a recibir al rey, que habiendo en fin dejado su traje color de castaña, avanzaba resplandeciente con su vestido de raso y sus adornos de plumas y pedrería.

Mas en el instante en que se presentaba por una de las puertas el rey Enrique III, aparecía por la de enfrente otro rey Enrique III, exactamente parecido al primero, vestido, calzado, engolillado y adornado del mismo modo; de suerte que los cortesanos que habían acudido en tropel hacia el primero, se detuvieron como las olas en el pilar de un puente, y refluyeron arremolinados desde el primero al segundo rey.

Enrique III observó el movimiento y no viendo frente a él más que bocas abiertas, ojos asustados y cuerpos sosteniéndose sobre una

pierna, exclamó:

-¿Qué es esto, señores? ¿Qué sucede?

Una estrepitosa carcajada fue la respuesta que oyó.

El rey, poco paciente por naturaleza, y hallándose principalmente en aquel momento poco dispuesto a la paciencia, empezaba a fruncir el ceño, cuando San Lucas, acercándose a él, le dijo:

-Señor, es Chicot, vuestro bufón, que se ha vestido exactamente como Vuestra Majestad y que da a besar su mano a las señoras.

Enrique III se echó a reír. Chicot gozaba en la Corte del último Valois de una libertad idéntica a la que treinta años antes había tenido Triboulet en la Corte del rey Francisco I, y a la que debía tener cuarenta años después Langely en la Corte del rey Luis XIII.

Pero Chicot no era un bufón vulgar. Antes de llamarse Chicot se había llamado de Chicot.

Era un noble bretón, que maltratado por M. de Mayenne, había buscado auxilio al lado de Enrique III, y que pagaba en verdades, en ocasiones crueles, la protección que le concedía el sucesor de Carlos IX.

-¡Hola! maese Chicot -dijo Enrique-; ¡dos reyes aquí! Mucho es.

-En ese caso déjame hacer el papel de rey a mi placer, y representa tú el papel de duque de Anjou; tal vez te tendrán por él, y te dirán cosas, por las cuales sabrás, si no lo que piensa, al menos lo que hace.

-Efectivamente -dijo el rey mirando con disgusto alrededor de sí-, mi hermano Anjou no ha venido.

-Razón más para que tú le reemplaces. Está dicho: yo soy Enrique y tú eres Francisco; yo voy a sentarme en el trono y tú a bailar; yo haré en tu lugar todas las monerías que tienen que hacer los reyes, y tú entretanto te divertirás un

poco. ¡Pobre rey!

El rey miró con fijeza a San Lucas.

-Tienes razón, Chicot, voy a bailar.

-No hay duda -pensó Brissac-, que yo me había equivocado creyendo irritado al rey con nosotros. Todo lo contrario, le veo más amable que nunca.

Y corrió a derecha e izquierda felicitando a todos, y especialmente felicitándose a sí propio por haber dado a su hija un hombre que gozaba de tan gran favor con el rey.

Entretanto, San Lucas se había acercado a su mujer. La señorita de Brissac no era una belleza, pero tenía unos ojos negros preciosos, dientes blancos y lustroso cutis, todo lo cual componía lo que puede llamarse un semblante aéreo.

-Monsieur de San Lucas -dijo a su marido, ocupada siempre su imaginación con al misma idea-; ¿no me decían que el rey me quería mal?

Pues desde que ha llegado no deja de mirarme y sonreírse.

-No es eso lo que me decíais al volver del banquete, querida Juana, porque sus miradas entonces os daban miedo.

-Estaría Su Majestad indispuesto -dijo la joven-, pero ahora...

-Ahora es mucho peor -replicó su marido-, porque el rey se ríe con los labios cerrados; más quisiera que me enseñase los dientes. Juana, mi pobre amiga, el rey nos prepara alguna sorpresa desagradable. ¡Oh! no me contempléis con esa expresión de ternura, y aun os suplico que me volváis la espalda. Justamente viene hacia nosotros Maugiron; detenedle, no le soltéis, estad amable con él.

-¿Sabéis -dijo Juana sonriéndose- que es extraña esa recomendación y que si yo la siguiese al pie de la letra, se podría creer...

-¡Ah! -repuso San Lucas dando un suspiro-,

sería una felicidad que lo creyesen.

Y volviendo la espalda a su mujer, cuya admiración había llegado al colmo, fue a hacer la corte a Chicot, que representaba su papel del rey con una majestad y un aplomo de los más risibles.

Mientras tanto Enrique bailaba, aprovechándose de la tregua que había dado a su grandeza, pero bailando y todo, no perdía de vista a San Lucas.

Unas veces le llamaba para hacerle alguna observación agradable, que jocosa o no, tenía el privilegio de hacer reír a San Lucas a carcajadas. Otras le ofrecían su caja de confites y de dulces que éste hallaba deliciosos. En fin, si San Lucas desaparecía un momento de la sala en que estaba el rey, para hacer los honores de las demás, Enrique le enviaba a buscar al momento con uno de sus pajes o de sus oficiales, y San Lucas volvía para sonreírse con su amo, que no

parecía satisfecho sino cuando le volvía a ver.

De repente, un ruido bastante fuerte para ser notado entre aquel tumulto, hirió los oídos de Enrique.

-¡Hola, hola! -exclamó-. Me parece que oigo la voz de Chicot. ¿Oyes San Lucas? El rey se enfada.

-Sí, señor -dijo San Lucas sin notar en la apariencia la alusión del monarca-; creo que disputa con alguien.

-Mira lo que es -dijo el rey-, y vuelve al punto a decírmelo.

San Lucas se alejó.

Efectivamente, se oyó a Chicot que gritaba con voz gangosa, como hacía el rey en ciertas ocasiones:

-Y sin embargo he dado decretos y reglamentos sobre los gastos y el lujo; pero si los que he dado no son suficientes, daré más; daré tantos que sobrarán, y si no son buenos, por lo

menos serán muchos. Por los cuernos de mi primo Belcebú, que es demasiado seis pajes, monsieur de Bussy.

Y Chicot, inflando los carrillos, inclinado el cuerpo y con el puño en el costado, hacía el papel de rey con mucha propiedad.

-¿Quién habla de Bussy? -preguntó el rey frunciendo el entrecejo.

San Lucas, que estaba ya de vuelta; iba a responderle, cuando abriéndose la multitud en dos filas, dejó ver seis pajes vestidos de tisú de oro, cubiertos de collares y ostentando en el pecho las armas de su amo en un escudo lleno de piedras preciosas. Detrás de ellos iba un joven de buena presencia, altivo, que caminaba con la cabeza erguida, la mirada insolente y el labio desdeñosamente recogido, y cuyo traje sencillo de terciopelo negro contrastaba con los lujosos vestidos de sus pajes.

-¡Bussy! -exclamaron todos-, ¡Bussy d'Am-

boise!

Y acudían a ver al joven que motivaba este rumor, y se apartaban para dejarle paso. Maugiron, Schomberg y Quelus se habían situado al lado del rey, como para defenderle.

-¡Hola! -dijo el primero aludiendo a la presencia inusitada de Bussy y a la ausencia del duque de Anjou, a cuya casa pertenecía aquél-; ¡hola, viene el criado, pero el amo no se presenta!

-Paciencia -repuso Quelus-. Delante del criado venían otros criados: el amo del criado vendrá tal vez después del amo de los primeros criados.

-Oye, San Lucas -agregó Schomberg, el más joven de los validos del rey y uno de los más valientes-, ¿sabes que M. de Bussy te hace muy poco honor? Mira esa ropilla negra: ¡diantre! ¿es ese un traje de boda?

-No -dijo Quelus-, pero es un traje de entie-

rro.

-¡Ah! -dijo en voz baja el rey-, ¡qué lástima que no sea el suyo y que no llevara de antemano luto por sí propio!

-Pero, a pesar de todo, San Lucas -dijo Maugiron-, M. de Anjou no sigue a Bussy. ¿Estarás *también* en desgracia con él?

Él *también* le llegó a San Lucas al corazón.

-¿Por qué había de seguir a Bussy? -preguntó Quelus-. ¿No os acordáis que cuando Su Majestad hizo a M. de Bussy el honor de preguntarle si quería entrar a su servicio, M. de Bussy le contestó que siendo de la casa de los Príncipes de Clermont, no tenía necesidad de entrar al servicio de nadie, y se contentaría pura y simplemente con servirse a sí propio, seguro de que no había para él mejor príncipe en el mundo?

El rey arrugó el entrecejo y se mordió el bigote.

-Sin embargo, por más que digas, Quelus -repuso Maugiron-, estoy seguro de que sirve al duque de Anjou.

-Entonces -dijo Quelus en tono dramático- el duque de Anjou es más grande señor que nuestro rey.

Esta observación era la más punzante que podía hacerse delante de Enrique, el cual siempre había detestado fraternalmente al duque de Anjou.

Así, aunque no respondió la menor palabra, todos observaron que se puso pálido.

-Vamos, señores -se atrevió a decir San Lucas-, un poco de caridad para con mis convidados; no destruyáis la alegría del día de mi boda.

Las frases de San Lucas dieron probablemente otra dirección a las ideas de Enrique.

-Sí -dijo-, no destruyamos la alegría de las bodas de San Lucas, señores.

Y articuló estas palabras mordiéndose el bi-

gote con un aire maligno, que no dejó de ser observado por San Lucas.

-¿Será Bussy aliado de los Brissac? -exclamó Schomberg.

-¿Por qué? -interrogó Maugiron.

-Porque San Lucas le defiende, ¡qué diablo! En este pícaro mundo, donde hace uno bastante con defenderse a sí mismo, nadie defiende sino a sus parientes, a sus aliados y a sus amigos.

-Señores -repuso San Lucas-, M. de Bussy no es mi aliado, ni mi amigo, ni mi pariente; es mi huésped.

-Y por otra parte -se apresuró a decir éste, aterrorizado por la mirada del rey-, yo no le defiendo en manera alguna.

Bussy se había acercado gravemente precedido de sus pajes, e iba a saludar al rey, cuando Chicot, ofendido de no ser el preferido en aquella muestra de respeto, exclamó:

-¡Eh! Bussy, Bussy d'Ambroise, Luis de

Clermont, conde de Bussy, ya que es necesario llamarte con todos tus nombres para que conozcas que es a ti a quien hablo, ¿no has visto al verdadero Enrique? ¿No distingues al rey del bufón? Ese a quien te diriges es Chicot, mi bufón, el que hace tantas locuras que a veces me muero de risa.

Bussy siguió su camino hasta llegar enfrente del rey, e iba a inclinarse delante de él, cuando Enrique le dijo:

-¿No habéis oído, M. de Bussy? Os llaman.

Y volvió la espalda al joven capitán: los validos soltaron la carcajada.

Bussy se puso morado de ira; pero, reprimiendo su primer movimiento, fingió tomar por lo serio la observación del rey, y sin dar a entender que había oído las carcajadas de Quelus, Schomberg y Maugiron, ni visto su insolente sonrisa, se volvió hacia Chicot.

-¡Ah! perdonad, señor -dijo-; hay reyes que

tíenen tanto parecido con los bufones, que me perdonaréis el haber tomado a vuestro bufón por rey.

-¡Hem! -murmuró Enrique volviéndose-, ¿qué dice?

-Nada, señor -repuso San Lucas, que durante toda aquella noche parecía haber recibido del cielo la misión de pacificador-; nada, absolutamente nada.

-No importa, maese Bussy -repuso Chicot, empinándose sobre la punta del pie como lo hacía el rey cuando quería darse cierta majestad-, es imperdonable.

-Señor -añadió Bussy-, perdonad, estaba distraído.

-Vuestros pajes os ocupan demasiado la atención -exclamó Chicot en tono de disgusto-. Os arruináis en pajes, y esto es usurpar nuestras prerrogativas.

-¿Cómo así? -dijo Bussy comprendiendo

que si seguía la corriente al bufón, el mal que resultase sería siempre para el rey-. Ruego a Vuestra Majestad que se explique, y si en efecto soy culpable, confesaré con toda humildad mi falta.

-¡Tisú de oro a estos trastuelos -dijo Chicot, mostrando con el dedo a los pajes-, en tanto que vos, un noble, un coronel, un Clermont, casi un príncipe, en fin, venís vestido de simple tercio-pelo negro!

-Señor -contestó Bussy volviéndose hacia los favoritos del rey-, cuando vivimos en una época en que los pajes van vestidos como prín-cipes, creo que los príncipes para distinguirse de ellos, deben vestirse como pajes.

Y devolvió a los jóvenes favoritos, que lle-vaban ricos y resplandecientes trajes, la sonrisa impertinente con que le habían saludado un momento antes.

Enrique miró a sus favoritos que, pálidos de

ira, parecían no aguardar sino una palabra de su amo para arrojarse sobre Bussy. Quelus, el más irritado contra él y que le hubiera desafiado sin la prohibición absoluta del rey, tenía la mano en el puño de la espada.

-¿Decís eso por mí y por los míos? -exclamó Chicot, que ocupando el lugar del rey, respondía lo que Enrique habría debido responder.

Y el bufón tomó, al decir estas palabras, una actitud de matón tan exagerada, que la mitad de la sala soltó la risa. La otra mitad continuó seria, por la sencilla razón de que la mitad que reía se reía de la otra mitad.

Entretanto, tres amigos de Bussy, suponiendo que acaso habría pendencia, fueron a colocarse a su lado. Eran Carlos Balzac d'Entragues, al que llamaban más generalmente Antraguet, Livarot y Ribeirac.

San Lucas, viendo estos preliminares hostiles, adivinó que Bussy había ido de parte del

duque de Anjou para armar algún escándalo o provocar algún desafío. Su terror fue más grande que nunca, porque conocía que se hallaba entre las pasiones ardientes de dos poderosos enemigos, que tomaban su casa por campo de batalla.

Corrió hacia Quelus, que parecía el más animado de todos, y poniendo la mano sobre el puño de la espada del joven, le dijo:

-En nombre del cielo, amigo, modérate y aguardemos.

-¡Eh! Pardiez, modérate tú también -exclamó Quelus-; el golpe de ese necio te alcanza a ti lo mismo que a mí: el que dice algo contra uno de nosotros, lo dice contra todos, y el que dice algo contra todos, ofende al rey.

-Quelus, Quelus -repuso San Lucas-, piensa en el duque de Anjou, que está detrás de Bussy, y que nos espía con tanto mayor cuidado cuanto que se halla ausente, y que es tanto más te-

mible cuando más invisible se muestra. No me harás el agravio de creer que tengo miedo del criado: yo sólo temo al amo.

-¡Vive Dios! -exclamó Quelus-, ¿qué podemos temer estando al servicio del rey de Francia? Si nos ponemos en peligro por él, el rey de Francia nos defenderá.

-¡A ti sí, pero a mí no! -dijo San Lucas en tono lastimero.

-¡Voto al diablo! -insistió Quelus- ¿por qué te casas, sabiendo cuán celoso es el rey en sus amistades?

-¡Bueno! -se dijo San Lucas-, aquí todos miran por sí. No nos olvidemos, pues, de lo que conviene a nosotros mismos. Y puesto que quiero vivir tranquilo, siquiera durante los quince primeros días de mi matrimonio, procuremos captarnos la voluntad del duque de Anjou.

Hecha esta reflexión, se separó de Quelus y

avanzó hacia donde estaba M. de Bussy.

II. CONTINUACIÓN DE LAS BODAS DE SAN LUCAS

Después de lanzar su impertinente apóstrofe, había levantado Bussy la cabeza y paseaba sus miradas por toda la sala, aguzando el oído para escuchar alguna insolencia como la que había proferido.

Pero todas las frentes estaban serenas, todas las bocas mudas, porque los unos sentían miedo de aprobar en presencia del rey, y los otros le tenían de desaprobar delante de Bussy.

Éste, viendo a San Lucas acercársele, creyó haber encontrado al fin lo que buscaba.

-¿Es -dijo- a lo que acabo de manifestar a lo que debo el honor de la conversación que queréis tener conmigo?

-¿A lo que acabáis de manifestar? -preguntó San Lucas en el tono más amable-. No sé lo que es; nada he oído; os había visto y venía sola-

mente por el placer de saludaros y al mismo tiempo a daros las gracias por el honor que hacéis a mi casa con vuestra presencia.

Bussy era un hombre superior en todo: valiente hasta rayar en temerario, muy instruido, de talento y de buena sociedad. No ignoraba el valor de San Lucas y comprendió que el deber de amo de casa era más poderoso en él entonces que la susceptibilidad de favorito. A cualquier otro le habría repetido su frase, es decir, su insulto; pero a San Lucas se contentó con saludarle políticamente y responderle con algunas frases amables y de cumplido.

-¡Oh! ¡oh! -exclamó Enrique viendo a San Lucas cerca de Bussy-, parece que mi joven gallo ha ido a provocar al capitán. Ha hecho bien, mas no quiero que me le maten. Id a ver, Quelus. No, vos, no, porque tenéis muy mala cabeza. Id a ver, Maugiron.

Maugiron partió como un rayo; pero San

Lucas, que le espiaba, no le dejó llegar hasta Bussy, y apartándose de éste, se acercó a donde estaba el Rey, llevándose a Maugiron.

-¿Qué has dicho a ese fatuo de Bussy? -interrogó el rey.

-¿Yo, señor?

-Sí, tú.

-Le he dado las buenas noches.

-¡Ah! ¿y nada más? -murmuró el rey.

Comprendió San Lucas que había dicho un disparate, ,y repuso:

-Le he dado las buenas noches, añadiendo que mañana por la mañana tendré la honra de ir a darle los buenos días.

-¡Oh! ¡Oh! -exclamó Enrique-. Ya me lo sospechaba.

-Mas confío en que Vuestra Majestad me guardará el secreto -dijo San Lucas.

¡Oh! ¡pardiez! -contestó Enrique-, no lo digo por incomodarte. Cierto es que si pudieras li-

brarme de él, sin que te resultara algún rasguño...

Los validos se dirigieron mutuamente una rápida mirada, que Enrique fingió no haber notado.

-Porque, en fin -continuó el rey- ese tuno es tan insolente...

-Sí, sí, -dijo San Lucas-. Pero tranquilícese Vuestra Majestad, por que tarde o temprano hallará quien le arregle las cuentas.

-¡Hem! -dijo el rey meneando la cabeza de abajo arriba-. Tira muy bien la espada. ¿Por qué no le morderá un perro rabioso? Esto nos libraría de él con más comodidad.

Y dirigió una mirada oblicua a Bussy, que, acompañado de sus tres amigos, iba y venía, tropezando y dirigiendo bromas insultantes a los que sabía que eran más hostiles al duque de Anjou y, por consiguiente, más amigos del rey.

-¡Vive Dios! -dijo Chicot-, no tratéis así a

mis servidores más queridos, maese Bussy, pues aunque rey, tiraré de la espada ni más ni menos que si fuese bufón.

-¡Ah, tuno! -exclamó el rey-, por mi honor, que no se le escapa nada.

-Castigaré a Chicot, señor -dijo Maugiron-, si continúa con tales chanzas.

-No te enfades, Maugiron; Chicot es noble y muy quisquilloso en punto a honor. Por otra parte, no es él quien merece mayor castigo, porque no es él el más insolente.

Esta vez no admitían interpretación las palabras del rey. Quelus hizo una seña a d'O y a d'Epernon.

-Señores -les dijo llevándoselos aparte-, tengamos consejo; tú, San Lucas, sigue hablando con el rey y acaba de ajustar la paz que parece felizmente comenzada.

San Lucas se encargó gustoso de este último papel y se acercó al rey y a Chicot que estaban

disputando.

Mientras tanto, Quelus llevó a sus cuatro amigos al hueco de una ventana.

-Veamos -dijo d'Epernon-, ¿qué nos quieres? Estaba haciendo la corte a la mujer de Joyeuse, y te advierto que no te perdonaré el haberme distraído, si no es muy interesante lo que tienes que decirnos.

-Quiero deciros -contestó Quelus- que inmediatamente después del baile me voy de caza.

-Bueno -dijo d'O-, ¿y a qué clase de caza?. . .

-A la del jabalí.

-¿Qué idea has tenido ahora de ir a que te abran el vientre en algún bosque?

-No importa, estoy resuelto a ir.

-¿Sólo?

-No, con Maugiron y Schomberg. Cazamos por cuenta del rey.

-¡Ah! ya entiendo -dijeron a un tiempo

Schomberg y Maugiron.

-El rey quiere que le sirvan mañana una ca-

beza de jabalí.

-Con cuello vuelto a la italiana -agregó

Maugiron, aludiendo al que llevaba Bussy por

formar contraste con las gorgueras de los favo-

ritos.

-¡Ah! ¡ah! -dijo d'Epernon-. Bueno, ya en-

tiendo.

-¿De qué se trata? -preguntó d'O-; yo toda-

vía no he entendido una palabra.

-Mira en derredor de ti, querido.

-Ya miro.

-¿No ves a alguien que se ha reido de ti en

tus barbas?

-¡Como no sea Bussy! ...

-Y bien, ¿no te parece que ése es un jabalí

cuya cabeza sería un buen regalo para el rey?

-Tú crees que el rey.. . -repuso d'O.

-Él es quien la pide -contestó Quelus.

-Pues bien, sea. En marcha; mas, ¿cómo cazaremos?

-Al acecho, es lo más seguro.

Bussy observó la conferencia, y no dudando que se tratase de él, se aproximó hablando con sus amigos y dando grandes carcajadas.

-Mira, Antraguet, mira, Ribeirac -dijo-, miradlos allí agrupados, ¿qué espectáculo tan tierno? Parecen Euriales y Niso, Damon y Pithias, Cástor y... Mas, ¿dónde está Pólux?

-Pólux se casa, por eso Cástor está solo.

-¿Qué harán ahí? -preguntó Bussy mirándoles con insolencia.

-Apostemos -repuso Ribeiraca que están concertándose para componer algún nuevo almidón.

-No, señores -contestó Quelus sonriéndose-; hablamos de caza.

-¿De veras, señor Cupido? -dijo Bussy-; hace mucho frío para ir de caza, y os van a salir sa-

bañones.

-Caballero -dijo Maugiron con la misma urbanidad-, tenemos guantes de mucho abrigo y ropillas bien forradas.

-¡Ah! eso me tranquiliza -añadió Bussy-; ¿y cuándo pensáis ir de caza?

-Esta noche tal vez -dijo Schomberg.

-No hay tal vez: esta noche seguramente -interrumpió Maugiron.

-Voy a decírselo al rey -continuó Bussy-; ¿y qué diría Su Majestad sí mañana al despertar hallase a sus amigos constipados?

-No os toméis esa molestia -dijo Quelus-. Su Majestad sabe que vamos de caza.

-¿A caza de alondras? -interrogó Bussy en un tono de los más impertinentes.

-No, señor -dijo Quelus-, a caza de jabalíes; queremos a todo trance una cabeza de jabalí.

-¿Y el animal.. . ? -preguntó Antraguet.

-Está cercado -dijo Schomberg.

-Pero aún es necesario saber por dónde ha de pasar -objetó Livarot.

-Ya trataremos de informarnos -respondió d'O-. ¿Venís con nosotros, M. de Bussy?

-No -respondió éste, continuando la conversación en el mismo tono-; no me es posible. Mañana tengo que presentarme al duque de Anjou para la recepción de M. Monsoreau, para quien Su Alteza, ya lo sabéis, ha conseguido el destino de montero mayor.

-¿Y esta noche? -preguntó Quelus.

-¡Ah! esta noche tampoco puedo, pues tengo una cita en una casa misteriosa del arrabal de San Antonio.

-¡Ah! ¡ah! -dijo d'Epernon-, ¿estará la reina Margarita de incógnito en París, señor de Bussy? Porque hemos sabido que habíais heredado a la Mole.

-Sí, mas hace algún tiempo que renuncié a la herencia, y ahora se trata de otra persona.

-¿Y esa persona os espera en la calle del arrabal de San Antonio? -preguntó d'O.

-Sí, precisamente: a propósito, voy a pediros un consejo, M. de Quelus.

-Decid. Aunque no soy abogado, me alabo de no darlos malos, sobre todo a mis amigos.

-Dicen que las calles de París son poco seguras; el arrabal de San Antonio es un barrio que está muy aislado. ¿Qué camino me aconsejáis que tome?

-El consejo no es difícil de dar -dijo Quelus-; como el batelero del Louvre pasará toda la noche aguardándonos, yo, en vuestro lugar, tomaría la barca del Pre-aux-Clercs, y me haría llevar hasta la torre del rincón; allí seguiría el muelle hasta el Grand Chatelet, y por la calle de la Tixeranderie, llegaría al arrabal de San Antonio. Una vez al final de la calle de San Antonio, si pasáis el palacio de Tournelles sin ningún accidente, es probable que lleguéis sano y salvo a

la casa misteriosa de que nos habéis hablado.

-Gracias por el itinerario, señor de Quelus -dijo Bussy-. Decís la barca del Pre-aux-Clercs, la torre del rincón, el muelle hasta el Grand Chatelet, la calle de la Tixeranderie y la calle de San Antonio. No me separaré una línea de este camino, tenedlo por seguro.

Y saludando a los cinco amigos se retiró diciendo en voz alta a Balzac d'Entragues:

-Está visto, Antraguet, que no es posible hacer nada con esta gente.

Livarot y Ribeirac se echaron a reir siguiendo a Bussy y a d'Entragues, que se alejaron, no sin volver muchas veces la cabeza.

Los favoritos continuaron impasibles: parecían decididos a no comprender nada.

Al disponerse Bussy para atravesar el último salón, donde se hallaba madame San Lucas, que no perdía de vista a su marido, éste le hizo una seña, mostrándole con la vista al favorito

del duque de Anjou, que iba ya a salir. Juana comprendió, con la perspicacia que constituye el privilegio de las mujeres, lo que quería decir su marido, y adelantándose hacia el señor de Bussy le cerró el paso y le dijo:

-¡Oh! señor de Bussy, no se habla de todo París más que de un soneto que habéis compuesto.

-¿Contra el rey, señora? -preguntó Bussy.

-No, sino en honor de la reina: recitádmelo.

-Con mucho gusto, señora -dijo Bussy, ofreciendo su brazo a madame de San Lucas: y volvió a recorrer los salones recitándole el soneto.

Mientras tanto San Lucas se había acercado poco a poco a sus amigos y oyó a Quelus que decía:

-La fiera no será difícil de seguir, dejando tales huellas tras sí; aguardaremos, pues, en el ángulo del palacio de Tournelles, cerca de la puerta de San Antonio y frente al palacio de

San Pablo. .

-¿Cada uno con un lacayo? -preguntó d'E-

pernon.

-No, no, -repuso Quelus-, vamos solos; na-

die más que nosotros debe saber nuestro secre-

to; hagamos la cosa solos. Yo le odio, pero me

avergonzaría de que el garrote de un lacayo le

tocase; es demasiado noble para eso.

-¿Nos iremos todos seis a la vez? -preguntó

Maugiron.

-Todos cinco y no todos seis -dijo San Lucas.

-¡Ah! es cierto, habíamos olvidado tu ma-

trimonio y te tratábamos todavía como soltero -

contestó Schomberg.

-En efecto -agregó d'O-, no debemos separar

al pobre San Lucas de su mujer la primera no-

che de sus bodas.

-No es eso, señores -dijo San Lucas-; lo que

me detiene no es mi mujer, por más que con-

vengo en que bien vale la pena de detenerse; ¡es

el rey!

-¿Cómo? el rey. . .

-Sí, Su Majestad desea que le acompañe al Louvre.

Los jóvenes se miraron con una sonrisa que en vano intentó San Lucas interpretar.

-¿Qué quieres? -observó Quelus-, el rey te profesa una amistad tan excesiva, que no puede pasarse sin ti.

-Por otra parte, San Lucas no nos hace falta por esta noche -dijo Schomberg-; dejémosle con el Rey y con su dama.

-¡Hem! El animal es feroz -dijo d'Epernón.

-¡Bah! -repuso Quelus-; pónganmelo enfrente de mí, denme un venablo, y yo daré cuenta de él.

En aquel momento se oyó la voz de Enrique que llamaba a San Lucas.

-Señores -exclamó éste-, ya lo oís, el rey me llama; buena caza; hasta la vista.

Y se separó de ellos al momento. Pero en vez de ir a reunirse con el rey se deslizó a lo largo de la pared, junto a la cual aún se veían muchos espectadores y parejas de baile, y llegó a la puerta del último salón, a la cual tocaba ya Bussy, detenido por la hermosa desposada, que hacía todo lo posible por no dejarle salir.

-¡Ah! buenas noches, señor de San Lucas -dijo el joven-. ¿Pero cómo venís tan azorado? ¿Asistiréis acaso a la gran caza que se prepara? Esa sería una prueba de vuestro valor, pero no de vuestra galantería.

-No, señor -contestó San Lucas-; parezco azorado porque os buscaba con urgencia.

-¡Ah! ¿De veras?

- . . Y porque temía que ya no estuvieseis. Querida Juana -añadió-, decid a vuestro padre que procure retener al rey; tengo que hablar dos palabras en secreto con M. de Bussy.

Juana se alejó rápidamente; no comprendía

la causa de todas aquellas necesidades; pero se sometía a ellas porque las creía de importancia.

-¿Qué queréis decirme, M. de San Lucas? -preguntó Bussy.

-Quería deciros, M. de Bussy, que si tenéis alguna cita para esta noche debéis aplazarla para mañana, porque las calles de París son malas; y que si por casualidad para ir a esa cita tuvieseis que pasar junto a la Bastilla, haríais bien en no aproximaros al palacio de Tournelles, donde hay un ángulo en que pueden ocultarse muchos hombres. Esto es lo que tenía que deciros, M. de Bussy. Dios me libre de pensar que un hombre como vos tiene miedo. No obstante, reflexionad.

En aquel momento se oyó la voz de Chicot que gritaba:

-San Lucas, queridito, no te ocultes, que bien te veo, y te aguardo para volver al Louvre.

-Aquí estoy, señor -respondió San Lucas,

lanzándose en la dirección de la voz de Chicot.

Cerca del bufón se encontraba Enrique III, a quien un paje presentaba va el pesado manto forrado de armiño, mientras que otro le ofrecía sus gruesos guantes, largos hasta el codo, y otro el antifaz de terciopelo forrado de raso.

-Señor -dijo San Lucas, dirigiéndose a la vez a los dos Enriques-, voy a tener el honor de llevar la antorcha hasta vuestras literas.

-Nada de eso -repuso Enrique-; Chicot va por un lado y yo por otro. Mis amigos están tan mal educados, que me dejan volver solo al Louvre, ínterin ellos van a divertirse aprovechando el tiempo de carnaval. Yo contaba con que me acompañarían, y ahora me dejan; pero tú no me dejarás marchar así; tú eres un hombre grave, ya casado, y debes acompañarme hasta donde me aguarda la reina. ¡Hola! un caballo para M. de San Lucas; pero no, es inútil, mi litera es ancha y bien cabemos los dos.

Juana de Brissac no perdió una palabra de esta conversación; quiso decir algo a su marido, advertir a su padre que el rey se llevaba a San Lucas; mas éste, poniéndose un dedo en la boca, le hizo seña de que guardase silencio y circunspección.

-¡Diablo! -pensó-, ahora que me voy captando la voluntad de Francisco de Anjou, no vayamos a enemistarnos con Enrique de Valois.

Señor -agregó en voz alta-, aquí estoy. Soy tan adicto a Vuestra Majestad que, si me lo mandase, le seguiría hasta el fin del mundo.

Hubo entonces un gran tumulto, luego muchas genuflexiones, después mucho silencio para oír las frases de despedida que dirigía el rey a la señorita de Brissac y a San Lucas.

Estas frases fueron de las más lisonjeras.

Después los caballos piafaron en el patio, las antorchas lanzaron sobre los vidrios sus dorados reflejos; en fin, todos los cortesanos de

la corona, y todos los convidados de la boda, unos riéndose y otros temblando de frío, perdiéronse entre la sombra y la niebla.

Juana, habiendo quedado con sus doncellas, entró en su cuarto y se arrodilló delante de la imagen de una santa a quien tenía mucha devoción.

Luego mandó que la dejasen sola y que preparasen una ligera colación para cuando volviese su marido.

M. de Brissac hizo más: envió seis guardias a esperar a su yerno a la puerta del Louvre, para escoltarle a su regreso. Los guardias, después de haber aguardado dos horas, enviaron uno de sus compañeros a decir al mariscal que todas las puertas del Louvre se hallaban cerradas, y que antes de cerrar la última, el capitán que estaba de servicio les había dicho:

-No esperéis más, es inútil; nadie saldrá del Louvre esta noche. Su Majestad se ha acostado

y todo el mundo está durmiendo.

El mariscal llevó esta noticia a su hija, la cual declaró que estando demasiado inquieta para acostarse, velaría esperando a su esposo.

III. NO SIEMPRE EL QUE ABRE LA PUERTA ES EL QUE ENTRA EN LA CASA

La puerta de San Antonio era una especie de bóveda, bastante parecida a la puerta de San Dionisio y a la de San Martín de nuestros días, con la sola diferencia de que por el lado izquierdo se unía con los edificios adyacentes y a la Bastilla, y también, por lo tanto, con aquella antigua fortaleza.

El espacio comprendido a la derecha, entre la puerta y el palacio de Bretaña, era extenso, sombrío y pantanoso; pero estaba poco frecuentado de día y completamente solitario por la noche; porque los traseúntes nocturnos se habían formado un camino inmediato a la fortaleza, a fin de colocarse de algún modo (en aquel

tiempo en que las calles eran madrigueras de salteadores donde impunemente se cometían los crímenes) bajo la protección del centinela del muro, que podía, no socorrerlos, pero al menos llamar en su auxilio y espantar con sus gritos a los malhechores.

Inútil es decir que en las noches de invierno eran los transeúntes aún más prudentes que en las de verano.

La en que acontecieron los sucesos que hemos referido y que vamos a referir era tan fría, tan obscura, las nubes que cubrían el cielo eran tan negras y se hallaban tan bajas, que nadie habría divisado, detrás de las almenas de la fortaleza real, al dichoso centinela, a quien por su parte hubiera también costado trabajo distinguir a las personas que transitaban por la plaza.

Delante de la puerta de San Antonio y hacia lo interior de la ciudad no había ninguna casa,

sino solamente las elevadas paredes de la iglesia de San Pablo, que estaba situada a la derecha, y las del palacio de Tournelles, que se encontraba a la izquierda. Al extremo de este palacio, del lado de la calle de Santa Catalina, era donde la pared formaba aquel ángulo entrante a que había aludido San Lucas hablando con Bussy.

Después se hallaba la manzana de casas, situadas entre la calle de Jouy y la calle Ancha de San Antón, la cual en aquel tiempo tenía enfrente la calle de Billettes y la iglesia de Santa Catalina.

Ningún farol alumbraba la parte del antiguo París que acabamos de describir. En las noches en que la luna se encargaba de iluminar la tierra, distinguíase la gigantesca Bastilla, que, sombría, majestuosa e inmóvil, se destacaba vigorosamente en el estrellado azul del cielo.

Por el contrario, en las noches obscuras no

se veía en el sitio en que estaba más que un aumento de obscuridad, penetrada acá y allá por la pálida luz a que daban salida algunas ventanas.

Durante la noche de que vamos hablando, y que había empezado con una helada bastante fuerte, para concluir nevando en abundancia, ningún transeúnte hacía resonar con sus pasos la tierra hendida de aquella especie de calzada, que conducía de la calle al arrabal y que hemos dicho haber sido practicada por el prudente rodeo que solían dar todos los paseantes nocturnos.

Mas, en cambio, la vista ejercitada podía distinguir en el ángulo del palacio de Tournelles varias sombras negras, que se movían lo suficiente para probar que pertenecían a pobres diablos humanos, pero no lo bastante para impedir que de minuto en minuto fuese desapareciendo el calor natural de sus cuerpos, a conse-

cuencia del poco ejercicio que hacían, aguardando sin duda algún acontecimiento.

El centinela de la torre, que a causa de la obscuridad no podía ver lo que pasaba en la plaza, tampoco hubiera podido oír la conversación de aquellas sombras negras; tan baja era la voz en que hablaban. Esta conversación, sin embargo, no dejaba de ser interesante.

-Ese endiablado de Bussy tenía razón -decía una de las sombras-; esta es una verdadera noche de Varsovia, como aquellas que pasamos cuando el rey Enrique era rey de Polonia, y si sigue así, se nos van a hacer grietas en la piel, como nos predijo.

-Vamos, Maugiron, te quejas como una mujer -respondió otra sombra-. Es cierto que no hace calor; pero embózate con la capa hasta los ojos, y métete las manos en los bolsillos: verás como así no tienes frío.

-Verdaderamente, Schomberg -dijo la terce-

ra sombra-, que bien se ve en lo que dices que eres alemán. Pero mis labios están echando sangre y mis bigotes llenos de carámbanos.

-Pues si son las manos -dijo otra voz-, podría apostar a que no las tengo.

-¿Por qué no te has puesto el manguito de tu mamá, pobre Quelus? -respondió Schomberg-. De buena gana te lo habría prestado esa amable señora, especialmente si le hubieras dicho que era para libertarla de su querido Bussy, a quien tiene el mismo amor que a un tabardillo.

-¡Eh! ¡Señores, tengan paciencia -exclamó la quinta sombra-. Dentro de poco estoy seguro de que os quejaréis del mucho calor.

-¡Dios te oiga, d'Epernon! -dijo Maugiron dando patadas en el suelo.

-No soy yo el que ha hablado -repuso d'Epernón-, sino d'O. Yo me callo porque temo que se hielen mis palabras.

-¿Qué decías? -preguntó Quelus a Maugi-
ron.
-D'O decía -contestó Maugiron- que dentro
de poco tendríamos demasiado calor, y yo le
respondía que Dios le oyese.
-Pues creo que le ha oído, porque diviso allá
abajo un bulto que viene por la calle de San
Pablo.
-Te engañas. Creo que no es él.
-¿Y por qué?
-Porque ha indicado otro itinerario.
-¿Y qué tendría de particular que habiendo
sospechado algo, hubiese variado de camino?
-No conocéis a Bussy; por donde ha dicho
que pasaría, pasará, aun cuando supiese que el
mismo diablo le aguardaba en el camino para
cerrarle el paso.
-Entretanto -respondió Quelus-, ahí vienen
dos hombres.
-Efectivamente -repitieron dos o tres voces

reconociendo la verdad de la observación.

-En ese caso, ataquémosles -dijo Schmberg.

-Un instante -dijo d'Epernon-; no vayamos a matar a algunos buenos vecinos u honradas comadres, ¡calla! ¡se detienen!

En efecto; en la esquina de la calle de San Pablo, que da a la de San Antonio, se detuvieron como indecisas las dos personas que llamaban la atención de nuestros cinco compañeros.

-¡Oh! -dijo Quelus-, ¿si nos habrán visto?

-¡Bah! apenas nos vemos nosotros.

-Tienes razón -asintió Quelus-. Mira, ahora vuelven hacia la izquierda... se han detenido delante de una casa; ¡parece que buscan algo!

-¡Y es cierto!

-Parece que quieren entrar -dijo Schomberg-. Y bien, señores, ¿los dejaremos que se escapen?

-Pero no es él, porque debe ir al arrabal de San Antonio, y ésos, luego de haber salido por

la calle de San Pablo, han bajado toda la calle -contestó Maugiron.

-¡Eh! -observó Schomberg-. ¿Quién nos responde de que ese perro viejo no nos haya dado señas falsas, bien por casualidad y negligentemente, o bien por malicia y con reflexión?

-Realmente, bien podría ser -dijo Quelus.

Esta suposición produjo en los cinco caballeros un movimiento parecido al de una traílla de perros hambrientos que ven de lejos la presa. Salieron del sitio en que se hallaban ocultos y se lanzaron con espada en mano hacia los dos hombres que se habían detenido delante de la puerta.

Precisamente uno de ellos acababa de introducir la llave en la cerradura; la puerta había cedido y empezaba a abrirse, cuando el ruido que hicieron los agresores obligó a los dos misteriosos transeúntes a volver la cabeza.

-¿Qué es eso? -preguntó el más pequeño de

los dos a su compañero-. ¿Vienen contra nosotros, Aurilly?

-Ah, monseñor -repuso el que acababa de abrir la puerta-, trazas tienen de eso. ¿Diréis vuestro nombre o guardaréis el incógnito?

-¡Hombres armados! ¡Una celada!

-Algún celoso que nos espía. ¡Poderoso Dios! ya lo decía yo, monseñor, que la dama era muy hermosa para no tener quien la galantease.

-Entremos pronto, Aurilly. Mejor se sostiene un sitio detrás de una puerta, que una lucha delante.

-Sí, monseñor, cuando no hay enemigos en la plaza. ¿Pero quién os dice...?

No tuvo tiempo de terminar la frase. Los dos jóvenes habían atravesado con la rapidez del rayo el espacio de un centenar de pasos que les separaba de aquellos dos hombres. Quelus y Maugiron, que habían seguido andando junto a la pared, se interpusieron entre la puerta y los

que querían entrar, a fin de cortarles la retirada, mientras que Schomberg, d'O y d'Epernon se disponían a atacarles de frente.

-¡Mueran, mueran! -gritó Quelus, siempre el más ardiente de los cinco.

De pronto aquel a quien su compañero había llamado monseñor, preguntándole si guardarían el incógnito, se volvió hacia Quelus, avanzó un paso, y cruzándose de brazos con arrogancia, dijo con voz sombría y siniestra mirada:

-Creo que habéis dicho ¡mueran! hablando de un príncipe de Francia, señor de Quelus.

Quelus retrocedió con los ojos dilatados, doblándosele las rodillas, las manos inertes y exclamando:

-¡Su Alteza el duque de Anjou! -repitieron los otros.

-Vamos, señores -replicó Francisco con voz terrible -, ¿por qué no continuáis gritando mue-

ran?

-Monseñor -dijo d'Epernon temblando-, era una chanza; perdonadnos.

Monseñor -añadió d'O-, no suponíamos que podríamos encontrar a Vuestra Alteza en un extremo de París, en este barrio tan solo.

-¡Una chanza! -repitió Francisco, sin contestar a d'O-; tenéis un modo singular de chancearon, señor d'Epernon. Veamos, puesto que no es a mí a quien queríais atacar, ¿quién era la víctima de vuestra chanza?

-Monseñor -dijo Schomberg con respeto-, vimos a San Lucas salir del palacio de Montmorency y venir hacia este lado. Esto nos pareció extraño, y deseábamos saber con qué objeto podía un marido abandonar a su mujer la primera noche de sus bodas.

La disculpa era plausible, porque, según todas las probabilidades, el duque de Anjou sabría al día siguiente que San Lucas no había

permanecido en el palacio de Montmorency, y esta noticia coincidiría con lo que acababa de decir Schomberg.

-¡M. de San Lucas! ¿Me habéis confundido con M. de San Lucas, señores?

-Sí, señor -repitieron en coro los cinco compañeros.

-¿Y desde cuándo podemos ser confundidos el uno con el otro? -dijo el duque de Anjou-; M. de San Lucas me lleva a mí la cabeza.

-Es verdad, monseñor -dijo Quelus-, pero es justamente de la estatura de M. Aurilly, que tiene la honra de acompañaros.

-Además, la noche está obscura, monseñor -añadió Maugiron. -Además, al ver a un hombre introducir una llave en una cerradura, le creímos el principal de los dos que teníamos delante- murmuró de'O.

-En fin -dijo Quelus-, Su Alteza no puede suponer que hayamos tenido ni la sombra de

un mal pensamiento con relación a su persona, ni aun la idea de turbar sus placeres.

Hablando así, y escuchando las respuestas más o menos lógicas que hacían dar a los jóvenes la sorpresa y el miedo, Francisco se había separado del umbral de la puerta por medio de una hábil maniobra estratégica, y seguido paso a paso de Aurilly, su tocador de laúd y compañero acostumbrado de sus correrías nocturnas, se hallaba ya a una distancia bastante grande de la casa, para que pudiera confundírsele con las otras y no ser reconocida.

-¡Mis placeres! -repuso con voz agria-. ¿Y de dónde deducís que yo vengo aquí en busca de placeres?

-¡Ah! Monseñor, en todo caso -contestó Quelus-, y cualquiera que sea el fin con que hayáis venido, perdonadnos: nosotros nos retiramos.

-Está bien. Adiós, señores.

-Monseñor -agregó d'Epernon-, nuestra discreción, bien conocida de Vuestra Alteza...

El duque de Anjou, que había ya dado un paso para retirarse, se detuvo, arrugó el ceño y exclamó:

-¡Discreción! y ¿quién os pide discreción? Decid.

-Monseñor, creímos que Vuestra Alteza a estas horas y seguido únicamente de su confidente...

-Os engañáis. Voy a deciros lo que debéis creer y lo que a mí me place que se crea.

Los cinco caballeros escucharon en el más profundo y respetuoso silencio.

-Iba -prosiguió el duque de Anjou con voz lenta y como si quisiera grabar cada una de sus palabras en la memoria de sus oyentes-, iba a consultar al judío Manasés, que sabe leer en el vidrio y en el poso del café. Vive, según sabéis, en la calle de Tournelles: al pasar, Aurilly os

vio, y creyó que erais arqueros que hacían la ronda. Por eso -agregó con una especie de alegría espantosa para los que conocían su carácter-, por eso, como buenos consultantes de hechiceros, nos arrimábamos a la pared y tratábamos de ocultarnos en la puerta para escapar de vuestras terribles miradas.

Hablando así, había vuelto a entrar el príncipe insensiblemente en la calle de San Pablo y se encontraba ya bastante cerca para poder ser oído por los centinelas de la Bastilla, en caso de un ataque; porque sabiendo el odio que le profesaba su hermano Enrique, le tranquilizaban muy poco el respeto y las excusas de los favoritos del rey.

-Y ahora -prosiguió el duque de Anjou- que sabéis lo que se debe creer y sobre todo lo que debéis decir, adiós, señores; adiós.

Todos saludaron y se despidieron del príncipe, el cual volvió muchas veces la cabeza para

seguirles con la vista, sin dejar de dar unos cuantos pasos en dirección opuesta a la que llevaban.

-Monseñor -dijo Aurilly-, os juro que esa gente tenía malas intenciones. Son las doce; estamos, según dicen, en un barrio aislado. Volvamos a palacio, monseñor, volvamos.

-No tal -dijo el príncipe deteniéndole-. Ahora que se han ido, podemos aprovechar la ocasión.

-Es que Vuestra Alteza está en un error -dijo Aurilly-, es que no se han marchado, sino que, como Vuestra Alteza mismo puede verlo, se han ocultado en el mismo sitio en que se hallaban antes. ¿Les ve Vuestra Alteza allá abajo, en aquél rincón, en la esquina del palacio de Tournelles?

Francisco miró en la dirección señalada.

Aurilly le había dicho la verdad. Los cinco caballeros habían vuelto a ocupar su posición, y

era evidente que seguían meditando un proyecto, interrumpido por la llegada del príncipe: tal vez no se habían escondido sino para espiar al duque y a su compañero, y averiguar si, en efecto, iban a casa del judío Manases.

-Y bien, monseñor -preguntó Aurilly-, ¿qué resolvemos? Yo haré lo que Vuestra Alteza mande, pero no creo que sea prudente continuar más aquí.

-¡Pardiez! ... dijo el príncipe-, y sin embargo, es muy desagradable tener que abandonar la partida.

-Harto lo sé, monseñor; pero puede aplazarse para otra ocasión. Ya he tenido el honor de decir a Vuestra Alteza que me había informado. La casa está alquilada por un año. Sabemos que la dama habita el piso principal; estamos en inteligencia con su doncella; tenemos una llave que abre su puerta. Con todas estas ventajas bien podemos aguardar.

-¿Estás seguro de que la puerta ha cedido?

-Estoy seguro: a la tercera llave que he probado.

-A propósito, ¿la cerraste de nuevo?

-¿La puerta?

-Sí.

-Sin duda, monseñor.

No obstante el acento de verdad con que Aurilly pronunció esta afirmación, debemos decir que estaba menos seguro de haber cerrado la puerta que de haberla abierto. A pesar de todo, su aplomo y serenidad no dejaron duda al príncipe sobre la certeza de su respuesta.

-Pero -agregó éste-, yo desearía saber por mí mismo...

-¿Lo que hacen, monseñor? Puedo decírselo sin temor de engañarme: se hallan reunidos para armar algún lazo. Vámonos; Vuestra Alteza tiene enemigos, ¡quién sabe lo que serán capaces de intentar contra su persona!

-Pues bien, vamos, consiento en ello; mas será para volver.

-No por esta noche al menos, monseñor; mis temores no son infundados; en todas partes veo adversarios y verdaderamente bien puedo temer cuando acompaño al primer príncipe de la sangre... al heredero de la corona, contra quien se agitan tantos enemigos interesados en que no herede.

Estas últimas palabras causaron en Francisco una impresión tal, que se decidió al momento por la retirada; no lo hizo, sin embargo, sin maldecir la desgracia de aquel encuentro y sin prometerse a sí mismo devolver a los cinco jóvenes, en su tiempo y lugar, el mal rato que le habían dado.

-Ea, pues -dijo-, vamos a palacio: allí encontraremos a Bussy, que debe de haber regresado de esas malditas bodas, y habrá suscitado alguna buena querella en que habrá muerto o

matará mañana a alguno de esos favoritos: esto me servirá de consuelo.

-Sí, monseñor -repuso Aurilly-, esperemos a Bussy. No pido otra cosa, y en este punto tengo como Vuestra Alteza la mayor confianza en él.

Y se marcharon.

No habían doblado la esquina de la calle de Jouy, cuando nuestros cinco compañeros divisaron a la altura de la de Tisón a un caballero embozado en una gran capa.

El paso seco y duro de su caballo resonaba sobre la tierra casi petrificada, y un pálido rayo de luna, que luchando contra la sombra espesa de la noche hacía el último esfuerzo para penetrar en el cielo nebuloso y la atmósfera saturada de nieve, argentaba la pluma blanca de su sombrero.

Marchaba con precaución .y dirigía su cabalgadura conteniéndola con las riendas y haciéndole echar espuma por la boca, a pesar

del frío, por efecto de la sujeción que le imponía para que caminase al paso.

-Ahora sí que es él -dijo Quelus.

-Imposible -repuso Maugiron.

-¿Por qué?

-Porque viene solo y le hemos dejado con Livarot, d'Entragues y Ribeirac, los cuales no habrán permitido que se arriesgue de esta manera sin llevar compañía.

-Sin embargo, es él -dijo d'Epernon-. Mira, ¿no le reconoces el toser sonoro, y en su modo insolente de erguir la cabeza? No hay duda en que viene solo.

-Entonces -dijo d'O-, es un lazo que nos quieren armar.

-En todo caso, lazo o no -dijo Stromberg-, es él, y porque es él, ¡mano a las espadas!

Era, en efecto Bussy, que se adelantaba sin cuidado por la calle de San Antonio siguiendo fielmente el itinerario que le había trazado Que-

lus. Como hemos visto, había recibido el aviso de San Lucas, y no obstante el estremecimiento muy natural que estas palabras le produjeron, no quiso acceder a las instancias que le hicieron sus amigos para acompañarle y se despidió de ellos a la puerta del palacio de Montmorency.

Esta era una de aquellas aventuras peligrosas como las que tanto agradaban al valeroso coronel, el cual decía de sí mismo: No soy más que un simple caballero; pero abrigo en mi pecho un corazón de emperador, y cuando leo en las vidas de Plutarco las hazañas de los antiguos romanos, no creo que haya un héroe de la antigüedad a quien yo no pueda imitar en todo lo que ha hecho.

Por otra parte, había pensado Bussy que tal vez San Lucas, que no se contaba ordinariamente en el número de sus amigos, y cuyo inesperado interés por Bussy no era debido, en efecto, más que a la posición dificultosa en que se

encontraba, le había hecho aquella advertencia_ tan sólo con el objeto de obligarle a tomar precauciones, que le hubieran puesto en ridículo a los ojos de sus enemigos, aun admitiendo que tuviese enemigos dispuestos a aguardarle.

Ahora bien, Bussy temía más el ridículo que el peligro.

Se había adquirido, aun entre sus enemigos mismos, una reputación tal, que para mantenerla a la altura a que la había elevado, tenía que emprender a cada instante las más temerarias aventuras.

Como buen héroe de Plutarco, había, pues, despedido a sus tres compañeros, temible escolta que le hubiera hecho respetar hasta de un escuadrón; y solo, con los brazos cruzados debajo de la capa, sin más armas que la espada y el puñal, se encaminaba a la casa donde le esperaba, no una querida, como hubiera podido creerse, sino una carta que cada mes le enviaba

en el mismo día la reina de Navarra, como recuerdo de su buena amistad.

El valiente caballero, conforme a la promesa que había hecho a su bella reina Margarita, promesa a la cual no había faltado una sola vez, iba de noche, personalmente, para no comprometer a nadie, a recoger esta carta del mensajero que se la llevaba.

Había atravesado sin ningún accidente desde la calle de los Grandes Agustinos a la de San Antonio, cuando, al hallarse a la altura de la de Santa Catalina, su vista activa, penetrante y ejercitada distinguió en las tinieblas, a lo largo de la pared, aquellas formas humanas en que el duque de Anjou no había reparado por estar menos prevenido. Hay además en el corazón verdaderamente valeroso, al acercarse el peligro que adivina, cierta exaltación que perfecciona hasta el más alto grado la perspicacia de los sentidos y del pensamiento.

Bussy contó las sombras que se destacaban en la parte de la muralla.

-Tres, cuatro, cinco -exclamó-, sin contar los lacayos, que sin duda estarán en algún otro rincón y que acudirán a la primera señal de sus amos. No me tienen en poco, a lo que parece. ¡Diablo! muchos son, no obstante, para uno solo. Vamos, ese valiente San Lucas no me engañó y aunque fuese el primero que me atacase en la pelea, le diría: Gracias por el aviso, compañero.

Esto decía Bussy sin dejar de marchar: solamente su brazo derecho se movía más a sus anchas bajo la capa, cuyo broche había desprendido con la mano izquierda sin que pudiera ser notado este movimiento.

Entonces fue cuando Schomberg gritó: ¡Mano a las espadas! y a este grito, repetido por otros cuatro, se precipitaron los jóvenes al encuentro de Bussy.

-¡Hola, señores! -dijo éste, con su voz aguda pero tranquila-, ¿queréis matar al pobre Bussy? ¿Soy yo, pues, aquella fiera, aquel célebre jabalí que debíamos cazar? Pues bien, señores, el jabalí va a descoser la piel de algunos, yo os lo juro, y ya sabéis que no falto nunca a mi palabra.

-Sea -dijo Schomberg-; pero eso no impide que tú te muestres muy mal educado, señor de Bussy d'Ambroise, hablándonos así a caballo mientras que nosotros te escuchamos a pie.

Dichas estas palabras, el brazo del joven, cubierto de raso blanco, salió de debajo de la capa y centelleó como un relámpago de plata a los rayos de la luna, sin que Bussy pudiera adivinar a qué propósito correspondía aquel ademán como no fuera a alguna amenaza.

Iba, pues, a responder como respondía de ordinario Bussy, cuando en el momento de hundir las espuelas en los ijares del caballo, sintió que el animal vacilaba y caía do-

blándosele las piernas. Schomberg, con una destreza que le era peculiar y de que había dado ya pruebas en muchos combates que había sostenido siendo joven, había lanzado una especie de puñal cuya ancha hoja era más pesada que el mango, el cual penetrando en el jarrete del caballo, se quedó clavado en él como una cuchilla en la rama de una encina.

Bussy, siempre preparado para todo, se halló con los pies en tierra y la espada en la mano.

-¡Ah, desgraciado! -dijo-, era mi caballo favorito, tú me la pagarás.

Y corno Schomberg se aproximase llevado de su valor y calculando mal la extensión de la espada que Bussy llevaba ceñida al cuerpo, como se calcula mal hasta dónde puede alcanzar el diente de la serpiente enroscada en espiral, aquella espada y aquel brazo se extendieron y la primera le atravesó el muslo.

Schomberg dio un grito.

-¡Hola! -lanzó Bussy-; ¿soy hombre de palabra? Ya tenemos uno ¡Torpe! era la muñeca de Bussy y no el jarrete de su caballo lo que debías cortar.

Y en un abrir y cerrar de ojos, en tanto que Schomberg se comprimía el muslo con el pañuelo, Bussy presentó la punta de su larga espada al rostro y al pecho de los otros cuatro agresores, sin querer gritar, porque llamar en su auxilio, es decir, reconocer que tenía necesidad de auxilio, era indigno de Bussy; lo que hizo fue rodearse la capa al brazo izquierdo, y haciendo de ella un escudo se adelantó, no para huir, sino para llegar a una pared contra la cual pudiera resguardarse a fin de que no le acometiesen por la espalda, dirigiendo diez golpes en un minuto y sintiendo a veces esa blanda resistencia de la carne que indica que aquéllos no han sido en vano. Una vez se deslizó y miró maqui-

nalmente la tierra. Aquel instante bastó a Quelus para darle una estocada en el costado.

-¡Herido! -gritó Quelus.

-Sí, en la rodilla -contestó Bussy, que no quería ni aún confesar su herida-, como hieren los que tienen miedo.

Y lanzándose sobre Quelus, ligó tan vigorosamente su espada, que el arma saltó del joven a diez pasos de él. Mas no pudo proseguir su victoria, porque en el mismo instante d'O, d'Epernon y Maugiron le atacaron con nueva furia; Schomberg había vendado su herida; Quelus había recogido su espada; Bussy conoció que iba a ser rodeado, que no tenía más que un minuto para llegar a la muralla y que si no se aprovechaba de este minuto estaba perdido.

Dio un salto hacia atrás que puso tres pasos de distancia entre él y los agresores; pero cuatro espadas se pusieron muy pronto al alcance de su cuerpo; y, no obstante, era ya tarde, porque

Bussy por medio de otro salto, se había colocado dando la espalda a la pared. Allí se detuvo, fuerte como Aquiles o como Roldán y sonriéndose ante aquella tempestad de golpes que amenazaban su cabeza, y se chocaban en torno suyo. De repente sintió que se cubría su frente de sudor y que una nube pasaba por sus ojos. Había olvidado la herida, y los síntomas de desvanecimiento que acababa de experimentar se la recordaban.

-¡Ah! ya vas cediendo -gritó Quelus redoblando sus golpes. -¡Toma! -dijo Bussy-, por ahí puedes juzgar.

Y con el pomo de la espada le dio un golpe en la sien. Quelus cayó en tierra al impulso de este golpe.

Luego Bussy, exaltado, furioso como el jabalí que cae sobre los perros después de haberles hecho frente, lanzó un grito terrible y se lanzó hacia adelante. D'O y d'Epernon re-

trocedieron: Maugiron había levantado a Quelus y le tenía abrazado; Bussy rompió con el pie la espada de este último, y atravesó de una estocada el antebrazo de d'Epernon. Por un momento quedó vencedor, pero Quelus volvió a él; Schomberg, herido y todo, entró otra vez en liza; y cuatro espadas se levantaron de nuevo contra su persona. Otra vez se juzgó perdido. Reunió todas sus fuerzas para verificar su retirada, y retrocedió paso a paso, a fin de defenderse con la pared por la espalda. Ya el sudor frío de su frente, el rumor sordo de sus oídos y la venda dolorosa y sangrienta que se extendía sobre sus ojos, le anunciaban la extinción de sus fuerzas. La espada no seguía ya el camino que le trazaba el pensamiento entorpecido.

Bussy buscó la pared con la mano izquierda, la tocó, y la piedra fría le causó una sensación agradable; mas con gran admiración suya la pared cedió. Era una puerta entreabierta.

Entonces Bussy recobró la esperanza y recogió todas sus fuerzas para aquél instante supremo. Durante un momento sus golpes fueron tan rápidos y violentos, que todas las espadas se apartaron o se bajaron delante de él. Entonces se introdujo por la puerta y, volviéndose, la empujó violentamente con la espalda; cayó el pestillo y la puerta quedó cerrada.

Todo estaba concluido: Bussy se hallaba fuera de peligro: Bussy era vencedor, pues que se había salvado.

Entonces con ojos extraviados por el júbilo, vio a través del ventanillo los pálidos rostros de sus enemigos. Oyó los golpes furiosos que asestaban a la puerta y después gritos de rabia.

Por último, le pareció que la tierra faltaba bajo sus pies, y que la pared vacilaba. Dio tres pasos hacia adelante y se encontró en un patio, se le fue la cabeza y cayó al pie de una escalera.

IV. CÓMO SE CONFUNDEN A VECES EL

SUEÑO Y LA REALIDAD

Bussy, antes de caer, había tenido tiempo para pasar el pañuelo por debajo de la camisa y apretar por encima el cinturón de la espada, haciendo una especie de vendaje en la herida viva y ardiente, cuya sangre se escapaba como un chorro de llama; pero cuando llegó al sitio en que cayó, había ya perdido bastante sangre para que esta pérdida causara el desvanecimiento en que le dejamos.

Sin embargo, sea que en su cerebro, excitado por la cólera y el dolor, persistiese la sensación bajo la apariencia del desmayo, sea que éste cesase para dar lugar a una fiebre a que sucedió un nuevo desvanecimiento, Bussy vio o creyó ver lo que sigue en aquella hora de sueño y de realidad, en aquel instante de crepúsculo colocado entre las sombras de dos noches.

Hallábase en un aposento con muebles de madera esculpida, con tapicería en que estaban

pintados los retratos de varios personajes y con el techo también pintado con figuras.

Aquellos personajes, que se veían en todas las actitudes posibles, ya teniendo flores, ya llevando picas en las manos, parecía que subían al techo por caminos misteriosos desde las paredes contra las cuales se agitaban.

Entre las dos ventanas se hallaba colocado un retrato de mujer resplandeciente: sólo que a Bussy le parecía que el marco de este retrato no era otro que el cerco de una puerta. Nuestro caballero, inmóvil, como clavado en su lecho por un poder superior, privado de todos sus movimientos, y habiendo perdido todas sus facultades, excepto la de ver, miraba todos aquellos personajes con ojos sombríos, admirando las estúpidas sonrisas de los que llevaban flores y la grotesca cólera de los que llevaban espadas.

¿Había visto ya estos personajes, o los veía

por primera vez?

Esto es lo que no podía decir seguramente;

tan aturdida tenía la cabeza.

De repente, la mujer del retrato se destacó

del cuadro, y Bussy vio adelantarse hacia él a

una adorable criatura, vestida con una larga

bata de lana blanca, parecida a la túnica que

llevan los ángeles, con cabellos flotantes sobre

las espaldas, con ojos negros como el azabache;

con largas pestañas aterciopeladas y con un cu-

tis transparente bajo el cual creía verse circular

la sangre que le teñía de color de rosa. Aquella

mujer era tan prodigiosamente bella, sus brazos

extendidos tenían tal atractivo, que Bussy hizo

un enérgico esfuerzo para arrojarse a sus pies.

Pero parecía detenido en el lecho por lazos se-

mejantes a los que detienen el cadáver en la

tumba, mientras que el alma inmaterial se eleva

al cielo, abandonando la tierra como despre-

ciable.

Esto le obligó a mirar la cama en que estaba acostado, y le pareció que era uno de aquellos lechos magníficos, esculpidos en tiempo de Francisco 1, del cual colgaban cortinas de damasco blanco bordadas en oro.

Al ver a aquella mujer cesaron de llamar la atención de Bussy los personajes de las paredes y del techo. La mujer del retrato era todo para él: trataba de ver el vacío que había dejado en el cuadro; pero delante de éste flotaba una nube que sus ojos no podían penetrar y le obscurecía su vista; entonces volvióse hacia aquella persona misteriosa, y concentrando en la maravillosa aparición toda la fuerza de sus miradas, se dispuso a dirigirle un cumplimiento en verso, como solía hacerlo de ordinario.

Pero de improviso desapareció la mujer, y un cuerpo opaco se interpuso entre ella y Bussy; este cuerpo marchaba con lentitud y extendía las manos como el paciente en el juego de la

gallina ciega.

Bussy sintió que se le subía la cólera a la cabeza, y concibió tal rabia contra aquel importuno visitante, que si hubiera tenido la libertad de sus movimientos, seguramente se habría arrojado sobre él; justo es decir también que lo intentó, pero fue imposible.

Mientras se esforzaba en vano en saltar del lecho, al cual parecía encadenado, el recién llegado habló:

-Vamos -dijo-, ¿he llegado ya?

-Sí, señor -repuso una voz tan dulce, que hizo vibrar las fibras del corazón de Bussy-; ya podéis quitaros la venda.

Bussy hizo un esfuerzo para ver si la mujer de la dulce voz era la misma que la del retrato: mas la tentativa fue inútil.

No vio delante de sí más que una preciosa figura del hombre de rostro juvenil, que cediendo a la invitación que le habían hecho, aca-

baba de arrancarse la venda, y paseaba por la habitación sus miradas de sorpresa.

-¡Vaya al diablo el hombre! -dijo Bussy interiormente.

E intentó formular su pensamiento con la palabra o con el gesto; pero lo uno fue tan imposible como lo otro.

-¡Ah! ya comprendo -dijo el joven acercándose al lecho-; estáis herido, ¿no es cierto, señor mío? Veamos; ahora trataremos de remediaros.

Bussy quiso responder, pero comprendió que era imposible; sus ojos nadaban en un vapor helado y las yemas de los dedos le picaban como si en ellas le clavasen cien mil alfileres.

-¿Será mortal la herida? -preguntó con acento de interés y angustia la voz dulce que había ya hablado y que el herido reconoció entonces por la de la dama del retrato.

-No lo sé todavía; pero voy a decíroslo -repuso el joven-; entretanto miradle ya desma-

yado.

Esto fue todo lo que pudo comprender Bussy; le pareció oír el roce de un vestido que se alejaba; después creyó sentir una cosa como un hierro candente que le atravesaba el costado, lo cual acabó de hacerle perder el conocimiento.

Después fue imposible para Bussy fijar la duración de este desmayo. Solamente cuando salió de su sueño, un viento frío azotaba su rostro; voces roncas discordantes le atormentaban los oídos; abrió los ojos para ver si era que los personajes de la tapicería disputaban con los del techo, y con la esperanza de que el retrato estaría también en su puesto.

Pero ni halló tapicería, ni menos el retrato, y el rostro había desaparecido completamente.

No encontró a su lado más que a un hombre vestido con un traje gris, con delantal blanco atado a la cintura y manchado de sangre; a su izquierda, un religioso agustino de la calle del

Temple, que le sostenía la cabeza, y frente a él una vieja que mascullaba varias oraciones.

La vista errante de Bussy se fijó entonces en una masa de piedra que se alzaba delante de él, y subió hasta la mayor altura de estas piedras para medirla; entonces reconoció el Temple, fortificación flanqueada de muros y torres, y por encima del Temple el cielo blanco y frío, levemente dorado por el sol saliente.

Bussy, se encontraba, pues, en la calle, o por mejor decir, al borde de un foso, y este foso era el del Temple.

-¡Ah! gracias, amigos -exclamó-, por el trabajo que os habéis tomado para traerme aquí: tenía necesidad de aire. Pero también podían habérmelo dado abriendo las ventanas, y mejor me hubiera encontrado en un lecho con cortinas de damasco blanco bordadas de oro, que en esta tierra desnuda. No importa; todavía tengo en mi bolsillo unos veinte escudos de oro, si no

es que os habéis pagado vosotros mismos, lo cual es probable y habría sido prudente; tomad, amigos míos, tomad.

-Pero, señor -repuso el carnicero-, nosotros no hemos tenido el trabajo de traeros, porque vos estabais ya aquí, y aquí os hemos hallado al pasar, al amanecer.

-¡Ah! ¡diablo! -dijo Bussy-, ¿y estaba también el joven médico? El carnicero, el fraile y la vieja cambiaron una mirada.

-Es un resto de delirio -dijo el hermano agustino meneando la cabeza. Después, volviéndose a Bussy, le dijo:

-Hijo mío, yo creo que haríais bien en confesaros.

Bussy miró al fraile con sobresalto.

-No había aquí ningún médico, pobre joven -añadió la vieja-.Vos estabais ahí, solo, abandonado, frío como un muerto. Mirad, ha nevado, y en el sitio donde os hallabais no hay la menor

señal de nieve.

Bussy miró su costado dolorido, se acordó de haber recibido una estocada, introdujo la mano bajo la ropilla y tentó el pañuelo que estaba en el mismo sitio, sujeto a la herida con el cinturón de la espada.

Ya, aprovechándose del permiso que les había dado, se distribuían su bolsa los tres asistentes, lanzando muchas exclamaciones de compasión hacia el herido.

Cuando se acabó la repartición, dijo Bussy:

-Muy bien, amigos míos, ahora llevadme a mi casa.

-¡Ah! ciertamente, ciertamente, pobre joven -repuso la vieja-, el carnicero es fuerte, y además tiene un caballo en el que podéis montar.

-¿De veras? -dijo Bussy.

-Nada hay más cierto -respondió el carnicero-, y yo y mi caballo estaremos a vuestra disposición, señor caballero.

-Pero, hijo mío -dijo el fraile-, ínterin el carnicero va a buscar su caballo, haríais muy bien en confesaros.

-¡Pardiez! -dijo Bussy tomando una postura más cómoda-, espero que no habrá llegado aún ese momento. Así, padre mío, atendamos a lo más urgente. Tengo frío, y quisiera estar en mi casa para calentarme.

-¿Y cuál es vuestra casa?

-El palacio de Bussy.

-¡Cómo! -exclamó la multitud que se había reunido-, ¿el palacio de Bussy?

-Sí, ¿qué tiene eso de extraño? Soy M. de Bussy en persona.

-¡Bussy! -gritó la muchedumbre-. El señor de Bussy, el valiente Bussy, el azote de los favoritos. ¡Viva Bussy!

Y el joven, levantado sobre los hombros de sus oyentes, fue llevado en triunfo a su casa, en tanto que el fraile se marchaba contando su

parte de los veinte escudos de oro, moviendo la cabeza y murmurando:

-Si es ese sacripante de Bussy, no me admira que no haya querido confesarse.

Apenas entró en su casa Bussy hizo llamar a su cirujano, el cual reconoció la herida y dijo que no era peligrosa.

-Decidme -interrogó Bussy-, ¿no ha sido curada ya esta herida? -¡Pardiez! -dijo el doctor-, no diría que no, aunque parece bien fresca.

-Y -agregó Bussy-, ¿es bastante grave para haberme ocasionado un delirio?

-Ciertamente.

-¡Diablo! -dijo Bussy-; no obstante, esa tapicería con sus personajes que llevaban flores y lanzas, ese techo pintado al fresco, esa cama esculpida, con colgaduras de damasco blanco bordado de oro, ese retrato entre las dos ventanas, esa adorable joven rubia de ojos negros, ese médico que jugaba a la gallina ciega, a quien he

estado para gritar cerdo, todo eso, ¿no sino efecto del delirio? ¿Sólo sería verdad mi combate con los favoritos? ¿Dónde he combatido con ellos? ¡Ah! sí, eso es; junto a la plaza de la Bastilla, hacia la calle de San Pablo. Me arrimé a una pared, esta pared era una puerta, y esta puerta cedió felizmente. La cerré con gran trabajo y me encontré en un patio. ¡Ah! ya no me acuerdo de más hasta el momento en que volví a recobrar el conocimiento. ¿Le volví a recobrar o estaba soñando? Este es el problema. ¡Ah! a propósito, ¿y mi caballo? Deben haber hallado a mi caballo muerto en aquel sitio. Doctor, hacedme el favor de llamar a alguien.

El doctor llamó a un criado.

Bussy se informó y supo que su caballo, mutilado y sangriento, había llegado arrastrando hasta su casa y que al amanecer le habían hallado a la puerta relinchando. Al momento había cundido la alarma por toda la casa y los

criados de Bussy, que adoraban a su amo, habían salido inmediatamente en su busca: la mayor parte de ellos aún no habían vuelto.

-Solamente el retrato -dijo Bussy- es lo que me parece un sueño, y en efecto, lo era, porque, ¿qué probabilidad hay de que un retrato se desprenda de su cuadro y se llegue a hablar con un médico que tiene los ojos vendados? Yo soy aquí el loco. Y, no obstante, cuando traigo a la memoria todas las circunstancias de ese retrato tan encantador, recuerdo que tenía...

Bussy se puso a recorrer con la memoria los pormenores del retrato, y a medida que lo hacía, ese estremecimiento del amor que infunde una sensación tan agradable al corazón, pasaba como un terciopelo sobre su pecho ardiente.

-¿Y habré soñado todo eso? -agregó mientras el cirujano vendaba la herida-. ¡Pardiez! es imposible; nunca se tienen semejantes sueños.

Recapitulemos.

Y Bussy repitió nuevamente por la centésima vez:

-Yo estaba en el baile: San Lucas me anunció que me esperaban al lado de la Bastilla: me acompañaban Antraguet, Ribeirac y Livarot: me despedí de ellos: tomé luego por el muelle, el Grand Chatelet, etc., etc. Al llegar al palacio de Tournelles comencé a divisar a los que me aguardaban: se arrojaron sobre mí y me estropearon el caballo. Peleamos con furia, entré en un patio; me sentí malo después... ¡Ah! este *después* es el que me mata; hay una fiebre, un delirio, un sueño después de este *después.*

-Y luego -prosiguió con un suspiro- me encontré a orilla de los fosos del Temple, donde un padre agustino quiso confesarme.

-De cualquier modo yo sabré pronto a qué atenerme -añadió después de un instante de silencio, que empleó todavía en refrescar su me-

moria-. Doctor, ¿necesitaré estarme en casa quince días para curarme este arañazo, como sucedió con el último?

-Eso, según. Veamos, ¿no podéis: andar? -preguntó el cirujano.

-Al contrario -repuso Bussy-: me parece que tengo azogue en las piernas.

-Dad una vuelta por la sala. Bussy saltó del lecho y probó lo que acababa de decir, dando alegremente una vuelta por toda la sala.

-Podréis salir de casa -dijo el cirujano-, a condición de que no montéis a caballo ni andéis más de diez leguas el primer día.

-En hora buena -exclamó Bussy-, esto se llama ser facultativo; no obstante, he visto otro esta noche, sí, no hay duda, tengo sus facciones grabadas en la mente, y si le encuentro alguna vez, le reconoceré, respondo de ello.

-Señor mío -repuso el doctor-, no os aconsejo que le busquéis; siempre queda un poco de

fiebre después de una estocada, y vos debéis saberlo porque ya lleváis doce con ésta.

-¡Oh! -exclamó de pronto Bussy, herida su imaginación por una idea nueva, porque no pensaba más que en los misterios de aquella noche-, ¿será que mi sueño haya comenzado por fuera de la puerta en vez de principiar por dentro? ¿Será que no hayan existido ni el patio, ni la escalera, ni el lecho colgado de damasco blanco y oro, ni el retrato? ¿Será que esos canallas, creyéndome muerto, me hayan llevado buenamente hasta los fosos del Temple, con objeto de desorientar a cualquier espectador de la escena? Entonces la estocada es la que me hizo soñar todo lo demás. ¡Cielo santo! Si es cierto que son ellos los que me han hecho tener el sueño que me agita, que me devora, que me mata, juro abrirles de arriba abajo desde el primero hasta el último.

-Mi querido señor -dijo el cirujano-, si os

queréis curar pronto, es preciso no agitaros de ese modo.

-Excepto, sin embargo, el buen San Lucas- continuó Bussy, sin escuchar lo que decía el doctor-. Ese es distinto; se ha portado como amigo. Así, mi primera visita será para él.

-Pero no antes de las cinco de la tarde -dijo el cirujano.

-Sea -asintió Bussy-; pero os aseguro que no es el salir y ver gente lo que puede ponerme malo, sino guardar quietud y estar solo.

-En realidad, es posible -repuso el doctor-; sois en todo un enfermo singular; haced lo que os parezca, monseñor; pero no os recomiendo más que una cosa, y es que no os arriesguéis a recibir otra estocada antes que ésta se cure.

Bussy prometió al médico hacer lo posible para ello, y habiéndose vestido, mandó disponer la litera y se hizo conducir al palacio de Montmorency.

V. LA NOCHE DE BODAS DE LA SEÑORITA DE BRISSAC, POR OTRO NOMBRE MADAME DE SAN LUCAS

Luis de Clermont, más conocido por el nombre de Bussy d'Amboise, era un galante caballero y un noble perfecto: su primo Brantome le clasificó entre los grandes capitanes del siglo XVI, aunque apenas tenía treinta años cuando murió. Hacía mucho tiempo no había existido ningún hombre que hubiera hecho más gloriosas conquistas. Los reyes y los príncipes habían buscado su amistad: las reinas y las princesas le habían dirigido sus más amables sonrisas.

Sucedió a la Mole en el afecto de Margarita de Navarra, y la buena reina, de corazón sensible, que después de la muerte de su favorito tenía indudablemente necesidad de consuelo, hizo por el bello y valiente Bussy d'Ambroise tantas locuras, que pusieron en cuidado a Enri-

que su marido, no obstante lo poco que éste se cuidaba de tales cosas, y el duque Francisco no habría jamás perdonado el amor de su hermana, si este amor no hubiera atraído a Bussy a sus intereses. Aun entonces el duque sacrificaba su pasión a la ambición sorda e irresoluta que durante toda su vida debía producirle tantos disgustos y tan pocos frutos.

Mas Bussy, en medio de sus triunfos de guerra, de ambición y galantería, había permanecido lo que puede ser un alma inaccesible a toda debilidad humana, y aquel que nunca conociera el miedo, nunca había conocido tampoco el amor. El corazón de emperador que latía en el pecho del caballero, como decía él mismo, estaba virgen y puro, parecido al diamante no tocado aún por la mano del lapidario y que sale de la mina donde ha madurado bajo las miradas del sol. Así es que no había en aquel corazón lugar para los detalles de pensamiento que

habrían hecho de Bussy un verdadero emperador. Juzgábase digno de la corona y valía más que la corona que le servía de punto de comparación.

Ofrecióle su amistad Enrique III, y Bussy, la rehusó diciendo que los amigos de los reyes eran criados suyos y en ocasiones otra cosa peor, y que, por tanto, semejante condición no le convenía.

Enrique III devoró en silencio esta afrenta, que se agravó más tarde con la elección que hizo Bussy de su hermano Francisco para amo. Cierto es que el duque Francisco era amo de Bussy como el que guarda fieras es dueño del león; le sirve y le mantiene por miedo de que le devore. Tal era aquél Bussy, a quien Francisco impulsaba a sostener sus rencillas particulares: Bussy lo conocía, pero el papel que representaba le era agradable.

Se había formado una teoría, a la manera de

la divisa de los Rohan, que decían: "Rey no puedo, príncipe no quiero, Rohan me quedo." Bussy decía: yo no puedo ser rey de Francia, pero el señor duque de Anjou puede y quiere serlo; yo seré rey del señor duque de Anjou.

Y en efecto lo era.

Cuando los criados de San Lucas vieron entrar al temible Bussy, corrieron a participar la noticia a M. de Brissac.

-¿Está en casa M. de San Lucas? -preguntó Bussy asomando la cabeza por entre las cortinas de su litera.

-No, señor -dijo el portero.

-¿Dónde lo hallaré?

-No puedo deciros -repuso el digno servidor-; su ausencia causa mucha inquietud en el palacio; M. de San Lucas no ha vuelto desde ayer.

-¡Bah! -dijo Bussy sorprendido.

-Es positivo.

-¿Mas, y madame de San Lucas?

-¡Oh! Madame de San Lucas, eso es otra co-

sa.

-¿Está en casa?

-Sí, señor.

-Decidle que tendré un placer si me da

permiso para presentarle mis respetos.

Cinco minutos después el mensajero volvió

a decir que madame de San Lucas recibiría con

gusto a M. de Bussy.

Bussy bajó de sus almohadones de terciope-

lo y subió la escalera principal; Juana de Brissac

salió a recibirle hasta la mitad de la sala de

honor.

Estaba muy pálida, y su cabellera, negra

como las alas del cuervo, daba a aquella palidez

el color amarillo del marfil; tenía los ojos en-

cendidos a causa de un insomnio doloroso, y

veíase en su mejilla el plateado surco de una

lágrima reciente. Bussy, a quien aquella palidez

hizo al principio sonreír, y que preparaba un cumplimiento de circunstancias para aquellos fatigados ojos, se detuvo en su improvisación al notar los síntomas de un verdadero dolor.

-¿Qué queréis decir, señora? -preguntó Bussy-, ¿cómo puede mi presencia anunciaron ninguna desgracia?

-¡Ah! esta noche habéis tenido un encuentro con M. de San Lucas, ¿no es cierto? Confesadlo.

-¿Con M. de San Lucas? -respondió Bussy sorprendido.

-Sí: me hizo apartar de vos para hablaron: vos servís al duque de Anjou; él sirve al rey: habréis reñido; no me ocultéis nada, M. de Bussy, yo os lo suplico. Ya debéis comprender mi inquietud: ayer salió con el rey, es verdad, pero no es difícil encontrarse para reñir: confesadme la verdad, ¿qué ha sucedido a San Lucas?

-Señora -dijo Bussy-, esto es extraordinario. Yo venía creyendo que me ibais a preguntar

qué tal estaba de mi herida, y encuentro otra clase de interrogatorio que no aguardaba.

-¿M. de San Lucas os ha herido, luego ha reñido con vos? ¡Ah! ya veis...

-No, señora, no ha reñido con nadie ni menos conmigo, a Dios gracias: esta herida no la he recibido de su mano. Aun ha hecho cuanto ha podido para evitármela. Además, él mismo ha debido deciros que éramos ya tan amigos como Damón y Pithias.

-¿Él? ¿cómo me lo ha de haber dicho si no he vuelto a verle?

-¿No le habéis vuelto a ver? ¿Luego es cierto lo que me decía el portero?

-¿Qué os decía?

-Que M. de San Lucas no había vuelto desde anoche a las once. ¿Conque desde anoche a las once no habéis visto a vuestro esposo?

-¡Ah! no.

-¿Pero dónde puede estar?

-Eso es lo que yo digo.

-¡Oh! Contadme, señora, contad me cómo ha sido -dijo Bussy, que sospechaba lo que había ocurrido-, eso es una picardía.

La pobre joven miró a Bussy con muestras de la mayor sorpresa.

-No; quiero decir que es cosa muy triste -repuso Bussy-. He perdido mucha sangre, de modo que no tengo del todo expeditas todas mis facultades. Decidme esa lamentable historia.

Juana contó todo lo que sabía; es decir, la orden dada por Enrique III a San Lucas para que le acompañase, el haberse cerrado las puertas del Louvre y la contestación de los guardias, que en efecto habían acertado, pues que San Lucas no había vuelto.

-¡Ah! muy bien -dijo Bussy-, ya entiendo.

-¿Cómo? ¿Comprendéis? -preguntó Juana.

-Sí; Su Majestad ha llevado a San Lucas al

Louvre, y una vez allí, no ha podido salir San Lucas.

-¿Y por -qué no ha de haber podido salir?

-¡Ah, señora! -añadió Bussy sin saber qué responder-, me pedís que os revele secretos de Estado.

-Pero -dijo la joven-, mi padre y yo hemos ido al Louvre.

-¿Y qué?

-Los guardias nos han contestado que no sabían lo que queríamos decir y que M. de San Lucas debía haber vuelto a casa.

-Razón más para creer que está en el Louvre -dijo Bussy.

-¿Lo creéis?

-Estoy seguro de ello, y si queréis saberlo seguramente...

-¿Cómo?

-Averiguándolo por vos misma.

-¿Puedo?

-Ciertamente.

-Pero aunque me presentase en palacio, me contestarían lo que ya me han respondido, me dirían lo mismo que me han dicho, porque si estuviese, ¿quién me impediría el verle?

-¿Queréis entrar en el Louvre? os digo.

-¿Con qué objeto?

-Para ver a San Lucas.

-¿Pero y si no está?

-¡Pardiez! yo os digo que sí.

-Eso es cosa extraña.

-No; es cosa del rey.

-¿Pero vos podéis entrar en el Louvre?

-Indudablemente; yo no soy la mujer de San Lucas.

-Vos me confundís.

-Venid sin miedo.

-¡Cómo! ¿Pretendéis que la mujer de San Lucas no puede entrar en el Louvre y tratáis de llevarla con vos?

-Nada de eso, señora, no es a la mujer de

San Lucas a quien quiero llevar allí. ¡Una mujer!

¡Qué horror!

-Entonces os mofáis de mí, y viendo mi tris-

teza... eso es muy cruel.

-¡Eh! no, señora, escuchadme; tenéis veinte

años, sois alta, de ojos negros y talle encorvado;

os parecéis al más joven de mis pajes, ¿sabéis

quién digo? Aquel hermoso muchacho a quien

sentaba tan bien el tisú de oro anoche.

-¡Ah! ¡qué locura! M. de Bussy -exclamó

Juana poniéndose encarnada.

-Oídme. No tengo otro medio sino el que os

propongo. ¿Queréis ver a San Lucas? ¿Sí o no?

-¡Oh! daría todo el oro del mundo por verle.

-Pues bien, yo os prometo hacer que lo veáis

sin tener que dar nada.

-Sí... pero...

-¡Oh! ya os he dicho de qué manera.

-Pues bien. M. de Bussy, haré lo que que-

ráis; solamente es preciso advertir a ese joven que necesito un vestido suyo y que le enviaré el de una de mis doncellas.

-Nada de eso. Tengo en mi casa vestidos nuevos para que los estrenen esos pícaros en el primer baile que dé la reina madre. El que me parezca que os sienta mejor, os lo enviaré; luego os reuniréis conmigo en un paraje convenido, esta noche, en la calle de San Honorato, cerca de la calle de Prouvelles, por ejemplo, y desde allí ...

-¿Y desde allí?

-Desde allí iremos al Louvre juntos.

Juana se echó a reír, y alargó la mano a Bussy diciéndole:

-Perdonad mis sospechas.

-De buena gana. Me proporcionáis una aventura que va a divertir a toda Europa; yo soy, por tanto, quien debe daros las gracias.

Y despidiéndose de la joven volvió a su casa

para preparar el disfraz.

Por la noche, a la hora citada, se reunieron Bussy y madame de San Lucas en la barrera de los Sargentos.

Si la joven no hubiera llevado el vestido de su paje, Bussy no la habría reconocido.

Estaba bellísima con aquel disfraz.

Ambos, después de haber cambiado algunas palabras, se encaminaron hacia el Louvre.

Al extremo de la calle de Fossés-Saint-Germain-l'Auxerrois, hallaron una numerosa comitiva. Esta comitiva llenaba toda la calle y les impedía el paso.

Juana tenía miedo. Bussy conoció por las antorchas y los arcabuces que iba allí el duque de Anjou, el cual, por otra parte, podía ser reconocido fácilmente por su caballo pío y por el manto de terciopelo blanco que acostumbraba a llevar.

-¡Ah! mi bello paje -dijo Bussy volviéndose

hacia Juana-, no sabíais cómo penetrar en el Louvre: pues bien, calmaos, ahora vais a hacer una entrada triunfal.

-¿Eh! ¡Monseñor! -gritó con todas sus fuerzas al duque de Anjou.

La voz atravesó el espacio, y a pesar del ruido que hacían las pisadas de los caballos y el rumor de las conversaciones, llegó hasta los oídos del príncipe.

El príncipe volvió la cabeza.

-¡Eres tú, Bussy! -exclamó lleno de júbilo-; te creía herido de muerte y me dirigía a tu casa de la Corné du Cerf, calle de Grenelle.

-Por Dios, monseñor -repuso Bussy, sin dar gracias siquiera al príncipe por aquella muestra de atención-, si no he muerto, no ha sido por culpa de nadie sino por la mía. Verdaderamente, monseñor, que me impulsáis a caer en buenos lazos, y me abandonáis en lindas posiciones. Ayer en ese baile de San Lucas, verdadero

infierno lleno de enemigos, no había otro ange-
vino que yo, y ha faltado poco para que me sa-
caran toda la sangre que tengo en el cuerpo.
-¡Vive Dios, Bussy! que han de pagar cara la
que te han sacado, yo les haré contar las gotas.
-Ahora decís eso -contestó Bussy con su
franqueza ordinaria-, y después os sonreiréis
con el primero que os salga al encuentro. Si al
sonreiros enseñaseis al menos los dientes... pero
los tenéis demasiado apretados para eso.
-Pues bien -añadió el príncipe-, acompáña-
me al Louvre y verás.
-¿Qué veré, monseñor?
-Verás cómo voy a hablar al rey, mi herma-
no.
-Escuchad, monseñor, yo no voy al Louvre a
recibir un bufido, eso se queda para los prínci-
pes de la sangre y para los favoritos.
-Tranquilízate, he tomado este negocio por
mi cuenta.

-¿Me prometéis que la reparación será completa?

-Te prometo que quedarás satisfecho. ¿Dudas todavía?

-Monseñor, os conozco tanto. . .

-Ven, te digo. Habrá una que sea sonada.

-Ya tenéis vuestro negocio arreglado -dijo Bussy en voz baja a la condesa-. Ahora va a haber entre los dos hermanos que se adoran un escándalo espantoso, y entretanto encontraréis a vuestro San Lucas.

-Y bien -preguntó el duque-, ¿te decides, o es necesario que te dé mi palabra de príncipe?

-¡Oh! no -dijo Bussy-, eso me traería alguna desgracia. Vamos, valga por lo que valga, os sigo, y si me insultan, yo sabré vengarme.

Y Bussy fue a colocarse en su puesto al lado del príncipe, ínterin el nuevo paje caminaba inmediatamente detrás de él, separándose de su amo lo menos que podía.

-No, no -dijo el príncipe contestando a la amenaza de Bussy-; eso no es cosa tuya, valiente amigo. Yo soy quien se encargará de la venganza. Óyeme -añadió en voz baja-, conozco a tus asesinos.

-¡Bah! -respondió Bussy-, ¿ha tomado Vuestra Alteza el cuidado de averiguar quiénes son?

-Les he visto.

-¿Cómo es eso? -Interrogó Bussy asombrado.

-Porque yo tenía también que hacer junto a la puerta de San Antonio, y les encontré, y por poco me matan en tu lugar. ¡Ah! no sospechaba yo que fuera a ti a quien aguardaban los malvados, porque si hubiera tenido alguna sospecha...

-Si hubierais tenido alguna sospecha, ¿qué habríais hecho?

-¿Iba ese nuevo paje contigo? -preguntó el príncipe, dejando la amenaza en suspenso.

-No, señor -dijo Bussy-, ¿y Vuestra Alteza?

-Yo iba con Aurilly, ¿y por qué ibas solo?

-Porque deseo conservar el nombre de valiente que me han dado. -¿Y te han herido? -preguntó el príncipe rápidamente, acostumbrado como estaba a responder con alguna ficción a los golpes que se le asestaban.

-Escuchad -dijo Bussy-, no quiero que se rían de la gracia pero tengo una buena estocada en el costado.

-¡Ah, malvados! -exclamó el príncipe-, me decía Aurilly, que abrigaban malas intenciones.

-¡Cómo! -dijo Bussy-, habéis visto la emboscada; estabais con Aurilly, que maneja la espada casi tan bien como el laúd: os dijo que esa gente tenía malas intenciones; ¿erais dos y ellos no más de cinco y no los habéis espiado para prestar auxilio en caso preciso?

-¡Qué quieres? yo ignoraba contra quién estaba dispuesta la emboscada.

-¡Muerte del diablo! como decía el rey Carlos IX, debisteis sospechar, al reconocer a los amigos de Enrique III, que aguardaban a alguno de los vuestros, y como no hay nadie más que yo que tenga valor para ser vuestro amigo, no era difícil adivinar que me aguardaban a mí.

-Acaso tienes razón, querido Bussy -dijo Francisco-. Pero no he pensado en nada de eso.

-¡En fin! -dijo Bussy con un suspiro, como si no hubiera hallado más que esta palabra para expresar todo lo que sentía respecto de su amo.

Llegaron al Louvre.

El duque de Anjou fue recibido en el postigo por el capitán de la guardia y por los porteros; había consigna severa para no dejar penetrar a nadie; pero como es fácil suponer, la orden no rezaba con el primer personaje del reino después del rey.

El príncipe penetró con todo su séquito bajo el arco del puente levadizo.

-Monseñor -dijo Bussy, cuando llegaron al patio de honor-, id a armar vuestro escándalo, y acordaos de que me lo habéis ofrecido solemnemente. Yo tengo que decir dos palabras a uno.

-¿No vienes conmigo, Bussy? -dijo con inquietud el príncipe, que había contado en cierto modo con la presencia de su caballero.

-No puedo; mas eso no os impida, porque yo volveré cuando estéis en lo más fuerte de la disputa. Gritad, monseñor, gritad, ¡pardíez! para que yo os oiga, porque si no os oigo gritar, ya conocéis que no podré llegar oportunamente.

Después, aprovechándose de la entrada del duque en el salón, se dirigió seguido de Juana hacia los aposentos.

Bussy sabía todas las entradas y salidas del Louvre como si fuera su propia casa. Subió por una escalera secreta, cruzó dos o tres corredores

solitarios y entró en una especie de antesala.

-Esperadme aquí -dijo a Juana.

-¡Oh, Dios mío! ¿Y me dejáis sola? -

preguntó la joven asustada.

-Es necesario; debo franquearos el camino y

proporcionaras la entrada.

VI. M. DE SAN LUCAS SE HALLA CON UN NUEVO PAJE

Bussy se fue en línea recta al gabinete de armas que tanto agradaba al rey Carlos 1X, que por una nueva distribución había venido a ser el dormitorio de Enrique III, el cual lo había amueblado a su gusto. Carlos IX, rey cazador, rey poeta, rey guerrero, tenía esta habitación llena de cornetas, de arcabuces, de libros, de manuscritos, de instrumentos de fragua. Enrique tenía allí lechos de terciopelo y de raso, pinturas licencíosas, reliquias, escapularios bendecídos por el Papa, bolsitas perfumadas venidas de Oriente, y la colección más hermosa

de floretes que puede imaginarse.

Bussy sabía muy bien que Enrique no estaría en este aposento, pues que su hermano le pedía audiencia en el gran salón; pero sabía así mismo que cerca de él estaba el de la nodriza de Carlos IX, que se había transformado en el del favorito de Enrique III. Como Enrique III era un hombre tan voluble en sus amistades, este cuarto había sido ocupado sucesivamente por Maugiron, d'O, de Epernon, Quelus y Schomberg, y en aquel instante debía estarlo en la opinión de Bussy por San Lucas, puesto que el rey, como ya hemos visto, sentía aumentarse de tal modo su ternura en favor de este .joven, que le había robado, por decirlo así, a su esposa.

Y era que Enrique III, de una organización singular, príncipe superficial, príncipe profundo, príncipe cobarde, príncipe valiente; Enrique III, lleno siempre de tedio, siempre inquieto, siempre receloso, necesitaba estar en una ince-

sante distracción. Durante el día, el tumulto, los juegos, el ejercicio, las burlas, las mascaradas, las intrigas: por la noche las disputas, la oración, todo mezclado. Así Enrique III era el único cuyo carácter tenía mucha relación con el que nosotros hallamos en el hombre de los tiempos modernos. Enrique III, el hermafrodita antiguo, estaba destinado sin duda para haber nacido en alguna de las ciudades de Oriente, cercado de eunucos, de esclavos, de pajes, de filósofos, de sofistas, y su reinado no habría podido menos de marcar una era particular de muelles, corrupciones y de locuras ignoradas, una época entre Nerón y Heliogábalo.

Bussy, sospechando que San Lucas habitaría el cuarto que había sido de la nodriza de Carlos IX, llamó a la puerta de la antesala que comunicaba con las dos estancias.

El capitán de guardias se presentó y abrió la puerta.

-¡M. de Bussy! -exclamó admirado el oficial.

-Sí, yo soy, mi querido M. de Nancey -repuso Bussy-. El rey desea hablar a M. de San Lucas.

-Muy bien -contestó el capitán-. ¡Hola! que avisen a M. de San Lucas que el rey desea hablarle.

Por el hueco de la puerta que había quedado entreabierta, dirigió Bussy una mirada significativa al paje; luego, volviéndose hacia Nancey, le interrogó.

-¿Qué hace ahora ese pobre San Lucas?

-Está jugando con Chicot, aguardando a que el rey vuelva de la audiencia que ha solicitado su hermano el señor duque de Anjou.

-¿Permitiréis que me aguarde aquí dentro mi paje? -preguntó Bussy al capitán de guardias.

-Con mucho gusto -respondió éste.

-Entra, Juan -dijo Bussy a la joven; y con la

mano le mostró el hueco de una ventana, donde ella se refugió inmediatamente.

Apenas se había escondido Juana, se presentó San Lucas a Bussy. M. de Nancey, como por deferencia, se separó algún tanto para no escuchar la conversación.

-¿Qué me quiere el rey? -preguntó San Lucas con tono enojado y con semblante adusto-. ¡Ah! ¿sois vos, M. de Bussy?

-Yo mismo; querido San Lucas; pero ante todas cosas...

Y luego, bajando la voz, continuó: -Ante todas cosas, gracias por el servicio que me habéis prestado.

-¡Eh! -dijo San Lucas-, eso era una muy lógica. Me repugnaba que se asesinara de esa manera a un valiente caballero como vos. Yo os creía muerto.

-Poco ha faltado; mas en esos casos el poco es muchísimo.

-¿Cómo?

-Sí, amigo: me salvé a beneficio de una buena estocada que devolví con usura, me parece que a Schomberg y a d'Epernón; respecto a Quelus, debe dar gracias a su cráneo, que puedo asegurar es uno de los más duros que he encontrado en mi vida.

-Vamos, contadme vuestra aventura; al menos me distraerá -repuso San Lucas, bostezando casi hasta dislocarse la mandíbula.

-Por ahora no tengo tiempo para eso, mi querido San Lucas: además he venido aquí con otro objeto. A lo que parece, os fastidiáis mucho.

-Soberanamente, que es cuanto puede decirse.

-Pues bien, yo vengo a distraeros. ¡Qué diablo! un favor se paga con otro.

-Tenéis razón, y el que me hacéis en este momento no es menor que el que yo os hice. Lo mismo se muere de fastidio que de una estocada: cierto que la muerte de tedio es más tardía; pero también es más segura.

-¡Pobre conde! -dijo Bussy-; ¿conque os halláis preso, como yo sospechaba?

-Preso en toda la extensión de la palabra. El rey pretende que nada le distrae más que mi buen humor; v en verdad que el rey es demasiado bueno, porque ayer le hice más gestos que su mono y le he dicho más barbaridades que su bufón.

-Ea, pues, veamos; ¿no podría yo, como os ofrecía, prestaros algún servicio?

-Indudablemente -dijo San Lucas-; podéis ir a mi casa, o más bien a la del Mariscal de Bris-

sac, para tranquilizar a mi pobre esposa, que debe hallarse en la mayor inquietud, y que sin duda extraña singularmente mi conducta.

-¿Qué le diré?

-¡Pardiez! decidle lo que habéis visto; que estoy preso, que no me dejan salir de Palacio, que desde ayer me está hablando el rey de amistad como Cicerón, que escribió acerca de ella, y de virtud como Sócrates que la practicó.

-¿Y qué le respondéis? -preguntó Bussy riéndose.

-¿Qué le respondo? En cuanto a la amistad que soy un ingrato y en tocante a virtud que soy un perverso; pero esto no impide que el rey se obstine en convencerme y que repita suspirando: "¡Ah, San Lucas! ¡conque la amistad no es más que una quimera! ¡conque la virtud es simplemente un nombre!" Y después de habérmelo dicho en francés, me lo vuelve a decir, en latín, y me lo repite en griego.

Al oír esto el paje, en quien San Lucas no había reparado todavía, lanzó una carcajada.

-¿Qué queréis, amigo mío? El rey piensa convertiros: si *bis repetita placent,* con más razón *ter.* ¿Pero es eso todo lo que puedo hacer por vos?

-¡Ah! sí, por mi parte temo que no podáis hacer otra cosa.

-Entonces, ya está hecho.

-¿Cómo?

-Sospeché todo lo que ha sucedido y se lo participé a vuestra mujer.

-.¿Y qué respondió?

-Al principio no quiso creerlo; pero -añadió Bussy, dirigiendo una mirada al hueco de la ventana-, me parece que al fin se habrá rendido a la evidencia. Pedidme, pues, otra cosa; dadme alguna comisión difícil, o aunque sea imposible, y tendré un placer en emplear todos mis esfuerzos para cumplirla.

-Entonces, mi querido Bussy, decid al gentil caballero Astolfo que os preste por algunos momentos su hipógrifo y traedle hasta una de mis ventanas, yo montaré a la grupa y me conduciréis al lado de mi mujer, salvo el que vos continuéis, si os acomoda, vuestro viaje hasta la luna.

-Amigo mío -dijo Bussy-, hay otra cosa más fácil; y es llevar el hipógrifo a vuestra mujer y traerla aquí.

-¿Aquí?

-Sí, aquí.

-¿Al Louvre?

-Al Louvre mismo. ¿No sería más ingenioso? Decid.

-¡Pardiez! Ya lo creo.

-¿Y no os fastidiaríais?

-No, a fe.

-Porque ahora os fastidiáis, según me dijisteis.

-Preguntádselo a Chicot. Desde esta mañana le he cobrado odio y le he propuesto tres estocadas. El pícaro se incomodó tanto que era para morirse de risa; pues sin embargo yo me mantuve serio, y creo que si esto dura, le mataré tan sólo por distraerme o haré que me mate.

-¡Diablo! no os andéis en chanzas; ya sabéis que Chicot es buen tirador: mucho más inaguantable se os haría un ataúd que lo que os parece ahora vuestra prisión.

-¡Pardiez! no sé que os diga.

-Vamos -dijo Bussy riéndose-, ¿queréis que os dé mi paje?

-¿A mí?

-Sí, un muchacho bellísimo.

-Gracias -dijo San Lucas-, detesto a los pajes. El rey me ha ofrecido mandar que me envíen el que más me plazca de los míos, y no he querido admitir la oferta. Ofrecédsele al rey, que está arreglando ahora su casa. Yo, en saliendo de

aquí, haré lo que se hizo en Clenonceaux cuando el festín verde; no permitiré que me sirvan sino mujeres.

-¡Bah! -dijo Bussy-, más entretanto ...

-Bussy -contestó San Lucas despechado-, no os está bien burlaos de mí de esta manera.

-Dejadme hacer.

-No quiero.

-¡Cuando digo que sé lo que os conviene!

-No, no, no y cien veces no.

-¡Hola, paje! ven aquí.

-¡Vive Dios! -dijo San Lucas. El fingido paje salió del hueco de la ventana y ruborizado se acercó a los interlocutores.

-¡Oh! -exclamó San Lucas asombrado al reconocer a Juana con la librea de Bussy.

-¡Y bien! -preguntó Bussy-, ¿le despedimos?

-No, por Cristo, no -dijo San Lucas-. ¡Ah, Bussy, Bussy! yo soy ahora el que os debe una amistad eterna.

-Ya sabéis, San Lucas, que no os oyen, pero que os miran.

-Es verdad -dijo éste, y luego de haber dado dos pasos hacia su mujer, retrocedió tres.

En efecto, M. de Nancey, admirado de ver la pantomima demasiado expresiva de San Lucas, comenzaba a prestar oído, cuando un gran rumor de voces que salía de la sala del consejo le llamó la atención.

-¡Ah! -exclamó M. de Nancey-; parece que el rey disputa con alguno.

-En efecto -contestó Bussy, aparentando cierta inquietud-;¿será acaso con el duque de Anjou, a quien he acompañado hasta aquí?

El capitán de guardias se ciñó la espada y se dirigió a la galería, donde en efecto se oía el ruido de una discusión.

-Así hago yo las cosas -dijo Bussy volviéndose hacia San Lucas.

-¿Pues qué hay? -interrogó éste.

-Hay que el duque de Anjou y el rey disputan acaloradamente, y como éste debe ser un soberbio espectáculo, corro allá para no perder nada de él: Vos, entretanto, os aprovecháis del barullo, no para huir, porque el rey os volvería a atrapar, sino para poner en lugar seguro a este hermoso paje que os regaló. ¿Es posible?

-Sí ¡pardiez! y si no lo fuera, tendría que serlo forzosamente, pero por fortuna me he fingido enfermo y no salgo de mi cuarto. .

-En ese caso, adiós, San Lucas: señora, no me olvidéis en vuestras oraciones.

Y Bussy, gozoso de haber jugado esta mala pasada a Enrique III, salió de la habitación y llegó a la galería, donde el rey, morado de cólera, sostenía ante el duque de Anjou, pálido de ira, que en la noche precedente había sido Bussy el provocador.

-Yo os afirmo, señor -decía el duque de Anjou-, que d'Epernon, Schomberg, d'O, Maugiron

y Quelus le esperaban en el palacio de Tourne-

lles.

-¿Quién os lo ha dicho?

-Yo mismo los he visto, señor, con mis pro-

pios ojos.

-En la obscuridad, ¿no es cierto? Las noches

estaba como boca de lobo.

-Por eso no les conocí en el semblante.

-Pues ¿en qué? ¿en las espaldas?

-No, señor, en la voz.

-¿Os hablaron?

-Hicieron más; me, atacaron suponiendo

que era Bussy.

-¿A vos?

-A mí.

-¿Y a qué íbais a la puerta de San Antonio?

-¿Qué os importa?

-Quiero saberlo. Soy curioso y hoy más to-

davía.

-Iba a casa de Manasés.

-¿De Manasés? ¡Un judío!

-¿No visitáis vos a Rugieri, que es nigro-

mántico?

-Yo visito a quien quiero, porque soy rey.

-Eso no es responder, eso es lo mismo que

argüir a palos.

-¡Además, ya he dicho que fue Bussy el que

les insultó!

-¿Bussy?

-Sí.

-¿Y dónde?

-En el baile de San Lucas.

-¿Bussy insultó a cinco hombres? Meditad

un poco, señor; Bussy es valiente, pero no es

loco.

-¡Por la sangre de Cristo! ya os he dicho que

yo mismo oí las provocaciones, y la prueba de

que era capaz de dirigirlas a los cinco, es que a

despecho de cuanto decís, ha herido a Schom-

berg en el muslo y a d'Epernón en el brazo y

casi ha muerto a Quelus de un golpe con el poco de la espada.

-¿De veras? -dijo el duque-: no me ha dicho nada de eso: le daré la enhorabuena.

-Y yo -dijo el rey-, no daré la enhorabuena a nadie, pero haré un ejemplar castigo con ese espadachín.

-Y yo -repuso el duque-, yo, a quien vuestros amigos atacan, no solamente en la persona de Bussy, sino también en la mía, sabré si soy vuestro hermano y si hay en Francia un solo hombre, exceptuando Vuestra Majestad, que me mire cara a cara, sin que el temor, ya que no el respeto, le haga bajar los ojos.

En aquel momento, atraído Bussy por las voces de los dos hermanos, se presentó alegremente, vistiendo un traje de raso verde claro y lazos de color de rosa.

-Señor -dijo inclinándose delante de Enrique III-, dignaos aceptar mis más humildes respe-

tos.

-¡Pardiez! vedle aquí -exclamó Enrique.

-Vuestra Majestad, a lo que parece, me hacía el honor de hablar de mí -dijo Bussy.

-Sí -respondió el rey-, y me alegro mucho de veros, pues por más que digan, vuestra fisonomía respira salud.

-Señor, la sangría rejuvenece el rostro -dijo Bussy-, y yo debo tenerle esta noche muy rejuvenecido.

-Pues bien, puesto que os han golpeado, puesto que os han dejado maltrecho, querellaos, M. de Bussy, y os haré justicia.

-Perdonad, señor -contestó Bussy-; ni me han dado de golpes, ni he salido maltrecho, ni me querello.

Enrique se quedó estupefacto y miró al duque de Anjou.

-Y bien, ¿qué decíais? -le preguntó.

-Decía -repuso el duque- que Bussy fue

herido con una daga que le atravesó el costado.

-¿Es verdad, Bussy? -dijo el rey.

-Puesto que el hermano de Vuestra Majestad lo afirma, no puede menos de ser cierto; un príncipe de la sangre no sabe mentir.

-Y teniendo una estocada en el costado -repuso Enrique-, ¿no os quejaréis del agresor?

-No me quejaría, señor, sino en el caso de que me cortasen la mano derecha para impedir que me vengara por mí mismo; y aun entonces -prosiguió el intratable duelista-, espero que podría vengarme con la izquierda.

-¡Insolente! -murmuró Enrique.

-Señor -añadió el duque de Anjou-, habéis hablado de justicia; pues bien, hacednos justicia; no pedimos otra cosa; mandad que se forme causa, nombrad jueces, y sépase de qué parte venía la emboscada y quién proyectó el asesinato.

Enrique se ruborizó.

-No -dijo-; prefiero aún ignorar quién es el culpable y comprender a todos en un perdón general. Quiero que esos feroces enemigos hagan la paz, y siento que Schomberg y d'Epernón no hayan podido venir debido a sus heridas. Veamos, M. de Anjou, ¿cuál era el más encarnizado de todos mis amigos, a vuestro parecer? Fácil debe seros decirlo, porque aseguráis haberlos visto.

-Señor -dijo el duque de Anjou-. era Quelus.

-Sí, a fe -dijo Quelus-, no me oculto, y Su Alteza pudo ver...

-Entonces -dijo Enrique-, quiero que M. de Bussy ,y M. de Quelus hagan la paz a nombre de todos.

-¡Oh! -dijo Quelus-, ¿qué quiere decir esto, señor?

-Esto quiere decir -contestó el rey-, que quiero que os abracéis aquí, delante de mí, en este momento mismo.

Quelus frunció el ceño.

-Y que, *signor* -añadió Bussy, volviéndose hacia Quelus, e imitando el gesto italiano de Pantalon-, ¿no me haréis ese favor?

La salida era tan inesperada, y Bussy había dado tanta gracia a su expresión, que el mismo rey soltó la risa. Entonces, acercándose Bussy a Quelus, le dijo, imitando también el acento italiano:

-Vamos, signor, el rey lo quiere.

Y le echó los brazos al cuello.

-Supongo que esto no nos obliga a nada -le dijo Quelus en voz bala.

-Tranquilizaos -respondió Bussy en el mismo tono-: ya volveremos a encontrarnos un día u otro.

Quelus se retiró furioso y avergonzado; Enrique arrugó el ceño, y Bussy, sin dejar de imitar el gesto italiano, hizo una pirueta y salió de la sala del Consejo. Con aquél grotesco abrazo

acababa de hacerse un enemigo mortal.

VII. EL REY ENRIQUE SE PREPARA PARA ACOSTARSE

Después de esta escena, comenzada en tragedia y terminada en comedia, cuya noticia se difundió por la ciudad como un eco del Louvre, el rey se dirigió irritado a su habitación, seguido de Chicot, que pedía de cenar.

-No tengo apetito -dijo Enrique al entrar en su aposento.

-Es posible -contestó Chicot-, pero yo ya rabio de hambre y quisiera morder alguna cosa.

El rey hizo como que no le oía. Se desabrochó la capa y la arrojó sobre la cama; se quitó la toquilla, que llevaba prendida a la cabeza con largos alfileres negros y la tiró en un sillón; luego, adelantándose hacia el pasadizo que conducía al cuarto de San Lucas, separado del suyo por un delgado tabique dijo:

-Espérame, bufón; vuelvo.

-¡Oh! no tengas prisa, hijo mío -dijo Chicot-, no tengas prisa-; y escuchando los pasos de Enrique que se alejaba, prosiguió: -deseo que tardes un poco para tener tiempo de prepararte una pequeña sorpresa.

Después que se extinguió enteramente el ruido de los pasos:

-¡Hola! -gritó abriendo la puerta de la antesala.

Acudió un criado.

-El rey ha mudado de parecer -dijo Chicot-, y desea una buena cena para sí y para San Lucas. Sobre todo ha recomendado el vino: despachad.

El criado dio media vuelta y corrió a ejecutar las órdenes de Chicot, que no dudaba serían las del rey.

Mientras, Enrique había pasado, como hemos dicho, al aposento de San Lucas, el cual, advertido de la visita de Su Majestad, se había

acostado.

Un criado anciano que habiéndole seguido al Louvre, le acompañaba en su prisión, leía en voz alta en un libro de oraciones. En un rincón de la estancia y sentado en un dorado sillón dormía profundamente, cubierto el rostro con las manos, el paje que había llevado Bussy.

Una sola ojeada bastó al rey para ver todo esto.

-¿Quién es ese joven? -pregunto a San Lucas, inquieto.

-Vuestra Majestad, al detenerme aquí, ¿no me ha autorizado para hacer venir un paje?

-Sin duda -contestó Enrique III.

-Pues bien, he usado del permiso.

-¡Ah!

-¿Sé arrepiente Vuestra Majestad de haberme concedido esta distracción?

-No, hijo mío, no tal: al contrario, distráete...

Y bien, ¿cómo te encuentras?

-Señor -dijo San Lucas-, tengo mucha calentura.

-En efecto -dijo el rey-, tienes el rostro encendido, hijo mío. Veamos el pulso; ya sabes que entiendo algo de medicina.

San Lucas alargó la mano con un movimiento visible de mal humor.

-Sí, sí -dijo el rey-, lleno, intermitente, agitado.

-¡Oh, señor! --exclamó San Lucas-, es que estoy realmente enfermo, y de gravedad.

-Tranquilízate -contestó Enrique-; haré que te vea mi propio médico.

-Gracias, señor.

-Y te asistiré yo mismo.

-Señor, yo no permitiré...

-Voy a mandar que pongan una cama para mí en tu cuarto, San Lucas; hablaremos toda la noche: tengo mil cosas que decirte.

-¡Ah! -gritó San Lucas desesperado-, os lla-

máis médico, os decís mi amigo y queréis im-
pedirme que duerma. ¡Pardiez, doctor, tenéis
buen sistema de tratar a vuestros enfermos!
¡Vive Dios, señor, que es singular vuestro modo
de querer a los amigos!
-¡Pues qué! ¿quieres quedarte solo, enfermo
como te hallas?
-Señor, tengo a mi paje Juan.
-¡Pero si está durmiendo!
-Así quiero yo que estén los que me asistan;
al menos no me impedirán dormir.
-Déjame al menos velar con él; no te hablaré
hasta que despiertes.
-Señor, yo tengo muy mal despertar; es pre-
ciso estar muy acostumbrado a mi carácter para
perdonarme todas las simplezas que digo antes
de estar completamente despierto.
-Pues bien, sea; pero al menos vendrás a mi
cuarto mientras me acuesto.
-¿Y quedaré libre luego para volver a mi

cama?

-Enteramente libre.

-Entonces complaceré a Vuestra Majestad; mas creed, señor, que haré una triste figura de cortesano. Me estoy cayendo de sueño.

-Podrás bostezar a tu sabor.

-¡Qué tiranía! -exclamó San Lucas-, cuando podíais escoger cualquiera de los demás amigos...

-¡Ah, sí! ¡buenos están! ¡Bien me los ha dejado Bussy! Schomberg tiene atravesado un muslo de una estocada; d'Epernón tiene la muñeca como una manga a la española; Quelus está aún aturdido del golpe de ayer y del brazo de hoy. Quedan d'O, que me fastidia extraordinariamente, y Maugiron, a quien no puedo aguantar. Conque despierta a ese belitre de paje y que te ponga una bata.

-Señor, si Vuestra Majestad quiere dejarme un momento...

-¿Para qué?

-El respeto ...

-¡Bah!

-Señor, dentro de cinco minutos entraré en el gabinete de Vuestra Majestad.

-¿Dentro de cinco minutos? Bien; pero no tardes más de cinco minutos, ¿entiendes? y durante esos cinco minutos, piensa algunos cuentecillos: procuraremos reír un poco.

Y el rey, que había conseguido la mitad de lo que quería, salió medio contento del cuarto de San Lucas.

Apenas se cerró la puerta, cuando el paje se despertó y de un salto se puso junto al ventanillo.

-¡Ah, San Lucas! -dijo luego que hubo dejado de oír el ruido de los pasos-, todavía vais a dejarme. ¡Dios mío, qué suplicio! Yo me muero aquí de miedo. Si se descubriese...

-Querida Juana -repuso San Lucas-, Gaspar,

que está ahí -y le mostró el criado viejo-, os defenderá contra toda indiscreción.

-Si habéis de dejarme, lo mismo es que yo me marche -exclamó la joven ruborizándose.

-Si lo exigís absolutamente, Juana -contestó San Lucas en tono triste-, haré que os vuelvan a llevar al palacio de Montmorency, porque la consigna no se entiende sino conmigo. Mas si fuéseis tan buena como hermosa; si vuestro corazón abrigase algún sentimiento en favor del pobre San Lucas, le esperaríais algunos momentos. Voy a quejarme tanto de la cabeza, de los nervios y del estómago, que el rey se disgustará de tan triste compañero y me enviará a acostar.

Juana bajó los ojos, diciendo:

-Id, pues, aguardaré; pero os digo lo que el rey: no tardéis mucho.

-Juana, mi querida Juana, sois adorable -dijo San Lucas-; confiad en mí, que volveré lo más

pronto posible a vuestro lado. Además, tengo una idea; voy a madurarla un poco, y a mi vuelta os la comunicaré.

-¿Una idea que... os devolverá la libertad?

-Así lo creo.

-Idos, pues.

-Gaspar -dijo San Lucas-, no permitáis que nadie entre aquí: luego, dentro de un cuarto de hora cerrad la puerta con llave; llevadme la llave al aposento del rey; después iréis a casa y diréis que no estén con cuidado por la señora condesa: no volváis hasta mañana.

Gaspar se sonrió y ofreció ejecutar esta orden que Juana había escuchado ruborizada.

-San Lucas besó tiernamente la mano a su mujer y corrió al cuarto de Enrique que ya estaba impaciente.

Juana, apenas se quedó sola, se escondió temblando entre las anchas cortinas que rodeaban el lecho, y allí, pensativa, inquieta e irrita-

da, se puso a meditar por su parte un medio de salir victoriosa de aquella extraña posición en que se hallaba.

Cuando San Lucas entró en la habitación del rey notó un perfume fuerte y voluptuoso que exhalaba la real estancia.

Los pies de Enrique descansaban sobre un montón de flores, cuyos tallos habían sido cortados para que no lastimasen la piel delicada de Su Majestad; a pesar del rigor de la estación, las rosas, los jazmines, las violetas, los alelíes ofrecían al rey Enrique una alfombra blanda y odorífera.

La habitación era bastante baja de techo, y éste se hallaba cubierto con hermosas pinturas en lienzo. Había en ella según dijimos, dos camas, una de las cuales tan ancha, que a pesar de tener la cabecera apoyada en la pared todavía llenaba las dos terceras partes de la habitación.

Esta cama era de una tapicería de oro y seda

con figuras mitológicas que representaban la historia de Cenea o Cenis, unas veces hombre y otras mujer, cuyas metamorfosis no se realizaban, como puede presumirse, sin -los esfuerzos más fantásticos de la imaginación del príncipe.

El cielo de la cama era de tela de plata con franjas de oro y figuras de seda, y las armas reales ricamente bordadas llenaban la parte del dosel, que aplicado a la pared formaba la cabecera.

En las ventanas había la misma tapicería que en las camas, y los canapés y los sillones eran de la misma tela. En medio del techo estaba fija una cadena de oro, de la cual colgaba una lámpara de plata sobredorada, donde se consumía un aceite que esparcía un perfume exquisito. A la derecha de la cama del rey había un sátiro de oro que tenía en la mano un candelabro donde ardían cuatro bujías de color de rosa e igualmente perfumadas.

El rey, con los pies desnudos, descansando

sobre las flores que cubrían el pavimento, estaba sentado en su silla de ébano incrustada de oro; tenía sobre las rodillas siete u ocho perritos falderos muy pequeños, cuyos frescos hocicos le rozaban suave y agradablemente las manos. Dos sirvientes le rizaban los cabellos, que llevaba recogidos como los de una mujer, el bigote,, que terminaba en puntas retorcidas hacia arriba, y la barba, que era poca y crespa. Otro sirviente le extendía sobre el rostro una untura de crema rosa, de particular gusto y apetitoso olor.

Enrique cerraba los ojos y se dejaba manipular con toda la majestad y seriedad de un dios indio.

-¡San Lucas! -decía-, ¿dónde está San Lucas?

San Lucas entró.

Chicot le asió de la mano y le llevó delante del rey.

-Aquí le tienes -dijo a Enrique-, aquí está tu

amigo San Lucas; ordénale que se lave la cara, o mejor dicho, que se la ensucie también con la crema, porque si no tomas esta indispensable precaución, sucederá una cosa desagradable, y es que o tú estarás excesivamente perfumado para él, o él muy poco para ti. ¡Hola! vengan la crema y los peines -añadió tendiéndose en un sillón enfrente del rey-: yo también quiero probarlos.

-¡Chícot, Chicot! -dijo Enrique-, vuestra piel es demasiado seca; absorbería una cantidad muy grande de crema, y apenas hay bastante para mí; y vuestro pelo es tan áspero que rompería mis peines.

-Mi piel está seca a fuerza de exponerme a la intemperie por ti, ¡príncipe ingrato!, y si mi pelo está áspero, depende de los disgustos que me das y que me lo tienen continuamente erizado. Mas si me niegas la crema para la cara, es decir, para lo exterior, no importa, hijo mío, no

la quiero para eso.

Enrique se encogió de hombros como hombre poco dispuesto a divertirse con las chanzonetas de su bufón.

-Dejadme -dijo-, estáis muy pesado.

Después, volviéndose hacia San Lucas, agregó:

-¿Qué tal, hijo, qué tal la cabeza?

San Lucas se llevó la mano a la frente y dio un gemido.

-Figúrate -prosiguió Enrique que he visto a Bussy d'Ambroise. ¡Eh! ¡que me abrasáis! -dijo volviéndose hacia el sirviente que le rizaba el pelo.

El peluquero se arrodilló.

-¿Habéis visto a Bussy d'Atnboise, señor? -preguntó San Lucas estremeciéndose.

-Sí -contestó el rey-. ¡Pero qué imbéciles! ¡Haberle atacado los cinco y no haber acertado a matarle! Les he de hacer enrodar; si tú te

hubieres hallado allí... ¿eh, San Lucas?

-Señor -dijo el joven-, es probable que no hubiera sido más feliz que mis compañeros.

-¿Qué me dices? Apuesto diez mil escudos a que das tú diez estocadas a Bussy, mientras él te da seis. ¡Pardiez! mañana lo veremos. ¿Tiras todavía, hijo mío?

-Sí, señor; ¿pues no?

-¿Te pregunto si te ejercitas a menudo en la esgrima?

-Casi diariamente, cuando estoy bueno; pero cuando estoy malo, señor, no sirvo absolutamente para nada.

-¿Qué tal tirabas conmigo? ¿Quién de los dos daba al otro más botonazos?

-Salíamos a ellos con poca diferencia.

-Sí, pero yo tiro mejor que Bussy. ¡Despacio, vive Dios! ¡que me arrancáis el bigote! -agregó dirigiéndose a su barbero.

El barbero se arrodilló.

-Señor -dijo San Lucas-, indicadme un remedio para el mal de corazón.

-Comer -repuso el rey.

-¡Oh! señor, creo que os equivocáis.

-No, yo te lo aseguro.

-Tienes razón, Valois -observó Chicot-, y como a mí me duele el corazón, o el estómago, pues no sé cuál de las dos cosas, sigo tu consejo.

En seguida se oyó el ruido singular parecido al que resulta del movimiento incesante de las mandíbulas de un mono. Enrique se volvió y vio a Chícot, que después de haber engullido toda la cena que había hecho subir para el rey y para San Lucas, saboreaba ruidosamente el contenido de una taza de porcelana del Japón.

-¿Qué es eso? -dijo Enrique-, ¿qué diablos hacéis ahí, monsieur Chicot?

-Estoy tomando la crema interiormente -repuso Chicot-, puesto que está prohibido tomarla por el exterior.

-¡Ah! traidor -dijo el rey haciendo un movimiento de cabeza tan poco meditado, que el dedo pastoso del ayuda de cámara le llenó la boca de crema.

-Come, hijo mío, come -dijo gravemente Chicot-. Yo no soy tan tirano como tú; te permito que tomes crema interior o exteriormente.

-¡Pardiez! ¡qué me ahogáis! -dijo Enrique al ayuda de cámara.

Este se arrodilló como lo habían hecho el peluquero y el barbero.

-¡Que vayan en busca de mi capitán de guardias! -exclamó el rey- ¡que vayan a buscarle ahora mismo!

-¿Y para qué quieres a tu capitán de guardias? -dijo Chicot rebañando lo interior dé la taza de porcelana con el dedo y relamiéndola después.

-Para que con su espada atraviese de parte a parte a Chicot, y le haga asar, aunque esté flaco,

para dárselo a mis perros.

Chicot se levantó y poniéndose el sombrero atravesado dijo:

-¡Por la muerte de Cristo! ¡dar asado a Chicot a tus perros! ¡un noble a tus cuadrúpedos! ¡Que venga, que venga, hijo mío, tu capitán de guardias y nos veremos!

Y Chicot sacó su larga espada y la esgrimió contra el peluquero, el barbero y el ayuda de cámara de un modo tan cómico, que el rey no pudo menos de reírse.

-Pero yo tengo hambre -dijo Enrique -con voz doliente-, y el bribón se ha comido él solo toda la cena.

-Eres caprichoso, Enrique -repuso Chicot-, te he convidado a sentarte a la mesa y no has querido. En todo caso, aquí ha quedado tu caldo; yo no tengo más gana y me voy a acostar.

Mientras tanto el viejo Gaspar había. llevado a su amo la llave del cuarto.

-Yo también -dijo San Lucas-; porque si estuviese más tiempo en pie faltaría al respeto debido a mi rey, cediendo en presencia de Su Majestad a la violencia de los ataques de nervios. Tengo escalofríos.

-Toma, San Lucas, llévatelos -dijo el rey dando al joven los perritos-falderos.

-¿Para qué? -interrogó San Lucas.

-Para que los acuestes contigo; así adquirirán tu enfermedad y te verás libre de ella.

-Gracias señor -repuso San Lucas volviendo a poner los perros en su canastillo-, no tengo confianza en vuestra receta.

-Iré a verte esta noche, San Lucas -agregó el rey.

-¡Oh! no, señor, yo os lo suplico -contestó San Lucas-. Despertaría sobresaltado, y dicen que esto causa ataques epilépticos.

Diciendo esto, saludó al rey y salió de la estancia, perseguido por las señales de amistad

que le prodigó Enrique hasta que dejó de verlo.

Chicot había desaparecido.

Las dos o tres personas que habían acudido a hacer la corte al rey mientras se acostaba, salieron también del gabinete.

No quedaron con el rey más que los sirvientes, los cuales le cubrieron el rostro con una careta de tela, impregnada con oloroso aceite, con agujeros para las narices, los ojos y la boca, y que se fijaba en la frente y en las orejas mediante un gorro de seda y plata.

Después le metieron los brazos en unas mangas de raso encarnado, bien forradas de seda fina y algodón; después le presentaron un par de guantes, de una piel tan flexible, que parecían de punto.

Estos guantes subían hasta el codo y estaban untados interiormente con un aceite perfumado que les daba aquella elasticidad, cuya causa en vano se procuraba averiguar por lo

exterior.

Acabados estos misterios de tocador, hicieron beber a Enrique su caldo en taza de oro; pero antes de llevarla a los labios, echó la mitad en otra taza semejante a la suya, ordenando que se la llevasen a San Lucas y le diesen de su parte las buenas noches.

Tocóle entonces su vez a Dios, que aquella noche, a causa sin duda de lo distraído que se hallaba Enrique con sus propios pensamientos no rezó más que una oración, y aun esto sin tocar siquiera sus rosarios benditos; luego mandó abrir la cama, sahumada con culantro, benjuí y canela.

Luego que se acomodó sobre sus muchas almohadas, mandó sacar del cuarto las flores que comenzaban a enrarecer el aire.

Para renovarlo se abrieron por algunos instantes las ventanas, quemáronse después algunos sarmientos en la chimenea de mármol, cuya

llama, aunque rápida como un meteoro, no se apagó sin haber difundido un suave calor por todo el aposento.

Entonces un criado corrió las cortinas de las ventanas y de las puertas e hizo entrar al perro favorito del rey, que se llamaba *Narciso.* El animal saltó al lecho real escarbó un poco, luego dio una vuelta y se echó atravesado sobre los pies de su amo.

En fin, otro criado apagó las bujías de color de rosa que ardían en las manos del sátiro de oro, disminuyó la luz de la lámpara poniendo una mecha más pequeña, y acabados estos últimos preparativos salió de puntillas.

El rey de Francia, más tranquilo, más negligente, más descuidado que aquellos monjes ociosos de su reino, retirados en sus opulentas abadías, no se tomaba el trabajo de pensar que existiese tal Francia.

Dormía.

Media hora más tarde los guardias que velaban en las galerías y que desde sus diferentes puestos podían distinguir las ventanas del cuarto de Enrique, vieron a través de las cortinas apagarse por completo la lámpara y los rayos argentados de la luna reemplazar en los vidrios a la suave luz rosada que los coloreaba. Esto les hizo pensar que Su Majestad dormía a pierna suelta.

En aquel momento había ya cesado todo ruido en lo interior y en lo exterior, y habría podido oírse al murciélago más silencioso volar en los sombríos corredores del Louvre.

VIII. DE QUE MODO EL REY ENRIQUE SE HALLE CONVERTIDO DE LA NOCHE A LA MAÑANA, SIN QUE NADIE SUPIESE LA CAUSA DE SU CONVERSIÓN

Así transcurrieron dos horas.

De repente resonó un terrible grito que salía del cuarto del rey. Sin embargo, la lámpara se-

guía apagada, el silencio era tan profundo como antes y ningún ruido se había dejado oír, salvo el extraño grito de Enrique III.

Porque era, efectivamente, el rey quien había gritado. Inmediatamente después se oyó el ruido de un mueble que caía al suelo, de una vasija de porcelana que se rompía y de apresurados pasos que resonaban en el aposento; luego nuevos gritos mezclados con ladridos de perro; por último se vieron brillar luces y relucir espadas en las galerías, y los pesados pasos de los guardias medio dormidos hicieron temblar el pavimento.

-¡A las armas! -gritaron todos-, ¡a las armas! el rey llama, corramos a la habitación del rey.

Y acto continuo el capitán de guardias, el coronel de suizos, los criados de palacio, los arcabuceros de servicio, se precipitaron a porfía en el real aposento, que inmediatamente quedó iluminado por veinte antorchas.

Junto al sillón derribado y de las tazas quebradas, y delante del lecho desordenado y cuyas sábanas y cobertores estaban esparcidos por el cuarto, estaba Enrique, grotesco y espantoso con sus atavíos de noche, pálido, erizado el cabello y la mirada fija.

Tenía la mano derecha extendida y le temblaba como una hoja agitada por el viento.

La mano izquierda crispada, tenía maquinalmente asiduo el puño de la espada.

El perro, tan agitado como su amo, le miraba aullando.

El rey parecía mudo por efecto del terror; no atreviéndose ninguno a romper el silencio, todos se interrogaban con la vista y aguardaban en la mayor ansiedad.

Entonces se presentó medio desnuda, pero envuelta en un gran manto, la joven reina Luisa de Lorena, rubia y tierna criatura, que vivía como una santa en la tierra y a quien los gritos

de su marido habían despertado.

-Señor -dijo más trémula que todos-, ¿qué hay? ¡Dios mío! ¿qué sucede?... Vuestros gritos han llegado hasta mí y he venido.

-No ... no. . es ... nada -repuso el rey sin mover los ojos que parecían mirar en el aire alguna forma vaga e invisible para todos, excepto para él.

-Pero Vuestra Majestad ha gritado -insistió la reina-, ¿se ha puesto enfermo Vuestra Majestad?

Era tan visible el espanto pintado en la fisonomía de Enrique, que se iba comunicando poco a poco a los circunstantes; unos retrocedían, otros se adelantaban, otros devoraban con la vista al rey para convencerse de que no estaba herido, de que no le había tocado un rayo o mordido algún reptil.

-¡Oh, señor! -exclamó la reina-, señor, en nombre del cielo, no nos tengáis en tal angustia.

¿Queréis que se llame a un médico?

-¿Un médico? -dijo el rey con voz siniestra-, no, no es el cuerpo el que se halla enfermo, es el alma, es el espíritu; no, no quiero médico, quiero... un confesor.

Todos se miraron unos a otros; registraron las puertas, las cortinas, el techo, el pavimento. En ninguna parte quedaban huellas del objeto invisible que tanto había asustado al rey. Sin embargo, se practicaba este examen con curiosidad que a cada paso iba aumentando; ¡el rey había pedido un confesor!

Al momento que Enrique significó su deseo, montó un mensajero a caballo; millares de chispas brillaron en el empedrado del Louvre, y cinco minutos después llegaba al aposento del rey el superior del convento de jesuitas, que había sido despertado, y, por decirlo así, arrancado de su cama.

Cuando llegó el confesor cesó el tumulto y

se restableció el silencio: todos se interrogaban, todos se perdían en conjeturas, todos creían adivinar la causa del espanto del rey; pero todos temblaban... ¡El rey se está confesando!

A la siguiente mañana, muy temprano, Enrique, que se había levantado antes que nadie, mandó que volviera a cerrarse la puerta del Louvre, que no se había abierto sino para dejar pasar al confesor.

Luego hizo llamar al tesorero, al cerero y al maestro de ceremonias. Tomó su libro de oraciones, encuadernado en negro, y leyó algunas de ellas; después interrumpió su lectura para recortar imágenes de santos, y de pronto mandó que sé presentasen todos sus amigos.

Los encargados de comunicar esta orden pasaron primero al cuarto de San Lucas; pero San Lucas estaba más enfermo que nunca: su languidez era excesiva; se hallaba rendido de cansancio.

Su mal había degenerado en una completa pérdida de fuerzas, su sueño o más bien su letargo, había sido tan profundo, que era el único de todos los comensales de palacio que no había oído nada de la escena de la noche anterior, no obstante estar su habitación separada de la del rey tan sólo por un delgado tabique. Por lo mismo pidió permiso para no salir de la cama, prometiendo rezar en ellas todas las oraciones que el rey 1e ordenase.

Al oir Enrique esta lastimosa relación, hizo la señal de la cruz y ordenó que le enviasen su boticario.

Luego dispuso que se llevaran al Louvre todas las disciplinas del convento de Agustinos; pasó vestido de negro delante de Schomberg, que cojeaba; frente a d'Epernon, que tenía el brazo vendado; delante de Quelus, que se hallaba todavía aturdido, y delante de Maugiron y d'O, que estaban temblando. Repartió a

cada uno un par de disciplinas y les mandó que se azotasen con ellas lo más fuerte que les fuese posible.

D'Epernon observó que, teniendo el brazo derecho vendado, debía ser exceptuado de la ceremonia, toda vez que no podría devolver los golpes que le dieran, lo cual le haría, por decirlo así, desafinar en el concierto de la flagelación.

Enrique III contestó que por lo mismo sería su penitencia más agradable a los ojos de Dios.

El rey mismo dio el ejemplo; quitóse la ropilla, el disciplinarse y la camisa, y empezó a disciplinarse como un mártir.

Chicot quiso reírse y chancearse, según su costumbre; pero una mirada terrible del rey le hizo conocer que el instante no era a propósito para chanzas. Entonces tomó, como los demás, sus disciplinas, sólo que en vez de darse a sí propio, daba a los que se hallaban inmediatos a él, y cuando no hallaba ninguna espalda al al-

cance de su brazo, quitaba a disciplinazos el barniz de las columnas y del entablado.

Este tumulto volvió poco a poco la serenidad al semblante del rey, aunque era evidente que su espíritu continuaba profundamente afectado.

De repente salió de su cuarto mandando que le esperasen. Luego que hubo salido, cesaron las penitencias como por encanto. Sólo Chicot seguía descargando sobre d'O, a quien odiaba, golpes que éste devolvía lo mejor que le era posible. Era aquél un duelo a disciplinazos.

Enrique pasó al aposento de la reina; le regaló un collar de perlas de valor de veinticinco mil escudos; la besó en las dos mejillas, cosa que no había hecho en más de un año, y le rogó que se quitase los adornos reales y se vistiera con un saco.

Luisa de Lorena, siempre tierna y bondadosa, consintió en ello al momento, aunque no sin

preguntar por qué su esposo al regalarle un collar de perlas quería que se vistiese con un saco.

-Por mis pecados -respondió Enrique.

Esta respuesta satisfizo a la reina, porque conocía mejor que nadie cuán grande era la suma de pecados de que su marido debía hacer penitencia. Vistióse, pues, a gusto de Enrique, el cual volvió a su habitación diciendo a su esposa que en ella la aguardaba.

Al ver los cortesanos al rey, volvieron a comenzar la flagelación. D'O y Chicot, que no habían cesado en sus golpes, se hallaban cubiertos de sangre. El rey los cumplimentó llamándoles sus verdaderos y únicos amigos.

Al cabo de diez minutos llegó la reina vestida con su saco. Al instante se distribuyeron cirios a toda la Corte; los gallardos cortesanos, las hermosas damas y los buenos devotos del rey y de Nuestra Señora, se dirigieron a Mont-

martre, descalzos de pie y pierna, a pesar del horroroso tiempo de hielo y nieve, tiritando primero, pero calentados después por los golpes furiosos que repartía Chicot a los que tenían la desgracia de hallarse al alcance de sus disciplinas.

D'O se había confesado vencido y situado en la fila a cincuenta pasos de Chicot.

A las cuatro de la tarde terminó la lúgubre procesión; los conventos recibieron grandes limosnas; todos los personajes de la Corte tenían los pies hinchados y desolladas las espaldas; la reina se presentó en público con una enorme camisa de tela gruesa, y el rey con un rosario de calaveras. Hubo lágrimas, gritos, oraciones, incienso y cánticos.

El día, como se ve, había sido bueno.

Efectivamente, todos habían sufrido el frío y los disciplinazos por complacer al rey, sin que nadie hubiera podido adivinar por qué este

príncipe, que tanto había bailado la antevíspera, se maceraba las carnes dos días después.

Los hugonotes, los de la Liga y los libertinos miraron riéndose la procesión de los disciplinantes, diciendo, con el tono de desprecio habitual en esta especie de gente, que la última procesión había sido más bella y fervorosa; lo cual no era cierto.

Enrique entró en palacio en ayunas, con largas rayas azules y moradas en las espaldas; no se había separado de la reina en todo el día, aprovechando los instantes de discurso en todas las paradas que había hecho la procesión en las capillas, para prometerle nuevas pensiones y formar planes de peregrinación con ella.

Chicot, cansado de dar disciplinazos y hambriento con el ejercicio inusitado a que le condenara el rey, se separó disimuladamente de la procesión un poco más allá de la puerta de Montmartre, y con algunos ateos de la Corte

entró en el jardín de una fonda muy célebre, donde bebió vino con especies y se comió una cerceta cazada en el pantano de la Grange-Batelière. Después, al volver la procesión, tornó a colocarse en su puesto y siguió hasta el Louvre, disciplinando a más y mejor a los penitentes de ambos sexos, y repartiendo, como él decía, sus indulgencias plenarias.

Por la noche, el rey, sintiéndose fatigado de su ayuno, de su expedición con los pies desnudos y de los furiosos golpes que se había dado, mandó que le sirviesen una cena frugal; se hizo curar las espaldas, mandó que encendiesen un gran fuego en la chimenea y pasó al cuarto de San Lucas, a quien halló alegre y muy aliviado.

El rey había cambiado mucho desde el día anterior; todo su pensamiento se fijaba en la vanidad de las cosas humanas, en la penitencia y en la muerte.

-¡Ah! -dijo a San Lucas con el acento melan-

cólico del hombre disgustado de la vida-, bien ha hecho Dios en darnos la existencia tan amarga.

-¿Por qué, señor? -preguntó San Lucas.

-Porque de esta manera el hombre, cansado de las cosas del mundo, en vez de temer la muerte, la desea.

-Perdonad, señor -dijo San Lucas-, Vuestra Majestad hablará por sí; por mi parte, estoy muy lejos de desear la muerte.

-Escucha, San Lucas -agregó el rey moviendo la cabeza-, si quisieras atender a lo que te conviene, seguirías mi consejo, o por mejor decir, mi ejemplo.

-De buena gana, señor, si ese ejemplo me place.

-¿Quieres que dejemos yo mi corona, tú a tu mujer y ambos entremos en el claustro? Tengo dispensa del Santo Padre; mañana mismo haremos nuestra profesión. Yo me llamaré el

hermano Enrique...

-Perdonad, señor, perdonad. Vuestra Majestad tiene en poco su corona, cuyo valor ya conoce demasiado; pero yo tengo en mucho a mi mujer, a quien aún no conozco bastante. Así, pues, rehúso la oferta.

-¡Oh, oh! -dijo Enrique-, según parece, te sientes mejor.

-Infinitamente mejor, tengo el ánimo tranquilo y el corazón henchido de gozo. Mi alma está ahora dispuesta de una manera increíble a sentir la felicidad y el placer.

-¡Pobre San Lucas! -dijo el rey cruzando las manos.

-Ayer, señor, era cuando debíais haberme propuesto eso. ¡Oh! ayer estaba yo triste, enfermo, desesperado. Por una nada me habría metido en un pozo o en un convento, pero hoy es otra cosa; he pasado una buena noche, un día felicísimo, y quiero estar alegre ¡vive Cristo!

-¡Tú juras, San Lucas! -exclamó el rey.

-¿He jurado, señor? Es posible, pero Vuestra Majestad jura también algunas veces.

-He jurado, San Lucas, pero no juraré más.

-No me atrevo yo a decir otro tanto. Juraré lo menos posible; esto es lo único que puedo prometer. Por otra parte, Dios es bueno y misericordioso con los pecadores, cuando nuestros pecados dependen de la flaqueza humana.

-¿Y tú crees que Dios me perdonará?

-¡Oh! yo no me refiero a vos, señor; hablo de un servidor de Vuestra Majestad. ¡Diablo! Vuestra Majestad tiene pecados... de rey... mientras que yo he pecado como simple particular y espero que el día del juicio el Señor tendrá dos pesos y dos balanzas.

El rey lanzó un suspiro, murmuró el *Confiteor* y se golpeó el pecho al son del *mea culpa.*

-San Lucas -dijo al fin Enrique-, ¿quieres pasar la noche en mi habitación?

-Eso según -contestó San Lucas-: ¿qué haremos en el cuarto de Vuestra Majestad?

-Encenderemos todas las luces, yo me acostaré y tú me leerás todas las letanías de los santos.

-Gracias, señor.

-¿No aceptas?

-Me guardaré muy bien.

-¡Tú me abandonas, San Lucas, tú me abandonas! ...

-No, señor; al contrario, no me separaré de Vuestra Majestad ...

-¡Ah! ¿es cierto?

-Si Vuestra Majestad quiere.

-Seguramente.

-Pero con una condición, *sine qua non.*

-¿Cuál?

-Que Vuestra Majestad hará poner mesas para cenar y mandará a buscar violines y cortesanas para bailar.

-¡San Lucas, San Lucas! -exclamó el rey aterrorizado.

-¿Os admiráis, señor? Esta noche estoy muy bromista. ¿Quiere Vuestra Majestad? ...

Enrique no contestó. Su espíritu, a veces tan vivo y alegre, se entristecía más y más y parecía luchar en vano contra un secreto pensamiento que le pesaba, como haría un pájaro que teniendo un plomo atado a las patas, procurase aún hacer esfuerzos para volar.

-San Lucas -dijo al fin el rey con voz fúnebre-: ¿sueñas algunas veces?

-Muchas, señor.

-¿Crees en sueños?

-Por filosofía.

-¿Cómo es así?

-Sí, señor, los sueños consuelan de la falta de piedad. Por ejemplo, esta noche he tenido un sueño magnífico.

-¿Cuál?

-He soñado que mi mujer. .

-¿Piensas aún en tu mujer, San Lucas?

-Más que nunca.

-¡Ah! -dijo el rey dando un suspiro y miran-
do al cielo.

-He soñado -prosiguió San Lucas- que mi
mujer, conservando su hermoso rostro, porque
mi mujer es hermosa, señor...

-¡Ah! sí -dijo el rey-. ¡También Eva era her-
mosa, desgraciado! y Eva nos ha perdido a to-
dos.

-¡Ah! ¿es ésa la causa de vuestra tristeza?
Pero volvamos a mi sueño.

-Yo también he soñado -repuso el rey.

-Mi mujer, pues, conservando su hermoso
semblante, había tomado las alas y la forma de
un pájaro, y sin hacer caso de postigos ni rejas,
pasó por encima de las murallas del Louvre y
vino a llamar a mis vidrieras, dando un leve
grito que yo entendí y que decía: Abre, San Lu-

cas, abre, esposo mío.

-¿Y abriste? -dijo el rey.

-Ya lo creo -contestó San Lucas-, y sin dete-

nerme un instante.

-¡Mundano!

-Todo lo que queráis, señor.

-¿Y entonces, despertaste?

-No señor, me guardé muy bien; el sueño

era demasiado satisfactorio.

-¿Y seguiste soñando?

-Lo más que pude, señor.

-¿Y esperas esta noche? ...

-¿Soñar otra vez? Sí; no se enfade Vuestra

Majestad; ésta era la causa por que he rehusado

la oferta de ir a leeros las letanías. Si he de pasar

la noche en vela, señor, al menos quiero hallar

el equivalente de mi sueño. Por lo tanto si, co-

mo he dicho, Vuestra Majestad quiere hacer

que se pongan mesas y enviar a buscar violi-

nes...

-Basta, San Lucas, basta -dijo el rey levantándose-. Tú te pierdes y me perderías contigo si siguiese más tiempo aquí. Adiós; espero que el cielo te enviará, en vez, de un sueño tentador, un sueño saludable que te induzca a acompañarme mañana en mis penitencias y a salvarte conmigo.

-Mucho lo dudo, señor, y aun puedo decir que estoy tan convencido de lo contrario, que si hubiera de dar un consejo a Vuestra Majestad sería el de echar esta noche misma del Louvre al libertino San Lucas, que se halla decidido a morir impenitente.

-No -repuso Enrique-, no; yo espero que de aquí a mañana se abrirá tu corazón a la gracia como se ha abierto el mío. Buenas noches, San Lucas, voy a rezar por ti.

-Buenas noches, señor, yo voy a soñar por vos.

Y San Lucas empezó la primera copla de

una canción más que ligera, que el rey tenía costumbre de cantar en sus momentos de buen humor, pero que entonces sirvió para acelerar la salida de Enrique, el cual cerró la puerta y entró en su aposento murmurando:

-Señor, mi Dios, vuestra cólera es justa y legítima, porque el mundo va de mal en peor.

IX. EL MIEDO DEL REY Y EL DE CHICOT

Al salir el rey del cuarto de San Lucas, halló a la Corte reunida, según sus órdenes, en la gran galería.

Allí repartió algunas mercedes a sus amigos; envió fuera de la Corte a d'O, d'Epernon y Schomberg, amenazó a Maugiron y a Quelus con hacerles formar causa si tenían nuevas querellas con Bussy, y tuvo por largo rato a su hermano Francisco estrechado contra su corazón.

En cuanto a la reina, se mostró con ella tan pródigo de caricias y de elogios, que los corte-

sanos concibieron la más favorable esperanza acerca de la sucesión a la corona.

Sin embargo, acercábase la hora ordinaria de acostarse y fácilmente podía verse que el rey retardaba este momento lo más que le era posible; al fin el reloj del Louvre dio las diez; Enrique paseó por largo rato sus miradas en torno suyo, como si quisiera elegir entre todos sus amigos aquél a quien había de encomendar las funciones de lector de que San Lucas acababa de hacer dimisión.

Chicot le miraba fijamente.

-¡Oiga! -dijo con su osadía acostumbrada-, ¡me miras con un aire de bondad esta noche, Enrique! ¿Tratas de darme alguna buena abadía con diez mil libras de renta? ¡Diablo, y qué prior haría yo! Ánimo, hijo mío, y dame esa prebenda.

-Seguidme, Chicot -dijo el rey-. Buenas noches, señores, me voy a acostar.

Chicot se volvió hacia los cortesanos, retor-
cióse el bigote, repitiendo las palabras de Enri-
que con el aire más gracioso y dirigiendo a uno
y a otro lado afables miradas.

Buenas noches, señores, buenas noches, nos
vamos a acostar.

Los cortesanos se mordieron los labios; el
rey se ruborizó.

-¡Hola! -añadió Chicot-, ¡mi barbero, mi pe-
luquero, mi ayuda de cámara y sobre todo m¡
crema!

-No -dijo el rey-, no hay necesidad de nada
de eso esta noche; vamos a entrar en la cuares-
ma y deseo hacer penitencia.

-Lo siento por la crema -repuso Chicot.

El rey y el bufón entraron en el cuarto que
ya conocemos.

-¿Qué es esto, Enrique? -preguntó Chicot-,
¿soy yo ahora el favorito? ¿soy yo el indispen-
sable, el Cupido, más Cupido que Quelus?

-¡Silencio, bufón! -dijo el rey-: despejad vosotros -agregó dirigiéndose al barbero, al peluquero y al ayuda de cámara.

Estos obedecieron; volvió a cerrarse la puerta; Enrique y Chicot quedaron solos; Chicot miraba a Enrique con cierta especie de asombro.

-¿Por qué los despides? -preguntó-. Aún no nos habían untado. ¿Es porque piensas untarme con tus reales manos? ¡Psé! será una penitencia como otra cualquiera.

Enrique no contestó. Todos habían salido ya de la estancia, y los dos reyes, el loco y el cuerdo, se miraban mutuamente.

-Recemos -dijo Enrique.

-Gracias -exclamó Chicot-, no es cosa muy alegre. Si para eso me has hecho venir, prefiero volverme a la mala compañía en que estaba. Adiós, hijo mío, buenas noches.

-Quedaos -dijo el rey.

-¡Hola! -exclamó Chicot irguiendo la cabeza-, esto degenera en tiranía. Eres un déspota, un Falaris, un Dionisio. Yo me aburro aquí: me has obligado a estar todo el día despellejando a vergajazos las espaldas de mis amigos y ahora parece que quieres que vuelva a empezar. ¡Diablo! No empecemos, Enrique: aquí no estamos más que dos, y entre dos.. ningún golpe se pierde.

-¡Callad, miserable charlatán! -dijo el rey-, pensad en arrepentiros.

-¡Buena es ésa! ¡arrepentirme yo! ¿y de qué quieres que me arrepienta? ¿de haberme hecho bufón de un fraile? *Confiteor*... me arrepiento; *mea culpa*... por mi culpa, por mi grandísima culpa.

-¡Basta de sacrilegio, desgraciado! ¡basta de sacrilegio!

-¡Vive Dios! -dijo Chicot-, más quisiera verme encerrado en una jaula de leones o de monos, que en el aposento de un rey maniático.

¡Adiós!

El rey quitó la llave a la puerta.

-Enrique -dijo Chicot-, advierte que tienes un aspecto siniestro, y te prevengo que si no me dejas salir llamaré, gritaré, echaré la puerta abajo, romperé las vidrieras. ¡Hola! ¡criados! ¡pajes!

-Chicot -dijo el rey con el tono más triste-, Chicot, amigo mío, estás abusando de mi tristeza.

-¡Ah! ya entiendo -dijo Chicot-, tienes miedo de quedarte solo. Así son todos los tiranos. Manda hacer doce aposentos como Dionisio, o doce palacios como Tiberio. Entretanto, toma mi larga espada y yo me llevaré la vaina, ¿quieres?

Al oír la palabra miedo pasó un relámpago por los ojos de Enrique; luego sintió un singular estremecimiento, se levantó y dio algunos paseos por el cuarto.

Tenía Enrique todo el cuerpo tan agitado y

tan pálido el semblante, que Chicot empezó a creer que el rey estaba verdaderamente enfermo; así, después de haberle visto con asombro dar tres o cuatro paseos por la estancia, le dijo:

-Veamos, hijo mío, ¿qué tienes? Cuenta tus penas a tu amigo Chicot.

El rey se detuvo frente a Chicot, y mirándole fijamente le dijo:

-Sí, tú eres mi amigo, mí único amigo.

-La abadía de Valencey está vacante -añadió Chicot.

-Escucha -interrumpió Enrique-, ¿eres discreto?

-También lo está la de Pithiviers, donde se comen tan buenas empanadas de alondras.

-A pesar de tus bufonadas -prosiguió el rey-, eres hombre de corazón.

-Entonces no me des una abadía; dame el mando de un regimiento.

-Y eres así mismo capaz de dar un buen

consejo.

-En ese caso no me des un regimiento: haz-
me consejero. ¡Ah! no, ahora que pienso en ello,
prefiero un regimiento o una abadía; no quiero
ser consejero, porque me vería obligado a ser
constantemente de la misma opinión que el rey.

-Callad, callad, Chicot, la hora se acerca,
hora terrible.

-¡Ya vuelves a tu tema! -dijo Chicot.

-Ya veréis, ahora vais a oír.

-¿Qué voy a ver? ¿qué voy a oír?

-Aguardar, y el suceso mismo os dirá lo que
queréis saber, esperad.

-No y no; no quiero esperar; ¿pero qué pe-
rro rabioso mordió a tu padre y a tu madre la
noche en que tuvieron la desgracia de engen-
drarte?

-Chicot, ¿eres valiente?

-Me precio de serlo; pero no pongo yo a
prueba mi valor así como quiera. Cuando el rey

de Francia y Polonia grita por las noches escandalizando el Louvre, yo, débil como soy, no puedo menos de deshonrar tu habitación.

Adiós, Enrique, llama a tu capitán de guardias, a tus suizos, a tus porteros y déjame salir de aquí y ponerme lejos de ese peligro invisible, lejos de ese riesgo que no conozco.

-Os mando que os quedéis dijo el rey con acento de autoridad.

-¡A fe que eres un amo complaciente! ¿quieres mandar al miedo? Yo tengo miedo; te digo que tengo miedo: ¡fuego! ¡fuego! ¡socorro! ¡socorro!

Y Chicot se subió sobre una mesa, indudablemente para dominar el peligro.

-Vamos, bellaco -dijo el rey-, puesto que de otra manera no has de callar voy a contártelo todo.

-¡Ah! -exclamó Chicot frotándose las manos, bajando con precaución de la mesa y desnu-

dando su enorme tizona-; estando prevenido,
no hay cuidado; veremos: cuenta hijo mío,
cuenta; parece que hay de por medio algún
cocodrilo, ¿eh? ¡Qué diablo! la hoja de mi espa-
da es buena; la utilizo para cortarme los callos
todas las semanas, y a fe que mis callos son du-
ros. Decías, pues, Enrique, que teníamos que
habérnoslas con un cocodrilo...

Y Chicot se acomodó en un gran sillón con
la espada desnuda entre los muslos y entrela-
zándola con las piernas, al modo que las ser-
pientes, símbolo de la paz, entrelazan el ca-
duceo de Mercurio.

-Anoche -dijo Enrique- estaba yo durmien-
do...

-Y yo también -dijo Chicot.

-Cuando de pronto sentí en el rostro la im-
presión de un hálito.

-Sería el animal que tendría hambre y se
comería la crema.

-Medio desperté y sentí erizárseme la barba debajo de la careta.

-¡Ah! me haces temblar de un modo delicioso -exclamó Chicot, acurrucándose en su sillón y apoyando la barba en el pomo de la esnada.

-Entonces -continuó el rey con acento tan débil y trémulo que el ruido de sus palabras apenas llegó a los oídos de Chicot-, entonces resonó una voz en el aposento, con tan dolorosa vibración, que conmovió todo mi cerebro.

-La voz del cocodrilo, sí. He leído en el viajero Marco Polo que el cocodrilo tenía una voz terrible, que imitaba el llanto de los niños; pero cálmate, hijo mío, si viene le mataremos.

-Atiende.

-¡Pardiez, si atiendo! -dijo Chicot estirándose como movido por un resorte-; estoy inmóvil como un tronco y mudo como una carpa de tanto atender.

Enrique prosiguió con acento todavía más

lúgubre y sombrío:

-Miserable pecador, dijo la voz.

-¡Bah!--interrumpió Chicot-, la voz hablaba:

¿entonces no era un cocodrilo?

-Miserable pecador, dijo la voz, yo soy la

voz de tu Dios y Señor.

Chicot dio un salto y se quedó de nuevo

acurrucado en su sillón, repitiendo:

-¡La voz de Dios!

-¡Ah, Chicot! -añadió Enrique-, es una voz

terrible.

-¿Y es buena? -preguntó Chicot-; ¿se parece,

según dice la Escritura, al sonido de la trompe-

ta?

-¿Estás ahí? ¿me oyes? continuó la voz: ¿me

oyes, pecador endurecido? ¿estás resuelto a

perseverar en todas tus iniquidades?

-¡Ah! muy bien, perfectamente bien -

exclamó Chicot-; pero advierto que la voz de

Dios se parece mucho a la de tu pueblo.

-Después -dijo el rey-, siguieron otras mil reconvenciones, que os protesto, Chicot, han sido para mí muy crueles.

-Mas, continúa, hijo mío -interrumpió Chicot-, cuenta, cuéntame algo de lo que te dijo la voz; así sabré si Dios está bien enterado.

-¡Impío! -dijo el rey-; si dudas, yo te haré castigar.

-¿Yo? -dijo Chicot-, yo no dudo, lo que me admira únicamente es que Dios haya esperado hasta hoy para hacerte esas reconvenciones. Muy paciente se ha hecho desde el Diluvio. De manera, hijo mío, que has tenido un miedo espantoso.

-¡Oh! sí -dijo Enrique.

-La cosa no era para menos.

-Corríame el sudor por las sienes y el espanto penetraba hasta la médula de mis huesos.

-Como se dice en el pasaje de jeremías; es muy natural, y a fe de caballero que en tu lugar

ignoro lo que habría hecho. ¿Y entonces lla-

maste?

-¡Sí!

-¿Y vinieron?

-Sí.

-¿Y registraron él aposento?

-Todo.

-¿Y no hallaron a Dios?

-Todo se había desvanecido.

-Principiando por el rey Enrique. Es horro-

roso.

-Y tanto, que hice llamar a mi confesor.

-¡Ah, bueno! y ¿acudió?

-Al momento.

-Vamos, sé franco, hijo mío, di la verdad

aunque sea contra tu costumbre. ¿Qué opina de

esta revelación tu confesor?

-Se estremeció.

-Ya lo creo.

-Se santiguó y me mandó que me arrepin-

tiese, como Dios me lo había advertido.

-Muy bien; nunca es malo arrepentirse; pero de la visión misma, o más bien de la audición, ¿qué te dijo?

-Que era providencial, que era un milagro .y que debía meditar en la salud del Estado. Por eso esta mañana...

-¿Qué has hecho esta mañana, hijo mío?

-He dado cien mil libras a los jesuitas.

-¡Muy bien!

-Y he atormentado mis carnes y las de mis jóvenes cortesanos.

-Perfectamente, ¿y después?

-¿Después? ¿qué te parece, Chicot? No es al bufón a quien hablo, sino al hombre de corazón, al amigo.

-¡Ah, señor! -exclamó Chicot poniéndose serio-, creo que Vuestra Majestad ha tenido alguna pesadilla.

-¿Tú crees ... ?

-Que es un sueño que Vuestra Majestad ha tenido y que no se renovará si Vuestra Majestad deja de pensar en él.

-¿Un sueño? -dijo Enrique moviendo la cabeza-; no, no; estaba bien despierto, te lo aseguro, Chicot.

-Tú dormías, Enrique.

-Tan no dormía, que tenía los ojos enteramente abiertos.

-Así duermo yo también.

-Sí, pero yo veía, lo cual no sucede cuando se duerme verdaderamente.

-¿Y qué veíais?

-Veía la luna que entraba por las vidrieras de mi aposento y la amatista del pomo de mi espada, que brillaba con una luz opaca ahí donde tú estás ahora, Chicot.

-¿Y la lámpara? ¿qué era de ella?

-Estaba apagada.

-Sueño, hijo mío, puro sueño.

-¿Por qué crees que lo fuese, Chicot? ¿No se ha dicho que el Señor habla a los reyes cuando quiere efectuar alguna gran mudanza en la tierra?

-Sí, les habla, es cierto, pero tan bajo, que no le oyen jamás.

-¿Pero qué es lo que te hace tan incrédulo?

-El que hayas oído tan bien.

-Y ahora, ¿comprendes por qué te he hecho quedar conmigo? -dijo el rey.

-¡Pardiez! -repuso Chicot.

-Para que oigas por ti mismo lo que ha de decir la voz.

-¿Para que si repito lo que he oído se crea que digo alguna bufonada? Chicot es tan nulo, tan poca cosa, tan loco, que aunque se lo dijera a todos, uno por uno, nadie lo creería. No está mal calculado, hijo mío.

-¿Por qué no se había de creer, amigo mío -dijo el rey-, que yo confío este secreto a vuestra

bien conocida fidelidad?

-¡Ah! no mientas, Enrique; porque si la voz vuelve, te reconvendrá por esa mentira, y bastantes iniquidades tienes a tu cargo. Mas no importa, acepto la comisión: no me desagradará oir la voz del Señor; tal vez diga también algo para mí.

-Y ahora, ¿qué haremos?

-Es preciso que te acuestes, hijo mío.

-Pero si. .

-Nada de peros.

-No obstante.

-¿Crees que porque no te acueste impedirás que hable la voz de Dios? Un rey no sobresale entre los demás hombres sino por la altura de la corona, y cuando no la tiene en la cabeza, créeme, Enrique, se queda tan bajo como los otros, y en ocasiones más.

-Sea, pues -dijo el rey-; ¿tú te quedas?

-Ya hemos convenido en ello.

-Pues bien, voy a acostarme.

-Bueno.

-Pero tú no te acostarás, ¿eh?

-Veremos.

-Únicamente me quito la ropilla.

-Haz lo que gustes.

-Me quedo con los calzones.

-No es mala precaución.

-¿Y tú?

-Yo permaneceré donde estoy.

-¿No te- dormirás?

-¡Ah! en cuanto a eso, no puedo prometérte-

lo; el sueño es como el miedo, hijo mío, inde-

pendiente de la voluntad.

-¡Al menos harás lo que puedas!

-Acuéstate tranquilo, me pellizcaré: además

la voz me despertará.

-No bromees con la voz -dijo Enrique, sa-

cando la pierna que tenía ya dentro de la cama.

,

-¡Vamos! -dijo Chicot-, ¿será preciso que vaya a acostarte?

El rey dio un suspiro, y luego de haber registrado con sus inquietas miradas todos los rincones del aposento, se metió temblando en la cama.

-Ahora me toca a mí -exclamó Chicot, y se tendió en el sillón, colocando alrededor y detrás de sí los almohadones y las almohadas.

-¿Qué tal, señor?

-Tal cual -dijo el rey-; ¿y tú?

-Muy bien; buenas noches, Enrique.

-Buenas noches, Chicot; pero no te duermas.

-¡Psé! veremos -dijo Chicot bostezando con extraordinaria fuerza.

Y ambos cerraron los ojos: el rey para aparentar que dormía; Chicot para dormir efectivamente.

X. LA VOZ DE DIOS

Enrique y Chicot permanecieron inmóviles

y silenciosos por espacio de diez minutos. De pronto se incorporó el rey con sobresalto y se quedó sentado en la cama.

Chicot hizo otro tanto al sentir aquel movimiento y aquel ruido que le arrancaba a la dulce somnolencia que precede al sueño.

Ambos se miraron mutuamente con centelleantes ojos.

-¿Qué es eso? -preguntó Chicot en voz baja.

-¡El hálito -dijo el rey en voz aún más baja-, el hálito!

En el mismo instante se apagó una de las bujías que el sátiro de oro tenía en la mano; después se apagó Ja segunda, después la tercera, luego, en fin, la última.

-¡Hola! -exclamó Chicot-; ¡y cómo sopla!

Apenas había pronunciado Chicot la última sílaba de estas palabras, se apagó también la lámpara, v el aposento quedó alumbrado solamente con los últimos resplandores de la

chimenea.

-¡Cerdo! -dijo Chicot levantándose completamente.

-Va a hablar -dijo el rey encorvándose-, va a hablar.

-Entonces -repuso Chicot-, escucha.

En efecto, en el mismo instante se oyó una voz hueca y retumbante que sonaba en el espacio comprendido entre el lecho y la pared, diciendo:

-¡Pecador endurecido! ¿estás ahí?

-Sí, señor -dijo Enrique dando diente con diente.

-¡Hola! -dijo Chicot-; vaya una voz acatarrada para venir del cielo; no obstante, es terrible.

-¿Me oyes? -preguntó la voz.

-Sí, señor -contestó Enrique temblando-; y escucho encorvado el peso de vuestra cólera.

-¿Crees haberme obedecido -siguió la voz-

haciendo todas las zalamerías exteriores que has hecho hoy, sin que en realidad se haya movido al bien tu corazón?

-¡Bien dicho! -exclamó Chicot-, ¡muy bien dicho!

Las manos del rey se chocaban temblando al cruzarse; Chicot se aproximó a él.

-¡Y bien! -murmuró Enrique-; ¿crees ahora, desdichado?

-Esperad -respondió Chicot.

-¿Qué quieres?

-¡Silencio! óyeme: sal poquito a poco de la cama y déjame poner en tu lugar.

-¿Para qué?

-A fin de que la cólera del Señor caiga primeramente sobre mí.

-¿Crees que Dios me perdonará por eso?

-Nada se pierde con intentarlo.

Y con afectuosa solicitud empujó suavemente al rey fuera de la cama y se puso en su

lugar.

-Ahora, -le dijo-, siéntate en mi sillón y dé-

jame contestar.

Enrique obedeció: empezó a adivinar.

-No respondes -repuso la voz-, prueba de

que tu corazón se ha endurecido en el pecado.

-¡Oh! ¡perdón, perdón, Señor! -exclamó Chi-

cot imitando la voz gangosa del rey.

Después, dirigiéndose a Enrique, añadió:

-¡Es chistoso! ¿qué te parece, hijo mío? Su

Divina Majestad no conoce a Chicot.

-¡Hum! -repuso Enrique-, ¿qué significa es-

to?

-Espera, espera y oirás maravillas.

-¡Infeliz! -dijo la voz.

-Sí, señor, sí -dijo Chicot-, soy un pecador

endurecido, un gran pecador.

-Confiesa tus crímenes y arrepiéntete.

-Me acuso -añadió Chicot- de haber hecho

una gran traición a mi primo Condé seduciendo

a su mujer, y me arrepiento de ello.

-¿Qué es lo que dices? -murmuró el rey-, ¿quieres callar? Ya hace mucho tiempo que nadie se acuerda de eso.

-¡Ah! es cierto -dijo Chicot-; Pasemos a otra cosa.

-Continúa -dijo la voz.

-Acúsome, Señor -continuó el fingido Enrique-, de haber sido un gran ladrón con los polacos que me habían nombrado rey, y a quienes dejé abandonados una noche, llevándome todos los diamantes de la corona.

-¡Eh! ¡belitre! -dijo Enrique-, ¿qué recuerdos traes ahora? Eso ya está olvidado.

-Es preciso seguir engañándole -contestó Chicot-; déjeme hacer.

-Prosigue -dijo la voz.

-Me acuso -dijo Chicot-, y me arrepiento de haber usurpado el trono de Francia a mi primo Alen con, a quien correspondía de derecho,

puesto que yo había renunciado formalmente a él al aceptar el trono de Polonia.

-¡Bribón! -exclamó el rey.

-Adelante -repuso la voz-, no es eso todavía.

-Acúsome, Señor, de haberme entendido con mi buena madre Catalina de Médicis para hacer salir de Francia a mi cuñado el rey de Navarra, luego de haber destruido a todos sus amigos, y a mi hermana la reina Margarita, después de haber destruido a todos sus amantes: de todo lo cual me arrepiento sinceramente.

-¡Ah bergante! -exclamó el rey apretando los dientes de cólera.

-Señor, no ofendamos a Dios tratando de ocultarle lo que sabe tan bien como nosotros.

-No se trata ahora de política -prosiguió la voz.

-¡Ah, triste de mí! -dijo Chicot con acento lastimero-. Se trata de mis costumbres, ¿es cierto, Señor?

-Es cierto, Dios mío -continuó Chicot-, que soy muy afeminado, muy perezoso, muy dado a los deleites, muy necio y muy hipócrita.

-Es verdad -repuso la voz con un sonido cavernoso.

-He maltratado a las mujeres y especialmente a la mía, que es tan buena.

-El hombre debe amar a su mujer como a sí mismo y preferirla a todo -dijo la voz con terrible acento.

-¡Ah! -repuso Chicot en tono desesperado-, mucho he pecado entonces.

-Y has hecho pecar a los otros con tu ejemplo.

-Es verdad, también es verdad.

-Ha faltado poco para que por tu causa se condenara el pobre San Lucas.

-¡Bah! -repuso Chicot-, ¿estáis bien seguro de eso, Dios mío? ¿no se ha condenado enteramente?

-No, pero podrá condenarse y tú también, si no le envías mañana por la mañana, lo más tarde, con su familia. . .

-¡Hola! -exclamó Chicot-, la voz me parece amiga de la familia de Cossé.

-Y si no le haces duque y a su mujer duquesa -continuó la voz-, en recompensa de sus días de viudez anticipada ...

-¿Y si no obedezco? -dijo Chicot dejando penetrar en su acento cierta apariencia de rebelión.

-Si no obedeces -repuso la voz engruesándose de un modo terrible-, te verás cocido por toda la eternidad en la gran caldera, donde te esperan cociéndose Sardanápolo, Nabucodonosor y el mariscal de Retz.

Enrique III lanzó un gemido. El temor a esta amenaza volvía a apoderarse de él más punzante que nunca.

-¡Oiga! -dijo Chicot-, ¿observas, Enrique,

cómo se interesa el cielo por M. de San Lucas? Consiento que el diablo me lleve si no parece que tiene a Dios en la manga.

Pero Enrique no oía las bufonadas de Chicot, o si las oía no le calmaban.

-¡Estoy perdido! -decía con acento de desesperación-, estoy perdido y esa voz de lo alto me hará morir.

-¡Voz de lo alto! -respondió Chicot-, ¡ah! por esta vez te engañas. Todo lo más será voz de lado.

-¿Cómo voz de lado? -preguntó Enrique.

-Sí; ¿no oyes, hijo mío, que la voz viene de esta pared? Enrique, el Omnipotente habita en el Louvre; es probable que, como el emperador Carlos V, pase por Francia para bajar a los infiernos.

-¡Ateo! ¡blasfemo!

-Eso es una honra para ti, Enrique, y por ello te doy la enhorabuena. Pero confieso que te

encuentro poco sensible a la honra que recibes.

¡Cómo! ¡está Dios en el Louvre, no le separa de ti más que un tabique, y no vas a hacerle una visita! Verdaderamente, Valois, que no creía que fueses tan poco atento.

En aquel instante una rama de sarmiento, perdida en un rincón de la chimenea, se inflamó, y el resplandor que despidió en el cuarto iluminó el rostro de Chicot.

Tenía aquel rostro tal expresión de alegría burlona, que sorprendió al rey.

-¿Qué es esto? -dijo Enrique-, ¿tienes valor para burlarte de lo que oyes? ¿te atreves?...

-Y tanto como me atrevo, y tú mismo te atreverás también en este mismo instante, o el diablo me ha de llevar... Pero, hijo mío, medita un poco y haz lo que te digo.

-¿Que vaya a ver? ...

-Si el Altísimo está efectivamente en el aposento inmediato.

-¿Mas y si vuelve a hablar la voz?

-¡Qué! ¿no estoy yo aquí para responder? Conviene, además, que yo continúe hablando en tu nombre; así creerá la voz que estás aquí, porque es noblemente crédula la voz divina e ignora con quién se las ha. Ya lo ves; un cuarto de hora hace que estoy rebuznando y no me ha conocido; ¡qué ignominia para una voz inteligente!

Enrique frunció el ceño. Chicot acababa de decir tanto, que su increíble credulidad se desvanecía.

-Creo que tienes razón, Chicot, y por Dios que deseo. ..

-¡Pues anda! -repuso Chicot empujándole.

Enrique abrió suavemente la puerta del corredor que daba al aposento inmediato, antiguo cuarto de la nodriza de Carlos IX y habitado entonces por San Lucas. Mas apenas había dado cuatro pasos oyó que la voz redoblaba sus re-

convenciones y que Chicot contestaba con súplicas y lamentos.

-Sí -decía la voz-, eres inconstante como una mujer, muelle como un sibarita, corrompido como un pagano.

-¡Hi, hi! -decía Chicot fingiendo que lloraba-, ¡hi! ¡hi! ¡hi! ¿qué culpa tengo yo, gran Dios, de que me hayas hecho la piel tan suave, las manos tan blancas, y el corazón tan voluble? Pero ya se concluyó, Dios mío, y desde hoy prometo no ponerme camisa sino de tela gruesa. Me enterraré en un muladar como Job, y comeré estiércol de vaca como Ezequiel.

Entretanto, Enrique continuaba por el corredor adelante, observando con asombro que a medida que se disminuía la voz de Chicot, se aumentaba la de su interlocutor, y que esta voz parecía efectivamente salir del cuarto de San Lucas.

Iba a llamar a la puerta, cuando observó

que por el ancho agujero de la cincelada cerradura pasaba un rayo de luz.

Esto le hizo bajarse hasta el nivel de la cerradura y mirar.

De pronto, de pálido que estaba, se puso morado de ira; se levantó y se frotó los ojos, como para ver mejor lo que no podía creer aun viéndolo.

-¡Por la muerte de Cristo! -exclamó-; ¿es posible que se hayan atrevido a burlarse de mí hasta este punto?

En efecto, lo que había visto por el agujero de la cerradura era lo siguiente:

En un rincón del cuarto, San Lucas en calzoncillos de seda y bata y con una cerbatana en la boca, pronunciaba las palabras amenazadoras que el rey había creído ser palabras divinas; y junto a él, apoyada en su hombro, su mujer, cubierta con una túnica blanca y diáfana, le arrancaba de cuando en cuando la cerbatana de

las manos y engruesando la voz soplaba las palabras que se leían primero en sus ojos malignos y en sus risueños labios. Luego venían grandes carcajadas, a cada tirada de palabras, porque Chicot se lamentaba y lloraba, y la imitación de la voz gangosa del rey era tan natural y perfecta, que Juana y su esposo creían oír lamentarse y llorar a Enrique III.

-¡Juana de Cossé en el cuarto de San Lucas! -exclamó el rey-, ¡un agujero en la pared! ¡conque se han burlado de mí! ¡miserables, cara me la han de pagar!

Y al oir una frase más injuriosa que las demás pronunciada por madame de San Lucas por medio de la cerbatana, dio un paso atrás y de una patada demasiado vigorosa para un hombre afeminado, hizo saltar la cerradura y abrió la puerta.

Juana, medio desnuda, se ocultó, dando un espantoso grito, detrás de las cortinas, en las

cuales se' envolvió tapándose la cabeza.

San Lucas, con la cerbatana en la mano y pálido de miedo, cayó de rodillas delante del rey, cuyo furor le había puesto también el rostro pálido.

-¡Ah! -gritaba Chicot desde el real aposento-, ¡ah! ¡misericordia! por la intercesión de la Virgen María y de todos los Santos... yo desfallezco ... me muero.. .

Mas en el cuarto inmediato ninguno de los actores de la escena burlesca que acabamos de referir tenía aún fuerzas para hablar; tan dramática se había vuelto la situación en un instante.

Enrique rompió el silencio con una palabra, y salió de su inmovilidad con un ademán.

-¡Salid! -dijo extendiendo el brazo.

Y cediendo a un impulso de ira indigno de un rey, arrancó la cerbatana de las manos de San Lucas y la levantó como para darle con ella.

Pero entonces San Lucas fue quien se puso en pie como movido por un resorte de acero.

-Señor -exclamó-, no tenéis derecho para darme sino en la cabeza, soy noble.

-Enrique arrojó con violencia la cerbatana al suelo; alguien la recogió; era Chicot, que, habiendo oído el ruido de la puerta y pensando que no sería inútil la presencia de un mediador, acudió al momento.

Dejó a Enrique y a San Lucas que salieran del paso como Dios les diese a entender, y corriendo hacia la cortina, detrás de la cual creyó que había alguien escondido, sacó a la pobre mujer toda trémula.

-¡Oiga, oiga! ¡Adán y Eva después del pecado! ¿y los arrojas de aquí, Enrique? -preguntó interrogando al mismo tiempo al rey con la vista.

-Sí -dijo Enrique.

-Entonces, aguarda, yo seré el ángel exter-

minador.

Y poniéndose entre el rey y San Lucas, tendió la cerbatana a guisa de espada de fuego sobre la cabeza de los culpables, exclamando:

-Este es mi paraíso, que habéis perdido por vuestra desobediencia: os prohibo entrar en él.

Después, acercando la boca al oído de San Lucas, que tenía asido con un brazo el cuerpo de su mujer, como para protegerla en caso preciso contra la cólera del rey, le dijo:

-Si tenéis un buen caballo, reventadlo, pero hallaos mañana a veinte leguas de aquí.

XI. EL SUEÑO DE BUSSY

Bussy y, el duque de Anjou se habían retirado pensativos: el duque porque temía las consecuencias de la energía que mostrara, y que Bussy le había obligado en cierta manera a emplear; Bussy porque los acontecimientos de la noche anterior llamaban exclusivamente su atención.

-En fin -decía entre sí al volver a su casa, luego de haber dado mil enhorabuenas al duque por la energía que había desplegado-; en fin, lo que hay de cierto es que me atacaron, que reñí, y finalmente, que me hirieron, puesto que siento aquí, en el costado derecho, la herida, que por más señas me duele bastante. Ahora bien, al reñir veía como veo ahora la cruz de Petits Champs, el muro del palacio de Tournelles y las almenadas torres de la Bastilla. En la plaza de la Bastilla, un poco más arriba del palacio de Tournelles, entre la calle de Santa Catalina y la de San Pablo, fue donde me atacaron, porque yo venía por el arrabal de San Antonio en busca de la carta de la reina de Navarra. Allí fue, pues, donde me acometieron, cerca de una puerta que tiene un ventanillo, por el cual vi después a Quelus con el rostro tan pálido y los ojos tan centelleantes. Luego entré en un patio a cuyo extremo había una escalera; de que la

había no hay duda, pues que tropecé en el primer escalón. Entonces me desmayé. Luego comenzó mi sueño. Luego sentí un viento fresco, y me hallé tendido al borde del foso del Temple, entre un hermano agustino, un carnicero y una vieja. ¿De qué procede que todos los demás sueños que tengo se borran tan rápidamente de mi memoria, al paso que éste se graba más en ella a medida que hace más tiempo que le tuve? ¡Ah! ése es el misterio.

Bussy se detuvo a la puerta de su casa, a la que acababa de llegar en aquel instante, y apoyándose en la pared cerró los ojos.

-¡Pardiez! -dijo, es imposible que un sueño deje tal impresión en el ánimo. Creo que estoy viendo aquella habitación con su tapicería de figuras, aquel techo pintado, aquella cama de encina labrada con colgaduras de damasco blanco bordadas de oro. Me parece ver aún aquel retrato y aquella mujer rubia; de lo que

no tengo tanta seguridad es de que la mujer y el retrato sean una misma cosa. En fin, me parece que estoy viendo el rostro bondadoso y alegre del joven médico que se llegó hasta mi lecho con los ojos vendados. Todos estos indicios son vehementes. Recapitulemos: unos tapices, un techo pintado, una cama de encina labrada, cortinas de damasco blanco bordadas de oro, un retrato, una mujer y un médico. ¡Vamos, vamos! es necesario que busque todo esto, y si no soy el más torpe de los torpes, necesariamente habré de hallarlo. Y ante todo, para hacer las cosas en regla, vamos a tomar un traje más propio de un hombre que va de ronda; luego nos encaminaremos a la Bastilla.

En virtud de esta resolución, muy poco cuerda en quien debía a la casualidad el no haber sido asesinado la noche antes en el mismo paraje y a la misma hora, subió Bussy a su aposento, hizo que un criado que entendía algo

de cirugía le asegurase el vendaje que cerraba la herida, se puso unas largas botas que subían hasta mitad del muslo, tomó la mejor espada, se embozó en su capa, subió a la litera, mandó parar al final de la calle del Rey de Sicilia, bajó, dio orden a sus criados de que le esperasen y atravesando la calle de San Antonio, se dirigió a la plaza de la Bastilla.

Eran las nueve de la noche poco más o menos; las campanas de las distintas torres habían dado ya el toque de la queda; París se iba quedando desierto. Durante el día, a beneficio de un rayo de sol y de una atmósfera más templada, se había deshecho la nieve, y la plaza de la Bastilla estaba llena de charcos, que costeaban como una calzada el sendero practicado por los transeúntes, según hemos dicho.

Bussy examinó el terreno, buscó el sitio donde había caído su caballo y creyó haberlo encontrado; hizo los mismos movimientos de

retirada y ataque que recordaba haber hecho, retrocedió hasta la pared y examinó todas las puertas para hallar el recodo en que se había apoyado y el ventanillo a través del cual había visto a Quelus.

Pero todas las puertas tenían recodo, casi todas ventanillo y detrás de cada una había un patio.

Esta fatalidad parecerá menos extraordinaria si se tiene en cuenta que en aquel tiempo los porteros eran fruta desconocida en las casas particulares.

-¡Vive Dios! -exclamó Bussy con profundo despecho-, aun cuando tuviera que llamar a cada una de las puertas, aunque tuviera que preguntar uno por uno a todos los vecinos y aunque hubiese de costarme mil escudos el hacer hablar a los lacayos y dueñas, sabría lo que quiero saber. Hay cincuenta casas; a diez casas por noche, son cinco noches perdidas: sin

embargo, esperaré a que el piso se seque un poco.

Concluía Bussy este monólogo, cuando divisó una luz temblorosa y pálida que se acercaba, reflejándose en los charcos como un fanal en el mar.

Aquella luz avanzaba con marcha lenta y desigual, oblicuando unas veces a la izquierda, otras a la derecha, y otras tropezando de repente y danzando como fuego fatuo; luego volvía a tomar su tranquilo paso, luego, en fin, comenzaba de nuevo a marchar oblícuamente.

-Está visto -dijo Bussy-, que es una plaza singular la de la Bastilla; sin embargo, esperemos.

Y para aguardar con más comodidad se embozó en su capa y se embutió en el ángulo de una puerta. La noche era de las más obscuras y no se podía distinguir una persona a cuatro pasos.

La luz seguía adelantándose y haciendo las más extrañas evoluciones; pero como Bussy nada tenía de supersticioso, se convenció de que aquella luz no era un fuego fatuo de la especie de los que tanto espantaban a los viajeros en la Edad Media, sino pura y simplemente un farol colgado de una mano que correspondía a un brazo al cual estaba unido un cuerpo cualquiera.

En efecto, al cabo de algunos segundos de expectativa, vio que su conjetura había sido fundada. Observó a treinta pasos de sí una figura negra, alta y delgada como una viga, la cual figura tomó poco poco la apariencia de un ser viviente, que llevando una linterna en el brazo izquierdo, unas veces la extendía hacia el frente o hacia uno de los costados, y otras la bajaba hasta juntarla con el cuerpo.

A primera vista, aquel ser viviente parecía pertenecer a la ilustre cofradía de los borrachos,

porque sólo a la embriaguez podían atribuirse los extraños semicírculos que describía y la especie de filosofía con que tropezaba en los sitios pantanosos y se hundía en todos los charcos.

Una vez se deslizó en un poco de nieve aún no desecha, y un sonido sordo, acompañado de un involuntario movimiento de la linterna, que pareció lanzarse de alto a abajo, indicó a Bussy que el nocturno paseante, mal seguro en sus dos pies, había buscado otro centro de gravedad más sólido.

Bussy empezó entonces a sentir aquella especie de respeto con que los corazones nobles miran a los borrachos que se retiran tarde; iba ya a adelantarse para prestar auxilio a aquel sacerdote de Baco, como decía maese Ronsard, cuando vio que la linterna se elevaba con una rapidez que indicaba en el que tan mal se servía de ella mayor firmeza de la que podría creerse según las apariencias.

-Vamos -dijo-, esta es otra aventura, según creo.

Y como la linterna volviese a emprender su marcha dirigiéndose hacia aquel lado, Bussy se escondió cuanto pudo en el ángulo de la puerta. El hombre de la linterna avanzó diez pasos más, y entonces Bussy, con la luz que ésta despedía, pudo ver, ¡cosa extraña!, que aquel hombre tenía los ojos vendados.

¡Pardiez! -exclamó—, ¡vaya una idea extravagante, jugar a la gallina ciega con una linterna, y especialmente en un tiempo como éste y con un piso semejante! ¿Será que vuelvo otra vez a soñar?

Bussy esperó todavía y el hombre de la venda se adelantó otros cuatro o cinco pasos.

-Llévele el diablo -prosiguió Bussy- si no viene hablando solo. Vamos, no es borracho ni loco; es un matemático que busca la solución de algún problema.

Sugerían a Bussy esta reflexión las últimas frases que acababa de oir al hombre de la linterna, el cual decía:

-Cuatrocientos ochenta y ocho, cuatrocientos ochenta y nueve, cuatrocientos noventa; por aquí debe de ser.

Y entonces el misterioso personaje, hallándose frente a una casa, se acercó a ella y levantó la venda de los ojos.

Después examinó con atención la puerta.

-No -dijo-, no es aquí. Luego bajó otra vez la venda, y volvió a ponerse en marcha y a continuar su cálculo.

-Cuatrocientos noventa y uno, cuatrocientos noventa y dos, cuatrocientos noventa y tres, cuatrocientos noventa y cuatro: ya debo estar junto a ella.

Alzó de nuevo la venda, y acercándose a la puerta inmediata a la en que Bussy se hallaba oculto, la examinó con la misma atención que la

primera.

-¡Hum! ¡hum! -dijo-, bien podía ser que fuera ésta; no ... sí... no: estos diablos de puertas se parecen todas unas a otras.

-Ya había hecho yo esa reflexión -dijo Bussy-: esto me induce a tener en cierta consideración al matemático.

El matemático tornó a vendarse los ojos y siguió su camino.

-Cuatrocientos noventa y cinco, cuatrocientos noventa y seis, cuatrocientos noventa y siete, cuatrocientos noventa y ocho, cuatrocientos noventa y nueve. Si hay alguna puerta enfrente de mí, ésa debe de ser.

Efectivamente, había una puerta, y era precisamente la en que estaba oculto Bussy; resultó de aquí que cuando el presunto matemático levantó el farol a la altura del rostro y se quitó la venda, se halló cara a cara con nuestro caballero.

-¿Qué hay? -preguntó Bussy.

-¡Oh! -dijo el de la linterna, dando un paso atrás.

-¡Oiga! -dijo Bussy.

-¡No es posible! -exclamó el desconocido.

-Posible es, mas no deja de ser extraordinario; ¿sois el médico? ...

-¿Y vos el caballero? ...

-Justamente.

-¡Jesús, qué casualidad!

-El médico -prosiguió Bussy que curó ayer a un caballero que tenía una estocada en el costado.

-Cierto.

-Eso es; al instante os he conocido. ¿Conque sois vos el que tiene la mano tan suave, tan ligera y al mismo tiempo tan hábil?

-¡Ah! caballero, no esperaba hallaros aquí.

-¿Qué buscabais, pues?

-La casa.

-¡Ya! -dijo Bussy-, buscabais la casa.

-Sí, señor.

-¿Entonces no sabíais cuál era?

-¿Cómo queréis que lo supiese, si me traje-

ron con los ojos vendados?

-¿Os trajeron con los ojos vendados?

-Sin duda.

-Entonces, claro está que habéis venido

realmente a esta casa.

-A esta o a una de las inmediatas: no puedo

decir a cuál, pues que la estoy buscando.

-Bueno -dijo Bussy-, ya veo que no he soña-

do.

-¿Cómo? ¿qué decís?

-Debo deciros, querido amigo, que yo creía

que toda esta aventura (menos la estocada, se

entíende) no era más que un sueño.

-No me admira que lo creyeseis.

-¿Por qué?

-Ya sospechaba yo que existía aquí algún

misterio.

-Sí, amigo mío, y un misterio que quiero aclarar; ¿me ayudaréis, no es esto?

-De buena gana.

-Conforme; pero ante todo, una palabra.

-Decid.

-¿Cómo os llamáis?

-Caballero -dijo el joven médico-, no soy quisquilloso: bien sé que, según costumbre entre personas de buena sociedad, debería contestar a semejante pregunta cuadrándome, poniendo la mano en la cadera y diciendo: "¿Y vos?" Pero tenéis una larga espada y yo no tengo más que mi lanceta; tenéis la apariencia de un digno caballero, y yo debo pareceros un bellaco, porque estoy mojado hasta los huesos y lleno de lodo hasta la cintura. Por eso me decido a responder francamente a vuestra pregunta: me llamo Remigio el Hauduin.

-Perfectamente, amigo, mil gracias; yo soy

el conde Luis de Clermont, señor de Bussy.

-¡Bussy d'Ambroise! ¡el héroe Bussy! -exclamó el joven doctor con manifiestas señales de alegría- ¡Cómo! ¿sois el famoso Bussy, ese coronel a quien... que...? ¡Oh!

-El mismo -repuso modestamente Bussy-, y ahora que estamos perfectamente informados acerca de quién es cada uno, satisfaced, os lo suplico, mi curiosidad, no obstante lo mojado y lleno de lodo que estáis.

-El caso es -dijo el joven, mirando sus calzones salpicados de barro-, el caso es que me veré obligado, como Epaminondas el tebano, a no salir de casa en tres días, por no tener más que un par de calzones y una ropilla. Mas, perdonad, creo que me hacíais el honor de hacerme una pregunta.

-Sí, señor, iba a preguntaros cómo habéis venido a esta casa.

-Es a la vez muy sencillo y muy complicado,

como vais a ver -repuso el joven.

-Veamos.

-Señor conde, perdonad, estoy tan turbado que se me olvidaba daros el tratamiento.

-Es indiferente; proseguid.

-Señor conde, lo que me sucedió fue lo siguiente: yo vivo en la calle de Beautreillis, a quinientos dos pasos de aquí: soy un pobre cirujano, no muy torpe en mi profesión.

-Ya lo sé -exclamó Bussy.

-Y que he estudiado mucho -continuó el joven-, pero que no tengo parroquia; me llaman, como os he dicho, Remigio el Hauduin, Remigio por mi nombre de bautismo y el Hauduin porque nací en Nanteuil-el-Hauduin. Hace siete u ocho días que habiendo recibido un hombre un gran navajazo, detrás del Arsenal, le cosí la piel del vientre, volviendo a colocar en lo interior con mucha limpieza, los intestinos, que se salían. Esto me dio en el barrio alguna fama,

y a ella debo atribuir la dicha de haber sido ayer despertado por una voz melodiosa como el sonido de una flauta.

-¿Una voz de mujer? -exclamó Bussy.

-Sí, señor; pero advertid que, aunque rústico, estoy convencido de que era voz de sirvienta. En este punto soy hombre experimentado, porque he oído más voces de criadas que de amas.

-Y entonces, ¿qué hicisteis?

-Me levanté y abrí la puerta; mas apenas había salido a la meseta de la escalera, cuando dos manitas, no muy suaves, pero tampoco muy duras, me pusieron un pañuelo en los ojos.

-¿Sin decir nada? -interrogó Bussy.

-No tal; diciéndome: "Venid, no tratéis de ver dónde os llevo sed discreto: ésta es vuestra recom,pensa."

-¿Y la recompensa era? ...

-Un bolsillo lleno de doblones que me puso

en la mano.

-¡Hola! ¿y qué respondisteis?

-Que estaba pronto a seguir a mi hermosa conductora; no sabía si era hermosa o no, más pensé que el epíteto no podía perjudicarme, aunque fuese tal vez un poco exagerado.

-¿Y la seguisteis sin hacer ninguna observación, sin exigir ninguna garantía?

-He leído con frecuencia historias de esta especie, y he notado que siempre resultaba de ellas algo bueno para el médico. Pues como os iba diciendo, la seguí; el piso por donde me guió era bastante duro; helaba; conté cuatrocientos, cuatrocientos cincuenta, quinientos, y, en fin, quinientos dos pasos.

-Muy bien -dijo Bussy-, era prudente; entonces, debe de ser ésta la puerta.

-No debe de estar lejos, al menos, porque he contado hasta aquí cuatrocientos noventa y nueve, a no ser que la astuta pequeña, y sos-

pecho que pudiera ser capaz de esta traición, me haya hecho dar algunos rodeos.

-Sí; pero aun suponiendo que hubiera pensado en esa precaución -observó Bussy-, ¿no habrá dado algún indicio, pronunciando algún nombre?

-Ninguno.

-Pero vos mismo, ¿no habéis hecho ninguna observación?

-He observado todo lo que se puede observar cuando se tienen las manos habituadas a hacer el oficio de los ojos; noté que la puerta tenía clavos; que detrás de ella había un patio, y al extremo de éste una escalera.

-¡A la izquierda!

-Justamente: también conté los escalones.

-¿Cuántos?

-Doce.

-¿Y se entra en línea recta?

-Hay un corredor, porque se abrieron tres

puertas.

-Bien.

-Después oí una voz... ¡ah! ésta sí que era

voz de ama, una voz armoniosa y suave.

-Sí, sí, era la suya.

-Claro, la suya.

-Estoy seguro.

-¿Estáis seguro? Eso ya es algo. Después me

empujaron, haciéndome entrar en el cuarto en

que os hallábais acostado, y me mandaron qui-

tarme el pañuelo de los ojos.

-Eso es.

-Entonces os vi.

-¿Dónde estaba?

-Acostado en una cama.

-En una cama con colgaduras de damasco

blanco con flores de oro.

-En un cuarto cubierto con tapices.

-Eso es.

-Con el techo pintado de figuras.

-Precisamente; además entre dos ventanas

había...

-Un retrato.

-Cierto.

-Que representaba a una mujer de dieciocho

a veinte años.

-Sí.

-Rubia.

-Justamente.

-Hermosa como todos los angeles.

-Más todavía.

-¡Bravo! y ¿entonces qué hicisteis?

-Os curé.

-Y bien, a fe mía.

-Lo mejor que me fue posible.

-Admirablemente, querido, ad-

mirablemente; porque esta mañana la herida

estaba casi cerrada y tenía un buen color sonro-

sado.

-Gracias a un bálsamo que he compuesto y

creo eficacísimo, porque muchas veces, no sabiendo en quién hacer mis experimentos, me he horadado la piel en diferentes puntos, y siempre se han cerrado las heridas a los dos o tres días.

-Mi querido señor Remigio -dijo Bussy-, sois un hombre admirable y siento una profunda inclinación hacia vos. Pero después. .. veamos... decid...

-Después os desmayasteis nuevamente. La voz me preguntaba cómo estabais.

-¿Desde dónde os lo preguntaba?

-Desde la habitación contigua.

-¿De modo que no habéis visto a esa dama?

-No, señor.

-Y le respondisteis ...

-Que la herida no era peligrosa y que dentro de veinticuatro horas estaría completamente curada.

-¿Y pareció contenta de la respuesta?

-Mucho, porque exclamó: "¡Qué felicidad,

Dios mío!"

-Dijo ¡qué felicidad! ¡Oh, mi querido M.

Remigio! yo he de hacer vuestra fortuna.. . Pero,

¿y después?

-Después todo quedó terminado, porque

vuestra herida estaba curada y ya nada tenía

que hacer allí; entonces me dijo la voz: M. Re-

migio.. .

-¿La voz sabía vuestro nombre?

-Sin duda tal vez por la aventura de la nava-

jada que os he referido.

-Es cierto; así, pues, la voz os dijo: M.

Remigio...

-Continuad siendo hombre de honor; no

comprometáis a una pobre mujer impulsada

por un exceso de humanidad; volveos a poner

el pañuelo en los ojos y dejad que os conduzca

a vuestra casa.

-¿Y prometisteis? ...

-Di mi palabra.

-¿Y la habéis cumplido?

-Ya lo veis -contestó sencillamente el joven-, puesto que estoy buscando la puerta.

-Vamos -dijo Bussy-, ese es un rasgo magnífico, un rasgo de nobleza, y por más que el resultado me desespera, no puedo menos de deciros: tocad esos cinco, M. Remigio.

Y Bussy, entusiasmado, tendió la mano al joven cirujano.

-Señor -balbuceó turbado.

-Dadme la mano, sois digno de ser noble.

-Señor -dijo Remigio-, consideraré siempre como una gloria para mí el haber tocado la mano del valiente Bussy d'Ambroise. Mas tengo un escrúpulo.

-¿Y cuál?

-Había diez doblones en el bolsillo.

-¿Y qué?

-Que es mucho para un hombre que cobra

sus visitas a cinco sueldos, cuando no las hace de balde; y buscaba la casa.

-¿Para devolver el bolsillo?

-Justamente.

-Querido señor Remigio, ésa es ya demasiada delicadeza, os lo juro: habéis ganado honradamente ese dinero y por lo tanto es vuestro.

-¿Creéis?... -dijo Remigio satisfecho interiormente.

-Sin duda alguna; pero no es la dama la que debía pagaros, puesto que no la conozco, ni ella me conoce.

-Esa es otra razón: ya veis...

-No lo digo por eso: quiero decir que tengo una deuda con vos.

-¿Una deuda?

-Sí, y la pagaré. ¿Qué hacéis en París? Vamos, contestad; hacedme esta confianza, M. Remigio.

-¿Qué hago en París? Nada, señor conde;

pero haría alguna cosa sí tuviera parroquia.

-Pues bien, habéis encontrado lo que necesitabais; en primer lugar, os voy a dar un parroquiano: ¿me queréis a mí? Yo doy mucho que hacer; no se pasa día sin que deteriore en mí o en los demás la obra más bella del Criador. Vamos. ¿Queréis encargaros de curar los agujeros que me hagan en la piel y los que yo abra en la de otros?

-¡Ah, señor conde, mi mérito es tan insignificante!

-Al contrario, el diablo me lleve si no sois el hombre que me hace falta. Tenéis la mano ligera como una mano de mujer, y con ese bálsamo de Fierabrás...

-¡Señor!

-Vendréis a vivir conmigo... tendréis aposento y criados en mi casa; aceptad, o vive Dios que me daréis un gran sentimiento. Además, vuestra comisión no está terminada; tenéis que

ponerme otro aparato en la herida.

-Señor conde -contestó el joven doctor-, es

tal mi júbilo, que no se con qué palabras expre-

sarlo. ¡Trabajaré, tendré parroquia!

-No por cierto; os he dicho que os tomo pa-

ra mí solo... y para los amigos, se entiende.

Ahora bien, ¿no recordáis ninguna otra circuns-

tancia?

-Ninguna.

-Pues ayudadme, si podéis, a resolver una

dificultad.

-¿Cómo?

-Vos que sois hombre de observación, vos

que contáis los pasos, tentáis las puertas y no-

táis las inflexiones de la voz, decidme: ¿cómo es

que habiéndome vos curado me encontré por la

mañana a orilla del foso del Temple?

-¿Vos?

-Sí, yo .. ¿Habéis contribuido de alguna

manera a mi traslación?

-No tal, al contrario, me habría opuesto a ella si me hubiesen consultado... El frío podía haceros mucho daño.

-Entonces, no sé qué pensar -repuso Bussy-; ¿queréis que sigamos examinando otro poco el terreno?

-Yo quiero todo lo que vos queráis; pero temo que sea inútil; todas estas casas se parecen unas a otras.

-Pues bien -exclamó Bussy-; veremos de día.

-Sí, pero de día nos verán.

-Entonces será preciso informarse.

-Nos informaremos, monseñor.

-Y al fin lo sabremos todo. Creedme, Remigio, ahora somos dos, y tenemos una realidad como base para nuestras pesquisas, lo cual ya es mucho.

XII. QUIÉN ERA EL MONTERO MAYOR

M. DE MONSOREAU

No era alegría, sino delirio el que agitaba a

Bussy cuando adquirió la certeza de que la mujer de su sueño existía real y verdaderamente, y de que aquella mujer le había dado, en efecto, la generosa hospitalidad, cuyo vago recuerdo había conservado en lo íntimo de su corazón.

Por eso no quiso dejar al joven doctor, a quien acababa de elevar al empleo de médico de cabecera. Remigio, enlodado como se hallaba, hubo de subir con él a la litera: temía Bussy que si le soltaba un instante desapareciese como otra visión; pensaba llevarle a su palacio, encerrarle bajo llave por la noche, v ver a la mañana siguiente si debía ponerle en libertad.

Todo el tiempo que tardaron en llegar fue empleado en nuevas preguntas; pero las respuestas no salían del limitado círculo que hemos trazado hace poco. Remigio el Hauduin no sabía más que Bussy, si se exceptúa la seguridad que tenía de no haber soñado, puesto que no se había desvanecido.

Mas para un hombre que comenzaba a enamorarse, y Bussy se iba manifiestamente enamorando, era ya mucho tener alguien con quien hablar de la mujer que amaba: cierto que Remigio no había visto a aquella mujer; pero éste era un mérito más a los ojos de Bussy, porque podría tratar de hacerle comprender cuán superior en todo era la dama a su retrato.

Tenía Bussy grandes deseos de pasar la noche hablando de la dama desconocida; pero Remigio comenzó sus funciones de doctor exigiendo que el herido durmiese o al menos se acostara; el cansancio y el dolor daban el mismo consejo al buen caballero, y estas tres potencias reunidas triunfaron por último de su deseo.

No lograron, sin embargo, este triunfo, sin que Bussy hubiese instalado a su nuevo comensal en tres habitaciones que en otro tiempo habían sido las suyas y que formaban parte del

tercer piso del palacio; luego, seguro de que el joven médico, bien hallado con su nuevo alojamiento y con su nueva fortuna, no se escaparía clandestinamente, bajó al magnífico aposento que ocupaba en el piso principal.

A la mañana siguiente, al despertar, encontró a Remigio de pie a la cabecera de su cama. El joven había pasado la noche sin poder creer en la dicha que le caía del cielo, y aguardaba a que despertase Bussy para asegurarse por su parte de que no había soñado.

-¿Qué tal? -preguntó-, ¿cómo os sentís?

-Perfectamente, mi querido Esculapio; ¿y vos, estáis contento?

-Y tanto, mi excelente protector, que no cambiaría mi suerte por la del rey Enrique III, no obstante que en todo el día de ayer ha debido adelantar mucho Su Majestad en el camino del cielo; mas no se trata ahora de eso; veamos la herida.

-Mirad.

Bussy se puso de lado para que el joven cirujano pudiese levantar el aparato.

Todo marchaba a pedir la boca; los labios de la herida estaban sonrosados e inmediatos uno a otro. El contento había hecho dormir bien a Bussy, y auxiliado el cirujano por el sueño y la alegría del enfermo, apenas le restaba nada que hacer.

-Y bien, ¿qué decís de esto, maese Remigio?

-Digo que no me atrevo a confesaros que estáis casi curado, porque temo que me volváis a mi casa de la calle de Beautreilleis, a quinientos dos pasos de la famosa puerta.

-Puerta que al fin hallaremos, ¿no es verdad, Remigio?

-Ya lo creo.

-Decíais, pues, hijo mío -continuó Bussy...

-Perdonad -dijo Remigio con lágrimas en los ojos-: Creo que me habéis tuteado, monseñor.

-Remigio, yo tuteo a las personas que amo.

¿Te incomoda que te tutee?

-Al contrario -exclamó el joven procurando

tomar la mano de Bussy y besársela-, al contra-

rio: temía haber oído mal. ¡Oh, señor de Bussy!

vos queréis que me vuelva loco de alegría.

-No, amigo mío, quiero que correspondas

por tu parte al cariño que te profeso; quiero que

te consideres como de la casa y que me permi-

tas asistir hoy, ínterin haces traer de tu antigua

habitación el equipaje, a la toma del estortuario

1 del montero mayor de la Corte.

-Adiós -exclamó Remigio-, ya volvemos a

hacer locuras.

-¡Qué! No; al contrario, te prometo la mayor

moderación.

1 Llamábase así el bastón que el montero mayor ponía en

manos del rey para que pudiese apartar las ramas de los

árboles cuando iba corriendo a alope.

-Mas, tendréis que montar a caballo.

-¡Oh! eso es de absoluta necesidad.

-¿Tenéis un caballo de movimientos suaves y buen corredor?

-Cuatro tengo, a elegir.

-Pues bien, elegid para vos el que quisierais que montase la dama del retrato, ¿sabéis?

-¡Oh, sí sé! ya lo creo. Remigio, habéis hallado de una vez para siempre el camino de mi corazón: mucho temía que me prohibieseis asistir a la caza, o más bien al simulacro de caza, porque asistirán las damas de la Corte y gran número de curiosos. Ahora bien, mi querido Remigio, ya conocerás que la dama del retrato debe naturalmente hallarse entre unas u otros. No es una simple particular seguramente: esa tapicería, esos esmaltes tan finos, ese techo pintado, esa cama de damasco blanco bordado de oro, en fin, todo ese lujo de tan buen gusto, no son propios sino de una dama de alta clase o al menos de una mujer rica: si la encontrase

allí...

-Nada hay imposible en este mundo -

contestó filosóficamente Remigio.

-Excepto el encontrar esa casa -dijo Bussy

suspirando.

-Y el penetrar en ella luego que la hayamos

encontrado -agregó Remigio.

-¡Oh! en eso no pienso yo jamás hasta que

estoy dentro -dijo Bussy-; además, tengo un

buen medio para entrar si llegamos a encon-

trarla.

-¿Y cuál?

-El que me administren otra estocada.

-Bueno -dijo Remigio-, eso me da esperanza

de que me conservaréis a vuestro servicio.

-Tocante a eso puedes estar tranquilo -

contestó Bussy-; me parece que hace veinte

años que te conozco, y a fe de caballero que no

podría pasarme sin ti.

Estas palabras hicieron brillar el semblante

del joven médico con una expresión de alegría indecible.

-Vamos -dijo-, es cosa decidida: vos iréis a la cacería para buscar a esa dama y yo volveré a la calle de Beautreilleis con el objeto de buscar la casa.

-Bueno sería -exclamó Bussy que volviésemos cada uno con un nuevo descubrimiento.

Con esto, Bussy y Remigio se separaron más bien como dos amigos que como amo y dependiente.

Se había organizado, en efecto, una gran cacería en el bosque de Vincennes para que tomase posesión de su empleo. M. Brian de Monsoreau, montero mayor desde algunas semanas antes.

La procesión del día precedente y la manera con que el rey había principiado las penitencias de Cuaresma, daban motivo para dudar que asistiese en persona a la cacería, pues cuando el

rey se entregaba a uno de sus accesos de devoción, no solía salir del Louvre en muchas semanas y a veces llegaba su austeridad hasta el extremo de encerrarse en un convento; sin embargo, con grande admiración de toda la Corte, se supo que a las nueve de la mañana había salido el rey para el bosque de Vincennes a correr el gamo con el señor duque de Anjou y toda su comitiva.

La reunión era en el medio punto del Rey San Luis.

Así se llamaba en aquel tiempo una encrucijada donde dicen que se veía aún la célebre encina bajo la cual el rey mártir administraba justicia.

Hallábanse, pues, todos reunidos desde las nueve, cuando el nuevo empleado, objeto de la curiosidad general y casi desconocido en absoluto de la Corte, se presentó montado en un magnífico caballo negro.

Todas las miradas se fijaron en él.

Era un hombre de treinta y cinco años próximamente, de alta estatura, curo rostro pecoso de viruelas y cuya tez que coloreaban matices fugitivos, según las sensaciones que experimentaba el alma, afectaban desagradablemente la vista, obligando al espectador a una contemplación más atenta, pocas veces favorable a los que de ella son objeto.

Efectivamente, la simpatía nace al primer aspecto: la mirada franca y la leal sonrisa son acogidas desde luego benévolamente.

M. de Monsoreau, con su casaca de paño verde galoneada de plata, con su tahalí de plata en que se veía bordado el escudo de armas reales, con su bonetillo de larga pluma, blandiendo con la mano izquierda un venablo y llevando en la derecha el estortuario destinado al rey, podía parecer un hombre terrible, pero no era ciertamente un gallardo caballero.

-¡Uf, qué figura tan fea nos habéis traido de vuestro gobierno, monseñor! -dijo Bussy al duque de Anjou-. ¿Son como éste todos los caballeros que buscáis para hacerles merced en lo más lejano de la provincia de Anjou? Lléveme el diablo si se encuentra uno semejante en París, y eso que París es bien grande y está bien poblado de feos. Dícese, mas advierto a Vuestra Alteza que yo no lo creo, dícese que habéis exigido que el rey recibiese su montero mayor de vuestra mano.

-El caballero de Monsoreau me ha servido bien -repuso lacónicamente el duque de Anjou-, y por ello le recompenso.

-Bien dicho, monseñor: es tanto más digno de los príncipes el mostrarse reconocidos, cuanto que la cosa no deja de ser rara: pero si no es más que eso, yo también os he servido, monseñor, y estad seguro de que me sentaría la casaca de montero mayor mejor que a ese fantasmón.

Tiene la barba roja: no había caído en ello; esa es otra belleza más.

-No sabía -repuso el duque de Anjou- que para ocupar los empleos de la Corte fuese necesario estar vaciado en el molde de Apolo o en el de Antinoo.

-¿No lo sabíais? -dijo Bussy con la mayor seriedad-; pues es extraño.

-Yo consulto el corazón y no el rostro -repuso el príncipe-; los servicios prestados y no los prometidos.

-Vuestra Alteza dirá que soy muy curioso -añadió Bussy-; pero confieso que no puedo adivinar qué servicio os ha prestado ese Monsoreau.

-¡Ah, Bussy! -exclamó el duque con aspereza-, vos mismo lo habéis dicho; sois muy curioso, demasiado curioso.

-¡He aquí lo que son los príncipes! -exclamó Bussy con su franqueza acostumbrada-; siem-

pre preguntando, siempre exigiendo que se les conteste a todo, y si en cambio se les pregunta una sola cosa, no responden.

-Es cierto -dijo el duque de Anjou-; ¿pero sabes lo que has de hacer si quieres informarte?

-No.

-Pregúntaselo al mismo M. de Monsoreau.

-¡Oiga! -exclamó Bussy-, tenéis razón, a fe, monseñor; y como que no pasa de ser un simple caballero, si no me responde me quedará al menos un recurso.

-¿Cuál?

-El de decirle que es un impertinente.

Al decir esto, volvió Bussy las espaldas al príncipe, y sin reflexionar, a la vista de todos sus amigos, se acercó con el sombrero en la mano- a M. de Monsoreau, que a caballo, en medio del círculo, aguardaba con maravillosa serenidad a que el rey le desembarazase del peso de todas las miradas que caían a plomo sobre él.

Cuando vio que se le aproximaba Bussy con el semblante alegre, la sonrisa en los labios y el sombrero en la mano, su rostro se desarrugó un poco.

-Perdonad, caballero -dijo Bussy-, os veo tan solo.. ¿Acaso el favor de que disfrutáis os ha granjeado tantos enemigos como amigos podríais contar ocho días antes de vuestro nombramiento?

-Por mi vida, señor conde -respondió M. de Monsoreau-, que no me atrevería a jurarlo, sólo sí apostaría que tenéis razón. Mas ¿puedo saber a qué debo el honor que me hacéis turbando mi soledad?

-¡Pardiez! -dijo con descaro Bussy-, a la gran admiración que el duque de Anjou me ha inspirado hacia vos.

-¿Cómo así?

-Refiriéndome vuestra hazaña, aquella por la cual habéis sido nombrado montero mayor.

M. de Monsoreau se puso tan es-
pantosamente pálido, que los hoyos de las vi-
ruelas que empedraban su semblante tomaron
la apariencia de otros tantos puntos negros so-
bre su tez amarilla; al mismo tiempo dirigió a
Bussy una mirada que presagiaba la tempestad
más violenta.

Bussy comprendió que lo había echado a
perder, pero no era hombre que retrocedía en
nada; por el contrario, era de aquellos que repa-
ran comúnmente una indiscreción con una in-
solencia.

-¿Decís, caballero -repuso el montero ma-
yor-, que el duque de Anjou os ha contado mi
última hazaña?

-Sí, señor -contestó Bussy-, punto por pun-
to; lo cual confieso que me ha inspirado un gran
deseo de oír la relación de vuestra propia boca.

M. de Monsoreau apretó el venablo en su
crispada mano, como con ganas de servirse de

él contra Bussy.

-¡Pardiez! caballero -dijo-, me sentía dispuesto a corresponder a tanta cortesía accediendo a vuestra demanda; pero, desgraciadamente, veo llegar al rey y no tengo tiempo para ello. Si queréis, será más tarde.

En efecto, el rey se adelantaba rápidamente desde el bosque al medio punto, montado en su caballo favorito, que era una hermosa jaca española color isabela.

Bussy describió con la vista un semicírculo y halló la mirada del duque de Anjou: el rostro del príncipe estaba animado con la más maligna de sus sonrisas.

-Amo y criado -murmuró Bussy- están bastante feos cuando se ríen: ¿qué será cuando lloren?

El rey gustaba de tener a su lado gallardas figuras; así fue que le satisfizo muy poco la de M. de Monsoreau, a quien había visto ya una

vez y cuya vista le había desagradado tanto en la segunda ocasión como en la primera. No obstante, aceptó con rostro benévolo el estortuario que el montero mayor le presentaba de rodillas, según costumbre.

Luego que el rey le tomó, anunciaron los monteros que el gamo estaba cercado y empezó la caza.

Bussy se colocó a un lado, de modo que hubiese de desfilar toda la comitiva delante de él; a nadie dejó pasar sin haber examinado si era el original del retrato; pero todo fue .inútil; concurrieron muchas mujeres lindas, hermosas, seductoras, a aquella cacería en que tomaba posesión de su empleo M. de Monsoreau, pero no asistió la encantadora criatura que Bussy buscaba.

Vióse, pues, reducido a la conversación y a la compañía de sus habituales amigos.

Antraguet, siempre risueño y burlón, le sir-

vió de mucho para distraerle de su disgusto.

-Tenemos -dijo- un montero mayor espantoso: ¿qué te parece Bussy?

-Horrible -contestó éste-: si su mujer se le parece, ¡qué cría sacarán! Muéstrame a su mujer.

-Amigo, el montero mayor es plaza vacante.

-¿Y por dónde lo sabes?

-Lo sé por madame le Veudron, que le encuentra muy bello y que de buen grado le haría su cuarto marido, como hizo Lucrecia Borgia con el conde de Este. Mírala cómo lanza su caballo bayo detrás del caballo negro de M. de Monsoreau.

-¿Y de qué país es, señor? -interrogó Bussy.

-De una multitud de países.

-¿Situados?

-Hacia el Anjou.

-Según eso, ¿es rico?

-Así dicen; mas no tiene otras cualidades;

parece que es de la nobleza inferior.

-¿Y quién es la querida de ese hidalguillo?

-No tiene querida: el digno caballero parece que quiere ser único en su género; mas el señor duque de Anjou te llama con la mano; ve pronto.

-¡Pardiez! el señor duque de Anjou esperará. Ese hombre excita mi curiosidad: le encuentro singular no sé por qué; ya sabes que esta clase de ideas nacen en uno desde la primera vez que ve a las personas; pienso que no hemos de congeniar él y yo; y luego ese nombre: ¡Monsoreau!

-Monte del Ratón -contestó Antraguet-: aquí tienes su etimología: mi viejo abad me lo enseñó esta mañana: *Mons Soricis.*

-Perfectamente -repuso Bussy.

-¡Ah! espera -dijo de repente Antraguet.

-¿Qué?

-Livarot debe de tener noticias.

-¿De quién?

-Del Mons Soricis. Las tierras de ambos es-

tán contiguas.

-Vamos a que nos lo diga ahora mismo. ¡Eh!

¡Livarot!

Livarot se acercó.

-¡Aquí pronto! ¡Livarot! Aquí, Monsoreau...

-¿Qué? -interrogó el joven.

-Dinos lo que sepas con respecto a Monso-

reau.

-Con mucho gusto.

-¿Será relación larga?

-No, muy corta. En tres palabras os puedo

decir lo que opino de él. ¡Le tengo miedo!

-Bueno; y ahora que nos has dicho lo que de

él piensas, dinos lo que sabes.

-Escucha... Volvía yo una tarde...

-La historia empieza de un modo terrible -

dijo Antraguet.

-¿Queréis dejarme acabar?

-Sí.

-Volvía yo una tarde de casa de mi tío d'Entragues, hace como seis meses, cuando al atravesar el bosque de Meridor oí un grito terrible y vi pasar una blanca hacanea ensillada, pero sin jinete, y corriendo desbocada por entre la maleza: avancé, y al extremo de una larga calle de árboles, obscurecida por las primeras sombras de la noche, vi un hombre montado en un caballo negro; aquél hambre no corría, volaba. Entonces oí de nuevo el mismo grito, aunque sofocado, y percibí delante de la silla a una mujer, cuya boca procuraba aquél hombre tapar con la mano. Yo llevaba conmigo mi arcabuz de caza: tú sabes que por lo regular nunca yerro el tiro: le apunté y habría muerto, si en el instante de disparar no se me hubiese apagado la mecha.

-¿Y después? pregunto Bussy. -Después pregunté a un leñador quién era aquél caballero del negro corcel que así robaba mujeres, y me

contestó que era M. de Monsoreau.

-¡Pse! -dijo Antraguet-; si no hace más que robar mujeres. . eso es muy común, ¿no es cierto, Bussy?

-Sí -repuso Bussy-; pero al menos se les permite gritar.

-¿Y quién era la mujer? -preguntó Antraguet.

Eso es lo que no he podido saber.

-Vamos -dijo Bussy-, evidentemente es un hombre notable, un hombre que me interesa.

-Tan notable -añadió Livarot-, que tiene una reputación atroz.

-¡Pues qué! ¿se dice de él algo más?

-No, nada, ostensiblemente nunca ha hecho gran mal y según dicen hasta se porta bien con sus colonos, lo cual no impide que se le tema más que al fuego en el país que tiene la fortuna de poseerle. Por lo demás, siendo cómo es tan cazador como Nemrod, no delante de Dios tal

vez, sino delante del diablo, jamás habrá tenido el rey un montero mayor semejante. Para este empleo vale más que San Lucas, a quien se hallaba destinado y a quien se le quitó el influjo del duque de Anjou.

-¿Sabes que el duque de Anjou sigue llamándote? -dijo Antraguet.

-Bueno, que llame; y tú, ¿sabes lo que se dice de San Lucas?

-No: ¿sigue aún prisionero del rey? -preguntó Livarot riéndose.

-Sin duda, puesto que no ha venido a la cacería.

-Nada de eso, querido; salió anoche a la una con objeto de visitar las tierras de su mujer.

-¿Desterrado?

-Las apariencias al menos lo indican.

-¡San Lucas desterrado! No es posible.

-Es el Evangelio, amigo mío.

-Según San Lucas.

-No, según el mariscal de Brissac, de cuya propia boca supe esta mañana la noticia.

-¡Oiga! eso sí que es nuevo y curioso: no ganará mucho en ello la fama de Monsoreau.

-Ya caigo -dijo Bussy.

-¿Cómo es eso?

-Ya lo encontré.

-¿Qué has encontrado?

-El servicio que ha prestado al duque de Anjou.

-¿San Lucas?

-No, Monsoreau.

-¿De veras?

-Sí, no cabe duda: el diablo me lleve si no he dado con ello: vais a ver, venid conmigo.

Y Bussy puso el caballo al galope, y seguido de Livarot y Antraguet, se dirigió al alcance del duque de Anjou, el cual, cansado de hacer señas, caminaba a algunos tiros de arcabuz delante de él.

-¡Ah, monseñor! -exclamo al llegar junto al príncipe-, ¡qué hombre tan precioso es ese M. de Monsoreau!

-¿Sí, eh?

-¡Es cosa increíble!

-¿Le has hablado? -preguntó el príncipe con burlona sonrisa.

-Seguramente, sin contar que tiene un talento y una erudición...

-¿Y le has preguntado lo que ha hecho por mí?

-Seguro; no me llegué a él sino con ese fin.

-¿Y te ha contestado? -preguntó el duque cada vez más risueño.

-Al momento, y con una urbanidad que le agradezco infinito.

-¿Qué te ha dicho, pues? Veamos, mi valiente tajamontes -exclamó el príncipe.

-Me ha confesado cortésmente, monseñor, que era proveedor de Vuestra Alteza.

-¿Proveedor de caza?

-No, de mujeres.

-¿Cómo? -repuso el duque arrugando el entrecejo-, ¿qué significan esas habladurías, Bussy?

-Quiero decir, monseñor, que roba por vuestra cuenta mujeres en su gran caballo negro, y que corno ellas ignoran indudablemente el honor que se les reserva, él se ve obligado a ponerlas la mano en la boca para que no griten.

El duque volvió a fruncir el ceño, apretó los puños, se puso pálido, y aplicando un espolazo al caballo, le hizo salir a tan furioso galope, que Bussy y sus amigos se quedaron atrás.

-¡Ah! ¡ah! -dijo Antraguet-, la chanza es buena.

-Tanto mejor -añadió Livarot-, cuanto que, según veo, no en todos produce el efecto de una chanza.

-¡Diablo! -dijo Bussy-, parece que le he dado

en lo vivo al pobre duque.

Un momento después se oyó la voz del príncipe que gritaba:

-¡Eh! ¡Bussy! ¿dónde estás? ¡ven aquí!

-Allá voy, monseñor -dijo Bussy acercándose.

Bussy encontró al duque de Anjou riéndose a carcajadas.

-¡Oiga, monseñor! -dijo-; parece que lo que os he contado era chistoso.

-No, Bussy, no me río de lo que me has contado.

-Lo lamento; yo lo hubiera deseado, porque habría tenido el mérito de hacer reír a un príncipe que no se ríe muchas veces.

-Me río, mi pobre Bussy, de que pretendes sacar de mentira verdad.

-Lléveme el diablo, monseñor, si lo que os he referido no es verdad.

-Bien, entonces cuéntame esa historia ahora

que estamos solos: ¿dónde has sabido todo eso que me contabas?

-En los bosques de Meridor.

Esta vez se puso también pálido el duque, pero guardó silencio.

-Sin duda -pensó Bussy-, el duque se halló mezclado en la aventura del raptor del caballo negro y la mujer de la hacanea blanca.

-Vamos, monseñor -añadió en alta voz y riéndose al ver que el duque continuaba algo serio-, si hay alguna manera de serviros que os agrade más que las otras, decídnosla y os serviremos a vuestro gusto, aunque tengamos que hacer mal tercio a M. de Monsoreau.

-¡Pardiez! sí, Bussy, hay una y voy a decírtela.

El duque llevó aparte a Bussy.

-Escucha -le dijo, he encontrado por casualidad en la iglesia a una mujer hechicera; como algunas de sus facciones que percibí, aunque

ocultas bajo un velo, me recordaban las de otra mujer a quien he amado mucho, la seguí y supe dónde vive. Su criada está seducida y tengo una llave de la casa.

-Hasta ahora, monseñor, creo que todo va bien.

-Espera. Dicen que esa dama es discreta, aunque libre, joven y bella.

-¡Ah, monseñor! ya entramos en el campo de las ilusiones.

-Óyeme, tú eres valiente y me amas, según dices.

-Tengo días.

-¿Para ser valiente?

-No, para amaros.

-Bueno, ¿y hoy no es uno de esos días?

-Haré lo que sea por serviros. Veamos.

-Se trata, pues, de hacer por mí lo que comúnmente nadie hace sino por sí mismo.

-¡Hola! ¿Se trata de hacer la corte a esa da-

ma para que Su Alteza sepa si en efecto es tan discreta como hermosa? No me disgusta la comisión.

-No se trata de eso: se trata de saber si hay algún galán de por medio.

-¡Ah! veamos: esto se va embrollando, monseñor, entendámonos.

-Se trata de ponerte en acecho y decirme quién es el hombre que entra en su casa.

-¿Luego, efectivamente, hay algún hombre que la galantea?

-Mucho lo temo.

-¿Un amante o un marido?

-Cuando menos un celoso.

-Tanto mejor.

-¿Cómo tanto mejor?

-Porque eso dobla las probabilidades en vuestro favor.

-Gracias: pero mientras tanto quisiera saber quién es ese hombre.

-¿Y me dais a mí el encargo de averiguarlo?

-Sí, y si consientes en hacerme este servi-

cio...

-¿Me haréis montero mayor cuando quede

la plaza vacante?

-¡Pardiez! Bussy, lo haría con tanto mayor

placer, cuanto que jamás he hecho nada por ti.

-¿Y ahora se acuerda Vuestra Alteza de eso?

-Ya hace tiempo que me lo tengo dicho a mí

mismo.

-En voz baja, como los príncipes se dicen es-

tas cosas.

-¿Conque... ?

-¿Qué?

-¿Consientes?

-¿En espiar a esa dama?

-Sí.

-Declaro, monseñor, que la comisión no me

lisonjea mucho, y que preferiría desempeñar

otra.

-¡Hace un momento te ofrecías a servirme y ahora vacilas!

-¡Diablo! me ofrecéis el empleo de espía, monseñor.

-¡Eh! no, es oficio de amigo; por otra parte, no creas que te doy un beneficio simple: acaso será necesario desenvainar la espada.

Bussy meneó la cabeza.

-Monseñor -dijo-, hay cosas que no se hacen bien sino por uno mismo: he aquí por qué hasta los príncipes deben encargarse de ellas en persona.

-¿Es decir que te? . .

-¡Pardiez! sí, monseñor.

El duque frunció el entrecejo.

-Seguiré tu consejo dijo por último-: iré yo mismo, y si me matan o quedo herido en esta ocasión, diré que había pedido a mi amigo Bussy que se encargase de dar o recibir aquella estocada, y que mi amigo Bussy por primera

vez en su vida, ha sido prudente.

-Monseñor -replicó Bussy-, me dijisteis la otra tarde: Bussy, aborrezco a todos esos favoritos del rey que en todas ocasiones nos insultan y se burlan de nosotros; deberías asistir al baile de San Lucas, provocar algún desafío y deshacernor de ellos. Monseñor, yo concurrí al baile; ellos eran cinco, yo estaba solo; los desafié; me tendieron un lazo y me atacaron todos a la vez, matándome el caballo y no obstante, herí a dos de dos estocadas y a otro de un golpe con el pomo de mi espada. Hoy queréis que agravie a una mujer: perdonad, monseñor; eso sale fuera del círculo de los servicios que un príncipe puede exigir de un caballero, y me niego por tanto a ello.

-Está bien -dijo el príncipe-; haré yo solo la centinela, o con Aurilly, como ya la he hecho otras veces.

-Perdonad -dijo Bussy, empezando a sospe-

char de qué dama se trataba.

-¿Qué?

-¿Os hallabais de centinela cuando el otro

día visteis a los validos que me espiaban?

-Justamente.

-¿Vuestra hermosa desconocida vive cerca

de la Bastilla?

-Enfrente de Santa Catalina.

-¿De veras?

-Es un barrio endiablado, donde se puede

asesinar a un hombre sin que lo sienta la tierra:

tú debes saber algo de esto.

-¿Y ha vuelto otra vez Vuestra Alteza des-

pués de aquella noche?

-Ayer.

-Y Vuestra Alteza vio.. .

-Un hombre que escudriñaba todos los rin-

cones de la plaza, sin duda por ver si alguien le

estaba observando, y que probablemente,

habiéndome visto, permaneció obstinadamente

delante de la puerta de esa dama.

-Y ese hombre, ¿estaba solo?

-Sí, durante media hora estuvo solo.

-¿Y después?

-Después se le incorporó otro hombre con una linterna en la mano.

-¡Oiga! -dijo Bussy. -¡Entonces el de la capa...

-¡Ah! el primero tenía capa.

-Sí. Entonces el de la capa y el de la linterna se pusieron a hablar, y como no parecían tener intención de marcharse de allí en toda la noche, les dejé libre el campo y me volví a palacio.

-¿Disgustado del doble experimento?

-¡Pardiez! sí, lo confieso. De modo que antes de penetrar en esa casa, donde podría muy bien ser asesinado. . .

-No os desagradaría que asesinasen en vuestro lugar a uno de vuestros amigos.

-O mejor dicho, que este amigo, no siendo

príncipe, no teniendo los enemigos que yo tengo, y habituado además a esta especie de aventuras, observase si, en efecto, pudo correr algún peligro, y viniera a participarme el resultado de sus observaciones.

-En vuestro lugar, monseñor -dijo Bussy-, yo dejaría a esa mujer.

-No por cierto.

-¿Por qué?

-Es hermosísima.

-¿Pues no dice Vuestra Alteza que apenas la ha visto?

-Pero la he visto lo suficiente para notar que tiene admirables cabellos rubios...

-¡Ah!

-Ojos magníficos; cutis como ninguno; talle maravilloso...

-¡Ah!

-Ya comprenderás que no se renuncia fácilmente a una mujer semejante.

-Sí, monseñor, lo conozco; por eso vuestra situación me interesa.

El duque miró a Bussy de soslayo.

-Palabra de honor -agregó éste.

-Tú te burlas, Bussy.

-No, monseñor, y la prueba es que, si Vuestra Alteza quiere darme sus instrucciones e indicarme la casa, vigilaré desde esta noche.

-¿Cambias, pues, de resolución?

-Monseñor, únicamente nuestro Santo Padre Gregorio XIII es infalible; decidme únicamente lo que debo hacer.

-Ocultarte a cierta distancia de la puerta que te indicaré, y si entra alguno, seguirle a fin de saber quién es.

-Bien; pero ¿y si al entrar vuelve a cerrar la puerta?

-Ya te he dicho que tenía una llave.

-¡Ah, es cierto! solo hay que temer una cosa, y es que puedo seguir a otro hombre y la llave

puede abrir también otra puerta

-No tiene pérdida: la puerta da a un patio;

al extremo de este patio, a la izquierda, hay una

escalera; subes doce escalones y te hallas en un

corredor.

-¿Y cómo sabéis eso, monseñor, si no habéis

entrado nunca en la casa?

-¿No te dije que la criada estaba de mi par-

te? Ella me lo ha explicado todo.

-¡Vive Dios, que es cómodo ser príncipe!

Todo os lo dan guisado y compuesto. Yo habría

necesitado reconocer la casa por mí mismo, ex-

plorar el patio, contar los escalones, observar el

corredor... Esto me habría ocupado mucho

tiempo, ¡quién sabe si al fin habría llevado a

cabo mi plan!

-¿Así, pues, consientes?

-¿Sé yo negar nada a Vuestra Alteza? Sola-

mente quisiera que vinieseis conmigo para

mostrarme la casa.

-Es inútil; al volver de la cacería daremos un rodeo, pasaremos por la puerta de San Antonio y te la enseñaré.

-Perfectamente: ¿y qué hago con el hombre, si se presenta?

-Solamente seguirle hasta que sepas quién es.

-Es cosa delicada: si, por ejemplo, ese hombre lleva su discreción hasta el punto de plantarse en la mitad del camino y cortar de este modo el hilo de mis investigaciones...

-Dejo a tu cargo el acabar la aventura como te parezca.

-Es decir, que Vuestra Alteza me autoriza para hacer lo que haría si fuese yo el interesado.

-Por completo.

-Así lo haré.

-Ni una palabra de esto a nuestros amigos.

-¡A fe de caballero!

-Que no vaya nadie contigo a esa explora-

ción.

-Iré solo, os lo juro.

-Perfectamente: conque volveremos por la Bastilla; te enseñaré la puerta; vendrás a mi palacio... te daré la llave... y esta noche….

-Os reemplazo en vuestro puesto, monseñor; no hay más que decir. Bussy y el príncipe se juntaron con los cazadores, M. de Monsoreau había dispuesto la cacería como hombre de ingenio, y el rey quedó muy complacido con las disposiciones que el consumado cazador había adoptado, ya tocante a la caza, ya con respecto a los puntos de descanso.

El gamo, después de haber sido perseguido por espacio de dos horas en un recinto de cuatro a cinco leguas, vino a parar al mismo paraje de donde había salido.

M. de Monsoreau fue felicitado por el rey y por el duque de Anjou. -Monseñor -exclamó-, tengo una gran satisfacción de haber podido

merecer vuestros elogios, pues a Vuestra Alteza debo el empleo que ocupo.

-Ya sabéis, caballero -respondió el duque-, que para continuar mereciéndolos es preciso que salgáis esta misma noche para Fontainebleau; el rey quiere cazar allí pasado mañana y los días siguientes, y apenas basta un día para conocer el bosque.

-Ya lo sé, monseñor -respondió Monsoreau-, y mi equipaje está dispuesto. Me pondré en marcha esta misma noche.

-¡Ah, M. de Monsoreau! -dijo Bussy-, de aquí en adelante se acabó para vos el reposo. Habéis querido ser montero mayor, y lo sois; mas en el empleo que ocupáis hay cincuenta buenas noches menos que en los empleos de los demás hombres; por fortuna, todavía sois soltero, amigo mío.

Bussy se sonreía al decir esto: el duque dirigió una mirada penetrante al montero mayor;

luego, volviendo la cabeza a otro lado, fue a cumplimentar al rey por la mejoría que desde la víspera se advertía en su salud.

En cuanto a Monsoreau, al oir la chanza de Bussy, apareció de nuevo en su semblante aquella palidez horrorosa que le daba tan siniestro aspecto.

XIII. BUSSY ENCUENTRA AL MISMO TIEMPO EL RETRATO Y EL ORIGINAL

A las cuatro de la tarde concluyó la cacería; y a las cinco, como si el rey hubiese previsto los deseos del duque de Anjou, toda la comitiva entraba en París por el arrabal de San Antonio.

M. de Monsoreau, con el pretexto de que tenía que ponerse en camino en aquel momento mismo, se despidió de los príncipes y se dirigió con su equipaje hacia Fromenteau.

El rey, al pasar frente a la Bastïlla, hizo notar a sus amigos la altiva y sombría apariencia de la fortaleza, como recordándoles la suerte

que les esperaba si alguna vez se convertían en enemigos suyos.

Muchos se dieron cuenta de la insinuación y redoblaron sus atenciones para con el monarca.

Entretanto el duque de Anjou decía en voz baja a Bussy, que iba junto a él:

-Mira bien, Bussy, mira bien a la derecha, esa casa de madera que tiene en la pared una pequeña estatua de la Virgen; sigue con la vista la misma línea y cuenta con la de la Virgen otras cuatro casas.

-Bien -repuso Bussy.

-Es la quinta -añadió el duque-, justamente la que hace frente a la calle de Santa Catalina.

-Ya lo veo, Monseñor: mirad loa curiosos asomarse a todas las ventanas al oír el ruido de las trompetas que anuncian al rey.

-No obstante, en la casa que yo digo todas las ventanas están cerradas.

-Pero en una veo descorrerse un poco la cor-

tina -dijo Bussy, cuyo corazón latió fuertemente.

-Sin embargo, nada se puede percibir desde aquí. ¡Oh! la dama está bien guardada, o se guarda bien. De todos modos esa es la casa; en mi palacio te daré la llave.

Bussy lanzó una mirada queriendo atravesar con ella la estrecha abertura que había dejado la cortina al descorrerse; mas nada vio a pesar de haber tenido por largo rato fija constantemente la vista en la ventana.

El duque de vuelta a su palacio, entregó en efecto a Bussy la llave de la puerta designada, recomendándole de nuevo la mayor vigilancia.

Bussy prometió todo lo que quiso el duque y se retiró a su casa.

-¿Qué hay? -preguntó a Remigio.

-Os iba a hacer la misma pregunta, monseñor.

-¿No has descubierto nada?

-Tan difícil es hallar esa casa de día como de noche. Cinco o seis hay juntas y no sé cuál de ellas pueda ser.

-Entonces -repuso Bussy-, creo haber sido más feliz que tú, querido Remigio.

-¿Cómo así, monseñor? ¿habéis hecho también pesquisas por vuestra parte?

-No, no he hecho más que pasar por la calle.

-¿Y habéis reconocido la puerta?

-La Providencia, amigo mío, lleva muchas veces al hombre por ocultos rodeos y tiene combinaciones misteriosas.

-¿Es decir que estáis seguro?...

-No he dicho tal; mas confío.

-¿Y cuándo sabré si habéis te nido la dicha de hallar lo que buscáis?

-Mañana por la mañana.

-Y hasta tanto, ¿necesitáis de mí?

-No, querido Remigio.

-¿No queréis que os acompañe?

-Es imposible.

-Tened prudencia al menos, monseñor.

-¡Ah! -exclamó Bussy riéndose-, el consejo es inútil: todos me conocen por prudente.

Bussy comió cual suele comer un hombre, cuando no sabe dónde ni de qué manera cenará; luego, al dar las ocho, eligió su mejor espada, colgóse al cinto un par de pistolas, no obstante el decreto que acababa de expedir el rey, y se hizo conducir en su litera hasta el final de la calle de San Pablo.

Una vez allí, reconoció la casa que tenía la estatua de la Virgen, contó las cuatro siguientes, se cercioró de que la quinta era la designada, y después, embozándose en su gran capa de color obscuro, fue a esconderse junto al esquinazo de la calle de Santa Catalina, decidido a esperar por espacio de dos horas. y a obrar por su propia cuenta si en dos horas no se presentaba nadie.

Las nueve daban en San Pablo cuando Bussy se escondía.

Aún no hacía diez minutos que estaba en acecho, cuando a pesar de la obscuridad vio llegar por la puerta de la Bastilla dos hombres a caballo, los cuales se detuvieron a la altura del palacio de Tournelles.

Uno de ellos echó pie a tierra, dio la brida del caballo al segundo, que, según las apariencias, era un lacayo, después de haberle visto volver por el mismo camino que habían traído, cuando le perdió de vista y dejó de oír los pasos de los caballos, se adelantó hacia la casa confiada a la vigilancia de Bussy.

Antes de llegar a ella trazó un gran círculo como para explorar con la vista las inmediaciones; después, creyendo que no era observado, se llegó a la puerta y desapareció.

Bussy oyó el ruido de aquella puerta que se cerraba después de haber dado paso al desco-

nocido.

Esperó un momento por temor de que el personaje misterioso estuviese en observación detrás del ventanillo; después, cuando hubieron transcurrido algunos minutos, se adelantó a su vez, atravesó la calle, abrió la puerta, y aleccionado por la experiencia, la cerró sin ruido.

Entonces se volvió: el ventanillo estaba, en efecto, a la altura de sus ojos, y según todas las probabilidades, por él era por donde había visto a Quelus.

Mas Bussy no había entrado en la casa para quedarse en la puerta. Se adelantó, pues, poco a poco a tientas, hasta que al extremo del patio y a la izquierda halló el primer escalón.

Allí se detuvo por dos razones: la primera, porque le temblaban las piernas, tal era su emoción; la segunda, porque percibió una voz que decía:

-Gertrudis, dí a tu ama que soy yo, y que

quiero entrar.

El tono en que se pronunciaron estas palabras era demasiado imperativo para que una criada se negase a obedecer.

Bussy oyó perfectamente la voz de la criada que respondía:

-Pasad al salón: aquí vendrá la señora.

-Después escuchó el ruido de una puerta que se cerraba.

Entonces recordó los doce escalones que había contado Remigio; contólos y se encontró en la meseta.

Acordóse del corredor y de las tres puertas, dio algunos pasos conteniendo la respiración y extendiendo las manos delante de sí.

Halló la primera puerta por donde había entrado el desconocido; prosiguió su camino y encontró la segunda; tentó y dio con una llave, volvió aquella llave, y temblando de pies a cabeza, abrió la puerta.

El aposento en que entró se hallaba completamente a obscuras, excepto en la parte adonde llegaba por una puerta lateral un reflejo de la luz del salón.

Este reflejo caía sobre una ventana adornada con cortinas de tapicería que hicieron palpitar de júbilo el corazón del joven.

Sus ojos se dirigieron a la parte del techo iluminado por el mismo reflejo y reconoció las mismas pinturas mitológicas que ya había observado: alargó la mano y tocó el lecho con molduras.

No había lugar a duda: hallábase en el mismo cuarto donde había despertado la noche en que recibió la herida, causa de la hospitalidad que se le concedió.

Nuevamente tembló al tocar aquel lecho y al notar a su alrededor el delicioso perfume que exhala el gabinete de una joven.

Ocultóse entre las cortinas del lecho y escu-

chó.

En el cuarto inmediato se paseaba impaciente el desconocido: el ruido de sus pasos llegaba hasta Bussy; otras veces se detenía y murmuraba:

-¿Viene o no viene?

Por último se abrió una puerta en el salón, paralela a la que estaba ya entreabierta; resonó la alfombra con la leve presión de un pequeño pie y Bussy oyó el roce de un vestido de acento participaba del temor y del desdén, y que decía:

-Aquí estoy, caballero, ¿qué deseáis?

-¡Hola! -dijo Bussy-; si este hombre es el amante, bien se puede dar la enhorabuena al marido.

-Señora -dijo el hombre a quien la dama recibía de aquel modo tan frío-, tengo la honra de advertiros que debiendo salir mañana muy temprano para Fontainebleau, vengo a pasar la noche a vuestro lado.

-¿Me traéis noticias de mi padre? -preguntó la dama.

-Oídme, señora...

-Caballero, ya sabéis en lo que quedamos ayer; si he consentido en ser vuestra esposa, es porque me habéis prometido que mi padre vendrá a París o que yo volveré a su lado.

-Señora, tan pronto como vuelva de Fontainebeau, marcharemos: os doy mi palabra de honor. Pero entretanto...

-¡Oh! no cerréis esa puerta, es inútil: no pasaré una noche, ni una sola, bajo el mismo techo que vos, si no llego a saber qué es de mi padre.

Y la joven que hablaba en este tono tan firme, aplicó a sus labios un silbato de plata, que produjo un sonido agudo y prolongado.

Así se llamaba a los criados en aquel tiempo, en que aún no se habían inventado las campanillas.

En el mismo instante, la puerta por donde

había entrado Bussy se abrió de nuevo y dio paso a la criada de la joven, robusta moza de Anjou, que parecía haber estado esperando a que su ama la llamase y que luego que hubo oído el silbido acudió inmediatamente.

Entró en el salón y dejó la puerta abierta.

Un rayo de luz penetró en la estancia donde se hallaba Bussy y éste vio entre las dos ventanas el retrato.

-Gertrudis -dijo la dama- no os acostéis, y permaneceréis toda la noche en sitio desde donde podáis oir mi voz.

La doncella se retiró sin contestar, por el mismo camino, dejando la puerta del salón completamente abierta e iluminado por consiguiente el maravilloso retrato.

Aquel retrato era el mismo que había visto Bussy.

Acercóse éste poco a poco para mirar por entre la abertura que el espesor de los goznes

dejaba entre la puerta y la pared; mas por mucha cautela que emplease, en el momento en que su vista penetraba en la estancia, resonó el pavimento bajo sus pies.

Al oir este ruido volvióse la dama: era el original del retrato, era la ilusión de su sueño.

El hombre, aunque nada oyó, se volvió también al notar que la dama se volvía.

Era M. de Monsoreau.

-¡Hola! -exclamó Bussy-, la hacanea blanca... la mujer robada.. . sin duda voy a oír alguna historia terrible.

Y enjugó su rostro, que de pronto se había cubierto de sudor.

Bussy, como ya hemos dicho, veía a los dos interlocutores: ella estaba pálida, de pie, en actitud desdeñosa: él, sentado, no pálido, sino lívido, agitando los pies con impaciencia y mordiéndose la mano.

-Señora -dijo por último Monsoreau-, no es-

peréis que os deje continuar por mucho tiempo representando ese papel de mujer perseguida y sacrificada; estáis en París, estáis en mi casa, y, a más de esto, sois ya la condesa de Monsoreau, es decir, mi mujer.

-Si en efecto soy vuestra mujer, ¿por qué os negáis a llevarme adonde está mi padre? ¿por qué seguís ocultándome a los ojos del mundo?

-Echáis en olvido al duque de Anjou, señora.

-Me habéis asegurado que luego que fuese vuestra esposa, nada tendría que temer de él.

-Es decir...

-Me lo habéis asegurado.

-No obstante, señora, todavía tengo que tomar algunas precauciones.

-Pues bien, caballero, tomadlas y volved a verme luego que las hayáis tomado.

-Diana -dijo el conde, que comenzaba a montar en cólera-, Diana, no juguéis con el lazo

sagrado del matrimonio que nos une. Este es un consejo que os doy.

-Haced, caballero, que yo no desconfíe de mi marido y entonces respetaré el matrimonio.

-Sin embargo, según el modo con que me he conducido con vos, creía tener derecho a vuestra confianza.

-Señor conde, creo que en todo este asunto no es mi interés el único que os ha guiado, o que si en efecto habéis obrado por mi interés, el acaso os ha servido bastante bien.

-¡Oh, esto es ya demasiado! -exclamó el conde-, estoy en mi casa, sois mi mujer, y aunque todo el infierno viniera en vuestro socorro, seréis mía esta misma noche.

Bussy echó mano a la espada y dio un paso hacia adelante; pero Diana no le dio tiempo para presentarse.

-Mirad -dijo sacando un puñal de entre el cinturón-, ésta es mi respuesta.

Y de un salto se puso en el aposento donde se hallaba Bussy; cerró la puerta, corrió los cerrojos, y mientras Monsoreau se deshacía en amenazas, dando puñetazos en la puerta, le dijo:

-Si hacéis saltar solamente una astilla, ya me conocéis, señor conde, me encontraréis muerta en el umbral.

-¡Oh, tranquilizaos, señora! -dijo Bussy abrazándola-; tendréis un vengador.

Diana estuvo a punto de dar un grito; mas se hizo cargo de que el único peligro que la amenazaba era el de caer en poder de su marido. Permaneció, pues, a la defensiva, pero silenciosa; temblando, pero inmóvil.

M. de Monsoreau empujó violentamente la puerta con el pie; luego, convencido de que Diana ejecutaría su amenaza, salió del salón dando un portazo. Después se oyó el ruido de sus pisadas en el corredor, y después menos

fuerte en la escalera.

-Pero vos, caballero -dijo entonces Diana desprendiéndose de los brazos de Bussy y dando un paso atrás-, ¿quién sois, y cómo estáis aquí?

-Señora -dijo Bussy abriendo la puerta y arrodillándose delante de Diana-, yo soy el hombre a quien habéis salvado la vida. ¿Cómo podéis creer que he llegado aquí con mala intención, o que he formado designios contra vuestro honor?

La mucha luz que daba sobre el noble rostro de Bussy, hizo que Diana le conociese.

-¡Oh, vos aquí, caballero! -exclamó juntando las manos-; ¡os hallabais aquí y lo habéis oído todo!

-¡Ah! sí, señora.

-¿Pero quién sois? ¿cómo os llamáis?

-Señora, soy Luis de Clermont, conde de Bussy.

-¡Bussy! ¿sois el valiente Bussy? -dijo sencillamente Diana, sin sospechar el júbilo de que esta exclamación inundaba el corazón del joven-. ¡Ali! Getrudis -continuó, dirigiéndose a su doncella, que habiendo oído a su ama hablar con un hombre, había acudido espantada-. Gertrudis, nada tengo ya que temer, porque desde esto momento pongo mi honor bajo la custodia del más noble y más leal caballero de Francia. Luego, tendiendo la mano a Bussy, le dijo.

-Levantaos, caballero; yo sé quién sois; ahora es preciso que sepáis quien soy yo.

XIV. HISTORIA DE DIANA DE MERIDOR

Bussy se levantó aturdido con su felicidad y entró precedido de Diana en el salón de donde acababa de salir M. de Monsoreau.

Contemplaba a Diana con sorpresa y admiración: no se había atrevido a creer que la mujer que buscaba pudiese sostener la comparación con la hada de su sueño, y ahora la realidad

sobrepujaba a todo cuanto había tenido por un capricho de su imaginación.

Diana tenía de dieciocho a diecinueve años, lo que equivale a decir que se hallaba en aquella lozanía de la juventud y de la belleza que da su más puro colorido a la flor, su más precioso matiz al fruto. No era posible desconocer la expresión de los ojos de Bussy: Diana comprendía que era admirada; pero no tenía fuerzas para sacar a Bussy de su éxtasis.

Al fin, conociendo que era preciso romper aquel silencio que significaba demasiado, dijo:

-Caballero, habéis contestado a una de mis preguntas, pero no a la otra; os he preguntado quién sois y me lo habéis dicho; pero os he preguntado también cómo os halláis aquí, y a esto no me habéis respondido.

-Señora -dijo Bussy-; por algunas palabras que he oído de vuestra conversación con M. de Monsoreau, creo que las causas de mi presencia

en este sitio se deducirán naturalmente de la relación que os habéis dignado prometerme.

¿No acabáis vos misma de decirme que iba a saber quién sois?

-¡Oh! sí, conde, voy a contároslo todo -respondió Diana-; vuestro nombre sólo basta para inspirarme entera confianza, porque a menudo le he oído repetir como el de un hombre valeroso, de cuya lealtad y honradez podían fiarse todos.

Bussy hizo una reverencia.

-Por lo poco que habéis oído -agregó Diana-, habéis podido saber que soy hija del barón de Meridor, es decir, la única heredera de una de las familias más antiguas e ilustres de Anjou.

-Hubo -dijo Bussy- un barón de Meridor, que pudiendo salvarse en la batalla de Pavía, luego que supo que estaba su rey prisionero, se rindió a los españoles, pidiendo por única gracia el permiso de acompañar a Francisco I a

Madrid, donde compartió con él los trabajos del cautiverio, y no le dejó sino para venir a Francia a tratar de su rescate.

-Era mi padre, caballero, y si alguna vez entráis en el salón del castillo de Meridor, veréis en él el retrato de Francisco 1, hecho por Leonardo de Vinei, y que fue un regalo de Su Majestad.

-¡Ah! -dijo Bussy-, en aquel tiempo todavía sabían los príncipes recompensar a sus servidores.

-Mi padre, a su regreso de España, se caso: tuvo el dolor de ver morir a sus dos primeros hijos y de perder la esperanza de tener un heredero. Poco después murió también el rey, y el dolor de mi padre llegó a la desesperación: al cabo de algún tiempo abandonó la corte y fue a encerrarse con su mujer al castillo de Meridor; allí nací yo como por milagro, diez años después de la muerte de mis hermanos.

Entonces todo el amor del barón se concentró en la hija de su vejez; el afecto que me tenía no era ternura, era idolatría. Tres años después de mi nacimiento perdí a mi madre; fue esta una nueva angustia para el barón, pero yo, demasiado niña para comprender lo que había perdido, conservé mi natural alegría, y mis sonrisas le consolaron de la muerte de mi madre. Crecí y me desarrollé a su vista. Como yo era todo para él, así él ¡pobre! era todo para mí. Llegué a la edad de dieciséis años sin sospechar que hubiese otro mundo que el de mis ovejas y mis pavos reales, mis cisnes .y mis tortolillas, sin pensar que tal vida pudiera acabarse jamás y sin desear que se concluyera.

El castillo de Meridor se hallaba rodeado de grandes bosques pertenecientes al duque de Anjou, y poblados de gamos y ciervos que nadie pensaba en molestar y que por la misma tranquilidad en que se les dejaba estaban casi

domesticados: todos me conocían poco o mucho, y algunos estaban tan acostumbrados a mi voz, que acudían al momento cuando les llamaba; una cierva, entre otras, mi protegida, mi favorita, Dafne, mi pobre Dafne venía a comer en mi mano.

Cierta primavera estuve un mes sin verla; ya la creía perdida y la había llorado como amiga, cuando un día se me presentó de improviso con dos hijuelos; al principio los cervatillos se recelaban de mí, pero viendo las caricias que me hacía su madre, conocieron que nada tenían que temer y vinieron a acariciarme también.

Por aquel tiempo se esparció la voz de que el señor duque de Anjou había mandado un teniente gobernador a la capital de la provincia. Algunos días después se supo que ese teniente acababa de llegar y que era el conde de Monsoreau.

¿Por qué me conmovió este nombre intensa y desagradablemente desde la primera vez que le oí pronunciar? No he podido atribuir esta sensación dolorosa sino a un presentimiento.

Ocho días transcurrieron. Hablábase mucho y en varios sentidos del conde de Monsoreau.

Una mañana resonaron en el bosque las cornetas de caza y el ladrido de los perros; corrí a la verja del parque y llegué justamente a tiempo de ver pasar como un relámpago a Dafne perseguida por una jauría: sus dos hijuelos la seguían.

Un instante después pasó como una visión un hombre montado en un caballo negro, que parecía llevar alas; era M. de Monsoreau.

Quise dar un grito, quise implorar el perdón de mi pobre protegida; mas no oyó la voz o no paro atención en ella: tan entusiasmado estaba en la caza.

Entonces, sin pensar en el cuidado que iba a

causar a mi padre si llegaba a notar mi ausencia, corrí en la dirección en que había visto alejarse a los cazadores, con la esperanza de encontrar bien al conde mismo, o bien a alguno de su séquito, y rogarles que abandonasen una persecución que me desgarraba el alma.

Anduve media legua corriendo de este modo sin saber dónde iba; ya hacía mucho tiempo que había perdido de vista a la cierva, a los cazadores y a sus perros; en breve cesé de oir los ladridos; me dejé caer al pie de un árbol y comencé a llorar.

Así permanecí por espacio de un cuarto de hora, hasta que creí distinguir en lontananza el ruido de la cacería; no me equivocaba; se iba oyendo aquel ruido cada vez más, y un momento le oí tan distintamente que no dudé que los cazadores iban a pasar por delante de mí.

Me levanté al instante y me lancé en la dirección en que se anunciaba. En efecto, vi pasar

por uno de los sitios en que los árboles eran menos espesos a la pobre Dafne jadeando; no llevaba más que un cervatillo; el otro había sucumbido de fatiga y evidentemente despedazado por los perros.

Ella misma iba visiblemente cansada; la distancia que la separaba de la jauría era menor que la primera vez; su carrera se había cambiado en fatigosos saltos y al pasar delante de mí bramó con tristeza.

Como la primera vez hice vanos esfuerzos para que se oyera mi voz. M. de Monsoreau no veía más que al animal que perseguía, y pasó delante de mí con más rapidez que nunca y haciendo sonar furiosamente la-corneta de caza.

Detrás de él tres o cuatro monteros animaban a los perros con la corneta y con la voz.

Aquella confusión de sonidos, de ladridos y de gritos pasó frente a mí como una tempestad, desapareciendo en la espesura del bosque y

extinguiéndose a medida que se alejaba.

Yo estaba desesperada: reflexionaba que si me hubiese encontrado solamente cincuenta pasos más allá, al final de la espesura, M. de Monsoreau me habría visto y tal vez a mis ruegos habría perdonado al pobre animal.

Este pensamiento reanimó mi valor; los cazadores podían pasar por tercera vez al alcance de mi voz Seguí una calle de árboles que sabía que terminaba en el castillo de Beaugé. Este castillo que era propiedad del duque de Anjou, se hallaba situado a tres leguas del de mi padre. Al cabo de un corto rato le divisé, y solamente entonces advertí que había andado tres leguas a pie y que me hallaba sola y muy lejos del castillo de Meridor.

Confieso que se apoderó de mí un terror vago y que entonces comencé a pensar en la imprudencia y aun ligereza de mi conducta. Seguí la orilla del estanque, porque intentaba pe-

dir al jardinero, hombre estimable, que cuando yo había ido otras veces por allí con mi padre, me había regalado preciosos ramilletes; intentaba, digo, rogarle que me acompañase hasta el castillo de Meridor, cuando oí nuevamente el ruido de la caza. Quedéme inmóvil y escuché: el ruido se iba aumentando: lo olvidé todo. En el mismo instante vi a la cierva saltar fuera del bosque del otro lado del estanque.

Estaba sola; el otro cervatillo había sucumbido igualmente; la vista del agua pareció devolverle las fuerzas; aspiró su frescura y se lanzó al estanque como si hubiese querido venir adonde yo estaba.

Al principio nadó con rapidez y pareció que recobraba toda su energía; yo la miraba con lágrimas en los ojos y los brazos tendidos hacia ella; pero insensiblemente se iban acabando sus fuerzas, mientras que por el contrario, parecía que se aumentaban las de los perros, aniinados

por la proximidad de la presa.

Pronto los más encarnizados la alcanzaron y cesó de avanzar detenida por ellos. En aquel momento se presentó M. de Monsoreau en la orilla del bosque; corrió al estanque y echó pie a tierra. Entonces reuní todas mis fuerzas para gritar ¡perdón! y crucé las manos en actitud de ruego.

Parecióme que me había visto y grité de nuevo y más fuerte que la vez primera. Me oyó, sin duda, porque levantó la cabeza, y le vi correr a una barca, desatar la amarra y adelantarse rápidamente hacia el animal, que pugnaba por libertarse de toda la jauría que ya la tenía cercada. No dudé que la prisa que se daba M. de Monsoreau para llegar hasta la cierva fuese producida por la compasión que yo había logrado inspirarle con mi voz, mis ademanes y mis súplicas; pero de pronto le vi sacar su puñal de caza; un rayo de sol que en él se reflejó

hirió mi vista como un relámpago; después el relámpago desapareció; yo lancé un grito; toda la hoja del cuchillo había entrado en la garganta de la pobre Dafne. Un río de sangre saltó de la herida, tiñendo de púrpura el agua del estanque; el pobre animal dio un bramido mortal y lastimero, agitó el agua con los pies, se enderezó casi del todo y volvió a caer muerta.

Di un grito casi tan doloroso como el suyo, y caí desmayada en la orilla del estanque.

Cuando volví en mí, me encontré acostada en una habitación del castillo de Beaugé; mi padre, a quien habían enviado a llamar, estaba llorando a la cabeza de mi lecho.

Como no tenía más que una crisis nerviosa, producida tal vez por la agitación de la carrera, pude al día siguiente volver a Meridor. No obstante, guardé cama por espacio de tres o cuatro días.

Al cuarto me dijo mi padre que durante to-

do el tiempo de mi indisposición se había presentado saber de mi salud, M. de Monsou, que me vio cuando me llevaban desmayada al castillo; que al saber que era la causa involuntaria de aquel incidente había mostrado el mayor sentimiento, pidiendo licencia para excusarse conmigo y diciendo que no estaría tranquilo hasta haber obtenido su perdón, pronunciado por mis propios labios.

Habría sido ridículo negarme a verle: por tanto, a pesar de mi repugnancia, cedí.

Al día siguiente se presentó; yo había conocido la ridiculez de mi posición; la caza es un placer de que las mismas damas gozan muchas veces; yo, pues, fui la que en cierto modo tuve que disculpar mi ridícula emoción, encareciendo el cariño que había cobrado a la pobre Dafne.

Entonces el conde aparentó estar desesperado, y me juró veinte veces por su honra que si

hubiese podido adivinar que yo me interesaba por su víctima, habría tenido la mayor satisfacción de perdonarla; sin embargo, sus protestas no me convencieron y se marchó sin haber podido borrar de mi corazón la impresión dolorosa que en él había causado.

Al retirarse pidió a mi padre permiso para volver. Había nacido en España, se había criado en Madrid, y era para el barón un grande atractivo poder hablar de un país donde había habitado tanto tiempo.

Por lo demás, el conde era de buena familia, teniente gobernador de la provincia, favorito, según decían, del duque de Anjou; no tenía, pues, mi padre motivo alguno para negarle la entrada en casa, y accedió a su petición.

¡Ah! desde aquel instante cesó, si no mi felicidad, al menos mi reposo. Muy luego eché de ver la impresión que había hecho en el conde. Al principio nos visitaba solamente una vez a la

semana; luego dobló el número de sus visitas y últimamente venía a casa todos los días.

Como prodigaba a mi padre las mayores atenciones, consiguió agradarle; yo, que veía el placer que el barón tenía en su conversación, que era siempre la de un hombre superior, no osaba quejarme, porque ¿de qué me habría quejado? El conde era conmigo tan galante como con una querida, tan respetuoso como con una hermana.

Una mañana entró mi padre en mi aposento con aire más suave que de costumbre, si bien su gravedad iba mezclada con alguna apariencia de alegría.

-Hija mía -me dijo-: siempre me has protestado que serías dichosa no abandonándome jamás.

-Sí, padre mío -exclamé-; ya lo sabéis, el permanecer siempre a vuestro lado es mi mayor deseo.

-Pues bien, mi Diana -siguió inclinándose para darme un beso en la frente-, de ti sola depende que ese deseo se realice.

Sospeché lo que iba a decirme Y me puse tan pálida, que mi padre se detuvo antes de que sus labios tocaran mi frente.

-¡Diana! ¡hija mía! -exclamó-, ¡Dios mío! ¿qué te sucede?

-M. de Monsoreau, ¿no es verdad? -dijo yo.

-¿Qué? -preguntó mi padre admirado.

-¡Oh! jamás, padre mío, si tenéis alguna compasión de vuestra hija, ¡nunca!

-Diana, amor mío -dijo-, no es compasión la que te tengo, es idolatría, bien lo sabes: toma ocho días para reflexionar, y si al cabo de esos ocho días...

-¡Oh! no, no -exclamé-, ni ocho días, ni veinticuatro horas, ni un minuto, ¡oh! no, no, no.

Y me deshice en lágrimas.

Mi padre me adoraba, nunca me había visto

llorar; me cogió en sus brazos, dándome su palabra de caballero de que no me volvería a hablar de matrimonio.

Efectivamente, un mes transcurrió sin que viese a M. de Monsoreau ni oyese hablar de él.

Una mañana recibirnos mi padre y yo una esquela de convite para un gran baile que M. de Monsoreau debía dar en obsequio del hermano del rey, que había ido a visitar la provincia cuyo título llevaba. La función debía efectuarse en los salones de la Municipalidad de Angers.

Con la esquela de convite recibimos una invitación personal del príncipe, el cual escribía a mi padre, que recordaba haberle visto en la corte del rey Enrique, y que tendría mucho gusto en volverle a ver.

Mi primer movimiento fue rogar a mi padre que no aceptase el convite, y seguramente habría insistito, si la invitación hubiese sido echa solamente a nombre de M. de Monsoreau;

mas también la hacía el príncipe, y mi padre temió ofender a Su Alteza con una negativa. Asistimos, pues, a la función: M. de Monsoreau nos recibió como si nada hubiera pasado entre nosotros; su conducta con respecto a mí m fue indiferente ni afectada; me obsequió como a todas las demás señoras y tuve un placer al notar que no era objeto de ninguna distinción buena ni mala de su parte.

No me sucedió lo mismo con el duque de Anjou. Desde que me vio, sus miradas se fijaron en mí y no las apartó en toda la noche. Yo me sentía disgustada bajo el peso de aquellas miradas, y sin decir a mi padre la causa que me hacía desear salir del baile, insistí tanto en ello, que en efecto, nos retiramos de los primeros.

Tres días más tarde, M. de Monsoreau se presentó en Meridor; le vi desde lejos en la alameda del castillo y me retiré a mi cuarto. Temía que mi padre me hiciese llamar, pero

no ocurrió así.

Al cabo de medio hora vi salir a M. de Monsoreau sin que nadie me hubiese anunciado su visita.

Hubo más, mi padre no me habló de ella, y desde entonces creí notar en él más severidad que de costumbre.

De este modo pasaron algunos días, hasta que uno de ellos, volviendo de pasear por las inmediaciones, me dijeron que M. de Monsoreau estaba con mi padre. El barón había preguntado dos o tres veces por mí, informándose con inquietud acerca del punto donde había dirigido mi paseo, y dando orden para que se le avisase tan pronto como volviera.

En efecto, apenas me había retirado a mi cuarto, entró mi padre.

-Hija mía -dijo-, un motivo que no tienes necesidad de saber, me obliga a separarme de ti por algunos días: no me preguntes nada; piensa

tan sólo que este motivo debe ser muy poderoso, cuando me determina a pasar una semana, quince días, tal vez un mes, sin verte.

Me estremecí, aunque no podía adivinar a qué peligro estaba expuesta. Mas las dos visitas de M. de Monsoreau no me anunciaban nada bueno.

-¿Y dónde debo ir, padre mío? -pregunté.

-Al castillo de Lude, con mi hermana, en cuya casa vivirás oculta a los ojos de todos, procurándose además que llegues allá de noche.

-¿No me acompañáis?

-No: debo quedarme para evitar toda sospecha; hasta los sirvientes de la casa deben ignorar adónde vas.

-¿Pero quién me conducirá?

-Dos hombres de cuya fidelidad estoy seguro.

-¡Oh, Dios mío! ¡querido padre!

El barón me abrazó.

-Hija mía -continuó- es necesario.

Estaba tan segura del amor de mi padre, que no insistí más ni le pedí otra explicación: quedamos en que me acompañaría Gertrudis, la hija de mi nodriza.

Mi padre salió diciéndome que estuviese dispuesta para el primer aviso.

A las ocho vino a buscarme: la noche estaba obscura y fría: era una de las más largas del invierno. Yo estaba ya dispuesta; bajamos sin hacer ruido, atravesamos el jardín, mi padre abrió una puerta que daba al bosque y allí hallamos una litera y dos hombres.

Hablóles mi padre por largo tiempo, recomendándome a ellos según me pareció; después ocupé mi asiento en la litera; Gertrudis se sentó a mi lado, abrazóme el barón por última vez y emprendimos la marcha.

Ignoraba yo qué especie de peligro me amenazaba obligándome a dejar el castillo de

Meridor. Pregunté a Gertrudis, pero tampoco lo sabía: no conociendo a mis conductores, no me atreví a dirigirles la palabra. Caminábamos, pues, silenciosamente y por caminos extraviados, cuando al cabo de dos horas de marcha, en el momento en que, no obstante mi inquietud, comenzaba a entregarme al sueño que el traqueteo pausado y monótomo de la litera me causaba, desperté al movimiento que hizo ésta deteniéndose, y al sentir que Gertrudis me asía del brazo.

-¡Oh, señorita! -dijo la pobre muchacha-, ¿qué pasa?

Saqué la cabeza por entre las cortinas y vi que estábamos rodeadas por seis hombres a caballo y enmascarados: los nuestros, que habían intentado defenderse, estaban desarmados y presos.

Yo estaba demasiado asustada para llamar en mi socorro; por otra parte, ¿quién hubiera

acudido a nuestros gritos?

El que parecía jefe de los enmascarados se acercó a la portezuela y me dijo:

-Tranquilizaos, señorita, no se os hará ningún daño; pero es preciso que vengáis con nosotros.

-¿Y adónde? -pregunté.

-Adonde lejos de tener nada que temer seréis tratada como una reina.

Esta promesa me espantó más que si hubiera sido una amenaza.

-¡Oh, padre mío, padre mío! -murmuré.

-Señorita -me dijo en voz baja Gertrudis-, yo conozco este terreno, soy fiel, soy robusta; malo será que no podamos escapar.

Esta seguridad que me daba una pobre criatura no podía tranquilizarme. Sin embargo, es tan gran consuelo verse una sostenida en sus esperanzas, que recobré algún tanto el ánimo.

-Haced de nosotras lo que os plazca, seño-

res -respondí-: somos dos pobres mujeres y no podemos defendernos.

Uno de los hombres se apeó del caballo, ocupó el asiento de nuestro conductor y cambió la dirección de la litera.

Como puede comprenderse, Bussy escuchaba la narración de Diana con la atención más profunda; las primeras emociones de un amor naciente van siempre acompañadas de un afecto casi religioso a la persona a quien empezamos a amar; la mujer a quien nuestro corazón elige es elevada por esta elección a una esfera superior a las demás mujeres, donde se purifica y diviniza al paso que crece su dominio sobre nosotros; cada uno de sus gestos es un favor que nos concede, cada una de sus palabras una nueva gracia; si nos mira, nos regocija; si se sonríe, nos extasía.

El joven había, pues, dejado a la hermosa narradora referir la historia de toda su vida sin

atreverse a interrumpirla; cada uno de los pormenores de aquella vida, de la cual, según sus presentimientos, estaba destinado a cuidar, tenía para él un gran interés.

Escuchaba las palabras de Diana con muda ansiedad, como si de cada una de ellas hubiese dependido su existencia.

Así, cuando la joven se detuvo un momento, no pudiendo ya disimular la doble emoción que experirnentaba, emoción en la cual lo presente reunía en sí todos los recuerdos de lo pasado, Bussy no se sintió con fuerzas para resistir a su inquietud, y cruzando las manos, dijo:

-¡Oh! continuad, señora, continuad.

Era imposible que Diana dejase de conocer el interés que inspiraba; la voz, los ademanes, la expresión del semblante de Bussy, todo estaba en armonía con la súplica que sus palabras contenían. Diana se sonrió tristemente y continuó de este modo:

-Caminamos así tres horas poco más o menos; luego la litera se detuvo; abrióse una puerta; oí pronunciar algunas palabras a mis conductores, dirigidas a los que al parecer nos esperaban; la litera emprendió de nuevo su marcha y en el sonido cavernoso que hacían las ruedas, conocí que atravesábamos un puente levadizo. No me engañaba; dirigí una mirada a la parte exterior de la litera, y advertí que estábamos en el patio de un castillo.

¿Qué castillo era ése? Ni Gertrudis ni yo lo sabíamos. Muchas veces en el camino habíamos tratado de orientarnos, pero no habíamos visto más que un bosque sin límites. Verdad es que ambas convinimos en que nos hacían dar un rodeo a propósito para que no pudiéramos adivinar dónde nos encontrábamos.

Abrióse por fin la portezuela de nuestra litera y el mismo hombre que ya había hablado, nos invitó a bajar.

-Obedecí en silencio. Dos hombres, que seguramente eran del castillo, llegaron a recibirnos con hachas de viento.

Como me lo habían prometido, nuestro cautiverio se anunciaba, por desgracia, acompañado de las mayores atenciones.

Seguimos a los hombres de las antorchas, los cuales nos condujeron a un dormitorio, ricamente adornanado, y que por la elegancia y por el estilo, parecía haber sido amueblado en la época más brillante del reinado de Francisco I.

Nos esperaba una ligera cena en una mesa suntuosamente servida.

-Estáis en vuestra casa, señorita -me dijo el hombre que ya me había dirigido dos veces la palabra-, y como os serán necesarios los cuidados de una doncella, la vuestra no se separará de vos, su cuarto está contiguo a éste.

Gertrudis y yo nos dirigimos mutuamente

una mirada de alegría.

-Siempre que necesitéis algo -prosiguió el hombre enmascarado-, no tenéis que hacer más que llamar con la aldaba de esta puerta, y un criado que estará constantemente en la antesala, vendrá a ponerse a vuestras órdenes.

Esta aparente atención demostraba que teníamos un centinela de vista.

El hombre enmascarado hizo un saludo y salió cerrando la puerta con llave.

Permanecimos por un instante inmóviles mirándonos a la luz de dos candelabros, que iluminaban la mesa donde estaba la cena. Gertrudis quiso hablar; yo le hice seña con el dedo para que callase, por temor de que alguno nos estuviera escuchando.

La puerta del cuarto que nos habían dicho ser el destinado para Gertrudis estaba abierta.

A las dos se nos ocurrió al mismo tiempo la idea de reconocerlo. Gertrudis tomó un cande-

labro y ambas entramos de puntillas.

Era un gabinete espacioso, destinado sin duda para tocador de la persona que habitase el cuarto de dormir de que habíamos salido. Tenía una puerta paralela a la de la otra habitación por donde habíamos entrado; esta segunda puerta estaba, como la primera, adornada de una aldabita que tenía debajo un clavo de metal. Clavos y aldabas parecían obra de Benvenuto Cellini.

Era indudable que las dos puertas daban a la misma antesala.

Gertrudis acercó la luz a la cerradura: estaban echadas las dos vueltas de la llave.

Estábamos presas.

Cuando dos personas, aunque sean de condiciones desiguales, se encuentran en la misma situación y expuestas al mismo peligro, tienen una increíble comunidad de pensamientos y prescinden con facilidad extraordinaria de ex-

plicaciones secundarias y de palabras inútiles.

Gertrudis se acercó a mí y dijo en voz baja:

-¿Habéis observado, señorita, que no hemos subido más que cinco escalones desde el patio?

-Sí -contesté yo.

-Estamos, pues, en un cuarto bajo.

-Sin duda.

-De suerte -añadió bajando más la voz y fijando la vista en las ventanas-, de suerte que...

-Si esas ventanas no tuviesen hierros. . . -interrumpí yo.

-Sí, y si tuvieseis valor...

-Ánimo -exclamé-; tranquilízate, querida, le tendré.

Entonces Gertrudis puso un dedo en la boca.

-Sí, sí, entiendo -le dije.

Gertrudis me hizo seña de que no me moviese de donde estaba y fue a dejar el candelabro sobre la mesa del dormitorio.

Yo había conocido ya su intención y me
había acercado a la ventana, buscando el resorte
para abrirla.
Halléle, o más bien le encontró Gertrudis, y
la ventana se abrió.
Lancé un grito de gozo, la ventana no tenía
hierros.
Pero ya Gertrudis había observado la causa
de esta pretendida negligencia de nuestros car-
celeros; un ancho estanque bañaba el pie de la
pared; diez pies de agua nos guardaban mejor,
por cierto, que pudieran hacerlo gruesos barro-
tes de hierro en la ventana.
Pero al fijar la vista en las orillas del estan-
que, reconocí un paisaje que me era familiar;
nos hallábamos prisioneras en el castillo de
Beaugé, adonde, como ya he dicho, había ido
muchas veces con mi padre y adonde un mes
antes había sido conducida el día de la muerte
de mi pobre Dafne.

El castillo de Beaugé pertenecía al duque de Anjou.

Entonces, iluminada mi mente como por el resplandor de un rayo, comprendí todo.

Miraba el estanque con sombría satisfacción; era mi último recurso contra la violencia; era mi último asilo contra la deshonra.

Volvimos a cerrar la ventana y me arrojé vestida sobre la cama, mientras Gertrudis se acomodaba en un sillón a los pies.

Veinte veces en aquella noche desperté sobresaltada y agitada por un miedo espantoso; pero nada justificaba este terror sino la situación en que me encontraba; por el contrario, todos dormían o aparentaban dormir en el castillo, y ningún otro ruido, exceptuando el canto de las aves acuáticas, interrumpía el silencio de la noche.

Amaneció: la luz del día, despejando el paisaje del aspecto espantoso que le daba la obscu-

ridad, vino a confirmar mis temores: la huida era imposible sin ser auxiliadas por la parte exterior; ¿y de dónde podría venirnos este auxilio?

A las nueve de la mañana llamaron a nuestra puerta; me retiré al aposento de Getrudis, diciéndole que permitiese que abrieran.

Los que llamaban, a quien pude ver por la cerradura de la puerta de comunicación, eran nuestros raptores del día anterior: iban a llevarse la cena, a la cual no habíamos tocado, y a servirnos el almuerzo.

Gertrudis les hizo algunas preguntas; pero ellos salieron sin contestar.

Luego que se marcharon entré yo; todo me lo explicaba nuestra estancia en el castillo de Beaugé y el aparente respeto que se nos demostraba.

El duque de Anjou me había visto en el baile de M. de Monsoreau; el duque de Anjou se

había enamorado de mí; advertido mi padre, y queriendo librarme de sus asechanzas, habíame hecho salir de Meridor; mas vendido, bien por un criado infiel o bien por una casualidad desgraciada, su precaución había sido inútil, cayendo yo en poder del hombre de quien en vano había tratado de libertarme.

Detúveme en esta idea, la única verosímil, y en realidad, la única verdadera

Cediendo a las súplicas de Gertrudis, bebí una taza de leche y comí un poco de pan.

Invertimos la mañana en formar planes insensatos de fuga. Y, sin embargo, a cien pasos de nosotros podíamos ver una barca con sus remos amarrada a las cañas que guarnecían el estanque. Indudablemente si esta barca hubiera estado al alcance de nuestro brazo, mis fuerzas, exaltadas por el terror y unidas a las fuerzas naturales de Gertrudis, habrían bastado para librarnos del cautiverio.

Nadie nos molestó en toda la mañana. Sirviéronnos la comida como nos habían servido el almuerzo. Yo me caía de debilidad. Me senté a la mesa, servida por Gertrudis solamente, porque nuestros carceleros, apenas dejaban los manjares, se retiraban. Pero de repente, al partir el pan, descubrí un billete.

Abríle precipitadamente; contenía tan sólo dos líneas:

"Un amigo vela por vos: mañana tendréis noticias suyas y de vuestro padre."

Fácil es conocer cuán grande fue mi alegría: el corazón parecía querer salírseme del pecho. Enseñé el billete a Gertrudis, y pasamos el resto del día aguardando a que se realizara la promesa que nos hacía nuestro amigo desconocido.

Pasamos la segunda noche en la misma intranquilidad que la primera. Llegó la hora del almuerzo, esperada por mí impacientemente,

porque no dudaba hallar en el pan otro billete.

No me engañé: esta nueva carta estaba concebida en la forma que sigue:

"La persona por quien habéis sido robada llega al castillo de Beaugé esta noche a las diez; pero el amigo que vela por vos se hallará al pie de vuestra ventana a las nueve con una carta de vuestro padre, que os inspirará la confianza que sin ella tal vez no concederíais al portador; quemad este billete."

Leí y releí esta carta; luego la arrojé al fuego siguiendo el consejo que en ella se me daba. La letra me era por completo desconocida; y lo confieso, ignoraba quién podía ser el autor. Gertrudis y yo nos perdíamos en conjeturas: cien veces nos asomamos aquel día a la ventana por ver si veíamos a alguna persona por las inmediaciones del estanque o en la espesura del bosque; pero todo estaba desierto.

Una hora después de la comida llamaron a

nuestra puerta; era la primera vez que trataban de entrar a horas diferentes de las de comer; sin embargo, como no teníamos medio alguno de encerrarnos por dentro, fuerza nos fue dejar entrar al que llamaba.

Era éste el hombre que nos habló a la puerta de la litera y en el patio del castillo. No pude conocerle por el rostro, porque estaba enmascarado cuando nos habló; pero a las primeras palabras le reconocí en la voz. Lo primero que hizo fue entregarme una carta.

-¿De parte de quién? -le pregunté.

-Tomaos, señorita, el trabajo de leerla y lo veréis.

-Pero yo no puedo leer esta carta sin saber de quién es.

-Sois dueña, señorita, de hacer lo que os plazca. He recibido orden de entregaros esta carta y la pongo a vuestros pies; vos la recogeréis si os dignáis hacerlo.

Y, en efecto, el hombre, que parecía escude-
ro, dejó la carta en un taburete en que se apo-
yaban mis pies y se ausentó.
-¿Qué hacemos? -pregunté a Gertrudis.
-Si me atreviese a daros un consejo, señori-
ta, diría que debíais leer esa carta. Acaso nos
anuncia algún peligro que podamos evitar.
El consejo era tan racional, que mudé de in-
tención y leí la carta. Diana interrumpió en
aquel momento su narración, se levantó, abrió
un pequeño armario de esos a las cuales hemos
conservado el nombre italiano de stipo, y sacó
la carta de una cartera de seda. Bussy dirigió
una mirada al sobre y leyó:
"A la hermosa Diana de Meridor."
Luego, mirando a la joven, dijo:
-Ese sobre es de letra del duque de Anjou.
-¡Ah! -contestó Diana dando un suspiro-: no
me había yo equivocado.
Después, como Bussy vacilase en abrir la

carta:

-Leed -le dijo-; el azar os ha hecho de una vez sabedor de las acciones más íntimas de mi vida; no debo tener secretos para vos.

Bussy obedeció y leyó lo que sigue:

"Un desdichado príncipe, a quien vuestra divina beldad ha herido en el corazón, vendrá esta noche a pediros perdón de su conducta con vos, conducta que, él mismo lo comprende, no tiene más disculpa que el amor irresistible que os profesa.

"FRANCISCO."

-¿De modo que esta carta era del duque de Anjou? -preguntó Diana.

-¡Ah! sí -repuso Bussy-; estas son su letra y su firma.

Diana suspiró y dijo en vos baja:

-¿Será menos culpable de lo que yo creía?

-¿Quién? ¿el príncipe? -interrogó Bussy.

-No, él, el conde de Monsoreau.

Esta vez fue Bussy quien suspiró.

-Proseguid, señora -dijo-, y juzgaremos al príncipe y al conde.

-Esta carta, que yo no tenía entonces ningún motivo para considerar apócrifa, puesto que su contenido se conciliaba tan bien con mis propios temores, me demostraba, como había previsto Gertrudis, el peligro a que me hallaba expuesta, y hacía mucho más preciosa la intervención del amigo desconocido que me ofrecía su auxilio en nombre de mi padre.

Comenzaron de nuevo nuestras investigaciones: no dejábamos de mirar al estanque y a la parte del bosque que daba frente a nuestras ventanas. Pero en toda la extensión de terreno que podía alcanzar nuestra vista, no observamos nada que pudiera tener relación con nuestras esperanzas.

Llegó la noche, mas como estábamos en el mes de enero y anochecía temprano, todavía

faltaban cuatro o cinco horas hasta el momento decisivo. Esperamos ansiosamente.

Era aquélla una de las hermosas noches de invierno que, a no ser por el frío, no se diferencian en nada de las de fines de primavera o principios de otoño; el cielo brillaba tachonado de innumerables estrellas, y la luna, en creciente, iluminaba el paisaje con su argentada luz; abrimos la ventana del cuarto de Gertrudis, que en todo caso debía de estar menos vigilado que el mío.

A las siete subió del estanque un ligero vapor; mas semejante a un velo de transparente gasa, no nos impedía la vista de los demás objetos: tal vez esto consistía más bien que en la transparencia de la niebla, en lo habituados que estaban nuestros ojos a las tinieblas: ello es que todavía podíamos divisar lo que pasara en el bosque y en el estanque.

Como nada nos ayudaba a medir el tiempo,

no sabré decir qué hora sería cuándo creímos ver varias sombras agitarse al extremo del bosque. Parecía que aquellas sombras se iban acercando con precaución, guarneciéndose detrás de los árboles que más obscuridad prestaban.

Tal vez habríamos pensado que no eran sino ilusiones de nuestra cansada vista, si el relincho de un caballo, atravesando el espacio, no hubiese llegado a nuestros oídos.

-Son nuestros amigos -murmuró Gertrudis.

-O el príncipe -añadí yo.

-¡Oh! -repuso mi doncella-, el príncipe no se ocultaría.

Esta reflexión tan sencilla disipó mis sospechas y me tranquilizó.

Redoblamos nuestra atención.

Avanzó un hombre solo; parecióme que se separaba de un grupo de hombres ocultos detrás de los árboles.

Aquel hombre se encaminó directamente a

la barca, la desamarró, entró en ella, y haciéndola deslizarse rápidamente sobre el agua, se adelantó en silencio hacia nuestra ventana.

A medida que avanzaba, mis ojos hacían esfuerzos más violentos para penetrar la obscuridad.

Primero por la alta estatura de aquel hombre, y luego por los marcados y sombríos rasgos de su fisonomía, me pareció el conde de Monsoreau; en fin, cuando se halló a diez pasos de nosotras, no me quedaba la más leve duda.

Entonces temí casi tanto el socorro como el peligro.

Quedé muda e inmóvil, apoyada en el hueco de la ventana y oculta a la vista del conde.

Cuando éste llegó a la pared, ató la barca a un anillo, y poco después vi aparecer su cabeza a la altura de nuestra ventana.

No pude contener un grito.

-¡Ah! perdonad -exclamó el conde de Mon-

soreau-, creí que me esperabais.

-Esperaba a uno, caballero; mas no sabía

que ese uno erais vos.

El conde se sonrió con ironía.

-¿Quién, pues -dijo-, sino yo o vuestro pa-

dre velaría por vuestro honor?

-En la carta que me habéis escrito decíais

que mi padre os enviaba.

-Sí, señora, y como previ que dudaríais que

se me hubiese confiado la misión de salvaros,

traigo conmigo una carta del barón.

Y el conde me dio un papel.

No habíamos encendido bujías ni candela-

bros, con el objeto de estar más libres para

hacer en las tinieblas lo que las circunstancias

exigiesen.

Pasé del cuarto de Gertrudis al mío, me

arrodillé delante del fuego, v al resplandor de

la chimenea leí lo que sigue:

"Mi querida Diana: El señor conde de Mon-

soreau es el único que puede salvarte del peligro que te amenaza, y este peligro es inmenso. Fíate, pues, completamente de él como del mejor amigo que el cielo nos puede enviar.

"Él te dirá más tarde lo que mi corazón desearía ardientemente que hicieses para pagar el servicio que vamos a deberle.

"Tu padre que te suplica le creas y tengas compasión de él y de ti.

"BARÓN DE MERIDOR."

Ningún cargo positivo podía yo hacer a M. de Monsoreau. La repugnancia que me inspiraba era más bien instintiva que racional. No tenía que reconvenirle sino de la muerte de una cierva, y éste era un delito de muy poca gravedad para un cazador.

Me fui, pues, a él.

-¿Qué decís? -me preguntó.

-Caballero, he leído la carta de mi padre; me dice que estáis dispuesto a sacarme de aquí,

pero no me anuncia adónde me lleváis.

-Os llevaré adonde el barón os aguarda, señorita.

-¿Y dónde me espera?

-En el castillo de Meridor.

-¿Luego volveré a ver a mi padre?

-Dentro de dos horas.

-¡Oh, caballero! si es cierto lo que decís...

Aquí me detuve: el conde esperaba indudablemente el fin de la frase.

-Contad con mi reconocimiento -añadí con voz trémula y débil, porque adivinaba lo que el conde podía esperar de aquel reconocimiento que no tenía yo fuerzas para expresarle.

-Entonces, señorita -repuso el conde-, ¿estáis pronta a seguirme?

Miré a Gertrudis con inquietud: fácil era conocer que el semblante sombrío del conde no la tranquilizaba más que a mí.

-Reflexionad -agregó M. de Monsoreau- que

cada minuto que pasa es para vos más precioso de lo que podéis imaginar. He tardado en llegar aquí media hora más de lo que esperaba; pronto van a dar las diez: ¿no habéis recibido aviso de que a las diez se hallaría el príncipe en el castillo de Beaugé?

-¡Ah! sí -contesté yo.

-Luego que llegue no podré hacer por vos otra cosa más que arriesgar mi vida sin esperanza, al paso que en este momento la arriesgo con la seguridad de que he de salvaros.

-¿Por qué no ha venido mi padre?

-¿Pensáis que vuestro padre no está vigilado? ¿Creéis que puede dar un paso sin que se sepa adónde va?

-¿Pero y vos? -pregunté.

-En cuanto a mí, es muy distinto; soy amigo y confidente del príncipe.

-Mas, caballero -exclamé-, si sois amigo y confidente del príncipe, entonces...

-Entonces, le hago traición por vos, es cierto.

Por lo mismo os decía antes que arriesgaba mi vida por salvar vuestro honor.

Había tal acento de convicción en aquella respuesta del conde, y estaba tan visiblemente de acuerdo con la verdad, que, a pesar de que aún experimentaba un resto de repugnancia a confiarme a él, no hallé palabras con qué expresar esta repugnancia.

-Os espero -dijo el conde.

Miré a Gertrudis, que se hallaba indecisa como yo.

-Mirad -me dijo M. de Monsoreau-, si dudáis todavía, mirad hacia ese lado.

En efecto, por el lado opuesto y a la otra orilla del estanque venía una multitud de hombres a caballo que se encaminaban al castillo.

-¿Quiénes son esos hombres? -pregunté.

-El duque de Anjou' y su comitiva -respondió el conde.

-Señorita, señorita -exclamó Gertrudis-, no hay tiempo que perder.

-Demasiado se ha perdido ya -añadió el conde-. Decidíos en nombre del cielo.

Caí sin fuerzas en una silla, balbuceando:

-¡Qué haré, Dios mío, qué haré!

-¿Oís? -dijo el conde-: llaman a la puerta.

Oyóse, en efecto, resonar el aldabón bajo la mano de uno de los hombres, a quien vimos apartarse del grupo y tomar la delantera a los demás.

-Dentro de cinco minutos -añadió M. de Monsoreau- ya no será tiempo de salvaros.

Traté de levantarme; pero mis piernas se doblaron.

-¡Socórreme, Gertrudis -dije-, socórreme!

-Señorita -dijo la pobre chica-, ¿oís la puerta que se abre? ¿Oís los caballos que entran en el patio?

-Sí, sí -respondí haciendo un esfuerzo-, pero

me faltan las fuerzas...

-¡Oh! ¿no es más que eso? -dijo Gertrudis.

Y cogiéndome en sus brazos me levantó como si fuera un niño, y me puso en los del conde.

Al sentir el contacto de aquél hombre, me estremecí tan violentamente, que estuve a punto de desprenderme de sus brazos y caer al agua; pero él me estrechó contra su pecho y me colocó en la barca.

Gertrudis me siguió, bajando por sí sola.

Entonces noté que mi velo se había desprendido y flotaba sobre el agua.

Ocurrióseme que aquel velo podría descubrir el camino que había tomado en mi huida.

-¡Mi velo! ¡mi velo! -dije al conde.

M. de Monsoreau dirigió una mirada hacia el objeto que yo le señalaba con el dedo.

-No -repuso-, más vale así. Y tomando los remos, dio tan violento impulso a la barca que a

poco tiempo nos vimos inmediatos a la orilla opuesta.

En aquel momento vimos iluminarse las ventanas de mi aposento; varios criados entraban con luces.

-¿Os engañaba? -dijo M. de Monsoreau-, ¿era ya tiempo? -¡Oh! sí, sí, caballero -contesté-, sois verdaderamente mi salvador.

Los criados iban de un lado para otro, veíanse las luces unas veces en mi cuarto, otras en el de Gertrudis. Oímos voces; un hombre entró, delante del cual se apartaron todos los demás. Aquél hombre se asomó a la ventana que se hallaba abierta, vio el velo que flotaba sobre el agua, y dio un grito.

-¿Veis cómo he hecho bien en dejar allí el velo? -dijo el conde-; el príncipe supondrá que por libraros de caer en sus manos os habéis arrojado al lago, y mientras os hace buscar en él, nosotros huiremos.

Entonces me asusté realmente al considerar las sombrías profundidades del alma de aquél hombre, que había contado de antemano con semejante medio.

En aquel momento llegamos a la orilla.

XV. EL TRATADO

(Continuación de la historia de Diana de Meridor)

Hubo un instante de silencio. Diana, casi tan conmovida con aquel recuerdo como lo había estado con la realidad, sentía que le iba faltando la voz. Bussy la escuchaba con todas las facultades de su alma y se sentía dispuesto a odiar eternamente a sus enemigos, aun antes de saber quiénes fuesen.

En fin, después de haber respirado la esencia de un frasquito que sacó del bolsillo, continuó Diana de esta manera:

-Apenas pusimos el pie en tierra, nos rodearon siete u ocho hombres. Eran criados del con-

de, entre los cuales creí conocer a los que acompañaban nuestra litera cuando fuimos atacados por los que nos llevaron al castillo de Beaugé.

Un escudero tenía dos caballos del diestro: uno de ellos era el caballo negro del conde, el otro la hacanea blanca que me estaba destinada. El conde me ayudó a subir en ella, y cuando me hube colocado en la silla, subió él también a caballo.

Gertrudis subió a la grupa del caballo de un criado.

Tomadas estas disposiciones, partimos a galope.

Notando que el conde había tomado la brida de mi hacanea, le dije que podía excusar esta precaución, puesto que yo sabía manejar bastante bien un caballo; pero me contestó que la hacanea era espantadiza y podría dar algún bote que me separase de él.

Al cabo de diez minutos de carrera, oí la voz de Gertrudis que me llamaba.

Volví la cabeza y vi que nuestra comitiva se había dividido en dos grupos: el uno, compuesto de cuatro hombres, entraba, llevándose a Gertrudis por un sendero lateral que se internaba en el bosque, mientras que el conde de Monsoreau y los otros cuatro criados seguían conmigo el camino recto.

-¡Gertrudis! -grité-. Señor conde, ¿por qué no viene Gertrudis con nosotros?

-Es precaución indispensable -dijo el conde-; si somos perseguidos, dejando por dos distintos lados señales de nuestro paso, podrá decirse en ambos caminos que ha pasado una mujer escoltada por cuatro hombres. De este modo hay la probabilidad de que el duque de Anjou tome uno por tomar el otro y corra tras de vuestra criada en lugar de correr tras de nosotros.

La respuesta, aunque especiosa, no me sa-

tisfizo: ¿pero qué podía yo decir ni menos hacer? Suspiré y guardé silencio.

Por lo demás, el camino que seguía el conde era, sin duda alguna, el del castillo de Meridor. Al paso que llevábamos, dentro de un cuarto de hora debíamos hallarnos a la vista del castillo. Pero al llegar a una encrucijada del bosque que me era muy conocida, el conde, en vez de seguir el camino que conducía a casa de mi padre, tomó "por la izquierda, siguiendo otro que del castillo de Meridor visiblemente se apartaba. Grité al instante, y a pesar del rápido galope de mi hacanea, me apoyé en el arzón para saltar en tierra, lo que hubiera conseguido si el conde, que sin duda espiaba todos mis movimientos, no lo hubiese evitado aproximándose a mí, tomándome en sus brazos y colocándome delante de sí en su caballo. La hacanea, viéndose libre, huyó, internándose en el bosque.

El conde ejecutó su acción con tanta rapi-

dez, que no tuve tiempo más que para dar un grito.

M. de Monsoreau me puso al instante la mano en la boca.

-Señorita -me dijo-, os juro por mi honor que nada hago que por orden de vuestro padre no sea, de lo cual os daré una prueba en el primer lugar donde nos detengamos; si esta prueba no os basta u os parece dudosa, os doy mi palabra de dejaros libre.

-Pero me habéis dicho que me llevabais a casa de mi padre -exclamé separando su mano de mi boca y echando hacia atrás la cabeza.

-Sí, señora, os lo he dicho porque veía que no os determinabais a seguirme, y un momento de duda podía perdernos a él, a vos y a mí, según podéis haber visto. Ahora bien -continuó deteniendo el caballo-: ¿queréis matar al barón, correr derechamente a vuestra deshonra? Si queréis todo esto, decid una palabra y os con-

duciré al castillo de Meridor.

-Me habéis hablado de una prueba que me convencería de que estáis autorizado para todo esto por mi padre.

-Aquí la tenéis -dijo el conde-: tomad esta carta y leedla en el primer lugar de descanso. Si después que la hayáis leído, queréis ir al castillo, os vuelvo a dar mi palabra de honor de dejaros libre. Pero si aún respetáis las órdenes del barón, no volveréis, estoy seguro.

-Continuemos, pues, adelante, señor conde, y lleguemos pronto a esa parada que decís, porque anhelo saber cuanto antes si lo que me habéis dicho es cierto.

-Tened presente que si me seguís es de vuestra propia voluntad.

-Sí, de mi propia voluntad, en cuanto es dado tenerla a una joven que en situación como ésta ve de un lado la muerte de su padre y su deshonra, de otra la necesidad de fiarse de la

palabra de un hombre a quien apenas conoce.

No obstante, os sigo libremente, caballero, y de ello podríais convenceros si ordenarais que me dieran un caballo.

El conde hizo seña a uno de sus criados de echar pie a tierra, y yo me trasladé al momento de su caballo al del criado.

-La hacanea no puede hallarse lejos -dijo el conde al hombre desmontado-: buscadla en el bosque, llamadla; ya sabéis que sigue a cualquiera como si fuese un perro con sólo llamarla por su nombre o silbando. Os reuniréis con nosotros en La Chatre.

Me estremecí sin querer. La Chatre está a diez leguas de Meridor en el camino de París.

-Caballero -dije-, os acompaño; pero en La Chatre estableceremos condiciones.

-Es decir, señorita -repuso el conde-, que en La Chatre me daréis vuestras órdenes.

Esta aparente humildad no me tranquilizó;

sin embargo, como no estaba en mi mano la elección de medios, y el que se me ofrecía era el único para librarme del duque de Anjou, continué silenciosamente mi camino.

Al amanecer llegamos a La Chatre; pero en lugar de entrar en el pueblo, a cien pasos de los primeros huertos nos dirigimos atravesando tierras hacia una casa apartada.

Detuve mi caballo.

-¿Adónde vamos? -pregunté.

-Oídme, señorita -repuso el conde-: he observado ya la extremada perspicacia vuestra, y a ella mismo apelo en este momento. Huyendo como vamos de la persecución de un príncipe, el más poderoso después del rey, ¿sería prudente parar en una posada pública y en un pueblo donde el primero que nos viese nos denunciaría? Puede comprarse un hombre, pero no se compra todo un pueblo.

Las respuestas del conde eran todas tan ló-

gicas, o al menos tan especiosas, que me admiraban.

-Bien -le dije-, vamos.

Y proseguimos nuestra marcha.

Nos esperaban en la casa; un hombre de nuestra comitiva se había adelantado sin que yo lo advirtiese. En un cuarto bastante aseado estaba dispuesta una cama, y un buen fuego brillaba en la chimenea.

-Este es vuestro cuarto, señorita -dijo el conde-; esperaré vuestras órdenes.

Saludó, salió y me dejó sola.

Mi primer cuidado fue sacar del pecho la carta de mi padre... Esta es, M. de Bussy, os hago mi juez, leedla.

Bussy tomó la carta y leyó:

"Mi amada Diana: Si como no lo dudo, has cedido a mis súplicas y seguido al señor conde de Monsoreau, éste te habrá dicho que tienes la desgracia de agradar al duque de Anjou y que

el príncipe fue quien preparó tu rapto y tu conducción al castillo de Beaugé; por este acto de violencia juzgarás de lo que el duque es capaz y de la deshonra que te amenaza. Hay un medio para que te libres de esta deshonra, a la cual yo no podría sobrevivir, y es el de casarte con nuestro noble amigo. Siendo condesa de Monsoreau, el conde defenderá a su esposa, y me ha jurado defenderte con todas sus fuerzas.

"Mi deseo es, pues, hija querida, que se efectúe este enlace lo más pronto posible; si accedes a ello, recibe, con mi consentimiento positivo, mi bendición paternal, mientras quedo rogando a Dios te prodigue los tesoros de dicha que tiene reservados para los corazones como el tuyo.

"Tu padre, que no manda, sino que suplica.

"EL BARÓN DE MERIDOR."

-¡Ah! -dijo Bussy-; si efectivamente esta carta es de vuestro padre, no puede ser más terminante.

-Suya es, no tengo duda ninguna; sin em-
bargo, la leí tres veces antes de decidirme a na-
da. Por último llamé al conde.
Entró al instante, lo cual me probó que
había estado esperando a la puerta.
Yo tenía la carta en la mano.
-Y bien -me preguntó-, ¿la habéis leído?
-Sí, señor.
-¿Dudáis ahora de mi afecto y de mi respe-
to?
-Si hubiese dudado, caballero, esta carta me
impondría la creencia que me faltara. Ahora
bien, admitiendo que yo esté dispuesta a ceder
a los consejos de mi padre, ¿qué pensáis hacer?
-Pienso llevaros a París, señorita; allí es más
fácil ocultaron.
-¿Y mi padre?
-El barón, harto lo sabéis, se reunirá con no-
sotros en cualquier parte donde estemos, luego
que no haya peligro de comprometeros.

-Muy bien, señor conde; estoy dispuesta a aceptar vuestra protección con las condiciones que me impongáis.

-Yo no impongo condición ninguna, señorita -dijo el conde-; no hago más que ofreceros un medio de salvar vuestro honor.

-Pues bien, digo como vos, y añado que estoy pronta a aceptar ese medio de salvación que me ofrecéis, con tres condiciones.

-Hablad, señorita.

-La primera es, que vendrá Gertrudis a reunirse conmigo.

-Ya está aquí -repuso el conde.

-La segunda, que caminaremos separados hasta París.

-Iba a proponeros esta separación para calmar vuestra susceptibilidad.

-Y la tercera, que nuestro matrimonio, a no ser en caso de urgencia reconocida por mí, no se efectuará sino en presencia de mi padre.

-Ese es mi más vivo deseo, y cuento con su bendición para merecer la del cielo.

Quedé estupefacta. Había creído encontrar en el conde alguna oposición, y veía, por el contrario, que abundaba en mis mismos pensamientos.

-Ahora, señorita -dijo-, ¿me permitiréis que por mi parte os dé algunos consejos?

-Hablad, caballero.

-El primero es que caminéis de noche.

-Estoy decidida a ello.

-El segundo, que me dejéis elegir las posadas donde debáis deteneros y el camino que hayáis de seguir. Un solo objeto tendrán todas mis precauciones: el de libraros del duque de Anjou.

-Si me amáis, como decís, señor conde, nuestros intereses son idénticos; ninguna objeción tengo que hacer contra lo que pedís.

-Por último, el tercer consejo es que en París

os contentéis con la casa que yo os prepare, por pobre que parezca y por apartada que esté de las calles principales.

-No deseo más que vivir oculta, y cuanto más sencilla y apartada sea la habitación que me preparéis, tanto más convendrá a una fugitiva.

-Entonces estamos conformes de todo punto, señorita, y para conformarme con el plan que me habéis trazado, sólo me resta tomar vuestras órdenes, enviaros vuestra doncella y designar el camino que debéis seguir.

-Por mi parte -contesté-, soy noble como vos; cumplid vuestras promesas, y yo cumpliré las mías.

-No pido otra cosa -dijo el conde- y fiado en vuestra palabra creo que dentro de poco seré el hombre más dichoso.

Dichas estas palabras hizo un saludo respetuoso y se retiró.

Cinco minutos más tarde entró Gertrudis. Grande fue la alegría de la pobre muchacha, pues había creído que para siempre la separaban de mí. Referírle cuanto me acababa de pasar; necesitaba yo una persona que abrigase mis intenciones, secundara mis deseos y pudiese, en caso preciso, comprenderlos con media palabra y obedecer a la menor señal o al menor gesto. Asustábame la facilidad con que M. de Monsoreau había aceptado mis condiciones y temía que infringiese alguna cláusula del contrato que acababa de efectuarse entre nosotros. Al concluir mi narración, oímos el ruido de un caballo: era el conde que a todo galope partía por el mismo camino que habíamos andado. ¿Por qué retrocedía en vez de seguir el camino adelante? Esto es lo que no pude comprender. Pero había cumplido el primer artículo del tratado devolviéndome a Gertrudis, cumplía el segundo separándose de mí; nada, pues, tenía

que decir. Por otra parte, cualquiera que fuese el punto a que se dirigiera, su marcha me tranquilizaba. .

Pasamos todo el día en la casita, servidas por nuestra huésped; por la noche, el que me había parecido jefe de nuestra escolta entró en mi aposento y me pidió órdenes. Como el peligro me parecía tanto mayor cuanto más cerca del castillo de Beaugé me hallase, le respondí que estaba pronta; cinco minutos después volvió a entrar y me indicó con un saludo que sólo a mí aguardaba. A la puerta encontré mi hacanea blanca, que había sido llevada inmediatamente, como lo había previsto M. de Monsoreau.

Caminamos toda la noche y nos detuvimos al amanecer. Calculé que debíamos haber recorrido quince leguas poco más o menos. M. de Monsoreau había tomado todas las pre-

cauciones necesarias para que no me fatigara ni me molestase el frío. La hacanea que me había elegido tenía un trote muy suave, y al salir de casa me había hecho poner un manto bien forrado.

En esta parada, como en la primera y en todas las que hicimos durante el camino, observé que se tenían conmigo las mismas atenciones, el mismo respeto, los mismos cuidados, prueba eminente de que alguno nos precedía que se hallaba especialmente encargado de preparar nuestro alojamiento.

Si era el conde o alguno de los de su séquito, no llegué a saberlo, porque cumpliendo esta parte de nuestra estipulación con la misma exactitud que las demás, ni una sola vez le vi en todo el camino.

Al séptimo día de marcha vi desde lo alto de una colina una multitud de edificios.

Era París.

Hicimos alto para aguardar a que la noche llegara, y luego que obscureció volvimos a ponernos en marcha.

Pasamos por una puerta, más allá de la cual el primer objeto que se presentó a mi vista fue un gran edificio que por sus altas paredes conocí que sería algún monasterio.

Tomamos a la derecha y al cabo de diez minutos nos encontramos en la plaza de la Bastilla. Entonces un hombre que arrimado a una puerta, al parecer, nos estaba esperando, se llegó al jefe de nuestra escolta, y le dijo:

-Aquí es.

El jefe de la escolta se volvió hacia mía.

-Ya lo oís, señora -dijo-, hemos llegado.

Y apeándose del caballo me presentó la mano para bajar de la hacanea, como acostumbraba a hacerlo en cada parada.

La puerta se hallaba abierta; en uno de los escalones había una lámpara que iluminaba la

escalera.

-Señora -dijo el jefe de la escolta-, estáis en vuestra casa; aquí acaba la misión de acompañaros que hemos recibido; ¿puedo lisonjearme de haberla cumplido según vuestros deseos y con el respeto que se nos ha recomendado?

-Sí, señor le respondí-, y debo daros las gracias. Ofrecédselas también en mi nombre a los que me han acompañado, a quienes desearía' remunerar de una manera más eficaz. Pero nada poseo.

-No paséis cuidado por eso, señora; ya están generosamente recompensados.

Volvió a montar a caballo, me saludó y, dirigiéndose a sus compañeros:

-Venid conmigo, les dijo-, y cuidado con que mañana se acuerde ninguno de vosotros de esta puerta lo suficiente para reconocerla.

Dichas estas palabras, la escolta se alejó al galope por la calle de San Antonio.

El primer cuidado de Gertrudis fue cerrar la puerta, lo que hizo con tal rapidez, que a no ser por el ventanillo no hubiésemos visto el camino que llevaba la escolta que de nosotros se acababa de separar.

Después nos dirigimos hacia la escalera donde estaba la lámpara; Gertrudis la tomó y echó a andar delante.

Subimos los escalones y nos encontramos en el corredor; hallábanse abiertas las tres puertas.

Entramos por la de en medio y nos hallamos en este mismo salón, el cual se hallaba iluminado como ahora lo está.

Abrí esa puerta y vi un gran gabinete de tocador, después abrí esa otra, que es la de mi dormitorio, y me hallé, no sin profunda sorpresa, enfrente de mi retrato.

Este retrato era el mismo que estaba en el cuarto de mi padre en Meridor. Sin duda el

conde se lo había pedido al barón y éste había accedido a su deseo.

Me estremecí al pensar en esta nueva prueba de que mi padre me juzgaba ya como esposa de M. de Monsoreau.

Recorrimos la habitación: nadie había en ella, pero nada faltaba; había fuego en todas las chimeneas y en el comedor una mesa completamente servida.

Dirigí una ojeada rápida a aquella mesa y me tranquilizó el ver que no había en ella más que un cubierto.

-Ya veis, señorita -dijo Gertrudis-, que el conde cumple en todo su palabra.

-¡Ah! sí -respondí dando un suspiro, porque hubiera querido que faltando a alguna de sus promesas me hubiese dispensado de cumplir las mías.

Cené: después visitamos por segunda vez toda la casa, pero sin hallar en ella alma vivien-

te. No había duda ninguna, éramos dueñas absolutas de toda la habitación; estábamos completamente solas.

Gertrudis durmió aquella noche en mi aposento.

A la mañana siguiente salió y se orientó. Entonces supe que nuestra casa se hallaba situada al extremo de la calle de San Antonio, enfrente del palacio de Tournelles, y que la fortaleza que había a la derecha era la Bastilla.

Por lo demás, con saber todo esto no sabía gran cosa, pues no habiendo estado nunca en París, desconocía la situación de sus calles.

Nada aconteció de nuevo, en todo el día; por la noche, al disponerme para sentarme a la mesa, llamaron a la puerta.

Gertrudis y yo nos miramos.

Llamaron por segunda vez.

-Mira a ver quien llama -le dije.

-¿Y si es el conde? -preguntó al verme pali-

decer.

-Si es el conde -respondí haciendo un esfuerzo-, ábrele, Gertrudis; ha cumplido fielmente sus promesas; verá que yo también sé cumplir las mías.

Un instante después volvió Gertrudis.

-El señor conde -dijo.

Gertrudis se ausentó y el conde se presentó en el umbral de la puerta.

-Señora -preguntó-, ¿he cumplido fielmente el tratado?

-Sí, señor -respondí-, y os doy las gracias.

-¿Me recibiréis en vuestra casa? -añadió con una sonrisa que en vano quiso dejar de ser irónica.

-Pasad adelante, caballero.

El conde se acercó y continuó de pie. Yo le hice seña de que se sentara; después le pregunté:

-¿Tenéis algunas noticias?

-¿Dé dónde y de quién, señora?

-Ante todo, de mi padre y de Meridor.

-No he ido al castillo de Meridor, ni he visto

a vuestro padre.

-Entonces de Beaugé y del duque de Anjou.

-Eso es otra cosa: he ido a Beaugé y he

hablado al duque.

-¿Cómo le habéis encontrado?

-Queriendo dudar.

-¿De qué?

-De vuestra muerte.

-¿Pero le habéis confirmado en esa creencia?

-He hecho todo lo posible para ello.

-¿Y dónde se halla el duque?

-En París desde ayer tarde.

-¿Cómo ha venido tan pronto?

-Porque nadie se queda mucho tiempo por

su gusto en un lugar donde cree que ha muerto

una mujer por su culpa.

-¿Le habéis visto desde su vuelta a París?

-Vengo de verle.

-¿Os ha hablado de mí?

-No le he dado tiempo para ello.

-¿Pues de qué le habéis hablado?

-De una promesa que me tiene hecha y cuyo cumplimiendo he pedido con grandes instancias.

-¿Cuál?

-Me tiene prometido hacer que me nombren montero mayor, en premio de los servicios que le he prestado.

-¡Ah! sí -dije con triste sonrisa, recordando la muerte de mi pobre Dafne-; en efecto, sois un cazador tremendo, ya recuerdo, y como tal tenéis derecho incontestable a ese destino.

-No le alcanzaré por lo de cazador, señora, sino por servidor del príncipe; no me lo darán porque a él tenga derecho, sino porque el duque de Anjou no se atreverá a ser ingrato conmigo.

A pesar del tono respetuoso de estas respuestas, había en ellas algo que me espantaba, y era la expresión de una voluntad implacable y sombría.

Permanecí silenciosa un momento; después dije:

-¿Me será permitido escribir a mi padre?

-Sin duda; mas tened presente que vuestras cartas pueden ser interceptadas.

-¿Me está prohibido salir?

-Nada os está prohibido, señora; pero debo haceros observar que podéis ser seguida.

-¿Pero siquiera podré ir a misa los domingos?

-Creo que para vuestra seguridad sería mejor que no la oyeseis; pero, si os empeñáis, al menos que no sea en otra iglesia sino en la de Santa Catalina. Esto, no obstante, no es más que un consejo que debo daros.

-¿Y dónde está esa iglesia?

-Enfrente de vuestra casa, en esta misma ca-

lle.

-Gracias, caballero.

Hubo un instante de silencio, que yo rompí

también, diciendo:

-¿Cuándo nos veremos, caballero?

-Espero vuestro permiso para volver.

-¿Lo necesitáis?

-Indudablemente; hasta ahora soy para vos

un extraño.

-¿No tenéis llave de esta casa?

-Sólo vuestro marido tiene derecho para

usarla.

-Caballero -dije más asustada de la singular

sumisión de sus contestaciones de lo que a ser

éstas absolutas e imperativas hubiera estado-:

podéis volver cuando quisiereis y cuando creáis

tener alguna cosa de importancia que decirme.

-Gracias, señora, usaré de ese permiso, pero

no abusaré... y la primera prueba que quiero

daros es tomar vuestra venia para ausentarme.

Dichas estas palabras se levantó.

-¿Me dejáis ya? -pregunté cada vez más admirada de una conducta que estaba yo muy lejos de esperar.

-Señora -repuso-, se que no me amáis y no quiero abusar de vuestra situación, que a recibir mis obsequios os obliga. Usando en mis visitas de esta reserva, espero que poco a poco os acostumbraréis a mi presencia, costándoos así menos el sacrificio cuando el instante de ser mi esposa llegare.

-Caballero -dije levantándome a mi vez-, reconozco la delicadeza de vuestro proceder, y no obstante la especie de dureza que a todas vuestras palabras acompaña, las aprecio. Tenéis razón y quiero hablaros con la misma sinceridad que habéis usado conmigo. Tenía contra vos cierta prevención, que el tiempo curará, según espero. -Permitidme, señora, que abrigue esa

esperanza y la de ver llegar en breve tan venturoso momento. Después, saludándome con todo el respeto que del más humilde de mis servidores podía haber aguardado., salió precedido de Gertrudis, que le alumbraba y que había estado presente a toda nuestra conversación.

XVI. EL CASAMIENTO

(Concluye la historia de Diana de Meridor.)

-Por mi vida que es un hombre muy extraño ese M. de Monsoreau -dijo Bussy.

-En efecto, muy singular, ¿no es verdad, caballero?, porque su amor se presentaba con toda la aspereza del aborrecimiento. Gertrudis, al volver, me encontró más triste y asustada que nunca.

Procuró tranquilizarme; pero la pobre muchacha estaba tan turbada como yo. Aquél respeto glacial, aquella irónica obediencia, aquella pasión reprimida y que en notas estridentes vibraba en cada una de sus palabras, eran más

terribles que lo podía haber sido la expresión franca y explícita de una firme voluntad, que yo hubiera podido combatir.

Al día siguiente era domingo: desde que tengo uso de razón nunca había faltado al oficio divino. Oí la campana de la iglesia de Santa Catalina que me llamaba; vi a todos los vecinos encaminar sus pasos al templo; tomé un espeso velo, y cubriéndome con él, seguida de Gertrudis, me confundí entre la muchedumbre que al tañido de la campana acudía.

Busqué el rincón más obscuro y me arrodillé junto a la pared. Gertrudis se colocó como centinela entre la gente y yo; mas esta vez fueron inútiles las precauciones, nadie fijó la atención en nosotras.

A los dos días vino el conde y me anunció que estaba nombrado montero mayor. Por la influencia del duque de Anjou había alcanzado este empleo, que estaba prometido a uno de los

favoritos del rey llamado M. de San Lucas. Este era un triunfo que apenas se había atrevido a esperar.

-Efectivamente -dijo Bussy-, y que nos sorprendió a todos.

Venía a anunciarme esta noticia, esperando que la nueva dignidad de que se veía revestido apresuraría mi consentimiento para nuestro enlace. No obstante, protestó que no quería ser importuno, que no insistía y que lo esperaba todo de mi promesa y de los sucesos.

Por mi parte comencé a aguardar que llegaría a verme libre de mi compromiso con el conde, puesto que creyéndome muerta el duque, había cesado el peligro.

Cinco días pasaron sin que en ellos cosa particular sucediese, si no es que el conde me hizo dos visitas, en las cuales, como en las anteriores, estuvo frío y respetuoso; pero ya os he explicado lo extraños y casi amenazadores que

eran este respeto y esta frialdad.

El domingo siguiente asistí a la iglesia como la vez primera, y me arrodillé en el mismo sitio que había ocupado ocho días antes.

La confianza nos hace imprudentes; en el fervor de mi oración se separó el velo de mi semblante... En la casa de Dios, no pensaba yo más que en Dios... Oraba ardientemente por' mi padre, cuando sentí que Gertrudis me tocaba el brazo; fue necesario que me llamase la atención por segunda vez para sacarme de la especie de éxtasis a que estaba entregada.

Levanté la cabeza y mirando maquinalmente alrededor de mí, vi con terror al duque de Anjou, que apoyado en una columna, me devoraba con la vista.

Un hombre, que más bien que criado parecía su confidente, estaba inmediato a él.

-Era Aurilly -dijo Bussy-, su tocador de laúd.

-En efecto -repuso Diana-, ese me parece ser su nombre, según Gertrudis me dijo después.

-Continuad, señora -añadió Bussy-, continuad por favor; empiezo a comprenderlo todo.

-Cubrí acto seguido mi rostro con el velo; pero era tarde.

Me había visto, y si no me reconoció, al menos mi semejanza con la mujer que había amado y que creía perdida, le llamó en gran modo la atención.

Turbada al notar que no apartaba la vista un momento de mí, me levanté y me dirigí a la puerta; pero en la puerta le encontré aguardándome para ofrecerme agua bendita.

Aparenté que no le veía y pasé sin aceptar su oferta.

Pero no tuve necesidad de volver la cabeza para conocer que éramos seguidas. Si hubiera sabido las calles de París, habría procurado evitar que el duque supiese dónde yo vivía; mas

no habiendo salido una sola vez de casa sino para ir a la iglesia, ni conocía a persona alguna a quien pedir hospitalidad durante un cuarto de hora, ni tenía ninguna amiga que me protegiera. El único defensor con quien podía contar, era de mí más temido que si fuese un enemigo.

-¡Oh! -exclamó Bussy-, ¿por qué el cielo, la Providencia o el acaso no han hecho que os conociese antes?

Diana dio las gracias al joven con una mirada.

-Continuad -añadió Bussy-, y perdonad si os interrumpo a cada momento, a pesar del interés que me inspira vuestra narración.

-Aquella noche vino M. de Monsoreau. Yo no sabía si debía hablarle de mi aventura; pero él disipó mis dudas diciendo:

-Me habéis preguntado si os estaba prohibido ir a misa, y os he respondido que erais dueña absoluta de vuestras acciones, pero que sería

mejor que no fueseis. No habéis querido creer-
me. Habéis salido esta mañana para oir misa en
Santa Catalina: El príncipe se encontraba allí
por casualidad, o mejor dicho, por fatalidad, y
os ha visto.

-Es verdad, caballero, y dudaba si debía
participaron esta circunstancia, porque no sé si
el príncipe me ha reconocido por quien soy, o
solamente por haberle llamado la atención el
parecido con la que cree muerta.

-Vuestra presencia le ha llamado la atención
y esa semejanza le ha parecido extraordinaria;
os ha seguido y ha tomado informes; pero na-
die ha podido dárselos porque, nadie os conoce
aquí.

-¿Y qué pensáis que hará?

-El duque es hombre de carácter sombrío y
tenaz -repuso M. de Monsoreau.

-¡Oh! yo espero que me olvidará.

-No lo creo; no es posible olvidaros, señora,

cuando se os ha visto una vez: yo he hecho para ello todos los esfuerzos que he podido hacer, y no lo he logrado.

Los ojos del conde se animaron: ésta fue la primera demostración de amor que yo he notado en él.

Pero la llama que acababa de despedir aquél volcán que yo creía apagado me causó más espanto que el que las miradas del Duque de Anjou me habían infundido.

Permanecí por algunos momentos en silencio.

-¿Qué pensáis hacer? -preguntóme el conde.

-¿No podría mudar de casa, de calle o hasta de barrio, trasladarme al extremo opuesto de París, o más bien volver a Anjou?

-Todo eso sería inútil -dijo M. de Monsoreau-, el duque de Anjou es un temible sabueso; ha descubierto vuestra huella y adonde quiera que os ocultéis os seguirá hasta hallaros.

-¡Oh! me hacéis temblar.

-No es mi intención asustaros: os digo lo que hay y nada más.

-Entonces yo seré ahora quien os pregunte, ¿qué pensáis hacer?

-¡Ah! -contestó M. de Monsoreau con amarga ironía-, soy hombre de tan corta imaginación ... yo había encontrado un medio, no os conviene y renuncio a él; pero me es imposible buscar otro.

-Pero -añadí yo- el peligro es tal vez menos inminente de lo que suponéis.

-Eso el tiempo lo dirá, señora -dijo el conde dejando su asiento-. En todo caso, os lo repito, la condesa de Monsoreau tendrá menos que temer del príncipe, cuanto que por el nuevo empleo que ocupo dependo directamente del rey, y Su Majestad nos protegerá a mi esposa y a mí.

Un suspiro fue mi contestación. El conde

tenía razón, y lo que decía era probable.

M. de Monsoreau esperó un instante como para dejarme tiempo de responderle; mas me faltaban para ello las fuerzas.

Él estaba de pie en disposición de retirarse; una amarga sonrisa movió sus labios; saludóme y salió de la estancia.

A medida que bajaba las escaleras, creí oir algunas imprecaciones que se le escaparon.

Llamé a Gertrudis.

Gertrudis acostumbraba quedarse en el gabinete o en el dormitorio cuando venía el conde; así fue que se me presentó al momento.

Me llegué a la ventana, tapándome con la cortina, de modo que sin ser vista pudiese notar lo que en la calle sucedía.

El conde salió y se alejó.

Permanecimos atentas por espacio de hora y media, pero nadie vino.

Al día siguiente, al salir Gertrudis, se llegó a

ella un joven, a quien conoció por ser el mismo que la víspera iba acompañando al príncipe; pero se negó a responder a todas sus preguntas y a aceptar todas sus ofertas, de tal modo que, cansado, el joven se retiró.

Este encuentro me inspiró un terror profundo. Era el principio de una investigación que evidentemente no debía terminar así. Temí que M. de Monsoreau no viniese aquella tarde y que por la noche se hiciese contra mí alguna tentativa: enviéle a llamar y vino al instante.

Le referí cuanto le había pasado a Gertrudis, dándole las señas del joven, según mi doncella me las había dado.

-Es Aurilly -dijo-; ¿y qué ha contestado Gertrudis?

-Nada.

M. de Monsoreau reflexionó un instante y después dijo:

-Ha hecho mal.

-¿Cómo?

-Sí; hace falta ganar tiempo.

-¿Tiempo?

-Aún soy dependiente del duque de Anjou; pero dentro de quince días, de doce o quizá de ocho, el duque será el que esté bajo mi dependencia. Por consiguiente, lo que interesa es engañarle para que espere.

-¡Dios mío!

-Sin duda; la esperanza le dará paciencia; mientras que una negativa completa le haría tomar un partido desesperado.

-Caballero, escribid a mi padre -exclamé-; mi padre acudirá al instante y se echará a los pies del rey; Su Majestad tendrá compasión de un anciano.

-Es según la disposición de ánimo en que el rey se encuentre y según interese a su política el ser por ahora amigo o enemigo del señor duque de Anjou. Por otra parte, se necesitan seis días

para que llegue el mensajero que se habría de enviar a vuestro padre, y otros seis para que venga vuestro padre. En doce días el señor duque de Anjou habrá adelantado, si no le contenemos, todo lo que puede adelantar.

-¿Y de qué modo contenerle?

M. de Monsoreau no contestó: yo comprendí su pensamiento y bajé los ojos.

-Caballero -dije después de un instante de silencio-, dad vuestras instrucciones a Gertrudis y ella las seguirá.

Era la primera vez que yo apelaba a su protección; el conde demostró su satisfacción con una sonrisa casi imperceptible.

Habló algunos instantes con Gertrudis y luego volviéndose a mí:

-Señora -dijo-, podría ser que me vieran al salir de vuestra casa: dentro de dos o tres horas será completamente de noche; ¿me permitís que pase esas dos o tres horas en vuestro cuarto?

M. de Monsoreau se contentaba con rogar cuanto tenía casi derecho a exigir. Esta reflexión me hizo consentir en lo que pedía y hacerle seña de que se sentase.

Entonces noté el absoluto dominio que el conde tenía sobre sí mismo; al instante superó la turbación que nuestra situación respectiva debía naturalmente inspirar, y comenzó una conversación variada y agradable, a la cual prestaba grande interés la misma aspereza de que os he hablado. El conde había viajado, visto y meditado mucho, y al cabo de dos horas comprendí cómo aquél hombre extraño había adquirido la influencia que tenía sobre mi padre.

Bussy suspiró.

Llegada la noche, sin insistir, sin pedir más, y como satisfecho de lo que había obtenido, se levantó y se retiró.

Al poco rato nos pusimos Gertrudis y yo a

la ventana con las mismas precaucionse que la vez primera. Vimos claramente dos hombres que examinaban la casa; muchas veces se acercaron a la puerta, pero estando apagadas todas las luces de la casa, no pudieron vernos.

A las once se ausentaron.

Al día siguiente, al salir Gertrudis, halló al mismo joven en el mismo sitio; se llegó de nuevo a ella y le hizo las mismas preguntas. Gertrudis se mostró menos severa que el primer día, y le respondió algunas palabras.

Al otro día Gertrudis fue más comunicativa; le dijo que yo era viuda de un consejero, que habiendo quedado sin bienes vivía muy retirada; quiso el joven saber más, pero fue preciso que por entonces se contentase con estas noticias.

Al día inmediato, Aurilly, que al parecer había concebido alguna sospecha respecto a la veracidad del relato de Gertrudis, le habló de

Anjou y de Beaugé y pronunció la palabra Meridor.

Gertrudis le respondió que todos aquellos nombres le eran absolutamente desconocidos.

Entonces Aurilly confesó que era dependiente del duque de Anjou; que el duque me había visto y enamorándose de mí: después de esta confesión, vinieron ofertas magníficas para ella y para mí; para ella si quería introducir al príncipe en su casa, para mí si consentía en recibirle.

Todas las noches venía M. de Monsoreau, y yo le contaba cuanto por la mañana había pasado. Sus visitas duraban entonces desde las ocho hasta las doce; pero era evidente que le atormentaba una grande inquietud.

El sábado vino más pálido y más agitado que de costumbre.

-Señora -dijo-, es preciso prometer al príncipe cuanto quiera para el martes o miércoles.

-¿Cómo es eso? ¿y por qué? -exclamé yo.

-Porque el duque de Anjou está resuelto a todo; porque en la ocasión presente se halla en buena inteligencia con Su Majestad, y por consecuencia no hay nada que esperar del rey.

-¿Pero debe de aquí al miércoles efectuarse algún acontecimiento que nos sea favorable?

-Tal vez. Yo espero de un día para otro la circunstancia que debe poner al príncipe a mi disposición. Esa circunstancia yo la apresuro, no solamente con mis deseos, sino con mis acciones. Mañana debo dejaros y salir para Montereau.

-¿Tan necesario es ese viaje? -respondí espantada, aunque no sin cierta especie de alegría.

-Sí, señora; tengo en Montereau una cita indispensable para apresurar la realización de esa circunstancia de que os he hablado.

-Y si el martes nos hallamos todavía en la

misma situación, ¿qué haremos? ¡Dios mío!

-¿Qué queréis que yo haga, señora, contra un príncipe, cuando no tengo derecho alguno para protegeros? Forzoso será ceder a la mala suerte.

-¡Oh, padre mío, padre mío! -exclamé.

El conde me miró fijamente y dijo:

-¿Tanto me odiáis?

-¡Oh, caballero!

-¿De qué podéis acusarme?

-Yo, de nada; todo lo contrario.

-¿No me he mostrado siempre fiel como un amigo, respetuoso como un hermano?

-Os habéis portado en todo como caballero.

-¿No tengo vuestra palabra?

-Sí.

-¿Os la he recordado alguna vez?

-No.

-Y, no obstante, cuando las circunstancias son tales que os halláis en la necesidad de elegir

entre una posición honrada y una posición ver-
gonzosa, ¿preferiréis ser la querida del duque
de Anjou a ser la mujer del conde de Monso-
reau?

-No he dicho eso, caballero.

-Pues entonces, decidíos.

-Estoy decidida.

-¿A ser condesa de Monsoreau?

-Antes que querida del duque de Anjou.

-¿Antes que querida del duque de Anjou?

La circunstancia que os obliga a darme la prefe-
rencia no es muy lisonjera para mí.

Yo no respondí.

-No importa -añadió el conde-, ya lo habéis
oído, ganemos tiempo hasta el martes, y el mar-
tes veremos.

Al día siguiente salió Gertrudis, como de
costumbre, pero no vio a Aurilly, cuya ausencia
nos dió más en qué pensar que lo que su pre-
sencia nos hubiera dado. Gertrudis salió de

nuevo, aunque no había necesidad de que saliera, y sólo por ver si le hallaba; pero no le halló; salió por tercera vez, pero sin fruto.

Enviéla a casa de M. de Monsoreau, pero el conde no estaba en ella, y los criados no sabían dónde se encontraba.

Nos vimos solas y aisladas, y nuestra debilidad me hizo conocer por primera vez lo injusta que había sido para el conde.

-¡Oh, señora! -exclamó Bussy-, no os apresuréis a declarar inocente a ese hombre: hay en su proceder un enigma que no entendemos, pero que pronto nos será explicado.

-Vimos llegar la noche con un terror profundo: yo estaba resuelta a todo antes que caer viva en manos del duque de Anjou. Habíame apoderado de este puñal, resuelta a matarme a la vista del príncipe tan pronto como él o sus sirvientes tratasen de llegarse a mí. Atrancamos las puertas de nuestros aposentos, quitamos la

lámpara de la escalera y nos colocamos en nuestro observatorio. Por una negligencia inconcebible la puerta de la calle no tenía cerrojo interior.

Nada advertimos que pudiese asustarnos hasta las once de la noche. A las once, por la calle de San Antonio, vimos salir cinco hombres que, deteniéndose un momento, pareció que deliberaran entre sí, y luego se ocultaron en el ángulo que forman las paredes del palacio de Tournelles.

Comenzamos a temblar creyendo que aquellos hombres estaban allí por nosotras.

No obstante, ellos permanecieron inmóviles por espacio de un cuarto de hora. Al cabo de este tiempo vimos aparecer otros dos hombres por la esquina de la calle de San Pablo.

La luna que se deslizaba entre las nubes permitió a Gertrudis conocer a Aurilly, que era uno de ellos.

-¡Ah, señorita! ellos son -exclamó la pobre muchacha.

-Sí -contesté yo temblando-, y los otros cinco están allí para socorrerles.

-Pero será preciso que echen la puerta abajo -dijo Gertrudis-, y al ruido acudirán los vecinos.

-¿Por qué han de acudir? ¿nos conocen? ¿tienen por ventura algún motivo para comprometerse por defendernos?

-Pues bien, ¿por qué os negáis todavía a ser condesa de Monsoreau?

Yo di un suspiro.

Entretanto, los dos hombres que se habían presentado en la esquina de la calle de San Pablo se adelantaron arrimados a la pared hasta ponerse debajo de nuestra ventana.

La abrimos silenciosamente.

-¿Estás seguro de que es aquí? -preguntó una voz.

-Sí, monseñor, completamente seguro: es la

quinta casa contando desde la esquina de la calle de San Pablo.

-¿Crees tu que la llave servirá para esta puerta?

-He sacado el molde de la cerradura.

Cogí el brazo a Gertrudis y le estreché con violencia.

-¿Y luego que entremos? -añadió la misma voz.

-Luego que entremos, es cosa mía. La doncella nos abrirá; Vuestra Alteza tiene en su bolsillo una llave de oro de tanto valor como ésta.

-Abre pues.

Oímos rechinar la llave en la cerradura; pero en el mismo instante los hombres que estaban ocultos junto al palacio, salieron y se arrojaron hacia el príncipe y Aurilly gritando: "muera, muera".

No comprendí la razón de este incidente: lo que sólo adiviné fue que nos llegaba un socorro

inesperado e imprevisto. Caí de rodillas y di gracias al cielo.

Mas el príncipe con sólo descubrirse a decir su nombre, hizo callar todas las voces, envainar las espadas y retirar a los agresores.

-Sí, sí -exclamó Bussy-, no era al príncipe a quien buscaban, era a mí.

-De todos modos -repuso Diana-, este ataque hizo que el príncipe se retirase. Vímosle encaminarse a la calle de Jouy, mientras que los cinco que le habían acometido volvían a ocupar sus puestos en el ángulo del palacio de Tournelles.

Era indudable que al menos por aquella noche no corríamos peligro: porque aquellos cinco hombres no venían por mí. Pero estábamos demasiado alarmadas y conmovidas para acostarnos y nos quedamos a la ventana aguardando algún suceso desconocido que instintivamente presentíamos como próximo a verifi-

carse.

Poco tuvimos que aguardar. Presentóse un hombre a caballo saliendo por la calle de San Antonio. Era indudablemente el que los escondidos esperaban, porque al verle gritaron: "mano a las espadas", y se lanzaron a su encuentro. Ya sabéis todo lo que se relaciona con este caballero, pues erais vos.

-Al contrario, señora -dijo Bussy, que por la narración que la joven hiciese esperaba descubrir algún secreto de su corazón-, al contrario, no sé más que el combate, pues que terminado éste me desmayé.

-Es inútil deciros -exclamó Diana, sonrojándose un poco- el interés con que miramos aquél combate tan desigual y con tanto valor sostenido; cada episodio del combate nos hacía estremecer y nos arrancaba un grito o una súplica al cielo. Cuando vimos que vuestro caballo cayó, os dimos por perdido; pero no era nada, el va-

liente Bussy merecía su reputación, caísteis de pie y no tuvísteis necesidad de levantaros para herir a vuestros enemigos; en fin, cercado, amenazado por todas partes os retirasteis como el león haciendo frente a vuestros adversarios y vinisteis a apoyaros en la puerta; entonces Gertrudís y yo tuvimos la misma idea, que fue la de bajar y abrir. Ella me miró; sí, le dije, y ambas nos dirigimos a la escalera. Mas como os he dicho, habíamos atrancado todas las puertas .y antes que pudiéramos abrirnos paso, oímos que se cerraba la de la calle.

Quedamos inmóviles. ¿Quién era la persona que acababa de entrar? ¿cómo había entrado? Me apoyé en Gertrudis y aguardé en silencio.

Muy luego, oímos ruido de pasos en el patio: el ruido se acercaba; presentóse un hombre al extremo de la escalera, vaciló, extendió los brazos y cayó desmayado exhalando un sordo

gemido.

Era indudable que aquél hombre no había sido perseguido hasta allí; que había puesto entre su persona y las espadas de sus adversarios la puerta tan felizmente dejada abierta por el duque de Anjou; y que, herido peligrosa o quizá mortalmente, había venido a caer al pie de la escalera.

En todo caso, nada teníamos qué temer; por el contrario, aquél hombre necesitaba de nuestro auxilio.

-¡La lámpara! -dije a Gertrudis.

Salió Gertrudis y volvió con la luz.

No nos habíamos engañado; estabais desmayado. Vimos que erais el mismo caballero que tan valientemente se había defendido, y nos decidimos a socorreros.

En un momento os llevamos a mi cuarto y os tendimos en mi cama.

Continuabais desmayado, de modo que nos

pareció urgente llamar a un médico. Gertrudis recordó haber oído hablar de una cura maravillosa, realizada algunos días antes por un joven facultativo de la calle... de la calle de Beautreillis, y sabiendo las señas de su casa se ofreció a ir en su busca.

-Pero -dije-, ese joven puede descubrir nuestro secreto.

-Tranquilizaos -respondió Gertrudis-, yo tomaré mis precauciones.

Gertrudis es una muchacha valerosa y prudente a un mismo tiempo, y yo me fié por completo de ella. Tomó dinero, una llave y un puñal, y me dejó sola a vuestro lado... y orando por vos.

-¡Ah! -dijo Bussy-, no sabía, señora, que tanta había sido mi dicha.

-Un cuarto de hora después volvió Gertrudis con el joven doctor, que había consentido en todo y la seguía con los ojos vendados.

Permanecí en el salón mientras que ella le guiaba hasta la alcoba y allí le permitió que se quitase el pañuelo de los ojos.

-Es verdad -dijo Bussy-, entonces fue cuando, recobrando yo el conocimiento, dirigí la vista a vuestro retrato y me pareció que os veía entrar.

-Y entré, efectivamente; mi inquietud fue más poderosa que mi prudencia: hice algunas preguntas al doctor, el cual, después de haber examinado vuestra herida, me consoló diciendo que respondía de vos.

-Todo eso -dijo Bussy-, ha quedado grabado en mi memoria, pero a manera de un sueño; y, sin embargo, -añadió llevando la mano a su corazón-, una voz interior me decía que no había soñado.

-El cirujano, luego que curó y vendó vuestra herida, sacó del bolsillo un frasquito que contenía un licor encarnado, y vertió algunas gotas

en vuestra boca, diciéndome que era un elixir que había compuesto y que tenía la virtud de conciliar el sueño y combatir la fiebre.

En efecto, un instante después de haber tomado el brebaje, cerrasteis de nuevo los ojos y caísteis en la especie de letargo de que poco antes habíais salido.

Me asusté; pero el doctor me tranquilizó, diciendo que todo marchaba bien y que no había que hacer más que dejaros dormir.

Gertrudis le vendó de nuevo los ojos y le llevó hasta la puerta de su casa.

Aunque no hizo resistencia, Gertrudis creyó advertir que contaba los pasos.

-Efectivamente, señora -dijo Bussy-; los contó.

-Esta suposición me asustó y considerando que aquél joven podría descubrirnos, resolvimos hacer desaparecer todas las señales de la hospitalidad que os habíamos dado; Pero para

esto lo primero y más importante era haceros desaparecer a vos.

Reuní todo mi valor; eran las dos de la mañana y las calles se hallaban desiertas. Gertrudis os levantó en sus brazos, yo la ayudé y entre las dos os llevamos hasta el borde del foso del Temple.

Después nos volvimos asustadas del atrevimiento con que habíamos salido de casa dos mujeres solas, a una hora en que los hombres mismos van acompañados.

Dios velaba por nosotras. No hallamos a nadie y entramos en casa sin que nadie nos viera.

Al entrar sucumbí bajo el peso de mi emoción y me desmayé.

-¡Oh, señora, señora! -exclamó Bussy cruzando las manos-, ¿cómo podré agradecer bastante lo que habéis hecho por mí?

Hubo un momento de silencio, durante el

cual Bussy no apartó de Diana sus ardientes miradas. La joven apoyó el codo sobre la mesa y dejó caer la cabeza sobre la mano.

En medio de aquel silencio se oyó sonar el reloj de la iglesia de Santa Catalina.

-¡Las dos! -dijo Diana estremeciéndose-, ¡las dos y vos aquí!

-¡Oh, señora! -exclamó Bussy en actitud de ruego-, no me despidáis sin habérmelo contado todo. No me arrojéis de vuestra presencia sin haberme explicado los medios por los cuales puedo seros útil. Suponed que Dios os ha dado un hermano y decid a ese hermano lo que por su hermana puede hacer.

-¡Ah! nada ya -repuso Diana-, es demasiado tarde.

-¿Qué sucedió al día siguiente? -preguntó Bussy-; ¿qué hicisteis durante aquél día, en el cual yo no pensé sino en vos, aun sin estar convencido de que no fueseis un sueño de mi deli-

rio, una visión de mi fiebre?

-Aquél día -contestó Diana salió Gertrudis y encontró a Aurilly, el cual hizo más instancias que nunca, y sin hablar palabra de lo que había pasado la noche antes, pidió a nombre de su amo una entrevista.

Gertrudis aparentó que consentía, mas pidió de plazo hasta el miércoles siguiente, es decir, hasta hoy, para hacer que me resolviese a recibir al príncipe.

Aurilly prometió que su amo esperaría hasta el miércoles, por más que le costase el aguardar.

Teníamos, pues, tres días para evitar la desgracia que me amenazaba.

Por la noche volvió M. de Monsoreau.

Le contamos todo, excepto lo que con vos se relacionaba; le dijimos que el día antes había abierto el duque la puerta con una llave falsa, pero que en el momento de entrar había sido

atacado por cinco caballeros, entre los cuales se hallaba M. de Epernon y de Quelus.

Le indiqué estos nombres porque los había oído pronunciar.

-Sí, sí -dijo el conde-, ya he oído hablar de eso. ¿Conque tiene una llave falsa? ya me lo sospechaba yo.

-¿No podríamos cambiar la cerradura? -pregunté.

-Mandaría hacer otra llave -contestó el conde.

-¿Y si pusiéramos cerrojo en la puerta?

-Vendría con diez hombres y derribaría la puerta y los cerrojos.

-¿Pero y ese acontecimiento que según me habéis dicho debía poner al duque bajo vuestra dependencia?

-Se ha aplazado y no sé cuándo se realizará.

Quedéme sin saber qué decir; corríame el sudor por la frente, y único mi interior com-

prendía que el único, medio de librarme del duque de Anjou era dar la mano de esposa al conde.

-Caballero -le dije-, el duque, y en su nombre su confidente, ha prometido esperar hasta el miércoles por la noche: yo os pido de plazo hasta el martes.

-Señora -repuso el conde-, el martes por la noche a esta misma hora estaré aquí.

Y sin añadir una palabra más se levantó y se retiró.

Seguíle con la vista y noté que en vez de alejarse, se ocultaba en el ángulo obscuro del palacio de Tournelles, cual si a velar por mí toda la noche estuviera resuelto.

Cada prueba de adhesión que me daba este hombre era como una nueva puñalada para mi corazón.

Pasó el plazo de los dos días con la rapidez de un momento, sin que nada turbase nuestra

soledad; pero lo que yo sufrí en ellos, viendo volar las horas, es imposible describirlo.

Cuando llegó la noche del segundo día yo me sentía helada; parecía que todos los sentidos se habían ido amortiguando poco a poco en mí. Inmóvil e insensible como una estatua, sólo mi corazón palpitaba, y el resto del cuerpo parecía haber dejado de vivir.

Gertrudis se había asomado a la ventana: yo, sentada donde ahora estoy, me pasaba de cuando en cuando el pañuelo por la frente, que tenía bañada en sudor.

De improviso Gertrudis extendió la mano hacia mí; pero aquel ademán que en otra ocasión me hubiera hecho saltar al instante de la silla, no produjo en mí el menor movimiento.

-¡Señora! -dijo Gertrudis.

-¡Qué! -respondí yo.

-Cuatro hombres... veo cuatro hombres... se acercan a la casa... abren la puerta... entran.

-Que entren -contesté sin hacer el menor movimiento.

-Pero sin duda son el duque de Anjou y Aurilly con sus criados.

Por única respuesta saqué el puñal y lo puse cerca de mí sobre la mesa.

-¡Oh! dejad siquiera que vea si son ellos -dijo Gertrudis lanzándose hacia la puerta.

-Míralo -respondí.

Un momento después volvió a entrar diciendo:

-Señorita, es el señor conde.

Guardé el puñal en el pecho sin hablar una palabra y sin hacer más movimiento que el necesario para mirar al conde.

Indudablemente mi palidez le asustó.

-¿Qué me dice Gertrudis? -exclamó-, ¿qué habéis creído que era el duque, y que si hubiese sido os habríais dado muerte?

Era la primera vez que le veía conmovido;

mas no sé si su emoción era real o fingida.

-Gertrudis ha hecho mal en deciros eso, caballero -dije yo-, y puesto que no es el duque de Anjou quien ha venido, todo va bien.

Hubo un instante de silencio.

-¿Y sabéis que no he venido solo? -dijo el conde.

-Gertrudis ha visto cuatro hombres.

-¿Adiviná is quiénes sean?

-Presumo que el uno es el sacerdote y que los otros dos son nuestros testigos.

-Es decir, que estáis dispuesta a darme la mano de esposa.

-¿No es cosa convenida? Yo me acuerdo bien del trato que celebramos. Convinimos en que el matrimonio no se efectuaría sino en presencia de mi padre, excepto en el caso de urgencia reconocida por mí.

-Recuerdo perfectamente esta condición, señorita; y ahora ¿creéis que hay urgencia?

-Creo que sí.

-Así, pues ...

-Así, pues, estoy dispuesta a casarme con vos, caballero; pero tened presente que no seré en realidad vuestra mujer hasta que no haya visto a mi padre.

El conde arrugó el entrecejo y se mordió los labios.

-Señorita -dijo-, no trato de forzar vuestra voluntad; la palabra que me habéis dado os la devuelvo; sois libre. Pero...

Aproximóse a la ventana, dirigió sus miradas a la calle y volviéndose a mí, añadió:

-Mirad.

Levantéme movida por la poderosa atracción que nos impulsa a convencernos de nuestra desgracia, v debajo de la ventana había un hombre embozado en una capa, y que parecía buscar un medio de penetrar en la casa.

-¡Oh! -exclamó Bussy-, ¿y decís que eso fue

ayer?

-Sí, conde, ayer, a las nueve de la noche.

-Continuad -repuso Bussy.

-Al cabo de un instante se reunió con el primero otro hombre que tenía una linterna en la mano.

-¿Qué pensáis de esos dos hombres? -preguntó M. de Monsoreau.

-Pienso -contesté-, que son el duque y su confidente.

Bussy exhaló un gemido.

-Ahora -añadió el conde-, resolved: ¿me quedo o me retiro?

Por un momento estuve sin saber qué resolución adoptar; sí, a pesar de la carta de mi padre, no obstante mi promesa y el peligro actual, palpable, inminente, dudé antes de decidirme, y si aquellos dos hombres no hubieran estado allí...

-¡Oh, desgraciado! -exclamó Bussy-, el

hombre de la capa era yo, y el de la linterna el joven Remigio, el cirujano a quien habíais encargado mi curación.

-¡Erais vos! -exclamó Diana asombrada.

-Sí, sí, yo, que, convencido más que nunca de la realidad de mis recuerdos, procuraba encontrar la casa en que había sido recogido, el aposento adonde había sido trasladado, y la mujer, o mejor dicho, el ángel que se me había aparecido. ¡Oh! ¡razón tenía yo al decir que era desgraciado!

Y Bussy quedó abismado bajo el peso de la fatalidad, que se había servido de él para hacer que Diana se resolviese a dar la mano al conde.

-Es decir -repuso al cabo de un momento-, es decir que sois su mujer.

-Desde ayer -contestó Diana.

Hubo otro momento de silencio, interrumpido tan sólo por la fatigosa respiración de los dos jóvenes.

-Pero vos -preguntó Diana-, ¿cómo estáis aquí? ¿cómo habéis entrado en esta casa?

Bussy no contestó, pero enseñó a Diana la llave.

-¡Una llave! -exclamó Diana- ¿de dónde os ha venido esa llave? ¿quién os la ha dado?

-¿No había prometido Gertrudis al príncipe introducirle en vuestro aposento esta noche? El príncipe que nos ha visto a M. de Monsoreau y a mí como nosotros a él, temiendo que le tendiesen algún lazo, me ha enviado en su lugar.

-¿Y habéis aceptado semejante comisión? -dijo Diana en tono de reproche.

-Era el único medio de llegar hasta vos. ¿Seréis tan injusta que me censuréis el haber venido a buscar uno de los mayores placeres y uno de los más grandes dolores que he sufrido en mi vida?

-Sí, os lo censuro -dijo Diana-, porque habría valido más que no me volvieseis a ver, y

que de ese modo me olvidéis.

-No, señora -contestó Bussy-, os equivocáis. Dios es quien me ha conducido aquí para profundizar el misterio de la trama de que sois víctima. Escuchad; desde el momento en que os he visto os he consagrado mi vida. Voy a empezar a cumplir la obligación que me he impuesto. ¿Deseáis tener noticias de vuestro padre?

-¡Oh, sí! -dijo Diana-, porque en realidad no sé qué ha sido de él.

-Pues bien -dijo Bussy-, yo me encargo de traéroslo; sólo os ruego que conservéis un recuerdo del hombre que desde este momento va a vivir sólo por vos y para vos.

-¿Y esa llave? -preguntó Diana con inquietud.

-Esta llave -contestó Bussy- os la devuelvo, porque no quiero tenerla sino de vuestra propia mano; pero os juro, a fe de caballero, que si me la confiáis, nunca una hermana habrá entrega-

do la llave de su aposento a un hermano más fiel y más respetuoso.

-Fío en la palabra del valiente Bussy -repuso Diana-; tomad, caballero.

Y devolvió la llave al joven.

-Señora -dijo éste-, dentro de quince días sabremos con seguridad quién es M. de Monsoreau.

Y saludando a Diana con un respeto en que se traslucía a la vez un amor ardiente y una tristeza profunda, desapareció por la escalera.

Diana inclinó la cabeza hacia la puerta para percibir el ruido de los pasos del joven que se alejaba, y todavía continuaba escuchándolo con el corazón palpitante y los ojos bañados en lágrimas mucho tiempo después de haber cesado por completo.

XVII. CÓMO VIAJABA EL REY ENRIQUE III Y QUE TIEMPO NECESITABA PARA IR DE PARIS A FONTAINEBLEAU

Cuatro o cinco horas después de los sucesos que acabarnos de contar, y a la pálida luz del sol saliente, tan pálida que apenas argentaba las franjas de rojizas nubes de que el sol estaba cubierto, tuvo lugar la partida del rey Enrique III para

Fontainebleau, donde, como hemos dicho estaba preparada para el día siguiente una gran cacería.

Esta partida, que al tratarse de otro príncipe no hubiera llamado la atención, así como no la llamaba tampoco ninguno de los actos de la vida singular del monarca, cuyo reinado procuramos bosquejar, era, tratándose de Enrique III, un grande acontecimiento, por el bullicio y agitación que llevaba en pos de sí.

En efecto, desde las ocho de la mañana v desde el muelle del Louvre comenzaba a prolongarse, saliendo por la puerta principal situada entre la torre del Rincón y la calle del Astru-

ce, una multitud de gentileshombres de servicio, montados en buenos caballos y embozados en forradas capas; después seguían una innumerable multitud de pajes, a continuación un mundo de lacayos, y, en fin, una compañía de suizos que precedían inmediatamente a la litera real.

Esta litera, tirada por ocho mulas, lujosamente enjaezadas, merece particular mención. Era una máquina que formaba un largo cuadrilátero sostenida por cuatro ruedas, guarnecida de almohadones en su parte interior, adornada de cortinas de brocado en la parte exterior, y que tenía próximamente unos quince pies de larga por ocho de ancha. En los pasos difíciles o en las cuestas demasiado penosas reemplazaba a las ocho mulas un número indefinido de bueyes, cuya lenta, pero vigorosa pertinacia, si no daba más rapidez al movimiento del carruaje era por lo menos una garantía de

que los que iban dentro llegarían al punto adonde se encaminaban, aunque fuese una, dos o tres horas más tarde.

Esta máquina encerraba en su seno al rey Enrique y toda su corte, excepto la reina, Luisa de Vaudemont, que, preciso es decirlo, no formaba parte de la corte de su marido sino en las peregrinaciones y procesiones; de manera que no merece la pena de que halemos de ella.

Prescindamos, pues, de la pobre reina, y digamos de quiénes se componía la corte de Enrique III cuando viajaba.

Componíase, ante todo, del rey Enrique III; de su médico Marco Mirón; de su capellán, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros; de su bufón Chicot, antiguo conocido nuestro; de cinco o seis elegantes favoritos, que por entonces eran Quelus, Schomber, d'Epernon, d'O y Maugiron; de un par de grandes galgos, que en medio de aquella multitud, sentados o tendi-

dos, de pie o arrodillados, asomaban sus largas cabezas de serpiente, y de minuto en minuto abrían desmesuradamente la boca, y finalmente, de un canastillo de perritos ingleses que el rey llevaba unas veces sobre sus rodillas y otras suspendido del cuello por medio de una cadena o de cintas.

De cuando en cuando se hacía salir de una especie de nicho, practicado a este fin, una perra, cuya abundancia de leche nutría toda aquella canasta de perritos. Estos, de tiempo en tiempo introduciendo su puntiagudo hocico por entre el rosario de cabezas de muerto que se balanceaba al lado izquierdo del rey, miraban como con aire de lástima a los dos galgos, los cuales, seguros del favor particular de que gozaban, ni aun se tomaban el trabajo de tener celos.

Del techo de la litera colgaba una ¡aula de alambre dorado, que contenía las más bellas

tórtolas del mundo, es decir, con un plumaje blanco como la nieve y un doble collarín negro.

Cuando por acaso entraba alguna mujer en la litera del rey, el número de los animales se aumentaba con dos o tres monos de la especie de los uistitis o de los sapajús, pues entonces era el mono el animal predilecto de las elegantes de la corte del último Valois.

Una Nuestra Señora de Chartres, hecha de mármol por el escultor Juan Goujon, se hallaba colocada en el testero y en un dorado nicho. La Virgen parecía dirigir a su divino hijo miradas sorprendidas por lo que allí veía.

Así era que todos los folletos de aquel tiempo, y no faltaban folletistas, todos los versos satíricos de la época, que se componían muchos, hacían a esta litera el honor de tratar frecuentemente de ella y solían designarla con el nombre de Arca de Noé.

El rey iba sentado justamente debajo del ni-

cho de Nuestra Señora, a sus pies Quelus y Maugiron trenzaban cintas, ocupación que era una de las más graves de los jóvenes de aquella época, de los cuales algunos habían llegado, en virtud de una combinación desconocida hasta entonces y que no ha podido descubrirse después, a hacer trenzas de doce ramales; Maugiron, sentado en uno de los ángulos de la litera, bordaba sus armas, a las cuales pensaba agregar un nueva divisa que creía haber inventado, pero que ya era vieja; en el otro rincón hablaba el capellán con el doctor; d'O y d'Epernon miraban por las portezuelas, y habiéndose despertado muy temprano, bostezaban tan desmesuradamente como los galgos.

En fin, Chicot, sentado sobre una de las portezuelas, con las piernas colgando fuera de la máquina, a fin de estar pronto a bajar o subir, según la moda del tiempo, hallando en cada nombre de cortesano, ya francés o ya latino,

personalidades infinitamente desagradables para aquél que servía de blanco a sus burlas.

Al llegara la plaza del Chatelet, Chicot empezaba a entonar un cántico.

El capellán, que, como hemos dicho, iba hablando con Mirón, se volvió frunciendo el ceño.

-Chicot, amigo mío -exclamó el rey-, mira lo que haces; quita el pellejo a mis favoritos, destroza mi majestad, di lo que quieras de Dios, Dios es la bondad suma, mas no te metas con la Iglesia.

-Gracias por el consejo, hijo mío -dijo Chicot-; no veía a nuestro digno capellán, que viene ahí hablando con el doctor del último muerto que le ha enviado a enterrar, y quejándosele de que era el tercer difunto que le enviaba aquél día, y de que siempre se los remite a las horas de comer, lo cual le molesta bastante. Tienes mil razones; no más cánticos, eso es demasiado vie-

jo; voy a entonar una canción nueva.

-¿Qué música?

-La misma de siempre -contestó Chicot y se

puso a cantar a grito herido:

El rey debe cien millones

-Más de cien millones debo -interrumpió

Enrique-; tu cancionero está mal informado,

amigo mío.

Chicot, sin desconcertarse, añadió:

Doscientos millones debe

Enrique, y para pagar

las deudas de sus validos

las deudas de necesidad

nuevos arbitrios y cargas,

los que sin duda saldrán

de las entrañas del pobre.

¡Ay de aquellos que arrastrar

deben su mísera vida

bajo la garra infernal

de esas arpías, que todo

se lo tragan sin mascar!

-Bien -dijo Quelus, sin dejar sus trenzas de la mano-; tienes hermosa voz, Chicot; otra copla, amigo mío.

-Oye, Valois -dijo Chicot sin responder a Quelus-, ordena a tus favoritos que no me llamen su amigo, porque el serlo me humillaría.

-Habla en verso, Chicot -repuso el rey-; tu prosa no vale nada.

-Sea -dijo Chicot-, y añadió:

Su lenguaje y su vestido
tan indecorosos son,
que usarlos tuviera a men-
guacualquiera mujer de honor.
En abultados encajes
envuelta con profusión,
resístese su garganta
al movimiento menor.
Para planchar su camisa
ya el trigo se desechó,

que como sale más blanco

de arroz hacen almidón.

-¡Bravo! -exclamó el rey-, ¿no eres tú, d'O, el

que ha inventado el almidón de arroz?

-No, señor -dijo Chicot-, fue M. de Saint-

Megrin, que pereció el año pasado a los golpes

de M. Mayena: ¡diablo! no le quite Vuestra Ma-

jestad esa gloria al pobre muerto, que sólo

cuenta con ese almidón y con el que ha hecho a

M. de Guisa para llegar a la posteridad. Si le

quitáis el almidón quedará en la mitad del ca-

mino.

Y sin hacer caso del aspecto serio que toma-

ba el rey al recuerdo del duque de Guisa, conti-

nuó de este modo:

Peinados van lindamente...

-Se entiende que hablo de los favoritos -

añadió interrumpiendo su canción.

-Sí, sí, ya estamos -repuso Schomberg.

Chicot prosiguió:

Peinados van lindamente,

aunque no de un modo igual;

largo el cabello a los lados

.y más corto por detrás.

-Vieja es tu canción -observó Quelus.

-¿Vieja? Es de ayer.

-No le hace; la moda ha cambiado esta ma-

ñana; mira.

Y Quelus se quitó el sombrerillo para ense-

ñar a Chicot sus cabellos, que estaban por los

lados tan cortos como por detrás.

-¡Uf, qué cosa más fea! -dijo Chicot, y conti-

nuó su canción dé esta manera:

A favor de espesa goma,

que no le deja enlaciar,

enderezado el cabello

ostenta el rizo galán,

y su cabeza ligera

cubre, echado un poco atrás,

un birretillo elegante,

que completa su disfraz.

-No digo la coplilla que sigue, porque es demasiado inmoral -agregó Chicot-; pasemos a la otra.

Y prosiguió:

¿Pensáis que los veteranos
que con rasgos de valor
en tantos terribles lides
honraron su pabellón;
que aquellos cuyas hazañas
la fama al mundo contó
dando a sus personas gloria
y provecho a su nación,
pensáis que aquellos llevaran
en la tez falso color,
y rizos en la peluca,
y en la camisa almidón?

-¡Perfectamente! -exclamó Enrique-, y si mi hermano estuviese aquí, te quedaría muy agradecido.

-¿A quién llamas tu hermano, hijo mío? -dijo Chicot-. ¿Es acaso a José Foulon, abad de Santa Genoveva, donde dicen que vas a pronunciar tus votos?

-No -contestó Enrique, que se prestaba a todas las bromas de Chicot-; hablo de mi hermano Francisco.

-¡Ah! tienes razón: ése no es tu hermano en Dios, mas es tu hermano en diablo: hablas, pues, de Francisco, hijo de Francia por la gracia de Dios, duque de Brabante, de Lauthier, de Luxemburgo, de Güeldres, de Alençon, de Anjou, de Turena, de Berry, de Evreux y de Chateau-Thierry, conde de Flandes, de Holanda, de Zelanda, de Zutfen, del Maine, del Perche, de Nantes, Meulan y Beaufort, marqués del Santo Imperio, señor de Frisa y de Malinas, defensor de la libertad belga, a quien la Naturaleza ha dotado de una nariz, a quien las viruelas han dado dos, y acerca del cual he compuesto yo los

siguientes versos:

El que tenga dos narices

no os admire, que mal cua-

dra una nariz solamente

para quien tiene dos caras.

Al oir esto, los validos lanzaron una carca-

jada, porque el duque de Anjou era su enemigo

personal, y el epigrama contra el príncipe les

hizo por el momento olvidar la canción satírica

que Chicot acababa de dirigirles,

El rey, como hasta entonces era el menos

lastimado por la mordacidad del bufón, reía

más que ninguno, daba azúcar y bollos a sus

perros, y se mofaba de su hermano y de sus

amigos.

De improviso, Chicot exclamó:

-¡Oh, qué impolítica! Enrique, Enrique, eso

es cínico e imprudente.

-¿Qué? -preguntó el rey.

-No, a fe de Chicot. No deberías confesar

semejantes cosas.

-¿Qué cosas? -volvió a preguntar Enrique admirado.

-Lo que dices de ti mismo cuando firmas con tu nombre; ¡ah, Enriquito! ¡ah, hijo mío!

-¡Cuidado con vos, señor! -exclamó Quelus, que al notar el tono meloso de Chicot sospecha-ba que diría contra el rey alguna pesada chan-za.

-¿Qué diablo quieres decir? -interrogó Enri-que.

-Vamos a ver, ¿cómo te firmas?

-¡Pardiez! firmo... firmo: El rey Enrique de Valois.

-Perfectamente: observad, señores, que no soy yo quien lo dice. Veamos: contando ya con las dos primeras letras, esto es, con la E y la 1, ¿no se podrá hallar una V en esta firma?

-Sin duda; Valois empieza con V.

-Escribid, señor capellán, porque os voy a

decir las palabras con que firma Su Majestad, pues *El rey Enrique de Valois* es un anagrama.

-¿Cómo?

-Ni más ni menos: voy a deciros el verdadero nombre de Su Majestad en la actualidad reinante. Señor capellán, escribid la E y la l en primer lugar. Hemos dicho que Valois empieza con V; escribid una V.

-Ya está -repuso d'Epernón.

-¿No hay también una 1 por ahí?

-Ciertamente: la palabra Enrique tiene una I.

-¡Cuán grande es la malicia de los hombres -exclamó Chicot-. Véase cómo han separado dos letras hechas para estar puestas la una al lado de la otra; poned esa I al lado de la V ... Bueno, ¿está ya?

-Sí -contestó d'Epernon.

-Busquemos -dijo- ahora una L; ahí está, en Valois, ¿no es cierto? ¿Sabes leer, Nogaret?

-Lo declaro, por más vergüenza que me

cause -dijo d'Epernon.

-Pues qué, gaznápiro, ¿te crees de tan alta nobleza, que te sea permitido ser ignorante?

-¡Turno! -exclamó d'Epernon, levantando su cerbatana y amenazando a Chicot.

-Da, pero deletrea -díjole Chicot.

D'Epernon se echó a reir, y deletreó:

-E-1, El, v-i-1 vil, El vil.

-Bueno -exclamó Chicot-, ya ves, Enrique, cómo empieza esto: ya hemos hallado tu verdadero nombre de bautismo. Cuando haya encontrado tu apellido con todo lo demás que sigue, espero que me darás una pensión como la que nuestro hermano Carlos IX dio a M. Amyot.

-Tú harás que te mande dar de palos, Chicot -exclamó el rey.

-¿Dónde se cogen los palos con que se castiga a los nobles, hijo mío? ¿Es en Polonia?

-Pienso -dijo Quelus- que M. de Mayena los

tenía bien a la mano, mi pobre Chicot, el día en que te halló con su querida.

-Esa es una cuenta que aún está por solventar. Tranquilizaos, señor Cupido: tengo aquí sentada la partida de cargo.

Y Chicot se llevó la mano a la frente, lo cual prueba que ya en aquélla época se consideraba la cabeza como sitio de la memoria.

-Verás, Quelus -dijo d'Epernon-, cómo por ti nos deja de decir Chicot el apellido de Su Majestad.

-No lo temas: te tengo cogido. .. por los cuernos diría si se tratase de M. de Guisa, pero tratándose de ti, Enrique, me contentaré con decir por las orejas.

-¡El apellido, el apellido! -dijeron todos los jóvenes.

-Ante todo tomemos la y con que acaba la palabra rey: escribe, Nogaret. Veamos, después, entre las letras mayúsculas si hallamos una H:

pon esa H.

D'Epernon obedeció.

-Escribe ahora la e que le sigue; bien, ahora la r que va detrás de la n; después, allá en Valois encontrarás una o; ponla al lado de las otras; toma en seguida la d y la e de la partícula que separa las palabras Enrique y Valois, y añade a todo la s con que termina esta última palabra. Bien, ya tenemos el apellido; ahora la situación de nuestro héroe se expresa con las letras que han quedado: pon en primer lugar el "que" final de Enrique: toma después la r y la e de rey, la i de Valois y añade por último la n que se nos ha quedado olvidada en Enrique y la a de Valois. Muy bien: deletrea ahora: E, 1, V, i, 1, y, H, e, r, o, d, e, s, que r, e, i, n, a.

-El Vil y Herodes que reina -dijo d'Epernon.

-¡Vil y Herodes! -dijo el rey.

-Precisamente, mira lo que firmas todos los días, hijo mío. ¡Oh!

Y Chicot echó el cuerpo atrás dando todas las señas de un pudoroso horror.

-M. Chicot, eso es ya demasiado -exclamó Enrique-. ¡Vaya una genealogía!

-No la reniegues, hijo mío -respondió Chicot-: ¡qué diablo! es la mejor para un rey que tiene que acudir a los judíos dos o tres veces al mes.

-Está visto -repuso el rey que este galopín ha de tener siempre respuestas para todo. No le habléis, señores, y con eso no tendrá qué replicar.

Reinó entonces un profundo silencio. Chicot, poco dispuesto a romperlo, miraba atentamente el camino que la litera llevaba, cuando al cabo de algunos momentos de observación, al llegar a la esquina de la calle de los Nogales, al otro extremo de la plaza de Maubert, se tiró de la litera, apartó a los guardias y se arrodilló frente a una casa de hermosa apariencia, cuyo

balcón de madera salía fuera de la pared todo el espacio que llenaban las tablas y pintadas vigas sobre que se apoyaba.

-¡Eh, pagano! -gritó el rey-, si quieres arrodillarte hazlo siquiera delante de la cruz que está en medio de la calle de Santa Genoveva, y no delante de esta casa. ¿Hay en ella por ventura alguna capilla u oratorio?

Pero Chicot no contestó: estaba de rodillas en el suelo y rezaba en alta voz una oración. El rey prestó oído .y no perdió una palabra del rezo, que era éste.

"Buen Dios, Dios justo: ésta es, bien la conozco y toda mi vida la conoceré, ésta es la casa donde Chicot ha padecido, si no por ti, Dios mío, al menos por una de tus criaturas; jamás Chicot te ha pedido que enviases alguna desgracia a M. de Mayena, autor de su martirio, ni a maese Nicolás David, instrumento de su suplicio. No, Señor, Chicot ha sabido aguardar,

porque Chicot es paciente, aunque no eterno, y ya hace seis años cumplidos, uno de ellos bisiesto, que Chicot acumula los intereses de la cuentecita entre él y M. de Mayena y Nicolás David; ahora bien, al diez por ciento, que es el interés legal, puesto que es el que paga el rey cuando toma prestado, en siete años los intereses acumulados doblan el capital. Haz, pues, gran Dios, Dios justo, que la paciencia de Chicot dure todavía un año, con objeto de que los cincuenta azotes que recibió por orden de ese asesino de príncipe de Lorena, administrados por medio de ese espadachín de abogado normando, y que sacaron de su cuerpo una pinta de sangre, asciendan a dos pintas y cien azotes para cada uno de ellos, de tal manera, que ni M. de Mayena, por gordo, ni Nicolás David, por largo, tengan bastante sangre y piel para pagarle, y se vean obligados a hacer bancarrota, quedando a deber un quince o veinte por ciento, y

muriendo al recibir ochenta u ochenta y cinco vergajazos.

"En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén."

-Amén -repitió el rey.

Chicot besó el suelo, y a la vista de los asombrados espectadores, que no entendían la causa de esta escena, volvió a ocupar su puesto en la litera.

-¿Qué es esto, maese Chicot? -preguntó el rey, que si bien despojado hacía tres años de las prerrogativas de su calidad, que había dejado usurpar a los demás, tenía al menos el derecho de preguntar el primero-: ¿por qué has rezado esa larga y singular letanía? ¿A qué santo son esos golpes de pecho? ¿Qué significan, por último, todas esas zalamerías hechas delante de una casa de tan profana apariencia?

-Señor -dijo Quelus-, como Vuestra Majestad ha podido oir, Chicot ha pronunciado en su

oración el nombre de M. de Mayena; apostaría a que su plegaria tiene relación con el vapuleo de que hablábamos hace poco.

-Apostad, señor Santiago de Levis, conde de Quelus -repuso Chicot-, apostad y ganaréis.

-Conque es decir... -dijo el rey.

-Justamente -dijo Chicot-. En esa casa tenía Chicot una querida, una criatura encantadora; toda una señorita; a fe mía. Una noche que vino a verla cierto príncipe celoso hizo cercar la casa y azotar a Chicot tan duramente, que Chicot faltándole tiempo para abrir la puerta, saltó desde ese balcón a la calle. Y como fue un milagro que no se matase, cada vez que pasa frente a esa casa, se arrodilla, reza y da gracias a Dios por haberle librado de la muerte.

-¡Ah, pobre Chicot! ¡y Vuestra Majestad que le condenaba! En lo que acaba de hacer se ha conducido como buen cristiano.

-¿Conque también te zurraron?

-¡Oh, de lo lindo, señor, pero no tanto como yo hubiera querido!

-¿Cómo así?

-No me habría verdaderamente disgustado que me hubiesen dado alguna estocada.

-¿Por tus pecados?

-No por los de M. de Mayena.

-¡Ah! ya comprendo: tienes intención de dar al César...

-Al César, no; no confundamos las cosas, señor. César es el gran general, el valiente guerrero, el hermano mayor, el que quiere ser rey de Francia, ese tiene cuenta abierta con Enrique de Valois: esa cuenta la debes satisfacer tú; paga tus deudas, hijo mío, que yo pagaré las mías.

No le gustaba a Enrique que le hablasen de su primo el de Guisa; así es que el apóstrofe de Chicot le hizo ponerse serio, de modo que llegaron a Bicetre sin que la interrumpida conversación volviera a seguir su curso.

Tres horas habían empleado desde el Louvre a Bicetre; de manera, que los optimistas contaban llegar al día siguiente a Fontainebleu, y los pesimistas apostaban a que no llegarían hasta dos días después. Chicot pretendía que no llegarían nunca.

La comitiva real comenzó a caminar más libremente luego que salió de París; la mañana estaba hermosa; el viento soplaba con menos fuerza; el sol había logrado al fin romper su velo de nubes, y el día se presentaba como uno de los más bellos de octubre, en los cuales, al rumor de las últimas hojas que se caen de los árboles, la vista del pasajero penetra con dulce melancolía en el azul misterio de los bosques murmurantes.

Eran las tres de la tarde cuando el cortejo llegó a las primeras tapias del recinto de Juvisy. Desde aquél sitio se veía ya el puente construido sobre el Orge y la gran posada de la Cor-

te de Francia, que confiaba a la brisa fresca de la tarde el perfume de sus asados y el agradable ruido del hogar.

Las narices de Chicot cogieron al vuelo estas emanaciones culinarias. Inclinó el cuerpo fuera de la litera, y divisó a la puerta de la posada muchos hombres embozados en sus capas. Entre ellos estaba un personaje grueso y pequeño, cuyo sombrero de anchas alas le ocultaban por completo las facciones.

Aquellos hombres entraron precipitadamente en la posada al ver acercarse la real comitiva.

Mas el grueso y pequeño no entró tan rápidamente, que de Chicot no fuese notado y conocido. Por esto, en el momento que entraba, nuestro gascón bajó de la litera, pidió su caballo a un paje que de la brida lo llevaba, y escondido detrás de una pared y favorecido por las Primeras sombras de la noche, dejó pasar la comitiva,

la cual continuó su camino hacia Essonnes, donde el rey pensaba dormir. Chicot, luego que hubieron desaparecido los últimos soldados de la escolta, luego que el lejano ruido de las ruedas se hubo amortiguado, salió de su escondite, dio la vuelta por detrás de la posada y se presentó a la puerta como si llegase de Fontainebleau.

Al pasar frente a la ventana dirigió una mirada rápida a lo interior y vio con placer que los hombres que le habían llamado la atención continuaban aún allí y entre ellos el personaje gordo y pequeño a quien parece que particularmente conocía. Más como Chicot tenía, tal vez, razones para desear no ser conocido del mencionado personaje, en vez de entrar en el cuarto en que se hallaba, mandó llevar una botella de vino al de enfrente, y en e1 se situó de manera, que sin que el le viese, ninguno pudiera entrar ni salir.

Prudentemente colocado en el más obscuro sitio, podía no obstante, observar desde su habitación lo que en la otra pasaba; en la cual, junto a una inmensa chimenea v sentado en un escabel, se hallaba el hombre gordo y pequeño, que creyendo, indudablemente, no ser de nadie notado, dejaba que le diese de lleno en el rostro el resplandor de la llama, cuya claridad y el calor acababa a la sazón de aumentar una gran brazada de sarmientos.

-No me había equivocado -dijo Chicot-; no parece sino que presentía el encuentro con ese hombre cuando hice oración delante de la casa de la calle de los Nogales. Pero, ¿por qué volvería así tan secretamente a la buena capital de nuestro amigo Herodes? ¿Por qué se oculta cuando pasa? ¡Ah, Pilatos, Pilatos! ¿Si será que Dios no me conceda el año que le he pedido y quiera obligarme al reembolso antes de lo que yo pensaba?

Mas luego notó Chicot con júbilo que por uno de esos efectos de acústica que tan caprichosamente dispone el acaso, desde el sitio en que se hallaba situado no sólo podía ver, sino también oir. Hecha esta observación, prestó el oído con no menor cuidado que el que en mirarlo todo ponía.

-Señores -dijo el hombre grueso y pequeño a sus compañeros-, opino que es tiempo de volver a ponernos en marcha; ya el último lacayo de la comitiva debe hallarse lejos de aquí, y a estas horas el camino está seguro.

-Completamente seguro, monseñor -repuso una voz, que hizo estremecer a Chicot, .y que salía de un cuerpo, en el cual no había parado hasta entonces la atención, absorto como estaba en la contemplación del personaje principal.

El sujeto de donde la voz había salido eran tan alto como bajo aquél a quien llamaban monseñor, y tan Pálido y obsequioso como el

otro colorado y arrogante.

-¡Ah, maese Nicolás! -dijo Chicot sonriendo, pero sin ruido-; *Tú quoque...* ¡Tú también! Perfectamente; muy poco afortunado he de ser si esta vez nos separamos sin decirnos dos palabras.

Y Chicot concluyó de beber su botella y pagó al huésped, a fin de estar dispuesto para marchar inmediatamente.

La precaución no era mala, porque en aquel instante pagaron igualmente las siete personas que habían llamado la atención de Chicot, o más bien el hombre de pequeña estatura pagó por todos, y habiendo cada uno montado en su caballo, emprendieron el camino de París desapareciendo a poco rato entre la niebla de la noche.

-¡Bueno! -dijo Chicot-, va a París; entonces allá voy yo también.

Y montando a caballo, los siguió a distancia,

sin perder de vista sus capas grises, o sin dejar de oír el ruido de sus caballos, cuando por Prudencia alguna vez a mayor distancia se quedaba.

La cabalgata se apartó del camino, y atravesando tierras, llegó a Choisv; después, pasando el Sena por el puente de Charenton, entró en París por la puerta de San Antonio y se perdió como un enjambre de abejas en el palacio de Guisa, que para cerrar sus puertas parecía no haber aguardado sino la llegada de estos huéspedes.

-Bueno -dijo Chicot escondiéndose detrás de la esquina de la calle de los Cuatro Hijos-; este misterio, no tan sólo tiene relación con Mayena, sino con Guisa; antes me parecía curioso, pero ahora me va pareciendo interesante. Esperemos.

Y esperó, efectivamente, más de una hora, a pesar del hambre y del frío, que con sus agudos

dientes comenzaban a morderle. Por fin se abrió de nuevo la puerta; mas en vez de siete caballeros embozados en sus capas, salieron siete frailes de Santa Genoveva, ocultas las cabezas en sus capuchas .y sacudiendo enormes rosarios.

-¡Hola! -dijo Chicot-, ¡qué desenlace tan imprevisto! ¿Tan saturado está de santidad el palacio de Guisa, que con sólo pisar sus umbrales se convierten los sacripantes en corderos del Señor? Esto se pone cada vez más interesante.

Y Chicot siguió a los frailes como había seguido a los caballeros, seguro de que los hábitos cubrían los mismos cuerpos que las capas habían cubierto.

Los frailes pasaron el Sena por el puente de Nuestra Señora, atravesaron el barrio de la Ciudad, el Puente Chico y la plaza de Maubert y siguieron por la calle de Santa Genoveva.

-¿Qué es esto? -dijo Chicot después de

haberse quitado el sombrero al pasar por la calle de los Nogales y por la casa delante de la cual había hecho oración aquella mañana-. ¿Regresamos a Fontainebleau? En ese caso no he tomado yo el camino más corto... Pero no, me engañaba, parece que no vamos tan lejos.

En efecto, los frailes acababan de detenerse a la puerta del convento de Santa Genoveva y de penetrar en el pórtico, en cuyas profundidades veíase otro fraile de su misma orden, ocupado en mirar con la atención más profunda las manos de los que entraban.

-¡Pardiez! -exclamó Chicot-, para ser admitido esta noche en el convento, parece que es preciso tener las manos limpias.

No bien había concluido Chicot de hacer esta reflexión, y cuando se ponía a meditar lo que debía hacer para no perder de vista a los siete caballeros, al mirar alrededor de sí, vio asombrado por todas las calles que desembocaban en

la de Santa Genoveva asomar capuchas de frailes, los cuales, unos solos, otros marchando de dos en dos, se encaminaban todos al convento.

-¿Qué es esto? -murmuró Chicot- ¿se celebra esta noche capítulo en la abadía, y están convocados todos los monjes de Santa Genoveva que hay en Francia? A fe de caballero, que para ser ésta la primera vez que me place asistir a un capítulo, el deseo es casi irresistible.

Entretanto, los frailes iban entrando en el pórtico, y pasaban delante, luego de haber mostrado las manos al portero, o algún objeto que en la mano llevaban.

-De buena gana entraría -dijo Chicot-, pero me hacen falta dos cosas esenciales; la primera es la respetable túnica que cubre a esos santos personajes, porque no distingo ningún lego entre ellos, y la segunda es esa cosa que enseñan al hermano portero, pues no hay duda que algo le enseñan. ¡Ah!, P. Gorenflot, P. Gorenflot

¡si te tuviese a mano mi digno amigo!

Provocaba en Chicot esta exclamacíón el recuerdo de uno de los más venerables religiosos de la orden de Santa Genoveva, que habitualmente le acompañaba a la mesa, cuando no comía en el Louvre, y el mismo con el cual el día de la procesión de los penitentes había entrado en una hostería de la puerta de Montmartre y comido una cerceta y bebido vino con especias.

Continuaban llegando frailes en tal número, que no parecía sino que medio París había tomado el hábito; el hermano portero, sin cansarse, examinaba con tanta atención a los unos como a los otros.

-Veamos -dijo Chicot-; algo extraordinario ocurre aquí esta noche. Seamos curiosos hasta el fin: son las siete y media y la cuestación ha terminado: Gorenflot debe hallarse en el *Cuerno de la Abundancia,* pues es la hora en que acos-

tumbra a cenar.

Chicot dejó a la legión de frailes hacer sus evoluciones en los alrededores del convento, y poniendo el caballo al galope llegó a la calle de Santiago, en la cual y enfrente del claustro de San Benito se elevaba floreciente y muy concurrida de monjes ergotistas la hostería del *Cuerno de la Abundancia.*

A Chicot se le conocía en la casa, no como parroquiano, sino como uno de los huéspedes misteriosos que iban de vez en cuando a dejar un escudo de oro y una partícula de razón en el establecimiento de maese Claudio Bonhomet; así se llamaba el dispensador de los dones de Ceres y Baco que incesantemente prodigaba los del célebre cuerno mitológico que servía de muestra a su casa.

XVIII. EL PADRE GORENFLOT

La noche estaba hermosa como lo había estado el día; pero como éste había sido frío, la

noche lo era más. Veíase condensar bajo las alas de los sombreros el hálito de los paseantes nocturnos, coloreado por los fulgores de los reverberos. Oíanse distintamente las pisadas de los transeúntes sobre el helado suelo y la sonora tos que arrancaba el frío, y que, como diría un físico de nuestros días, repercutían las superficies elásticas. En resumen, era aquella una de las hermosas y frías noches de primavera que dan un doble atractivo al bello color rosado de las vidrieras de una hostería.

Chicot entró primero en la sala general, recorrió con la vista todos los rincones y no encontrando a quien buscaba entre los parroquianos de maese Claudio, pasó familiarmente a la cocina.

El dueño del establecimiento se hallaba leyendo en un libro religioso, esperando a que el aceite contenido en una enorme sartén llegara al grado de calor necesario para recibir varios

merlanes enharinados.

Al ruido que hizo Chicot al entrar volvió maese Bonhomet la cabeza.

-¡Ah! sois vos, señor mío -exclamó cerrando su libro-: buenas noches -y buen apetito.

-Gracias por ambos deseos -dijo Chicot-, aunque el uno ya le tenéis conseguido por fortuna mía y por la vuestra. Sin embargo, todavía no he decidido...

-¿Cómo que no habéis decidido?

-No; ya sabéis que no acostumbro a comer solo.

-Si es preciso -dijo Bonhomet quitándose el gorro-, yo cenaré con vos.

-Gracias, querido huésped, aunque sois excelente convidado; pero estoy aguardando a uno...

-¿Al P. Gorenflot? -preguntó Bonhomet.

-Justamente -contestó Chicot-, ¿ha empezado a cenar?

-No, señor; pero despachaos si deseáis ver-
le.
-¿Cómo es eso?
-Sí, porque dentro de cinco minutos ya
habrá concluido.
-¿Decís que el P. Gorenflot no ha comenza-
do su cena y que dentro de cinco minutos la
habrá terminado?
Y Chicot hizo uno de esos movimientos de
cabeza, que en todos los países del mundo pa-
san por señales de incredulidad.
-Señor -dijo maese Claudio-, hoy es viernes
y estamos en Cuaresma.
-¿Y eso qué importa? -repuso Chicot con
cierto aire que no daba muy buena opinión de
las tendencias religiosas de Gorenflot.
-¡Vaya! -replicó Claudio haciendo un gesto
que claramente quería decir: yo tampoco lo
entiendo, pero es así.
-Pues señor -dijo Chicot-, por fuerza se ha

descompuesto esta máquina sublunar. ¡Cenar Gorenflot en cinco minutos! Indudablemente estoy destinado a ver hoy cosas milagrosas.

Y como un viajero que pone el pie en una región desconocida, avanzó hacia una especie de gabinete particular, abrió la puerta vidriera cubierta con una cortinilla de lana de cuadros blancos y encarnados, y en el interior del aposento, al resplandor de la humeante mecha de un velón divisó al digno fraile, que negligentemente revolvía en el plato una pequeña ración de espinacas cocidas, tratando de hacerlas más sabrosas con la mezcla de un poco de queso de Surennes.

Ínterin el buen padre condimenta sus espinacas haciendo gestos que indican el poco resultado que espera de su combinación, tratemos de presentarle a nuestros lectores bajo un aspecto que les indemnizará del mucho tiempo que han tardado en conocerle.

El P. Gorenflot tenía treinta años y cinco pies de rey.

Esta estatura, tal vez un poco exigua, estaba compensada, según decía él mismo, con la admirable armonía de sus proporciones; pues lo que en altura perdía lo ganaba en anchura, contando próximamente tres pies de diámetro de un hombro a otro, lo cual, como todos saben, equivale a nueve pies de circunferencia.

En el centro de sus hercúleos omóplatos se elevaba un ancho cuello surcado de músculos gruesos como un dedo y salientes como cuerdas. Desgraciadamente este cuello se hallaba también en proporción con las demás partes del cuerpo, es decir, que era grueso y corto, circunstancia que hacía inminente la apoplegía tan luego como el P. Gorenflot experimentase alguna emoción algo violenta. Más el P. Gorenflot, conociendo este defecto y el peligro a que se exponía, no se impresionaba jamás, y aún de-

bemos decir que era muy raro verle manifiestamente afectado como estaba cuando Chicot entró en el gabinete.

-¿Qué es esto, amigo mío? ¿qué hacéis ahí? -exclamó nuestro gascón, mirando sucesivamente a Gorenflot, las espinacas, la mecha del velón y cierta copa llena de agua mezclada con algunas gotas de vino.

-Ya lo veis, hermano, estoy cenando -repuso Gorenflot con una voz vibrante como el sonido de la campana de su convento.

-¿Vos llamáis a eso cenar? ¿vos Gorenflot? ¡Epinacas y queso! Vamos, estáis delirando -exclamó Chicot.

-Nos hallamos en uno de los primeros viernes de Cuaresma; hagamos algo por nuestra salvación, hermano mío -contestó Gorenflot con voz gangosa y levantando fervorosamente los ojos al cielo.

Chicot quedó asombrado. Sus miradas indi-

caban que ya más de una vez había visto a Gorenflot celebrar de distinta manera el santo tiempo de Cuaresma.

-¡Nuestra salvación! -repitió- ¿y qué diantre tienen que ver el agua y las espinacas con nuestra salvación?

-No comas sino pescado
en miércoles de ceniza,
y en los viernes de Cuaresma
la carne está prohibida.

-dijo Gorenflot.

-Mas, ¿a qué hora habéis almorzado?

-No he almorzado, hermano mío -dijo el fraile con voz más gangosa todavía que antes.

-¡Ah! si no se trata más que de hablar por las narices, estoy dispuesto a apostármelas con todos los frailes del Universo. Y si no habéis almorzado -añadió con voz en extremo gangosa-, ¿qué habéis hecho, hermano mío?

-He compuesto un discurso -dijo Gorenflot

levantando orgullosamente la cabeza.

-¡Bah! un discurso, ¿y para qué?

-Para pronunciarlo esta noche en el convento.

-¡Oiga! -pensó Chicot-, un discurso para esta noche: ¡es particular!

-Y ya es hora -agregó Gorenflot llevando a la boca una cucharada de espinacas con queso-: es preciso pensar en volver a la abadía, pues tal vez mi auditorio estará impaciente.

Chicot pensó en la multitud de frailes que había visto entrar en el convento, y recordando que, según todas las probabilidades, M. de Mayena se hallase entre ellos, no podía atinar el motivo por el cual Gorenflot, apreciado hasta entonces por cualidades que ninguna relación tenían con la elocuencia, había sido elegido por su superior José Foulon, a la sazón abad de Santa Genoveva, para predicar delante del príncipe de Lorena y de una tan numerosa asamblea.

-¡Bah! -exclamó-, ¿y a qué hora predicáis?

-De nueve a nueve y media, hermano mío.

-Bueno: son las nueve menos cuarto, de modo que bien podéis concederme cinco minutos, ¡qué diablo! más de ocho días hace que no hemos tenido ocasión de comer juntos.

-No ha sido culpa nuestra -dijo Gorenflot-, y nuestra amistad, caro hermano, no por eso ha disminuido; los deberes de vuestro empleo os encadenan al lado de nuestro gran rey Enrique III (Q. D. G.) ; los deberes de mi estado me imponen a mí el de qüestar y después de la qüesta la oración. No es, pues, extraño que nos veamos separados.

-Efectivamente: mas por Dios, que ésta me parece una nueva razón para alegrarnos cuando nos encontramos.

-¡Y como que me alegro! -dijo Gorenflot en tono lastimero-; pero no por eso puedo permanecer más tiempo aquí.

Y el fraile hizo un movimiento para levantarse.

-Acabad al menos vuestras hierbas -dijo Chicot poniéndole la mano en el hombro y haciéndole sentar.

Gorenflot miró las espinacas y suspiró; luego dirigió la vista al vino aguado y volvió a otro lado la cabeza.

Chicot conoció que había llegado el momento de comenzar el ataque.

-¿Os acordáis -preguntó-, de aquél almuerzo de que os hablaba hace poco, ¿eh? en la puerta de Montmartre, donde dejamos a nuestro gran rey Enrique III disciplinándose y disciplinando a los otros, y nosotros dos fuimos a comer una cerceta del pantano de la Granje--Batelière, y a beber de ese vino de Borgoña?: ¿cómo se llama ese vino? ¿no le habéis descubierto vos?

-Es un vino de mi país -repuso Gorenflot-,

de la Romanía.

-Sí, sí, ya me acuerdo; es la leche que habéis mamado desde que vinisteis al mundo, digno hijo de Noé

Gorenflot se relamió los labios con triste sonrisa.

-¿Qué decís de ese vino? -preguntó Gorenflot.

-Bueno era -contestó el fraile-, pero todavía le hay mejor.

-Eso es lo que afirmaba el otro día Claudio Bonhomet, nuestro huésped, el cual dice que tiene en su cueva un vino, que en su comparación el de la puerta de Montmartre es puro vinagre.

-Es verdad -dijo Gorenflot.

-¡Cómo! ¿es cierto -exclamó Chicot-, y bebéis esta abominable agua teñida, cuando no tenéis que hacer más qué extender el brazo para beber un vino semejante? ¡Puah!

Y Chicot, tomando la copa, arrojó el contenido.

-Tiempo hay para todo, hermano -exclamó Gorenflot-: el vino es bueno cuando después de haberlo bebido no hay que hacer nada más que alabar a Dios que lo ha criado; pero cuando hay que pronunciar un discurso, el agua es mejor, no para el gusto, sino para el uso: *facunda est aqua.*

-¡Bah! -replicó Chicot -, *magis fecundum est vinum y* la prueba es que yo también debo pronunciar esta noche un discurso y que tengo fe en mi receta, voy a pedir una botella de ese vino de Romanía. Veamos: ¿qué me aconsejáis que tome para echar un trago?

-No toméis espinacas -dijo el fraile-: no puede haber cosa peor.

-¡Puf! -dijo Chicot tomando el plato de Gorenflot y aproximándoselo a las narices-, ¡puf! Y abriendo una pequeña ventana, no se con-

tentó ya con tirar las espinacas sino arrojó también a la calle el plato.

Luego volviéndose hacia la puerta gritó:

-¡Maese Claudio!

El huésped, que probablemente estaba escuchando la conversación, se presentó al momento.

-Maese Claudio -exclamó Chicot-, traedme ese vino de la Romanía que vos decís ser mejor que el de ningún establecimiento.

-¡Dos botellas! -dijo Gorenflot-, ¿y para qué, puesto que yo no bebo?

-Si bebieseis, haría traer cuatro botellas, seis, doce, todas las que hay en la casa -dijo Chicot-; pero cuando bebo solo, bebo mal y con dos botellas tengo bastante.

-En efecto -repuso Gorenflot-, dos botellas son una cosa regular, y si no coméis más que pescado, nada podrá deciros vuestro confesor.

-Ciertamente -repuso Chicot-; ¡carne en

viernes de Cuaresma! ¡Ni por pienso!

Y abriendo una alacena ínterin que maese Bonhomet iba a buscar a la cueva las dos botellas pedidas, sacó una hermosa gallina de Mans.

-¿Qué hacéis, hermano? -dijo Gorenflot, que con involuntario interés observaba los ademanes del gascón.

-Ya lo veis, me apodero de esta carpa, para evitar que otro le eche la mano. En viernes de Cuaresma son muy buscados estos comestibles.

-¡Una carpa! -dijo Gorenflot admirado.

-Indudablemente, una carpa -dijo Chicot poniéndole inmediata a la vista la apetitosa gallina.

¿Y desde cuándo las carpas tienen pico? -preguntó el fraile.

-¡Pico! ¿Dónde está el pico? -dijo el gascón-, hocico es lo que yo veo.

¿Y estos alones? -prosiguió el fraile.

-Aletas, querréis decir.

-¿Y estas plumas?

-Escamas, querido Gorenflot, escamas: pa-

réceme que estáis borracho.

-¡Borracho! -exclamó Gorenflot-, ¡yo borra-

cho! Pues no faltaba otra cosa luego de no haber

comido sino espinacas, ni bebido más que agua.

-Pues amigo, las espinacas os han sobrecar-

gado el estómago y el agua se os ha subido a la

cabeza.

-¡Pardiez! -exclamó Gorenflot-, aquí viene

nuestro huésped y él decidirá.

-¿Qué

-Si ésta es carpa o gallina. -Convengo en

ello; pero antes, que destape las botellas, por-

que siento grandes deseos de saber si es el

mismo vino que bebimos aquél día. Destapad,

maese Claudio.

Maese Claudio destapó una botella y llenó

hasta la mitad un vaso.

Chicot lo apuró e hizo chasquear su lengua.

-¡Ah! -dijo-, pobre catador soy; mi lengua ha perdido enteramente la memoria: imposible me es decir si este vino es peor o mejor que el de la puerta de Montmartre, y aun no estoy seguro de si es o no el mismo.

Chispeábanle los ojos a Gorenflot mirando en el fondo del vaso de Chicot algunas gotas de líquidos rubíes.

-Tomad, padre -dijo Chicot, echando un dedo de vino en el vaso del fraile-, vos os halláis en el mundo para socorrer al prójimo, dirigid mi conciencia en este punto.

Gorenflot tomó el vaso, lo llevó a los labios, saboreó lentamente el licor que contenía y repuso:

-Es del mismo país; pero...

-¿Pero qué? -preguntó Chicot.

-Pero había muy poco -repuso el fraile-, y no he podido averiguar si es mejor o peor que el otro.

-No obstante, deseo saberlo porque no me gusta que me engañen, y si no tuvieseis que pronunciar un discurso, os rogaría que cataseis este vino por segunda vez.

-Lo haré por serviros -dijo el fraile.

-Gracias -repuso Chicot.

Y llenó hasta la mitad del vaso.

Llevóle Gorenflot a sus labios con no menos respeto que la vez primera y lo saboreó con no menos conciencia.

-Mejor -dijo-, mejor, respondo de ello.

-¡Bah! vos os halláis en inteligencia con el huésped.

-Un buen bebedor -dijo Gorenflot- debe al primer trago conocer la tierra, al segundo la calidad y al tercero el año del vino.

-¡Oh, el año! -exclamó Chicot-. ¡cuánto daría yo por saber de qué año es este vino!

-Es cosa muy fácil -repuso Gorenflot-; no tenéis más que echarme dos gotas v os lo diré al

instante.

Chicot llenó las tres cuartas partes del vaso;

el fraile se bebió el contenido lentamente, pero

de un solo trago.

-Mil quinientos setenta y uno -dijo ponien-

do el vaso sobre la mesa.

-¡Viva! -gritó Claudio Bonhomet-; el P. Go-

renflot ha acertado.

-P. Gorenflot -dijo el gascón quitándose el

sombrero-, frailes han sido beatificados en Ro-

ma que no lo merecían tanto como vos.

-Todo consiste en un poco de Práctica -dijo

con modestia Gorenflot.

-Y en el genio -dijo Chi cot-. ¡Vive Dios! la

práctica sola de nada aprovecha: testigo yo que

me jacto de ser un poco práctico en estas cosas.

¿Mas qué hacéis?

-Ya lo veis, me levanto.

-¿Para qué?

-Para ir a mi asamblea.

-¿Sin tomar un bocado de esta carpa?

-¡Ah! es verdad -dijo Gorenflot-; parece, hermano, que entendéis, aún menos de comestibles que de bebidas. Maese Bonhomet, ¿qué animal es éste?

Y el P. Gorenflot mostró a Bonhomet el objeto de la discusión.

El hostelero miró sorprendido a quien semejante pregunta le hacía.

-Sí -repuso Chicot-, ¿qué animal es éste? Decid.

-¡Pardiez! -dijo el huésped- una gallina.

-¡Una gallina! -exclamó Chicot con aire consternado.

-Y del Mans -agregó maese Claudio.

-¡Qué tal! -dijo Gorenflot celebrando su triunfo.

-Es decir, que yo me he equivocado -dijo Chicot-; mas como me he empeñado en comer esta gallina y no pecar, es necesario, padre mío,

que en consideración a nuestra amistad, me hagáis el favor de rociarla con un poco de agua y bautizarla carpa.

-Ja, ¡a!. . .

-¡Sí, padre! -agregó Chicot-, pues si la comiese sin bautizarla, la comería tal vez en pecado mortal.

-Vamos allá -dijo Gorenflot, que siendo excelente compañero por naturaleza, empezaba a animarse por efecto de las tres catas que acababa de hacer-; pero advierto que no hay agua.

-Como dice no sé quién, en caso de urgencia, puede servir el líquido que se halle más a mano. La intención basta; bautizadla con vino. padre; será tal vez menos católica, pero no menos apetitosa.

Y Chicot llenó completamente el vaso del fraile, con lo cual se acabó la primera botella.

-En el nombre de Baco, Momo v Como, trinidad del gran santo Pantagruel -dijo Goren-

flot-, yo te bautizo carpa.

Y mojando las puntas de los dedos en el vino, dejó caer dos o tres gotas sobre la gallina.

-Ahora -exclamó Chicot, tocando con el suyo el vaso de Gorenflot-, a la salud de la nueva bautizada, y ojalá que salga bien cocida y que las cualidades que de la Naturaleza ha recibido, con el arte que va a emplear maese Claudio se aumenten y perfeccionen.

-A su salud -contestó Gorenflot, interrumpiendo una estrepitosa carcajada para beberse el vaso de vino que le había echado Chicot-; poned ahora mismo esa carpa en el asador, rociádmela con manteca fresca y sazonadla con unos ajos y tocino bien picado; después, cuando empiece a dorarse me pondréis un par de tostadas en la cazuela y lo traeréis todo al momento.

Gorenflot no hablaba una palabra, pero aprobaba todas estas disposiciones con la vista

y con cierto movimiento de cabeza, señal de completo asentimiento.

-Ahora -añadió Chicot luego que vio su objeto conseguido-, ahora, maese Bonhomet, traednos sardinas y atún. Nos hallamos en Cuaresma, como decía hace poco el piadoso P. Gorenflot, y no quiero comer carne... ¡Ah! esperad... otras dos botellas de ese exquisito vino de la Romanía de 1571.

Comenzaban a extenderse por el aposento los perfumes de la cocina e insensiblemente invadían el cerebro del fraile. Humedecióse su lengua: sus ojos centellearon, pero se contuvo todavía, y hasta hizo un movimiento para levantarse.

-¿Conque así me abandonáis en el momento del combate? -dijo Chicot.

-Es preciso, hermano -dijo Gorenflot alzando los ojos al cielo como para que Dios comprendiese bien el sacrificio que le hacía.

-Es una imprudencia ir en ayunas a pronunciar un discurso.

-¿Por qué? -preguntó el fraile.

-Porque apenas tendréis pulmones; padre Galeno ha dicho: *Pulmo hominis facile deficit,* lo cual quiere decir: el pulmón del hombre es débil y con facilidad se daña.

-Es verdad -dijo Gorenflot-, y a menudo lo he experimentado por mí mismo; si hubiera tenido buenos pulmones, habría sido un torrente de elocuencia.

-Ya veis cómo tengo razón -dijo Chicot.

-Por fortuna -repuso Gorenflot volviéndose a sentar-, tengo celo.

-Sí, pero el celo no es suficiente; en su lugar yo probaría estas sardinas y bebería algunas gotas de este néctar.

-Nada más que una sardina y un vaso de vino -repuso Gorenflot.

Chicot puso una sardina en el plato del frai-

le y colocó a su lado la segunda botella.

El fraile se comió la sardina y bebió un vaso de vino.

-¿Qué tal? -repuso Chicot, que cuidaba de comer y beber lo menos posible, al mismo tiempo que excitaba la glotonería de Gorenflot.

-Efectivamente -dijo éste-, no me siento tan débil.

-¡Vive Dios! -dijo Chicot-, el que tiene que pronunciar un discurso no debe contentarse con sentirse menos débil, sino que debe aspirar a sentirse completamente fuerte; yo, en vuestro lugar me comería las dos aletas de esta carpa, porque si no coméis más, os arriesgáis a ir oliendo a vino: *merum sobrio male olet.*

-¡Diablo! -dijo Gorenflot-, tenéis razón, no había pensado en ello.

Y como en aquel instante entrase el huésped con la gallina asada, Chicot cortó una de las patas que con el nombre de aletas había bauti-

zado, y Gorenflot se la comió con muslo y todo.

-¡Cuerpo de Cristo! -exclamó-, y qué sabrosillo es este pez.

Chicot cortó la otra parte y se la puso al fraile en el plato, ínterin él chupaba con la mayor delicadeza el alón.

-¡Pues, y el vino! -dijo destapando la tercera botella.

Gorenflot, una vez despertada y excitada su glotonería, no tuvo fuerzas para reprimir la imperiosa voz de su inmenso estómago; devoró el otro alón y la pechuga, dejando sólo el esqueleto de la gallina; después llamó a Bonhomet y le dijo:

-Maese Claudio, tengo mucha hambre, ¿no me habíais ofrecido cierta tortillita con jamón?

-Sin duda -dijo Chicot-, como que se está haciendo, ¿no es verdad, Bonhomet?

-Es cierto -dijo el hostelero, el cual tenía por costumbre no contradecir nunca a sus parro-

quianos, cuando sus discursos tenían por objeto hacer un aumento de gasto.

-Pues bien, traedla -dijo el fraile.

-Dentro de cinco minutos -contestó el huésped que, obedeciendo a una mirada de Chicot, salió presuroso a preparar lo que se le pedía.

-¡Ah! -dijo Gorenflot, dejando caer con fuerza sobre la mesa su enorme mano que empuñaba un tenedor-, ¡ah! esto ya es diferente.

-¿Qué os decía yo? -murmuraba Chicot.

-Y si estuviera aquí la tortilla me la comería de un bocado como bebo de un trago este vaso de vino.

Y mostrando en sus ojos brillantes la gula de que se hallaba dominado, se bebió la cuarta parte de la tercera botella.

-¿Pero qué era eso? -dijo Chicot-, ¿estabais malo?

-Estaba tonto, amigo; ese maldito discurso me enloquecía; tres días hace que no pienso en

otra cosa.

-Debería ser magnífico -dijo Chicot.

-¡Sorprendente! -repuso el fraile.

-Decidme algo de él mientras viene la torti-

lla.

-No -dijo Gorenflot-; ¡pues no faltaba más!

¿dónde habéis visto, señor bufón, que se predi-

quen sermones a la mesa? ¿Tal vez en la corte

del rey Enrique?

-En la corte del rey Enrique, que Dios guar-

de -dijo Chicot, echando mano al sombrero-, se

pronuncian muy buenos discursos.

-¿Y sobre qué versan esos discursos? -

interrogó Gorenflot.

-Sobre la virtud.

-¡Ah! en efecto -exclamó el fraile recostán-

dose en la silla- ¡vaya una virtud la de tu rey

Enrique III!

-Yo no sé si es virtuoso o no -dijo Chicot-, lo

que sé es que aún no he visto en su corte cosa

que haya tenido qué avergonzarme.

-Bien lo creo, ¡pardiez! -dijo el fraile-, hace mucho tiempo que habéis perdido la vergüenza, señor sibarita.

-¡Sibarita yo! -replicó Chicot-, ¡yo que soy la abstinencia personificada, la castidad en carne y hueso! ¡Yo que asisto a todas las procesiones y observo todos los ayunos!

-Sí, a todas las procesiones y ayunos de tu Sardanápalo, de tu Nabucodonosor, de tu Herodes, procesiones interesadas, ayunos hipócritas; por fortuna ya principia a saberse lo que es tu rey Enrique III. ¡Llévele el demonio!

Y Gorenflot, en vez del discurso que se había negado a pronunciar, entonó a grito herido la canción que sigue:

Sed de dinero sintió
el avaro rey de Francia,
e indigente se fingió
con hipócrita constancia;

Y tanto ayunó en su anhelo

de acrecentar su gaveta,

que ganar pudiera el cielo

como austero anacoreta.

Mas París entiende ya

por qué toca este registro,

y aunque pida, no querrá

hacer otro suministro.

Porque de tanto prestarle

tiene cansada la mano,

y ha resuelto contestarle:

perdone por Dios, hermano.

-¡Bravo! -exclamó Chicot- ¡bravo!

Luego añadió por lo bajo:

-Bueno; cuando ahora canta, él hablará des-

pués.

En aquel momento entró maese Bonhomet

con la famosa tortilla y otras dos botellas.

-Venga, venga -exclamó el fraile echando

fuego por los ojos y con una sonrisa que descu-

brió sus treinta y dos dientes.

-Pero, amigo mío -dijo Chicot-, creo que teniendo un discurso que pronunciar...

-El discurso está aquí -dijo el fraile, dándose una palmada en la frente, por la cual comenzaba a extenderse el calor que encendía sus mejillas.

-A las nueve y media... -añadió Chicot.

-Mentía -dijo Gorenflot-, *omnis homo mendax, confiteor.*

-¿Pues, a qué hora?

-A las diez.

-¿A las diez? Pensaba que el convento se cerraba a las nueve.

-Que se cierre -dijo el fraile mirando la luz a través del líquido rubí que contenía el vaso- que se cierre, yo tengo la llave.

-¡La llave del convento! -repitió Chicot-, ¿tenéis llave para entrar en el convento?

-Aquí, en mi bolsillo -dijo Gorenflot, dándose un golpe en el hábito.

-No es posible -dijo Chicot-; yo entiendo bastante de reglas monásticas porque he hecho penitencia en tres conventos, y sé que no se confía la llave de la puerta a quien no ejerce un cargo superior en la comunidad.

-Pues aquí está -repuso Gorenflot recostándose en la silla y enseñando una moneda a Chicot.

-¡Oiga! dinero ¿eh? Ya comprendo: sobornáis al hermano portero para entrar a las horas que os agrada; ¡pecador endurecido!

Gorenflot contestó con una de esas graciosas sonrisas que dilatan la boca hasta las orejas y cuya expresión de beatitud únicamente los borrachos saben darla.

-*Sufficit* -murmuró.

Y se dispuso a volver la moneda a su bolsi-

llo.

-Aguardad -dijo Chicot-, ¿qué diablo de moneda es esa?

-Tiene el busto del hereje -dijo Gorenflot-, por eso tiene un agujero ahí en el lado del corazón.

-En efecto -dijo Chicot-; es una moneda con la efigie del rey de Bearn, y aquí hay, en efecto, un agujero.

-Hecho con un puñal -dijo Gorenflot-; muera el hereje, el que le matare quedará beatificado desde luego, y yo le doy parte de paraíso.

-¡Hola! -exclamó Chicot-, este misterio se va aclarando; pero el pobre hombre aún no está bien borracho.

Y llenó de nuevo el vaso del fraile, diciendo:

-¡Sí, muera el hereje y viva la misa!

-¡Viva la misa! -repitió Gorenflot, bebiéndose el vaso de un solo trago.

-Conque según eso -repuso Chicot, que al

mirar la moneda reluciente en la ancha mano de Gorenflot, se acordaba del portero examinando las manos de todos los frailes que había visto concurrir a la abadía-; según eso no tenéis más que enseñar esa moneda al hermano portero al entrar y...

-Y entro -dijo Gorenflot.

-¿Sin dificultad?

-Con igual facilidad que este vaso de vino entra en mi estómago.

Y el fraile absorbió una nueva dosis del generoso licor.

-¡Diablo! -dijo Chicot-, si la comparación es justa, no debéis encontrar el menor obstáculo.

-Es decir -balbuceó Gorenflot cayéndose ya de borracho-, es decir, que para el P. Gorenflot se abren las dos hojas de la puerta.

-¿Y entonces pronunciáis nuestro discurso?

-Pronuncio mi discurso -dijo Gorenflot-. La cosa sucederá de este modo. Llego, ¿entendéis,

Chicot?

-¡Vaya si entiendo! adelante.

-Llego; la asamblea es numerosa y escogida,

hay barones, hay condes, hay duques.

-Y hasta príncipes.

-Y hasta príncipes -repuso el fraile-, tú lo

has dicho, Chicot, príncipes, ni más ni menos.

Entro humildemente adonde se hallan los fieles

de la Unión.

-¡Los fieles de la Unión! -dijo a su vez Chi-

cot-; ¿qué especie de fidelidad es esa?

-Entro adonde es hallan los fieles de la

Unión: llaman al P. Gorenflot y yo me adelan-

to...

Al decir esto el fraile, se levantó procurando

unir la acción a la palabra; mas apenas hubo

dado un paso, tropezó en la esquina de la mesa

y cayó al suelo.

-¡Bravo! -dijo Chicot levantándole y vol-

viéndole a sentar en la silla-; os adelantáis, sa-

ludáis a la concurrencia y decís...

-No, yo no digo nada, los amigos, son los

que dicen.

-¿Y qué dicen los amigos?

-Los amigos dicen: ¡P. Gorenflot! ¡El discur-

so del P. Gorenflot! ¿Eh? ¡Hermoso nombre para

un individuo de la Liga! ¡Gorenflot!

Y el fraile repitió su nombre con un tono

que demostraba cuán engreído estaba con él.

-¡De la Liga! -murmuró Chicot-; alguna ver-

dad va a salir del vino de este borracho.

-Entonces empiezo yo.

Y el fraile se levantó de nuevo cerrando los

'ojos pues se hallaba deslumbrado, apoyándose

en la pared, porque no podía tenerse.

-Empezáis, ¿eh? -replicó Chicot sostenién-

dole contra la pared.

-Empiezo: "Hermanos míos, este es un día

grande para la fe; hermanos míos, este es uno

de los días más grandes para la fe."

Chicot comprendió que nada podía ya sacar del fraile y le soltó.

Gorenflot, que no se sontenía en pie, sino con el apoyo que Chicot le prestaba, luego que le faltó aquél, cayó rozando la pared y dando con los pies en la mesa, de la cual dejó caer varias botellas vacías.

-Amén -exclamó Chicot.

Casi al mismo tiempo un ronquido semejante a un trueno hizo temblar los vidrios del estrecho gabinete.

-Muy bien -añadió Chicot-, las patas de la gallina empiezan a hacer su efecto. El amigo tiene para doce -horas de sueño, y puedo desnudarle sin inconveniente.

Y en el mismo instante, juzgando indudablemente que no tenía tiempo que perder, desató los cordones del hábito de Gorenflot, le sacó los brazos, y volviéndole, como pudiera haber vuelto un saco de patatas, le cubrió con el man-

tel, le puso la servilleta por gorro y escondiendo el hábito bajo la capa, pasó a la cocina.

-Maese Bonhomet -dijo dando unas monedas al posadero-, esto por nuestra cena, esto en pago de la de mi caballo, que os recomiendo, y esto para que no despierten al digno P. Gorenflot, que duerme como un bienaventurado.

-Perfectamente -dijo maese Claudio que hallaba bien pagadas las tres cosas-, muy bien, descuidad, M. Chicot.

Con esta promesa salió Chicot de la hostería, y ligero como un gamo, prudente como un raposo, volvió la esquina de la calle de San Esteban, donde luego de haber guardado con cuidado la moneda con la efigie del Bearnés, se puso el hábito del fraile, y a las diez menos cuarto se presentó, no sin alguna emoción, a la puerta del convento de Santa Genoveva.

XIX. CHICOT OBSERVA QUE ES MÁS FÁCIL LA ENTRADA QUE LA SALIDA DEL

CONVENTO DE SANTA GENOVEVA

Chicot, al vestirse el hábito del fraile, tomó una precaución importante, que fue de doblar el espesor de sus hombros por medio de la hábil colocación de su capa y de las otras prendas de ropa que el hábito frailesco hacía inútiles. Tenía igual color de barba que Gorenflot; y aunque el uno había nacido en las orillas del Saona y el otro en las del Garona, se había divertido nuestro gascón tantas veces en imitar la voz de su amigo, que había llegado a imitarla con extrema perfección.

Iba a cerrarse la puerta cuando Chicot llegó; el hermano portero no esperaba más que a los últimos frailes. El gascón presentó su moneda agujereada y fue admitido sin obstáculo. Dos frailes le precedían; siguióles y penetró con ellos en la capilla del convento, sitio que conocía por haber acompañado muchas veces al rey en sus visitas, el cual siempre había concedido

singular protección al monasterio de Santa Genoveva.

La capilla era de construcción romana, o lo que es lo mismo, había sido construida en el siglo XI o en el XII y que, como todas las capillas de aquella época, tenía debajo del coro una cripta o iglesia subterránea. De aquí resultaba que el coro estaba ocho o diez pies más alto que la nave; subíase a él por dos escaleras laterales, entre las cuales había una puerta de hierro que daba de la nave a la cripta, adonde se entraba bajando tantos escalones como las dos escaleras laterales tenían.

En aquel coro y a ambos lados del altar (sobre el cual se veía un cuadro de Santa Genoveva que se atribuía al maestro Rosso), estaban colocadas las estatuas de Clodoveo y de Clotilde.

Tres lámparas tan sólo iluminaban la capilla, una colgada en medio del coro y las otras

dos suspendidas a igual distancia en la nave. La luz que despedían, bastante apenas para iluminar los objetos, daba mayor solemnidad a la capilla, cuyas proporciones doblaba, pues la imaginación podía extender hasta lo infinito las partes que en la sombra se perdían.

Necesitó Chicot al principio acostumbrar los ojos a la obscuridad, y para ello se entretuvo en contar los frailes que había. Ciento veinte contó en la nave y doce en el coro, que entre todos componían el número de ciento treinta y dos: los doce del coro se hallaban formados en una sola línea delante del altar y parecían centinelas colocados en fila para defender el tabernáculo.

Chicot vio con placer que no era el último en llegar a la asamblea de los que el P. Gorenflot denominaba hermanos de la Unión. Detrás de él entraron todavía tres frailes con anchos hábitos grises, los cuales fueron a colocarse de-

lante de la línea que hemos comparado con una fila de centinelas.

Un fraile al que hasta entonces no había visto Chicot, y que parecía monacillo del convento, dio la vuelta a la capilla para ver si todos estaban en sus puestos, y luego que terminó su inspección, fue a hablar a uno de los tres frailes que habían llegado los últimos y a quien sus dos compañeros tenían en medio.

-Somos ciento treinta y seis -dijo el fraile con voz fuerte-, que es el número de fieles.

Al instante los ciento veinte frailes que estaban arrodillados en la nave, se levantaron y tomaron asiento. Después un gran ruido de goznes y cerrojos anunció que se cerraban las macizas puertas.

No sin cierta emoción oyó Chicot, a pesar de su valor, el chirrido de las llaves en las cerraduras, y para reponerse se fue a sentar a la sombra del púlpito, desde donde sus miradas

se dirigían naturalmente a los tres frailes, que parecían los personajes principales de la asamblea.

Habíanles llevado sillones, en los cuales se sentaron cual si fueran tres jueces: detrás de ellos se mantenían de pie los doce frailes del coro.

Cuando cesó el tumulto, producido por las puertas que se cerraban y por los concurrentes que mudaban de postura, se oyeron tres golpes de campana.

Eran, evidentemente, la señal del silencio, pues los murmullos que al oir los dos primeros toques se levantaron en la asamblea, cesaron apenas sonó el tercero.

-Hermano Monsoreau -dijo el mismo fraile que había hablado ya-, ¿qué noticias traéis de la Unión de la provincia de Anjou?

Dos cosas llamaron entonces la atención de Chicot. La primera fue aquella voz vibrante y

sonora, que parecía más a propósito para salir de debajo de la visera de un casco en el campo de batalla que para hacerse oír en una iglesia saliendo de entre la capucha de un fraile. La segunda fue el nombre de hermano Monsoreau, conocido muy pocos días antes en la corte, donde, según dijimos había causado cierta sensación.

Un fraile de alta estatura, y cuyo hábito formaba pliegues angulosos, atravesó parte de la capilla y subió al púlpito con paso firme y seguro.

Chicot procuró verle la cara, pero le fue imposible.

-Bueno -dijo-, si yo no puedo ver el rostro de los demás, tampoco los demás verán el mío.

-Hermanos -dijo entonces una voz, que al momento conoció ser la del montero mayor-, las noticias de la provincia de Anjou no son satisfactorias; no porque allí carezcamos de sim-

patía, sino porque no tenemos representantes. El barón de Meridor es el encargado de propagar la Unión en la provincia; pero este anciano, desesperado por la reciente muerte de su hija, atendiendo solo a su dolor, ha descuidado los intereses de la santa Liga, y hasta que se consuele de la pérdida que ha sufrido no podemos contar con él. Por mi parte traigo a la asamblea tres solicitudes de admisión, que según prescribe el reglamento he depositado en el cepillo del convento. El Consejo resolverá si estos tres nuevos hermanos, de quienes yo respondo como de mí mismo, merecen ser admitidos a formar parte de la santa Unión.

Un murmullo de aprobación acogió estas palabras, murmullo que no había cesado aun cuando Monsoreau volvió a ocupar su asiento.

-¡Hermano La Huriére! -repuso el mismo fraile, que parecía destinado a llamar a los fieles según su gusto- decidnos lo que habéis hecho

en la ciudad de París.

Un hombre con la capucha sobre la cabeza se presentó en el púlpito que acababa de dejar vacante monsieur-de Monsoreau.

-Hermanos -comenzó-, todos sabéis cuán devoto soy de la fe católica y las pruebas que de serlo di el día que triunfó. Sí, hermanos, en aquella época yo era uno de los fieles que seguían a nuestro gran Enrique de Guisa, y las órdenes que le plugo darme, y que seguí hasta el extremo de querer matar a mis propios huéspedes, las recibí de la boca de B. Besme, a quien Dios conceda todas sus bendiciones. Mi adhesión a tan santa causa me ha hecho alcanzar el nombre de cuartenero (especie de comisario de policía de aquel tiempo), lo cual me atrevo a decir que es un bien para la religión, pues así puedo notar y designar a mis amigos quiénes son los herejes que habitan el barrio de Saint-Germain-l'Auxerrois, donde tengo aún a vues-

tro servicio mi posada de la *Hermosa Estrella,* en la calle del Árbol Seco. No tengo, en verdad,

sed de sangre de hugonotes como en otro tiempo; más no puedo menos de hacerme cargo del verdadero objeto de la santa Unión que vamos a fundar.

-Escuchemos -dijo Chicot-; este La Huriére ha sido, si mal no me acuerdo, un furioso matador de herejes, y debe saber mucho respeto de la Liga, si sus individuos miden la confianza por el mérito.

-Hablad, hablad -dijeron muchas voces a un tiempo.

La Huriére, viendo aquella ocasión de desplegar sus facultades oratorias, que pocas veces tenía ocasión de manifestar, aunque él las creía innatas en sí, recapacitó un instante, tosió, y prosiguió de esta manera:

-Si no me engaño, hermanos, la extinción de las herejías particulares no es lo único a que

aspiramos. Lo que queremos es que los buenos franceses tengan la seguridad de que no se verán jamás gobernados por príncipes herejes.

Ahora bien, hermanos míos, ¿qué situación es la nuestra? Francisco II, que prometía ser un príncipe celoso, murió sin hijos; Carlos IX que lo era, ha muerto sin hijos; el rey Enrique III, cuyos actos y creencias no me toca a mí investigar ni calificar, morirá probablemente sin hijos; queda el duque de Anjou, que no solamente no tiene hijos, sino que se manifiesta tibio partidario de la santa Liga.

Aquí el orador se vio interrumpido por muchas voces, entre las cuales sobresalía la del montero mayor.

-¿Por qué tibio? -exclamó M. de Monsoreau-, ¿qué motivos tenéis para proferir semejante acusación contra el príncipe?

-Digo tibio, porque aún no se ha adherido a la santa Liga, aunque el ilustre hermano que

acaba de interrumpirme nos lo ha prometido en su nombre.

-¿Quién os dice que no se ha adherido -dijo Monsoreau-, cuando hay nuevas solicitudes de admisión? Me parece que no tenéis derecho a sospechar de nadie hasta que se vea de quiénes son esas solicitudes.

-Es verdad -dijo La Huriére-, aguardaré a que sean examinadas. Pero, como iba diciendo, después del duque de Anjou, que es mortal y que no tiene hijos (y nótese que todos los individuos de la familia del príncipe han muerto jóvenes), ¿en quién recaerá la corona? En el más feroz hugonote que imaginarse pueda, en un renegado, en un relapso, en un Nabucodonosor...

Al llegar aquí en vez de murmullos, interrumpieron a La Huriére frenéticos aplausos.

-En Enrique de Bearn, en fin, contra el cual se ha formado principalmente esta asociación,

en Enrique de Bearn, a quien muchos creen en Pau o en Tarbes, ocupado en cuestiones de amores, y a quien otros, sin embargo, han encontrado en París.

-¡En París! -exclamaron muchas voces-, ¡en París! ¡Es imposible!

-En París ha estado -insistió La Huriére-, la noche en que madame de Sauves fue asesinada, y en París se halla tal vez en este momento.

-¡Muera el Bearnés! -gritaron muchas voces.

-Sí, sin duda, ¡muera! -prosiguió La Huriére-, y si por casualidad viniere a hospedarse en la *Hermosa Estrella, yo* respondo de él; pero no vendrá; no se atrapa dos veces a la zorra en un mismo sitio; se hospedará en otra parte, en casa de cualquier amigo, porque el hereje cuenta con amigos. Pues bien, nosotros debemos disminuir el número de sus amigos o al menos conocerlos a todos. Nuestra unión es santa, nuestra liga es legal, consagrada, bendita y aprobada por nues-

tro Santo Padre Gregorio III. Pido, pues, que abandonemos ya el misterio de que estamos rodeados, que se formen listas y se entreguen a los cuarteneros y a los decuriones, y que éstos recorran todas las casas invitando a los buenos ciudadanos a firmar. Los que firmen serán nuestros amigos; los que se nieguen a firmar serán nuestros enemigos, y entonces, si llega la ocasión de un segundo día de San Bartolomé, día que los fieles empiezan a juzgar cada vez más necesario, haremos lo que hicimos la vez primera, ahorraremos a Dios el trabajo de separar por sí mismo los buenos de los malos.

Esta peroración fue acogida con una prolongada salva de aplausos; luego que éstos se hubieron calmado, hízose oír la voz grave del fraile que ya otras veces había hablado, y dijo:

-La proposición del hermano La Huriére, a quien la Santa Unión agradece su celo, queda tomada en consideración, y será discutida en

consejo superior.

Redobláronse los aplausos. La Huriére se inclinó diversas veces para dar las gracias a la asamblea, y bajando los escalones del púlpito, volvió a su sitio abrumado bajo el peso de los laureles.

-¡Hola! -dijo Chicot-, que ya voy entendiéndolo. Estos fieles católicos tienen menos confianza en mi hijo Enrique que en su hermano Carlos IX y en M. de Guisa; es probable que así sea, pues Mayena está complicado en el asunto. Los Guisa quieren formar dentro del Estado una sociedad, de que ellos serán los amos; así el gran Enrique, que es general; será dueño de las armas; el panzudo Mayena será dueño de la clase media, y el ilustre cardenal lo será de la Iglesia, con esto mi hijo Enrique se despertará un día sin otra cosa que su rosario, con el cual le invitarán cortésmente a retirarse a un monasterio. ¡Perfectamente imaginado! ¡Muy bien!

pero falta el duque de Anjou, ¡diablo! ¿el duque de Anjou! ¿qué pensarán hacer de él?

-¡Hermano Gorenflot! -exclamó la voz del fraile que había ya llamado al montero mayor y a La Huriére.

Chicot no respondió, tanto porque estaba abismado en las reflexiones que acabamos de comunicar al lector, cuanto porque no se había aún acostumbrado a contestar por el nuevo nombre, que con el hábito de Gorenflot se había puesto.

-¡Hermano Gorenflot! -repuso la voz del frailecillo, voz tan clara y aguda que hizo estremecer a Chicot.

-¿Qué es esto? -murmuró-, no parece sino que es una voz de mujer la que ha llamado al hermano Gorenflot. ¿Será que en esta ilustre asamblea estén confundidos los sexos, así como lo están las categorías?

-¡Hermano Gorenflot! –insistió la misma

voz femenina-, ¿no está aquí el hermano Gorenflot?

-¡Ah! -dijo Chicot-, el hermano Gorenflot soy yo; vamos allá.

Luego, alzando la voz e imitando la del fraile su amigo, dijo:

-Sí, sí, aquí estoy: me hallaba abismado en las meditaciones que ha hecho nacer en mí el discurso del hermano La Huriére, y por eso no oí que me llamaban.

Diéronle a Chicot tiempo para prepararse algunos murmullos de aprobación en favor de La Huriére, cuyas palabras resonaban todavía en todos los corazones.

Se dirá que Chicot podía no contestar al oír llamar a Gorenflot, pues que nadie hubiera ido a bajarle la capucha; mas es preciso recordar que habían sido contados los concurrentes, que se conocían mutuamente y se esperaban, y que si se hubiera procedido a examinar los rostros,

lo cual no habría dejado de hacerse al observar la ausencia de un hombre a quien se creía presente, se habría descubierto el fraude, y entonces Chicot se hubiera visto comprometido.

Este, pues, no vaciló un momento, se levantó, hizo cuanto pudo por parecer más ancho de espaldas, subió la escalera del púlpito, y al subirla se cubrió todo lo posible con la capucha.

-Hermanos míos -dijo imitando la voz del fraile con admirable perfección-, yo soy el padre limosnero del convento; y ya sabéis que este empleo me da derecho para penetrar en todas las casas. De este derecho uso para el servicio del Señor.

-Hermanos -continuó recordando el exordio de Gorenflot, tan impensadamente interrumpido por el sueño en que el verdadero fraile se hallaba en aquel instante sumergido-, hermanos, gran día para la fe es éste en que estamos reunidos. Hablemos francamente, pues que nos

encontramos en la casa del Señor. ¿Qué es el reino de Francia? Un cuerpo. San Agustín lo ha dicho: *"omnis vivitas corpus est,* toda ciudad es un cuerpo". ¿Qué necesita el cuerpo para ejercer sus funciones? Tener buena salud. ¿Y cómo se conserva la salud del cuerpo? Realizando prudentes sangrías cuando hay exceso de fuerzas. Ahora bien; es evidente que los enemigos de la religión católica son demasiado fuertes, pues que les tememos; luego es necesario sangrar otra vez este gran cuerpo que se llama la sociedad. Esto es lo que todos los días me repiten los fieles al darme para el convento huevos, jamón y dinero.

Esta parte del discurso de Chicot causó viva impresión en el auditorio. El orador dio tiempo a que se manifestase el murmullo de aprobación que acababa de excitar, y después que hubo cesado, continuó en esta forma:

-Se me dirá tal vez que la Iglesia detesta la

sangre: *Ecclesia abhorret a sanguine:* pero notad, amados hermanos, que los teólogos no han dicho qué clase de sangre es la que la Iglesia detesta, y yo os apostaría doble contra sencillo a que no es de la sangre de los herejes de la que ha querido hablar. En efecto: *Fons malus corruptorum sanguis hereticorum autem pessimus.* Y sobre todo, existe otro argumento que no tiene réplica. He hablado de la Iglesia, pero nosotros no componemos tan sólo la Iglesia: el hermano Monsoreau, que con tanta elocuencia ha hablado hace poco, tiene, estoy seguro, su cuchillo de montero mayor pendiente de la cintura; el hermano La Huriére maneja el asador hábilmente: *verum agreste, lethiferum tamen instrumentum: yo* mismo que os hablo, hermanos míos; yo, Juan Nepomuceno Gorenflot, he manejado el mosquete en Champaña y he quemado hugonotes en sus guaridas.

Este honor habría sido bastante para mí, y

con él hubiera ganado el Paraíso, yo, al menos, así lo creía; mas de pronto se ha suscitado en mi conciencia un escrúpulo, y es que las hugonotes, antes de ser quemadas, fueron un tanto violadas, y pienso que esto quitaba un poco de su mérito a la buena acción, al menos según mi director espiritual me dijo... Por eso me apresuré a retirarme al claustro, y para borrar la mancha que los herejes habían dejado en mí, hice desde aquél instante voto de pasar el resto de mis días en la abstinencia, y de no frecuentar más casas que las de las buenas católicas.

No produjo menos efecto que la primera esta segunda parte del discurso del orador, y todos se admiraban de los medios de que el Señor se había valido para la conversión del P. Gorenflot.

Así fue que, a los murmullos de aprobación, sucedieron algunos aplausos. Chicot saludó modestamente a la asamblea, y prosiguió:

-Fáltame hablar de los jefes que nos hemos dado, y acerca de los cuales me parece a mí, pobre e indigno religioso, que hay algo qué decir: Cierto que es bueno, y sobre todo prudente, introducirse aquí de noche, bajo un hábito, para oír predicar al hermano Gorenflot; pero creo que la obligación de semejantes mandatarios no debe estar a esto limitada. Tan excesiva prudencia da que reír a esos endiablados hugonotes, que al fin y al cabo son unos diablos cuando se trata de dar estocadas. Propongo, pues, que adoptemos una conducta más digna de hombres valientes, cual somos, o mejor dicho, cual queremos parecerlo. ¿Qué es lo que deseamos todos? La extinción de la herejía. . . Pues bien, me parece que este deseo podemos manifestarle públicamente. Marchemos por las calles de París como una santa procesión, haciendo gala de nuestra firme actitud y mostrando nuestras buenas partesanas, mas no co-

mo ladrones nocturnos que necesitan tener espías en todas las encrucijadas. Se me preguntará: ¿quién es el hombre que ha de dar el ejemplo? Pues bien, ese hombre seré yo, yo, Juan Nepomuceno Gorenflot; yo, indigno religioso de la orden de Santa Genoveva, humilde y pobre limosnero, yo seré quien con la coraza al pecho, la celada en la cabeza y el mosquete al hombro, marche, si es preciso, al frente de los buenos católicos que quieran seguirme, y esto lo haré aunque no fuera más que por avergonzar a jefes que se ocultan, como si en vez de defender la Iglesia, sólo se tratase de defender a una mozuela enojada.

Este discurso inflamó el fuego sagrado en todos los corazones, pues se hallaba acorde con la opinión de muchos individuos de la Liga, que no creían en la necesidad de dirigirse a su objeto por camino diferente de aquél que seis años antes había abierto la jornada de San Bar-

tolomé, y que, por consecuencia, estaban desesperados con la lentitud de sus jefes. Así, a excepción de tres frailes que continuaron silenciosos, toda la asamblea se puso a gritar a una voz:

-¡Viva la misa! ¡Viva el valiente hermano Gorenflot! ¡la procesión, la procesión!

El entusiasmo fue tanto mayor, cuanto que aquella era la primera vez que el celo del digno fraile se había manifestado bajo tal aspecto. Hasta entonces sus amigos más íntimos le habían tenido por un celoso defensor de la fe, pero de aquellos a quienes el deseo de la propia conservación contiene en los límites de la prudencia. Grande, pues, fue la extrañeza de todos cuando vieron al hermano Gorenflot abandonar su sistema de términos medios, de que hasta aquél momento le habían creído partidario, y lanzarse a la arena de improviso, armado en guerra y pidiendo el combate. La decisión que en él notaban, le rehabilitaba a sus ojos, y algu-

nos, en su admiración, tanto mayor cuanto menos esperada, colocaban en su ánimo al hermano Gorenflot, que acababa de predicar la primera procesión, a la altura de Pedro el Ermitaño, que Predicó la primera cruzada. Desgraciadamente, o acaso afortunadamente para quien esta exaltación había producido, no entraba en el Plan de los jefes dejarla tomar vuelo. Uno de los tres frailes silenciosos se inclinó hacia el frailecillo y le dijo algunas palabras al oído: al instante resonó bajo las bóvedas la voz aflautada del niño, gritando tres veces:

-Hermanos, ya es hora de retirarse; se levanta la sesión.

Los frailes se pusieron de pie murmurando y prometiéndose pedir unánimemente en la sesión inmediata la procesión propuesta por el animoso hermano Gorenflot, se encaminaron lentamente hacia la puerta.

Muchos se aproximaron al púlpito esperan-

do a que bajase el hermano limosnero Para felicitarle por su brillante triunfo; pero Chicot, reflexionando que su voz, de la cual no había podido extraer enteramente el acento gascón, oída de cerca, podía ser conocida, y que podía así mismo excitar alguna admiración visto de cerca su cuerpo, que en línea vertical tenía seis u ocho pulgadas más que el de Gorenflot, el cual sí se había engrandecido para con sus oyentes, su engrandecimiento era más bien moral que material; meditando, decimos, todo esto, se había arrodillado, y parecía, como Samuel, abismado en una conversación cara a cara con el Señor. Respetaron, pues, su éxtasis y se dirigieron a la puerta con una excitación que llenó de alegría a Chicot.

Este, sin embargo, no había logrado su objeto. Lo que le había impulsado a dejar a Enrique III sin pedirle permiso, era la presencia del duque de Mayena, así como la de Nicolás David le

había hecho regresar a París. Quería, pues, vengarse de los dos; pero no podía atacar personalmente a un príncipe de la casa de Lorena, o al menos para hacerlo tenía que aguardar con paciencia a que la ocasión se presentase. No acontecía lo mismo con Nicolás David, el cual no era sino un mero abogado normando, muy astuto y redomado, que había sido militar antes de ejercer la abogacía, y maestro de armas mientras fue militar; más Chicot, sin ser maestro de armas, se jactaba de manejar bien la tizona: lo importante, pues, para él era alcanzar a su enemigo, y una vez alcanzado, Chicot, como los antiguos campeones, ponía su vida bajo la salvaguardia de su derecho y de su espada. Empleó, por consiguiente, gran cuidado en ver salir a los frailes unos detrás de otros, con el objeto de reconocer, si era posible, bajo el hábito y la capucha el cuerpo largo y delgado de maese Nicolás; mas de repente observó que cada

fraile, al salir, era examinado del mismo modo que lo había sido al entrar; notó también que todos sacaban del bolsillo una contraseña, y no obtenían el *exeat* después que el hermano portero la había detenidamente inspeccionado.

Chicot creyó al principio que se engañaba, pero sus dudas se convirtieron pronto en evidencia.

Cubrióse su frente de un sudor frío. El P. Gorenflot le había indicado la señal por medio de la cual podía entrar; mas no se había acordado de indicarle la que debía servirle para salir.

XX. LO QUE SIGUIÓ VIENDO CHICOT

Apresuróse Chicot a bajar del púlpito y confundirse entre los últimos frailes con objeto de reconocer, si era posible, la señal por cuyo medio se salía a la calle, y proporcionársela si aún era tiempo. En efecto, después de haberse mezclado entre ellos y de haber alargado el cuello

por encima de todas las cabezas, vio que la señal de salida era una moneda cortada en forma de estrella.

Nuestro gascón tenía bastantes monedas en su bolsillo; pero por desgracia ninguna estaba cortada de este modo particular, tanto más extraño, cuanto que separaba para siempre a la moneda mutilada de la circulación monetaria.

En un momento se hizo cargo de los peligros de su situación. Si llegaba a la puerta, no pudiendo presentar la moneda en forma de estrella, conocerían que no era individuo de la Unión; y como naturalmente no se limitarían a esto las investigaciones, sería cogido en la ratonera; pues el empleo de bufón del rey, si bien le daba grandes privilegios en el Louvre y en los de más palacios reales, en el convento de Santa Genoveva, y particularmente en aquella ocasión, perdía mucha parte de su prestigio. Acogióse, pues a la sombra de un pilar y se embutió

en el ángulo que formaba este pilar con un confesionario.

-Si yo me pierdo -pensaba-, pierdo también la causa de mi imbécil soberano, a quien tengo la debilidad de amar, no obstante la burla que le hago y las injurias que le digo. Seguramente hubiera sido mejor volver a la hostería del *Cuerno de la Abundancia* a buscar a Gorenflot; pero nadie está obligado a hacer cosas imposibles.

Hablando así consigo mismo, esto es, con el interlocutor más interesado en no revelar una palabra de lo que decía, se ocultó lo mejor que pudo entre el confesionario y las molduras del pilar.

Entonces oyó la voz del frailecillo que gritaba desde el presbiterio: -¿Se han ido todos? Se van a cerrar las puertas.

Nadie respondió. Chicot alargó el cuello y vio efectivamente vacía la capilla: sólo los tres

frailes, enteramente encubiertos bajo sus hábitos y capuchas, continuaban en el coro sentados en los sillones que para ellos se habían dispuesto.

-Bueno -dijo Chicot-, con tal que no se cierren las ventanas, no deseo otra cosa.

-Reconozcamos la iglesia -dijo el frailecillo al hermano portero.

-¡Diablo! -dijo Chicot-, este frailecillo me hace gracia.

El hermano portero encendió un cirio, y seguido del frailecillo empezó a registrar la iglesia.

No había un momento qué perder.

El hermano portero y su cirio debían pasar a cuatro pasos de Chicot, el cual no podría menos de ser conocido.

Chicot, a medida que iba llegando la luz adonde él estaba, dio una vuelta en torno del pilar, quedándose siempre a la sombra, y

abriendo un confesionario, se sentó en él luego de haber cerrado la puerta.

El hermano portero y el frailecillo pasaron a cuatro pasos de allí y por la labrada celosía pudo Chicot ver reflejarse en sus hábitos la luz del cirio que les alumbraba.

-¡Qué diablo! -dijo entre sí-, este hermano portero, este monaguillo y esos frailes no se han de quedar eternamente en la iglesia; cuando se marchen yo pondré las sillas sobre los bancos. Pelión sobre Osa, como dice M. Ronsard, y saldré por la ventana. ¡Ah! sí, por la ventana -agregó como respondiéndose a sí mismo-, pero después de haber salido por la ventana me hallaré en el patio, y el patio no es la calle.

Pienso que será mejor pasar la noche en el confesionario; el hábito de Gorenflot abriga bastante; será una noche menos pagana que las que he pasado otras veces y la aplicaré por la salud de mi alma.

-Apagad las lámparas -dijo el monaguillo-, para que desde fuera se vea que se ha terminado el conciliábulo.

El portero tomó un inmenso apagador y ahogó con él la llama de las dos lámparas de la nave, la cual quedó en fúnebre obscuridad.

Luego hizo lo mismo con la lámpara del coro.

Quedó entonces la iglesia iluminada solamente por los pálidos rayos de una luna de invierno, que a través de los vidrios de colores pasaban.

Luego reinó el mayor silencio.

El reloj dio las doce.

-¡Vive Dios! -dijo Chicot-, ¡estar yo a media noche en una iglesia! ¡Vaya un miedo que tendría mi hijo Enrique si se hallara en mi lugar! Afortunadamente yo no soy tan tímido. Vamos -dijo Chicot-, amigo mío, buenas noches, hasta mañana.

Y después de haberse dirigido a sí mismo este saludo, se acomodó lo mejor que pudo en el confesionario, echó el cerrojo interior para que nadie le incomodase y cerró los ojos.

Diez minutos próximamente hacía que sus párpados se habían cerrado, y que su espíritu, turbado por los primeros vapores del sueño, veía en la vaguedad misteriosa que el crepúsculo de pensamiento forma, flotar multitud de sombras, cuando un gran golpe aplicado sobre una plancha de metal. vibró en la iglesia e hizo retemblar la bóveda.

-¡Huy! -dijo Chicot abriendo los ojos y prestando oído-. ¿Qué quiere decir esto?

En aquel momento la lámpara del coro apareció encendida y despidiendo una azulada luz, que con sus primeros reflejos iluminó el sitio donde los tres mismos frailes estaban sentados uno junto a otro y en la misma inmovilidad.

Chicot no pudo eximirse de cierto temor

supersticioso; nuestro gascón, aunque valiente,
era 'hombre de su época y su época era la de las
tradiciones fantásticas y leyendas espantosas.
Hizo, pues, la señal de la cruz y murmuró
en voz baja:
-*¡Vade retro, Satanás!*
Pero como las luces no se apagaron al hacer
Chicot la señal de nuestra redención, lo cual no
habrían dejado de hacer si hubieran sido luces
infernales, y como los tres frailes permanecie-
ron en sus sillas, a pesar del *vade retro,* el gascón
empezó a creer que aquellas luces eran natura-
les, y que los que con aquellos hábitos se cubrí-
an, si no eran verdaderos frailes, eran al menos
hombres de carne y hueso.
No obstante, aunque era natural en él des-
perezarse, como que acababa de dejar el sueño,
su desperezo estaba combinado con el temblor
que produce el miedo.
Alzóse entonces lentamente una de las lápi-

das del coro y quedó levantada sobre su estrecha base. Una capucha gris apareció primero por la negra sima, después todo el cuerpo de un fraile, el cual puso el pie en el pavimento ínterin la losa volvía lentamente a su sitio.

Al ver esto Chicot, olvidó la prueba que acababa de intentar y dejó de tener confianza en el conjuro que creía decisivo; erizósele el cabello y por un momento se figuró que todos los priores, abades y guardianes del convento de Santa Genoveva, desde Optat que falleció en 533 hasta Pedro Boudin, predecesor del superior actual, iban a alzarse de sus sepulcros, situados en la cripta donde en otro tiempo reposaban las reliquias de Santa Genoveva, y a alzar sus cráneos huesosos todas las lápidas del coro.

Pero no le duró mucho este pensamiento.

-Hermano Monsóreau -dijo uno de los tres frailes del coro dirigiéndose al que de tan extraño modo había aparecido-, ¿ha llegado ya la

persona a quien esperamos?

-Sí, monseñor -respondió Monsoreau-, y está aguardando.

-Abrid la puerta y que venga.

-Bueno -dijo Chicot-, parece que esta comedia tenía dos actos y yo no he visto más que el primero. ¡Dos actos! ¡mala división!

Y a pesar de los chistes que se le ocurrían, no pudo impedir un estremecimiento que le hizo experimentar la misma sensación que si mil agudas espinas, saliendo del sillón de madera en que estaba sentado, se clavaran en su cuerpo.

El hermano Monsoreau descendió por una de las escaleras que conducían del coro a la nave, y abrió la puerta de bronce que daba a la cripta y que, hemos dicho, estaba situada entre las dos escaleras.

Al mismo tiempo el fraile de en medio se bajó la capucha y dejó al descubierto la gran

cicatriz, noble señal por la cual los parisienses entusiasmados conocían al que ya pasaba por héroe de los católicos, mientras llegaba el tiempo de que fuese su mártir.

-¡Enrique de Guisa! -murmuró Chicot-, ¡el gran Enrique en persona, el mismo a quien Su Majestad imbecilísima cree ocupado en el sitio de La Caridad ! ¡Ah! ya entiendo; el que está a su derecha, que ha dado su bendición a los circunstantes, es el cardenal de Lorena, y el que está a su izquierda y hablaba con ese trastuelo de monaguillo es M. de Moyena, mi amigo: pero ¿dónde diablos está maese Nicolás David?

Efectivamente, como para manifestar inmediatamente cuán fundadas eran las suposiciones de Chicot, tanto el fraile de la derecha como el de la izquierda se bajaron las capuchas y mostraron la inteligente cabeza, la frente despejada, y los penetrantes ojos del famoso cardenal, y el semblante infinitamente más vulgar de M.

de Mayena.

-¡Ah! -dijo Chicot-, ya te conozco, trinidad no muy santa, pero sí muy visible: veamos ahora lo que vas a hacer; soy todo ojos: oigamos lo que vas a decir: soy todo oídos.

-¿Habéis creído que vendría? -interrogó el duque de Guisa a su hermano el cardenal.

-No sólo lo he creído -dijo éste-, sino que estaba tan seguro de ello, que traigo bajo el hábito todo lo necesario para la consagración.

Y Chicot, demasiado cerca de la trinidad, como él la denominaba, para verlo y oirlo todo, vió brillar al débil resplandor de la lámpara del coro una caja de plata sobredorada con relieves.

-¡Calla! -murmuró-, parece que van a consagrar a alguno. Véase cómo se me cumple el deseo de ver una consagración.

Mientras tanto unos veinte frailes, ocultas las cabezas en las capuchas, salieron por la. puerta de la cripta y se colocaron en la nave.

Uno solo, guiado por M. de Monsóreau, subió la escalera y se situó a la derecha de los Guisas en una de las sillas de coro, o mejor dicho, en el escalón de la silla.

Después se presentó el monaguillo, tomó respetuosamente las órdenes del fraile que estaba a la derecha, y desapareció.

El duque de Guisa miró a ambos lados de aquella asamblea, seis veces menos numerosa que la primera, y que por consiguiente debía al parecer de estar compuesta de personas distinguidas, y habiéndose asegurado de que no sólo todos esperaban a que hablase, sino que esperaban con impaciencia:

-Amigos -comenzó diciendo-, el tiempo es precioso: voy sin preámbulos a decir lo que pienso. Acabáis de oír, porque presumo que habéis asistido a la primera asamblea, acabáis de oir, digo, en los discursos de algunos personajes de la Liga católica, las quejas de aquellos

que acusan de tibieza y aun de malevolencia a uno de los principales personajes que hay entre nosotros, al príncipe más inmediato al trono. Ha llegado el instante de rendir a este príncipe el tributo de justicia y respeto que le debemos. Vais a oírle a él mismo y juzgaréis, vosotros los que con entusiasmo procuráis que se cumpla el principal objeto de la santa Liga, si vuestros jefes merecen las acusaciones de frialdad y de inercia que contra ellos se han dirigido por uno de los hermanos a quien no hemos creído conveniente participar nuestro secreto, por el P. Gorenflot.

Al oir Chicot desde su confesionario este nombre, pronunciado por el duque de Guisa en un tono de voz que ponía de manifiesto su enemistad con el belicoso fraile, no pudo menos de reírse para sí, risa que, no por ser muda, dejaba de ser insultante para los personajes que de ella eran objeto.

-Hermanos -continuó el duque de Guisa-, el príncipe cuya adhesión se nos había prometido, el príncipe del cual apenas osábamos esperar no digo la presencia en este sitio, sino ni aun el consentimiento, ese príncipe, hermanos, está aquí.

Todas las miradas se fijaron con expresión de curiosidad en el fraile que seguía en pie en el escalón de la silla de coro y a la derecha de los tres príncipes de Lorena.

-Monseñor -dijo el duque de Guisa dirigiéndose al que en aquel momento era objeto de la atención general-, la voluntad de Dios me parece manifiesta, y, pues habéis consentido en uniros a nosotros, claro es que hacemos bien en lo que hacemos. Un ruego tengo que dirigir a Vuestra Alteza, y es que os bajéis la capucha, a fin de que vuestros fieles amigos vean por sus propios ojos que cumplís la promesa que en vuestro nombre les hemos hecho, promesa tan

lisonjera que no osaban creerla.

El misterioso personaje a quien Enrique de Guisa acababa con estas palabras de interpelar, llevó la mano a la capucha y se la echó a la espalda. Chicot, que esperaba ver en él algún príncipe lorenés de quien hasta entonces no hubiera oído hablar, vio con sorpresa al duque de Anjou, tan pálido que al resplandor de aquella lámpara sepulcral, su semblante parecía el de una estatua de mármol.

-¡Hola, hola! -dijo Chicot-, ¡nuestro hermano Anjou! ¿No se cansará de jugar al trono con las cabezas de otros?

-¡Viva el duque de Anjou! -gritaron los circunstantes.

Francisco se puso más pálido que lo que estaba.

-Nada temáis, monseñor; esta capilla es sorda y sus puertas están bien cerradas.

-Feliz precaución -dijo para sí Chicot.

-Hermanos -dijo el conde de Monsoreau-, Su Alteza desea dirigir algunas palabras a la reunión.

-Sí, sí, que hable -añadieron todos-, ya escuchamos.

Los tres príncipes de Lorena se volvieron hacia el duque de Anjou y le hicieron una reverencia.

El duque de Anjou apoyóse en el brazo de la silla; parecía que se iba a caer.

-Señores -dijo en voz tan sorda y temblorosa que apenas se pudieron oír las primeras palabras que pronunció-; señores, creo en Dios, aunque a menudo parece mirar con indiferencia las cosas de este mundo; tiene, al contrario, sus penetrantes ojos constantemente fijos en nosotros, y no permanece mudo y negligente en apariencia, sino para remediar en un día con algún suceso extraordinario y terrible los desórdenes producidos por las locas pasiones de

los hombres.

El principio de este discurso era como el carácter del orador, bastante tenebroso; por eso esperaron todos a que un poco de luz iluminase los pensamientos de Su Alteza para aplaudirlos o censurarlos.

El duque de Anjou prosiguió con voz más firme.

-Yo también he dirigido los ojos a este mundo, y no pudiendo con mi débil vista abarcar toda su superficie, he detenido mis miradas en Francia. ¿Qué he visto entonces en todos los lugares del reino? La santa religión de Cristo conmovida hasta en sus augustas bases, y los verdaderos servidores de Dios dispersos y proscritos. He sondeado las profundidades del abismo abierto hace veinte años por las herejías que con pretexto de llegar más seguramente hasta Dios, minan todas las creencias, y mi alma, como la del profeta, ha quedado inundada

de tristeza y dolor.

La asamblea respondió a estas palabras con un murmullo de aprobación. El duque acababa de manifestar la pena con que veía los sufrimientos de la Iglesia, lo cual era casi una declaración de guerra contra los autores de aquellos sufrimientos.

-Sumergido me hallaba en esta aflicción profunda -continuó el príncipe-, cuando llegó hasta mí el rumor de que muchos ilustres caballeros, piadosos y amigos de las costumbres de nuestros antepasados, trataban de unir sus esfuerzos para la defensa del altar. Miré en derredor de mí, y me pareció que asistía ya al juicio supremo y que Dios había separado a los réprobos de los elegidos. A un lado se hallaban aquéllos, y yo me separé de su inmediación con horror; al otro estaban los escogidos y he venido a arrojarme en sus brazos. Hermanos míos, vedme aquí.

-Amén -repuso Chicot en voz baja.

Pero el bajar la voz en aquel momento era precaución inútil; Chicot podía haber hablado en voz alta sin que de nadie le hubiera oído, por los aplausos estruendosos cuyos ecos hasta las bóvedas de la capilla se elevaron.

Los tres príncipes de Lorena, después de haber dado la señal, dejaron que el entusiasmo se calmase, y en seguida el cardenal, que era el que más próximo estaba al duque de Anjou, dio un paso hacia él y le dijo:

-Príncipe, ¿habéis venido aquí libre y espontáneamente?

-Libre y espontáneamente he venido.

-¿Quién os ha manifestado el santo misterio?

-Mi amigo un celoso defensor de la religión, el conde de Monsoreau.

-Ahora que Vuestra Alteza es de los nuestros -dijo entonces el duque de Guisa-, tendrá a

bien decirnos lo que piensa hacer por el bien de la santa Liga.

-Pienso servir a la religión católica, apostólica, romana, en todas sus exigencias.

-¡Vive Dios! -murmuró Chicot-, que esta gente es lo más imbécil que he conocido: ¿qué necesidad tienen de ocultarse para decir semejantes cosas? ¿por qué no proponen buenamente todo eso al rey Enrique III, mi ilustre amo? Él lo acogería con mucho gusto, procesiones, disciplinas, extirpación de herejías como en Roma, autos de fe como en Flandes y en España: ¡pardiez! como que éste sería el único medio de que el buen rey tuviera hijos. Ganas siento de salir del confesionario y presentarme también a la reunión: tanto es lo que me ha conmovido el discurso del amable duque de Anjou. Continúa, digno hermano de Su Majestad, noble imbécil, prosigue.

El duque de Anjou, como si hubiera querido

obedecer este mandato, continuó en efecto diciendo:

-Mas el interés de la religión no es el único objeto que un noble caballero debe proponerse; por mi parte creo que existe otro.

-¿Eh? -dijo Chicot-, yo también soy noble, y por consiguiente, eso me interesa lo mismo que a los demás. Adelante, señor duque de Anjou, adelante.

-Monseñor, todos oímos a Vuestra Alteza con la más profunda atención -dijo Enrique de Guisa.

-Y nuestros corazones se abren a la esperanza al oírlos -añadió M. de Mayena.

-Me explicaré -dijo el duque de Anjou sondeando con sus inquietas miradas los tenebrosos rincones de la capilla, como para asegurarse de que sus palabras no serían oídas sino por personas dignas de ello.

M. de Monsoreau conoció la ínquietud del

príncipe y le tranquilizó con una mirada de las más significativas.

-Cuando un caballero ha pensado en lo que debe a Dios -prosiguió el duque de Anjou bajando involuntariamente la voz-, piensa en su…

-¡Pardiez! en su rey -dijo Chicot-, eso ya se sabe.

-En su país -dijo el duque de Anjou-, y procurará investigar si su país goza realmente de toda la honra y prosperidad a que está destinado: porque el bienestar de un noble procede en primer término de Dios y después del país donde ha nacido.

La asamblea aplaudió estrepitosamente.

-Muy bien -dijo Chicot-, mas, ¿y el rey? ¿no se cuenta aquí para nada con ese pobre monarca? ¡Y yo que creía que siempre había de decirse lo que dice la inscripción de la pirámide de Juvisy: *¡Dios, el honor y las damás!*

-Yo me pregunto, pues, a mí mismo -

continuó el duque de Anjou, cuyo rostro presentó en sus dos prominentes juanetes dos puntos sonrosados, efecto del calor febril que le animaba-: yo me pregunto a mí mismo si mi país, si esta patria tan hermosa y tan dulce que se llama Francia, goza de la paz y prosperidad que merece, y veo con dolor que no. En efecto, hermanos, el Estado se encuentra conmovido en sentidos diversos por voluntades y gustos diferentes, tan poderosos los unos como los otros, por resultado de la debilidad de una voluntad superior, la cual, dando al olvido que debe dominarlo todo para el bien de sus súbditos, no se acuerda de esta máxima de los reyes, sino alguna vez por capricho y siempre tan inoportunamente que sus actos enérgicos sólo sirven para hacer el mal. Esta desgracia debe indudablemente atribuirse al fatal destino de Francia o a la ceguedad de su jefe; pero, aunque ignoramos su verdadero origen, o no tenemos

de él sino sospechas que no llegan a ser evidencia, no por eso el mal es menos cierto, y yo le atribuyo a los crímenes cometidos por Francia contra la religión o la impiedad de ciertos amigos falsos del rey, más bien que del rey mismo. En uno y otro caso, señores, he debido, como fiel servidor del altar y del trono, unirme a los que por todos los medios persiguen la extinción de la herejía y la ruina de pérfidos consejeros. Esto es, señores, lo que pienso hacer por la Liga al declararme individuo de ella.

-¡Oh! -murmuró Chicot, cuya sorpresa llegaba al colmo-; ya le veo asomar la punta de la oreja; sólo que yo creía que era de burro y es de zorra.

Este exordio del duque de Anjou, que acaso habrá parecido un poco largo a nuestros lectores, separados como están por tres siglos de la política de aquella época, había interesado de tal modo a los concurrentes, que la mayor parte

se habían aproximado al príncipe para no perder una sílaba de su discurso, precaución por otra parte indispensable, pues fue pronunciado con voz cada vez más obscura a medida que el sentido de las palabras iba siendo más claro. Curioso era en aquel instante el espectáculo. Los concurrentes, en número de veinticinco o treinta, con las capuchas bajas, dejaban ver sus rostros, cuyas facciones anunciaban en unos la generosidad, en otros el valor, la nobleza o la inteligencia, en todos la curiosidad excitada hasta el colmo. Hallábanse agrupados en torno de la única lámpara que con sus débiles resplandores iluminaba entonces la escena, y por todas las demás partes del edificio se veían grandes sombras, que parecían extrañas al drama que en un solo sitio se estaba representando. En medio del grupo se distinguía el rostro pálido del duque de Anjou, cuyos huesos frontales casi del todo ocultaban sus hundidos

ojos, y cuya boca cuando se abría se asemejaba a la siniestra hendidura de una cabeza de muerto.

-Monseñor -exclamó el duque de Guisa-, al dar las gracias a Vuestra Alteza por las palabras que acaba de pronunciar, creo deber advertirle que todos los que le rodean son hombres adictos, no sólo a los principios que profesa, sino a su persona misma, de lo cual el final de esta sesión podrá convencer a Vuestra Alteza más profundamente de lo que piensa.

El duque de Anjou se inclinó y al recobrar su posición habitual dirigió una mirada de inquietud a la asamblea.

-¡Oh, oh! -se dijo Chicot-, mucho me engaño o todo lo que hasta ahora he visto no era sino el preámbulo de otra cosa que va a pasar aquí, más importante que todas las tonterías que se han hecho y dicho hasta ahora.

-Monseñor -dijo el cardenal, que había ad-

vertido la mirada investigadora del príncipe-, si Vuestra Alteza abriga algún temor, los nombres solos de los que le rodean, bastarán, así lo creo, para tranquilizarle. Aquí tiene Vuestra Alteza al gobernador de Aunis, a M. d'Entragues, el joven M. de Ribeirac y M. de Libarot, gentileshombres, a quienes Vuestra Alteza conoce muy bien que son tan valientes como leales. Aquí están así mismo el vizconde de Castillón, el barón de Luisiñán, M. Crucé y M. Leclerc, todos penetrados de la sabiduría de Vuestra Alteza y satisfechos de marchar bajo sus auspicios a la emancipación de la religión santa y del trono. Nosotros recibiremos, pues, con gratitud, las órdenes que Vuestra Alteza tenga a bien darnos.

El duque de Anjou no pudo disimular un movimiento de vanidad, al ver que los Guisas, tan orgullosos que ante nadie ni por nada se humillaban, hablaban de obedecer.

El duque de Mayena añadió:

-Sois, monseñor, por vuestro nacimiento y sabiduría el jefe natural de la santa Unión: Vuestra Alteza nos dirá cuál es la conducta que debemos observar respecto a esos falsos amigos del rey, de que hablamos en este momento.

-Nada más sencillo -respondió el príncipe, con esa especie de exaltación febril que hace las veces de valor en los hombres débiles-; cuando crecen en un campo plantas parásitas y venenosas, que impiden recoger una buena cosecha, es necesario desarraigar esas malignas hierbas. El rey está rodeado, no de amigos, sino de cortesanos que le pierden y que excitan un escándalo continuo en Francia y en la cristiandad.

-Es verdad -dijo el duque de Guisa con voz sombría.

-Y además, esos cortesanos -repuso el cardenal-, nos impiden, a nosotros que somos verdaderos amigos de Su Majestad, el llegar hasta

su persona, como a ello tenemos derecho por nuestros destinos y por nuestro nacimiento.

-Dejemos, pues -dijo de repente el duque de Mayena-, dejemos a los vulgares hermanos, a los de la primera Liga el cuidado de servir a Dios: ellos sirviendo a Dios servirán a los que de Dios les hablan. Hagamos nosotros nuestro negocio: hay hombres que son enemigos nuestros, que nos desprecian, que nos insultan, que faltan constantemente al respeto al príncipe a quien más amamos y que es nuestro jefe.

La frente del duque de Anjou se cubrió de rubor.

-Destruyamos -prosiguió Mayena- destruyamos hasta el último de esa raza maldita, a quien el rey enriquece con los despojos de nuestra fortuna, y encárguese cada uno de nosotros de mandar a uno al otro mundo. Nosotros somos treinta: veamos cuántos son ellos.

-Eso es pensar sabiamente -repuso el duque

de Anjou-, y vos ya tenéis cumplida vuestra tarea, M. de Mayena.

-Lo hecho ya no entra en cuenta -dijo Mayena.

-Preciso es, no obstante, dejarnos a nosotros algo que hacer -dijo d'Entragues-. Yo me encargo de Quelus.

-Yo de Maugiron -dijo Livarot.

-Yo de Schomberg -dijo Ribeirac.

-Bien, bien -replicó el duque de Anjou-, y todavía nos queda a Bussy, a mi valiente Bussy, que se encargará de algunos.

-¿Y nosotros? ¿y nosotros? -gritaron todos los demás circunstantes.

Adelantóse entonces M. de Monsoreau.

-¡Hola! -dijo Chicot, que al ver el giro que iban tomando las cosas había dejado de reír-; aquí viene el montero mayor a reclamar también su parte.

Pero Chicot se engañaba.

-Señores -dijo M. de Monsoreau extendiendo la mano-, reclamo un momento de silencio. Todos somos hombres de resolución, y sin embargo, tenemos miedo de hablarnos francamente; somos inteligentes y no sabemos abandonar ciertos escrúpulos. Señores, tengamos un poco de valor, un poco de decisión, un poco de franqueza. No es de los favoritos del rey Enrique de quien se trata; no es esa la dificultad que es opone a que nos acerquemos a su persona.

-¿Pues cuál es? vamos, despacha -dijo Chicot, abriendo cuanto pudo los ojos y poniéndose en la oreja la mano en forma de embudo, para no perder una palabra de lo que se decía.

-El pensamiento que a todos nos fatiga -continuó M. de Monsoreau-, es el de la imposibilidad, ante la cual retrocedemos. El rey que nos han dado no es aceptable para la nobleza francesa, porque no lo son las letanías, el despotismo, la impotencia y las orgías, la pro-

digalidad para funciones que hacen reír de desdén a toda Europa, la economía para todo lo concerniente a la guerra y a las artes. Esto no es ignorancia, esto no es debilidad: una conducta semejante, señores, no procede sino de locura.

Un fúnebre silencio acogió estas palabras del montero mayor.

La impresión que produjeron fue tanto más profunda, cuanto que cada uno de los concurrentes se decía a sí mismo secretamente lo que M. de Monsoreau había dicho en alta voz, de suerte que todos se estremecieron como si hubieran oído el eco de su propio pensamiento, que de todo punto estaba conforme con el del orador.

M. de Monsoreau, comprendiendo que aquel silencio no procedía sino de un exceso de aprobación, continuó de este modo:

-¿Habremos de vivir bajo el imperio de un rey loco, inerte y entregado al ocio en los ins-

tantes en que España atiza las hogueras, en que Alemania despierta a los viejos herisiarcas, adormecidos en sus sombríos claustros, en que Inglaterra con su inflexible política corta las ideas y las cabezas? Todas las naciones trabajan con gloria en algo; nosotros nos dormimos. Señores, perdonadme que lo diga delante de un gran príncipe a quien disgustará tal vez mi temeridad, porque es de la familia; señores, hace cuatro años que somos gobernados no por un rey, sino por un fraile.

Al concluir estas palabras, la explosión hábilmente preparada y contenida hacía una hora por la circunspección de los jefes, estalló con tanta violencia, que nadie habría reconocido en aquellos energúmenos a los fríos y prudentes calculadores de la precedente escena.

-¡Muera Valois! -gritaron todos-, ¡muera Fr. Enrique! denos por jefe un príncipe de la nobleza, un caballero, un tirano si es preciso, pero no

un cogulla.

-Señores, señores -repuso hipócriticamente el duque de Anjou-, perdonad, yo os lo suplico, perdonad a mi hermano, que se engaña, o por mejor decir, a quien engañan. Dejadme aguardar, señores, que nuestros prudentes consejos y la eficaz intervención del poder de la Liga le hagan entrar por el buen camino.

-Silba, serpiente, silba -murmuró Chicot.

-Monseñor -repuso el duque de Guisa-, Vuestra Alteza ha oído (tal vez algo más pronto de lo que debía, más al fin lo ha oído) la expresión sincera del pensamiento de la asociación. No, no se trata aquí de una liga contra el Bearnés, espantajo de necios; no se trata tampoco de una liga para sostener la Iglesia; pues la Iglesia se sostendrá muy bien por sí sola; se trata de sacar a la nobleza de Francia de la abyección en que se halla. Demasiado tiempo nos ha contenido el respeto que Vuestra Alteza nos

inspira; demasiado tiempo el amor que sabemos profesa Vuestra Alteza a su familia ha encadenado nuestros violentos deseos dentro de los límites del disimulo; ahora ya no existe secreto para vos, monseñor, y Vuestra Alteza va a asistir a la verdadera sesión de la Liga, sesión de que sólo es el preámbulo todo lo que acaba de pasar.

-¿Qué queréis decir, señor duque? -interrogó el príncipe agitado, al mismo tiempo por el temor y por la ambición.

-Monseñor -continuó el duque de Guisa-, nos hemos reunido, como ha dicho juiciosamente el señor montero mayor, no para discutir cuestiones ya bastante ventiladas en teoría, sino para ejecutar nuestros designios y poner en práctica nuestros pensamientos. Hoy escogemos un jefe capaz de honrar y enriquecer a la nobleza de Francia; y como era costumbre entre los antiguos francos, en circunstancias semejan-

tes, hacer al príncipe a quien elegían un presente digno de él, nosotros ofrecemos por presente al príncipe a quien hemos escogido...

Aquí todos los corazones palpitaron, pero con menos fuerza que el del duque de Anjou. Sin embargo, continuó mudo e inmóvil y sólo su palidez mostraba la emoción que lo agitaba.

-Señores -prosiguió el duque de Guisa, tomando de la silla de coro situada detrás de él un objeto bastante pesado, que levantó con las dos manos-, señores, éste es el presente que en nombre de todos ofrezco a los pies del príncipe.

-¡Una corona! -murmuró el duque de Anjou, sin poder apenas sostenerse-, ¡una corona a mí, señores!

-¡Viva Francisco III! -gritó aquella multitud compacta sacando las espadas, y con una voz que hizo retemblar los bóvedas.

-¡Yo, yo! -balbuceó el duque de Anjou, tem-

blando a la vez de alegría y de miedo-. Pero si es imposible; mi hermano vive todavía; mi hermano es el ungido del Señor.

-Le destituimos -repuso el duque de Guisa-, mientras llega la hora de que con su muerte sancione el Señor la elección que acabamos de hacer, o más bien, mientras llega la hora de que alguno de sus vasallos, cansado de un reinado tan sin gloria, mediante el puñal o el veneno, anticipe la justicia de Dios.

-¡Señores -exclamó con voz muy débil el duque de Anjou-, señores!

-Monseñor -repuso entonces el cardenal-, fácil nos es dar respuesta al escrúpulo tan noble que Vuestra Alteza acaba de manifestar; Enrique III era el ungido del Señor, pero nosotros le hemos depuesto; ya no es el elegido de Dios y en su puesto vais a serlo vos, monseñor. Este es un templo tan venerable como el de Reims, pues aquí han reposado las reliquias de Santa

Genoveva, patrona de París, y aquí ha estado también enterrado el cuerpo de Clodoveo, primer rey cristiano. Pues bien, monseñor, en este templo santo, frente a la estatua del verdadero fundador de la monarquía francesa, yo, uno de los príncipes de la Iglesia y que sin loca ambición puedo aspirar a ser un día el jefe, os digo: monseñor, aquí tenemos para suplir a la santa crisma un óleo santo enviado por el Papa Gregorio XIII: monseñor, nombrad vuestro futuro arzobispo de Reims, nombrad vuestro Condestable y en un momento seréis consagrado rey y vuestro hermano Enrique, si no os entrega el trono, será el usurpador. ¡Niño! enciende las luces del altar.

En el mismo instante, el monacillo que sin duda estaba aguardando esta orden, salió de la sacristía con una cerilla en la mano y poco después veinte luces iluminaron el altar y el coro. Viéronse entonces sobre el altar una mitra

refulgente de pedrería y una ancha espada esmaltada de flores de lis: la una era la mitra arzobispal, la otra la espada del condestable.

Entonces, en medio de las tinieblas que apenas habían podido disipar la iluminación del coro, vibraron los acentos del coro, vibraron los acentos del órgano entonando el *Veni Creator*.

Esta especie de peripecia, combinada por los tres príncipes de Lorena, y para la cual el mismo duque de Anjou no estaba preparado, causó una impresión profunda en los concurrentes. Los animosos se exaltaron y los débiles se sintieron fuertes.

El duque de Anjou irguió la cabeza y con paso más seguro y más firme brazo de lo que hubiera podido esperarse marchó directamente al altar, tomó con la mano izquierda la mitra y con la derecha la espada y volviéndose hacia el duque y el cardenal, que sin duda aguardaban

este honor, ciñó la espada al primero y puso la mitra en la cabeza del segundo.

Unánimes aplausos saludaron esta acción decisiva y tanto menos esperada, cuanto que todos conocían el carácter irresoluto del príncipe.

-Señores -dijo el duque de Anjou a los circunstantes-, dad vuestros nombres al señor duque de Mayena, Gran Maestre de Francia: el día 'que me siente en el trono seréis todos caballeros de la Orden.

Redobláronse los aplausos y todos los concurrentes fueron dando sus nombres a M. de Mayena.

-¡Pardiez! -murmuró Chicot-: ¡buena ocasión para conseguir el cordón azul! No encontraré otra semejante: ¡cuánto siento no poder aprovecharla!

-Ahora vamos al altar, señor -exclamó el cardenal de Guisa.

-M. de Monsoreau, coronel de mi guardia -dijo el duque de Anjou-, M. de Ribeirac y d'Entrangues, mis capitanes, M. de Livarot, mi teniente, ocupad en el coro los puestos a que os da derecho el testimonio que a cada uno he encomendado.

Cada uno de los nombrados se dirigió al sitio que en una verdadera ceremonia de consagración la etiqueta le habría señalado.

-Señores -añadió el duque de Aujou dirigiéndose al resto de la asamblea-, me haréis cada uno una petición y yo procuraré que nadie quede descontento.

Entretanto el cardenal había pasado a la sacristía y vestídose los ornamentos pontificales. Acto seguido salió con el óleo santo y le puso sobre la mesa.

Entonces hizo una seña al monacillo, el cual llevó el libro de los Evangelios y la cruz. El cardenal tomó el uno y la otra, puso la cruz sobre

el libro y extendió la mano hacia el duque de Anjou.

El duque de Anjou, poniendo la mano sobre el libro, dijo:

-En presencia de Dios prometo a mi pueblo sostener y honrar nuestra santa religión, como corresponde al rey cristianísimo y al hijo mayor de la Iglesia. ¡Así Dios me ayude y los santos Evangelios!

-Amén -respondieron a una voz todos los circunstantes.

-Amén -repitió el eco en las bóvedas de la iglesia.

El duque de Guisa, que como hemos dicho ejercía las funciones de condestable, subió los tres escalones del altar y depositó su espada en el tabernáculo. El cardenal la bendijo; luego la sacó de la vaina, y tomándola por la hoja se la presentó al rey, el cual la asió por el puño.

-Señor -dijo el cardenal-, tomad esta espada

que se os da con la bendición del Señor, a fin de que con ella y auxiliado por el Espíritu Santo, podáis resistir a todos vuestros enemigos, proteger y defender la santa Iglesia y el reino que os ha sido confiado. Tomad esta espada para que con ella hagáis justicia, protejáis a las viudas y a los huérfanos, y reparéis los desórdenes; a fin de que cubriéndoos de gloria mediante el ejercicio de todas las virtudes, merezcáis reinar con aquél de quien sois imagen en la tierra, y que vive y reina con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.

El duque de Anjou bajó la espada de manera que la punta tocase en el suelo, y después de haberla ofrecido a Dios, la devolvió al duque de Guisa.

El monaguillo llevó un almohadón y le puso delante del duque de Anjou, el cual se arrodilló.

Después el cardenal abrió el cofrecillo de

plata sobredorada, y con la punta de una aguja de oro sacó una partícula de óleo santo y la extendió sobre la patena.

Cogiendo luego la patena con la mano izquierda y levantando ambas manos sobre la cabeza del duque, dijo dos oraciones.

Concluidas éstas, tomó la santa crisma con el dedo pulgar y trazó una cruz en la cabeza del príncipe, diciendo:

- *Ungo te in Regem de oleo sanctificato, in nomine Patris et Filii et Spiritus-Sancti.*

Casi simultáneamente el monacillo limpió la unción con un pañuelo bordado de oro.

Entonces el cardenal tomó con ambas manos la corona y la bajó sobre la cabeza del duque de Anjou, pero sin soltarla. El duque de Guisa y el de Mayena se llegaron uno a cada lado del príncipe y sostuvieron la corona.

El cardenal, teniéndola solamente asida con la mano izquierda, dijo bendiciendo al duque

de Anjou con la derecha:

-"Dios te corone con la corona de gloria y justicia."

Luego, dejándola sobre la cabeza del príncipe, añadió:

-“Recibe esta corona en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo."

El duque de Anjou, pálido y tembloroso sintió el peso de la corona en la cabeza e instintivamente llevó a ella la mano.

Resonó entonces la campanilla agitada por el frailecito, y todos inclinaron la frente al suelo.

Pero en breve se levantaron blandiendo las espadas y gritando:

-¡Viva el rey Francisco III!

-Señor -dijo el cardenal al duque de Anjou-, desde hoy reináis en Francia porque estáis consagrado por el mismo Papa Gregorio XIII, a quien represento.

-Señores -dijo el duque de Anjou levantán-

dose con aire de orgullo y majestad-, no olvidaré jamás los nombres de los treinta nobles que han sido los primeros en considerarme digno de reinar en Francia, y ahora adiós, señores, Dios os tenga en su santa guarda.

El cardenal y el duque de Guisa se inclinaron; pero Chicot, que les veía de perfil, observó que ínterin el duque de Mayena acompañaba al nuevo rey hasta la puerta, los dos príncipes de Lorena se miraron uno a otro y se sonrieron con ironía.

-¡Qué diablo! -murmuró el gascón-, ¿qué significa esto? ¿De qué sirve el juego si todo el mundo hace trampas?

Entretanto el duque de Anjou llegó a la escalera de la cripta y desapareció al instante en las tinieblas de la iglesia subterránea, adonde uno después de otro todos los concurrentes le siguieron, a excepción de los tres hermanos, que volvieron a la sacristía, mientras el portero

apagaba las luces del altar.

El monaguillo cerró la puerta de la cripta y la iglesia quedó iluminada por aquella lámpara, que sola, inextingible, parecía un símbolo desconocido del vulgo y que quería dar a entender a los elegidos la celebración de alguna iniciación secreta.

XXI. CHICOT, CREYENDO TOMAR UNA LECCIÓN DE HISTORIA, TOMO UNA LECCIÓN DE GENEALOGIA

Chicot se puso de pie en su confesonario para extender un poco las piernas, que tenía entumecidas. Pensando que la sesión a que acababa de asistir era la última, y siendo ya las dos de la mañana deseaba poder adoptar cuanto antes sus disposiciones para pasar el resto de la noche.

Grande fue, pues, su admiración, cuando vio que los tres príncipes de Lorena, apenas oyeron el chirrido de la llave en la puerta de la

cripta, salieron de la sacristía, no ya con hábitos de frailes, sino con sus trajes de costumbre.

Al mismo tiempo el monacillo, al verles, soltó una carcajada tan franca y estrepitosa, que Chicot no pudo menos de reírse también, aunque no sabía la causa.

El duque de Mayena se acercó precipitadamente a la escalera y dijo:

-Moderad vuestra risa, hermana, no sea que os oigan, pues hace tan poco que han salido.

-¡Su hermana! -dijo Chicot que iba de sorpresa en sorpresa-: ¿luego es mujer ese frailecillo?

En efecto, el novicio se echó atrás la capucha y descubrió una cabeza de mujer, más hermosa y expresiva que ninguna de las que haya podido pintar nunca Leonardo de Vinci.

Tenía unos ojos negros, brillantes y alegres, pero que cuando dilataban sus pupilas, ensanchaban su disco de azabache y tomaban una

expresión casi terrible a fuerza de ser grave.

A esta perfección uníanse las de una boca pequeña con labios rojos y finos, una nariz de forma rigurosamente correcta, y en fin, una barba redonda que terminaba el óvalo perfecto del semblante, un poco pálido, en el cual resaltaban como dos arcos de ébano dos cejas perfectamente trazadas.

Era esta mujer la hermana de los Guisas, madame de Monpensier, peligrosa sirena, diestra en disimular, bajo el amplio hábito de fraile, la imperfección tan decantada de un hombro que tenía algo más alto que el otro, y la curva poco elegante de la pierna derecha que la hacía cojear un tanto.

Debido a estas imperfecciones, habíase alojado el alma de un demonio en aquél cuerpo, al cual había dado Dios una cabeza de ángel.

Chicot la conoció por haberla visto veinte veces en la corte de la reina Luisa de Vaude-

mont, su prima: la presencia de aquella mujer y la de sus tres hermanos obstinados en permanecer allí cuando todos se habían ya retirado, anunciaban un gran misterio.

-¡Ah, hermano cardenal! -decía la duquesa de Montpensier en un arrebato de risa-, ¡qué santo varón parecéis! ¡y cuán bien habláis de Dios! Me habéis dado miedo, porque al principio creí que tomábais el asunto por lo serio.. . ¡Y el buen duque que se ha dejado untar y coronar! ¡Qué horrible estaba con la corona!

-No importa -repuso el duque de Guisa-, hemos conseguido lo que queríamos, y Francisco no puede ya desdecirse: Monsoreau, que sin duda tiene en esto algún oculto interés, ha llevado las cosas tan lejos, que ahora nos hallamos seguros de que no nos abandonará, como abandonó a la Mole y Cotonnas, en mitad del camino del cadalso.

-¡Oh! -dijo Mayena-, ese es un camino que

no se obliga a emprender con facilidad a príncipes de nuestra estirpe: para nosotros siempre habrá menos que andar desde el convento de Santa Genoveva al Louvre, que desde la Casa de la Villa a la plaza de Gréve.

Chicot comprendió que se habían burlado del duque de Anjou, y como detestaba al príncipe, de buena gana, en pago de esta burla, habría abrazado a los Guisas, exceptuando no obstante a M. de Mayena, y compensando esta falta con un abrazo más a Mme. de Montpensier.

-Trataremos de nuestro negocio, señores -exclamó el cardenal-, ¿está todo bien cerrado?

-¡Oh! yo respondo de ello -dijo la duquesa-; sin embargo, lo veré otra vez.

-No -observó el duque-, debéis estar fatigado, precioso monaguillo.

-No tal; mi destino era demasiado divertido para que me cansara.

-¿Decís, Mayena, que está aquí? -interrogó el duque de Guisa.

-Sí.

-Yo no 1o he visto.

-Ya lo creo; está escondido.

-¿Y en dónde?

-En un confesionario.

Estas palabras vibraron en los oídos de Chicot como las cien mil trompetas del Apocalipsis.

-¿Quién está escondido en un confesionario? -decía-, ¡diablo! que yo sepa no hay nadie más que yo.

-Entonces, lo habrá visto y oído todo - prosiguió el duque de Guisa.

-No importa; ¿no es nuestro?

-Traédmele, Mayena -dijo el duque de Guisa.

Mayena bajó la escalera del coro, titubeó un momento a cuál confesionario se dirigía y después se encaminó en línea recta al que por Chi-

cot se hallaba ocupado.

Chicot, con todo su valor, no pudo impedir el castañeteo de sus dientes mientras Mayena se le aproximaba, ni el sudor frío que de la frente empezó a caerle sobre las manos.

-¿Qué es esto? -dijo entre sí procurando desenredar la espada de entre los pliegues del hábito-. ¡Diablo! no quiero morir como un bellaco metido en este cofre. Salgamos a recibir la muerte, y pues que la ocasión se nos presenta, matémosle antes.

Y habiendo encontrado el puño de la espada, se disponía a realizar este valeroso proyecto, y tenía ya la mano en el cerrojo del confesionario, cuando oyó la voz de la duquesa, que decía:

-No es en ese, Mayena, sino en el otro, a la izquierda, el de en medio.

-¡Ah, es verdad! -dijo M. de Mayena, y bajando la mano que ya tenía extendida para abrir

el confesionario de Chicot, dio media vuelta y se encaminó al de enfrente.

-¡Uff! -dijo el gascón dando un suspiro que le habría envidiado Gorenflot-; ya era tiempo: ¿mas quién diablos está en el otro?

-Salid, maese Nicolás David -dijo Mayena-, ya estamos solos.

-Aquí estoy, monseñor -dijo un hombre saliendo del confesionario.

-¡Hola! -exclamó el gascón-, tú faltabas a la fiesta, maese Nicolás; te he buscado por todas partes sin encontrarte, y al fin te hallo cuando no te buscaba.

-Lo habéis visto y oído todo, ¿no es así? -preguntó el duque de Guisa a Nicolás David.

-No he perdido una palabra, monseñor -rsepondió maese Nicolás-; Vuestra Señoría puede estar seguro de que no olvidaré la más pequeña particularidad de lo que ha ocurrido.

-¿Podéis referir cuanto habéis visto sin omi-

tir nada al enviado de Su Santidad Gregorio XIII? -preguntó de Guisa.

-Todo, punto por punto.

-Perfectamente. Mi hermano Mayena dice que habéis hecho maravillas por nosotros. Veamos: ¿qué es lo que habéis hecho?

El cardenal y la duquesa formaban entonces un solo grupo.

A tres pies de ellos estaba Nicolás David, bajo los fulgores de la lámpara.

-He hecho lo que había prometido -dijo maese Nicolás-, es decir, que he hallado el medio de haceros sentar sin oposición en el trono de Francia.

-¡También ellos! -exclamó Chicot-, pues señor, aquí todo el mundo pretende ser rey de Francia. El último que llegue será el mejor.

El ánimo del valiente Chicot había recobrado su alegría por efecto de tres circunstancias; en primer lugar por haberse librado de una ma-

nera imprevista del inminente peligro que había corrido; en segundo lugar porque estaba descubriendo una gran conspiración; y por último, porque con este descubrimiento se le proporcionaba el medio de perder a sus irreconciliables enemigos, el duque de Mayena y el abogado Nicolás David.

-¡Querido Gorenflot! -dijo luego que reflexionó en todo lo que acabamos de decir-, ¡qué cena te voy a pagar mañana por el alquiler de tu hábito!

-Mas si la usurpación es demasiado manifiesta, abstengámonos de ese medio -exclamó Enrique de Guisa-, porque no quiero tener por enemigos a todos los reyes de la cristiandad que proceden de derecho divino.

-Ya he tenido en cuenta ese escrúpulo de Vuestra Señoría -dijo el abogado saludando al duque y fijando en el triunvirato tranquilas miradas-. No se limita mi habilidad al arte de la

esgrima, como acaso habrán propalado mis enemigos para arrebatarme vuestra confianza; he estudiado también con fruto la teología y las leyes. He consultado, como debe hacerlo un buen casuista y un entendido jurisconsulto, los anales y decretos que robustecen mi aserción en nuestro sistema de sucesión al trono. Ganar la legitimidad es ganarlo todo, monseñor, y he descubierto que vuestras señorías son los herederos legítimos de la corona, y que los Valois no son más que una rama parásita y usurpadora.

La convicción con que Nicolás David pronunció este pequeño exordio excitó la alegría de madame de Montpensier y la curiosidad del duque de Mayena, haciendo al mismo tiempo que se desarrugase casi por completo la frente severa del duque de Guisa.

-Difícil es -dijo éste- que la casa de Lorena, aunque muy ilustre, pretenda tener más dere-

chos que la de Valois.

-Pues no obstante, está probado que los tie-

ne-, repuso maese Nicolás alzándose los hábitos

para sacar un pergamino del bolsillo de sus

anchos calzones, y descubriendo el puño de

una larga tizona.

El duque cogió el pergamino de manos de

Nicolás David.

-¿Qué es esto? -preguntó.

-El árbol genealógico de la casa de Lorena.

-¿Cuyo tronco es?...

-Carlo Magno.

-¡Carlo Magno! -repitieron los tres herma-

nos con incredulidad, si bien con cierta especie

de satisfacción-. Es imposible. El primer duque

de Lorena era contemporáneo de Carlo Magno,

pero se llamaba Raniero, y no tenía el más leve

parentesco con aquél célebre emperador.

-Ya conoceréis, monseñor -dijo Nicolás-,

que no he ido yo a buscar una de esas cuestio-

nes que se terminan con una simple negación y que el primer juez de armas resuelve en un instante. Lo que necesitan vuestras señorías es un buen pleito que dure mucho tiempo, que llame la atención del Parlamento y del pueblo, y durante el cual se pueda conquistar, no al pueblo, porque es de vuestras señorías, sino al Parlamento. Ahora bien, esto es precisamente lo que yo he procurado.

-Raniero, primer duque de Lorena, contemporáneo de Carlo Magno.

Gilberto, su hijo contemporáneo de Ludovico Pío.

Enrique, su hijo, contemporáneo de Carlos el Calvo.

-Pero. . . -interrumpió el duque de Guisa.

-Un poco de paciencia, monseñor, a eso voy... Poned atención. Bona...

-Sí -dijo el duque-, hija de Ricino, segundo hijo de Raniero.

-Bien -prosiguió el abogado-; ¿y con quién se casó?

-¿Bona?

-Sí.

-Con Carlos de Lorena, hijo de Luis IV, rey de Francia.

-Con Carlos de Lorena, hijo de Luis IV, rey de Francia -repitió David-; ahora agregad, y hermano de Lotario, despojado de la corona de Francia por el usurpador Hugo Capeto.

-¡Oh! -exclamaron el duque de Mayena y el cardenal.

-Proseguid -dijo Enrique de Guisa-, empiezo a ver alguna claridad en ese negocio.

-Ahora bien -continuó el abogado-, Carlos de Lorena heredaba el trono de su hermano Lotario al extinguirse la raza de éste, y como se extinguió, resulta que vuestras señorías son los únicos y legítimos herederos de la corona de Francia.

-¡Pardiez! -murmuró Chicot-, este animal es más venenoso de lo que yo creía.

-¿Qué decís a eso, hermano? -preguntaron a un mismo tiempo el cardenal y el duque de Mayena.

-Digo -contestó el duque de Guisa-, que por desgracia existe en Francia una ley, que se llama la ley Sálica, y que destruye todas nuestras pretensiones.

-Aquí aguardaba yo a Vueseñoría -exclamó Nicolás David con el tono de la vanidad satisfecha-; ¿cuál es el primer ejemplo de la ley Sálica?

-El advenimiento al trono de Felipe de Valois, en perjuicio de Eduardo de Inglaterra.

-¿Cuál es la fecha de ése advenimiento?

El duque de Guisa recapacitó un momento.

-Mil trescientos veintiocho -dijo sin titubear el cardenal.

-Es decir -continuó maese Nicolás-, 341 años después de la usurpación de Hugo Capeto, y

240 después de la extinción de la estirpe de Lotario. Así, pues, cuando se introdujo la ley Sálica ya hacía 240 años que vuestros antepasados tenían derecho a la corona y sabido es que ninguna ley tiene efecto retroactivo.

-Sois muy diestro, maese Nicolás -dijo el duque de Guisa contemplando al abogado con cierta especie dé admiración a que no dejaba de agregarse un poco de desprecio.

-Eso es muy ingenioso -dijo el cardenal.

-Es muy bueno -repuso Mayena.

-Es admirable -añadió la duquesa-; ya soy princesa real; no tomaré por marido menos de un emperador de Alemania.

-¡Dios mío! -dijo Chicot-, tan sólo una súplica te hago: *Nec nos inducas in tentationeni et libera nos ab avocatibus.*

A pesar del entusiasmo general el duque de Guisa quedóse pensativo. Por último exclamó:

-¡Y ha de necesitar tales subterfugios un

hombre como yo! ¡Conque es decir que los pueblos, antes de obedecer, examinan pergaminos como éste, en lugar de leer la nobleza de un hombre en las chispas que despiden sus ojos o su espada!

-Tenéis razón, Enrique -observó el cardenal-, tenéis no una sino mil razones, y si los pueblos se contentasen con mirar el rostro, vos seríais rey entre los reyes, pues los demás príncipes parecen pueblo a vuestro lado. Mas para subir al trono, lo principal es un buen pleito, como ha dicho maese Nicolás David, y después que subamos, como vos mismo habéis dicho, debe tratarse de que el blasón de nuestra casa no sea inferior a ninguno de los que ostentan los demás tronos de Europa.

-Entonces esa genealogía es buena -dijo dando un suspiro Enrique de Guisa-. Maese Nicolás David, aquí tenéis los doscientos escudos de oro que me ha pedido para vos mi her-

mano Mayena.

-Y aquí tenéis otros doscientos -dijo el cardenal al abogado, cuyos ojos chispeaban mientras con codicioso afán se guardaba el oro en los profundos bolsillos de sus calzones-; aquí tenéis otros doscientos por la nueva comisión que vamos a encomendaron.

-Hablad, monseñor, a las órdenes de Vuestra Eminencia.

-No podemos encargaron que llevéis vos mismo esa genealogía a Roma para entregársela a nuestro Santo Padre Gregorio XIII, cuya aprobación necesita; pues sois de inferior clase y no se os abrirán las puertas del Vaticano.

-¡Ah! -dijo Nicolás David-, tengo gran corazón, es cierto, pero soy de pobre linaje. ¡Si al menos fuera hidalgo!

-¡Quieres callar, truhán! -exclamó Chicot.

-Pero sois plebeyo -observó el cardenal-, y es una desgracia. Nos vemos, pues, obligados a

valernos para esta comisión de Pedro de Gondy.

-Permitid, hermano -dijo la duquesa poniéndose seria-; los Gondy son personas de talento, evidentemente, pero no tenemos ninguna garantía de su fidelidad. Su ambición sola nos responde de ellos y lo mismo pueden satisfacer su ambición con el rey Enrique que con la casa de Guisa.

-Tiene razón mi hermana, Luis -dijo el duque de Mayena con su brutalidad habitual-, no podemos fiarnos de Pedro de Gondy como nos fiamos de Nicolás David, que es nuestro y a quien podríamos hacer ahorcar cuando quisiéramos.

Esta franqueza del duque, lanzada a quemarropa sobre el abogado, produjo en el desventurado legista el más extraño efecto, pues soltó una carcajada convulsiva que denotaba lo inmenso de su miedo.

-Mi hermano Carlos se bromea -dijo Enrique de Guisa a Nicolás-; ya sabemos que sois fiel, y de ello nos habéis dado pruebas en muchas ocasiones.

-Y especialmente en aquella en que yo fui la víctima- murmuró Chicot, amenazando desde su escondrijo a su enemigo, o por mejor decir a sus dos enemigos.

-Tranquilizaos, Carlos, tranquilizaos, Catalina -agregó Enrique-; tengo adoptadas de antemano todas las precauciones. Pedro de Gondy llevará esa genealogía a Roma, pero confundida entre otros papeles y sin saber lo que lleva, y el Papa la aprobará o no, sin que Gondy sospeche nada. Vos, Nicolás David, saldréis al mismo tiempo que él y le aguardaréis en Chalons, en Lyon o en Avignon, según los avisos que de nosotros recibáis. De este modo vos solo sabréis el verdadero secreto de la empresa: ya veis que sois nuestro único confidente.

David hizo una reverencia.

-Ya sabes con qué condición, querido amigo -murmuró Chicot-, con la de ser ahorcado si das algún paso fuera del camino que a ellos les convenga, mas no tengan cuidado; yo te juro por Santa Genoveva, aquí presente en estatua de yeso, de mármol o de madera, y tal vez en esqueleto, que el suplicio que yo te preparo es el que tienes más cerca de los dos que te amenazan.

Los tres príncipes se estrecharon la mano y abrazaron a su hermana la duquesa, que acababa de traerles los hábitos de fraile dejados en la sacristía; madame do Montpensier, luego de haber ayudado a sus hermanos a ponerse sus disfraces, se bajó la capucha hasta los ojos, marchó delante hasta el pórtico, donde esperaba el portero, y desapareció seguida de los príncipes y de Nicolás David, cuyos escudos de oro a cada paso que daba resonaban en su bolsillo.

Cuando todos se hubieron retirado, el portero echó los cerrojos, y entrando después en la iglesia, apagó la lámpara del coro. Una obscuridad completa invadió entonces la capilla, y renovó el misterioso terror que más de una vez había erizado los cabellos de Chicot.

El gascón oyó el ruido que las sandalias del fraile hacían en las losas; después este ruido fue disminuyendo, y por último se extinguió por completo.

-Bueno -dijo Chicot-, parece que todo se ha concluido; los tres actos están terminados y los actores se han ido a descansar. Procuremos seguirles, pues ya es mucha comedia ésta para una sola noche.

Y abandonando la idea de esperar el día en la iglesia, por temor de que volvieran a abrirse las tumbas y a habitarse los confesonarios, descorrió el cerrojo del suyo, empujó la puerta con cuidado y sacó los pies fuera.

Mientras la revista que pasaron el portero y el monaguillo a todos los rincones de la iglesia, había Chicot observado arrimada a la pared una escalera, que sin duda servía para poder limpiar subido en ella los vidrios de colores de las ventanas. No quiso, pues, perder tiempo, y con las manos extendidas hacia adelante y echando el paso con precaución, logró llegar al ángulo donde la escalera estaba, y tomándola la puso debajo de la ventana que más a propósito le pareció para evadirse.

Al resplandor de la luna le pareció que se había engañado en su cálculo, pues la ventana caía al cementerio del convento, cuyas tapias lindaban con la calle de Bordelle.

Abrió la ventana, púsose sobre ella a caballo, y trayendo así la escalera con la fuerza y destreza que dan casi siempre la alegría o el miedo, la hizo pasar a la parte de afuera.

Luego que bajó al cementerio, la ocultó en-

tre unos árboles que crecían cerca de la pared, y llegando a la tapia que le separaba de la calle, la saltó, no sin dejar caer detrás de sí algunas piedras.

Una vez en la calle respiró con toda su fuerza.

Acababa de salir, sin más que algunos rasguños, de un avispero, en donde más de una vez había creído perder la vida.

Luego que sintió que el aire entraba más libremente en sus pulmones, echó a correr hacia la calle de Santiago, y no se detuvo hasta llegar a la hostería del *Cuerno de la Abundancia,* adonde llamó inmediatamente y sin titubear.

Maese Claudio Bonhomet llegó en persona a abrir la puerta. Era maese Claudio hombre que sabía que toda incomodidad se paga, y contaba para hacer su fortuna mejor con las incomodidades extraordinarias que con las ordinarias.

A la primera ojeada reconoció a Chicot,

aunque le había visto salir en traje de caballero

y le veía en hábito de fraile.

-¡Ah! ¿sois vos, señor hidalgo? -exclamó-;

bien venido.

Chicot le dio un escudo y le preguntó:

-¿Y el P. Gorenflot?

El posadero se sonrió, avanzó hasta la puer-

ta del gabinete, lo abrió y dijo:

-Miradle.

El P. Gorenflot continuaba roncando en el

mismo sitio donde Chicot le había dejado.

-¡Vive Dios, respetable amigo -dijo-, que

acabas de tener un sueño terrible sin tú saberlo!

XXII. LOS SEÑORES DE SAN LUCAS, VIA-JANDO JUNTOS, SE ENCUENTRAN CON UN COMPAÑERO DE VIAJE

A la mañana siguiente y a la hora en que el

P. Gorenflot se despertaba vestido y abrigado

con su hábito, si el lector hubiese recorrido el

camino de París a Angers, habría podido ver entre Chartres y Nogent dos personas, un hidalgo y su paje, cuyas pacíficas cabalgaduras marchaban estrechamente unidas, acariciándose con las cabezas y hablándose con relinchos como honrados animales, que no por estar privados del don de la palabra dejaban de tener medios para comunicarse sus pensamientos.

A la misma hora, próximamente, del día anterior, habían llegado nuestros caballeros a Chartres en dos caballos fatigados y arrojando espuma por la boca, uno de los cuales había caído en la misma plaza de la Catedral; y como a la sazón iban los fieles a misa, y había por lo tanto gran concurrencia, no dejó de ser espectáculo interesante para los vecinos de Chartres el de aquel corcel expirando de cansancio y cuyos dueños hacían de él tan poco caso como si fuera un innoble rocín.

Algunos observaron (porque los vecinos de

Chartres han sido en todos tiempos muy observadores) que el más alto de los dos caballeros llamó a un honrado muchacho, el cual, mediante un escudo que recibió, les guió a una posada inmediata, por cuya puerta trasera, que daba al campo, volvieron a salir los viajeros media hora después en caballos de refresco y con un color en las mejillas, que anunciaba que habían bebido vino caliente.

Una vez en el campo, todavía desnudo y frío, pero matizado acá v allá por azulados colores, precursores de la primavera, el más alto de los dos caballeros se aproximó al más pequeño y le dijo, abriendo los brazos:

-Querida esposa, abrázame con confianza, pues a estas horas nada tenemos qué temer.

Entonces madame de San Lucas -pues era ella- se inclinó con gracia, abriendo el espeso manto con que iba cubierta y apoyando los brazos en los hombros del joven, en cuya postura y

sin cesar de mirarle con deleite, le dio el tierno y cariñoso beso que reclamaba.

De esta confianza que San Lucas inspiró a su mujer, y quizá del beso dado por ella a su marido, resultó que aquel día se detuvieron en un mesón de la aldea de Courville, situada a cuatro leguas tan sólo de Chartres, el cual por su soledad, por sus dobles puertas y por otra multitud de ventajas, ofrecía a los dos esposos amantes todas las garantías apetecibles de seguridad.

Allí permanecieron todo el día y toda la noche misteriosamente ocultos en su aposento, donde después de haberse hecho servir el almuerzo, se encerraron dando orden al mesonero, en atención a lo largo del camino que habían andado y a lo fatigados que se encontraban, de que no les llamase hasta el día siguiente al amanecer, orden que fue puntualmente cumplida.

Al amanecer se pusieron en camino y como aquel día estaban más tranquilos que la víspera, caminaban no como fugitivos, ni tampoco como enamorados, sino como estudiantes que se separan a cada paso del camino para subir alguna cuesta y mostrarse uno a otro desde su cima como una estatua ecuestre sobre su caballo; que destrozan los primeros botones de las plantas; que buscan el primer musgo; que cogen las primeras flores, centinelas de las primaveras, y que admiran gozosos el reflejo de un rayo de sol sobre el plumaje de un ánade o el veloz paso de una liebre en la llanura.

-¡Pardiez! -exclamó San Lucas-, ¡qué felicidad es ser libre! ¿Te has visto tú en libertad alguna vez, Juana?

-Yo -repuso la joven con alegre acento-, jamás, esta es la primera vez que salgo al campo y respiro el aire libre. Mi padre era muy receloso y mi madre muy casera: no me dejaba salir

sino acompañada de una dueña, dos doncellas y un lacayo, de modo que no recuerdo haber corrido por el campo desde que siendo niña jugaba en los bosques de Meridor con mi querida Diana, desafiándola a correr y corriendo hasta que una a otra nos perdíamos de vista. Entonces nos deteníamos conmovidas al ruido de alguna cierva, de algún gamo o cervatillo, que espantado al vernos se lanzaba fuera de su cueva. Pero tú, querido San Lucas, tú al menos eras libre.

-¿Yo libre?

-Sin duda; un hombre...

-¿Y qué importa? Nunca he tenido libertad alguna. Educado al lado de Enrique cuando era duque de Anjou, llevado por él a Polonia, traído por él a París, condenado por las eternas reglas de la etiqueta a no separarme de él, perseguido cuando de él me separaba por la voz plañidera que me decía: "San Lucas, amigo mío,

yo me aburro, ven a aburrirte conmigo." no he tenido un instante mío; y aquel corsé que me prensaba el estómago, y aquella gorguera almidonada que me desollaba la garganta, y mis cabellos engomados que con la humedad se adherían unos a otros y con el polvo se ensuciaban, y aquel birretillo, en fin, prendido en la cabeza con alfileres... ¡Oh, no, no querida Juana, creo que todavía era yo menos libre que tú! Así ya ves cómo me aprovecho de la libertad, ¡qué ventura! yo no sé cómo hay quien se prive de ella pudiendo gozarla.

-¿Y si nos atrapan, San Lucas? -dijo la joven mirando atrás con inquietud-, ¿y si nos encierran en la Bastilla?

-Si nos encierran juntos, querida Tuanita, no nos irá del todo mal. Me parece que todo el día de ayer hemos estado encerrados lo mismo que si hubiésemos sido presos de consideración, y no hemos echado nada de menos.

-San Lucas, no te fíes -repuso Juana con maliciosa y alegre sonrisa-, si nos atrapan, no creo que nos encierren juntos.

Y la linda joven se ruborizó al pensar lo mucho que había dado a entender en lo poco que había dicho.

-Entonces vamos adonde estemos bien ocultos -dijo San Lucas.

-No temas -contestó Juana-, en cuanto a eso nada tenemos que temer. Si supieses lo que es Meridor... Si hubieses visto sus grandes encinas, que parecen columnas de un templo que tiene por bóveda el cielo, y sus alamedas sin fin, y sus perezosos riachuelos que corren en estío bajo umbrosos arcos de verde follaje, y en invierno sobre alfombras de hojas secas, y sus grandes estanques, y sus campos de trigo, y sus jardines de flores, y sus prados sin límites, y sus torrecillas de donde se escapan millares de palomas arrullándose y revoloteando incesan-

temente como abejas alrededor de una colme-
na... y presidiendo a todo la reina de ese pe-
queño reino, la encantadora de esos jardines de
Armida, la bella, la amable, la incomparable
Diana, un corazón de diamante en una caja de
oro:- tú la amarás, San Lucas.
-La amo ya, porque es tu amiga.
-¡Oh! estoy bien segura de que ella me ama
aún, y me amará siempre. ¡No es Diana de las
que varían caprichosamente de amigas! Figúra-
te qué vida tan feliz vamos a pasar en ese nido
de flores y de musgo, que va a reverdecer con la
primavera; Diana ha tomado la dirección de la
casa de su padre: tenemos que preocuparnos
del buen barón; es un guerrero del tiempo de
Francisco I, anciano débil e inofensivo tanto
como en otro tiempo ha sido fuerte y valeroso,
que no tiene otro recuerdo de lo pasado que el
del vencedor de Mariñán y vencido de Pavía, ni
más esperanza en el porvenir que la que ha

puesto en su amada Diana.

Podemos vivir en Meridor sin que él lo sepa ni llegue a sospecharlo nunca; y si lo sabe, seremos bien recibidos con sólo dejarle decir que su Diana es la doncella más hermosa del mundo, y Francisco I el mejor capitán de todos los siglos.

-¡Magnífico! -dijo San Lucas-; pero adivino grandes disputas.

-¿Cómo?

-Entre el barón y yo.

-¿Por qué? ¿Por Francisco I?

-No, le concederé cuanto quiera de Francisco I; mas en cuanto a la más hermosa del mundo...

-Yo no entro en cuenta, pues soy tu mujer.

-Es cierto -dijo San Lucas.

-Calcula tú qué existencia tan envidiable va a ser la nuestra -prosiguió Juana-. Por la mañana saldremos al bosque por la puerta del pabe-

llón, que sin duda será la habitación que nos den: ya conozco ese pabellón: tiene dos torrecillas unidas por un cuerpo de edificio construido en tiempo de Luis XII; la arquitectura es soberbia; ya verás cómo te gusta. Tiene también ventanas: desde una se descubren los inmensos bosques, que a la vista parecen interminables, entre cuyos árboles se ve a lo lejos pacer algún Ramo o cervatillo que alza la cabeza al menor ruido; desde la otra, que se halla al lado opuesto, se divisan doradas llanuras y aldeas de rojos tejados y blancas paredes, situadas a orillas del Loira, cuyas cristalinas aguas se cubren de barquichuelos.

Luego, a tres leguas de Meridor tenemos un lago con su barca; tendremos igualmente perros y caballos con los cuales cazaremos en los bosques mientras el anciano barón, ïgnorando que semejantes huéspedes tiene en su casa, dirá al oír los ladridos: "Diana, escucha, no parece sino

que Astrea y Flegetón están cazando." Y Diana contestará: "Si cazan, querido padre, dejadles que cacen."

-Apresurémonos, Juana -dijo San Lucas-; ya quisiera estar en Meridor.

Y ambos espolearon los caballos v galoparon por espacio de dos o tres leguas, hasta que los caballos fueron aflojando espontáneamente el paso como para dar tiempo a sus amos para reanudar la conversación interrumpida, o corrigiesen un beso mal dado.

De este modo llegaron a Mans, donde tranquilos ambos, permanecieron un día que fue otro de los días venturosos en el feliz camino que seguían, y a la mañana siguiente penetraron en los bosques arenosos que en aquella época se extendían desde Guécelard a Ecomoy, firmemente resueltos a llegar aquella misma noche a Meridor.

Creía San Lucas que en Meridor estaría libre

de todo peligro, pues conocía el carácter, unas veces enérgico y otras perezoso, del rey, y sabía que según la disposición del ánimo en que se encontrara, así podría haber enviado veinte correos y cien guardias detrás de ellos con orden de conducirlos a París muertos o vivos, como haberse contentado con sacar los brazos fuera de la cama un poco más que de costumbre y dar un gran suspiro diciendo:

-¡Oh, traidor San Lucas! ¡que no te haya conocido antes!

Ahora bien, como no habían sido alcanzados por ningún correo ni visto ningún guardia, era probable que el rey Enrique III, en vez de encontrarse en sus momentos de energía, se hubiese hallado cuando partió San Lucas en sus momentos de pereza.

Esto pensaba San Lucas dirigiendo de vez en cuando sus miradas al camino que iban dejando atrás, en el cual a nadie que pudiese in-

fundir temores veía.

-Perfectamente -dijo-, la tempestad habrá descargado sobre el pobre Chicot, que a pesar de su locura, o tal vez por lo mismo que es un loco, me ha dado tan buen consejo. La única pena que le impondrán será algún anagrama más o menos ingenioso.

Y San Lucas recordaba un anagrama terrible que Chicot había hecho con su nombre cuando disfrutaba del favor del rey.

De pronto sintió la mano de su mujer que se apoyaba en su brazo, y este movimiento, que no era una caricia, le hizo estremecer.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

-Mira -dijo Juana.

San Lucas se volvió y vio a lo lejos un caballero que llevaba el mismo camino que ellos, y que parecía apretar el paso de su caballo.

Aquel caballero se hallaba en lo alto del camino y destacándose su cuerpo vigorosamente

sobre el mate azul del cielo, por un efecto de perspectiva que nuestros lectores habrán observado alguna vez, parecía en aquella posición más alto que lo que naturalmente era.

Esta coincidencia fue de mal agüero para San Lucas, ya a causa de la disposición de su ánimo, a quien la realidad parecía querer desmentir, ya porque a pesar de la calma que afectaba, temía algún capricho del rey Enrique.

-Sí, en efecto -dijo poniéndose pálido-, allá arriba veo a un hombre a caballo.

-Huyamos -exclamó Juana, aplicando la espuela al suyo.

-No tal -dijo San Lucas, a quien el temor no podía quitar la serenidad-, ese caballero viene solo, a lo que se ve, y delante de un hombre solo no debemos huir: apartémonos un poco y dejémosle pasar; luego que pase continuaremos nuestro camino.

-¿Y si se detiene?

-Si se detiene veremos quién es, y según quien sea, así haremos.

-Tienes razón -repuso Juana-, y yo no debo temer, pues mi San Lucas está aquí para defenderme.

-Sin embargo, huyamos -dijo San Lucas, luego de haber mirado de nuevo al desconocido, el cual al divisarles había puesto el caballo al galope-, huyamos porque diviso una pluma en aquel sombrero y bajo aquel sombrero una gorguera que me dan mucho en qué pensar.

-¿Y cómo pueden causar recelo una pluma y una gorguera? -preguntó Juana, dejándose llevar por su esposo, que había tomado su caballo por la brida y aceleraba el paso para ganar el bosque,

-Porque la pluma es de un color que actualmente es muy de moda en la corte, y la gorguera es también de forma moderna; y esas plumas son muy caras de teñir, y esas gor-

gueras muy costosas de almidonar, para que el que las lleva sea algún gentilhombre de Mans. Apretemos el paso, Juana, porque ese caballero me parece mensajero del rey, mi augusto amo.

Pero el correr por el camino que habían tomado era cosa bastante difícil, pues los abetos del bosque estaban tan espesos, que formaban una verdadera muralla de ramas, sin contar con que los caballos se hundían hasta los pechos en aquel terreno arenoso.

Mientras tanto, el caballero se iba acercando: oíase el ligero galope de su caballo, cuyas pisadas resonaban con fuerza en la pendiente por donde bajaba.

-¡Jesús, señor! -exclamó Juana-, a nosotros es a quienes busca.

-¡Pardiez! -exclamó San Lucas deteniéndose-, si nos busca, veamos qué nos quiere, pues echando pie a tierra, por fuerza nos ha de alcanzar.

-Se ha detenido -dijo la joven.

-Y se apena -agregó San Lucas-, y entra en el bosque. ¡Voto a tal! Aunque sea el diablo en persona le he de salir al encuentro.

-Espera -dijo Juana-, espera, creo que nos llama.

En efecto, el desconocido, después de haber atado su caballo a un árbol, entraba en el bosque gritando:

-¡Eh, caballero, caballero! ¡no corráis, con mil demonios! Os traigo una cosa que habéis perdido.

-¡Pardiez! -exclamó San Lucas-, dice que hemos perdido una cosa.

-¡Eh! ¡señor gentilhombre! ¡caballerito! -prosiguió el desconocido-, habéis olvidado vuestro brazalete en la hostería de Courville. ¡Qué diablo! no se pierde así como quiera un retrato de mujer, y mucho menos el de la respetable madame de Cossé. Por amor de esa buena

señora no me hagáis correr más.

-¡Yo conozco esta voz! -dijo San Lucas.

-Habla de mi madre -dijo Juana.

-¿Habéis perdido algún brazalete, querida?

-Sí, hasta esta mañana no lo he advertido, y no recordé dónde podía haberlo dejado.

-¡Si es Bussy! -gritó San Lucas.

-¿El conde de Bussy? -repitió Juana conmovida-, ¿nuestro amigo?

-Justamente, nuestro amigo -dijo San Lucas, saliendo al encuentro de Bussy con la misma prisa que antes se había dado para huir de él.

-¡San Lucas, bien decía yo! -dijo Bussy con voz vibrante y alegre al llegar junto a los dos esposos-. Buenos días, señora -añadió riéndose y presentando a Juana el brazalete que efectivamente había olvidado en la hostería de Courville.

-¿Venís a prendernos de parte del rey, M. de Bussy? -preguntó Juana sonriéndose.

-¿Yo? No a fe; no soy tan amigo de Su Majestad para que se me den comisiones de confianza. Encontré vuestro brazalete en Courville, y esto me indicó que veníais delante: entonces apreté el paso, os vi, sospeché que seríais vos y vuestro marido, y os perseguí sin querer atemorizaros por eso.

-Así pues -dijo San Lucas, que todavía abrigaba alguna sospecha-, el acaso y nada más es el que os trae por el mismo camino que nosotros.

-El acaso -respondió Bussy-, y ahora que os he encontrado añadiré que la Providencia.

Y todas las dudas que hasta entonces habían quedado en el ánimo de San Lucas se disiparon ante la mirada brillante y la franca sonrisa del gallardo caballero.

-¿Conque vais de viaje? -dijo Juana.

-Sí, señora -dijo Bussy volviendo a montar a caballo.

-Mas no como nosotros.

-No, por desgracia.

-Quiero decir, que no por tener necesidad

de huir.

-¡Pardiez! Poco falta para eso.

-¿Y adónde vais?

-Voy hacia Angers: ¿y vos?

-Nosotros también.

-Ya estoy; Brissac está a diez leguas de aquí,

entre Angers y Saumur, y vais a refugiaros a la

casa paterna, como palomas perseguidas; eso es

delicioso y envidiaría vuestra felicidad, si la

envidia no fuera de almas viles.

-Casaos, pues, M. de Bussy -dijo Juana con

una mirada de gratitud-, casaos y seréis tan

feliz como nosotros; es cosa fácil os lo aseguro,

conseguir la dicha cuando hay amor.

Y miró a San Lucas sonriéndose como para

apelar a su testimonio.

-Señora -dijo Bussy-, desconfío de esa dicha;

no todos tienen la ventaja de casarse como vos con privilegio del rey.

-¡Que vos digáis eso, vos que sois amado en todas partes!

-El que es amado en todas partes, señora -dijo Bussy con una sonrisa-, es como si no le amasen en ninguna.

-Pues bien -dijo Juana dirigiendo una mirada de inteligencia a su marido-, yo os casaré. Esto en primer lugar devolverá la calma a muchos maridos celosos que yo conozco, y en segundo os asegurará la dicha, cuya existencia negáis.

-No niego que la dicha exista, señora -repuso Bussy suspirando-, niego solamente que esa dicha se haya hecho para mí.

-¿Queréis que os case? -insistió madame de San Lucas.

-Si me casáis a vuestro gusto, no; si me casáis al mío, sí.

-Decís eso como hombre decidido a quedar-
se soltero.
-Probablemente.
-¡Pues qué! ¿estáis enamorado de alguna
mujer con quien no os podéis casar?
-Conde, por favor -dijo Bussy-, suplicad a
vuestra esposa que no me clave mil puñales en
el corazón.
-¡Ah! cuidado, Bussy, vais a hacerme creer
que estáis enamorado de Juana.
-En este caso confesaréis al menos que soy
un amante muy delicado v que los maridos
hacen muy mal en tener celos de mí.
-Es cierto -dijo San Lucas, recordando que
fue Bussy quien le llevó su mujer al Louvre-.
Mas no importa, confesad que habéis dado
vuestro corazón.
-Lo confieso -repuso Bussy.
-¿Por amor o por capricho? -preguntó Jua-
na.

-Por pasión, señora.

-Yo os curaré.

-No lo creo.

-Os casaré.

-Lo dudo.

-Y os haré tan dichoso como merecéis.

-¡Ah, señora! Mi única dicha es ahora el ser desdichado.

-Soy pertinaz, os lo advierto -dijo Juana.

-Y yo también -contestó Bussy.

-Conde, cederéis.

-Señora -dijo el conde-, caminemos como buenos amigos. Salgamos primero de este arenal, si os parece, y luego veremos de pasar la noche en aquella bonita aldea que brilla allá abajo herida por los rayos del sol.

-En esa o en cualquier otra.

-Poco me importa.

-Siendo así nos acompañaréis.

-Hasta donde yo voy, si no tenéis de ello in-

conveniente.

-Ninguno, al contrario; mas lo mejor será que os vengáis con nosotros adonde vamos.

-¿Y adónde vais?

-Al castillo de Meridor.

Agolpóse la sangre al rostro de Bussy, y refluyendo después al corazón, se quedó el pobre caballero tan pálido, que en aquel momento habría sido descubierto su secreto, si Juana no hubiese dirigido una mirada y una sonrisa a su esposo.

Bussy, mientras los dos esposos, o más bien los dos amantes, se hablaban con los ojos, tuvo tiempo para serenarse y devolver malicia por malicia a la joven; sólo que la malicia de Bussy estribaba únicamente en no descubrir sus intenciones.

-¡Al castillo de Meridor, señora! -dijo cuando hubo recobrado un poco el imperio que tenía sobre sí mismo-. ¿Qué castillo es ese?

-Es la posesión de una íntima amiga mía -repuso Juana. -¿De una, íntima amiga vuestra?

...

Y... ¿reside en su posesión?

-Sin duda -contestó madame de San Lucas-, que ignoraba completamente los sucesos acaecidos en Meridor de dos meses a aquella fecha-: ¿no habéis oído hablar nunca del barón de Meridor, uno de los más ricos barones de Anjou y. . . ?

-¿Y qué? -dijo Bussy viendo que Juana se interrumpía.

-Y de su hija Diana de Meridor, la más hermosa doncella que ha nacido jamás de baronesa.

-No, señora -dijo Bussy casi sofocado por la emoción.

Y mientras Juana volvía a mirar a su esposo con singular expresión, el gallardo caballero pensaba en la felicidad inesperada y extraña de

haber encontrado en aquel camino personas que le hablasen de Diana de Meridor, y cuyas palabras formasen eco con el solo pensamiento que agitaba su corazón.

-¿Le habrían sorprendido su secreto? No era probable. ¿Le tenderían algún lazo? Era imposible, pues San Lucas no se hallaba ya en París cuando él había entrado en casa de madame de Monsoreau y sabido que ésta se llamaba Diana de Meridor.

-¿Está muy lejos aún ese castillo, señora? -preguntó.

-Siete leguas, según creo, y aun apostaría a que vamos a dormir allí esta noche, en vez de quedarnos en esa aldea que decís que reluce a los rayos del sol, en la cual no descansaría con tanta confianza. Vendréis con nosotros. ¿No es cierto?

-Sí, señora.

-Vamos, éste es ya un paso hacia la felicidad

que os preparo.

Bussy saludó y siguió marchando al lado de los dos jóvenes esposos, los cuales, por las atenciones que le debían, tuvieron gran satisfacción en que les acompañase. Todos guardaron silencio algún tiempo. Por último, Bussy, que tenía muchas cosas que saber, se aventuró a preguntar; éste era privilegio de su posición y a usarlo estaba el joven decidido.

-Y ese barón de Meridor, del cual decís que es el más rico de Anjou, ¿qué clase de hombre es?

-Un perfecto caballero, un campeón de los antiguos tiempos, hombre que si hubiese vivido en tiempo del Rey Arturo, habría indudablemente ocupado un lugar entre los caballeros de la Tabla Redonda.

-¿Y con quién ha casado a su hija? -preguntó Bussy comprimiendo los músculos del semblante y disimulando la emoción de la

voz.

-¿Ha casado a su hija?

-Lo pregunto.

-¿Diana casada?

-¿Qué tendría de extraño?

-Nada; mas Diana no se ha casado, pues yo habría sido la primera que hubiera tenido noticia de su matrimonio.

El corazón de Bussy palpitó con violencia, v lanzó un suspiro doloroso. El joven continuó con voz ahogada:

-Entonces la señorita de Meridor estará en el castillo con su padre.

-Así lo creemos tenemos esa esperanza - repuso San Lucas con marcada intención, y mirando a su mujer para darle a entender que había comprendido su idea y que se asociaba a sus proyectos.

Hubo otro rato de silencio, durante el cual cada uno siguió abismado en sus propios pen-

samientos. De repente exclamó Juana alzándose sobre los estribos:

-¡Ah! va veo las torrecillas del castillo. Mirad, M. de Bussy, en medio de esos grandes árboles sin hojas, pero que dentro de un mes estarán tan hermosos, ¿no veis el tejado de pizarra?

-Sí es cierto -dijo Bussy con una turbación de que él mismo se admiraba, pues su valiente corazón hasta entonces no había sentido esta clase de emociones-. ¿Ese es el castillo de Meridor?

Y al aspecto de aquel país tan hermoso v tan fértil, a pesar de la desnudez de la Naturaleza; al aspecto de aquella mansión feudal, por efecto de una reacción del pensamiento, recordó a la pobre prisionera, envuelta entre las brumas de París y encerrada en una estrecha habitación de la calle de San Antonio.

Suspiró nuevamente, pero aquel suspiro no

fue doloroso, pues madame de San Lucas, a fuerza de prometerle la felicidad, le acababa, de dar alguna esperanza.

XXIII. EL ANCIANO HUÉRFANO

No se había engañado madame de San Lucas: dos horas después se encontraban nuestros viajeros enfrente del castillo de Meridor.

Las últimas palabras que mediaron entre ellos hicieron pensar a Bussy si debería contar a sus buenos amigos la aventura que tenía a Diana lejos del castillo de Meridor; pero pensó que, una vez en la senda de las revelaciones, tendría qué descubrir no solamente lo que todos iban a saber enseguida, sino lo que él solo sabía y no quería comunicar a nadie. Desistió, pues, de hacer una confesión, que naturalmente debía producir interpretaciones y preguntas.

Además quería entrar en Meridor como hombre completamente desconocido; quería ver sin preparación de ninguna especie a M. de

Meridor y oírle hablar de M. de Monsoreau y del duque de Anjou; quería, en fin, convencerse, no de que la narración de Diana era sincera, pues no tenía la más ligera sospecha de que aquel ángel de pureza hubiese mentido, sino de que ella misma no se hubiera engañado en algo, y de que aquella relación que él con tan poderoso interés escuchara, había sido una fiel interpretación de los acontecimientos.

Conservaba, pues, dos sentimientos que sostienen al hombre superior en su esfera dominadora, aun en medio de los extravíos de amor; estos dos sentimientos eran la circunspección con los extraños y el respeto profundo hacia la persona amada.

Así, madame de San Lucas, engañada a pesar de la perspicacia femenil, por el dominio que Bussy había conservado sobre sí mismo, quedó convencida de que el joven acababa de oír por primera vez el nombre de Diana y que

no despertando este nombre en él recuerdos ni esperanzas, se figuraba hallar en Meridor alguna señorita de provincia que se turbaría y no sabría presentarse delante de sus nuevos huéspedes.

Disponíase, por lo tanto, Juana a gozar de la sorpresa de Bussy.

Una cosa le extrañaba, sin embargo, y era que habiendo tocado el guarda la trompeta para avisar que llegaba gente, señal a que acudía siempre Diana, no se hubiese presentado ya en el puente levadizo. Efectivamente, los viajeros vieron, en vez de a Diana adelantarse por el pórtico principal del castillo un anciano encorvado y apoyado en su bastón. Vestía un gabán de terciopelo verde con forros de piel de zorra y a la cintura llevaba colgados un silbato de plata y un manojo de llaves.

El viento de la tarde levantaba los largos cabellos de aquel personaje, blancos como las

últimas nieves.

El anciano salió al puente levadizo seguido de dos grandes perros de raza alemana, que lentamente y a pasos iguales marchaban llevando las cabezas bajas y no adelantándose uno a otro ni una línea. Cuando llegó junto al parapeto, dijo con voz débil:

-¿Quién viene? ¿quién hace a este pobre viejo el honor de visitarle?

-¡Yo, yo! mi señor Agustín -gritó la voz risueña de la joven.

Juana de Cossé llamaba de este modo al viejo para distinguirlo de su hermano mayor que se llamaba Guillermo, y que sólo hacía tres años que había muerto.

Pero el barón, en vez de contestar con la gozosa exclamación que Juana esperaba de su boca, levantó lentamente la cabeza y, fijando en los viajeros sus opacas miradas, dijo:

-¿Vos, ¿quién sois vos, No veo...

-¡Qué! -exclamó Juana-. ¿No me conocéis?

Es cierto que como vengo disfrazada...

-Perdonad -dijo el anciano-, pero no veo casi nada. Los ojos de los viejos no están hechos para llorar, y cuando lloran demasiado las lágrimas los queman.

-¡Ah, mi querido barón! -dijo la joven-, conozco, en efecto, que os habéis quedado corto de vista, pues de otro modo ya me habríais conocido, aun con este traje de hombre. Al fin tendré que deciros mi nombre.

-Indudablemente -replicó el viejo-, pues como os he dicho apenas veo.

-Pues bien, voy a daros una sorpresa; yo soy madame de San Lucas.

-¡De San Lucas! -repuso el anciano-, no os conozco.

-Pero mi nombre de familia -dijo la risueña joven- es Juana Cossé-Brisac.

-¡Oh Dios mío! -exclamó el viejo tratando de

abrir la verja con sus trémulas manos-, ¡oh Dios mío!

Juana, que no sabía cómo explicar aquel extraño recibimiento tan diferente del que esperaba y que lo atribuía a la edad del barón y al desarreglo de sus facultades, viéndose al fin reconocida se apeó ligeramente y corrió a echarse en brazos del anciano; mas al abrazarse sintió que se humedecían sus mejillas. El barón estaba llorando.

-Es de gozo -pensó Juana-: vamos, aunque el cuerpo sea viejo, el corazón siempre es joven.

-Venid -dijo el barón luego de haber abrazado a Juana.

Y como si no hubiese visto a los otros dos viajeros, se puso en marcha hacia el castillo con igual y mesurado paso, seguido a la misma distancia por los dos perros.

El castillo tenía un aspecto singular de tristeza; todas las ventanas estaban cerradas; pare-

cía una inmensa tumba.

Los criados que se veían acá y allá estaban vestidos de luto.

San Lucas contempló a su mujer como preguntándose si era aquello lo que ella esperaba.

Juana comprendió la mirada de su marido, y teniendo también vivos deseos de salir de dudas, se acercó al barón y le dijo asiéndole la mano:

-¿Y Diana?, ¿no está aquí, por desgracia?

El anciano se detuvo como herido de un rayo y, mirando a la joven con expresión de terror, exclamó

-¡Diana!

Al oír este nombre los dos perros levantaron la cabeza y lanzaron un lúgubre gemido.

Bussy no pudo menos que estremecerse; Juana miró a San Lucas, y San Lucas se detuvo no sabiendo si seguir adelante o retroceder.

-¡Diana! -repitió el barón, como si hubiese

necesitado todo aquel rato para entender lo que se le preguntaba-. ¿Conque no sabéis lo que ocurre?

Y su voz, ya débil y trémula, se extinguió en un sollozo que salió de lo más profundo de su corazón.

-¿Qué hay, pues? ¿qué ha sucedido? -exclamó Juana conmovida y cruzando las manos.

-¡Diana ha muerto! -exclamó el anciano, levantando las manos al cielo en ademán desesperado y derramando un torrente de lágrimas.

Y se dejó caer sobre los primeros escalones del pórtico, al cual habían llegado en aquel instante.

Allí ocultó la cabeza entre las manos, moviéndola de un lado a otro como para arrojar de su mente el fúnebre recuerdo que sin cesar le martirízaba.

-¡Muerta! -exclamó Juana espantada y po-

niéndose pálida como un espectro.

-¡Muerta! -dijo San Lucas con acento de tierna compasión hacia el anciano.

-¡Muerta! -agregó Bussy-; ¡también a él le ha dejado creer que había muerto! ¡Ah, pobre viejo, cómo me amarás algún día!

-Muerta, muerta -repitió el barón-, ellos me la han asesinado.

-¡Ah mi querido barón! -dijo Juana arrojándose nuevamente en brazos del anciano, e inundando su rostro de lágrimas, único recurso que para desahogarse encuentra el débil corazón de las mujeres cuando recibe algún terrible golpe.

El anciano se levantó vacilando.

-No obstante -dijo- que mi casa está vacía y desolada, no por eso es menos hospitalaria: entrad.

Juana tomó el brazo del barón, atravesó con él el peristilo y la antigua sala de guardias con-

vertida en comedor, y penetró en el salón.

Un criado, cuyo desencajado semblante y encarnados ojos denotaban el tierno afecto que le unía a su amo, caminaba delante abriendo las puertas: San Lucas y Bussy iban los últimos.

Luego que llegaron al salón, el viejo, sostenido por Juana, se sentó o más bien se dejó caer en su sillón de madera esculpida.

El criado abrió una ventana para que entrase el aire y se retiró a un rincón de la estancia.

Juana no se atrevía a romper el silencio, porque temía renovar el dolor del anciano haciéndole preguntas; y no obstante, como era feliz, no podía resignarse a mirar como cierta la desgracia que se le anunciaba; pues hay una edad en que no se puede sondear el camino de la muerte, porque no se cree en ella.

Mas el barón previno los deseos de Juana tomando la palabra.

-Me habéis dicho que estabais casada, mi querida Juana: ¿es este hidalgo vuestro marido? -dijo designando a Bussy.

-No, señor -repuso Juana-, M. de Sap Lucas es éste.

San Lucas se inclinó con respeto, más bien ante el padre desgraciado que ante el anciano. Este saludó paternalmente y aun hizo un esfuerzo para sonreírse. Luego volviéndose hacia Bussy dijo:

-Y el señor, ¿es vuestro hermano, el de vuestro marido o algún pariente vuestro?

-No, señor, no es nuestro pariente, sino nuestro amigo; es monsieur Luis de Clermont, conde de Bussy d'Ambroise, gentilhombre del señor duque de Anjou.

Al escuchar estas palabras, se levantó el viejo como movido por un resorte, lanzó una terrible mirada a Bussy, y como si aquella muda provocación hubiera agotado sus fuerzas, vol-

vió a caer en el sillón lanzando un gemido.

-¿Qué tenéis? -preguntó Juana.

-¿Os conoce el barón, monsieur de Bussy? -preguntó San Lucas.

-Esta es la vez primera que tengo la honra de ver al señor barón de Meridor -dijo tranquilamente Bussy, único que sabía a qué atribuir el efecto que en el anciano había producido el nombre del duque de Anjou.

-¡Ah! ¡sois gentilhombre del señor duque de Anjou! -exclamó el barón-; ¡sois gentilhombre de ese monstruo, de ese demonio, y os atrevéis a confesarlo delante de mí y tenéis' la audacia de poneros en mi presencia!

-¿Está loco? -interrogó San Lucas en voz baja a su mujer, mirando al barón con asombrados ojos.

-El dolor le habrá trastornado los sentidos -repuso Juana, aterrada.

M. de Meridor había acompañado con una

mirada más amenazadora que la primera las palabras que acababa de pronunciar y que hicieron dudar a Juana del buen estado de su razón. Pero Bussy, siempre impasible, sostuvo aquella mirada tomando una actitud de profundo respeto y sin responder.

-Sí, de ese monstruo -repuso M. de Meridor, cuya razón parecía extraviarse cada vez más-, de ese asesino que mató a mi hija.

-¡Pobre señor! -tartamudeó Bussy.

-¿Pero qué dice? -preguntó Juana.

-Me miráis con ojos asombrados -exclamó M. de Meridor, tomando las manos de ambos esposos entre las suyas-, pero es porque ignoráis que el duque de Anjou es el asesino de mi hija, de mi Diana: él, sí, él fue quien la mató.

Y el viejo pronunció estas últimas palabras con acento de tan intenso dolor, que a todos y hasta al mismo Bussy, se les arrasaron en lágrimas los ojos.

-Señor -dijo la joven-, aunque eso fuera, y no comprendo cómo puede ser, todavía no deberíais acusar de tan terrible desgracia a M. de Bussy, que es el caballero más leal y generoso del mundo. Mirad, padre mío, M. de Bussy ignora lo que decís, M. de Bussy llora como nosotros y con nosotros. ¿Habría venido si hubiese podido adivinar la acogida que le reservabais? ¡Ah, querido señor! en nombre de vuestra amada Diana, decidnos cómo ha sucedido esa catástrofe.

-¿Entonces no sabéis. ..? -dijo el anciano dirigiéndose a Bussy.

Bussy se inclinó sin contestar.

-No, señor -dijo Juana-, y todos ignorábamos ese acontecimiento.

-¡Mi Diana ha muerto y su mejor amiga ignoraba su muerte! ¡Oh! Cierto es que yo no se lo he escrito a nadie ni he hablado después con persona alguna; me parecía que muerta mi Di-

ana, el mundo no podría vivir; me parecía que el Universo debía llevar luto por la muerte de mi Diana.

-Contádnoslo todo -repuso Juana-; así os consolaréis.

-¿Qué os he de contar? -dijo el barón sollozando-: que ese príncipe infame, deshonra de la nobleza francesa, vio a mi Diana y pareciéndole hermosa la robó y la hizo llevar al castillo de Beaugé para deshonrarla como si fuera hija de un esclavo; pero Diana, mi noble y santa Diana, prefirió la muerte, se precipitó por una ventana en el lago, y desapareció para siempre, sin que se haya encontrado de ella otra cosa que su velo flotando sobre la superficie del agua.

Las lágrimas y los sollozos casi no dejaron al anciano articular las últimas palabras; Bussy, el guerrero, el hombre acostumbrado a ver correr la sangre, no había presenciado jamás una escena tan tierna, un espectáculo tan lúgubre.

Más tranquilo después el barón, esperaba la respuesta de Bussy, para fijar su opinión acerca de él las palabras simpáticas de San Lucas le consolaban. En las grandes crisis morales, las debilidades físicas son también grandes: no es uno de los más pequeños consuelos para el dolor de un niño mordido por su perro favorito, el ver pegar al perro que le ha mordido.

Pero Bussy, en vez de responder al apóstrofe de San Lucas, dio un paso hacia M. de Meridor.

-Señor barón -dijo-, ¿queréis concederme la honra de hablaros sin testigos?

-Escuchad a M. de Bussy, querido señor -dijo Juana-, veréis qué bondadoso y complaciente es.

-Hablad, caballero -dijo el barón, tembloroso y extrañando aquella pretensión de Bussy.

Este se volvió hacia San Lucas y su mujer, y dirigiéndoles una mirada de afecto, dijo:

-Si me permitís ...

Los dos jóvenes salieron de la sala apoyados uno en el brazo del otro y doblemente felices en presencia de aquel inmenso infortunio.

Luego que salieron y cerraron la puerta, Bussy se aproximó al barón y le saludó profundamente.

-Caballero -dijo-, acabáis de acusar en mi presencia a un príncipe a quien sirvo, .y le habéis acusado de una manera que me obliga a pediros una explicación.

El anciano hizo un movimiento.

-¡Oh! -añadió Bussy-, no equivoquéis el sentido respetuoso de mis palabras; os hablo con la más profunda simpatía y con el más vivo deseo de mitigar vuestra pena; os ruego que me hagáis una relación detallada de la catástrofe que habéis contado hace poco a M. de San Lucas y a su mujer. Veamos, ¿es cierto que no hay ninguna esperanza, que ha ocurrido como

habéis dicho?

-Caballero -dijo el anciano-, tuve un momento de esperanza. Un noble y leal gentilhombre llamado M. de Monsoreau amaba a mi pobre hija y se interesó por ella.

-¿M. de Monsoreau? -interrogó Bussy-, ¿y cuál ha sido su conducta en estas circunstancias?

-Su conducta fue muy leal y muy digna, porque Diana le había negado su mano, y no obstante, él fue quien primero me participó los infames proyectos que el duque meditaba, y quien me indicó los medios de desconcertarlos: no pedía más que una cosa por salvar a mi hija y eso mismo evidenciaba la rectitud de su alma; pedía que si 1ograba arrancarla de las manos del duque, se la diese en casamiento, a fin de que él, joven, activo y emprendedor, pudiese lo que su padre no podía, esto es, defenderla contra un príncipe poderoso.

Yo di mi autorización con alegría; pero, ¡ah!, fue inútil, llegó demasiado tarde, y mi pobre Diana sólo se salvó del deshonor dándose la muerte.

-Y desde aquel instante fatal -preguntó Bussy-, ¿no habéis vuelto a saber de M. de Monsoreau?

-No hace más que un mes que sucedió esto -dijo el anciano-, y el pobre caballero no habrá osado presentarse delante de mí, habiendo sido tan desgraciado en su empresa.

Bussy bajó la cabeza: todo lo comprendía. Ya podía explicarse a sí propio la manera con que el conde de Monsoreau había logrado arrancar del poder del príncipe a la joven a quien amaba, y cómo el miedo de que el duque de Anjou descubriese su casamiento con aquella joven, le había obligado a dejar que se acreditase, hasta en el ánimo de su padre, la noticia de su muerte.

-¿Qué tenéis ahora que decirme, caballero? -interrogó el anciano, viendo que el joven se abismaba cada vez más en sus reflexiones y fijaba en tierra los ojos, que momentos antes habían centelleado mientras oía su relación.

-Señor barón -exclamó Bussy-, estoy encargado por el señor duque de Anjou de llevaros a París, pues Su Alteza desea hablaros.

-¡A mí! -repuso el barón-, ¡hablarme a mí! ¡ponerme yo en presencia de ese hombre después de la muerte de mi hija! ¿Y qué puede tener que decirme ese asesino?

-¿Quién sabe? Quizá se justificaría.

-Y aunque se justificase -dijo el anciano-, ¡ah! no por eso podría devolverme a mi hija. No, M. de Bussy, no iré a París; además sería alejarme demasiado de la fría tumba donde yace mi querida hija.

-Señor barón -dijo Bussy con voz firme-, permitidme que insista; mi deber es conduciros

a París; he venido expresamente para ello.

-Pues bien, iré a París-dijo el viejo temblando de cólera-, pero ¡desdichados de los que me han perdido! El rey me oirá, y si no me oye, apelaré a todos los nobles de Francia. Por cierto -agregó en voz baja- que mi dolor me había hecho olvidar un arma de que hasta ahora no he sabido hacer uso. Sí, señor, os acompañaré.

-Y yo, señor barón -dijo Bussy, cogiéndole la mano-, os recomiendo la paciencia, la calma y la dignidad que a un caballero cristiano le conviene. Dios derrama sobre los nobles corazones los tesoros de su infinita misericordia, y aún no sabéis lo que os tiene reservado. Os suplico también que mientras llega el día en que se manifieste patentemente la misericordia de Dios, no me contéis en el número de vuestros enemigos, porque aún no sabéis lo que voy a hacer por vos. Hasta mañana, pues, señor barón, si os place, y apenas amanezca nos pondremos en

camino.

-Consiento en ello -respondió el anciano, conmovido, a pesar suyo, por el tierno acento con que Bussy pronunció estas palabras-; mas, entretanto, amigo o enemigo, sois mi huésped y debo conduciros a vuestra habitación.

El barón cogió un candelero de plata que había sobre la mesa, y con tardo paso subió, seguido de Bussy; la escalera del castillo.

Los perros querían seguirle, mas les hizo una seña y se detuvieron. Dos criados marchaban detrás de Bussy con luces.

Al llegar éste al aposento que le estaba destinado, preguntó por M. y madame de San Lucas.

-Mi viejo Germán debe haber cuidado de ellos -repuso el barón-; buenas noches, señor conde.

XXIV. REMIGIO EL HAUDUIN, EN AUSENCIA DE BUSSY, SE PROPORCIONA IN-

TELIGENCIAS EN LA CASA DE LA CALLE DE SAN ANTONIO

M. y madame de San Lucas no podían volver de su sorpresa: Bussy hablando en secreto con M. de Meridor; Bussy preparándose a marchar con el barón a París; Bussy, en fin, tomando de repente la dirección de un negocio al que hasta entonces había parecido extraño, era para ellos un fenómeno indescifrable.

Por lo que toca al barón, el poder mágico del título de alteza real, había producido en él su efecto ordinario: un noble del tiempo de Enrique III no era capaz de desdeñar semejantes títulos.

Alteza real significaba entonces, para M. de Meridor como para cualquier otro, excepto el rey, fuerza mayor, es decir, el rayo y la tempestad.

Apenas llegó el día se despidieron de sus huéspedes, a quienes dejó por dueños del casti-

llo; pero M. y madame de San Lucas, conociendo las dificultades de su situación, decidieron abandonar a Meridor tan pronto como pudiesen, y retirarse a sus posesiones de Brissac, que estaban inmediatas, en el momento en que obtuviesen el consentimiento del tímido mariscal.

Bussy no necesitaba más tiempo que un momento para justificar su extraña conducta. Dueño del secreto que poseía, y pudiendo revelarlo a quien más le agradara, parecía uno de esos magos, queridos de los orientales, que con el primer golpe de su varita hacen caer las lágrimas de todos los ojos, y con el segundo les vuelven su contento y a las bocas su sonrisa. Empleó, pues, el momento que hemos dicho que necesitaba para verificar tan gran mudanza, en decir al oído algunas sílabas a la bella madame de San Lucas.

-Juana mostró la sensación que en ella pro-

dujeron estas sílabas en la expansión de su rostro, y en el bello rubor de que se cubrió su pura frente. Luego aparecieron entre el coral de los labios sus pequeños dientes, blancos y brillantes como el nácar; luego la joven, notando que su marido la miraba estupefacto, se llevó un dedo a la boca y echó a correr enviando primero un beso de gracias a Bussy.

El anciano nada había visto de esta pantomima expresiva; con los ojos fijos en su castillo, y acariciando maquinalmente a los dos perros que no podía resolverse a abandonar, dio algunas órdenes a sus criados, los cuales recibieron con respeto sus palabras y su despedida. Después, ayudado de su escudero, montó, aunque con gran trabajo, en un viejo caballo pío, que apreciaba mucho, y que había sido su caballo de batalla en las últimas guerras civiles, hizo un saludo al castillo, y partió sin decir una sola palabra.

Bussy, con sus brillantes miradas, respondía a las sonrisas de Juana, y se volvía con frecuencia para decir adiós a sus amigos. Al despedirse por última vez, le dijo Juana en voz baja:

-¡Qué hombre tan singular sois, señor conde! yo os había anuncia do que la felicidad os aguardaba en Meridor, y por lo contrario, sois vos el que trae a Meridor la felicidad que de este castillo había huido.

De Meridor a París hay mucho que andar, especialmente para un anciano acribillado de estocadas y balazos, recibidos en aquellas guerras terribles, en que las heridas eran a proporción de los guerreros. También era largo el camino para el digno caballo pío, que se llamaba Jarnac, y que al oír este nombre erguía la cabeza, sacudía la espesa crin y dejaba ver aún el fuego de sus ojos, encubierto bajo sus fatigados párpados.

Luego que Bussy se vio en camino, se dedi-

có con todo cuidado a conquistar con sus atenciones filiales el corazón del anciano, cuyo aborrecimiento se había atraído al principio, y consiguió conquistarlo, porque al sexto día por la mañana, al llegar a París, M. de Meridor le dijo estas palabras, que pintaban cuánto habían cambiado con el viaje sus sentimientos.

-¡Es extraño, conde! ahora estoy más cerca que nunca de mi desgracia, y sin embargo, mi inquietud al llegar a París es menor que cuando salí de mi castillo.

-Dentro de dos horas, señor mío -repuso Bussy,-, me juzgaréis como yo deseo ser juzgado por vos.

Los viajeros entraron en París por el arrabal de San Marcelo, eterna entrada, cuya preferencia en aquella época se explica por la circunstancia de ser aquel barrio el que más parisiense parecía, por sus muchas iglesias, sus millares de casas pintorescas y sus puentecillos sobre cloa-

cas, si bien actualmente es uno de los más feos de París.

-¿Adónde vamos? -dijo el barón-, ¿al Louvre?

-Antes debo llevaros a mi casa para que descanséis un instante, toméis alguna cosa y os pongáis en estado de ver como conviene a la persona ante quien voy a presentaros.

El barón dejó a Bussy que hiciese lo que quisiese y éste le llevó a su palacio de la calle de Grenelle-SaintHonoré.

Los criados del conde no le esperaban tan pronto o, mejor dicho, no lo esperaban en modo alguno: cuando salió de su casa nadie le había visto sino Remigio el Hauduin, pues había entrado en ella por una puerta excusada de que él sólo tenía la llave y ensillado por sí mismo su caballo. Así, pues, su desaparición instantánea, los peligros que en la semana anterior había corrido, según manifiestamente lo acusaban su

herida, y por último, su genio aventurero habí-
an hecho creer a muchos que había caído en
algún lazo tendido por sus enemigos; que la
fortuna, cansada de tanto protegerle, se le había
mostrado adversa, y por último, que había
muerto de alguna estocada o de algún arcabu-
zazo.

De suerte que los mejores amigos y los más
fieles servidores de Bussy estaban ya haciendo
novenas por su vuelta a la luz, vuelta que les
parecía no menos milagrosa que la de Pyritoo,
en tanto que los demás, que eran hombres más
positivos, no contando ya sino con su cadáver,
hacían para hallarle las investigaciones más
minuciosas en las alcantarillas, en las cuevas, en
los ríos y en los fosos de la Bastilla.

Únicamente una persona, cuando le pre-
guntaban por Bussy, respondía:

-El señor conde sigue bueno.

Mas si el que preguntaba quería llevar más

lejos su interrogatorio, como el interrogado no sabía más, nada podía añadir.

Esta persona, que siempre que daba tal respuesta tenía que sufrir las reconvenciones y sarcasmos de los preguntadores, era maese Remigio el Hauduin, que desde que anochecía hasta que amanecía paseaba las calles listo como un gamo, perdiendo el tiempo en contemplaciones extrañas, desapareciendo de vez en cuando de la casa, unas veces con el sol y otras con la luna, volviendo después con un apetito nunca visto y disipando un tanto con su alegría la tristeza de los criados.

Precisamente entraba Remigio en la casa después de una ausencia misteriosa, cuando resonaban los gritos de júbilo con que los criados se apresuraban a salir al encuentro de su amo, disputándose quién había de ser su escudero, pues el conde se había quedado a caballo.

-Vamos -decía Bussy-, veo que os causa sa-

tisfacción el verme vivo: gracias. Yo soy, miradme bien, no soy una sombra, llegad y convenceros; mas despachemos. Bien, ahora ayudad a este digno caballero a bajar del caballo, y tened presente que yo le trato con más respeto que si fuera un príncipe.

Bussy hacía bien en ponderar el respeto que se debía al anciano, de quien apenas se habían preocupado los criados, pues éstos, al ver su modesto continente, su traje poco conforme a la moda y su caballo pío, parecían dispuestos a creer que era algún anciano escudero retirado en alguna provincia, a quien su amo sacaba de su destierro como de un panteón.

Pero apenas pronunció Bussy estas palabras, todos se apresuraron a ofrecer sus servicios al barón. Remigio contemplaba esta escena riéndose, según costumbre, aunque no manifiestamente, y fue necesaria toda la gravedad de Bussy para que el joven doctor se pusiese serio.

-Pronto, una habitación para monseñor -

ordenó el conde.

-¿Cuál? -preguntaron cinco o seis voces a un

tiempo.

-La mejor, la mía.

Y ofreció su brazo al anciano para subir la

escalera, teniendo con él más atenciones que las

que de él había recibido.

M. de Meridor aceptaba estas atenciones sin

oposición y casi sin voluntad, como el que se

deja llevar de ciertos sueños que le transportan

a los países fantásticos del reino de la imagina-

ción y de la noche.

Llevaron al barón la dorada copa del conde,

y éste quiso servirle por sí mismo el vino de la

hospitalidad.

-Gracias, gracias, caballero; ¿iremos en bre-

ve donde tenemos que ir?

-Sí, señor; iremos, y no solamente será una

dicha para vos, sino para mí.

-¿Qué decís?, ¿qué lenguaje es ese que yo no entiendo?

-Digo que os he hablado de un Dios misericordioso para con los nobles corazones, y que se acerca el momento de que llame yo sobre vos la misericordia de la Providencia.

El barón miró a Bussy con aire sorprendido; pero Bussy, haciéndole con la mano una seña que quería decir: vuelvo al momento, salió de la estancia con la sonrisa en los labios.

Esperaba hallar a Remigio a la puerta, y efectivamente le halló; tomóle por el brazo y le llevó a su gabinete.

-¿Qué hay, querido Hipócrates? -le preguntó-, ¿cómo estamos?

-¿De qué?

-¡Pardiez! de la calle de San Antonio.

-Monseñor, nos hallamos en un punto muy interesante para vos, según presumo; nada ocurre de nuevo.

Bussy respiró; y dijo:

-¿No ha vuelto el marido?

-Sí tal; pero lo mismo que si no hubiera vuelto. Parece que hay un padre que debe contribuir poderosamente al desenlace, un Dios desconocido que un día u otro ha de bajar en una máquina, y aguardan a este padre ausente, a este Dios ignorado.

-Bueno -dijo Bussy-, ¿y cómo sabes tú todo eso?

-Ya supondréis -repuso Remigio con acento de franca y sincera alegría-, ya supondréis que convertido mi empleo en un beneficio simple, a causa de vuestra ausencia, he querido emplear en favor vuestro este tiempo de vacaciones.

-¿Y qué has hecho? Veamos, cuenta, cuenta.

-A eso voy: apenas os marchasteis llevé dinero, libros y una espada a un cuartito que alquilé en la casa que hace esquina a la calle de San Antonio y a la de Santa Catalina.

-Muy, bien.

-Desde allí podía ver perfectamente la casa

que sabéis.

-Admirable.

-Apenas tomé posesión de mi cuarto, me

puse a la ventana.

-Excelente.

-Sí, mas había un inconveniente en esa exce-

lencia.

-¿Cuál?

-El inconveniente de que si yo veía, también

a mí me veían y podrían abrigar recelos contra

un hombre que mirase sin cesar una misma

perspectiva, considerándome, si me obstinaba

en seguir observando, como un ladrón o un

amante, o bien tomándome por espía o por lo-

co.

-Muy bien pensado, querido Remigio: ¿y

qué hiciste?

-Entonces, señor conde, conocí que era pre-

ciso echar mano de los grandes recursos, y, ¡vive Dios!...

-¡Y bien!

-Que me he enamorado.

-¿Hem? -repitió Bussy, que no adivinaba en qué podían servirle los amores de Remigio.

-Lo que os digo -repitió con gravedad el joven doctor-, estoy enamorado, perdido, loco.

-¿De quién?

-De Gertrudis.

-¿De Gertrudis, la doncella de madame de Monsoreau?

-¡Sí, señor! de Gertrudis, la doncella de madame Monsoreau. ¿Qué queréis? Yo no soy noble para enamorarme de las amas, soy un pobre cirujano sin otro parroquiano que vos, de quien espero que no me dará que hacer sino muy de tarde en tarde, y por lo tanto tengo que hacer mis experimentos *in anima villi,* como decimos en la Sorbona.

-¡Pobre Remigio! -repuso Bussy-, puedes estar seguro de que aprecio en lo que vale tu sacrificio. Continúa.

-¡Eh, monseñor! -replicó Remigio-, bien mirado, no soy tan digno de lástima. Gertrudis es una hermosa muchacha, que tiene dos pulgadas más de estatura que yo y que es capaz de llevarme a pulso cogiéndome por el cuello de la casaca, lo cual consiste en lo desarrollados que tiene los músculos del bíceps y del deltoides. Esta circunstancia me ha inspirado hacia ella una veneración que la lisonjea, y como le doy siempre la razón, no disputamos nunca. Después, tiene una cualidad preciosa.

-¿Cuál, mi pobre Remigio? -La de contar las cosas maravillosamente.

-¡Ah! ¿de veras?

-Sí, señor; de modo que por ella sé todo cuanto sucede en casa de su ama.. ¿eh? ¿qué decís? Me parece que no os desagradará tener

inteligencias en la casa.

-Remigio, tú eres un buen genio, que el azar, o más bien la Providencia, me ha hecho encontrar. Conque es decir, que estás con Gertrudis en términos...

-*Puella me deligit* -repuso Remigio balanceándose con afectada fatuidad.

-¿Y entras en la casa?

-Ayer por la noche hice mi entrada, a las doce, de puntillas, por la célebre puerta del ventanillo que sabéis.

-¿Y cómo has conseguido esa dicha?

-Muy naturalmente, debo declararlo.

-Di.

-Dos días después de vuestra partida y al día siguiente de mi instalación en el cuarto recién alquilado, aguardé a la puerta a que la dama de mis futuros pensamientos saliese a comprar sus provisiones, operación que tiene cuidado de ejecutar todos los días de ocho a nueve

de la mañana. A las ocho y diez minutos, la vi salir, y entonces bajé de mi observatorio y salí a la calle.

-¿Te conoció?

-Tanto, que dio un grito y echó a correr.

-Y tú ¿qué hiciste?

-Corrí tras ella y trabajosamente la alcancé, porque corre mucho; pero como podéis suponer, las faldas siempre incomodan algo.

-¡Jesús! -dijo ella.

-¡Virgen Santa! -exclamé yo. Esta exclamación le infundió buena idea de mí; otro menos piadoso que yo habría dicho ¡vive Dios! o ¡voto al diablo!

-¡El médico! -prosiguió ella.

-¡La hermosa doncella! -añadí yo.

Ella se sonrió, pero poniéndose después seria, dijo:

-Os equivocáis, caballero, no os conozco.

-Pero yo os conozco a vos -le dije- porque

hace tres días que no vivo, no existo; os adoro,
y tanto, que ya no habito en la calle de Beautrei-
llis, sino en la de San Antonio, a la esquina de la
de Santa Catalina, y que no he cambiado de
habitación sino por veros entrar y salir; así,
pues, si otra vez me necesitáis para curar a ga-
llardos caballeros, no debéis buscarme en mi
antigua casa, sino en la nueva.

¡Silencio! -me contestó.

-¡Ah! ya veis. . -le dije. Y así se hizo, o más
bien, se renovó nuestro conocimiento.

-De suerte, que a estas fechas eres ...

-Tan dichoso como puede serlo un amante
... con Gertrudis, se entiende, porque todo es
relativo; pero soy más que dichoso, pues he lo-
grado el objeto que me había propuesto en
vuestro servicio.

-Pero ella tal vez sospechará...

-Nada; ni siquiera le he hablado de vos.

¿Acaso el pobre Remigio el Hauduin conoce a

los personajes de la clase del conde de Bussy?

No; sólo le pregunté en tono indiferente:

-¿Y vuestro señorito, se encuentra mejor?

-¿Qué señorito?

-Aquel caballero que yo curé en vuestra ca-

sa.

-No es mi señorito -me contestó.

-¡Ah! como le vi en la cama de vuestra seño-

ra, creí...

-¡Oh! no, pobre joven -respondió dando un

suspiro-, no era ni siquiera conocido nuestro, ni

le hemos vuelto a ver desde entonces.

-Es decir, que no sabéis ni aun su nombre -

interrogué.

-¡Oh! sí.

-O si lo sabíais, lo habréis olvidado.

-No es de los que se olvidan.

-¿Cómo se llama?

-¿Habéis oído hablar alguna vez del conde

de Bussy?

-¡Pardiez! -exclamé yo-, Bussy, el valiente Bussy.

-Pues bien, ése era.

-¿Y la señora? ...

-Mi señora es casada, caballero.

-Bien puede ser casada y fiel, y no obstante, pensar alguna vez en un joven a quien ha visto, sobre todo, cuando este bello joven era interesante y estaba herido y en su cama.

-Si he de hablar con franqueza -repuso Gertrudis-, no diré que mi señora no piense en él.

La frente de Bussy se cubrió de un vivo encarnado. Remigio continuó:

-Y de él hablamos siempre que estamos solas.

-¡Excelente muchacha! -exclamó el conde.

-¿Y qué es lo que habláis? -pregunté.

-Yo refiero a mi ama sus proezas -lo cual no es difícil-. pues todo París sabe las estocadas que da y las que recibe. También le he enseñado

una canción muy en boga.

-¡Ah! ya sé, es ésta:

Llaman al señor de Ambroise

buscarruidos sempiterno;

nadie aventaja a Bussy

en lo leal y en lo tierno.

-Justamente -exclamó Gertrudis-. De modo

que mi señora no canta otra cosa.

Bussy apretó la mano al joven doctor: aca-

baba de sentir circular por sus venas un estre-

mecimiento de indecible placer.

-¿Eso es todo? -preguntó con un acento que

demostraba lo insaciable que ha sido siempre el

hombre en sus deseos.

-No hay más, monseñor -contestó Remigio-;

otra vez sabré más, ¡qué diablo! no todo se ha

de averiguar en un día o, por mejor decir, en

una noche.

XXV. EL PADRE Y LA HIJA

La narración de Remigio fue un motivo de

alegría para Bussy, porque le indicaba dos cosas: primera, que M. de Monsoreau era, como siempre, aborrecido; y segunda, que él era cada día más amado.

Por otra parte, la amistad del joven doctor le servía de satisfacción. Hay en todos los sentimientos que proceden del cielo una expansión de todo nuestro ser, que parece doblar nuestras facultades: entonces el hombre conoce que es dichoso porque conoce que es honrado.

Bussy comprendió, pues, que no había tiempo que perder y que cada dolor que hacía sufrir al corazón del anciano, era casi un sacrilegio. Tan trastornadas están las leyes de la Naturaleza en un padre que llora la muerte de su hija, que quien puede consolarle con una palabra y no le consuela, merece las maldiciones de todos los padres.

Al bajar al patio, M. de Meridor encontró un caballo de refresco que Bussy había mandado

preparar para él; otro caballo esperaba a Bussy; subieron uno en el suyo y salieron en compañía de Remigio.

Llegaron a la calle de San Antonio, no sin grande admiración de M. de Meridor, que haciendo veinte años que no había estado en París, extrañaba el ruido de los caballos, los gritos de los lacayos, y el frecuente tránsito de los coches, y hallaba muy cambiada la capital desde el tiempo de Enrique II.

Mas a pesar de su sorpresa, que casi rayaba en admiración, conservaba una tristeza que aumentaba a medida que al ignorado objeto de su viaje se aproximaba. ¿Cómo le recibiría el duque? ¿cuál sería la consecuencia de esta entrevista?

Luego miraba a Bussy, y no acertaba a explicarse por qué singular abandono había seguido casi ciegamente al gentilhombre de un príncipe a quien debía todas sus desgracias.

¿No habría sido más propio de su dignidad arrostrar la cólera del duque de Anjou y en vez de acompañar a Bussy .adonde le agradara conducirle, irse derecho al Louvre y echarse a los pies del rey? ¿Qué podría decirle el príncipe? ¿con qué podía consolarle? ¿No era uno de aquellos hombres que aplicaban doradas palabras, como bálsamo que consuela por un instante, a las heridas que hacen, las cuales después vuelven a abrirse más sangrientas y dolorosas?

Embebido con estos pensamientos llegó con Bussy y Remigio a la calle de San Pablo. Bussy, como diestro capitán, se hizo preceder de Remigio, el cual llevaba orden de franquear el paso y preparar los medios de introducción en la plaza.

Este último fue a ver a Gertrudis, y volvió a decir a Bussy que ningún sombrero ni ninguna tizona obstruían el patio, la escalera ni el corredor que conducían al aposento de madame

de Monsoreau.

Ya se supondrá que todas estas noticias se las daba Remigio a Bussy en voz baja.

Entretanto el barón miraba a todos lados dando señales de sorpresa.

-¡Cómo! -dijo-, ¿es aquí donde vive el duque de Anjou?

Y asaltóle un movimiento de desconfianza al ver la humilde apariencia del edificio.

-Aquí no, precisamente; pero si no es ésta la casa del duque de Anjou, es la de una joven a quien ha amado.

Arrugóse la frente del anciano.

-Caballero -dijo deteniendo su caballo-, nosotros los provincianos no estamos hechos a estas cosas; las costumbres fáciles de París nos espantan, y tanto, que no sabemos vivir con vuestros misterios. Me parece que si el señor duque de Anjou desea ver al barón de Meridor, debe llamarle a su palacio y no a la casa de una

de sus queridas. Además -agregó dando un suspiro-, vos que parecéis honrado, ¿por qué queréis traerme a presencia de tales mujeres? ¿Es para darme a entender que mi pobre Diana viviría todavía si, como la dueña de esta casa, hubiera preferido el deshonor a la muerte?

-Vamos, vamos, señor barón -dijo Bussy con la leal sonrisa que había sido hasta entonces su más poderoso medio de convicción para con el anciano-, no forméis juicios arriesgados. A fe de caballero, no se trata de lo que pensáis, .y la dama que vais a ver es virtuosísima y digna de todo respeto.

-¿Pues quién es?

-Es ... la esposa de un gentilhombre que vos conocéis.

-¿De veras? entonces, ¿por qué decís que el príncipe la ha amado?

-Porque es cierto, señor barón; entrad y juzgaréis por vos mismo, viendo que se cumple lo

que os he prometido.

-Mirad que cuando yo lloraba a mi hija querida, me dijisteis: consolaos, caballero, la misericordia de Dios es infinita; mirad que habéis prometido un consuelo a mis penas, y que eso es casi prometerme un milagro.

-Entrad -insistió Bussy con la misma sonrisa que seducía siempre al anciano.

El barón echó pie a tierra.

Gertrudis había acudido llena de sorpresa a la puerta y desde el umbral miraba como espantada a Remigio, a Bussy y al anciano, no pudiendo adivinar por qué combinación de la Providencia se hallaban reunidos aquellos tres hombres.

-Decid a madame de Monsoreau -dijo el joven conde-, que está aquí M. de Bussy, de regreso de su viaje, y que desea hablarle al instante. Pero, por Dios -añadió por lo bajo-, no le digáis la persona que me acompaña.

-¡Madame de Monsoreau! -repitió el ancia-
no estupefacto-. ¡Madame de Monsoreau!
-Pasad, señor barón -dijo Bussy haciendo
entrar al anciano en el patio.
Ínterin el barón subía la escalera con paso
vacilante, se oyó la voz de Diana que respondía
con singular emoción:
-¿M. de Bussy dices, Gertrudis? ¡M. de Bus-
sy! Pues bien, que entre.
-¡Esa voz! -dijo el barón deteniéndose en
medio de la escalera-; ¡esa voz! ¡Oh, Dios mío,
Dios mío!
-Subid, señor barón -dijo Bussy.
Mas en el mismo instante y mientras el tré-
mulo anciano se asía del pasamano mirando a
todos lados, se apareció en lo alto de la escalera,
a plena luz, bajo un dorado rayo de sol, Diana,
resplandeciente, y más hermosa y risueña que
nunca, aunque no esperaba hallarse con su pa-
dre.

Este la tuvo por una visión mágica y lanzó un grito terrible. Sus ojos espantados y sus manos extendidas hacia su hija presentaban tan perfecta imagen del terror y del delirio, que Diana, que iba a echarse en sus brazos, se detuvo espantada y estupefacta.

El barón se apoyó en el hombro de Bussy.

-¡Diana viva! -balbuceó-, ¡Diana, mi Diana, a quien creía muerta! ¡Oh, Dios mío!

Y aquel robusto guerrero, vigoroso actor en guerras civiles y extranjeras, de las cuales había salido ileso; aquella vieja encina que el rayo de la muerte de Diana había dejado en pie; aquel anciano que tan poderosamente había combatido contra el dolor, en aquella ocasión, abrumado, abatido, aniquilado por la alegría, dio un paso atrás, dobló las rodillas y, a no estar tan cerca de Bussy habría caído prepicitado de lo alto de la escalera, a la vista de aquella imagen querida, cuyos impalpables átomos en confuso

torbellino vagaban delante de sus ojos.

-¡Dios mío! M. de Bussy -exclamó Diana bajando apresuradamente los pocos escalones que del anciano la separaban-; ¿qué tiene mi padre?

Y la joven, asustada al ver aquella súbita palidez y el extraño efecto que había causado aquella entrevista, para la cual creía a su padre preparado, interrogaba más con los ojos que con la voz.

-El señor barón de Meridor os creía muerta, señora, y os lloraba de la manera que un padre como él debe llorar a una hija como vos.

-¡Cómo! -exclamó Diana-, ¿y..nadie le había desengañado?

-Nadie.

-¡Oh, no, no! -dijo el anciano saliendo de su momentáneo anonadamiento-, nadie, ni aun M. de Bussy.

-¡Ingrato! -dijo a éste en tono de amistosa reconvención.

-¡Oh! sí, tenéis razón, porque este momento compensa todos mis dolores. ¡Oh, mi Diana, mi Diana querida! -continuó aproximando con una mano a sus labios la cabeza de su hija y tendiendo la otra a Bussy.

Luego, levantando la cabeza como si un recuerdo doloroso o un nuevo temor hubiese penetrado en su corazón, a pesar de la armadura de júbilo, si es lícito expresarlo así, que le defendía, agregó:

-¿Pero no decíais, M. de Bussy, que iba a ver a madame de Monsoreau? ¿Dónde está?

-¡Ah, padre mío! -murmuró Diana.

Bussy reunió todas sus fuerzas y dijo:

-Ante vos la tenéis: el conde de Monsoreau es vuestro yerno.

-¡Cómo! -repuso el anciano- ¡M. de Monsoreau es mi yerno, y nadie, ni tú misma Diana, me ha dicho nada!

-No quería escribiros, padre mío, por miedo

a que la carta cayese en manos del príncipe.

Además, yo creía que lo sabíais todo.

-¿Pero qué objeto tienen tan extraños misterios? -dijo el anciano.

-¡Ah! sí, padre mío, eso mismo digo yo -exclamó Diana-: ¿por qué M. de Monsoreau os ha dejado creer que yo había muerto? ¿por qué os ha dejado ignorar que él era mi esposo?

El barón, como si recelase penetrar las tinieblas profundas que envolvían la conducta del conde de Monsoreau, contemplaba temblando los brillantes ojos de su hija y la expresiva tristeza de Bussy.

Hablando así, habían llegado paso a paso al salón.

-¡M. de Monsoreau mi yerno! -decía el barón estupefacto.

-Eso no debe extrañaros -respondió en tono de dulce reconvención-; ¿no me mandasteis que me casara con él, padre mío?

-Sí, si te salvaba.

-Pues bien, me salvó -murmuró con voz sorda Diana, cayendo en una silla colocada cerca de su reclinatorio-, me salvó, no de la desgracia, pero al menos de la deshonra.

-Entonces, ¿por qué me dejó en la creencia de que habíais muerto, cuando yo tan amargamente te lloraba? -repitió el anciano- ¿Por qué me dejaba morir de desesperación cuando una palabra, una sola, podía volverme la vida?

-¡Oh! aquí hay algún misterio -exclamó Diana-. ¡Padre mío, ya no me abandonaréis! M. de Bussy, vos nos protegeréis, ¿no es cierto?

-¡Ah, señora! -dijo el joven inclinándose-, yo no debo mezclarme en los secretos de vuestra familia. Viendo la extraña conducta de vuestro esposo, he debido traeros un defensor que pudieseis mostrar a todo el mundo, y he ido a buscarle a Meridor. Estáis al lado de vuestro padre y yo me retiro.

-Tiene razón -dijo con tristeza el anciano-.

M. de Monsoreau ha temido la cólera del duque de Anjou y M. de Bussy la teme también.

Diana lanzó al joven una mirada que significaba:

-Vos, a quien llaman el valiente, ¿tenéis miedo del duque de Anjou como podría tenerlo M. de Monsoreau?

Bussy comprendió lo que aquella mirada quería decir y se sonrió.

-Señor barón -dijo-; perdonadme la pregunta singular que voy a hacer, y vos, señora, en gracia del deseo que tengo de serviros, perdonadme también.

El padre y la hija se miraron y aguardaron a que Bussy se explicase.

-Señor barón -continuó Bussy-, preguntad a madame de Monsoreau...

Y pronunció con marcada intención estas últimas palabras; pero viendo el dolor que cau-

saban a Diana, agregó:

-Preguntad a vuestra hija si es feliz en el matrimonio que vos la habéis mandado contraer y que ella ha consentido.

Diana cruzó las manos y exhaló un gemido. Esta fue la única contestación que pudo dar a Bussy: verdad es que ninguna otra habría sido tan positiva.

Los ojos del anciano barón se llenaron de lágrimas, porque empezaba a ver que la amistad, tal vez demasiado precipitada, que había profesado a monsieur de Monsoreau, contribuía en gran manera a la desgracia de su hija.

-Ahora bien -dijo Bussy-, ¿es cierto que habéis dado la mano de vuestra hija a M. de Monsoreau, sin que a ello os obligase ni por la astucia ni por la violencia?

-Sí, si la salvaba.

-Y la salvó en efecto. Entonces no tengo necesidad de preguntaros si pensáis cumplir

vuestra palabra.

-Es una ley para todos y mucho más para los nobles: vos debéis saberlo mejor que ninguno. M. de Monsoreau ha salvado la vida a mi hija según ella misma confiesa; por tanto, mi hija es de M. de Monsoreau.

-Señora -repuso Bussy-, ya veis que yo tenía razón cuando os dije que nada tenía que hacer aquí. El señor barón os da a M. de Monsoreau y vos misma le prometisteis ser suya en caso de que volvieseis a ver a vuestro padre sano y salvo.

-¡Ah! no me despedacéis el corazón, M. de Bussy -exclamó Diana aproximándose al joven-; mi padre no sabe que tengo miedo de ese hombre, mi padre no sabe que le aborrezco, mi padre se obstina en considerarle como mi salvador y yo le miro como mi verdugo.

-¡Diana, Diana! -dijo el barón-; M. de Monsoreau te ha salvado.

-Sí -exclamó Bussy, arrastrado por la violencia de su emoción fuera de los límites en que hasta entonces su prudencia y delicadeza le habían mantenido-; es verdad, ¿pero estáis cierto de que el peligro no era menor de lo que creíais? ¿estáis seguro de que no era aparente, de que . . ? ¿qué se yo?. . . Oídme, barón; aquí hay un misterio que falta aclarar y que yo aclararé. Pero lo que puedo deciros desde ahora es que si yo me hubiese visto en lugar de M. de Monsoreau, habría salvado igualmente del deshonor a vuestra hija, inocente y bella y ¡por Dios, que me oye! no la habría hecho pagar ese servicio.

-Pero él la amaba -replicó M. de Meridor que conocía cuán odiosa había sido la conducta de M. de Monsoreau-, él la amaba y algo se ha de perdonar al amor.

-¿Y yo? -exclamó-, ¿por ventura yo...?

Pero asustado ante la confesión que invo-

luntariamente iba a escapársele, se detuvo, y el brillo de sus ojos concluyó la frase que incompleta había expirado en sus labios.

Pero Diana la comprendió, y más acaso que si hubiera sido completa.

-Me habéis entendido, ¿no es verdad? -dijo ruborizándose-. Pues bien, amigo mío, hermano mío, me habéis pedido estos dos títulos y os los doy; ¿nada podéis hacer por mí?

-¡Mas el duque de Anjou! ¡el duque de Anjou! -murmuró el anciano que en la cólera del príncipe veía suspendida sobre su cabeza la tempestad que le amenazaba.

-No soy de los que temen la cólera de los príncipes, señor barón -repuso el joven-, y mucho me engaño o no es la del duque de Anjou la que tenemos que temer. Si queréis, yo os haré tan amigo del príncipe, que él será quien os proteja contra M. de Monsoreau, del cual viene, estad seguro de ello, el verdadero peligro, peli-

gro desconocido, pero cierto; invisible, pero tal vez inevitable.

-Pero si el duque sabe que Diana no ha muerto, todo lo perderemos- observó el anciano.

-Vamos -dijo Bussy-, veo que por más que os diga, creéis a M. de Monsoreau más que a mí y primero que a mí. No hablemos ya de esto; no aceptéis mi oferta, rehusad el auxilio poderoso que yo quería proporcionaros; arrojaos en brazos de ese hombre que tan bien ha justificado vuestra confianza. Ya os he dicho: he cumplido mi misión y nada tengo que hacer aquí. ¡Adiós, señor barón, adiós, señora, me retiro, ya no me veréis más, adiós!

-¡Oh! -exclamó Diana tomando la mano del joven-, ¿me habéis visto a mí confiar en él? No, yo os lo suplico de rodillas, M. de Bussy, no me abandonéis.

Bussy apretó las hermosas manos de Diana

y toda su cólera se deshizo como se deshace la nieve en la cresta de la montaña al cálido aliento del sol de mayo.

-Pues lo queréis, sea -repuso-, acepto la santa misión que me confiáis, y antes de tres días (porque necesito este tiempo para ver al príncipe, que está de peregrinación en Chartres con el rey), antes de tres días tendré alguna noticia que daros, o perderé el nombre que tengo.

Luego, acercándose a ella con una embriaguez que inflamaba a un tiempo su aliento y sus miradas, le dijo en voz baja:

-Somos aliados contra Monsoreau; recordad que no es él quien os ha traído a vuestro padre, y no me seáis pérfida.

Y estrechando por última vez la mano del barón, salió del aposento.

XXVI. EL DESPERTAR DEL PADRE GORENFLOT

Dejamos a nuestro amigo Chicot en éxtasis

delante del no interrumpido sueño y de los magníficos ronquidos del P. Gorenflot. Después de haber encargado mucho al posadero que no hablase una palabra a nadie de su salida a las diez de la noche ni de su vuelta a las tres de la mañana, le hizo seña de que se retirara y se llevase la luz.

Como maese Claudio Bonhomet había observado que en las relaciones que existían entre el bufón y el fraile, el bufón era siempre el que pagaba, tenía a éste en gran estima, al paso que el fraile no le inspiraba sino muy poco respeto. En su consecuencia, prometió a Chicot no despegar sus labios, y se ausentó dejando a los dos amigos a obscuras, según se le había encargado.

Después notó Chicot una cosa que excitó su admiración, y era que el padre Gorenflot roncaba y hablaba a la par, lo cual era señal, no de una conciencia cargada de remordimientos,

como podría creerse, sino de un estómago atestado de viandas.

Las palabras que pronunciaba Gorenflot en su sueño, formaban unas a otras una horrible mescolanza de elocuencia sagrada y de máximas báquicas.

Chicot observó que si permanecía en una obscuridad completa, le costaría mucha dificultad hacer la restitución que le faltaba, para que el P. Gorenflot al salir de su sueño no sospechase nada; en efecto, Chicot podía dar un paso imprudente y pisar alguno de los cuatro extremos del fraile, cuya dirección desconocía, y sacarle con el dolor de su letargo.

Con el objeto de iluminar un poco la escena y evitar lo que temía sopló los carbones de la chimenea.

Al ruido de aquel soplo, Gorenflot cesó de roncar y balbuceó: -Hermanos míos, hace un viento terrible: es el aliento del Señor que me

inspira.

Y volvió a roncar.

Chicot aguardó un momento a que el sueño hubiese recobrado su imperio y comenzó a desenvolver al fraile de entre los manteles en que al salir le había arropado.

-Vurrr -dijo Gorenflot-. ¡Qué frío! si sigue así, no' podrán madurar las uvas.

Chicot se detuvo, esperó un instante y luego volvió a su operación.

-Ya conocéis mi celo, hermanos -prosiguió el fraile-: todo por la Iglesia y monseñor de Guisa.

-¡Canalla! -dijo Chicot.

-Esta es mi opinión -repuso Gorenflot-, mas lo cierto es ...

-¿Qué? -preguntó Chicot, levantando al fraile para ponerle sus hábitos.

-Lo cierto es que el hombre es más fuerte que el vino; el P. Gorenflot ha luchado contra el

vino, como Jacob contra el ángel, y el P. Gorenflot ha vencido al vino.

Chicot se encogió de hombros. Este ademán intempestivo hizo abrir un ojo al fraile, el cual vio sobre su cabeza la sonrisa de Chicot, que al dudoso resplandor de la chimenea parecía lívida y siniestra.

-¡Ah! dejémonos de fantasmas y de duendes -exclamó el fraile, como si se quejase a algún diablo familiar, que de los pactos que con él tenía hechos se había olvidado.

-Está como un zaque -murmuró Chicot acabando de ponerle el hábito y tapándole la cabeza con la capucha.

-Muy bien -dijo Gorenflot-: se conoce que el sacristán ha cerrado la puerta del coro, pues ya no entra aire.

-Despierta ahora si quieres -dijo Chicot-; ya no me importa.

-El Señor ha oído mis súplicas -murmuró el

fraile, y el aquilón que había enviado para helar las viñas se ha convertido en suave céfiro.

-Amén -repuso Chicot.

Y haciendo una almohada con las servilletas, y tapándose con una parte del mantel, dejando la otra al fraile, se durmió al lado de su compañero.

Ya estaba muy entrado el día cuando la luz que daba a Gorenflot en los ojos, y la voz ruda del huésped que reñía a los marmitones, lograron disipar un tanto el denso vapor que trastornaba sus ideas.

Se incorporó, y con el auxilio de las dos manos logró acomodarse sobre la parte que la naturaleza previsora ha dado al hombre para que sea su principal centro de gravedad.

Realizado este esfuerzo, no sin dificultad, se puso a considerar el significativo desorden de la vajilla, y después fijó su atención en Chicot, que en virtud de la graciosa circunflexión de

uno de sus brazos, podía verlo todo sin perder un solo gesto del fraile. El gascón roncaba con tanta naturalidad, que hacía honor a su superior talento imitativo, de que tantas veces hemos hablado.

-¡Hermoso día! -exclamó Gorenflot-, ¡diantre! no parece sino que he pasado aquí la noche.

Luego, reuniendo sus ideas, dijo:

-¿Y el convento? ¡Oh, oh!

Y sé puso a atar el cordón del hábito, de lo cual Chicot se había olvidado.

-Es igual -añadió el fraile-; ¡qué sueño tan extraño he tenido! Me parecía que estaba muerto y envuelto en un sudario manchado de sangre.

Gorenflot no se engañaba del todo, pues al despertarse había tomado el mantel por un sudario y las manchas de vino por gotas de sangre.

-Por fortuna, era sueño -exclamó mirando a

todas partes.

En este examen su vista se detuvo de nuevo en Chicot, el cual, conociendo que el fraile le miraba, roncaba cada vez más.

-¡Qué dichoso es en dormir así! ¡Ah! duerme porque no se halla en la situación que yo.

Y lanzó un suspiro casi igual al ronquido de Chicot, de suerte que el suspiro habría probablemente despertado al gascón, si realmente hubiese estado durmiendo.

-¿Le despertaré para preguntarle su opinión? Es hombre de buen consejo.

-Chicot aumentó la fuerza de sus ronquidos, pasando de la imitación del órgano a la imitación del trueno.

-No continuó Gorenflot-, eso le daría demasiada ventaja sobre mí. Ya se me ocurrirá alguna buena mentira, sin necesidad de él. Pero cualquiera que sea esta mentira -prosiguió-, trabajo me costará evitar el calabozo, y no es

precisamente el calabozo lo que temo, sino el estar a pan y agua, que es la consecuencia. Si al menos tuviese algún escudo para seducir al padre carcelero.

Al oír esto Chicot sacó sutilmente de la ropilla una bolsa bastante repleta, y la ocultó debajo de su cuerpo.

No era precaución inútil, pues Gorenflot, más contrito que nunca, se aproximó a su amigo murmurando estas melancólicas palabras:

-Si estuviera despierto, no me negaría un escudo; mas su sueño es sagrado para mí, y voy a tomarlo.

Diciendo y haciendo, el P. Gorenflot se arrodilló junto a Chicot y le registró delicadamente los bolsillos.

Chicot, no obstante el ejemplo que su compañero le había dado, no creyó conveniente apelar a su diablo familiar, y le dejó que registrase cuanto quisiera en uno y otro bolsillo de la

ropilla.

-¡Es extraño! -dijo el fraile-, no tiene nada en los bolsillos: tal vez lo tendrá en el sombrero.

Mientras Gorenflot iba en busca del sombrero, Chicot sacó la bolsa, la vació en la mano y se la introdujo vacía en el bolsillo de los calzones.

-Tampoco hay nada en el sombrero -dijo el fraile-, ¡es sorprendente! mi amigo Chicot, que es un loco inteligente y previsor, jamás sale de su casa sin dinero. ¡Ah, picaruelo! -añadió con una sonrisa que le hendió la boca hasta las orejas-, se me olvidaba que podías tenerlo en los calzones.

Metió la mano en el bolsillo de los calzones y sacó la bolsa vacía.

-¡Jesús! -murmuró-, ¿y la cena, quién la pagará?

Esta idea produjo en el fraile profunda impresión, porque al instante se levantó y con

paso todavía un poco vacilante, pero rápido, se dirigió a la puerta, atravesó la cocina, sin entablar conversación con el huésped, a pesar de los cumplidos que éste le hacía, y escapó.

Entonces Chicot volvió el dinero a la bolsa y la bolsa al bolsillo, se reclinó de codos en la ventana, donde daba ya un rayo de sol, y olvidó a Gorenflot abismándose en una meditación profunda.

Entretanto el padre limosnero, con sus alforjas al hombro, continuaba su camino con aire compungido, que a cualquiera podía parecer recogimiento, pero que no era sino meditación, porque Gorenflot maquinaba una de esas magníficas mentiras de fraile perdulario o de soldado calavera, mentiras, cuyo fondo es siempre el mismo, mientras la trama está bordada caprichosamente según la imaginación del embustero.

Al divisar Gorenflot desde lejos las puertas

del convento, le parecieron más negras que de ordinario, y dedujo desagradables indicios de la presencia de muchos frailes, que en el umbral conversaban, dirigiendo de vez en cuando sus inquietas miradas hacia los cuatro puntos cardinales.

Apenas hubo salido por la calle de Santiago, cuando sufrió uno de los más horribles ataques de miedo que había tenido en toda su vida, pues observó entre los frailes un gran movimiento al verle.

-¡De mí es de quien hablan! -murmuró-; me señalan con el dedo, me esperan: me habrán buscado esta noche: mi ausencia habrá causado escándalo; ¡estoy perdido!

Ocurrióle la idea de huir, pero muchos religiosos venían ya a su encuentro: reflexionó que si huía le perseguirían, evidentemente.

El P. Gorenflot se hacía justicia, conociendo que no había nacido para correr, y que si corría,

sería alcanzado, atado y conducido al convento;

prefirió, pues, la resignación.

Avanzó con aire compungido hacia sus

compañeros, que al parecer dudaban si le

hablarían o no.

-¡Ah! -dijo Gorenflot-; fingen no conocerme:

soy la piedra de escándalo.

-En fin, uno de ellos se arriesgó a dirigirse a

Gorenflot, y le dijo:

-¡Pobre P. Gorenflot!

Este levantó la vista al cielo y suspiró.

-¿Sabéis que el padre prior os aguarda? -dijo

otro.

-¡Ah, Dios mío!

-¡Oh! sí -dijo otro-, ha mandado que tan

luego como viniéseis al convento os condujeran

a su presencia.

-Eso es lo que yo temía -murmuró Goren-

flot.

Y más muerto que vivo entró en el conven-

to, cuya puerta se cerró detrás de él.

-¡Ah, sois vos! -dijo el padre portero-, venid pronto, el reverendo padre prior José Foulon pregunta por vos.

Y el padre portero, asiendo a Gorenflot de la mano, le condujo, o mejor decir, le arrastró hasta la celda del prior.

Allí también se cerraron detrás de él las puertas.

Gorenflot bajó los ojos temiendo hallar las severas miradas del prior; veíase solo, abandonado de todos, y en presencia de su superior, que debía estar irritado, e irritado justamente.

-¡Ah! ¿sois vos? ¡Al fin habéis venido!

-Reverendísimo padre... -balbuceó Gorinflot.

-¡Con qué cuidado nos habéis tenido! -dijo el prior.

-Es demasiada bondad, padre -repuso el limosnero que no comprendía aquel inesperado

acento de indulgencia.

-Temíais volver al convento después de la escena de esta noche ¿no es verdad?

-Confieso que no me atrevía a volver - repuso Gorenflot, cuya frente estaba bañada de un sudor frío.

-¡Ah, hijo mío, qué imprudencia habéis cometido!

-Dejad padre mío, que os explique...

-¿Y qué me habéis de explicar? Esa salida intempestiva...

-Si no necesito explicarla -dijo entre sí Gorenflot-, tanto mejor, porque no sabía cómo hacerlo.

-La comprendo perfectamente -prosiguió el prior-. Un instante de exaltación, de entusiasmo, os ha arrastrado a ese extremo; la exaltación es una virtud santa, el entusiasmo es un sentimiento sagrado; mas las virtudes exageradas llegan a ser vicios y los sentimientos más

honrosos llevados al extremo son reprensibles.

-Perdonad, padre mío, pero si vos comprendéis, yo no comprendo bien del todo. ¿De qué salida me habláis?

-De la de esta noche.

-¿Fuera del convento? -preguntó tímidamente Gorenflot.

-No tal, en el convento.

-¿En el convento yo?

-Sí, vos.

Gorenflot se restregó las narices, creyendo que el padre prior quería jugar con él al juego de los despropósitos.

-Yo soy tan buen católico como vos, y no obstante, vuestra audacia me ha espantado.

-¿Mi audacia? -dijo Gorenflot-: ¿tan audaz he sido?

-Más que audaz, hijo mío, habéis sido temerario.

-¡Ah! padre, ¿no perdonaréis los extravíos

de un temperamento aún mal dominado? Yo me corregiré.

-Sí, pero entretanto no puedo menos que temer por vos, y por nosotros, las consecuencias de ese escándalo. Si la cosa hubiera sucedido entre nosotros nada importaría.

-¡Cómo! -dijo Gorenflot-, ¿y lo saben otros?

-Sin duda, bien sabéis que había allí más de cien seglares, que no han perdido una palabra de vuestro discurso.

-¿De mi discurso? -repitió Gorenflot cada vez más admirado.

-Confieso que era bueno; conozco que los aplausos han debido lisonjearos y que el sentimiento unánime ha. podido trastornaros la cabeza; mas proponer una procesión por las calles de París y ofreceros a vestir la coraza y excitar el celo de los buenos católicos, el casco en la cabeza y la partesana al hombro, vos mismo convendréis en que es ya demasiado.

Gorenflot contemplaba al prior cada vez con más muestras de sorpresa.

-Ahora bien -continuó el reverendo-, hay un medio de conciliarlo todo. Esa savia religiosa que bulle en vuestro generoso corazón os perjudicaría en París, donde hay tantos malos ojos que os espían. Quiero que vayáis a otra parte a comunicarla.

-¿Y adónde, padre? -preguntó Gorenflot, convencido de que iba desde allí al calabozo.

-A las provincias.

-¡Desterrado! -murmuró Gorenflot.

-Si os quedaseis aquí, podría sucederos otra cosa peor, querido hijo.

-¿Y qué me podría acontecer? -Que os formulasen una causa criminal, que según todas las probabilidades, traería por consecuencia la prisión perpetua o la muerte.

Gorenflot se puso espantosamente pálido, no pudiendo adivinar cómo había incurrido en

la pena de prisión perpetua o en la de muerte por haberse embriagado y haber pasado la noche fuera del convento.

-Mientras que sometiéndose a este destierro momentáneo -prosiguió el prior-, no sólo os libráis del peligro, sino que plantáis la bandera de la fe en las provincias: lo que habéis dicho esta noche, peligroso y aun imposible a la vista del rey y de sus validos malditos, en las provincias es más fácil de realizar. Partid, pues, lo más pronto posible, P. Gorenflot, tal vez sea ya tarde, y los arqueros hayan recibido orden do prenderos.

-¿Qué decís, reverendísimo padre? -dijo Gorenflot abriendo desmesuradamente los ojos, porque conforme el prior le hablaba le sorprendían más y más las proporciones colosales que iba tomando un pecado que cuando más podía ser considerado como venial-; ¿los arqueros decís? ¿y qué tengo yo que hacer con los

arqueros?

-Vos, nada; mas ellos tal vez tendrán que hacer algo con vos.

-¿Pero me han denunciado? -dijo Gorenflot.

-Lo apostaría -dijo el prior-; salid pues, lo más pronto posible de París.

-¡Salir, reverendísimo padre! -dijo Gorenflot espantado-, eso no es tan fácil de hacer como de decir. ¿Con qué me he de mantener si me voy de París?

-Nada más sencillo: sois el limosnero del convento: ahí tenéis vuestros medios de vida. Con las limosnas nos habéis mantenido a los demás hasta ahora; manteneos vos con ellas. Además, nada tenéis que temer en este punto, pues el sistema que habéis explicado ayer os dará en las provincias tantos partidarios que desde ahora puedo afirmar que no careceréis de nada. Pero andad, por Dios, y sobre todo no volváis sin que yo os lo mande.

Y el prior, después de haber abrazado tier-
namente al P. Gorenflot, le empujó suavemente
pero con firmeza hasta la puerta de su celda.
Hallábase en el claustro toda la comunidad
reunida esperando al P. Gorenflot.
Apenas se presentó, se precipitaron los frai-
les hacia él y todos querían a porfía tocarle las
manos y el cuello. Algunos había cuya vene-
ración llegaba hasta el punto de querer besarle
el extremo del hábito.
-Adiós -exclamaba uno estrechándole co-
ntra su pecho-, adiós P. Gorenflot; sois un santo
varón; no me olvidéis en vuestras oraciones.
-¡Bah! -contestaba entre sí Gorenflot-; ¡yo un
santo varón! ¡Pues no me falta nada para eso!
-Adiós -decía otro oprimiéndole la mano-,
valiente campeón de la fe; Godofredo de Boui-
llón sería bien poca cosa al lado vuestro.
-Adiós, mártir -decía otro, besandole el ex-
tremo del cordón-; la ceguedad habita aún entre

nosotros, pero pronto llegará la hora de la luz.

Y de este modo se halló Gorenflot llevado de brazo en brazo, de beso en beso, de epíteto en epíteto hasta la puerta del convento, que se cerró detrás de él apenas hubo salido.

Miró aquella puerta con indecible expresión y al fin salió de París, andando de espaldas, como si, negándose a partir, el ángel exterminador le hubiese mostrado la punta de su espada llameante.

Las únicas palabras que pronunció al llegar a la puerta fueron las siguientes:

-¡Lléveme el diablo! O ellos están locos o, si no lo están, lo estoy yo.

XXVII. CONTINUACIÓN

Hasta el día nefasto que hemos llegado, día en que le sobrevino al pobre Gorenflot la persecución inusitada que hemos referido en el anterior capítulo, nuestro buen fraile había tenido una vida contemplativa, es decir, que saliendo

de madrugada cuando quería tomar el fresco, y tarde cuando quería tomar el sol, confiado siempre en Dios y en la cocina del convento, nunca había pensado en otra cosa más que en proporcionarse los extraordinarios, bastante mundanos, aunque raros, del *Cuerno de la Abundancia;* estos extraordinarios dependían del capricho de los fieles y no podían salir sino de las limosnas en dinero, a las cuales el P. Gorenflot mandaba hacer alto al pasar por la calle de Santiago para penetrar con ellas en la hostería, de donde después las sacaba para el convento, disminuidas en la cantidad con que contribuía al establecimiento de maese Claudio Bonhomet. Tenía así mismo a Chicot su amigo, al cual agradaban las buenas comidas y los buenos compañeros de mesa; pero Chicot era un ser muy fantástico en su vida; el fraile le veía en ocasiones tres o cuatro días seguidos y otras veces no le solía ver en quince días, un mes, o

seis semanas, ya porque se hallase encerrado con el rey, ya porque le acompañase en alguna peregrinación, ya en fin porque se hallase fuera de París viajando por sus negocios o por divertirse. Gorenflot era, pues, uno de esos frailes para quienes, a semejanza de ciertos soldados, el mundo empezaba en el superior de la casa, es decir, en el coronel del convento y concluía en la marmita vacía. Así, este soldado de la Iglesia nunca se había figurado que algún día le había de ser necesario ponerse en camino en busca de aventuras.

Lo peor de todo era que se hallaba sin dinero; la respuesta del prior a su demanda había sido sencilla y sin adorno apostólico, como un fragmento del Evangelio.

-Busca y encontrarás.

Gorenflot, pensando que iba a verse obligado a buscar por mucho tiempo, se sentía fatigado antes de principiar.

Sin embargo, lo principal era librarse por de pronto del peligro desconocido, pero inmediato, según lo que podía deducirse de las palabras del prior.

El pobre fraile no era de aquellos que pueden disfrazarse y rehuir las investigaciones por medio de alguna metamorfosis; resolvió, pues, salir ante todo de París, y con este objeto se encaminó con paso rápido a la puerta de Bordelle, y pasó prudentemente, y haciéndose lo más flaco posible, por delante de la caseta de los vigilantes nocturnos y del cuerpo de guardia de los suizos, temiendo que estos arqueros, de quienes el prior de Santa Genoveva le había hablado, tuviesen realmente algo que hacer con él.

Pero luego que se halló en el aire libre y a quinientos pasos de la Puerta; luego que vio la primera hierba de la primavera que se esforzaba en penetrar la tierra, y en el horizonte el

sol refulgente, a izquierda y a derecha la soledad, y detrás la capital, cuyo murmullo todavía llegaba hasta él, se sentó a un lado del camino, encajó la doble barba en la ancha y gruesa mano, rascó con el índice la punta cuadrada de su nariz de perro dogo y empezó una meditación con acompañamiento de gemidos.

No le faltaba al P. Gorenflot más que la cítara para parecerse a uno de aquellos hebreos que, colgando sus arpas de los sauces, en tiempo de la desolación de Jerusalén, dieron motivo y texto al famoso versículo: *Super flumina Babylonis,* e inspiraron una infinidad de cuadros melancólicos.

Gorenflot gemía tanto más tristemente cuanto que iban a dar las nueve de la mañana, que era la hora de comer en el convento, pues los frailes, atrasados en civilización, como conviene a los que están desprendidos de las cosas de este mundo, seguían aún en el año de gracia

de 1578 las prácticas del buen rey Carlos V, el cual comía a las ocho de la mañana después de oír misa.

Tanto trabajo costaría contar los granos de arena que agita el aire a orillas del mar un día de tempestad, como enumerar las ideas contradictorias que una después de otra se presentaron a la mente de Gorenflot.

La primera idea que le ocurrió y la que más trabajo le costó desechar, debemos decirlo, fue la de regresar a París, irse derecho al convento, declarar al prior que prefería el calabozo al destierro, que consentía, si era preciso, en sufrir las disciplinas, el suplicio del látigo, del doble látigo y del *in pace,* con tal que le diesen de comer y aun prestándose a reducir el número de sus comidas a cinco.

A esta idea tan tenaz, que en más de un cuarto de hora no desamparó el cerebro del pobre fraile, sucedió otra más racional, que fue

irse en línea recta al *Cuerno de la Abundancia,* preguntar por Chicot, que regularmente estaría durmiendo todavía, exponerle la situación deplorable en que se hallaba a consecuencia dé sus sugestiones báquicas, sugestiones a que había tenido la debilidad de ceder, y alcanzar de su generoso amigo una pensión alimenticia. Este plan ocupó la imaginación de Gorenflot durante otro cuarto de hora, porque Gorenflot era hombre juicioso y no carecía de mérito. Por último, otro de los proyectos que se le ocurrieron, proyecto bastante audaz, consistía en entrar en la capital por la puerta de San Germán o por la torre de Nesle y seguir clandestinamente su oficio de limosnero. Conocía los buenos parajes, los sitios fértiles, las callejuelas, donde ciertas comadres que criaban suculentas aves tenían siempre algún capón que echar en la alforja del limosnero; veía en el agradable espejo de sus recuerdos cierta casa de vestíbulo

donde en estío se hacían conservas de toda especie, y esto con el objeto principal (al menos el P. Gorenflot se complacía en creerlo así) de echar en su alforja, a cambio de su paternal bendición, ya un tarro de jalea de membrillo, ya una docena de nueces en dulce, ya una caja de conserva de manzanas, cuyo olor solamente habría dado ganas de beber a un moribundo. Porque, preciso es decirlo, las ideas del padre Gorenflot, en último resultado, siempre venían a parar en representarle los placeres de la mesa y las dulzuras del reposo; de modo que algunas veces pensaba, no sin cierta inquietud, en los dos abogados del diablo que en el día del juicio final argüirían contra él, y que se llamaban la pereza y la gula. Pero debemos confesar que el digno fraile seguía, no sin remordimiento quizá, la florida pendiente que conduce al abismo donde aúllan constantemente, como Escila y Caribdis, estos dos pecados mortales.

Por eso este último plan le agradaba; este género de vida le parecía el único a que se hallaba destinado por la Naturaleza; mas para lograr su objeto necesitaba permanecer en París y se exponía a hallar a cada paso a los arqueros, a los alguaciles, a las autoridades eclesiásticas, gente peligrosa para un fraile vagabundo.

Había también otro inconveniente, y era que el tesorero de Santa Genoveva, como administrador celoso, no dejaría a París sin limosnero; Gorenflot corría, pues, el riesgo de hallarse cara a cara con un nuevo colega, que tendría sobre él la superioridad de estar en el ejercicio legítimo de sus funciones.

Esta idea le hizo estremecer, y ciertamente había motivo para ello.

Aquí llegaba en su monólogo y en sus meditaciones, cuando vio asomar a lo lejos, bajo el arco de la puerta de Bordelle, un caballero que con el galope de su caballo hizo retemblar la

bóveda.

Aquel hombre echó pie a tierra al llegar a una casa situada a cien pasos próximamente del paraje donde se hallaba Gorenflot; llamó a la puerta, le abrieron, y caballo y cabalgadura penetraron en lo interior.

Gorenflot observó esta circunstancia porque envidiaba la dicha del caballero, que tenía caballo, y por lo tanto podía venderlo.

Pero al cabo de un instante el caballero, que por la capa conoció Gorenflot ser el mismo que acababa de entrar, salió de la casa y fue a esconderse entre un bosquecillo de árboles que había cerca y una multitud de grandes piedras que se hallaban inmediatas al bosquecillo.

-Alguna emboscada se prepara -murmuró Gorenflot-. Si yo fuera menos sospechoso a los arqueros iría a advertírselo, o me opondría a ella si fuese más valiente.

En aquel instante, el hombre emboscado,

que no quitaba los ojos de la puerta de la ciudad sino para inspeccionar las inmediaciones con cierta inquietud, en una de las rápidas miradas que dirigía a todos lados, divisó al P. Gorenflot sentado v con la barba apoyada en la mano. Esta vista le desagradó, y se puso a pasear afectando indiferencia detrás de las piedras.

-Esa estatura, ese aire -murmuró Gorenflot...

- yo conozco a ese hombre. . . pero no, es imposible.

En aquel momento el desconocido, que volvía la espalda a Gorenflot, se bajó de pronto como si las piernas hubieran dejado de sostenerle, porque acaba de oír ruido de herraduras hacia la puerta de la ciudad.

Efectivamente, tres hombres, de los cuales dos parecían lacayos, montados en tres mulas y llevando cada uno a la grupa una abultada maleta, salían lentamente de París por la puerta de

Bordelle

Tan pronto como los conoció el emboscado se escondió más todavía, y después, arrastrándose, más bien que andando, se dirigió al grupo de árboles, eligió el más grueso y se situó detrás de él como un cazador en acecho.

Los de las mulas pasaron sin verle o al menos sin fijar en él la atención, mientras que, al contrario, él parecía quererlos devorar con los ojos.

-Yo soy quien ha impedido que se realice el crimen -dijo Gorenflot, y mi presencia en el camino, justamente en este momento, es una de las manifestaciones de la voluntad divina, como la que ahora necesito para almorzar.

Luego que pasó la cabalgata, el hombre que acechaba volvió a entrar en la casa.

-Bueno -dijo Gorenflot-, esta es una circunstancia que si no me engaño va a proporcionarme la ventaja que ambicionaba. Hombre que

acecha no quiere ser visto: este es un secreto que yo poseo, y aunque no valiera más que seis dineros, me los haría pagar por él.

Y sin más demora se dirigió a la casa: pero a medida que se iba aproximando, se le presentaba el aire marcial del caballero, la larga tizona que le azotaba las pantorrillas y la terrible mirada que había dirigido a los de las mulas.

-Creo -dijo por último-, creo haberme alegrado demasiado pronto, porque ese hombre no me parece que se dejará intimidar.

Al llegar a la puerta estaba ya completamente convencido de lo inútil de su proyecto, y en vez de rascarse la nariz, como había hecho al principio, se rascaba la oreja.

De repente su rostro se iluminó.

-Una idea se me ocurre -dijo-, y una idea ingeniosa. Le diré: Caballero, todo hombre tiene sus planes, sus deseos, sus esperanzas; yo rezaré a Dios por vuestros proyectos, y dadme al-

guna cosa. Si sus planes son malos, como no dudo, tendrá doble necesidad de que ruegen por él y me dará limosna. Yo después someteré el caso a la deliberación del primer doctor que encuentre, a saber: si se debe rezar en favor de proyectos ignorados cuando hay alguna duda sobre la bondad de estos proyectos: lo que me diga el doctor lo haré, y por consiguiente, no seré yo responsable, sino él; y si no encuentro doctor... entonces, en la duda de lo que debo hacer, me abstendré de rezar; pero mientras tanto habré almorzado con la limosna de este hombre de malas intenciones.

Tomada esta determinación, se arrimó a la pared de la casa y aguardó.

Cinco minutos después se abrió la puerta y presentóse el caballero a caballo.

Gorenflot se le aproximó.

-Caballero, si gustáis que rece cinco *pater noster ,y* cinco *Avemarías* por el logro de vues-

tros proyectos...

El hombre volvió la cabeza, y exclamó:

-¡Gorenflot!

-¡M. Chicot! -exclamó el fraile admirado.

-¿Adónde diablos vais de ese modo, com-

padre? -preguntó Chicot.

-Lo ignoro, ¿y vos?

-Yo es diferente, yo bien sé adonde voy.

Voy todo derecho.

-¿Muy lejos?

-Hasta que me detenga; pero vos, compa-

dre, pues no podéis decir con qué objeto os en-

contráis aquí, me hacéis sospechar una cosa.

-¿Qué?

-Que me habéis espiado.

-¡Jesús, Dios mío! ¡yo espiaros! ¡Dios me li-

bre! Os he visto es cierto, pero nada más.

-¿Y qué habéis visto?

-Que acechabais el paso de las mulas.

-¿Estáis loco?

-Os he visto detrás de las piedras mirar muy atentamente. -Es que quiero construir una casa fuera de puertas: esas piedras son mías, y he estado examinando si eran de buena calidad.

-Pero, en fin, ¿qué hacéis aquí?

-¡Ah, M. Chicot, estoy proscrito! -repuso Gorenflot dando un enorme suspiro.

-¿Cómo? -dijo Chicot.

-Proscrito.

Y Gorenflot, tapándose con la capucha, movió la cabeza de adelante atrás, acompañando este movimiento con la mirada imperativa del hombre al cual una gran catástrofe da derecho a reclamar la compasión de sus semejantes.

-Mis hermanos me arrojaron de su seno -prosiguió-; estoy excomulgado, anatematizado.

-¡Bah! ¿y por qué?

-Escuchad, M. Chicot -dijo Gorenflot poniéndose la mano en el pecho-: podéis o no creerme; pero a fe de Gorenflot que lo ignoro.

-¿Os han encontrado corriendo alguna bro-

ma con gente *non sancta?*

-No gastéis esas chanzas, M. Chicot. Bien

sabéis lo que he hecho desde ayer noche.

-Sí -dijo Chicot-, desde las ocho a las diez,

pero no desde las diez a las tres de la mañana.

-¿Cómo desde las diez a las tres?

-Indudablemente, a las diez salisteis.

-¡Yo! -dijo Gorenflot mirando al gascón con

ojos dilatados por la sorpresa.

-Como que os pregunté adónde ibais.

-¿Me preguntasteis que adónde iba?

-Sí.

-¿Y qué contesté?

-Que ibais a pronunciar un discurso.

-Algo hay de cierto en eso, a pesar de todo -

murmuró Gorenflot.

-Pardiez si es cierto! Como que me habéis

referido parte de vuestro discurso, que era bas-

tante largo.

-Se hallaba dividido en tres partes; es la división que recomienda Aristóteles.

-Y en él había terribles cosas contra el rey Enrique III.

-¡Bah! -dijo Gorenflot.

-Tan terribles, que no me extrañaría que os persiguiesen como enemigo de la tranquilidad pública.

-Monsieur Chicot, vos me abrís los ojos; ¿estaba bien despierto cuando os hablaba?

-Debo confesar, compadre, que me parecíais muy extraño; particularmente vuestras miradas eran tan fijas que me asustaban; parecía que estabais despierto sin estarlo y que hablabais durmiendo.

-No obstante -dijo Gorenflot-, estoy seguro de haber despertado esta mañana en el *Cuerno de la Abundancia.*

-¿Y qué tiene eso de particular?

-¡Cómo! ¿pues no decís que salí a las diez?

-Sí, pero regresasteis a las tres de la mañana, por cierto que dejasteis la puerta abierta y tuve frío.

-Y yo también me acuerdo de eso.

-Ya veis -dijo Chicot.

-¡Si es verdad lo que decís! ...

-¡Cómo si es cierto! preguntádselo a maese Claudio Bonhomet.

-¡A maese Bonhomet!

-Sin duda; él os abrió la puerta. Debo así mismo advertiros que a vuestra vuelta veníais hinchado de orgullo, .y que os dije: -Quitad allá, compadre, el orgullo no sienta bien al hombre y mucho menos al fraile.

-¿Y de qué estaba yo orgulloso?

-Del éxito que había alcanzado vuestro discurso, de las felicitaciones que os habían dirigido el duque de Guisa, el cardenal y M. de Mayena, que Dios guarde, añadió Chicot quitándose el sombrero.

-Entonces todo lo hallo explicado.

-Al fin convenís en haber estado en esa asamblea; ¿cómo diablos la llamáis? ¡Ah! ya me acuerdo, asamblea de la santa Unión, eso es..

Gorenflot dejó caer la cabeza sobre el pecho y lanzó un gemido.

-Soy sonámbulo -dijo-; hace tiempo que lo sospechaba.

-¿Sonámbulo? -dijo Chicot-,. ¿qué quiere decir sonámbulo?

-Quiere decir, monsieur Chicot repuso el fraile-, que en mí el espíritu domina a la materia, de tal modo que mientras la materia duerme, el espíritu vela, y entonces el espíritu manda a la materia, que,, aunque dormida, se ve obligada a obedecer.

-¡Eh, compadre! -repuso Chicot-, eso se parece mucho a cosa de magia; si tenéis el diablo en el cuerpo, decídmelo francamente; un hombre que anda durmiendo, que gesticula dur-

miendo, que pronuncia discursos contra el rey, también durmiendo, vive Dios, que tiene algo de hechicero: ¡atrás, Belcebú! *¡vade retro, Satanás!*

Y Chicot apartó su caballo del fraile.

-¡También vos me abandonáis, monsieur Chicot! *¡Tu quoque Brute!* ¡Ah! jamás lo habría yo creído en vos.

Y el fraile, desesperado, trató de modular un sollozo.

Chicot se compadeció de aquella desesperación profunda, tanto más terrible cuanto que era más concentrada.

-Veamos, ¿qué me habéis dicho? -interrogó.

-¿Cuándo? -Ahora, hace poco.

-¡Ah! ¿qué se yo? Estoy para volverme loco: tengo la cabeza llena y el estómago vacío: ¿sobre qué os hablaba, monsieur Chicot?

-Hablabais de viajar.

-Es verdad; el reverendo padre prior me ha

aconsejado los viajes.

-¿Y por dónde?

-Por donde quiera -respondió el fraile.

-¿Y adónde vais?

-No lo sé -repuso Gorenflot levantando las manos al cielo-; iré adonde Dios quiera. M. Chicot, prestadme dos escudos para hacer el viaje.

-Más que eso haré.

-¡Ah! veamos, ¿qué vais a hacer?

-También yo os dije que iba de camino.

-Es verdad que me lo habéis dicho.

-Pues bien, os llevaré en mi compañía.

Gorenflot miró al gascón con desconfianza, como si no se atreviese a creer en semejante favor.

-Pero con la condición -añadió Chicot- de que seréis prudente y discreto, y en cambio yo os permitiré ser impío. ¿Aceptáis mi oferta?

-¿Si la acepto? -dijo el fraile-, ¡vaya si la acepto! ¿Pero tenemos dinero para viajar?

-Mirad -repuso Chicot sacando una larga bolsa graciosamente redondeada en toda su extensión.

Gorenflot dio un salto de alegría.

-¿Cuánto hay?

-Ciento cincuenta doblones.

-¿Y adónde vamos?

-Ya lo veréis, compadre.

-¿Cuándo almorzaremos?

-Ahora mismo.

-¿Pero qué cabalgadura llevo yo? -preguntó Gorenflot con inquietud.

-No será mi caballo, pardiez, pues me lo mataríais.

-Entonces -repuso Gorenflot desanimado-, ¿qué haremos?

-Nada más sencillo, vos tenéis una panza como Sileno, y sois bebedor como él; pues bien, para que la semejante sea completa, os compraré un asno.

-Sois mi rey, M. Chicot, sois mi sol. Comprad un asno que sea un poco robusto: ahora, ¿dónde almorzaremos?

-Aquí, ¡pardiez!, aquí mismo. Mirad ese rótulo que está encima de la puerta y leed si sabéis leer.

En efecto, habían llegado nuestros dos amigos frente a una especie de posada. Gorenflot siguió la dirección del dedo de Chicot y leyó: "Aquí se venden huevos, jamón, empanadas de anguila y vino blanco."

Sería difícil explicar la revolución que al leer esto se efectuó en el semblante de Gorenflot; abriéronse desmesuradamente sus ojos, y la contracción de sus labios al tiempo de sonreírse, dejó ver dos filas de dientes blancos y aguzados por el hambre. Alzó los brazos al aire, en señal de alegría y en acción de gracias a Chicot, y balanceando su ' enorme cuerpo con cierta especie de cadencia, cantó la canción siguiente, a

la cual sólo podía servir de disculpa el júbilo
que en aquella ocasión experimentaba:

Cuando sueltan un jumento,
cuando quitan un tapón,
brinca el asno de convento,
salta el vino a borbotón;
pero al fraile en libertad
nadie iguala en desenfreno,
si se ve libre del freno
olvida la santidad.

-¡Bien! -exclamó Chicot-, y para no perder tiempo, poneos a la mesa mientras yo voy a buscar al asno.

XXVIII. EL VIAJE DEL PADRE GORENFLOT

La indiferencia de Chicot para con su estómago, con el cual tenía aunque loco, tantas atenciones como si fuera fraile, procedía de haber almorzado abundantemente antes de salir del *Cuerno de la Abundancia.*

Además, las grandes pasiones alimentan según dicen, y Chicot estaba en aquel instante dominado por una gran pasión.

Instaló, pues, al P. Gorenflot delante de una mesa de la posada: pasáronle por una especie de torno, jamón, huevos y vino, y el fraile se puso a despacharlo todo con su celeridad acostumbrada.

Entretanto Chicot se dirigió en busca del asno que necesitaba para su compañero, y halló en casa de unos labradores de Sceaux entre un buey y un caballo, el tranquilo animal objeto de los deseos de Gorenflot: tenía cuatro años, su color tiraba a pardo y sus cuatro patas afiladas como husos sostenían un cuerpo bastante rollizo. En aquel tiempo un asno como el que acabamos de describir valía veinte libras: Chicot dio veintidós y fue bendecido por su magnificencia.

Cuando volvió con su compra y entró con

ella en el cuarto mismo donde estaba almorzando Gorenflot, éste, que acababa de engullirse la mitad de una empanada de anguila y de apurar la tercera botella, entusiasmado a la vista de su cabalgadura y predispuesto a enternecerse en virtud de los vapores del vino generoso, saltó al cuello del asno v besándole en una y otra quijada, le introdujo entre las dos una larga corteza de pan, que le hizo rebuznar de placer.

-¡Hola! -dijo Gorenflot-; ¡hermosa voz tiene este animal! Alguna vez cantaremos juntos. Gracias, Chicot, gracias.

Y bautizó acto seguido a su asno con el nombre de Panurgo.

Chicot dirigió una mirada a la mesa y vio que sin tiranía podía exigir de su compañero que se levantase. Díjole, pues, con una voz a que Gorenflot nunca podía resistirse:

-Vamos, en marcha, compadre, en marcha. En Melun merendaremos.

El tono de su voz era tan imperioso y al mismo tiempo sus palabras, a pesar de su dureza, encerraban tan dulce promesa, que Gorenflot, en vez de hacer observación alguna, repitió:

-A Melun, a Melun.

Y sin más demora, con la ayuda de una silla se subió sobre el burro que estaba aparejado con una sencilla albarda de cuero, de la cual pendían dos cuerdas a modo de estribos.

El fraile metió sus sandalias entre las cuerdas y tomando la brida del asno con la mano derecha y apoyando la izquierda en la cadera, salió de la posada con tan majestuoso continente como el dios con quien Chicot, con fundamento alguno, le había comparado.

Chicot montó en su caballo con el aplomo de un consumado jinete, y ambos a trote corto tomaron el camino de Melun.

De este modo recorrieron cuatro leguas sin

detenerse; luego descansaron un instante, del cual se aprovechó Gorenflot para tenderse en la hierba y dormir. Chicot por su parte hizo un cálculo de etapas, según el cual vio que en andar ciento veinte leguas a diez leguas por día, invertiría doce días.

Diez leguas era lo único que buenamente podía exigirse de las fuerzas combinadas de un fraile y un asno.

-No es posible -murmuró contemplando a Gorenflot que sobre la hierba al lado del camino dormía ni más ni menos que si estuviera echado sobre un colchón de pluma-, no es posible; si quiere seguirme tendrá que andar quince leguas por día lo menos.

Como se ve, el P. Gorenflot se hallaba hacía algún tiempo destinado a terribles desgracias. Chicot le dio con el codo a fin de despertarle y comunicarle su observación. Gorenflot abrió los ojos y exclamó:

-¿Estamos ya en Melun? Tengo hambre.

-No, compadre -contesto Chicot-, todavía no hemos llegado; por eso os despierto, porque urge llegar pronto y caminamos muy despacio, ¡pardiez! muy despacio.

-¡Vaya! ¿y eso os enfada, querido Chicot? El camino de la vida va cuesta arriba puesto que concluye en el cielo y es por tanto fatigoso de andar. Además, ¿quién nos mete prisa? Cuánto más tiempo tardemos, más estaremos juntos. ¿Acaso el objeto de mi viaje no es la propaga-ción de la fe, como el del vuestro el divertiros? Pues bien, cuanto más despacio vayamos, mejor propagaremos la fe .y más os divertiréis. Por ejemplo, yo opinaría que nos quedásemos unos cuantos días en Melun. Allí hay, según me han asegurado, excelentes empanadas de anguila y quisiera hacer comparación concienzuda y ra-zonada entre la empanada de anguila de Melun y las de otros países. ¿Qué decís a eso, M. Chi-

cot?

-Digo -contestó el gascón-, que debemos darnos la mayor prisa posible y no detenernos a merendar en Melun, sino ir a cenar a Montereau para reparar el tiempo perdido.

Gorenflot contempló a su compañero de viaje como si le hubiese hablado un idioma ininteligible.

-¡Vamos! en marcha -dijo Chicot.

El fraile, que estaba tendido cuan largo era y con las manos cruzadas sobre la cabeza, se contentó con sentarse dando un gemido.

-Sin embargo, compadre -continuó Chicot-, si queréis quedaros atrás y caminar a vuestro gusto, sois dueño de hacerlo.

-No, no -dijo Gorenflot a quien asustaba la idea de quedarse solo, habiendo escapado como por milagro de un completo desamparo-, os sigo, monsieur Chicot, os aprecio demasiado para dejaros.

-Entonces, a caballo, compadre, a caballo.

Gorenflot llevó al asno junto a un poyo y logró subirse encima, no a horcajadas como la otra vez, sino a mujeriegas: decía que esto era más cómodo para hablar, pero la verdad era que previendo que iban a redoblar el paso, trataba de proporcionarse dos puntos de apoyo, la crin y la cola.

Chicot puso su caballo al trote largo y el asno le siguió rebuznando.

Los primeros momentos fueron terribles para Gorenflot: por fortuna la parte sobre la que descansaba tenía tan extensa superficie, que le era menos difícil que a cualquier otro mantener el equilibrio.

De vez en cuando Chicot se alzaba sobre los estribos, exploraba el camino y no viendo lo que buscaba, apresuraba el paso.

Gorenflot dejó pasar los primeros indicios

de investigación y de impaciencia sin preguntar la causa, pues le ocupaba demasiado el cuidado de no caerse. Pero luego que recobró poco a poco el equilibrio y pudo al fin creerse seguro, viendo que Chicot seguía el mismo ejercicio, le dijo:

-¿Qué buscáis, M. Chicot?

-Nada; miro adonde vamos.

-Me parece que ya lo sabéis; vamos a Melun, vos mismo, lo habéis dicho, y aun al principio agregasteis. . .

-No vamos a Melun, compadre, no -dijo Chicot apretando el paso.

-¡Cómo que no vamos, cuando hace un siglo que no hemos dejado el trote!

-A galope, a galope -exclamó el gascón haciendo tomar este paso a su caballo.

Redobláronse los apuros del P. Gorenflot.

-Decid, M. Chicot -exclamó cuando pudo

hablar-, ¿llamáis a esto un viaje de recreo? Pues yo no me divierto gran cosa.

-¡Adelante! ¡adelante! -respondió Chicot.

-Pero este repecho es bastante penoso.

-Los buenos jinetes no galopan sino cuesta arriba.

-Sí, pero yo no tengo pretensiones de jinete.

-Entonces, quedaos atrás.

-No tal, voto a Judas -repuso Gorenflot-, por nada en el mundo.

-Entonces, ¡adelante, adelante!

Y Chicot hizo tomar al galope de su caballo un grado más de rapidez.

-Panurgo ya no puede más -gritó Gorenflot-, mirad, se detiene.

-Adiós, compadre, hasta más ver -dijo Chicot.

Gorenflot tuvo por un momento deseos de responderle otro tanto, pero reflexionó que aquel caballo a quien maldecía de todo corazón,

y que llevaba un hombre tan extraño en sus gustos, llevaba también el dinero en el bolsillo de aquel hombre. Resignóse, pues, y golpeando con sus sandalias los ijares del asno, le obligó a tomar de nuevo el galope.

-Voy a matar a mi pobre Panurgo -dijo con voz lastimera el fraile, creyendo dar un golpe decisivo al interés de Chicot, ya que no podía atacar su sensibilidad-: le voy a matar, no tengo duda.

-Matadle, compadre, matadle -repuso Chicot, sin que esta observación, que Gorenflot juzgaba de la más alta importancia, le hiciese aflojar el paso-; matadle y compraremos una mula.

El asno, como si hubiera comprendido aquellas amenazadoras palabras, dejó el centro del camino y tomó un sendero lateral, donde Gorenflot no se habría atrevido a caminar a pie.

-¡Socorro, socorro! -gritó el fraile-, ¡que me

caigo al río!

-No hay peligro -contestóle Chicot- si caéis al río nadaréis sin necesidad de nadie.

-¡Oh! -murmuró Gorenflot-, voy a morir de esta hecha, estoy seguro. ¡Y cuando pienso que todo esto me acontece por ser sonámbulo!

Y el fraile levantó al cielo una mirada que quería decir:

-¡Señor, Señor! ¿qué crimen he cometido para que me castiguéis con esta enfermedad?

De pronto, Chicot, al llegar al extremo de la cuesta, detuvo su caballo, refrenándole tan de pronto, que el animal, sorprendido, se alzó de manos casi hasta dar con las ancas en el suelo.

Gorenflot, peor jinete que Chicot, y cuya cabalgadura en vez de brida tenía una cuerda, siguió su camino.

-¡Deteneos, vive Cristo, deteneos! -gritó Chicot.

Mas el burro se había empeñado en galopar,

y los burros son pertinaces.

-Si no os detenéis -gritó Chicot-, por el alma de mi padre que os disparo un pistoletazo.

-¿Qué diablo de hombre es éste? -murmuró Gorenflot-, ¿qué animal le habrá mordido?

Después, como la voz de Chicot resonaba cada vez más terrible, y corno el fraile creyera ya oír silbar la bala con que el gascón le había amenazado, practicó una maniobra que le era fácil por la manera que estaba colocado, que fue dejarse caer del burro al suelo.

-Ya me detengo -dijo, después de haber tocado con los pies en tierra y cogiéndose con las dos manos al burro, que le hizo dar algunos pasos, pero que al fin se paró.

Entonces Gorenflot buscó a Chicot pensando hallar en su rostro las muestras de satisfacción que no podían menos de pintarse en él a la vista de una maniobra tan diestramente ejecutada.

Chicot estaba oculto detrás de una roca y continuaba desde allí sus señales y sus amenazas.

Esta precaución hizo comprender al fraile que había algún secreto grave por medio.

Miró por el camino adelante, y a quinientos pasos vio a tres hombres que caminaban tranquilamente en sus mulas.

A la primera ojeada conoció a los viajeros que habían salido aquella mañana de París por la puerta de Bordelle y a quienes Chicot había espiado escondido detrás de un árbol.

Chicot aguardó en la misma postura a que se perdiesen de vista los tres hombres, y después se reunió con su compañero de viaje, que se hallaba sentado en el mismo sitio en que se había caído, teniendo la brida de Panurgo con las dos manos.

-¿Qué es esto? -exclamó Gorenflot, que comenzaba a perder la paciencia-. Explicadme, si

os place, M. Chicot, qué es lo que hacemos;
hace poco corríamos a galope tendido y ahora
nos detenemos de repente.
-Querido amigo -dijo Chicot-, esto es, que
quería saber si vuestro asno es dé buena casta, y
si vale las veintidós libras que he dado por él;
ahora que he hecho la prueba, estoy enteramen-
te satisfecho de mi compra.
Como puede suponerse, el fraile no creyó
nada de esto, y se preparaba a decírselo a su
compañero, pero su natural pereza se opuso a
ello, aconsejándole que no se metiese en ningu-
na discusión.
Contentóse, pues, con responder mostrando
su disgusto:
-De todos modos, estoy muy cansado y ten-
go mucha hambre.
-¿No es más que eso? -repuso Chicot dándo-
le una palmada en el hombro-; a mí me sucede
lo mismo, de modo que en la primera venta que

encontremos. . .

-¿Qué? -interrumpió Gorenflot atreviéndose apenas a creer en la mudanza que anunciaban las primeras palabras del gascón.

-Mandaremos -dijo éste- que nos frían unas magras, asen uno o dos pollos y nos suban el mejor vino de la cueva.

-¿De veras? -preguntó Gorenflot-: ¿habláis seriamente?

-Os lo prometo, compadre.

-Entonces -dijo el fraile- pongámonos inmediatamente en camino para llegar cuanto antes a esa bienaventurada venta. Ven, Panurgo, ven, que en breve comerás salvado.

El burro, como si lo entendiera, contestó con un alegre rebuzno.

Chicot volvió a montar a caballo. Gorenflot llevaba el asno del ramal.

La tan deseada venta se presentó muy pronto a sus ojos entre Corbeil y Melun; pero Goren-

flot, que ya de lejos admiraba su magnífico aspecto, oyó con mucha sorpresa que Chicot le mandaba subir sobre su asno, y luego que lo hizo vio, no sin sobresalto, que daban un rodeo por la izquierda para pasar por detrás de la casa. Por lo demás, su inteligencia había hecho rápidos progresos, pues con una sola ojeada comprendió el motivo de aquel rodeo: las tres mulas de los viajeros, cuyas huellas seguía Chicot, estaban atadas a la puerta de la venta.

-¡Estos -dijo para sí el fraile-, éstos son los viajeros malditos, a cuya voluntad están sometidos los sucesos de nuestro viaje y las horas de nuestras comidas!

Y dio un profundo suspiro.

Panurgo, que vio que le apretaban de la línea recta, que todos y hasta los asnos saben que es la más corta, se detuvo y se plantó, como si estuviera decidido a echar raíces en el sitio mismo donde se encontraban.

-Ya lo veis -dijo Gorenflot con tono lastimero-; mi Panurgo no quiere andar.

-¡Ah! ¿No quiere andar? -dijo Chicot-; aguardad.

Y acercándose a unos fresnos, eligió una vara de cinco pies de larga, gruesa como un dedo, sólida y flexible a la vez.

Panurgo no era de esos cuadrúpedos cuya estupidez les impide atender a lo que pasa a su alrededor y que no prevén los acontecimientos hasta que los sienten caer sobre sus lomos.

Atento a la maniobra de Chicot, a quien sin duda empezaba a considerar con el respeto que merecía, apenas adivinó sus intenciones, echó a andar a paso redoblado.

-Ya anda, ya anda -gritó Gorenflot al gascón.

-No importa -dijo éste-; para quien camina en compañía de un fraile y de un asno, nunca está de más una vara.

Y acabó de cortar la que había elegido.

XXIX. LOS CAMBIOS DEL PADRE GORENFLOT

Las tribulaciones de Gorenflot tocaban a su fin, al menos por aquel día. Después del rodeo, tomaron ambos viajeros el camino real y se detuvieron tres cuartos de legua más allá en una posada rival de la anterior.

Ocuparon un aposento cuyas ventanas daban al camino y Chicot mandó que en él les diesen de cenar; pero claramente se veía que la cena no era para nuestro gascón sino un asunto secundario, pues comía tan sólo con la mitad de los dientes, mientras que miraba con los dos ojos y escuchaba con los dos oídos. Esta distracción duró hasta las diez de la noche, hora en que Chicot, no habiendo visto ni oído nada, se levantó de su puesto mandando al ventero que diesen dobles raciones de avena y salvado al caballo y al asno y los tuviese dispuestos para el

amanecer.

Al oír esta orden, Gorenflot, que al parecer dormía hacía una hora, pero que realmente estaba solamente adormecido y en el dulce éxtasis que sigue a una buena cena acompañada de frecuentes libaciones de vino generoso, exhaló un profundo suspiro, y preguntó:

-¿Al amanecer?

-¡Sí! ¿y qué importa? ya debéis estar acostumbrado a levantaron a esa hora.

-¿Por qué razón? -dijo Gorenflot.

-¿Y los maitines?

-Estaba exento por merced que me había concedido el superior.

Chicot se encogió de hombros, y la palabra holgazán con las dos letras que forman el plural vino a morir en sus labios.

-Sí, holgazanes -dijo Gorenflot-, holgazanes, ¿y por qué no?

-¡El hombre ha nacido para el trabajo! -

repuso sentenciosamente el gascón.

-Y el fraile para el descanso -contestó Gorenflot-, el fraile es una excepción del hombre.

Y satisfecho con este argumento, que en apariencia dejó convencido a Chicot, se levantó y se dirigió majestuosamente a su cama, que se hallaba en el mismo cuarto, pues Chicot, temiendo alguna imprudencia, mandó que se la pusiesen junto a la suya.

Efectivamente, al amanecer, si el padre Gorenflot no hubiera estado sumergido en el sueño más profundo, habría podido ver a Chicot levantarse, acercarse a la ventana y ponerse en observación detrás de la cortina.

Poco después el gascón, aunque en la posición en que se encontraba no podía ser visto desde la calle, dio rápidamente un paso atrás, y si Gorenflot, en vez de continuar dormido, hubiese estado despierto, habría oído el ruido que hacían las herraduras de las tres mulas.

Chicot se acercó al fraile y le sacudió asiéndole del brazo hasta que le hizo abrir los ojos.

-¿No podré tener un instante de tranquilidad? -dijo Gorenflot, que salía de un sueño de diez horas.

-¡Alerta! -dijo Chicot-, vistámonos y montemos al instante a caballo.

-¿Y el almuerzo? -dijo el fraile.

-En el camino de Montereau le tenemos.

-¿Qué es eso de Montereau? -preguntó Gorenflot, que no sabía gran cosa de geografía.

Montereau -dijo el gascón- es una ciudad donde se almuerza. ¿Os basta eso?

-Sí -respondió lacónicamente Gorenflot.

-Entonces, compadre -dijo Chicot-, yo voy abajo a pagar nuestro gasto y el de nuestras cabalgaduras; dentro de cinco minutos, si no estáis pronto, echaré a andar sin vos.

Los frailes no tienen necesidad de mucho tiempo de tocador; sin embargo, Gorenflot tar-

dó en vestirse seis minutos. Así fue que al llegar a la puerta vio a Chicot que exacto como un suizo, marchaba ya delante.

El fraile cabalgó sobré Panurgo, que animado con la doble ración de heno y avena que Chicot le había mandado administrar, tomó por sí mismo el galope y llegó al instante a ponerse con Gorenflot al lado del gascón.

Hallábase éste de pie sobre los estribos: su cuerpo no hacía la menor arruga desde la cabeza a los pies.

Gorenflot se levantó sobre los suyos y divisó a lo lejos a los tres hombres de las mulas que bajaban una cuesta.

El fraile suspiró pensando cuán doloroso era que una influencia extraña dispusiese de aquel modo de su destino.

Chicot le cumplió por aquella vez la palabra, pues almorzaron en Montereau.

Los acontecimientos de todo aquel día fue-

ron muy parecidos a los del anterior y lo mismo los del siguiente.

Suprimiremos, pues, los pormenores y diremos que en la tarde del segundo día, Gorenflot, que mal o bien comenzaba a acostumbrarse a aquella vida aventurera, observó que Chicot iba perdiendo por grados toda su alegría.

Desde por la mañana no había vuelto a ver a los tres viajeros a quienes seguía; de modo que cenó de muy mal humor y durmió muy poco.

Gorenflot comió y bebió por los dos y entonó sus mejores canciones, pero sin que lograse hacer salir a Chicot de su impasibilidad.

Apenas amanecía cuando el gascón se levantó, despertando a su compañero: éste se vistió y apenas montaron a caballo, tomaron un trote largo, que a poco rato se convirtió en galope tendido.

Pero por más que corrían no percibían ras-

tro alguno de mulas en el camino.

Al mediodía asno y caballo no podían tenerse de cansancio.

Chicot se fue en derechura a ¡in portazgo establecido en el puente de Velleneuve-le-Roi para los animales de pezuña hendida, y preguntó:

-¿Habéis visto a tres hombres montados en mulas que han debido pasar por aquí esta mañana?

-¿Esta mañana? No, señor -repuso el portazguero-: si fuera ayer tarde...

-¿Ayer?

-Sí, ayer tarde a las siete.

-¿Habéis reparado en ellos?

-Sí, señor: como se repara en los viajeros.

-Digo si .recordáis las señas de cada uno.

-Me parece que eran amo y dos lacayos.

-Eso es -dijo Chicot, y dio un escudo al portazguero.

Luego, hablando consigo mismo, dijo:

-¡A las siete! ¡diablo! me llevan doce horas de delantera! Vamos, valor.

-M. Chicot -dijo el fraile-, valor no me falta a mí; pero- el pobre Panurgo no puede ir más allá.

En efecto, el animal, trabajado durante dos días, más de lo que permitían sus fuerzas, temblaba como un azogado y comunicaba a Gorenflot la agitación de su pobre cuerpo.

-Ni vuestro caballo tampoco -continuó Gorenflot-, miradle en qué estado se encuentra.

Efectivamente, el noble animal, a pesar o más bien a causa de su fogosidad, estaba bañado en sudor, arrojando espuma por la boca y próximo a arrojar sangre por los ojos.

Chicot examinó rápidamente las dos cabalgaduras y se adhirió a la opinión de su compañero.

Gorenflot comenzaba a respirar, cuando oyó que el gascón le decía: -Vamos, padre li-

mosnero, aquí es necesario adoptar una gran resolución.

-No sé qué otra cosa hemos adoptado desde hace algunos días -exclamó Gorenflot, cuyo semblante se descompuso, aun antes de saber lo que iba a proponerle Chicot.

-Es necesario separarnos -dijo éste, abordando de frente la dificultad.

-¡Bah! -contestó Gorenflot-, ¡siempre con las mismas chanzas! ¿por qué nos hemos de separar?

-Porque corréis poco, compadre.

-¡Voto a San Crispín! -exclamó Gorenflot-, ¡pues si corro como el viento! ¿no he galopado hoy cinco horas seguidas?

-No es suficiente.

-Pues entonces volvamos a ponernos en marcha; cuanto más de prisa vayamos, más presto llegaremos, porque al fin presumo que hemos de llegar.

-Mi caballo ya no quiere andar y vuestro pollino tampoco.

-Y entonces, ¿qué hemos de hacer?

-Les dejaremos aquí y a la vuelta les recogeremos.

-¿Pensáis caminar a pie?

-Iremos en mulas.

-¿Y dónde están?

-Las compraremos.

-Vamos -dijo Gorenflot dando un suspiro-, hagamos otro sacrificio.

-Así pues...

-Vaya por las mulas.

-¡Bravo, compadre! comenzáis a formaros;: encargad al posadero que cuide de Bayardo y Panurgo, mientras yo voy a hacer la compra.

Gorenflot desempeñó en conciencia la comisión de que quedó encargado; en los cuatro días de relaciones que llevaba con Panurgo había apreciado, no diremos sus cualidades, mas

sí sus faltas, y observado que sus tres defectos principales eran los mismos de que él adolecía, a saber: la pereza, la glotonería y la lujuria. Esta observación le chocó y por eso se separaba con sentimiento de su asno; pero Gorenflot era no tan sólo perezoso, lujurioso y glotón, sino egoísta y prefería por lo tanto separarse de Panurgo a separarse de Chicot, en atención a que, como hemos dicho, era éste el que llevaba la bolsa.

Chicot llegó por último con dos mulas, con las cuales caminaron veinte leguas aquel día, de suerte que por la noche, a la puerta de un herradero, Chicot tuvo la satisfacción de ver las tres mulas consabidas.

-¡Ah! -exclamó respirando por la primera vez.

-¡Ah! -contestó el fraile dando otro suspiro.

Pero el ojo ejercitado de Gorenflot no vio los arneses de las mulas, ni al amo ni a los lacayos: las mulas se hallaban reducidas a se ornamento

natural, es decir, que no tenían arneses de ninguna especie, y el amo y los lacayos habían desaparecido.

Al lado de aquellos animales estaban varias personas desconocidas que los examinaban, como para adivinar sus cualidades o defectos; aquellas personas eran un chalán, el herrador y dos frailes franciscanos, los cuales obligaban a andar de un lado a otro a las mulas, y les examinaban los dientes, las patas y las orejas.

Chicot se estremeció.

-Adelantaos -dijo a Gorenflot-, aproximaos a esos frailes franciscanos, llamadles aparte, interrogadles: de fraile a fraile no habrá secretos: informaos diestramente de quién son estas mulas, a qué precio quieren venderlas y dónde están sus dueños; luego venid a decirme lo que hayáis averiguado.

Gorenflot, asustado al ver el sobresalto de su amigo, partió al trote y volvió pocos momen-

tos después.

-Esta es la historia -dijo-. En primer lugar,

¿sabéis dónde nos hallamos?

-¿No he de saberlo? Estamos en el camino

de Lyon -dijo Chicot-; es la única cosa que me

importa saber.

-Aún os importa saber otra según me habéis

dicho, y es qué se han hecho los dueños de las

mulas. -Justo; decid.

-El que parece el amo...

-Sí.

-Ha tomado aquí el camino de Aviñón por

un atajo que pasa por Chanteau Chinon y Pri-

vas.

-¿Solo?

-¿Cómo solo?

-Pregunto si va solo.

-Con un lacayo.,

-¿Y el otro?

-El otro lacayo ha seguido adelante.

-¿Hacia Lyon?

-Hacia Lyon.

-Muy bien. ¿Por qué irá el amo a Aviñón?

Yo tenía entendido que iba a Roma. Pero -

añadió Chicot como hablando consigo mismo-,

yo os pregunto cosas que no debéis saber.

-Sí tal, sí las sé -repuso Gorenflot-, ¿y eso os

admira?

-¿Qué sabéis?

-Que va a Avignon porque Su Santidad

Gregorio XIII ha enviado a Avignon un legado

con plenos poderes.

-Bueno -repuso Chicot-, ya entiendo... ¿y las

mulas?

-Las mulas se hallaban cansadas y las han

vendido a un chalán, el cual las revende a los

frailes franciscanos.

-¿En cuanto?

-En quince doblones cada una.

-¿Y cómo han seguido su viaje?

-En caballos que han comprado.

-¿A quién?

-A un capitán de caballería que se halla aquí

de remonta.

-¡Vive Dios, compadre -dijo Chicot-, que

sois un hombre precioso, y que hasta hoy no he

conocido lo que valéis!

Gorenflot se hizo el modesto.

-Ahora continuó Chicot-, concluir lo que

con tanta habilidad habéis empezado.

-¿Qué debo hacer?

Chicot echó pie a tierra y dando al fraile la

brida de su mula, le dijo:

-Llevaos esas dos mulas y ofrecedlas por

veinte doblones a los frailes franciscanos: os

deben la preferencia.

-Y me la darán -repuso Gorenflot-, o les de-

nunciaré a su superior.

-¡Bravo! compadre, os vais formando.

-¡Ah! ¿pero cómo seguiremos nuestro cami-

no? -preguntó Gorenflot.

-A caballo, ¡pardiez! a caballo.

-¡Diablo! -dijo el fraile rascándose la oreja.

-¿Os asustáis? ¡Un jinete como vos!

-¡Bah! -exclamó Gorenflot-, ¿dónde nos veremos?

-En la plaza del pueblo.

-Esperadme allí.

Y Gorenflot se adelantó con resuelto paso hacia los frailes franciscanos, mientras Chicot, por una calle de travesía, se encaminaba a la plaza del lugar.

Allí encontró en la posada del *Gallo Atrevido* al capitán de caballería, que estaba bebiendo una botella de un vinillo de Auxerre, que los aficionados de segundo orden confundían con el de Borgoña: el gascón supo por el capitán nuevas noticias que confirmaron de todo punto las que le había dado Gorenflot.

En un instante ajustó Chicot dos caballos

que el capitán puso en la lista de los *muertos en el camino,* y que merced a este accidente pudo darlos por treinta y cinco doblones los dos.

Sólo faltaba ajustar las sillas y las bridas, cuando Chicot vio salir por una callejuela lateral al P. Gorenflot, llevando las dos sillas en la cabeza y las dos bridas en la mano.

-¡Hola! ¿qué es esto, compadre?

-¿Qué ha de ser? -repuso Gorenflot-, las sillas y los frenos de nuestras mulas.

-¿No las habéis vendido, padre? -dijo Chicot sonriéndose.

-¡No faltaba más! -exclamó el fraile.

-¿Pero habéis vendido las mulas?

-En diez doblones cada una.

-¿Y os han pagado?

-Aquí está el dinero.

Y Gorenflot hizo sonar su bolsillo lleno de monedas de toda especie.

-¡Diablo! -dijo Chicot-, sois un grande hom-

bre, compadre.

-Yo soy así -dijo Gorenflot con modesta fatuidad.

-Manos a la obra -repuso Chicot.

-Sí; pero tengo sed -repuso el fraile.

-Vamos, bebed mientras pongo las sillas a los caballos; pero que no sea mucho.

-Una botella.

-Vaya por una botella.

Gorenflot apuró dos y volvió a entregar el resto del dinero a Chicot.

Chicot tuvo intención por un momento de dejarle al fraile todo aquel dinero; pero meditó que no sería dueño de Gorenflot desde el instante en que éste tuviera un escudo a su disposición. Tomó, pues, el dinero sin que el fraile hubiese podido adivinar el pensamiento que le había ocurrido, y montó a caballo.

Gorenflot hizo lo mismo ayudado del oficial de caballería, que era un hombre temeroso de

Dios y que le tuvo el estribo, recibiendo en cambio su bendición.

-Sea en buena hora -exclamó Chicot poniendo el caballo al galope-; ¡vaya un bellaco oportunamente bendecido!

Gorenflot, viendo correr a Chicot delante de él o, lo que es igual, viendo correr la cena, lanzóse en su seguimiento: había hecho ya progresos en la equitación, y en vez de agarrar la crin con una mano y la cola con la otra, se asió con las dos del arzón y con este solo punto de apoyo galopó cuanto quiso Chicot; y hasta llegó a ganar al gascón en celeridad, pues siempre que Chicot contenía a su caballo y le hacía cambiar de paso, el fraile, que prefería el galope al trote, continuaba corriendo y animando con gritos á su cabalgadura.

Tan nobles esfuerzos eran dignos de recompensa; al día siguiente por la noche, poco antes de llegar a Chalon, encontró Chicot a

maese Nicolás David, que era el que iba disfrazado de lacayo, a quien no perdió de vista hasta Lyon, donde penetraron los tres en la noche del octavo día después de su salida de París, y en el momento mismo en que como hemos dicho, Bussy, San Lucas y su mujer, habiendo seguido un camino opuesto, llegaban al castillo de Meridor.

XXX. CHICOT Y SU COMPAÑERO SE ALOJAN EN LA HOSTERIA DEL CISNE DE LA CRUZ

Maese Nicolás David, disfrazado como ya dijimos, de lacayo, se dirigió a la plaza des Terreaux y eligió en ella la principal hostería, que era la del *Cisne de la Cruz*.

Chicot le vio entrar y permaneció un instante en observación para asegurarse de que había hallado habitación y por lo tanto de que no saldría.

-¿Tenéis alguna objeción que hacer contra la

hostería del *Cisne de la Cruz?* -preguntó a su compañero de viaje.

-Ninguna absolutamente -respondió éste.

-Pues bien, vais a entrar en ella; ajustaréis un aposento retirado, diciendo que esperáis a un hermano vuestro, y en efecto, me esperaréis a la puerta; yo voy a dar un paseo y no volveré hasta bien entrada la noche. Cuando vuelva os hallaréis en vuestro aposento, y sabiendo ya las entradas y salidas de la posada, me llevaréis a nuestra habitación, sin que tenga necesidad de tropezar con gente que no quiero ver. ¿Entendéis?

-Entiendo perfectamente -repuso Gorenflot.

-Elegid un cuarto espacioso con buenas luces, y si es posible contiguo al del viajero que acaba de llegar; sobre todo que tenga ventanas a la calle para que yo vea quién entra y quién sale. No digáis mi nombre bajo ningún pretexto y prometed montones de oro al cocinero.

-Así lo haré.

En efecto, Gorenflot desempeñó maravillosamente su comisión. Ele,gido el aposento, luego que llegó la noche condujo a él a Chicot. El astuto fraile hizo observar al gascón que su habitación, aunque situada en diferente piso que la de Nicolás David, estaba contigua a ella, pues separaban únicamente a ambas un tabique sencillo y fácil de agujerear si se quería.

Chicot no perdió una palabra de esta relación, y si alguno hubiera escuchado al orador y visto al oyente, habría podido ver reflejada en el rostro de uno la satisfacción que le causaban las palabras del otro.

Cuando el fraile concluyó de contar cuanto sabía, dijo Chicot:

-Cuanto acabáis de decirme merece recompensa: esta noche en la cena tendremos vino de Jerez, sí, le tendremos, ¡voto al diablo! o no soy vuestro compadre.

-No conozco la embriaguez de ese vino -dijo Gorenflot-, pero debe ser deliciosa.

-La conoceréis dentro de dos horas, y decid que soy yo quien lo afirma.

Chicot llamó al hostero.

Tal vez se extrañará que el narrador de esta historia haga pasear al lector, siguiendo a sus personajes por un número demasiado grande de hosterías; pero a esto contestará que no es culpa suya si los dichos personajes, unos por complacer a sus queridas, otros por huir de la cólera del rey, emprenden viajes por opuestos caminos. Ahora bien, como la época que describe está justamente entra la antigüedad, en cuyos tiempos no se necesitaban posadas, gracias a la hospitalidad fraternal, que reinaba y la vida moderna en, que las posadas se han convertido en fondas, le es forzoso detenerse en las hosterías donde deben desarrollarse las escenas importantes de su historia. Por otra parte, los cara-

vanseralls de nuestro Occidente se presentaban entonces bajo tres formas diferentes: la posada, la hostería y el bodegón. Repárese que no hablamos aquí de ninguna de aquellas agradables casas de baños, que no tienen semejantes en nuestros días y que legadas por la Roma de los emperadores al París de los antiguos reyes, habían conservado la comodidad y profana tolerancia de los tiempos antiguos.

Estos establecimientos, en el reinado de Enrique 11, estaban limitados a la capital; las provincias no tenían aún sino la hostería, la posada y el bodegón.

Por ahora nos encontramos en una hostería, y así se lo hizo entender el huésped á Chicot cuando éste le llamó, diciéndole que tuviese paciencia, pues se hallaba hablando con un viajero, que habiendo llegado primero que él, tenía derecho a ser servido antes.

Chicot adivinó que aquel viajero era su

abogado.

-¿Qué se dirán? -preguntó.

-¿Creéis que haya algún secreto entre los dos?

-¡Diablo! ya lo veis, pues que ese hombre carilucio que hemos visto, y que según presumo es el huésped...

-El mismo -repuso el fraile.

-Consiente en entrar en conversación con un hombre vestido de lacayo.

-Es que ha cambiado de traje -dijo Gorenflot-; ahora está vestido todo de negro.

-Razón más en favor de lo que yo digo: el huésped está indudablemente en la intriga.

-¿Queréis que procure confesar a su mujer? -dijo Gorenflot.

-No -dijo Chicot-, prefiero que os vayáis a dar un paseo.

-¡Bah! ¿y la cena? -dijo Gorenflot.

-Haré que la dispongan mientras volvéis:

tomad un escudo para hacer boca.

Gorenflot tomó el escudo con muestras de gratitud.

El fraile, durante su viaje, había ya hecho alguna de las excursiones nocturnas a que se hallaba acostumbrado en París, para lo cual le daba entonces facilidad su cargo de limosnero. Desde su salida del convento hallaba placer en tales excursiones; aspiraba, por decirlo así, la libertad por todos los poros, de tal modo que el convento ya no se presentaba a su imaginación sino bajo el aspecto de una lóbrega cárcel.

Salió, pues, de la hostería con el hábito recogido por los lados y el escudo en el bolsillo.

Apenas Chicot le vio fuera, sin perder un instante, tomó una barrenilla, y a la altura de la vista hizo un agujero en la pared. Aquella abertura, del tamaño de la de una cerbatana, no le permitía, a causa del espesor de las tablas, ver claramente las diferentes partes de la ha-

bitación; pero aplicando el oído podía oír la mayor parte de lo que en ella se dijera.

Sin embargo, por la disposición de los interlocutores, hizo el azar que Chicot pudiese ver claramente al huésped que hablaba con maese Nicolás David.

Aunque, como hemos dicho, Chicot perdía algunas palabras, lo que de la conversación oía fue suficiente para que se enterase de que David ponderaba su fidelidad al rey, y hablaba de una misión que le había confiado el jefe de policía.

El huésped le escuchaba con respeto, pero con indiferencia sin duda, porque respondía poco, y aun Chicot creyó observar en sus miradas y en la entonación de su voz una ironía bastante marcada cuando pronunciaba el nombre del rey.

-¡Hola, hola! -exclamó Chicot-, ¿si será de la Liga nuestro huésped? ¡Pardiez! yo lo veré.

Y como nada importante oyó en el cuarto de Nicolás David, se retiró de su puesto de observación y aguardó a que el huésped le visitase.

Por fin se abrió la puerta de su aposento.

El huésped -se presentó con el gorro en la mano; pero tenía absolutamente la misma fisonomía burlona que había observado Chicot en su conversación con el abogado. -Sentaos, amigo mío -le dijo Chicot-, y antes que nos arreglemos definitivamente, oíd si os place mi historia.

El huésped pareció escuchar desfavorablemente este exordio e hizo con la cabeza seña de que quería continuar de pie.

-Como gustéis, amigo mío -repuso Chicot.

El huésped hizo una seña que significaba que para hacer lo que gustase no necesitaba permiso de nadie.

-Me habéis visto con un fraile -dijo Chicot.

-Sí, señor -repuso el huésped.

-Silencio, no digáis nada, ese fraile está

proscrito.

-¡Bah! -dijo el huésped-; puede que sea algún hugonote disfrazado.

Chicot tomó un aspecto de dignidad ofendida y repuso:

-¡Hugonote! ¿quién ha dicho que es hugonote? Sabed que ese fraile es pariente mío, y yo no tengo parientes hugonotes. ¡Pardiez! buen hombre, deberíais avergonzaros de usar semejante lenguaje.

-¡Ah! caballero, nada tendría de extraño... -exclamó el huésped. -En mi familia no ha habido nunca hugonotes, señor huésped; ese fraile es, al contrario, el enemigo más encarnizado de ellos de modo que ha merecido la indignación de Enrique III, que como sabéis les proteje.

El huésped comenzaba a interesarse por la suerte de Gorenflot.

-¡Silencio! -dijo llevando un dedo a sus labios.

-¿Cómo silencio? -preguntó Chicot-, ¿tenéis aquí dependientes del rey?

-Mucho lo temo -dijo el huésped- aquí en el aposento de al lado hay un viajero...

-Entonces -dijo Chicot-, huiremos al momento mi pariente y yo, pues proscrito, amenazado...

-¿Y adónde habéis de ir?

-Un hostelero amigo nuestro, cuyo nombre es La Huriére, nos ha dado recomendación para dos o tres casas.

-¡La Huriére! -dijo el huésped-, ¿conocéis a La Huriére?

-¡Silencio! no lo digas a nadie -respondió Chicot-, nos. conocimos en la jornada de Sap Bartolomé.

-Vamos -dijo el huésped-, ya veo que vuestro pariente y vos sois dos santos varones. Yo también conozco a La Huriére y cuando compré esta hostería tuve deseos de ponerla como una

prueba de amistad, el mismo título que tiene la suya, es decir, de *La Hermosa Estrelle,* pero como era ya conocida bajo la denominación del *Cisne de la Cruz,* temí que la mudanza del título me perjudicase. Habéis dicho, pues, caballero, que vuestro pariente...

-Ha cometido la imprudencia de predicar contra los hugonotes; su sermón ha tenido un éxito asombroso, tanto que Su Majestad Cristianísima, indignada al saber este triunfo que le revelaba el estado de los ánimos, ha ordenado prender a mi pariente.

-¿Y entonces? -preguntó el huésped con acento de marcado interés.

-¡Pardiez! le he sacado del convento.

-Hicisteis bien, ¡pobre hombre!

-El duque de Guisa me ha ofrecido protegerle.

-¡Cómo! ¿el gran Enrique de Guisa, el de la cara cortada?

-Enrique el Santo.

-Sí, Enrique el Santo, vos lo habéis dicho.

-Mas he temido que por nosotros estallase la guerra civil.

-Entonces, si sois amigos del duque de Guisa, conoceréis esto.

Y el huésped hizo con la mano una seña masónica.

Chicot, en la dichosa noche que pasara en Santa Genoveva, había observado veinte veces no solamente esta seña, sino la que a ella respondía. Respondióle, pues, con otra, diciendo:

-¡Pardiez! y vos esto.

-Estáis en vuestra casa -dijo el posadero-; miradme como amigo; yo os miro como hermano, y si os hace falta dinero...

Chicot respondió sacando una bolsa que, aunque un poco disminuida, presentaba todavía una corpulencia bastante respetable.

La vista de una bolsa bien redondita es casi

siempre agradable hasta para el hombre generoso que ofrece su dinero .Y que sabe que la persona a quien hace su oferta no tiene precisión de aceptarla, de modo que conserva el mérito de ella sin necesidad de ponerla en práctica.

-Muy bien -dijo el huésped.

-Para tranquilizaros más -añadió Chicot-, os diré que viajamos para propagar la fe y que el tesoro de la Unión nos paga el viaje; indicadnos, pues, una hostería donde nada tengamos que temer.

-¡Pardiez! -repuso el huésped-, en ninguna parte estaréis mejor que aquí; tenedlo por seguro.

-Pero hace poco que hablabais de un hombre que ocupaba ese aposento de al lado.

-Sí, pero que vea lo que hace porque a la primera vez que le halle espiando, a fe de Bernouillet que le haré mudarse a otra parte.

-¿Os llamáis Bernouillet? -preguntó Chicot.

-Tal es mi nombre, caballero, nombre cono-
cido entre los fieles, sino de la capital, al menos
de la provincia, y de ello me glorio. Decid,
pues, una palabra y veréis cómo le planto de
patitas en la calle.
-No -dijo Chicot-, al contrario, dejadle; a los
enemigos vale más que uno les tenga cerca de
sí, pues de este modo se les puede vigilar.
-Tenéis razón -dijo Jornouillet, admirado.
-¿Más que razón hay para creer que ese
hombre es nuestro enemigo? Digo nuestro -
continuó el gascón con amable sonrisa-, porque
veo que somos hermanos.
-¡Oh! sí, seguramente -dijo el huésped-; lo
que me lo hace creer es ...
¿Qué?
-Que llegó aquí disfrazado de lacayo y des-
pués se puso un traje de abogado; pero ni es
abogado ni lacayo, pues bajo su capa, que se
hallaba sobre una silla, he visto la punta de una

larga espada. Además me ha hablado del rey como nadie habla, y por último me ha confesado que traía una comisión de M. de Morvilliers, que según sabéis es uno de los ministros de Nabucodonosor.

-Del Herodes, como yo le llamo.

-Del Sardanápalo.

-¡Bravo!

-¡Ah! ya veo que nos entenderemos -dijo el huésped.

-¡Pardiez! -exclamó Chicot-; por eso me quedo aquí.

-Ya lo creo.

-Pero no habléis una palabra de mi pariente.

-¡Cómo!

-Ni de mí.

-Menos... Mas silencio, alguien viene.

Gorenflot se presentó en el umbral.

-¡Oh, es él, el santo varón! -dijo el huésped.

Y se dirigió hacia el fraile haciéndole la seña

con que se reconocían entre sí los individuos de la Liga.

Esta seña dejó estupefacto a Gorenflot.

-Responded, responded, hermano -dijo Chicot-; nuestro huésped lo sabe todo y es de los nuestros.

-¿Es de los nuestros? -interrogó Gorenflot-, ¿quiénes son los nuestros?

-Los de la santa Unión -dijo el huésped a media voz.

-Ya veis que podéis contestar; contestad pues.

Gorenflot contestó, lo cual colmó de alegría al hostelero.

-Pero -dijo Gorenflot, que deseaba mudar cuanto antes de conversación-, me han prometido vino de Jerez.

-Vino de Jerez, vino de Málaga, vino de Alicante, todos los vinos de mi bodega se hallan a vuestra disposición.

Gorenflot paseó sus miradas desde el huésped a Chicot y desde Chicot al techo. Nada entendía de lo que estaba pasando, y era evidente que en su humildad monacal reconocía que su felicidad era muy superior a su mérito.

Gorenflot se embriagó tres días seguidos, el primero con Jerez, el segundo con Málaga, el tercero con Alicante; pero luego confesó que a todos ellos prefería el Borgoña, al cual tocó el turrip el cuarto.

Durante aquellos cuatro días en que Gorenflot hacía sus experimentos báquicos, Chicot no salió de su aposento, ocupado desde por la mañana hasta por la noche en espiar las acciones del abogado.

El huésped, que atribuía la reclusión de Chicot al temor que le inspiraba el fingido realista, hacía que le sirviesen mal.

Pero maese Nicolás no se daba por entendido, pues habiendo citado a Pedro de Gondy en

la hostería del *Císne de la Cruz,* no quería salir de su domicilio provisional, temiendo que si salía no pudiese encontrarle el mensajero del duque de Guisa; de suerte que en presencia del huésped parecía insensible a todo: verdad es que luego que se cerraba la puerta, se entregaba a todo su furor, y esto para Chicot, que por el agujero de la pared le miraba, era un espectáculo divertido.

Desde el día siguiente a su instalación en la hostería, reparando ya en las malas intenciones del huésped, se le escapó decir enseñándole el puño cerrado, o más bien enseñándosele a la puerta por donde Bernouillet acababa de salir: -Dentro de cinco o seis días, bellaco, tú me las pagarás.

Con esto se aseguró Chicot de que Nicolás David no saldría de la hostería hasta que hubiese recibido respuesta del legado del Papa.

Al acercarse el sexto día, que era el séptimo

de su llegada al mesón, Nicolás David, a quien el huésped no obstante las instancias de Chicot, había manifestado que en breve tenía necesidad de disponer de su cuarto, cayó enfermo al parecer de gravedad.

El huésped insistió en que buscase otra posada, antes de caer postrado en el lecho, pero Nicolás David pidió de término hasta el día siguiente, pretendiendo que ya estaría mejor; sin embargo no fue así, sino que se puso peor.

El huésped anunció esta noticia a su amigo Chicot.

-Perfectamente -dijo restregándose las manos-, nuestro realista, nuestro amigo Herodes, va a pasar la revista del almirante ran plan tan rataplán, plan.

Entre los individuos de la Liga pasar la revista del almirante quería decir marcharse al otro mundo.

¡Bah! -exclamó Chicot-, ¿creéis que se mori-

rá?

-Tiene una fiebre espantosa, querido hermano, fiebre terciana o cuartana con ataques tan fuertes que le hacen saltar en el lecho: los médicos no atinan qué mal es el suyo: tiene un hambre de mil diablos; ha querido ahogarme y dar de palos a los mozos: los médicos no saben qué hacerse.

Chicot estuvo un rato meditando.

-¿Le habéis visto? -preguntó.

-Ciertamente. ¡Cuando os digo que ha querido ahogarme entre sus manos!

-¿.Y cómo estaba?

-Pálido, agitado, perdido, gritando como un endemoniado.

-¿Y qué decía?

-¡Cuidado con el rey! ¡que traicionan al rey!

-¡Miserable!

-¡Bribón! Luego dice que espera a un hombre que debe venir de Avignon y que quiere

verle antes de morir.

-¡Ah! ¿conque habla de Avignon? -preguntó Chicot.

-A cada minuto.

-¡Voto a Cristo! -dijo Chicot dejando escapar su juramento favorito.

-¿Qué decís? -dijo el huésped-, ¿acaso sería malo que se muriese?

-Malísimo: yo no quería que se muriese antes de que llegase el hombre que debe venir de Avignon.

-¿Y por qué? cuanto más pronto se muera, menos tardamos en vernos libres de él.

-Sí, pero yo no llevo el odio hasta querer que se pierda su alma con su cuerpo; y ya que ese hombre viene de Avignon para confesarle. ..

-¡Qué! ¿no veis que eso es un delirio de la fiebre, alguna idea que se le ha puesto en la cabeza, pero que no tiene fundamento?

¡Quién sabe! -murmuró Chicot.

-Vos sois un perfecto cristiano -dijo el huésped.

-Vuelve bien por mal, dice la ley divina.

El huésped se retiró maravillado. Gorenflot, completamente extraño a todas estas cosas, engordaba de un modo notable: al cabo de ocho días el peso de su cuerpo hacía gemir la escalera que conducía al aposento, la cual iba siendo demasiado estrecha para su corpulencia; espantado el fraile con este fenómeno participó a Chicot la observación que había hecho, reducida a que la escalera se iba quedando flaca. Por lo demás ni hacía caso de David, ni se cuidaba de la Liga ni le importaba nada el estado deplorable de la religión; no tenía más cuidado que el de variar los manjares y armonizar los de distintas clases que se hacía servir con los diferentes vinos de la Borgoña, mientras el huésped maravillado repetía cada vez que le veía entrar y salir:

-¡Quién diría que este padre es un torrente de elocuencia!

XXXI. LA CONFESIÓN

Al fin llegó o pareció llegar el día en que maese Niolás debía desocupar su habitación. Bernauillet se precipitó en el cuarto de Chicot dando tan estrepitosas carcajadas, que éste tuvo que aguardar mucho tiempo antes de saber la causa de aquella inmoderada risa.

-¡Se muere! -exclamaba el caritativo meso-nero-, está expirando! ¡al fin se le llevan los dia-blos!

-¿Y de eso os reís? -interrogó Chicot.

-Es que el chasco no es para menos.

-¿Qué chasco?

-Confesad que sois vos quien se lo da.

-¿Yo?

-Sí.

-¿Más, qué es eso? ¿qué le ha sucedido?

-¿Qué le ha sucedido? Ya sabéis que siem-

pre estaba clamando por el hombre que debía venir de Aviñón.

-Y bien, ¿ha venido por último?

-Ha venido.

-¿Le habéis visto?

-¡Pardiez! ¿Acaso entra aquí alguna persona, sin que yo la vea?

-¿Y qué señas tiene?

-Es un hombre de corta estatura, flaco y colorado.

-¡El mismo! -dijo Chicot olvidando que estaba el huésped delante.

-Puesto que le conocéis, no podéis ya menos de declarar que sois vos quien le ha enviado.

-¡Conque ha llegado el mensajero! ¡voto al diablo! Maese Bernouillet, referidme cómo ha sido -dijo Chicot atusándose el bigote.

-Nada más sencillo, tanto más, cuanto que si no sois vos quien le da este chasco me diréis quién puede ser. Hace una hora que me hallaba

yo colgando un conejo a la ventana cuando se detuvieron delante de la puerta un caballo grande y un hombre pequeño.

-¿Está aquí maese Nicolás? -interrogó el hombrecillo-. Así ha dicho que se llamaba ese infame realista.

-Sí, señor -respondio yo.

-Decidle que ha llegado de Aviñón la persona a quien aguarda. -De buena gana, pero debo advertiros una cosa.

-¿Qué?

-Que maese Nicolás se está muriendo.

-Razón más para que desempeñéis sin pérdida de tiempo mi encargo.

-Pero sin duda no sabéis que tiene una fiebre maligna.

-¿De veras? -dijo el hombre-; entonces daos prisa a avisarle que estoy aquí.

-¡Cómo! ¿insistís?

-Insisto.

-A pesar de todo. Os digo que necesito ver-
le. El hombrecillo se enfadaba y hablaba con un
tono imperativo que no admitía réplica; por
tanto, le llevé al cuarto del moribundo.
-¿De suerte que está ahí? -dijo Chicot exten-
diendo la mano en dirección del cuarto de Ni-
colás.
-Ahí está ¿qué tal? El chasco es magnífico.
-Admirable -repuso Chicot.
-¡Qué lástima no poderles oir!
-Sí, es lástima.
-La escena debe ser chistosa.
-Chistosísima; ¿mas quién os impide entrar?
-Me ha despedido.
-¿Con qué pretexto?
-Con el de que iba a confesarse.
-¿Quién os impide escuchar a la puerta?
-Tenéis razón -exclamó el huésped saliendo
inmediatamente fuera del cuarto.
Chicot corrió a su observatorio. Pedro de

Gondy estaba sentado a la cabecera del lecho del enfermo; Pero hablaba en voz tan baja, que Chicot no pudo oir una sola palabra de la conversación.

Por otra parte, aunque la hubiese oído, poco habría sacado en limpio pues transcurridos cinco minutos se levantó Pedro Gondy, se despidió del moribundo y salió del aposento.

Chicot corrió la ventana.

Un lacayo montado en un cuartaga tenía de la brida el caballo grande a que había aludido el huésped; un instante después se presentó el embajador de los Guisas, y cabalgando en él volvió la esquina de la gran calle de París.

-¡Pardiez! -exclamó Chicot-: ¡con tal que no, se lleve la genealogía! en todo caso yo le alcanzaré aunque tenga que reventar diez caballos... Pero no, estos abogados son muy astutos y el mío sobre todo... sospecho... Pero ¡voto al diablo! -prosiguió dando una patada en el suelo,

quisiera yo saber dónde estará ese bribón de Gorenflot.

En aquel momento entró el huésped.

-¿Qué hay? -preguntó Chicot.

-Se marchó -repuso el huésped.

-¿El confesor?

-Tan confesor es él como yo.

-¿Y el enfermo?

-Se ha desmayado después de la conferencia.

-¿Estáis seguro de que se halla en su aposento?

-¡Pardiez! ¡Buena pregunta! No saldrá de él sino para la sepultura.

-Bueno, id a ver si ha venido mi hermano, y si no enviádmele tan pronto como venga.

-¿Aunque esté embriagado?

-Esté como esté.

-¿Tanto urge?

-Es por el bien de la santa Unión.

Bernouillet salió apresuradamente, pues era un hombre lleno de celo religioso.

Tocóle entonces a Chicot el turno de tener fiebre: no sabía si correr detrás de Gondy o penetrar en el cuarto de David; si el abogado estaba tan enfermo como decía el posadero, era probable que hubiese entregado a Gondy los documentos de que era portador. Chicot se paseaba por el cuarto como un loco dándose palmadas en la frente y buscando una idea entre los millones de glóbulos que se agitaban en su cerebro.

En el cuarto de Nicolás no se oía ruido alguno: Chicot desde su observatorio no podía ver más que una esquina de la cama, cubierta con las cortinas.

De pronto resonó una voz en la escalera; Chicot se estremeció: era la del fraile.

Gorenflot, empujado por el huésped, que en vano pretendía hacerle callar subía uno a uno

los escalones cantando con voz vinosa lo que

sigue:

El vino y la tristeza

luchando en mi cabeza,

armaron tal estrépito,

que muerto me creí;

dobló el licor benéfico

sus fuerzas no domadas,

y la tristeza lóbrega

con cajas destempladas

huyó lejos de mí.

Chicot corrió a la puerta.

-¡Silencio, borrachón! -gritó.

-¡Borrachón! pues -dijo Gorenflot-, porque

uno bebe ...

-Vamos, venid aquí y vos Bernouillet ya sa-

béis...

-Sí -repuso el mesonero haciendo una seña

de inteligencia y bajando los escalones cuatro a

cuatro.

-Venid aquí os digo –añadió Chicot tirando del fraile y entrándole en la habitación-, venid y hablemos seriamente si podéis.

-¡Pardiez! -dijo Gorenflot-, sin duda os chanceáis, compadre, estoy tan serio como un asno bebiendo.

-O luego de haber bebido -dijo Chicot encogiéndose de hombros.

Diciendo y haciendo, llevó a Gorenflot hasta una silla, donde éste se dejó caer dando un suspiro de satisfacción.

Chicot cerró primero la puerta y se volvió después a Gorenflot con aspecto tan serio, que el fraile conoció que debía prestar atención a sus palabras.

-Veamos, ¿qué ocurre ahora? -dijo, como si esta última palabra reasumiese todas las tribulaciones que Chicot le había hecho sufrir.

-Hay -respondió Chicot ásperamente-, que no pensáis como debíais en las obligaciones de

vuestra profesión: hay que mientras vos os arrastráis por el fango del libertinaje y la embriaguez, la religión se queda sin amparo, ¡voto al diablo! y sin tener- quien por ella mire.

Gorenflot miró a su interlocutor con ojos espantados.

-¿Por mi culpa? -dijo.

-Sí, por vuestra culpa; mirad qué aspecto tan innoble tenéis: vuestros hábitos están rotos; sin duda os han dado algún golpe, pues tenéis un círculo amoratado alrededor del ojo izquierdo.

-¡Yo! -repuso Gorenflot, cada vez más sorprendido de las reconvenciones de Chicot, a que no estaba habituado.

-Sí, vos: estáis de lodo hasta las rodillas, ¡y qué lodo gran Dios! lodo que me prueba que habéis ido a embriagaros a los arrabales.

-¡Pardiez! es verdad -dijo Gorenflot.

-¡Desdichado! ¡un monje de Santa Genove-

va! ¡si al fin fuerais franciscano!

-Chicot, amigo mío, soy muy culpable -dijo Gorenflot enternecido.

-Es decir que merecéis que el fuego del cielo os consuma hasta las sandalias: cuidado, que, si esto sigue, os abandono.

-Chicot, amigo -dijo el fraile-, oh, no haréis tal.

-Y también hay arqueros en Lyon.

-¡Oh! perdón, mi estimado protector -dijo el fraile, poniéndose, no a llorar, sino a mugir como un toro.

-¡Quitad allá! -exclamó Chicot-, ¡vaya una ocasión oportuna para entregaros a tales transportes, cuando en el cuarto inmediato se está muriendo un hombre!

-Es verdad -dijo Gorenflot con acento de contrición profunda.

-Veamos, ¿sois cristiano? ¿sí o no?

-¡Sí soy cristiano! -repuso el fraile-, ¡sí soy

cristiano! ¡voto al Papa! sí lo soy .y lo proclamaré aunque sea sobre las parrillas de San Lorenzo.

Y alargando los brazos como para hacer un juramento, se puso a cantar con una voz capaz de romper los vidrios:

La fe del Señor
que nació en Belén
es mi único bien.

-Basta -repuso Chicot, tapándole la boca con la mano-; si sois cristiano no debéis dejar a vuestro prójimo sin confesión.

-Es justo; ¿dónde está ese prójimo? yo le confesaré, es decir, luego que haya bebido, porque me estoy muriendo de sed.

Chicot alargó un jarro lleno de agua al fraile, el cual se le bebió casi todo.

-¡Ah, hijo mío! -exclamó, dejando el jarro sobre la mesa-; ya comienzo a ver claro.

-Fortuna es -respondió Chicot decidido a

aprovecharse de aquel instante lúcido.

-Ahora, mi excelente amigo -dijo el fraile-, ¿a quién debo confesar?

-A vuestro infeliz vecino que se está muriendo.

-Que le den una azumbre de vino con miel.

-No digo que eso no pudiera serle útil; pero ahora tiene más necesidad de socorros espirituales que de temporales. Por tanto iréis a su cuarto.

-¿Pensáis que estoy suficientemente preparado, M. Chicot? -preguntó con timidez el fraile.

-¡Vos! jamás os he visto tan lleno de unción como en este momento. Le conduciréis por la senda del bien si se ha extraviado, y le mandaréis derecho al Paraíso por poco que él se esfuerce en buscar el camino.

-Voy corriendo.

-Esperad, debo indicaros antes cómo habéis

de conduciros.

-No hay necesidad, me parece que en veinte años que hace que visto este hábito debo tener aprendida mi profesión.

-Sí, pero no tan sólo tenéis hoy que cumplir con vuestra profesión, sino con mi voluntad.

-¿Con vuestra voluntad?

-Sí, y si la ejecutáis fielmente prometo depositaros en el *Cuerno de la Abundancia* cien doblones para que comáis o para que bebáis, como más os plazca.

-Prefiero comer y beber -dijo Gorenflot.

-Pues bien, tendréis cien doblones si confesáis a ese digno moribundo.

-Yo le confesaré o el demonio me ha de llevar: ¿cómo debo confesarle?

-Oídme: vuestro hábito os da grande autoridad; habláis en nombre de Dios y en nombre del rey; es preciso que con vuestra elocuencia alcancéis de ese hombre que os entregue los

papeles que acaban de traerle de Avignon.

-¿Y por qué he de obligarle a que me dé

esos papeles?

Chicot miró compasivamente a Gorenflot.

-¡Para ganar mil escudos, animal! -le dijo.

-Es justo -dijo Gorenflot-, voy allá.

-Aguardad; os dirá que acaba de confesarse.

-¿Y entonces?

-Le responderéis que miente, que el hombre

que ha salido de su aposento no es un confesor,

sino un intrigante como él.

-Pero se enfadará.

-¿Qué os importa, puesto que se muere?

-Es verdad.

-Después le hablaréis de Dios, del diablo, de

lo que os dé la gana; pero de todos modos es

preciso que le saquéis los papeles que le han

traido de Avignon.

-¿Y si rehúsa dármelos?

-Le negaréis la absolución, le maldeciréis, le

anatematizaréis.

-O se los sacaré por fuerza.

-Bueno; pero vamos a ver ¿estáis lo bastante cuerdo para ejecutar puntualmente mis instrucciones?

-Puntualmente; vais a verlo.

Y Gorenflot se pasó la mano por su ancho rostro, como para borrar las huellas superficiales de la embriaguez; volvió la calma a sus ojos, si bien observando atentamente podía advertirse en sus miradas cierto deslumbramiento; su boca no articuló sino las palabras mesuradas, y su cuerpo comenzó a moverse compasadamente aunque todavía algo tembloroso.

Encaminóse con solemne paso hacia la puerta.

-Un momento -dijo-, cuando os dé los papeles, tenedlos bien apretados en una mano y dad un golpe con la otra en la pared.

-¿Pero, y si me lo niega?

-Dad también un golpe.

-Es decir que de todos modos he de hacer la misma seña.

-Sí.

-Está bien.

-Gorenflot salió del aposento mientras Chicot dominado por una indecible emoción, pegado el oído a la pared a fin de percibir hasta el más leve rumor.

Diez minutos después oyó rechinar el pavimento, lo cual le anunció que Gorenflot entraba en el cuarto de su vecino, y a poco rato le vio aparecer en el círculo que su radio visual abarcaba.

El abogado se incorporó en su lecho y miró cómo se acercaba la extraña aparición.

-Buenos días, hijo mío -dijo Gorenflot deteniéndose en medio del aposento y equilibrando sus anchos hombros.

-¿Qué venís a hacer aquí, padre? -murmuró

el enfermo con voz débil.

-Hijo mío, yo soy un religioso, aunque indigno; he sabido que os hallábais en peligro y vengo a hablaros de los intereses de vuestra alma.

-Gracias -dijo el moribundo-, pero creo inútil vuestro cuidado, porque me siento un poco mejor.

Gorenflot movió la cabeza.

-¿Lo creéis así? -dijo.

-Estoy seguro.

-Astucia de Satanás, que desearía veros morir sin confesión.

-Chasco se llevaría -repuso el enfermo-, porque acabo de confesarme en este mismo instante.

-¿Con quién?

-Con un digno sacerdote que ha venido de Avignon.

Gorenflot movió nuevamente la cabeza y

dijo:

-Ese no es sacerdote.

-¡Cómo que no es sacerdote!

-No.

-¿De qué lo sabéis?

-De que lo conozco.

-¿Conocéis al que acaba de salir de aquí?

-Sí -repuso Gorenflot con tal acento de convicción, que a pesar de lo difíciles que son de engañar los abogados, éste se turbó.

-Ahora bien, como no estáis mejor y como ese hombre no es sacerdote, habréis de confesaros.

-No deseo otra cosa -dijo el abogado con voz un poco más fuerte-, pero quiero confesarme con quien me parezca.

-No tenéis tiempo para enviar a buscar a nadie, hijo mío, y ya que estoy yo aquí...

-¡Cómo que no tendré tiempo! -exclamó el enfermo con voz cada vez más fuerte-; ¡cuando

os digo que me siento mejor y que estoy seguro de escapar de ésta!

Gorenflot movió la cabeza por tercera vez.

-Y yo -dijo con la misma flema-, yo os afirmo, hijo mío, que no aguardo nada bueno, que estáis condenado por los médicos y por la Divina Providencia; es sensible decíroslo, ya lo sé, pero al fin todos hemos de ir allá más tarde o más temprano. Existe una balanza, hijo mío, la balanza de la justicia y además es consolador morir en esta vida puesto que se resucita en la otra. Pitágoras mismo lo ha dicho, hijo mío, y eso que era pagano. Vamos, confesaos, querido hijo mío.

-Os aseguro, padre, que ya me siento mucho más fuerte, lo cual, es sin duda efecto de vuestra santa presencia.

-Error, hijo mío, error -insistió Gorenflot-, suele haber un instante de reacción vital; es la lámpara que se reanima para despedir los últi-

mos resplandores. Vamos -continuó sentándose cerca del lecho-, contadme vuestras intrigas, vuestros complots, vuestras maquinaciones.

-¡Mis intrigas, mis complots, mis maquinaciones! -repitió Nicolás David separándose cuanto pudo de aquél extraño fraile a quien no conocía y de quien sin embargo era tan conocido.

-Sí -dijo Gorenflot disponiéndose tranquilamente para oír la confesión, cruzando las manos y juntando los dos pulgares-, sí, y cuando me lo hayáis contado todo, me daréis los papeles, con lo cual tal vez Dios permitirá que os absuelva.

-¿Qué papeles? -exclamó el enfermo con voz tan vibrante y vigorosa como si hubiera estado sano y bueno.

-Los papeles que ese supuesto sacerdote os ha traido de Aviñón.

-¿Quién os ha dicho que ese supuesto sa-

cerdote me ha traido papeles? -interrogó maese Nicolás sacando una pierna de la cama y con acento tan brusco, que turbó en su principio el sueño beatífico que empezaba a apoderarse de Gorenflot.

Este pensó que había llegado el instante de mostrar energía y contestó:

-El que me lo ha dicho sabe lo que se dice: vamos, los papeles, los papeles o no hay absolución.

-¡Eh! yo no necesito tu absolución bellaco -gritó David saltando fuera de la cama y asiendo por el cuello a Gorenflot.

-¿Qué es esto? -dijo el fraile-, ¿estáis delirando? ¿no queréis confesaros? Vos...

El dedo pulgar del abogado, hábil y vigorosamente aplicado a la garganta del fraile, interrumpió su frase y la hizo terminar con un resuello muy semejante al de un moribundo.

-Ahora voy a confesarte yo a ti, cogulla de

Belcebuth -dijo David-, y en cuanto al delirio, vas a ver si me impide ahogarte entre mis manos.

El P. Gorenflot era robusto, mas por desgracia se encontraba en aquél momento de reacción en que la embriaguez, obrando sobre el sistema nervioso le debilita, al mismo tiempo que por una reacción opuesta comienzan las facultades morales a recobrar su energía.

Por consiguiente, aunque reunió todas sus fuerzas, no pudo hacer más que levantarse de la silla, asir con las dos manos al abogado por el cuello de la camisa y rechazarle de sí.

Debemos decir, no obstante, que aunque débil como estaba todavía fue tan violento el empellón que dio a Nicolás David, que éste rodó por el suelo hasta en medio del aposento.

Mas se levantó fui-¡oso, y empuñando-aquella larga espada de que maese Bernouillet había hablado a Chicot, la cual se hallaba col-

gada en la pared detrás de sus vestidos, apoyó la punta en la garganta del fraile, que acababa de dejarse caer sobre su silla, agotada su energía por el esfuerzo supremo que había llevado a cabo.

-Ahora vas tú a confesarte conmigo -le dijo con voz sorda-, o de lo contrario morirás.

-Gorenflot, a quien la desagradable presión de aquella fría punta de acero sobre sus carnes había vuelto toda su lucidez comprendió la gravedad de la situación.

-¡Oh! -dijo-, no estabais enfermo: ¿luego era una comedia esa pretendida agonía?

-Olvidaos -repuso el abogado-, que no te toca ahora preguntar, sino responder.

-¿A qué he de responder?

-A lo que yo te pregunte.

-Preguntad.

-¿Quién eres?

-Ya lo veis -dijo el fraile.

-Eso no es contestar -repuso el abogado

apoyando un poco más la punta de la espada

sobre el cuello de Gorenflot.

-¡Diablo! -dijo éste-, mirad que si me matáis

antes de contestar, os quedaréis sin saber nada.

-Tienes razón, ¿cómo te llamas?

-Fr. Juan Nepomuceno Gorenflot.

-¿Eres fraile realmente?

-¡Cómo si soy fraile! ya lo creo.

-¿Por qué estás en Lyon?

-Porque he venido desterrado.

-¿Quién te ha traido a esta hostería?

-La casualidad.

-¿Cuántos días hace que estás aquí?

-Dieciséis días.

-¿Por qué espiabas mis acciones?

-Yo - no las he espiado.

-¿Cómo sabías entonces que había yo reci-

bido papeles?

-Porque me lo han dicho.

-¿Quién te lo ha dicho?

-El que me ha enviado aquí.

-¿Quién te ha enviado aquí?

-Eso es lo que no me es posible deciros.

-Eso es lo que vas a decirme ahora mismo.

-¡Oh! -exclamó el fraile- ¡vive Dios! ¡llamaré, gritaré!

-Si gritas, te mato.

El fraile lanzó un grito; en la punta de la espada apareció una gota de sangre.

-¿Su nombre? -dijo el abogado.

-¡Ah! ¿qué le hemos de hacer? -exclamó el fraile-, me he resistido todo lo posible.

-Sí, y tu honor queda a cubierto. ¿Cómo se llama?

-Es ...

Gorenflot se interrumpió otra vez, no pudiendo resolverse a descubrir a su amigo.

-¿Acabarás? -dijo el abogado, dando una patada en el suelo.

-¡Pardiez! ¿qué remedio?... Es Chicot.

-¿El bufón del rey?

-El mismo.

-¿Y dónde está?

-Aquí estoy -repuso una voz.

Y Chicot, con pálido y serio semblante, y con la espada desnuda en la mano se presentó a la puerta del cuarto.

XXXII. DE CÓMO CHICOT, LUEGO DE HABER HECHO UN AGUJERO CON UNA BARRENA, HIZO OTRO CON LA ESPADA

Maese Nicolás David, al ver al hombre que sabía era su mortal enemigo, no pudo reprimir un movimiento de terror.

Gorenflot se aprovechó de aquél movimiento para apartarse a un lado y romper la comunicación entre su cuello y la espada del abogado.

-A mí, querido amigo, a mí, socorro, auxilio, que me matan.

-¡Ah! ¿sois vos, querido M. David? -exclamó Chicot.

-Sí -tartamudeó David-, yo soy.

-Celebro infinito haberos hallado -repuso el gascón.

Después volviéndose hacia el fraile, le dijo:

-Mi buen amigo Gorenflot, vuestra presencia como eclesiástico era muy precisa hace poco, cuando creíamos moribundo al digno Monsieur David; pero puesto que está sano y bueno, no necesita ya confesor y se las entenderá con un caballero.

David respondió con una risita a la que procuró dar la expresión más sarcástica posible.

-Sí, con un caballero -repitió Chicot- que va a demostraros que es de buena raza. Mi querido Gorenflot -prosiguió dirigiendo la palabra al fraile-, hacedme el favor de poneros de centinela en la escalera v no dejéis que nadie de este mundo venga a distraerme de la conversación

que voy a tener con M. David.

Gorenflot no deseaba otra cosa sino hallarse lejos del abogado; completó, pues, el círculo que había empezado a describir arrimándose lo posible a la pared, y de este modo llegó a la puerta, por la cual salió con tal rapidez como si hubiera disminuido en cien libras el peso de su cuerpo.

Chicot cerró la puerta y corrió el cerrojo, volviéndose después con calma hacia David.

Éste se turbó al principio a causa de lo imprevisto y extraordinario de su situación; pero, después, confiando en su conocida habilidad en el manejo de las armas y reflexionando que no tenía qué habérselas sino con un hombre solo, se repuso, y cuando el gascón se dirigió a él luego de haber cerrado la puerta, le encontró apoyado en los pies de la cama con la espada en la mano y la sonrisa en los labios.

-Vestíos, M. David -dijo Chicot-, os daré

tiempo para ello, porque no deseo tener ninguna ventaja sobre vos. Sé que sois muy hábil en la esgrima, que manejáis la espada como el mismo Leclerc; mas eso nada importa.

David se echó a reir y dijo:

-No es mala la gracia.

-Sí -respondió Chicot-; a mí me parece buena, pues soy su autor, y pronto os parecerá mejor a vos, que sois hombre de gusto. ¿Sabéis lo que vengo a buscar a este cuarto, maese Nicolás?

-El resto de los latigazos que debía daros a nombre del duque de Mayena el día en que tan apresuradamente saltasteis por el balcón.

-No, señor, esos latigazos yo se los devolveré a quien me los mandó dar. Lo que vengo a buscar aquí es cierta genealogía que M. Pedro de Gondy ha traido de Aviñón y puesto en vuestras manos sin saber lo que os daba.

-¿.Qué genealogía? -dijo David.

-La de los Guisas, que, como sabéis, des-

cienden por línea recta de Carlo Magno.

-¡Hola! -exclamó David-, ¡sois espía, M. Chi-

cot! yo creía que no erais más que bufón.

-Querido M. David, en esta ocasión seré, si

os place, las dos cosas, espía para haberos ahor-

car y bufón para reírme del chasco.

-¡Hacerme ahorcar!

-Ni más ni menos, porque supongo que no

pretenderéis ser decapitado: eso se queda para

los nobles.

-¿Y qué haréis para eso?

-Una cosa muy sencilla, contar la verdad y

nada más. Debo deciros, querido M. David, que

el mes pasado asistí a la reunión celebrada en el

convento de Santa Genoveva, entre sus señorías

los príncipes de Lorena y madame de Mont-

pensier.

-¿Vos?

-Sí; estuve en el confesionario que daba en-

frente del vuestro; allí se está muy mal ¿no es cierto? Y yo me hallaba tanto más incómodo cuanto que para salir tuve que aguardar a que acabase todo y el asunto fue largo. Asistí, pues, al discurso de M. de Monsoreau, al de maese La Huriére y al de cierto fraile cuyo nombre he olvidado, pero que me pareció muy elocuente. La coronación del duque de Anjou fue menos divertida, mas, en cambio, el sainete estuvo magnífico: se titulaba la genealogía de los señores de Lorena, revisada, aumentada y corregida por maese Nicolás David: ¡vaya una pieza de teatro! Sólo le faltaba el visto bueno de Su Santidad.

-¡Hola! ¿tenéis noticia de la genealogía? -dijo David pudiendo apenas contenerse y mordiéndose los labios con despecho.

-Sí, señor -repuso Chicot-, me parece ingeniosa hasta lo sumo, especialmente en el punto donde hace referencia a la ley sálica. Sólo que es

una desgracia tener talento, porque se arriesga uno a morir ahorcado. Así es que, interesado mi corazón por un hombre tan ingenioso, dije para mí: -¡Cómo! ¿habré de dejar ahorcar al digno Nicolás David, un maestro de armas tan agradable, un abogado de primera tijera, uno de mis buenos amigos, en fin, Y esto cuando puedo no tan sólo salvarle del dogal, sino hacer la fortuna de ese digno abogado, de ese hábil maestro, de ese excelente amigo, el primero que me ha dado la medida de mi corazón tomándome las costillas? No, eso no sucederá así. Entonces, habiéndoos oído hablar de viaje, sin detenerme en nada, tomé la resolución de acompañaros, es decir, de seguiros. Salisteis por la puerta de Bordelle, ¿no es esto? Yo os espiaba, mas no me visteis, lo cual no me extraña porque estaba bien oculto. Desde aquél momento os seguí, unas veces perdiéndoos de vista, otras volviéndoos a encontrar, aunque con mucho trabajo.

En fin, llegamos a Lyon, y digo llegamos, porque una hora después que vos me establecí en la misma hostería, y no solamente en la misma hostería, sino en el cuarto de al lado, que no está separado del vuestro sino por un simple tabique. Ya supondréis que no habría venido siguiendo vuestros pasos desde París a Lyon para perderos de vista. Practiqué, pues, un pequeño agujero en la pared, por el cual tenía la ventaja de miraos siempre que quería, y confieso que saboreaba este placer muchas veces. Por último, caísteis enfermo; el huésped quiso poneros en la calle; vos habíais dado cita a Monsieur de Gondy para el *Cisne de la Cruz,* temíais que os hallase en otra parte, o al menos que no os hallase tan pronto. El caer malo era un recurso, pero a mí no me engañasteis por completo. Sin embargo, como en todo caso podríais encontraros realmente enfermo, verdad de que en breve trataré de convenceros, os mandé un dig-

no religioso, amigo y compañero mío, para excitaron al arrepentimiento y conduciros por el buen camino; pero vos, pecador endurecido, habéis querido perforarle la garganta con vuestra tizona, dando al olvido la máxima del Evangelio que dice: "quien a hierro mata, a hierro muere". Vamos, ya hace mucho tiempo que nos conocemos, somos antiguos amigos; arreglemos este asunto; ahora que estáis al corriente de todo, ¿queréis que lo arreglemos?

-¿De qué modo?

-Del modo que se habría arreglado si hubiese estado positivamente enfermo, si mi amigo Gorenflot os hubiera confesado y si hubieseis puesto en sus manos los papeles que os pedía. Entonces yo os habría otorgado mi perdón y aun habría hecho rezar por vos la recomendación del alma. Pues bien, no seré más exigente con el vivo que lo que pensaba ser con el muerto; os diré lo que me falta que deciros: M. Da-

vid, sois un hombre perfecto; tenéis la esgrima, la equitación, el arte de atraer gruesas cantidades a vuestros amplios bolsillos; nada os falta: sería lástima que un hombre como vos desapareciese de repente del mundo, donde está destinado a desempeñar tan gran papel. Vamos, querido M. David, dejaos de conspiraciones, fiaos de mí, romped con los Guisas, dadme vuestros papeles, y a fe de caballero os prometo reconciliaros con el rey.

-¿Y si no os los doy? -preguntó Nicolas David.

-¡Ah! si no me los dais es diferente. Entonces os mataré: ¿qué os parece, querido M. David?

-Perfectamente -respondió el abogado pasando la mano por el puño de la espada.

-Pero si me los dais -prosiguió Chicot-, lo olvidaré todo. Vos no me creéis tal vez. David, porque sois inclinado al mal y os parece que el

resentimiento está incrustado en mi corazón como el orín en el hierro. No, os aborrezco, es cierto, pero aborrezco a M. de Mayena más que a vos; dadme los medios de perder a M. de Mayena, y os salvo. Además, debo añadir algunas palabras a que vos tal vez no daréis crédito, porque no tenéis cariño a nadie, y son, que amo al rey, sí, al rey, por más necio, corrompido y abyecto que sea, al rey, que me ha dado asilo y protección contra vuestro carnicero Mayena, qué se pone a la cabeza de quince bandidos para asesinar de noche, y en la plaza del Louvre, a un solo hombre: ya sabéis a quién me refiero, al pobre Saint-Megrin: ¿no erais vos uno de los verdugos? ¿no? tanto mejor, hace poco lo creía, pero ahora estoy seguro de ello. Pues bien, quiero que mi pobre rey Enrique reine con tranquilidad, lo cual es imposible con los Mayenas y con las genealogías de Nicolás David. Entregadme, pues, esa genealogía y a fe de ca-

ballero callaré vuestro nombre y haré vuestra fortuna.

Durante esta dilatada exposición de sus ideas, Chicot, como hombre inteligente y resuelto, estuvo observando a David, y sólo con ese objeto dio tanta extensión a su narración; mas durante este examen no vio que se aflojase una sola vez la fibra de acero que dilataba las hoscas miradas del abogado, ni que se iluminasen los sombríos rasgos de su fisonomía con ningún buen pensamiento, ni que se ablandase su corazón por un momento, ni que se moviese su mano, que empuñaba con fuerza la espada.

-Vamos -dijo-, veo que toda mi elocuencia es perdida y que no me creéis; aún me queda un medio de castigaros por los agravios que me habéis hecho y de librar a la tierra de un hombre que no cree en la probidad ni en la humanidad. Voy a hacer que os ahorquen: adiós. M. David.

Y Chicot se encaminó a la puerta andando de espaldas y sin perder de vista al abogado.

-Este dio un salto hacia adelante, exclamando:

-¿Y creéis que os dejaré salir? no, señor espía, no, Chicot, mi digno amigo: el que conoce secretos como los de la genealogía muere; el que amenaza a Nicolás, muere; el que entra aquí como tú has entrado, muere.

-Me libráis de un gran peso, maese Nicolás -repuso Chicot con la misma calma que siempre-; yo no quería reñir con vos, porque estoy seguro de que os he de matar. Crillón, tirando conmigo, me ha enseñado hace dos meses un golpe particular, uno solo, pero que será suficiente, os doy mi palabra de honor. Vamos, dadme los papeles -añadió con voz terrible- o de lo contrario os mato, y voy a deciros cómo: os atravesaré la garganta por el mismo sitio que queríais sangrar a mi amigo Gorenflot.

No había terminado Chicot de decir estas palabras cuando David se lanzó sobre él dando una fuerte carcajada. Chicot le recibió en guardia.

Los dos adversarios eran poco más o menos de igual estatura, pero la ropa que cubría a Chicot disimulaba lo flaco de su cuerpo, al paso que el abogado, largo, delgado y flexible, estaba al descubierto y parecía una gran serpiente cuya cabeza fuese el brazo y cuya lengua su ágil espada. Mas tenía que habérselas con un fuerte adversario, pues Chicot, que casi todos los días jugaba a la espada con el rey, se había hecho uno de los más diestros tiradores del reino. Esto lo pudo notar muy bien Nicolás David, pues siempre hallaba opuesto al suyo el acero de su adversario de cualquier modo que intentase atacarle.

Al cabo de un rato el abogado dio un paso atrás.

-¡Hola! -dijo Chicot-; comenzáis a entenderme, ¿no es verdad? vamos, ¿me dais los papeles?

David contestó arrojándose de nuevo sobre el gascón: empeñóse un segundo combate más largo y más encarnizado que el primero, si bien Chicot se contentaba con defenderse y aún no había tirado ningún golpe. Esta segunda lucha terminó como la primera, dando el abogado un paso atrás.

-¡Hola! -dijo Chicot-, ahora me toca a mí.

Y dio otro paso hacia adelante.

En tanto avanzaba, Nicolás David le tiró un golpe para detenerle; Chicot le paró en primera, ligó en tercera la espada de su adversario, y hallando entonces en descubierto el sitio que de antemano había indicado, le hundió la mitad de la espada en la garganta diciendo:

-He aquí el golpe.

-David no respondió; cayó rodando a los

pies de Chicot, echando una bocanada de sangre.

Chicot dio un paso atrás, diciendo:

-Aunque la serpiente está herida de muerte, aún puede levantarse y morder.

Pero David, por un movimiento natural, procuró llegar arrastrando hasta la cama, como para defender todavía su secreto.

-¡Ah! -exclamó Chicot-; yo te creía redomado, pero al contrario, eres tonto como un flamenco. No sabía dónde estaban los papeles, y ahora me lo dices tú mismo.

Y mientras David se agitaba en las convulsiones de la agonía, Chicot corrió a la cama, alzó la almohada y encontró debajo un rollo de pergamino, que David no había tratado de ocultar mejor, ignorando la catástrofe que le amenazaba.

En el momento mismo en que le desenvolvía para convencerse de que era en efecto el

documento que buscaba, David se levantó con furor; pero al momento volvió a caer dando el último suspiro.

Chicot recorrió con ojos chispeantes, a causa del júbilo que sentía en su alma, el pergamino traído de Aviñón por Pedro de Gondy.

El legado del Papa, fiel a la política que había seguido el soberano pontífice desde su advenimiento al trono, había escrito debajo:

-*Fiar ut voluit Deus: Deus jura hominum fecit.*

-Muy mal trata el Papa al rey cristianísimo - murmuró Chicot.

Y dobló cuidadosamente el pergamino y le guardó en el bolsillo más seguro de la ropilla, es decir, en el del pecho.

Luego levantó del suelo el cuerpo del abogado, que había muerto casi sin derramar sangre, pues la herida era de tal naturaleza, que había concentrado la hemorragia en lo interior, y volviéndole a colocar en el lecho con los ojos

vueltos a la pared, abrió la puerta y llamó a Gorenflot.

Gorenflot entró y dijo:

-¡Qué pálido estáis!

-Sí -respondió Chicot-, los últimos instantes de este pobre hombre me han causado cierta impresión.

-¿Ha muerto? -preguntó Gorenflot.

-Así lo creo -contestó Chicot.

-¡Cómo hace poco estaba tan bueno!

-Sí, pero se empeñó en comer cosas difíciles de digerir, y ha muerto como Anacreonte, por habérsele atravesado una de ellas en la garganta.

-¡Oh! -dijo Gorenflot-, castigo de Dios por haber intentado ahogarme, por haber puesto sus manos en un religioso.

-Perdonadle, compadre, sois cristiano.

-Yo le perdono -dijo Gorenflot-, aunque me ha causado terrible miedo.

-No basta eso -repuso Chicot-; conviene que encendáis unos cirios y recéis algunas oraciones junto a su cuerpo.

-¿Para qué?

Esta pregunta estaba siempre en los labios de Gorenflot.

-¡Cómo para qué! Para que no os lleven a la cárcel por homicida.

-¡Yo homicida! ¡Bah! ¡cuando es él quien ha querido ahogarme!

-Es cierto, y como no ha podido conseguir-lo, la cólera le ha puesto la sangre en movimien-to, se le ha roto uno de los vasos del cuerno, y buenas noches. Ya veis, que bien considerado, vos sois la causa de su muerte, causa inocente, es verdad, pero ínterin se descubre vuestra ino-cencia, os pueden hacer un flaco servicio.

-Creo que tenéis razón, M. Chicot -dijo el fraile.

-Tanto más cuanto que la justicia de Lyon es

un poco dura.

-¡Jesús! -exclamó el fraile.

-Haced lo que os digo, compadre.

-¿Qué debo hacer?

-Sentaos aquí, rezad con devoción todas las oraciones que sepáis, y cuando llegue la noche y os quedéis solo, salid de la hostería sin lentitud, sin precipitación: ¿sabéis la casa del herrador que está en la esquina de la calle?

-Sí, en verdad, allí me di este golpe ayer -dijo Gorenflot mostrando el ojo amoratado.

-¡Sensible recuerdo! Pues bien, yo tendré cuidado de que encontréis allí vuestro caballo, ¿entendéis? Subiréis en él sin dar explicaciones a nadie; inmediatamente tomaréis el camino de París; y en Villeneuvele-Rol venderéis el caballo y recogeréis el asno.

-¡Ah, el buen Panurgo! tenéis razón -dijo Gorenflot-, es un animal que quiero mucho. Pero de aquí allá -agregó con tono lastimero-,

¿cómo viviré?

-Cuando yo ofrezco, doy -dijo Chicot-, y no dejo mendigar a mis amigos, como hacen en el convento de Santa Genoveva: tomad.

Y sacó del bolsillo un puñado de escudos que puso en la ancha mano del fraile.

-¡Hombre generoso! -exclamó Gorenflot vertiendo lágrimas de gratitud-, dejadme quedar con vos en Lyon; es la segunda capital del reino y ciudad muy hospitalaria.

-¿Mas no adiviná is, gaznápiro, que yo no me quedo, que me marcho y con tanta prisa que no me podréis seguir?

-Hágase vuestra voluntad, M. Chicot -repuso Gorenflot resignado.

-Eso me gusta, compadre, resignación -dijo Chicot.

Y dejando al fraile junto a la cama del abocado, bajó adonde se hallaba el huésped, le llamó aparte y le dijo:

-Maese Bernouillet, acaba de pasar en vuestra casa un grande acontecimiento que no podéis sospechar.

-¡Cómo! -respondió el huésped espantado-, ¿qué hay?

-Ese endiablado realista, ese hombre que despreciaba la religión, ese abominable hugonote...

-¿Qué?

-Ha recibido esta mañana la visita de un emisario de Roma.

-Ya lo sé, puesto que soy yo quien le ha introducido en su cuarto.

-Pues bien, nuestro Santo Padre el Papa, a quien corresponde toda justicia temporal en este mundo, así como toda justicia espiritual en el otro, nuestro Santo Padre el Papa le mandaba directamente al conspirador; sólo que según todas las probabilidades, el conspirador no sospechaba con qué objeto.

-¿Y con qué objeto le mandaba?

-Subid a su cuarto, maese Bernouillet, v le-
vantad un poco las sábanas, miradle la garganta
y lo sabréis.

-¡Oh! me aterráis.

-No os digo más: esta justicia se ha hecho en
vuestra casa, maese Bernouillet: grande honor
os hace el Papa en esta ocasión.

Chicot dio diez escudos al huésped, se en-
caminó a la caballeriza e hizo sacar los caballos.

Entretanto el huésped subió corriendo la es-
calera y entró en el cuarto de Nicolás David.

Allí halló a Gorenflot rezando.

Se acercó a la cama y levantó un poco las
sábanas.

La herida se encontraba en el sitio indicado,
todavía roja, pero el cuerpo estaba ya frío.

-Así mueran todos los enemigos de la santa
religión -dijo haciendo una seña a Gorenflot.

-Amén -repuso el fraile.

Estos acontecimientos se verificaban al mismo tiempo que Bussy llegaba a París con el viejo barón de Meridor y le llevaba a presencia de la hija a quien el anciano suponía muerta.

XXXIII. DE COMO EL DUQUE DE ANJOU SUPO QUE NO HABLA MUERTO DIANA DE MERIDOR

El mes de abril tocaba a su fin.

La gran catedral de Chartres estaba colgada de blanco y sobre los altares grandes ramilletes de follaje reemplazaban a las flores. En aquella estación todavía no sólo las flores, sino las hojas eran escasas.

El rey, que desde la puerta de la ciudad había llegado con los pies desnudos, continuaba del mismo modo en medio de la nave, mirando de cuando en cuando a su alrededor, para ver si faltaba alguno de sus cortesanos y amigos. Pero los unos, habiéndose lacerado los pies con el empedrado de la calle, acababan de

ponerse los zapatos; los otros, hambrientos o fatigados, descansaban o comían en alguna hostería donde de contrabando habían entrado, y solamente unos cuantos habían tenido valor para seguir al rey hasta la iglesia y permanecer en ella vestidos con largos hábitos de penitente y con los pies desnudos sobre las húmedas losas.

La ceremonia religiosa que se estaba celebrando tenía por objeto suplicar al cielo que concediese un heredero a la corona de Francia; las dos camisas de Nuestra Señora de Chartres, cuya virtud prolífica no podía ser puesta en duda, atendido el gran número de milagros que habían realizado, fueron extraídas, de sus cajas de oro, y el pueblo que había acudido en masa a la solemnidad, se inclinó bajo el resplandor de los rayos luminosos que exhalaba el tabernáculo cuando de él salieron las dos túnicas.

En aquel momento, v en medio del general

silencio, oyó-Enrique III un ruido extraño semejante al que produce una carcajada mal contenida, y volviéndose procuró distinguir si se hallaba en la iglesia Chicot, pues le pareció que sólo Chicot podía tener la audacia de reírse en ocasión semejante.

No era Chicot, sin embargo, el que se había reído al aspecto de las dos santas túnicas, porque Chicot, por desgracia estaba ausente, lo cual tenía con mucha pena al rey, que no había vuelto a saber nada de su bufón desde que le perdiere de vista en el camino de Fontainebleau. Era un caballero que a la puerta de la iglesia acababa de apearse de un fogoso y cansado caballo, y que, con los zapatos y vestidos manchados de barro, se abría paso por entre la multitud de cortesanos, vestidos unos con hábitos de penitentes, cubiertos otros con sacos, pero todos con los pies descalzos.

Aquel caballero, observando que él rey le

miraba, detuvo su marcha v permaneció de pie en el coro, resueltamente, pero con apariencias de respeto, porque era hombre de corte según podía echarse de ver en sus modales, más que en la elegancia de su traje.

Enrique, descontento al ver a aquel caballero que tan tarde llegaba, que tanto ruido hacía y que con tanta insolencia en traje tan diferente del marcado por ordenanza se presentaba, le dirigió una mirada de reconvención y despecho.

El recién venido no manifestó advertir la mirada colérica del rey, y atravesando algunas losas donde estaban esculpidas varias efigies de obispo, y haciendo resonar en ellas sus zapatos de puente levadizo (era la moda de la época), se arrodilló junto a la silla de terciopelo que ocupaba el duque cíe Anjou, el cual, absorto en sus pensamientos, mucho más que en sus oraciones, no prestaba la mayor atención a lo que a su

alrededor pasaba.

Sin embargo, cuando sintió el contacto del recién llegado, se volvió hacia él con viveza, y exclamó a media voz:

-¡Bussy!

-Buenos días, monseñor -repuso el gentilhombre, como si hiciese sólo doce horas que se hubiesen visto y nada importante hubíese ocurrido en este intermedio.

-¿Pero estás endiablado? -dijo el príncipe.

-¿Por qué es esa pregunta, monseñor?

-¿Por qué no has venido más pronto?

-Probablemente porque no habré podido.

-¿Mas qué ha pasado en tres semanas que hace que ¡lo nos vemos?

-De eso es justamente de lo que tengo que hablaros.

-Pues aguardarás a que salgamos de la iglesia.

-¡Ah! no habrá otro remedio, y eso es lo que

me enfada.

-¡Chiss! ya se acaba la ceremonia, ten paciencia; nos iremos juntos a mi alojamiento.

-Esa es mi intención, monseñor.

En efecto, el rey acababa de ponerse sobre su camisa de fina tela, la camisa bastante gruesa de Nuestra Señora, y la reina, con el auxilio de sus damas, se hallaba ocupada en hacer otro tanto.

Después Enrique se hincó de rodillas y la reina le imitó: ambos permanecieron por un momento bajo un gran palio orando con mucha devoción, ínterin los concurrentes, para hacer la corte al rey, humillaban la frente hasta hacerla tocar en el suelo.

Luego se levantó el rey, se quitó la santa túnica, saludó al arzobispo, saludó a la reina y se dirigió a la puerta de la catedral. Antes de llegar a ella se detuvo porque vio a Bussy.

-Caballero -le dijo-, parece que nuestras de-

vociones no son de vuestro agrado, pues no podéis decidiros a dejar el oro .y la seda cuando vuestro rey toma el buriel y la lana.

-Señor -respondió Bussy con dignidad, mas poniéndose pálido de despecho al oir aquel apóstrofe-, nadie, ni aun entre aquellos cuyos hábitos de penitentes sean más humildes, y cuyos pies estén más desollados, podrá presentarse que estime tanto como yo el servicio de Vuestra Majestad: pero acabo de llegar de un viaje largo y penoso, y no he sabido hasta esta mañana la salida de Vuestra Majestad para Chartres. He andado, pues, veintidós leguas en cinco horas para venir a reunirme con Vuestra Majestad: por eso no he tenido tiempo de cambiar de traje. Vuestra Majestad no lo habría advertido, por cierto, si en vez de venir aquí me hubiese quedado en París.

Estas razones dejaron, al parecer, bastante satisfecho al rey, pero notando que algunos de

sus amigos se habían encogido de hombros al oír las disculpas de Bussy, no queriendo desobligarles poniendo buen semblante al gentilhombre de su hermano, pasó adelante sin contestarle.

Bussy dejó pasar al rey sin pestañear.

-¿Cómo es eso? -dijo el duque de Anjou-, ¿no has visto?

-¿Qué?

-Que Schomberg, Quelus y Matigiron se han encogido de hombros al oir tus disculpas.

-Sí, monseñor, lo he visto perfectamente -respondió Bussy con la mayor calma.

-¿Y qué te parece?

-¡Qué! ¿queréis que degüelle en una iglesia a personas que son mis semejantes o poco menos? No, monseñor, soy muy cristiano para eso.

-¡Ah! -dijo el duque-, yo creía que no lo habías visto o que no lo habías querido ver.

Bussy se encogió de hombros a su vez, y a

la salida de la iglesia llevó al príncipe aparte, y le dijo:

-Vamos a vuestra casa, monseñor, ¿no es así?

-Ahora mismo, porque debes de tener muchas cosas que decirme.

-Sí, en efecto, monseñor, y cosas de que estoy seguro no tenéis el menor indicio.

El duque miró a Bussy sorprendido.

-Es lo mismo que le digo -añadió el gentilhombre.

-Pues bien, déjeme saludar al rey y soy al momento contigo.

El duque fue a despedirse de su hermano, el cual, dispuesto a la indulgencia, seguramente por gracia particular de Nuestra Señora, le dio permiso para retirarse cuando quisiera.

Luego, volviendo a toda prisa al encuentro de Bussy, se dirigió con él a su alojamiento y ambos se encerraron en un gabinete.

-Vamos, compañero -dijo el duque-, siéntate ahí y cuéntame tu aventura: ¿sabes que te creí muerto?

-Bien lo creo, monseñor.

-¿Sabes que toda la Corte tomó el traje blanco en señal de regocijo por tu desaparición, y que muchos pechos respiraron en libertad por la primera vez desde que manejas la espada? Pero no se trata de eso ahora: te separaste de mí para vigilar a la bella desconocida: ¿quién es esa mujer y qué debo aguardar?

-Debéis recoger lo que habéis sembrado, monseñor, es decir, mucha ignominia.

-¿Cómo? -dijo el duque, más admirado de las palabras que del tono impertinente con que fueron pronunciadas.

-Vuestra Alteza me ha oído -dijo con frialdad Bussy-, por consiguiente, es inútil que lo repita.

-Explicaos, caballero, y dejad para Chicot

los enigmas y los anagramas.

-Nada más sencillo, monseñor; me conten-

taré con apelar a vuestra memoria.

-¿Pero quién es esa mujer?

-Yo creí que Vuestra Alteza la había conoci-

do.

-¡De modo que era ella! -exclamó el duque.

-Sí, monseñor.

-¿La has visto?

-La he visto.

-¿Te ha hablado?

-Sin duda; los espectros son los únicos que

no hablan. No obstante, tal vez Vuestra Alteza

tenía derecho para creerla muerta y esperanzas

de que efectivamente hubiese fallecido.

El duque se puso pálido y quedó como

anonadado por la dureza de las palabras de

aquel que había debido ser su cortesano.

-Pues bien, monseñor -prosiguió Bussy-,

aunque habéis hecho lo posible para martirizar

a- una joven de noble cuna, esa joven se ha librado del martirio; pero no respiréis aún, ni os creáis todavía absuelto, porque al conservar la vida ha dado en una desgracia mayor que la muerte.

-¿Qué le ha ocurrido? -preguntó el duque temblando.

-Un hombre le ha conservado el honor y salvado la vida; pero ese hombre se ha hecho pagar tan caro su servicio, que casi habría sido preferible que no le hubiese prestado.

-Acaba ya.

-Pues bien, monseñor, la señorita de Meridor, para librarse de los brazos del duque de Anjou, de quien no quería ser la querida, se arrojó en los de un hombre a quien aborrece.

-¿Qué dices?

-Digo que Diana Meridor se llama en la actualidad madame de Monsoreau.

Al oir estas palabras, el semblante pálido de

Francisco se cubrió de un encarnado tan vivo, que parecía que la sangre le iba a salir por los ojos.

-¡Sangre de Cristo! -exclamó furioso-, ¿y es verdad eso?

-Pardiez! ¡cuando yo lo digo! -repuso Bussy con aire altanero.

-No es eso lo que yo preguntaba, Bussy -añadió el príncipe-, no dudo un momento de tu lealtad; quería decir si era posible que uno de mis gentileshombre, un Monsoreau, hubiese tenido la osadía de proteger contra mí a una mujer a quien yo honraba con mi amor.

-¿Y por qué no? -dijo Bussy.

-¿Lo habrías hecho tú? -preguntó el príncipe.

-Habría hecho más, monseñor, os habría advertido que manchabais vuestra honra.

-Un momento, Bussy -dijo el duque más tranquilo-, escuchadme si os place; ya conoce-

réis, querido, que no trato de justificarme.

-Hacéis mal, monseñor, porque en los casos de honra no sois otra cosa que un simple caballero.

-Por eso os ruego que seáis juez de la conducta de M. de Monsoreau.

-¿Yo?

-Sí, vos, y que me digáis si ha sido o no traidor para conmigo.

-¿Para con vos?

-Para conmigo, cuyas intenciones conocía.

-Y las intenciones de Vuestra Alteza eran. . .

-Hacerme amar de Diana, sin duda...

-¿Haceros amar?

-Sí, mas no emplear en ningún caso la violencia.

-¿Eran ésas vuestras intenciones, monseñor?

-dijo Bussy con irónica sonrisa.

-Sin duda, y las he conservado hasta el último instante, a pesar de que M. de Monsoreau

las ha combatido con toda la lógica de que es capaz.

-¡Monseñor, monseñor! ¿qué decís? ¿ese hombre os ha impulsado a deshonrar a Diana?

-Así es.

-¿Con sus consejos?

-Con sus cartas: ¿quieres ver una?

-¡Oh! -exclamó Bussy-, ¡si pudiera creerlo!

-Aguarda un momento y lo verás.

El duque corrió adonde estaba una carta que tenía siempre un paje guardada en su gabinete y sacó de ella una carta, que dio a Bussy. Este la tomó con mano trémula y leyó lo que sigue:

"Monseñor:

Tranquilícese Vuestra Alteza: se dará el golpe de mano sin riesgo, porque la joven sale esta noche para ir a pasar ocho días en casa de una tía suya, que habita en el castillo de Lude: me encargo, pues, de todo y Vuestra Alteza no

tiene necesidad de pasar cuidado alguno. En cuanto a los escrúpulos de la joven, crea Vuestra Alteza que se desvanacerán tan pronto como se halle en su presencia. Entretanto, yo tomaré mis disposiciones.. . y esta noche... estará en el castillo de Beaugé.

BRIANT DE MONSOREAU."

-Y bien, ¿qué te parece? -preguntó el príncipe luego que el gentilhombre hubo leído por segunda vez esta carta.

-Digo que estáis bien servido, monseñor.

-Yo digo que me han traicionado.

-¡Ah! es verdad, había olvidado los resultados.

-Que se ha burlado de mí ese miserable haciéndome creer en la muerte de una mujer.

-Y de una mujer de que él se apoderaba robándoosla; efectivamente, la acción no puede ser peor; pero -añadió Bussy con expresión de punzante ironía-, el amor de M. de Monsoreau

excusa su yerro.

-¡Ah! tú crees... -dijo el duque con sarcástica sonrisa.

-¡Psé! -repuso Bussy-, yo no tengo opinión sobre este punto: si vos lo creéis así, yo también lo creeré.

-¿Qué harías tú en mi lugar? Pero, ante todo, ¿qué ha hecho él?

-Él ha hecho creer al padre de la joven que era Vuestra Alteza quien la había robado; se ofreció a auxiliarla; se presentó en el castillo de Beaugé con una carta del barón de Meridor, acercó una barca a la ventana y se llevó la prisionera, luego la encerró en la casa que sabéis, y de susto en susto la obligó a darle su mano.

-¿Y no es eso una deslealtad infame? -exclamó el duque.

-Una deslealtad que se ha desarrollado a la sombra de la vuestra, monseñor -dijo Bussy con su audacia habitual.

-¡Ah, Bussy! ... tú verás si sé vengarme.

-¡Vengaros! ¡Bah, monseñor, no haréis tal

cosa!

-¡Cómo!

-Los príncipes no se vengan, monseñor, cas-

tigan. Le echaréis en cara su infamia a ese Mon-

soreau y le castigaréis.

-¿De qué modo?

-Devolviendo la felicidad a la señorita de

Meridor.

-¿Y puedo hacerlo?

-Seguramente.

-¿Como así?

-Dándole la libertad.

-Veamos, explícate.

-Nada más fácil; el casamiento ha sido for-

zado; por lo tanto, es nulo.

-Tienes razón.

-Haced, pues, anular el matrimonio, v obra-

réis como digno caballero y como noble prínci-

pe.

-¡Ah, ah! -exclamó el duque dando muestras de sospecha-, ¡qué acalorada defensa! ¿Tanto te interesa este asunto, Bussy?

-Nada, en absoluto: lo que me interesa, monseñor, es que no se diga que Luis de Clermont, conde de Bussy, sirve a un príncipe pérfido v a un hombre sin honor.

-Pues bien, ya verás. ¿Pero cómo anularemos ese matrimonio?

-Nada más fácil; haciendo intervenir al padre.

-¿Al barón de Meridor?

-Sí, monseñor.

-Mas ¡si está en Anjou! -Está aquí, monseñor; es decir, en París.

-¿En tu casa?

-En la de su hija. Habladle, monseñor; pueda él contar con vos, vea en Vuestra Alteza un protector en vez de un enemigo corno ha visto

hasta hoy, y en lugar de maldecir como antes maldecía vuestro nombre, os adorará cual si fueseis el ángel de su guarda.

-Es un poderoso señor del país, y se dice que tiene mucha influencia en la provincia -dijo el duque.

-Sí, monseñor; pero, en primer lugar, debéis tener presente que tiene una hija, que esta hija es desgraciada y que el barón lo es igualmente a causa de la. desgracia de su hija.

-¿Cuándo podré verle?

-Tan luego como volváis a París.

-Bien.

-Quedamos en eso, ¿no es verdad, monseñor?

-Sí.

-¿A fe de caballero?

-A fe de príncipe.

-¿Y cuándo os ponéis en marcha?

-Esta tarde: ¿me aguardas?

-No, monseñor; iré delante.

-Ve, y está dispuesto.

-Adiós, monseñor; ¿dónde nos veremos?

-Mañana, en la estancia del rey, a las doce.

-Allí estaré, monseñor.

Bussy no perdió un momento: el camino que el príncipe, durmiendo en su litera, tardó quince horas en andar, Bussy, con el corazón henchido de amor y de contento, lo anduvo en cinco para consolar más pronto al barón, a quien había prometido auxilio, y a Diana, a quien iba a llevar la mitad de la vida.

XXXIV. VUELTA DE CHICOT AL LOUVRE

Todos dormían en el Louvre, pues no eran más que las once de la mañana; los centinelas de la corte andaban con precaución; los soldados de caballería que relevaban la guardia marchaban al paso para dejar descansar al rey, que debía de estar fatigado de su peregrinación.

Dos hombres se presentaron al mismo

tiempo en la puerta principal del Louvre: el uno montando un caballo berberisvo lozano y descansado, el otro sobre un fogoso andaluz todo cubierto de espuma.

Detuviéronse frente a la puerta y se contemplaron mutuamente.

-¡M. de Chicot! -exclamó el más joven saludando con política-, ¿cómo va?

-¡Hola! es M. de Bussy; perfectamente -repuso Chicot en ese tono desembarazado y cortés que revelaba al caballero, por lo menos tanto como el saludo de Bussy revelaba al gran señor y al hombre delicado.

-¿Venís a asistir al tocador del rey? -interrogó Bussy.

-Y vos también, según presumo.

-No; vengo únicamente a saludar al señor duque de Anjou. Ya sabéis, monsieur de Chicot -añadió Bussy con una sonrisa-, que no tengo la dicha de contarme en el número de los favori-

tos de Su Majestad.

-De eso tiene la culpa el rey, caballero, y no vos.

Bussy se inclinó.

-¿Venís de lejos? -preguntó Bussy-; me han dicho que os hallabais de viaje.

-Sí, señor, he estado de caza -contestó Chicot-; pero también parece que vos habéis viajado.

-En efecto, he hecho una excursión por las provincias. ¿Queréis hacerme un favor?

-¿No he de querer? -dijo Chicot- siempre que M. de Bussy guste disponer de mí, sea para lo que fuere, me honrará muchísimo.

-Pues bien: vais a penetrar en el Louvre, porque tenéis ese privilegio, mientras que yo habré de permanecer en la antecámara; tened la bondad de avisar al duque de Anjou que le estoy aguardando.

-El señor duque de Anjou está en el Louvre

-dijo Chicot-, y sin duda concurrirá al cuarto del rey cuando Su Majestad se levante: ¿por qué no entráis conmigo?

-Temo la mala cara del rey.

-¡Bah!

-Como hasta ahora no me tiene muy habituado a sus sonrisas.

-Tranquilizaos, dentro de poco cambiará todo.

-¡Hola! ¿sois nigromántico, M. de Chicot?

-A veces; vamos, ánimo, y venid conmigo, M. de Bussy.

Entraron, efectivamente, y se dirigieron el uno al cuarto del rey y el otro al aposento del duque de Aniou, que, como hemos dicho, ocupaba las habitaciones que habían sido en otro tiempo de la reina Margarita.

Enrique III acababa de despertar, había hecho resonar la gran plancha de metal y una

nube de criados y amigos se habían lanzado en la real cámara; ya se le había servido el caldo de pechugas de ave, el vino con especias y las empanadas, cuando Chicot entró con gentil continente en la habitación de su augusto amo, y antes de dar los buenos días se puso a comer en el plato y a beber en la escudilla de oro.

-¡Por la muerte de Cristo! -exclamó el rey gozoso, aunque fingiendo que estaba irritado-; es ese bribón de Chicot, un fugitivo, un vagabundo, un bellaco que merecía la horca.

-¿Qué es eso? ¿qué tienes, hijo mío? -preguntó Chicot sentándose sin ceremonias con sus empolvadas botas en el inmenso sillón bordado de flores de lis de oro en que estaba sentado el mismo Enrique III-: parece que olvidamos nuestro regreso de Polonia, cuando representamos el papel de ciervos y los magnates polacos el de perros.

-Adiós, ya vuelvo a ser desgraciado -

exclamó Enrique-; de aquí en adelante no podré oír sino cosas desagradables. Mucho he de echar de menos las tres semanas que he tenido de tranquilidad.

-¡Bah! -dijo Chicot-, siempre te estás quejando; no parece sino que eres uno de tus vasallos. Veamos, ¿qué has hecho en mi ausencia, Enriquito? ¿Se ha gobernado mal, como siempre, nuestro hermoso reino de Francia?

-¡M. Chicot!

-Nuestros pueblos se quejan. ¿eh?

-¡Bribón!

-¿Ha sido ahorcado alguno de esos almibarados jóvenes? ¡Ah! perdonad, M. de Quelus, no os había visto.

-Chicot, me parece que vamos a reñir.

-En fin, ¿queda algún dinero en nuestros cofres o en las arcas de los judíos? No sería malo, porque tenemos necesidad de divertirnos; ¡pardiez! la vida es larga y penosa.

Mientras hablaba así, Chicot concluyó de rebañar en el plato de plata los restos de las empanadas doradas al fuego.

El rey se echó a reir, como ocurría siempre.

-Vamos -dijo-, ¿qué has hecho en tan larga ausencia?

-He imaginado una procesioncita en tres actos -repuso Chicot-. Primer acto: dos filas de penitentes en camisa y calzoncillos mesándose los cabellos y reprendiéndose mutuamente, suben desde el Louvre a Montmartre. Segundo acto: los mismos penitentes desnudos hasta la cintura azotándose con disciplinas de puntas de espina descienden de Montmartre a la abadía de Santa Genoveva. Tercer acto: los mismos penitentes completamente desnudos disciplinándose recíprocamente y fuertemente regresan desde la abadía de Santa Genoveva al Louvre. Como peripecia inesperada, había imaginado hacerles pasar por la plaza de la Grève,

donde el verdugo debía quemarlos a todos, desde el primero hasta el último; pero luego he pensado que el Señor tiene guardado allá arriba un poco de azufre de Sodoma y otro poco de betún de Gomorra y no quiero quitarle el placer de freírlos por sí mismo. Y en tanto llega este día, señores, regocijémonos.

-Ante todo sepamos dónde has estado -preguntó el rey-; ¿sabes que te he hecho buscar en todos los lugares de mala fama que hay en París?

-¿Habéis registrado bien el Louvre?

-Algún rufián, tu amigo, te habrá embargado.

-No puede ser, Enrique, porque tienes tú embargados a todos los rufianes.

-Es decir, que me he engañado.

-Sí, hijo mío, como siempre, de medio a medio.

-Puede que quieras decirnos que has estado

haciendo penitencia.

-Precisamente: he estado en un convento por ver lo que era la vida monacal; lo he visto y he quedado harto de frailes.

-En aquel momento entró M. de Monsoreau en el cuarto del rey, a quien saludó con profundo respeto.

-¡Ah! sois vos, señor montero mayor -dijo Enrique-. ¿Cuándo nos daréis una buena caza?

-Cuando Vuestra Majestad guste: hoy he recibido la noticia de que tenemos muchos jabalíes en Saint-Germain-en-Laye.

-La caza de jabalíes es peligrosa -observó Chicot-. Recuerdo que el rey Carlos IX estuvo a pique de ser muerto en una caza de jabalíes, y además los venablos son duros y levantan ampollas en vuestras manitas, ¿no es cierto, hijo mío?

M. de Monsoreau miró a Chicot de tal modo que parecía querer tragárselo con la vista.

-¡Hola! -dijo el gascón a Enrique-, no hace mucho tiempo que tu montero mayor ha hallado un lobo.

-¿Por qué?

-Porque como las nubes del poeta Aristófanes, ha conservado en su semblante la figura del lobo; sobre todo en los ojos el parecido es sorprendente.

Volvióse M. de Monsoreau hacia Chicot, y dijo poniéndose pálido:

-M. de Chicot, yo estoy poco acostumbrado a bufonadas, pues pocas veces me he presentado en la corte, y os prevengo que delante de mi rey no me gusta que me humillen y menos cuando se trata de su servicio.

-Pues amigo -repuso Chicot-, sois todo lo contrario de nosotros los que frecuentamos la corte; por eso nos hemos reído mucho de la última bufonada.

-¿Y cuál es esa bufonada? -interrogó M. de

Monsoreau.

-La de haberos nombrado montero mayor:

ya veis que mi querido Enriquito, si bien es

menos bufón que yo, en cambio es más loco.

Monsoreau dirigió una mirada terrible al

gascón.

-Vamos, vamos -dijo el rey, que preveía un

serio altercado-, hablemos de otra cosa, señores.

-Sí -añadió Chicot-, hablemos de los mila-

gros de Nuestra Señora de Chartres.

-Chicot, nada de blasfemias -dijo el rey con

tono severo.

-¡Blasfemias yo! -repuso Chicot-, ¿crees que

soy hombre de iglesia? Pues soy hombre de

espada. Por el contrario, debo advertirte una

cosa.

-¿Cuál?

-Que te portas mal con Nuestra Señora de

Chartres, Enrique, muy mal.

-¿Cómo pues?

-Indudablemente. Nuestra Señora tenía dos camisas acostumbradas a hallarse juntas, y tú las separas: en tu lugar yo las conservaría reunidas, Enrique, y al menos habría esa probabilidad para que la Virgen llevara a cabo un milagro.

Esta alusión, algo brutal, a la separación del rey y la reina, hizo reír a los amigos del monarca.

Enrique estiró los brazos, se frotó los ojos y se sonrió también.

-Por esta vez -dijo-, el loco tiene razón, ¡vive Dios!

Y cambió de conversación.

-Caballero -dijo con voz baja Monsoreau a Chicot-, ¿tendréis la bondad, como que no hacéis nada, de ir a esperarme al hueco de esa ventana?

-¡Pues no! -dijo Chicot-, con el mayor gusto.

-Pues bien, entonces retirémonos aparte.

-A lo interior de un bosque si os conviene.

-Fuera chanzas, caballero; son inútiles porque aquí no hay nadie que se ría de ellas -dijo Monsoreau reuniéndose con el gascón en el hueco de la ventana, donde éste le había precedido-. Estamos frente a frente y debemos decirnos la verdad, M. Chicot, señor loco, señor bufón; un caballero os prohíbe, ¿lo entendéis? os prohíbe reíros de él; sobre todo os aconseja que meditéis antes de dar citas en los bosques, donde queríais conducirme hace poco, pues en ellos se recoge una colección de garrotes de distintas especies, dignos de figurar junto a los que tan bien os midieron las espaldas de parte de M. de Mayena.

-¡Ah! -dijo Chicot sin conmoverse en apariencia, aunque sus negros ojos lanzaron un sombrío resplandor-: ¡ah! caballero, me recordáis todo lo que debo a M. de Mayena: ¿quisierais que fuese vuestro deudor como lo soy

suyo, que os pusiese en mi memoria en la mis-
ma línea, y os guardase una parte igual en mi
reconocimiento?
-Me parece que entre vuestros acreedores os
olvidáis de incluir el principal.
-¿Sí?' Es extraño, caballero, porque me pre-
cio de tener excelente memoria: ¿quién es ese
acreedor?
-Maese Nicolás David.
-¡Oh! en cuanto a ése os equivocáis -dijo
Chicot con siniestra sonrisa-; ya no le debo na-
da, está pagado.
En este momento llegó a mezclarse en la
conversación un tercer interlocutor.
Era Bussy.
-¡Ah, M. de Bussy! -dijo Chicot-, venid en
mi auxilio. Aquí está M. de Monsoreau que me
ha sacado de donde estaba y quiere darme caza
ni más ni menos que si fuera un gamo o un
ciervo. Decidle que se equivoca, M. de Bussy,

que se las ha con un jabalí y que el jabalí se vuelve contra el cazador.

-M. Chicot -dijo Bussy-, creo que hacéis agravio al señor montero mayor, pensando que no os tiene por lo que sois, es decir, por un buen caballero. Señor conde -agregó dirigiéndose a Monsoreau-, tengo el honor de advertiros que el señor duque de Anjou desea hablaros.

-¿A mí? -dijo Monsoreau con inquietud.

-A vos mismo, caballero -repuso Bussy.

Monsoreau dirigió a su interlocutor una mirada, con la cual quiso penetrar hasta el fondo de su alma, pero aquella mirada tuvo que detenerse en la superficie, pues los tranquilos ojos y la amable sonrisa de Bussy no 1e permitieron ir más allá.

-¿Me acompañáis, caballero? -interrogó el montero mayor al gentilhombre.

-No, señor, mientras os s despedís del rey,

voy a advertir a Su Alteza que os disponéis a obedecer sus órdenes.

Bussy se volvió como había llegado, pasando con su destreza ordinaria por entre la muchedumbre de cortesanos.

El duque de Anjou esperaba efectivamente a Monsoreau en su gabinete, y leía de nuevo la carta de que nuestros lectores tienen ya conocimiento. Al oír el ruido de las mamparas, creyó que era Monsoreau el que se aproximaba, y ocultó el billete.

Presentóse Bussy.

-¿Qué hay? -dijo el duque.

-Ya viene, monseñor.

-¿Sospecha algo?

-Y aunque sospechase y se hallara sobre aviso, ¿qué importa? ¿no es hechura vuestra? Vos le habéis sacado de la nada; ¿no podéis volverle a la nada?

-Sin duda -dijo el duque con el aire distraí-

do que tenía siempre que se acercaba algún acontecimiento en el cual era preciso mostrarse algún tanto enérgico.

-¿Os parece menos culpable que ayer?

-Me parece mil veces más: sus crímenes son de aquellos que se aumentan a medida que en ellos se recapacita.

-Además -dijo Bussy-, todo se reduce a un solo punto: ha robado a una pobre joven traidoramente, se ha casado con ella por medios fraudulentos e indignos de un caballero: él mismo debe pedir la anulación del matrimonio o vos la pediréis por él.

-Eso es lo .convenido.

-Y a nombre del padre, a nombre de la joven, a nombre del castillo de Meridor, a nombre de Diana, ¿me dais vuestra palabra de hacerlo así?

-Te la doy.

-Reflexionad que están advertidos de lo que

va a pasar y esperan ansiosamente el resultado de vuestra entrevista con ese hombre.

-La joven será libre, Bussy, yo te lo prometo.

-¡Ah! -dijo Bussy-, si hacéis eso, seréis en realidad un gran príncipe, monseñor.

Y tomando la mano del duque, aquella mano que había firmado tantas falsas promesas, que había faltado a tantos sagrados juramentos, se la besó respetuosamente.

En aquel instante se oyeron pasos en la antesala.

-Ahí está -dijo Bussy.

-Que entre M. de Monsoreau -gritó Francisco con una severidad que pareció de buen agüero a Bussy.

Y entonces, éste, casi seguro del resultado que deseaba, no pudo menos al saludar a Monsoreau, de dirigirle una mirada de ironía orgullosa. El montero mayor recibió el saludo de Bussy con aquella mirada vidriosa con que sa-

bía encubrír las sensaciones de su alma cual si las pusiera detrás de un inexpugnable parapeto.

Bussy aguardó en el corredor que ya sabemos, en el mismo corredor en que la Mole había estado una noche a pique de ser ahorcado por Carlos 1X, Enrique III, el duque de Aleçon y el duque de Guisa, con el cordón de la reina madre. Este corredor y la antesala a que correspondía, se hallaban en aquel instante llenos de gentileshombres del duque.

Bussy se detuvo entre ellos y todos se apresuraron a hacerle sitio, tanto por la consideración que personalmente disfrutaba, como por el favor con que le miraba el duque de Anjou.

Pero él contuvo dentro del pecho sus sensaciones, y sin dejar adivinar la terrible angustia que le abrumaba, aguardó el resultado de la conferencia de que toda su felicidad dependía.

La conversación no podía dejar de ser animada: Bussy conocía a Monsoreau lo bastante

para estar convencido que no se dejaría destruir sin oposición; pero le consolaba la reflexión de que el duque de Anjou no tenía que hacer sino apoyar sobre él la mano y romperle si no se doblegaba.

De pronto se hizo oír la tan conocida voz del príncipe; aquella voz parecía que mandaba. Bussy se estremeció de gozo.

-¡Ah! -dijo-, el duque me cumple la palabra.

Mas a aquél sonido de voz imperiosa no sucedió otro, y como todos escuchaban, mirándose mutuamente con inquietud, reinó muy pronto un silencio profundo entre los cortesanos. Bussy, inquieto, turbado en su comenzado sueño, sometido ya a la influencia de sus esperanzas y al reflujo del temor, contaba los minutos. De este modo transcurrió un cuarto de hora.

De repente se abrió la puerta del cuarto del duque, y a través de las cortinas se oyó el ruido

de voces que amistosamente conversaban.

Bussy sabía que el duque se hallaba solo con el montero mayor, y que si su conversación hubiera seguido el curso ordinario, de todo podía tener menos de amistosa en aquél momento.

Por lo mismo, aquel tono de amistad le hizo estremecer.

Pronto se aproximaron las voces: levantóse la cortinilla y Monsoreau salió andando de espaldas y saludando. El duque le acompañó hasta la antesala y le dijo:

-Adiós, amigo mío, quedamos en eso.

-¡Su amigo! -exclamó Bussy-. ¡Dios mío! ¿qué quiere decir esto?

-Creo fundado el parecer de Vuestra Alteza -dijo Monsoreau-; en el estado a que han llegado las cosas, el mejor medio es la publicidad.

-Sí, sí -dijo el duque-, todos esos misterios son juegos de niños.

-Entonces -repuso el montero mayor-, esta noche misma la presentaré al rey.

-Id sin temor, yo lo dispondré todo.

El duque se inclinó hacia el montero mayor, y le dijo algunas palabras al oído.

-Es corriente, monseñor -respondió Monsoreau.

Y saludando por vez postrera al duque, que examinaba a los concurrentes, sin reparar en Bussy, por hallarse éste oculto entre los pliegues de una cortina a la cual se había agarrado para no caer, se volvió hacia los cortesanos que aguardaban les llegase su turno y que se humillaban ya delante de un favorito, destinado, al parecer, a eclipsar a Bussy.

-Señores -dijo-, permitidme que os dé una noticia: Su Alteza me da permiso para que haga público mi casamiento con la señorita Diana de Meridor, con quien estoy unido hace un mes, y para que bajo sus auspicios la presente esta no-

che en la corte.

Bussy vaciló: aunque el golpe no era del todo inesperado, era tan violento que pensó morir al recibirlo.

Entonces sacó la cabeza entre la cortina; y el duque y él, los dos pálidos, aunque por opuestas causas, se dirigieron mutuamente una mirada de desprecio de parte de Bussy, de terror de parte del duque de Anjou.

Monsoreau cruzó el grupo de cortesanos, recibiendo por todas partes cumplimientos y felicitaciones.

Bussy hizo un movimiento para acercarse al duque; mas éste le vio y dejó caer la cortina, cerrando al mismo tiempo la puerta; poco después se oyó el ruido de la llave de la cerradura.

Bussy sintió entonces su sangre ardiente y alterada agolpársele a las sienes y al corazón.

Su mano, hallando la daga pendiente del cinturón, la sacó maquinalmente y casi del todo de

la vaina, porque en aquel hombre los primeros impulsos eran irresistibles; pero el amor que le arrastraba mitigó su ardor; un dolor amargo, profundo, agudo, sofocó su cólera.

En el paroxismo de las pasiones que luchaban en su corazón la energía sucumbió, como sucumben juntas por haberse chocado en su ascensión dos olas irritadas, que parecen querer escalar el cielo.

Bussy comprendió que si allí se quedaba, iba a descubrir el dolor insensato que le tenía acongojado; siguió, pues, por el corredor adelante, tomó la escalera secreta, salió por un postigo al patio del Louvre, saltó sobre su caballo y se dirigió a galope a la calle de San Antonio.

-El barón y Diana, que aguardaban la respuesta prometida por Bussy, vieron llegar al joven pálido, con el rostro alterado y echando fuego por los ojos.

Diana adivinó lo que pasaba y lanzó un gri-

to.

-Señora -exclamó Bussy-, despreciadme, aborrecedme; yo creía ser algo en este mundo y veo que no soy nada; creía poder alguna cosa, y no puedo ni siquiera arrancarme el corazón. Señora, sois la esposa de M. de Monsoreau, la esposa legítima: reconocida ya y que debe ser presentada esta noche en la corte. Yo soy un infeliz loco; un miserable insensato, o más bien, sí, o más bien como el señor barón me decía, el duque de Anjou es un hombre bajo e infame.

Y dejando al padre y a la hija espantados, loco de dolor, ciego de ira, salió del aposento, se precipitó por las escaleras, saltó sobre el caballo, y hundiéndole las espuelas en el vientre, sin saber adonde iba, soltando las riendas y no cuidando más que de desahogar su corazón, que latía violentamente bajo su crispada mano, partió al galope, sembrando en torno suyo el vértigo y el terror.

XXXV. LO QUE PASÓ ENTRE EL DUQUE DE ANJOU Y EL MONTERO MAYOR

Ya es tiempo de explicar la repentina variación que se verificó en la conducta del duque de Anjou con respecto a Bussy.

El duque, cuando en virtud de las exhortaciones de su gentilhombre recibió a M. de Monsoreau, estaba en la disposición de ánimo más favorable a los proyectos de aquél. La bilis rebosaba en su corazón ulcerado por las dos pasiones que le dominaban: el amor propio del príncipe había recibido una profunda herida, v el temor de la publicidad con que Bussy le amenazaba a nombre de M. de Meridor, daba mucho pábulo a su cólera.

En efecto, estas dos sensaciones combinadas producen espantosas explosiones cuando el corazón en que se encierran, semejante a una bomba llena de pólvora, está con mucha solidez construido y bastante herméticamente cerrado

para que la compresión doble el estallido.

El duque de Anjou recibió, pues, al montero mayor tomando una de aquellas actitudes severas que hacían temblar en la corte a los más audaces, porque todos sabían los recursos de Francisco en materia de venganza.

-¿Me ha llamado Vuestra Alteza? -preguntó Monsoreau en tono tranquilo y mirando los tapices, porque, como habituado a manejar el alma del príncipe, adivinaba todo el fuego que ocultaba aquella frialdad aparente.

Quien hubiera visto entonces a Monsoreau habría creído que preguntaba al aposento los proyectos de su amo.

-No temáis nada, caballero -exclamó el duque observando aquella mirada-, no hay nadie detrás de los tapices; podemos hablar libremente y sobre todo con franqueza.

Monsoreau se inclinó.

-Porque sois un buen servidor, señor mon-

tero mayor del rey de Francia, y muy adicto a mi persona.

-Ya lo creo.

-Yo estoy convencido de ello; vos sois quien en muchas ocasiones me ha dado parte de los complots urdidos contra mí, vos quien me ha ayudado en todas mis empresas, olvidándoos muchas veces de vuestros intereses y comprometiendo vuestra existencia.

-Señor...

-Ya lo sé. Últimamente... preciso es que yo le recuerde porque en verdad vos tenéis tanta delicadeza que jamás hacéis una alusión ni aún indirecta a los servicios que me habéis prestado... Últimamente en aquella desgraciada aventura...

-¿Qué aventura, Monseñor?

-El rapto de la señorita de Meridor: ¡pobre joven!

-¡Ah! -murmuró Monsoreau para que la

respuesta no fuese completamente aplicable al sentido de las palabras de Francisco.

-¡La compadecéis! ¿no es verdad? -preguntó éste llamándole a un terreno seguro.

-¿No la compadecería Vuestra Alteza?

-¿Yo? ¡oh! ya sabéis cuánto he sentido ese funesto capricho. Y ahora que hablamos de ello os diré que únicamente la amistad que os profeso y la costumbre de valerme de vuestros buenos servicios han podido hacerme olvidar que a no ser por vos no habría yo pensado en robar a esa joven.

Monsoreau sintió el golpe.

-¿Serán remordimientos? -dijo para sí-; Monseñor -agregó en voz alta-, vuestra bondad natural os conduce a exagerar las cosas: ni Vuestra Alteza ni yo hemos causado la muerte de esa joven.

-¡Cómo!

-Seguramente; Vuestra Alteza no tenía in-

tención de llevar la violencia hasta el extremo de causar la muerte a la señorita de Meridor.

-¡Oh! no.

-Entonces la intención os absuelve, Monseñor, es una desgracia... una desgracia como las que la casualidad origina todos los días.

-Y además -añadió el duque mirando fijamente a Monsoreau como si quisiera penetrar con la vista hasta el fondo de su corazón-, además la muerte lo cubre todo con su eterno manto.

La voz del príncipe vibró demasiado al pronunciar estas palabras, - de manera que Monsoreau levantó los ojos y dijo para sí:

-No son remordimientos.

-Monseñor -añadió-, ¿quiere Vuestra Alteza que le hable francamente?

-¿Por qué no? -repuso el príncipe en tono de sorpresa y altivez.

-En efecto -repuso Monsoreau-, no sé por

qué no he de ser franco con Vuestra Alteza.

-¿Qué queréis decir?

-Quiero decir que con un príncipe tan ilus-

tre por su inteligencia y generosidad, la fran-

queza debe ser de ahora en adelante como el

elemento principal de la conversación.

-¿De ahora

en adelante ... ? ¿Qué sig-

nifica. . . ?

-Como Vuestra Alteza no ha creído conve-

niente usar conmigo desde el principio de esa

franqueza...

-¡De veras! -repuso el duque dando una car-

cajada en que descubría la cólera que le agitaba.

-Escuchad, Monseñor -prosiguió humilde-

mente Monsoreau-, ya sé lo que Vuestra Alteza

quería decirme.

-Hablad, pues.

-Vuestra Alteza quería darme a entender

que acaso la señorita de Meridor no ha muerto,

y, por consiguiente, que los que se creen la causa de su muerte están libres de remordimientos.

-¿Y habéis aguardado hasta este instante para hacerme esa reflexión consoladora? Sois un fiel servidor, por vida mía. ¡Me habéis visto taciturno, afligido; me habéis oído hablar de sueños fúnebres que he tenido desde la muerte de esa mujer, yo, cuya sensibilidad no es demasiado, a Dios gracias... y me habéis dejado vivir así, cuando con sólo manifestar esa duda podíais ahorrarme tantos sufrimientos! ¿Qué nombre debo dar a tal conducta, caballero?

El duque pronunció estas palabras con un acento en que se advertía la cólera próxima a estallar.

-Monseñor -dijo Monsoreau-, no parece sino que Vuestra Majestad dirige contra mí una acusación ...

-¡Traidor! -exclamó de pronto el duque dando un paso hacia el montero mayor-, la diri-

jo y la apoyo; ¡me has engañado, me has robado esa mujer a quien yo amaba!...

Monsoreau se puso espantosamente pálido, mas conservó su actitud tranquila y casi altiva.

-Es verdad -dijo.

-¿Cómo? ¿es verdad? ¡Impudente! ¡desvergonzado!

-Tened la bondad de hablar más bajo monseñor -exclamó Monsoreau sin perder su serenidad-; Vuestra Alteza olvida que está hablando a un gentilhombre, a un buen servidor.

El duque le contestó con una risa convulsiva.

-A un buen servidor del rey -prosiguió Monsoreau, tan impasible como antes.

El duque se detuvo al oír esta última palabra, y murmuró:

-¿Qué queréis decir?

-Quiero decir -contestó Monsoreau en tono obsequioso y melifluo-, que si Vuestra Alteza

quisiera tomarse el trabajo de oírme, conocería que el desear Vuestra Alteza a esa mujer, era una razón para que yo la tomase.

El duque, estupefacto, no supo qué contestar a tan atrevidas palabras.

-Esta es mi excusa -dijo humildemente el montero mayor-; yo amaba apasionadamente a la señorita de Meridor.

-¡Yo también! -exclamó Francisco con dignidad.

-Es verdad, Monseñor, vos sois primero que yo; pero la señorita de Meridor no os amaba.

-¿Y te amaba a ti?

-Tal vez -murmuró Monsoreau.

-¡Mientes, mientes! Has puesto en juego los medios violentos que puse yo, con la diferencia de que yo, el amo, he visto frustrados mis planes; y tú, el criado, los has llevado a cabo; porque yo no tenía en mi favor más que la autoridad al paso que tú tenías la traición.

-Monseñor, yo la amaba.

-¿Y qué me importa a mí?

-¡Monseñor!. . .

-¿Me amenazas, serpiente?

-Cuidado, Monseñor -repuso Monsoreau bajando la cabeza, como el tigre que espera el momento favorable para lanzarse sobre su presa-; os digo que yo la amaba y yo no soy criado vuestro como decís. Mi mujer es mía como mí tierra, y nadie puede arrebatármela, ni el mismo rey. Yo he querido esa mujer y la he tomado.

-Es verdad -dijo Francisco, corriendo hacia la plancha de plata que estaba sobre la mesa y que servía para llamar-, la has tomado, pero la devolverás.

-Os engañáis, Monseñor -exclamó Monsoreau precipitándose hacia la mesa para impedir al príncipe que llamase-. Desechad ese mal pensamiento que os ha ocurrido de perjudicarme,

porque si una vez llamaseis, si me hicieseis un ultraje público...

-Te digo que devolverás esa mujer.

-¿Devolverla? ¿y cómo? Es mi mujer: me he casado con ella delante de Dios.

Monsoreau contaba con el efecto de esta palabra, mas el príncipe no dejó su actitud colérica.

-Si es tu mujer delante de Dios -dijo-, la devolverás a los hombres.

-¿Qué es esto? ¿lo sabe todo? -murmuró Monsoreau.

-Lo sé todo: romperás ese matrimonio o lo romperé yo, aunque estuvieses cien veces casado delante de todos los dioses que han reinado en el cielo.

-¡Ah! Monseñor, no blasfeméis -exclamó Monsoreau.

-Mañana será entregada la señorita de Meridor a su padre; mañana saldrás para el destie-

rro que voy a imponerte. Dentro de una hora venderás tu empleo de montero mayor; he aquí mis condiciones; si no obedeces, vasallo, te destruiré como destruyo este vaso.

Y tomando una copa de cristal esmaltada, regalo del archiduque de Austria la lanzó con furia contra Monsoreau y la hizo añicos.

-No devolveré esa mujer, no dejaré mi empleo ni saldré de Francia -contestó Monsoreau corriendo hacia Francisco, el cual quedó estupefacto.

-¿Por qué? ¡maldito!

-Porque pediré indulto al rey de Francia, al rey elegido en la abadía de Santa Genoveva, y porque este nuevo soberano, tan bondadoso, tan noble, tan favorecido con la divina gracia, no se negará a oír la primera súplica que se le presente.

Monsoreau pronunció estas terribles palabras muy despacio y marcando bien todas las

sílabas: mientras las pronunciaba, el fuego de sus ojos iba pasando poco a poco a su voz y ésta se iba elevando cada vez más.

Francisco palideció: dio un paso atrás, corrió la espesa cortina de la puerta de entrada, y asiendo a Monsoreau por la mano le dijo con voz tan conmovida como si le faltasen las fuerzas:

-Muy bien... muy bien... conde... hacedme esa súplica en tono más bajo... ya os escucho.

-Hablaré humildemente -dijo Monsoreau volviendo a su calma ordinaria-, humildemente como conviene al más humilde servidor de Vuestra Alteza.

Francisco recorrió con lentitud la vasta habitación, mirando detrás de los tapices, pues le parecía imposible que no hubiesen sido oídas las palabras de Monsoreau.

-¿Qué decíais? -interrogó.

-Decía, Monseñor, que mi fatal pasión es la

que lo ha hecho todo: el amor, noble señor, es la más imperiosa de las pasiones... Para hacerme olvidar que Vuestra Alteza había puesto los ojos en Diana, era preciso que yo no fuese dueño de mí mismo.

-Ya os lo he dicho, conde, es una traición.

-No me confundáis, Monseñor; yo os diré el pensamiento que me ocurrió. Yo veía a V. A. rico, joven, dichoso, el primer príncipe del mundo cristiano...

El duque hizo un movimiento.

-Porque Vuestra Alteza lo es ... -murmuró Monsoreau al oído del príncipe-, entre ese puesto supremo y vos no hay más que una sombra fácil de aniquilar... Os veía, pues, en todo el esplendor de vuestro porvenir, y comparando esa inmensa fortuna a lo poco que yo ambicionaba, deslumbrado con los rayos de vuestra gloria futura, que casi me impedían ver la pobre florecilla que ambicionaba; yo, humil-

de criatura en comparación vuestra, dije para mí: dejemos al príncipe en sus sueños brillantes, sus magníficos proyectos: ese es su destino; yo busco mi objeto en la sombra... Apenas notará mi retirada, apenas observará la falta de la pequeña perla que quito de su manto real.

-¡Conde, conde! -dijo el duque embriagado a pesar suyo con la magia de aquellas palabras.

-Me perdonaréis, ¿no es verdad, Monseñor?

En aquel instante levantó el duque los ojos y vio pendiente del tapiz de cuero dorado que cubría la pared, el retrato de Bussy, retrato que gustaba de contemplar algunas veces, como en otro tiempo había gustado de contemplar el de La Mole.

Aquel retrato tenía tal expresión de orgullo en los ojos, y de altivez en el rostro; el brazo que figuraba apoyado en la cadera, le daba una actitud tan soberbia, que el duque se figuró ver al mismo Bussy que se desprendía de la pared

para excitar sus fuerzas.

-No -dijo-, no puedo perdonaros: bien sabe Dios que si soy riguroso con vos, no es por mí, sino porque un padre desconsolado, un padre indignamente engañado, reclama su hija, porque una mujer obligada a casarse con vos, clama contra vos venganza; en una palabra, porque el primer deber de un príncipe es la justicia.

-Monseñor.....

-Digo que la justicia es el primer deber de un príncipe y yo he de hacer justicia.

-Si la justicia -repuso Monsoreau- es el primer deber de un príncipe, la gratitud es el primer deber de un rey.

-¿Qué decis?

-Digo que un rey jamás debe olvidar a aquellos a quienes debe la corona.

-¿Y qué?

-Que vos me debéis la corona, señor.

-¡Monsoreau! -exclamó el duque con más

espanto que al principio-; ¡Monsoreau! -repitió con voz trémula-, ¿queréis ser traidor al rey como lo habéis sido al príncipe?

-Yo soy adicto a la persona de quien me sostiene, señor, dijo Monsoreau alzando más la voz.

-¡Desventurado!

Y el duque miró por segunda vez el retrato de Bussy.

-No puedo... -dijo- Sois un caballero, Monsoreau, y por lo mismo debéis comprender que no puedo aprobar lo que habéis hecho.

-¿Por qué, Monseñor?

-Porque es una acción indigna de vos y de mí... Renunciad a esa mujer... Querido conde, haced por mí ese nuevo sacrificio y os indemnizaré otorgándoos todo lo que me pidáis.

-¿Acaso Vuestra Alteza ama todavía a Diana de Meridor?- dijo Monsoreau pálido de celos.

-¡No, no! lo juro.

-Pues bien, entonces, ¿qué inconveniente tiene Vuestra Alteza en perdonarme? Diana es mi esposa: ¿no soy yo buen caballero? ¿hay alguno que se atreva a mezclarse en los secretos de mi vida?

-Pero ella no os ama.

-¿Qué importa?

-Hacedlo por mí, Monsoreau.

-No puedo.

-Entonces. . . -replicó el duque sumergido en la más horrible perplejidad- entonces...

-Reflexione Vuestra Majestad, señor.

El duque se enjugó el sudor de que se bañó su frente al pronunciar Monsoreau estas palabras.

-¿Me denunciaréis? -preguntó.

-Sí, señor, porque si mi nuevo rey me ofendiese en mi honra o en mi felicidad, me acogería a la protección del antiguo.

-¡Eso sería infame!

-Es cierto, señor, pero yo amo lo bastante

para ser infame.

-¡Esa sería una acción villana!

-Tiene razón Vuestra Majestad; pero yo amo

lo bastante para ser villano.

El duque dio un paso hacia Monsoreau; mas

éste le detuvo con una sola mirada, con una

sola sonrisa.

-Nada ganaríais con matarme, Monseñor,

porque hay secretos que no mueren con- el

hombre. Seamos, pues, vos un rey clemente, yo

el más humilde de vuestros vasallos.

El duque se deshacía los dedos con las uñas.

-Vamos, mi buen señor, haced alguna cosa

por el hombre que mejor os ha servido en todo.

Francisco se puso de pie.

-¿Qué pedís? -dijo.

-Que Vuestra Majestad...

-¡Miserable! ¿quieres todavía que te supli-

que?...

-¡Oh, Monseñor!

Y Monsoreau hizo una profunda reverencia.

-Decid -tartamudeó Francisco.

-Monseñor, ¿me perdonaréis?

-Sí.

-¿Firmaréis mi contrato de matrimonio con

la señorita de Meridor?

-Sí -repitió el duque con voz ahogada.

-¿Y honraréis a mi mujer con una sonrisa el

día en que aparezca de ceremonia entre las da-

mas de la reina, a quien voy a tener el honor de

presentarla?

-Sí -volvió a decir Francisco-: ¿hay más?

-Nada más, Monseñor.

-Id con Dios; tenéis mi palabra.

-Y vos -dijo Monsoreau acercándose al oído

del duque-, conservaréis el trono adonde os he

hecho subir.

Estas palabras fueron dichas en voz tan ba-

ja, que su armonía parecía admirablemente suave al príncipe.

-Sólo me falta saber cómo ha llegado todo esto a noticia del duque -dijo para sí Monsoreau.

XXXVI. LA POLICÍA EN TIEMPO DEL REY ENRIQUE

M. de Monsoreau, aprovechándose de la autorización que le había dado el duque de Anjou, presentó aquel mismo día a su mujer a la reina madre y a la reina.

Enrique se había acostado meditabundo como de ordinario, pues M. de Morvilliers le había anunciado que al día siguiente sería preciso celebrar un gran consejo.

Enrique no hizo pregunta ninguna al canciller; era tarde y Su Majestad tenía ganas de dormir. Señalóse para el consejo la hora más cómoda a fin de no turbar el descanso ni el sueño del rey.

El digno magistrado conocía perfectamente a su amo y sabía que le sucedería lo contrario que a Filipo de Macedonia, es decir, que medio dormido o en ayunas no oiría con la lucidez suficiente las comunicaciones que tenía qué hacerle.

Sabía también que Enrique, cuyos insomnios eran frecuentes, pues el no dormir es peculiar del hombre que tiene que velar por el sueño de otros, en el silencio de la noche pensaría en la audiencia que le había pedido y se la otorgaría de tanta mejor gana cuanto que la gravedad de las circunstancias excitaría su curiosidad.

Todo aconteció como M. de Morvilliers lo había previsto.

Después de tres o cuatro horas de sueño, despertó Enrique, recordó la petición del canciller, se sentó en la cama y se puso a reflexionar.

A poco rato, fatigado de pensar solo, se bajó del lecho, se puso unos calzoncillos de seda, se cal-

zó unas babuchas y sin variar en nada su traje de noche, que le hacía parecer un fantasma, a la luz de la lámpara, la cual no había vuelto a apagarse desde la ausencia de San Lucas, se dirigió al aposento de Chicot, que era el mismo en que tan felizmente se habían celebrado las nupcias de la señorita de Brissac.

El gascón dormía profundamente v exhalaba unos resoplidos semejantes a los del fuelle de una fragua.

Enrique le tiró tres veces del brazo sin lograr despertarle.

Sin embargo, a la tercera vez, habiendo acompañado la acción con la palabra y llamado Chicot a gritos, el gascón abrió un ojo.

-¡Chicot! -repitió Enrique.

-¿Qué hay? -preguntó Chicot.

-Amigo mío -exclamó el Rey-, ¿cómo puedes dormir así cuando tu rey vela?

-¡Pues qué! -exclamó Chicot aparentando no

conocer al rey- ¿se le ha indigestado la cena a

Su Majestad?

-Chicot, amigo mío -dijo Enrique-, soy yo.

-¿Quién eres tú?

-Yo, Enrique.

-Hijo mío, indudablemente son las becaci-

nas las que te han hecho daño; no será porque

no te lo dije; comiste muchas anoche, lo mismo

que de aquella pepitoria de cangrejos.

-Si apenas la probé -repuso Enrique.

-Entonces es que te han envenenado, ¡dia-

blos! ¡qué pálido estás, Enrique!

-Es que tengo puesta la careta de tela, amigo

mío.

-De modo que no estás malo?

-No.

-Entonces, ¿por qué me has despertado?

-Porque la tristeza me persigue.

-¿Estás triste?

-Mucho.

-Tanto mejor.

-¿Cómo tanto mejor?

-Sí: la tristeza hace meditar, tú meditarás que no se debe despertar a un hombre a las dos de la mañana, como no sea para hacerle un regalo. Veamos qué me traes.

-Nada, Chicot; vengo a conversar un rato contigo.

-Eso no es bastante.

-Chicot, M. de Morvillers vino ayer noche a palacio.

-Mala gente recibes, Enrique: ¿y qué venía a hacer aquí?

-Venía a pedirme audiencia.

-¡Ah! ese es hombre que sabe portarse: no es como tú, que entras en el cuarto de las personas a las dos de la mañana sin hacerte anunciar.

-¿Qué tendrá que decirme, Chicot?

-¡Cómo! -dijo el gascón-; ¿me has despertado para preguntarme eso"?

-Chicot, amigo mío, ya sabes que M. de Morvilliers tiene a su cargo la policía.

-No a fe, no lo sabía -repuso Chicot.

-Chicot -prosiguió el rey-, yo creo que M, de Morvilliers está siempre bien informado.

-¡Cuando pienso -dijo el gascón- que podría estar durmiendo en vez de oir tales disparates!

-¿Dudas de la vigilancia del canciller? -preguntó Enrique.

-Sí, ¡pardiez! dudo -contestó Chicot-, y tengo razones para dudar.

-¿Cuáles?

-¿Tendrás bastante con una sola"?

-Sí, si es buena.

-¿Y después me dejarás tranquilo?

-Ciertamente.

-Pues bien, un día... no, era una noche.....

-Es igual.

-Al contrario, importa mucho señalar la hora: una noche te di de palos en la calle de

Froidmantel: ibas con Quelus y Schomberg...

-¿Tú me diste de palos?

-Sí: y no sólo a ti, sino a los otros dos.

-¿Y por qué motivo?

-Porque insultasteis a mi paje; recibisteis los golpes, y M. de Morvilliers nada te ha dicho.

-¡Cómo! -exclamó Enrique-, ¿eras tú, malvado? ¿eras tú, sacrílego?

-Yo mismo -dijo Chicot restregándose las manos-; ¿no es verdad, hijo mío, que doy bien cuando doy?

-¡Miserable!

-¿Confiesas que es verdad?

-Te he de azotar, Chicot.

-No se trata de eso: ¿es verdad, o no?

-Bien sabes que es verdad, bellaco.

-¿Llamaste al día siguiente a M. de Morvilliers?

-Sí, y tú estabas presente cuando vino.

-¿Le contaste el desagradable accidente que

había sucedido el día antes a un gentilhombre amigo tuyo?

-Sí.

-¿Le ordenaste que hallara al culpable?

-Sí.

-¿Le halló?

-No.

-Pues entonces, vuélvete al lecho, Enrique, ya ves que tu policía no vale nada.

Y volviendo la cara a la pared sin querer contestar más, se puso a roncar haciendo un ruido de artillería gruesa, que quitó al rey toda esperanza de sacarle de aquél segundo sueño.

Enrique volvió a su aposento suspirando, y a falta de otro interlocutor llamó a su lebrel Narciso y deploró con él la desgracia que tienen los reves de no saber jamás la verdad sino a su costa.

Al día siguiente se reunió el consejo, el cual por entonces componíase de Quelus, Maugiron,

d'Epernon y Shomberg, que hacía más de seis meses disfrutaban del más alto favor en el ánimo del rey.

Chicot, sentado a la cabecera de la mesa, hacía barcos de papel y los alineaba metódicamente, con el objeto, según decía, de formar una escuadra a Su Majestad Cristianísima a imitación de la del Rey Católico.

Anunciόse M. de Morvilliers.

El canciller entró vestido con su más obscuro traje y revestido de su más lúgubre aspecto; y después de hacer un profundo saludo que le devolvió Chicot, se aproximó al rey.

-¿Estoy -dijo- delante del consejo de Vuestra Majestad?

-Sí, delante de mis mejores amigos. Hablad.

-Señor, he hecho esta pregunta porque debía hacerla previamente, tratándose como sé trata de denunciar a Vuestra Majestad un terrible complot.

-¡Un complot! -exclamaron todos los circunstantes.

Chicot prestó atención e interrumpió la fabricación de una soberbia goleta de dos cabezas que pensaba destinar para el almirante de la escuadra.

-Un complot, sí, señor -dijo M. de Morvilliers bajando la voz, con aquel aire de misterio que augura una terrible confidencia.

-¡Hola! -dijo él rey-, veamos ¿es algún complot español?

En aquél instante el duque de Anjou, avisado para que asistiese al consejo, entró en la sala, cuyas puertas se cerraron al instante.

-¿Habéis oído, hermano? -dijo Enrique, terminadas las ceremonias-; M. de Morvilliers nos anuncia un complot contra la seguridad del Estado.

El duque dirigió a los circunstantes una mirada de desconfianza.

-¿Es posible? -murmuró.

-¡Ah! sí, Monseñor -dijo M. de Morvilliers-, un complot terrible.

-Contádnoslo -dijo Chicot poniendo su galeota ya concluida en una fuente de cristal que había sobre la mesa.

-Sí -dijo el duque de Anjou con voz temblorosa-, contádnoslo, señor canciller.

-Os escuchamos -dijo Enrique.

El canciller dio a su voz el acento más tenebroso, a su cuerpo la actitud más misteriosa y a sus miradas la expresión más hosca, y dijo:

-Señor: ya hace mucho tiempo que tenía yo noticia de los manejos de algunos descontentos.

-¿Algunos? -dijo Chicot-: sois muy modesto, M. de Morvilliers.

-Eran -prosiguió el canciller- hombres sin oficio ni beneficio, tenderos, artesanos o escribientes de abogado... Había también entre ellos alguno que otro fraile y varios estudiantes.

-¡Grandes personajes! -dijo Chicot empezando un navío de tres puentes.

El duque de Anjou hizo un esfuerzo para sonreírse.

-Yo sabía -continuó el canciller-, que los descontestos se aprovechan siempre de dos pretextos principales, la guerra y la religión.

-Bien pensado -dijo Enrique-, proseguid.

El canciller, satisfecho con este elogio, prosiguió:

-Tenía en el ejército oficiales adictos a la persona de Vuestra Majestad que me informaban de todo; pero entre los individuos del clero es más difícil hallar personas de quien valerse en estos casos. Entonces di comisión a mis agentes...

-Muy bien pensado -dijo Chicot.

-Y éstos -continuó M. de Morvilliers-, lograron que uno de los empleados en el prebostazgo de París se resolviese...

-¿A qué? -preguntó el rey.

-A espiar a los predicadores que van excitando al pueblo contra Vuestra Majestad.

-¡Hola! -exclamó Chicot para sí- ¿habrán conocido a mi amigo?

-Esta clase de gente recibe las inspiraciones, no de Dios, sino de un partido muy hostil a la corona; me he dedicado a estudiar los elementos que constituyen este partido.

-Muy bien -dijo el rey.

-Bien pensado -dijo Chicot.

-Y en la actualidad sé cuáles son sus deseos y sus esperanzas -añadió en tono de triunfo M. de Morvilliers.

-¡Soberbio! -dijo Chicot.

El rey hizo seña al gascón de que callase.

El duque de Anjou no perdía de vista al orador..

-Por espacio de uno o dos meses -dijo el canciller-, he sostenido a sueldo por cuenta de

Vuestra Majestad a ciertos hombres de mucha habilidad, de un valor a toda prueba, de insaciable avaricia, es verdad, pero que me eran muy útiles para el servicio de Vuestra Majestad, pues aun pagándolos magníficamente todavía ganaba. Supe por ellos que mediante el sacrificio de una fuerte cantidad de dinero, tendría noticia de la primera reunión de los conspiradores.

-Muy bien -dijo Chicot-; paga, hijo mío, paga.

-Por dinero no quede -repuso Enrique-; veamos, canciller, cuales eran el objeto, las esperanzas de los conspiradores.

-Señor, se trata nada menos que de una segunda jornada de San Bartolomé.

-¿Contra quién? -Contra los hugonotes.

Los concurrentes se miraron unos a otros sorprendidos.

-¿Cuánto os ha costado saber eso, sobre po-

co más o menos? -interrogó Chicot.

-Setenta y cinco mil libras por una parte y cien mil por otra.

Chicot se volvió hacia el rey.

-Si quieres -le dijo-, por mil escudos te revelaré el secreto de M. de Morvilliers.

El canciller hizo un ademán de sorpresa; el duque de Anjou puso mejor cara de lo que se podía aguardar.

-Di -contestó el rey.

-Es la Liga, ni más ni menos, la Liga que ha comenzado hace diez años. M. de Morvilliers ha descubierto lo que todos los vecinos de París conocen como el padrenuestro...

-M. Chicot -interrumpió el canciller.

-Digo la verdad, y lo probaré -continuó Chicot en tono de abogado.

-Entonces decidme dónde se reunen los de la Liga.

-Con mucho gusto, se reunen primero en la

plaza pública; segundo en la plaza pública; tercero en las plazas públicas.

-M. Chicot se bromea -dijo el canciller haciendo un gesto-: ¿y qué señal tienen para reunirse?

-Están vestidos de parisienses y mueven las piernas cuando andan -contestó gravemente Chicot.

Una carcajada general acogió esta explicación. M. de Morvilliers creyó que el buen gusto exigía de él que se riese con los demás y así lo hizo: más poniéndose al momento serio, dijo:

-En fin, mi espía ha asistido a una de esas sesiones, celebrada en un sitio que M. Chicot ignora.

-¿Dónde? -preguntó el rey.

-En la abadía de Santa Genoveva.

Chicot dejó caer una pájara de papel que iba a embarcar en la galeota capitana.

-¡En la abadía de Santa Genoveva! -repitió el

rey.

-Es imposible -murmuró el duque.

-No es sino muy cierto -dijo Morvilliers satisfecho del efecto que sus palabras habían producido y mirando a todas partes con aire triunfante.

-¿Y qué han hecho, señor canciller? ¿qué han resuelto? -preguntó el rey.

-Que los de la Liga nombrarían jefes; que cada individuo se proporcionaría armas; que se enviarían emisarios a cada una de las provincias; que todos los hugonotes queridos de Su Majestad... son sus expresiones.

El rey sonrió,

-Serían degollados en día señalado.

-¿Y nada más? -preguntó Enrique.

-¡Diablo!-dijo Chicot-, bien se ve que eres católico.

-¿Es eso todo? -interrogó el duque.

-No, Monseñor.

-¡Ya lo creo! -dijo Chicot-, sería un robo no decirnos más que eso por ciento setenta y cinco mil libras.

-Proseguid, canciller -dijo el rey.

-Hay jefes.

Chicot vio agitarse la ropilla en el pecho del duque, a impulso sin duda de los latidos de su corazón.

-¡Oiga! -dijo-, ¡un complot con -jefes! es sorprendente; no obstante, algo hemos de tener por nuestras ciento setenta y cinco mil libras.

-Veamos sus nombres -dijo el rey-, ¿cómo se llamas esos jefes?

-Ante todo un predicador, un fanático, un energúmeno, cuyo nombre he comprado por diez mil libras.

-Y habéis hecho bien.

-El P. Gorenflot, monje de Santa Genoveva.

-¡Pobre diablo! -murmuró Chicot, movido verdaderamente a compasión-: estaba escrito

que esta aventura te había de salir mal.

-¡Gorenflot! -dijo el rey escribiendo este nombre- bien, ¿qué más?

-Además... -continuó el canciller- pero no hay más, señor.

Y Movilliers dirigió a todas partes una mirada inquisitorial y misteriosa que parecía querer decir: Si Vuestra Majestad estuviese solo sabría mucho más.

-Hablad, canciller... aquí no hay más que amigos míos.

-Señor, la persona cuyo nombre callo los tiene también, y muy poderosos.

-¿Cerca de mí?

-En todas partes.

-¿Son más poderosos que yo? -exclamó Enrique pálido de ira y de inquietud.

-Señor, un secreto no se dice en alta voz; perdone Vuestra Majestad, soy hombre de Estado.

-Es justo.

-Bien dicho -agregó Chicot-, pero nosotros también somos hombres de Estado.

-Señor canciller -dijo el duque de Anjou-, si no podéis comunicar al rey ese secreto en nuestra presencia, nos despediremos de Su Majestad.

M. de Morvilliers titubeaba. Chicot espiaba hasta el menor gesto, temiendo que el canciller, con toda la candidez que al parecer tenía, hubiese llegado a descubrir alguna cosa más grave que sus primeras revelaciones.

El rey hizo seña al canciller de que se aproximase, al duque de Anjou de que permaneciera en su puesto, a Chicot de que guardase silencio, y a sus tres favoritos de que mirasen a otra parte.

M. de Morvilliers se inclinó al oído de Su Majestad; mas aún no había hecho la mitad del movimiento compensado, según las reglas de la

etiqueta, cuando se oyó en el patio del Louvre un ruidoso clamoreo. El rey se levantó de repente, Quelus y d'Epernon corrieron a la ventana, el duque de Anjou llevó la mano a la espada, como si aquel ruido amenazador se dirigiese contra él; Chicot, alzándose sobre la punta de los pies, miraba unas veces al patio y otras a la estancia.

-¡Oiga! -exclamó el gascón-, M. de Guisa entra en el Louvre.

El rey hizo un movimiento.

-Es cierto -dijeron los gentileshombres.

-¿El duque de Guisa? -tartamudeó el de Anjou.

-¡Vaya cosa singular, ¿no es verdad?, que mi primo el de Guisa esté en París -dijo lentamente el rey, que acababa de leer en la mirada de sorpresa de M. de Morvilliers el nombre que éste había querido decirle al oído.

-¿Quizá la comunicación que teníais que

hacerme era referente a mi primo el de Guisa? -

preguntó en voz baja al magistrado.

-Sí, señor, él mismo presidía la sesión -

repuso el canciller en el mismo tono.

-¿Y los otros?

-No conozco otros.

El rey consultó a Chicot con una mirada.

-¡Vive Dios! -dijo el gascón tomando una ac-

titud majestuosa-, ¡qué entre mi primo el de

Guisa!

Y aproximándose a Enrique, le dijo al oído:

-Ese es uno cuyo nombre conoces bastante,

y por lo mismo, no hay necesidad de que le

escribas.

Los ujieres abrieron la puerta con estruen-

do.

-¡Una sola hoja! ¡señores, una sola! -dijo En-

rique-, las dos son para el rey.

El duque de Guisa, que avanzaba por la ga-

lería, llegaba ya bastante cerca para oír estas

palabras; pero no desterró de sus labios la sonrisa con que había resuelto presentarse al rey.

XXXVII. DEL OBJETO QUE PERSEGUIA EL DUQUE DE GUISA CON SU VISITA AL LOUVRE

Detrás del duque de Guisa venían gran número de oficiales, cortesanos, gentileshombres, y detrás de esta brillante escolta seguía el pueblo, escolta menos brillante, pero más segura, y, sobre todo, más terrible.

Mas sólo los gentileshombres entraron en palacio y el pueblo se quedó a la puerta.

De las filas de aquel pueblo era de donde salían los gritos, aun en el instante mismo en que el duque de Guisa, a quien había perdido de vista, entraba en la galería.

Los guardias, al ver aquella especie de ejército que acompañaba al héroe parisiense siempre que se presentaba en las calles, cogieron las armas, y formados detrás de su valiente coro-

nel, lanzaban al pueblo miradas amenazadoras, y al triunfador muchas provocaciones.

Guisa notó la actitud de aquellos soldados, mandados por Crillon, e hizo un gracioso saludo al coronel, el cual, con la espada en la mano, estaba a cuatro pasos al frente de sus soldados; mas Crillon, a pesar de aquel saludo, permaneció en su desdeñosa inmovilidad.

Aquella protesta de un hombre y de un regimiento contra su poder, generalmente reconocido, sorprendió al duque y le puso por un instante en cuidado; pero a medida que se aproximaba al rey, su frente se iba serenando, de suerte que entró sonriéndose en el gabinete de Enrique III.

-¡Ah! sois vos, primo mío -dijo el rey-, ¡qué ruido traéis! ¿No han sonado las trompetas? Me parece haberlas oído.

-Señor -repuso el duque de Guisa-, las trompetas no suenan en París sino por el rey, y

en campaña por el general; estoy demasiado familiarizado con los usos de la corte v de la guerra para no saberlo. Aquí las trompetas harían demasiado ruido para un súbdito; en campaña no harían bastante para un príncipe.

El rey se mordió los labios.

-¡Pardiez! -dijo, al cabo de un rato de silencio, empleando en devorar con la vista al príncipe de Lorena-; ¡qué reluciente venís, primo mío! ¿Habéis llegado hoy del sitio de la Caridad?

-Hoy mismo, sí, señor -contestó el duque, cuyo rostro se cubrió de un leve rubor.

-¡Pardiez! es mucho honor para nos, primo, vuestra visita, mucho honor, mucho honor.

Enrique III repetía las palabras cuando tenía muchas ideas que ocultar, así como se espesan las filas de soldados frente a una batería de cañones que no deben descubrirse hasta un momento dado.

-Mucho honor -repitió Chicot-, imitando tan exactamente la voz del rey, que habría podido creerse que aquellas palabras salían de su boca.

-Señor -repuso el duque de Guisa-, Vuestra Majestad se burla sin duda: ¿cómo ha de honrar mi visita a aquel de quien procede todo honor?

-Quiero decir, M. de Guisa -respondió Enrique-, que todo buen católico tiene costumbre al volver de la guerra ir a ver a Dios primero en alguno de sus templos: al rey se le visita luego de haber visto a Dios. Ya sabéis, primo, que honrar a Dios y servir al rey, es un axioma semipolítico, semireligioso.

Cubrióse el semblante del duque de Guisa de un rubor mucho más vivo que la vez primera; el rey, que le estaba mirando mientras hablaba, lo observó; sus ojos, como guiados de un movimiento instintivo, se dirigieron del duque de Guisa al de Anjou, y entonces vio con sorpresa que su hermano se había puesto tan páli-

do como colorado estaba su primo.

Aquella emoción que se manifestaba de dos modos tan distintos, le chocó. Volvió con afectación la vista a otro lado y tomó un aire afable, máscara con la cual nadie mejor que Enrique sabía ocultar sus malas intenciones.

-En todo caso, duque -dijo-, mi alegría no tiene límites al veros libre de los riesgos de la guerra, riesgos que vos buscáis, según dicen, con demasiada temeridad. Mas el peligro os conoce, primo, y huye de vos.

El duque contestó a este cumplimiento con una reverencia.

-Sin embargo, primo, debo aconsejaros que no seáis tan ambicioso de peligros mortales, pues vuestra muerte sería verdaderamente muy terrible para holgazanes como nos, que pasamos la vida durmiendo, comiendo y cazando, siendo nuestras conquistas las modas y las oraciones que inventamos.

-Señor -repuso el duque, tomando pretexto de la última palabra para entrar en materia-, ya sabemos que Vuestra Majestad es un príncipe ilustrado y piadoso, y que no hay placer ninguno que pueda hacerle olvidar la gloria de Dios y los intereses de la Iglesia. Por eso hemos venido tan confiadamente a ver a Vuestra Majestad.

-Mira, Enrique, la confianza de tu primo -dijo Chicot enseñando al rey los gentileshombres que por respeto se habían quedado fuera del aposento-; la tercera parte de esa confianza se ha quedado a la puerta de tu estancia, y las otras dos están a la puerta del Louvre.

-¡Con confianza! -repitió Enrique, ¿no venís siempre con confianza a vernos?

-Señor, yo me entiendo: la confianza de que hablo se refiere a la proposición que voy a hacer a Vuestra Majestad.

-¡Ah! tenéis que proponernos alguna cosa. Siendo así, hablad con confianza, como vos

decís, con toda confianza. ¿Qué tenéis que proponernos?

-La realización de una de las ideas más grandiosas que han conmovido al mundo cristiano desde que se hicieron imposibles las Cruzadas.

-Hablad, duque.

-Señor -prosiguió el de Guisa alzando la voz de modo que lo oyesen en la antecámara-. Señor, no es un, vano título el de Rey Cristianísimo: al contrario, obliga a tener un celo ardiente por la defensa de la religión. El primogénito de la Iglesia, y éste es, señor, vuestro título, debe estar siempre dispuesto a defender a su madre.

-¡Oiga! -dijo Chicot-, ¡mi primo predicando con una gran tizona al costado y su casco en la cabeza! ¿Qué mucho que los frailes quieran hacer la guerra cuando los soldados predican? Enrique, te pido el mando de un regimiento

para Gorenflot.

El duque de Guisa aparentó no haber oído estas palabras; Enrique cruzó las piernas una sobre otra y apoyó el codo en la rodilla y la barba entre los dos primeros dedos de la mano.

-¿Está la Iglesia amenazada por los sarracenos, querido duque? ¿o aspiráis por ventura al título de rey... de Jerusalén?

-Señor -repuso el duque-, esa grande afluencia de pueblo que me sigue, bendiciendo mi nombre, no me honra con su afecto sino para pagar de alguna manera el ardor de mi celo en defensa de la fe. Ya he tenido el honor de hablar a Vuestra Majestad antes de su advenimiento al trono de un proyecto de alianza entre todos los buenos católicos.

-Sí, sí -dijo Chicot-, sí, ya recuerdo, la Liga, ¡pardiez! Enrique, la Liga, voto a San Bartolomé, la Liga, hijo mío, ¡qué olvidadizo eres! ¿no te acuerdas de esa magnífica idea?

El duque de Guisa se volvió al oír estas palabras y lanzó una mirada de desprecio al que las había pronunciado, ignorando el peso que tenían en el ánimo del rey, aumentado con el de las revelaciones de M. de Morvilliers.

El duque de Anjou se estremeció y apoyando un dedo en los labios, miró fijamente al de Guisa, pálido e inmóvil como la estatua de la circunspección.

El rey no observó por entonces aquella señal de inteligencia que unía entre sí a los dos príncipes; pero Chicot, acercándose al oído bajo pretexto de colocar una de las pájaras en las cadenetas de rubíes de su toquilla, le dijo en voz baja.

-Enrique, mira á tu hermano.

El rey levantó rápidamente la vista; el duque de Anjou bajó el dedo casi con la misma rapidez; mas era ya demasiado tarde; Enrique había visto el movimiento y adivinado lo que

quería decir.

-Señor -continuó el duque de Guisa, que vio la acción de Chicot, mas no pudo entender sus palabras-, los católicos han llamado en efecto a esta asociación, la Santa Liga, la cual tiene por objeto principal, fortificar el trono contra los hugonotes, sus enemigos encarnizados.

-¡Bien dicho! -exclamó Chicot-, apruebo *pedibus et nutu.*

-Pero -continuó el duque-, no basta formar una asociación, no basta formar una masa tan compacta, como se quiera; es necesario darle dirección. Ahora bien, en un reino como Francia no se reúnen muchos millones de hombres sin consentimiento del rey.

-¡Muchos millones de hombres! -repitió Chicot-, leve núcleo de descontentos, que si es cultivado como no dudo por diestras manos, no dejará de dar sabrosos frutos.

El duque de Guisa perdió la paciencia; apre-

tó los desdeñosos labios y apoyándose sobre una pierna en el suelo por no atreverse a dar en él con el pie.

-Me extraña, señor -dijo-, que Vuestra Majestad consienta en que así se me interrumpa tantas veces, cuando tengo el honor de hablarle de materias tan graves.

Chicot, comprendiendo al parecer la justicia de esta demostración, dirigió a todos lados feroces miradas, e imitando la voz gangosa del ujier del Parlamento, gritó:

-¡Silencio, pues! o vive Dios que se las habrán conmigo.

-¡Muchos millones de hombres! -repitió Enrique sin tratar de disimular su sorpresa y su espanto- ¡Muchos millones de hombres! -volvió a decir el rey sin poder tragar la píldora-; es satisfactorio para la religión católica tener tantos defensores; pero en oposición a esos millones de asociados, ¿cuántos protestantes hay en

mi reino?

El duque de Guisa estuvo un rato meditando.

-Cuatro -dijo Chicot.

Esta respuesta hizo soltar la carcajada a los amigos del rey, mientras el duque de Guisa fruncía el ceño y los gentileshombres de la antecámara murmuraban en voz alta contra la osadía del gascón.

El rey volvió lentamente la cabeza hacia la puerta y como Enrique tenía cuando quería una mirada llena -de dignidad, los murmullos cesaron.

Luego, mirando al duque sin variar la expresión de su mirada, le dijo:

-Vamos, duque, ¿qué pedís? Al grano, al grano.

-Pido, señor, porque la popularidad de mi rey me es, acaso, más querida que la mía, pido que Vuestra Majestad manifieste claramente

que es tan superior a nosotros en el celo por la religión católica como en todas las demás cosas; de esta manera Vuestra Majestad quitará a los descontentos todo pretexto para comenzar las guerras.

-¡Ah! si no se trata más que de guerra, primo -dijo Enrique-, yo tengo tropas: sólo a vuestras órdenes en el campamento que habéis abandonado para venir a darme tan excelentes consejos, tengo más de veinticinco mil hombres.

-¡Señor! cuando he hablado de guerra, hubiera tal vez debido explicarme.

-Explicaos, primo, sois un gran capitán y tendré gran placer, no lo dudéis, en oíros discurrir sobre tales materias.

-Señor, quise decir que en los tiempos que corren, los reyes tienen que sostener dos guerras, la guerra moral, si puedo expresarme así, y la guerra política; la guerra contra los hombres.

-¡Pardiez! -exclamó Chicot-, perfectamente dicho.

-¡Silencio, bufón! -dijo el rey.

-Los hombres -continuó el duque de Guisa-, son visibles, palpables, mortales; se les alcanza al fin, se les ataca, se les vence y después se les forma causa y se les ahorca, más bien...

-Sí -dijo Chicot-, o más bien se les ahorca sin información de causa: esto es más corto y más propio de la autoridad real.

-Pero a las ideas -prosiguió el duque de Guisa-, no se les puede dar alcance como a los hombres; las ideas cunden de una manera invisible y se ocultan, sobre todo, de la vista de los que quieren destruirlas; ocultas en el fondo de las almas, echan en ellas profundas raíces, y cuanto más se cortan las ramas imprudentes que se manifiestan en lo exterior, más poderosas e imposibles de extirpar se hacen las raíces interiores. Una idea, señor, es un enano gigante

a quien es necesario vigilar noche y día, pues la que ayer se arrastraba a vuestros pies, mañana puede dominar vuestra cabeza: una idea es la centella que cae en la paja: se necesitan buenos ojos v día claro para adivinar el comienzo del incendio; por esto, señor, son necesarios millones de vigilantes.

-Con esto los cuatro hugonotes de Francia - dijo Chicot-, no podrán menos de irse con todos los diablos: ¡pobre gente! les tengo lástima.

-Propongo, pues, a Vuestra Majestad - continuó el de Guisa-, que nombre un jefe de esta santa asociación, el cual tenga a su cargo el cuidado de que ejerza esta vigilancia.

-¿Habéis dicho ya cuanto teníais que decir? -interrogó Enrique.

-Sí señor, y sin rodeos, como ha podido verlo Vuestra Majestad.

Chicot dio un suspiro espantoso, mientras el duque de Anjou, recobrado ya de su miedo,

se sonreía con el lorenés.

-¿Qué pensáis de esto, señores? -dijo el rey a los que le rodeaban. Chicot, sin responder, tomó el sombrero y los guantes y cogiendo luego por un extremo una piel de león se la llevó arrastrando hasta el rincón más apartado del aposento y se echó sobre ella.

-¿Qué hacéis, Chicot? -preguntó el rey.

-Señor -contestó Chicot-, dicen que la noche es buena consejera, ¿Y por qué lo dicen? Porque de noche se duerme; pues bien, yo voy a dormir, y mañana, con la cabeza más descansada, daré contestación a mi primo el de Guisa.

Y volvió a tenderse cuan largo era sobre la piel del animal.

El duque de Guisa lanzó al gascón una furiosa mirada, a la cual éste respondió abriendo un ojo y dando un ronquido parecido a un trueno.

-Y bien, señor -preguntó el duque-, ¿qué

piensa Vuestra Majestad?

-Pienso que tenéis razón como siempre, primo: reunid a los principales individuos de la Liga, venid con ellos y elegiré el jefe que necesita la religión.

-¿Y cuándo, señor? -dijo el duque.

-Mañana.

Al pronunciar el rey esta palabra saludó con una sonrisa primero al de Lorena y luego al duque de Anjou.

Este último iba a retirarse con la corte; pero apenas había dado un paso, le dijo Enrique:

-Quedaos, hermano, tengo que hablaros.

El duque de Guisa se llevó la mano a la frente como para comprimir un mundo de ideas y salió con todo su séquito, perdiéndose bajo las bóvedas del palacio.

Un momento después se oyeron los gritos de la multitud que le saludaba al salir del Louvre, como le había saludado a la entrada.

Chicot seguía roncando; pero no nos atrevemos a afirmar que dormía.

XXXVIII. CASTOR Y POLUX

El rey despidió a sus favoritos al mismo tiempo que detuvo a su hermano.

El duque de Anjou, que durante la escena precedente había logrado conservar una actitud indiferente, excepto a los ojos de Chicot y del duque de Guisa, aceptó sin desconfianza la invitación de Enrique. No había notado la mirada que a instigación de Chicot le había dirigido el monarca, mirada que sorprendió a su dedo indiscreto muy cerca de sus labios.

-Hermano -dijo el rey paseándose a largos pasos por la estancia, y luego de haberse convencido de que nadie, a excepción de Chicot, podía oír lo que tenía que decir al duque-, ¿sabéis que soy un príncipe muy feliz?

-Señor -repuso el duque-, la felicidad de Vuestra Majestad si en efecto Vuestra Majestad

se considera feliz, es una recompensa que el cielo debe a sus méritos.

Enrique contempló a su hermano y dijo:

-¡Oh! muy feliz, porque cuando a mí no se me ocurren las grandes ideas, se les ocurre a los que tengo a mi lado. La que me ha manifestado mi primo el de Guisa es una gran idea.

El duque se inclinó en prueba de asentimiento.

Chicot abrió un ojo como si no pudiera oír bien con los dos cerrados v tuviese necesidad de ver el semblante del rey para entender sus palabras.

-En efecto -continuó Enrique-, reunir bajo una misma bandera a todos los católicos, hacer del reino la Iglesia, armar de esta manera sin excitar sospechas toda la Francia desde Calais hasta el Languedoc, desde Bretaña hasta Borgoña, teniendo por este medio un ejército pronto a marchar contra el inglés, el flamenco o el espa-

ñol, sin que ninguno de ellos pueda sospechar nada, ¿sabéis, Francisco, que es un gran pensamiento?

-Magnífico -contestó el duque de Anjou gozoso al ver que su hermano abundaba en las ideas del duque de Guisa su aliado.

-Declaro -añadió el rey-, que me siento inclinado a recompensar generosamente al autor de tan excelente proyecto.

Chicot abrió los ojos, pero los cerró al instante, porque sorprendió en el rostro del rey una de aquellas sonrisas imperceptibles, excepto para él solo, y aquella sonrisa le dejó satisfecho.

-Sí -prosiguió el rey-, lo repito, semejante proyecto merece recompensa y yo recompensaré al que lo ha concebido: ¿es verdaderamente el duque de Guisa el autor de esa idea, o más bien de esa obra, porque sin duda estará ya comenzada?

El duque de Anjou hizo seña de que en efecto se estaba poniendo la idea en ejecución.

-Tanto mejor -repuso el rey-. He dicho que era un príncipe muy feliz; pero debí decir hasta el último extremo, pues que no tan sólo se les ocurren a los que me rodean las grandes ideas, sino que en su celo por ser útiles a su rey y pariente las pone al momento en ejecución.

-Mas os he preguntado, querido Francisco - continuó Enrique poniendo la mano en el hombro de su hermano-, si era efectivamente mi primo el de Guisa el autor de este grandioso pensamiento.

-No, señor, el cardenal de Lorena le concibió hace más de veinte años: la jornada de San Bartolomé impidió su ejecución, o más bien la hizo inútil por entonces.

-¡Ah! ¡qué lástima que haya muerto el cardenal de Lorena! -exclamó Enrique-; le habría hecho nombrar Papa a la muerte de Su Santi-

dad Gregorio XIII; pero a bien -continuó con aquel acento admirable de candidez que le distinguía entre todos los cómicos de su tiempo-, a bien que su sobrino ha heredado la idea y la hará fructificar. Por desgracia no puedo hacerle Papa, mas le haré... ¿qué podré hacerle que no sea, Francisco?

-Señor -dijo el duque de Anjou completamente engañado con las palabras de su hermano-, vos exageráis los méritos de vuestro primo, la idea no es suya, como os he dicho, y existe un hombre que le ha ayudado mucho a cultivarla.

-¿Su hermano el cardenal?

-Su hermano el cardenal ha hecho algo, mas no es él de quien yo hablo.

-¿Será Mayena?

-¡Oh! le hacéis demasiado honor.

-Es verdad: ¡cómo es posible que semejante animal tuviese una idea política! ¿Pero a quién debo estar agradecido de esta ayuda prestada a

mi primo el de Guisa?

-A mí, señor -dijo el duque.

-¿A vos? -exclamó Enrique fingiendo la mayor sorpresa.

Chicot volvió a abrir un ojo.

El duque se inclinó.

-¡Cómo! -prosiguió el rey-, cuando yo veía todo el mundo desencadenado contra mí, los poetas contra mis vicios, y los folletistas contra mis ridiculeces, lo doctores en política contra mis faltas; mientras mis amigos se reían de mi impotencia; mientras mi situación se había hecho tan difícil, que yo iba adelgazando sensiblemente y mis cabellos iban encaneciendo, ¿habéis concebido semejante idea, 'vos Francisco, vos a quien (debo confesarlo; el hombre es débil y los reyes muchas veces somos ciegos) a quien no he mirado siempre como amigo mío? ¡Ah, Francisco, qué culpable soy!

Y Enrique, enternecido hasta el extremo de

derramar lágrimas, tendió la mano a su hermano.

Chicot abrió los dos ojos.

-¡Oh! -prosiguió Enrique-, esa es una idea magnífica. Yo no podía crear nuevos impuestos ni levantar tropas sin exponerme a aumentar el descontento; no podía pasearme, dormir ni amar sin dar motivo a que se burlasen de mí, y ahora la idea del duque de Guisa o mejor dicho la vuestra, hermano mío, me proporciona a un mismo tiempo ejército, dinero, amigos y reposo. Para que este reposo sea duradero ya sólo falta una cosa.

-¿Cuál?

-Mi primo me ha hablado de nombrar un jefe para que dirija todo este gran movimiento.

-Sin duda.

-Este jefe, ya conocéis, Francisco, que no puede ser ninguno de mis favoritos, puesto que ninguno reúne el valor y el talento necesario

para tan alto empleo. Quelus es valiente, pero no piensa más que en sus amoríos; Maugiron es valiente, pero no sueña más que en engalanar su persona; Schomberg es valiente, pero hasta sus mejores amigos se ven obligados a confesar que no tiene aquella profundidad de espíritu que en estos casos se requiere; d'Epernon es valiente, pero aunque le ponga buen semblante, le tengo por un hipócrita de quien no debe uno fiarse un solo instante. Ya sabéis, Francisco -agregó con acento de cordial confianza-, ya sabéis que una de las cargas más pesadas de los reyes es verse obligados a disimular a todas horas. Así es que cuando puedo hablar con toda franqueza, como en este instante, ¡ah! entonces respiro.

Chicot volvió a cerrar los dos ojos.

-Decía, pues -continuó Enrique-, que si mi primo el de Guisa ha concebido esta idea, en cuyo desarrollo vos, Francisco, habéis tenido

tanta parte, él es quien debe encargarse de po-
nerla en práctica.
-¿Qué decís, señor? -exclamó Francisco con
inquietud.
-Digo que para dirigir semejante movimien-
to se necesita un gran príncipe.
-Meditad, señor...
-Un buen capitán, un hábil un príncipe.
-Un hábil negociador sobre todo -repitió el
duque.
-¿No opináis, Francisco, que por todos con-
ceptos el empleo de jefe conviene al duque de
Guisa?
-Hermano -dijo Francisco-, el duque de Gui-
sa es ya por sí bastante poderoso.
-Sin duda, mas su -poder es el que constitu-
ye mi fuerza.
-El duque de Guisa es dueño del ejército y
de la clase media; el cardenal de Lorena tiene
de su parte al Clero y Mayena es un instrumen-

to en las manos de los dos: vais a juntar mucho poder en una sola casa.

-Es verdad -dijo Enrique-, ya había pensado en ello, Francisco.

-Si los Guisas fuesen príncipes franceses, importaría poco; porque tendrían interés en engrandecer la casa de Francia.

-Indudablemente, pero son príncipes de Lorena.

-De una casa que siempre ha sido rival de la nuestra.

-Francisco, acabáis de poner el dedo en la llaga ¡vive Dios! no os creía tan político: y ya que habéis dado en el hito os diré que justamente lo que me tiene flaco y lo que me encanece los cabellos es esa elevación de la casa Lorena al lado de la nuestra. No pasa día, Francisco, sin que estos tres Guisas, que como habéis dicho muy bien son dueños de todo; no pasa día sin que ya el duque, ya el cardenal o

ya Mayena, por astucia, arrebaten algún despo-
jo de mi poder, me quiten alguna de mis pre-
rrogativas, y yo pobre, débil, aislado, no puedo
vengarme de ellos. ¡Ah, Francisco! si hubiéra-
mos tenido antes esa explicación, si yo hubiese
podido leer en vuestro corazón como leo en
este instante, seguramente que habiendo halla-
do en vos apoyo habría sabido resistir mejor;
pero ahora, ya lo veis, es demasiado tarde.
-¿Por qué?
-Porque habría que emprender una lucha y
os declaro que me cansa toda clase de combate;
por consiguiente le nombraré jefe de la Liga.
-Haréis mal, hermano mío -repuso el duque
de Anjou.
-¿Pues a quien queréis que nombre, Francis-
co? ¿Quién aceptará este puesto peligroso? Sí,
peligroso: ¿no veis que lo que él quiere es que le
nombre jefe?
-¿Y qué?

-Que aquél a quien yo nombrase en su puesto sería su enemigo. -Nombrad a un hombre bastante poderoso para que su fuerza unida a la vuestra pueda oponerse con ventaja a la de los tres loreneses reunidos.

-¡Ah, Hermano! -exclamó Enrique en tono de desaliento-, no conozco a nadie que reuna las condiciones que decís.

-Mirad alrededor de vos, Señor.

-¿Alrededor de mí? Los únicos amigos sinceros que veo aquí sois vos y Chicot.

-¿Qué es esto? -murmuró Chicot- ¿me querrá jugar alguna mala pasada?

Y cerró los ojos.

-Y bien -dijo el duque-, ¿no me comprendéis?

Enrique miró al duque de Anjou como si en aquel momento se le acabase de caer un velo que hubiera tenido delante de los ojos.

-¡Cómo! -exclamó.

Francisco movió la cabeza.

-Pero no -continuó Enrique-, vos no consentiríais jamás; el empleo es demasiado penoso. ¿Cómo os habíais de habituar a mandar el ejercicio a los paisanos, a revisar los discursos de los predicadores, a presentaros en caso de batalla haciendo el carnicero por las calles de París, transformadas en matadero? Para esto es necesario ser triple como el de Guisa y tener un brazo derecho que se llame Carlos y un brazo izquierdo que se llame Luis. Ahora bien, el día de San Bartolomé el duque se dio buena prisa a matar; ¿qué opináis, Francisco?

-Demasiada prisa.

-Sí, tal vez; pero no me habéis respondido a mi pregunta. ¿Consentiríais vos en hacer el oficio que acabo de decir, en rozaros con las falsas corazas de esos fanfarrones, y con las cacerolas que se colocan en la cabeza a guisa de cascos? ¿Os haríais popular, vos que sois el más eleva-

do personaje de nuestra Corte? ¡Válgame Dios, hermano, y cómo cambia uno con la edad!

-Quizá no sería capaz de hacer nada de eso por mí, señor, pero seguramente lo haría por vos.

-¡Buen hermano, excelente hermano! -exclamó Enrique enjugandose con la punta del dedo una lagrima que no existía ni había existido.

-¿Es decir -preguntó Francisco-, que no os desagradaría que yo me encargase de esa comisión que pensabais confiar al duque?

-¡Desagradarme! No en verdad, no me desagrada, al contrario, me sirve de satisfacción. ¿Conque vos también habíais pensado en la Liga? ¡pardiez! tanto mejor. También habéis contribuido en algo a la realización de la idea; ¡qué digo en algo! En mucho, ¡vive Dios que no ceso de admirarme! todos los que me rodean son hombres superiores, y yo soy el burro ma-

yor de mi reino.

-¡Oh, señor! Vuestra Majestad bromea.

-Dios me libre; la situación es demasiado grave. Lo digo como lo siento, Francisco; me sacáis de una gran dificultad, tanto mayor cuanto que desde hace algún tiempo a esta parte no me siento bueno, mis facultades van declinando de día en día. Miron me ha explicado con frecuencia la causa de esto; pero volvamos al punto principal, pues por lo demás, ya no tengo tanta necesidad de poseer un claro discernimiento, pudiendo iluminarse con los fulgores del vuestro. Decíamos, pues, que os nombraré jefe de la Liga, ¿eh?

Francisco se estremeció de gozo.

-¡Oh! -exclamó-, si Vuestra Majestad me creyese digno de esa confianza...

-¡Confianza! ¡ah, Francisco! ¡confianza! No siendo ya M. de Guisa el jefe, ¿de quién queréis que desconfíe? ¿de la Liga misma? ¿Por ventura

la Liga puede ponerme en peligro? Hablad, mi querido Francisco, decídmelo todo,

-¡Oh, señor! -exclamó el duque.

-¡Pero cuán loco soy! si hubiese peligro para mí, mi hermano no sería jefe, o por mejor decir, desde el instante en que mi hermano es jefe ya no hay peligro para mí. Digo, me parece que esto es lógico, ¿eh? y ya veo que nuestro pedagogo no nos robó el dinero: ¡pardiez! no, no tengo desconfianza; prescindiendo de que aún hay muchos caballeros en Francia, que desenvainarían su espada contra la Liga el día que la Liga me llegase a incomodar demasiado.

-Es cierto, señor, el rey siempre es rey -dijo el duque con un acento de sencillez casi tan bien fingido como el de su hermano.

Chicot abrió un ojo.

-¡Pardiez! -dijo Enrique-; mas por desgracia a mí también me ocurre una idea; es increíble cómo ocurren ideas hoy a todos: hay días en

que está uno para ello.

-¿Y cuál es esa idea, hermano? -interrogó el duque alarmado, porque no podía creer que tanta felicidad, sin obstáculo alguno, se le entrase por las puertas.

-Que nuestro primo el de Guisa, padre, o por mejor decir, que se cree padre de la invención, se empeñará indudablemente en ser el jefe y también querrá mandar. -¡Mandar!

-Sin duda, sin duda ninguna; acaso no habrá dado su apoyo al proyecto sino para que redunde en provecho suyo, y el de Guisa, Francisco, no es hombre que se resigne a ser víctima del *Sic vos, non vobis.* Ya sabéis lo que dice Virgilio: *nidificates aves.*

-¡Oh, señor!

-Francisco, yo apostaría a que ha pensado en que le nombre jefe; sabe que soy tan indolente...

-Sí, pero tan pronto como le hagáis entender

vuestra voluntad, cederá.

-Fingirá que cede, pero no cederá; mirad Francisco que tiene el brazo largo, y aun mejor diría los brazos, y que en toda Francia no hay una persona, ni siquiera el rey, que extendiéndolos pueda tocar como él, por un lado a las Españas, por otro a Inglaterra, a don Juan de Austria y a Isabel. Borbón tenía la espada menos larga que mi primo el de Guisa tiene el brazo, y no obstante, hizo mucho daño a Francisco 1 nuestro abuelo.

-Pero -dijo el duque de Anjou-, si Vuestra Majestad le cree tan peligroso, ese es un motivo más para darme a mí el mando de la Liga, a fin de poderle coger entre vuestro poder y el mío y hacerle formar causa el día en que imagine una nueva traición.

Chicot abrió el otro ojo.

-¡Formarle causa, Francisco! Eso era bueno para Luis XI, rey poderoso y rico: Luis XI podía

formar causas y alzar patíbulos; pero yo ... ni aun tengo el dinero suficiente para comprar todo el terciopelo negro que en semejante caso necesitaría.

Enrique, no obstante el poder que tenía sobre sí mismo, se fue animando sordamente al pronunciar estas últimas palabras y sus miradas adquirieron una expresión que hizo bajar los ojos a Francisco.

Hubo un instante de silencio entre los dos príncipes.

Chicot cerró los ojos.

El rey fue el primero que lo rompió.

-Es preciso contemporizar, querido Enrique, no quiero guerras civiles; no quiero reyertas entre mis súbditos. Soy hijo de Enrique el Batallador y de Catalina la Artificiosa, y algo se me alcanza de la astucia de mi buena madre. Voy a llamar al duque de Guisa y le haré tantas y tan bellas promesas, que arreglaremos este

asunto amistosamente.

-Señor -exclamó el duque de Anjou-, me concedéis el mando de la Liga, ¿no es cierto?

-Ya lo creo.

-¿Deseáis que sea yo el jefe?

-Muchísimo.

-¿Esa es vuestra voluntad?

-Es mi mayor deseo; mas no quiero descontentar demasiado a mi primo el de Guisa.

-Pues bien, tranquilizaos -dijo el duque de Anjou-; si no veis más obstáculo que ese para mi nombramiento, yo me encargo de arreglar la cosa con el duque.

-¿Y cuándo?

-Ahora mismo.

-¿Vais a verle, vais a visitarle a su casa? ¡Oh, hermano! pensad que le hacéis demasiado honor.

-No pienso verle en su casa.

-Pues entonces... ¿Dónde?

-En mi aposento.

-¿En vuestro cuarto? ¿cómo, si he oído los gritos que le saludaban a su salida del Louvre?

-En efecto, salió por la puerta principal pero ha entrado por el postigo. El rey tenía derecho a la primera visita del duque de Guisa, mas yo tengo derecho a la segunda.

-¡Ah! cuánto os agradezco, hermano, que sostengáis nuestras prerrogativas, no obstante que yo tengo la debilidad de olvidarlas algunas veces. Id. Francisco, id y poneos de acuerdo.

El duque tomó la mano del rey y se inclinó para besársela.

-¿Qué hacéis, Francisco? en mis brazos, sobre mi corazón; éste es vuestro verdadero sitio.

Y los dos hermanos se dieron una serie de abrazos a cual más estrecho. Luego que el duque de Anjou quedó en libertad salió del gabinete, atravesó rápidamente las galerías y corrió a su cuarto.

Necesario era que su corazón, como el del primer navegante, estuviese circundado de encina y acero para no saltar de gozo.

El rey, luego que salió su hermano, rechinó los dientes de cólera, y lanzándose por el corredor secreto que daba al aposento del duque, se acercó a una especie de tambor, desde donde podía oirse fácilmente el diálogo entre los duques de Anjou y de Guisa, así como Dionisio oía desde su escondrijo la conversación de sus prisioneros.

-¡Diablo! -murmuró Chicot abriendo los ojos y sentándose-; he creido estar en el Olimpo asistiendo a la reunión de Cástor y Pólux después de sus seis meses de separación.

XXXIX. EL MEJOR MEDIO DE ESCUCHAR ES OIR

El duque de Anjou halló al de Guisa en el mismo cuarto de la reina de Navarra, donde en otro tiempo el Bearnés y Mouy habían con-

certado en voz baja sus planes de evasión, porque el prudente Enrique de Bearn sabía que casi todos los aposentos del Louvre estaban dispuestos de modo, que las palabras que en ellos se dijesen, aun pronunciadas a media voz, llegaran a los oídos de quien estuviese interesado en escucharlas. El duque de Anjou no ignoraba esta circunstancia; pero completamente seducido por la fingida benevolencia de su hermano, o la olvidó o no le dio importancia alguna.

Enrique III entro en su observatorio en el instante mismo en que el duque de Anjou entraba en su aposento, de suerte que el rey no perdió ninguna de las palabras que pronunciaron los dos interlocutores.

-¿Qué hay, monseñor? -preguntó impaciente el duque de Guisa.

-Se levantó la sesión, duque.

-Muy pálido estáis, monseñor.

-¿Visiblemente? -preguntó el duque de An-

jou sobresaltado.

-Para mí, sí, monseñor.

-¿Pero el rey no ha visto nada?

-Nada, a lo que creo: Su Majestad habrá de-

tenido a Vuestra Alteza...

-¿Lo habéis visto, duque?

-Indudablemente, para hablarle de la pro-

posición que yo he venido a hacer.

-En efecto.

Hubo un momento de silencio harto emba-

razoso para ambos duques, silencio cuyo signi-

ficado comprendió Enrique.

-¿Y qué dice Su Majestad, monseñor? -

preguntó por último el de Guisa.

-Mi hermano aprueba la idea; pero como el

proyecto es tan gigantesco, le parece peligroso

que esté a la cabeza de la Liga un hombre de

vuestra importancia.

-Entonces está a pique de frustrarse.

-Mucho lo temo, mi querido Enrique; me

parece que la Liga va a quedar suprimida.

-Eso sería morir antes de nacer -observó el duque-; concluir antes de haber comenzado.

-Tanto sabe el uno como el otro -dijo una voz baja y burlona al oído del rey, inclinado para mejor observar.

Enrique se volvió apresuradamente y vio a Chicot escuchando por un agujero inmediato al suyo.

-¡Me has seguido, pícaro! -exclamó el rey.

-Calla -dijo Chicot-, calla, hijo mío, que no me dejas oír.

Enrique se encogió de hombros, mas como Chicot era el único en quien tenía entera confianza, se puso otra vez a escuchar.

El duque de Guisa volvía a tomar la palabra:

-Monseñor -dijo-, opino que en ese caso hubiera el rey anunciado su negativa desde luego; me ha acogido tan mal que me hubiera

manifestado todo su pensamiento. ¿Quiere acaso exonerarme?

-Creo que sí -repuso el príncipe en tono de duda.

-¿Y entonces, daría al traste con la empresa?

-Seguramente, y como ya habíais empeñado la acción, he ayudado vuestros esfuerzos con todo mi poder.

-¿Cómo?

-Voy a decíroslo: Enrique ha dejado casi exclusivamente a mi arbitrio el dar vida a la Liga o matarla para siempre.

-¿De qué manera? -preguntó el de Lorena, cuyas miradas brillaron contra su voluntad.

-Oíd, porque harto conocéis que esto debe someterse siempre a la aprobación de los principales directores. Si Enrique, en lugar de expulsaros y de disolver la Liga, nombrase un jefe favorable a la empresa, si en vez de escoger para este puesto al duque de Guisa, nombrase

en su lugar al de Anjou...

-¡Ah! -dijo el duque de Guisa, sin poder reprimir esta exclamación, ni impedir que se le agolpase la sangre al, rostro.

-¡Bueno! -dijo Chicot-, los dos perros se van a disputar los huesos.

Pero con gran sorpresa de Chicot, y más todavía del rey, que sabía menos que su bufón de estas cosas, el duque se calmó de repente, y prosiguió con voz tranquila y gozosa:

-Si habéis hecho eso, monseñor, sois un hábil político.

-Lo he hecho -repuso el de Anjou.

-Y sin perder tiempo.

-Sí, pero debo confesar, que presentándoseme la ocasión, me he aprovechado de ella; no obstante, mi querido duque -agregó el príncipe-, no hay nada decidido, ni he querido concluirlo sin haberos consultado antes.

-¿Con qué objeto, monseñor?

-Porque no se aún en qué parará esto.

-Pues yo sí que lo sé -dijo Chicot.

-Es una pequeña conspiración -dijo Enrique sonriéndose.

-De la cual no te ha dicho nada M. de Morvilliers, no obstante estar siempre tan bien informado; pero déjanos escuchar, porque esto se va haciendo interesante.

-Pues yo, monseñor -repuso el duque de Guisa-, os voy a decir, no precisamente en qué parará esto, porque sólo Dios lo sabe, sino para qué nos puede servir: la Liga es un segundo ejército, y como yo dispongo del primero y mi hermano el cardenal de la Iglesia, no habrá nada que pueda resistirnos mientras continuemos unidos.

-Sin contar -dijo el duque de Anjou-, con que soy el heredero presuntivo de la corona.

-¡Ah, ah! -exclamó Enrique.

-Tiene razón -repuso Chicot-; tú tienes la

culpa, hijo mío, porque persistes en no reunir las dos camisas de nuestra Señora de Chartres.

-Debéis reflexionar, monseñor, que aunque seáis heredero presunto de la corona, esto puede traer malas consecuencias.

-¿Y pensáis, duque, que no lo he hecho ya, y que no las he pesado todas cien veces?

-En primer lugar está el rey de Navarra.

-¡Oh! ése no me preocupa; sus amores con la Fosseuse no le dejan un momento desocupado.

-Pues ése, monseñor, ése os disputará hasta lo que tengáis dentro de vuestro bolsillo; está traspillado, flaco, hambriento, se asemeja a los gatos de tejado, a quienes el olor de un ratoncillo solamente hace pasar noches enteras en la ventana de un desván, mientras que el gato bien alimentado, abrigado y engualdrapado, no puede, de tal modo le pesan las patas, sacar las uñas de su estuche de terciopelo; el rey de Navarra es espía, está en acecho, no os pierde de

vista a Vuestra Alteza ni a vuestro hermano, codicia vuestro trono, y cuando ocurra algún accidente al que ahora se sienta en él, ya veréis si el gato flaco tiene músculo elástico, y si de un solo salto no se echará sobre Vuestra Alteza, monseñor, para haceros sentir sus garras, desde Pau a París; ya veréis, ya veréis.

-Un accidente al que está sentado en el tro-no -repitió con lentitud Francisco, fijando una mirada investigadora en el duque de Guisa.

-Escucha, Enrique -dijo Chicot-, el de Guisa está diciendo, o más bien va a decir cosas muy instructivas, de las cuales te recomiendo que te aproveches.

-Sí, monseñor -repitió el duque de Guisa-, un accidente. Sabéis tan bien como yo, y acaso mejor que yo, que no son raros los accidentes en vuestra familia. Tal príncipe disfruta de buena salud que enferma de repente: otro cuen-ta vivir largos años, y le quedan sin embargo

pocas horas de vida.

-¿Oyes, Enrique, oyes? -dijo Chicot asiendo la mano del rey, que temblaba y se cubría de un frío sudor.

-Sí, es verdad -dijo el duque de Anjou tan quedo que el rey y Chicot se vieron forzados a redoblar su atención para poder oír-; verdad es que los príncipes de mi casa nacen bajo influencias fatales; pero mi hermano Enrique III, está ¡gracias a Dios! bueno y sano, y ha soportado en otra época las fatigas de la guerra; con mucha más razón resistirá ahora que su vida no es más que una serie de diversiones que soportará tan bien como soportó antes la guerra.

-Es cierto, monseñor -replicó el duque-, pero podéis recordar que las diversiones a que se entregan los reyes de Francia no están siempre exentas de peligro; vuestro padre el rey Enrique II, por ejemplo, que también había escapado felizmente de los peligros de la guerra, sucumbió

en una de esas diversiones de que habláis. El hierro de la lanza de Montgomery estaba embotado para una coraza, y no para un ojo; por eso murió el rey Enrique II, y esto fue un accidente casual. Me diréis que quince años después de este accidente la reina madre hizo prender a M. de Montgomery y le mandó decapitar; también es cierto, pero no por eso resucitó el rey. En cuanto a vuestro hermano, el difunto rey Francisco, su debilidad le perjudicó notablemente en el concepto de los pueblos, y este digno príncipe murió también desgraciadamente. Quizá pensaréis, monseñor, que una enfermedad de oídos no se debe tomar por un accidente, sin embargo, lo era y no de los más graves; he oído decir muchas veces en el campo, en la ciudad y aun en la corte, que aquella enfermedad mortal fue introducida en los oídos del rey Francisco II por uno a quien haríamos mal en llamar el azar, puesto que lleva un nombre muy conocido.

-¡Duque! -balbuceó Francisco poniéndose encendido.

-Sí, monseñor, sí -prosiguió el duque-, el nombre de rey hace desgraciados de algún tiempo a esta parte a los que le llevan; *rey* quiere decir tanto como *estar en peligro de muerte.* El nombre de rey fue evidentemente el que valió a Antonio de Borbón el arcabuzazo en el hombro, accidente que, para cualquiera que no hubiese sido rey, no habría sido mortal, y que, sin embargo, fue la causa de su muerte. El ojo, el oído y el hombro han llenado de luto a Francia, y esto me recuerda unos preciosos versos que vuestro M. de Bussy hizo con este motivo.

-¿Qué versos? -preguntó Enrique.

-¿Pues qué, no lo sabes? -repuso Chicot.

-No.

-Pues entonces eres un verdadero rey que ignoras estas cosas; voy a decírtelos, escucha:

Por ojos, hombros y oídos

van tres monarcas perdidos

en la francesa nación:

por hombros, oídos y ojos

de aleve muerte despojos

tres reyes de Francia son:

por ojos, oídos y hombros...

¡Pero chist... calla! Creo que tu hermano va a

decir alguna cosa todavía más interesante.

-¿Y el último verso?

-Ya te le diré, cuando M. de Bussy haya

concluido la décima.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que faltaban los personajes en

este cuadro de familia; pero escucha, pues va a

hablar M. de Guisa, y no los olvidará.

En efecto, en aquel momento volvió a co-

menzar el diálogo.

-Sin contar, monseñor -prosiguió el duque

de Guisa-, que los versos de Bussy no com-

prenden toda la historia de vuestros ascendien-

tes y de vuestros deudos.

-Cuando yo te lo decía -agregó Chicot tocando al rey con el codo.

-Olvidáis a Juana de Albret, la madre del Bearnés, que murió por la nariz, por haber olido un par de guantes perfumados que compró en el puente de San Miguel, en casa del Florentino: accidente inusitado, pero que sorprendió a todo el mundo, tanto más cuanto que había entonces algunas personas que deseaban su muerte. ¿Negaréis, monseñor, que esta muerte os sorprendió?

El duque no contestó, pero frunció las cejas, dando a sus miradas una expresión mucho más sombría.

-¿Y el accidente del rey Carlos IX, que olvida Vuestra Alteza? -prosiguió el duque-; éste bien merece referirse, porque no le sobrevino el accidente ni por el ojo, ni por el oído, ni por el hombro, ni por la nariz: le sobrevino por la bo-

ca.

-¡Todavía! -murmuró Francisco.

Y Enrique III oyó los pasos de su hermano que se retiraba aterrorizado.

-Sí, monseñor, por la boca -repitió el de Guisa-: son muy peligrosos los libros de caza cuyas páginas están pegadas de manera que no se puede volver la hoja sino humedeciendo el dedo con saliva a cada momento; los libracos viejos corrompen la saliva, y cuando un hombre, aunque sea rey, tiene corrompida la saliva, no puede vivir mucho tiempo.

-¡Duque, duque! -dijo por dos veces el príncipe-, creo que estáis de propósito forjando crímenes.

-¡Crímenes! -contestó el de Guisa-; ¿quién os habla de crímenes? Refiero accidentes, monseñor, y no he tratado hasta ahora más que de accidentes. ¿No fue así mismo un accidente la aventura que sucedió al rey Carlos IX en la ca-

za?

-Oye -dijo Chicot-, que esto te debe interesar a ti que eres cazador; Enrique, escucha, que esto promete ser curioso.

-Ya sé lo que va a decir -contestó Enrique.

-Sí, pero yo no lo sé, porque no había venido todavía a la corte; déjame, pues, escuchar, hijo mío.

-Ya sabéis, monseñor,, de qué caza hablo -prosiguió el de Lorena-; hablo de aquella caza en que, con la generosa intención de matar al jabalí que se revolvía contra vuestro hermano, hicisteis fuego con tanta precipitación que en vez de acertar al animal que queríais matar heristeis al que no apuntabais. Aquel tiro, monseñor, prueba mejor que nada lo mucho que hay que desconfiar de los accidentes: en efecto, todo el mundo conoce en la corte vuestra destreza; Vuestra Alteza no ha errado jamás el blanco, y debisteis quedar admirado de haberle

errado aquella vez, principalmente cuando la maledicencia propagó que la caída del rey bajo su caballo le habría producido la muerte si el rey de Navarra no hubiera matado felizmente al jabalí que Vuestra Alteza no acertó.

-¿Pero qué interés había yo de tener en la muerte del rey mi hermano, si el sucesor de Carlos IX debía llamarse Enrique III? -dijo el duque de Anjou tratando de recobrar la tranquilidad que tan cruelmente había atacado el duque de Guisa.

-Permitidme, monseñor, que nos expliquemos; había ya un trono vacante, el de Polonia; la muerte del rey Carlos IX dejaba otro desocupado, el de Francia. Bien sé que vuestro hermano mayor hubiera elegido seguramente el trono de Francia, pero por lo menos habría quedado el de Polonia, que no deja de ser apetecible, cuando se dice que hay quien ha codiciado el pobre reinecillo del rey de Navarra: por otra

parte, siempre os acercabais un grado al trono de Francia, y los accidentes que pudiesen sobrevenir aprovecharían ya a Vuestra Alteza. Enrique III vino de Varsovia en diez días, y en caso de algún nuevo accidente, bien podía Vuestra Alteza haber hecho lo que hizo más tarde el rey Enrique III.

Enrique miró a Chicot, y éste a su vez al rey, no con la expresión de malicia y de sarcasmo que se leía de ordinario en los ojos del loco, sino con un tierno interés que no tardó en desaparecer de su rostro tostado por el sol del Mediodía.

-¿Qué resolvéis, duque? -preguntó el de Anjou, poniendo o mejor dicho procurando poner término a esta conversación que le había dejado conocer el descontento del duque de Guisa.

-Deduzco de todo esto, monseñor, que cada rey tiene su accidente, como hemos dicho, y que Vuestra Alteza es el accidente inevitable del rey Enrique III, principalmente si llegáis a

ser el jefe de la Liga, considerando que ser jefe de la Liga, es casi ser rey del rey sin tener en cuenta que siendo jefe de la Liga, suprimiréis el accidente del próximo reinado de Vuestra Alteza, es decir, el Bearnés.

-¡Próximo! ¿lo oyes? -exclamó Enrique III.

-¿Pues no lo he de oír -repuso Chicot.

-Así, pues -dijo el duque de Guisa.

-Así, pues -repitió el de Anjou-, aceptaré; ése es vuestro perecer, ¿no es cierto?

-Os suplico, monseñor, que aceptéis -dijo el de Lorena.

-¿Y esta tarde?

-¡Oh! podéis tranquilizaros; tengo mi gente en campaña desde muy temprano, y hoy sucederán en París cosas muy curiosas.

-¿Qué va a suceder esta tarde en París? -interrogó Enrique.

-¡Cómo! ¿no lo adivinas?

-No.

-¡Qué simple eres! esta tarde, hijo mío, fir-
man los partidarios de la Liga, públicamente se
entiende, pues hace ya mucho tiempo que fir-
man en secreto; sólo esperaban tu consenti-
miento, le has dado esta mañana, y esta tarde
firman. ¡Pardiez! Enrique, que tus accidentes,
porque tienes dos ... no pierden el tiempo.
-Bien está -terminó diciendo el duque de
Anjou-, hasta la tarde, duque.
-Sí, hasta la tarde -dijo también Enrique.
-¡Cómo! -replicó Chicot-, ¿te arriesgarás esta
tarde a recorrer las calles de la capital, Enrique?
-Sin duda.
-Haces mal, Enrique.
-¿Por qué?
-Cuidado con los accidentes.
-Iré bien acompañado, no temas; y además
vendrás conmigo.
-No vayas a creer, hijo mío, que yo soy
hugonote; mira que soy un buen católico, y que

quiero firmar la Liga, no una vez, sino diez, no diez, sino cien veces.

Mientras tanto había dejado de oírse las voces del duque de Anjou y del príncipe de Lorena.

-Oye una palabra -dijo el rey deteniendo a Chicot que se iba a marchar-. ¿Qué opinas tú de todo esto?

-Pienso que cada uno de los reyes vuestros predecesores ignoraba el accidente que le había de sobrevenir: Enrique II no pudo prever el accidente del ojo, ni Francisco II el del oído, ni Antonio de Borbón el del hombro, ni Juana de Albret el del a nariz, ni Carlos IX el de la boca... Tenéis, pues, una gran ventaja sobre ellos, Enrique, porque a fe que conocéis a vuestro hermano; ¿no es verdad, señor?

-Sí -respondió Enrique-, y por Cristo que no tardará en saber que le conozco.

XL. LA FIRMA DE LA LIGA

En las fiestas que celebra el París de nuestros días se echa de ver un ruido más o menos grande, una multitud más o menos considerable, pero siempre el mismo ruido, siempre la misma concurrencia; el París de aquella época tenía algo más que ver. Ofrecían entonces un magnífico golpe de vista los muchos miles de personas que se dirigían precipitadamente a un mismo punto, ocupadas en el camino en mirarse, en admirarse, o en silbarse unos a otros cuando la extravagancia de alguno así lo requería. Pero consistía en que las casas adornadas unas con balcones y otras rematadas en punta, los trajes, las armas, los ademanes, la voz y hasta la manera de andar, todo presentaba tanta variedad, que reunidos estos mil pormenores en un solo punto componían un todo sumamente interesante.

Tal era el aspecto de París a las ocho de la

noche, el día que monsieur de Guisa, luego de haberse presentado al rey y conversado con el duque de Anjou ideó que firmasen la Liga los buenos vecinos de la capital del reino.

A aquella hora se encaminaba a las iglesias un inmenso número de parisienses vestidos con sus mejores trajes como en un día de gala, o pertrechados de sus más relucientes armas como para una revista o un combate: todos estos hombres, guiados por un mismo sentimiento, se proponían el mismo objeto, y caminaban con semblante risueño y amenazador, principalmente cuando pasaban por delante de alguna guardia de suizos, o de soldados de la Casa Real. Su aspecto era tan ímponente que habría preocupado a M. de Morvilliers, si este magistrado no hubiese conocido bien a los buenos parisienses, burlones y provocativos, pero incapaces de hacer daño a nadie, si no les excita

alguna mala cabeza, o si no les provoca algún enemigo imprudente.

Lo que más aumentaba el ruido que armaba la multitud, y contribuía a hacer más pintoresco el golpe de vista, era que muchas mujeres no quisieron quedarse encerradas en casa en un día tan grande, y siguieron de grado o por fuerza a sus maridos; otras, no satisfechas con esto, llevaron a sus chiquillos, los cuales se agarraban con todas sus fuerzas a los enormes mosquetes, a los gigantescos sables o a las terribles alabardas de sus padres. El pilluelo de París, en efecto, ha mostrado siempre grande afición en todos los siglos a llevar arrastrando un arma cuando aún no tiene fuerzas para levantarla del suelo, o admirarla en las manos de otro, cuando ni siquiera las tiene para llevarla arrastrando.

De vez en cuando algún grupo más animado que los otros sacaba a relucir las mohosas espadas, demostración hostil que se solía repe-

tir al pasar frente a alguna casa que olía a hugonote. Los chiquillos gritaban a más no poder: ¡San Bartolomé!... me! me! y los padres gritaban también: ¡A la hoguera los hugonotes! ¡a la hoguera!

Estos gritos atraían primero a la ventana a alguna vieja criada, que corría inmediatamente a echar los cerrojos a la puerta de la calle; y entonces los paisanos, orgullosos y contentos como la liebre de Lafontaine, por haber metido miedo a otros más cobardes, seguían su marcha triunfal resueltos a repetir en otra parte su estrepitosa e inofensiva venganza.

La calle del Árbol Seco era uno de los puntos donde más se agolpaba la multitud; estaba materialmente interceptado el paso, y se necesitaba tener una fuerza prodigiosa para poder acercarse a un brillante farolón colgado debajo de una muestra que conocerán la mayoría de nuestros lectores cuando les digamos que había

en ella un pollo con esta inscripción: *A la Hermosa Estrella.*

A la puerta de esta casa se hallaba peroran-
do y argumentando un hombre notable por el gorro de algodón a cuadros, según la moda de aquella época, que cubría su enorme calva; el cual con una mano blandía una espada, y en la otra tenía un libro de registro, cuyas hojas se hallaban ya medio cubiertas de firmas.

-Venid, venid, buenos católicos -gritaba-: entrad en la hostería de la *Hermosa Estrella,* donde hallaréis buen vino y mejor semblante; venid, este es el instante más a propósito; esta noche quedarán separados los buenos de los malos; mañana por la mañana se distinguirá el buen grano de la cizaña; venid, señores: los que sepáis escribir, venid y firmad; los que no sepáis escribir venid igualmente y decid vuestros nombres y vuestros apellidos, o a mí, maese La Huriére, o a mi ayudante M. Croqúentin.

-Señores, es en obsequio de la misa y de la santa religión -gritaba a voz en cuello el hostelero de la *Hermosa Estrella.*

-¡Viva la santa religión! ¡Viva la misa!

Y la emoción y el cansancio le sofocaban porque desde las cuatro de la tarde estaba gritando con el mismo entusiasmo; pero no dejaba de sacar fruto, y animados muchos del mismo celo firmaban en el registro de maese La Huriére, los que sabían escribir, o decían sus nombres a Croquentin los que no sabían.

Este resultado era tanto más lisonjero para maese La Huriére cuanto que la proximidad de Saint-Germain-l'Auxerrois le había deparado un formidable competidor; felizmente en aquella época eran muy numerosos los fieles y los dos establecimientos se favorecían mutuamente en lugar de perjudicarse; los que no podían penetrar en la iglesia para escribir sus nombres en el altar mayor, que era el sitio en que se fir-

maba, trataban de llegar hasta los bancos en que La Huriére había establecido su secretaría; y los que no conseguían figurar en los registros de La Huriére, no perdían la esperanza de ser más felices en Saint-Germain-l'Auxerrois.

Cuando estuvieron llenos los libros de La Huriére y de Croquentin, hizo traer otros dos el dueño de la *Hermosa Estrella, y* comenzó a exhortar a la multitud con nuevo ardor, ogulloso del buen éxito que acababa de alcanzar; maese La Huriére esperaba por último que su celo le haría adquirir en el concepto del Duque de Guisa la alta posición a que aspiraba tanto tiempo hacía.

Ínterin los firmantes de los nuevos registros se entregaban a los transportes de su celo, que cada vez iba en aumento, se vio a través de la muchedumbre a un hombre de alta estatura que se abría paso distribuyendo a derecha e izquierda buen número de pescozones y de

patadas, hasta que llegó adonde estaba M. Croquentin.

Cogió la pluma de la mano de un honrado vecino que acababa de firmar, trazó su nombre con letras de media pulgada en una página toda blanca que quedó negra de repente; dibujó una rúbrica llena de adornos caprichosos con más vueltas que el laberinto de Dédalo, y le pasó la pluma al aspirante que aguardaba detrás de él.

-¡Chicot! -leyó el futuro firmante-. ¡Cáscaras! ¡qué bien escribe!

Chicot, que como ya hemos visto, no quiso acompañar a Enrique, se alistaba en la Liga por su propia cuenta.

Después de dejar su nombre en el registro de Croquentin, se aproximó a maese La Huriére que había visto la primorosa firma, y deseaba tener en su libro una rúbrica tan gloriosa; fue pues recibido, no con los brazos abiertos, sino con el registro abierto, cogió la pluma de manos

de un mercader de lanas, escribió segunda vez su nombre con un garrapato cien veces más magnífico, y preguntó a maese La Huriére si no había más registros en donde firmar.

La Huriére tenía malas pulgas; miró a Chicot al soslayo, y Chicot le miró a él cara a cara; La Huriére pronunció entre dientes la palabra hugonote, Chicot la de bodegonero.

Dejó el posadero el registro para empuñar la espada, Chicot tiró la pluma para desenvainar la suya; según todas las probabilidades, iba a concluir aquel accidente con unas cuantas estocadas, de que no hubiera salido muy bien librado el dueño de la *Hermosa Estrella,* cuando sintió Chicot que le pellizcaban en el codo, y se volvió precipitadamente.

El que le pellizcaba era el rey, disfrazado de simple ciudadano; iba acompañado de Quelus y Maugiron, disfrazados como él, y además de la tizona llevaba cada uno un buen arcabuz al

hombro.

-¿Qué es eso? -dijo el rey-; los buenos católicos no deben disputar entre sí, porque, vive Dios, que es dar muy mal ejemplo.

-Caballero -repuso Chicot, como si no hubiese conocido a Enrique-, decidid de qué parte está la razón; ese tunante da voces a los que pasan para que firmen en su registro, y luego que han firmado mete todavía más ruido.

Llamaron la atención de La Huriére otros nuevos aficionados, al mismo tiempo que una oleada separó a Chicot, al rey y a sus acompañantes del fanático hostelero, empujándoles hasta el escalón de una puerta desde donde se dominaba toda la calle.

-¡Qué ardor! -exclamó Enrique-: ¡hermosa tarde para la religión en las calles de mi buena ciudad!

-Sí, señor, pero muy mala para los herejes y ya sabe Vuestra Majestad, que le tienen por tal:

mirad a la izquierda, más, más todavía, allí;

¿qué ves?

-¡Ah, ah! El mofletudo rostro de Mayena, y

el puntiagudo hocico del cardenal.

-Chist, señor; se tiene mucho adelantado

cuando se sabe adonde están nuestros enemi-

gos, y nuestros enemigos ignoran adonde esta-

mos.

-¿Crees que tengo que temer?

-¡Dios mío! de nada se puede responder en

una reunión tan considerable: puede tener al-

guno un puñal en el pecho, el puñal puede pe-

netrar insensiblemente en el vientre del vecino,

sin saber lo que hace, por una equivocación, y

el vecino proferir un juramento y espichar. Vá-

monos a otra parte, señor.

-¿Me han conocido?

-Creo que no, pero indudablemente os co-

nocerán si estáis aquí mucho tiempo.

-¡Viva la misa! ¡viva la misa! -gritaba un

numerosísimo grupo que venía del Mercado y se precipitaba violentamente en la calle del Árbol Seco.

-¡Viva M. de Guisa! ¡viva el cardenal! ¡viva M. de Mayena! -respondieron los que estaban parados a la puerta de La Huriére, porque acababan de conocer a los dos príncipes de Lorena.

-¡Oh! ¡Qué gritos son esos? -preguntó Enrique III.

-Esos gritos prueban que cada uno está bien en su puesto y que es arriesgado abandonarle: M. de Guisa en las calles, Vuestra Majestad en el Louvre; volveos al Louvre, señor, volveos.

-¿Vienes tú con nosotros?

-¿Yo? ¡oh, no! tú no me necesitas para nada, hijo mío, bastante tienes con tus guardias. Adiós, Quelus, adiós, Maugiron; yo quiero disfrutar de la función hasta el fin porque me parece curiosa y divertida.

-¿Adónde vas?

-Voy á estampar mi firma en todos los regis-
tros, para que mañana corran por las calles de
París mil autógrafos míos; buenas noches, hijo
mío, tú te vas por la derecha, yo por la izquier-
da, cada uno debe seguir su camino; yo voy a
Saint-Merry a oír a un célebre predicador.
-¡Oh, oh! ¿qué nuevo ruido es éste -dijo de
repente el rey-, por qué corre la gente hacia el
Puente Nuevo?
Empinóse Chicot sobre la punta de los pies,
pero no divisó más que una gran masa de gente
que gritaba, aullaba y se atropellaba llevando,
al parecer, alguna cosa en triunfo.
Pero de repente se aclararon los grupos al
llegar al punto en que el muelle se ensanchaba,
frente a la calle de las Lavanderas, la multitud
se diseminó a derecha e izquierda, y de igual
manera que las olas arrojaron el monstruo a los
pies de Hipólito, aquellas olas humanas impe-
lieron hasta los pies del rey a un hombre que

era sin duda el principal personaje de aquella cómica escena.

Era un fraile, caballero en un asno; el fraile hablaba y accionaba, el asno rebuznaba.

-¡Vive Dios! -dijo Chicot, apenas distinguió al hombre y al animal que acababan de aparecer uno encima de otro-; te estaba hablando de un célebre predicador de Saint-Merry, pero no necesito ya ir tan lejos; escucha, hijo mío, escucha.

-¡Un predicador a borrico! -dijo Quelus.

-¿Cuál es el predicador? -interrogó Enrique-: hablan los dos a un mismo tiempo.

-El de abajo es el más elocuente -contestó Chicot-, pero el de encima es el que habla mejor el francés: escucha, Enrique, escucha.

-¡Silencio! -gritaban por todas partes-, ¡silencio!

-¡Silencio! -exclamó Chicot, con una voz que dominó aquella terrible gritería.

Todo el mundo calló; se colocaron en círculo alrededor del fraile, y éste empezó su exordio:

-Hermanos míos -dijo-, París es una magnífica ciudad; París es el orgullo de todo el reino de Francia, y los parisienses tienen mucho ingenio, como dice el cantar.

Y se puso a cantar con toda la fuerza de sus pulmones:

Parisiense, amigo mío,
nada hay que tú no sepas...

Mas al oír aquellos gorgoritos, le vino en gana al asno de hacer el acompañamiento, y se puso a rebuznar en tan buen tono, que no dejó proseguir a su jinete.

El pueblo celebró esta ocurrencia con grandes carcajadas.

-Calla, Panurgo -gritó el fraile-, cállate, ya hablarás cuando te llegue el turno, pero déjame hablar a mí primero.

En efecto, calló el asno.

-Hermanos míos -continuó el predicador-, la tierra es un valle de lágrimas, donde únicamente con lágrimas podemos apagar nuestra sed la mayor parte de las veces.

-¡Ese hombre está completamente borracho! -dijo el rey.

-¡Pardiez! -repuso Chicot.

-Tal como me veis dirigiéndoos la palabra -continuó el fraile-, vuelvo ahora del destierro como los hebreos, y hace ya ocho días que Panurgo y yo sólo vivimos de limosnas y de privaciones.

-¿Quién es Panurgo? -preguntó el rey.

-Según todas las probabilidades, el superior de su convento -contestó Chicot-. Déjeme escuchar, porque su elocuencia me conmueve.

-¿Y quién ha tenido la culpa de esto, amigos míos? Herodes; ya sabéis de qué Herodes quiero hablar.

-Y tú también, hijo mío -añadió Chicot-; yo mismo te he explicado el anagrama.

-¡Pícaro!

-¿Con quién hablas, conmigo, con el fraile o con el asno?

-Con los tres.

-Hermanos míos -continuó el fraile-, aquí está mi asno, a quien amo como a un corderillo; él os dirá que hemos venido desde Villanueva del Rey en sólo tres días, para concurrir a la gran solemnidad que se celebra esta noche, y también os dirá cómo hemos venido:

Con la bolsa vacía,
con el gaznate seco.

Pero nada nos ha costado, no obstante, ni a Panurgo ni a mí.

-¿A quién diablos llama Panurgo? -volvió a preguntar Enrique.

-Nos pusimos, pues, en camino -continuó el fraile-, al cabo hemos llegado para enterarnos

de lo que sucede, y aunque lo estamos viendo no lo comprendemos. ¿Qué sucede, pues, hermanos míos? ¿Se depone hoy a Herodes, o se trata por ventura de meter al hermano Enrique en un convento?

-¡Oh! -dijo Quelus-, ganas me dan de horadar ese tonel; ¿qué te parece, Maugiron?

-¡Bah! -respondió Chicot-, por poco te incomodas, Quelus. Pues qué, ¿no entra el rey todos los días en un convento? Créeme, Enrique, si no te ocurre más que esto, no tienes de qué quejarte; ¿no es verdad, Panurgo?

Interpelado el asno tan directamente, enderezó las orejas y contestó con un sonoro rebuzno.

-¡Panurgo! -exclamó el monje-, ¿también a ti te dominan las pasiones? Señores -continuó-, salí de París con dos compañeros de viaje, Panurgo, que es mi asno, y M. Chicot, el bufón de Su Majestad. ¿Podríais decirme, señores, qué ha

sido de mi amigo Chicot?

Chicot hizo un mohín.

-¡Hola! -dijo el rey-: ¿conque es amigo tuyo?

Quelus y Maugiron no pudieron contener la

risa.

-Tienes un excelente amigo -agregó el rey-,

y sobre todo digno de respeto; ¿cómo se llama?

-Es Gorenflot, Enrique, ¿no te acuerdas? El

buen Gorenflot de quien te ha hablado ya algo

M. de Morvilliers.

-¿El conspirador de Santa Genoveva?

-El mismo.

-En ese caso, le voy a hacer ahorcar.

-¡Imposible!

-¿Por qué?

-Porque no tiene pescuezo.

-Hermanos míos -seguía Gorenflot- tenéis

delante de vosotros, hermanos míos, a un ver-

dadero mártir. En este instante, hermanos míos,

estáis defendiendo mi causa, o por mejor decir,

la de todos los buenos católicos. Vosotros no sabéis lo que pasa en las provincias ni conocéis las tramas de los hugonotes. Nosotros nos hemos visto obligados en Lyon a matar a uno que andaba predicando la rebelión; y mientras exista un hugonote en todo el reino de Francia, aunque esté todavía en el vientre de su madre, no disfrutarán las buenas almas de un momento de tranquilidad. Exterminemos, pues, a los hugonotes. ¡A las armas, hermanos míos, a las armas!

Y la muchedumbre repitió:

-¡A las armas, a las armas!

-¡Vive Dios! -dijo el rey-, haz callar a ese galopín, o vamos a tener un segundo San Bartolomé.

-Espera, espera -dijo Chicot.

Y cogiendo una cerbatana que tenía Quelus en la mano, se situó detrás del fraile, y le sacudió con toda su fuerza un sonora golpe en el

omoplato.

-¡Que me matan! -gritó el fraile.

-¡Calla, eres tú! -exclamó Chicot, pasando la cabeza por debajo del brazo del fraile-; ¿cómo te ha ido, frailuco mío?

-Socorredme, M. de Chicot, socorredme -dije Gorenflot-; los enemigos de la fe me quieren asesinar, mas no he de morir sin haber gritado con todas mis fuerzas: ¡al fuego los hugonotes, a la hoguera el Bearnés!

-¿Quieres callar, animal?

-Al diablo los gascones -prosiguió el fraile.

Otro golpe más fuerte que el primero interrumpió en aquel momento al predicador, arrancándole un grito de verdadero dolor, porque esta vez no era una cerbatana sino un enorme garrote lo que había caído sobre el otro hombro de Gorenflot.

Asombrado Chicot miró con cuidado a su alrededor, pero sólo vio el garrote; el que des-

cargó el golpe había desaparecido entre la multitud, en cuanto administró aquella corrección volante al hemano Gorenflot.

-¡Oh! -dijo Chicot-; ¿quién nos habrá vengado así? ¿será algún paisano? es preciso averiguarlo.

Y apretó a correr detrás del hombre del garrote, que se deslizaba a lo largo del muelle, escoltado por un compañero tan solo.

XLI. LA CALLE DE LA FERRONNERIE

Chicot tenía buenas piernas, y había alcanzado fácilmente al hombre que acababa de pegar a Gorenflot; mas el arrojo y el modo de andar de este hombre y de su compañero le hicieron sospechar que sería peligroso provocar bruscamente un reconocimiento, que el desconocido quería evitar evidentemente. Los dos fugitivos procuraban en efecto perderse entre la multitud, y sólo volvían la cara al llegar a las esquinas de las calles para asegurarse de que

nadie les seguía.

Pensó Chicot que el único medio de seguirles sin que lo observasen era precederles: se dirigieron a la calle de San Honorio por la de la Moneda y la de Tirechappe, y en la esquina de esta última les adelantó, sin dejar de correr, para tener tiempo de ocultarse en la de la calle de Bourdonnais.

Marchaban los dos hombres a lo largo de las casas, con el sombrero calado hasta las cejas y el embozo de la capa hasta los ojos, dirigiéndose a pasos precipitados en que se notaba cierto aire militar, hacia la calle de la Ferronnerie.

Chicot caminaba siempre delante.

Al llegar a la calle de la Ferronnerie se detuvieron otra vez para ver si les seguían; mientras tanto, continuó Chicot ganando terreno, y llegó a la mitad de la calle.

Enfrente de una casuca tan vieja que amenazaba derrumbarse, estaba parada una litera

tirada por dos fornidos caballos. Echó Chicot una mirada alrededor y vio al conductor dormido en su asiento, y una mujer inquieta, al parecer, con la cara pegada a la rejilla. Sospechó que aquella litera estaría aguardando a los dos hombres, pasó por detrás de ella, y protegido por su sombra, combinada con la de la casa, se tendió bajo un gran banco de piedra que servía de mostrador a los vendedores de legumbres que celebraban su mercado en aquel tiempo dos veces a la semana, en la calle de la Ferronnerie. Apenas se había acurrucado vio aparecer a los dos hombres, los cuales volvieron a observar si les habían seguido; luego llamó uno de ellos al cochero, y como éste no se despertase bastante pronto, dejó escapar un *cap di diou,* muy acentuado, mientras su compañero, todavía más impaciente, le pinchaba con la punta de su puñal.

-¡Oh! -exclamó Chicot-, no me había enga-

ñado, son compatriotas míos; ya no extraño que hayan sacudido de tan buena gana a Gorenflot porque hablaba mal de los gascones.

La joven había conocido a los dos hombres que aguardaba, y se asomó a la portezuela del pesado carruaje, de modo que Chicot la veía mucho mejor que antes: podría tener veinte o veintidós años, era muy hermosa, y si hubiese sido de día, su palidez, el húmedo vapor que mojaba sus cabellos, el blanco mate de sus manos y la languidez de sus movimientos habría dejado conocer que padecía una enfermedad cuyo secreto revelaban por otra parte frecuente vahidos y lo abultado de su talle.

Pero de todo esto no reparó Chicot sino en tres cosas: que era joven, rubia y que estaba descolorida.

Los dos hombres se aproximaron a la litera, colocándose naturalmente entre el carruaje y el banco que ocultaba a Chicot. El más alto tomó

entre sus manos la de la dama, y apoyando el pie en el estribo y los brazos en la portezuela:

-Amiga mía -le preguntó-, ¿cómo estáis, corazón mío?

Meneó la dama la cabeza con una triste sonrisa y le mostró un pomito de esencias.

-Siempre lo mismo, ¡sangre de Cristo! ¡Cuánto sentiría, amor mío, veros con esa enfermedad, si no fuese yo la causa!

-¿Y por qué diablos traéis también a madame a París? -dijo el otro hombre ásperamente-; es una desgracia a fe mía, que no podáis pasar sin tener siempre alguna falda cosida a vuestro jubón..

-Querido Agripa -dijo el que había hablado primero, que parecía marido o amante de la dama-, ¡es tan penoso separarse de lo que se quiere!

Y cambió con ella una mirada de amor.

-Me desesperáis, por vida mía -repuso el

compañero-, ¿habéis venido por ventura a París para enamorar, hermoso galán? Me parece que bastante grande es el Bearn para que deis paseos sentimentales, sin extenderlos hasta esta Babilonia, donde nos hemos expuesto veinte veces a ser deslomados esta misma tarde. Regresemos allá, pardiez, si queréis galantear a las portezuelas de las literas, pero aquí, señor, no penséis en más intrigas que en las intrigas políticas.

Al oír señor, hubiera querido Chicot levantar la cabeza, mas no podía hacer el menor movimiento sin exponerse a ser visto.

-Dejadle gruñir, amiga mía, no hagáis caso de lo que dice, porque creo que se pondría malo, y que sufriría también vahídos si no pudiese hacerlo.

-Subid al menos en la litera, ¡sangre de Cristo! como vos decís -prosiguió el regañón-, si queréis decir ternezas a madame, y os hallaréis

menos expuesto a que os conozcan que en medio de la calle.

-Tienes razón, Agripa -dijo el enamorado gascón-. Ya veis que no es tan mal consejo como parece; hacedme pues, lugar, querida mía, si me permitís que ya que no pueda estar de rodillas a vuestros pies me siente junto a vos.

-No sólo lo permito, señor -respondió la joven-, sino que lo deseo ardientemente.

-¡Señor! -exclamó Chicot sin poder reprimir un movimiento irreflexivo que le hizo pegarse un fuerte golpe en el banco de piedra al levantar la cabeza-: ¿qué es lo que dice?

Al mismo tiempo se aprovechaba el dichoso amante del permiso que le acababan de conceder, v se oyó rechinar el carruaje bajo el peso del enamorado caballero: a este ruido sucedió el de un prolongado y tierno beso.

-¡Pardiez! -exclamó el compañero que quedaba fuera de la litera-, ¡qué animal tan estúpi-

do es el hombre!

-Que me ahorquen si lo entiendo -murmuró Chicot-; pero paciencia, que el que sabe aguardar se sale con la suya.

-¡Qué feliz soy, sangre de Cristo! -continuó el que había subido a la litera sin hacer caso de la impaciencia de su compañero, a la cual parecía que se hallaba bastante acostumbrado-: ¡qué día tan hermoso! Mis buenos parisienses me detestan de todo corazón, y me matarían sin misericordia si supiesen dónde estoy; y esos mismos parisienses están trabajando con ardor en facilitarme el camino del trono, ínterin estrecho entre mis brazos la mujer que adoro. ¿Dónde estamos, d'Aubigné? Cuando sea rey he de hacer levantar una estatua al genio del Bearnés en este mismo sitio.

Del Bear...

Chicot se interrumpió porque acababa de hacerse otro chichón al lado del primero.

-Nos hallamos en la calle de la Ferronnerie, señor, y no huele muy bien -dijo d'Aubigné que renegaba de las cosas, cansado ya de renegar de las personas.

-Me parece -prosiguió Enrique. porque ya habrán conocido nuestros lectores al rey de Navarra-, me parece que distingo claramente toda mi vida futura, que me veo rey, sentado en el trono de Francia, fuerte y poderoso, aunque acaso menos amado que ahora, y que mi vista penetra el porvenir hasta la hora de mi muerte. ¡Oh! amor mío, repetidme que me amáis, porque mi corazón necesita oír vuestra querida voz.

Y dominado por la tristeza que se apoderaba de él algunas veces, dejó caer la cabeza sobre el hombro de su querida.

-¡Dios mío! -dijo la joven aterrada-; ¿os ponéis malo, señor?

-No faltaría más que eso -exclamó d'Aubig-

né-; buen soldado, buen general, buen rey, que se desmayara.

-No, vida mía -contestó Enrique-, si alguna vez me desmayara a vuestro lado, sería de felicidad,

-Verdaderamente, señor -dijo d'Aubigné-, no sé por qué firmáis Enrique de Navarra, debiendo firmar Ronsard o Clemente Marot. ¡Pardiez! ¿cómo os lleváis tan mal con madame Margarita, siendo los dos tan aficionados a la poesía?

-Por favor, d'Aubigné, no nombres a mi mujer, ¡sangre de Cristo! no sea que se cumpla el refrán: si la encontrásemos ahora...

-¿Aunque está en Navarra, no es cierto? -prosiguió d'Aubigné.

-¿Pues no estoy yo también en Navarra, ¡sangre de Cristo! o no creen por lo menos que estoy allí? Me has hecho temblar, Agripa, sube y vámonos.

-No tal -repuso d'Aubigné-, yo os seguiré a poca distancia; os estorbaría, y lo que es todavía peor, me incomodaríais a mí.

-Pues cierra la portezuela, oso del Bearn, y haz lo que quieras -repuso Enrique.

Y dirigiéndose al cochero.

-Lavarenne, adonde sabes -le dijo.

Alejóse lentamente la litera y detrás de ella d'Aubigné que regañaba al amigo pero velaba por el rey.

Su marcha libró a Chicot de un terrible miedo; porque d'Aubigné no era hombre que hubiese dejado vivir al imprudente que acababa de oír su conversación con Enrique.

-Veamos -dijo Chicot saliendo a gatas de debajo del banco-, ¿debe saber Enrique lo que acaba de pasar?

Y al mismo tiempo se puso de pie para que sus largas piernas, adormecidas por los calambres, recobrasen la elasticidad.

-¿Por qué se lo he de decir? -continuó el gascón hablando consigo mismo-: dos hombres que se ocultan, y una mujer embarazada: sería una villanía. No, no diré nada, y ya que lo sé yo, tampoco es necesario, porque al cabo no hay más rey que yo.

Y al decir esto dio Chicot un salto de contento.

-Es muy divertido el oír a los enamorados -continuó Chicot-; pero tiene razón d'Aubigné, ama' demasiado para un rey in partibus el buen Enrique de Navarra. Hace un año venía a París por madame de Sauves; ahora hace que le siga esa preciosa criatura que sufre vahídos: ¿Quién diablo será? Probablemente la Fosseuse. Además, si Enrique de Navarra piensa seriamente en el trono, no tiene poco que hacer el pobre joven si ha de destruir antes a su enemigo el de la cara cortada, su enemigo el cardenal de Guisa, y su enemigo el buen duque de Mayena. De

cualquier modo, yo quiero al Bearnés, y estoy seguro que ha de jugar algún día una mala pasada a ese odiado carnicero de Lorena. Decididamente, no diré una palabra de lo que he visto y oído.

En aquel momento pasaba por allí un grupo de partidarios de la Liga embriagados gritando: ¡viva la misa, muera el Bearnés! ¡al fuego los hugonotes! ¡a la hoguera los herejes! y desapareció.

La litera salvó la esquina del cementerio de los Santos Inocentes y desapareció por la calle de San Dionisio.

-Recapitulemos -murmuró Chicot-: he visto al cardenal de Guisa, he visto al duque de Guisa, he visto al duque de Mayena, he visto al rey Enrique de Valois, y al rey Enrique de Navarra; sólo me falta un príncipe que ver para completar la colección, el duque de Anjou; vamos, pues, a buscarle hasta que le hallemos. ¿Adón-

de estará mi buen Francisco III? Tengo, ¡par-
diez!, ganas de ver a este digno monarca.
-Y se dirigió a la iglesia de Saint-Germain-
l'Auxerrois.
No era Chicot el único que buscaba el du-
que de Anjou, y que se impacientaba por su
ausencia; también los Guisa le buscaban por to-
das partes y no eran más afortunados que Chi-
cot. M. de Anjou no era hombre que se arries-
gase imprudentemente a recorrer las calles de
París en día semejante, y más tarde veremos las
precauciones que había creído oportuno tomar,
que no le permitían reunirse con sus amigos.
Una vez creyó no obstante Chicot que le
había encontrado en la calle de Bethisy; se había
formado un grupo numeroso a la puerta de un
mercader de vinos, en el cual divisó a M. de
Monsoreau y al de la cara cortada.
-Bueno -exclamó-: ya he encontrado lo que
buscaba.

Pero Chicot se engañaba, porque M. de Monsoreau y el duque de Guisa estaban ocupados en hacer beber estupendos tragos a la puerta de una taberna que estaba atestada de borrachos, a un orador cuya elocuencia excitaban de esta manera.

El tal orador no era otro que el buen Gorenflot completamente embriagado contando su viaje a Lyon, y su desafío en una posada con un terrible secuaz de Calvino.

M. de Guisa escuchaba esta relación atentamente, porque le parecía hallar alguna coincidencia con el silencio de Nicolás David.

La calle de Bethisy estaba obstruida por la multitud y muchos caballeros partidarios de la Liga habían atado sus caballos a una especie de medio punto muy común en las calles de aquel tiempo. Paróse Chicot al lado de un grupo y se puso a escuchar.

Voceaba en él el buen Gorenflot dando

tumbos incesantemente y tan pronto cayendo como levantando sin poder guardar cinco minutos el equilibrio sobre su púlpito animado, el pobre Panurgo. Hablaba a trompicones, pero por desgracia hablaba; la insistencia del duque de Guisa y la destreza de M. de Monsoreau sacaban de él algunas palabras inteligibles, y conseguían que hiciese algunas revelaciones. Mucho más miedo causó esto al gascón que la estancia del rey de Navarra en París, porque veía que Gorenflot iba a revelar su nombre, el cual podía aclarar funestamente todo el misterio. Trató, pues, de evitarlo sin demora, desató las bridas de algunos caballos que estaban sujetos a las puertas de las tiendas del medio punto, y pegándoles fuertes golpes con los mismos estribos, los echó en dirección del grupo, que al oír los relinchos y el galope de los caballos, se separó, se abrió y se dispersó.

Gorenflot temió por Panurgo, los caballeros

temieron ser atropellados y todos echaron a correr dando al mismo tiempo la voz de ¡fuego! Pasó Chicot como una flecha por en medio de la multitud, se acercó a Gorenflot, mirándole con ojos airados, cogió a Panurgo de la brida y en lugar de seguir a todo el mundo, comenzó a caminar, en dirección opuesta, de modo que pronto quedó un espacio considerable entre el predicador y el duque de Guisa, espacio que no tardó en llenar enteramente la multitud, cada vez mayor, de curiosos que llegaban demasiado tarde para averiguar la causa de aquel barullo. Llevó entonces Chicot al monje, que iba tambaleándose, a la callejuela sin salida que formaba uno de los lados de la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois y arrinconandole contra el muro como hubiera hecho un estatuario que tratase de incrustar un bajo relieve en la piedra, le dijo:

-¡Ah, borracho, pagano, traidor, renegado!

¡que has de preferir siempre un jarro de vino a mi amistad!

-¡Ah! M. Chicot -tartamudeó el fraile.

-¡Cómo! infame -continuó Chicot-; yo te alimento, yo te harto de bebida, te lleno los bolsillos y el estómago, y tú haces traición a tu señor.

-¡M. Chicot! -repuso el fraile enternecido.

-¡Y cuentas mis secretos, miserable!

-¡Querido amigo!

-Calla; eres un delator, y mereces un terrible castigo.

El fraile, fornido, enorme, con más fuerza que un toro, pero dominado por el arrepentimiento y más que nada por el vino, se dejaba seducir sin resistencia por Chicot que le manejaba como a un globo lleno de aire.

Solamente Panurgo era el que protestaba contra los malos tratamientos que sufría su amigo, tirando patadas que no daban a nadie, y

que le volvía Chicot a bastonazos.

-¡Un castigo -balbuceó el fraile-, un cruel castigo a vuestro amigo, querido M. Chicot!

-Sí, sí, un castigo, y vas a recibirle.

El palo pasó entonces de las ancas del asno a los anchos y carnudos hombros del fraile.

-¡Oh! si estuviese en ayunas -exclamó éste haciendo al mismo tiempo un movimiento de cólera.

-Me pegarías, ¿no es esto, ingrato? siendo tu mejor amigo.

-Decís que sois mi amigo, M. Chicot, y no obstante me castigáis.

-Quien bien te quiere, te hará llorar.

-Quitadme la vida -exclamó Gorenflot.

-Debería hacerlo.

-¡Oh! si estuviese en ayunas -contestó el fraile lanzando un profundo gemido.

-Ya lo has dicho otra vez -contestó Chicot.

Y empezó a dar nuevas pruebas de amistad

al pobre frailuco, y éste a berrear con todas sus fuerzas.

-Vamos -dijo el gascón-, después de la tormenta sale el sol, ahora agárrate bien a Panurgo y a dormir alegremente al *Cuerno de la Abundancia.*

-No veo el camino -repuso el fraile derramando gruesas lágrimas.

-Si llorases el vino que has bebido puede que esto te aligerase algo la cabeza; pero va a ser preciso que te guíe yo todavía.

Y cogió al asno del ramal, y el fraile se agarró lo mejor que pudo a la albarda para no perder el equilibrio; pasaron la calle de San Bartolomé, y subieron por la calle de Santiago, el fraile sin dejar de llorar, Chicot sin dejar de tirar.

Los dos criados de maese Bonhomet bajaron al fraile del asno por mandato de Chicot y le llevaron al gabinete que conocen ya nuestros

lectores.

-Ya está -dijo maese Bonhomet, cuando bajó de la habitación.

-¿Queda acostado? -preguntó Chicot.

-Y roncando.

-Perfectamente: mas como es inevitable que llegue a despertar, tened presente que no quiero que sepa cómo ha vuelto: y no sería malo -añadió- hacerle creer que no ha salido de aquí desde aquella célebre noche en que dio tanto escándalo en su convento, y que ha sido un sueño todo lo que ha pasado después.

-Está bien, señor Chicot -respondió el hostelero-; pero, ¿qué le ha ocurrido a este pobre fraile?

-Una gran desgracia; parece que ha matado en Lyon de resultas de una disputa a un emisario de M. de Mayena.

-¡Dios mío! -exclamó el huésped-; ¿de modo que?...

-De modo que M. de Mayena ha jurado -añadió Chicot- que le ha de hacer enrodar vivo, o ha de perder el nombre que tiene.

-Pues id descuidado -dijo Bonhomet-, que no saldrá de aquí.

-Bueno -dijo el gascón-. Y ahora que no me da ya cuidado Gorenflot, necesito encontrar al duque de Guisa; vamos a buscarle -añadió encaminándose al palacio de Su Majestad Francisco III.

XLII. DONDE ESTABA EL PRINCIPE

En vano había buscado Chicot al duque de Anjou por las calles de París, mientras firmaban la Liga los vecinos de la capital.

El duque de Guisa había propuesto al príncipe que saliese, proposición que hizo reflexionar a Su Alteza, y cuando Francisco se tomaba el trabajo de reflexionar, tenía más prudencia que la serpiente.

No obstante, como exigía su interés que vie-

se por sus propios ojos lo que pasaba aquella noche, se decidió a aceptar la invitación, aunque tomando a la par la resolución de no dar un paso fuera de palacio, sin ir bien y debidamente acompañado; y como todo el que teme se previene a la defensa con su arma favorita, también fue a buscar el duque su espada favorita, que era Bussy d'Amboise.

Mucho le debió hostigar el miedo cuando se resolvió a dar semejante paso, porque Bussy estaba muy enfadado desde que le había faltado a lo prometido con respecto á M. de Monsoreau; y el mismo Francisco pensaba, que si él fuese Bussy, y suponiendo que al tomar su nombre adquiriese también su valor, no se habría contenido con demostrar su disgusto al príncipe que tan cruelmente le hubiera engañado.

Bussy, como todas las naturalezas privilegiadas, sentía más intensamente el dolor que el

placer; un hombre intrépido delante del peligro, tranquilo y frío ante el hierro y el fuego, pocas veces deja de sucumbir, más fácilmente que un cobarde, a las emociones de un gran pesar. Los hombres a quienes las mujeres hacen llorar más fácilmente son los más temibles para los demás hombres.

Bussy estaba, por decirlo así, aniquilado por el dolor; vio presentar a Diana en la corte, estuvo delante cuando la reina Luisa la admiró entre sus damas de honor, y la vio reconocer públicamente como condesa de Monsoreau; mil curiosas miradas habían devorado aquella sin par belleza, descubierta por él, que la había labrado la tumba en donde estaba enterrada viva. No apartó la vista en toda la noche de la joven dama, que permaneció toda con los ojos bajos; y olvidando lo pasado y destruyendo él mismo todos los fantasmas que había forjado en su imaginación, injusto además como todo el

que está realmente enamorado, ni siquiera pensó una vez en lo mucho que debía costar a Diana no levantar la vista, pudiendo ver enfrente de ella, entre el brillo de la función, y en medio de todas aquellas cabezas indiferentes o estúpidamente curiosas, un semblante velado por la tristeza simpática que ella misma experimentaba.

-¡Oh! -pensó Bussy, viendo que esperaba inútilmente una mirada-; las mujeres sólo son astutas y audaces cuando se trata de engañar a un tutor, a un marido o a una madre; pero si se trata de pagar una deuda de reconocimiento, son torpes y tímidas; tienen tanto miedo de que se sepa que aman, ponen un precio tan exagerado a sus más pequeños favores, que no les importa nada, cuando éste es su capricho, destrozar el corazón del que les ama para quitarle la esperanza. Podría decirme francamente: Os doy las gracias por todo lo que habéis hecho

por mí, M. de Bussy, pero no os amo. Me hubiera matado de una vez, o me habría curado, mas no... me prefiere, me deja que la ame, y que la ame inútilmente; pues no ha conseguido nada, porque yo no la amo, la desprecio.

Y abandonó la real cámara con la rabia en el corazón.

No tenía en aquel momento el hermoso semblante que todas las mujeres miraban con amor, y todos los hombres con terror; estaba lívida su frente, miraba de soslayo, y se sonreía con desesperación.

Se vio al paso en un gran espejo de Venecia y se halló muy demudado.

-¡Qué loco soy! -exclamó-; ¿por una que no me ama me he de hacer odioso a ciento que me quieren?.. Pero ¿por qué me desprecia, o más bien, por quién?

¿Es tal vez por ese larguirucho esqueleto de lívida faz, que clavado a diez pasos de ella la

cubre sin cesar con su celosa mirada, y que tan bien finge no verme? Y pensar que, si yo quisiera, le tendría dentro de un cuarto de hora mudo y frío debajo de mi rodilla con la punta de mi espada dentro del corazón; pensar que si quisiera teñir ese blanquísimo vestido con la sangre del que ha prendido en él esas flores; que si quisiese, ya que no puedo ser amado, sería por lo menos terrible y aborrecido.

-¡Oh! su odio, su odio es preferible con mucho a su indiferencia Sí, pero eso sería vil y mezquino; así obrarían Quelus y Maugiron, si Quelus y Maugiron supiesen lo que es amar. Más vale asemejarse al héroe de Plutarco a quien tanto he admirado, al joven Antioco que murió de amor sin arriesgar una declaración, sin exhalar un suspiro.

Sí, callaré, callaré, yo que he combatido cuerpo a cuerpo con todos los hombres temibles de este siglo; yo que he visto a Crillon, al va-

liente Crillon, desarmado delante de mí, y que he podido disponer de su vida; sí, esconderé mi dolor, le ahogaré dentro de mi alma, lo mismo que Hércules ahogó al gigante Anteo, sin dejarle tocar una sola vez con el pie la Esperanza, su madre. No, nada es imposible para Bussy; me han llamado el valiente como a Crillon, y soy capaz de hacer todo lo que han hecho los héroes.

Y al decir esto, extendió la mano con que desgarraba convulsivamente su pecho, enjugó el sudor de su frente, y se encaminó lentamente a la puerta; iba a levantar de un violento puñetazo los tapices, más reuniendo toda su paciencia, salió con frente tranquila y la sonrisa en los labios aunque llevaba un volcán en el pecho. Verdad es que halló al salir al duque de Anjou y volvió la cabeza, porque conoció que no bastaba la energía de su alma ni la fuerza de su carácter para hacerle sonreír, ni siquiera saludar

al príncipe que le llamaba su amigo y le había vendido tan cruelmente.

Pronunció el príncipe el nombre de Bussy al pasar a su lado, pero Bussy no volvió la cabeza.

Cuando entró en su aposento, dejó la espada sobre la mesa, sacó el puñal de la vaina, se quitó él mismo la capa y el jubón, y se sentó en un sillón, apoyando la cabeza en el escudo de sus armas esculpido en el respaldo.

Contempláronle absortos sus criados; creyeron que quería descansar y le dejaron solo. Bussy no dormía, deliraba.

Muchas horas pasaron de este modo sin notar que al otro extremo de la habitación estaba sentado un hombre que le espiaba con curiosidad, el cual, sin hacer un ademán, sin pronunciar una palabra, esperaba, según todas las probabilidades, ocasión de entrar en conversación con M. de Bussy. Un estremecimiento glacial agitó los hombros de Bussy, y cerró los ojos sin

que se moviese el observador, ni pronunciase una palabra.

Los dientes del conde chocaron luego unos con otros, tendió los brazos, se deslizó su cabeza por el respaldo del sitial, y cayó sobre un hombro.

El que le observaba se levantó entonces dando un suspiro y se acercó a él.

-¿Tenéis fiebre, señor conde? -le dijo.

Levantó el conde la frente, encendida con el ardor de la fiebre, y contestó:

-¡Ah! eres tú, Remigio.

-Sí, conde, os estaba aguardando aquí.

-¡Aquí! ¿por qué?

-Porque donde se sufre, no se puede estar mucho tiempo.

-Gracias, amigo mío -dijo Bussy alargando la mano al joven.

Tomó Remigio entre las suyas aquella terrible mano, más débil ahora que la de un niño, y

estrechándola con cariño y respeto contra su corazón:

-Veamos -dijo-, se trata de saber, señor conde, si queréis continuar así. Sí queréis dejaros dominar y abatir por la fiebre, seguíd así: si queréis vencerla, meteos en la cama, oíd leer algún buen libro de que podáis sacar fuerzas y ejemplo.

No teniendo el conde otra cosa mejor que hacer, obedeció; los amigos que le vinieron a visitar, le encontraron pues, en el lecho.

Todo el día siguiente estuvo Remigio sin separarse un momento de la cama del conde; desempeñaba las nobles funciones de médico del cuerno y del alma, curando el uno con brebajes refrigerantes, y con palabras cariñosas la otra.

Pero al día siguiente, que era el mismo en que M. de Guisa fue al Louvre, miró Bussy a su alrededor y no vio a Remigio.

-Se habrá cansado -pensó-; era muy natural. El pobre joven debe tener necesidad de respirar el aire puro, de ver el sol y el campo, y tal vez le estaría aguardando Gertrudis, que no es más que una criada, pero le ama... Una criada que ama vale más que una reina que no ama.

Transcurrió todo el día sin que pareciese Remigio; Bussy le echaba de menos por lo mismo que estaba ausente, y sentía contra el pobre joven terribles movimientos de impaciencia.

-¡Oh! -murmuró una o dos veces-, ¡todavía creía en la gratitud y en la amistad! No, en adelante no quiero creer en nada.

A la caída de la tarde, cuando empezaban las calles a llenarse de gente, cuando empezaba el ruido, y no se distinguían ya los objetos en la habitación, oyó Bussy muchas voces en la antecámara.

Entró un criado todo azorado, diciendo:

-Monseñor el duque de Anjou.

-Que entre -contestó Bussy frunciendo las cejas, al pensar que se había acordado de él su amo, aquel amo a quien tanto despreciaba.

Entró pues, el duque. No había luz en el aposento de Bussy, porque los corazones oprimidos aman la obscuridad para poblarla a su antojo de fantasmas.

-Muy obscura está tu casa, Bussy -dijo el duque-; esto te debe entristecer.

No respondió Bussy una palabra, porque el disgusto le cerraba la boca.

-¿Cómo no me respondes? -continuó el duque-, ¿estás enfermo de mucha gravedad?

-En efecto, estoy malo, monseñor -repuso Bussy.

-¿Y es ese el motivo por el cual no te he visto en mi habitación hace ya dos días?

-Sí, monseñor.

Picado el príncipe de que le respondiese tan

lacónicamente, dio dos o tres vueltas por el aposento, mirando las esculturas y manoseando las colgaduras.

-Estás bien alojado, Bussy.

Bussy no contestó.

-Señores -dijo el duque a los caballeros de su comitiva-, aguardadme en la antesala, porque, en efecto, me parece que el pobre Bussy está muy malo. ¿Por qué no han avisado a Miron? Bussy merece que le vea el médico del rey.

Un criado de Bussy movió la cabeza y el duque percibió este movimiento.

-Vamos. Bussy, ¿tienes alguna pena? -prosiguió el príncipe en tono casi obsequioso.

-No lo sé -respondió el conde.

Aproximóse el duque a él, como aquellos amantes que se ven rechazados, y que cuantos más desprecios reciben, más humildes y complacientes se manifiestan.

-Vamos, háblame, Bussy.

-¿Y qué queréis que os diga, monseñor?

-¿Estás enojado conmigo? -añadió en voz baja.

-Enojado, ¿por qué? Además, nadie se enoja con los príncipes, porque de nada sirve.

El duque no respondió.

-Pero -prosiguió Bussy- estamos perdiendo tiempo en preámbulos, monseñor: vamos al grano.

Fijó el conde de Bussy sus miradas en el príncipe, y prosiguió con una increíble dureza.

-Vuestra Alteza me necesita, ¿no es verdad?

-¡Ah! ¡M. de Bussy!

-Sí, sin duda me necesitáis, lo repito; ¿pensáis que creo que es la amistad lo que os ha hecho venir a verme? No, ¡pardiez! porque Vuestra Alteza no quiere a nadie.

-¡Oh! Bussy, ¿cómo me hablas con tanta dureza?

-Acabemos, monseñor; decidme, ¿qué me

queréis? Cuando pertenece uno a un príncipe, cuando este príncipe disimula hasta el punto de llamarle su amigo, es preciso agradecerle el disimulo y sacrificarle hasta la vida. Hablad.

El duque se puso encarnado, pero como el sitio en que se hallaba estaba obscuro, nadie pudo ver que había mudado de color.

-Nada vengo a exigir de ti, Bussy, y te equivocas si crees que mi visita es interesada. Sólo deseaba, viendo el hermoso tiempo que hace, y que todo París está alborotado esta tarde porque se va a firmar la Liga, llevarte conmigo a dar una vuelta por la ciudad.

Bussy miró con firmeza al duque.

-¿Pues y Aurilly? -interrogó.

-Un músico.

-¡Ah! Monseñor, no le hacéis justicia; yo creía que desempeñaba a vuestro lado otras funciones; pero, además de Aurilly tenéis otros diez o doce caballeros cuyas espadas oigo sonar

en el pavimento de mi antecámara.

Abrióse la puerta con lentitud.

-¿Quién anda ahí? -preguntó el duque im-

periosamente-; ¿quién entra, sin que le anun-

cien, en la habitación donde estoy yo?

-Yo, Remigio -repuso el que acababa de en-

trar, adelantándose con desembarazo.

-¿Quién es ese Remigio? -preguntó el du-

que.

-Remigio, monseñor -respondió el joven-, es

el médico.

-Remigio -replicó Bussy-, es más que médi-

co, es mi amigo.

-¡Ah! -exclamó el duque picado.

-Ya has oído lo que quiere monseñor -

repuso Bussy, disponiéndose a salir de la cama.

-Sí, que le acompañéis, pero...

-¿Pero qué? -dijo el duque.

-Pero no le acompañaréis, monseñor -

contestó Remigio.

-¿Por qué razón? -preguntó Francisco.

-Porque hace mucho frío en la calle, monse-

ñor.

-¿Mucho frío? -dijo el duque, sorprendido

de que se opusiese a su voluntad.

-Sí, mucho frío; y por lo tanto, yo, que soy

responsable de la salud de M. de Bussy, a sus

amigos y a mí mismo, le prohíbo que salga.

Bussy iba no obstante a levantarse, pero

Remigio le cogió la mano y se la apretó de un

modo muy significativo.

-Está bien -dijo el duque-; puesto que corre

tan gran riesgo si sale, que se quede.

Ofendido Su Alteza cada vez más, dio dos

pasos hacia la puerta, sin que Bussy pronuncia-

se una palabra.

Pero el duque volvió a acercarse al lecho.

-Es cosa decidida -dijo-, ¿no te quieres ex-

poner?

-Ya veis, monseñor, me lo prohíbe el médi-

co.

-Deberíais ver a Miron, Bussy, porque es un gran sabio.

-Prefiero, monseñor -repuso Bussy-, un médico amigo a un médico sabio.

-En ese caso, adiós.

-Adiós, monseñor.

Y se retiró el duque metiendo gran ruido.

Apenas salió, Remigio que le siguió de lejos con la vista hasta que estuvo fuera de la casa, dijo aproximándose al enfermo:

-Levantaos, monseñor, al instante.

-¿Para qué me he de levantar?

-Para venir a dar una vuelta conmigo, porque hace mucho calor en este cuarto.

-¿Pues no decíais ahora mismo que hacía mucho frío en la calle?

-Es que ha cambiado la temperatura desde que se ha marchado.

-De modo que... -dijo Bussy levantándose

con curiosidad.

-De manera que en este momento estoy convencido, que os haría provecho el aire.

-No te entiendo -dijo Bussy.

-¿Entendéis algo por ventura de las medicinas que os receto? y no obstante, las tomáis. Vamos, arriba: pasear con el duque de Anjou podía ser peligroso, pasear con el médico será saludable; sí, os lo digo, yo, ¿no tenéis confianza en mí? Entonces es preciso despedirme.

-Vamos, pues -dijo Bussy-, ya que te obstinas.

-Es preciso.

Levantóse Bussy pálido y temblando.

-¡Qué palidez tan interesante -dijo Remigio-, qué hermosa enfermedad!

-Mas, ¿adónde vamos?

-A un sitio, cuyo aire acabo de analizar ahora mismo.

-¿Y ese aire?...

-No puede ser mejor para vuestra enferme-
dad, monseñor. Vistióse Bussy.
-Mi sombrero y mi espada -dijo.
Púsose el uno, se ciñó la otra, y salió con su
amigo.

XLIII. LA CALLE DE LA JUSSIENNE

Apoyóse Bussy en el brazo de Remigio que
se dirigía hacia la muralla por la calle de las
Conchas.
-Me extraña que pretendas que es sano este
barrio, y que me traigas por aquí.
-Tened un poco de paciencia -contestó
Remigio-, y llegaremos a la calle de Montmar-
tre, que es una calle hermosísima.
-¿Crees que no la conozco?
-Pues entonces, si la conocéis, mucho mejor;
no perderé tiempo en
enseñaros sus bellezas, y os conduciré en
seguida a una bonita callejuela. Venid, no os
digo más.

Y efectivamente, después de haber dejado a la izquierda la puerta de Montmartre, dio Remigio unos doscientos pasos más y volvió a la derecha.

-Estamos dando vueltas -exclamó Bussy-, y vamos a volver a las calles donde hemos estado ya.

-Ésta -repuso Remigio- es la calle de Gypecienne, o de la Egipcia, como queráis; el pueblo comienza ya a llamarla la calle de la Gyssienne, y concluirá llamándola dentro de poco de la Jussienne, por-que es más dulce, y porque las lenguas tienden siempre, cuanto más se avanza al Mediodía, a multiplicar las vocales. Habiendo nacido en Polonia, monseñor, debéis saber esto; porque en Polonia pronuncian cuatro consonantes seguidas, de manera que cuando hablan parece que parten guijarros, y cuando los machacan, parece que juran.

-Verdad es -dijo Bussy-; mas como creo que

no hemos venido aquí para estudiar filología, hacedme el favor de decir: ¿adónde vamos?

-¿Veis esa capilla? -dijo Remigio sin contestar directamente a lo que Bussy le preguntaba-. Reparad qué bien situada está con la fachada principal mirando a la calle, y la media naranja a la parte del jardín; apuesto a que no habéis reparado en ella hasta hoy.

-En efecto -asintió Bussy-, no sabía que tal iglesia hubiese.

Y no era Bussy el único señor que no había entrado nunca en la iglesia de Santa María Egipciaca, iglesia frecuentada tan sólo por el pueblo, y conocida también por los devotos que la frecuentaban con el nombre de capilla de Quoqheron.

-Pues bien -dijo Remigio-; ahora que ya sabéis cómo se llama esta iglesia, monseñor, y que habéis examinado suficientemente su fachada exterior, vamos a penetrar en ella y veréis los

vidrios de la nave, que son muy bonitos.

Miró Bussy a su amigo, y viendo que se sonreía dulcemente, conoció que se proponía algún fin particular; porque, era ya de noche, y no se podían ver los vidrios. -

Mas había en ella otras muchas cosas .que ver, porque estaba interiormente iluminada para celebrar los oficios de la tarde; había un gran número de hermosas pinturas del siglo XVI.

Aún conserva Italia muchas de aquel mismo género, gracias a su templado clima, al paso que la humedad y el vandalismo han borrado en Francia de las paredes de nuestras iglesias esos restos de la antigüedad, esas pruebas de una fe que no existe en nuestro siglo.

El pintor había pintado al fresco para Francisco 1, y por su mandato, la vida de Santa María Egipciaca; pero entre las situaciones más interesantes de esta vida, el artista, que debía

ser gran amigo de la verdad histórica, había pintado en el lugar más público de la capilla el difícil momento en que Santa María, no teniendo dinero para pagar al barquero, se ofreció a sí misma en pago del pasaje.

Justo es añadir que a pesar de lo que veneraban los fieles a María convertida, había muchas mujeres honradas en el barrio que creían que el pintor debiera haber omitido esta circunstancia de la vida de la santa, o no haberla pintado por lo menos con tanta naturalidad; y la razón que daban, o más bien la que no daban, era que algunos detalles del fresco distraían frecuentemente a los mancebos de la tienda, a quienes los mercaderes, sus maridos, hacían ir a misa los domingos y días de fiesta.

Miró Bussy atentamente a Remigio, que se había convertido por un momento en hortera, según la atención con que miraba aquel cuadro.

-¿Tratas -le preguntó- de inspirarme ideas

anacreónticas con tu capilla de Santa María Egipciaca? Si eso has supuesto, te engañas completamente, para eso podrías traer frailes o estudiantes.

-¡Dios me libre! -contestó Remigio-: *Omnis cogitatio libidinosa cerebrun in ficit.*

-¿Entonces?

-¡Pardiez! que no se ha de sacar uno los ojos cuando entre aquí.

-¿Mas tú te habías propuesto algún objeto más que enseñarme las rodillas de Santa María, no es cierto?

-No, a fe mía -dijo Remigio.

-Pues entonces ya las he visto, vámonos.

-Paciencia, amigo mío, que ya se acaban los oficios; si nos vamos ahora, distraeremos a los fieles.

Y detuvo a Bussy asiéndole de un brazo.

-Ya se marcha todo el mundo -dijo Remigio poco después-; haremos lo mismo si os parece.

Encaminóse Bussy hacia la puerta con una indiferencia y distracción visibles.

-¡Cómo! -prosiguió Remigio-, vais a salir sin tomar agua bendita: ¿en qué diablos estáis pensando?

Obediente Bussy como un niño, se dirigió hacia la columna en que estaba incrustada la pila del agua bendita.

Remigio se aprovechó de aquel movimiento para hacer una seña a una mujer que, obedeciendo también al joven doctor, se encaminó por un lado a la misma columna de Bussy.

De modo que al mismo tiempo que alargaba el conde la mano hacia la concha sostenida por dos egipcios que servía de pila, se introdujo en ella al lado de la suya otra mano gruesa y colorada, aunque de mujer, y mojó sus dedos en el agua lustral.

No pudo menos Bussy de levantar la vista desde la mano gruesa y colorada hasta la cara

de la mujer: dio un paso atrás y palideció súbitamente, porque la propietaria de aquella mano era Gertrudis envuelta en un gran velo negro de lana.

Permaneció con el brazo tendido sin acordarse de hacer la señal de la cruz, hasta que Gertrudis hubo pasado saludándole.

Dos pasos detrás de Gertrudis, cuyos robustos codos iban abriendo calle entre los fieles, iba una mujer cuidadosamente envuelta en una manteleta de seda; una mujer cuyas hermosas y elegantes proporciones hicieron pensar a Bussy, que no había en el mundo más que una que tuviese proporciones tan esbeltas, un pie tan encantador y un talle tan esbelto y delicado.

Nada le decía Remigio, pero no apartaba de él la vista; entonces comprendió Bussy por qué le había traído su amigo a ,la calle de Santa María Egipciaca, y por qué le había hecho penetrar en la iglesia.

Siguió Bussy a aquella mujer, y Remigio le siguió a él.

Habría sido muy divertido ver aquella procesión compuesta de cuatro personas que se seguían unas a otras paso a paso, si la tristeza y la palidez de dos de ellas no hubiesen revelado que padecían cruelmente.

Gertrudis, que iba la primera, volvió la esquina de la calle de Montmartre, dio algunos pasos por ella, y luego torció a la derecha para entrar en un callejón sin salida a cuyo extremo había una puerta.

Vaciló Bussy un momento, pero Remigio le dijo:

-Señor conde, ¿queréis que os pise los talones?

Bussy siguió su camino.

Al llegar junto a la puerta sacó Gertrudis una llave del bolsillo, y se apartó para que pasase su ama, la cual entró sin volver la cabeza.

La camarista y Remigio hablaron algunas palabras al oído; hicieron señas a Bussy de que entrase, y cerraron luego la puerta por la parte de adentro, dejando otra vez descubierto el callejón.

Eran las siete y media de una de las últimas tardes de mayo, en que el aire puro y templado empezaba a hacer brotar las flores, y a abrir los capullos de terciopelo.

Miró Bussy a su alrededor, y se encontró en un jardincito de cincuenta pies en cuadro, cercado de altas paredes cubiertas de yedra entrelazadas con parras, que despedían un fuerte perfume. Los primeros rayos del sol habían hecho nacer algunas lilas, cuyas suaves emanaciones trastornaban la cabeza del joven que aún se hallaba muy débil.

Pensaba Bussy que únicamente la presencia de una mujer tan tiernamente amada, podía hacerle gozar de tantos perfumes, de tanto ca-

lor, de tanta vida, a él que una hora antes se encontraba solo y abandonado de todos.

Bajo un dosel de jazmín y de clemátides, estaba sentada Diana en un banco de madera, incrustado en la pared de la iglesia, con la cabeza inclinada, deshojando a fuerza de restregarle entre sus dedos un alelí, con cuyas hojas iba matizando el suelo sin notarlo.

Un ruiseñor oculto en un castaño inmediato, comenzó en aquel momento su larga y melancólica canción.

Bussy se hallaba sólo en el jardín con madame de Monsoreau, porque Remigio y Gertrudis se mantenían a larga distancia: se acercó a su amada al mismo tiempo que ésta levantaba la cabeza y le decía tímidamente:

-Señor conde, el fingir sería indigno de mí: me habéis encontrado hace poco en la iglesia, y este encuentro no ha sido efecto de la casualidad.

-No -respondió Bussy-; Remigio me ha obligado a salir de casa sin decirme con qué objeto, y os juro que ignoraba...

-No comprendéis el sentido de mis palabras -dijo tristemente Diana-: sí, ya sé que ha sido Remigio el que os ha traído a la iglesia, tal vez a la fuerza.

-Señora -dijo Bussy-, no ha sido a la fuerza... Yo no sabía que debía hallaros en ella.

-Muy duras son esas palabras, señor conde - murmuró Diana moviendo la cabeza y mirando a Bussy con los ojos preñados de lágrimas. - ¿Queréis darme a entender que si hubieseis sabido el objeto que se proponía Remigio, no le habríais acompañado?

-¡Oh! Señora...

-Es natural, es justo; me habéis prestando un señalado servicio, y aún no os he dado las gracias. Perdonadme y contad con mi agradecimiento...

-Señora. .

Bussy se detuvo porque estaba tan aturdido, que no hallaba palabras con que expresarse.

-Pero yo he querido probaros -continuó Diana animándose-, que no soy una mujer ingrata, ni tengo un corazón capaz de olvidar; yo he sido, pues, la que ha rogado a M. Remigio que me proporcionase la honra de tener una entrevista con vos; yo le he dado esta cita, perdonadme si os desagrada.

Puso Bussy una mano sobre su corazón, y dijo:

-¡Oh! Señora, bien sabéis que no.

Empezaba el pobre joven a coordinar sus ideas, y le parecía que la dulce brisa de la tarde, que le hacía respirar tan aromáticos perfumes y llevaba hasta su oído tan tiernas palabras, disipaba al mismo tiempo las nubes que tenía ante sus ojos.

-Ya sé -continuó Diana, que se dominaba

mejor porque estaba preparada para esta confe-
rencia-; ya sé que os ha debido costar mucho
cumplir lo que yo exigía de vos: conozco vues-
tra delicadeza, os conozco y os aprecio, creed-
me. Juzgad, pues, cuanto he debido padecer
pensando en que no haríais justicia a los senti-
mientos de mi corazón.

-Señora -dijo Bussy-, hace tres días que es-
toy enfermo.

-Sí, ya lo sé -respondió Diana, mudando de
color, y demostrando de este modo el interés
que le inspiraba la enfermedad de Bussy-; ya sé
que estáis malo, y he padecido más que vos,
porque M. Remigio tal vez me engañaba, me
hacía creer...

-Que era vuestra indiferencia la causa de mi
enfermedad; ¡oh! es cierto.

-Entonces, conde, he hecho lo que debía: os
doy las gracias, y os juro un eterno reconoci-
miento... creedme. mis palabras salen del co-

razón.

Movió Bussy tristemente la cabeza, pero no respondió.

-¿Dudáis de lo que os digo? -repuso Diana.

-Señora -contestó Bussy-, cuando se profesa amistad a una persona, se le manifiesta esa amistad del modo que se puede; sabíais que estaba yo en palacio la tarde que fuisteis presentada en la Corte; sabíais que estaba a vuestro lado, debisteis sentir mis miradas que no se apartaban un instante de vuestros ojos, y sin embargo, no los levantasteis una vez para mirarme; no me hicisteis comprender, por una palabra, por un gesto, por un movimiento cualquiera que sabíais que estaba allí; a pesar de todo, quizás he obrado mal, tal vez no me habríais conocido, porque no me habéis visto más que dos veces.

Respondió Diana con una mirada de reconvención tan triste, que conmovió a Bussy en lo

más íntimo de su corazón.

-Perdón, señora, perdón -exclamó-: sois muy diferente de todas las demás mujeres, y obráis no obstante, como las mujeres vulgares: ¿ese casamiento?

-¿No sabéis cómo me han violentado para llevarle a cabo?

-Sí, mas hubiera sido fácil romperle.

-Por el contrario, era imposible.

-¿No sabíais que velaba por vos, a vuestro lado, un hombre que os ama sinceramente?

Diana bajó los ojos.

-Eso era lo que más miedo me causaba -respondió.

-Me habéis sacrificado a esas consideraciones, ¡oh! ¿para qué me sirve la vida, si pertenecéis a otro?

-Una mujer -dijo la condesa con dignidad- no cambia de nombre sin dejar muy lastimado su honor, cuando viven dos hombres; uno, que

lleva el nombre que ella ha dejado; otro, el que ha tomado.

-¿Y habéis conservado el nombre de Monsoreau porque le preferís?

-¿Lo creéis así? -balbuceó Diana-. ¡Tanto mejor!

Y sus ojos se inundaron de lágrimas.

Viendo Bussy que volvía. a dejar caer su hermosa cabeza sobre el pecho, se aproximó a ella y prosiguió:

-Es decir que he vuelto a ser para vos lo mismo que antes, un extraño.

-¡Dios mío! -exclamó Diana.

-Vuestro silencio lo prueba.

-Bastante dice mi silencio.

-Vuestro silencio, señora, está conforme con la conducta que observasteis en el Louvre; allí no me veíais, aquí no me habláis...

-En el Louvre estaba delante de M. de Monsoreau; M. de Monsoreau me miraba, y tiene

celos.

-¡Celos! ¿Pues qué puede pedir, Dios mío? ¿qué ventura puede envidiar cuando todo el mundo envidiaba la suya?

-Os digo que tiene celos; hace algunos días que ha visto un hombre rondando nuestra nueva habitación.

-Pues qué, ¿habéis dejado la casita de la calle de San Antonio?

-¡Cómo! -dijo Diana, dejándose llevar de un movimiento irreflexivo-; ¿no érais vos, monsier de Bussy?

-Desde que anunció públicamente vuestro casamiento, señora, desde que fuisteis presentada en la Corte, desde la noche del Louvre, por último, en que no os dignasteis mirarme, he estado en el lecho, abrasado por la fiebre; ya veis que vuestro marido no puede tener celos de mí, puesto que yo no he podido rondar vuestra casa.

-Pues entonces, señor conde, si es cierto, como me acabáis de decir, que deseabais volverme a ver, agradecédselo a ese hombre que ignoramos quién sea; porque, conociendo a M. de Monsoreau como le conozco, he temido que peligrase vuestra vida, y deseaba veros para deciros: No os expongáis, señor conde, no me hagáis aún más desgraciada de lo que soy.

-Tranquilizaos, señora, os repito que no era yo.

-No obstante, voy a concluir lo que tenía que deciros. Temiendo M. de Monsoreau a ese hombre a quien no conocemos, aunque quizás él le conocerá, temiendo a ese hombre quiere que salga de París; de modo que -prosiguió alargando a Bussy la mano-, de modo que, señor conde, podéis considerar esta entrevista como la última... Mañana me pongo en camino para Meridor.

-¿Os marcháis, señora? -preguntó Bussy.

-No hay otro remedio de tranquilizar a M. de Monsoreau, y es también el único medio que me puede hacer recobrar la tranquilidad. Además, yo por mi parte, detesto a París, aborrezco al mundo, la Corte y el Louvre. Me considero muy feliz en poder aislarme con los recuerdos de mi infancia, y me parece que cuando me pasee por los senderos que recorría en mi niñez, renacerá en mi corazón la calma que disfrutaba en tiempo de mi pasada ventura. Me acompaña mi padre, y voy a volver a ver a M., y madame de San Lucas, que se alegrará tenerme a su lado. Adiós, monsieur de Bussy.

Ocultó éste el semblante entre las manos, y exclamó:

-Todo ha concluido ya en el mundo para mí.

-¿Qué decís? -exclamó Diana, levantándose.

-Digo, señora que ese hombre que os destierra, que ese hombre que arrebata la única esperanza que me quedaba, la de respirar el mismo

aire que vos, veros detrás de una celosía, tocar vuestra vestido al pasar, la de adorar, por último, a un ser viviente y no a una sombra; digo, digo que ese hombre es mi enemigo mortal, y que, aunque me costase la vida, le he de hacer pedazos entre mis manos.

-¡Oh! señor conde.

-¡Miserable! -prosiguió Bussy-; no se contenta con tener por mujer a la más hermosa y más casta de todas las criaturas, sino que está además celoso. ¡Celoso! Monstruo ridículo y devorador que se tragaría el mundo.

-¡Oh! calmaos, conde, calmaos; tal vez se le debe disculpar...

-¡Disculpar, y le defendéis, señora!...

-¡Oh! si supieseis... -repuso Diana tapándose la cara con las manos, como si hubiese temido que, a pesar de la obscuridad, distinguiese Bussy el carmín de su rostro.

-¿Si supiese? -repitió Bussy-. Lo que se, se-

ñora, es que siendo vuestro esposo, no se debe pensar en nada más.

-Pero -prosiguió Diana, con voz sorda, entrecortada, ardiente-; pero si os engañaseis, señor conde, si no lo fuese...

Y, al decir estas palabras, estrechó la joven las ardientes manos de Bussy entre las suyas, se puso de pie y desapareció ligera como una sombra, entre las obscuras callejuelas del jardín; cogió el brazo de Gertrudis, y salió de allí antes que Bussy, ebrio de gozo, insensato, sin saber lo que le pasaba hubiese intentado alargar el brazo para detenerla.

Dio un grito y se levantó, pero le faltaron las fuerzas.

Al mismo tiempo llegó Remigio, que le tomó en sus brazos y le obligó a sentarse en el mismo banco que acababa Diana de dejar.

XLIV. D'EPERNON Y SCHOMBERG

Mientras que maese La Huriére amontona-

ba firmas sobre firmas, mientras que Chicot encerraba a Gorenflot en el *Cuerno de la Abundancia,* mientras que Bussy recobraba la vida en aquel jardincito saturado de perfumes, de encantos y de amor, Enrique, triste por lo que había visto en la ciudad, irritado con los sermones que había escuchado en las iglesias, furioso por haber oído las aclamaciones que iba recogiendo su hermano el duque de Anjou, a quien vio pasar a pocos pasos de él, en compañía de M. de Guisa y M. de Mayena y seguido de una porción de caballeros que mandaba al parecer M. de Monsoreau, Enrique decimos, había vuelto a entrar en el Louvre acompañado de Maugiron y de Quelus.

El rey salió, como acostumbraba, con sus cuatro amigos; pero a pocos pasos del Louvre, fastidiados Schomberg y d'Epernon de ver a Enrique tan pensativo, y calculando que en semejante confusión y alboroto hallarían mil oca-

siones para divertirse, y no les faltarían aventuras, se aprovecharon de la primera oleada de gente para desaparecer volviendo la esquina de una calle; y al mismo tiempo que el rey y sus dos amigos continuaban su paseo por el muelle, se internaban ellos en la calle de Orléans. Apenas habían andado cien pasos cuando ya había acometido cada uno su aventura. D'Epernon, cruzó su cerbatana entre las piernas de un paisano que iba corriendo y le hizo dar diez pasos más rodando por el suelo; Schomberg quitó la cofia a una mujer que le pareció por detrás fea y vieja, aunque afortunadamente era joven y bonita. Pero habían escogido mal día para atacar a los buenos parisienses tan pacíficos de ordinario; aquel día circulaba por las calles de París el espíritu de rebelión que bate de vez en cuando sus alas en las grandes capitales: el paisano que había sufrido el revolcón se levantó gritando: ¡al hereje! Era un celoso parti-

dario de la Liga, le creyeron, y la muchedumbre se arrojó sobre d'Epernon. La mujer cuya cofia había rodado por el suelo -gritó-: ¡al favorito! lo cual era mucho peor; y su marido, que era un tintorero soltó a sus aprendices contra Schomberg.

Schomberg era valiente; se detuvo, pues, intentó hablar alto, y echó mano a la espada.

D'Epernon era prudente; se puso en precipitada fuga.

No volvió a acordarse Enrique de sus dos amigos, porque sabía que no necesitaban a nadie para salir de apuros; el uno, gracias a su buena espada; el otro, gracias a sus buenas piernas: dio pues una vuelta por la ciudad, según hemos visto, y se encaminó después al Louvre.

Entró en la sala de armas, donde sentado en un gran sillón temblaba de impaciencia, porque no encontraba con quién desahogar su cólera.

Maugiron jugaba con Narciso, el gran lebrel del rey: Quelus se sentó en un almohadón con las manos en las mejillas, y se puso a mirar a Enrique.

-Cada vez peor -decía el rey-: los conspiradores van ganando terreno; unas veces tigres y otras serpientes, cuando no caminan a saltos andan a rastras.

-¡Bah! ¡Señor! -dijo Quelus-, ¿no ha habido siempre conspiraciones en todos los reinos? ¿Qué diablos queríais que hiciesen los hijos de los reyes, los hermanos de los reyes, y los primos de los reyes si no conspirasen?

-Callad, Quelus, porque verdaderamente con vuestras absurdas máximas v con vuestros abotargados carrillos me parece que no entendéis una palabra de política.

Dio media vuelta Quelus en el almohadón y volvió con impertinencia la espalda al rey.

-Veamos, Maugiron; ¿tengo razón o no? ¿Se

me debe adormecer con insuleces y lugares comunes, como si fuese un rey vulgar, o un mercader de lana que teme perder su gato favorito?

-¡Bah! Señor -repuso Maugiron; que era siempre en todo de la misma opinión que Quelus-; si no sois un rey vulgar, probadlo, siendo un gran rey. Aquí está Narciso; es un buen perro, un hermoso animal, mas cuando le tiran de las orejas gruñe, y cuando le pisan muerde.

-¡Bueno! -repuso Enrique-, este otro me compara con un perro.

-No, señor, no -dijo Maugiron-; todo al contrario, ya veis que le doy preferencia, porque Narciso sabe defenderse, y Vuestra Majestad no sabe.

Y también volvió la espalda a Enrique.

-Bien -exclamó el rey-; ya me he quedado solo; muy bien, continuad, amigos míos; murmuran de mí, dicen que dilapido el reino por

vosotros, pero a vosotros no os importa; abandonadme, insultadme, asesinadme; por mi honor que solamente estoy rodeado de verdugos. ¡Ah, Chicot! Mi pobrecillo Chicot, ¿adónde estás?

-Bueno, dijo Quelus-, no nos faltaba más que esto. Ahora llama a Chicot.

-Es completamente tonto -agregó Maugiron.

Y el insolente se puso a cantar entre dientes un proverbio latino que traducido al castellano dice: *Dime con quien andas, te diré quien eres.*

Frunció Enrique el ceño, brilló en sus hermosos ojos negros la ira y dirigió a sus amigos una mirada verdaderamente de rey.

Mas agotadas sus fuerzas con aquel pasajero arrebato de cólera, volvió a caer en la silla, y comenzó a tirar de las orejas a un cachorrillo.

Poco después sonaron pasos muy acelerados en la antecámara, y entró d'Epernon, sin sombrero, sin capa y con la ropilla rasgada.

Volviéronse Quelus y Maugiron, y Narciso se abalanzó al recién venido, ladrando, como si de los cortesanos del rey, no conociese más que la ropa.

-¡Jesucristo! –exclamó Enrique-, ¿qué te ha ocurrido?

-Señor -contestó d'Epernon-, miradme; ved como tratan a los amigos de Vuestra Majestad.

-¿Y quién te ha tratado tan mal? -interrogó el rey.

-Vuestro pueblo, pardiez, o mejor dicho, el pueblo de M. el duque de Anjou, que gritaba: Viva la Liga, viva la misa, viva Guisa, viva Francisco, viva todo el mundo, excepto viva Su Majestad.

-Mas ¿qué le has hecho tú al pueblo para que te trate así?

-¿Yo? Nada. ¿Qué queréis que un hombre solo haga a un pueblo? Me ha conocido como amigo de Vuestra Majestad, y esto ha sido sufi-

ciente.

-¿Pero y Schomberg?

-¿Schomberg?

-¿No ha acudido Schomberg en tu auxilio,

no te ha defendido?

-Schomberg, pardiez, tenía bastante que

hacer con defenderse a sí propio.

-¿Pues qué le ha pasado?

-Sí, le he dejado entre las manos de un tinto-

rero, a cuya mujer había quitado la cofia, el

cual, acompañado de cinco o seis criados, daba

señales de hacerle pasar un mal rato.

-¡Por la muerte de Cristo! -exclamó el rey-;

¿adónde le has dejado a mi pobre Schomberg? -

añadió Enrique, levantándose-. Yo mismo iré a

defenderle. Se dirá tal vez -continuó mirando a

Quelus y a Maugiron-, que mis amigos me han

abandonado, mas no se dirá al menos que yo

abandono a mis amigos.

-Gracias, señor -dijo una voz detrás de En-

rique-, gracias, ya estoy aquí, me he salvado yo solo, aunque no sin mucho trabajo.

-¡Oh! Schomberg, es la voz de Schomberg -dijeron simultáneamente los tres favoritos-. ¿Pero dónde diablos estás?

-Pardiez, dónde estoy, bien me estáis viendo -contestó la misma voz.

En lo más obscuro del gabinete, se veía en efecto, no un hombre, sino una sombra que iba avanzando lentamente.

-Schomberg -dijo el rey-, ¿de dónde vienes, de dónde sales, por qué estás de ese color?

Schomberg, desde los pies a la cabeza, sin exceptuar ninguna parte de sus vestidos ni de su cuerpo, se hallaba teñido del azul de prusia más hermoso que es posible imaginarse.

-¡Miserables! -dijo-. Ya no me admira que corriera todo el pueblo detrás de mí.

-¿Pero qué te ha ocurrido? -preguntó Enrique-. Si estuvieses amarillo, podría explicar

muy bien por el miedo; ¡pero azul!

-Es que los tunantes me han zambullido en una tina; creí que me sumergían en una tina llena de agua, mas veo que estaba llena de añil.

-¡Oh! -dijo Quelus riendo a carcajadas-; en el pecado llevan la penitencia: el añil, querido mío, cuesta muy caro, y tú te has traído lo menos veinte escudos de tinte.

-Búrlate, búrlate ahora; hubiera querido verte en mi lugar.

-¿Y no has matado a nadie? -preguntó Maugiron.

-He dejado mi puñal en alguna parte, eso es todo lo que sé, sepultado hasta el puño en una vaina de carne; mas no tuve tiempo para nada; en un segundo me cogieron, me levantaron en el aire me arrebataron, me zambulleron en la tina y casi me ahogan.

-¿Y cómo te has librado de sus manos?

-He tenido bastante valor para cometer un

acto de cobardía, señor.

-¿Qué has hecho?

-He gritado: ¡Viva la Liga!

-Lo mismo que yo -añadió d'Epernon-; sólo que a mí me han obligado a añadir: viva el duque de Anjou.

-También a mí -dijo Schomberg mordiéndose las manos de ira-; también he tenido que hacerlo, y aún no es eso todo.

-¡Pues cómo! ¿Te han hecho gritar algo más, pobre Schomberg? -No, no me han hecho gritar más, que ya era bastante, sino que cuando yo gritaba: ¡Viva el duque de Anjou!. .

-¿Qué?

-¿No adiviináis quién pasaba?

-Cómo quieres que lo adivine.

-Bussy, pasaba por allí ese condenado Bussy, y me ha oído dar vivas a su amo.

-Pero no ha debido comprender lo que pasaba.

-¡Vive Cristo! ¡como era tan difícil ver lo que sucedía! estaba metido en la tina, y me habían puesto un puñal al cuello.

-¿Y no te ha socorrido? -dijo Maugiron-: un caballero debe auxiliar a otro si lo necesita.

-Debía ir pensando en alguna cosa importante; porque sólo le faltaban alas para volar; apenas tocaba el suelo con los pies.

-Pues entonces -repuso Maugiron, no te habrá conocido.

-¡Vaya una razón!

-¿Estabas ya teñido de azul?

-Efectivamente, ya lo estaba -repuso Schomberg.

-En ese caso es disculpable, mi querido Schomberg -dijo Enrique-, porque tampoco yo te habría conocido.

-No importa -dijo el joven, que no en vano tenía sangre alemana en las venas-, ya nos volveremos a hallar en otra parte cuando no esté

yo metido en una tina de añil.

-Por mí -dijo d'Epernon-, no es al cridado a quien tengo ganas, es al amo; no es con Bussy con quien desearía habérmelas, sino con monseñor el duque de Anjou.

-Sí, si -añadió Schomberg-, monseñor el duque de Anjou, que quiere matarnos poniéndonos en ridículo, mientras se le presenta ocasión de matarnos con el acero.

-Al duque de Anjou, cuyas alabanzas cantan por las calles; Vuestra Majestad las ha oído, señor -dijeron a un tiempo Quelus y Maugiron.

-La verdad es, que él es ahora el duque y el amo de París, y no el rey; salid de Palacio -dijo d'Epernon-, y veréis si os respetan más que a nosotros.

-¡Ah, hermano, hermano! -murmuró Enrique en tono amenazador.

-¡Ah! señor, aun volveréis a decir muchas veces lo mismo que ahora: ¡Ah, hermano, her-

mano! y no tomaréis, sin embargo, ninguna medida contra él -dijo Schomberg-. Pero mientras tanto debo deciros que estoy plenamente convencido de que vuestro hermano está a la cabeza de alguna conspiración.

-¡Pardiez! -dijo Enrique-, eso mismo estaba yo diciendo a estos caballeros cuando has entrado tú, d'Epernon; pero no me han contestado más que encogiéndose de hombros y volviéndome la espalda.

-Señor -respondió Maugiron-, nos hemos encogido de hombros y os hemos vuelto la espalda, no porque nos decíais que había una conspiración, sino porque no os vemos dispuesto a reprimirla y castigarla.

-Y ahora -prosiguió Quelus-, nos volvemos otra vez hacia Vuestra Majestad para deciros: salvadnos, señor, o más bien salvaos, porque si nosotros sucumbimos, sois hombre muerto. Mañana vendrá M. de Guisa al Louvre, y pedi-

rá que nombréis el jefe de la Liga; mañana nombraréis al duque de Anjou, como habéis prometido, y una vez jefe de la Liga, es decir, a la cabeza de cien mil parisienses acalorados con las orgías de esta noche, el duque dé Anjou hará lo que le plazca de Vuestra Majestad.

-¡Ah! ¡ah! -dijo Enrique-; y en caso de adoptarse un partido extremo, ¿estáis dispuestos a secundarme?

-Sí, señor -respondieron los cuatro jóvenes a un mismo tiempo.

-Con tal que, señor -añadió d'Epernon-, me deje Vuestra Majestad el tiempo suficiente para ponerme otro sombrero, otra capa y otra ropilla.

-Anda a mi guardorropa, d'Epernon, y que te dé mi ayuda de cámara todo lo que necesites; somos de igual estatura.

-Y con tal que me deis tiempo a mí para tomar un baño.

-Ve a la sala del baño, y mi bañero te asistirá.

-¿Podemos, pues, esperar -dijo Schomberg-, que no quedará el ultraje sin venganza?

Extendió Enrique la mano para que callasen, e inclinando la cabeza, se puso a reflexionar profundamente.

Al cabo de un momento contestó:

-Quelus, pregunta si ha vuelto al Louvre el duque de Anjou.

Salió Quelus de la estancia a desempeñar su comisión, pero d'Epernon y Schomberg se quedaron hasta saber la contestación de Quelus, porque se había reanimado su celo con la inminencia del peligro; nunca son perezosos los marineros cuando ruge la tempestad, sino cuando el mar está en calma.

-Señor -preguntó Maugiron-, ¿qué partido va a tomar Vuestra Majestad?

-Ya lo verás -,-contestó el rey.

Volvió Quelus y dijo:

-Todavía no ha venido el duque de Anjou.

-Bien está -dijo el rey-: d'Epernon, anda a cambiar de vestido; Schomberg, anda a cambiar de color; y vosotros, Quelus y Maugiron, bajad al patio y estad allí de centinela hasta que entre mi hermano.

-¿Y una vez que entre? -preguntó Quelus.

-Luego que entre mandaréis cerrar todas las puertas; idos.

-Bravo, señor -dijo Quelus.

-Dentro de diez minutos estoy aquí -dijo d'Epernon.

-Yo no puedo decir lo que tardaré en volver, porque depende de la calidad del tinte.

-Ven lo más pronto posible -respondió el rey-; nada más tengo que decirte.

-¿Mas, se va a quedar solo Vuestra Majestad?

-No, me quedo con Dios, a quien voy a pe-

dir que me proteja para llevar a cabo esta empresa.

-Pues pedidle bien, señor -dijo Quelus-, porque comienzo a creer que está de acuerdo con el diablo para castigarnos en este mundo y en el otro.

-Amén -agregó Maugiron.

Los dos jóvenes que se iban a apostar en el patio, salieron por una puerta; los dos que debían cambiar de traje, salieron por la otra. Quedóse solo el rey y fue a arrodillarse en su reclinatorio.

XLV. CHICOT ES EL VERDADERO REY DE FRANCIA

Eran las doce: las puertas del Louvre se cerraban todos los días a media noche, pero Enrique calculó lógicamente que no dejaría el duque de Anjou de irse a acostar al Louvre, para no dar pábulo a las sospechas que debían haber despertado en el ánimo del rey la agitación y

los desórdenes de aquella famosa tarde, y or-

denó que estuviesen abiertas hasta la una.

A la una menos cuarto subió Quelus.

-Señor, ya ha vuelto el duque.

-¿Adónde está Maugiron?

-Se ha quedado de centinela no sea que

vuelva a salir.

-Está tranquilo.

-Entonces... -dijo Quelus haciendo un mo-

vimiento para indicar que era tiempo de obrar.

-Dejémosle que se acueste tranquilamente -

repuso Enrique- ¿Quién está con él?

-M. de Monsoreau y sus gentilhombres.

-¿Y M. de Bussy?

-M. de Bussy no está.

-Me alegro -dijo el rey, viendo satisfecho

que le faltaba a su hermano su mejor espada.

-¿Qué dispone Vuestra Majestad? -preguntó

Quelus.

-Que se avise a d'Epernon y a Schomberg

para que vuelvan pronto, y que se advierta a M. de Monsoreau que deseo hablarle.

Quelus se inclinó y cumplió la comisión con toda la prontitud que pueden inspirar a la voluntad humana el odio y la venganza reunidos en un mismo corazón.

-Cinco minutos más tarde llegaron d'Epernon y Schomberg, el uno con vestidos nuevos, el otro con la cara lavada; sólo las cavidades del rostro habían conservado una sombra azul, que no podía desaparecer, a juicio del encargado del baño, sino luego de otros muchos bien calientes.

Apenas habían entrado los dos favoritos, llegó M. de Monsoreau.

-El capitán de guardias de Vuestra Majestad me acaba de anunciar que me hacíais el honor de llamarme -dijo el montero mayor inclinándose.

-Sí -contestó Enrique-; he notado esta noche,

mientras me paseaba, que la claridad de la luna y el brillo de las estrellas prometen para mañana un hermoso día de caza; todavía no son más que las doce, señor conde, podéis poneros ahora mismo en camino para Vincennes, y todavía tenéis tiempo de ojear un gamo que correremos mañana.

-Pero, señor -repuso Monsoreau-, yo tenía entendido que Vuestra Majestad se había dignado citar mañana a monseñor el duque de Anjou y al duque de Guisa para nombrar el jefe de la Liga.

-¿Y qué? -dijo el rey en aquel tono altivo que le era propio.

-Qué... señor; que no tendréis tiempo...

-Siempre tiene tiempo para todo señor montero mayor, el que sabe aprovecharle; por eso os digo: tenéis tiempo para salir de París esta misma noche con tal que os vayáis al momento; tenéis tiempo de echar el gamo, y os sobrará

todavía para que todo esté preparado mañana a las diez. Id, pues, en seguida. Quelus y Schomberg, mandad que abran a M. de Monsoreau la puerta del Louvre de mi orden, de orden del rey; y de orden del rey mandadla volver a cerrar luego que haya salido.

El montero mayor se marchó estupefacto.

-¿Es un capricho de Su Majestad? -preguntó en la antecámara a los jóvenes.

-Sí -le respondieron lacónicamente.

Comprendió M. de Monsoreau que no averiguaría nada y calló.

-¡Oh, oh! -dijo para sí mirando a la habitación del duque de Anjou-, me parece que no es éste buen presagio para Su Alteza Real.

Mas se veía imposibilitado de prevenir al príncipe, porque Quelus y Schomberg iban uno a la derecha y otro a la izquierda del montero mayor; llegó a creer que los favoritos habían recibido órdenes particulares y le tenían preso;

mas no tardó en conocer que eran infundadas sus sospechas cuando se vio fuera del Louvre, y oyó cerrarse la puerta detrás de él.

-Schomberg y Quelus volvieron al cabo de diez minutos a la cámara real.

-Ahora -exclamó Enrique-, silencio, y seguidme los cuatro.

-¿Adónde vamos, señor? -preguntó d'Epernon con su prudencia acostumbrada.

-Los que vengan lo verán -contestó el rey.

-Vamos -dijeron a un tiempo los cuatro jóvenes.

Tantearon los favoritos sus espadas, y siguieron al rey que les condujo con una linterna en la mano al corredor secreto que ya conocemos, por el cual hemos visto que iban frecuentemente la reina madre y el rey Carlos IX a la habitación de su buena hija y buena hermana Margarita, ocupada ahora por el duque de Anjou.

En el mismo corredor se hallaba vigilando un ayuda de cámara; pero antes que tuviese tiempo de retirarse y avisar a su amo, le cogió Enrique de un brazo, le mandó callar, y se lo encargó a sus compañeros, los cuales le encerraron en una habitación.

El mismo rey fue el que levantó el pestillo de la puerta del gabinete en que dormía el duque de Anjou.

Monseñor el duque acababa de acostarse, y estaba saboreando los sueños de ambición que los sucesos de aquella noche le habían hecho forjar, viendo exaltado su nombre, y el del rey despreciado y envilecido.

Había visto al pueblo de París obsequioso con él y con sus caballeros, mientras silbaba, escarnecía y ultrajaba a los gentilhombres del rey; desde el principio de su carrera, en que tanto abundaban las sordas intrigas, las conspiraciones y hasta las minas subterráneas, nunca

había gozado de tanta popularidad, ni por lo tanto había tenido tanta esperanza.

Acababa de dejar encima de la mesa una carta que le había dado M. de Monsoreau de parte del duque de Guisa, el cual le había encargado así mismo que no fallase al día siguiente en la cámara real al tiempo de levantarse Enrique; pero no había necesitado esta advertencia, ni se hubiera descuidado en acudir a la hora del triunfo.

Grande fue su sorpresa cuando vio abrirse la puerta del corredor secreto, y llegó al colmo de su espanto cuando conoció que la había abierto el mismo rey.

Hizo una seña Enrique a sus compañeros para que se quedasen a la puerta, y se aproximó a la cámara de su hermano, fruncido el entrecejo y sin hablar una palabra.

-Señor -balbuceó el duque-; el honor que me dispensa Vuestra Majestad, es tan imprevisto...

-Que os causa miedo, ¿no es cierto? -replicó el rey-; lo comprendo bien; pero no, no os levantéis, hermano mío, estaos quieto.

-Permitidme, sin embargo, señor... -dijo el duque temblando, y tomando la carta del duque de Guisa que había leído poco antes.

-¿Estabais leyendo? -preguntó el rey.

-Sí, señor.

-Sería una lectura muy interesante cuando os tenía despierto a hora tan avanzada.

-¡Oh! señor -respondió el duque sonriéndose con timidez-, es cosa poco importante la correspondencia que recibo por la noche.

-Sí -añadió Enrique-, el correo que se recibe por la noche suele ser el correo de Venus; pero no, veo que ahora me equivoco, porque no se sellan con armas de tan extraordinarias dimensiones los billetes de que son portadores Iris o Mercurio.

El duque ocultó del todo la carta.

-Qué discreto es mi querido Francisco -continuó el rey con una sonrisa que se parecía mucho a un rechinamiento de dientes, para que no aterrase a su hermano.

Hizo, no obstante, un esfuerzo y procuró recobrar su serenidad.

-¿Tiene Vuestra Majestad que decirme algo de particular? -dijo el duque que acababa de conocer por un movimiento de los cuatro hombres que se habían quedado a la puerta, que estaban escuchando y que no les desagradaba aquel principio.

-Lo que tengo que deciros, monsieur -repuso el rey acentuando esta palabra, que es el tratamiento que el ceremonial de Francisco da a los hermanos de los reyes-, me permitiréis por esta vez que os lo diga delante de testigos; escuchad bien, señores -prosiguió volviéndose hacia los cuatro jóvenes-, escuchad, que el rey os lo permite.

Levantó el duque la cabeza y dijo, con la mirada llena de odio y veneno que ha robado el hombre a la serpiente:

-Señor, antes de ultrajar a un hombre de mi rango, hubiérais debido negarme la hospitalidad en el Louvre; en el Palacio de Anjou habría podido contestaron...

-Olvidáis, en verdad -dijo Enrique con terrible ironía-, que en cualquiera parte en que estéis sois mi súbdito, y que mis súbditos están en mi casa en cualquiera parte donde estén, porque, gracias a Dios, soy el rey... el rey del suelo...

-Señor -dijo Francisco-, estoy aquí en el Louvre... en casa de mi madre.

-Y vuestra madre está en mi casa -respondió Enrique-. Vamos monsieur, abreviemos; entregadme ese papel.

-¿Qué papel?

-¡Vive Cristo! el que leíais poco ha; el que

estaba abierto encima de vuestra mesa, el que habéis ocultado cuando yo he entrado.

-Reflexionad, señor -dijo el duque.

-¿Qué? -preguntó el rey.

-Que me pedís una cosa indigna de un caballero, aunque digna en cambio de un esbirro de vuestra policía.

Púsose el rey lívido de cólera, y repitió:

-Esa carta, monsieur.

-Es una carta de mujer, señor, reflexionad... -dijo Francisco.

-Hay carta de mujer que conviene mucho ver, y muy peligroso no saber lo que dicen; por ejemplo, las que escribe nuestra madre.

-¡Hermano! -dijo Francisco...

-Esa carta, monsieur -repitió el rey dando una patada-, y si no, haré que os la arranquen cuatro suizos.

Dio un salto el duque sobre el lecho sin soltar la carta, que apretaba entre las manos, con la

manifiesta intención de acercarse a la chimenea y arrojarla al fuego, y dijo:

-¿Os portaríais de esa manera con vuestro hermano?

Adivinó Enrique su intención, y se interpuso entre él y la chimenea.

-No con mi hermano -le respondió- sino con mi más mortal enemigo. No con mi hermano, sino con el duque de Anjou, que ha corrido toda la noche por las calles de París a la cola del caballo de M. de Guisa; con mi hermano, que procura ocultarme una carta de uno de sus cómplices, de uno u otro de los príncipes de Lorena.

-Esta vez -exclamó el duque-, os ha informado mal vuestra policía.

-Os digo que he visto en el sello los tres famosos mirlos de la Lorena, que pretenden engullirse las flores de lis de Francia. Dádmela, pues; dádmela, o...

Avanzó Enrique un paso más hacia el duque, y le puso una mano sobre el hombro.

Apenas sintió Francisco la real mano sobre su brazo, apenas vio la amenazadora actitud de los cuatro favoritos, que tenían todos la mano en el puño de la espada, cuando cayó de rodillas, exclamando:

-¡Favor, auxilio! Mi hermano quiere matarme.

Estas palabras, pronunciadas con el acento de profundo terror que inspira la convicción, causaron mucha impresión al rey, y calmaron su cólera por lo mismo que Francisco la suponía mucho mayor que lo que era en realidad.

Creyó el duque que su hermano quería cometer un asesinato, y como su muerte hubiera sido un fratricidio, le ocurrió la idea de que su familia, maldita como todas aquellas en que debe extinguirse una raza, los hermanos asesinaban a sus hermanos por traición.

-No -le dijo Enrique-, os engañáis, hermano, el rey no os desea tanto mal; habéis luchado hasta ahora, pero habéis sido derrotado. Sabéis que el rey es vuestro amo, o si lo ignorabais os lo digo ahora. Pues bien, confesadlo en voz alta.

-¡Oh! Lo confieso, hermano mío, y lo proclamo -repuso el duque.

-Muy bien; entonces dadme esa carta... Porque el rey os manda que le entreguéis esa carta.

El duque de Anjou dejó caer el papel; el rey le cogió, le dobló sin leerle y se lo guardó en el bolsillo.

-¿No queréis más? -preguntó el duque.

-No. Monsieur -contestó Enrique-; pero con motivo de esta rebelión que afortunadamente no ha tenido malos resultados, será preciso que no salgáis de vuestro cuarto hasta que se hayan disipado completamente mis sospechas. Esta habitación es cómoda, estáis habituado a ella y no se parece en nada a una prisión; os prohibo,

pues, que salgáis de ella: tendréis buena compañía, por lo menos al otro lado de la puerta, pues estos cuatro caballeros os guardarán esta noche hasta que mañana por la mañana los releve una guardia de suizos.

-¿Mas no podré ver a mis amigos?

-¿Qué amigos?

-M. de Monsoreau, por ejemplo, M. de Ribeirac, M. Antraguet, monsiour Bussy.

-¡Ah! Sí -exclamó el rey-, en buena ocasión le citáis.

-¿Habrá tenido la desgracia de ofender a Vuestra Majestad?

-Sí -repuso el rey.

-¿Cuándo?

-Siempre, y esta noche particularmente.

-¡Esta noche! ¿Pues qué ha hecho esta noche?

-Ha hecho que me ultrajen en las calles de París.

-¿.A Vuestra Majestad, señor?

-A mí no, a mis amigos.

-Os han engañado, señor.

-Sé muy bien lo que digo, monsieur.

-Señor -añadió el duque con aire triunfante-, hace dos días que M. de Bussy no ha salido de su casa, donde yace en la cama, enfermo, con una fuerte calentura.

Volvióse el rey hacia Schomberg.

-Si tenía calentura -exclamó el joven-, no la pasaba al menos en su cama, sino en la calle de las Conchas.

-¿Quién os ha dicho -preguntó el duque de Anjou, poniéndose de pie-, que estaba Bussy en la calle de las Conchas?

-Yo lo he visto.

-¿Habéis visto a Bussy en la calle?

-He visto a Bussy, bueno, alegre, a lo que parecía, el hombre más feliz del mundo, acompañado de su acólito ordinario, ese Remigio,

ese escudero, ese médico, ese hombre que no se sabe a punto fijo lo que es.

-Entonces no lo entiendo -dijo el duque con estupor-; yo he visto a M. de Bussy esta noche, y estaba acostado; entonces me ha engañado a mí también.

-Bueno -repuso el rey-; M. de Bussy será castigado como los demás, cuando se ponga en claro este negocio.

Creyendo el duque que el medio más adecuado para calmar la cólera del rey era hacerla recaer sobre Bussy, dejó de defender a su gentilhombre.

-Si M. de Bussy ha hecho eso -dijo-, si luego de haberse negado a salir conmigo ha salido solo, tendría efectivamente intenciones que no ha querido manifestar a mí, cuya adhesión a Vuestra Majestad conoce bien.

-Ya habéis oído, señores, lo que dice mi hermano; dice que no ha autorizado a M. de

Bussy.

-Tanto mejor -respondió Schomberg.

-¿Por qué tanto mejor?

-Porque entonces nos dejará tal vez Vuestra Majestad este negocio a nuestro gusto.

-Está bien, está bien, ya veremos -dijo Enrique-. Señores, os recomiendo a mi hermano, guardadle toda la noche, durante la cual vais a tener la honra de estar a su lado, todas las consideraciones a que es acreedor un príncipe de la sangre, es decir, el primero del reino después del rey.

-Estad tranquilo, señor -repuso Quelus con una mirada que hizo estremecer al duque-; sabemos muy bien todo lo que debemos a Su Alteza.

-Está bien -agregó Enrique-, adiós, señores.

-Señor -exclamó el duque, a quien causaba más miedo la ausencia de su hermano que el que le había causado antes su cólera-. ¡Qué! ¡Me

dejáis preso! ¡No podrán visitarme mis amigos!

¡No podré salir de aquí!

Y se acordó de la mañana siguiente en que tan precisa era su presencia al lado de M. de Guisa.

-Señor -continuó el duque, viendo al rey próximo a dejarse ablandar-, permitidme a lo menos estar al lado de Vuestra Majestad, porque mi puesto es a vuestro lado: lo mismo puedo estar preso allí que en cualquiera otra parte. Concededme, pues, señor, el favor de permanecer al lado de Vuestra Majestad.

El rey, que se hallaba a punto de conceder al duque de Anjou lo que pedía, en lo cual no veía inconveniente, iba a responder que sí, cuando distrajo su atención, llamándola hacia la puerta, un cuerpo grande y ágil que con los brazos, con la cabeza, con el cuello, con todo lo que podía mover, hacía los movimientos más negativos que se pueden inventar y ejecutar sin dislocarse

los huesos.

Era Chicot que decía no.

-No -repuso el rey a su hermano-; estáis muy bien aquí, monsieur, y me conviene que no salgáis de vuestro cuarto.

-Señor... -balbuceó el duque.

-Así lo quiere el rey de Francia, monsieur, y me parece que esto debe bastaros -añadió Enrique en un tono que acabó de abatir al duque.

-¡Cuando yo decía que era el verdadero rey de Francia!... -murmuró Chicot.

XLVI. CHICOT VISITA A BUSSY

A las nueve de la mañana del día siguiente se hallaba Bussy almorzando tranquilamente con Remigio, que en su calidad de médico le recetaba alimentos confortables, hablaba de los sucesos de la víspera, y Remigio trataba de recordar las inscripciones de los cuadros de la capilla de Santa María Egipciaca.

-Dime, Remigio -preguntó de repente Bus-

sy-, ¿no te pareció que debíais conocer a aquel caballero que bañaban en una tina cuando nosotros pasamos por la calle de las Conchas?

-En efecto, señor conde; creí conocerlo; y tanto, que estoy pensando desde entonces quién será.

-¿Pero no lo conociste?

-No, porque estaba teñido de un azul muy obscuro.

-Yo le hubiera debido auxiliar, Remigio, porque todos los caballeros se deben auxiliar mutuamente contra los villanos; pero me preocupaban demasiado en verdad mis propios asuntos.

-Pues si nosotros no le hemos conocido, él nos ha conocido indudablemente a nosotros que no habíamos mudado de color, y aun me parece que nos echó una terrible mirada, y que nos enseñaba el puño en ademán amenazador.

-¿Estás seguro de eso, Remigio?

-Respondo de que miraba de una manera terrible, pero no estoy tan seguro de que nos mostrase el puño amenazándonos -contestó Remigio que conocía el carácter irascible de su amigo.

-Entonces será necesario saber quién es ese caballero, porque yo no puedo dejar impune una injuria como ésta.

-Esperad, esperad -dijo Remigio-. ¡Dios mío! ya sé quién era.

-¿Pues cómo?

-Porque le oí jurar.

-Lo creo, y ¡pardiez! cualquiera habría jurado en semejante situación.

-Sí, más juraba en alemán.

-¡Bah!

-Dijo: Gott *verdamme.*

-Entonces era Schomberg.

-El mismo, señor conde, el mismo.

-Pues prepara tus ungüentos, mi buen

Remigio.

-¿Por qué?

-Porque antes de poco tendrás que tapar algún agujero en su piel o en la mía.

-No creo que seáis tan loco que queráis haceros matar, cuando gozáis de tan buena salud y sois tan dichoso -dijo Remigio, dirigiendo a su amigo una mirada de inteligencia; Santa María Egipciaca os ha resucitado ya una vez, y podría muy bien cansarse de hacer un milagro que el mismo Cristo no ensayó más que dos veces.

-Al contrario, Remigio -repuso el conde-, no debes ignorar con cuánto gusto se juega la vida contra la de otro hombre cuando es uno feliz. Te aseguro que nunca me he batido de buena gana cuando acababa de perder grandes sumas, cuando he sabido que mi querida me era infiel, o cuando tenía algún remordimiento de conciencia: pero cuando tengo repleta la bolsa, lige-

ro el corazón y la conciencia tranquila, me dirijo al campo alegre y confiado en la victoria; leo en los ojos de mi adversario y le anonado con mi dicha: estoy en la misma posición que un jugador cuando le favorece la suerte, y el viento de la fortuna le trae a su lado todo el oro de su contrario. No, entonces es cuando doy brillantes estocadas, cuando mi espada atraviesa o divide todo lo que se le pone por delante; hoy me batiría admirablemente, Remigio -dijo el joven alargando la mano al doctor- porque, gracias a ti, soy feliz.

-No obstante -replicó Remigio-, tendréis que privaros por ahora de ese placer; porque una hermosa dama, amiga mía, no sólo os ha recomendado a mi amistad, sino que me ha hecho jurar que os conservaré sano y salvo bajo el pretexto de que le debéis la vida; y no está permitido disponer de lo que se debe.

-Buen Remigio -dijo Bussy, entregándose a

esa vaga y deliciosa meditación que permite al hombre enamorado ver todo lo que se dice a través de un prisma encantador, que se asemeja mucho a un sueño agradable, porque pensando en algún objeto dulce y querido al alma se tienen distraídos los sentimientos por la palabra de un amigo.

-Me llamáis buen Remigio -repuso éste- porque os he proporcionado la satisfacción de volver a ver a madame de Monsoreau; pero, ¿me lo llamaréis también cuando tengáis que separaros de ella, cuya época no está por desgracia lejos; si no ha llegado ya?

-¿De veras? -exclamó Bussy-. No te chancees sobre este punto, Remigio.

-¡Ah! No me chanceo. ¿No sabéis que se marcha a Meridor, y que también yo voy a tener el sentimiento de verme separado de la señorita Gertrudis?

No pudo menos Bussy de reírse de la supuesta desesperación de Remigió, y le preguntó:

-¿La amas mucho?

-¡Oh! sí... y ella también me ama...

-Pero volvamos a madame de Monsoreau, o mejor a Diana de Meridor, porque sabes...

-Sí, bien lo sé.

-¿Y cuándo nos vamos, Remigio?

-¡Ah! Ya esperaba yo esa pregunta; lo más tarde posible, señor conde.

-¿Por qué?

-Ante todo, porque tenemos en París a M. de Anjou, jefe de la Liga, que se ha metido ayer en muy malos negocios, y probablemente os necesitará para salir con lucimiento de ellos.

-Además.

-Además, porque M. de Monsoreau, que afortunadamente no sospecha nada de vos, sospecharía tal vez alguna cosa si os viese des-

aparecer de París a la par que a su mujer, que no es su mujer.

-¿Y qué me importa que sospeche?

-¡Oh! Pues a mí me importa mucho, mi querido señor. Yo me encargo de curar las estocadas recibidas en desafío, porque con vuestra habilidad y destreza para manejar la espada, no recibiréis nunca heridas peligrosas; mas no las puñaladas dadas a traición, principalmente por los maridos celosos, que son unos animales que se vengan muy cruelmente en casos tales; testigo ese pobre M. de Saint-Megrin, muerto de tan mala manera por nuestro amigo M. de Guisa.

-¿Y qué quieres que hagamos, amigo mío, si mi destino fuese que me ha de matar M. de Monsoreau? -¿Pues qué ocurrirá entonces?

-Me matará.

-Y luego, ocho días, un mes o un año después, se casará Madame de Monsoreau con su

marido, lo cual hará desesperar a vuestra pobre alma, que desde arriba o desde abajo lo estará viendo, y que no podrá oponerse porque no tendrá cuerpo.

-Tienes razón, Remigio; quiero vivir, y viviré.

-Sí, también tenéis razón ahora, señor conde; pero no es eso todo; además de vivir, creedme, es necesario seguir mis consejos y tratar de agradar a M. de Monsoreau; por el momento, está terriblemente celoso de monseñor el duque de Anjou, que mientras delirabais en vuestro lecho, se paseaba debajo de las ventanas de la dama, acompañado de Aurilly. Guardad toda clase de consideraciones a ese buen marido que no lo es; no le preguntéis por su mujer, puesto que sabéis dónde se halla, y dirá en todas partes que sois el único caballero que posee las virtudes de Escipión: sobriedad y castidad.

-Creo que dices bien -contestó Bussy-; ahora que no tengo ya celos de ese oso, deseo domesticarle, lo cual será muy divertido: ahora, Remigio, pídeme lo que quieras, todo es fácil para mí porque soy feliz.

-En aquel instante llamaron a la puerta, y los dos amigos guardaron silencio.

-¿Quién es? -preguntó Bussy.

-Monseñor -respondió un paje-; abajo hay un caballero que desea hablaros.

-Hablarme tan temprano, ¿quién es?

-Un hombre muy alto, vestido de terciopelo con medias de color rosa; tiene una figura algo extravagante, pero parece hombre de bien.

-¡Pst! -dijo Bussy, en voz alta-; será Schomberg.

-Ha dicho un hombre muy alto.

-Es cierto, o Monsoreau.

-Ha dicho que parece hombre de bien.

-Tienes razón, Remigio, no puede ser nin-

guno de los dos: que entre.

Al cabo de un momento apareció en le din-

tel de la puerta el hombre anunciado.

-¡Ah, Dios mío! -exclamó Bussy levantándo-

se precipitadamente al verle, ínterin que

Remigio, como amigo discreto, se retiraba al

gabinete inmediato.

-¡M. Chicot! -dijo Bussy.

-El mismo, señor conde -respondió el gas-

cón.

Mirábale Bussy sin pestañear, de una mane-

ra que quería decir con todas sus letras, sin que

la boca tuviese necesidad de tomar la más mí-

nima parte en la conversación.

-¿A qué venís aquí?

De modo que Chicot, antes que le dirigiese

la palabra, contestó formalmente:

-Vengo, señor conde, a proponeros un buen

negocio.

-Hablad -replicó Bussy sorprendido.

-¿Qué me prometéis si os hago un gran servicio?

-Eso dependerá del mismo servicio -respondió Bussy desdeñosamente.

Fingió el gascón que no había notado este aire de desprecio, y prosiguió sentándose y cruzando sus largas piernas:

-Observo, señor conde, que no me habéis dispensado el honor de invitarme para que me siente, pero añadiré esto más a la recompensa que exija de vos cuando os haya prestado el servicio de que se trata.

Bussy no respondió, y se puso encendido.

-Señor conde -continuó Chicot con la mayor indiferencia-: ¿tenéis noticia de la Liga?

-He oído hablar mucho de ella -respondió Bussy, que empezaba a escuchar con alguna atención lo que decía Chicot.

-Pues bien, en este caso, debéis saber que es una asociación de cristianos honrados que se

han reunido con el propósito de asesinar religiosamente a sus vecinos los hugonotes. ¿Pertenecéis a la Liga, señor Conde? Yo sí.

-Pero, M. Chicot...

-Respondedme solamente sí o no.

-Permitid que extrañe...

-Me he tomado la libertad de preguntaros si sois de la Liga; ¿me habéis entendido?

-M. Chicot -exclamó Bussy-; como las preguntas cuyo sentido no comprendo, me desagradan, os suplico que cambiéis de conversación, y aún os concederé por política algunos minutos más de atención, no sin deciros que así como me desagradan las preguntas, me desagradan asimismo naturalmente los preguntones.

-Muy bien; la política es muy indulgente, como dice M. de Monsoreau, cuando se halla de buen humor.

El nombre de M. de Monsoreau, aunque

pronunciado con aparente indiferencia, volvió a llamar la atención de Bussy.

-Sospechará algo -se dijo-, y me habrá enviado a Chicot para espiarme.

Y luego dijo en alta voz:

-Vamos, M. Chicot, al grano: ya sabéis que sólo disponemos de unos pocos minutos.

-*Optime* -exclamó Chicot-; unos pocos minutos es mucho, y en unos pocos minutos se pueden decir muchas cosas; os diré, pues, que en verdad, pudiera haberme ahorrado el trabajo de preguntaros, puesto que si no sois de la Santa Liga, lo seréis evidentemente, por que M. de Anjou lo es.

-M. de Anjou, ¿quién os lo ha dicho?

-Él mismo, hablando a mi persona, como dicen, o más bien, como escriben los señores curiales; como escribía, por ejemplo, el buen Nicolás David, antorcha del *forum parisiense,* la cual antorcha se extinguió sin que se haya po-

dido saber quién la ha apagado; y ya conoceréis que, siendo el duque de Anjou de la Liga, no podéis, señor conde, dejar de pertenecer a ella, vos que sois el brazo derecho de Su Alteza; porque la Liga sabe perfectamente lo que se hace y no hubiera elegido un jefe manco.

-¿Y luego, M. Chicot? -preguntó Bussy, en tono más cortés que el que había empleado hasta entonces.

-Luego -repuso Chicot-, luego, ¡pardiez! si sois de la Liga, o si creen que pertenecéis a ella, como seguramente lo creerán, os sucederá lo mismo que ha sucedido a monseñor el duque.

-¿Pues qué le ha sucedido?

-Señor conde -dijo Chicot, poniéndose de pie e imitando la actitud que había tomado Bussy un momento antes-, a mí me desagradan las preguntas y también los preguntones; dejaré, pues, que os suceda lo que ha sucedido esta noche a vuestro amo.

-M. Chicot -dijo Bussy, con una sonrisa que contenía todas las disculpas que puede dar un caballero-; hablad, os suplico que habléis; ¿adónde está el duque?

-Está preso.

-¿En dónde?

-En su aposento. Cuatro de mis mejores amigos lo están guardando, M. de Schomberg, que fue teñido de azul ayer tarde, como ya sabéis, puesto que pasabais muy cerca cuando estaban ejecutando la operación; M. d'Epernon, que está amarillo, tanto fue el miedo que pasó; M. de Quelus, que está rojo de cólera, y M. de Maugiron, que está blanco de fastidio; lo cual presenta un hermoso conjunto, porque como el duque comienza a ponerse verde de miedo, vamos a gozar de la vista de un espléndido arco iris los privilegiados del Louvre.

-¿Y creéis, M. Chicot, que peligra mi libertad?

-Peligrar... os diré: creo que en este momento, están... o deben... o deberían estar en camino para prenderos.

Bussy se estremeció.

-¿Os gusta la Bastilla, M. de Bussy? Es un lugar muy a propósito para entregarse a la meditación, y M. Lorenzo Testu, su gobernador, da una comida muy apetitosa a sus pensionistas.

-¿Me encerrarían en la Bastilla? -exclamó Bussy.

-Sí, por cierto: yo debo tener en el bolsillo algo que se parece mucho a una orden para llevaros allá, M. de Bussy. ¿La queréis ver?

Y Chicot sacó, efectivamente, del bolsillo de sus calzones, en los cuales habrían cabido tres piernas como las suyas, una orden del rey en debida forma, mandando prender a M. Luis de Clermont, señor de Bussy d'Amboise, en cualquiera parte que se hallase.

-Redacción de M. de Quelus -dijo Chicot-,

está muy bien escrita.

-M. Chicot -exclamó Bussy me habéis hecho verdaderamente un gran servicio.

-Creo que sí -contestó el gascón-; ¿no sois de mi parecer?

-Os suplico, M. Chicot, que me tratéis como a un hombre agradecido; decidme, ¿me salváis hoy para perjudicarme en otra circunstancia? Porque sois amigo del rey, y el rey no me quiere bien.

-Os salvo por salvaros, señor conde -dijo Chicot levantándose de la silla y saludando-; ahora pensad como queráis de mi acción.

-Pero decidme por favor, ¿a qué debo atribuir?...

-¿Olvidáis que he pedido una recompensa?

-Es cierto.

-¿Me la concedéis?

-De todo corazón.

-¿Haréis, pues, lo que os pida algún día?

-A fe de Bussy, con tal que sea posible.

-Eso me basta -repuso Chicot-. Ahora mon-
tad a caballo y desapareced, porque voy a llevar
la orden de vuestro arresto a quien debe ejecu-
tarla.

-Pues, ¿no debíais prenderme vos mismo?

-¿Por- quién me tomáis, señor conde? Soy
un caballero.

-Más ¿he de abandonar a mi amo?

-No lo sintáis, porque él os ha abandonado
ya.

-Sois un buen caballero, M. de Chicot -dijo
Bussy al gascón.

-¡Pardiez! ya lo sabía yo -repuso éste.

Llamó Bussy a Remigio, a quien haremos
justicia, diciendo que estaba escuchando a la
puerta: entró, pues al instante.

-Remigio -le dijo Bussy-, los caballos.

-Ya están ensillados, monseñor -repuso
tranquilamente.

-Este joven -dijo Chicot a Bussy- tiene mucho talento.

-¡Pardiez! ya lo sabía yo -replicó Remigio.

Reunió Bussy algunas pilas de escudos y los fue introduciendo en sus bolsillos y en los de su amigo, hecho lo cual dio las gracias a Chicot por última vez y se preparó para marchar.

-Permitidme, señor conde -dijo Chicot-, que presencie vuestra marcha.

Y siguió a Bussy y a Remigio hasta el patio de la caballeriza, donde un paje tenía de la brida dos caballos ensillados.

-¿Y adónde vamos? -interrogó Remigio.

-Iremos. . . -contestó Bussy dudando o aparentando dudar.

-¿Qué os parece Normandía? -dijo Chicot que se hallaba ocupado en examinar los caballos como inteligente.

-No -respondió Bussy-, está muy cerca.

-¿Qué pensáis de Flandes? -prosiguió Chi-

cot.

-Está muy lejos.

-Creo -dijo Remigio- que os decidiréis al cabo por el Anjou, que está a una distancia regular; ¿no es verdad, señor conde?

-Sí, iremos allá -dijo Bussy con tono indiferente.

-Señor conde -dijo Chicot-, puesto que ya habéis elegido el lugar de vuestro retiro, y que vais a poneros en camino...

-Ahora mismo.

-Tengo el honor de saludaros; acordaos de mí en vuestras oraciones.

Y el buen Chicot regresó a palacio tan grave y majestuoso, como siempre, desmoronando las esquinas de las casas con su inmensa tizona.

-¡Qué caprichoso es el destino! -exclamó Remigio.

-Démonos prisa -exclamó Bussy-, tal vez la alcanzaremos.

Y partieron a galope.

XLVII. LAS ZANCAS DE CHICOT, EL BOLICHE DE QUELUS Y LA CERBATANA DE SCHOMBERG

Chicot regresaba al Louvre muy alegre a pesar de su aparente frialdad, porque experimentaba una triple satisfacción; había salvado a un valiente como Bussy, había dirigido una intriga, y había vencido todos los obstáculos que se oponían para que el rey pudiese dar un golpe de Estado, reclamado por las circunstancias.

En efecto, era muy posible que la energía y el valor de M. de Bussy, y el espíritu de asociación de M. de Guisa, cooperasen a armar aquel día un fuerte tumulto en la buena ciudad de París.

Todo lo que el rey había temido, todo lo que había previsto Chicot, ocurrió como era de esperar.

M. de Guisa recibió en su casa aquella mañana a los principales personajes de la Liga, los cuales le trajeron cada uno por su parte, los registros cubiertos de firmas que hemos visto abiertos en las plazas, a las puertas de las posadas principales y hasta en los altares de las iglesias; M. de Guisa ofreció que aquel día se nombraría el jefe de la Liga, e hizo jurar a todos que reconocerían por jefe al que nombrase el rey; M. de Guisa, por último, tuvo una conferencia con el cardenal v con M. de Mayena, y luego salió de su palacio para el del duque de Anjou, a quien había perdido de vista la víspera a las diez de la noche.

Ya temía Chicot esta visita, y al salir de casa de Bussy, se fue en derechura a espiar las inmediaciones del palacio de Alençon situado en la esquina de las calles de Houtefeuille y del Árbol Seco.

Apenas hacía un cuarto de hora que se

hallaba en acecho cuando vio asomar al que esperaba por la calle de la Huchette; se ocultó detrás de la esquina de la calle del Cementerio, v el duque de Guisa entró sin verle en el palacio del de Anjou.

Halló el duque al primer ayuda de cámara del príncipe bastante inquieto porque no había vuelto todavía su amo, aunque ya sospechaba lo que había acontecido, es decir, que el duque habría ido a dormir al Louvre.

Preguntó si podría hablar a Aurilly, ya que el príncipe se hallaba ausente, y el ayuda de cámara respondió que Aurilly estaba en el gabinete de su amo y que podía entrar a preguntarle.

Pasó el duque, efectivamente, a ver a Aurilly, músico y confidente del príncipe, que sabía todos los secretos del duque de Anjou, y que debía estar mejor enterado que nadie del paradero de Su Alteza.

Pero Aurilly estaba inquieto como el ayuda de cámara, y de vez en cuando dejaba el laúd para llegarse a la ventana y mirar por entre los vidrios si volvía el duque; también había enviado tres veces al Louvre y todas le contestaron que monseñor se había retirado muy tarde aquella noche y que estaba todavía durmiendo.

M. de Guisa preguntó a Aurilly por el duque de Anjou; pero Aurilly dejó a su amo el día anterior en la esquina del Árbol Seco, donde les separó un grupo que se dirigía precipitadamente hacia la hostería de *La Hermosa Estrella,* y no sabiendo que Su Alteza había decidido dormir en el Louvre se vino a esperarle al palacio de Alençon.

El músico contó entonces al príncipe de Lorena la triple embajada que acababa de enviar al Louvre y le trasladó la respuesta siempre igual, que habían dado a los tres mensajeros.

-Está durmiendo a los once... -dijo el duque-

; casi es imposible; el mismo rey ya está levantado generalmente a esta hora. Debéis ir al Louvre, Aurilly.

-Ya he pensado hacerlo, monseñor; mas temo que ese pretendido sueño sea un encargo que haya hecho al conserje del Louvre y que le haya llamado a la ciudad alguna aventura de amor, en cuyo caso, monseñor, no le gustaría que le buscasen.

-Creedme, Aurilly -insistió el duque-, monseñor es una persona muy razonable para pasar hoy el tiempo en aventuras amorosas; id, pues, al Louvre sin temor, y allí hallaréis a monseñor.

-Iré, puesto que lo deseáis; pero ¿qué le he de decir?

-Decidle que estamos citados en el Louvre para las dos, y que ya sabe que debemos tener una conferencia antes de presentarnos al rey. Bien conoceréis, Aurilly -añadió el duque con un gesto de mal humor bastante irrespetuoso-,

que cuando el rey va a nombrar el jefe de la Liga, no es el momento muy a propósito para dormir.

-Muy bien, monseñor, yo rogaré a Su Alteza que venga aquí.

-Adonde le aguardo con la mayor impaciencia, le diréis; porque estamos citados para las dos, ya habrán ido muchos al Louvre, y no podemos perder un momento. Yo, mientras tanto, enviaré a llamar a M. de Bussy.

-Haréis bien, monseñor, pero si no encuentro a Su Alteza, ¿qué debo hacer?

-Si no encontráis a Su Alteza, Aurilly, que no sospechen que le andáis buscando; bastará que le digáis después: he hecho lo posible para encontraron. De todos modos, yo iré al Louvre a las dos menos cuarto.

Aurilly saludó al duque, y se marchó.

Chicot le vio salir, y adivinó al momento que iba al Louvre. Si M. de Guisa llegaba a sa-

ber la prisión del duque de Anjou, todo era perdido, o por lo menos se complicaba mucho aquella peligrosa situación. Vio Chicot que Aurilly subía por la calle de la Huchette para encaminarse al Louvre por el puente de San Miguel, y él bajó en dirección opuesta por la calle de San Andrés de las Artes con toda la celeridad con que podía mover sus descomunales piernas, y pasó el Sena más abajo de Nesle cuando no llegaba aún Aurilly a la mitad del camino.

Pero sigamos a éste, que nos conducirá al teatro de los importantes sucesos de aquel día.

Atravesó los muelles henchidos de ciudadanos que se paseaban con aire triunfante, y llegó al Louvre que presentaba la apariencia más tranquila en medio de la alegría general de la ciudad.

Aurilly conocía la corte y era buen cortesano; cambió, pues, algunas palabras con el oficial

que se hallaba de servicio en la puerta, que era siempre un personaje interesante para los noticieros y los que andan a la caza de aventuras escandalosas que contar.

Aquella mañana el oficial de puertas era todo miel; el rey se había levantado del mejor humor del mundo.

Del oficial de puertas pasó Aurilly al conserje.

El conserje estaba pasando revista a los criados que tenían libreas nuevas, y les repartía alabardas de una figura particular; dirigió una sonrisa al músico y respondió a sus comentarios sobre la lluvia y el buen tiempo, lo que hizo concebir a Aurilly excelente opinión de la atmósfera política.

Siguió adelante y subió la gran escalera que conducía a las habitaciones del duque, distribuyendo numerosos saludos a los cortesanos diseminados ya por los descansos de la escalera

y por las antecámaras.

A la puerta del aposento de Su Alteza esta-

ba Chicot sentado en una silla.

Chicot estaba jugando al ajedrez, absorto al

parecer, en una profunda combinación; iba Au-

rilly a pasar sin hablarle, pero como las largas

piernas del gascón ocupaban todo el ancho de

la meseta, se vio obligado a llamarle la atención

tocándole en el hombro.

-¡Ah! sois vos -dijo Chicot-, perdonad, M.

Aurilly.

-¿Qué hacéis, M. Chicot?

-Jugando al ajedrez, como veis.

-¡Solo!

-Sí ... estoy estudiando una jugada... ¿Sabéis

jugar al ajedrez, M. Aurilly?

-Muy mal.

-Sí, ya sé que sois músico, y como la música

es un arte tan largo y tan difícil, los privilegia-

dos que a él se dedican se ven precisados a con-

sagrarle todo su talento, y todo el tiempo de

que pueden disponer.

-¿Parece que es una jugada muy interesan-

te?- interrogó riéndose Aurilly.

-Sí, me tiene en mucho cuidado mi rey; por-

que habéis de saber, M. Aurilly; que en el juego

de ajedrez el rey es un personaje muy tonto y

muy insignificante, que no tiene voluntad pro-

pia, que no puede dar más que un paso a la

derecha, otro a la izquierda, otro adelante y

otro atrás, hallándose al mismo tiempo rodeado

de enemigos muy activos, de caballeros que

saltan tres casillas a la vez, y de una multitud

de peones que le rodean, le oprimen y le aco-

san; de modo que si está mal aconsejado, es

monarca perdido en poco tiempo.

Es cierto que tiene un alfil 2 que va, viene, corre de un extremo a otro del tablero, y que se

pone a su lado, delante o detrás, pero también

es indudable que cuanto más y mejor defiende

el alfil a su rey, más se aventura él: confieso, M. Aurilly, que en este instante mi rey y su alfil están en una de las situaciones más peligrosas.

-Mas -preguntó Aurilly-, ¿por qué casualidad, M. Chicot habéis venido a estudiar todas estas combinaciones a la puerta del aposento de Su Alteza Real?

2 La palabra *Lou,* alfil, significa en francés loco o *bufón.*

-Porque estoy esperando a M. Quelus, que está ahí.

-¿Adónde?

-En el cuarto de Su Alteza.

-¿M. de Quelus en el cuarto de Su Alteza? -replicó sorprendido Aurilly.

Durante el diálogo, Chicot había dejado libre el paso, pero de tal modo, que trasladó sus trebejos al corredor; y el mensajero de M. de Guisa se hallaba ahora entre la puerta de la habitación del príncipe y Chicot, que le cortaba

la retirada.

Vaciló, no obstante, antes de abrir la puerta.

-¿Pero qué hace M. de Quelus -dijo- en el aposento del duque de Anjou? Yo no sabía que fuesen tan buenos amigos.

-¡Chist! -contestó Chicot con aire misterioso.

Y sin dejar el tablero describió una larga curva con su cuerpo, de manera que sin haber movido los pies de su sitio llegaron sus labios al oído de Aurilly.

-Ha venido a pedir perdón a Su Alteza Real -dijo-, por una disputa que tuvieron ayer.

-¡De veras!

-¡Ah! M. Aurilly, parece que vamos a entrar en la Edad de Oro; el Louvre va a parecerse a la Arcadia y los dos hermanos *Arcades ambo;* pero perdonadme, M. Aurilly no me acordaba que sois músico.

Sonrióse Aurilly y penetró en la antecámara, abriendo la puerta lo bastante para que pudiese

Chicot cambiar una significativa mirada con Quelus, que probablemente se hallaba prevenido de antemano.

Volvió entonces Chicot a hacer sus combinaciones, riñendo a su Rey, no tan duramente como lo hubiera merecido un soberano de carne y hueso, pero con más dureza que lo que merecía una inocente figurilla de marfil.

Cuando Aurilly penetró en la antecámara, fue saludado cortésmente por Quelus, que tenía en la mano un magnífico boliche de ébano incrustado de adornos de marfil, con el cual ejecutaba rápidas evoluciones.

-Bravo, M. de Quelus -exclamó Aurilly, viendo al joven ejecutar una suerte difícil.

-¡Ah! mi querido Aurilly -contestó Quelus-, ¿cuándo manejaré yo con tanta perfección mi boliche, como vos manejáis vuestro laúd?

-Cuando hayáis empleado tantos días - repuso Aurilly un tanto picado- en estudiar ese

juguete, como años he gastado yo en estudiar el laúd. Pero, ¿dónde esta monseñor? ¿no le vais a hablar hoy por la mañana?

-Efectivamente, me ha concedido audiencia, querido Aurilly, pero Schomberg me ha cogido la delantera.

-¡Ah! ¡M. de Schomber también! -exclamó el músico cada vez más sorprendido.

-Sí, Dios mío, sí, así lo ha dispuesto el rey: entrad, pues, M. Aurilly, que ahí están en el comedor, y hacedme el favor de recordar al príncipe que le estamos aguardando.

Abrió Aurilly la segunda puerta, y vio a Schomberg sentado, o por mejor decir, acostado en un mullido sofá de plumas.

Schomberg se entretenía en arrojar con una cerbatana bolitas de barro perfumadas, de las cuales tenía al lado una gran provisión, y en hacerlas pasar por una sortija de oro, pendiente del techo: un perro favorito le volvía a traer

todas las que no se hacían pedazos contra la

pared.

-¡Cómo!... -exclamó Aurilly-; ¡en el cuarto de

Su Alteza!. .. ¡Ah, M. de Schomberg!

-¡Ah, *gutten Moruen!* [3](#) M. Aurilly -dijo Schomberg interrumpiendo su juego-, ya veis

3 Buena mañana.

cómo mato el tiempo esperando que me llegue

el turno de recibir audiencia.

-¿Pues dónde está monseñor? -preguntó

Aurilly.

-¡Chist! Monseñor está ocupado en este ins-

tante en perdonar a d'Epernon y a Mougiron;

pero bien podéis entrar puesto que el príncipe

os dispensa su confianza.

-¿Cometeré alguna indiscreción? -dijo el

músico.

-No lo creáis, todo al contrario, le hallaréis

en el gabinete de pintura; entrad, M. Aurilly,

entrad.

Y empujó suavemente a Aurilly para que entrase en la pieza inmediata, donde el músico, todo admirado, vio a d'Epernon frente a un espejo ocupado en rizarse los bigotes con goma, y a Maurigon, sentado al lado de la ventana, recortando algunas figurillas de papel, al lado de las cuales podrían pasar por imágenes de santos los bajos relieves del templo de Venus Afrodita en Guido, y las pinturas de la piscina de Tiberio.

El duque se hallaba sentado sin espada entre los dos jóvenes, que sólo le miraban para espiar sus movimientos, y que no le hablaban sino para decirle palabras desagradables.

Al ver a Aurilly, quiso levantarse y salir a su encuentro.

-Cuidado, monseñor -dijo Maugiron-, que me pisáis mis figuras.

-¡Qué veo, Dios mío! -exclamó el músico-; ¡insultan a mi amo!

-Querido M. Aurilly -dijo d'Epernon, sin dejar de rizarse los bigotes-, ¿cómo os ha ido? Muy bien sin duda, porque estáis un poco colorado.

-Tened la bondad, señor músico, de darme vuestra daga, si gustáis -añadió Maugiron.

-Señores -repuso Aurilly-, ¿no reparáis en dónde estáis?

-Sí tal, sí tal, querido Orfeo -respondió d'Epernon-; justamente por eso os ha pedido mi amigo vuestro puñal; ya veis que el señor duque está sin él.

-Aurilly -exclamó el duque con voz llena de rabia y de dolor-, pues qué, ¿no adivinas que estoy preso?

-¿Preso? ¿por orden de quién?

-De mi hermano; hubierais debido conocerlo al ver los carceleros que me están guardando.

Aurilly dio un grito de sorpresa.

-Hubierais traído vuestro laúd para distraer

a Su Alteza, M. Aurilly -dijo una voz burlona-; mas ya he pensado yo en ello, le he enviado a buscar y aquí le tenéis.

Chicot decía esto alargando efectivamente su laúd al pobre músico; por encima del hombro de Chicot se podía divisar a Quelus y a Schomberg que bostezaban hasta el punto de desencajarse las quijadas.

-¿Y la partida de ajedrez, Chicot? -preguntó d'Epernon.

-Sí, es cierto -añadió Quelus.

-Creo que mi alfil salvará a su Rey; pero, ¡vive Cristo! que no será sin costarle mucho trabajo. Vamos, M. Aurilly, dadme vuestro puñal en cambio del laúd, uno por otro.

Obedeció el músico trastornado, y fue a sentarse en un almohadón a los pies de su amo.

-Ya cayó uno en la ratonera -dijo Quelus-, veremos lo que sucede con los demás.

Y al decir estas palabras que explicaban a

Aurilly el sentido de las escenas precedentes, volvió a colocarse en su puesto en la antecámara, sin más que suplicar a Schomberg que le cambiase la cerbatana por el boliche.

-Es muy justo -observó Chicot-, porque los placeres deben ser variados; yo, para variar los míos, voy a firmar la Liga.

Se marchó y cerró la puerta, dejando la sociedad de Su Alteza Real aumentada con el pobre músico y su laúd.

XLVIII. EL JEFE DE LA LIGA

Desde antes del mediodía iban llegando los principales jefes de la Liga, los interesados y hasta los curiosos que querían presenciar aquel solemne acto. París se hallaba tan alborotado como la víspera, pero la tarde anterior no habían tomado parte en la función los suizos, y ahora eran los principales actores; París había enviado al Louvre diputaciones de los partidarios de la Liga, las corporaciones de los diversos

gremios, sus regidores, sus milicias y sus continuas oleadas de espectadores; las cuales, cuando todo el pueblo está ocupado en algo, aparecen alrededor de ese mismo pueblo sólo para mirar y para observarle, tan numerosas, tan activas y tan curiosas como si hubiese en París dos pueblos distintos y como si en esta gran ciudad, que es en pequeño la imagen del mundo, cada individuo se dividiese en dos partes, una para obrar, otra para mirar y observar.

Había, pues, en torno del Louvre, una considerable multitud de pueblo, pero el Louvre no estaba sin embargo en peligro. Aún no habían llegado los tiempos en que' el sordo murmullo de los pueblos, convertido en trueno formidable, derriba las murallas con el estampido de los cañones, y demuele los palacios sobre sus mismos dueños: aquel día, los antepasados del 10 de agosto y del 27 de julio, los suizos, cambiaban afectuosas sonrisas con las masas de

parisienses, sin reparar siquiera que se hallaban armados; tampoco era llegado el tiempo en que el pueblo había de ensangrentar el vestíbulo de sus reyes.

No se ha de creer, sin embargo, que por no tener tintas tan sombrías, estaba el drama desprovisto de interés; por lo contrario, el Louvre ofrecía uno de los más curiosos espectáculos que jamás hemos descrito. El rey, en su gran salón, en el salón del trono, estaba rodeado de sus oficiales, de sus amigos, de sus criados, de su familia, viendo desfilar por delante de él a todas las corporaciones de París, que dejando sus jefes en palacio, iban en seguida a ocupar su puesto en el sitio que les estaba asignado de antemano debajo de las ventanas y en los patios del Louvre.

De esta manera podía Enrique abrazar de una vez con una sola mirada, y casi contar a todos sus enemigos, para lo cual tenía muy

buenos auxiliares; Chicot, oculto detrás de su real sillón, pronunciaba de vez en cuando algunas palabras a su oído; la reina madre le dirigía expresivas miradas, y no pocos de los partidarios menos notables de la Liga, más impacientes que sus jefes porque no sabían todos los secretos de la asociación, revelaban con sus imprudentes movimientos alguna cosa que el rey quería saber.

M. de Monsoreau apareció en el salón inesperadamente.

-¡Hola! -dijo Chicot-, mira, Enriquito, mira.

-¿Qué quieres que mire?

-Mira a tu hermano mayor, ¡pardiez! Que no te pesará; está bastante pálido y bastante enlodado para que merezca ser visto.

-Efectivamente, él es.

Hizo Enrique entonces una seña al montero mayor para que se acercase.

-¿Cómo es que estáis en el Louvre, señor

montero mayor? -preguntó Enrique-: yo os suponía en Vincennes ocupado en prepararnos una buena cacería.

-En efecto, señor, tenía preparado todo lo necesario para ella desde las siete de la mañana; mas viendo que eran cerca de las doce y que no iba nadie de París, temí que os hubiese sucedido alguna desgracia y me he apresurado a volver al Louvre.

-¿De veras? -dijo el rey.

-Si he faltado, señor, a mi obligación -agregó el conde-, no lo atribuyáis sino a un exceso de celo.

-Sí -repuso Enrique-, y estad seguro de que lo sé apreciar.

-Si Vuestra Majestad exige que vuelva a Vincennes -prosiguió el conde-, ahora que estoy ya tranquilo...

-No, no, quedaos, nuestro montero mayor; esa cacería era un capricho que tuvimos, y que

se ha pasado ya con tanta facilidad como vino: quedaos y no os alejéis, porque necesito tener junto a mí las personas que me son afectas, y vos mismo acabáis de colocaron entre aquellas con cuya adhesión puedo contar.

Monsoreau se inclinó con respeto.

-¿Adónde quiere Vuestra Majestad que me coloque? -preguntó el conde.

-Déjamele por media hora -dijo Chicot muy quedito al oído del rey.

-¿Para qué?

-Para hacerle rabiar: ¿qué te importa a ti? Ya sabes que me debes una indemnización por haberme hecho asistir a una ceremonia tan fastidiosa como la que nos prometes.

-Pues bien, tómale.

-Tengo la honra de preguntar a Vuestra Majestad dónde quiere que me coloque -dijo otra vez el conde.

-Creí haberos respondido; donde os plazca;

detrás de mi sillón, ,por ejemplo. Es el sitio que tengo destinado a mis amigos.

-Venid, pues nuestro montero mayor -dijo Chicot, cediéndole la mitad del terreno que se había reservado para él solo-; y oled un poco estos perillanes. ¡Cáscaras, señor conde, qué olorcillo! Ahora pasan los zapateros, o por mejor decir, han pasado ya; detrás vienen los curtidores: ¡voto a Cristo! nuestro montero mayor, que si perdéis el rastro de éstos, os he de quitar el título de vuestro destino.

M. de Monsoreau fingía escuchar, o más bien, escuchaba sin oír, lo que decía Chicot, porque estaba muy atareado mirando a su alrededor con una preocupación que no podía dejar de notar Enrique, mucho menos cuando Chicot tuvo cuidado de advertirle.

-¿Sabes -dijo muy quedito al rey-, lo que está cazando en este instante tu montero mayor?

-No: ¿qué es lo que caza?

-Está cazando a tu hermano el de Anjou.

-En todo caso -dijo Enrique riendo- no le ha ojeado todavía.

-No, está a la espera. ¿Te interesa que ignore adónde está?

-No me pesaría, lo confieso, que se engañase.

-Pues entonces voy a indicarle la pista; dicen que el lobo tiene el olfato de la zorra, y se engañará. Pregúntale dónde está la condesa.

-¿Con qué objeto?

-Pregúntaselo, y lo verás.

-Señor conde -exclamó Enrique-, ¿qué habéis hecho de madame de Monsoreau? No la veo entre las damas.

Estremecióse el conde como si una serpiente le hubiera mordido en el pie; Chicot se restregaba la punta de la nariz, guiñando el ojo a Enrique.

-Señor -respondió el montero mayor-, la

condesa estaba enferma, y como los aires de París no le prueban bien, ha salido esta noche luego de haber solicitado, y obtenido permiso de la reina, con su padre el barón de Meridor.

-¿Y hacia, qué parte de Francia se dirige? -preguntó el rey aprovechando aquella circunstancia para volver la cabeza mientras pasaban los curtidores.

-Al Anjou, señor,, su país natal.

-Lo cierto es -dijo Chicot con mucha gravedad-, que el aire de París no es provechoso para las mujeres embarazadas: *Gravidis uxorihus Lategtia inclimens.* Te aconsejo, Enrique, que imites el ejemplo del conde, y que envíes también fuera de París a la reina cuando lo esté.

Palideció Monsoreau, y miró enfurecido a Chicot, que con el codo apoyado en el real sillón y con la barba apoyada en la mano, observaba con gran atención cómo desfilaban los pasamaneros que venían inmediatamente de-

trás de los curtidores.

-¿Y quién os ha dicho, so impertinente, que la condesa se halla encinta? -dijo entre dientes Monsoreau.

-¿No lo está? -contestó Chicot-; suponer eso sería, a mi parecer, señor conde, mucho más impertinente.

-No lo está.

-Vaya, vaya -exclamó Chicot-; ¿lo has oído, Enrique? Parece que tu montero mayor ha cometido la misma falta que tú, y que no se ha acordado de juntar las dos camisas de Nuestra Señora.

Monsoreau apretó convulsivamente los puños, pero devoró su cólera en silencio después de haber lanzado a Chicot una mirada de odio y de amenaza, a la cual contestó el gascón calándose el sombrero, y moviendo la delgada y larga pluma que le adornaba, como hubiera hecho una serpiente.

Conoció el conde que había elegido mala ocasión para incomodarse, y se pasó la mano por la frente como si quisiese disipar las nubes que la obscurecían. Chicot se desenojó a su vez, y cambiando su aire de matón por la más graciosa sonrisa, añadió:

-La pobre condesa se va a aburrir soberanamente en el camino.

-Ya he dicho a Su Majestad -contestó Monsoreau-, que viajaba con su padre.

-Muy respetable es su padre en verdad, no digo que no, pero no es nada divertido; si no tuviera quien le distrajese por esos caminos más que su padre... pero felizmente...

-¿Qué? -preguntó precipitadamente.

-¿Qué, qué? -repitió Chicot.

-¿Qué quiere decir felizmente?

-¡Ah, ah! cometéis una elipsis, señor conde.

El conde se encogió de hombros.

-Perdonadme, nuestro montero mayor. La

forma interrogativa que acabáis de emplear se llama una elipsis: consultadlo si no con Enrique, que es buen filólogo.

-Sí -dijo el rey-; pero ¿qué significa tu adverbio?

-¿Qué adverbio?

-*Felizmente.*

Felizmente, significaba felizmente. Felizmente, he dicho, admirando de esa manera la bondad de Dios. Felizmente, he dicho porque ahora mismo van por esos caminos algunos amigos nuestros de los más galantes y chistosos, que si encuentran a la condesa la distraerán de fijo; y como siguen el mismo que ella -agregó negligentemente Chicot-, es muy probable que la encuentren. ¡Oh! desde aquí los veo; ¿los ves tú también Enrique? Los veo en un hermoso camino, caracoleando con sus caballos, y refriendo a la condesa mil graciosos lances que hacen descoyuntar de risa a la hermosa

dama.

Segundo puñal, más acerado que el prime-

ro, clavado en el pecho del montero mayor.

A pesar de todo, no podía M. de Monsoreau

dar rienda suelta a su cólera, porque estaba en

presencia del rey, y Chicot tenía un aliado en

Enrique, al menos por aquel momento; así, pues

con una afabilidad que atestiguaba lo mucho

que le había costado dominar su mal humor.

-¿Pues qué? -preguntó-, ¿tenéis amigos que

están en camino para Anjou?

-Deberíais decir tenemos, señor conde, por-

que los tales amigos lo son mucho más vuestros

que míos.

-Me admiráis -dijo el conde-; yo no conozco

a nadie que...

-¡Bien! haceos el desentendido.

-Os lo juro.

-Los tenéis, señor, y los queréis tanto ade-

más, que hace muy poco, por costumbre sin

duda, porque bien sabéis que están en el camino de Anjou, que hace muy poco los buscabais por costumbre entre la multitud, aunque en vano.

-¡Yo! -exclamó el conde-; ¿me habéis visto?

-Sí, os he visto, señor montero mayor, el más pálido de todos los monteros mayores pasados, presentes y futuros desde Nemrod hasta M. de Autefot, vuestro antecesor.

-M. Chicot.

El más pálido, repito: *Veritat veritatum.* Este es un barbarismo, puesto que nunca hubo más que una verdad, porque si hubiese dos verdades, una de las dos por lo menos sería verdad; mas no sois filólogo, señor conde.

-No, no lo soy, M. Chicot: por eso os suplicaré que volvamos directamente a esos amigos de quienes me estabais hablando, y que me hagáis el favor de nombrarlos por sus verdaderos nombres si la superabundancia de imaginación

que se nota en vos, os lo permite.

-Siempre lo mismo; buscadlos, señor montero mayor, buscadlos; ese es, ¡pardiez! vuestro oficio, el buscar animales, testigo el pobre ciervo que habéis levantado esta mañana, y que no debía aguardar tanto mal de vuestra parte. ¿Os gustaría, señor conde, que interrumpiesen vuestro sueño de un modo semejante?

Las miradas de Monsoreau erraban por la comitiva de Enrique.

-¡Cómo! -exclamó viendo un sitio vacío al lado del rey.

-Adelante -dijo Chicot.

-Monseñor el duque de Anjou -continuó el montero mayor.

-¡Ala, ala! -dijo el gascón-, ya ha levantado la caza.

-¡Se ha marchado hoy! -exclamó el conde.

-Se *ha* marchado hoy -respondió Chicot-, aunque también es posible que se *haya* marcha-

do anoche. No sois filólogo, príncipe mío, pero preguntad al rey que lo es. ¿Cuándo, es decir, a qué hora desapareció tu hermano, Enrique?

-Anoche -repuso el rey.

-El duque, se ha marchado el duque -dijo entre dientes Monsoreau, descolorido y temblando-. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué me decís, señor?

-Yo no digo -añadió el rey- que se haya marchado mi hermano; sólo digo que ha desaparecido anoche y que sus mejores amigos no saben donde está.

-¡Si pudiese creer eso! -exclamó el conde lleno de cólera.

-¿Qué haríais? Ved qué desgracia tan grande que mi hermano dijese algunas palabras agradables a madame de Monsoreau. Nuestro amigo Francisco es el galanteador de la familia; galanteaba por el rey Carlos IX cuando el rey Carlos IX vivía, y ahora galantea por el rey En-

rique III que tiene otras cosas de más importancia en qué ocuparse. Qué diablos, bueno es que haya en la familia un príncipe que represente la galantería francesa.

El duque, haberse marchado el duque: ¿estáis seguro, M. Chicot?

-¿Y vos, señor conde? -replicó Chicot.

Volvióse otra vez el montero mayor hacia el puesto que ocupaba ordinariamente el duque al lado de su hermano, y vio que continuaba vacío.

-Estoy perdido -balbuceó haciendo un movimiento tan marcado para huir, que Chicot le detuvo.

-Tranquilizaos, señor conde; os estáis moviendo sin cesar, lo cual incomoda al rey. Por mi vida, que quisiera hallarme en lugar de vuestra mujer, aunque no fuese más que para estar viendo todo el día junto a mí a un príncipe, y para oír a M. de Aurilly que toca el laúd

tan bien como el difunto Orfeo. ¡Qué suerte tiene vuestra mujer, qué suerte!

Monsoreau se estremeció de cólera.

-Poco a poco, señor montero mayor -prosiguió Chicot-, ocultad vuestra alegría, porque va a comenzar la sesión, y no es decente manifestar así las pasiones: oíd el discurso del rey.

El montero mayor se vio obligado a permanecer en su puesto, porque en efecto, el inmenso salón del Louvre se había llenado poco a poco; quedóse, pues, inmóvil y en la actitud que marcaba el ceremonial.

Toda la asamblea habíase sentado, y M. de Guisa acababa de entrar y de doblar la rodilla, delante del rey, no sin haber echado antes una inquieta mirada hacia el sitio en que debía ocupar monseñor el duque de Anjou.

Levantóse el rey. Los heraldos gritaron: silencio.

XLIX. CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

-Señores -dijo el rey en medio del más profundo silencio, después de haberse asegurado de que d'Epernon, Schomberg, Quelus y Maugiron, relevados de su puesto por una guardia de suizos, habían venido a colocarse detrás de su sillón-; señores, situados los reyes, por decirlo así, entre el cielo y la tierra, oyen igualmente la voz del Cielo y los clamores de sus súbditos, es decir, lo que manda Dios y lo que pide su pueblo. Comprendo muy bien que la reunión de todos los poderes en una sola mano para defender la fe católica debe ser una garantía de todos mis súbditos, y por eso he oído con tanto placer el consejo que nos ha dado nuestro primo el de Guisa. Declaro, pues, la Santa Liga bien y debidamente instituida y autorizada, y como es imprescindible que un cuerpo tan grande tenga una buena y poderosa cabeza, como es muy importante que el jefe llamado a

defender la iglesia sea uno de sus hijos más celosos, y que le impongan este sentimiento su misma naturaleza y su elevada posición he elegido un príncipe cristiano para ponerle a la cabeza de la Liga, y declaro que el jefe de la Liga se llamará de aquí en adelante...

Enrique hizo de propósito una pequeña pausa.

En medio de la quietud y silencio general hubiera llamado fuertemente la atención el ligero vuelo de un mosquito.

El rey repitió:

-Y declaro que el jefe de la Liga se llamará: Enrique de Valois, rey de Francia y de Polonia.

Al decir estas palabras alzó la voz con afectación como en señal de triunfo, para aumentar el entusiasmo de sus amigos, y también para desconcertar por completo a los partidarios de la Liga, cuyos sordos murmullos manifestaban con bastante claridad su descontento, su sor-

presa y su terror.

El duque de Guisa quedó como aniquilado; corrían por su frente gruesas gotas de sudor y dirigía miradas de despecho al duque de Mayena y a su hermano el cardenal, que estaban de pie en medio de dos grupos de jefes, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Monsoreau, más asombrado ahora que nunca de la ausencia del duque de Anjou, comenzó a tranquilizarse recordando las palabras de Enrique III. El duque podía en efecto haber desaparecido sin haber salido de París.

El cardenal se deslizó sin afectación por entre los grupos hasta que llegó al lado de su hermano, y le dijo al oído:

-Francisco, mucho me equivoco, o no estamos seguros aquí; apresurémonos a despedirnos porque no podemos ya contar con el pueblo, y el rey a quien ayer odiaba va a ser su ídolo por algunos días.

-Vámonos -contestó Mayena-; aguarda aquí a nuestro hermano, que yo voy a preparar todo lo necesario para nuestra marcha.

-Adiós.

El rey, en tanto había firmado el primero el acta de este solemne nombramiento que se hallaba preparado sobre una mesa, extendida de antemano por M. de Morvilliers, el único que, además de la reina madre, tenía conocimiento del secreto, y luego que firmó, dijo gangueando a M. de Guisa, en el tono burlón que empleaba cuando estaba seguro de desbaratar los proyectos de sus enemigos.

-Firmad, mi buen primo.

Y le alargó la pluma.

Luego, señalando el sitio con la punta del dedo:

-Ahí, ahí -le dijo-, debajo de mí: dad la pluma al cardenal y al duque de Mayena.

Mas el duque de Mayena estaba ya al ex-

tremo de la escalera, y el cardenal había pasado a otra pieza. El rey hizo notar su ausencia.

-Entonces dádselas al montero mayor.

Firmó el duque, pasó la pluma al montero mayor y en seguida hizo un movimiento para retirarse.

-Aguardaos -dijo el rey.

Y mientras Quelus cogía la pluma con insultante sonrisa de manos de M. de Monsoreau, y no sólo toda la nobleza presente, sino también todos los jefes de las corporaciones convocadas para este grande acto se disponían a firmar por debajo del rey en dos hojas en blanco, que debían servir de cabeza a los registros en donde había firmado la víspera todo el mundo, grandes y pequeños, nobles y villanos, decía el rey al duque de Guisa:

-Primo mío, erais de mi opinión, me parece, de que debía formarse un buen ejército con las fuerzas de la Liga para defensa de nuestra ca-

pital; ya está creado el ejército, y con gran acierto puesto que el general que naturalmente debe mandar a los parisienses es el rey.

-En efecto, señor -respondió el duque, sin saber a punto fijo lo que decía.

-Pero no he olvidado -prosiguió el rey- que tengo otro ejército, cuyo mando corresponde al primer guerrero del reino; yo mandaré la Liga; vos, primo mío, id a mandar el ejército.

-¿Y cuándo me he de poner en camino? -preguntó el duque.

-Al momento -contestó el rey.

-Enrique, Enrique -dijo Chicot, á quien la etiqueta impedía acercarse al rey para interrumpir el discurso de Su Majestad como hubiera deseado.

Mas como no le oyó el rey, o si le oyó no entendió lo que quería decir, se adelantó reverentemente hasta Enrique llevando en la mano una enorme pluma, y cuando estuvo cerca, le dijo al

oído:

-Calla; necio, calla.

Ya era tarde; el rey había anunciado al duque su nombramiento según hemos visto y le entregaba el real despacho firmado de antemano a pesar de todos los gestos y de todos los movimientos que hacía el gascón.

Tomó el duque de Guisa su nombramiento y desapareció; el cardenal le estaba aguardando a la puerta del real salón, y el duque de Mayena les esperaba a los dos a la puerta del Louvre.

Montaron a caballo sin perder tiempo, y diez minutos después se hallaban a tres leguas de París.

El resto de la asamblea se fue retirando poco a poco; unos gritaban: ¡viva el rey! Otros: ¡viva la Liga!

-Por lo menos -exclamó Enrique riéndose-, he resuelto un gran problema.

-¡Oh, sí! -murmuró Chicot-, eres un gran

matemático.

-Indudablemente -repuso el rey-; haciendo dar a todos estos pícaros esos dos gritos opuestos, he logrado hacerles gritar una misma cosa.

-*Sta bene* -dijo la reina madre a Enrique, apretándole la mano.

-Casi has asesinado a los Guisa de un golpe -.repuso Chicot algo mohíno-; todo va a ser ya arroyitos de miel.

-Señor, señor -dijeron los favoritos, aproximándose tumultuosamente al rey-, ¡qué ocurrencia tan sublime ha tenido Vuestra Majestad!

-Ya creen que les va a llover dinero como si fuera maná -dijo Chicot al otro oído del rey.

Enrique fue llevado en triunfo a su habitación, pero en medio del cortejo que acompañaba al rey, iba Chicot, desempeñando el papel de los antiguos directores, sin dejar un instante de lamentarse.

La constancia de Chicot y el afán con que

procuraba recordar al semidiós de aquel gran día que no era tan sólo un hombre, llamó tanto la atención del rey que despidió a todo el mundo y se quedó solo con Chicot.

-¿Sabéis, maese Chicot -dijo Enrique acercándose al gascón-, que no estáis jamás contento, y que eso es muy pesado e insufrible?

-Tienes razón, Enrique, porque esto es lo que más necesitas.

-¿Convendrás por lo menos en que está bien dado el golpe?

-Precisamente en eso es en lo que no quiero convenir.

-¡Ah! ¿tienes envidia, señor rey de Francia?

-Dios me libre de ello; en todo caso envidiaría otras cosas mejores.

-¡Vive Cristo, señor censurador!

-¡Oh, que amor propio tan estupendo!

-Vamos a ver; ¿soy o no soy el rey de la Liga?

-Sí, lo eres, no se puede negar, mas...

-¿Pero qué?

-Pero no eres el rey de Francia.

-¿Pues quién es entonces rey de Francia?

-Todo el mundo menos tú; en primer término tu hermano.

-¿Mi hermano? ¿De quién quieres hablar?

-¡Pardiez! de M. de Anjou.

-A quien tengo preso. ¿Por quién está consagrado?

-Por el cardenal de Guisa; verdaderamente, Enrique, que puedes estar ufano con tu policía, es consagrado un rey en París delante de treinta y tres personas, en la iglesia de Santa Genoveva, y no obstante tú no sabes nada.

-¡Hola! ¿Y tú lo sabes?. .

-Sí que lo sé.

-¿Y cómo haces para saber lo que yo no puedo saber?

-¡Ah! porque tu policía está a cargo de M. de

Morvilliers, y la mía está solamente a mi cuidado.

Las cejas de Enrique se contrajeron fuertemente.

-Sin contar, pues, a Enrique de Valois, tenemos ya como rey de Francia a Francisco de Anjou, y después, tenemos también -agregó Chicot, aparentando recordar algún nombre-, tenemos también al duque de Guisa.

-¿El duque de Guisa?

-El duque de Guisa, Enrique de Guisa, Enrique el de la cara cortada. Repito que tenemos también al duque de Guisa.

-Vaya un rey, a quien yo destierro enviándole al ejército.

-¡Bueno! Como si no te hubiesen desterrado a ti a Polonia; como si no hubiese menos de la Caridad al Louvre que de Polonia a París. Cierto es que le has enviado al ejército, y en eso se conoce principalmente tu habilidad y tu previ-

sión, le envías al ejército, es decir, pones a sus órdenes treinta mil hombres: y ¡qué ejército, vive Cristo!... un verdadero ejército que en nada se asemeja al ejército de la Liga. No, no... un ejército de paisanos es bueno para Enrique de Valois; pero Enrique de Guisa necesita un ejército de soldados valientes, aguerridos, chamuscados con la pólvora y capaces de devorar veinte ejércitos como el de la Liga, de manera que si a Enrique de Guisa, que ya es rey de hecho, le diese un día el necio capricho de serlo también en el nombre, no le costaría más trabajo que volver sus trompetas hacia la capital, y decir: "Adelante, apoderémonos de París tan sólo con intentarlo, y también del Louvre y de Enrique de Valois."

-Sólo que olvidáis una cosa, señor ilustre político -dijo el rey.

-Posible es, en verdad, sobre todo, si lo que olvido es algún cuarto rey.

-No, olvidáis -dijo Enrique con desdén-, qué para aspirar a la corona de Francia, cuando está colocada en las sienes de un Valois, es necesario mirar atrás y tener en cuenta los antepasados. Que a M. de Anjou se le ocurra tal idea, pasa, porque su estirpe es digna de tanto honor, y sus abuelos lo son también míos; puede luchar conmigo, porque no hay más diferencia entre nosotros que la primogenitura. Mas M. de Guisa. . Vamos, M. Chicot, estudiad un poco el blasón, amigo nuestro, y luego nos diréis si las flores de lis de Francia no son de mejor casa que los pajarillos de la de Lorena.

-En eso precisamente está el error -contestó Chicot.

-¡Cómo! ¿en qué está el error?

-En eso; M. de Guisa es de mucho mejor casa que lo que tú crees.

-¿Acaso de mejor casa que yo? -dijo Enrique con una sonrisa.

-Y sin acaso, querido Enriquito.

-Estáis loco, M. Chicot.

-Como que ese es mi título y mi oficio.

-Yo digo loco de veras, loco rematado. Anda a aprender a leer, amigo.

-Mira, Enrique -prosiguió Chicot-, pues tú que sabes leer y que no tienes como necesidad de volver a la escuela, lee aquí un poco.

Y extrajo del pecho el pergamino en que Nicolás David había escrito la genealogía de que ya tenemos noticia, la misma que había vuelto de Aviñón aprobada por el Papa, Y según la cual Enrique de Guisa descendía de Carlomagno.

Púsose Enrique pálido conforme iba leyendo el pergamino, y mucho más cuando conoció al lado de la firma del legado el sello del Santo Padre.

-¿Qué me dices ahora, Enrique? -interrogó Chicot-. Parece que las flores de lis han queda-

do un poco desairadas: me parece ¡pardiez! que los pajarillos de la Lorena quieren volar tan alto como el águila de César; ve con cuidado, hijo mío, bien puedes estar prevenido.

-¿Pero cómo te has apoderado de esa genealogía?

-Yo no me ocupo de estas cosas; ella ha venido a buscarme sola.

-¿Y dónde se encontraba antes de venir a buscarte?

-Debajo de la almohada de un abogado.

-¿Cómo se llamaba?

-Maese Nicolás David.

-¿Dónde vive?

-En Lyon.

-¿Y quién ha ido a Lyon a sacarla de debajo de la almohada de ese abogado?

-Un amigo mío.

-¿A qué se dedica ese amigo?

-Predica.

-¿Luego es fraile?

-Justamente.

-¿Y se llama?

-Gorenflot.

-¡Cómo! -exclamó Enrique-, ¿ese odioso panegirista de la Liga que pronunció un discurso incendiario en Santa Genoveva, y que me estaba insultando ayer en las calles de París?

-¿No recuerdas la historia de Bruto, que se hacía el loco?...

-Luego tu amigo es un profundo político.

-Ya habréis oído hablar de M. Machiavelli, secretario de la República de Florencia, del cual es discípula vuestra madre.

-Entonces sustrajo al abogado este documento.

-Sustraído no, precisamente; se le ha quitado a la fuerza.

-¿A Nicolás David, a ese espadachín?

-A Nicolás David, a ese espadachín.

-¡Cómo! ¿es valiente ese fraile?

-Como Bayard.

-Y habiendo dado tan buen golpe, ¿cómo no se ha presentado a recibir la recompensa?

-Ha vuelto a entrar con humildad en su convento, y no pide más que una cosa, que se olvide que ha salido de él.

-¿Es modesto?

-Como San Crispín.

-A fe de caballero, Chicot, he de dar a tu amigo la primer abadía que vaque -exclamó el rey.

-Te doy las gracias en su nombre, Enrique.

Y luego se dijo a sí mismo:

-Ya le tenemos entre Mayena y Valois; entre una cuerda y una prebenda; ¿será ahorcado, o será nombrado abad? Difícil sería pronosticarlo. En todo caso, si todavía está durmiendo, debe soñar en este momento cosas muy agradables.

L. ETOCLES Y POLINICE

Aquel famoso día concluía tan tumultuoso y brillante como había empezado.

Los amigos del rey se regocijaban; los predicadores de la Liga se preparaban a canonizar al hermano Enrique, y preconizaban, como en otra época hicieran con San Mauricio, los grandes hechos de armas de que Valois había sido el héroe en su juventud.

Los favoritos decían:

-Por fin ha despertado el león.

Los de la Liga decían:

-Al fin adivinó la zorra adónde estaba la trampa.

Y como en el carácter de la nación francesa domina principalmente el amor propio, y los franceses no obedecen con gusto a jefes de una inteligencia inferior, los mismos conspiradores se regocijaban de que les hubiese engañado el rey.

Verdad es que los principales se habían puesto en salvo: los tres príncipes de Lorena habían abandonado a París a toda prisa, y su agente principal, M. de Monsoreau, iba a salir del Louvre para hacer los preparativos de marcha, con objeto de alcanzar al duque de Anjou; pero al tiempo de ir a poner el pie fuera del Louvre, se llegó a él Chicot. Los partidarios de la Liga se habían marchado ya de palacio, y el gascón nada tenía que temer por su rey.

-¿Adónde vais con tanta precipitación, señor montero mayor?

-A reunirme a Su Alteza.

-¿Vais a buscar a Su Alteza?

-Sí, monseñor me tiene con cuidado; porque en estos tiempos no pueden ponerse en camino los príncipes sin una buena escolta.

-¡Oh! -repuso Chicot-, éste es tan valiente como temerario.

El montero mayor miró al gascón atenta-

mente.

-En todo caso -agregó Chicot-, si os tiene con cuidado, también a mí.

-¿Quién?

-¿Quién ha de ser? Su Alteza.

-¿Por qué?

-¿No sabéis lo que se dice?

-Que se ha marchado: ¿no es eso?

-Se dice que ha muerto -contestó muy quedito Chicot al oído de su interlocutor.

-¡Bah! -exclamó Monsoreau con una entonación de sorpresa que no estaba exenta de alegría-; decíais que estaba en camino.

-Me lo han hecho creer, porque me conduzco siempre de tan buena fe, que me trago todas las bolas que me cuentan; pero ahora, ya veis que tengo motivo para creer, que si está en camino el pobre príncipe, es en camino para el otro mundo.

-¿Qué os hace concebir esas fúnebres ideas?

-Ayer volvió al Louvre, ¿no es verdad?

-Sin duda alguna, porque entré yo con él.

-Pues bien: nadie le ha visto volver a salir.

-¿Del Louvre?

-No.

-¿Pero y Aurilly?

-Ha desaparecido.

-¿Y sus sirvientes?

-Han desaparecido, han desaparecido.

-¿Es todo eso una burla, M. Chicot?

-Preguntad.

-¿A quién?

-Al rey.

-A Su Majestad no se le pregunta.

-Es el único modo de saber la verdad.

-Vamos -dijo el conde-, no puedo resistir al deseo de salir de dudas.

Y separándose de Chicot, o más bien, caminando delante de él, se dirigió al gabinete del rey.

Su Majestad acababa de salir.

-¿Adónde ha ido el rey? -interrogó el montero mayor-. Tengo que darle cuenta del cumplimiento de algunas órdenes que me ha comunicado.

-A la habitación de monseñor el duque de Anjou -le contestó el criado a quien se dirigía.

-¡A la habitación de monseñor el duque de Anjou! -dijo el conde á Chicot-. ¿Luego no ha muerto el príncipe?

-¡Psé! -repuso el gascón-, casi soy ahora de la misma opinión.

El montero mayor se confundía al principio; pero luego se convenció de que el duque no había salido del Louvre; algunos rumores que llegaron a sus oídos y las idas y venidas de los criados, y como ignoraba las verdaderas causas de la ausencia del príncipe en un momento tan decisivo, su admiración iba siempre en aumento.

El rey había ido en efecto al cuarto del duque de Anjou; el montero mayor, a pesar del gran deseo que tenía de saber lo que había acontecido al príncipe, no podía entrar en él, estando el rey, y tuvo que esperar en la galería.

Ya hemos dicho que los cuatro favoritos, para asistir a la sesión regia, se habían hecho relevar por una guardia de cuatro suizos, pero así que terminó la ceremonia, les llevó al lado de Su Alteza el deseo de comunicarle noticias desagradables y de referirle el brillante triunfo del rey; este deseo pudo más que el aburrimiento que les dominaba mientras montaban la guardia a Su Alteza y volvieron a su puesto, posesionándose Schomberg y d'Epernon de la sala, y Maugiron y Quelus del gabinete del duque.

Francisco, por su parte, estaba también mortalmente aburrido, y un tanto temeroso de la suerte que le preparaba su hermano, a lo cual

hay que añadir, que la conversación de los cuatro jóvenes no era la más a propósito para distraerle.

-Sabes -decía Quelus a Maugiron de un extremo a otro del gabinete y como si no estuviese allí el príncipe-, sabes que hace una hora que he principiado a conocer lo mucho que vale nuestro amigo Valois: realmente es un gran político.

-Explícate -respondió Maugiron acomodándose en un sillón.

-El rey ha hablado públicamente de la conspiración, luego tenía noticias de ella y disimulaba: si disimulaba era porque la temía, y si ahora ha hablado en público de ella, es porque ya no la teme.

-Discurres lógicamente -contestó Maugiron.

-Si no la teme ya, la castigará; porque harto conoces a Valois, en quien resplandecen, a la verdad, un gran número de eminentes cualidades, entre las cuales no se cuenta, sin embargo,

la clemencia.

-Conforme.

-Si castiga, pues, la susodicha conspiración, será por medio de un proceso, y siendo por medio de un proceso, gozaremos sin molestarnos de la segunda representación del drama de Amboise.

-¡Magnífico espectáculo, vive Dios!

-Sí, en el cual ya tenemos señalado nuestro sitio, a menos que...

-A menos que...

-A menos que... porque es muy posible... a menos que la posición de los acusados sea causa de que se prescinda de las formas judiciales, y se termine el asunto a cencerros tapados, como suele decirse.

-Soy de ese parecer; así es como se arreglan generalmente los asuntos de familia, y esta conspiración no es más que un asunto de familia.

Aurilly miró aterrado al príncipe.

-Lo que puedo decir -prosiguió Maurigon-, es que si yo me hallase en lugar del rey, no perdonaría a las cabezas principales, porque son doblemente más culpables que los otros, cuando conspiran, los que por su elevada posición creen que les es permitido conspirar impunemente: digo, pues, que yo castigaría sin compasión a uno o a dos, a uno principalmente, y luego mandaría arrojar al río a todos los demás. El Sena lleva mucha agua por debajo de la Torre de Nesle, y en lugar del rey no resistiría, a fe, a la tentación.

-En tal caso -agregó Quelus-, no sería malo resucitar la famosa invención del saco.

-¿Qué invención es esa? -preguntó Maugiron.

-Un capricho real que data del año 1350 poco más o menos: le explicaré: se introduce a un hombre dentro de un saco en compañía de tres

o cuatro gatos, y luego se tira el saco al agua. Como los gatos no pueden sufrir la humedad, apenas han caído al Sena culpan al hombre de su mala ventura y se vengan de él; y deben de pasar cosas muy graciosas y que desgraciadamente no pueden ser vistas.

-Ya veo, Quelus, que eres un pozo de ciencia, y que tu conversación es de las más interesantes.

-Podría eximirse de esta clase de castigo a los jefes, que siempre tienen derecho a reclamar el privilegio de ser decapitados en la plaza pública, o de ser asesinados en algún rincón; pero como tú acabas de decir, se debía aplicar a todos los demás, a los favoritos a los escuderos, a los posaderos, a los músicos...

-Señores -dijo Aurilly pálido de espanto.

-No respondas, Aurilly -exclamó Francisco-; eso no puede dirigirse a mí, ni, por consiguiente, a las gentes de mi casa; en Francia no se bur-

la nadie de los príncipes de la sangre.

-No -repuso Quelus-, se les trata con mucha más formalidad, se les corta la cabeza; así lo hacía el gran rey Luis XI, testigo M. de Nemours.

A tal punto de su conversación llegaban los favoritos, cuando se abrió la puerta del gabinete y apareció el rey. Francisco se puso de pie.

-Señor -exclamó-, apelo a vuestra justicia de los malos tratamientos que me hacen sufrir vuestros amigos.

Enrique no oyó, o fingió no haber oído a su hermano.

-Buenos días, Quelus -dijo, besando a su favorito en las mejillas-, buenos días, hijo mío, el verte me alegra el corazón; y tú, pobre Maugiron, ¿cómo te va?

-Aburrido a no poder más -respondió Maugiron-; cuando me encargué de guardar a vuestro hermano creí que era una ocupación más

divertida; pero ¡qué príncipe tan fastidioso!

Parece imposible que sea hijo de vuestro padre

y de vuestra madre.

¿Lo oís, señor -interrumpió Francisco-, es

vuestra real intención que insulten de este mo-

do a vuestro hermano?

-Silencio -dijo Enrique sin volver la cabeza-,

no me gusta que mis presos se quejen.

-Estaré preso cuanto tiempo os plazca, pero

no por eso dejo de ser vuestro...

-El título que invocáis es precisamente el

que os pierde; porque mi hermano culpable, es

culpable dos veces.

-¿Y si no lo fuese?

-Lo es.

-¿De qué crimen?

-De haberme ofendido.

-Señor -dijo Francisco humildemente-, ¿por

qué han de presenciar personas extrañas nues-

tras disputas de familia?

-Tenéis razón. Amigos míos, dejadme hablar un instante a solas con mi hermano.

-Señor -dijo Quelus al oído del rey-, no es prudente que Vuestra Majestad se quede solo entre dos enemigos.

-Me llevaré a Aurilly -añadió Maugiron al oído del rey.

Y entre los dos favoritos se llevaron a Aurilly, que se moría de impaciencia y de curiosidad.

-Ya estamos solos -dijo el rey.

-Esperaba este momento con impaciencia, señor.

-Y yo también; ¡ah! queréis quitarme la corona, mi digno Etocles. ¡El medio de que os valéis es la Liga, y el fin que perseguía, el trono! ¡Ah! Os han consagrado en un extremo de París, en una iglesia insignificante, para mostraros luego a los parisienses ungido con el Santo Oleo.

-Pero -contestó Francisco, que veía al rey montar en cólera-, Vuestra Majestad no me deja hablar.

-¿Para qué? Para mentir; o para decirme, por lo menos, cosas que sé tan bien como vos; aunque no las diríais, hermano mío, no, porque confesar lo que habéis hecho, sería confesar que merecéis la muerte. Mentiríais, y quiero ahorraros esa vergüenza.

-Hermano, hermano mío, ¿queréis envilecerme con semejantes ultrajes?

-Si las verdades son ultrajes, entonces yo soy el que miento, y me alegraría mentir. Veamos, hablad, hablad, ya os oigo; probadme que no sois desleal, y que no sois traidor, lo cual es mucho peor.

-No sé lo que quiere decir Vuestra Majestad, que se ha propuesto hablar en enigmas.

-Pues entonces voy a explicaros mis palabras -repuso Enrique en tono amenazador-;

habéis conspirado contra mí, sí, del mismo modo que conspirábais en tiempos pasados contra mi hermano Carlos; sin otra diferencia, que antes os ayudaba el rey de Navarra, y ahora os habéis unido con el duque de Guisa. Admiro, en verdad, ese bello proyecto que te ha señalado un puesto distinguido en la historia de los usurpadores; antes te arrastrabas como una serpiente y hoy quieres morder como un león; detrás de la perfidia, está siempre la fuerza, detrás del veneno, la espada.

-¡El veneno! ¿Qué queréis decir? -exclamó Francisco pálido de ira, y buscando, como el Etocles a quien su hermano le había comparado, un sitio en donde herir a Polinice con sus miradas de fuego a falta de espada y de puñal-. ¿De qué veneno habláis?

-Del veneno con que asesinaste a nuestro hermano Carlos; del veneno que destinabas a tu cómplice Enrique de Navarra. Es ya muy cono-

cido ese veneno fatal; nuestra madre ha usado de él muchas veces: sin duda por eso has renunciado tú a emplearle contra mí; por eso habrás querido echarla de valiente capitán y ponernos la ley mandando los ejércitos de la Liga. Pero mirame bien, Francisco -prosiguió Enrique dando un paso amenazador hacia su hermano-, mírame bien, y convéncete de que un hombre de tu temple no matará nunca a un hombre del mío.

Quedó Francisco anonadado bajo el peso de esta terrible acusación, y el rey continuó sin consideración ni piedad para con el preso.

-¡La espada! ¡La espada! Quisiera verte en este mismo gabinete solo conmigo, con una espada en la mano. Te he vencido siempre en la intriga, Francisco, porque también yo he seguido caminos tortuosos para subir al trono de Francia; mas para llegar a él era preciso pasar sobre el cuerpo de un millón de polacos. Si que-

réis ser intrigante, sedlo de este modo; si queréis imitarme, imitadme; pero no conspiréis bajamente, imitad mis intrigas, que son intrigas reales, astucias dignas de un capitán; te repito que has sido derrotado en esta clase de combate, y que en un combate leal quedarías muerto; no pienses en luchar ni de un modo ni de otro, porque desde hoy me conduciré como rey, como amo, como déspota; desde hoy vigilaré todos tus conciliábulos, y a la menor duda, pongo mi poderosa mano sobre ti, miserable, y te entrego sin compasión al hacha del verdugo.
Esto era lo que tenía que decirte, hermano, sobre nuestros asuntos de familia; para esto deseaba hablarte a solas, frente a frente: ahora voy a mandar a mis amigos que te dejen solo esta noche, para que puedas meditar sobre lo que te acabo de decir. Si es verdad que la noche da buenos consejos, aun debe aconsejar mejor a los presos.

-¿Y por un capricho de Vuestra Majestad -murmuró el duque-, por una sospecha que se parece mucho a un sueño, he de caer en desgracia?

-Algo más, Francisco: has caído en poder de mi justicia.

-Mas, señor, señalad al menos el término de mi cautiverio.

-Le sabréis cuando se os lea vuestra sentencia.

-¡Madre mía! ¿No podré ver a mi madre?

-¿Para qué? No había en el mundo más que tres ejemplares del célebre libro de caza que devoró mi pobre hermano Carlos, y los otros dos se encuentran, el uno en Florencia y el otro en Londres. Por otra parte yo no soy un Nemrod como mi pobre hermano. Adiós, Francisco.

El príncipe cayó aterrado en un sillón.

-Señores -exclamó el rey volviendo a abrir la puerta-, el duque de Anjou me ha pedido per-

miso para reflexionar esta noche con toda libertad la respuesta que me ha de dar mañana por la mañana; por lo tanto, le dejaréis solo en su gabinete, salvo las visitas de precaución que de cuando en cuando creáis oportuno hacerle. Acaso le encontraréis un poco exaltado por la conversación que acabamos de tener, pero acordaos que el duque de Anjou, al conspirar contra mí, ha renunciado el título de hermano; aquí no hay, por lo tanto, más que un preso y sus guardianes, no hay que tratarle con ceremonia; si el preso os ofende, avisadme, porque tengo a mano la Bastilla, y en la Bastilla a maese Lorenzo Testu, el primer hombre del mundo para domar a las personas de genio irascible.

-Señor, señor -exclamó Francisco, tentando el último esfuerzo-; acordaos que soy vuestro...

-También creo que érais hermano del difunto rey Carlos IX. -Pero se permitirá venir a mis gentes...

-¿Os quejáis aún, cuando me privo yo de mis amigos para que os acompañen?

Y salió Enrique dando con la puerta en el rostro a su hermano, que se dejó caer pálido y aterrado en un sillón.

LI. NO SIEMPRE SE PIERDE EL TIEMPO REGISTRANDO ARMARIOS VACIOS

La conversación que acababa de tener el duque de Anjou con el rey, le hizo creer que estaba en una posición desesperada: los cuatro favoritos le contaron todo lo que había pasado en el Louvre, y no contentos con esto, le pintaron la derrota de los Guisas y el triunfo de Enrique más completos que lo eran realmente; además había oído gritar al populacho, lo cual al principio le parecía incomprensible: viva el rey y viva la Liga a un mismo tiempo. Le habían abandonado los jefes principales, porque tenían también que defender sus personas: se veía abandonado de su familia, diezmada por

los asesinatos y por los envenenamientos, dividida por odios y rencillas; y echaba de menos, con pesar, los tiempos pasados que le había citado Enrique acordándose de que en su lucha contra el rey Carlos IX tenía por confidentes y auxiliares, o mejor dicho, por incautos instrumentos a dos amigos fieles, a dos espadas de fuego, que se llamaban Cotonnas y La Mole.

El sentimiento que causaba haber perdido algunas ventajas, es el único remordimiento de que son capaces muchas conciencias. Cuando el duque de Anjou se halló sólo y aislado, sintió por la primera vez de su vida una especie de remordimiento de haber sacrificado a La Mole y a Cotonnas: en aquellos tiempos le amaba así mismo y le consolaba su hermana Margarita; ¿cómo había recompensado este cariño?

Quedaba su madre, la reina Catalina; pero su madre no le había querido nunca. Se había servido de el como de otros muchos, es decir,

como un instrumento, y por lo demás, Francisco se hacía la justicia de conocer que cayendo en mano de su madre, no podía disponer de sí mismo, ni seguir el rumbo que más le conviniese; quedaría en la misma situación que un buque en medio del Océano, cuando ruge la tempestad.

Pocos momentos antes tenía todavía junto a sí un corazón que valía por todos aquellos corazones, una espada que valía por muchas espadas. Entonces se acordó de Bussy, del fiel y valiente Bussy; entonces sintió una cosa muy parecida a los remordimientos, porque se había enajenado el afecto de Bussy por agradar a Monsoreau; estuvo tan complaciente con Monsoreau, porque el montero mayor sabía su secreto, con el cual le estaba siempre amenazando Monsoreau, había llegado sin saber cómo, a oídos del rey; de manera que ya no era temible el que le sabía.

Riñera pues con Bussy inútil y gratuitamente, lo cual, como ha dicho luego un gran político, era mucho más que un crimen, era una falta.

¡Cuánto habría variado la situación del príncipe si hubiese sabido que Bussy, Bussy reconocido, y por lo tanto fiel, velaba por él! Bussv el invencible, Bussy el corazón leal, Bussy el favorito de todo el mundo, porque un corazón leal y un brazo vigoroso proporcionan siempre muchos amigos a todo el que ha recibido el primero de Dios, y de la casualidad el segundo.

Si Bussy hubiese velado por él, era muy probable obtener la libertad, y tenía segura la venganza; pero, como hemos dicho, ofendido Bussy en lo más íntimo de su corazón, estaba muy incomodado con el príncipe, se había retirado, y el preso se hallaba solo con cincuenta pies de altura que bajar para llegar al foso, y

con cuatro hombres que poner fuera de combate para llegar al corredor. Sin contar que los patios estaban llenos de suizos y de soldados.

Miraba de vez en cuando por la ventana, calculando exactamente la profundidad del foso, pero había una altura capaz de desalentar a los más valientes, y el duque de Anjou estaba muy lejos de serlo.

De hora en hora entraba uno de los guardianes del príncipe, unas veces Schomberg, otras Maugiron, tan pronto d'Epernon como Quelus, y sin tener en cuenta que estaba allí el príncipe, a menudo sin saludarle siquiera, hacían su requisa, abriendo las puertas y las ventanas, registrando los armarios y los baúles, mirando debajo de las camas y de las mesas, observando si las cortinas se hallaban en su sitio, y asegurándose de que no había cortado las sábanas en tiras. También se solían asomar al balcón, y los cuarenta y cinco pies de altura que te-

nía éste, les quitaba todo recelo.

-A fe mía -dijo Schomberg, al volver una vez de la requisa-, renuncio a entrar más en el cuarto del preso, y no pienso volverme a mover del salón, ni despertarme otra vez para visitar de cuatro en cuatro horas al duque de Anjou.

-En eso se conoce -repuso d'Epernon-, que somos unos niños, o que hemos sido siempre capitanes y nunca soldados, puesto que no sabemos interpretar una consigna.

-¿Por qué? -preguntó Quelus.

-¿Qué nos ha encargado el rey? -continuó d'Epernon-, que guardemos al duque de Anjou, y no que le estemos mirando.

-Tanto mejor -dijo Schomberg-, porque es muy bueno guardar, pero muy feo para que nos entretengamos en mirarle.

-Sí -observó Maugiron-, mas no nos descuidemos porque el diablo es muy astuto.

-Lo será -replicó d'Epernon-; pero me pare-

ce que no basta ser astuto para pasar por entre cuatro valientes como nosotros.

Y contoneándose d'Epernon al expresarse así, se retorcía fieramente los bigotes.

-Tiene razón -dijo Quelus.

-¡Vaya! -agregó Schomberg-: ¿crees por ventura que el duque de Anjou es tan necio que trate de escaparse justamente por esta galería? Si se empeña absolutamente en escaparse, hará un agujero en la pared.

-¿Con qué? no tiene arma ninguna.

-Pero hay ventanas -respondió tímidamente Schomberg-, recordando que él mismo había medido la profundidad del foso.

-¡Ah! ¡las ventanas! -exclamó d'Epernon: bravo, amigo Schomberg, ¡las ventanas! ¿Es decir, que tú saltarías de una altura de cuarenta y cinco pies?

-Declaro que cuarenta y cinco pie...

-Y él, que cojea, y es pesado y perezoso co-

mo...

-Como tú -dijo Schomberg.

-Bien sabes, querido -repuso d'Epernon-,

que no tengo miedo, más que a los fantasmas y

eso consiste en mi nervioso temperamento.

-Consiste -dijo Quelus, con mucha grave-

dad- en que todos los que ha matado en desafío

se le han aparecido aquella misma noche.

-No lo tomemos a risa -continuó Maugiron-,

yo he leído una porción de evasiones increíbles,

valiéndose de las sábanas, por ejemplo.

-En esa parte es muy sensata la observación

de Maugiron, porque yo he visto en Burdeos a

un preso que se fugó con las sábanas de su ca-

ma.

-¿Le viste tú?

-Sí -continuó d'Epernon-, por cierto que te-

nía partido el espinazo y hecha una torta la ca-

beza: faltaban a la sábana unos treinta pies para

llegar al suelo, de modo que se vio obligado a

saltar para completar la evasión, y su cuerpo se escapó de la cárcel, pero al mismo tiempo se escapó su alma de su cuerpo.

-Además -repuso Quelus-, si se escapa, tendremos que dar caza a un príncipe de la sangre; le perseguiremos, le alcanzaremos, le cercaremos; y cuando le tengamos cercado, como que no hacemos nada, le romperemos alguna cosa.

-Y entonces, pardiez -dijo Maugiron-, haremos el papel que nos corresponde; nosotros somos cazadores y no carceleros.

Estas observaciones parecieron concluyentes y comenzaron a hablar de otra cosa, después de haber decidido, no obstante, que continuarían visitando de hora en hora a Su Alteza el duque de Anjou.

Tenían razón los favoritos para pensar que el duque de Anjou no intentaría nunca huir a viva fuerza y que además tampoco se decidiría

nunca a efectuar una fuga difícil y peligrosa.

No porque faltase imaginación al digno príncipe, antes debemos decir, que su imaginación trabajaba sin descanso, mientras se paseaba desde su lecho al famoso gabinetito que ocupara tres noches seguidas La Mole, cuando le recogió Margarita el día de San Bartolomé.

De vez en cuando acercaba el príncipe su pálido rostro a los vidrios de la ventana que daba sobre los fosos del Louvre; más allá del foso se extendía un arenal, se percibía en medio de la obscuridad el Sena, cuyas aguas corrían tranquilas y lisas como la luna de un espejo. A la otra orilla del río se alzaba la Torre de Nesle como una especie de gigante inmóvil.

El duque de Anjou había observado la postura del sol en todas sus fases, siguiendo también con el interés que conceden los presos a esta clase de espectáculos la degradación de la luz, y los progresos de la sombra; contempló al

antiguo París con sus techos, dorados a una hora de distancia por los últimos rayos del sol, y plateados por la primera claridad de la luna; luego se apoderó de él un fuerte espanto viendo que se iban amontonando poco a poco en el cielo inmensas nubes y que presagiaban una buena tempestad. Entre otras muchas debilidades, el duque de Anjou tenía la de temblar cuando oía rugir la tempestad sobre su cabeza. Entonces habría deseado ansiosamente que le guardasen de vista los cuatro favoritos de su hermano, aunque le hubiesen de insultar; mas no podía llamarles, porque hubiera sido dar demasiado motivo para sus insufribles chanzas. Se arrojó en la cama, pero era imposible dormir; quiso leer y bailaban las letras delante de sus ojos como una legión de diablos, trató de beber y le supo el vino muy amargo; tocó con las puntas de los dedos las cuerdas del laúd de Aurilly, que se hallaba colgado en la pared, y

vibraron de tal modo que le dieron ganas de llorar.

Entonces comenzó a jurar como un pagano, y a romper todo lo que encontraba al alcance de su mano. Este era un defecto de familia, al cual se hallaban muy acostumbrados en el Louvre.

Abrieron un poco la puerta los cuatro jóvenes para ver de dónde provenía aquel alboroto, y viendo que era el príncipe que distraía su mal humor, la volvieron a cerrar, lo cual aumentó la cólera del preso.

Estaba justamente rompiendo una silla, cuando sonó hacia la ventana un ruido que todo el mundo conoce, y al mismo tiempo experimentó M. de Anjou un dolor muy agudo en una cadera.

Lo primero que le ocurrió fue que le habían herido de un arcabuzazo, y que había disparado el tiro algún emisario del rey.

-¡Ah traidor! ¡ah cobarde! -gritó-: me man-

das arcabucear como me lo habías prometido.

¡Me han matado!

Y se dejó caer sobre la alfombra: pero al caer puso la mano sobre un objeto muy duro, desigual y sobre todo más grueso que una bala de arcabuz.

-¡Oh! -dijo-, una piedra, será un tiro de falconete; mas entonces habría oído la explosión.

Y al mismo tiempo estiró y volvió a encoger la pierna; aunque el dolor era bastante vivo, no tenía roto ningún hueso.

Tomó la piedra y examinó la vidriera: la piedra había entrado con tal fuerza que más bien agujereó que rompió el vidrio; al parecer estaba envuelta en un papel.

Las ideas del duque empezaron a cambiar de dirección: aquella piedra en lugar de haberla tirado un enemigo podía venir de mano de algún amigo.

Acercóse el duque a la luz, y efectivamente,

alrededor de la piedra estaba arrollado un papel sujeto con unas hebras de seda; seguramente había amortiguado el papel la dureza del pedernal, que en otro caso habría causado al príncipe un dolor mucho más agudo.

Romper la seda, desenvolver el papel y leerle, fue obra de un momento: había resucitado completamente.

-¡Una carta! -dijo entre dientes echando una furtiva mirada hacia la puerta.

Y leyó:

¿Estáis cansado de no salir de vuestro aposento? ¿Queréis recobrar la libertad? Pues entrad en el gabinetito donde la reina de Navarra escondió a vuestro amigo monsieur de La Mole; abrid el armario, y levantando la tabla de abajo, hallaréis otra; en ella hay una escala de seda; atadla vos mismo al balcón, y dos vigorosos brazos la sostendrán tirante en el suelo del foso. Un caballo, ligero como el viento, os conducirá

a sitio más seguro."

UN AMIGO.

-¡Un amigo! -murmuró-; ¡un amigo! no sabía que tuviese ninguno. ¿Quién será, pues, ese amigo que se ha acordado de mí?

Y se puso a reflexionar un instante; pero no acertando quién sería, se asomó a la ventana, y no pudo ver a nadie.

-¿Me habrán tendido un lazo? -murmuró 'el príncipe, que tenía siempre miedo antes que todo.

-Primero -prosiguió-, sepamos si el armario tiene el secreto que me dicen y si está allí la escala.

Y sin mover la luz del sitio en que estaba, se encaminó el duque hacia el gabinete, cuya puerta empujara tantas veces en otros tiempos con el corazón agitado, cuando creía hallar en él a la reina de Navarra con la deslumbradora belleza que apreciaba Francisco mucho más que

lo que convenía a un hermano. También esta vez latía violentamente el corazón del duque.

Abrió a tientas el armario, tocó las tablas, y cuando llegó a la última, después de haberse apoyado en el fondo y en el lado de delante, apretó uno de los extremos y sintió que se levantaba la tabla por el otro: introdujo al instante la mano en aquel hueco y tocó con la punta de los dedos una escala de cuerda.

Como un ladrón que huye con el hurto debajo del brazo, así volvió el príncipe a su aposento con su tesoro en la mano.

Dieron las diez, se acordó de la visita que le hacían cada hora sus guardianes, metió la escala debajo del almohadón de un sitial, y se sentó luego en él: estaba la escala tan artísticamente construida que se ocultaba perfectamente en el reducido espacio donde la había metido el príncipe.

No habían transcurrido, en efecto, cinco mi-

nutos, cuando apareció Maugiron en el umbral de la puerta, envuelto en una bata con una espada desnuda debajo del brazo izquierdo, y una palmatoria en la mano izquierda. Desde el cuarto del duque seguía hablando con sus amigos.

-El oso está enfurecido -dijo una voz-: hace un instante que rompía todo lo que se le ponía por delante; cuidado, no te devore, Maugiron.

-Insolente -murmuró el duque.

-Creo que Vuestra Alteza me ha dispensado el honor de dirigirnie la palabra -le dijo Maugiron con el aire más impertinente que pudo adoptar.

Aunque el duque estaba próximo a romper en improperios, se detuvo reflexionando que si armaba una disputa perdería un tiempo precioso, y tal vez la ocasión de escaparse. Devoró, pues, su resentimiento, e hizo girar su sillón de manera que volviese la espalda al joven.

Maugiron, siguiendo las costumbres tradicionales, se aproximó a la cama para reconocer las sábanas, y a la ventana para reconocer las cortinas; notó que estaba roto un vidrio, mas creyó que le había roto el duque encolerizado.

-¡Hola! Maugiron -gritó Schomberg-: ¿estás ya comido? ¿cómo no dices una palabra? En ese caso, suspira por lo menos para que sepamos a qué atenernos, Y para vengarte.

El duque se retorcía las manos de impaciencia.

-No -repuso Maugiron-, al contrario, mi oso está muy mansito y del todo domado.

El de Anjou se sonrió silenciosamente en la obscuridad. Y Maugiron, sin saludar al príncipe, la cual era la menor deferencia de todas las que debía tener con tan encumbrado personaje, salió y al salir cerró la puerta con llave.

No se movió el príncipe entretanto, y cuando dejó de sonar la llave en la cerradura, mur-

muró entre dientes:

-Guardaos bien vosotros, porque el oso es un animal muy astuto.

LII. LA FUGA

Cuando el duque de Anjou se quedó solo, sabiendo que todavía tenía una hora por suya, sacó la escala de cuerda de debajo del almohadón, la desenvolvió y examinó uno por uno todos sus nudos y todos sus escalones con la prudencia más minuciosa.

-La escala es buena -exclamó-, y en lo que de ella depende no parece que me la envían como medio de que me rompa la cabeza.

Entonces la desplegó toda y contó treinta y ocho escalones, distantes quince pulgadas uno de otro.

-Su longitud es suficiente -añadió-; por este lado nada tengo que temer.

Después permaneció un instante pensativo, al cabo del cual exclamó:

-¡Ah! ya caigo, esos infames favoritos son los que me envían esta escala a fin de que la fije en el balcón, y mientras bajo por ella entrar y cortar las cuerdas.

Volvió a reflexionar y después dijo:

-Eh, no, no es posible; no son tan imbéciles que crean que voy a exponerme a bajar sin atrancar primero la puerta, y atrancada la puerta, han debido calcular que tendré tiempo para huir antes que logren echarla abajo.

Eso haría -añadió mirando en torno suyo-, eso haría ciertamente si me decidiera a huir. Sin embargo, ¿cómo han podido suponer que yo creería que esta escala, hallada en un armario de la reina de Navarra, habría sido puesta aquí con buen fin? Porque en resumen, ¿qué persona en el mundo, excepto mi hermana Margarita, podría saber la existencia de esta escala?

El billete está firmado por un amigo. ¿Quién

es ese amigo del duque de Anjou que tan bien conoce lo interior de los armarios de mi cuarto o del de mi hermana?

Apenas acababa el duque de formular este argumento que le parecía incontestable, cuando al volver a leer el billete para conocer la letra si era posible, le ocurrió de pronto una idea y exclamó:

¡Bussy!

En efecto, Bussy, a quien tantas damas adoraban; Bussy, que parecía un héroe a la reina de Navarra, la cual, según confiesa ella misma en sus memorias, lanzaba gritos de terror siempre que el conde reñía en desafío; Bussy discreto, Bussy versado en la ciencia de los armarios, Bussy el único amigo del duque con quien éste podía verdaderamente contar, era según todas las probabilidades el autor del billete.

Con esta idea creció la perplejidad del príncipe.

Todas las circunstancias indicaban que Bussy era el que había enviado el billete. El duque ignoraba los motivos que Bussy tenía para estar resentido pues que ignoraba su pasión a Diana de Meridor; verdad es que la sospechaba, pues como él mismo había amado a Diana, conocía lo difícil que debía haber sido para Bussy verla sin amarla; mas esta ligera sospecha desaparecía ante las probabilidades que en favor de ser Bussy el autor del billete se presentaban. Según el duque, la lealtad de su gentilhombre no le había permitido permanecer ocioso mientras que su señor se hallaba preso; Bussy había sido seducido por las apariencias de esta expedición, y habiendo querido vengarse de él a su manera, es decir, devolviéndole la libertad, le había escrito y le esperaba.

Para acabar de cerciorarse se llegó a la ventana y a través de la niebla que subía del río vio tres siluetas oblongas que debían de ser caba-

llos y otros dos bultos que parecían clavados en la arena y que debían ser dos hombres.

-Dos hombres, eso es -murmuró el duque-: Bussy y su fiel Remigio.

La tentación es grande -agregó-, y el lazo si le hay está demasiado bien tendido para que tenga que avergonzarme de haber caído en él.

En seguida fue a mirar por el agujero de la cerradura; dos de sus cuatro carceleros se hallaban durmiendo, y los otros dos jugaban al ajedrez en el tablero de Chicot.

El duque apagó la luz.

Luego abrió el balcón y se asomó. La sima que trataba de sondear con la vista se había hecho más espantosa aún, por efecto de la obscuridad de la noche. Retrocedió, pero la libertad tiene para un preso tan irresistibles atractivos, que Francisco, al entrar en su aposento, creyó que el aire que en él respiraba iba a ahogarle; esta idea se apoderó de tal modo de su imagi-

nación, que le produjo una especie de disgusto de la vida y de indiferencia ante la muerte.

Asombrado el príncipe, se figuró que recobraba el valor, y aprovechándose de aquel momento de exaltación tomó la escala de cuerda, fijó en el balcón los ganchos de hierro que en uno de sus extremos tenía, volvió a la puerta, la atrancó lo mejor que pudo, y convencido de que para entrar en el cuarto se necesitaban ya diez minutos, es decir, más tiempo del que le era necesario para bajar por la escala, se acercó de nuevo al balcón.

Entonces procuró volver a ver a lo lejos los caballos y los hombres, mas no vio nada.

-Más vale así -murmuró-: huir solo es mejor que huir con el amigo más conocido, cuanto más con un desconocido.

En aquel instante la obscuridad era completa y los primeros truenos de la tormenta que se presentaba comenzaban a resonar en el cielo;

una gruesa nube de argentadas franjas se extendía en figura de elefante de un lado a otro del río; la parte posterior caía sobre el palacio y la trompa, formando multitud de curvas, pasaba sobre la Torre de Nesle y se perdía al extremo sur de la ciudad.

Un relámpago hendió por un momento aquella nubes inmensas y el príncipe creyó ver cerca del foso y debajo de su balcón a los que inútilmente había buscado en la ribera.

Oyó entonces el relincho de un caballo y no le quedó duda de que le aguardaban.

Sacudió la escala para cerciorarse de que estaba bien firme, después cabalgó sobre la balaustrada y puso el pie en el primer escalón.

Es imposible describir la angustia terrible que oprimía en aquel instante el corazón del preso, colocado entre una débil escala de cuerda por único apoyo, y las amenazas mortales de su hermano.

Pero apenas hubo puesto el pie en el primer escalón, notó que la escala, en vez de bambolearse como era de esperar, se estiraba, y que el segundo escalón se presentaba a su segundo pie sin hacer el movimiento de rotación natural en este caso.

¿Era un amigo o un enemigo el que tiraba del otro extremo de la escala? ¿Eran brazos abiertos o brazos armados los que le esperaban en el último escalón?

Apoderóse de Francisco un terror irresistible; todavía estaba asido al balcón con la mano izquierda, e hizo un movimiento para volver adentro.

Mas no parecía sino que la persona invisible que esperaba al príncipe al pie de la pared, adivinaba todo lo que pasaba en su corazón, porque en aquel momento sintió bajo sus pies moverse la escala con un movimiento suave e igual que parecía solicitar de él que bajase.

-Tienen la escala desde abajo -murmuró-: no quieren que me caiga: vamos, valor.

Continuó bajando: las dos cuerdas laterales de la escala estaban tirantes como palos. Francisco notó que desde abajo tenían cuidado de apartar los escalones de la pared, para que pudiese poner en ellos más fácilmente el pie.

Desde entonces se deslizó por la escala como una flecha, apoyándose en las manos mejor que en los escalones y sacrificando a la rapidez de la bajada los embozos de la capa.

De pronto, en vez de tocar el suelo que creía próximo, se sintió arrebatado en brazos de un hombre que le dijo al oído estas tres palabras:

-Estáis en salvo.

Entonces le llevaron hasta el foso y le hicieron subir por un camino abierto entre los hundimientos de tierra y piedra:

Llegados al otro extremo, encontraron a un hombre, el cual, asiendo al duque del cuello, le

atrajo a sí y le ayudó a subir, haciendo lo mismo con su compañero y corriendo después encorvado como si fuera un anciano, hacia el río. Los caballos estaban en el mismo sitio en que los había visto Francisco. Este conoció que no era ya posible retroceder y que estaba por completo a merced de sus salvadores. Corrió a uno de los caballos, subió en él; sus dos compañeros montaron en los suyos, la misma voz que le había hablado en voz baja, le dijo con el mismo laconismo y el mismo misterio:

-Corred.

Y todos tres salieron al galope.

-Hasta ahora todo va bien -decía para sí el príncipe-, y es de esperar que el fin de esta aventura corresponda al principio.

-Gracias, gracias, mi valiente Bussy -dijo en voz baja al hombre que corría a su derecha y que iba embozado hasta los ojos en una gran capa parda.

-Corred -respondió éste desde la profundidad de su capa y dando él mismo ejemplo; los tres caballos y los tres jinetes pasaban como sombras.

De este modo llegaron hasta el gran foso de la Bastilla, y le atravesaron por un puente improvisado el día anterior por los de la Liga, que no queriendo tener interrumpidas sus comunicaciones con sus amigos, habían imaginado este medio para facilitarlas. Los tres caballeros se encaminaron hacia Charenton; el caballo del príncipe parecía que llevaba alas.

De repente, el que caminaba a la derecha, saltó al foso y se lanzó por el bosque de Vincennes adelante, diciendo al príncipe con su laconismo acostumbrado:

-Venid.

El que iba a la izquierda saltó también sin pronunciar una palabra. Aquel personaje no había despegado los labios en todo el camino.

El príncipe no necesitó usar de la brida ni de la espuela, pues su caballo saltó el foso con el mismo ardor que habían saltado los otros dos: al relincho que dio al saltar, contestaron otros en el bosque.

El príncipe quiso detenerle temiendo alguna emboscada, pero era ya tarde porque corría desbocado; sin embargo, el noble animal, viendo a los otros dos acortar el paso acortó también el suyo, y Francisco se encontró en una especie de plazoleta donde la luz de la luna iluminaba las corazas de ocho o diez hombres a caballo y formados en batalla.

-¡Hola! -exclamó el príncipe-, ¿qué significa esto, caballero?

-¡Pardiez! -exclamó aquel a quien iba dirigida la pregunta-; esto quiere decir que nos hemos salvado.

-¡Cómo! ¡sois vos, Enrique! -exclamó el duque de Anjou estupefacto-; ¡vos mi libertador!

-¡Bah! -repuso el Bearnés, pues era el mismo-; ¿y eso os extraña? ¿No somos aliados?

Después, mirando a todas partes buscando a su compañero:

-Agripa -dijo-, ¿dónde diablos estás?

-Aquí estoy -respondió Aubigné abriendo sus labios por primera vez-; bien tratáis los caballos: ¡como tenéis tantos!

-Bueno, bueno -repuso el rey de Navarra-; no riñas; con tal que me queden dos de refresco, con los que podamos caminar una docena de leguas sin detenernos, no necesito más.

-¿Pero adónde me lleváis, primo? -preguntó Francisco con inquietud.

-Adonde queráis -dijo Enrique; pero debemos apresurarnos, porque como dice muy bien Aubigné, las caballerizas de rey de Francia están mejor provistas que las mías, y Enrique III es bastante rico para reventar veinte caballos si se le ha puesto en la cabeza darnos alcance.

-¿Es cierto que puedo ir adonde quiera? -

interrogó Francisco.

-Ciertísimo, no espero más que vuestras ór-

denes -contestó Enrique.

-Pues entonces quiero ir a Angers.

-¿Queréis ir a Angers? Tenéis razón, allí os

halláis en vuestra casa.

-¿Y vos, primo?

-Yo, cuando lleguemos a la vista de Angers,

os dejaré y volveré a Navarra, donde me espera

mi buena Margarita, que no debe estar muy

satisfecha de mi ausencia.

-¿Pero nadie sabe que estáis aquí? -dijo

Francisco.

-He venido a vender tres diamantes de mi

mujer.

-¡Ah!

-Y además a saber si en efecto la Liga es ca-

paz de arruinarme.

-Ya veis que no.

-Gracias a vos.

-¿Cómo gracias a mí?

-Sin duda, si en lugar de no aceptar el puesto de jefe de la Liga cuando supisteis que sus esfuerzos se dirigían contra mí, hubieseis aceptado, me habríais perdido. Así, apenas supe que el rey castigaba vuestra negativa con la prisión, juré sacaros de ella y os he sacado.

-Tan tonto como siempre -dijo para sí el duque-; en verdad que es cargo de conciencia engañarle.

-Id, primo -dijo con una sonrisa el Bearnés-, id a Anjou. ¡Ah, M. de Guisa! creíais haber ganado la partida; pero ahora os envío un compañero que os ha de dar que hacer.

Y como en aquel instante les trajesen los caballos de refresco que había pedido Enrique, ambos montaron en ellos y partieron a galope acompañados de Aubigné, que les seguía refunfuñando.

LIII LAS AMIGAS

Ínterin París hervía como lo interior de un horno, madame de Monsoreau, escoltada por su padre y dos criados, que se reclutaban entonces como tropas auxiliares para una expedición, se dirigía al castillo de Meridor, haciendo jornadas de diez leguas.

También ella comenzaba a gustar esa libertad, preciosa para las personas que han sufrido. El azul del cielo del campo, comparado con aquel cielo constantemente amenazador suspendido como un crespón sobre las torres negras de la Bastilla; las hojas, ya verdes, de los árboles, los hermosos caminos que se perdían como largas cintas ondulosas en lo interior de los bosques, todo le parecía fresco y joven, rico y nuevo, como si en realidad acabase de salir de la tumba donde su padre la había creído enterrada.

El anciano barón se sentía tan rejuvenecido

como si tuviera veinte años menos.

Al ver el aplomo con que se afirmaba en los estribos y con que espoleaba al viejo Jarnac, se le habría tenido por uno de aquellos vetustos maridos que acompañaban a sus jóvenes mujeres, cuidándolas amorosamente.

No trataremos de describir este largo viaje, el cual no tuvo más incidentes que la salida y la postura del sol.

Algunas veces Diana se arrojaba con impaciencia fuera del lecho, cuando la luna argentaba los vidrios de su ventana, y despertando al barón y haciendo salir de su pesado sueño a los criados, se ponían en marcha a la clara luz de la luna para ganar algunas leguas en el dilatado camino que para la joven parecía no tener fin.

Otras veces, en mitad del camino, dejaba pasar adelante a Jarnac, que se enorgullecía al encontrarse el primero de todos; dejaba pasar también a los criados y se quedaba sola en al-

gún cerro con objeto de examinar lo interior del valle y ver si alguno seguía sus pasos. Y cuando encontraba el valle desierto, y cuando en él no veía más que rebaños diseminados en las dehesas; y cuando no oía sino los acentos de la campana de algún lugarejo construido al extremo del camino, echaba a andar y se unía a su escolta, mostrándose más impaciente que nunca.

Entonces su padre, que había estado observando sus movimientos, le decía:

-No temas nada, Diana.

-¿Qué es de temer, padre mío?

-¿No miras si te sigue H. de Monsoreau?

-¡Ah! Es cierto... Sí, eso miraba -decía la joven dirigiendo de nuevo la vista al camino que atrás dejaban.

Así, de temor en temor y de esperanza en desengaño, llegó Diana, al acabar el octavo día, al castillo de Meridor, y fue recibida en el puente levadizo por madame de San Lucas y su ma-

rido, que eran los castellanos en ausencia del

barón.

Entonces comenzó para los cuatro una de esas existencias que todos los hombres han soñado al leer a Virgilio, Longo y Teócrito.

El barón y San Lucas cazaban desde la mañana hasta la noche.

Los monteros seguían las huellas de sus caballos.

Veíanse avalanchas de perros lanzarse desde lo alto de las colinas, en persecución de una liebre o de un raposo, y cuando se oía en los bosques el estrépito de aquella furiosa cabalgata, Diana y Juana, sentadas una al lado de otra, sobre el césped y a la sombra de un ramaje espeso, se estremecían por un momento y volvían luego a su tierna y misteriosa conversación.

-Cuéntame -decía Juana-, cuéntame todo lo que te ha pasado en la tumba, porque verdaderamente has estado muerta para nosotros... mira, el espino albar nos lanza sus últimas migajas

de nieve, y los saúcos nos envían sus deliciosos perfumes.

Un suave rayo de sol juguetea con las grandes ramas de las encinas.

El aire está en calma y no se ve un ser viviente en el parque, pues los gamos han huído sintiendo temblar la tierra, y las zorras se han refugiado ya en sus madrigueras... Cuenta, querida hermana, cuenta.

-¿Qué te decía?

-No me decías nada. ¿Eres feliz?... pero no, esos bellos ojos rodeados de una sombra azulada, la nacarada palidez de esas mejillas, los vagos movimientos de esos párpados, mientras que la boca procura inútilmente acabar de formar una sonrisa... Diana, muchas cosas debes de tener que decirme.

-Nada, nada.

-¿Luego eres feliz con M. de Monsoreau?

-Diana se estremeció.

-Ya lo ves -añadió Juana con acento de amistosa reconvención.

-¡Con M. de Monsoreau! -repitió Diana-; ¿por qué has pronunciado ese nombre? ¿por qué evocas ese fantasma en medio de nuestros bosques, en medio de nuestras flores, en medio de nuestra felicidad?

-Bien, ya sé ahora por qué tus bellos ojos están circundados de negro, y por qué se levantan con tanta frecuencia hacia el cielo; pero todavía ignoro por qué tu boca procura sonreírse.

Diana meneó tristemente la cabeza.

-Me parece que me has dicho -continuó Juana, rodeando con su brazo blanco y torneado, la cintura de Diana-; me parece que me has dicho que monsieur de Bussy te había demostrado mucho interés.

Diana se ruborizó tanto, que sus orejas delicadas y redondas parecían inflamadas.

-Es un cumplido caballero ese M. de Bussy -

dijo Juana, y cantó:

Llaman al señor de Ambroise

buscarruidos semtiterno.

Diana reclinó la cabeza en el pecho de su

amiga, y murmuró con voz más suave que la de

los ruiseñores que cantan bajo el follaje:

Nadie aventaja a...

-¡Bussy! acaba de decirlo -exclamó- Juana

dando un beso en los ojos a su amiga.

-Basta de locuras -repuso Diana-, M. de

Bussy no piensa ya en Diana de Meridor.

-¡Es posible! -dijo Juana-, yo creería que le

agrada mucho Diana de Monsoreau.

-No me digas eso.

-¿Por qué? ¿te desagrada?

Diana no respondió.

-Dígote que M. de Bussy no piensa en mí. .

y hace bien. . ¡Oh! he sido muy cobarde. . . -

balbuceó la joven.

-¿Qué dices?

-Nada, nada.

-Vamos, Diana, ya vuelves a llorar, a culpar-
te... ¡tú cobarde, tú que eres mi heroína! di que
te has visto forzada...

-Así lo creía... he visto peligros, abismos
abiertos a mis pies... pero ahora, Juana, esos
peligros me parecen quiméricos, esos abismos
un niño podría saltarlos. Te digo que he sido
cobarde. ¡Oh! ¿Por qué no habré tenido tiempo
para meditar?

-No entiendo esos enigmas.

-No, tampoco es eso -exclamó Diana levan-
tándose en extremo agitada-; no, no es la culpa
mía, es de él, Juana, de él, que no ha querido.
Recuerdo la situación en que me encontraba, y
me parecía terrible, yo vacilaba, estaba indecisa,
mi padre me ofrecía su apoyo y yo temblaba...
él, él me ofrecía su protección... pero no me la
ofrecía de modo que pudiese convencerme. Di-
rás que el duque de Anjou estaba contra él, que

el duque de Anjou había hecho causa común con M. de Monsoreau. ¿Pero qué me importan el duque de Anjou y el conde de Monsoreau? Cuando se desea de verdad una cosa, cuando se quiere bien a alguno, de nada sirve la oposición del príncipe ni la del señor, Juana; si yo alguna vez llegase a amar...

Diana, dominada por su exaltación, se había recostado en una encina, como si su cuerpo, no pudiendo resistir el influjo de las palabras del alma, necesitase aquel apoyo para sostenerse.

-Cálmate, querida amiga, medíta. . .

-Te digo que *hemos* sido cobardes.

-*Hemos... ¡Oh!,* ¡Diana! ¿De quién me hablas? Ese *hemos* es muy elocuente.

-Quiero decir mi padre y yo, y supongo que no creerás otra cosa... Mi padre es un buen caballero y podía hablar al rey; pero soy orgullosa y no temo a un hombre cuando le aborrezco. ¿Quieres saber el secreto de esta cobardía? Pues

es que comprendí que él no me ama

-Te engañas a ti misma -exclamó Juana-; si lo creyese así, en el estado en que te veo irías a reconvenirle en persona. Pero no lo crees, sabes lo contrario, hipócrita --agregó haciendo a su amigo una tierna caricia.

-Tú tienes motivos para creer en el amor - repuso Diana volviendo a ocupar su lugar al lado de Juana-, tú, con quien M. de San Lucas se ha casado a despecho de la voluntad de su rey; tú, que fuiste arrebatada de en medio de París por tu marido; tú, que eres tal vez la causa de que se vea perseguido, y que le pagas con tus caricias la proscripción y el destierro.

-Y se encuentra bien pagado -repuso la graciosa joven.

-Pero yo, reflexiona un poco y no seas egoísta; yo, a quien ese fogoso joven pretende amar; yo, que he fijado las miradas del indomable Bussy, de ese hombre para quien nada sirven

los obstáculos, me he casado en público, me he ofrecido a las miradas de toda la corte, y él no ha parado la atención en mí; me he confiado a él en el claustro de Santa María Egipciaca; estábamos solos, él tenía de su parte a Gertrudis y a Remigio, sus dos cómplices, y a mí, más cómplice aún que ellos... ¡Oh! por la misma iglesia, teniendo un caballo a la puerta, podía haberme sacado y llevado en uno de los embozos de su capa. En aquel instante le veía enfermo, desconsolado por mi causa, veía sus ojos lánguidos y sus labios pálidos y abrasados por la fiebre. Si entonces hubiera exigido de mí que muriera para volver el brillo a sus ojos y la frescura a sus labios, me habría dado la muerte... pues bien, salí de allí y él no pensó en detenerme, ni siquiera asiendo la punta de mi velo.

Todavía hay más... ¡Oh! tú no sabes lo que sufro... no ignoraba él que yo debía salir de París, que volvía a Meridor, no dudaba tampoco

que M. de Monsoreau... me causa rubor decirlo... que M. de Monsoreau no es mi marido; no ignoraba que venía sola; en todo el camino, querida Juana, no he cesado de volverme a mirar atrás, creyendo a cada instante oír el galope de su caballo, pero nada, era el eco del camino. Te digo que no piensa en mí y que no valgo la pena de que se haga por mí un viaje a Anjou, cuando hay en la corte del rey de Francia tantas mujeres hermosas y amables, cuya sonrisa vale por cien declaraciones de la provinciana enterrada entre las malezas de Meridor. ¿Comprendes ahora? ¿estás convencida? ¿tengo razón para creerme olvidada y desdeñada, mi pobre Juana?

Apenas acabó la joven de pronunciar estas palabras, cuando crujieron las ramas de la encina, y de la antigua pared desprendiéronse algunos terrones de yeso y algunas piedras cubiertas de musgo. Un hombre, saltando desde en

medio de la yedra y de las zarzas fue a caer a los pies de Diana, la cual lanzó un grito terrible.

-Ya veis que estoy aquí -exclamó Bussy arrodillándose y besando el extremo del vestido de Diana.

Esta reconoció la voz y la sonrisa del conde, y fuera de sí, sofocada por aquella inesperada dicha, abrió los brazos y se dejó caer, desvanecida, sobre el pecho de aquel a quien acababa de acusar de indiferente.

LIV. LOS AMANTES

Los desmayos que produce la alegría no son ni muy largos ni muy peligrosos; se han visto mortales, pero pocos.

Diana no tardó, pues, en volver en sí, y al abrir los ojos se halló en los brazos de Bussy, porque Bussy no quiso ceder a madame de San Lucas el privilegio de recibir la primera mirada de Diana.

-¡Oh! -murmuró-, es horrible, conde, sor-

prendernos así.

Bussy esperaba otras palabras. ¿Quién sabe (¡los hombres son tan exigentes!) quién sabe, repetimos, si esperaba alguna otra cosa más que palabras, ya que en más de una ocasión había vuelto a la vida después de haber estado desmayada?

Pero no solamente Diana no pasó de aquí, sino que se desprendió con suavidad de los brazos que la tenían cautiva y corrió hacia su amiga, la cual, por discreción, se había alejado un poco entre los árboles, y luego, por curiosidad, deseosa de una reconciliación entre personas que se aman, volvió a acercarse poco a poco, no para tomar parte en la conversación, sino para oírla.

-¿Así me recibís, señora?

-No -repuso Diana-; porque a la verdad, M. de Bussy, la acción que acabáis de ejecutar es afectuosa y tierna... pero...

-¡Oh! por favor, nada de peros -dijo Bussy suspirando y arrodillándose nuevamente a los pies de Diana.

-No, no es así como debéis estar, M. de Bussy.

-¡Oh! dejadme por un momento adoraros como lo hago -dijo el conde cruzando las manos-, ¡he envidiado por tanto tiempo este lugar!

-Sí, más para venir a ocuparlo habéis saltado la tapia, y eso no sólo está mal a un caballero de vuestra clase, sino que es una imprudencia que no cometería quien tuviese en cuenta mi honor.

-¿Cómo, pues?

-Si os hubiesen visto por casualidad. . .

-¿Quién me había de haber visto?

-Nuestros cazadores, que apenas hace un cuarto de hora atravesaron la espesura, detrás de la tapia.

-Tranquilizaos, señora, yo se ocultarme bien

para que no me vean.

-¡Habéis estado oculto! en verdad -dijo Juana-, que eso es novelesco hasta el más alto grado; contádnoslo, M. de Bussy.

-En primer lugar, si no os he alcanzado en el camino no ha sido por culpa mía; yo tomé uno y vos otro; vos habéis venido por Rambouillet y yo por Chartres. Por otra parte, ved si vuestro pobre Bussy os ama, no me he atrevido a alcanzaros, y sin embargo, no dudada que podía hacerlo; bien sabía que Jarnac no estaba enamorado, y por consiguiente, el digno animal no tendría gran prisa por llegar a Meridor; vuestro padre tampoco la tenía, pues os hallábais a su lado; pero no era en presencia de vuestro padre, no era en el campo ni delante de vuestros criados donde yo quería veros, porque tengo más cuidado de lo que pensáis en evitaros un compromiso; he andado el camino, jornada por jornada, mordiendo el mango de mi látigo, que ha

sido mi alimento ordinario durante estos días.

-¡Pobre joven! -dijo Juana-; así estáis vos de flaco.

-Llegasteis, en fin -continuó Bussy-; yo me había alojado en el arrabal de la ciudad y os vi pasar oculto detrás de una celosía.

-¡Oh, Dios mío! -murmuró Diana-. ¿No habéis mudado de nombre en Angers?

-¿Tan mala idea tenéis de mí? -dijo Bussy sonriéndose-; he mudado, en efecto, de nombre; soy un mercader que viaja; ya veis mi traje color de canela; no creo que estoy mal disfrazado; este color es muy común entre los tratantes, en paños y los quincalleros; además he tomado cierto aire de hombre activo y de negocios, que no sentaría mal a un botánico que anduviese en busca de simples. En una palabra, nadie ha reparado en mí aún.

-¡Bussy, el bello Bussy, estar dos días seguidos en una ciudad de provincia sin haber sido

notado! -dijo Juana-; jamás se creerá eso en la corte.

-Proseguid, conde -dijo Diana ruborizándose-. ¿De qué medio os valéis para venir desde la ciudad aquí?

-Tengo dos caballos de raza escogida, monto en uno de ellos; salgo de la ciudad al paso, deteniéndome a mirar las muestras de las tiendas, y cuando advierto que nadie me ve, hago tomar a mi caballo un galope que le permite andar en veinte minutos las tres leguas y media que hay de aquí a la ciudad. Luego que me hallo en los bosques de Meridor busco la tapia del parque; pero es larga, muy larga, y el parque es grande.

Ayer exploré esta pared por espacio de más de cuatro horas, trepando acá y allá con la esperanza de veros; en fin, casi había perdido por completo esta esperanza, cuando os vi en el momento en que entrabais por la tarde en casa;

los dos grandes perros del barón saltaban detrás de vos, y madame de San Lucas tenía levantada en alto una perdiz que ellos se esforzaban por alcanzar.

Salté la tapia, llegué aquí donde estabais hace poco; vi la hierba; vi el césped con señales de haber pisado sobre ellos con frecuencia y deduje que podríais tener la costumbre de pasar las horas de calor en este sitio que es delicioso; para encontrar después el camino puse señales como en la caza y sin dejar de suspirar, lo cual me causa un dolor terrible...

-Eso es por falta de costumbre -interrumpió Juana con una sonrisa.

-No digo que no, señora: sin dejar, pues, de suspirar, lo cual repito que me causa un dolor terrible, tomé el camino de la ciudad; hallábame muy fatigado; me había desgarrado la ropilla color de canela por subir a los árboles, y no obstante a pesar de los desgarrones de mi ropilla y

de la opresión de mi pecho, tenía el corazón henchido de gozo; os había visto.

-Vuestra relación me parece admirable -dijo Juana-; habéis superado terribles obstáculos; lo que habéis hecho es hermoso, es heroico; pero yo que no tengo tan gran corazón como vos, si me hubiese hallado en vuestro lugar habría conservado mi ropilla y tenido más consideración con mis blancas y hermosas manos; mirad en qué estado tan lamentable habéis puesto las vuestras; todas las tenéis arañadas de las zarzas.

-Sí, pero no habría visto a aquella a quien venía a ver.

-Al contrario, yo habría visto y mucho mejor que vos a Diana de Meridor y a madame de San Lucas.

-¿Qué habrías hecho, pues? -preguntó vivamente Bussy.

-Me habría venido directamente al puente

del castillo de Meridor y habría entrado; el barón me habría estrechado entre sus brazos, madame de Monsoreau me hubiera colocado al lado suyo a la mesa, M. de San Lucas me hubiera colmado de caricias, y madame de San Lucas me habría ayudado a hacer anagramas. Esto era lo más sencillo del mundo; pero de lo más sencillo es de lo que justamente se suelen olvidar los enamorados.

Bussy movió la cabeza dirigiendo una sonrisa y una mirada a Diana.

-¡Oh! no -dijo-, eso habría estado bien en todos menos en mí.

Diana se ruborizó como un niño, y la misma sonrisa y la misma mirada se reflejaron en sus ojos y en sus labios.

-¡Pues qué! -dijo Juana-, ¿ignoro yo los buenos modales?

-No -añadió Bussy moviendo la cabeza-, no, yo no podía entrar en el castillo; esta señora es

casada y el barón debe al marido de su hija, cualquiera que sea, una severa vigilancia.

-Bien -repuso Juana-, esa es una lección de cortesía que me dais; gracias, M. de Bussy, porque merezco recibirla para aprender a no mezclarme en conversaciones de locos.

-De locos o de enamorados -contestó madame de San Lucas-, y por consiguiente...

Y sin concluir la frase besó a Diana en la frente, hizo una gran reverencia a Bussy y se separó de ellos.

Diana quiso detenerla con una mano, pero Bussy le tomó la otra, y fue necesario que Diana, detenida por su amante, se decidiese a soltar a su amiga.

Quedaron, pues; solos Diana y Bussy.

Diana miró a madame de San Lucas que se alejaba cogiendo flores; luego se sentó ruborizada.

Bussy se sentó a sus pies, diciendo.

-¿No es verdad que he hecho bien, señora, y que vos aprobáis mi conducta?

-No sé fingir -repuso Diana-, y además vos sabéis lo que pasa en mi alma; sí, apruebo vuestra conducta, pero a eso sólo se limita mi indulgencia: al querer veros, al llainaros como lo hacía pocos momentos ha, estaba loca, era culpable.

-¿Qué decís, Diana?

-¡Ah! Conde, digo la verdad; tengo derecho para hacer desgraciado a M. de Monsoreau que me ha conducido a este extremo, pero sólo poseo este derecho mientras me abstenga de hacer feliz a otro; yo puedo negarle mi presencia, mis sonrisas, mi amor; pero si concediese a otro estos favores, sería lo mismo que robar a aquel que a despecho mío es mi dueño.

Bussy escuchó con paciencia aquel trozo de moral, suavizado, es verdad, por la gracia y mansedumbre de Diana, y dijo:

-Ahora me toca hablar a mí, ¿no es verdad?

-Hablad -respondió Diana.

-Con franqueza.

-Hacedlo.

-Pues bien, de todo lo que acabáis de decir-
me, señora, ni una sola palabra ha salido de
vuestro corazón.

-¿Cómo?

-Oídme sin impaciencia, señora, pues yo os
he escuchado también sin despegar mis labios;
vuestros argumentos son sofismas.

Diana hizo un movimiento.

-Las vulgaridades de la moral -prosiguió
Bussy- no son otra cosa cuando les falta la apli-
cación. En respuesta a esos sofismos, yo, señora,
os voy a decir algunas verdades. Alegáis que
un hombre es vuestro dueño, ¿mas le habéis
elegido vos? No, una fatalidad os le ha impues-
to. ¿Pensáis sufrir toda vuestra vida las conse-
cuencias de una opresión odiosa? Entonces yo

soy quien debe libraros de ella.

Diana abrió la boca para hablar; Bussy la detuvo con una seña.

-¡Oh! ya sé lo que vais a decir -agregó-. Contestaréis que si le desafío y le mato no volveréis a verme más. Pues bien, moriré del dolor de no volver a veros, pero viviréis libre, viviréis dichosa y podréis hacer feliz al hombre que os agrade, el cual en su alegría bende- tira alguna vez mi nombre y dirá: ¡gracias, Bussy, gracias por haberme libertado de ese horrible Monsoeau! Y vos misma, Diana, vos que no os atrevéis a darme las gracias vivo, me las daréis después de muerto.

La joven asió la mano del conde y la estrechó tiernamente.

-Aún no habéis suplicado, Bussy, y ya amenazáis.

-¿Yo amenazaros? Dios que me escucha sabe cuál es mi intención. Os amo tan ardiente-

mente, Diana, que mi conducta para vos no puede igualarse a la que observaría otro hombre. Yo sé que me amáis... ¡Oh, no vayáis a negarlo! Seríais una de esas personas vulgares que desmienten las acciones con las palabras. Lo sé porque lo habéis confesado. Además, un amor como el mío es como el sol: vivifica todos los corazones que toca. Así no os rogaré, no me consumiré de desesperación.

No, me arrojaré a vuestras plantas, y con la mano puesta sobre este corazón que jamás ha mentido ni por interés ni por temor, os diré: Diana, os amo y os amaré toda mi vida; Diana, os juro a la faz del Cielo que moriré por vos, que moriré adorándoos. Si a pesar de esto me respondéis: partid, no robéis la dicha que pertenece a otro, entonces, sin exhalar un suspiro, sin hacer el menor ademán de disgusto, me levantaré de este sitio, donde tan feliz soy, os saludaré profundamente y me alejaré diciendo:

esta mujer no me ama; esta mujer no me amará nunca. Pero como mi adhesión a vos es todavía mayor que mi pasión, como mi deseo de veros dichosa sobrevivirá a la certeza de no poder serlo yo; como no robaré la dicha de otro, tendré derecho para robarle la vida sacrificando la mía. Esto es lo que yo haré, señora, y lo haré, porque temo que viviendo esclava eternamente tengáis un pretexto para hacer infelices a los que os amen.

Bussy se había conmovido al pronunciar estas palabras: de modo que Diana leyó en sus miradas tan brillantes y leales toda la firmeza de su resolución; conoció que haría lo que decía, que sus palabras serían sin duda llevadas a ejecución y como la nieve de abril que se deshace a los rayos del sol, se deshizo su rigor ante la llama de aquellas miradas.

-Gracias, amigo mío -exclamó-, gracias por esa violencia que me hacéis; esa es otra delica-

deza de vuestra parte para quitarme hasta el remordimiento de haber cedido. ¿Me amaréis hasta la muerte como decís? ¿No seré juguete de vuestra imaginación, ni me dejaréis algún día el odioso pesar de no haber dado oídos al amor de M. de Monsoreau? Pero no, no tengo condiciones que imponer; me confieso vencida, os entrego mi corazón, Bussy, es vuestro. Quedaos, amigo mío, y ahora que mi vida es la vuestra velad por nosotros.

Al decir estas palabras Diana puso una de sus blancas y pequeñas manos sobre el hombro de Bussy y le tendió la otra, que él conservó amorosamente pegada a sus labios. Diana se estremeció al contacto de aquella boca.

Entonces se oyeron los ligeros pasos de Juana, acompañados de una tosecilla que anunciaba su llegada: llevaba madame de San Lucas un canastillo de flores nuevas y una mariposa de alas rojas y negras; la primera tal vez que se

había arriesgado a salir de su capullo de seda.

Por instinto se desunieron las manos que estaban enlazadas.

Juana observó este movimiento.

-Perdonad, mis buenos amigos, si os molesto -dijo-, pero es forzoso volver a casa so pena de que nos vengan a buscar aquí. Señor conde, tomad si os place vuestro magnífico caballo que anda cuatro leguas en media hora y dejadnos andar lo más lentamente posible (pues sospecho que tendremos mucho que hablar) los quinientos pasos que nos separan del castillo. Ved lo que os perdéis por vuestra terquedad, M. de Bussy, una comida excelente, sobre todo para un hombre que acaba de montar a caballo y de saltar tapias, y cien buenas chanzas que nos habríamos mutuamente dirigido, sin contar con ciertas ojeadas que deleitan el corazón. Vamos, Diana.

Y Juana cogió el brazo de su amiga hacien-

do un ligero esfuerzo para llevarla consigo.

Bussy miró a las dos amigas sonriéndose:

Diana, vuelta aún hacia él, le tendió la mano.

Bussy se acercó a ellas.

-¿Y es esto todo lo que me decís? -preguntó.

-Hasta mañana -repuso Diana-; ¿no hemos

quedado en eso?

-¿Hasta mañana nada más?

-Hasta mañana y hasta siempre.

Bussy no pudo contener un grito de gozo;

apoyó los labios en la mano de Diana, y dando

el último adiós a las dos jóvenes, se alejó o más

bien huyó de allí.

Conocía que necesitaba hacer un grande es-

fuerzo para separarse de Diana, ya que durante

tanto tiempo había perdido la esperanza de

reunirse a ella.

Diana le siguió con la vista hasta la espesu-

ra, y deteniendo a su amiga por el brazo, escu-

chó hasta el eco más lejano de sus pasos entre la

maleza.

-Ahora -exclamó Juana cuando Bussy hubo desaparecido completamente-, ¿queréis hablar un poco conmigo, Diana?

-¡Oh! sí -repuso Diana estremeciéndose como si la voz de su amiga la sacase de un sueño-. Ya te escucho.

-Pues bien, mañana iré de caza con San Lucas y tu padre.

-¿Cómo? ¿me dejarás sola en el castillo?

-Óyeme, querida mía -dijo Juana- yo también tengo mis principios de moral, y hay ciertas cosas que no puedo consentir en hacer.

-¡Oh! Juana -exclamó madame de Monsoreau palideciendo-, ¿cómo puedes decirme esas cosas, a mí, tu amiga?

-No hay amiga que valga -continuó Juana con la misma tranquilidad-; yo no puedo seguir así.

-Yo creía que me amabas, Juana, y ahora me

despedazas el corazón -dijo Diana llorando-: ¿no quieres continuar? ¿qué es lo que no quieres seguir?

-Seguir -dijo Juana al oído de su amiga-, seguir impidiéndoos, pobres amantes, que os améis a vuestras anchas.

Diana abrazó a la joven y cubrió de besos su alegre rostro.

Mientras la tenía abrazada, las trompetas de caza hicieron oír sus alegres tocatas.

-Ya nos llaman -dijo Juana-; el pobre San Lucas se impacienta. No seas más rigurosa con él, de lo que yo quiero serlo con el galán de la ropilla de color de canela.

LV. BUSSY REHÚSA VENDER SU CABALLO Y CONSIENTE EN REGALARLO

Al día siguiente salió Bussy de Angers antes que los más madrugadores se hubiesen desayunado.

No corría, volaba por el camino. Diana

había subido a un terraplén del castillo, desde donde se divisaba el sendero sinuoso y blanquecino ondulando entre los verdes prados. Vio también un punto negro que se adelantaba como un meteoro, dejando tras de sí la larga y tortuosa cinta del camino.

Bajó al momento para no hacer esperar a Bussy y también con el objeto de alabarse de haber esperado.

Apenas tocaba el sol la copa de las grandes encinas; las perlas del rocío de la mañana mojaban la hierba; a lo lejos en la montaña, se oía la corneta de San Lucas, a quien Juana exaltaba para que tocase, con el fin de recordar a su amiga el servicio que le hacía dejándola sola.

El corazón de Diana sentía un placer tan grande, tan vivo; tan satisfecha estaba de su juventud, de su belleza, de su amor, que mientras corría al encuentro de Bussy le pareció varias veces que su alma, revistiéndose de alas,

arrebataba a su cuerpo para volar hasta Dios.

Pero el camino desde la casa al bosque era largo; los delicados pies de Diana se cansaron de pisar la espesa hierba, y muchas veces falló la respiración a su pecho; no pudo, pues llegar al sitio de la cita sino en el instante en que Bussy aparecía en lo alto de la pared.

Él la vio correr; ella lanzó una exclamación de gozo; él llegó con los brazos abiertos y ella se precipitó hacia él apoyando las dos manos en su corazón; el saludo que se hicieron fue un prolongado y ardiente abrazo. Nada tenían que decirse, pues se amaban; nada en que pensar, pues se veían; nada que desear, pues se hallaban uno al lado de otro asidos de las manos.

El día se les hizo tan corto como una hora.

Luego que Diana salió la primera de aquel éxtasis, que es el sueño de una alma abrevada de felicidad, Bussy la estrechó contra su corazón, y le dijo:

-Diana, creo que hoy ha comenzado mi vida; me parece que hoy empiezo a ver claro el camino que me conduce a la eternidad. Vos sois sin duda alguna 'la luz que me revela tanta dicha; yo no sabía nada del mundo, ni de la condición de los hombres en él, así puedo repetiros lo que ayer os decía: que habiendo empezado a vivir para vos, moriré con vos.

-Y yo -respondió Diana-, yo que un día me arrojé sin sentimiento en los brazos de la muerte, hoy temo no vivir lo bastante tiempo para gozar de todos los tesoros que me ofrece vuestro amor. ¿Pero por qué no venís al castillo, conde? Mi padre se alegrará de veros, M. de San Lucas es nuestro amigo y además es discreto... pensad que una hora más de vernos es inestimable.

-¡Ah! Diana si voy por una hora al castillo, iré por siempre: si voy por siempre, toda la ciudad lo sabrá: si la noticia llega a oídos del

monstruo, vuestro esposo, vendrá... me habéis prohibido que os libre de él... Pues bien, para nuestra seguridad, es decir, para la seguridad de nuestra dicha, importa que ocultemos nuestro secreto a todo el mundo; madame de San Lucas lo sabe ya... San Lucas lo sabrá igualmente.

-¡Oh! ¿Por qué?

-¿Me ocultaríais vos alguna cosa ahora? - dijo Bussy.

-No... es cierto.

He escrito esta mañana cuatro letras a San Lucas para pedirle una entrevista en Angers. Cuando le vea le exigiré palabra de caballero de no revelar nunca la menor circunstancia de nuestra aventura. Esto es tanto más importante, querida Diana, cuanto que seguramente soy buscado por todas partes. Cuando salimos de París las circunstancias políticas eran graves.

-Tenéis razón, y además mi padre es un

hombre tan escrupuloso, a pesar de que me ama, que sería capaz de denunciarme a M. de Monsoreau.

-Ocultemos bien nuestro secreto... y si Dios nos entrega a nuestros enemigos, podamos decir al menos que no era posible que ocurriese otra cosa.

-Dios es bueno, Luis, no dudéis de él en este momento.

-No dudo de Dios, pero temo a algún demonio enemigo de nuestra ventura.

-Dadme por hoy el último adiós, y cuando volváis que no sea tan de prisa. La ligereza de vuestro caballo me da miedo.

-No temáis nada, ya conoce el camino; es el corcel más seguro y de movimientos más suaves que he montado en mi vida. Cuando regreso a Angers abismado en mis dulces pensamientos, me conduce sin que tenga que tocar la brida.

Aquí llegaban de su conversación los dos amantes, cuando se oyó en las cercanías del castillo la corneta de caza y el toque que según habían convenido Diana y madame de San Lucas debía ser señal de retirada de los cazadores. Bussy se despidió de Diana y partió.

Al aproximarse a la ciudad soñando en el venturoso día en que había pasado, orgulloso de verse libre, él a quien los honores, las riquezas y el favor de un príncipe de sangre real tenían siempre amarrado con cadenas de oro, observó que se aproximaba la hora en que debían cerrarse las puertas de la ciudad. El caballo, que había pacido todo el día bajo el follaje, había continuado también por el camino paciendo la hierba que al paso se le presentaba. Acercábase la noche y Bussy se disponía a acelerar el paso para reparar el tiempo perdido, cuando oyó detrás de sí el galope de algunos caballos.

Para un hombre que se oculta, y sobre todo para un amante, todo es peligroso. Los amantes dichosos son en esto como los ladrones. Bussy dudaba si sería preferible tomar el galope para entrar primero en Angers o retirarse a un lado para dejar pasar a los caballeros que detrás se oían; pero la carrera de éstos era tan rápida, que en un instante llegaron cerca de él.

Eran dos, Bussy, juzgando que no era cobardía evitar el encuentro de dos hombres cuando él valía por cuatro, se separó del medio del camino y vio que uno de los caballeros hundía hasta el talón las espuelas en los ijares de su cabalgadura, a la cual estimulaban además los repetidos latigazos que le daba el otro jinete.

-Vamos, ya está aquí la ciudad -decía éste con un acento gascón de los más pronunciados-: trescientos latigazos y cien espolazos más, y llegaremos en breve.

-Este caballo ya no tiene aliento, ya no quiere andar -respondió el que iba adelante-. Cien caballos daría por verme en mi ciudad.

-Este es algún angevino rezagado -dijo para sí Bussy-, sin embargo... como el miedo hace a los hombres estúpidos, me pareció conocer su voz... pero el caballo de ese buen hombre va a caer.

En aquel instante los desconocidos llegaron junto a Bussy.

-¡Eh! ¡cuidado! -exclamó éste-, sacad el pie del estribo, sacadlo pronto, ese caballo se cae.

En efecto, el caballo cayó de costado, agitó convulsivamente una pierna como si quisiese hacer un hoyo en la tierra y al momento cesaron sus resoplidos, se obscurecieron sus ojos y expiró.

-Caballero -gritó el jinete desmontado a Bussy-, trescientos doblones os doy por vuestro caballo.

-¿Qué es esto? -exclamó Bussy aproximándose.

-¿Me oís? voy de prisa.

-Señor duque, tomadle de balde -dijo con indecible emoción Bussy reconociendo al duque de Anjou.

Al mismo tiempo se percibió el ruido seco de una pistola que amartillaba el compañero del príncipe.

-¡Deteneos! -gritó el duque de Anjou a su despiadado defensor-, deteneos, M. de Aubigné; el demonio me lleve si este hombre no es Bussy.

-Sí, príncipe mío, yo soy. ¿Pero qué diablos hacéis a estas horas y en este camino?

-¡Ah! ¿es M. de Bussy? -dijo Aubigné-, entonces, monseñor, ya no necesitáis de mí... permitidme volver junto a aquél que me ha enviado, como dice la Sagrada Escritura.

-No será sin recibir mis sincera amistad -

dijo el Príncipe.

-Lo acepto todo, monseñor, y os recordaré vuestras palabras algún día.

-¡M. de Aubigné! -dijo Bussy-, me sorprende...

-¿No le conocías? -preguntó el duque de Anjou con una expresión de disgusto y desconfianza que fue notada al momento por su gentilhombre-. ¿No es verdad que estás aquí porque me esperabas?

-¡Diablo! -dijo Bussy para sí reflexionando en lo que podía dar que sospechar a Francisco su estancia de incógnito en Anjou-; ¡Diablo! no nos comprometamos.

-Hacía más que esperaros -dijo en voz alta-, más si queréis entrar en la ciudad antes que cierren las puertas, apresuraos, monseñor, a montar a caballo.

Y ofreció su caballo al príncipe, el cual hasta entonces se había ocupado en sacar algunos

papeles de importancia que llevaba ocultos entre la silla y la mantilla del suyo.

-Adiós, pues, monseñor -dijo Aubigné dando media vuelta-: estoy a vuestras órdenes, M. de Bussy.

Y se ausentó.

Bussy saltó ligeramente a la grupa de su caballo, y le dirigió hacia la ciudad. Por el camino le ocurrió la idea de si aquel príncipe vestido de negro sería el sombrío demonio que le enviaba el infierno, celoso de su ventura.

Entraron en Angers al sonar el primer toque de las trompetas de la municipalidad.

-¿Qué hacemos ahora, monseñor?

-Al castillo: que se enarbole mi bandera, que vengan a reconocerme como señor de la provincia, que se haga reunir a toda la nobleza.

-Nada más fácil -dijo Bussy , decidido a ganar tiempo por medio de la docilidad y demasiado sorprendido además para dejar de ser

dócil.

-¡Eh! ¡los de la trompeta! -gritó a los heraldos que se volvían luego de haber dado el primer toque.

Estos le miraron, mas no fijaron la atención en él, pues sólo veían a dos hombres llenos de polvo y sudor y faltos de equipaje.

-¡Hola, hola! -exclamó Bussy, dirigiéndose hacia ellos-. ¿No se conoce aquí al amo en su casa? Que llamen al escabino de servicio.

Aquel tono arrogante impuso a los heraldos; uno de ellos se aproximó.

-¡Jesucristo! -exclamó espantado y mirando atentamente al duque. . .- ¿No es éste nuestro señor y amo?

El duque podía ser fácilmente conocido a causa de la deformidad de la nariz, dividida en dos partes, como decía la canción de Chicot.

-¡Es el señor duque! -agregó el heraldo asiendo del brazo a su compañero, el cual hizo

también un ademán de sorpresa.

-Ya lo sabéis como yo -exclamó Bussy-: inflad, pues, vuestros carrillos, haced sudar sangre y agua a vuestras trompetas, y sepa toda la ciudad antes de un cuarto de hora que ha llegado Su Alteza. Nosotros, monseñor, iremos despacio al castillo; así, cuando lleguemos, nos tendrán preparada la cena.

En efecto, al primer grito de los heraldos se formaron grupos; al segundo, los niños y las viejas corrieron todos los barrios de la ciudad gritando:

-¡Ha llegado Su Alteza! ¡viva Su Alteza!

Los escabinos, el gobernador, y los principales personajes de la ciudad, se dirigieron presurosos al palacio, seguidos de una muchedumbre que a cada momento se iba haciendo más compacta.

Como lo había previsto Bussy, las autoridades de la ciudad se hallaban en el palacio antes

de que llegase el duque, para recibirle dignamente. Cuando atravesó el muelle, apenas podía pasar entre la muchedumbre; pero Bussy encontró a uno de los heraldos, el cual, repartiendo trompetazos al pueblo, abrió paso a su príncipe hasta la escalera de las Casas Consistoriales.

Bussy formaba la retaguardia.

-Señores y fieles amigos -exclamó el príncipe-, he venido a refugiarme en mi buena ciudad de Angers. En París han amenazado mi vida los mayores peligros. Había llegado a perder mi libertad; pero al fin logré huir, merced al auxilió de algunos buenos amigos.

Bussy se mordió los labios adivinando el sentido de la mirada irónica que le dirigió Francisco.

-Mas ya estoy en vuestra ciudad, y mi libertad y mi vida están seguras.

Los magistrados, estupefactos, gritaron con

débil voz:

-¡Viva nuestro señor!

El pueblo, que esperaba las albricias de costumbre en tales casos, gritó estrepitosamente:

-¡Viva!

-Cenemos -dijo el príncipe-, no he tomado nada desde esta mañana.

Acto seguido le rodearon los empleados de la casa que sostenía en Angers como duque de Anjou, y de los cuales sólo los principales conocían a su amo.

Después entraron a cumplimentarle las personas notables de ambos sexos que habitaban en la ciudad.

El besamanos duró hasta las doce de la noche; la ciudad fue iluminada; en las calles y en las plazas resonaron las salvas de mosquetería; repicaron a vuelo las campanas de la Catedral; y el viento llevó hasta Meridor el ruido de la alegría tradicional de los buenos habitantes de

Angers.

LVI. DIPLOMACIA DEL SEÑOR DUQUE DE ANJOU

Luego que se hubo apagado en las calles el ruido de las salvas de mosquetería, luego que hubo cesado el toque de campanas, luego que las antesalas fueron quedando desocupadas, luego por último, que Bussy y el duque de Anjou se vieron solos:

-Hablemos -dijo el duque.

En efecto; Francisco, con su perspicacia natural, vio que Bussy, desde que le había encontrado, andaba más solícito en servirle que lo que tenía de costumbre; juzgó, pues, con su conocimiento de la corte, que su gentilhombre se hallaba en una posición dificultosa y que por lo tanto procediendo con destreza podría adquirir alguna ventaja sobre él.

Pero Bussy había tenido tiempo para prepararse y esperaba el ataque a pie firme.

-Hablemos, monseñor -respondió.

-El último día que nos vimos -dijo el príncipe-, te hallabas bastante malo, pobre Bussy.

-Es verdad, monseñor -contestó el joven-, estaba muy malo y me he salvado casi por milagro.

-Aquel día -continuó el duque-, estaba a vuestro lado cierto médico rabioso por vuestra salud, pues mordía a todo el que se acercaba a vos.

-Es cierto, príncipe mío, porque Remigio me quiere mucho.

-Y os hacía guardar cama sin embargo, ¿no es cierto?

-Por lo cual yo estaba desesperado como Vuestra Alteza pudo verlo.

-Pero -observó el duque- si tan desesperado estabais habríais podido enviar la medicina a todos los diablos, y salir conmigo como os lo pedía.

-¡Diablo! -dijo Bussy volviendo y revolviendo entre los dedos su sombrero de boticario.

-Pero como se trataba de un grave asunto -añadió el duque-, tuvisteis miedo de comprometeros.

-¿Cómo es eso? -dijo Bussy metiéndose de una puñada el sombrero hasta los ojos-, ¿decís que tuve miedo de comprometerme?

-Eso he dicho -respondió el duque de Anjou.

Bussy se levantó impetuosamente de la silla.

-Pues bien -dijo-, habéis mentido monseñor, y os habéis mentido a vos mismo, porque no creéis una palabra, ni una sola de lo que acabáis de decirme: tengo en la piel veinte cicatrices que demuestran que me he comprometido más de una vez y que no he tenido miedo, y a fe que conozco muchas personas que no podrían decir otro tanto y sobre todo que no podrían presen-

tar tantas pruebas como yo.

-Vos tenéis siempre argumentos incontesta-

bles, M. de Bussy -dijo el duque pálido y agita-

do hasta el extremo-; cuando se os acusa gritáis

más alto que el acusador y entonces pensáis

tener razón.

-¡Oh! no siempre tengo razón, monseñor -

dijo Bussy-, ya lo sé, pero también sé cuales son

las ocasiones en que no la tengo.

-¿Y en qué ocasiones no la tenéis?

-Cuando sirvo a ingratos.

-Verdaderamente, caballero, creo que olvi-

dáis con quien estáis hablando -dijo el príncipe

levantándose de repente con el aire de dignidad

que le era natural en ciertas circunstancias.

-Sí, monseñor, me olvido; haced lo mismo

vos de una vez en vuestra vida, olvidaos de

quién soy, olvidadme.

Bussy dio dos pasos para salir; pero el prín-

cipe, más ligero que él se colocó delante de la

puerta para impedirle el paso.

-¿Negaréis, caballero -interrogó Francisco-, que el día en que no quisisteis salir conmigo, salisteis un momento después?

-Yo no niego nunca nada, monseñor -dijo Bussy-, a no ser que quieran obligarme a confesarlo.

-Decidme, entonces, por qué os obstinasteis en quedaros en casa.

-Porque tenía que hacer.

-¿En vuestra casa?

-En mi casa o en otra parte.

-Yo creía que cuando un gentilhombre está al servicio de un príncipe sus quehaceres más importantes son los negocios del príncipe.

-¿Y quién desempeña generalmente vuestros negocios, monseñor, si no es yo?

-No digo que no -repuso Francisco-, y ordinariamente los desempeñáis con celo y fidelidad: diré más, disculpo vuestro mal humor.

-¡Ah! es demasiada bondad.

-Sí, porque teníais alguna razón para estar resentido.

-¿Lo confesáis, monseñor?

-Sí: os prometí la desgracia de M. de Monsoreau. Parece que le aborrecéis, ¿eh?

-¿Yo?, nada de eso: me parece muy feo, y había querido separarle de la corte para no tener precisión de ver su cara: a vos, por el contrario, monseñor, os agrada esa figura: sobre gustos no hay dísputa.

-Pues bien, entonces, como ésta era la única excusa que teníais para desairarme como podía haberlo hecho un niño mimado y huraño, os diré que habéis cometido dos faltas, la una el no querer salir conmigo y la otra el salir luego para hacer valentías' inútiles.

-¿Yo he hecho valentías inútiles? ¿pues cómo es que hace poco me acusabais de haber temido?... vamos, monseñor, seamos conse-

cuentes; ¿qué valentías he hecho yo?

-Sin duda que detestáis a M. d'Epernon y a M. de Schomberg, ya lo comprendo; yo también les aborrezco y de muerte; pero debíais baberos limitado a esto por ahora y esperar el instante oportuno.

-¿Qué queréis decir, monseñor?

-Matadles, ¡pardiez! matad a los dos, matad a los cuatro, tanto más reconocido os quedaré, pero no les exasperéis, sobre todo estando lejos, pues así su exasperación recae sobre mí.

-Vamos, ¿qué le he hecho a ese digno gascón?

-¿Habláis de d'Epernon?

-Sí.

-Habéis hecho que le apedreen.

-¿Yo?

-De tal manera que su ropilla quedó desgarrada, su capa hecha pedazos, y el entró en el Louvre en calzoncillos.

-Bueno -repuso Bussy-, y va uno; pasemos al alemán. ¿De qué se queja M. de Schomberg?

-¿Negaréis que le hicisteis teñir con añil? Cuando le volví a ver tres horas después de la ocurrencia, aún no se le había quitado el color azul. ¿Y llamáis a eso un buen chasco? ¡ Bah!

Y el príncipe soltó la risa a pesar suyo, mientras Bussy, recordando la figura que hacía Schomberg en la cuba, se reía a carcajadas.

-¿Conque soy yo el que pasa por haberles dado este chasco?

-¡Pardiez! ¿he de ser yo?

-¿Y tenéis valor para reconvenir a un hombre a quien se le ocurren esas ideas? Bien os decía yo hace poco, que erais un ingrato.

-Es cierto, vamos, y si realmente fue esa la causa de tu salida, yo te perdono.

-¿De veras?

-Palabra de honor, pero aun tengo otras quejas de ti.

-Decid. -Hablemos de mí.

-Vaya.

-¿Qué has hecho para sacarme de la situa-

ción en que me hallaba?

-Ya lo veis -dijo Bussy.

-No veo tal.

-He venido a Anjou.

-Es decir, que te has puesto en salvo.

-Sí, monseñor, porque poniéndome en salvo

os salvaba a vos.

-Pero en lugar de venir tan lejos, ¿no podías

haber permanecido en las inmediaciones de

París? Más útil me habríais sido en Monmartre

que en Angers.

-En eso es en lo que no estamos conformes,

monseñor. Yo prefería venir a Anjou.

-Ya comprenderéis que vuestro capricho no

es una razón muy poderosa.

-Sí lo es, porque este capricho tenía por ob-

jeto reclutaros partidarios.

-¡Ah! Eso es distinto. Vamos. ¿Y qué has hecho?

-Mañana será tiempo de responderos, monseñor, porque justamente acaba de dar la hora en que debo dejaros.

-¿Para qué?

-Para verme con un personaje de la mayor importancia.

-¡Ah! Eso es otra cosa: Id, Bussy, pero sed prudente.

-No hay necesidad: ¿no somos aquí los más fuertes?

-No importa, no te comprometas a nada: ¿has conseguido ya mucho?

-¿Cómo queréis que haya conseguido mucho, si no hace más que dos días que estoy aquí?

Pero al menos no habrás dicho tu nombre.

-Ya veis qué traje tengo: ¿acaso acostumbro yo a llevar ropillas de color de canela? Y no

obstante, sólo por vos estoy metido en esta cás-
cara horrible.

-¿Y dónde tienes tu habitación?

-¡Ah! esta sí que es una prueba del afecto
que os profeso. Vivo en una casucha cerca de la
muralla, con salida al río; mas vos, príncipe mío
¿cómo habéis salido del Louvre? ¿cómo es que
os he encontrado en el camino real con un caba-
llo cansado y escoltado por monseñor de Au-
bigné?

-Porque tengo amigos -repuso el príncipe.

-¿Vos? ¿vos tenéis amigos? ¡Bah!

-Sí, amigos que tú no conoces.

-Sea enhorabuena. ¿Y quiénes son esos ami-
gos?

-El rey de Navarra y M. de Aubigné, a
quien has visto.

-¡El rey de Navarra!... ¡Ah! Es cierto. ¿No
habréis conspirado juntos?

-Yo no he conspirado jamás, monsieur de

Bussy.

-¿No? Preguntádselo a La Mole y a Coton-

nas.

-La Mole -exclamó el príncipe con aire som-

brío- cometió otro crimen distinto de aquel por

cuya causa se le cree muerto.

-Bien; dejemos a La Mole y volvamos a vos,

monseñor, tanto más cuanto que en esta cues-

tión no podríamos entendernos. ¿Por dónde

diablos habéis salido del Louvre?

-Por la ventana.

-¿De veras? ¿Y por cuál?

-Por la de mi dormitorio.

-¿Sabíais lo de la escala de cuerda?

-¿Qué escala de cuerda?

-La del armario.

-¡Ah! Parece que tú también sabías algo de

eso -dijo el príncipe palideciendo.

-¡Pse! -dijo Bussy-. Vuestra Alteza sabe que

he tenido algunas veces la dicha de entrar en

ese cuarto.

-En tiempo de mi hermana Margarita, ¿no es cierto? ¿Y entrabas por la ventana?

-Vos habéis salido por ella y no habéis salido mal. Lo que me admira únicamente es que hayáis encontrado la escala.

-No la he encontrado yo.

-¿Quién, pues?

-Nadie; me han dicho dónde se hallaba.

-¿Y quién os lo ha dicho?

-El rey de Navarra.

-¡Ah! ¡El rey de Navarra lo sabe! No lo habría creído. En fin, ya estáis aquí monseñor, sano y salvo; ahora pondremos la provincia de Anjou en combustión, y con las chispas del incendio se inflamarán igualmente la de Angumoes y la de Bearn: lo cual hará una magnífica hoguera.

-¿Pero no me has dicho que teníais una cita? -preguntó el duque.

-¡Pardiez! es cierto; pero el interés de la conversación me la había hecho olvidar. Adiós, monseñor.

-¿Te llevas tu caballo?

-¡Psé! Si le necesita Vuestra Alteza puede quedarse con él; yo tengo otro.

-Entonces le acepto; luego ajustaremos cuentas.

-Sí, monseñor, y quiera Dios que no sea yo el que salga alcanzado.

-¿Por qué?

-Porque no me agrada la persona a quien tenéis encargado el arreglo de vuestras cuentas.

-¡Bussy!

-Es verdad, monseñor; hemos dicho que no hablaríamos de eso.

El príncipe, comprendiendo lo necesario que le era Bussy, le tendió la mano.

Bussy le dio la suya, pero moviendo la cabeza.

Ambos se separaron.

LVII. DIPLOMACIA DE M. DE SAN LUCAS

Bussy volvió a su casa a pie ya muy entrada la noche; pero en vez de encontrar a San Lucas como esperaba, halló una carta en que su amigo le avisaba que iría al día siguiente.

Efectivamente, a las seis de la mañana, San Lucas, seguido de un guarda-bosque, salió de Meridor con dirección a Angers. Llegó a la ciudad al tiempo de abrirse las puertas, y sin notar la singular agitación del pueblo penetró en casa de Bussy.

Los dos amigos se abrazaron cordialmente.

-Dignaos, mi querido San Lucas -dijo Bussy-, aceptar la hospitalidad de mi pobre cabaña. Tengo mi cuartel general en Angers.

-Sí -repuso San Lucas-; como los vencedores, esto es, en el campo de batalla.

-¿Qué queréis decir, caro amigo?

-Quiero decir, mi querido Bussy, que mi mujer me lo ha referido todo; pues ni ella tiene secretos para mí, ni yo para ella. Os felicito, pues, como a mi maestro en todo, y ya que me habéis mandado a llamar, permitidme que os dé un consejo.

-Hablad.

-Quitad de en medio cuanto antes a ése abominable Monsoreau; nadie sabe en la corte vuestras relaciones con su mujer; y por consiguiente, este es el momento oportuno, con tal que no le dejéis escapar; así, cuando luego os caséis con la viuda, nadie dirá que la habéis hecho viuda por casaron con ella.

-No hay más que un obstáculo que se oponga a ese hermoso proyecto, que también me ha ocurrido a mí como a vos.

-¿Y cuál?

-Que he jurado a Diana respetar la vida de su esposo, mientras él no me ataque.

-Habéis hecho mal.

-¡Yo!

-Malísimamente.

-¿Por qué?

-Porque no deben hacerse tales juramentos. ¡Qué diablo! Si no os despacháis, si no le ganáis por la mano, acordaos de lo que os digo, Monsoreau es hombre ducho en la intriga, os descubrirá, y si os descubre, como de todo tiene menos de caballero, os matará.

-Suceda lo que Dios quiera -dijo Bussy con una sonrisa-; pero prescindiendo de que faltaría al juramento que he hecho a Diana matándole su marido...

-¡Su marido! -Bien sabéis que no lo es.

-Sí, pero al menos lleva el título de tal. Digo, pues, que prescindiendo de esto, el mundo me detestaría, y el que hoy es un monstruo a los ojos de todos, luego parecería un ángel a quien yo habría llevado a la tumba.

-Por eso no os aconsejaría yo que le dieseis muerte vos mismo.

-¡Queréis que le haga asesinar! ¡Ah, San Lucas! No esperaba de vos ese consejo.

-¿Y quién os habla de asesinos?

-¿Pues de qué me habláis?

-De nada, amigo mío, me ha ocurrido una idea, mas no está suficientemente madura para comunicárosla. No detesto yo menos a Monsoreau que vos, aunque no tenga idénticas razones para ello; pero hablemos de la mujer y dejemos al marido.

Bussy se sonrió.

-Sois un buen compañero, San Lucas, y podéis contar con mi amistad. Ya sabéis que mi amistad se compone de tres cosas: la bolsa, la espada y la vida.

-Gracias -repuso San Lucas-, acepto vuestra amistad, con tal que vos aceptéis la mía.

-¿Qué era lo que queríais decirme de Diana?

-Quería preguntaros si tratáis de venir a Meridor.

-Caro amigo, os doy gracias por vuestra bondad, pero ya sabéis mis escrúpulos.

-Lo sé todo. En Meridor estáis expuesto a encontrar a Monsoreau, no obstante que se encuentre a ochenta leguas de nosotros; os exponéis también a tener que darle la mano y es muy duro haber de estrechar la mano a un hombre a quien se quisiera ver ahorcado; en fin, os arriesgáis a verle abrazar a Diana, y es muy duro ver que otro abraza a la persona a quien se ama.

-¡Ah! -dijo Bussy con acento de despecho-, ¡qué bien conocéis las razones que tengo para no ir a Meridor! Ahora, querido amigo...

-¿Me despedís? -dijo San Lucas.

-No tal, al contrario -repuso Bussy-, os ruego que os quedéis porque ahora me toca a mí preguntaros.

-Hacedlo.

-¿No habéis oído esta noche campanas y ti-

ros?

-En efecto, hemos creído que ocurría algo de

nuevo.

-¿Y esta mañana? ¿no habéis notado nada al

entrar en la ciudad? ¿no habéis observado

grande agitación?

-Sí, la he observado, e iba a preguntaros el

motivo.

-La causa es, querido amigo, que el señor

duque de Anjou ha llegado aquí ayer.

San Lucas se levantó de la silla con ímpetu,

como si le hubiesen anunciado la presencia del

demonio.

-¿El duque en Angers? ¿Pues no se decía

que estaba preso en el Louvre?

-Precisamente; porque estaba preso en el

Louvre, es por lo qué se encuentra en Angers.

Logró escaparse por una ventana y ha venido a

refugiarse aquí.

-¿Y qué queréis decirme? -preguntó San Lu-

cas.

-Quiero decir, amigo mío -añadió Bussy-,

que esta es una excelente ocasión para vengaros

de la persecución de Su Majestad.

El príncipe tiene un partido, va a tener tro-

pas, y por lo tanto, armaremos lo que se llama

una buena guerra civil.

-¡Hola! -dijo San Lucas.

-Y cuento con vos para que peleemos juntos.

-¿Contra el rey? -preguntó San Lucas mos-

trándose frío y reservado.

-No digo precisamente contra el rey -

contestó Bussy-, sino contra aquellos que tiran

de la espada contra nosotros.

-Mi querido Bussy -repuso San Lucas-, yo

he venido a Anjou a tomar aires y no a pelear

contra Su Majestad.

-Pero dejadme, al menos, que os presente al

duque.

-Es inútil, mi querido Bussy; no me agrada Angers, y esperaba salir de aquí pronto; esta es una ciudad triste y fea; las piedras aquí son blandas como el queso y el queso duro como las piedras.

-Mi querido San Lucas, me prestaréis un gran servicio consintiendo en lo que solicito de vos: el duque me ha preguntado qué objeto me traía aquí, y no pudiendo decírselo pues que él también había amado a Diana y no ha sido afortunado en sus amores, le he hecho creer que he venido para atraer a su partido a todos los nobles de la provincia, y hasta he añadido que tenía esta mañana una cita con uno de ellos.

-Pues bien, le diréis que habéis visto a ese gentilhombre y que pide seis meses para reflexionar.

-Creo, querido San Lucas, si hemos de ser francos, que vuestra lógica no es menos áspera

que la mía.

-Mirad, amigo Bussy, yo no amo en este mundo más que a mi mujer, vos no amáis sino a vuestra querida; convengamos en una cosa; siempre que sea preciso yo defenderé a Diana, y en igual caso vos defenderéis a mi mujer. Hagamos un pacto amoroso, pero no un pacto político. Solamente así podremos entendernos.

-Veo que es forzoso ceder, San Lucas -dijo Bussy-, porque en este momento tenéis la ventaja de que yo necesito de vos, y vos no necesitáis de mí.

-Nada de eso, al contrario, yo soy el que necesito reclamar vuestra protección.

-¿Cómo así?

-Suponed que los angevinos, porque así se llamarán los rebeldes, vienen a poner sitio y a saquear a Meridor.

-¡Diablo! Tenéis razón -exclamó Bussy-, no queréis que los habitantes sufran las conse-

cuencias de un asalto.

Los dos amigos se echaron a reír, y como sonasen cañonazos en la ciudad, y el criado de Bussy le hubiese hecho presente que el príncipe le había llamado ya tres veces, se separaron completamente satisfechos el uno del otro y jurándose de nuevo mantenerse unidos en todas las empresas no políticas.

Bussy corrió al palacio real, donde ya se iba reuniendo la nobleza de todos los puntos de la provincia. La nueva de la llegada del duque de Anjou había resonado como el eco de un cañonazo, y las villas y aldeas de tres o cuatro leguas en contorno se habían conmovido al saber tan gran noticia.

El gentilhombre se apresuró a arreglar una presentación oficial, un banquete y varios discursos, pensando que mientras el príncipe recibía-las visitas de la nobleza, comía y arengaba, él tendría tiempo de ver a Diana aunque no

fuese más que un instante. Así, luego que hubo preparado al duque ocupación para algunas horas, volvió a su casa, montó a caballo y emprendió a galope el camino de Meridor.

Entregado el duque a sí propio, pronunció muy bellos discursos y produjo un efecto maravilloso hablando de la Liga, tocando con discreción los puntos referentes a su alianza con los Guisas y presentándose como un príncipe perseguido por el rey a causa de la confianza que los parisienses le habían manifestado. Mientras le contestaban y le besaban la mano, pasaba revista a todos, notando con cuidado los que habían ya acudido y con más cuidado todavía los que faltaban.

Cuando Bussy llegó eran las cuatro de la tarde; apeóse del caballo y se presentó al duque cubierto de sudor y polvo.

-¡Hola, mi valiente Bussy! -exclamó el duque-, parece que has puesto ya manos a la obra.

-Ya lo veis, monseñor.

-¿Tienes mucho calor?

-He corrido bastante.

-Cuidado no caigas malo; tal vez no estás

aún bien restablecido.

-No hay peligro.

-¿Y de dónde vienes?

-De ahí cerca. ¿Está contento Vuestra Alte-

za? ¿ha estado concurrida su corte?

-Sí, muy contento; pero ha faltado alguno a

esta corte. -¿Quién?

-Tu protegido.

-¿Mi protegido?

-Sí, el barón de Meridor.

-¡Ah! -dijo Bussy poniéndose pálido.

-Y no obstante -añadió el duque-, aunque

me desprecia yo no le desprecio a él, porque

tiene mucho influjo en la provincia.

-¿Lo suponéis así?

-Estoy seguro de ello. El barón era el co-

rresponsal de la Liga en Anges; estaba nombrado por M. de Guisa, y por regla general los Guisas suelen hacer buenas elecciones. Es necesario que venga, Bussy.

-¿Y si no viene, monseñor?

-Si no viene, yo daré los primeros pasos y me presentaré en su casa.

-¿En Meridor?

-¿Y por qué no?

Bussy no pudo menos de dirigir al duque una mirada celosa y feroz.

-Bien mirado -repuso-, como sois príncipe, todo os está permitido.

-¡Pues qué! ¿crees que todavía dure el resentimiento?

-No sé; ¿cómo he de saberlo?

-¿No le has visto?

-No.

-No sería de extrañar que le hubieses visitado, teniendo el proyecto de atraer a mi partido

los nobles de la provincia.

-No habría dejado de hacerlo, si ya en otra ocasión no hubiese estado encargado de un asunto suyo. -¿Y qué?

-Que como no pude cumplir las promesas que le hice entonces, no tenía mucha prisa en presentarme a él.

-¿Pues no tiene lo que quería? -dijo el príncipe.

-¿Cómo? exclamó Bussy.

-Quería que su hija se casara con el conde, y en efecto se casó.

-Está bien, monseñor, no hablemos más de eso -repuso Bussy volviendo la espalda al príncipe.

En aquel momento entraron nuevos cortesanos; el duque se dirigió a ellos: Bussy se quedó solo.

Las palabras del príncipe le daban mucho que pensar.

¿Cuáles serían sus verdaderas intenciones respecto al barón de Meridor?

¿Eran en efecto las que le había manifestado? ¿No veía en el anciano barón más que un medio de reforzar su causa con el auxilio de un hombre estimado y poderoso, o bien sus proyectos políticos eran sólo un pretexto para acercarse a Diana?

Bussy analizó la situación del príncipe, tal como era entonces; vióle enemistado con su hermano, desterrado del Louvre, jefe de la insurrección de una provincia. Puso en la balanza de un lado los intereses materiales del príncipe, y de otro sus caprichos amorosos, y halló que sus amores pesaban muy poco en comparación de sus intereses.

Hallábase, pues, pronto a perdonar al duque los anteriores agravios, con tal que no le hiciese éste que temía.

Pasó toda la noche comiendo con Su Alteza

Real y los nobles angevinos, y obsequiando a las damas; y luego de la cena mandó que entrasen los violines para enseñarles las contradanzas más modernas.

Excusado es decir que fue la admiración de las mujeres y la desesperación de los maridos, y como algunos de éstos le mirasen de una manera que no le agradara, se retorció ocho o diez veces el bigote, y preguntó a tres o cuatro de los que de aquel modo le habían mirado, si le concederían el favor de dar un paseo con él a la luz de la luna en el jardín; pero su reputación le había precedido a Angers, y no halló quien quisiese medir con él su espada.

LVIII. EL BILLETE

A la puerta del palacio ducal se halló Bussy con el rostro franco, leal y risueño de un hombre a quien creía a ochenta leguas de distancia.

-¡Ah! -exclamó con acento de singular alegría-, ¿eres tú, Remigio?

-Sí, monseñor, yo soy.

-Iba a escribirte que vinieras.

-¿Cierto?

-Palabra de honor.

-Eso me tranquiliza; yo temía que me rega-
ñaseis.

-¿Y por qué?

-Porque he venido sin vuestro permiso. Pe-
ro oí decir que el duque de Anjou se había es-
capado del Louvre y partido para su provincia;
recordé que vos estabais en las cercanías de
Angers; pensé que habría guerra civil, muchas
estocadas dadas y recibidas, y gran número de
agujeros en la piel de mi prójimo, y como yo
amo a mi prójimo como a mí mismo, y aun más
que a mí mismo, he acudido al instante.

-Has hecho bien, Remigio, pues te aseguro
que me hacías falta.

-¿Cómo lo pasa Gertrudis, monseñor?

Bussy se sonrió.

-Te prometo -dijo-, pedir noticias de ella a Diana la primera vez que la vea.

-En cambio -repuso Remigio-, la primera vez que yo vea a Gertrudis le pediré noticias de madame de Monsoreau.

-Eres buen muchacho. ¿Y cómo te has arreglado para encontrarme?

-¡Pardiez, vaya una dificultad! Pregunté por el palacio ducal, y os he esperado a la puerta, después de haber llevado mi caballo a las caballerizas del príncipe, donde creo haber visto al vuestro.

-Sí, el príncipe reventó el suyo, yo le presté a Rolando, y como no tenía otro, se ha quedado con él.

-Ese es un rasgo de vuestro carácter: vos sois el príncipe, y el príncipe no es aquí sino un gentilhombre.

-No te apresures a elevarme tanto, Remigio; vas a ver la buena habitación que tengo.

Diciendo y haciendo llevó a Remigio a su casita de la muralla.

-Ahí tienes mi palacio -exclamó Bussy-, acomódate donde puedas y como puedas.

-No será difícil; no necesito ocupar mucho sitio, pues como sabéis puedo dormir de pie si es necesario y me encuentro suficientemente cansado para ello.

Los dos amigos (porque Bussy trataba a Remigio más bien como amigo que como dependiente) se separaron, y Bussy, satisfecho del amor de Diana y de la amistad de Remigio, durmió toda la noche de un sueño.

Es cierto que el duque, deseando igualmente dormir con comodidad, pidió que no se tirasen más cañonazos y que cesaran las salvas de mosquetería; las campanas guardaron también silencio, a causa de las ampollas que los campaneros se habían hecho en las manos.

Bussy se levantó temprano y corrió al pala-

cio mandando que avisasen a Remigio que le fuese a buscar allí. Le importaba espiar los primeros bostezos de Su Alteza, a fin de sorprender si era posible su pensamiento en el gesto de ordinario muy significativo del durmiente que despierta.

El duque despertó, en efecto, pero al notar la inmovilidad de su rostro cualquiera habría dicho que se ponía careta como su hermano para dormir. Bussy perdió el tiempo y no le sirvió de nada haber madrugado.

Llevaba dispuesto un catálogo de cosas a cual más importantes.

En primer lugar, un paseo extramuros para reconocer las fortificaciones de la plaza.

Luego, revista de los habitantes y de sus armas.

Visita al arsenal y orden para preparar municiones de toda especie.

Examen minucioso de los tributos que pa-

gaba la provincia, con objeto de proporcionar a los buenos y fieles vasallos del príncipe una pequeña contribución supletoria, destinada al ornato interior de los cofres.

En fin, correspondencia.

Más Bussy sabía que no debía contar demasiado con este último artículo; el duque de Anjou escribía poco; ponía en práctica el proverbio: lo escrito se lee.

Pertrechado de este modo contra los malos pensamientos que podían acometer al príncipe, se presentó en su cuarto y le vio abrir los ojos; pero como hemos dicho, nada pudo leer en ellos.

-¡Hola! -dijo el duque-; ¡ya estás aquí!

-Sí, monseñor: no he podido dormir: los intereses de Vuestra Alteza me han tenido toda la noche despierto. Vamos a ver; ¿en qué emplearemos la mañana? ¿queréis que salgamos de caza?

-¡Cómo! -exclamó el duque-, ¡pretendes haber pensado en mis intereses y el resultado de tus meditaciones es venir a proponerme una partida de caza!

-Es cierto -dijo Bussy-; además no tenemos perros.

-Ni montero mayor -repuso el príncipe.

-¡Ah! en cuanto a esa falta, me importa poco. La caza sin montero mayor me agradaría más.

-Yo no soy de esa opinión; antes al contrario, echo de menos a monsieur de Monsoreau.

El duque acompañó estas palabras con una sonrisa extraña.

Bussy notó esta sonrisa y dijo:

-El bueno de Monsoreau, vuestro amigo, parece que no ha sido de los que han contribuido a vuestra libertad.

El duque se sonrió nuevamente.

-Bueno -dijo Bussy-, ya entiendo esa sonri-

sa; es la mala; no arriendo la ganancia a Monso-

reau.

-¿Le aborreces? -interrogó el príncipe.

-¿A Monsoreau?

-Sí.

-¿Y por qué le he de aborrecer?

-Porque es mi amigo.

-Por el contrario, le tengo lástima.

-¿Qué quiere decir eso?

-Que cuanto más le hagáis subir mayor será

su caída cuando caiga.

-Vamos, ya veo que estás de buen humor.

-¿Yo

-Sí, porque cuando te hallas de buen humor

es cuando me dices esas cosas. Sin embargo,

sostengo lo que he dicho: Monsoreau nos es

muy útil en este país.

-Porque posee bienes en la provincia.

-¿Él?

-Él, o su mujer.

Bussy se mordió los labios al ver que el duque volvía a entablar la misma conversación de que tanto trabajo le había costado apartarle el día anterior.

-¡Ah! ¿creéis?...

-Indudablemente -contestó el duque-: Meridor está a tres leguas de Angers; ya lo sabrás pues que me llevaste al anciano barón.

Bussy conoció que necesitaba estar muy sobre sí.

-Yo os le llevé -dijo-, porque se pegó a mí capa, y a no haberle dejado la mitad entre las manos como otro San Martín, tenía que conducirle a vuestra presencia. Por lo demás mi protección no le sirvió de mucho.

-Escucha -dijo el duque-, se me ocurre una idea.

-¡Diablo! -exclamó Bussy que siempre desconfiaba de las ideas del príncipe.

-Sí... Monsoreau te ha ganado la primera

partida; mas yo quiero que tú le ganes la segunda.

-¿Y cómo?

-Muy sencillamente. ¿Me conoces, Bussy?

-Tengo esa desgracia.

-¿Crees que cuando yo recibo una afrenta la dejo impune?

-Según y conforme.

Él duque se sonrió irónicamente, se mordió los labios y movió la cabeza de alto a bajo.

-Explicaos, monseñor -dijo Bussy, observando que aquella sonrisa del duque era peor que la primera.

-Pues bien -dijo el príncipe-, el montero mayor me ha robado una doncella a quien yo amaba, para hacerla su mujer, y yo a mi turno quiero robarle la mujer para hacerla mi querida.

Bussy hizo un esfuerzo para sonreírse, pero por más que lo intentó no logró sino hacer un gesto.

-¿Queréis robar la mujer de M. de Monsoreau? -preguntó tartamudeando.

-Me parece que no hay nada más fácil: ella está en sus posesiones, tú me has dicho que detestaba a su marido: por lo tanto, puedo suponer sin vanidad que me preferirá a Monsoreau, sobre todo si le prometo... lo que pienso prometerle.

-¿Y qué le prometeréis, monseñor?

-Librarla de su esposo.

Bussy estuvo para exclamar:

-¿Y por qué no lo habéis hecho antes?

Pero tuvo el ánimo suficiente para guardar silencio.

-¿Seríais capaz -dijo-, de llevar a cabo tan buena acción?

-Ya lo verás: entretanto iré a hacer una visita a Meridor.

-¿Os atreveréis?

-¿Y por qué no?

-¿Os presentaréis delante del anciano barón, a quien habéis abandonado, luego de haberme prometido?...

-Tengo una excelente excusa que darle.

-¿De dónde diablos la sacáis?

-Ya verás: le diré, no he anulado ese casamiento, porque Monsoreau, sabiendo que erais uno de los principales agentes de la Liga y que yo estaba a la cabeza de esta asociación, me amenazó con delatarnos a los dos al rey.

-¡Hola! ¿Y es todo eso invención de Vuestra Alteza?

-No todo, debo confesarlo -contesó el duque.

-Entonces ya comprendo -dijo Bussy.

-Comprendéis, ¿eh? -dijo el duque creyendo que era otro el significado de la respuesta de su gentilhombre.

-Sí.

-Le haré creer que no he consentido en el

matrimonio de su hija sino por salvarle la vida.

-¡Magnífico! -exclamó Bussy.

-¿Qué tal? Pero ahora que pienso en ello,

asómate a la ventana.

-¿Para qué?

-Asómate.

-Ya estoy.

-¿Qué tiempo hace?

-Debo declarar a Vuestra Alteza que muy

bueno.

-Pues bien, manda preparar los caballos y

vamos a ver cómo sigue el buen barón de Meri-

dor.

-¿Ahora misma, monseñor?

Y Bussy, que hacía un cuarto de hora se

hallaba representando el papel eternamente

cómico de Mascarilla, fingió que iba a salir, lle-

gó hasta la puerta y volvió.

-Perdonad, monseñor –dijo- ¿Cuántos caba-

llos deseáis que nos acompañen?

-Cuatro o cinco, los que tú quieras.

-Si lo he de decidir yo, monseñor -repuso Bussy-, mandaré que venga ciento.

-¿Y para qué tantos?

-Para tener veinticinco con quienes poder contar en caso de ataque.

-¿En caso de ataque? -preguntó el duque temblando.

-Sí -repuso Bussy-, he oído decir que hay muchos bosques a las inmediaciones de Meridor, y nada tendría de extraño que cayésemos en alguna emboscada.

-¡Ah! -repuso el duque-, ¿crees tú?

-Vuestra Alteza sabe que él verdadero valor no está reñido con la prudencia.

El duque se quedó pensativo.

-¡Qué diablo! -exclamó Bussy-, pediremos ciento cincuenta caballos.

Y se adelantó por segunda vez hacia la

puerta.

-Un momento -dijo el príncipe.

-¿Qué hay, monseñor?

-¿Crees que no estoy seguro en Angers,

Bussy?

-¡Psé! la ciudad no es muy fuerte; sin em-

bargo, bien defendida...

-Sí, bien defendida, pero puede serlo mal;

por muy valiente que tú seas nunca podrás en-

contrarte a la vez más que en un solo punto.

-Es probable.

-Si no estoy seguro en la ciudad, y no lo es-

toy toda vez que tú lo dudas...

-Yo no he dicho que dudaba, monseñor.

-Bueno, bueno: si no estoy aquí seguro, es

preciso ponernos pronto en estado de vernos en

seguridad.

-Eso es pensar sabiamente. Monseñor.

-Quiero visitar el castillo y fortificarme en

él.

-Bien dicho, monseñor; con buenas fortifica-
ciones...

Bussy no pudo continuar; no tenía costum-
bre de manifestar miedo, ni aun prudencia, y
por consiguiente le faltaban palabras para ello.

-Otra idea me ocurre -añadió el príncipe.

-La mañana es fecunda en ideas, monseñor.

-Haremos venir aquí a los de Meridor.

-Hoy estáis acertado en todo. Levantaos y
vamos a ver el castillo.

El príncipe llamó a sus criados y Bussy se
aprovechó de aquel momento para salir.

En las antesalas encontró a Remigio que era
a quien buscaba.

Llevóle al gabinete del duque, escribió cua-
tro líneas en un papel, entró en el invernadero,
tomó un ramillete de rosas, ocultó en él el bille-
te, pasó a la caballeriza, ensilló a Rolando, puso
el ramo en manos de Remigio y le mandó que
montase a caballo.

Después, llevándole fuera de la ciudad, como Amán conducía a Mardoqueo, le situó en una especie de sendero, y allí le dijo:

-Deja marchar a Rolando: al extremo del sendero encontrarás el bosque, en el bosque un parque, alrededor del parque una tapia: en el sitió inmediato a esta tapia donde Rolando se pare, allí arrojarás el ramillete.

El papel que había escrito Bussy decía lo siguiente:

"El que debía venir no viene, porque el que no debía venir ha venido, y es más peligroso que nunca, pues sigue enamorado.

"Tomad con los labios y con el corazón todo lo que hay de imperceptible a la vista en este papel."

Remigio aflojó las riendas a Rolando, el cual partió a galope en dirección de Meridor.

Bussy volvió al palacio ducal y halló al príncipe vestido.

En media hora llegó Remigio llevado por el caballo como una nube impelida por el viento, y confiado en las palabras de su señor atravesó campos, bosques, arroyos, colinas, y se detuvo al pie de una tapia a la que faltaban algunas piedras y cuyo caballete parecía unido a las grandes ramas de las encinas por medio de la yedra que le tapizaba.

Cuando llegó allí se puso de pie sobre los estribos, ató fuertemente el papel al ramillete, y haciendo un vigoroso esfuerzo le arrojó a lo interior del parque.

Un pequeño grito que resonó al otro lado de la tapia, le anunció que el mensaje había llegado a buen puerto.

Nada más tenía que hacer porque no le habían mandado esperar contestación.

Volvióse, pues, por donde había ido, lo cual no gustó mucho a Rolando por estar acostumbrado a pacer allí todo el día: pero Remigio le

aplicó la espuela, le hizo sentir él látigo y el noble animal tuvo que volver a emprender su paso acostumbrado.

Cuarenta minutos después ya se encontraba en la nueva caballeriza, teniendo a su disposición un pesebre bien provisto de heno y avena.

Bussy se hallaba a la sazón visitando el palacio con el príncipe.

Remigio se reunió con él en el momento en que examinaba un subterráneo que iba a dar a la poterna.

-¿Qué hay? -interrogó Bussy a su mensajero-; ¿qué has visto? ¿qué has oído? ¿qué has hecho? -Una tapia, un grito y andar siete leguas-, repuso Remigio con el laconismo de uno de aquellos hijos de Esparta, que se dejaban devorar por las zorras para mayor gloria de las leyes de Licurgo.

LIX. UNA BANDA DE ANGEVINOS

Bussy logró tener tan ocupado al duque con

sus preparativos de guerra, que durante dos días no le dejó tiempo ni para ir a Meridor, ni para hacer que fuese el barón a Angers.

No obstante, ya algunas veces le ocurrían de nuevo al príncipe sus ideas de visita; pero al momento Bussy fingía gran solicitud, revistaba los mosquetes de toda la guarnición, mandaba que la caballería se equipase como en tiempo de guerra, y hacía traer de acá para allá los cañones y las cureñas, como si se tratara de conquistar un nuevo mundo; Remigio por su parte, observando este movimiento, se ponía a hacer hilas, a afilar sus instrumentos y a confeccionar sus bálsamos, como si se tratase de curar a la mitad del género humano; de manera que el duque se asustaba de lo enorme de semejantes preparativos.

Excusado es decir que de cuando en cuando, y bajo pretexto de examinar las fortificaciones exteriores, montaba Bussy a caballo, y en

cuarenta minutos llegaba a cierta tapia por donde trepaba con tanta más ligereza, cuanto que cada vez dejaba caer alguna piedra y hundía el caballete que poco a poco se iba transformando en brecha.

En cuanto a Rolando no era preciso indicarle el camino. Bussy no tenía que hacer más que soltar la brida y cerrar los ojos.

-Ya he ganado dos días -decía el gentilhombre-, malo será que de aquí a otros dos no ocurra algo que me haga ganar más.

No se engañaba Bussy al contar con su fortuna.

El tercer día, a tiempo que entraba en la ciudad un gran convoy de víveres, producto de una contribución impuesta por el duque a sus buenos y fieles angevinos, y en el instante en que aquél para hacerse popular probaba el pan negro de los soldados, arenques salados y el bacalao seco, se oyó gran ruido hacia una de las

partes de la población.

El duque de Anjou preguntó la causa de aquel rumor, pero nadie pudo decírselo.

Hacia el punto de donde venía el ruido, se distribuían los golpes de partesana y culatazos a gran número de paisanos atraídos por la novedad de un espectáculo curioso.

Un hombre montado en un caballo blanco, empapado en sudor, se había presentado a la puerta que daba al camino de París.

Ahora bien, como Bussy, siguiendo su sistema de intimidación, se había hecho nombrar capitán general del país de Anjou y gran maestre de todas las plazas, estableciendo la más rigurosa disciplina en Angers, nadie podía salir de la ciudad sin un pase; ni entrar sin saber el santo y seña o llevar un documento cualquiera en que se le permitiese la entrada.

Toda esta disciplina no tenía otro objeto que impedir al duque que enviase algún mensaje a

Diana sin que Bussy lo supiera, o que Diana entrase en Angers sin que él tuviera noticia de ello.

Esto parecerá quizás un poco exagerado, pero mayores locuras hizo Buckingham cincuenta años más tarde por Ana de Austria.

Había, pues, llegado como hemos dicho, el hombre del caballo blanco a la inmediación del cuerpo de guardia.

Mas la guardia tenía su consigna; la consigna había sido comunicada al centinela, y el centinela atravesó la partesana delante de la puerta; el caballero no hizo caso de la insinuación, pero el centinela gritó:

-¡A las armas!

La guardia salió y fue preciso entrar en explicaciones.

-Soy Antraguet -dijo el caballero- y quiero hablar al duque de Anjou.

-No os conocemos -contestó el jefe de la

guardia-; en cuanto a hablar al duque de Anjou vuestro deseo quedará satisfecho, porque vamos a prenderos y a llevaros a presencia de Su Alteza.

-¡Prenderme! -confesó el caballero-. ¿Pretendes, bribón, prender a Carlos de Balzac d'Entragues, barón de Cuneo y conde de Graville?

-Ni más ni menos -dijo ajustándose la gola el paisano y reflexionando que tenía veinte hombres detrás de sí y uno solo enfrente.

-Aguardad un poco, mis buenos amigos -dijo Antraguet-. Vosotros no conocéis todavía a los parisienses, ¿eh? Pues yo voy a mostraros lo que son y lo que saben hacer...

-Prendámosle y conduzcámosle a presencia de Su Alteza -gritaron los milicianos furiosos.

-Poco a poco, corderos míos -dijo Antraguet-, yo soy quien tendrá ese gusto.

-¿Qué dice? -se preguntaron unos a otros los paisanos.

-Dice -respondió Antraguet-, que su caballo no ha andado hoy más que diez leguas y que por lo tanto pasará por encima de todos vosotros, si no os apartáis: ¡apartaos o si no, voto al demonio!...

Y como los milicianos de Angers no comprendiesen aquel juramento parisiense, Antraguet sacó la espada, y haciendo con ella un molinete deslumbrador, tiró por tierra a un lado y a otro las astas de las alabardas que más cerca tenía.

Antes de diez minutos quedaron quince o veinte alabardas transformadas en palo de escoba. Los milicianos furiosos cayeron a palos sobre el recién venido, el cual se presentaba ya delante, ya detrás, ya a la izquierda, ya a la derecha de ellos con habilidad prodigiosa y riéndose a carcajadas.

-¡Magnífica entrada! -decía haciendo dar vuelta al caballo-. ¡Qué buena gente son estos

paisanos de Angers! ¡Pardiez, aquí sí que se divierte uno! ¡Qué bien ha hecho el príncipe en salir de París, y qué bien he hecho yo en venir a su lado!

Y Antraguet no tan sólo paraba los golpes que se le dirigían, sino que cuando se veía estrechado muy de cerca, hendía con su espada de hoja española el casco de éste, el coleto de aquél, y algunas veces, escogiendo la víctima aturdía de un golpe de plano al guerrero imprudente que se lanzaba en medio de la pelea sin llevar en la cabeza más que el simple gorro de lana.

Los paisanos agolpándose sin orden contra Antraguet tiraban golpes a todos lados estropeándose los unos a los otros; pero luego volvían a la carga, y como los soldados de Cadmo parecía que salían de la tierra.

Antraguet notó que le iban faltando las fuerzas.

-Vamos -dijo, viendo que las filas de paisanos se iban haciendo cada vez más compactas-, ya veo que sois valientes como leones y de ello daré testimonio. Pero ya no os quedan más que los mangos de vuestras alabardas, y no sabéis cargar los mosquetes. Había decidido entrar en la ciudad, pero ignoraba que estuviese guardada por un ejército de Césares; renuncio a venceros: buenas tardes, me voy; decid tan sólo al príncipe que he venido expresamente de París a verle.

Entretanto el capitán había logrado comunicar el fuego a la mecha de su mosquete; pero en el instante en que apoyaba la culata en el hombro, Antraguet le dio tan fuerte latigazo con su flexible acero en los dedos, que le hizo arrojar el arma y ponerse a saltar alternativamente, ya sobre un pie, ya sobre otro.

-¡Muera, muera! -gritaron los paisanos furiosos-; ¡que no se escape! ¡no lo dejemos huir!

-¡Hola! -dijo Antraguet-, antes no queríais dejarme entrar, y ahora no queréis dejarme salir; pensadlo bien, porque si cambio de táctica, en lugar de dar de plano daré de punta, y en vez de cortar las alabardas cortaré las manos: vamos, corderos míos, ¿me dejáis marchar?

-¡No! ¡muera, muera! ¡ya está cansado, acabemos con él a garrotazos!

-Perfectamente, ¿con que ahora vale todo?

-Sí, sí.

-Pues bien, cuidado con los dedos porque voy a cortar las manos.

Apenas acababa de decir estas palabras y de ponerse en disposición de realizar sus amenazas, cuando apareció en el horizonte otro caballero, el cual llegó a galope tendido el sitio del combate.

-Antraguet -gritó el recién venido-, Antraguet, ¿qué diablos haces entre esos paisanos?

-¡Livarot! -exclamó Antraguet volviéndose-;

¡pardiez! a buen tiempo llegas: ¡a ellos, amigo mío, a ellos!

-Ya sabía yo que te había de encontrar; hace cuatro horas que tuve noticias de ti y vine en tu seguimiento. ¿Pero dónde te has metido? Parece que quieren asesinarte.

-Sí, son nuestros amigos de Anjou que no quieren dejarme entrar ni salir.

-Señores -exclamó Livarot quitándose el sombrero-, ¿nos haréis el favor de apartaos a derecha o a izquierda para que pasemos?

-¡Nos insultan! -vociferaron los paisanos-, ¡mueran, mueran! -¡Lo que es esta gente de Angers! -dijo Livarot, poniéndose con una mano el sombrero y sacando con la otra la espada.

-Ya lo ves -repuso Antraguet-; por desgracia son muchos.

-¡Bah! entre los tres bien podemos vencerlos.

-Sí, si fuésemos tres: más como no somos

más que dos...

-Ahí viene Ribeirac.

-¿Él también?

-¿Le oyes?

-Le veo. ¡Hola, Ribeirac! ¡eh! ¡aquí, aquí!

En efecto, en aquel momento Ribeirac se presentó no menos presuroso que sus dos compañeros, diciendo:

-¡Oiga! aquí hay combate; buenas tardes, Antraguet, buenas tardes, Livarot.

-Carguemos -contestó Antraguet.

Los paisanos se miraron unos a otros espantados al notar el refuerzo que acababa de llegar a los dos amigos, los cuales de situados se disponían a convertirse en sitiadores.

-¿Qué es esto? Aquí viene un regimiento -exclamó el capitán de la milicia a su gente-; señores, nuestro orden de batalla me parece defectuoso y propongo que demos media vuelta a la izquierda.

Los paisanos, con la destreza que les caracteriza en la ejecución de los movimientos militares, dieron inmediatamente media vuelta a la derecha.

Y era que prescindieron de la orden de su capitán, que naturalmente les incitaba a la prudencia, veían a los tres caballeros formarse en batalla con un aire marcial capaz de hacer temblar a los más intrépidos.

-Esta es la vanguardia -gritaron, deseando hallar un pretexto para huir; ¡al arma, al arma!

-¡Fuego! -gritaron otros.

-¡El enemigo, el enemigo! -exclamaron la mayor parte.

-Somos padres de familia: debemos conservar nuestras vidas, pues tenemos mujeres e hijos: sálvese quien pueda -gritó el capitán.

Y aquellos diversos gritos, que sin embargo de ser diferentes todos tenían el mismo objeto, produjeron un espantoso tumulto en la calle, y

fueron causa de que comenzase a llover palos sobre los curiosos que agolpándose impedían la fuga a los tímidos.

Entonces fue cuando llegó hasta la plaza del palacio el rumor que puso en cuidado al príncipe, el cual, como hemos dicho, se encontraba a la sazón probando el pan negro, los arenques salados y el bacalao seco de sus partidarios.

Bussy y el príncipe preguntaron de nuevo la causa de aquel ruido y al fin les dijeron que los que le producían eran tres hombres o más bien tres diablos en carne humana, que acababan de llegar de París.

-¡Tres hombres! -dijo el príncipe-, mira quiénes son, Bussy.

-¿Tres hombres? -repitió Bussy-, venid conmigo, monseñor.

Y ambos marcharon en dirección de la puerta de París: Bussy iba delante: el príncipe marchaba detrás por prudencia y seguido de unos

veinte caballeros.

Cuando llegaron comenzaban los paisanos a ejecutar la maniobra de que hemos hablado, con gran detrimento de los cráneos y costillas de los curiosos.

Bussy se enderezó sobre los estribos y dirigió su mirada de águila al sitio de la pelea: entonces, conociendo a Livarot por su cara larga:

-¡Vive Dios! -gritó con voz de trueno y dirigiéndose al príncipe-, venid, monseñor; son nuestros amigos de París que nos asedian.

-No hay tal -contestó Livarot-, al contrario, son tus amigos de Anjou que quieren acuchillarnos.

-¡Abajo las armas, abajo las armas, tunantes; son amigos! -exclamó el duque.

-¡Amigos! -gritaron los paisanos rendidos y apaleados-, ¡amigos! entonces bien podía habérseles dado el santo y seña, y no que hace una hora que les tratamos como paganos y ellos

a nosotros como turcos.

Y los paisanos acabaron de ponerse en reti-

rada.

Livarot, Antraguet y Ribeirac se adelanta-

ron con aire de victoria por el espacio que la

retirada de la milicia cívica había dejado libre y

se apresuraron a besar la mano de Su Alteza,

hecho lo cual se arrojaron en brazos de Bussy.

-Parece -exclamó filosóficamente el capitán-

que era una panda de angevinos la que noso-

tros teníamos por banda de buitres.

-Monseñor -dijo Bussy en voz baja al prín-

cipe-, contad vuestros milicianos.

-¿Para qué?

-Contadlos, formad un cálculo, no digo pre-

cisamente que los contéis uno por uno.

-Aquí habrá cuando menos ciento cincuen-

ta.

-Y algunos más.

-Y bien, ¿qué queréis decir con eso?

-Que no tenéis en ellos soldados de gran mérito, pues que tres hombres les han derrotado.

-Es cierto -dijo el duque-. ¿Y qué más?

-¿Qué más? ¡Salid de la ciudad con gente como ésta!

-Tienes razón -repuso el duque-, pero saldré con tres hombres que han derrotado a los demás.

-¡Oiga! -dijo Bussy interiormente-, no había pensado en ello. No hay como los cobardes para ser lógicos.

LX. ROLANDO

El esfuerzo que le había llegado al duque de Anjou le permitía salir frecuentemente a reconocer las fortificaciones exteriores. Iba, pues, reconociéndolas, acompañado de sus amigos que tan oportunamente habían llegado, y con un lucido tren de campaña que enorgullecía a los habitantes de Angers, aun cuando la compara-

ción entre aquellas caballeros bien armados y equipados, y los arneses rotos y mohosas armaduras de la milicia cívica no favoreciesen mucho a esta última.

Al principio examinó el duque las murallas; luego los huertos que se hallaban inmediatos a ellas, luego los campos inmediatos a los huertos, y por último los castillos situados en aquellos campos. Al pasar a vista de los bosques de Meridor dirigía siempre el príncipe una mirada arrogante a aquellos bosques que tanto miedo le habían causado o por mejor dicho, con los cuales Bussy le había inspirado tanto miedo.

Los nobles angevinos llegaban con dinero y hallaban en la corte del duque de Anjou una libertad que no podían en manera alguna prometerse en la corte de Enrique III. Por consiguiente, no les faltaban ocasiones de llevar una vida alegre en una ciudad, dispuesta como debe estarlo toda capital, para apurar la bolsa de

sus huéspedes.

No transcurrieron tres días sin que Antraguet, Ribeirac y Livarot entablasen relaciones con los nobles angevinos, más amigos de las modas y maneras parisienses. Excusado es decir que estos dignos señores eran casados y tenían mujeres jóvenes y bonitas.

Así el duque de Anjou no recorría la ciudad a caballo por puro capricho, como podrían pensar los que conocen su egoísmo; sino también por agradar a los gentilhombres parisienses que se le habían unido, a los señores angevinos y especialmente a las damas angevinas.

Dios debía de alegrarse de todo puesto que la causa de la Liga era 1-a causa de Dios.

Después el rey debía evidentemente de enfurecerse con la rebelión de la provincia.

En fin, las damas debían de estar satisfechas.

Así la gran trinidad de la época, Dios, el rey

y las damas, se hallaba representada.

El contento de los habitantes de Angers llegó a su colmo cuando una mañana vieron entrar en magnífica procesión veintidós caballos de mano, treinta caballos de tiro, y cuarenta mulas que con los carros, literas y furgones, constituían el equipaje del señor duque de Anjou.

Todo aquello llegaba como por encanto de Tours por la módica cantidad de cincuenta mil escudos que el duque de Anjou había dedicado a este uso.

Debemos decir que si bien los caballos se hallaban ensillados, se debía el importe de las sillas a los guarnicioneros: que si bien los cofres tenían magníficas cerraduras y llaves, estaban vacíos, lo cual es un elogio para el príncipe, pues que podía llenarlos imponiendo más tributos; pero el tomar no le agradaba al príncipe, el cual prefería sustraer.

La entrada de esta procesión produjo efecto en Angers.

Los caballos pasaron a las caballerizas y los carros a las cocheras. Los cofres fueron conducidos a palacio por los criados en quienes el príncipe tenía más confianza, pues las sumas que no contenían no podían ser entregadas sino a manos muy seguras.

Por último, se cerraron las puertas del palacio dejando fuera gran multitud de gente que había acudido atraída por el espectáculo, la cual quedó convencida de que el príncipe acababa de recibir dos millones, mientras por el contrario había tenido que dar una suma idéntica, la cual estaba en los cofres antes vacíos.

Desde aquel día se consolidó la reputación de opulencia del duque de Anjou, y toda la provincia, en vista del espectáculo que había presenciado, se cercioró de que el príncipe era bastante rico para guerrear contra toda Europa

si era preciso.

Esta confianza debía ayudar a los angevinos a sufrir con paciencia las nuevas contribuciones que el duque, aconsejado por sus amigos, pensaba imponerles. Por otra parte, los angevinos prevenían casi todos los deseos del duque.

Nunca se siente prestar o dar dinero a los ricos.

El rey de Navarra, con su fama de miserable, jamás había podido obtener la cuarta parte de los recursos que obtenía el duque de Anjou con su fama de opulento.

El digno príncipe vivía como un patriarca en medio de la abundancia de todos los bienes de la tierra, y todos saben que Anjou es buena tierra.

Los caminos se hallaban cubiertos de caballeros que acudían a Angers para ofrecer sus servicios al duque.

Este, por su parte, practicaba re-

conocimientos que siempre tenían por objeto el hallazgo de algún tesoro.

Bussy había logrado hasta entonces que ninguno de estos reconocimientos fuese dirigido contra el castillo que habitaba Diana.

Porque Bussy se reservaba para sí aquel tesoro y saqueaba a su modo aquel pequeño rincón de la provincia, que después de haberse defendido de un modo conveniente, se había entregado a discreción.

Ahora bien, mientras el duque de Anjou efectuaba sus reconocimientos y Bussy sus saqueos, M. de Monsoreau llegaba a las puertas de Angers en su caballo de caza.

Serían las cuatro de la tarde; para llegar a las cuatro había tenido que andar M. de Monsoreau dieciocho leguas aquel día; por eso sus espuelas se hallaban rojas de sangre, y su caballo blanco de espuma y medio muerto.

Ya había pasado el tiempo en que se ofrecí-

an dificultades a los caminantes para entrar en la ciudad; los angevinos se habían hecho tan orgullosos y negligentes que habrían dejado pasar sin obstáculos un batallón de suizos, aunque estos suizos hubiesen ido a las órdenes del mismo Crillon.

M. de Monsoreau, que no era Crillon, entró sin detenerse diciendo:

-Voy al palacio del señor duque de Anjou.

No oyó la contestación de los milicianos de guardia: su caballo parecía que sólo se sostenía sobre las piernas por un milagro de equilibrio debido a la ligereza con que andaba; iba el pobre animal sin saber si existía, y parecía probable que cayese en el instante que se detuviera.

Detúvose a la puerta de palacio, pero M. de Monsoreau era un excelente jinete, el caballo era de buena raza, y ambos permanecieron firmes.

-El señor duque de Anjou -preguntó el

montero mayor.

-Su Alteza ha salido a hacer un reconocimiento -respondió un centinela.

-¿Por dónde? -volvió a preguntar M. de Monsoreau.

-Por ahí -dijo el soldado extendiendo la mano hacia uno de los cuatro puntos cardinales.

-¡Diablo! -exclamó Monsoreau-, lo que tenía que decir al duque era urgente: ¿qué haré?

-Lo primero y principal que debéis hacer, es llevar vuestro caballo a la cuadra -repuso el centinela que era un soldado de Alsacia-, porque si no le arrimáis contra una pared se caerá.

-No es mal consejo -dijo Monsoreau-. ¿Dónde están las caballerizas?

-Allá abajo.

En aquel instante se acercó un hombre a Monsoreau y le manifestó su nombre y su destino.

Era el mayordomo.

M. de Monsoreau contestó diciendo su nombre, apellido y círcunstancias.

El mayordomo saludó respetuosamente.

El nombre de M. de Monsoreau era conocido, hacía mucho tiempo, en toda la provincia de Anjou.

-Entrad, caballero, donde podáis descansar un instante. Apenas hace diez minutos que salió Su Alteza y no volverá hasta después de las ocho de la noche.

-¡A las ocho de la noche! -exclamó Monsoreau mordiéndose el bigote-, eso sería perder demasiado tiempo. Traigo una gran noticia que debe saber Su Alteza lo más pronto posible: ¿no tenéis un caballo y un guía que proporcionarme?

-¡Un caballo! diez tenemos a vuestra disposición -dijo el mayordomo-. En cuanto al guía es otra cosa, porque Su Alteza no ha dicho adónde iba, y el mismo servicio os hará el guía que

cualquiera a quien preguntéis; además no quiero sacar gente del castillo, pues así me lo ha dejado ordenado Su Alteza.

-¡Hola! -dijo el montero mayor-. ¿No estamos seguros aquí?

-¡Oh! sí, señor, siempre hay seguridad donde están hombres como M. Bussy, Livarot, Ribeirac y Antraguet, sin contar con nuestro invencible príncipe el señor duque de Anjou; pero ya comprenderéis...

-Sí, conozco que cuando ellos no están aquí, hay menos seguridad.

-Eso es precisamente.

-Entonces tomaré un caballo descansado, y buscaré a Su Alteza preguntando por ahí.

-Puede apostarse a que de ese modo le hallaréis.

-¿Han salido a galope?

-¡Qué! no, señor, al paso.

-Muy bien, enseñadme el caballo que puedo

llevar.

-Entrad en la caballeriza y escogedle vos mismo: todos son de Su Alteza.

-Muy bien.

Monsoreau entró.

Diez o doce caballos, de los más hermosos y arrogantes, estaban tomando su pienso en pesebres llenos del grano y del forraje más sabroso de Anjou.

-Ahí tenéis -dijo el mayordomo-: elegid.

-Elijo este caballo bayo obscuro: mandad que le ensillen.

-¡Rolando!

-¿Se llama Rolando?

-Sí, es el caballo preferido de Su Alteza: le monta todos los días; se le ha regalado M. de Bussy y ciertamente no estaría ahora en la caballeriza, si Su Alteza no estuviese probando nuevos caballos que le han llegado de Tours.

-Vamos, parece que no tengo mal ojo -

contestó Monsoreau.

Acercóse un palafreno.

-Ensillad a Rolando -ordenó el mayordomo.

El caballo del conde había entrado por sí mismo en la cuadra y se había echado sobre un montón de paja sin aguardar a que le quitasen la silla.

En pocos segundos estuvo dispuesto Rolando. M. de Monsoreau montó con ligereza y se informó segunda vez de la dirección que había tomado el duque.

-Salió por esa puerta y siguió por esa calle -repuso el mayordomo indicando al montero mayor el mismo camino que ya había señalado el centinela.

¡Pardiez! -dijo Monsoreau aflojando su brida y viendo que el caballo tomaba por sí mismo el mismo camino, -no parece sino que Rolando sigue la pista.

-¡Oh! no tengáis cuidado -dijo el mayordo-

mo-, he oído decir a M. de Bussy y a su médico M. Remigio que es el animal más inteligente que existe; en olfateando a sus compañeros él les alcanzará; ved que hermosos remos, darían envidia a un ciervo.

Monsoreau se inclinó hacia un lado, y dijo:

-Magnífico.

Efectivamente, el caballo echó a andar sin necesidad de que el jinete le excitase, y salió resueltamente de la ciudad, tomando antes de llegar a la puerta una calle que salía más derechamente al camino, el cual en aquel sitio se dividía en dos ramales, uno circular a la derecha y otro recto a la izquierda.

Al mismo tiempo que daba esta prueba de inteligencia, sacudió la cabeza como para librarse de la sujeción del freno; parecía querer decir al caballero que era inútil con él toda clase de influencia; a medida que se aproximaba a la puerta de la ciudad iba acelerando el paso.

-Seguramente -dijo Monsoreau-, no me han engañado en lo que me han dicho de este caballo; vamos, pues que conoces el camino, anda.

Y soltó las riendas sobre el cuello de Rolando.

El caballo, luego que llegó al baluarte exterior, dudó un instante el camino que debía seguir.

Al fin tomó a la izquierda.

Un paisano pasaba por allí en aquel momento.

-¿Habéis visto unos señores a caballo? -preguntó Monsoreau.

-Sí, señor, allá abajo les he encontrado -contestó el rústico.

La dirección indicada por éste era precisamente la que había tomado Rolando.

El caballo tomó un trote largo, con el cual podrían andarse tres leguas por hora.

Siguió aún por algún tiempo a lo largo del

baluarte, y después torciendo de repente a la derecha, tomó un sendero florido que atravesaba el campo.

Monsoreau dudó un instante si debería detener a Rolando, pero Rolando parecía tan seguro de lo que hacía, que Monsoreau no se atrevió a detenerle.

Conforme el caballo iba marchando se animaba; pasó del trote al galope, y en menos de un cuarto de hora desapareció la ciudad de la vista del caballero.

Este por su parte iba reconociendo los sitios por donde pasaba, pensando que no era la primera vez que los veía.

-¡Pardiez! -exclamó al entrar en un bosque-, no parece sino que vamos a Meridor: ¿se habrá dirigido Su Alteza hacia el castillo?

Y una idea, que no era la primera vez que se le ocurría, nubló la frente del montero mayor.

-¡Hola! -murmuró-; ¡yo que venía a ver al

príncipe y dejaba para mañana el ver a mi mujer! ¿tendré el placer de ver a los dos a un mismo tiempo?

Una sonrisa espantosa apareció en los labios del montero mayor.

El caballo continuaba su rápido paso dirigiéndose siempre a la derecha, con una seguridad que indicaba gran conocimiento del camino.

-Por mi vida -murmuró Monsoreau-, no creo que debe estar muy lejos el parque de Meridor.

En aquel momento relinchó el caballo, y poco después otro relincho contestó al de Rolando desde lo interior de la selva.

-¡Hola! -dijo el montero mayor-, ya parece que Rolando ha encontrado a sus compañeros.

El caballo redoblaba su velocidad cruzando como un relámpago bajo las altas ramas de los árboles.

De repente, Monsoreau divisó una tapia y cerca de ella un caballo atado a un árbol.

El caballo relinchó segunda vez y Monsoreau observó que era el mismo que había relinchado la primera.

-¡Aquí hay alguno! -exclamó palideciendo.

LXI. LA NOTICIA DE QUE ERA PORTADOR EL SEÑOR CONDE DE MONSOREAU

M. de Monsoreau iba de sorpresa en sorpresa; la tapia del parque de Meridor hallada como por encanto; aquel caballo respondiendo al relincho de Rolando como si le conociese desde mucho tiempo: todo esto habría dado que sospechar a los menos celosos.

Al acercarse, y ya se supondrá que M. de Monsoreau se acercaría rápidamente, al acercarse observó el deterioro de la tapia en aquel paraje; allí vio una verdadera escalera que tenía trazas de convertirse pronto en brecha; parecía

que los pies se habían abierto escalones en la tapia, y las zarzas recientemente cortadas, colgaban aún de las estropeadas ramas.

El conde abrazó con una mirada todo aquel conjunto, y después pasó del conjunto a los detalles.

El caballo merecía el primer lugar y le obtuvo.

El indiscreto animal llevaba una silla guarnecida de mantilla bordada de plata, en cuyas puntas se veían una F enlazada con una A.

Era indudable que aquel caballo pertenecía al duque de Anjou, pues que la cifra estaba compuesta de las iniciales de su nombre.

La sospecha del conde se convirtió en verdadera alarma: el duque de Anjou había llegado por aquel sitio y entraba por él frecuentemente, pues que además del caballo que tenía atado al árbol, había otro que sabía el camino.

Monsoreau juzgó que debía seguir la pista

hasta el fin, ya que el acaso le había hecho dar con ella.

Esto estaba de acuerdo con sus costumbres de montero mayor y con su carácter de marido celoso.

Por consiguiente, ató su caballo junto al otro, y empezó con resolución a escalar la tapia.

No era cosa difícil: los pies y las manos encontraban huecos a propósito para colocarse; la curva del brazo estaba trazada en las piedras de la superficie superior y se conocía que con un cuchillo de caza habían entresacado con cuidado las ramas de una encina, que en aquel paraje dificultaba la vista e impedía la acción.

Tales esfuerzos fueron coronados con un éxito completo.

Apenas M. de Monsoreau se hubo establecido en su observatorio, divisó al pie de un árbol una mantilla de color azul y una capa de terciopelo negro.

La mantilla pertenecía evidentemente a una mujer y la capa negra a un hombre, los cuales por otra parte no estaban lejos, pues se paseaban a cincuenta pasos de allí asidos del brazo, volviendo la espalda a la pared y ocultos por el follaje espeso.

Desgraciadamente para M. de Monsoreau, la tapia no estaba acostumbrada a las maneras violentas, se desprendió una piedra del caballete y cayó al suelo rompiendo las ramas de una encina, y produciendo un eco fuerte y prolongado.

Al oír el ruido se volvieron indudablemente los personajes cuyos semblantes ocultaba el box a M. de Monsoreau, pues en aquel momento se oyó un grito de mujer muy significativa, y después el murmullo de las ramas avisó al conde que los susodichos personajes huían como gamos espantados.

Monsoreau, al oír el grito de la mujer, expe-

rimentó una angustia terrible, y sintió su frente empapada en sudor, porque conoció la voz de Diana.

Incapaz de resistir al furor que le dominaba, se arrojó de lo alto de la tapia, y con espada en mano atravesó por el box y los juncos para seguir a los fugitivos.

Mas éstos habían desaparecido; nada turbaba el silencio del parque ni se veía una sombra de cuerpo humano en las alamedas, ni una huella en los caminos, ni se oía más ruido en la espesura que el del cántico de los ruiseñores y colorines que acostumbrados a ver a los dos amantes, no se recelaban de ellos.

¿Qué hacer en aquella soledad? ¿qué resolver? ¿adónde dirigirse? El parque era grande, y Monsoreau, persiguiendo a los que buscaba podría quizá dar con los que no buscaba.

Pensó, pues, que era suficiente por entonces el descubrimiento que acababa de hacer; se veía

dominado por sensaciones demasiado violentas, para tener la prudencia que convenía emplear con un rival tan terrible como era Francisco, pues no dudaba que fuera el príncipe su rival; además, si por casualidad no era, tenía que darle un mensaje urgente, y por último, reuniéndose con él, le sería fácil averiguar si era o no culpable.

Ocurrióle después una idea sublime, que fue saltar al otro lado de la tapia por el mismo punto por donde había entrado, y llevarse con su caballo el del intruso a quien había sorprendido en el parque.

Este proyecto vengador le dio energías; echó a correr y llegó al pie de la tapia jadeante y cubierto de sudor.

Entonces, con el auxilio de las ramas de encina, logró subir al caballete, y después bajó al otro lado; pero en el otro lado se encontró sin caballo, o mejor dicho, sin caballos. La idea que

le había ocurrido era tan buena, que antes que a su imaginación, se había presentado a la de su enemigo y su enemigo la había puesto por obra.

Rendido de fatiga M. de Monsoreau, lanzó un rugido de ira, enseñando los puños al malicioso demonio que sin duda se reía de él en la sombra ya espesa de los bosques; pero como su voluntad no se daba fácilmente por vencida, haciendo frente a la fatalidad que parecía obstinada en perseguirle, se puso a examinar el terreno a pesar de la noche que rápidamente se acercaba, y reuniendo todas sus fuerzas, logró encontrar un camino de travesía que conocía desde su infancia, y que conducía directamente a Angers.

Dos horas y media más tarde llegaba a la puerta de la ciudad muerto de sed, de calor y de fatiga; pero la exaltación de su mente le había dado ánimo y conservado su constancia y la fuerza de su carácter violento.

Una idea mantenía su valor; pensaba interrogar al centinela o a los centinelas, y para ello estaba resuelto a ir de puerta en puerta si fuese necesario, con el objeto de saber por cuál de ellas había entrado un hombre con dos caballos: prometíase que a fuerza de oro lograría saber quién era aquel hombre, y entonces, quienquiera que fuese, pensaba hacerle pagar su deuda tarde o temprano.

Preguntó, pues, al centinela, pero éste acababa de entrar de relevo y no sabía nada. Pasó al cuerpo de guardia y se informó; el miliciano que acababa de salir de centinela díjole que hacía dos horas, poco más o menos, había visto entrar un caballo solo y sin jinete, el cual había tomado el camino del palacio, y que entonces se había figurado que habiendo ocurrido una desgracia al jinete, el inteligente animal se volvía solo a s-u casa.

Monsoreau se dio una palmada en la frente:

estaba escrito que no sabría nada.

Entonces se dirigió al palacio ducal.

Allí todo era animación, bullicio y gresca; las ventanas brillaban como soles, y las cocinas resplandecían como hornos encendidos, despidiendo por las chimeneas un olor a carne de venado y de faisán, capaz de hacer que el estómago diese al olvido su proximidad al corazón.

Pero las verjas estaban cerradas y era preciso hacer que las abriesen. Monsoreau llamó al portero y le dijo su nombre; pero el portero no quiso conocerle.

-M. de Monsoreau es derecho, y vos sois encorvado -le contestó.

-Es de la fatiga.

-M. de Monsoreau es pálido y vos sois colorado.

-Es efecto del calor.

-M. de Monsoreau salió a caballo y vos venís a pie.

-Es que mi caballo se ha asustado, ha dado una huida, me ha sacado de la silla y se ha vuelto solo. ¿No le habéis visto?

-¡Ah! es verdad -dijo el portero.

-En todo caso id a avisar al mayordomo.

El portero, contento de hallar un medio de salvar su responsabilidad, envió recado a M. Remigio.

M. Remigio llegó y conoció a Monsoreau.

-¿De dónde venís tan mal parado? -le interrogó.

Monsoreau repitió la misma fábula que había contado al portero.

- En efecto -dijo el mayordomo, que llegó a la sazón-, hemos estado con mucho cuidado desde que vimos el caballo sin jinete; Su Alteza especialmente, a quien yo había tenido el honor de anunciar vuestra venida.

-¿Su Alteza ha estado con cuidado?

-Con gran cuidado.

-¿Y qué ha dicho?

-Que os llevásemos a su presencia tan luego como volvieseis.

-Bien, dejadme solamente el tiempo preciso para pasar a la caballeriza y ver si ha llegado sin lesión el caballo de Su Alteza.

Y Monsoreau, entrando en las cuadras vio en el mismo sitio de donde le había tomado al inteligente animal comiendo como caballo que comprende la necesidad de reparar sus fuerzas.

Después, sin tomarse el cuidado de mudar de traje, pues la importante noticia que traía debía hacerle prescindir de la etiqueta, se dirigió al comedor.

En aquel instante, los gentilhombres del príncipe y Su Alteza mismo, reunidos en torno de una mesa magníficamente servida y espléndidamente iluminada, se hallaban dando un ataque a cierto número de empanadas de faisa-

nes y de platos de asado y de jabalí y de entremeses compuestos con especias, que humedecían ya con el vino tinto de Cahors tan generoso y tan suave, ya con el pérfido y espumoso vino de Anjou, cuyos vapores se extravasan en la cabeza antes que los topacios que se destilan en el vaso hayan sido enteramente agotados.

-La corte está aquí toda reunida -decía Antraguet, el cual tenía el rostro sonrosado como el de una doncella, y el cuerpo lleno de vino como una cuba-; toda reunida -añadió-, y tan completa como la bodega de Vuestra Alteza.

-No tal, no tal -repuso Ribeirac-, nos falta un montero mayor. Es en verdad vergonzoso que nos comamos las provisiones de Su Alteza y no las busquemos por nosotros mismos.

-Voto por un montero mayor cualquiera -exclamó Livarot-, aunque sea M. de Monsoreau.

El duque se sonrió; era el único que sabía la

llegada del conde. Apenas acabó Livarot su frase, se abrió la puerta y entró M. de Monsoreau.

El duque lanzó al verle una exclamación tanto más estruendosa, cuanto que resonó en medio del silencio general.

-Vedle aquí -dijo-: el Cielo nos favorece, pues nos envía al instante lo que deseamos.

Monsoreau, estupefacto al ver la serenidad del príncipe, serenidad que en semejantes casos no era habitual en Su Alteza, saludó con aire de turbación, y volvió la cabeza deslumbrado como un búho a quien de pronto trasladasen de la obscuridad al sol.

-Sentaos allí y cenad -dijo el duque, indicando a M. de Monsoreau una silla enfrente de la suya.

-Monseñor -respondió Monsoreau-, tengo sed, tengo hambre, estoy cansado, pero no beberé, ni comeré, ni me sentaré hasta después de

haber dado a Vuestra Alteza un mensaje de la mayor importancia.

-¿Venís de París?

-Y a largas jornadas, monseñor.

-Pues bien, va escucho -repuso el duque.

Monsoreau se acercó a Francisco, y con la sonrisa en los labios y el odio en el corazón, le dijo en voz baja:

Monseñor, Su Majestad la reina madre viene a ver a Vuestra Alteza y llegará aquí de un instante a otro. El duque, en quien todos tenían clavados los ojos, dio a su semblante la expresión de una repentina alegría.

-Muy bien -exclamó-, gracias. M. de Monsoreau, hoy como siempre, vuestra conducta es la de un fiel servidor; continuemos cenando, señores.

Y acercó a la mesa un sillón que había separado un momento para escuchar a M. de Monsoreau.

Comenzó de nuevo el festín; pero el montero mayor, sentado entre Livarot y Ribeirac, apenas hubo probado las dulzuras de una buena silla, y apenas se hubo encontrado ante una copiosa cena, perdió de pronto el apetito.

Los males del alma eran superiores a las fatigas del cuerpo.

Su imaginación, ocupada con tristes pensamientos, le representaba el parque de Meridor y haciendo de nuevo el viaje que su fatigado cuerpo acababa de hacer, le obligaba a pasar y repasar como atento peregrino el florido sendero que le había conducido a la tapia.

Veía a su caballo relinchando, veía la pared deteriorada, veía las dos sombras amorosas y fugitivas, y finalmente, oía el grito de Diana, aquel grito que había resonado en lo más profundo de su corazón.

Entonces, indiferente al bullicio, a la iluminación, al banquete; olvidando al lado y enfren-

te de quien se encontraba, se abismaba en sus propios pensamientos; dejaba que su frente se obscureciese poco a poco, y que de su pecho se escapasen sordos gemidos que llamaban la atención de los convidados.

-Muy fatigado estáis, señor montero mayor -dijo el príncipe-; harías bien en iros a acostar.

-Cierto -dijo Livarot-, el consejo es bueno, y, si no le seguís, corréis gran riesgo de quedaros dormido sobre el plato.

-Perdonad, monseñor -repuso Monsoreau alzando la cabeza-; en efecto, estoy abrumado de fatiga.

-Bebed, conde, hasta embriagaros; nada quita el cansancio como la embriaguez.

-Y además -balbuceó Monsoreau-, el que se embriaga tiene la ventaja de olvidarlo todo.

-¿Qué es esto? -dijo Livarot-; señores, su vaso está todavía lleno.

-A vuestra salud, conde -dijo Ribeirac al-

zando el suyo.

Monsoreau se vio obligado a brindar con el gentilhombre y se bebió el vaso de un solo trago.

-No parece que bebe mal a pesar de todo -dijo Antraguet.

-Sí -contestó el príncipe, tratando de adivinar por el semblante de Monsoreau lo que pasaba en su corazón-, sí.

-Es preciso que nos proporcionéis una buena partida de caza, conde -exclamó Ribeirac-; vos conocéis el país.

-Tenéis aquí haciendas -dijo Livarot.

-Y mujer -añadió Antraguet.

-Sí -repitió maquinalmente el conde-, haciendas y mujer, sí, señores.

-Proporcionadnos una cacería de jabalíes -exclamó el príncipe.

-Ya veremos, monseñor.

-¡Pardiez! -dijo uno de los nobles angevinos-

, ¡vaya respuesta, cuando está el bosque lleno de jabalíes! Si yo cazase en el antiguo bosque de corta levantaría diez antes de cinco minutos.

Monsoreau se puso pálido; el bosque de corta era precisamente el punto a que Rolando le había conducido.

-Sí, sí mañana, mañana -dijeron a coro los circunstantes.

-¿Queréis que sea mañana, Monsoreau? -preguntó el príncipe.

-Siempre estoy a las órdenes de Vuestra Alteza -contestó Monsoreau-; no obstante, estoy muy fatigado, como Vuestra Alteza se ha dignado observar hace un momento, y no podría dirigir mañana la partida. Además, debo antes examinar los bosques y ver en qué estado se encuentran.

-Y sobre todo, señores, dejémosle ver a su mujer; ¡qué diablo! -dijo el duque con un aire de candor que dejó al pobre marido persuadido de

que Francisco era su rival.

-¡Concedido, concedido! -gritaron los jóvenes-, concedamos veinticuatro horas a M. de Monsoreau para hacer en sus bosques lo que tenga que hacer.

-Sí, señores, dadme veinticuatro horas -dijo el conde-, y yo prometo emplearlas bien.

-Ahora, señor montero mayor -exclamó el duque-, os permito que vayáis a acostaros. Que lleven a M. de Monsoreau a su habitación.

M. de Monsoreau saludó y salió, quedando libre de un gran peso. Los afligidos aman la soledad más aún que los amantes.

LXII. COMO EL REY ENRIQUE III SUPO LA FUGA DEL DUQUE DE ANJOU

Cuando M. de Monsoreau salió del comedor continuó la cena con más bullicio y libertad que nunca.

La sombría figura del montero mayor había contribuido en gran parte a mantener cierta

reserva entre los concurrentes, los cuales habían adivinado que no era sólo la fatiga la que imprimía en la frente del conde el sello de mortal tristeza que era el rasgo más marcado de su semblante, sino que su imaginación se entretenía en lúgubres objetos.

Cuando salió, el príncipe, que no se hallaba bien en su presencia, recobró la serenidad, y dijo a Livarot:

-Continúa, Livarot, refiriéndonos vuestra fuga de París, ya que no nos puede interrumpir como antes M. de Monsoreau.

Y Livarot continuó.

Mas como nuestro título de historiador nos da el privilegio de saber mejor que el mismo Lívarot lo que había pasado, sustituiremos nuestra relación a la del joven, y lo que perderá en viveza ganará en extensión, pues que sabemos lo que Livarot no podía saber, es decir, lo que aconteció en el Louvre.

Como a las doce de la noche despertó Enrique III al oír un ruido extraordinario en palacio, no obstante estar prescrito el silencio más absoluto durante el sueño del rey.

Percibíanse juramentos, golpes de alabarda en las paredes, rápidas carreras en las galerías, imprecaciones capaces de hacer abrir la tierra y entre golpe y golpe, y entre carrera y carrera y entre blasfemia y blasfemia, estas palabras:

-¿Qué dirá el rey? ¿qué dirá el rey?

Enrique se sentó en el lecho y miró a Chicot, el cual, después de haber cenado con Su Majestad, se había dormido en un gran sillón con las piernas enroscadas en su tizona.

Aumentaron los rumores.

Enrique, todo reluciente de pomadas, saltó del lecho, gritando:

-¡Chicot, Chicot!

Chicot abrió un ojo, pues era hombre prudente que apreciaba mucho el sueño y no se

despertaba nunca de improviso.

-¡Ah! qué mal has hecho en despertarme,

Enrique: soñaba que tenías un hijo.

-Escucha -dijo Enrique-, escucha.

-¿Qué quieres que escuche? Bastantes tonterías me dices por el día, sin que tenga precisión de oírlas por la noche.

-¿Pero no oyes? -dijo el rey extendiendo la mano en dirección del ruido.

-¡Hola! -exclamó Chicot-, efectivamente, oigo gritos.

-¿Qué dirá el rey? ¿qué dirá el rey? -repitió Enrique-; ¿oyes?

-Una de dos: o tu lebrel Narciso se ha puesto malo, o los hugonotes toman la revancha de San Bartolomé y hacen un degüello de católicos.

-Ayúdame a vestir, Chicot.

-Sí, haré, pero ayúdame antes a levantarme, Enrique.

-¡Qué desgracia! ¡qué desgracia! -decían varias voces en las antecámaras.

-¡Diablo! esto se va poniendo serio -dijo Chicot.

-Bueno será que nos armemos -dijo el rey.

-Mejor será -repuso Chicot-, que nos demos prisa a salir por la puerta secreta, a fin de enterarnos por nosotros mismos de esa desgracia, en vez de esperar a que vengan a contárnosla.

Inmediatamente, Enrique y Chicot salieron por la puerta secreta, y penetraron en el corredor que conducía a las habitaciones del duque de Anjou.

Allí vieron muchos brazos levantados al cielo, y oyeron las exclamaciones más desesperadas.

-¡Ah! -dijo Chicot-, ya caigo: tu infeliz hermano se habrá ahorcado en la prisión. ¡Pardiez! te felicito, Enrique: eres un gran político, más de lo que yo creía.

-¡Eso no puede ser! -exclamó Enrique.

-Tanto peor -dijo Chicot.

-Ven, ven.

Enrique llevó al gascón hasta el cuarto del duque.

El balcón estaba abierto y lleno de una multitud de curiosos que se agolpaban a contemplar la escala de cuerda pendiente de las barras de hierro.

Enrique se quedó pálido como la muerte.

-¡Hola! hijo mío -dijo Chicot-, aún no estás tan viciado como yo creía.

-¡Se ha escapado! -gritó Enrique con voz tan fuerte que todos los que estaban al balcón se volvieron.

Los ojos del rey chispeaban y su mano apretaba convulsivamente el puño de su puñal.

Schomberg se arrancaba los cabellos, Quelus se desfiguraba el rostro a puñadas, y Maugiron, cual si fuera ariete, daba con la cabeza en

las paredes.

En cuanto a d'Epernon, había desaparecido bajo el pretexto especioso de perseguir al duque de Anjou.

La vista de la penitencia que se imponían sus favoritos desesperados, calmó de pronto la cólera del rey.

-Poco a poco, hijo mío -dijo teniendo a Maugiron por la cintura.

-No, ¡vive Dios! me he de romper la cabeza, y el diablo me ha de llevar `-exclamó el joven tomando carrera para dar de cabeza- en la pared.

-¡Hola! ayúdame a tenerle—gritó Enrique.

-¡Eh, compadre! -dijo Chicot-, hay una muerte más dulce aún que esa; no tenéis más que sacar la espada y atravesárosla bonitamente por el vientre.

-¡Quieres callarte, verdugo! -dijo Enrique con lágrimas en los ojos.

Mientras tanto Quelus se deshacía el rostro a puñadas.

-¡Oh, Quelus! ¡oh, hijo mío! -dijo Enrique-, te vas a parecer a Schomberg, cuando vino teñido de azul de Prusia; estarás espantoso, amigo mío.

Quelus se detuvo.

Solamente Schomberg continuaba mesándose los cabellos y llorando de ira.

-Schomberg, Schomber, querido mío -dijo Enrique-; ten un poco de reflexión.

-Voy a volverme loco.

-¡Bah! -dijo Chicot.

-Sin duda alguna -dijo Enrique-, que la desgracia es horrorosa, y por lo mismo debes conservar tu razón, Schomberg. Sí, la desgracia es horrible, estoy perdido, ya tenemos la guerra civil en el reino... ¡Ah! ¿Quién ha sido el autor de este proyecto? ¿Quién le ha dado la escala? ¡Vive Dios que he de hacer ahorcar a toda la

ciudad!

Apoderóse de los concurrentes un profundo terror.

-¿Quién es el criminal? -continuó Enrique-; ¿dónde está? Diez mil escudos a quien me diga su nombre, cien mil escudos a quien me lo entregue muerto o vivo.

-¿Quién queréis que sea -repuso Maugiron-, sino algún angevino?

-¡Pardiez! Tienes razón -dijo Enrique-. ¡Ah! ¡Los angevinos!; ¡pardiez, los angevinos! ¡ellos me la pagarán!

Y como si estas palabras fueran una chispa que hubiera comunicado el fuego a un barril de pólvora, se oyó en el mismo instante una terrible explosión de gritos y amenazas contra los angevinos.

-¡Oh, sí, los angevinos! -gritó Quelus.

-¿Dónde se encuentran? -exclamó Schomberg.

-¡Mueran! -aulló Maugiron.

-¡Cien horcas para cien angevinos! -repuso el rey.

Chicot no podía continuar silencioso en vista de aquel furor universal, sacó la espada haciendo un gesto de matón y esgrimiéndola de plano a derecha e izquierda, apaleó de lo lindo a los favoritos, y estropeó las paredes gritando con ojos amenazadores:

-¡Oh, mala rabia para los angevinos! ¡condenación! ¡mueran los angevinos!

El grito de mueran los angevinos fue oído por toda la ciudad así como el grito de las madres de Israel fue oído por toda Roma.

Entretanto Enrique había desaparecido.

Había pensado en su madre, y escabullédose sin decir palabra se había dirigido al aposento de Catalina, algo abandonada hacía algún tiempo, y que encerrada en su aparente indiferencia y afectada devoción aguardaba con su

penetración florentina una buena ocasión de hacer prevalecer su política.

Cuando Enrique entró se hallaba medio tendida en un gran sillón, y con sus mejillas abultadas pero algún tanto amarillentas, con sus ojos brillantes pero fijos, con sus manos gruesas pero pálidas, más que un ser animado parecía una estatua de cera representando la meditación.

Pero al oír la noticia de la fuga de Francisco, noticia que Enrique le dio sin rodeos, abrasado como estaba de cólera y furor, la estatua pareció animarse de repente, si bien la señal que anunciaba esta animación se limitó a recostarse más de lo que estaba en su sillón y menear la cabeza sin decir palabra.

-Madre mía -dijo Enrique-, ¿no os sorprende la noticia?

-¿Por qué, hijo mío? -preguntó Catalina.

-¡Cómo! esta fuga de vuestro hijo, ¿no os

parece criminal, peligrosa, digna del mayor castigo?

-Mi querido hijo, una corona bien merece esfuerzos como ese, y acordaos que a vos mismo os aconsejé yo que huyeseis, cuando la huida parecía el medio de llegar al trono.

-Madre mía, me ultrajan.

Catalina se encogió de hombros.

-Madre mía, me insultan.

-¡Eh, no! -repuso Catalina-; se ponen en salvo y nada más.

-¡Ah! -dijo Enrique-, ¡así tomáis mi partido!

-¿Qué queréis decir, hijo mío?

-Digo que con la edad se embotan los afectos, digo...

Enrique se interrumpió.

-¿Qué decís? -repuso Catalina con su calma habitual.

-Digo que no me amáis como en otro tiempo.

-Os engañáis -dijo Catalina fríamente-, sois mi muy amado hijo pero aquel de quien os quejáis también es hijo mío.

-Treguas, señora, a vuestra moral de madre -exclamó Enrique furioso-; ya sabemos lo que vale.

-Sí, y vos debéis conocerlo mejor que nadie, hijo mío, porque para vos mi moral no ha sido nunca otra cosa que debilidad.

-Y como ha llegado el tiempo del arrepentimiento, os arrepentís.

-Bien conocía yo que vendríamos a parar en eso -repuso Catalina-, y por lo mismo, guardaba silencio.

-Quedad con Dios, señora -dijo Enrique-, ya sé lo que tengo que hacer, pues que mi misma madre me abandona sin compasión; yo hallaré consejeros capaces de secundar mi resentimiento y de auxiliarme en mis pesquisas.

-Id, hijo mío -repuso tranquilamente la flo-

rentina-, y quiera Dios iluminar el alma de vuestros consejeros, que bien lo necesitarán para vencer las dificultades que os rodean.

Y dejó salir a su hijo sin hacer el menor esfuerzo ni de obra ni de palabra para detenerle.

-Adiós, señora -repitió Enrique.

Más al llegar a la puerta se detuvo.

-Adiós, Enrique -dijo la reina-; oíd una palabra solamente, no pretendo daros un consejo, hijo mío; no necesitáis de mí, ya lo sé; pero rogad a vuestros consejeros que reflexionen bien antes de dar su dictamen, y que lo mediten mejor antes de ponerlo en ejecución.

-¡Oh! sí -repuso Enrique, aprovechándose de aquellas palabras de su madre para volver a entablar conversación-, sí, porque las circunstancias son difíciles. ¿No es cierto, señora"?

-Graves -dijo con solemnidad Catalina, alzando los ojos y las manos al cielo-; muy graves, Enrique.

El rey creyó notar en los ojos de su madre cierta expresión de terror; aproximóse a ella asustado, y dijo:

-¿Quiénes son los que han favorecido su fuga? ¿Sabes algo, madre mía?

Catalina no respondió.

-Yo -dijo Enrique- creo que son los angevinos.

Catalina se sonrió con aquella finura que denotaba que su talento superior estaba siempre vigilante para derrotar y confundir al talento de otro.

-¿Los angevinos? -repitió.

-¿No lo creéis? -dijo Enrique-; sin embargo, todo el mundo lo cree.

Catalina se encogió de hombros, exclamando:

-Que lo crean los demás, pase; ¡pero vos, hijo mío!

-¡Qué! señora, ¿qué queréis decir? explicaos,

yo os lo suplico.

-¿Y para qué?

-Vuestra explicación aclarará mis dudas.

-¿Aclarará vuestras dudas? No por cierto, Enrique, yo no soy más que una vieja caduca, y mi única influencia consiste en mi arrepentimiento y en mis oraciones.

-No, hablad, hablad, madre mía, aún sois y seréis siempre el alma de todos nosotros, hablad.

-Es inútil, mis ideas son del otro siglo, y el talento de los viejos no consiste más que en la desconfianza. ¡La anciana Catalina dar a su edad un consejo que valga alguna cosa! No puede ser,' hijo mío; vamos, no es posible.

-Pues bien, madre mía -dijo Enrique-, negadme vuestro socorro, privadme de vuestro auxilio; mas dentro de una hora, con vuestro dictamen o contra él, habré hecho ahorcar a todos los angevinos que hay en París.

-¡Ahorcar a todos los angevinos! -dijo Catalina con la sorpresa que sienten las almas superiores cuando oyen decir algún enorme disparate.

-Sí, sí, ahorcarles, asesinarles, quemarles; a estas horas ya están mis amigos corriendo por la ciudad para quitar de en medio a esos bandidos, a esos rebeldes.

-¡Que se guarden de hacerlo! -dijo Catalina conmovida por la gravedad de la situación-; se perderían a sí mismos, lo cual no importaría nada, mas os perderían a vos con ellos.

-¿Cómo así?

-¡Ciego! -murmuró Catalina- ¿Será que los reyes hayan de tener constantemente ojos para no ver.

Y la reina madre cruzó las manos.

-La primera condición que debe cumplir un monarca es vengar las injurias que le hacen, porque entonces la venganza es justicia, y es-

pecialmente en el presente caso todo mi reino se alzara por defenderme.

-Loco, insensato, niño -murmuró la florentina.

-¿Por qué me decís eso?

-¿Creéis que será fácil degollar, quemar, ahorcar, a hombres como Bussy, como Antraguet, como Livarot, como Ribeirac, sin hacer que corra la sangre a torrentes?

-¿Qué importa, con tal que los degüellen?

-Tendríais razón, si lograsen degollarles; enseñádmelos muertos, y por Nuestra Señora, os diré que habéis hecho bien; pero no los degollarán, y en cambio, ellos levantarán el estandarte de la revolución, y en cambio se les obligará a desnudar la espada, que no sacarían de la vaina por un jefe como Francisco; mas en este caso, y por vuestra imprudencia, la desenvainarán para defender sus vidas; vuestro reino se levantará, pero no por vos, sino contra vos.

-Pero si no me vengo se dirá que he tenido miedo, que retrocedo -exclamó Enrique.

-¿Se ha dicho nunca que yo he tenido miedo? -dijo Catalina frunciendo el entrecejo y mordiendo sus labios delgados y enrojecidos cual carmín.

-No obstante, si han sido los angevinos merecen castigo, madre mía.

-Sí, si hubiesen sido ellos, pero no han sido.

-¿Quiénes han de ser, entonces, sino los amigos de mi hermano?

-No han sido los amigos de vuestro hermano, porque vuestro hermano no tiene amigos.

-¿Quiénes, pues?

-Vuestros enemigos, o mejor dicho, vuestro enemigo.

-¿Cuál?

-Hijo mío, bien sabéis que no tenéis más que uno, así como vuestro hermano Carlos, así como yo, no hemos tenido jamás más que uno, el

mismo siempre.

-Enrique de Navarra, querréis decir.

-Sí, sí, Enrique de Navarra.

-Pero Enrique de Navarra no se halla en París.

-¿Y os consta a vos quién está en París y quién no está? ¿Sabéis vos alguna cosa de importancia? ¿Tenéis acaso ojos u oídos? ¿Tenéis siquiera a vuestro alrededor personas que vean u oigan? No, todos sois sordos, todos sois ciegos.

-¡Enrique de Navarra! -repitió Enrique.

-Hijo mío, siempre que os suceda alguna desgracia, cuyo autor os sea desconocido, no preguntéis quién es, no lo dudéis siquiera: decid Enrique de Navarra, y podéis estar convencido de haber acertado. Dirigid vuestros tiros hacia el lado donde él esté, y es seguro que daréis en el blanco... ¡oh! ese hombre. . ese hombre es la espada que Dios ha suspendido sobre la

casa de Valois.

-¿Opináis, pues, que debo dar contraorden con respecto a los angevinos?

-Al instante -exclamó Catalina-, sin perder un minuto, sin perder un segundo. Apresuraos, tal vez es ya tarde, corred, revocad esa orden o sois perdido.

Y cogiendo a su hijo por el brazo, le empujó hasta la puerta con fuerza y energía increíbles.

Enrique salió en el mismo instante fuera del Louvre con ánimo de reunir a sus amigos.

Mas solamente halló a Chicot sentado sobre una piedra y dibujando figuras geográficas en la arena.

LXIII. CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Enrique se acercó para -convencerse de que el autor de aquellas figuras geográficas era el gascón, el cual, no menos atento que Arquímedes a su tarea, parecía resuelto a no levantar los ojos del suelo, aun cuando la capital

fuese tomada por asalto.

-¡Ah, mal vasallo! -exclamó el monarca con voz de trueno-; ¿es así como defiendes a tu rey?

-Le defiendo a mi modo, y creo que mi manera de defenderle es la buena.

-¡La buena! -exclamó el rey-; la buena, perezoso.

-Lo he dicho y lo demuestro.

-Tengo curiosidad de ver esa prueba.

-Es muy fácil: en primer lugar hemos hecho una gran necedad, una necedad de marca mayor.

-¿En qué?

-En lo que hemos ordenado respecto a los angevinos.

-¡Hola! -dijo Enrique sorprendido de la identidad de pareceres que hallaba en aquellas dos personas de ingenio eminentemente sutil y que no habían podido ponerse de acuerdo para manifestar la misma opinión.

-Sí -contestó Chicot-, tus amigos gritando por la ciudad: mueran los angevinos, y ahora que pienso en ello no está probado que los angevinos hayan sido los que han dado el golpe; tus amigos, repito, gritando por la ciudad, mueran los angevinos, encienden bonitamente la guerra civil que los Guisa necesitan y que por sí no han logrado hacer estallar; y a estas horas, Enrique, o tus amigos han muerto, lo cual confieso que no me desagradaría, pero te afligiría a ti, o han arrojado a los angevinos de la ciudad, lo cual te desagradaría mucho, pero en cambio, agradaría infinito al bueno del duque de Anjou.

-¡Pardiez! -exclamó el rey-, ¿crees que las cosas estén tan avanzadas como dices?

-Si no lo están más.

-Pero todo eso no me explica por qué estás sentado sobre esta piedra.

-Porque estoy haciendo una cosa de importancia, hijo mío.

-¿Cuál?

-Estoy trazando el plano de las provincias que tu hermano va a sublevar contra nosotros, y calculando el número de hombres con que cada una de ellas podrá ayudar a la revolución.

-¡Chicot, Chicot! -exclamó el rey-. ¿No he de tener alrededor de mí más que pájaros de mal agüero?

-El búho canta bien durante la noche, hijo mío, porque canta a su hora. Ahora bien, el horizonte está obscuro, Enriquito, tan obscuro, que no puede distinguirse la noche del día, y yo te canto lo que debes oír. Mira.

-¿Qué?

-Mira mi carta geográfica y juzga. Aquí está en primer lugar la provincia de Anjou, que tiene la figura de una empanada: ¿la ves? allí se ha refugiado tu hermano: por eso le doy el primer puesto. La provincia de Anjou, bien gobernada, como la gobernarán tu montero mayor Monso-

reau y tu amigo Bussy, la provincia de Anjou, por sí sola, puede proporcionarnos, y cuando digo proporcionarnos, quiere decir proporcionar a tu hermano; la provincia de Anjou puede proporcionar a tu hermano diez mil combatientes.

-¿Diez mil?

-Es el mínimun; pasemos a la Guiena.

La Guiena ya la ves, ¿no es así? aquí está: es esta figura que se asemeja a un ternero marchando sobre un pie.

Pues señor, la Guiena... y no te espantes de que haya algunos descontentos, porque es antiguo foco de revueltas, y apenas han salido los ingleses del territorio.

La Guiena tendrá, pues, el mayor gusto en sublevarse, no contra ti, sino contra Francia; debemos contar con que dará ocho mil soldados.

Pocos son, pero serán bien aguerridos, y

bien experimentados, no tengais miedo. Luego, a la izquierda de la Guiena, tenemos el Bearn y la Navarra: ¿las ves? estas dos figuras que se parecen a un mono sobre un elefante. Muy cercenada ha sido la Navarra, mas con el Bearn siempre compondrá una población de trescientos a cuatrocientos mil hombres. Suponiendo que el Bearn y la Navarra bien excitados, bien conducidos por Enrique, proporcionen a la Liga el cinco por ciento de su población, tendremos dieciséis mil hombres; recapitulemos; diez mil hombres de Anjou.

-Y Chicot siguió trazando figuras en la arena y diciendo:

-Ocho mil por la Guiena, y dieciséis mil por el Bearn y la Navarra, componen un total de treinta y cuatro mil.

-¿Crees tú -dijo Enrique- que el rey de Navarra hará alianza con mi hermano?

-¡Pardiez!

-¿Crees que habrá contribuido en algo a su fuga?

Chicot miró a Enrique con fijeza.

-Enriquito -dijo-, esa idea no es tuya.

-¿Por qué no?

-Porque es demasiado buena, hijo mío.

-No importa de quién sea; cuando yo te pregunto debes contestar, ¿crees que Enrique de Navarra haya contribuido en algo a la fuga de mi hermano?

-¡Psé! -exclamó Chicot-, en la calle de la Ferronnerie oí una vez un ¡sangre de Cristo! y este juramento, ahora que pienso en ello, parece que dice demasiado. -Oíste un ¡sangre de Cristo! -Sí, ¡pardiez! mas no he vuelto a acordarme de ello hasta ahora. -Luego ¿está Enrique de Navarra en París?

-Así lo creo.

-Y ¿por qué lo crees?

-Por el juramento que oí y por lo que mis

ojos vieron.

-¿Le viste?

-Sí.

-¡Y no me avisaste! ¡y me dejaste ignorar

que mi enemigo había venido a insultarme has-

ta mi capital!

-O es uno caballero o no lo es -repuso Chi-

cot.

-¿Y qué tiene que ver?...

-¿Qué? que si uno es caballero, no es espía.

Enrique se quedó reflexionando.

-Conque Anjou y el Bearn, mi primo Enri-

que y mi hermano Francisco...

-Sin contar los tres Guisas.

-¡Cómo! ¿crees que se alzarán con ellos?

-Treinta y cuatro mil hombres por una parte

-dijo Chicot poniéndose a contar con los dedos-,

diez mil de Anjou, ocho mil de la Guiena, y

dieciséis mil de Bearn, con más de veintiocho

mil que están a las órdenes del duque de Guisa,

como capitán general de tus ejércitos, compo-
nen un total de cincuenta y nueve mil hombres:
reduzcámosles a cincuenta mil, a causa de la
gota, reumatismo, ciática y otras enfermedades,
y todavía tendremos un total muy respetable.
-Mas Enrique de Navarra y el duque de
Guisa son enemigos. -Lo cual no les impedirá
coligarse contra ti, salvo el exterminarse mu-
tuamente luego que hayan acabado contigo.
-Tienes razón, Chicot, mi madre tiene razón,
los dos la tenéis, es preciso evitar un rompi-
miento: ayúdame a reunir los suizos.
-Sí, cuenta con los suizos: Quelus se los ha
llevado.
-Mis guardias.
-Han salido al mando de Schomberg.
-Mi servidumbre al menos.
-Todos se han ido con Maugiron.
-¡Cómo! -exclamó Enrique-, ¿sin mi orden?
-¿Y desde cuándo das tú órdenes, Enrique?

¡Ah! si se tratase de una procesión o de flagelaciones, no digo que no; sobre tu piel, y aun sobre la piel de los demás, tienes completo dominio. Pero cuando se trata de combatir, cuando se requiere gobernar, ¡bah! eso se queda para M. Schomberg, monsieur Quelus y M. Maugiron. Respecto a d'Epernon, no digo nada, pues se oculta.

-¡Pardiez! -exclamó Enrique-, ¿es cierto lo que dices?

-Permíteme que añada, hijo mío -repuso Chicot-, que has echado de ver muy tarde que no eres sino el séptimo u octavo rey de tu reino.

Enrique se mordió los labios haciendo un gesto de impaciencia.

-¿Qué es eso? -dijo Chicot, procurando distinguir los objetos en la obscuridad.

-¿Qué hay? -preguntó el rey.

-¡Diablo! Ellos son; mira, Enrique, ahí tienes a tu gente.

Y señaló, en efecto, al rey tres o cuatro hombres a caballo, a quienes seguían a cierta distancia algunos más, también a caballo, y otros muchos a pie.

Los primeros iban a penetrar en el Louvre sin ver al rey ni a Chicot, que de pie cerca de los fosos se perdían en la obscuridad.

-¡Schomberg! -gritó el rey-, ¡Schomberg! por aquí.

-¿Quién me llama? -preguntó Schomberg-.

¡Calle! -agregó acercándose y creyendo c o n o c e r la voz-, lléveme el diablo si no es el rey.

-Yo mismo; os esperaba impaciente no sabiendo dónde estabais. ¿Qué habéis hecho?

-¿Qué hemos hecho? -dijo el segundo caballero acercándose.

-¡Hola! ven aquí, Quelus ven aquí -exclamó el rey-, y sobre todo no vuelvas a salir de palacio sin mi permiso.

-No hay necesidad -dijo el tercero, que era

Maugiron-, pues ya está todo concluido.

-¡Dios sea loado! -dijo d'Epernon presentándose de pronto sin que nadie supiese de dónde salía.

-¡Hosanna! -gritó Chicot alzando las dos manos al cielo.

-Es decir, que les habéis muerto a todos -dijo el rey.

Y añadió en voz baja:

-Al fin y al cabo, los muertos no vuelven por acá.

-¿Les habéis muerto? -dijo Chicot-, ¡ah! pues si les habéis muerto, ya es otra cosa.

-No hemos tenido que tomarnos ese trabajo -respondió Schomberg-; los cobardes huyeron como una banda de palomas; apenas hemos podido cruzar el hierro con uno.

Enrique se puso pálido.

-¿Y con quién habéis cruzado el hierro? -preguntó.

-Con Antraguet.

-Siquiera, a ese, le habréis dejado en el sitio.

-Al contrario, él ha muerto a un lacayo de Quelus.

-¿Estaban dispuestos? -dijo el rey.

-¡Pardiez! Ya lo creo que lo estaban -exclamó Chicot-; gritabais ¡mueran los angevinos! Movíais cañones de una parte a otra, hacíais tocar las campanas, poníais en movimiento a todos los espadachines de París, ¿y pensáis que esa buena gente fuese más sorda que vosotros, necios?

-En fin -murmuró el rey con voz triste-, ya tenemos encendido la guerra civil.

Estas palabras hicieron temblar a Quelus.

-¡Diablo! -dijo-, es cierto.

-¡Hola! lo advertís ahora, ¿eh? -dijo Chicot-; más vale tarde que nunca. Ahí están M. de Schomberg y M. de Maugiron, que no sospechan nada todavía.

-Nos reservamos -contestó Schomberg- para defender la persona y el trono de Su Majestad.

-¡Pardiez! -dijo Chicot-, para eso ya tenemos a M. de Clisson, que grita menos que vosotros y vale más.

-Pero, en fin -repuso Quelus-, vos que ahora reprendéis a troche y moche, M. Chicot, vos mismo pensabais como nosotros hace dos horas, o al menos si no pensabais como nosotros, gritábais tanto como cualquiera.

-¡Yo! -exclamó Chicot.

-Ciertamente, y aun esgrimíais la espada contra la pared gritando: ¡Mueran los angevinos!

-Yo es distinto -dijo Chicot-, yo soy loco, como todos saben; mas vosotros, que sois hombres de talento...

-Vamos, señores -dijo Enrique-, haya paz: demasiado pronto tendremos guerra.

-¿Qué ordena Vuestra Majestad? -dijo Que-

lus.

-Que empleéis en calmar al pueblo el mismo ardor que habéis empleado en conmoverle; que hagáis volver al Louvre los suizos, los guardias y la servidumbre y que hagáis cerrar las puertas a fin de que mañana los parisienses crean que lo que ha pasado ha sido un motín de gente ebria.

Los jóvenes bajaron la cabeza, y fueron a comunicar las órdenes del rey a los oficiales que les habían acompañado en su arriesgada empresa.

Enrique volvió a la habitación de su madre, la cual estaba dando órdenes a sus criados con una cara en que se veían pintadas la ansiedad y la tristeza.

Cuando Catalina vio entrar a su hijo le preguntó:

-¿Qué ha sucedido?

-Lo que vos previsteis.

-¿Se han escapado?

-¡Ah! sí.

-Y ¿qué más?

-Nada más, creo que es bastante.

-¿Y la ciudad?

-La ciudad está conmovida, pero eso no me

da cuidado; puedo calmarla cuando quiera.

-Sí -repuso

Catalina-, la s provincias

son las que...

-Las que van a insurreccionarse, a sublevar-

se -añadió Enrique.

-No veo más que un medio.

-¿Cuál?

-Aceptar francamente la posición.

-¿De qué modo?

-Dando instrucciones a los coroneles de mi

guardia, armando mis milicias, retirando el

ejército de delante de la Caridad y marchando

sobre Anjou.

-¿Y el duque de Guisa?

-¡El duque de Guisa! ¡El duque de Guisa! le haré prender si es preciso.

-¡Ah sí, con tal de que surtan buen efecto esas medidas de rigor.

-¿Pues qué he de hacer?

Catalina bajó la cabeza y estuvo reflexionando un momento; por fin dijo:

-Todo lo que proyectáis es imposible, hijo mío.

-¡Ah! -exclamó Enrique, con profundo respeto-. ¡Conque tan malas ideas tengo hoy!

-No, pero os halláis perturbado; calmaos primero, y después veremos.

-Entonces, madre mía, pensadlo por mí, pero es necesario hacer alguna cosa, moverse algo.

-Ya veis, hijo mío, que estoy dando mis órdenes.

-¿Para qué?

-Para que salga un embajador.

-¿Y a quién se le mandamos?

-A vuestro hermano.

-¡Un embajador a ese traidor! ¡vos queréis humillarme, madre mía!

-No es este momento de mostrarse altivo - dijo con severidad Catalina.

-¡Y el embajador llevará el encargo de pedir la paz!

-Y de comprarla si es necesario.

-¿Y qué ventajas nos resultarán?

-Hijo mío -dijo la florentina-, aun cuando no hubiese más que la de poder ahorcar con toda seguridad luego de hechas las paces, a los que se han escapado para haceros la guerra.. . ¿No decíais hace poco que deseabais tenerlos en vuestro poder?

-¡Oh! Daría cuatro provincias de mi reino por tenerlos en mi poder, una provincia por cada hombre.

-Pues bien, el que quiere el fin quiere los

medios -repuso Catalina con voz penetrante, que llegando hasta el fondo del corazón de Enrique, excitó en él la ira y el deseo de venganza.

-Creo que tenéis razón, madre mía -dijo el rey-, ¿pero a quién enviaremos?

-Mirad si entre vuestros amigos...

-Es inútil, no tengo ningún hombre a quien pueda confiar semejante misión.

-Entonces confiadla a una mujer.

-¡A una mujer, madre! ¿Quizás consentiríais?

-Hijo mío, tengo muchos años y pocas fuerzas; la muerte me espera tal vez al volver de este viaje; pero le haré tan rápidamente, que llegaré a Angers antes que los amigos de vuestro hermano mismo, hayan tenido tiempo de darse cuenta de lo que piensan.

-¡Oh madre mía, mi buena madre! -exclamó Enrique con efusión de júbilo y besando las manos a Catalina-. Siempre sois mi apoyo, mi

bienhechora, mi providencia.

-Es decir que soy aún la reina de Francia - murmuró Catalina mirando a su hijo con tanto desprecio como ternura.

LXIV. LA GRATITUD DE M. DE SAN LUCAS

Al siguiente día del en que monsieur de Monsoreau había hecho tan triste figura entre los concurrentes a la mesa del duque de Anjou, circunstancia que le había valido el permiso de acostarse antes de acabarse la cena, se levantó el montero mayor muy de madrugada y bajó al patio de palacio.

Pensaba buscar al palafranero, que había ensillado a Rolando la víspera y sacar de él, si era posible, algunas noticias acerca del caballo.

Hallóle en efecto: entró primero en una vasta cuadra, en donde cuarenta caballos magníficos rumiaban agradablemente la paja y la avena de los angevinos.

La primera mirada del conde fue para buscar a Rolando: Rolando se hallaba en su sitio y se distinguía entre los de mejor boca.

La segunda mirada fue para buscar al palafranero; el palafranero estaba de pie con los brazos cruzados mirando, según costumbre, de los que saben su obligación, de qué modo comían los caballos de Su Alteza el pienso de la mañana.

-¡Hola! amigo -dijo el conde-, los caballos de Su Alteza, ¿tienen por costumbre volverse solos a la caballeriza? ¿Les enseñan aquí eso?

-No, señor conde -contestó el palafranero-, ¿por qué me lo pregunta vueseñoría?

-Lo digo por Rolando.

-¡Ah! sí, que volvió solo ayer; eso no me extraña en Rolando porque es un caballo inteligente.

-Sí -dijo Monsoreau-, ya lo he conocido; ¿ha venido otras veces solo?

-No, señor; comúnmente le monta el señor duque de Anjou y como Su Alteza es excelente jinete, no le tira en tierra fácilmente ningún caballo.

-Tampoco me ha tirado Rolando, amigo mío -repuso el conde, picado de que un hombre, aunque fuese palafranero pudiera creerle mal jinete-; porque sin ser tan maestro en la equitación como el señor duque de Anjou, aun monto regularmente. Le até al pie de un árbol para entrar en una casa, y a la vuelta me encontré sin él; creí que le habían robado, o que alguno que pasase por el camino me había querido dar la pesada chanza de hacerme venir, a pie; por eso te preguntaba quién le había traído a la caballeriza.

-Ha venido solo, señor conde, como ayer os dijo el mayordomo.

-Es extraño -repuso Monsoreau.

Quedó un momento pensativo, y después

mudando de conversación preguntó:

-¿Monta Su Alteza a menudo este caballo?

-Le montaba casi todos los días antes que llegasen los demás.

-¿Vino tarde ayer el duque?

-Una hora próximamente antes que vos.

-¿Y qué caballo traía? ¿no era un caballo bajo obscuro, paticalzado y con una estrella en la frente?

-No señor -dijo el palafranero-: Su Alteza montaba a Isolino, que es este que veis ahí.

-¿Y en la escolta del príncipe, no había ningún caballero que montase un caballo como el que yo digo?

-No conozco a nadie que tenga un caballo semejante.

-Está bien -dijo Monsoreau con cierta impaciencia, al ver lo poco que avanzaba en sus pesquisas-; está bien, gracias: ensíllame a Rolando.

-¿Quiere vueseñoría a Rolando?

-Sí, ¿ha dado el príncipe orden en contrario?

-No, señor; antes bien, el escudero de Su Alteza me ha encargado en su nombre que ponga todos los caballos de la caballeriza a vuestra disposición.

No había medio de enfadarse contra un príncipe que tales atenciones usaba.

Monsoreau hizo un signo con la cabeza al palafranero, el cual se puso a ensillar el caballo, y hecha esta operación le desató del pesebre, le puso la brida y se le entregó al conde.

-Oye -dijo éste tomando la brida-, y contéstame.

-De buena gana -dijo el palafranero.

-¿Cuánto sueldo tienes al año?

-Veinte escudos.

-¿Quieres ganarte en un instante diez años de salario?

-¡Pardiez! -dijo el palafranero-: ¿pero cómo los he de ganar?

-Averiguando quién montaba ayer un caballo bayo obscuro, paticalzado y con una estrella en la frente.

-¡Oh! -dijo el palafranero-, muy difícil es lo que me pedís; hay tantos señores que vienen a visitar a Su Alteza...

-Sí; más doscientos escudos son una cantidad que bien merece que un hombre se tome algún trabajo para ganarla.

-Sin duda, señor conde; por eso no me opongo a hacer diligencias para saberlo.

-Vamos -dijo el conde-, tu buena voluntad me agrada; aquí tienes diez escudos para empezar; ya ves que no perderás el tiempo.

-Gracias, señor conde.

-Dirás al príncipe que he ido a reconocer el bosque para preparar la partida de caza que me ha encargado.

Apenas acababa el conde de pronunciar estas palabras, los pasos de un recién llegado

hicieron crujir la paja. Volvióse Monsoreau y exclamó:

-¡Monsieur de Bussy!

-Buenos días, monsieur de Monsoreau - exclamó Bussy-: ¡vos en Angers! ¡Qué milagro!

-Y vos, caballero, que decían que estabais malo...

-Y lo estoy, en efecto -repuso Bussy-: por eso hace ocho días que no he salido de la ciudad: el médico me tenía mandado reposo absoluto. ¡Hola! Vais a montar a Rolando, a lo que parece: yo se lo vendí al duque de Anjou, y Su Alteza está tan contento con él, que le monta casi todos los días.

Monsoreau se puso pálido.

-Sí -dijo-, como es tan buen animal. . .

-No habéis tenido mal ojo -dijo Bussy.

-¡Oh! no es hoy la primera vez que le monto -repuso el conde-, salí ayer con él.

-Y por eso os ha dado gana de llevárosle

hoy igualmente.

-Sí -dijo el conde.

-Perdonad -añadió Bussy-, ¿no decíais que ibais a prepararnos una partida de caza?

-El príncipe quiere correr un ciervo.

-Muchos hay en las cercanías, según me han informado.

-Muchos.

-¿Y hacia qué sitio pensáis que se dirija la cacería?

-Hacia Meridor.

-¡Ah! muy bien -dijo Bussy poniéndose pálido a pesar suyo.

-¿Queréis acompañarme? -interrogó Monsoreau.

-No, mil gracias -respondió Bussy-: voy a meterme en la cama porque me vuelve la calentura.

-Muy bien, muy bien -exclamó desde el umbral una voz sonora-, ya está M. de Bussy

levantado otra vez sin mi permiso.

-El médico -exclamó Bussy-, buena la hemos hecho: adiós, conde, os recomiendo a Rolando.

-No tengáis cuidado.

Bussy salió de la caballeriza y Monsoreau montó a caballo.

-¿Qué tenéis? -interrogó Remigio-, estáis tan pálido que casi voy creyendo que os sentís enfermo.

-¿Sabéis adónde va? -preguntó Bussy.

-No.

-Va a Meridor.

-¡Pues qué! ¿Esperabais que no fuese?

-¿Qué va a acontecer, Dios mío, después de lo que ayer pasó? -Madame de Monsoreau negará.

-Más él nos vio.

-Ella sostendrá que fue ilusión.

-Diana no tendrá valor para eso.

-¡Oh señor de Bussy, es posible que conoz-

cáis tan poco a las mujeres!

-Remigio, me siento malo.

-Lo creo: volved a vuestro aposento y os re-

cetaré para hoy por la mañana...

-¿Qué?

-Un estofado de perdiz, una magra de ja-

món y un potaje con cangrejos.

-No siento apetito.

-Razón más para que os mande comer.

-Remigio, preveo que ese verdugo va a cau-

sar alguna desgracia en Meridor. He debido

acompañarle cuando me lo propuso.

-¿Para qué?

-Para sostener a Diana.

-La señora Diana se sostendrá por sí sola; ya

os lo he dicho y lo repito, y como es necesario

que nosotros hagamos otro tanto, os suplico

que vengáis a vuestra habitación. Además, im-

porta que no os vea levantado. ¿Por qué habéis

salido sin mi autorización?

-Estaba con mucho cuidado y no he podido resistir al deseo de calmar mi inquietud.

Remigio se encogió de hombros, llevó a Bussy a su habitación, y luego de haber cerrado la puerta le hizo sentar delante de una mesa bien provista:

Entretanto Monsoreau salía de Angers por la misma puerta que la víspera.

Uno de los motivos que le habían inducido a llevar a Rolando más bien que a otro caballo, era el deseo de cerciorarse de si aquél había obedecido a la costumbre llevándole al pie de la tapia del parque, o bien había tomado aquella dirección por casualidad. Con esta idea al salir de palacio le dejó sueltas las riendas.

Rolando no defraudó las esperanzas de su jinete. Apenas salió al campo torció a la izquierda y después a la derecha, sin que Monsoreau tratase de hacerle variar de dirección.

Luego penetró en el hermoso y florido sen-

dero, después penetró por entre las matas, y finalmente en el bosque, y como en el día anterior iba apretando el paso conforme se acercaba a Meridor. Allí pasando del trote al galope al cabo de cuarenta o cincuenta minutos puso a M. de Monsoreau a la vista de la tapia y en el mismo paraje que en el día anterior.

El sitio estaba solitario y silencioso no se oía relincho alguno ni se veía ningún caballo atado ni suelto.

M. de Monsoreau echó pie a tierra; pero para no correr el riesgo de tener que volverse a pie introdujo el brazo por la brida y se puso a escalar la tapia.

Pero así dentro del parque como fuera, reinaba una imponente soledad. Hallábanse desiertas las largas alamedas, cuyos límites se perdían de vista y sólo poblaban el césped de los vastos prados algunos juguetones cervatillos.

El conde pensó que era inútil perder tiempo

en acechar a personas ya advertidas, y que asustadas sin duda por su aparición anterior, habían interrumpido sus citas o elegido otro sitio para ellas: volvió a montar a caballo, y entrándose por una vereda, después de un cuarto de hora de marcha en el cual se vio muchas veces obligado a reprimir el ímpetu de Rolando, llegó a la verja del parque.

El barón estaba ocupado en castigar a los perros para tenerlos bien dispuestos a lanzarse sobre la presa. Cuando vio al conde cruzar el puente levadizo salió a recibirle y le hizo una acogida ceremoniosa.

Diana, sentada bajo un magnífico sicomoro estaba leyendo las poesías de Marot. Gertrudis su fiel criada se hallaba sentada bordando.

El conde después de haber saludado al barón, vio a las mujeres: echó pie a tierra y se acercó a ellas.

Diana se levantó, se adelantó tres pasos y le

hizo una grave reverencia.

-¡Qué serenidad, o mejor dicho qué perfidia!

-murmuró el conde-; pero yo levantaré muy

pronto una tempestad terrible en el seno de

esas sosegadas almas.

Aproximóse un lacayo: el montero mayor le

dio la brida de su caballo y después volviéndo-

se hacia Diana:

-Señora -dijo-, os ruego que me concedáis

un instante de atencien.

-Con mucho gusto, caballero -respondió Di-

ana.

-¿Nos haréis la honra de quedaros en el cas-

tillo, señor conde? -preguntó el barón.

-Sí, señor, al menos hasta mañana.

El barón se alejó para cuidar por sí mismo

de que el aposento de su yerno fuese preparado

con arreglo a las leyes de la hospitalidad.

Monsoreau mostró a Diana la silla de donde

ésta acababa de levantarse, y él se sentó en la de

Gertrudis, dirigiendo a su mujer una mirada capaz de intimidar al hombre más decidido.

-Señora -dijo-, ¿quién estaba con vos en el parque ayer tarde?

Los ojos límpidos y brillantes de Diana se fijaron en el semblante del conde.

-¿A qué hora? -interrogó con voz tranquila, pues a fuerza de hacerse violencia había logrado desterrar de sí toda emoción.

-A las seis.

-¿Hacia qué sitio?

-Hacia el antiguo bosque de corta.

-Sería alguna amiga mía, y no yo la que se paseaba por ese lado. -Erais vos, señora -exclamó Monsoreau.

-¿Qué sabéis vos? -preguntó Diana.

Monsoreau estupefacto no supo qué contestar, pero pronto se dejó dominar por la ira y exclamó:

-¿Cómo se llama ese hombre? ¡responded!

-¿Qué hombre?

-El que se paseaba con vos.

-¿Cómo os lo he decir si no era yo la que pa-

seaba?

-Repito que erais vos -gritó Monsoreau

dando con el pie en el suelo.

-Os engañáis, caballero -respondió Diana

con frialdad.

-¿Cómo os atrevéis a negar lo que yo he vis-

to?

-¡Ah! ¿me habéis visto vos?

-Sí, señora, yo mismo. ¿Cómo pues osáis

negar que erais vos cuando no hay otra mujer

en Meridor?

-También en eso os engañáis, caballero,

porque está aquí Juana de Brissac.

-¿Madame de San Lucas? -Sí, madame de

San Lucas mi amiga.

-¿Y M. de San Lucas?

-No se aparta de su mujer; como sabéis, su

casamiento ha sido casamiento de amor: sin duda las personas que visteis eran M. y madame de San Lucas.

-No eran ni uno ni otro, erais vos; os conocí perfectamente; a quien no conocí es al hombre que iba con vos, mas le conoceré, os lo juro.

-¿Insistís en decir que era yo?

-Cuando os digo que os vi; cuando digo que oí el grito que lanzasteis.

-Cuando no estéis ofuscado, caballero -dijo Diana-, consentiré en oiros; pero en este momento creo que vale más que me retire.

-No señora, no os retiraréis -exclamó Monsoreau deteniendo a Diana por el brazo.

-Caballero -dijo Diana-, aquí viene M. y madame de San Lucas: creo que os contendréis delante de ellos.

En efecto, San Lucas y su mujer se presentaron al extremo de una calle de árboles, llamados por la campana que acababa de tocar a co-

mer, como si en el castillo no se hubiese esperado más que a Monsoreau para poner la mesa.

Los dos conocieron al conde, y adivinando que iban con su presencia a sacar a Diana de algún apuro, se acercaron presurosos.

Madame de San Lucas hizo una gran reverencia a M. de Monsoreau: San Lucas le alargó cordialmente la mano: los tres se dirigieron recíprocamente algunos cumplimientos; luego San Lucas hizo que su mujer tomase el brazo del conde y apoderándose él del de Diana se dirigieron todos al castillo.

Los habitantes de Meridor comían a las nueve según la antigua costumbre del buen rey Luis XII, costumbre que el barón había conservado en toda su integridad.

M. de Monsoreau se halló colocado entre San Lucas y su mujer; Diana por una hábil maniobra de su amiga logró sentarse lejos de su marido entre San Lucas y el barón.

La conversación se hizo general, y giró, como naturalmente debía suceder sobre la llegada del hermano del rey a Angers, y sobre la conmoción que iba a causar en la provincia.

Monsoreau habría querido hacerla girar sobre otros objetos, pero tenía que habérselas con convidados reacios y no pudo conseguir su intento, no porque San Lucas se negase a contestarle; al contrario, no dejaba de adular al curioso marido con gracia sin igual, y Diana, que merced a la charla de San Lucas podía guardar silencio, daba gracias a su amigo con elocuentes miradas.

-Este San Lucas es un imbécil que charla como una cotorra -dijo para sí el conde-; yo le sacaré de un modo o de otro el secreto que deseo saber.

M. de Monsoreau no conocía a San Lucas, pues había hecho su entrada en la corte justamente en el momento en que éste salía de ella.

Con la convicción de que le arrancaría el secreto, se puso a responderle de modo que aumentó la alegría de Diana y la tranquilizó.

Además San Lucas hacía señas con los ojos a madame de Monsoreau, y estas señas querían decir sin duda:

-Tranquilizaos, señora, estoy madurando un proyecto.

En el capítulo siguiente veremos cuál era el proyecto de M. de San Lucas.

LXV. EL PROYECTO DE M. DE MONSOREAU

Terminada la comida, Monsoreau tomó por el brazo a su nuevo amigo y sacándole fuera del castillo:

-¿Sabéis? -le dijo-, que he tenido la mayor satisfacción en baberos encontrado aquí? La idea de estar solo en Meridor me espantaba.

-¡Pues qué! -dijo San Lucas-, ¿no tenéis a vuestra mujer? por mi parte creo que con seme-

jante compañía un desierto me parecería demasiado poblado.

-No digo que no -repuso M. de Monsoreau mordiéndose los labios-: sin embargo...

-¿Sin embargo, qué?

-Sin embargo, tengo un gran placer en hallaros aquí.

-Caballero -repuso San Lucas, limpiándose los dientes con un palillo de oro-, sois en verdad muy político, porque jamás creeré que habéis podido temer la soledad con semejante mujer y en tan delicioso paraje.

-¡Bah! -dijo Monsoreau-, yo he pasado la mitad de mi vida en los bosques.

-Esa es una razón más para que os guste vivir en ellos; a mí me parece que cuanto más tiempo vive uno en los bosques, más le agradan; ved que admirable parque: el día que tenga que abandonarlo será para mí un día de luto; por desgracia temo que este día ha de llegar

pronto.

-¿Por qué?

-El hombre no es dueño de su destino, el hombre es la hoja del árbol a quien el viento arranca y pasea por la llanura y por los valles, sin que él mismo sepa adónde va. Vos sí que sois feliz.

-¡Feliz! ¿por qué?

-Porque os quedaréis disfrutando de estas sombras magníficas.

-¡Oh! -dijo Monsoreau-, tampoco estaré yo aquí mucho tiempo.

-¡Bah! ¿Quién dice eso? Yo creo que os engañáis.

-No -repuso Monsoreau-, no soy tan fanático como vos por las bellezas naturales, y desconfío de este parque que os parece tan hermoso.

-¿Que desconfiáis? -dijo San Lucas.

-Sí -replicó Monsoreau.

-¿Habéis dicho que desconfiáis de este par-

que? ¿Y por qué?

-Porque no me parece seguro.

-¿Seguro? -dijo San Lucas admirado-. ¡Ah!

ya entiendo, a causa de estar muy aislado, que-

rréis decir.

-No, no es precisamente por eso, pues sos-

pecho que aquí veréis gente.

-No a fe -dijo San Lucas con bien fingido

candor-; no viene un alma.

-¿De veras?

-Como os lo digo.

-¡Cómo! ¿no recibís de vez en cuando algu-

na visita?

-Ni una.

-No puede ser.

-Pues, no obstante, es.

-¡Ah! Vos calumniáis a los angevinos.

-Yo no sé si los calumnio, pero el diablo me

lleve si he visto la pluma del sombrero de uno

solo.

-Entonces me he engañado.

-Completamente: pero volvamos a lo que

decíais al principio: ¿cómo es que el parque no

os parece seguro? ¿Hay osos?

-¡Oh! no.

-¿Lobos?

-Tampoco.

-¿Ladrones?

-Probablemente. Decidme, mi querido mon-

sieur de San Lucas, vuestra mujer es muy linda,

según lo que me ha parecido.

-En efecto.

-¿Se pasea a menudo por el parque?

-Muchas veces: es como yo: le agrada infini-

to el campo: ¿pero por qué me hacéis esa pre-

gunta?

-Por nada: ¿y cuando se pasea la acompa-

ñáis vos?

-Siempre.

-Casi siempre.

-¿Mas, adónde diablos vais a parar?

-Pse, a nada, querido monsieur de San Lu-

cas, o a poco más que nada.

-Ya oigo.

-Es el caso, que me han dicho. . .

-¿Qué os han dicho? Hablad.

-¿Pero no os enfadéis?

-Yo no me enfado nunca.

-Por otra parte, entre maridos es muy co-

mún esta clase de confianzas; lo que me han

dicho es que habían visto rondar a un hombre

por el parque.

-¿A un hombre?

-Sí.

-¿Y venía por mi mujer?

-¡Oh! no quiero decir tanto.

-Harías mal en no decirlo, querido mon-

sieur de Monsoreau, porque la cosa no puede

ser más interesante: ¿y quién ha visto eso?

-¿Para qué queréis saberlo?

-Pse, ya que nos hallamos en conversación,

lo mismo es hablar de eso que de otra cosa. De-

cís, pues, que ese hombre venía por madame de

San Lucas. ¡Oiga!

-Si he deciros la verdad, no creo que viniese

por vuestra mujer.

-¿Y entonces por quién?

-Temo que fuese por Diana.

-¡Ah! Sería preferible.

-¿Cómo que sería preferible?

-Sin duda: ya sabéis que no hay raza más

egoísta que la de los maridos: cada uno mire

por sí y Dios mirará por todos.

-El diablo más bien.

-Así pues, pensáis que ha entrado aquí un

hombre.

-No sólo lo creo, sino que lo he visto.

-¿Visteis a un hombre en el parque?

-Sí.

-¿Solo?

-Con madame de Monsoreau.

-¿Y cuándo?

-Ayer.

-¿Dónde?

-Ved, aquí a la izquierda.

Y como Monsoreau hubiese dirigido el paso hacia la parte del antiguo bosque, pudo desde el sitio donde estaba indicar a su compañero el punto donde la víspera había visto a los dos amantes.

-¡Hola! -dijo San Lucas-, en efecto, esta tapia se encuentra en mal estado: avisaré al Barón que le echan a perder la cerca.

-¿Y a quién suponéis culpable?

-¿Yo?

-Sí.

-¿De qué?

-De saltar la tapia para venir al porque a hablar con mi mujer.

San Lucas aparentó abismarse en profunda meditación: Monsoreau aguardó con paciencia el resultado.

-¿Qué pensáis? -dijo el montero mayor.

-Como no sea. . no veo más que...

-¿Qué?

-Que. . . a vos -repuso San Lucas levantando la cabeza y mirando fijamente a Monsoreau.

-¿Bromeáis, mi querido monsieur de San Lucas?

-No por cierto: también yo, poco tiempo después de casado, hacía esas diabluras; ¿por qué no habíais de hacerlas vos?

-Vamos, está visto que no queréis contestar, confesadlo, querido amigo; pero nada temáis.. . yo tengo valor para todo... Ayudadme a averiguar... grande es el servicio que espero de vos.

San Lucas se rascó la oreja y repuso:

-Confieso que, como no seáis vos. . .

-Dejad para otra ocasión las chanzas; la cosa

es grave y os prevengo que no se quedará así.

-¿Pero creéis?...

-Cuando os digo que estoy convencido...

-Eso es otra cosa: ¿y cómo viene ese hom-

bre? ¿lo sabéis?

-¡Pardiez! vendrá de oculto.

-¿Muchas veces?

-Así lo creo; sus huellas están impresas en la

piedra blanda de la tapia mirad.

-Efectivamente.

-¿No lo habéis notado hasta ahora?

-¡Oh! -dijo San Lucas-, algo sospeché yo.

-¿Algo? -dijo el conde ansiosamente-, ya

veis...

-Sí, pero después no hice caso; pomo pensé

que seríais vos...

-Cuando os digo que no.

-Lo creo, amigo mío.

-¿Me creéis?

-Sí.

-Así, pues, ¿no sospecháis? -Sospecho que si no erais vos, era otro.

El montero mayor dirigió una mirada amenazadora a San Lucas, pero éste siguió afectando amabilidad y negligencia.

-¡Ya! -dijo Monsoreau.

-Otra idea se me ocurre -añadió San Lucas.

-Veamos.

-Si fuese...

-¿Quién?

-No.

-¿No?

-Mas, sí.

-Hablad.

-Si fuese el duque de Anjou...

-Ya había yo pensado en ello -repuso Monsoreau-; mas he tomado informes y no puede ser él.

-¡Oh! el duque es muy ladino.

-Sí, pero no es él.

-Siempre me decís que no es, y queréis que yo diga quien es.

-Sin duda, vos que habitáis el castillo debéis saber...

-Esperad -exclamó San Lucas.

-¿Habéis recordado algo?

-Me ocurre otra idea. Si no erais vos ni el duque, sería indudablemente yo.

-¿Vos?

-¿Y por qué no?

-¿Vos saltar la tapia viniendo a caballo, cuando podíais entrar por la puerta?

-¡Pse! soy tan caprichoso... -repuso San Lucas.

-¿Y vos habríais huido al verme en lo alto de la tapia?

-¡Diablo! no digo que no.

-¿Luego estabais haciendo algo malo? -dijo el conde, que principiaba a dejarse llevar de su cólera.

-Tampoco digo que no.

-Caballero -exclamó Monsoreau poniéndose pálido-, os estáis burlando de mí hace un cuarto de hora.

-Os engañáis, hace veinte minutos -contestó San Lucas, sacando el reloj y mirando a Monsoreau fijamente, de tal modo que éste se estremeció a pesar de su valor.

-¡Me estáis insultando caballero! -dijo el conde.

-¿Y vos no me insultáis a mí con vuestras preguntas de esbirro?

-¡Ah! Ya lo veo todo claro.

-¡Vaya un milagro! Son las diez de la mañana. ¿Y qué veis?

-Veo que estáis en inteligencia con el infame a quien no pude matar ayer.

-¡Pardiez! -exclamó San Lucas-, como que es amigo mío.

-Entonces os mataré en su lugar.

-¡Bah! ¿Y en vuestra casa, así sin más ni más?

-¿Creéis que esa consideración me obligará a dejar sin castigo a un miserable? -dijo el conde exasperado.

-¡Ah, monsieur de Monsoreau, y qué mal educado sois! -dijo San' Lucas-, ¡cómo ha echado a perder vuestras costumbres el frecuente trato con animales feroces!

-¡Conque no hacéis caso de mi furor! -gritó el conde situándose delante de San Lucas con los brazos cruzados y las facciones descompuestas por la expresión espantosa de la desesperación que le desgarraba el alma.

-¿Pues no he de hacer? Y a decir verdad no os sienta mal: estáis horroroso, mi querido monsieur de Monsoreau.

El conde, fuera de sí, echó mano a la espada.

-Reflexionad -repuso San Lucas-, que sois

vos el provocador: vos mismo podéis ser testigo de mi serenidad.

-Sí -repuso Monsoreau-, sí, infame; sí, hombre afeminado, yo te desafío.

-Tomaos, pues, la molestia de pasar al otro lado de la tapia, monsieur de Monsoreau; allí estaremos en terreno neutral.

-¿Qué me importa? -repuso el conde.

-Me importa a mí -dijo San Lucas-, porque no quiero mataros en vuestra casa.

-Vamos, pues -añadió Monsoreau, apresurándose a saltar la tapia.

-Cuidado, poco a poco, conde; hay una piedra que no está muy segura; preciso es que la hayan movido mucho. No vayáis a lastimaros, porque sería una desgracia de que no podría consolarme.

Y San Lucas se dispuso para saltar la tapia.

-Vamos, despachemos -dijo el conde desnudando su espada.

-¡Y yo que he venido al campo a divertirme!

-dijo San Lucas, hablando consigo mismo-;

¡pardiez, buena diversión!

-¿Estamos? -preguntó el conde.

-¡Oiga! -exclamó San Lucas-, no habéis to-

mado el peor puesto: la espalda al sol; no, no os

molestéis.

Monsoreau hizo un cuarto de conversión.

-Sea en buena hora -dijo San Lucas-; de esta

manera veré bien lo que hago.

-No me tengáis consideración -dijo Monso-

reau-, pues yo no os la tendré.

-¡Bah! ¿conque estáis resuelto a matarme? -

dijo San Lucas.

-¿Que si estoy resuelto! ¡oh, sí, estoy resuel-

to!

-El hombre propone y Dios dispone -dijo

San Lucas desnudando la espada.

-¿Cómo?

-Digo que miréis esa alfombra de amapolas

y dientes de león.

-¿Y qué?

-Que sobre ella voy a dejaros tendido.

Y se puso en guardia con el rostro risueño.

Monsoreau comenzó el ataque tirando con increíble agilidad a San Lucas dos o tres golpes, que éste paró con prontitud igual.

-Pardiez, monsieur de Monsoreau -exclamó manteniéndose a la defensiva-, tiráis muy bien y a cualquiera otro que a mí o a Bussy le habríais muerto con ese golpe.

Monsoreau palideció conociendo la destreza de su adversario.

-Tal vez os admiraréis -dijo San Lucas- de encontrarme tan fuerte en el manejo de la espada, pero cesará vuestra sorpresa cuando os diga que el rey,- que como sabéis me quiere mucho, se ha tomado la molestia de darme lecciones, y me ha enseñado entre otros un golpe, que os enseñaré ahora mismo. Lo digo porque si os

mato de este golpe, tengáis la satisfacción de saber que morís de un golpe enseñado por el rey, lo cual debe de ser en extremo grato para vos.

-Sois ingenioso, caballero -dijo Monsoreau tendiéndose a fondo, y tirando a su enemigo una estocada capaz de atravesar el muro.

-Se hace lo que se puede -replicó modestamente San Lucas, apartándose a un lado y obligando con este movimiento a su enemigo a dar media vuelta y quedar con la cara al sol-: ¿qué tal? ¿no es verdad que he parado bien este golpe? Estoy satisfecho: antes teníais cincuenta grados de probabilidad contra ciento de que os matase; ahora ya tenéis noventa y nueve.

Y con una agilidad, un vigor y una energía que extrañaron a Monsoreau y que nadie habría creído en tan afeminado joven, tiró sin interrupción cinco golpes al montero mayor, el cual los paró aturdido de aquel huracán de silbidos

y centellas: el sexto fue un golpe de primera, constituido por un doble ataque falso, una parada y un ataque, cuya primera mitad no pudo ver Monsoreau a causa del sol, y cuya segunda mitad no fue vista tampoco en atención a que la espada de San Lucas entró hasta la guarnición en su pecho.

Monsoreau permaneció por un momento de pie, como una encina cortada que no espera más que un soplo para caer.

-Ya tenéis -exclamó San Lucas- los cien grados de probabilidad completos, y advertid, caballero, que vais a caer precisamente en la alfombra que os he indicado.

Faltáronle las fuerzas al conde; abriéronse sus manos y se nublaron sus ojos; dobló las rodillas y cayó sobre las amapolas, con cuya púrpura se mezcló la de su sangre.

San Lucas limpió tranquilamente su espada y se puso a contemplar los diversos matices que

poco a poco iban transformando en cadavérico el rostro del hombre que agonizaba.

-¡Ah! me habéis muerto -dijo Monsoreau.

-A eso aspiraba -repuso San Lucas-; pero ahora que os veo ahí, próximo a morir, el diablo me lleve si no siento lo que he hecho: ahora sois sagrado para mí, pues aunque muy celoso, sois valiente.

Y contento de esta oración fúnebre, puso una rodilla en tierra cerca de Monsoreau y le dijo:

-¿Tenéis que declarar algo como vuestra última voluntad? os doy mi palabra de que todo lo que mandéis será ejecutado. Los heridos (lo se por experiencia) suelen tener sed; si la tenéis iré a buscaros agua.

Monsoreau no respondió: había vuelto el rostro a tierra y estaba mordiendo el césped y revolcándose en su sangre.

-¡Pobre diablo! -exclamó San Lucas poniéndo-

dose en pie-. ¡Oh, amistad, amistad! eres una deidad muy exigente.

Monsoreau abrió sus pesados párpados, trató de levantar la cabeza y volvió a caer dando un lúgubre gemido.

-Vamos, ha muerto -dijo San Lucas-, no pensemos más en él... Sí, fácil es decir, no pensemos más en él. . mas el resultado es que ya tengo a mi cargo la muerte de un hombre. No se dirá que he perdido el tiempo en Meridor.

Y saltando inmediatamente la tapia, cruzó corriendo el parque y llegó al castillo.

La primera persona que vio fue a Diana que se hallaba hablando con su amiga.

-¡Qué bien le sentará el luto! -dijo San Lucas.

Luego, acercándose al hermoso grupo que formaban las dos jóvenes.

-Perdonad, señora -dijo a Diana-, tengo precisión de hablar dos palabras con madame de

San Lucas.

-Decidlas, pues, querido huésped -contestó madame de Monsoreau-, yo voy a buscar a mi padre a la biblioteca: allí estaré, Juana, hasta que haya terminado de hablar con M. de San Lucas.

Los dos esposos quedaron solos.

-¿Qué hay? -interrogó Juana con rostro alegre-, me parecéis muy serio, querido esposo.

-Y lo estoy -respondió San Lucas.

-¿Qué ha sucedido?

-¡Oh! una desgracia.

-¿A vos? -preguntó Juana espantada.

-No precisamente a mí, pero sí a una persona que estaba a mi lado.

-¿A qué persona?

-A la persona con quien me estaba paseando.

-¿A M. de Monsoreau?

-¡Ah! sí, ¡pobre hombre!

-¿Qué le ha ocurrido?

-Creo que ha muerto.

-¡Muerto! -exclamó Juana con la agitación

que puede suponerse-, ¡muerto!

-Como os lo digo.

-¡El que hace poco se encontraba ahí

hablando, mirando!...

-Justamente, esa ha sido la causa de su

muerte: miró mucho y sobre todo habló dema-

siado.

-¡San Lucas, esposo mío! -dijo la joven

asiendo las manos de su marido.

-¿Qué?

-Me ocultáis alguna cosa.

-Nada absolutamente, os lo juro, ni siquiera

el sitio donde ha muerto.

-¿Y dónde ha muerto?

-Allá abajo, detrás de la tapia, en el mismo

paraje donde nuestro amigo Bussy acostumbra-

ba a atar su caballo.

-¿Y sois vos quien le ha muerto, San Lucas?

-¡Pardiez! ¿quién queréis que sea? Éramos dos, yo vuelvo vivo, y os digo que él ha muerto, de modo que no es difícil adivinar cuál de los dos mató al otro.

-¡Desgraciado!

-Querida mía -exclamó San Lucas-, él me insultó, me desafió, sacó la espada de la vaina.

-¡Pobre hombre! No tiene disculpa lo que habéis hecho.

-Bueno -dijo San Lucas-, ya sospechaba yo que antes de una semana había de haber un santo más en el Cielo.

-Pero ya no podéis permanecer aquí -exclamó Juana-, no podéis seguir viviendo por más tiempo bajo el techo del hombre a quien habéis muerto.

-Ya se me ha ocurrido a mí eso, y por lo mismo vengo a suplicaros, querida mía, que hagáis los preparativos de marcha.

-¿Pero al menos no estáis herido?

-¡Gracias a Dios que me lo preguntáis! Esa pregunta, aunque un poco tardía, me reconcilia con vos; no, no tengo el menor daño.

-Entonces marcharemos...

-Lo más pronto posible, pues ya conoceréis que de un momento a otro puede descubrirse el suceso.

-Pero ahora que caigo en ello -dijo Juana-, ya tenemos viuda a madame de Monsoreau.

-Eso es justamente lo que yo me decía a mí mismo hace poco.

-¿Después de matar al marido?

-No, antes.

-Vamos, ínterin yo voy a prepararla para recibir la noticia...

-Dádsela con muchas precauciones, querida mía.

-¡Calavera! mientras yo voy a prepararla, ensillad los caballos como para salir a dar un

paseo.

-Excelente idea; me alegraría que como ésta tuviese otras muchas, porque declaro que mi cabeza no está para ello.

-¿Pero dónde vamos? –

-A París.

-¡A París! ¿Y el rey'?

-El rey lo habrá olvidado ya todo: ¡han sucedido tantas cosas desde que no nos hemos visto! Además, si hay guerra, lo cual es muy probable, mi puesto es al lado de Su Majestad.

-Está bien: vamos, pues, a París.

-Sí, tan sólo quisiera una pluma y un tintero.

-¿Para escribir a quién?

-A Bussy; ya conocéis que no puedo salir de Anjou de esta manera, sin decirle por qué.

-Es justo; en mi aposento hallaréis recado de escribir.

San Lucas subió al momento, y con una

mano un poco trémula escribió las siguientes líneas:

"Querido amigo:

Por la voz de la fama sabréis la desgracia acaecida a M. de Monsoreau. Paseando ayer por el bosque tuvimos una disputa sobre los efectos y las causas del deterioro de las tapias y sobre los inconvenientes que tienen los caballos que se van solos. En lo más violento de la discusión M. de Monsoreau cayó sobre una alfombra de amapolas y dientes de león y tuvo, la desgracia de quedar muerto en el acto.

Vuestro amigo hasta la muerte,

SAN LUCAS."

"P. D. Como esto a primera vista podría pareceros algo inverosímil, añadiré que cuando le sucedió la desgracia teníamos los dos la espada en la mano.

"En este instante salgo para París con el objeto de presentar mis homenajes al rey. La pro-

vincia de Anjou no me parece muy segura luego de lo que acaba de pasar."

Diez minutos después un criado del barón corría a Angers a llevar esta carta, mientras que M. y madame de San Lucas salían solos por una puerta excusada dejando a Diana sumida en la tristeza, y sobre todo sin saber cómo contar al barón la triste historia del desafío.

Al pasar San Lucas, Diana separó de él la vista.

-Servid a los amigos -dijo San Lucas a su mujer-, ellos os darán el pago: está visto que todos son ingratos menos yo.

LXVI. LLEGADA A ANGERS DE LA REINA MADRE

A la misma hora en que M. de Monsoreau caía atravesado por la espada de San Lucas, se percibió un gran ruido producido por el toque de trompetas a las puertas de Angers, que por entonces estaban cuidadosamente cerradas.

Advertidos los guardias, alzaron el estandarte, y al toque de las trompetas respondieron con una sinfonía semejante.

Era Catalina de Médicis que llegaba a Angers con imponente aparato.

El jefe de la guardia avisó a Bussy, el cual se levantó del lecho y pasando a la habitación del príncipe, hizo que Su Alteza se acostase.

Ciertamente eran muy buenas las sinfonías que tocaban las trompetas angevinas, mas no tenían la virtud de las. que hicieron caer los muros de Jericó: las puertas de Angers permanecieron cerradas.

Catalina sacó la cabeza fuera de la litera para darse a reconocer a los centinelas avanzados, esperando que la majestad de un rostro real produciría más efecto que el sonido de las trompetas. Los milicianos de Angers, vieron a la reina y la saludaron respetuosamente, pero no abrieron las puertas.

Catalina envió a un gentilhombre; los ange-
vinos hicieron a este gentilhombre muchos
cumplimientos, pero a su exigencia de que se
abriesen las puertas y tributasen honores a la
reina madre, le contestaron que siendo Angers
plaza fuerte, no podía abrirse sin ciertas for-
malidades indispensables.

El gentilhombre volvió muy mortificado
adonde se hallaba Catalina, y ésta dijo con
amargura la misma palabra que Luis XIV modi-
ficó después según las proporciones que tomó
la autoridad real.

-¡Espero! -balbuceó, y los gentilhombres que
estaban a su lado se estremecieron sabiendo lo
que aquella palabra quería significar.

Por último, Bussy, que había empleado cer-
ca de media hora en sermonear al duque y en
forjarle cien razones de Estado, todas a cuál
más concluyentes, se resolvió a salir. Hizo ensi-
llar un caballo y ponerle un vistoso caparazón,

eligió cinco gentilhombres de los que más desagradaban a la reina madre, y poniéndose a su cabeza se dirigió a paso de rector al encuentro de Su Majestad.

Ya empezaba Catalina a cansarse, no de esperar, sino de meditar diferentes géneros de venganza contra los que así se burlaban de ella. Recordaba el cuento árabe, en que se dice que un genio rebelde, encerrado en un vaso de cobre, prometió enriquecer al que le diese libertad antes de terminar los diez primeros siglos de su cautiverio, y que luego cansado de esperar, juró lleno de ira la muerte del imprudente que rompiese la tapa del vaso.

A este extremo había llegado Catalina. Al principio se propuso agasajar a los que se apresuraran a salir a su encuentro; y luego hizo voto de confundir bajo el peso de su cólera al primero que se presentase.

Bussy, muy adornado con lujoso traje,

avanzó mirando a un lado y a otro sin fijar la vista en ninguna parte como un centinela nocturno que escucha más que ve.

-¿Quién vive? -preguntó.

Catalina esperaba al menos genuflexiones; su gentilhombre la miró para saber su voluntad.

-Id -dijo ella- id otra vez a la puerta; preguntan quién vive; contestad, caballero, eso es una formalidad.

El gentilhombre se llegó hasta el rastrillo.

-Es Su Majestad la reina madre -dijo-, que viene a visitar la buena ciudad de Angers.

-Está bien -repuso Bussy-; torced a la izquierda y a ochenta pasos de aquí encontraréis la poterna.

-¡La poterna! -exclamó el gentilhombre-; ¡la poterna! ¡una puerta baja para Su Majestad!

Bussy ya no se encontraba allí para oírle. Habíase dirigido con sus amigos, que se reían

disimuladamente, hacia el paraje donde según sus instrucciones debía apearse Su Majestad la reina madre.

-¿Ha oído Vuestra Majestad? -interrogó el gentilhombre-. ¡La poterna!

-Sí, ya he oído -dijo Catalina-, entremos por ahí, pues que no se puede entrar por otra parte.

Y el brillo de sus miradas hizo mudar de color al gentilhombre que con tanta torpeza había dado a entender que comprendía la humillación de su soberana.

La comitiva hizo un cuarto de conversión hacia la izquierda y llegó a la poterna que ya estaba abierta.

Bussy, a pie y con la espada desnuda en la mano, se adelantó fuera de la puerta, y saludó con respeto a Catalina en derredor de él las plumas de todos los sombreros barrían el suelo.

-Sea Vuestra Majestad bien venida a Angers -dijo.

A uno y otro lado había tambores, mas no tocaron; había también alabarderos, pero no se movieron del sitio donde tenían sus armas.

La reina bajó de la litera y apoyándose en el brazo de un gentilhombre de su séquito, se dirigió hacia el portillo después de haber respondido estas solas palabras:

-Gracias, M. de Bussy.

Este era por entonces el resultado de las reflexiones que había hecho durante el tiempo que la habían dejado.

Catalina marchaba con la cabeza erguida; mas Bussy la detuvo asiéndola por el brazo y diciéndole:

-Cuidado, señora, porque la puerta es muy baja y sería fácil que se lastimara Vuestra Majestad.

-¿Tengo que bajarme? -interrogó la reina-, ¿cómo lo haré? Es la primera vez que entro de este modo en una ciudad.

Estas palabras, que fueron pronunciadas con aire de completa naturalidad, tenían para los cortesanos hábiles un sentido tal, que dieron qué pensar a muchos, y el mismo Bussy se mordió el bigote y miró al soslayo a sus compañeros.

-Has llevado las cosas demasiado lejos -le dijo Livarot al oído.

-¡Bah! -contestó Bussy-, deja, que aún le queda que ver más.

Subieron la litera de Su Majestad por encima del muro, y Catalina pudo entrar en ella para ir a palacio. Bussy y sus amigos volvieron a montar a caballo y la escoltaron.

-¿Y mi hijo? -preguntó Catalina-. No veo a mi hijo el de Anjou.

Estas palabras que no quería haber pronunciado, salieron de sus labios a impulsos de un movimiento irresistible de cólera. La ausencia de Francisco en tales momentos era para ella el

mayor ultraje.

-Su Alteza está malo en la cama, señora; a no ser por eso se habría apresurado a rendir en persona a Vuestra Majestad los honores de la plaza.

Aquí la diplomacia de Catalina llegó a un grado sublime.

-¡Malo! ¡está malo mi pobre hijo! -exclamó- ¡ah, señores, apresurémonos! ¿está bien cuidado?

-Hacemos lo que podemos -dijo Bussy mirándola sorprendido, como para saber si realmente aquella mujer tenía sentimientos de madre.

-¿Sabe que estoy aquí? -añadió Catalina al cabo de una pausa que empleó útilmente en pasar revista a todos los gentileshombres.

-¡Oh! sí, señora.

Mordióse los labios Catalina.

-Entonces muy grave debe de ser su enfer-

medad -dijo en tono compasivo.

-Bastante -dijo Bussy-: Su Alteza tiene frecuentemente esta clase de indisposiciones súbitas.

-¿Es repentina su indisposición, M. de Bussy?

-¡Oh! sí, señora.

De esta manera llegaron al palacio entre las filas que formaban la multitud que en todas las calles se había reunido para ver la entrada de la reina.

Bussy tomó la delantera, subió corriendo al aposento del duque y dijo con voz agitada todavía por la carrera:

-Ahí está... ¡Cuidado!

-¿Viene furiosa?

-Exasperada.

-¿Y se queja?

-Peor aún, se sonríe.

-¿Qué ha dicho el pueblo?

-El pueblo no se ha movido: mira a esa mujer con mucho terror, y si no la conoce, al menos adivina de lo que es capaz.

-¿Y ella?

-Ella hace besamanos y se muerde las puntas de los dedos.

-¡Diablo!

-Eso es lo mismo que yo he pensado: sí, monseñor, ¡diablo! manteneos firme.

-Elegimos la guerra, ¿no es así?

-Pedid ciento para conseguir diez, y todavía podéis contentaros conque os den cinco.

-¡Bah! ¿tan débil me crees?... ¿Estáis todos ahí? ¿por qué no ha venido Monsoreau? -preguntó el duque.

-Estará en Meridor; pero no nos hace falta.

-¡Su Majestad la reina madre! -gritó el ujier desde el umbral.

Y en aquel momento se presentó Catalina, pálida y vestida de negro según su costumbre.

El duque de Anjou hizo un movimiento como para levantarse; mas Catalina, con una agilidad que nadie habría supuesto en sus años, se arrojó en los brazos de su hijo y cubrió su rostro de besos.

-¡Le va a ahogar! -dijo para sí Bussy-, ¡pardiez! ¡y son verdaderos besos!

Catalina hizo más: lloró.

-Desconfiemos -dijo Antraguet a Ribeirac-; cada lágrima de éstas será pagada con un tonel de sangre.

Catalina, luego que hubo abrazado varias veces a su hijo, se sentó a la cabecera de su cama; Bussy hizo una seña y los circunstantes se alejaron: él, sin embargo, como si estuviera en su casa, se recostó en una de las columnas del lecho y aguardó tranquilamente.

-¿No queréis cuidar de que se dé buena asistencia a las personas de nuestra comitiva, M. de Bussy? -dijo al cabo de un rato Catalina-.

Después de mi hijo, vos sois el amigo a quien más estimamos: también sois aquí el mayordomo mayor, ¿no es cierto? Os suplico que cuidéis de mi gente.

No era posible dudar de lo que querían decir estas palabras.

-Me cogió -dijo Bussy-. Señora añadió en alta voz, tengo una satisfacción en complacer a Vuestra Majestad; voy a cumplir sus órdenes.

-Aguarda -murmuró cuando hubo salido del aposento-, yo volveré sin que me veas, pues aquí no conoces los rincones como en el Louvre.

Sin embargo, no pudo al salir hacer la menor señal al duque, pues Catalina no le perdía de vista un instante.

Lo primero que ésta se propuso fue saber si su hijo se hallaba verdaderamente enfermo o fingía estarlo. Esta debía ser la base de sus operaciones diplomáticas.

Pero Francisco, mostrándose digno hijo de

tal madre, representó maravillosamente su papel; y si Catalina fingió hasta el punto de llorar, él fingió hasta el extremo de tener calentura. Engañada la reina madre, le creyó enfermo y pensó que ejercería más influencia sobre su ánimo, hallándose, como le suponía, debilitado por los padecimientos del cuerpo. Colmó después al duque de caricias, le abrazó nuevamente, lloró otra vez, e hizo tales extremos, que Francisco se admiró y preguntó la causa de ellos.

-Habéis corrido un gran peligro, hijo mío - contestó Catalina.

-¿Al huir del Louvre, madre? -No, después de haberos escapado.

-¿Y cuál?

-Los que os auxiliaron en esa desdichada evasión...

-¿Qué?

-Eran vuestros más crueles enemigos.

-No sabe nada -dijo para sí el príncipe-, mas quiere saber.

-¡El rey de Navarra! -dijo bruscamente Catalina-, el eterno azote de nuestra estirpe... Harto lo conozco.

-¡Ah! -exclamó Francisco-; todo lo sabe.

-¿Creeríais que se jacta de haber ganado la partida?

-No es posible, os han engañado, madre.

-¿Por qué?

-Porque el rey de Navarra no ha tenido la menor parte en mi evasión, y aunque la hubiese tenido, ya veis que me hallo en salvo... Hace dos años que no he visto al rey de Navarra.

-Pero no es ese solamente el gran peligro de que os hablo, hijo mío -repuso Catalina, viendo que su táctica anterior no había surtido efecto.

-¿Pues cuál es, madre? -preguntó Francisco mirando a los tapices, que se movían detrás de la reina.

Catalina se aproximó a Francisco, y con voz alterada al parecer por el terror, exclamó:

-¡La cólera del rey, esa furiosa cólera que os amenaza!

-Lo mismo digo de ese peligro que del otro, señora: el rey mi hermano está exasperado, furioso, ya lo sé, pero yo me encuentro en lugar seguro.

-¿Lo creéis? -preguntó la reina con un acento capaz de intimidar a los más audaces.

Los tapices se movieron de nuevo.

-Estoy convencido de ello -respondió el duque-, y es tanto más cierto cuanto que vos, madre mía, habéis venido a anunciármelo.

-¿Cómo así? -dijo Catalina, a quien empezaba a dar cuidado aquella tranquilidad.

-Porque si sólo tuvieseis el encargo de repetirme sus amenazas no habríais venido -dijo Francisco, mirando de nuevo a los tapices-; y porque en semejante caso no se habría atrevido

el rey a dejaros en rehenes en mi poder.

Catalina, espantada, levantó la cabeza.

-¡Yo en rehenes! -exclamó.

-Vos seréis el más santo y el más venerable de todos -repuso el duque sonriéndose, besando la mano a Catalina y dirigiendo una mirada triunfante, a los tapices.

La reina dejó caer los brazos como vencida: no podía adivinar que Bussy desde una puerta secreta vigilaba a su amo y le animaba con sus miradas, cuando en la conversación le veía titubear y perder su presencia de espíritu.

-Hijo mío -dijo por último-, tenéis razón, vengo a proponeros la paz.

-Ya os escucho, madre mía -dijo Francisco-, y ya sabéis con cuánto respeto: creo que empezamos a entendernos.

LXVII. LAS PEQUEÑAS CAUSAS Y LOS GRANDES EFECTOS

En la primera parte de la conversación, tuvo

Catalina una desventaja notable. Este género de derrotas era para ella tan imprevisto y extraordinario, que estaba temiendo si su hijo se hallaría tan resuelto como parecía a negarse a toda transacción, cuando un leve acontecimiento cambió de pronto la faz de las cosas.

Se han visto batallas casi perdidas y después ganadas por efecto de una mudanza de viento y viceversa: Marengo y Waterloo son ejemplos de esta verdad: un grano de arena cambia el movimiento de las más pesadas máquinas.

Bussy, como hemos dicho, se hallaba en un corredor secreto que daba a la alcoba del duque de Anjou; habíase colocado de manera que sólo el duque pudiese verle, y desde su escondrijo asomaba la cabeza por una abertura del tapiz en los instantes que creía más peligrosos para su causa.

Su causa, como puede suponerse, era la

guerra a toda costa, pues mientras Monsoreau estuviese en Anjou, no quería él salir de la provincia, para poder vigilar al marido y visitar a la mujer.

Esta política, en extremo sencilla, complicaba no obstante infinitamente toda la política de Francia: los grandes efectos suelen ser producidos por causas pequeñas.

Véase por qué a fuerza de expresivas miradas, de feroces ademanes y de espantosos movimientos de cejas, irritaba Bussy la ferocidad de su amo. El duque, que le tenía miedo, se dejaba llevar de su impulso y se mostraba cada vez más enérgico y más rebelde a las súplicas de su madre.

Hallábase, pues, Catalina, derrotada por todos lados, y ya no pensaba más que en hacer una retirada honrosa cuando vino en su auxilio un acontecimiento de poca importancia y casi tan inusitado como la terquedad del duque de

Anjou.

En lo más vivo de la conversación entre la madre y el hijo, y en lo más fuerte de la resistencia del duque de Anjou, sintió Bussy que le tiraban de la capa. No queriendo perder una sola frase del diálogo, llevó la mano, sin volver la cabeza, al lado de donde le tiraban y asió una muñeca; subiendo a lo largo de aquella muñeca encontró un brazo, después del brazo un hombro y después del hombro una cabeza.

Al ver entonces que la cosa valía la pena, se volvió.

El hombre era Remigio.

Bussy quiso hablar, pero Remigio se puso el dedo en la boca y llevó a su amo a un cuarto contiguo.

-¿Qué hay, Remigio? -preguntó Bussy con impaciencia-, ¿por qué vienes a incomodarme en semejante momento?

-Una carta -dijo en voz baja Remigio.

-¡Llévete el diablo! ¿Y por una carta me distraes de una conversación de tanta importancia como la que tenía con el señor duque de Anjou?

Remigio pareció no hacer caso de este arrebato de cólera, y dijo:

-Hay cartas de cartas.

-Sin duda -repuso Bussy-, ¿y de dónde viene ésa?

-De Meridor.

-¡Oh! -dijo con viveza Bussy-, de Meridor, gracias, mi buen Remigio, gracias.

-¿He hecho bien en llamaros?

-¿Puedes tú hacer nunca alguna cosa mal? ¿Pero dónde está esa carta?

-Lo que me ha hecho creer que es muy importante es que el mensajero no quiere entregarla sino a vos solamente.

-Tienes razón: ¿y está ahí?

-Ahí está.

-Tráemele.

Remigio abrió una puerta e hizo seña a una

especie de palafranero de que entrase.

-Aquí tienes a M. de Bussy -dijo indicándole

al conde.

-Trae, yo soy por quien- preguntas -dijo

Bussy.

Y le puso medio doblón en la mano.

-¡Oh! bien os conozco -exclamó el palafrane-

ro dándole la carta.

-¿Es ella quien te a ha dado?

-No, señor, sino él.

-¿Quién es él? -preguntó Bussy mirando el

sobre.

-M. de San Lucas.

-¡Ah!

Bussy se había puesto algo pálido, pues

había creído que la carta era del marido y no de

la mujer, y el nombre de Monsoreau tenía el

privilegio de hacerle mudar de color siempre
que pensaba en él.
Volvióse para leer la carta, a fin de ocultar
la emoción que todo individuo está expuesto a
manifestar cuando recibe una carta importante
y no es César Borgia, ni Maquiavelo, ni Catalina
de Médicis, ni diablo.
Y tuvo razón para volverse el pobre Bussy,
porque apenas acabó la lectura de la carta que
sabemos, se le subió la sangre a la cabeza y es-
tuvo a punto de salirle por los ojos, de suerte
que de pálido que estaba se tornó de color de
púrpura, permaneció por un instante aturdido,
y conociendo que iba a caerse, se sentó en una
silla junto a la ventana.
-Vete -dijo Remigio al palafranero, aturdido
del efecto que había causado la carta.
Y le sacó del brazo fuera del aposento.
El palafranero se apresuró a marchar, cre-
yendo que la carta contenía malas noticias y

temiendo perder su medio doblón.

Remigio volvió adonde se hallaba Bussy, y sacudiéndole por el brazo:

-¡Vive Dios! -exclamó-, respondedme al momento o por San Esculapio que os sangro de los cuatro extremos.

Bussy se puso de pie; ya no estaba encarnado ni aturdido; estaba meditabundo.

-Mira –dijo-, lo que ha hecho San Lucas por mí.

Y dio la carta a Remigio.

Remigio la leyó con avidez.

-Todo esto -dijo-, me parece muy bien: San Lucas es hombre que lo entiende. ¡Vivan los hombres de talento! para mandar un alma al purgatorio no necesitan intentarlo dos veces.

-¡Es increíble! -murmuró Bussy.

-Verdad que es increíble, pero eso no importa. Nuestra posición ha cambiado completamente y dentro de nueve meses tendré una

condesa de Bussy a quien cuidar en sus enfermedades. ¡Pardiez! nada temáis, para curar enfermedades de mujeres poseo tanta habilidad como Ambrosio Paré.

-Sí -dijo Bussy-, será mi mujer.

-Me parece -repuso Remigio que para que lo sea tenéis ya mucho adelantado.

-Muerto Monsoreau...

-Muerto -repitió Remigio-; así está escrito.

-¡Oh! me parece esto un sueño, Remigio. ¿De modo que ya no veré esa especie de espectro interpuesto entre la felicidad y yo? Remigio, creo que nos engañamos.

-Nada de eso: volved a leer, ¡pardiez! cayó sobre las amapolas y de tal manera que quedó muerto en el acto. Ya había yo observado que era peligroso caer sobre amapolas, pero creía que no había peligro más que para las mujeres.

-Pero entonces -murmuró Bussy, sin atender a las chanzas de Remigio y siguiendo sola-

mente el hilo de sus pensamientos-, entonces Diana no podrá quedarse en Meridor, no, no quiero: es preciso que vaya a otra parte, que se establezca en algún sitio donde pueda olvidar lo que ha pasado.

-Creo que para eso no hay mejor que París: allí pronto se olvida todo.

-Tienes razón, regresará a su casita de la calle de Tournelles: los diez meses de viudez los pasaremos retirados, si es que la felicidad puede ocultarse, y para nosotros el casamiento sólo será la continuación de nuestra dicha.

-Es cierto -dijo Remigio-: mas para ir a París...

-Sí.

-Necesitamos una cosa.

-Hacer las paces en Anjou.

-Es verdad -repuso Bussy-, es verdad: ¡oh mi Diana, qué tiempo, tan inútilmente perdido!

-Eso quiere decir que vais a montar a caba-

llo y correr a Meridor.

-No, yo no, más tú sí; yo no puedo ahora salir de aquí. Además, no está bien que me presente en Meridor en este momento.

-¿Cómo la he de ver? ¿presentándome en el castillo?

-No, vé primero al bosque: tal vez se estará paseando por el parque aguardándome, y si no la ves, entonces te presentarás en el castillo.

-¿Qué le digo?

-Que estoy medio loco.

Y estrechando la mano al joven, con quien la experiencia le había probado que podía contar como consigo mismo, corrió a ocupar su puesto en el corredor, a la entrada de la alcoba y detrás del tapiz.

Catalina se esforzaba a la sazón en ganar el terreno que la presencia de Bussy le había hecho perder.

-Hijo mío -decía-, yo creía que una madre

no podía nunca dejar de entenderse con su hijo.

-Sin embargo, madre mía -respondió el duque de Anjou-, ya veis que esto ocurre algunas veces.

-Jamás cuando ella quiere.

-Cuando ellos quieren, señora, querréis decir -repuso el duque, y satisfecho de sus orgullosas palabras, buscó con la mirada a Bussy esperando hallar su recompensa en una mirada de aprobación.

-Pero lo quiero yo -exclamó Catalina-, ¿lo oís, Francisco? ¡lo quiero yo!

Y el tono de su voz contrastaba con las palabras, porque éstas eran imperativas y aquél casi de súplica.

-¿Lo queréis vos? -repuso el duque de Anjou sonriéndose.

-Sí -dijo Catalina-, lo quiero, y ningún sacrificio me será costoso para conseguirlo.

¡Hola! -exclamó Francisco.

-Sí, sí, querido hijo: decid, ¿qué exigís? ¿qué queréis? Hablad, vuestros deseos serán órdenes.

-¡Oh, madre mía! -dijo Francisco casi turbado al considerar la completa victoria que había alcanzado y que no le dejaba facultad para mostrarse vencedor riguroso.

-Escuchad, hijo mío -dijo Catalina con su tono de voz meloso-, ¿no es cierto que no tratáis de anegar el reino en sangre? Sería imposible que tal fuese vuestra intención: no sois mal francés ni mal hermano.

-Mi hermano me ha ultrajado, señora, y no le debo nada; no, no le debo nada ni como a hermano ni como a rey.

-¡Y yo, Francisco, yo! ¿no tenéis queja alguna de mí?

-Sí, señora, que me habéis abandonado -contestó Francisco.

-¡Ah! ¿queréis mi muerte? -dijo Catalina con

voz lúgubre-; pues bien, moriré como debe morir una mujer que ve a sus hijos hacerse la guerra.

Huelga decir que Catalina no tenía el menor deseo de morirse.

-¡Oh! no digáis eso, señora, ¡me partís el corazón! -exclamó Francisco, con el corazón tan entero como siempre.

Catalina se deshizo en llanto.

El duque le tomó las manos y procuró tranquilizarla mientras dirigía miradas de inquietud al tapiz, detrás del cual estaba Bussy.

-¿Pero qué queréis? -dijo la Reina madre-; exponed vuestras pretensiones, y sepamos al menos a qué atenernos.

-¿Qué queréis vos, madre mía? Vamos, hablad, ya os escucho -dijo Francisco.

-Quiero que vengáis a París, querido hijo, que volváis a la corte de vuestro hermano que os tiende los brazos.

-¡Pardiez, señora! yo bien se que no es él quien me ofrece los brazos sino el puente levadizo de la Bastilla.

-No, volved, volved, y os juro por mi honor, por mi amor de madre, por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo (Catalina se santiguó) que seréis de Enrique tan bien recibido como si vos fuerais el rey y él fuese el duque de Anjou.

El duque no cesaba de mirar a los tapices.

-Aceptad -prosiguió Catalina-, aceptad, hijo mío: ¿queréis más rentas? decidlo; ¿queréis guardias?

-¡Oh, señora! vuestro hijo me los ha dado ya, y guardias de honor que han sido, pues escogió para guardarme a sus cuatro favoritos.

-Vamos, no me respondáis así; los guardias que os dará, vos mismo los elegiréis; tendréis un capitán si es preciso, y si lo exigís, será este capitán M. de Bussy.

El duque, conmovido con esta última oferta,

que creyó no desagradaría a Bussy, dirigió otra mirada al tapiz, temeroso todavía de encontrar los ojos centelleantes y el rostro austero de su gentilhombre. Pero, ¡oh -sorpresa! vio a Bussy risueño, alegre y haciendo repetidas señales de aprobación con la cabeza.

-¿Qué quiere decir esto? -dijo para sí-, ¿no quería Bussy la guerra sino para que le hiciesen capitán de mis guardias?

Entonces dijo en alta voz y como si se preguntase a sí mismo:

-¿Debo aceptar?

-Sí, sí, sí -repuso Bussy con las manos, con la cabeza, con los hombros.

-¿Deberé -continuó el duque- salir de Anjou para volver a París?

-Sí, sí, sí -prosiguió con entusiasmo cada vez mayor.

-Sin duda, querido hijo -contestó Catalina-: ¿tan difícil es volver a París?

-¡Pardiez! -dijo el duque para sí-, lléveme el diablo si lo entiendo; quedamos en que me negaría a todo y ahora me aconseja la paz y los abrazos.

-Y bien -dijo Catalina con ansiedad-, ¿qué resolvéis?

-Madre mía, lo pensaré -dijo el duque que quería tener una explicación con Bussy-, lo pensaré y mañana...

-Ya se rinde -dijo Catalina-; vamos, he ganado la batalla.

-En realidad puede que Bussy tenga razón -pensó el duque.

Y ambos se separaron después de haberse abrazado.

LXVIII. DONDE SE VERA SI HABIA MUERTO O NO M. DE MONSOREAU

Gran cosa es tener un amigo, tanto más cuanto que los verdaderos amigos son raros.

Esto reflexionaba Remigio, mientras atravesaba

a galope los campos en uno de los mejores caballos de las caballerizas del príncipe. Bien habría querido llevar a Rolando, pero M. de Monsoreau le había ganado por la mano y tuvo que escoger otro.

-Mucho quiero a M. de Bussy y por su parte M. de Bussy me tiene grande afecto -decía Remigio-; por eso estoy tan contento, porque su felicidad es la mía.

Luego añadió, respirando con fuerza:

-Me parece que mi corazón no es bastante ancho.

-Vamos -prosiguió mudando de pensamiento-, veamos cómo he de presentarme a Diana. Si le encuentro seria, ceremoniosa, fúnebre, saludos, reverencias mudas y la mano sobre el corazón; si la encuentro risueña, piruetas, saltos y un solo de polonesa.

Respecto a M. de San Lucas, si está todavía en el castillo, que lo dudo mucho, un viva y

acción de gracias en latín. Estoy seguro de que él no tendrá el semblante triste.

-¡Ah! ya estamos cerca.

Efectivamente, el caballo, después de haber tomado a la izquierda y luego a la derecha, después de haber seguido la florida senda y atravesando el matorral y el bosque, se había internado en la espesura inmediata a la tapia.

-¡Oh, qué hermosas amapolas! -exclamaba Remigio-; esto me trae a la memoria a nuestro montero mayor; las que le han servido de colchón no serán más hermosas que éstas: ¡pobre hombre!

Remigio estaba ya cerca de la tapia, cuando el caballo se detuvo dando resoplidos y fijando los ojos en tierra. Remigio, que le llevaba al trote largo e iba descuidado, estuvo a punto de saltar por encima de las orejas de Mitrídates. Así se llamaba el caballo que había tomado en lugar de Rolando. El joven, a quien la prácti-

ca había quitado el temor, aplicó espuelas a los ijares de su cabalgadura; pero Mitrídates no se movía; sin duda había recibido este nombre por la semejanza que presentaba su carácter obstinado con el del famoso rey del Ponto.

Remigio, admirado, dirigió la vista al suelo buscando el obstáculo que detenía a su caballo, pero no vio más que un gran charco de sangre, en la cual se iban poco a poco empapando la tierra y las flores, y que se hallaba cubierta de una leve capa de espuma de color de rosa.

-¡Oiga! -dijo-, ¿será aquí donde M. de San Lucas ha dado muerte a M. de Monsoreau?

Levantó la vista del suelo y miró a todos lados.

A diez pasos de allí, debajo de unos espesos árboles, vio dos piernas estiradas y sin movimiento y un cuerpo, cuya rigidez parecía mayor que la de las piernas.

El cuerpo estaba recostado en la tapia.

-¡Calla! ¡Monsoreau! -exclamó Remigio-, *hic obiit Nemrod.* Vamos, vamos, si la viuda le deja así expuesto a los cuervos y a los buitres se dirá la oración fúnebre en piruetas, saltos y polonesa.

Y Remigio, habiendo echado pie a tierra, dio algunos pasos en dirección del cuerpo.

-¡Es particular! -murmuró-, él está muerto aquí, muerto completamente, y sin embargo la sangre está allá abajo. ¡Ah! aquí hay una mancha: se habrá venido desde allí o quizá el buen M. de San Lucas, que es la caridad personificada, le habrá recostado contra la tapia para que no se le subiese la sangre a la cabeza. Sí, eso es, no hay duda, está muerto, y con los ojos abiertos y sin hacer el menor gesto.

Pero de repente retrocedió estupefacto: los dos ojos que había visto abiertos, se volvieron a cerrar y sobre el semblante del difunto se extendió una palidez, mayor aún que la que al

principio le había notado Remigio.

Quedóse éste casi tan pálido como M. de Monsoreau; más como era médico, es decir, algo despreocupado, murmuró rascándose las narices:

-*Credere portentis mediocre.* Si ha cerrado los ojos es que no está muerto.

Y como a pesar de su despreocupación, la situación en que se encontraba no era agradable, y como las articulaciones de las rodillas se le doblasen más de lo conveniente, se sentó, o mejor dicho, se dejó caer al pie del árbol que le sostenía y se halló cara a cara con el cadáver.

-No me acuerdo -dijo- dónde he leído que después de la muerte se verifican ciertos fenómenos de acción que no indican otra cosa sino un principio de corrupción.

-¡Diablo de hombre! -añadió-: hasta después de muerto nos había de incomodar. Sí, ¡pardiez! no tan sólo se le han cerrado los ojos, sino que

se le ha aumentado la palidez, color *albus, chroma, chloron,* como dice Galeno; *color albus,* como dice Cicerón que era un orador muy ingenioso.

Pero a mayor abundamiento, existe un medio muy sencillo de saber si está muerto o no, y es clavarle dos palmos de acero en el vientre; si no se mueve es que está muerto.

Y Remigío se preparaba a hacer este caritativo experimento y ya tenía puesta la mano en el puño del estoque cuando se abrieron de nuevo los ojos de Monsoreau.

Este accidente produjo un efecto opuesto al del primero. Remigio se levantó como movido por un resorte, y un sudor frío inundó su frente.

Los ojos del muerto permanecieron abiertos.

-No está muerto -exclamó Remigio-, no está muerto: ¡vaya una situación difícil!

Entonces le ocurrió naturalmente un pensamiento:

-No está muerto -dijo-, es verdad, pero si le

mato, lo estará.

Y miró a Monsoreau, el cual le contemplaba también como espantado, de modo que no parecía sino que leía en su alma la clase de intenciones que abrigaba.

-Desechemos -dijo Remigio al fin-, desechemos ese horrible pensamiento. Dios es testigo de que si estuviese ahí bueno y sano le mataría de buena gana; mas tal como está sin fuerzas y casi muerto, sería más que un crimen, sería una infamia.

-¡Socorro! -murmuró Monsoreau- ¡socorro! yo me muero.

-¡Pardiez! -exclamó Remigio-, la posición es crítica: soy médico y por consiguiente debo remediar los padecimientos de mis semejantes. Es cierto que Monsoreau es tan feo, que casi tendría yo el derecho de decir que no es mi semejante; pero, en resumen, es de la misma especie, *genus homo.* Vamos, olvidemos que me

llamo Remigio el Hauduin, olvidemos que soy amigo de M. de Bussy, y hagamos nuestro deber de médico.

-¡Socorro! -repitió el herido.

-Aquí estoy yo -exclamó Remigio.

-Buscadme un sacerdote, un médico.

-El médico aquí le tenéis, y tal vez os dispensará del sacerdote.

-¡Remigio! -repuso M. de Monsoreau-; ¿por qué casualidad?...

Como se ve, M. de Monsoreau conservaba hasta en su agonía su carácter desconfiado.

Remigio comprendió el sentido de la pregunta; aquel bosque no era el camino para ninguna parte y no se podía ir a él sin objeto determinado. La pregunta era, pues, muy natural.

-¿Cómo os encontráis aquí? -preguntó otra vez Monsoreau, a quien los celos daban alguna fuerza.

-¡Pardiez! -respondió Remigio-, porque a

una legua de este sitio he hallado a M. de San Lucas.

-¡Ah, mi matador! -murmuró Monsoreau temblando de dolor y de cólera a la vez.

-Entonces me dijo: Remigio, corred y en el punto llamado el antiguo bosque, hallaréis a un hombre muerto.

-¡Muerto! -repitió Monsoreau.

-Él así lo creía: por eso no hay que culparle; conque vine, os vi, y os hallé vencido.

-Ahora decidme francamente: habláis con un hombre: ¿estoy herido de muerte?

-¡Diablo! -dijo Remigio-, difícil es responderos en este momento; sin embargo, veremos.

Ya dijimos que la conciencia del médico había sido más poderosa que el afecto del amigo. Remigio se acercó a Monsoreau y con todas las precauciones del caso le quitó la capa, la ropilla y la camisa.

La espada había penetrado por debajo de la

tetilla derecha entre la sexta y séptima costilla.

-¡Hum! -murmuró Remigio- ¿os duele mucho?

-El pecho no, pero la espalda sí

-¡Ah! -exclamó Remigio-, ¿y en qué parte del cuerpo os duele?

-Debajo del homoplato.

-La espada habrá encontrado algún hueso -dijo Remigio-, y de eso provendrá el dolor.

Y miró donde Monsoreau le indicaba.

-No -dijo-, me equivoqué, la espada no ha encontrado hueso; ha entrado lo mismo que ha salido. ¡Diablo! ¡qué valiente estocada, señor conde! Da gusto curar las heridas de M. de San Lucas; estáis atravesado de parte a parte, M. de Monsoreau.

-Eso es -dijo-, síncope, pulso pequeño, no cabe duda-. Tocóle las manos y las piernas: frío en los extremos. Aplicó el oído al pecho; ausencia de ruido respiratorio. Dióle unos cuantos

golpecitos: sonido mate. ¡Diablo, diablo! la viudez de madame de Monsoreau podría ser simplemente una cuestión de cronología.

En aquel momento humedeció los labios del herido una leve espuma rojiza y rutilante.

Remigio sacó del bolsillo un estuche y del estuche una lanceta; luego hizo de la camisa del herido una venda y le comprimió con ella el brazo.

-Vamos a ver -dijo-; si circula la sangre, podrá muy bien ser que madame de Monsoreau no se quede viuda; mas si no circula...

-¡Ah, ah! circula, ¡pardiez! Perdonad, mi querido M. de Bussy, perdonad, soy médico antes que todo.

La sangre, en efecto, después de haber, por decirlo así, vacilado un instante, acababa de saltar de la vena; casi al mismo tiempo el enfermo respiró y abrió los ojos.

- ¡Ah! -dijo-, creía que todo había acabado

para mí.

-Todavía no, caballero, todavía no, y aun es posible...

-¿Que escape de ésta?

-Sí, ¡pardiez! más cerremos primero la herida: aguardad, no respiréis. La naturaleza os está curando en este momento interiormente así como os curo por lo exterior; yo os pongo un aparato y ella forma un coágulo, yo hago correr la sangre y ella la detiene. ¡Ah! Gran médico es la Naturaleza. Aguardad, os limpiaré los labios.

-Antes -dijo el herido- he echado mucha sangre por la boca.

-Pues ya veis -dijo Remigio-, que se ha contenido la hemorragia. Bueno, esto va bien, es decir, tanto peor.

-¿Cómo tanto peor?

-Tanto mejor para vos, mas yo bien sé lo que me digo al decir tanto peor. Señor conde, temo que he de tener la satisfacción de curaros.

-¿Teméis?

-Yo me entiendo.

-¿Creéis que lograré curarme?

-¡Ah!

-Sois un médico extraño, M. Remigio.

-¿Qué os importa con tal que os cure?... Ve-

remos ahora qué tal.

Remigio acababa de detener la sangría y se

levantó.

-¿Me abandonáis? -preguntó el conde.

-Habláis demasiado, señor conde, y eso no

os conviene. Sin embargo, acaso debería acon-

sejaron que gritaseis.

-No comprendo lo que decís.

-Por fortuna ya os he hecho la primera cura.

-Pero...

-Quiero decir que ahora iré a buscar refuer-

zos.

-Y mientras tanto, ¿qué debo hacer yo?

Permaneced tranquilo, no os mováis, respi-

rad con mucho cuidado, tratad de no toser para que pueda formarse fácilmente el coágulo.

¿Cuál es la habitación más inmediata?

-El castillo de Meridor.

-¿Cuál es el camino? -preguntó Remigio fingiendo ignorarlo.

-Saltad la tapia y os hallaréis en el parque, o si no seguidla y podréis entrar por la verja.

-Voy corriendo.

-¡Gracias, hombre generoso! -dijo Monsoreau.

-Si supieses hasta qué punto lo soy -murmuró Remigio-, mejor me las daríais.

Y volviendo a montar a caballo se encaminó a galope al castillo, donde llegó al cabo de cinco minutos.

Los habitantes de Meridor corrían de una parte a otra registrando las matas y los sitios más retirados, sin poder hallar aquel donde yacía el cuerpo de su amo, pues San Lucas, para

ganar tiempo, había dado señas falsas.

Remigio cayó sobre ellos como un meteoro y les llevó consigo.

Tanto era su ardor, y tanta su actividad, que madame de Monsoreau no pudo menos de mirarle sorprendida.

Un pensamiento secreto, recóndito, vino entonces a turbar por un momento la angelical pureza de su alma.

-¡Ah! yo le creía amigo de M. de Bussy - balbuceó, mientras Remigio se alejaba llevándose angarillas, hilas, agua fresca, y en fin, todo lo que podía necesitar en aquellas circunstancias.

Esculapio mismo no habría hecho más con sus divinas alas.

LXIX. LA SORPRESA DEL DUQUE DE ANJOU

Tan pronto como terminó la conversación entre el duque de Anjou y su madre, se apresu-

ró el primero a buscar a Bussy para saber la causa del increíble cambio que se había verificado en sus opiniones.

Encontrábase Bussy en su cuarto leyendo por la quinta vez la carta de San Lucas, de la cuál cada línea le ofrecía un sentido más agradable. El gentilhombre recibió al príncipe con alegre sonrisa.

-¡Cómo, monseñor! -exclamó-, ¡Vuestra Alteza se digna tomarse la molestia de venir a mi cuarto!

-Sí, ¡pardiez! -repuso el duque-, y vengo a pedirte una explicación.

-¿A mí?

-Sí, a ti.

-Decid, monseñor.

-¿Cómo es -dijo el duque- que después de haberme aconsejado que me amarrase de pies a cabeza contra las sugestiones de mi madre y que sostuviese el ataque con valor, me has

mandado hacer las paces, cuando nos hallábamos en lo más fuerte de la lucha y cuando todos los golpes venían a caer sobre mí?

-Os di aquellos consejos, monseñor, porque ignoraba las intenciones que abrigaba Su Majestad la reina madre; pero ahora que ha venido para la mayor gloria y fortuna de Su Alteza...

-¿Para mayor gloria y fortuna? ¿cómo entiendes tú eso?

-Indudablemente -repuso Bussy-, ¿qué quiere Vuestra Alteza? Triunfar de sus enemigos, ¿no es eso? Porque no creo, como suponen ciertas personas que penséis en ser el rey de Francia.

El duque miró disimuladamente a Bussy.

-Algunos os lo aconsejarían tal vez, monseñor -exclamó el joven-, pero esos, creedme, son vuestros más crueles enemigos. Si se obstinan en daros consejos y no sabéis cómo libraros de ellos, enviádmelos a mí, yo les convenceré de

que no tienen razón.

El duque hizo un gesto.

-Además -prosiguió Bussy-, examinad vuestra situación, monseñor, ¿tenéis cien mil hombres, diez mil libras, alianzas en el extranjero, y además voluntad de hacer la guerra a vuestro soberano?

-Mi soberano me la ha hecho a mí -repuso el duque.

-¡Ah! si lo tomáis por ese lado, tenéis razón, declaraos, haceos coronar y tomad el título de rey de Francia; no deseo más que veros subir, puesto que subiendo vos, subiré yo.

-¿Quién te habla de ser rey de Francia? -repuso el duque en tono áspero-; estáis discutiendo una cuestión, que nunca he propuesto a nadie, ni aun a mí mismo.

-Entonces no hay más que hablar, monseñor, y pues que estamos conformes en el punto principal, no hay cuestión entre nosotros.

-¿Estamos de acuerdo?

-Al menos así parece. Haced que os den una compañía de guardias y quinientas mil libras; antes de firmar la paz pedid subsidios a Anjou para hacer la guerra; luego que os lo den, os quedaréis con ellos. De este modo tendremos hombres, dinero, poder, e iremos... ¡Dios sabe dónde!

-Pero luego que me tengan en París a su disposición, se burlarán de mí -dijo el duque.

-¡Bah! no lo penséis, monseñor, ¡burlarse de vos! ¿y las ofertas que os ha hecho Su Majestad la reina madre?

-¡Me ha ofrecido tantas cosas!

-Ya entiendo, ¿y eso os tiene con cuidado?

-Sí.

-Pero mientras tanto os han ofrecido una compañía de guardias, aunque fuese mandada por mí

-Es cierto.

-Pues bien, aceptad, creedme, nombradme a mí capitán, nombrad a Antraguet y Livarot tenientes y a Ribeirac alférez, dejadnos a nosotros cuatro componer la compañía como mejor nos plazca, y con esta escolta veréis después si alguno se burla de vos, y si hasta el mismo rey no os saluda cuando paséis a su lado.

-¡Pardiez! -repuso el duque-, creo que tienes razón, Bussy; pensaré en ello.

-Pensadlo, monseñor.

-Sí, ¿pero qué era lo que leías tan atento cuando entré?

-¡Ah! ya se me olvidaba, una carta.

-¿Una carta?

-Que os interesa aún más que a mí: ¿dónde diablo tenía yo la cabeza que no os la he enseñado al momento?

-Será alguna gran noticia.

-Sí, monseñor, grande y triste: M. de Monsoreau ha muerto.

-¿Cómo? -exclamó el duque con un gesto de sorpresa tan marcado, que Bussy, que le miraba fijamente, creyó advertir en él la expresión de una alegría extravagante.

-Que el montero mayor ha muerto.

-¿Ha muerto M. de Monsoreau?

-¿De qué os extrañáis? ¿no somos todos mortales?

-Sí, pero no todos mueren así de repente.

-Eso, según; por ejemplo, el que muere de una estocada.

-Entonces, ¿le han muerto?

-Parece que sí.

-¿Y quién?

-San Lucas, por una disputa que con él tuvo.

-¡El bueno de San Lucas! -dijo el príncipe.

-¡Oiga! -dijo Bussy-, no creía que el bueno de San Lucas fuese tan amigo vuestro.

-Es amigo de mi hermano -dijo el duque-, y

desde que nos reconciliamos, los amigos de mi hermano lo son míos.

-Sea en buen hora, monseñor, celebro mucho oiros hablar así.

-Más, ¿estás seguro?

-¡Oh! tan seguro como es posible estarlo. Esta es la carta de San Lucas que me anuncia la muerte, y como yo soy también incrédulo he enviado a mi cirujano Remigio para que averigue el hecho y dé el pésame en mi nombre al anciano harón.

-¡Conque ha muerto! *¡sólo* ha muerto! -repitió el duque de Anjou.

La palabra *sólo* se le escapó lo mismo que las de *el bueno de San Lucas,* unas y otras eran terriblemente sinceras.

-No ha muerto solo -dijo Bussy-, pues que estaba allí San Lucas.

-¡Oh! yo me entiendo -dijo el duque. -

-¿Tal vez Vuestra Alteza había dado el en-

cargo a otro de matarle?

-¡Pardiez! no, ¿y tú?

-Yo no soy un príncipe tan excelso que pueda valerme de otro para esta clase de negocios, y me veo obligado a desempeñarlos por mí mismo.

-¡Ah, Monsoreau, Monsoreau! -dijo el príncipe con espantosa sonrisa.

-¡Hola! monseñor, no parece sino que odiabais al pobre conde.

-Yo no, tú eres el que le aborrecías.

-Y no tiene nada de extraño -dijo Bussy ruborizándose a pesar suyo-, ¿no fue causa dé que sufriese de parte de Vuestra Alteza una humillación a que no me hallaba acostumbrado?

-¿Todavía te acuerdas de eso?

-¡Oh! no, monseñor, ya lo veis, pero en cuanto a vos, siendo vuestro servidor, vuestro amigo, el *tu autem*...

-Vamos -exclamó el príncipe cortando la

conversación que iba tomando un giro poco agradable para él-, haz que ensillen los caballos, Bussy.

-¿Que ensillen los caballos? ¿para qué?

-Para ir a Meridor: quiero dar el pésame a madame Diana, además tenía proyectada esta visita hace mucho tiempo, y yo no sé cómo no la he hecho ya; pero no la demoraré más. ¡Pardiez! no sé a qué atribuirlo, pero hoy estoy para cumplimientos.

-¡Pardiez! -dijo Bussy interiormente-, ahora que Monsoreau ha muerto, y que ya no puede vender su mujer al duque, no importa que la vea, pues yo solo basto para defenderla en caso preciso.

Vamos, ya que se me ofrece ocasión de verla, aprovechémosla.

Y salió para mandar disponer los caballos.

Un cuarto de hora más tarde, mientras que Catalina dormía o fingía dormir para reponerse

de las fatigas del viaje, el príncipe, Bussy y diez gentileshombres, montados en buenos caballos, se encaminaban a Meridor con la alegría que el buen tiempo, la florida hierba y la joventud inspiran siempre a hombres y animales.

Al aspecto de aquella espléndida cabalgata el portero del castillo se adelantó hasta el foso y preguntó el nombre del que iba a visitar a su amo.

-¡El duque de Anjou! -gritó el príncipe.

Al instante el portero tocó una corneta y al toque acudieron todos los criados al puente levadizo.

Pronto se observó el movimiento de muchas personas que corrían por los aposentos, galerías y vestíbulos; abriéronse las ventanas de las torrecillas, oyóse un ruido metálico y el anciano barón se presentó llevando en la mano las llaves del castillo.

-Es increíble cuán poco sentida ha sido aquí

la muerte de M. de Monsoreau -exclamó el duque-; no veo ningún semblante triste.

En aquel instante apareció una mujer en el vestíbulo.

-¡Ah! allí está la hermosa Diana, -murmuró el duque-: ¿la ves, Bussy? ¿la ves?

-Ciertamente que la veo, monseñor -dijo el joven, y añadió por lo bajo-: pero no veo a Remigio.

Diana salía efectivamente de la casa; pero inmediatamente detrás salían unas angarillas en las cuales se hacía llevar M. de Monsoreau. El montero mayor, echado en ellas, dirigía a todas partes miradas centelleantes por efecto de la fiebre o de los celos y en aquella postura se parecía más a un sultán de las Indias en su palanquín, que a un muerto en su fúnebre lecho.

-¡Hola! ¿qué es esto? -exclamó el duque dirigiéndose a Bussy, el cual se quedó más blanco que el pañuelo con que intentaba ocultar su

emoción.

-¡Viva Su Alteza el duque de Anjou! -gritó Monsoreau haciendo un violento esfuerzo para levantar una mano al aire.

-¡Poco a poco! -exclamó una voz detrás de él-, que vais a romper el coágulo.

Era Remigio que cumpliendo con el deber de su profesión hacía al herido aquel prudente encargo.

Entre cortesanos no dura mucho la sorpresa, al menos en los semblantes: el duque de Anjou hizo un ademán para reemplazar la expresión del suyo con una sonrisa.

-¡Oh, querido conde! -exclamó-, ¡qué feliz sorpresa! ¿creeréis que nos han dicho que habíais muerto?

-Venid, monseñor -repuso el herido-, venid a que os bese las manos. A Dios gracias, no solamente no he muerto, sino que espero curarme para serviros con más ardor y fidelidad que

nunca.

Tocante a Bussy, que no era príncipe ni marido, es decir, que no pertenecía a ninguna de las dos clases en que el disimulo es de primera necesidad, sentía correr por sus sienes un sudor frío, y no osaba mirar a Diana. Le era insoportable ver tan cerca de su poseedor aquel tesoro, dos veces perdido para él.

-Y vos, M. de Bussy -dijo Monsoreau-, contad con mi gratitud, pues casi puedo decir que os debo la vida.

-¿A mí? -dijo el joven creyendo que el herido se chanceaba.

-Sin duda, indirectamente, mas no por eso es menor mi gratitud, pues vuestro médico ha sido mi salvador. Miradle -dijo mostrando a Remigio que desesperado levantaba los brazos al cielo y habría querido esconderse en las entrañas de la tierra-; miradle, a él deben mis amigos el poseerme todavía.

Y a pesar de las señas que le hacía el pobre doctor para que guardase silencio, señas que el herido tomaba por precauciones higiénicas, contó enfáticamente el esmero, la habilidad y la solicitud con que Remigio le había asistido.

El duque frunció el ceño: Bussy miró a Remigio con una expresión terrible.

El pobre joven, oculto detrás de Monsoreau, se contentó con responder con un gesto, que evidentemente quería decir:

-¿Qué culpa tengo yo?

-Por lo demás -prosiguió Monsoreau-, he sabido que Remigio os halló un día moribundo como me ha hallado a mí: éste es un lazo de amistad entre nosotros; contad con la mía, M. de Bussy: cuando Monsoreau ama, es con todo su corazón, lo mismo que cuando odia.

Bussy creyó observar que al decir estas últimas palabras los ojos del conde habían despedido un resplandor siniestro fijándose por un

instante en el duque de Anjou.

El duque no vio nada.

-Vamos -dijo apeándose y ofreciendo la mano a Diana-, dignaos, bella Diana, hacernos los honores de este castillo, que creíamos hallar desconsolado, y que al contrario sigue siendo mansión de bendiciones y de gozo. En cuanto a vos, Monsoreau, descansad; el reposo conviene mucho a los heridos.

-Monseñor -repuso el condeno se ha de decir que habéis venido a mi casa y que viviendo yo, os ha hecho otro los honores de ella. Mis criados me llevarán, y os acompañarán adonde quiera que vayáis.

En un principio pareció que el duque había adivinado el pensamiento de Monsoreau, porque soltó la mano de Diana.

Monsoreau respiró.

-Acercáos a ella -dijo Remigio al oído de Bussy.

Bussy se aproximó a Diana y Monsoreau se sonrió: Bussy tomó la mano de Diana y Monsoreau se sonrió también.

-¡Qué mudanza, señor conde! -dijo Diana en voz baja.

-¡Ah! -murmuró Bussy-, ¿por qué no será mayor?

Excusado es decir que el anciano barón desplegó para con el príncipe y los gentilhombres de su séquito toda la ostentación de su patriarcal hospitalidad.

LXX. CONTINUACIÓN

Bussy no se apartaba de Diana: la benévola sonrisa de Monsoreau le daba una libertad de que con gusto se aprovechaba. Los celosos que han hecho cruda guerra a sus rivales para conservar su tesoro, tienen el privilegio de no ser perdonados cuando los matuteros ponen el pie en sus tierras.

-Señora -decía Bussy a Diana-, soy en ver-

dad el hombre más infeliz. Al recibir la noticia de su muerte aconsejé al príncipe que volviera a París e hiciese paces con la reina; el príncipe consintió y ahora vos os quedáis en Anjou.

-¡Oh, Luis! -repuso la joven estrechando con el extremo de sus afilados dedos la mano de Bussy-, ¿os atrevéis a decir que somos desgraciados? Tantos hermosos días, tantos goces inefables cuyo recuerdo deleita mi corazón, ¿no significan nada para vos?

-No los he olvidado, señora, al contrario, los tengo demasiado presentes, y por lo mismo me considero desgraciado al pensar que voy a perder esa felicidad. ¿Sabéis lo que voy a padecer, señora, si me veo obligado a volver a París, a separarme cien leguas de vos? Mi corazón, Diana, se parte de dolor y mi ánimo desfallece.

Diana miró a Bussy: en las miradas del joven se veía la expresión de un dolor tan intenso, que madame de Monsoreau bajó la cabeza y

se puso a reflexionar.

Bussy esperó por un momento cruzando las manos y dirigiendo a Diana miradas de súplica.

-Pues bien -dijo al fin Diana-, vos iréis a París y yo también.

-¡Cómo! -exclamó el joven-, ¿dejaréis a M. de Monsoreau?

-Aunque yo le dejase -contestó Diana-, él no se separaría de mí; no, creedme, Luis, vale más que venga con nosotros.

-¿Herido como está? Imposible.

-Os digo que vendrá.

Y soltando el brazo de Bussy, se aproximó al príncipe, el cual a la sazón contestaba de muy mala gana a las preguntas de Monsoreau, cuya litera tenían rodeada Ribeirac, Antraguet y Livarot.

Al ver a Diana se tranquilizó el conde; pero aquel momento de tranquilidad no fue de larga duración; pasó como un rayo de sol entre dos

tempestades.

Diana se acercó al duque, y el conde frunció el entrecejo.

-Monseñor -dijo madame de Monsoreau con hechicera sonrisa-, dicen que Vuestra Alteza es muy aficionado a flores; venid, quiero enseñar a Vuestra Alteza las más hermosas de todo Anjou.

Francisco ofreció galantemente la mano a la joven.

-¿Adónde lleváis a mi esposa? -preguntó Monsoreau inquieto.

-Al invernadero.

-¡Ah! -dijo Monsoreau-; vamos allá, conducidme al invernadero.

-¡Pardiez! -dijo para sí Remigio-, ahora creo que he hecho bien en no matarle, porque a Dios gracias él se matará por sí solo.

Diana dirigió a Bussy una sonrisa significativa, y agregó en voz baja:

-Que no sospeche M. de Monsoreau que sa-
lís de Anjou, yo me encargo de lo demás.
-Bien -dijo Bussy.
Y se aproximó al príncipe mientras la litera
de Monsoreau daba la vuelta a un bosquecillo.
-Monseñor -le dijo-, no cometamos una in-
discreción; que no sepa Monsoreau que nos
hallamos a punto de hacer las paces.
-¿Por qué?
-Porque podría participar a la reina madre
nuestras intenciones, con el fin de congraciarse
con ella, y si la reina madre supiese nuestra
resolución, estaría menos dispuesta a la genero-
sidad con nosotros.
-Tienes razón -dijo el duque-; ¿tú desconfí-
as?...
-¿De Monsoreau? ¡Pardiez!
-Yo también, y pienso que se ha hecho el
muerto sólo para vendernos.
-No a fe; ha recibido una buena estocada en

el pecho, y aun ese imbécil de Remigio que le ha vuelto a la vida, le creyó muerto por un momento; preciso es que tenga el alma bien incrustada en el cuerpo.

Llegaron en esto al invernadero. Diana dirigía al duque sonrisas cada vez más seductoras. El príncipe entró el primero, después le siguió Diana; Monsoreau quiso entrar en seguida, pero entonces se vio que la litera no cabía por la puerta, la cual era bastante alta, pero no tenía más anchura que la precisa para que cupiesen por ella los tiestos más gruesos, y la litera de M. de Monsoreau era de seis pies de ancho.

A la vista de aquella puerta demasiado estrecha para su litera dio Monsoreau un rugido. Diana siguió adelante sin hacer caso de los gestos de su marido.

Bussy, comprendiendo la significación de la sonrisa de la joven, en cuyo corazón estaba

habituado a leer, permaneció al lado de Monsoreau diciéndole con mucha calma:

-Es inútil que os obstinéis, señor conde; esa puerta es muy estrecha y por más esfuerzos que hagáis no pasaréis por ella.

-¡Monseñor, monseñor! -gritaba Monsoreau-, salid de ese invernadero; mirad que hay en él flores extranjeras cuyas emanaciones son mortales.

Pero Francisco no le escuchaba, y a pesar de su habitual prudencia, hallando un placer en llevar a Diana de la mano, se internaba más y más en el invernadero.

Bussy predicaba la paciencia a Monsoreau; mas a despecho de sus exhortaciones, sucedió lo que debía suceder, esto es, que Monsoreau, no pudiendo sufrir, no el dolor físico, pues para sufrirlo parecía hombre de hierro, sino el dolor moral, se desmayó.

Recobrando entonces Remigio todos sus de-

rechos, mandó llevar al herido a su aposento.

-Y ahora -preguntó a Bussy-, ¿qué debo hacer?

-¡Pardiez! -dijo Bussy-, acaba ya la obra que con tan buenos auspicios has empezado; quédate a su lado y cúrale.

Después anunció a Diana el desmayo de su marido.

Diana se separó al momento del duque de Anjou y se dirigió al castillo.

-¿Lo hemos conseguido? -le preguntó Bussy cuando pasó a su lado.

-Me parece que sí -dijo .Diana-; pero de cualquier modo no os pongáis en marcha hasta haber visto a Gertrudis.

El duque no gustaba de flores sino cuando las visitaba con Diana; así fue, que tan pronto como ésta se separó de él, recordó las exhortaciones del conde y salió del invernadero.

Ribeirac, Livarot y Antraguet le siguieron.

Mientras tanto Diana se había reunido con su marido, a quien Remigio hacía respirar esencias.

El conde no tardó en abrir los ojos.

Su primer movimiento fue para incorporarse violentamente; pero Remigio lo había previsto y el conde estaba atado a la cama.

Dio otro rugido, pero se tranquilizó un poco cuando al mirar a todas partes vio a Diana de pie a su cabecera.

-¡Ah, sois vos, señora! -exclamó-, me alegro mucho de veros para deciros que esta noche tomaremos el camino de París.

Remigio se opuso enérgicamente a este proyecto mas el conde hizo del doctor el mismo caso que si no hubiese estado allí.

-¿Eso queréis, caballero? -dijo Diana con su calma habitual-. ¿Y vuestra herida?

-Señora -repuso el conde-, no hay herida que valga; mejor quiero morir que padecer; y

aunque me muera en el camino, nos iremos esta noche.

-Pues bien -dijo Diana-; hágase lo que vos queráis.

-Así me gusta; haced, pues, vuestros preparativos.

-Mis preparativos pronto están hechos; mas, ¿puedo saber cuál es la causa de esta súbita determinación?

-Os la diré, señora, cuando no tengáis flores que mostrar al príncipe o cuando yo mande abrir puertas bastante anchas para que mi litera entre por todas partes.

Diana se inclinó.

-Pero, señora -dijo Remigio.

-El señor conde lo quiere -contestó Diana-, mi obligación es obedecer.

Y Remigio creyó observar una seña de la joven para que cesase de hacer observaciones.

Guardó, pues, silencio, diciendo antes por

lo bajo:

-Ellos me le matarán, y luego se dirá que el médico tiene la culpa. El duque de Anjou se dispuso para volver a Angers, y después de haber manifestado al barón su gratitud por la acogida que le había hecho, montó a caballo con toda su comitiva.

Apareció Gertrudis en aquel instante, la cual iba a anunciar en alta voz al duque que su ama, por hallarse al lado del conde, no podía tener el honor de despedirse de Su Alteza, y en voz baja a Bussy que Diana salía para París aquella misma noche.

El duque y su séquito echaron a andar con dirección a Angers.

El duque tenía la facultad de crear o más bien de perfeccionar sus caprichos.

Diana cruel le ofendía y le hacía desear salir de Anjou; mas Diana risueña era para él un cebo.

Como ignoraba la resolución del montero mayor, no cesó en todo el camino de meditar sobre lo peligroso que sería acceder demasiado pronto a los deseos de la reina madre.

Bussy había previsto esto, y contaba ya con que el príncipe quería quedarse.

-Mira, Bussy -dijo el duque-, he reflexionado.

-Muy bien hecho monseñor, ¿y sobre qué? -preguntó el joven.

-He pensado que no conviene rendirme así, sin más combate, a los argumentos de mi madre: -Tenéis razón; la reina madre cree ya poseer los secretos de una política profunda.

-Mientras que pidiéndole ocho días de plazo, o más bien alargando las negociaciones ocho días, y dando algunas funciones a las cuales convidaremos a la nobleza, haremos ver a mi madre que somos poderosos.

-Muy bien pensado, monseñor; no obstante,

me parece...

-Me quedaré aquí otros ocho días-dijo el duque-, y en este tiempo arrancaré a mi madre nuevas condiciones; yo soy quien te lo digo

Bussy aparentó que meditaba profundamente.

-En efecto, monseñor -dijo-, arrancádselas si podéis; pero mirad no sea que en vez de aprovecharos os perjudique este retraso. El rey por ejemplo...

-¿Qué?

-El rey, no conociendo vuestras intenciones puede irritarse; Su Majestad es muy irascible.

-Tienes razón, sería preciso que yo pudiese enviar alguno para saludar al rey en mi nombre y anunciarle mi regreso: con esto ganaría los ocho días que necesito.

-Sí, pero ese alguno, corre gran riesgo -dijo Bussy.

El duque de Anjou se sonrió de un modo

siniestro.

-Si yo cambiase de resolución, ¿no es esto? -preguntó.

-Y cambiaréis de resolución, a pesar de la promesa hecha al rey, si vuestro interés lo exige, ¿no es así?

-¡Toma! -repuso el príncipe.

-Muy bien, y entonces vuestro embajador será encerrado en la Bastilla.

-Le daremos una carta y no sabrá lo que lleva.

-Al contrario -dijo Bussy-, decidle a lo que se arriesga y no le deis carta.

-Pero entonces nadie querrá encargarse de la comisión.

-Sí, conozco a uno.

-¿Quién?

-Yo, monseñor.

-¿Tú?

-Sí, yo, me agradan las negociaciones difíci-

les.

-Bussy, mi querido Bussy -exclamó el duque-, si haces eso puedes contar con mi eterno reconocimiento.

Bussy se sonrió, pues sabía hasta dónde llegaba la gratitud de que hablaba Su Alteza.

El duque creyó que vacilaba y agregó:

-Y te daré diez mil escudos para el viaje.

-Vamos, monseñor -dijo Bussy-, sed más generoso, esas cosas no se pagan.

-¿De modo que irás?

-Iré.

-¿A París?

-A París.

-¿Y cuándo?

-¡Psé! cuando os plazca.

-Cuanto antes mejor.

-¿Sí? pues bien.

-¿Qué?

-Marcharé esta noche si queréis, monseñor.

-¡Valiente Bussy, querido Bussy! ¿pero consientes de veras?

-¿Si consiento? -repuso Bussy-, bien sabéis, monseñor, que por servir a Vuestra Alteza sería yo capaz de arrojame al fuego. Está dicho, esta noche saldré para París; entretanto divertíos aquí y conseguidme de la reina madre alguna buena prebenda.

-Eso pienso, amigo mío.

-Quedad con Dios, monseñor.

-Adiós, Bussy: ¡ah! no eches en olvido una cosa.

-¿Cuál?

-El despedirte de mi madre.

-Tendré ese honor.

En efecto, Bussy, más ligero y alegre que un colegial que acaba de oír la hora destinada al recreo, hizo su visita a Catalina y se dispuso para marchar tan luego como le llegase de Meridor la señal de partida.

La señal se hizo aguardar hasta la mañana siguiente; Monsoreau se sintió tan débil a causa de la emoción que había experimentado que creyó preciso descansar aquella noche.

Pero a las siete de la mañana el mismo palafranero que había llevado la carta de San Lucas, llevó a Bussy la noticia de que el conde, a despecho de las lágrimas del anciano barón y de la oposición de Remigio, acababa de partir para París en una litera que escoltaban a caballo Diana, Remigio y Gertrudis.

Esta litera era conducida por ocho hombres, que de legua en legua debían relevarse.

Bussy, que no esperaba más que esta noticia, saltó sobre el caballo, ya ensillado desde el día antes y se puso en marcha.

LXXI. LA VUELTA A PARIS DE M. DE SAN LUCAS

Desde la partida de Catalina, el rey, a pesar de la confianza que tenía en el embajador en-

viado a Angers, sólo pensaba en armarse contra las tentativas de su hermano.

Conocía por experiencia el carácter de su familia: sabía todo lo que puede un pretendiente a la corona, es decir, el hombre nuevo, contra el poseedor legítimo, esto es, contra el hombre gastado y enojoso.

Divertíase, o más bien se aburría como Tiberio, en formar con Chicot listas de proscripción, donde inscribía por orden alfabético los nombres de todos aquellos que no se habían mostrado celosos partidarios suyos.

Estas listas iban siendo cada día más largas.

Y en la S y en la L, es decir, dos veces en vez de una, escribía todos los días el nombre de M. de San Lucas.

Por otra parte, la cólera de Enrique contra su antiguo favorito, estaba bien alimentada con los comentarios de la Corte, con las insinuaciones pérfidas de los cortesanos, y con las

amargas recriminaciones contra la fuga a Anjou del esposo de Juana de Cossé, fuga que se había convertido en traición desde el instante en que el mismo duque se había refugiado en la provincia.

En efecto, San Lucas, huyendo a Meridor, ¿no debía ser considerado como el aposentador del duque de Anjou, que iba a disponer alojamiento para el príncipe en Angers?

En medio de todo aquel desorden, de todo aquel barullo, era cosa de ver a Chicot, estimulando a los favoritos a afilar las dagas y las espadas para acuchillar con ellas los enemigos de Su Majestad Cristianísima.

La conducta del gascón era tanto más admirable cuanto que fingiendo hacer el papel de la mosca en el coche, representaba otro de mucha más importancia. Chicot, poco a poco, y por decirlo así, hombre por hombre, iba reuniendo un ejército para el servicio de su amo.

Un día, a la hora en que el rey estaba ce-
nando con la reina, cuya sociedad cultivaba
Enrique más asiduamente desde que la partida
de Francisco había provocado un peligro políti-
co, entró Chicot en el gabinete con las piernas y
brazos extendidos como las figuras de cartón a
que se hace bailar por medio de un hilo.

-¡Uf! -dijo.

-¿Qué hay? -interrogó el rey.

-M. de San Lucas -respondió Chicot.

-¿M. de San Lucas? -exclamó Su Majestad.

-Sí.

-¿Se halla en París?

-Sí.

-¿En el Louvre?

-Sí.

Al oír la última de estas tres afirmaciones,
se levantó el rey de la mesa trémulo y sofocado.
Hubiera sido difícil decir cuál era la sensa-
ción que más le dominaba.

-Perdonad -dijo a la reina, limpiándose el bigote y arrojando la servilleta sobre un sillón-; éstos son asuntos de Estado en que nada tienen que ver las mujeres.

-Sí -dijo Chicot ahuecando la voz-, son asuntos de Estado.

La reina quiso levantarse de la mesa para dejar en libertad a su marido.

-No, señora -dijo Enrique-, quedaos si os place, yo voy a entrar en mi gabinete.

-Señor -repuso la reina con el tierno interés que siempre manifestó a su ingrato esposo-, no os irritéis, yo os lo suplico.

-Dios lo quiera -respondió Enrique, sin notar el aire burlón conque Chicot se retorcía el bigote.

El rey salió con presteza del cuarto seguido de Chicot.

Luego que estuvo fuera preguntó con voz trémula:

-¿Qué viene a hacer aquí ese traidor?

¿Quién sabe? -dijo Chicot.

-Estoy seguro de que viene en clase de diputado de la provincia de Anjou. Viene como embajador de mi hermano, porque de este modo se forman las rebeliones: son como aguas turbias y fangosas en que los sublevados pescan toda clase de beneficios, sórdidos, es verdad, pero ventajosos, y que de provisionales y precarios se convierten poco a poco en fijos e inamovibles. Este ha previsto la rebelión y se ha hecho dar un salvoconducto para venir a insultarme.

-¿Quién sabe? -dijo Chicot.

-El rey miró al gascón como extrañando su laconismo. -También puede ser -añadió, sin dejar de marchar por la galería con pasos desiguales que demostraban claramente su agitación-, también puede ser que venga a pedirme los bienes, cuyas rentas le tengo embargadas, lo cual es quizás un abuso, porque al fin no ha

cometido un crimen calificado, ¿eh?

-¿Quién sabe? -respondió Chicot.

-¡Hola! -dijo Enrique-, veo que repites constantemente la misma cosa como mi papagayo: ¡pardiez! tú me harás perder al fin la paciencia con tu eterno ¿quién sabe?

-¿Y tú crees que estás divertido con tus eternas preguntas?

-Contesta alguna cosa al menos.

-¿Y qué quieres que responda? ¿Me crees acaso el Hado de los antiguos, o el dios Júpiter, o el dios Apolo o la adivina Manto? Tú eres el que cansa mi paciencia con tus imbéciles suposiciones.

-¡M. Chicot! ...

-¿Qué hay, M. Enrique?

-Chicot, amigo mío, ¿estás viendo mi dolor y todavía me tratas así?

-No sientas dolor, ¡pardiez!

-Pero todo el mundo me es infiel.

-¿Quién sabe? ¡Voto al demonio! ¿Quién sabe?

Enrique, perdiéndose en conjeturas bajó a su gabinete, donde al oír la extraña noticia del regreso, de San Lucas, se habían reunido todos los dependientes principales del Louvre, entre los cuales o más bien a la cabeza de los cuales brillaba Crillon con los ojos chispeantes, encendidas las narices y erizado el bigote, como un perro de presa que se apercibe al combate. San Lucas estaba allí de pie en medio de aquellos hombres de rostro amenazador sintiendo hervir a su alrededor la cólera que llenaba todos los pechos, conservando a pesar de esto la mayor serenidad. ¡Cosa extraña!... Había llevado a su mujer y la había hecho sentar en un taburete junto a la balaustrada del lecho, mientras él se paseaba con la mano en la cadera mirando a los curiosos y a los insolentes del mismo modo que ellos le miraban. Juana, modes-

tamente cubierta con manto de camino, aguardaba con los ojos fijos en el suelo.

San Lucas, orgullosamente embozado en su capa, esperaba también, pero en actitud que parecía desear las provocaciones en vez de temerlas.

En fin, los concurrentes esperaban para insultarle a saber el objeto que le llevaba a la corte, en la cual todos le creían inútil, deseosos como estaban de repartirse los favores que un tiempo le había dispensado el rey.

Todos se hallaban, pues, en espectación cuando Enrique III se presentó.

El rey entró agitado y animándose a sí mismo: esta perpetua agitación compone la mayoría de las veces lo que se llama dignidad en los príncipes.

Apareció, pues, Enrique, seguido de Chicot, el cual había tomado la actitud digna y tranquila que hubiera debido tomar el rey de Francia, y

contemplaba el continente de San Lucas, que era lo primero que habría debido hacer Enrique.

-¡Ah, M. San Lucas! ¡vos aquí! -exclamó el monarca sin hacer caso de los demás circunstantes parecido en esto, a un toro de los que marchan derechos al bulto, sin que les llamen la atención las capas ni sus variados colores.

-Sí, señor -contestó sencilla y modestamente San Lucas, inclinándose con respeto.

Esta respuesta conmovió un poco al rey; el aire de tranquilidad y de respeto con que fue pronunciada comunicó a su ciego espíritu tan levemente los sentimientos de razón y mansedumbre que debe excitar tanto el respeto debido a los demás, como el cuidado deja dignidad propia, que prosiguió sin intervalo.

-Vuestra presencia en el Louvre me sorprende extraordinariamente.

Un sepulcral silencio sucedió a esta brutal

salida del rey.

Era como el silencio que reina en un campo cerrado en torno de dos adversarios que van a decidir una cuestión de suprema importancia.

San Lucas le rompió el primero.

-Señor -dijo con su elegancia habitual y sin mostrar turbación por el brusco ataque del rey-, a mí no me sorprende más que una cosa, y es que Vuestra Majestad no me esperase, hallándose en las circunstancias en que se halla.

-¿Qué quiere decir eso? -replicó Enrique con majestuoso orgullo y levantando la cabeza, a la cual sabía dar en las grandes ocasiones una incomparable expresión de dignidad.

-Señor -prosiguió San Lucas-, Vuestra Majestad corre un peligro.

-¡Un peligro! -exclamaron los concurrentes.

-Sí, señores, un peligro grande, verdadero, un peligro en el cual el rey necesita el auxilio de todos los que le son adictos, desde el más pe-

queño, hasta el más grande, y convencido yo de que en un caso como el presente no hay auxilio que sea de despreciar, vengo a ofrecer a los pies de mi rey mis humildes servicios.

-¡Hola! -dijo Chicot-, ¿ves, hijo mío, como yo tenía razón en decir; quién sabe?

Enrique III guardó silencio por algunos momentos: miró a los concurrentes, los concurrentes parecían conmovidos y ofendidos, pero Enrique distinguió al momento en sus miradas, indicios de la envidia que hervía en la mayor parte de los corazones.

De aquí dedujo que San Lucas había hecho alguna cosa que era incapaz de hacer la mayoría de la asamblea; es decir, alguna cosa buena.

No obstante, no quiso darse tan pronto por vencido.

-Caballero -respondió-, no habéis hecho más que cumplir con vuestra obligación, porque nos debéis vuestros servicios.

-Los servicios de todos los súbditos del rey, son del rey; ya lo sé, señor -repuso San Lucas-; pero en los tiempos que corren hay muchos que se olvidan de pagar sus deudas; yo, señor, vengo a pagar la mía, feliz si Vuestra Majestad tiene a bien seguir contándome en el número de sus deudores.

Enrique desarmado con aquella dulzura y humildad tan perseverante, dio un paso hacia San Lucas, diciendo:

-¿Conque regresáis sin más motivo que el que decís, sin traer misión alguna, sin salvoconducto?

-Señor -dijo con presteza San Lucas reconociendo en el tono con que el rey le hablaba, que ya su amo estaba satisfecho-; vuelvo únicamente por volver, y esto a toda prisa. Ahora Vuestra Majestad puede mandarme encerrar en la Bastilla o arcabucear antes de una hora o de dos: yo he cumplido con mi deber, señor, la

provincia de Anjou se halla en combustión, la Turena se dispone para sublevarse, la Guiena se prepara para auxiliar la sublevación: el señor duque de Anjou tiene en agitación las provincias de Occidente y del Mediodía de Francia.

-Y en esa tarea está bien auxiliado, ¿no es cierto? -exclamó el rey.

-Señor -dijo San Lucas comprendiendo el sentido de las palabras reales-, ni los consejos ni los avisos pueden detener al duque, y M. de Bussy, con toda su fuerza, no puede librar al príncipe del terror que Vuestra Majestad le ha inspirado.

-¡Hola! -dijo Enrique-, ¿conque tiembla el rebelde?

Y se sonrió de manera que el bigote ocultase la sonrisa.

-¡Pardiez! -dijo Chicot pasándose la mano por la barba-, éste es un hombre que lo entiende.

Y dando al rey con el codo.

-Apártate un poco, Enrique -exclamó-, que voy a dar un apretón de mano a M. de San Lucas.

La acción de Chicot animó al rey, el cual, después de haber dejado al gascón que felicitase a San Lucas, se dirigió lentamente hacia su antiguo amigo y le puso la mano en el hombro, diciendo:

-Bien venido, San Lucas.

-¡Ah, señor! -exclamó San Lucas besando la mano al rey-, al fin vuelvo a hallar a mi querido amo.

-Sí; pero yo no te encuentro a ti -dijo el rey-, o al menos te hallo tan flaco, mi pobre San Lucas, que no te habría conocido viéndote pasar.

A estas palabras respondió una voz femenil.

-Señor -dijo esta voz-, es del pesar de haber desagradado a Vuestra Majestad.

Aunque la voz era respetuosa y dulce, Enri-

que se estremeció, pues para él era tan antipáti-
ca como para Augusto el ruido de los truenos.
-¡Madame de San Lucas! -murmuró-. ¡Ah!
es cierto, ya se me había olvidado.
Juana se arrodilló a sus pies.
-Levantaos, señora -dijo el rey- yo aprecio a
todos los que llevan el nombre de San Lucas.
Juana asió la mano del rey y se la llevó a los
labios.
Enrique la retiró con presteza.
-Id -dijo Chicot a la joven-, id a convertir al
rey, ¡pardiez! sois bastante hermosa para ello.
Pero Enrique volvió la espalda a Juana, y
pasando su brazo alrededor del cuello de San
Lucas se le llevó a sus habitaciones diciendo:
-¿Conque está hecha la paz entre nosotros,
San Lucas?
-Decid, señor -repuso el cortesano- que está
concedido el perdón.
-Señora -dijo Chicot a Juana que se hallaba

indecisa-, una buena esposa no debe dejar a su marido, sobre todo cuando está en peligro.

E hizo entrar a Juana detrás del rey y de San Lucas.

LXXII. DOS ANTIGUOS PERSONAJES

Hay un personaje en esta historia o mejor dicho, hay dos personajes, de cuyas acciones y gestos tiene derecho el lector para pedirnos cuenta.

Con la humildad de un autor de prólogo antiguo nos apresuramos a satisfacer esta curiosidad cuya importancia no nos es desconocida.

Trátase en primer término de un corpulento fraile de espesas cejas, de labios rojos y carnosos, de anchas manos y dilatados hombros, cuyo cuello se disminuye todos los días a medida que alcanzan mayor desarrollo su pecho y sus mejillas.

Trátase en segundo lugar de un burro grande y fuerte, cuyos costados se van redondeando

con gracia.

El fraile se va asemejando cada día más a un tonel sostenido por dos vigas.

El asno se parece ya a una cuna de niño sobre cuatro ruedas.

El uno habita una celda del convento de Santa Genoveva, en la cual le visitan todas las gracias del Señor.

El otro habita la cuadra del mismo convento y tiene delante de sí un pesebre constantemente lleno.

El uno responde al nombre de Gorenflot.

El otro debería responder al nombre de Panurgo.

Ambos disfrutan, al menos por ahora, del destino más próspero que han podido soñar jamás un burro y un fraile. Los padres de Santa Genoveva obsequian grandemente a su ilustre compañero, y los fámulos del convento, parecidos a las divinidades de tercer orden que cui-

daban del águila de Júpiter, del pavo real de Juno y de las palomas de Venus, ceban a Panurgo en honor de su amo.

La cocina del convento humea constantemente; el vino de las bodegas más famosas de Borgoña llena los más anchos vasos.

Cuando llega un misionero que ha recorrido lejanos países para propagar la fe; cuando llega un emisario secreto del Papa con indulgencias de parte de Su Santidad, le enseñan al padre Gorenflot, modelo de la Iglesia predicadora y militante que maneja la retórica como San Lucas, y la espada como San Pablo, le muestran al padre Gorenflot en toda su gloria, es decir, en un festín; en la mesa se ha hecho una escotadura para el vientre sagrado de Gorenflot, y los padres manifiestan un noble orgullo cuando hacen ver al santo viajero que Gorenflot devora él solo la ración de ocho de los más robustos frailes del convento.

Y, cuando el recién llegado ha contemplado piadosamente este prodigio:

-¡Qué admirable naturaleza! -dice el prior cruzando las manos y levantando los ojos al cielo-, el padre Gorenflot es gastrónomo y cultiva las artes; mirad cómo come. ¡Ah! ¡si le hubierais oído el sermón que pronunció una noche, en el cual ofrecía sacrificarse por el triunfo de la fe! Tiene una boca que habla como la de San Juan Crisóstomo, y que engulle como la de Gargantúa.

No obstante, a veces, en medio de este esplendor, se anubla la frente de Gorenflot; las gallinas del Mans humean inútilmente delante de sus anchas narices: las pequeñas ostras de Flandes, de las cuales se come un millar jugando, bostezan y se agitan en sus conchas nacaradas; las botellas de diferentes formas permanecen intactas aunque destapadas.

Gorenflot está triste, Gorenflot no tiene ape-

tito, Gorenflot medita. Entonces corre la voz en el convento de que el digno padre se halla en éxtasis como San Francisco o como Santa Teresa y crece la admiración que a sus compañeros inspira.

Para ellos no es un fraile, es un santo, es un semidiós, y algunos llegan hasta decir que es un dios completo.

-¡Chiss! -murmuran-; no interrumpáis la meditación del padre Gorenflot.

Y todos se apartan con respeto.

Sólo el prior aguarda el momento en que el padre Gorenflot da señales de vida y entonces se acerca a él, le toma la mano con afabilidad y le interroga con respeto.

Gorenflot alza la cabeza y mira al prior con ojos desencajados, como si viniera de otro mundo.

-¿Qué hacías, mi digno hermano? -le interrogó el prior.

-¿Yo? -dice Gorenflot.

-Sí, vos, algo estabais haciendo.

-Estaba componiendo un sermón.

-¿Del género de aquel que tan enérgicamente pronunciasteis la noche de la Santa Liga?

Cada vez que le hablan de este sermón, Gorenflot deplora amargamente su enfermedad.

-Sí -dice exhalando un suspiro-, del mismo género, ¡qué desgracia no haber escrito aquél!

-Un hombre como vos, no tiene necesidad de escribir, padre Gorenflot: habla por inspiración, abre la boca, y como la palabra de Dios se desprende de sus labios.

-¿Lo creéis? -preguntó Gorenflot.

-Felices los que dudan -respondió el prior.

En efecto, de cuando en cuando Gorenflot, conociendo las obligaciones de su posición y la precisión de no desmentir sus antecedentes, se pone a meditar un sermón.

-¡Qué sirven Marco Tulio, ni César, ni San

Gregorio, ni San Agustín, ni San jerónimo, ni Tertuliano! La regeneración de la elocuencia sagrada va a empezar en Gorenflot: *rerum novus ordo nascitur*.

De cuando en cuando también, al fin de sus comidas o en medio de sus éxtasis, se levanta Gorenflot y como impulsado por un brazo invisible se iba en derechura a la cuadra, se pone a contemplar amorosamente a Panurgo, el cual rebuzna de placer, y después le pasa la mano Por el abundante pelo, bajo el cual desaparecen por completo sus gruesos dedos: entonces Panurgo en el colmo de su felicidad, no contento con rebuznar, se tiende panza arriba.

El Prior y tres o cuatro dignatarios del convento escoltan ordinariamente al padre Gorenflot y hacen mil caricias a Panurgo: uno le ofrece bollos, otro bizcochos, otro macarrones como antiguamente los que querían tener propicio a Plutón obsequiaban con tortas de miel al Can-

cerbero.

Panurgo se deja obsequiar; tiene el carácter acomodaticio: por otra parte, no teniendo éxtasis, ni sermones que meditar, ni reputación que sostener, más que la terquedad, pereza y lujuria, ve que nada tiene que desear y se considera el más dichoso de los burros.

El prior le mira con enternecimiento; sencillo y manso, dice, la sencillez v la mansedumbre son las virtudes de los fuertes.

Gorenflot ha sabido que en latín se dice *ita* para decir sí, esto le sirve extraordinariamente, pues a cuanto le preguntan responde *ita* con una fatuidad que nunca deja de producir su efecto.

Animado por estas respuestas siempre afirmativas, el prior le dice en ocasiones:

-Trabajáis mucho, padre Gorenflot, y eso os pone triste.

Gorenflot responde al prior, como Chicot a

Enrique III.

-¿Quién sabe?

-Quizás nuestros alimentos son un poco groseros -añade el prior-; ¿deseáis que nombremos otro padre cocinero? Ya sabéis, padre Gorenflot que *quoedam saturationes minus sucedunt.*

-*Ita* -contesta eternamente Gorenflot acariciando más y más su burro.

-Mucho acariciáis a Panurgo, padre Gorenflot, ¿os vuelve la manía de viajar?

-¡Oh! -responde entonces Gorenflot exhalando un suspiro.

Cierto que éste es el recuerdo que atormentaba a Gorenflot. Gorenflot, que al principio creyó una gran desgracia su destierro del convento, ha descubierto en el destierro goces infinitos que no conocía, y cuyo origen es la libertad. En medio de su felicidad un gusano le roe el corazón; es el deseo de la libertad: la libertad

con Chicot, alegre compañero, con Chicot, a quien ama sin saber por qué, tal vez porque de cuando en cuando le sacude.

-¡Ah! -dice con timidez un fraile que ha estado observando la expresión de la fisonomía de Gorenflot-, creo que tenéis razón, padre prior, y que su reverencia se cansa de estar en el convento.

-Cansarme precisamente no -repuso Gorenflot-, pero conozco que he nacido para una vida activa, de luchas, para la política de las plazas, para predicar sobre guardacantones.

Y mientras dice estas palabras, sus ojos se animan: piensa en las tortillas de Chicot, en el vino de Anjou de maese Claudio Bonhomet y en la sala baja del *Cuerno de la Abundancia.*

Desde el día del alistamiento de la Liga, o mejor dicho desde el siguiente por la mañana, no le han dejado salir del convento; desde que el rey se ha hecho jefe de la Unión, los coligados

proceden con doble mayor prudencia.

Gorenflot es tan sencillo en sus hábitos, que nunca ha pensado en aprovecharse de su posición para hacerse abrir las puertas. Le han dicho: padre está prohibido salir, y no ha salido. Nadie sospecha el deseo interior que transforma para él en desgracia la felicidad del convento.

Así, viendo que su tristeza se aumentaba de día en día, el prior del convento le dice una mañana:

-Querido hermano Gorenflot, nadie debe combatir su vocación; la vuestra es militar por Cristo; id, pues, a cumplir la misión que el Señor os ha encomendado; no os encargo otra cosa sino que cuidéis de vuestra preciosa vida y volváis para el gran día.

-¿Qué gran día? -pregunta Gorenflot absorto en su júbilo.

-El día del Corpus.

-*Ita* -exclama el fraile en tono inteligente-;
pero a fin de prepararme cristianamente a recibir limosnas, dadme algún dinero.
El prior se apresura a dar a Gorenflot una repleta bolsa, en la cual el fraile hunde su ancha mano.
-Ya veréis lo que traigo al convento -dice guardando en el profundo bolsillo de su hábito el dinero que acaba de tomar de la bolsa del prior.
-¿Tenéis preparado otro texto? -pregunta José Foulon.
-Sí, ciertamente.
-Confiádmelo.
-De buena gana, pero a vos solo.
El prior se aproxima a Gorenflot y presta atención.
-Escuchad.
-Ya escucho.
-El látigo que azota el grano se azota a sí

mismo -dice Gorenflot.

-¡Oh, magnífico!; ¡Oh, sublime! -exclama el prior.

Y los concurrentes, participando por confianza del entusiasmo de su superior, repiten con él:

-¡Magnífico! ¡Sublime!

-Y ahora, padre, ¿estoy libre? -pregunta Gorenflot con humildad.

-Sí, hijo mío -responde el reverendo prior-, id, y caminad por la senda del Señor.

Gorenflot hace ensillar a Panurgo, sube sobre él con el auxilio de dos vigorosos frailes, y sale del convento a las siete de la tarde.

Esto acontecía en el día mismo en que San Lucas llegó de Meridor: las noticias que se recibían de Anjou tenían a todo París en conmoción.

Gorenflot, luego de haber seguido la calle de San Esteban acababa de torcer a la derecha,

cuando al llegar más allá de los Jacobinos sintió temblar a Panurgo: una mano vigorosa acababa de posarse sobre sus ancas.

-¿Quién va allá? -preguntó asustado.

-Amigo -contestó una voz que Gorenflot creyó conocer.

Buenas ganas tenía el fraile de volverse, pero del mismo modo que los marinos que siempre que se embarcan necesitan acostumbrar de nuevo los pies al movimiento del barco, así él, siempre que montaba sobre su asno necesitaba algún tiempo para encontrar el centro de gravedad.

-¿Qué queréis? -dijo.

-Tendréis la bondad, reverendo padre -repuso la voz-, de mostrarme el camino del *Cuerno de la Abundancia.*

-¡Pardiez! -exclamó Gorenflot gozoso en extremo-; es. M. Chicot en persona.

-Precisamente -respondió el gascón-; iba a

buscaros al convento cuando os vi salir; os seguí por algún tiempo sin decir nada, por no comprometerme, pero ahora que estamos solos ya no hay cuidado, ¿que tal, cogulla? ¡voto al diablo, lo que habéis enflaquecido!

-Y vos, M. Chicot, habéis engordado.

-Creo que nos adulamos mutuamente.

-¿Qué lleváis ahí, M. Chicot? -preguntó el fraile-; muy cargado parecéis.

-Es una pierna de gamo que he robado a Su Majestad -dijo el gascón-; nos la comeremos asada.

-¡Querido M. Chicot! -dijo el fraile-, ¿y en el otro brazo?

-Es un frasco de vino de Chipre que ha enviado a Su Majestad otro rey.

-Veamos -dijo Gorenflot.

-Este es el vino que más me agrada -dijo Chicot abriendo un poco la capa-, ¿y a vos padre?

-¡Oh! -exclamó Gorenflot viendo el frasco y la pierna del gamo y gallardeándose con tanto vigor sobre su cabalgadura que la hizo doblar las piernas-. ¡Oh, oh!

Y en un arrebato de alegría, levantó los brazos al cielo y con voz que hizo temblar a izquierda y a derecha las vidrieras de todas las casas, cantó acompañándole Panurgó con suaves rebuznos lo que sigue:

La música tiene encantos,
mas sólo al oído alegra,
las flores tienen perfumes
pero el olor no alimenta;
el cielo agrada a la vista,
¿mas quién a tocarlo llega?
sólo el vino, que sentirse,
beberse y tocarse pueda,
es preferible a las flores,
a música, cielo y tierra.

Era la primera vez que Gorenflot cantaba

desde que de regreso de su expedición había entrado en el convento.

LXXIII. ESCULAPIO Y MERCURIO

Dejemos a los dos amigos entrar en la hostería del *Cuerno de la Abundancia,* adonde Chicot, como es sabido, no llevaba nunca al fraile sino con intenciones cuya gravedad se hallaba éste muy lejos de sospechar, y volvamos a M. de Monsoreau que sigue en su litera el camino de Meridor a París, y a Bussy que salió de Angers con el propósito de tomar el mismo camino.

-No solamente es fácil a quien lleva un buen caballo alcanzar a las personas que van a pie, sino que corre el riesgo de adelantarlas.

-Así sucedió a Bussy.

Corrían los últimos días de mayo y el calor era grande, sobre todo al mediodía. Así fue que M. de Monsoreau mandó hacer alto en un bosquecillo que encontraron a un lado del camino,

y como deseaba que el duque de Anjou no supiese sino lo más tarde posible su salida de Meridor, puso gran cuidado que todas las personas de su séquito entrasen con él en la espesura del bosque para dejar pasar el mayor calor del sol. Llevaban un caballo cargado de provisiones y pudieron por tanto satisfacer el hambre sin pedir ayuda a nadie.

Entretanto pasó Bussy de largo.

Pero Bussy, como puede suponerse, iba preguntando a cuantos hallaba si habían visto una litera llevada por paisanos y escoltada por algunas personas a caballo.

Hasta la aldea de Durtal fue adquiriendo las noticias más positivas y satisfactorias, y seguro de que Diana le precedía puso su caballo al paso, alzándose sobre los estribos siempre que llegaba a alguna eminencia, a fin de divisar a lo lejos la reducida caravana en cuyo seguimiento iba. Mas, contra sus esperanzas, le faltaron de

improviso las noticias; los viajeros a quienes encontraba no habían visto a nadie, y al llegar a las primeras casas de Flecha se convenció que Diana y su marido en lugar de ir delante se habían quedado atrás.

Entonces se acordó del bosquecillo que había encontrado en el camino y conoció la causa de los relinchos de su caballo, que indudablemente había olfateado a los demás al pasar por aquel sitio.

Tomó al momento el partido de detenerse en el peor mesón de la calle, y después de haber cuidado de que a su caballo nada le faltase, juzgando que podría tener necesidad de valerse de su vigor y que le importaba más bien mirar por él que por sí mismo, se colocó cerca de una ventana teniendo cuidado de ocultarse detrás de un pedazo de tela que servía de cortina.

Lo que decidió a Bussy a elegir el peor mesón fue el haber observado que caía enfrente

del mejor del pueblo, y figurarse que Monsoreau se detendría en él.

Y no era desacertado este cálculo, porque a las cuatro de la tarde vio detenerse un correo a la puerta de la hostería.

Media hora después llegó la caravana.

Componíase ésta de cuatro personajes principales, el conde, la condesa, Remigio y Gertrudis, y de ocho personajes secundarios que conducían la litera y que se relevaban de legua en legua.

El correo llevaba el encargo de preparar los relevos, y como Monsoreau tenía demasiados celos para no ser generoso, aquel su modo de viajar, aunque extraño e inusitado, no hallaba dificultades ni sufría retraso alguno.

Los personajes principales entraron sucesivamente en la hostería; Diana se quedó la última y Bussy creyó observar que miraba inquieta a todas partes. Esta observación le inspiró la

idea de descubrirse, pero tuvo valor para contenerse y no cometer .una imprudencia que podía perderles.

Esperaba que por la noche saliera Remigio, o Diana se asomara a algún balcón; con esta esperanza cuando obscureció se embozó en la capa y se puso de centinela en la calle.

Así aguardó hasta las nueve; a las nueve salió el correo.

Cinco minutos después se acercaron ocho hombres a la puerta; cuatro de ellos entraron en la hostería.

-¡Hola! -exclamó Bussy-, ¿caminarán de noche? Sería una excelente idea.

En efecto, todas las circunstancias se reunían para dar probabilidades a esta suposición.

La noche era hermosa, el cielo se ostentaba tachonado de estrellas, y una de esas brisas que parecen el aliento de la tierra rejuvenecida, cruzaba el espacio cariñosa y perfumada.

La litera salió la primera. Luego salieron a caballo Diana, Remigio y Gertrudis.

Diana miró otra vez con atención a todas partes, pero en aquel momento la llamó el conde y se vio obligada a aproximarse a la litera.

Cuatro de los paisanos encendieron teas y se colocaron a los dos lados del camino.

-Bueno -dijo Bussy-, yo mismo que hubiese arreglado los detalles de esta marcha no podría haberlo hecho mejor.

Y volviendo a su mesón ensilló el caballo y echó a andar detrás de la comitiva.

Ya no era posible equivocar el camino o perder de vista a los viajeros, pues las luces indicaban claramente por dónde iban.

Monsoreau no dejaba que Diana se apartase de él un instante.

Hablaba con ella o más bien la reñía. Aquella visita al invernadero servía de pretexto a inagotables comentarios y a una multitud de

venenosas preguntas.

Remigio y Gertrudis se manifestaban resentidos uno de otro, o mejor dicho, Remigio iba pensativo y Gertrudis resentida.

La causa de aquel resentimiento era fácil de explicar. Remigio no veía ya la necesidad de enamorar a Gertrudis desde que Diana correspondía al amor de Bussy.

Marchaba, pues, la comitiva, los unos disputando, los otros ceñudos, cuando Bussy, que les seguía a lo lejos, para advertir a Remigio su llegada hizo sonar un silbato de plata con el cual acostumbraba llamar a los criados en su casa de la calle de Grenelle Saint Honoré.

El sonido de aquel silbato era tan agudo y vibrante, que se oía de un extremo a otro de la casa y ponía en movimiento a personas y animales.

Decimos a personas y animales, porque Bussy, como todos los hombres fuertes, se di-

vertía en adiestrar perros de presa, caballos indomables y halcones bravíos. Al sonido de aquel silbato se estremecían los perros en su perrera, los caballos en su caballeriza y los halcones en sus pértigas.

Remigio lo reconoció al momento; Diana se estremeció y miró al joven, el cual hizo una seña afirmativa.

Después pasó por su izquierda y le dijo en voz baja:

-Él es.

-¿Qué es eso? -interrogó Monsoreau-.

¿Quién os habla, señora?

-¿A mí? nadie.

-Sí tal; ha pasado una sombra a vuestro lado y he oído una voz.

-Esa voz -repuso Diana- es la de M. Remigio; ¿tenéis celos también de M. Remigio?

-No; pero me gusta oír hablar alto porque así me distraigo.

-Hay, no obstante, cosas que no se pueden decir delante del señor conde -interrumpió Gertrudis, acudiendo al auxilio de su ama.

-¿Por qué?

-Por dos motivos.

-¿Y cuáles son?

-El primero porque se pueden decir cosas que no interesen al señor conde, y el segundo, porque se pueden decir cosas que le interesen con exceso.

-¿Y de qué especie eran las cosas que M. Remigio acaba de decir a la señora?

-De las que interesan demasiado al señor conde.

-¿Qué os decía M. Remigio, señora? deseo saberlo.

Al siniestro resplandor de las luces, pudo entonces verse el semblante de Monsoreau, que se puso tan pálido como el de un cadáver.

Diana, inquieta y pensativa, guardaba silen-

cio.

-Atrás os aguarda -le dijo Remigio, con voz apenas inteligible-, acortad un poco el paso y os alcanzará.

Remigio habló en voz tan baja que Monsoreau sólo oyó un murmullo: hizo un esfuerzo, echó la cabeza atrás y vio a Diana que le seguía.

-Si hacéis otro movimiento como éste, señor conde -exclamó Remigio-, no respondo de que se detenga la hemorragia.

Diana había adquirido ya cierta audacia nacida del amor, el cual arrastra por lo general más allá de los límites regulares a toda mujer realmente apasionada: volvió, pues, la brida, y esperó.

En el mismo instante se apeó Remigio del caballo, cuya brida dio a Gertrudis, y se acercó a la litera para distraer la atención del enfermo.

-Veamos ese pulso -dijo-, apuesto a que tenéis fiebre.

Pocos segundos después se hallaba Bussy al lado de Diana.

Los dos jóvenes no tenían necedad de hablar para entenderse; por algunos instantes permanecieron suavemente abrazados.

Bussy fue el primero que rompió el silencio.

-Ya ves -dijo-, que adonde quiera que vas te sigo.

-¡Oh, cuán bellos serán mis días, Bussy, y cuán deliciosas mis noche sabiendo que tú estás cerca de mí!

-Más, durante el día nos verá.

-No, nos seguirás de lejos, y yo seré solamente la que te vea, querido Luis. A la vuelta de un camino, o en la cima de un montecillo, la pluma de tu sombrero, el embozo de tu capa o tu pañuelo flotante, todo me hablará en tu nombre, todo me dirá que me amas. Y cuando baje el día, y la azul neblina descienda a la llanura, me contemplaré dichosa, muy feliz, si veo

tu dulce sombra inclinarse para enviarme el beso de la noche.

-Sigue hablando, Diana, amada mía, tú no sabes cuánta armonía hallo en tu dulce voz.

-Y cuando caminemos de noche, lo cual sucederá con frecuencia, porque Remigio le ha dicho que el fresco es bueno para sus heridas, entonces, de vez en cuando, me quedaré atrás, podré estrecharte en mis brazos y con apretar tu mano te diré cuánto he pensado en ti durante el día.

-¡Oh, cuánto te amo! -murmuró Bussy.

-Creo -repuso Diana-, que nuestras almas están tan estrechamente unidas, que aun separados, sin hablarnos y sin vernos, sólo 'el pensar uno en otro nos hará felices.

-¡Oh! sí, pero la felicidad de verte, la de estrecharte en mis brazos... ¡oh, Diana, Diana!

Y los dos caballos caminaban tan unidos que se tocaban, sacudiendo sus argentadas bri-

das, y los dos amantes se abrazaban y se olvida-
ban del mundo entero.
De pronto resonó una voz que hizo temblar
a ambos, a Diana de miedo, a Bussy de ira.
-¡Diana! -decía aquella voz-, ¿dónde estáis?
Diana, responded.
Y aquel grito hendió los aires como una fú-
nebre evocación.
-¡Oh, es él, es él! ya lo había olvidado -
murmuró Diana-; ¡es él, yo estaba soñando! ¡oh
dulce sueño! ¡oh terrible realidad!
-Escuchad -exclamó Bussy-; escucha Diana:
ahora estamos reunidos, di una palabra y nadie
podrá arrancarte de mi lado. Huyamos, Diana,
¿quién nos lo impide? mira, delante de nosotros
se nos presenta la dicha, la libertad; di una pa-
labra y huiremos; una palabra, y perdido para
él, me perteneces eternamente.
Y el joven la detenía dulcemente.
-¿Y mi padre? -dijo Diana.

-Cuando el barón sepa que yo te amo. . . -

murmuró Bussy.

-¡Oh! -dijo Diana-, ¡mi padre! ¿Cómo pue-

des imaginar?...

Estas solas palabras hicieron volver a Bussy

en su acuerdo.

-Nada quiero por violencia, querida Diana -

dijo-, manda y obedeceré.

-Escucha -dijo Diana alargando la mano-,

nuestro destino está allí; seamos más fuertes

que el demonio que nos persigue; no temas

nada y verás si sé amar.

-¡Conque es preciso separarnos! -murmuró

Bussy.

-¡Condesa, condesa! -gritó Monsoreau-, con-

testad o aunque me mate me echo abajo de esta

infernal litera.

-Adiós -dijo Diana-, adiós: lo haría como lo

dice, se mataría.

-¡Y tú le compadeces!

-¡Celoso! -exclamó Diana, con hechicero acento y encantadora sonrisa.

Bussy la dejó marchar.

En dos brincos se puso Diana junto a la litera y halló al conde casi desmayado.

-¡Deteneos! -murmuraba Monsoreau-, ¡deteneos!

-¡Pardiez! -decía Remigio-, seguid adelante, está loco, si quiere matarse que se mate.

Y la litera seguía andando.

-¿Pero a quién llamáis? -decía Gertrudis-, mi señora está aquí, a mi lado, venid señora y respondedle; sin duda alguna el señor conde delira.

Diana, sin decir una palabra, entró en el círculo de luz que el resplandor de las teas formaba.

-¡Ah! -dijo Monsoreau, rendido de fatiga-. ¿Dónde estabais?

-¿Dónde queréis que estuviese, sino detrás

de vos?

-A mi lado, señora, a mi lado; no os separéis de mí.

Diana no tenía ya ningún motivo para quedarse atrás; sabía que Bussy la seguía y si hubiera hecho luna habría podido verle.

Así llegaron a otro pueblo; Monsoreau descansó algunas horas y luego dio orden de proseguir la marcha. Tenía prisa, no por llegar a París sino por alejarse de Angers.

Remigio decía por lo bajo:

-Si revienta de rabia tanto mejor, así se salvará el honor del médico.

Pero Monsoreau no se murió, al contrario, al cabo de diez días llegó a París y se mejoró bastante.

Remigio era en efecto hábil facultatívo, más hábil de lo que él hubiera deseado.

En los diez días que duró el viaje, Diana, a fuerza de ternezas, había logrado vencer el or-

gullo de Bussy y arrancarle la promesa de presentarse en casa de Monsoreau, para aprovecharse de la amistad que le manifestaba.

El pretexto de la visita era muy sencillo: informarse de la salud del enfermó.

Remigio asistía al marido y entregaba a la mujer las cartas de Bussy.

-Dos cargos reúno -decía-, el de Esculapio y el de Mercurio.

LXXIV. EL EMBAJADOR DEL SEÑOR DUQUE DE ANJOU

La noticia de la disensión que había estallado entre los dos hermanos adquiría cada día más importancia, a causa de la ausencia de Catalina y del duque de Anjou.

El rey no recibía aviso ninguno de su madre y en vez de deducir de aquí según el proverbio, que había buenas noticias, decía por el contrario meneando la cabeza.

-Malas noticias hay cuando no recibo aviso

alguno.

Los favoritos añadían:

-Vuestro mal aconsejado hermano habrá detenido en su poder a la reina madre.

Vuestro *mal aconsejado* hermano. Efectivamente en estas palabras se resumía toda la política de aquel reinado singular y de los tres reinados anteriores.

Mal aconsejado fue Carlos IX cuando dispuso, o al menos autorizó, los asesinatos del día de San Bartolomé: mal aconsejado fue Francisco II cuando ordenó las ejecuciones de Amboise: mal aconsejado fue Enrique II, padre de toda aquella raza perversa, cuando mandó quemar a tantos herejes y conspiradores antes de morir a manos de Montgommery, el cual, según se decía, fue también mal aconsejado cuando el palo de su lanza penetró en la visera del casco de su rey.

Nadie osa decir a un rey:

Vuestro hermano tiene mala sangre en las venas, y siguiendo la costumbre de los individuos de vuestra familia trata de destronaros, de encerraros en un convento, o de envenenaros; quiere hacer con vos lo que vos habéis hecho con vuestro hermano mayor, lo que vuestro hermano mayor con el suyo, lo que vuestra madre os enseñó a todos.

No un rey de aquellos tiempos, un rey del siglo XVI había tomado estas observaciones por ultrajes, porque un rey era en aquel tiempo un hombre y sólo la civilización moderna ha podido hacer de él un dios como Luis XIV o un mito irresponsable como un rey constitucional. Así, pues, los favoritos decían a Enrique III:

-Señor, vuestro hermano está mal aconsejado.

Y como no había más que una persona que tuviese a la vez la facultad y el talento para aconsejar a Francisco, contra esa sola persona, o

lo que es lo mismo, contra Bussy se suscitaba la tempestad cada día más furiosa y próxima a estallar.

Tratábase en los consejos públicos de buscar medios de intimación y en los consejos privados de buscar medios de exterminio, cuando llegó la noticia de que el duque de Anjou mandaba un embajador.

¿Cómo llegó esta noticia? ¿quién la llevó? ¿quién la hizo circular?...

Tan fácil habría sido el saberlo, como saber cómo se forman las mangas de viento en el aire, los remolinos de polvo en el campo y los torbellinos de ruido en las ciudades.

Hay un demonio que pone alas a ciertas noticias, y las suelta como águilas en el espacio.

La que acabamos de decir causó en el Louvre una conflagración general. El rey se puso pálido de ira y los cortesanos, exagerando como de costumbre la pasión de su amo, se pusieron

lívidos.

Se hicieron juramentos, sería muy difícil decir cuántos y cuáles, mas se juró entre otras cosas:

Que si el embajador era anciano sería insultado, manteado y encerrado en la Bastilla.

Que si era joven sería atravesado de parte a parte, descuartizado y picado en pequeños trozos, los cuales serían enviados a todas las provincias de Francia, como muestra de la cólera del rey.

Los favoritos, según la costumbre, se ejercitaron en limpiar sus tizonas, en tomar lecciones de esgrima y en manejar la daga tomando por blanco las paredes.

Chicot dejó su espada y su daga en sus respectivas vainas, y se puso a reflexionar profundamente.

El rey viendo a Chicot reflexionar, se acordó de que un día y en situación difícil, que luego se

había mejorado, había sido su bufón del mismo parecer que la reina madre y que había tenido razón.

Conoció, pues, que la ciencia política de su reino radicaba en Chicot y le interrogó.

-Señor -contestó éste después de un gran rato de meditación-, o el señor duque de Anjou os envía un embajador, o no os lo envía.

-Pardiez -repuso el rey-, esa observación no valía la pena de que por tanto tiempo hayas tenido el puño hundido en la mejilla.

-Paciencia, paciencia, como vuestra augusta madre, que Dios guarde, dice en la lengua de maese Maquiavelo.

-Ya ves que la tengo -añadió el rey-, pues que té escucho.

-Si os envía un embajador, es que cree poder hacerlo. Si cree poder hacerlo, él que es la prudencia personificada, será porque tenga fuerzas en su auxilio. Si tiene fuerzas en su

auxilio es necesario mostrarnos atentos con él: respetemos las potencias, engañémoslas, pero no juguemos con ellas; recibamos a su embajador, y demostremos gran satisfacción en verle. Esto no compromete a nada, ya os acordaréis de cómo abrazó vuestro hermano al bueno del almirante Coligny que venía como embajador de los hugonotes, los cuales también se juzgaban poderosos.

-Es decir que tú apruebas la política de mi hermano Carlos IX.

-No, entendámonos; cito solamente un hecho y añado, que si luego hallamos medio, no de perjudicar a un pobre diablo de heraldo, de enviado, de comisionado o de embajador, sino de coger al amo, al motor, al jefe, 'al muy grande y muy ilustre príncipe el señor duque de Anjou, sólo, único y verdadero culpable (con los tres Guisas, se entiende) y de encerrarle en un fuerte más seguro que el Louvre, deberemos

hacerlo.

-Me agrada ese preludio -dijo Enrique III.

-¡Diablo! ¿te gusta, hijo mío? -dijo Chicot-,

pues entonces continúo.

-Adelante.

-Más si no envía el embajador, ¿para qué

dejas bramar a tus amigos?

-¡Bramar!

-Claro está: diría rugir si alguno pudiera

creerlos leones; pero digo bramar... porque...

Enrique, verdaderamente que es muy mal visto

que esos canallas, más barbudos que los monos

de tu casa de fieras, jueguen como niños al co-

co, y traten de infundir miedo gritando: ¡buuh!

¡buuh!.. Prescindiendo de que si el duque de

Anjou no envía a nadie, supondrán que es por

ellos, y se juzgarán ya unos personajes.

-Chicot, olvidas que las personas de quienes

hablas son amigos míos, mis únicos amigos.

-¿Quieres que te gane mil escudos? -

preguntó Chicot.

-¿Cómo?

-Apuesta a que la fidelidad de esa gente resistirá a toda prueba, y yo apostaré a seducir de cuatro tres, de aquí a mañana por la noche.

El aplomo con que Chicot hablaba, hizo meditar a Enrique, el cual guardó silencio.

-¡Ah! -dijo Chicot-, tú también te quedas pensativo, tú también hundes el lindo puño en la hechicera mejilla; eres más fuerte de lo que yo creía, hijo mío, porque adivinas la verdad.

-Entonces, ¿qué me aconsejas?

-Te aconsejo que esperes, mi rey; la mitad de la sabiduría del rey Salomón consiste en esto. Si llega un embajador, ponle buen semblante; si no llega, haz lo que quieras; pero al menos no insultes a tu hermano, porque sería sacrificarte por ese canalla. Bien sé que tu hermano es un bribón de marca, pero es Valois, mátale si te conviene; pero, por el honor de tu nombre, no

le envilezcas: cuanto más que él se da bastante buena maña en envilecerse sin necesidad de nadie.

-Tienes razón, Chicot.

-Esa es otra lección que me debes;: afortunadamente, he perdido la cuenta de las que te he dado. Ahora déjame dormir, Enrique, porque hace ocho días que me vi en la necesidad de cebar y embriagar a un fraile, y cuando realizo estas valentías, tengo sueño para una semana.

-¡Un fraile! ¿es aquel buen padre de Santa Genoveva de quien me has hablado otras veces?

-El mismo: le has ofrecido una abadía.

-¿Yo?

-Pardiez, es lo menos que debes hacer por él, después de lo que él ha hecho por ti.

-¿Sigue mostrando adhesión a mi persona?

-Te adora. A propósito, hijo mío.

-¿Qué?

-Dentro de tres semanas es Corpus.

-¿Y qué?

-Creo que tendrás dispuesta alguna vistosa procesioncita.

-Soy el rey Cristianísimo y debo dar a mi pueblo ejemplos de religión.

-Y visitarás como de ordinario los cuatro grandes conventos de París.

-Sin duda.

-Uno de ellos es el de Santa Genoveva, ¿no es verdad?

-Cierto, y será el segundo que visite.

-Bueno.

-¿Por qué me preguntas eso?

-Por nada, por curiosidad. Ahora que sé lo que quiero saber, buenas noches, Enrique.

En aquel instante, mientras Chicot se acomodaba para echar un sueño, se oyó un gran rumor en el Louvre.

-¿Qué ruido es ese? -preguntó el rey.

-Vamos -exclamó Chicot-, está visto que no podré dormir, Enrique.

-¡Cómo!

-Hijo mío, tómame un cuarto en la ciudad o abandono tu servicio, pues el Louvre se va haciendo inhabitable.

En aquel instante entró el capitán de guardias todo azorado.

-¿Qué hay? -preguntó el rey.

-Señor -respondió el capitán-, el enviado del señor duque de Anjou se apea en este instante en el Louvre.

-¿Trae escolta?

-No señor, viene solo.

-Entonces -dijo Chicot-, con mayor razón debemos recibirle bien, porque es un valiente.

-Vamos -dijo el rey, tratando de tomar cierto aire de serenidad, pero poniéndose pálido-, vamos, que se reúna toda mi corte en el salón y

que me vistan dé negro: preciso es cubrirse de luto cuando se tiene la desgracia de tratar con un hermano por medio de embajador.

El trono de Enrique III se levantaba en el salón.

En torno de aquel trono se agolpaba una multitud irritada y tumultuosa.

El rey se sentó triste y ceñudo.

Todas las miradas dirigíanse hacia la galería por donde el capitán de guardias debía introducir al embajador.

-Señor -dijo Quelus, inclinándose al oído del monarca-, ¿sabéis el nombre del enviado de Anjou?

-No. ¿Mas qué me importa?

-Señor, es M. de Bussy; ¿no creéis que esto sea triplicar el insulto?

-No veo en qué puede haber insulto -dijo Enrique, esforzándose por conservar su serenidad.

-Quizá Vuestra Majestad no lo ve -dijo Schomberg-, pero nosotros bien lo vemos.

Enrique no contestó; veía que en torno suyo fermentaba la ira y el rencor, y se felicitaba en su interior de tener tan fuertes baluartes entre su persona y las de sus enemigos.

Quelus, mudando a cada momento de color, apoyó las dos manos sobre la guarnición de la espada.

Schomberg se quitó los guantes y sacó hasta la mitad el puñal fuera de la vaina.

Maugiron cogió la espada de las manos de un paje, y se la puso colgada de la cintura.

D'Epernon se retorció el bigote hasta los ojos y se colocó detrás de sus compañeros.

Enrique, a semejanza del cazador que oye ladrar a sus perros contra el jabalí, se sonreía y dejaba a sus favoritos hacer libremente sus preparativos de ataque.

-Que entre el embajador -ordenó.

Siguió a estas palabras un silencio de muerte; pero aun en medio de aquel silencio cualquiera hubiera creído oír el sordo rugido de la cólera del rey.

Entonces se oyó en la galería el ruido seco de un pie cuya espuela resonaba con fuerza sobre el pavimento.

Bussy penetró con la frente erguida, la mirada serena y el sombrero en la mano.

Ninguno de los que rodeaban al rey atrajo sus miradas. Adelantándose directamente hacia Enrique, hízole un saludo profundo y esperó a que le interrogase, orgullosamente plantado en frente del trono, pero con un orgullo enteramente personal, orgullo de caballero que nada tenía de insultante para la Majestad Real.

-¡Vos aquí, monsieur de Bussy! yo creía que estabais en Anjou.

-Señor -dijo Bussy-, estaba en efecto allí, pero ya no estoy como Vuestra Majestad ve.

-¿Y qué os trae a nuestra capital?

-El deseo de presentar mis humildes respe-

tos a Vuestra Majestad.

El rey y los favoritos se miraron mutuamen-

te; sin duda aguardaban otra cosa del impetuo-

so joven.

-¿Y nada más? -dijo el rey en tono altanero.

-Agregaré, señor, que he recibido orden de

Su Alteza el duque de Anjou, mi amo, para pre-

sentaros también sus respetos con los míos.

-¿Y no os ha dicho el duque otra cosa?

-Me ha dicho que, estando a punto de vol-

ver con la reina madre, desearía que Vuestra

Majestad supiese la vuelta de uno de sus más

fieles súbditos.

El rey, casi sofocado de sorpresa, no pudo

seguir su interrogatorio.

Chicot se aprovechó de esta interrupción

para acercarse al embajador.

-Bien venido, M. de Bussy -dijo.

-¡Oh M. Chicot! -repuso-; celebro en el alma
veros tan bueno: ¿cómo está M. de San Lucas?
-Bueno; ahora se está paseando con su mu-
jer hacia las pajareras.
-¿Es eso todo lo que teníais que decirme,
monsieur de Bussy? -interrogó el rey.
-Sí, señor; si falta alguna otra noticia impor-
tante, el duque de Anjou tendrá el honor de
anunciársela a Vuestra Majestad.
-Muy bien -contestó el rey:
Y levantándose silencioso, bajó las dos gra-
das del trono.
Habíase concluido la audiencia, y por con-
siguiente se deshicieron los grupos.
Bussy observó que se encontraba rodeado
por los cuatro favoritos y como encerrado en un
círculo vivo de ira y amenazas.
Al extremo del salón estaba el rey conver-
sando en voz baja con su canciller.
Bussy aparentó no ver nada y continuó

hablando con Chicot. Entonces el rey, como si hubiese tomado parte en el complot para aislar a Bussy, llamó al gascón diciendo:

-Venid aquí, Chicot, tengo una cosa que deciros.

Chicot saludó a Bussy con una cortesía caballeresca.

Bussy le devolvió el saludo con no menos elegancia y permaneció en el círculo.

Entonces cambió de continente y mudó la expresión de su semblante; de sereno que había estado mientras hablaba con el rey se convirtió en atento con Chicot, y de atento en amable.

Viendo a Quelus que se aproximaba a él, le dijo:

-Felices, M. de Quelus. ¿Puedo tener el honor de preguntaros cómo va por vuestra casa?

-Muy mal, M. de Bussy -respondió Quelus.

-¡Cuanto lo siento! -exclamó Bussy-.¿Y qué

ha sucedido?

-Hay una cosa que nos incomoda infinitamente -añadió Quelus.

-¿Una cosa? -dijo Bussy mostrando admiración-; ¿y no sois bastante poderosos vos y los vuestros, especialmente vos, para destruir esa cosa?

-Perdonad, M. de Bussy -dijo Maugiron, apartando a Schomberg que se adelantaba para mezclarse en aquella conversación que ofrecía ser interesante-, perdonad, no es una cosa sino uno lo que incómoda a M. de Quelus.

-Pues si hay uno que incomoda a M. de Quelus -dijo Bussy-, que le aparte a un lado como vos acabáis de hacer.

-Ese es el consejo que yo le he dado, M. de Bussy -agregó Schomberg-, y creo que Quelus está decidido a seguirlo.

-¡Ah, sois vos! -dijo Bussy-, no os había co-

nocido.

-Acaso -dijo Schomberg-, tengo todavía azul el rostro.

-No tal, antes al contrario, estáis muy pálido; ¿os sentís indispuesto?

-Caballero -dijo Schomberg-, si estoy pálido es de ira...

-¡Hola! ¿os molesta alguna cosa o alguna persona como a monsieur de Quelus?

-Sí, señor.

-Lo mismo que a mí -dijo Maugiron-; también hay una persona que me molesta.

-¡Siempre tan gracioso! mi querido monsieur de Máugiron -dijo Bussy-; pero, en verdad, señores, cuanto más os miro, más me dan en qué pensar vuestros rostros trastornados.

-Os habéis olvidado de mí -dijo d'Epernon, plantándose orgullosamente delante de Bussy.

-Perdonad, monsieur d'Epernon, os hallabais detrás de los demás según vuestra costum-

bre, y como no he tenido el gusto de conoceros, no podía ser el primero en hablaros.

La sonrisa y la desenvoltura de Bussy entre aquellos cuatro curiosos, cuyos ojos hablaban con terrible elocuencia, presentaba un curioso espectáculo. Para no conocer adonde querían ir a parar hubiera sido necesario ser ciego y estúpido.

Para fingir no conocerlo era necesario ser Bussy.

Este guardó silencio y mantuvo la misma sonrisa.

-En fin -dijo Quelus alzando la voz y dando con la bota un golpe en el suelo.

-Caballero -dijo-, ¿habéis observado cómo resuena el eco en esta sala? para esto no hay como las paredes de mármol, la voz es también mucho más sonora bajo las bóvedas del estuco; por el contrario, en campo raso los sonidos se dividen, y creo por mi honra que las nubes se

llevan mucha parte de ellos. Esto mismo dice Aristófanes ¿habéis leído a Aristófanes, señores?

Maugiron creyó entender la indicación de Bussy, y se aproximó al joven para hablarle al oído.

Bussy le detuvo.

-Os suplico, caballeros, que no me hagáis ninguna confianza en este sitio; ya sabéis cuán celoso es Su Majestad, y podría creer que murmurábamos.

Maugiron se apartó furioso.

Schomberg ocupó su puesto, y dijo con afectada gravedad:

-Yo soy un alemán muy lerdo, muy obtuso, pero muy franco; hablo alto para que así se me entienda fácilmente; pero cuando mis palabras, que yo siempre procuro que sean claras, no se entienden, porque aquel a quien me dirijo está sordo o no lo quiere entender, entonces yo...

-¿Vos? -dijo Bussy fijando en el joven, que había levantado la mano, una mirada de aquellas que sólo los tigres despiden de sus enormes pupilas, mirada que parecía surgir de un abismo y derramar incesantemente torrentes de fuego-: ¿Vos?

Schomberg se contuvo.

Bussy se encogió de hombros, dio media vuelta apoyándose en el talón izquierdo, y le volvió la espalda.

Hallóse enfrente de d'Epernon.

D'Epernon no podía ya retroceder.

-Mirad, señores -exclamó-, qué provinciano se ha vuelto M. de Bussy en la excursión que acaba de hacer por Anjou: se ha dejado la barba y no tiene nudo en la espada; trae botas negras y sombrero gris.

-Esta es una observación que iba yo a dirigirme a mí mismo, mi querido M. d'Epernon. Al veros tan bien puesto no he podido menos

de reflexionar adónde podrán conducir a un hombre algunos días de ausencia; yo, por ejemplo, Luis de Bussy, señor de Clermont, me veo obligado a tomar modelo de buen gusto de un hidalguillo gascón. Pero dejadme pasar, os ruego, porque estáis tan cerca de mí, que me habéis pisado, y también M. de Quelus, lo cual he sentido a pesar de mis botas -agregó con amable sonrisa.

En aquel momento Bussy, pasando entre d'Epernon y Quelus, tendió la mano a San Lucas que acababa de entrar.

San Lucas encontró la mano de Bussy bañada en sudor.

Conoció que había pasado alguna cosa extraordinaria, y llevó consigo a Bussy fuera del grupo primero, y luego fuera de la sala.

Un murmullo extraño circulaba entre los favoritos, e invadía los demás grupos de cortesanos.

-Es increíble -decía Quelus-, le he insultado y no ha respondido.

-Yo -decía Maugiron-, le he desafiado y no ha respondido.

-Yo -decía Schomberg-, le he levantado la mano y no ha respondido.

-Yo -vociferaba d'Epernon-, le he pisado el pie y no ha respondido.

Y la estatura de d'Epernon parecía que crecía con toda la longitud del pie de Bussy.

-Es claro, que no ha querido entendernos -decía Quelus-; algo será ello.

-Lo que es -agregó Schomberg-, yo bien, lo sé.

-¿Y qué es?

-Que sabe que entre los cuatro le hemos de matar y no quiere morir.

En aquel instante se llegó el rey al grupo de jóvenes; Chicot iba hablándole al oído.

-¿Qué decía M. de Bussy? -preguntó Enri-

que-; me parece que he oído hablar alto hacia esta parte.

-¿Quiere Vuestra Majestad saber lo que decía M. de Bussy? -preguntó d'Epernon.

-Sí, ya sabéis que soy curioso -contestó Enrique sonriéndose.

-¡Pardiez! nada bueno, señor -repuso Quelus-, yo no es parisiense.

-¿Pues qué es?

-Campesino, ya se aparta para dejarnos paso.

-¡Hola! -exclamó el rey-, ¿qué quiere decir eso?

-Quiere decir que voy a enseñar a un perro a que le muerda las pantorrillas -dijo Quelus-, y quien sabe si lo echará de ver con las botas que trae.

-Y yo -añadió Schomberg-, tengo un poste en el picadero de mi casa, y le pondré por nombre Bussy.

-Yo -dijo d'Epernon-, haré más: hoy le he pisado el pie, mañana le daré de bofetadas. Es un fanfarrón, un valiente de amor propio; él dice: yo he combatido por el honor, y ahora quiero ser prudente por la vida.

-¡Y qué señores! -dijo Enrique con fingida cólera-; ¿os habéis atrevido a maltratar en mi palacio, en el Louvre, a un gentilhombre de mi hermano?

-¡Ah! sí, señor -repuso Maugiron respondiendo con fingida humildad a la fingida cólera del rey-, y aunque le hemos maltratado mucho juro a Vuestra Majestad que no ha contestado nada.

El rey miró a Chicot sonriéndose y le dijo al oído:

-¿Crees todavía que no hacen más que bramar, Chicot? hoy me parece que rugen, ¿eh?

-¡Psé! -murmuró Chicot-, puede ser que hayan mayado. Conozco personas a quiénes el

mayido del gato ataca horriblemente a los ner-

vios. Tal vez M. de Bussy será de esta clase de

personas y por eso se habrá marchado sin res-

ponder.

-¿Tú crees?. . . -dijo el rey.

-Allá veremos -repuso Chicot.

-¡Bah! -añadió Enrique-, conforme es el amo

es el criado.

-¿Queréis decir que Bussy es criado de

vuestro hermano? pues os equivocáis mucho.

-Señores -dijo Enrique-, voy a comer al cuar-

to de la reina. Hasta luego; los gelosis 4 vienen esta tarde a representar una farsa, os invito a

verla.

Los concurrentes se inclinaron respetuosa-

mente y el rey salió por la puerta principal.

Al mismo tiempo entró por la otra puerta

M. de San Lucas e hizo seña a los cuatro favori-

tos para que se detuvieran.

-Perdonad, M. de Quelus -dijo saludándole-

; ¿vivís aún en la calle de San Honorato?

-Sí, amigo; ¿por qué lo preguntáis? -dijo

Quelus.

-Tengo que hablar con vos dos palabras.

4 Comediantes italianos que hacían sus representaciones

en el palacio de Borgoña.

-¡Ah!

-¿Y vos, M. de Schomberg, me diréis las se-

ñas de vuestra casa?

-Vivo en la calle de Béthisy -dijo Schomberg

admirado.

-D'Epernon, ya sé las de la vuestra.

-Calle de Grénelle.

-Somos vecinos, ¿y vos, Maugiron?

-Estoy de servicio en el Louvre.

-Comenzaré, pues, por vos, si lo permitís, o

si no, no, comenzaré por vos, Quelus.

-Perfectamente, creo adivinar de qué se tra-

ta: ¿venís de parte de 1VI, de Bussy?

-No diré de parte de quién vengo, mas ten-

go que hablaros. -¿A los cuatro?

-.Sí.

-Pues bien; si no queréis hablarnos aquí como presumo, iremos a casa de uno de nosotros. Todos podremos oír lo que tengáis que decirnos a cada uno en particular.

-Muy bien.

-Entonces, vamos a casa de Schomberg, que está a dos pasos.

-Sí, vamos a mi casa -dijo el joven.

-Vamos, señores -dijo San Lucas saludando de nuevo-; enseñadme el camino, M. de Schomberg.

-Con mucho gusto.

Los cinco gentilhombres salieron del Louvre cogidos del brazo y ocupando todo lo ancho de la calle.

Detrás de ellos iban sus respectivos lacayos armados de pies a cabeza.

Así llegaron a la calle de Béthisy, y Schom-

berg hizo preparar el gran salón de la casa.

San Lucas se detuvo en la antesala.

LXXV. LA COMISIÓN DE M. DE SAN LUCAS

Dejemos por un momento a San Lucas en la antesala de Schomberg y veamos lo que pasó entre él y Bussy.

Este, como ya dijimos, salía de la sala de audiencia con su amigo, dirigiendo saludos a todos aquellos a quienes el espíritu cortesano no cegaba hasta el punto de despreciar a un hombre tan temible como Bussy. .

Porque en aquella época de fuerza bruta en que el poder personal era el todo, un hombre vigoroso y diestro podía formarse un reino físico y moral dentro del hermoso reino de Francia.

De este modo reinaba Bussy en la corte del rey Enrique III. Pero aquel alía, como hemos visto, había sido mal recibido en su corte.

Luego que estuvieron fuera del salón, se detuvo San Lucas y mirando a Bussy con inquietud, le dijo:

-¿Os sentís indispuesto, amigo mío? estáis tan pálido que parece que vais a desmayaros.

-No -repuso Bussy-, pero la cólera me ahoga.

-Pues qué, ¿hacéis caso de lo que os ha dicho ese canalla?

-¡Pardiez, si hago caso! vos mismo juzgaréis.

-Vamos, vamos, Bussy, calma.

-¡Calma! ¿y vos me lo aconsejáis? Si os hubiesen dicho la mitad de lo que yo acabo de oír, ya habríais matado a uno.

-Por último, ¿qué queréis?

-Sois mi amigo, San Lucas, y de esta amistad me habéis dado una prueba terrible.

-¡Bah! -dijo San Lucas que creía a Monsoreau muerto y enterrado-, la cosa no vale la pena; no me habléis de eso porque me molesta;

ciertamente el golpe fue magnífico y sobre todo dado con buen éxito, pero no me lo tenéis que agradecer a mí, pues es el rey quien me lo enseñó mientras estuve preso en el Louvre.

-Querido amigo...

-Dejemos, pues a Monsoreau donde se halla y hablemos de Diana. ¿Se ha contentado la pobre niña? ¿me perdona? ¿cuándo es la boda?

-Querido amigo, esperad a que muera M. de Monsoreau.

-¿Cómo? -exclamó San Lucas dando un salto como si hubiese pisado un clavo.

-Sí, amigo las amapolas no son tan peligrosas como vos creísteis al principio; Monsoreau no murió por haber caído sobre ellas; por él contrario, vive y está más furioso que nunca.

-¿De veras?

-¡Pardiez! si no respira más que venganza y ha jurado mataros en la ocasión.

-Verdaderamente, querido, vos me confun-

dís.

-Es como os lo digo.

-¿Vive?

-¡Ah! sí.

-¿Y quién es el bárbaro médico que le asis-

te?

-El mío, querido amigo.

-¡Cómo! es inconcebible -dijo San Lucas aturdido por esta revelación-. Entonces estoy deshonrado, ¡pardiez! yo que había anunciado , su muerte a todo el mundo. ¡Oh! pero no me desmentirá, yo le volveré a atrapar, y en el próximo duelo, en vez de una estocada le daré cuatro si es preciso.

-Calmaos también vos, querido San Lucas - dijo Bussy-; Monsoreau me sirve más de lo que pensáis; figuraos que sus sospechas recaen solamente en el duque; cree que le desafiasteis por instigación del duque, y solamente de él está celoso. Yo soy en su concepto un ángel, un

amigo verdadero, un Bayardo. Es natural, ese animal de Remigio le sacó del mal paso.

-¡Qué necedad!

-¿Qué queréis? fue una idea de hombre honrado; se cree que porque es médico tiene obligación de curar a todo el mundo.

-Pero ese hombre está loco.

-En una palabra, a mí es a quien cree deber la vida, y no confía a nadie su mujer más que a mí.

-¡Ah! ya comprendo que ese proceder os hará esperar más tranquilamente su muerte, mas no es menos que me maravilla que esté con vida.

-¡Querido amigo!

-¡Pardiez! no he experimentado en mi vida mayor sorpresa.

-Ya veis que por ahora nada hay que temer de M. de Monsoreau.

-No, gocemos de la vida mientras él sigue

enfermo de gravedad; pero para cuando empiece la convalecencia me mandaré hacer una cota de malla, y haré que pongan dobles hierros en mi ventana. Vos informaos del duque de Anjou, si su madre le ha dado alguna receta de contraveveno. Mientras tanto, lo mejor será divertirnos.

Bussy no pudo menos de sonreírse; tomó el brazo de San Lucas y le dijo:

-Querido amigo, ya veis que ha quedado a medio hacer aquel servicio.

San Lucas le miró sorprendido.

-Es cierto -dijo-; ¿queréis que lo concluya? Sería fatal; pero por vos, querido Bussy, estoy pronto a hacer muchas cosas, sobre todo si Monsoreau me mira con aquellos ojos amarillos, ¡uf!

-No, querido, no, dejemos a Monsoreau, y si me debéis alguna cosa, pagádmela de otra manera.

-Decid, pues.

-¿Estáis bien con esa familia de favoritos?

-¡Pardiez! como gatos y perros al sol; mientras el sol nos calienta a todos, no nos decimos nada; mas si uno de nosotros tomase la parte de luz y de calor de los demás, ¡oh! entonces no sé lo que sucedería: puede que anduviesen listos los dientes y las uñas.

-Mucho me agrada lo que acabáis de decirme, querido amigo.

-Tanto mejor.

-Supongamos que os han interceptado el sol.

-Supongamos.

-Mostradme vuestros hermosos y blancos dientes, afilad vuestras formidables uñas y empecemos la obra.

-No os entiendo.

Bussy se sonrió y añadió.

-Iréis a ver a M. dé Quelus.

-¡Hola! -dijo San Lucas.

-¿Vais entendiéndome?

-Sí.

-Perfectamente: le preguntaréis qué día eli-

ge para cortarme el cuello o dejársele cortar por

mí.

-Se lo preguntaré, querido amigo.

-¿No os causará molestia?

-Nada de eso, iré cuando queráis, ahora

mismo si os place.

-Esperad un momento: de paso que vais a

ver a M. de Quelus, me haréis el favor de subir

a casa de M. de Schomberg y le propondréis lo

mismo.

-¡Hola!-exclamó San Lucas-, ¿también a M.

de Schomberg? ¡diablo!

Bussy hizo un gesto que no admitía réplica.

-Sea -dijo San Lucas-, se hará como decís.

-Entonces, mi querido San Lucas, ya que os

mostráis tan amable, me haréis el favor de en-

trar en el Louvre, ver a M. de Maugiron, a quien he visto con gola, señal de que está de guardia, e invitarle para lo mismo.

-¡Oh! -dijo San Lucas-, ¿pensáis reñir con los tres, Bussy?

-Aun falta uno.

-¿Cómo?

-De allí iréis a casa de M. d' Epernon; no hago mucho caso de él porque es un pobre hombre, pero al fin hará bulto.

San Lucas dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y miró fijamente a Bussy.

-¿Cuatro? -murmuró.

-Ni más ni menos, querido amigo -dijo Bussy haciendo con la cabeza una seña de asentimiento-; a un hombre de vuestro talento, valor y cortesía, no hay que encargarle la mayor dulzura y política, cualidades que vos poseéis en sumo grado.

-¡Oh, querido amigo!

-Confío, pues, en vos que desempeñaréis mi encargo dignamente. La cosa se arreglará a lo caballero, ¿no es verdad?

-Quedaréis contento.

Bussy tendió sonriéndose la mano a su amigo.

-Vamos allá -dijo San Lucas ¡Ah, señores favoritos! ahora nos tocará a nosotros el reírnos. Decidme las condiciones.

-¿Qué condiciones?

-Las vuestras.

-Yo no impongo condiciones: aceptaré las de esos señores.

-¿Qué armas elegís?

-Las que esos hombres elijan.

-El día, lugar y hora.

-Los que esos señores quieran.

-Pero en fin...

-No hablemos más de esas pequeñeces: desempeñad pronto vuestra comisión y cuando

volváis me hallaréis allá bajo, en el jardín del Louvre.

-¿Me esperáis?

-Sí.

-Como gustéis, pero puede ser que tarde un poco.

-No tengo prisa.

Ya sabemos cómo San Lucas encontró a los cuatro jóvenes todavía reunidos en la sala de audiencia, y cómo entabló conversación.

Volvamos ahora a la antesala de la casa de Schomberg, donde le dejamos aguardando ceremoniosamente, según la etiqueta de aquella época, mientras los cuatro favoritos de Su Majestad, sospechando la causa de su visita se colocaban a los cuatro extremos cardinales del vasto salón.

Hecho esto, se abrieron las dos hojas de la puerta y avanzó un lacayo a saludar a San Lucas, el cual, apoyando la mano izquierda en la

guarnición de la espada, y levantando elegantemente la capa con la punta de aquélla, se encaminó teniendo el sombrero en la derecha mano, hacia la puerta y se detuvo tan en medio del umbral, que su regularidad hubiera hecho honor al más hábil arquitecto.

-¡M. d'Epinay de San Lucas! -gritó el portero.

San Lucas entró.

Schomberg, como dueño de casa, se levantó y salió a recibir a su huésped, el cual, en vez de saludarle, se puso el sombrero.

Esta formalidad anunciaba las intenciones con que se hacía la visita. Schomber contestó con un saludo y volviéndose después hacia Quelus, dijo:

-Tengo el horror de presentaros a M. Santiago de Levis, conde de Quelus.

San Lucas avanzó un paso hacia Quelus y le hizo un profundo saludo diciendo:

-Le buscaba.

Quelus saludó.

Schomberg, volviéndose hacia otro extremo

de la sala, añadió:

-Tengo el honor de presentaros a M. Luis de

Maugiron.

San Lucas y Maugiron se saludaron.

-Le buscaba -repuso San Lucas.

La presentación de d'Epernon se verificó

con las mismas ceremonias, cachaza y lentitud.

Luego Schomberg, se nombró a sí mismo, y

recibió igual cumplimiento.

Hecho esto los cuatro amigos se sentaron,

quedándose San Lucas en pie.

-Señor conde -dijo a Quelus-, habéis ultraja-

do al señor conde Luis de Clermont d'Amboise,

señor de Bussy, el cual os presenta sus respetos

y os llama a singular combate en el día y hora

que os convenga y con las armas que elijáis,

hasta que uno de los dos quede sin vida.

-Cierto que sí -contestó tranquilamente Quelus-, y el señor conde de Bussy me hace mucho honor.

-¿Qué día escogéis?

-Me es indiferente; no obstante, cuanto antes mejor.

-¿A qué hora?

-Por la mañana.

-¿Armas?

-La espada y la daga, si a M. de Bussy le agradan estos dos instrumentos.

San Lucas, saludó y dijo:

-Todo lo que vos decidáis sobre este punto, será una ley para M. de Bussy.

Después se dirigió a Maugiron, d'Epernon y Schomberg, los cuales contestaron lo mismo.

-Pero no hemos pensado en una cosa -dijo Schomberg, que como amo de la casa recibió la invitación el último.

-¿En cuál?

-En que si nos acomodase, porque el azar suele hacer cosas raras, si nos acomodase a todos elegir el mismo sitio y la misma hora, M. de Bussy se vería perplejo.

-Ciertamente -exclamó-, que monsieur de Bussy se vería perplejo como debe verse todo un caballero en presencia de cuatro valientes; pero dice que el caso no sería nuevo para él, puesto que ya se le ha presentado otra vez cerca de la Bastilla, en el ángulo que forma el palacio de Tournelles.

-¿Y reñiría con los c u a t r o? -preguntó d'Epernon.

-Con los cuatro -repuso San Lucas-. Separadamente o a la vez; el desafío es individual y colectivo.

Contempláronse los cuatro jóvenes. Quelus fue el primero que rompió el silencio.

-Eso está muy bueno de parte de Bussy -dijo ardiendo en cólera-; pero por poco que valga-

mos, aun cada uno de nosotros puede reñir por sí solo sin auxilio extraño; aceptamos, pues, la proposición del conde, y reñiremos uno después de otro, o lo que sería mejor...

Quelus miró a sus amigos, los cuales, comprendieron indudablemente su pensamiento, hicieron una seña afirmativa.

-O lo que sería mejor -continuó-, pues no tratamos de asesinar a un caballero, es que la suerte eligiese cual de nosotros ha de reñir con M. de Bussy.

-¿Pero y los otros tres? -preguntó Maugiron.

-¡Los otros tres! Ciertamente que M. de Bussy tiene demasiados amigos y nosotros tenemos demasiados enemigos para que los otros tres permanezcan con los brazos cruzados. ¿Es éste vuestro parecer, señores? -añadió Quelus volviéndose hacia sus compañeros.

-Sí -dijeron todos a una voz.

-Y yo me alegraría mucho -dijo Schomberg-,

de que M. de Bussy invitase a esta función a M. de Livarot.

-Si me atreviese a dar mi parecer -dijo Maugiron-, desearía que M. de Balzac d'Entragues fuese de la partida.

-La cual sería completa -agregó Quelus-, si M. de Ribeirac quisiese acompañar a sus amigos.

-Señores -dijo San Lucas-, participaré vuestros deseos al señor conde de Bussy, y creo poder contestaros de antemano que se conforma con ellos, pues no debe esperarse otra cosa de su mucha cortesía. Sólo me falta, señores, daros las más sinceras gracias de parte del señor conde.

San Lucas saludó nuevamente y los cuatro gentilhombres bajaron sus cabezas al nivel de la de su antiguo compañero, al cual acompañaron hasta la puerta del salón.

En la última pieza encontró San Lucas a -los

cuatro lacayos reunidos.

Sacó un bolsillo lleno de oro y le lanzó en medio de ellos, diciendo:

-Ahí va para beber a la salud de vuestros amos.

LXXVI. BUSSY Y SAN LUCAS

San Lucas volvió muy satisfecho de lo bien que había desempeñado su comisión.

Bussy, que le aguardaba, le dio las gracias.

San Lucas halló a su amigo muy triste, cosa que no era natural en un hombre tan valiente, al recibir la noticia de un famoso y brillante desafío.

-¿He desempeñado mal mi encargo? -dijo San Lucas-; parece que estáis disgustado.

-¡Pardiez! Amigo mío, siento que en vez de fijar un término no hayáis exigido que el duelo se efectuase inmediatamente.

-¡Ah! paciencia, todavía no han venido vuestros amigos de Anjou, ¡qué diablo! dejadles

tiempo para venir, y además, ¿qué necesidad hay de formarse tan pronto una comitiva de muertos y moribundos?

-Es que me agradaría morir lo más pronto posible.

San Lucas miró a Bussy con la sorpresa que experimentan las personas perfectamente organizadas, al notar la menor apariencia de una desgracia, hasta en los extraños.

-¿Morir un hombre de vuestra edad, de vuestra fama y que tiene una querida como la vuestra?

-Sí, estoy seguro de que mataré a los cuatro, pero también recibiré una estocada que me tranquilizará para siempre.

-¡Aprensión! Bussy.

-Yo quisiera veros en mi caso: un marido a quien yo creía muerto y que resucita; una mujer que no quiere abandonar la cabecera del lecho de ese pretendido moribundo; nunca poderse

sonreír con ella, hablarle ni tocarle la mano.

¡Pardiez! Quisiera tener alguno con quien darme de cuchilladas.

San Lucas soltó una carcajada tan estrepitosa que espantó a una banda de gorriones que picoteaban los servales del jardinillo del Louvre.

-¡Ah! -exclamó-, ¡Qué inocente sois! ¡y decir que las mujeres se mueren por ese Bussy, que es un niño en tales materias! Pero querido, vos habéis perdido el seso: sabed que no hay amante más feliz que vos en la tierra.

-¡Ah! demostrádmelo vos que sois hombre casado.

-*Nihil facilius,* según decía el jesuita Triquet, mi pedagogo. ¿No sois amigo de M. de Monsoreau?

-¡Pardiez! lo confieso para vergüenza de la inteligencia humana: ese necio me llama su amigo.

-Pues bien, sedlo.

-¡Oh!... abusar de ese título.

-*¡Prorsus absurdum!* como decía también

Triquet, ¿es realmente vuestro amigo?

-Él lo dice.

-No lo es, pues que os hace infeliz: ahora

bien, el objeto de la amistad es que los hombres

se hagan dichosos mutuamente; al menos así lo

dice Su Majestad, y Su Majestad es letrado.

Bussy se echó a reír.

-Continúo -dijo San Lucas-: si os hace infe-

liz, claro es que no sois amigos y por lo tanto

que le podéis tratar, o bien como indiferente,

tomándole su mujer, o bien como enemigo, ma-

tándole si no se da por contento.

-El hecho es que yo le aborrezco.

-Y él os teme.

-¿Creéis que no me ama?

-Haced la prueba, tomadle la mujer y veréis.

-¿Es también esa lógica del padre Triquet?

-No, es mía.

-Os felicito.

-¿Os agrada?

-No: prefiero ser hombre de honor.

-¿Y dejar a madame de Monsoreau que cure moral y físicamente a su marido? Porque, en resumen, si vos os dejáis matar, claro es que ella cobrará cariño al único hombre que le queda.

Bussy frunció el ceño.

-Pero aquí viene mi mujer -exclamó San Lucas-, que suele dar buenos consejos; ahora que ha compuesto un ramillete de las flores que ha cogido en el jardín de la reina madre, estará de buen humor: oídla, tiene un pico de perlas.

En efecto; Juana llegó en aquel momento, alegre y risueña como siempre. Hay naturalezas felices que son para todo lo que les rodea lo que la alondra para los campos: un feliz agüero y un comienzo de alegría.

Bussy la saludó amistosamente y ella le

tendió su mano, lo cual prueba que no es el plenipotenciario Dubois el que importó esta moda de Inglaterra con el tratado de la cuádruple alianza.

-¿Cómo van vuestros amores? -le preguntó atando el ramo con una cinta de oro.

-Se mueren -repuso Bussy.

-Lo que hay es que están heridos y se desmayan -dijo San Lucas-; pero yo apuesto a que vos les hacéis volver en sí.

-Veamos la herida -dijo Juana.

-En dos palabras te contaré el caso -añadió San Lucas-: M. de Bussy no quere amistad con el conde de Monsoreau y ha formado el designio de retirarse.

-¿Y dejar a Diana? -exclamó Juana conmovida.

Bussy, asustado al ver esta demostración, agregó:

-Señora, San Lucas no os ha dicho que quie-

ro morir.

Juana le miró un instante con una compa-

sión que nada tenía de evangélica.

-¡Pobre Diana! -murmuró-: ¡qué ingratos

son los hombres!

-Ahí tenéis -repuso San Lucas-, ahí tenéis la

moral de mi mujer.

-¡Ingrato yo -exclamó Bussy-, porque temo

envilecer mi amor sometiéndome a la infame

práctica de la hipocresía!

-¡Eh! ese no es sino un' pretexto -dijo Juana-.

Si estuvieseis verdaderamente apasionado, no

temeríais más que una especie de envilecimien-

to: el de no ser querido.

-Pero, señora -observó afectuosamente Bus-

sy-, hay sacrificios tales...

-No prosigáis; confesad que ya no amáis a

Diana, eso sería más digno de un caballero.

Bussy palideció.

-¿No os atrevéis a decírselo? pues bien, yo

se lo diré.

-¡Señora, señora!

-Están graciosos los hombres con sus sacrificios: ¡pues que! ¿nosotras no hacemos sacrificios? ¡pues qué! ¿no es heroísmo arriesgarse a morir a manos de ese tigre de Mgnsoreau, conservar todos sus derechos a un hombre desplegando una fuerza -y una energía de que Sansón y Aníbal habrían sido incapaces; domar la bestia feroz de Marte para hacerla tirar del carro del vencedor? ¡Oh! Diana es sublime y puedo jurar que yo no habría hecho la cuarta parte de lo que ella está haciendo todos los días.

-Gracias -repuso San Lucas, con una profunda reverencia que hizo reír a Juana a carcajadas.

Bussy no sabía qué determinar.

-¡Y aun vaciláis -exclamó Juana-, y no caéis a mis pies diciendo el yo pecador!

-Tenéis razón -contestó Bussy-, soy hombre,

es decir, criatura imperfecta e inferior a la más vulgar de las mujeres.

-Fortuna es -dijo Juana-, que os hayáis convencido.

-¿Qué me ordenáis?

-Que inmediatamente vayáis a hacer una visita.

-¿A M. de Monsoreau?

-¿Quién os habla de M. de Monsoreau? A Diana.

-Mas si no se separan uno de otro...

-Cuando ibais a ver con tanta frecuencia a madame de Barbezieux, ¿no estaba siempre a su lado aquel enorme mono que os mordía porque le dabáis celos?

Bussy lanzó una carcajada, Juana le imitó y San Lucas siguió su ejemplo, de modo que aquel terceto de carcajadas hizo que se asomasen a las ventanas los cortesanos que se paseaban por las galerías.

-Señora -dijo Bussy por último-, voy a casa de M. de Monsoreau.

Y acto seguido se separaron, habiendo antes encargado Bussy a San Lucas que no dijese nada de su desafío con los favoritos.

Dirigióse en efecto a casa de M. de Monsoreau y le encontró en el lecho.

El conde dio un grito de alegría al verle: acababa Remigio de prometerle que su herida quedaría curada antes de tres semanas.

Diana se puso un dedo en la boca; ésta era su manera de saludar.

Fue preciso que _ Bussy refiriese a Monsoreau toda la historia de la comisión que le había dado el duque de Anjou, su visita a la corte, el mal talante del rey y el frío aspecto de los favoritos.

Frío aspecto fueron las palabras que empleó Bussy; así Diana nada sospechó.

Monsoreau, al oír estas noticias, se quedó

pensativo; después rogó a Bussy que se inclinase hacia él y le dijo al oído:

-¿Hay todavía proyectos entre manos?

-Así lo creo -repuso Bussy.

-Creedme -dijo Monsoreau-, no os comprometáis por ese hombre perverso: le conozco, es muy pérfido y muy capaz de cometer una traición.

-Ya lo sé -dijo Bussy con una sonrisa y recordando la circunstancia en que le había hecho traición el duque.

-Sois mi amigo -dijo Monsoreau-, y quiero libertaros de toda asechanza. Siempre que os encontréis en alguna situación dificultosa pedidme consejo.

-¡Señor conde, señor conde! -dijo Remigio-, es necesario dormir después de la cura, vamos, dormid.

-Sí, querido doctor. Amigo, si queréis, podéis dar un paseo con mi mujer por el jardín;

dicen que está muy hermoso este año.

-Estoy a vuestras órdenes-contestó Bussy.

LXXVII. PRECAUCIONES DE M. DE MONSOREAU

San Lucas tenía razón; Juana tenía razón, al cabo de ocho días lo comprendió Bussy y les hizo plena justicia.

Bello y magnífico hubiera sido para su fama póstuma continuar observando su antigua conducta, pero esto era ser viejo y Bussy, olvidando a Plutarco, que había dejado de ser su autor favorito desde que el amor le había corrompido, Bussy, galán como Alcibíades, no pensando más que en lo presente, se mostraba ya muy poco aficionado a leer los párrafos de la historia que tratan de Escipión o de Bayardo, en sus días de continencia.

Diana era más sencilla, más natural, según se dice hoy, y se dejaba llevar de los dos instintos que el misántropo Fígaro reconoce como in-

natos en el bello sexo: el de amar y el de engañar. Nunca le había ocurrido la idea de elevar a teoría filosófica sus opiniones sobre lo que Charron y Montaine llaman lo honesto. Amar a Bussy era su lógica; no ser más que de Bussy era su moral; y conmoverse al simple contacto de su mano era su metafísica.

M. de Monsoreau, a los quince días de su herida, se encontraba ya mucho mejor. Había evitado la fiebre, merced a las aplicaciones de agua fría, nuevo remedio que la casualidad, o mejor dicho la Providencia, había hecho descubrir al médico de la corte Ambrosio Paré; había evitado la fiebre, decimos, cuando de repente se puso peor, a consecuencia de haber sabido que el duque de Anjou acababa de llegar a París con la reina madre y sus angevinos.

Razón tenía el conde para estar con cuidado, pues el duque, de Anjou, al día siguiente de su llegada, y bajo pretexto de saber de la salud

del montero mayor, visitó la casa de la calle de Petits Péres.

Imposible es cerrar la puerta a una Alteza Real cuando se presenta a dar una prueba tan grande de interés.

M. de Monsoreau recibió, pues, al príncipe, y el príncipe estuvo amabilísimo con el montero mayor y sobre todo con su mujer.

Tan luego como se despidió, M. do Monsoreau llamó a Diana; se apoyó en su brazo, y sin hacer caso de los gritos de Remigio, dio tres vueltas en torno de su sillón.

Hecho esto se sentó en el mismo sillón, en torno del cual, como hemos dicho, acababa de trazar una triple línea de circunvalación; parecía encontrarse muy satisfecho y Diana adivinó en su sonrisa que meditaba algún proyecto.

Pero esto pertenecía a la historia particular de la casa de Monsoreau. Volvamos al duque de Anjou, cuya llegada pertenece a la parte épi-

ca de este libro.

Ya se comprenderá que no fue un día indiferente para los observadores aquél en que Su Alteza Francisco de Valois hizo su entrada en el Louvre. Lo que observaron fue lo que sigue:

Mucha seriedad en el rey.

Mucha tibieza en la reina madre.

Y una humilde insolencia en el duque de Anjou, el cual parecía decir:

-¿A qué diablos me llamáis si, cuando regresara, pensabais ponerme tan mala cara?

Aquel recibimiento fue sazonado con miradas centelleantes, ardientes, devoradoras de parte de Livarot, Ribeirac y Antraguet, los cuales advertidos por Bussy, trataban de dar a entender a sus futuros antagonistas que si el combate encontraba algún obstáculo, este obstáculo no sería puesto por ellos.

Chicot entró y salió aquel día, fue y vino, y corrió de un lado a otro, más que César la vís-

pera de la batalla de Farsalia.

Luego todo quedó tranquilo.

A los dos días de su entrada en el Louvre pasó el duque de Anjou a hacer una visita al herido.

Monsoreau, sabedor de las menores circunstancias de la entrevista del rey con su hermano, estuvo amable y complaciente con el duque, para mantenerle en sus hostiles disposiciones.

Luego que el duque se hubo despedido, y encontrándose cada vez mejor, tomó el brazo de su mujer, y en vez de dar tres vueltas alrededador de su sillón, dio una alrededor de la estancia.

Después de lo cual se sentó con aire más satisfecho que la vez primera.

Aquella tarde misma hizo avisar Diana a Bussy que M. de Monsoreau meditaba algún proyecto.

Un momento después se hallaba Bussy a solas con Monsoreau.

-¡Cuando pienso -dijo éste- que el príncipe, que me pone tan buena cara es mi enemigo mortal y que fue quien comisionó a San Lucas para asesinarme!...

-¡Asesinaros! -exclamó Bussy-; no creáis tal, señor conde. San Lucas es caballero, y vos mismo confesáis que le desafiasteis, que sacasteis la espada el primero, y que recibisteis la estocada combatiendo.

-Es verdad, pero no lo es menos que San Lucas obraba por instigación del duque de Anjou.

-Mirad -dijo Bussy-, yo conozco al duque y a M. de San Lucas, y debo deciros que M. de San Lucas es amigo del rey y enemigo del príncipe. Si esa estocada os la hubiese dado Antraguet o Livarot o Ribeirac, no digo que... mas San Lucas...

-No sabéis la historia de Francia como yo, mi querido M. de Bussy -dijo Monsoreau afe-rrado en su opinión.

Bussy habría podido contestarle que si no sabía tan bien como él la historia de Francia, en cambio sabía perfectamente la de Anjou, y en especial la de la parte en que estaba situado Meridor.

Por último, Monsoreau consiguió levantarse y bajar al jardín.

-Esto me basta -dijo al subir a su cuarto.

-¿Por qué? -dijo Remigio-, ¿no os prueba bien el aire de la calle de Petits Péres? ¿echáis de menos alguna distracción?

-Al contrario -repuso Monsoreau-, tengo demasiadas distracciones; el duque de Anjou me fastidia con sus visitas; siempre trae consigo dos docenas de gentileshombres, y el ruido de sus espuelas me irrita terriblemente los nervios.

-¿Pero adónde vais?

-He hecho disponer mi casita frente al palacio de Tournelles.

Bussy y Diana se .miraron mutuamente recordando su primera entrevista en aquella casa.

-¡Cómo! ¿aquella casuca? -replicó imprudentemente Remigio.

-¡Hola! ¿sabéis cuál es? -dijo M. de Monsoreau.

-¡Pardiez! -dijo el joven-, ¿quién no sabe la casa del montero mayor de Francia? y especialmente, ¿cómo no la he de saber yo, habiendo vivido en la calle de Beautreillis?

Monsoreau, por costumbre, concibió una vaga sospecha.

-Sí, sí -dijo-, nos mudaremos y allí estaré bien. Es casa donde no se puede recibir sino a cuatro personas cuando más; es una fortaleza, y desde la ventana se ve a los que vienen a trescientos pasos de distancia, de modo que cuando se quiere se pueden evitar las visitas, sobre todo

hallándose uno bueno.

Bussy se mordió los labios: temía que llegase un tiempo en que M. de Monsoreau evitase también sus visitas.

Diana suspiró: se acordaba de haber visto en aquella casita a Bussy herido y desmayado en su lecho.

Remigio reflexionó, y, por consiguiente, fue el primero de los tres que rompió el silencio.

-No podéis mudaros -dijo.

-¿Y por qué, señor doctor? -replicó Monsoreau.

-Porque un montero mayor de Francia tiene visitas que recibir, criados que mantener y caballos que hacer cuidar. Se concibe que tenga un palacio para sus perros, pero no es concebible que tenga una perrera para él.

-¡Hum! -dijo Monsoreau en tono que quería dar a entender que Remigio tenía razón.

-Además -dijo Remigio-, yo soy médico del

corazón lo mismo que del cuerpo, y sé que lo que os da cuidado no es el vivir en esta casa o en otra.

-¿Qué es entonces?

-El que viva o no en ella vuestra esposa.

-¿Y qué?

-¿Y qué? Que se mude la condesa.

-¡Separarme de ella! -exclamó Monsoreau fijando en Diana una mirada más bien de ira que de amor.

-Entonces separaos de vuestro empleo, haced dimisión del cargo de montero mayor. Creo que esto sería prudente; porque una de dos o hacéis o no hacéis el servicio; si no le hacéis, el rey se disgustará, y si le hacéis...

-Haré lo que sea preciso -dijo Monsoreau apretando los dientes-, pero no me separaré de la condesa.

Apenas acabó el conde de decir estas palabras, se oyó en el patio gran ruido de caballos y

de voces.

Monsoreau se estremeció de ira.

-¡Otra vez el duque! -exclamó.

-Sí, justamente -dijo Remigio asomándose a la ventana.

En el mismo instante entró el duque en la sala sin hacerse anunciar, pues los príncipes tienen este privilegio.

Monsoreau, que se hallaba alerta, vio que la primera mirada de Francisco fue para Diana.

Pronto la inagotable galantería del duque puso más en claro sus sospechas, pues llevaba a Diana una joya de aquellas que consumen la cuarta parte de la vida de un artista, y obra de uno de los pacientes y generosos que ilustraran aquella época, en la cual las obras maestras, a pesar de la lentitud con que se ejecutaban, eran más frecuentes que en el día.

Era esta joya un hermoso puñal de mango de oro cincelado, cuyo mango era un frasco, y

en la hoja estaban grabadas con maravilloso talento varias figuras alusivas a la caza: perros, caballos, cazadores, cuervos, árboles y cielo se confundían allí en conjunto armonioso que obligaba a los ojos a fijarse durante largo tiempo sobre aquella hoja de azul y oro.

-Veamos -dijo Monsoreau, temiendo que el puñal contuviese oculto en el mango algún billete.

El príncipe disipó este temor separando el puñal en dos partes y diciendo:

-A vos que sois cazador la hoja, y a la condesa el mango. Buenos días, Bussy, ¿sois ahora amigo íntimo del conde?

Diana enrojeció, Bussy, por el contrario, no perdió su serenidad.

-Monseñor -dijo-, Vuestra Alteza olvida que esta mañana me mandó que viniese a saber de la salud de M. de Monsoreau: yo he obedecido siempre vuestras órdenes.

-Es cierto -dijo el duque.

Y se fue a sentar junto a Diana y le habló en voz baja.

Al cabo de un instante, dijo:

-Conde, en este aposento hace un calor horrible: veo que la condesa se está ahogando y voy a ofrecerle mi brazo para dar un vuelta por el jardín.

El marido y el amante dirigieron al duque una mirada de cólera.

Diana se puso de pie y se apoyó en el brazo del príncipe.

-Dadme el brazo -dijo Monsoreau a Bussy.

Y Monsoreau bajó detrás de su mujer.

-¡Hola, hola! -exclamó el duque-, parece que estáis fuertecillo.

-Sí, monseñor, y espero hallarme muy pronto en estado de poder acompañar a mi mujer adonde quiera que vaya.

-Muy bien, pero hasta tanto no conviene

que os fatiguéis.

Monsoreau mismo conoció cuán justa era esta observación.

Sentóse en un sillón desde donde podía ver todo lo que pasaba en el jardín.

-Mirad, conde -dijo a Bussy-, si quisierais hacerme un servicio, esta tarde misma acompañaríais a mi mujer a mi casita de la Bastilla: prefiero tenerla allí; ya que en Meridor la liberté de las garras de ese buitre, no dejaré que la devore en París.

-No podéis aceptar ese encargo, M. de Bussy -intervino Remigio.

-¿Y por qué? -preguntó Monsoreau.

-¿Y por qué? -repitió Bussy.

-Porque sois gentileshombres del duque de Anjou, y el duque de Anjou no os perdonaría nunca el haberle jugado semejante pieza.

-¿Qué me importa? -iba a gritar el impetuoso joven, cuando una mirada de Remigio le

indicó que debía guardar silencio.

Monsoreau, al cabo de un momento de meditación, dijo:

-Tiene razón Remigio, no es de vos de quien debo reclamar semejante servicio; iré yo mismo a llevarla, porque mañana o pasado mañana me hallaré en disposición de habitar la nueva casa.

-¡Qué locura! -dijo Bussy-, vais a perder vuestro empleo.

-Es posible -dijo el conde-, pero me quedaré con mi mujer.

Y al decir estas palabras arrugó el entrecejo: Bussy suspiró.

En efecto, aquella misma tarde el conde llevó a su mujer a la casa, frontera al palacio de Tournelles, bien conocida de nuestros lectores.

Remigio ayudó a la mudanza.

Luego, como era hombre de una fidelidad a toda prueba y como conociese que en aquella estrecha habitación tendría Bussy necesidad de

él, reanudó sus relaciones con Gertrudis, la cual comenzó por enojarse y acabó por perdonarle.

Diana volvió a ocupar su cuarto, aquel cuarto del retrato y del lecho de damasco con franjas de oro.

Un corredor le separaba tan sólo de la habitación del conde de Monsoreau.

Bussy se arrancaba a puñados los cabellos.

San Lucas pretendía que las escalas de cuerda habían llegado al más alto grado de perfección, y que podrían reemplazar admirablemente a las escaleras.

Monsoreau se restregaba las manos y se sonreía pensando en el chasco que se iba a llevar el duque de Anjou.

La excitación causa en algunos los mismos efectos que una pasión verdadera, así como el hambre da al lobo y a la hiena una apariencia de valor.

Bajo una impresión semejante volvió a París

el duque de Anjou, cuyo despecho fue grande cuando halló que Diana se había ausentado de Meridor: a la vuelta estaba casi enamorado de ella, justamente porque se la quitaban.

De aquí resultó su odio a Monsoreau, odio nacido el día en que supo que el conde le hacía traición, y que se transformó en una especie de furor, tanto más peligroso cuanto que, sabiendo ya por experiencia la energía de carácter del conde, quería mantenerse dispuesto para dar el golpe, sin temor de que Monsoreau se le pudiese devolver.

Por otra parte, no había renunciado a sus esperanzas políticas; todo lo contrario, y la seguridad de su propia importancia le había engrandecido a sus ojos. Principió, pues, de nuevo, apenas volvió a París, sus tenebrosas y subterráneas maquinaciones. El momento era favorable; gran número de conspiradores vacilantes, de aquellos que se suman siempre al parti-

do que más probabilidades tiene de triunfo, tranquilizados por la especie de victoria que la debilidad del rey y la astucia de Catalina acababan de dar a los angevinos, se apresuraban a ofrecer sus servicios al duque de Anjou, uniendo así por medio de hilos imperceptibles, pero fuertes, la causa del príncipe con la de los Guisas, los cuales prudentemente aislados, guardaban un silencio que alarmaba en gran manera a Chicot.

Por lo demás, el duque no tenía ninguna clase de confianza en materias políticas, y sólo le mostraba una especie de amistad hipócrita. Asaltóle un temor vago al encontrar a su gentilhombre en casa de Monsoreau, y veía con malos ojos la franqueza que el montero mayor, tan desconfiado de por sí, tenía con él. Asustábale también la alegría que iluminaba el semblante de Diana, y los frescos colores que la hacían tan apetecible. El príncipe sabía

que las flores no toman color ni perfume sino bajo la influencia del sol, y las mujeres con el amor. Díana era visiblemente dichosa, y para el príncipe, siempre receloso y mal intencionada, la dicha de otro era una hostilidad.

Habiendo nacido de familia real, habiéndose hecho poderoso por caminos tortuosos y sombríos, hallándose decidido a usar de la fuerza, ya en sus amores, ya en su venganza desde que el uso de la fuerza le había resultado tan bien, aconsejado además por Aurilly, pensó que sería vergonzoso para él reprimir sus deseos, en vista de obstáculos tan ridículos como son los celos de un marido y la repugnancia de una mujer.

Un día que había dormido mal y tenido malos ensueños, diese cuenta de que sus deseos habían llegado al último punto, 'y mandó disponer los caballos para ir a ver a Monsoreau.

Monsoreau, como hemos dicho, se había

trasladado a su nueva casa.

El príncipe se sonrió al saber la noticia, que le pareció el sainete de la comedia de Meridor. Informóse, aunque solamente *pro fórmula,* del punto donde estaba situada la casa, y le contestaron que en la plaza de San Antonio. Entonces, volviéndose a Bussy que le acompañaba, le dijo:

-Vamos, pues, a la plaza de San Antonio.

La escolta se puso en marcha y en breve se alborotó el barrio con la presencia de los veinticuatro gallardos gentileshombres que componían ordinariamente la comitiva del príncipe, y de los cuales cada uno llevaba consigo dos lacayos y tres caballos.

El príncipe conocía bien la casa y la puerta; Bussy lo sabía tanto como él. Se detuvieron ambos delante de ella, entraron en el patio y subieron juntos; solamente que el príncipe entró en las habitaciones y Bussy se quedó a la entrada.

De esto resultó que el príncipe, que parecía

el privilegiado, vio solamente a Monsoreau, el cual le recibió medio tendido en un gran sillón, mientras que Bussy y fue recibido en los brazos de Diana, la cual le estrechó fuertemente en ellos, mientras- que Gertrudis hacía de centinela.

Monsoreau, naturalmente pálido, se puso lívido al ver al príncipe, pues era su visión terrible.

-¡Monseñor! -dijo estremeciéndose de despecho-. ¡Vuestra Alteza en mi pobre casa! Verdaderamente que éste es demasiado honor para lo poco que yo valgo.

La ironía era visible, pues apenas se tomaba el conde el trabajo de disimularla.

Sin embargo, el príncipe aparentó que no la notaba, y aproximándose al convaleciente, le dijo sonriéndose:

-A cualquier parte adonde vaya un amigo enfermo, allí iré yo para saber su salud.

-Vuestra Alteza ha pronunciado, a lo que creo, la palabra amigo.

-Sí, mi querido conde: ¿y cómo os halláis?

-Mucho mejor, monseñor, me levanto, me paseo y dentro de ocho días creo estar completamente bueno.

-¿Es vuestro médico el que os ha mandado tomar los aires de la Bastilla? -dijo el príncipe con el acento más candoroso del mundo.

-Sí, monseñor.

-¿No estabais bien en la calle de Petits Péres?

-No, monseñor; allí iba mucha gente, y por lo tanto metía mucho ruido.

Él conde pronunció estas palabras con cierto tono de firmeza que no dejó de ser notado por el príncipe, pero éste no creyó conveniente demostrar que lo había advertido.

-Pero no tenéis jardín aquí, me parece.

-El jardín me incomodaba, monseñor -

repuso Monsoreau.

-¿Pues dónde os paseabais, querido?

-No me paseaba.

El príncipe se mordió los labios y se recostó en la silla.

-¿Sabéis, conde -dijo después de un instante de silencio-, que hay muchos que piden al rey vuestro empleo de montero mayor?

-¡Bah! ¿y con qué pretexto, monseñor?

-Muchos pretenden que habéis muerto.

-¡Oh, monseñor! pues yo estoy convencido de que no hay tal cosa.

-Pues yo no estoy seguro de nada, porque si os enterráis claro es que estáis muerto.

Monsoreau se mordió los labios.

-¿Qué queréis, monseñor? -dijo-, prefiero perder mi empleo.

-¿De veras?

-Sí, hay cosas que prefiero a los empleos.

-¡Ah! -dijo el príncipe-, eso es ser muy des-

interesado.

-Yo soy así, monseñor.

-Toda vez que sois así, no llevaréis a mal

que el rey lo sepa.

-¿Quién se lo ha de decir?

-¡Oh! si me pregunta tendré que repetirle

nuestra conversación.

-¡Pardiez! monseñor, si fuese uno a contar al

rey todo lo que se habla en París, no le bastarían

a su Majestad los dos oídos.

-¿Qué se habla en París? -dijo el príncipe

volviéndose hacia el conde con tanta rapidez

como si le hubiera picado una víbora.

Monsoreau vio que poco a poco la conver-

sación había tomado un giro demasiado serio

para un convaleciente; calmó, pues, la cólera

que hervía en el fondo de su alma, y dando a su

rostro una expresión de indiferencia, dijo:

-¿Qué sé yo? Yo soy un pobre paralítico y

los acontecimientos se suceden sin que tenga la

menor noticia de ellos. Si el rey está disgustado de mí por hacer tan mal el servicio, no tiene razón.

-¿Por qué?

-Porque me encuentro herido.

-¿Y qué?

-Y mi herida es en cierta manera culpa suya.

-Explicaos.

-M. de San Lucas que me dio esta estocada, ¿no es uno de los primeros favoritos del rey? El rey fue quien le enseñó el juego por cuyo medio me atravesó el pecho, y aun no diré yo que no fuese el rey quien le dio el encargo de matarme.

El duque de Anjou hizo casi un signo de aprobación.

-Tenéis razón -dijo-; pero al fin el rey es el rey.

-Hasta que deje de serlo, ¿no es esto? -dijo Monsoreau.

El duque se estremeció.

-A propósito -exclamó, ¿no vive aquí ma-
dame de Monsoreau?
-Está indispuesta, monseñor, que, si no, ya
habría venido a ofrecer sus homenajes a Vues-
tra Alteza.
-¿Está indispuesta? ¡Pobrecilla!
-Sí, monseñor.
-Sin duda el sentimiento de veros sufrir.
-Eso en primer lugar, y después la fatiga de
la mudanza.
-Espero que la indisposición será corta, mi
querido conde. Tenéis un médico muy inteli-
gente.
Y se levantó de la silla.
-Cierto -dijo Monsoreau-, que Remigio me
ha asistido perfectamente.
-Más Remigio es el médico de Bussy.
-En efecto, monseñor, M. de Bussy me le ha
enviado.
-¿Sois, pues, amigo de Bussy?

--Es mi mejor y aun debería decir mi único amigo -contestó fríamente Monsoreau.

-Adiós, conde -dijo el príncipe levantando la cortina de damasco. En el mismo instante, y al pasar la cabeza por entre los tapices creyó ver el extremo de una falda ocultarse en el cuarto inmediato y a Bussy acudir corriendo a su puesto que era el final del corredor.

Aumentáronse las sospechas del duque.

-Vamos, Bussy -dijo.

Bussy, sin contestar, bajó inmediatamente la escalera para dar a la escolta orden de prepararse, y tal vez también para ocultar su turbación al príncipe.

Este, cuando se quedó solo, intentó entrar en el corredor donde había visto desaparecer la falda de un vestido de seda.

Pero al volverse vio a Monsoreau que le había seguido y permanecía de pie, pálido y apoyado en el quicio de la puerta.

-No es por ahí, monseñor -dijo con frialdad el conde.

-Es verdad -tartamudeó el duque-, gracias.

Y bajó la escalera ardiendo en cólera.

En todo el camino, que era largo, no hablaron Bussy y él una palabra.

Bussy dejó al duque a la puerta de su palacio.

Cuando el príncipe se quedó solo en su gabinete, Aurilly penetró en él misteriosamente.

-¿Qué te parece? -dijo el duque al verlo-. El marido se mofa de mí.

-Y tal vez el amante también -repuso el músico.

-¿Qué decís?

-La verdad.

-Acaba.

-Espero, monseñor, que me perdonaréis, pues lo que he hecho ha sido solamente por servir a Vuestra Alteza.

-Yo te perdono de antemano, di.

-Pues bien, desde el soportal del patio estuve en observación desde que Vuestra Alteza subió.

-¿Y qué viste?

-Vi un vestido de mujer; vi que aquella mujer se inclinaba, vi dos brazos que rodeaban su cuello, y como mi oído está ejercitado, percibí distintamente el ruido de un beso largo y tierno.

-¿Pero quién era el hombre? -interrogó el duque-, ¿le conociste?

-Yo no puedo conocer brazos -dijo Aurilly-; los guantes no tienen cara, monseñor.

-Sí, pero se pueden conocer los guantes.

-En efecto, me pareció... -repuso Aurilly.

-¿Que los conocías? vamos.

-Pero ésta no es más que una presunción.

-No importa, di.

-Pues bien, monseñor, me pareció que eran

los guantes de M. de Bussy.

-¿Guantes de piel de búfalo bordados de oro? -preguntó el duque, de cuya vista desapareció de repente la nube que ocultaba la verdad.

-De piel de búfalo bordados de oro; sí, monseñor, eso es -repitió Aurilly.

-¡Ah, Bussy! Sí, Bussy era, no hay duda -exclamó nuevamente el duque-; ¡ciego de mí! Pero no, no estaba yo ciego, sino que me era imposible creer en tanta audacia.

-Cuidado, monseñor -dijo Aurilly-, creo que Vuestra Alteza habla demasiado alto.

-¡Bussy! -repitió otra vez el duque, recordando mil circunstancias que al principio le habían parecido insignificantes, y que entonces tomaban a sus ojos abultadas formas.

-No obstante, monseñor -dijo Aurilly-, no debemos fiarnos mucho de las apariencias: ¿no podía haber estado un hombre oculto en el cuarto de madame de Monsoreau?

-Sin duda, pero Bussy que se hallaba en el corredor le habría visto.

-Es verdad, monseñor.

-Y además los guantes.

-También es verdad, y después, además del ruido del beso, oí. .

-¿Qué?

-Unas palabras.

-¿Cuáles?

-Estas: hasta mañana a la noche.

-¡Oh!

-De modo, monseñor, que si quisiéramos volver a emprender las expediciones que hicimos en otro tiempo, podríamos averiguar la verdad.

-Aurilly, mañana por la noche participaremos.

-Vuestra Alteza sabe que estoy á sus órdenes.

-Bien. ¡Ah, Bussy! -repitió el duque entre

dientes-: ¡Bussy traidor a su príncipe! ¡Bussy, el espantajo de todos, el hombre honrado. . . el que no quiere que sea yo rey de Francia!

Y el duque, sonriéndose con gesto infernal, despidió a Aurilly para meditar a sus anchas.

LXXVIIL LOS ACECHADORES

Aurilly y el duque de Anjou se cumplieron mutuamente la palabra: el duque retuvo consigo a Bussy todo lo que pudo durante el día, con objeto de no perderle de vista.

Bussy no deseaba otra cosa más que hacer por el día la corte al príncipe para tener la noche libre. Este era su sistema y le practicaba sin segunda intención.

A las diez de la noche se embozó en la capa, y con su escala debajo del brazo se dirigió hacia la Bastilla.

El duque, ignorando que Bussy tenía una escala en su aposento, y no pudiendo creer que de aquella manera se aventurase solo por las

calles de París, pensando además que pasaría por su palacio para tomar un caballo y un criado, perdió diez minutos en preparativos, durante los cuales, Bussy listo y enamorado, recorrió las tres cuartas partes de su camino.

Todo le salió a nuestro gentilhombre a pedir de boca como sucede de ordinario a las personas atrevidas; no tuvo ningún mal encuentro, y aproximándose a la ventana vio la luz que reflejaba en los vidrios.

Era la señal convenida entre él y Diana.

Lanzó la escala al balcón; aquella escala tenía seis garfios colocados unos hacia arriba y otros hacia abajo, de modo que siempre se asían de alguna parte.

Al ruido apagó Diana la luz y abrió el balcón para afirmar la escala.

Esto quedó hecho al momento.

Diana dirigió la vista a todos lados, examinó los rincones de la plaza, y hallándola desier-

ta, hizo seña a Bussy de que podía subir. Bussy subió los escalones dos a dos, y como la escala tenía diez, en cinco saltos, o lo que es lo mismo, en cinco segundos, se puso en el balcón.

El momento no podía estar mejor escogido, pues mientras Bussy subía por la escala, M. de Monsoreau, después de haber escuchado pacientemente por más de diez minutos a la puerta del aposento de su mujer, bajaba muy despacio la escalera apoyado en el brazo de un criado de confianza, el cual sustituía con ventaja a Remigio siempre que no se trataba de administrar medicamentos al herido.

Esta doble maniobra, que no parecía sino que había sido combinada por un hábil profesor de estrategia, fue de tal manera ejecutada, que Monsoreau abría la puerta de la calle en el momento mismo en que Bussy retiraba la escala y Diana cerraba el balcón.

Hallóse Monsoreau en la calle, pero ésta se

hallaba desierta como hemos dicho y el conde no vio nada.

-¿Te habrán informado mal? -dijo al criado.

-No, señor -contestó éste-; acabo de venir del palacio de Anjou, y el palafranero mayor, que es amigo mío, me ha afirmado positivamente que Su Alteza -había pedido dos caballos para esta noche; pero puede ser que los quisiese para ir a otra parte.

-¿Adónde quieres que vaya? -dijo Monsoreau con aire sombrío.

El conde era como todos los celosos, que no creen que el resto de la humanidad puede pensar en otra cosa más que en atormentarles.

Miró por segunda vez a todos lados.

-Acaso hubiera sido mejor quedarme en el cuarto de Diana -murmuró-; pero tal vez tienen señales para corresponderse, ella le había avisado y yo nada había sabido. Más vale acechar desde fuera según hemos concertado. Vamos

llévame a ese sitio oculto, desde el cual dices que se puede ver todo.

-Venid, monseñor -dijo el criado.

Monsoreau avanzó apoyándose por un lado en el brazo de su doméstico, y por otro en la pared.

En efecto, a veinte o veinticinco pasos de la puerta, al lado de la Bastilla, había un montón de piedras y escombros de casas demolidas que servían de fortificaciones a los muchachos del barrio cuando simulaban los combates de los Armagnacs y de los Borgoñones.

En medio de aquellos escombros había practicado el criado una especie de garita, donde con facilidad podían ocultarse dos personas.

Extendió su capa sobre las piedras y Monsoreau se sentó encima de ella.

El criado se sentó a los pies del conde, teniendo a su lado un mosquete bien cargado y pronto para todo evento.

Quiso preparar la mecha del arma, pero Monsoreau le detuvo diciendo:

-Espera un instante, siempre hay tiempo para eso: es caza real la que acechamos, y tiene pena de horca el que ponga la mano sobre ella.

Y sus ojos ardientes como los de un lobo emboscado en las cercanías de una manada, se dirigían de las ventanas de Diana al obscuro arrabal, y del arrabal a las calles adyacentes, porque deseaba sorprender y temía ser sorprendido.

Diana había corrido prudentemente las tupidas cortinas de tapicería, de modo que sólo por sus bordados filtraba un rayo luminoso que anunciaba que había una persona en vela en aquella casa absolutamente negra.

Apenas transcurrieron diez minutos desde que Monsoreau se había ocultado cuando se presentaron dos hombres a caballo saliendo por la calle de San Antonio.

El criado nada dijo, pero extendió la mano en dirección de los dos caballos.

-Sí -repuso Monsoreau-, ya lo veo.

Los dos jinetes echaron pie a tierra a la esquina del palacio de Tournelles, y ataron sus caballos a las anillas de hierro colocadas en la puerta para este efecto.

-Monseñor -exclamó Aurilly-, creo que llegamos tarde; habrá venido directamente desde su palacio, y como nos lleva diez minutos de delantera, habrá entrado ya.

-Bueno -dijo el príncipe-, mas si no le vemos entrar, le veremos salir.

-Sí, ¿pero cuándo? -dijo Aurilly.

-Cuando queramos -respondió el príncipe.

-¿Será demasiada curiosidad preguntaros qué pensáis hacer para eso, monseñor?

-Una cosa muy sencilla. No tenemos más que llamar a la puerta uno de nosotros, tú, por ejemplo, bajo el pretexto de preguntar por la

salud de M. de Monsoreau. El amante se asustará al ruido, y cuando tú entres en la casa él saldrá por la ventana y yo que me habré quedado fuera le veré huir.

-¿Y Monsoreau?

-¿Qué diablos quieres que diga? Es mi amigo, su salud me preocupa, y mando a saber de ella, porque le he encontrado de mala cara esta mañana, nada más sencillo.

-El plan no puede ser más ingenioso, monseñor.

-¿Oyes lo que dicen? -preguntó Monsoreau a su criado.

-No, monseñor, pero si siguen hablando no podremos menos de oírles porque vienen hacia este lado.

-Monseñor -dijo Aurilly-, aquí hay un montón de piedras que parece dispuesto expresamente para ocultar a Vuestra Alteza.

-Sí, pero aguarda, quizás se pueda ver algo

por entre las cortinas.

En efecto, Diana había atizado la luz o acercádola al balcón, y desde fuera se veía un leve resplandor.

El duque y Aurilly pasearon la calle durante diez minutos buscando un punto, desde donde poder ver lo que pasaba en lo interior del cuarto.

Mientras tanto, Monsoreau, impaciente y colérico, ponía la mano sobre el cañón del mosquete, menos frío que ella.

-¡Oh! ¿y he de aguantar esto? -murmuraba-, ¿he de sufrir esta afrenta? no, no; ya' se me agota la paciencia. ¡Pardiez! no poder dormir, ni velar, ni aun vivir tranquilo, porque a ese miserable príncipe se le ha puesto en la cabeza deshonrarme. No, yo no soy un criado complaciente, soy el conde de Monsoreau, y ¡vive Dios que si se dirige hacia aquí le he de saltar la tapa de los sesos! Enciende la mecha, Renato, enciende!

En aquel momento el príncipe, advirtiendo que era imposible ver nada por entre las cortinas, volvió a su primer proyecto, y ya se preparaba para esconderse entre los escombros mientras que Aurilly iba a llamar a la puerta, cuando éste, olvidando la categoría del príncipe, le asió de repente del brazo.

-¿Qué es esto? -exclamó el príncipe asombrado.

-Venid, monseñor, venid -contestó Aurilly.

-¿Pero por qué?

-¿No veis una cosa que brilla a la izquierda? Venid, monseñor, venid.

-Efectivamente, veo como una chispa en medio de esas piedras.

-Es la mecha de un mosquete o de un arcabuz., monseñor.

-¡Hola! -dijo el duque-, ¿y quién diablos puede estar oculto ahí?

-Algún amigo o criado de Bussy; separémo-

nos de aquí, daremos un rodeo y volveremos por otro lado: el criado dará el aviso y veremos a Bussy bajar del balcón.

-En efecto, tienes razón -dijo el duque-, vamos.

Y ambos atravesaron la calle encaminándose hacia el punto donde habían dejado los caballos.

-Se van -dijo el criado.

-Sí -dijo Monsoreau-; ¿les has conocido?

-Me parece que son el príncipe y Aurilly.

-Precisamente, pero ahora lo sabré de cierto.

-¿Qué va a hacer vueseporia?

-Ven.

Entretanto el duque y Aurilly se entraron por la calle de Santa Catalina, con ánimo de seguir las tapias de los jardines y volver por el baluarte de la Bastilla.

Monsoreau entró en su casa y mandó preparar la litera.

Lo que había previsto el duque sucedió, el ruido que hizo Monsoreau alarmó a Bussy; apagóse la luz, abrióse la ventana, fijóse la escala de cuerda, y Bussy tuvo el pesar de verse obligado a huir, sin haber visto, como Romeo, la primera luz del día, ni oído cantar la calandria.

En el instante en que ponía el pie en tierra y Diana le echaba la escala, el duque y Aurilly salían por la esquina de la Bastilla, y vieron precisamente debajo del balcón de la hermosa Diana una sombra suspendida entre el cielo y la tierra, cuya sombra desapareció casi en seguida tras la esquina de la calle de San Pablo.

-Señor -decía el criado de Monsoreau-, vamos a despertar a todos los de la casa.

-¿Qué importa? -decía Monsoreau furioso-, creo que yo soy aquí el amo y que tengo el derecho para hacer en mi casa lo que quería hacer el señor duque de Anjou.

La litera estaba dispuesta; Monsoreau envió a llamar a dos de sus dependientes que le acompañaban siempre que estaba herido, y que vivían en la calle de Tournelles, y luego que llegaron y se situaron a uno y otro lado de la máquina, partió ésta tirada por dos robustos caballos, que caminando al trote llegaron en menos de un cuarto de hora a la puerta del palacio de Anjou. Los caballos del duque y Aully aun tenían puesto el freno, prueba de que sus amos acababan de entrar en aquel momento.

Monsoreau, que tenía entrada franca en el palacio ducal, se presentó a la puerta del gabinete del duque, precisamente en el momento en que éste, después de haber dejado el sombrero en un sillón, extendía la pierna para que le sacase las botas una ayuda de cámara.

No obstante, anunció su llegada un criado que le precedía algunos pasos.

Un rayo que hubiera roto los cristales de su

cuarto no habría asombrado más al príncipe que el anuncio que acababa de oír.

-¡Monsieur de Monsoreau! -exclamó con una emoción que se dejaba conocer en su palidez y en el tono de su voz.

-Sí, Monsoreau, yo mismo -repuso el conde, comprimiendo, o más bien procurando comprimir la sangre que bullía en sus arterias, y haciendo para ello un esfuerzo tan violento, que se le doblaron las piernas y cayó sentado en una silla a la entrada del aposento.

-Os vais a matar, querido amigo -dijo el duque-, y en este momento estáis tan pálido que parece que vais a desmayaros.

-¡Oh! no, monseñor; por ahora tengo cosas demasiado importantes que confiar a Vuestra Alteza; luego tal vez me desmayaré, pero ahora no.

-Vamos, hablad, querido conde -dijo Francisco turbado.

-Lo que tengo que decir a Vuestra Alteza no debe oírlo ninguna otra persona.

El duque despidió a todos sus sirvientes y aun al mismo Aurilly.

Los dos personajes se quedaron solos.

-¿Vuestra Alteza viene de fuera? -dijo Monsoreau.

-Ya lo veis, conde. ¿Es una imprudencia andar así de noche por las calles?

-Ese polvo que cubre vuestro traje, monseñor.

-Monsieur de Monsoreau -exclamó el príncipe en tono cuya significación no podía equivocarse-: ¿hacéis otro oficio además del de montero mayor?

-¿El oficio de espía? sí, monseñor; todo el mundo le hace en el día, unos más y otros menos.

-¿Y qué os proporciona ese oficio?

-El saber lo que pasa.

-No deja de ser curioso lo que me decís -
repuso el príncipe acercándose a la plancha de
metal para estar pronto a llamar en caso pre-
ciso.

-Muy curioso -dijo Monsoreau.

-Vaya, contádmelo.

-No he venido a otra cosa.

-¿Permitís que me siente?

-Dejad la ironía, monseñor, para emplearla
con otro que no sea un humilde y fiel amigo
como yo, que viene a esta hora y en el estado en
que se halla, solo por prestaros un
señalado servicio. Si me he sentado, monse-
ñor, es porque no puedo estar de pie.

-Un servicio -replicó el duque-; un servicio.

-Sí.

-Hablad, pues.

-Monseñor, vengo en nombre de un pode-
roso príncipe.

-¿Del rey?

-No, del señor duque de Guisa.

-¡Ah! -dijo el príncipe-, de parte del duque de Guisa; eso es otra cosa; acercaos y hablad bajo.

LXXIX. CONTINUACION DEL ANTERIOR

Hubo un instante de silencio, al cabo del cual dijo:

-Y bien, señor conde, ¿qué tenéis que decirme de parte de los señores de Guisa?

-Muchas cosas, monseñor.

-¿Os han escrito?

-¡Oh, no, monseñor! Los señores de Guisa no escriben ya desde la singular desaparición de maese Nicolás David.

-Entonces habréis estado en el ejército.

-No, monseñor, ellos son los que han venido a París.

-¡Los Guisa en París! -murmuró el duque.

-Sí, monseñor.

-¡Y no les he visto yo!

-Son demasiado prudentes para exponerse y exponer al mismo tiempo a Vuestra Alteza.

-¿Cómo no me han avisado?

-Ya lo hacen, puesto que vengo yo a eso.

-¿Y qué vienen a hacer aquí?

-Vienen a la cita que les habéis dado.

-¿Yo les he dado una cita?

-Indudablemente, el mismo día en que Vuestra Alteza fue preso recibió una carta de los Guisa, a la cual respondió verbalmente por mi conducto que se presentasen en París del 31 de mayo al 2 de junio. Estamos en 31 de mayo, si Vuestra Alteza ha olvidado a los Guisa, los Guisa no han olvidado a Vuestra Alteza.

Francisco se puso pálido: habían ocurrido tantas cosas desde el día en que diera la cita, que ya se había olvidado de ella, no obstante su importancia.

-Es verdad -dijo el conde-, pero las relaciones que existían en aquella época entre los Gui-

sas y yo ya no existen.

-Si así es, monseñor -dijo el conde- haríais bien en avisárselo, porque yo creo que ellos miran las cosas de otro modo.

-¿Cómo así?

-Sí, monseñor; tal vez Vuestra Alteza, se cree libre de todo compromiso con ellos, pero ellos siguen creyéndose aliados de Vuestra Alteza.

-Engaño, mi querido conde, lazo en que un hombre como yo no se deja coger dos veces.

-¿Y dónde le cogieron a Vuestra Alteza la primera vez?

-¡Cómo? ¿Dónde? En el Louvre. ¡Pardiez!

-¿Por culpa de los Guisa?

-No diré precisamente que par culpa de ellos -repuso el príncipe-, pero digo que no han contribuido a mi evasión.

-Difícil era que contribuyesen, pues que también ellos tenían que ocultarse.

-Es cierto -murmuró el duque.

-Pero luego que estuvisteis en Anjou, ¿no he llevado yo el encargo de deciros de su parte que podríais contar con ellos como ellos contaban con vos, y que el día en que marchaseis sobre París ellos marcharían también?

-Es verdad -dijo el duque-; pero yo no he marchado sobre París.

-Sí tal, monseñor, pues que en París estáis.

-Sí, más estoy como aliado de mi hermano.

-Vuestra Alteza me permitirá que le diga que es algo más aliado de los Guisas.

-¿Qué soy?

-Su cómplice.

El duque de Anjou se mordió los labios.

-¿Y decís que os han dado la comisión de anunciarme su llegada?

-Sí, señor, me han hecho esa honra.

-Más no os han comunicado los motivos de su vuelta.

-Sí, señor; sabiendo que poseo la confianza de Vuestra Alteza me han dado parte de todo, de motivos y de proyectos.

-¡Luego tienen proyectos! ¡Y cuáles!

-Los mismos.

-¿Y los juzgan practicables?

-Los tienen por ciertos.

-Y el objeto de esos proyectos es...

El duque se detuvo, no osando pronunciar las palabras que debían seguir naturalmente a las que acababa de decir.

Monsoreau acabó de expresar el pensamiento del duque, diciéndole: -Haceros rey de Francia; sí, monseñor.

El duque se puso colorado de alegría.

-¿Pero es favorable el instante? -preguntó.

-Vuestra sabiduría decidirá.

-¿Mi sabiduría?

-Sí, estos son los hechos, hechos visibles, irrecusables.

-Vamos a ver.

-El nombramiento del rey como jefe de la Liga, ha sido una farsa conocida al momento. Ahora se está verificando la reacción y todo el pueblo se subleva contra la tiranía del rey y de sus hechuras. Los predicadores convocan al pueblo a las armas, en las iglesias se maldice al rey en vez de rezar, el ejército está impaciente, los paisanos forman asociaciones, nuestros emisarios hacen cada día nuevos prosélitos y aumenta el número de individuos de la Liga, en fin, el reinado de Valois toca a su fin. En estas circunstancias los Guisas necesitan elegir un competidor de prestigio para el trono, y su elección ha recaído naturalmente en Vuestra Alteza. Ahora bien, ¿renunciáis a vuestras antiguas ideas?

El duque no contestó.

-Y bien -preguntó Monsoreau- ¿qué piensa Vuestra Alteza?

-¡Psé! -respondió el príncipe-, pienso...

-Vuestra Alteza sabe que puede hablar conmigo con toda franqueza.

-Pienso -dijo el duque-, que mi hermano no tiene hijos, que muriendo él me corresponde el trono de derecho, que su salud está quebrantada, y que por tanto no necesito promover agitaciones ni comprometer mi nombre, mí dignidad y mi afecto por apoderarme con peligro de una cosa que al fin he de obtener sin él.

-Ese es justamente -dijo Monsoreau-, el engaño de Vuestra Alteza: no penséis heredar el trono de vuestro hermano, si no lo tomáis por la fuerza. Los Guisas no pueden hacerse reyes, pero no dejarán reinar sino a quien satisfaga sus esperanzas. Ellos han contado con Vuestra Alteza para ocupar el puesto del rey actual; pero si Vuestra Alteza se niega buscarán otro.

-¿Y quién? -exclamó el duque de Anjou frunciendo el ceño-, ¿quién osará sentarse en el

trono de Carlomagno?

-Un Borbón, en lugar de un Valois: un hijo de San Luis en lugar de otro hijo de San Luis.

-¿El rey de Navarra? -preguntó Francisco.

-¿Y por qué no? Es joven y valiente: cierto es que no tiene hijos, pero también se sabe de cierto que puede tenerlos.

-Es hugonote.

-¿Y no se convirtió el día de San Bartolomé?

-Sí, pero abjuró después.

-Bien, lo que hizo por la vida luego lo hará por el trono.

-¿Creen que cederé mis derechos sin defenderlos?

-Está previsto ese caso.

-Les haré una guerra cruel.

-¡Bah! ellos son gente de armas tomar.

-Me pondré a la cabeza de la Liga.

-La Liga les pertenece.

-Me reuniré con mi hermano.

-Vuestro hermano ya no existirá.

-Llamaré en mi auxilio a los reyes de Euro-

pa.

-Los reyes de Europa harán de buen grado

la guerra a los reyes, pero se mirarán mucho

antes de hacérsela a un pueblo.

-¿Cómo a un pueblo?

-Sin duda, porque los Guisas están resueltos

a todo, hasta a constituir estados, hasta a for-

mar una república.

Francisco cruzó las manos con inexplicable

angustia, Monsoreau estaba tan formidable con

sus respuestas que no le dejaban salida alguna.

-¿Una república? -murmuró.

-Sí, monseñor, como Suiza, como Génova,

como Venecia.

-Pero mi partido no dejará que se establezca

en Francia la república.

-¿Vuestro partido? -dijo Monsoreau-; Vues-

tra Alteza ha sido tan desinteresado, tan mag-

nánimo que puedo afirmarle que su partido no se compone más que de dos personas, M. de Bussy y yo.

El duque no pudo contener una sonrisa siniestra, y dijo:

-¿Conque tengo ligadas las manos?

-Poco menos, monseñor.

-Entonces, ¿qué necesidad hay de acudir a mí, si como decís nada puedo?

-Nada podéis, monseñor, contra los Guisas, mas sois omnipotente con ellos.

-¿Con ellos?

-Sí, monseñor, decid una palabra y sois rey.

El duque se levantó muy agitado y se puso a pasear por el cuarto, arrugando con furor cuanto caía en sus manos, cortinas, tapices, cubiertas de mesa; por último, se detuvo frente a Monsoreau, v dijo:

-Tenéis razón, conde, no puedo contar más que con dos amigos, que sois, tú y Bussy.

Y dijo estas palabras acompanandolas con una sonrisa benévola.

-Así pues -dijo Monsoreau con ojos centelleantes de alegría.

-Así, pues, fiel servidor -repuso el duque-, habla que ya te oigo.

-¿Vuestra Alteza lo manda?

-Sí.

-Pues bien, en dos palabras diré a Vuestra Alteza cuál es el plan. El duque palideció, pero prestó atención.

El conde dijo:

-Dentro de ocho días es la función del Corpus.

-Sí.

-El rey tiene dispuesto para ese día una gran procesión que pasará por los principales conventos de París.

-Es costumbre que el rey asista a la procesión en tal época.

-Entonces, como recordará Vuestra Alteza,
el rey va sin guardias, o al menos los guardias
se quedan a la puerta, Su Majestad se detiene
delante de cada altar, se arrodilla y reza cinco
pater noster y cinco Aves Marías, todo acom-
pañado de los siete salmos de la penitencia.
-Ya lo sé.
-Irá al convento de Santa Genoveva así co-
mo a los demás.
-Sin duda.
-Sólo que como durante la noche habrá ocu-
rrido un accidente enfrente del convento...
-¿Un accidente?
-Sí, monseñor, se habrá hundido el terreno
de una alcantarilla.
-¿Y qué?
-El altar no podrá estar colocado bajo el pór-
tico como en otras ocasiones y estará dispuesto
en el mismo patio.
-Ya comprendo.

-El rey entrará, cuatro o cinco personas entrarán con él; pero detrás del rey y de esas cuatro o cinco personas se cerrarán las puertas.

-¿Y entonces?

-Entonces -añadió Monsoreau-, ¿sabe Vuestra Alteza quiénes son los frailes que harán los honores del convento a Su Majestad?

-Serán los mismos...

-Sí, monseñor, los mismos que se hallaban allí cuando Vuestra Alteza fue consagrado.

-¿Y se atreverán a poner las manos en el ungido del Señor?

-¡Oh! Si no es más que para cortarle el pelo: ya sabéis la copla.

Una de tres coronas
perdiste, ingrato,
y la segunda corre
riesgo inmediato,
y la tercera
te la haremos nosotros

con la tijera.

-¿Eso se atreverán a hacer? -repuso el duque, mostrando en sus brillantes ojos la ambición que le dominaba-, ¿tocarán a un rey a la cabeza?

-¡Oh! entonces ya no será rey.

-¿Cómo así?

-¿No habéis oído hablar de un padre de Santa Genoveva, de un santo varón que pronuncia discursos mientras llega la ocasión de hacer milagros?

-¿El P. Gorenflot?

-Precisamente.

-¿El mismo que quería predicar la Liga con el arcabuz al hombro?

-El mismo.

-¿Y qué?

-Llevarán al rey a su celda, y allí el P. Gorenflot se encarga de hacerle firmar su abdicación; luego, cuando haya abdicado, entrará Ma-

dame de Montpensier con las tijeras en la mano, tijeras que ya están compradas y son de oro macizo y están muy cinceladas, pues a tal señor, tal honor.

Francisco guardó silencio, sus ojos se habían dilatado como los del gato que acecha su presa en la obscuridad.

-Ya sabéis lo demás, monseñor -prosiguió el conde-. Se anuncia al pueblo que el rey, sintiéndose movido de un arrepentimiento santo de sus faltas, ha manifestado el deseo de no volver a salir del convento; y si algunos dudan que la vocación de Su Majestad sea verdadera, el duque de Guisa es dueño del ejército, el cardenal del clero y M. de Mayena de la clase media, con cuyos tres poderes se puede hacer creer al pueblo todo lo que se quiera.

-Pero se me acusará de violencia -dijo el duque al cabo de un instante.

-No estáis obligado a presenciar el acto.

-Todos me mirarán cómo usurpador.

-Vuestra Alteza olvida la abdicación.

-El rey rehusará hacerla.

-Parece que el P. Gorenflot es no solamente

hombre de capacidad sino de fuerza.

-¿Conque el plan es ya cosa resuelta?

-Por completo.

-¿Y no temen que yo lo denuncie?

-No, monseñor, porque hay otro no menos

seguro combinado contra vos para el caso de

que les vendieseis.

-¡Hola! -exclamó Francisco.

-Sí, monseñor, y ese no sé en qué consiste,

pues no me lo han confiado porque saben que

soy vuestro amigo.

-Siendo así me rindo, conde. ¿Qué debo

hacer?

-Aprobar.

-Pues bien, apruebo.

-Sí, más no basta aprobarlo con palabras.

-¿Pues cómo debo aprobarlo?

-Por escrito.

-Es locura creer que yo consienta en tal cosa.

-¿Y por qué?

-Porque si abortase la conjuración...

-Justamente quieren la firma de Vuestra Al-

teza para el caso de que la conjuración aborte.

-¡Hola! ¿Tratan de cubrirse con mi nombre?

-Ni más, ni menos.

-Entonces me niego a todo.

-No podéis negaros.

-¿Qué no?

-No, monseñor.

-¿Estáis loco?

-Negaros es traicionar la causa de los conju-

rados.

-¿Por qué?

-Porque sabéis el plan: yo quería callarlo,

Vuestra Alteza me ordenó que hablase.

-Pues bien, que lo tomen como quieran, si

he de elegir entre dos peligros, elijo éste.

-Monseñor, mirad no elijáis mal.

-Allá veremos -dijo Francisco algo conmovido, pero procurando no obstante conservar su firmeza.

-No os lo aconsejo -dijo Monsoreau.

-Firmando me comprometo.

-Y no firmando os suicidáis. Francisco se estremeció.

-¿Se atreverían?

-Se atreverán a todo, monseñor: la conspiración está ya muy adelantada y es preciso vencer a toda costa.

El duque quedó indeciso por algunos momentos; al cabo dijo:

-Firmaré.

-¿Cuándo?

-Mañana.

-No, monseñor, si habéis de firmar ha de ser ahora mismo.

-Pero antes es necesario que los Guisas redacten la obligación que yo he de firmar.

-Está redactada, monseñor, y la traigo conmigo.

Monsoreau sacó un papel del bolsillo en el cual se declaraba en nombre del príncipe, que éste se adhería completamente al proyecto que sabemos.

El duque le leyó desde el principio hasta el fin, y conforme iba leyendo le veía el conde ponerse pálido; cuando concluyó se le doblaron las piernas y se sentó, o más bien se dejó caer en un sillón delante de la mesa.

-Tomad, monseñor -dijo Monsoreau dándole una pluma.

-¿Conque es preciso firmar? -dijo Francisco poniéndose la mano en la frente, porque se le iba la cabeza.

-Es necesario, si así lo queréis; nadie os obliga a ello.

-¿Cómo que no se me obliga cuando me amenazáis con la muerte?

-Yo no os amenazo, monseñor. Dios me libre: os advierto lo que puede ocurrir, y esto, es muy diverso.

-Dadme acá -dijo el duque.

Y haciendo un esfuerzo tomó o más bien arrancó la pluma de las manos del conde y firmó.

Monsoreau seguía sus ademanes ardiendo en odio y esperanza. Cuando le vio poner la pluma en el papel tuvo que apoyarse en la mesa para sostenerse: sus pupilas parecían que se dilataban conforme la mano del duque iba formando las letras que ponían su nombre.

-¡Ah! -dijo luego que el duque hubo concluido.

Y tomando el papel con no menos violencia que la del duque cuando había cogido la pluma, le dobló, se lo guardó entre la camisa y la

tela de seda, que hacía oficio de chaleco en aquel tiempo, se abotonó la ropilla y se cruzó la capa por encima.

El duque le miraba sorprendido no sabiendo a qué atribuir la expresión de gozo feroz que animaba aquel rostro pálido.

-Y ahora, monseñor -dijo Monsoreau-, sed prudente.

-¿Cómo? -interrogó el duque.

-Sí, no os aventuréis de noche por las calles con Aurilly, como acabáis de hacerlo hace un momento.

-¿Qué quiere decir eso?

-Quiere decir que esta noche habéis salido con el fin de perseguir a una mujer a quien su marido adora y de quien está celoso hasta el punto de... sí, pardiez, hasta el punto de matar a cualquiera que se aproxime a ella son su permiso.

-¿Habláis de vos y de vuestra mujer?

-Sí monseñor, y pues lo habéis adivinado al instante, no trataré de negarlo. Yo me he casado con Diana de Meridor; ella es mía, mientras yo viva nadie la poseerá. Y para que os convenzáis, monseñor, de que digo verdad, lo juro por mi nombre y sobre este puñal.

Y puso la punta de su puñal casi sobre el pecho del príncipe: éste dio un paso atrás, y pálido de cólera dijo:

-¿Me amenazáis?

-No, monseñor, no hago más que avisaros como antes.

-¿Y qué me avisáis?

-Que nadie poseerá a mi mujer.

-Y yo, señor necio -exclamó el duque de Anjou fuera de sí-, yo os digo que la advertencia llega tarde y que ya hay uno que la posee.

Monsoreau lanzó un grito terrible, y asiéndose con las dos manos de los cabellos, exclamó:

-¿Sois vos, monseñor, sois vos?

Y su brazo armado sólo tenía que extender-

se para herir el pecho del príncipe.

-Estáis loco, conde -dijo preparándose para

llamar sobre la plancha de metal.

-No estoy loco, monseñor, veo claro y oigo

bien: acabáis de decirme que existe un hombre

que posee a mi mujer.

-Y lo repito.

-Decidme quién es ese hombre, y dadme

pruebas del hecho que habéis sentado.

-¿Quién se hallaba escondido esta noche a

veinte pasos de vuestra puerta con un mosque-

te?

-Yo.

-Pues bien, conde, entretanto...

-Entretanto...

-Un hombre estaba en vuestra casa, quiero

decir, en el aposento de vuestra mujer.

-¿Le visteis entrar?

-Le vi salir.

-¿Por la puerta?

-Por la ventana.

-¿Le conocisteis?

-Sí -repuso el duque.

-Decidme su nombre -exclamó Monsoreau-, decidme su nombre, monseñor, o no respondo de nada. El duque se pasó la mano por la frente y se sonrió con disimulo.

-Señor conde -añadió-, a fe de príncipe de la sangre, por Dios y por mi alma, os juro que dentro de ocho días os diré cómo se llama el hombre que posee a vuestra mujer.

-¿Me lo juráis? -preguntó monseñor.

-Os lo juro.

-Pues bien, monseñor, hasta dentro de ocho días -dijo el conde, dándose una palmada en el sitio donde tenía guardado el papel firmado por el príncipe-; hasta dentro de ocho días o si no... ya me comprendéis.

-Volved dentro de ocho días, y no digo más.

-Más vale así -dijo Monsoreau-; dentro de ocho días estaré restablecido; el que desea vengarse necesita tener todas sus fuerzas.

Y se despidió del príncipe con un gesto amenazador.

LXXX. UN PASEO AL CERCADO DE TOURNELLES

Mientras sucedían los acontecimientos que acabamos de referir habían ido volviendo poco a poco a París los partidarios del duque de Anjou.

Si dijésemos que volvían confiados no se nos creería. Sabían ellos perfectamente lo que eran el rey, su hermano y su madre, para esperar que todo se concluyese con abrazos de familia.

Tenían muy presente la batida que les habían dado los amigos del rey, y no podían decidirse a creer que en compensación de ello les

preparasen un triunfo.

Volvieron, pues, tímidamente, entrando en la ciudad armados de pies a cabeza, prontos a hacer fuego contra cualesquiera persona en quien advirtiesen el menor ademán sospechoso, y desenvainando cincuenta veces la espada antes de llegar al palacio de Anjou, contra paisanos que no cometían otro delito que el de mirarle. Antraguet, especialmente, se mostraba feroz y achacaba todas sus desgracias a los favoritos del rey, prometiéndose cuando llegara el caso decirles dos palabras bien dichas.

Dio parte de este proyecto a Ribeirac, que era hombre de buen consejo, y éste le contestó que antes de todo era necesario hallarse cerca de una frontera o de dos.

-Ya lo arreglaremos -dijo Antraguet.

El duque les recibió bien, pues eran sus favoritos, así como Maugiron, Quelus, Schomberg y d'Epernon, lo eran del rey.

Lo primero que les dijo fue:

-Amigos míos, parece que se trata de mata-
ros: ahora es de moda este modo de recibir a las
personas; vivid prevenidos.

-Ya lo estamos, monseñor -contestó Antra-
guet-, pero ¿no sería conveniente que fuésemos
a ofrecer a Su Majestad nuestros humildes res-
petos? Porque en fin, si nos ocultamos no será
grande honor para la provincia de Anjou: ¿qué
os parece?

-Tenéis razón -dijo el duque-, id; y si queréis
yo os acompañaré. Los tres jóvenes se consulta-
ron con una mirada. En aquel instante entró
Bussy y fue a abrazar a sus amigos.

-Mucho habéis tardado -dijo-; ¿pero qué es
lo que acabo de oír? Su Alteza quiere nada me-
nos que ir a recibir la muerte en el Louvre, co-
mo César en el senado de Roma. ¿Sabéis que
cada uno de los señores favoritos tendría gran
placer en llevarse bajo la capa un trozo de carne

de Su Alteza?

-Querido amigo, nuestra idea es, por el contrario, la de dar una somanta a esos señores.

Bussy se echó a reír.

-¡Eh, eh! -dijo-, ya veremos, ya veremos.

El duque le miró fijamente.

-Vamos al Louvre -dijo Bussy-, pero nosotros solos; Su Alteza se quedará en el jardín cortando cabezas de adormidera.

Francisco fingió que reía de ganas, y en efecto, le placía no tener que ir al Louvre con sus amigos.

Los angevinos se vistieron trajes magníficos, pues eran grandes señores, que en seda, terciopelo y bordados, gastaban las rentas de sus patrimonios.

Reunidos formaban un conjunto de oro, pedrerías y brocado que en el camino arrancaba los aplausos del populacho, cuyo instinto infalible adivinaba bajo tan hermosos trajes la exis-

tencia de corazones abrasados de odio contra los favoritos del rey.

Enrique III no quiso recibir a los de Anjou, los cuales esperaron inútilmente en la galería; Quelus, Maugiron, Schomberg y d'Epernon salieron a anunciarles esta noticia saludándoles con la mayor política y manifestándoles el mayor sentimiento.

-Señores -exclamó Antraguet, porque Bussy quería mezclarse lo menos posible en la conversación-, señores la noticia es triste pero pasando por vuestra boca es como menos desagradable podía sernos.

-Señores -repuso Schomberg-, sois la quinta esencia de la cortesía y gentileza. ¿Os place que demos juntos un paseo, ya que el rey no ha dado audiencia?

-¡Oh señores! íbamos a proponeros lo mismo -dijo vivamente Antraguet, a quien Bussy tocó ligeramente el brazo para decirle:

-Calla y déjales hacer.

-¿Adónde vamos? -dijo Quelus.

-Yo conozco un paseo magnífico al lado de la Bastilla -dijo Schomberg.

-Señores, id delante -dijo Ribeirac, y os seguiremos. Efectivamente, los cuatro amigos del rey salieron del Louvre seguidos de los cuatro angevinos y se dirigieron por el muelle hacia el antiguo cercado de Tournelles, entonces mercado de caballos, especie de plaza desempedrada, y en la cual se habían plantado algunos malos árboles y edificado tapias acá y allá para detener los caballos o para atarlos.

En el camino los ocho gentileshombres se asieron del brazo, y con mil muestras de cortesía iban hablando de cosas alegres y ligeras, todo lo cual extrañaba al pueblo que le veía haciéndole sentir los aplausos que antes había dado a los angevinos, y decir que no habría empleado tan mal sus vidas si hubiese sabido

que los angevinos habían de juntarse a pacer con los cerdos del rey Herodes.

Llegaron.

Quelus tomó la palabra:

-Magnífico terreno -dijo-, ved qué solitario y cómo se afirma el pie en esta arena.

-Cierto que sí -dijo Antraguet, poniéndose en guardia y haciendo algunos movimientos como si ya tuviese frente a su contrario.

-Pues bien -prosiguió Quelus-, estos señores y yo, creemos que nos haréis el favor de acompañarnos aquí un día de éstos, con monsieur de Bussy vuestro amigo, que nos ha hecho el honor de desafiarnos a los cuatro.

-Es cierto -dijo Bussy a sus amigos estupefactos.

-¡No nos había dicho nada! -exclamó Antraguet.

-¡Oh! M. de Bussy es hombre que sabe el precio de las cosas -dijo Maugiron-, ¿aceptáis,

señores?

-Seguramente qué sí -contestaron a una vez los tres angevinos-, y lo tendremos a honra.

-Perfectamente -repuso Schomber, frotándose las manos-: ¿queréis ahora que cada uno de nosotros elija su contrario?

-Mucho me gusta ese método -dijo Ribeirac con ojos chispeantes-, y entonces...

-No -interrumpió Bussy-, eso no es justo: todos tenemos los mismos sentimientos; estamos inspirados por Dios, pues las ideas del hombre son obra de Dios, señores. Pues bien, dejemos a Dios el cuidado de aparearnos. Por otra parte, ya sabéis que esto es indiferente, si convenimos en que el primero que quede libre acometa a los demás.

-¡Y así debe ser, así debe ser! -dijeron los favoritos.

-Entonces imitemos a los Horacios, echemos suertes.

-¿Echaron suertes los Horacios? -dijo Que-
lus algo pensativo.
-Tengo razones para creerlo -respondió
Bussy.
-Entonces, imitémosles.
-Un instante -dijo Bussy-, antes es necesario
arreglar las condiciones del combate, pues no
estaría bien que se arreglasen después que cada
uno supiese quién era su adversario.
-Eso es muy sencillo -dijo Schomberg-, pe-
learemos hasta morir, como ha dicho M. de San
Lucas.
-Sin duda. ¿Pero cómo reñiremos? -dijo Ri-
beirac.
-Con espada y daga -repuso Bussy-; todos
sabemos manejarlas.
-¿A pie? -dijo Quelus.
-¿Qué vais hacer a caballo? A caballo no son
tan libres los movimientos.
-Sea a pie.

-¿Qué día?

-Lo más pronto posible.

-No -repuso d'Epernon-, tengo mil cosas que arreglar, tengo que hacer testamento, perdonad, prefiero esperar... tres o seis días nos aguzarán el apetito.

-Eso es hablar como valiente -repuso Bussy con irónica sonrisa.

-¿Estamos conformes?

-Sí: siempre nos entenderemos nosotros bien.

-Entonces, echemos suertes -dijo Bussy.

-Otra cosa -dijo Antraguet-, propongo que dividamos el terreno imparcialmente; como los nombres van a salir de dos en dos, señalemos cuatro partes de terreno, una para cada una de las cuatro parejas.

-Bien dicho.

-Propongo para la pareja número uno, aquel cuadrilátero entre dos tilos... es un sitio magní-

fico.

-Aceptado.

-¿Pero y el sol?

-Tanto peor para la segunda pareja, pues estará vuelta al Oriente.

-No, señores, eso sería injusto -dijo Bussy-, matémonos, mas no nos asesinemos. Describamos un semicírculo y pongámonos todos de manera que el sol nos dé de lado.

Bussy mostró la posición en que todos debían situarse, y convinieron en ella; después se echaron suertes.

Schomberg salió el primero y Ribeirac el segundo, quedando ambos designados como la primera pareja.

Quelus y Antraguet constituyeron la segunda, y Livarot y Maugiron la tercera: al salir el nombre de Quelus, Bussy, que deseaba tenerlo por adversario, frunció el ceño.

D'Epernon viéndose necesariamente apa-

reado con Bussy se puso pálido y tuvo que tirarse del bigote para llamar algún color a las mejillas.

-Ahora, señores -dijo Bussy-, desde este instante hasta el día del combate, nos pertenecemos mutuamente: ¿queréis aceptar una comida en mi casa?

Todos saludaron en señal de asentimiento y se encaminaron con Bussy a su casa, donde estuvieron reunidos hasta por la mañana en un suntuoso banquete.

Todas estas disposiciones de los angevinos habían sido notadas primero por el rey y luego por Chicot. Enrique se paseaba agitado en el Louvre esperando con impaciencia a que sus amigos volviesen de su paseo con los señores de Anjou.

Chicot los había seguido de lejos, examinando como inteligente lo que nadie podía comprender tan bien como él, y habiéndose

convencido de las intenciones de Bussy y de Quelus, pasó a casa de M. de Monsoreau.

Monsoreau era astuto, mas no podía pretender engañar a Chicot; el gascón iba a saber de su salud de parte del rey: ¿cómo no recibirle bien?

Chicot encontró a Monsoreau en la cama. La visita de la noche anterior había roto los resortes de aquella organización apenas reconstruida; y Remigio con la barba apoyada en la mano, observaba tristemente los primeros síntomas de la fiebre, que amenazaba volver a apoderarse de su víctima.

Sin embargo. Monsoreau pudo sostener la conversación y disimular su cólera contra el duque de Anjou, de manera que otro que no hubiese sido Chicot no la habría adivinado.

Pero cuanto más discreto y reservado era el montero mayor, más pronto adivinaba su pensamiento el gascón.

-En efecto -decía éste para sí-, algo debe de haber cuando este hombre se muestra tan apasionado del duque de Anjou.

Chicot, que entendía de enfermedades, quiso saber también si la fiebre del conde era una comedia semejante a la que había representado en otro tiempo maese Nicolás David.

Pero Remigio no engañaba nunca; y a la primera pulsación conoció Chicot que Monsoreau estaba realmente enfermo.

-Éste no finge -dijo-, nada puede emprender; falta M. de Bussy, veamos lo que hace.

Y corrió a casa de Bussy y le encontró toda iluminada y embalsamada con vapores que habrían hecho lanzar a Gorenflot exclamaciones de gozo.

-¿Se casa M. de Bussy? -preguntó a un lacayo.

-No, señor -repuso éste-, M. de Bussy se re-

concilia con varios señores de la corte, y se celebra esta reconciliación con una comida, famosa comida, entrad.

-Como no les envenene, de lo cual le creo incapaz -murmuró Chicot-, Su Majestad está también seguro por este lado.

Y volvió al Louvre y vio a Enrique de muy mal humor paseándose en una sala de armas. Había enviado tres correos a Quelus. Pero éstos, no sabiendo la causa de la inquietud de Su Majestad, se habían detenido buenamente en casa de M. Birague, hijo, donde todo el que llevaba la librea del rey hallaba siempre un vaso lleno, un jamón encentado y frutas en conserva.

Este era el método que usaban los Biragues para conservar el favor de la corte.

Al aparecer Chicot a la puerta del gabinete, Enrique lanzó una exclamación.

-¡Oh querido amigo! -dijo-, ¿sabes que ha sido de ellos?

-¿De quiénes? ¿de tus favoritos?

-¡Ah! sí, de mis pobres amigos.

-Deben estar por tierra en este instante -

contestó Chicot.

-¿Les han muerto? -exclamó Enrique levan-

tando la cabeza en actitud amenazadora-; ¿les

han muerto?

-Mucho me lo temo.

-¡Lo sabes y te ríes!

-Oye, hijo mío, están muertos, sí; mas es de

borrachera.

-¡Ah, bufón, cuánto me has hecho padecer!

¿pero por qué calumnias a mis amigos?

-Al contrario; los elogio.

-Déjate de chanzas, habla seriamente, yo te

lo suplico, ya sabes que salieron con los angevi-

nos.

-¡Pardiez, sí lo sé!

-Y bien, ¿qué ha resultado?

-Ha resultado lo que te he dicho, que están

muertos o poco menos de puro borrachos.

-¿Mas y Bussy?

-Bussy les sirve de Ganimedes, es hombre

muy peligroso.

-Chicot, por favor.

-Pues bien sí, Bussy les obsequia con un

banquete; ¿te parece mal?

-¿Bussy les da un banquete? ¡Oh! no es po-

sible siendo enemigos encarnizados.

-Justamente por eso, pues si fueran amigos

no tendrían necesidad de embriagarse juntos.

¿Tienes buenas piernas?

-¿A qué viene eso?

-¿Podrás llegar hasta el río?

-Iré hasta el fin del mundo para ver una co-

sa como ésta.

-Pues bien, no llegues más que hasta el pa-

lacio de Bussy, y verás este prodigio.

-¿Me acompañas?

-Gracias, ahora vengo de allí.

-Mas, en fin. Chicot...

-Te digo que no voy; yo no necesito convencerme de lo que he visto: además a fuerza de andar se me han disminuido las piernas tres pulgadas: si vuelvo otra vez allá, temo que se me van a hundir casi por completo en el vientre. Anda hijo mío, anda tú.

El rey le dirigió una mirada de cólera.

-Haces muy mal -dijo Chicot-, en encolerizarte por esa gente: ellos se ríen, comen y hacen la oposición a tu gobierno: contesta a todas estas cosas como filósofo; se ríen, pues riámonos nosotros; comen, pues hagamos que nos sirvan la cena; hacen la oposición, pues echémonos a dormir luego de cenar.

El rey no pudo menos de sonreírse.

-Puedes gloriarte de ser un verdadero sabio -dijo Chicot-, ha habido en Francia reyes de larga cabellera, un rey atrevido, otro grande, otros perezosos, pero a ti estoy convencido de

que te han de llamar Enrique el paciente... ¡Ah, hijo mío; la paciencia es una virtud tan buena... cuando no hay otra!

-¡Me han vendido! -dijo el rey- esos hombres ni siquiera tienen costumbres de caballeros.

-Vamos, no sabe uno cómo contentarte -exclamó Chicot llevándose al rey hacia la sala donde se hallaba servida la cena-, estás con cuidado por tus amigos, te lamentas de su muerte, y cuando te dicen que no se han muerto lloras todavía... Enrique, yo no sé qué hacer contigo.

-Monsieur Chicot, estáis abusando de mi paciencia.

-Vamos, ¿querríais mejor que cada uno de ellos tuviese siete u ocho estocadas en el estómago?. .. Seamos consecuentes:

-Preferiría contar con mis amigos -dijo Enrique con voz ronca.

-¡Pardiez! -repuso Chicot-, cuenta conmigo, hijo mío, aquí estoy, pero no me dejes morir de hambre. Ponme faisán y criadillas de tierra -agregó alargando el plato.

Enrique y su único amigo se acostaron temprano, el rey suspirando por el vacío que sentía en su corazón; Chicot, soñoliento por tener el estómago tan lleno.

Al día siguiente, al levantarse el rey, aparecieron Quelus, Schonberg, Maugiron y d'Epernon; el ujier, como de costumbre, abrió la mampara a los favoritos.

Chicot dormía todavía; el rey no había podido dormir. Al ver a sus amigos, saltó furioso del lecho, y arrancándose las perfumadas telas que le cubrían la cara y las manos, gritó:

-¡Fuera de aquí! ¡fuera de aquí!

El ujier, asombrado manifestó a los jóvenes que el rey les echaba; ellos se miraron con sorpresa igual.

-Pero, señor -dijo Quelus-, queríamos decir a Vuestra Majestad...

-Que ya no estáis borrachos -agregó Enrique-, ¿no es así?

Chicot abrió un ojo.

-Perdonad, señor -repuso Quelus con gravedad-, Vuestra Majestad está en un error.

-Pues, no obstante, no he bebido vino de Anjou.

-¡Ah!.. muy bien, muy bien.. -dijo Quelus sonriéndose-, ya comprendo... sí.

-¿Qué comprendes?

-Quédese solo Vuestra Majestad con nosotros y hablaremos.

-Detesto a los borrachos y a los traidores.

-¡Señor! -exclamaron a una voz los gentileshombres.

-Tened paciencia, señores -interrumpió Quelus-. Su Majestad ha dormido mal y habrá tenido malos ensueños; una sola palabra disi-

pará el malhumor de nuestro venerable rey.

Esta disculpa impertinente de su súbdito hizo impresión en Enrique, el cual adivinó, que personas que se atrevían a decir tales cosas, no podían haber hecho nada que no fuese honroso.

-Hablad -exclamó-, y sed breve.

-Eso es posible, señor, pero difícil.

-Sí, es difícil disculparse de ciertas acusaciones.

-No, señor, todo lo contrario -añadió Quelus mirando a Chicot y al ujier como para repetir a Enrique su petición dirigida a que se les concediese una audiencia particular.

El rey hizo un ademán, el ujier salió: Chicot abrió el otro ojo y dijo:

-No hagáis caso de mí, estoy durmiendo como un lirón.

Y cerrando- ambos ojos, empezó a roncar con toda la fuerza de sus pulmones.

LXXXI. CHICOT SE DESPIERTA

Cuando los favoritos vieron a Chicot dormir con tanta conciencia, dejaron de hacer caso de él. Por lo demás, todos estaban acostumbrados en palacio a considerar a Chicot como un mueble del cuarto del rey.

-Vuestra Majestad -dijo Quelus inclinándose- no sabe más que la mitad de las cosas, y me atrevo a decir que la mitad menos interesante. Evidentemente, y nadie de nosotros intenta negarlo, que hemos comido en casa de M. de Bussy, y hasta debo decir en honor de su cocinero que hemos comido bien.

-Nos dieron, sobre todo, cierto vinillo de Austria o de Hungría -dijo Schomberg-, cuyas propiedades me parecieron prodigiosas.

-¡Oh, infame alemán! -interrumpió el rey-, es aficionado al vino, siempre lo sospeché.

-Yo estaba seguro de ello -afirmó Chicot-, porque veinte veces le he visto embriagado.

Schomberg se volvió hacia Chicot.

-No hagas caso, hijo mío -replicó el gascón-, yo suelo soñar a voces como puede decir el rey.

Schomberg se volvió hacia Enrique.

-¡Pardiez! señor -exclamó-, yo no sé ocultar ni mi amistad ni mi aborrecimiento; el vino de que hablo es bueno.

-No se llama buena una cosa que nos hace olvidar nuestro señor natural -dijo el rey en tono severo.

Schomberg iba a contestar, no queriendo, sin duda abandonar tan pronto la justa causa que defendía, cuando Quelus le hizo una seña.

-Es justo -dijo-, prosigue.

-Digo, pues, señor -repuso Quelus-, que durante la comida y sobre todo antes de sentarnos a la mesa, hemos tenido una conversación de las más serias e importantes tocante a puntos que interesan particularmente a Vuestra Majestad.

-No me gustan los exordios largos -dijo En-

rique-, son mala señal.

-¡Pardiez! Qué hablador está Valois -

interrumpió Chicot.

-Señor gascón -dijo Enrique con altivez-, si

no dormís salid de aquí.

-¡Pardiez! -dijo Chicot- Si no duermo es

porque tú no me dejas dormir, pues tu lengua

hace el mismo ruido que las carracas del Vier-

nes Santo.

Quelus, viendo que en el aposento del rey

no se podía tratar seriamente de ninguna mate-

ria, pues la costumbre había hecho a todos frí-

volos, se encogió de hombros y dejó su asiento

despechado.

-Señor -dijo d'Epernon contoneándose-, se

trata de asuntos graves.

-¿De asuntos graves? -repitió Enrique.

-Indudablemente, si la vida de ocho valien-

tes importa alguna cosa a Vuestra Majestad.

-¿Qué quiere decir eso? -exclamó el rey.

-Quiere decir, que aguardo que el rey se digne escucharme.

-Ya escucho, hijo mío, ya escucho -dijo Enrique poniendo la mano sobre el hombro de Quelus.

-Pues bien, decía, señor, que hemos hablado seriamente, y el resultado de nuestra conversación es éste: el trono se halla amenazado, debilitado su prestigio.

-Es decir que todo el mundo conspira contra él -exclamó Enrique.

-Se parece -prosiguió Quelusa esos dioses extraños que semejantes a los dioses de Tiberio y Calígula, envejecían sin poder morir, y seguían marchando a la inmortalidad por la senda de las enfermedades mortales. Su decrepitud siempre creciente, no se detiene hasta que el sacrificio de algún sectario suyo les rejuvenece y resucita. Regenerados entonces por la transfusión de sangre joven, ardiente y generosa,

tornan a vivir y a ser fuertes y prepotentes.

Pues bien, señor, vuestro trono es semejante a estos dioses; no puede ya vivir sino por medio de sacrificios.

-¡Vaya un pico de oro! -exclamó Chicot-. Quelus, hijo mío, vete a predicar por las calles de París; y apuesto doble contra sencillo a que echas por tierra la reputación de Lincestre, Cahier, Cotton y aun de ese torrente de elocuencia que llaman Gorenflot.

Enrique no respondió; era evidente que sus ideas se habían modificado, pues en vez de seguir dirigiendo a sus favoritos miradas altaneras se había vuelto meditabundo, triste e inquieto.

-Proseguid -dijo-, ya veis que os escucho, Quelus.

-Señor -repuso éste-, sois un gran rey, pero la nobleza os opone barreras que os impiden ver todo lo demás, a excepción de las barreras

aún más grandes que os opone el pueblo. Pues bien, vos, señor, que sois tan valiente, decid: ¿qué se hace en la guerra cuando un batallón viene a colocarse con ademán amenazador frente a otro batallón? Los cobardes miran detrás de sí, y si tienen espacio huyen; los valientes, bajan la cabeza y acometen.

-Pues bien -exclamó el rey-, marchemos adelante; ¿no soy yo el primer caballero de mi reino? ¿Se han dado mejores batallas que las que yo he dirigido en mi juventud? El siglo que va a finalizar, ¿cuenta nombres más gloriosos que los de larnac y de Moncontour? Adelante, pues, señores, y yo marcharé el primero, que ésta es mi costumbre en las batallas.

-¡Sí, adelante! -repitieron los jóvenes electrizados por aquella belicosa demostración del rey.

Chicot se sentó en la cama.

-Silencio -dijo-, déjese continuar al orador.

Continúa, Quelus, has dicho cosas muy buenas; si todavía tienes más qué decir, prosigue.

-Sí, Chicot, tienes razón ahora como siempre: continuaré y diré a Su Majestad que ha llegado el momento de hacer en obsequio del trono uno de esos sacrificios de que he hablado. Contra todas esas barreras que estrechan a Vuestra Majestad, van a marchar cuatro hombres seguros de vuestro afecto, animados con vuestra simpatía y ciertos de la gloria que les tiene preparada la posteridad.

-¿Qué dices, Quelus? -preguntó el rey, en cuyos ojos chispeaba una alegría templada por el cariño-: ¿Quiénes son esos cuatro hombres?

-Estos señores y yo -dijo el joven con el orgullo que engrandece al hombre que arriesga su vida por un principio o por una pasión-, estos señores y yo nos sacrificamos, señor.

-¿Por qué?

-Por vuestra salvación.

-¿Contra quién?

-Contra vuestros enemigos.

-Rencillas de jóvenes -exclamó Enrique.

-¡Oh! eso es lo que dice el vulgo, señor, y el afecto que Vuestra Majestad nos profesa es tan generoso, que consiente en ocultarse bajo el manto de la trivialidad; más nosotros. le descubrimos: hablad como rey, señor, y no como vecino de la calle de San Dionisio. No aparentéis creer que Maugiron detesta a Antraguet, que Schomberg odia a Livarot, que d'Epernon está resentido de Bussy y que Quelus aborrece a Ribeirac: no, todos somos jóvenes, gallardos y buenos, todos podríamos amarnos como hermanos, mas no es una rivalidad de hombre a hombre la que nos hace sacar la espada; es la lucha de Francia contra Anjou, la del derecho popular contra el derecho divino: nosotros nos presentamos como adalides del trono en la liza donde se presentan igualmente los campeones

de la Liga, y venimos a deciros: bendecidnos, señor, acoged con una sonrisa los últimos suspiros de los que van a morir por vos: vuestra bendición les hará quizá vencer, vuestra sonrisa les ayudará a morir.

Enrique, sofocado por las lágrimas, abrió los brazos a Quelus y a sus amigos, y les tuvo largo tiempo estrechados contra su corazón, espectáculo que no dejaba de ser interesante, cuadro que no dejaba de tener expresión, pues en aquella escena acompañaban a la bravura varonil las emociones de una ternura profunda, santificadas por el sentimiento de adhesión que era su origen.

Chicot, serio y triste, puesta la mano en la frente, miraba aquella escena desde la alcoba, y su rostro, en que comúnmente estaba pintada la expresión de la indiferencia o del sarcasmo, no era entonces el menos noble y menos elocuente de los seis.

-¡Ah, valientes!- dijo por último el rey-. Digno es vuestro sacrificio, noble la tarea que emprendéis y yo me glorío ahora, no de reinar en Francia, sino de ser vuestro amigo. Np obstante, yo conozco mis intereses mejor que nadie, y no aceptaré un sacrificio, cuyo resultado glorioso en esperanza, me entregaría, si fueseis vencidos, en manos de mis enemigos. Creedme, Francia es suficiente para hacer la guerra a Anjou. Conozco a mi hermano, a los Guisas y a la Liga, y muchas veces en mi vida he domado caballos más fogosos y más indóciles.

-Pero, señor -repuso Maugiron-, los soldados no raciocinan así: las probabilidades funestas no entran en el examen de una cuestión de este género, cuestión de honor, cuestión de conciencia, que el hombre resuelve según su convicción sin preocuparse de cómo la resolvería si siguiese los preceptos de la justicia.

-Perdonad, Maugiron -respondió el rey-, el

soldado puede caminar a ciegas, pero el capitán reflexiona.

-Reflexionad, pues, señor, y dejadnos obrar a nosotros que somos soldados: además, yo no cuento con la desgracia, porque siempre he sido afortunado.

-¡Oh, amigo mío! -interrumpió con tristeza el rey-, yo no puedo decir otro tanto; verdad es que tú no tienes más que veinte años.

-Señor -exclamó Quelus-, las palabras benévolas de Vuestra Majestad no hacen más que redoblar nuestro ardor. ¿Qué día deseáis que crucemos nuestras espadas con las de Bussy, Livarot, Antraguet y Ribeirac?

-Jamás, os lo prohibo en absoluto; jamás. ¿Lo oís?

-Perdonad, señor -repuso Quelus-, el desafío está concertado desde ayer antes de comer, nuestra palabra está empeñada, y ya no podemos retroceder.

-El rey -repuso Enrique- desata los juramentos y las palabras, diciendo: "quiero o no quiero", porque el rey es omnipotente. Decid a esos señores que os he amenazado con toda mi cólera si venís a las manos, y a fin de que no lo dudéis tampoco vosotros, juro desterraros si...

-Deteneos, señor -dijo Quelus-, porque si vos podéis relevarnos de nuestra palabra, sólo Dios puede relevar a Vuestra Majestad de la suya. No juréis, pues si por tal motivo merecemos vuestra cólera y nos desterráis, iremos alegres a nuestro destierro; y entonces, no hallándonos ya en territorio sujeto a Vuestra Majestad, podremos cumplir nuestra palabra, luchando con nuestros adversarios en país extranjero.

-Si esos señores se acercan a vosotros a distancia de un tiro de arcabuz -exclamó Enrique-, les haré encerrar a todos cuatro en la Bastilla.

-Señor -exclamó Quelus-, si eso hiciera

Vuestra Majestad, nosotros iríamos descalzos y con la soga al cuello, a presentarnos a maese Lorenzo Testu, el gobernador, para que nos encerrase con ellos.

-Les haré cortar la cabeza, ¡pardiez! o soy rey o no lo soy.

-Si tal cosa aconteciese a nuestros enemigos, nosotros nos mataríamos al pie de su cadalso.

Enrique guardó por largo tiempo silencio; luego, alzando sus negros ojos, dijo:

-Sea en buena hora, sois modelos de valor y de nobleza: si Dios no bendijese una causa defendida por hombres como vosotros...

-No seas impío, no blasfemes -dijo con solemnidad Chicot, bajando de la cama y acercándose al rey-. Sí, son modelos de nobleza: vamos, haz lo que quieren y fíjales un día: eso es lo que te toca a ti, y no dictar su deber a la Providencia.

-¡Oh, Dios mío, Dios mío! -balbuceó Enri-

que.

-Señor, nosotros os lo suplicamos -dijeron los cuatro jóvenes bajando la cabeza y doblando la rodilla.

-Pues bien, sea; en efecto, Dios es justo y nos dará el triunfo, pero a mayor abundamiento, nosotros nos haremos dignos de él por medios cristianos y juiciosos. Queridos amigos, acordaos de que Jarnac rezó sus oraciones e hizo con exactitud sus actos de devoción antes de combatir con la Chataigneraie: buena espada era la de Chataigneraie, pero se olvidó de rezar, asistió a banquetes y buscó la compañía de mujeres, pecado abominable que indignó a Dios, que tal vez le quería salvar la vida viendo su juventud, gallardía y robustez. Sin embargo, Jarnac le cortó el jarrete de una cuchillada. Mirad, vamos a hacer actos de devoción, y si tuviese tiempo de enviar vuestras espadas a Roma para que las bendijese el Santo Padre... Más

ahí tenemos la urna de reliquias de Santa Genoveva, que vale tanto como la de cualquiera otras. Ayunemos juntos, mortifiquémonos, santifiquemos el gran día del Corpus, y al siguiente por la mañana...

-¡Ah, señor! gracias, gracias -respondieron los cuatro jóvenes-: el Corpus es dentro de ocho días -y tomaron precipitadamente las manos del rey, el cual les abrazó de nuevo y se retiró llorando a su oratorio.

-Nuestro cartel está redactado -exclamó Quelus-, no falta más que poner el día y la hora. Escribe, Maugiron, en esa mesa... con la pluma del rey, escribe el día después del Corpus por la mañana.

-Ya está hecho -repuso Maugiron-; ¿quién es el heraldo que va a llevar este cartel?

-Yo, si os agrada -dijo Chicot acercándose-; pero quiero daros un consejo, hijos míos. Su Majestad habla de ayunos, de disciplina y re-

liquias: eso es muy bueno para después del triunfo, pero antes del combate prefiero la eficacia de un buen alimento, vino generoso v sueño solitario de ocho horas por día o por noche. Nada da a la muñeca tanta elasticidad y vigor, como tres horas de buena comida, es decir, sin embriagarse. En cuanto al capítulo de amores, apruebo lo que dice el rey; haréis bien en absteneros por ahora, porque afeminan con exceso.

-¡Bravo, bravo, Chicot! -exclamaron los jóvenes.

-Hasta luego, leoncillos -respondió el gascón-, voy a casa de Bussy.

Dio tres pasos hacia la puerta y retrocedió.

-A propósito -dijo-, no os separéis del rey en todo el día del Corpus; no salgáis de París ninguno, permaneced en el Louvre como buenos paladines. Quedamos en eso, ¿eh? sí: entonces voy a desempeñar vuestro encargo.

Y desapareció llevándose el cartel.

LXXXII. EL DIA DE CORPUS

En los ocho días que transcurrieron hasta el del Corpus se prepararon los sucesos como se prepara una tempestad en el cielo en los calurosos y pesados días del verano.

Monsoreau, restablecido al cabo de cuarenta y ocho horas de fiebre, se ocupó en acechar por sí mismo al ladrón de su honor pero no habiendo descubierto a nadie se convenció de la hipocresía del duque de Arijou y de sus malos propósitos respecto a Diana.

Bussy no suspendió sus visitas de día a casa del montero mayor; pero habiéndole advertido Remigio la vigilancia con que andaba el convaleciente, se abstuvo de visitar a Diana por el balcón.

Chicot repartía el tiempo en dos ocupaciones: la primera cuidar a su amo Enrique de Valois, de quien se separaba lo menos posible, ve-

lando por él como una madre por su hijo; la segunda acompañar a su caro amigo Gorenflot, a quién había reducido, no sin trabajo, a volver a su celda, donde el prior le recibió con los brazos abiertos.

En esta primera visita se habló mucho de la piedad del rey, y el prior parecía muy agradecido al honor que Su Majestad dispensaba al convento visitándolo.

Esta honra era mayor de lo que al principio se había esperado, pues Enrique, a petición del venerable prior, consintió en pasar el día y la noche retirado en el convento.

Chicot confirmó al prior en esta esperanza que no se atrevía a abrigar, y como todos sabían que Chicot era el ojo derecho del rey, le hicieron muchas súplicas para que repitiese sus visitas al convento, lo cual el gascón prometió hacer. Gorenflot adquirió en el ánimo de los frailes un concepto mucho más elevado que hasta enton-

ces, pues efectivamente no era mal golpe el haberse captado toda la confianza de Chicot, y Maquiavelo, de política memoria, no podía haber hecho otro tanto.

Invitado Chicot a volver, volvió, y como en los bolsillos, bajo la capa y en las anchas botas llevaba frascos de los mejores y más exquisitos vinos, el P. Gorenflot le recibía todavía con más agasajo que el reverendo José Foulon.

Entonces se encerraba horas enteras en la celda del fraile, participando, según se decía generalmente, de sus estudios y de sus éxtasis.

La antevíspera del Corpus permaneció toda la noche en el convento, de modo que a la mañana siguiente corría la voz de que Gorenflot había conseguido de Chicot que se metiese fraile.

Mientras tanto el rey daba lecciones de esgrima a sus amigos, ideando con ellos golpes nuevos y procurando principalmente ejercitar a d'Epernon, a quien había caído en suerte tan

formidable adversario y a quien quitaba el sueño la proximidad del día fatal.

Cualquiera que hubiese recorrido la ciudad a ciertas horas de la noche, habría encontrado en el barrio de Santa Genoveva a los extraños frailes de quienes hemos dado varias descripciones en los primeros capítulos de la historia, y que más parecían soldados que monjes.

En fin, para emplear el cuadro que hemos comenzado a bosquejar, podríamos añadir que el palacio de Guisa se había transformado en el antro más misterioso y turbulento, más poblado en lo interior y más desierto en lo exterior que pudiera verse; en el salón se celebraban todas las noches largos conciliábulos, luego de cerradas herméticamente las puertas y celosías, y a estos conciliábulos precedían banquetes presididos por madame de Montpensier, pero a los cuales sólo asistían hombres.

Nos vemos obligados a dar estos pormeno-

res, que hemos hallado en las memorias de aquel tiempo, porque nuestros lectores no los encontrarían en los archivos de la policía.

Efectivamente, la policía de aquel benigno reinado, ni aun sospechaba los planes que se urdían, aunque éstos, como luego se verá, eran de importancia, y los dignos ciudadanos que con su casco en la cabeza y alabarda en mano hacían la ronda nocturna, no lo sospechaban tampoco, no siendo capaces de prever otros peligros más que los que resultan del fuego, de los ladrones, de los perros rabiosos y de las disputas de gente embriagada.

De vez en cuando se detenía alguna patrulla delante del mesón de *La Hermosa Estrella,* en la calle del Árbol Seco; pero maese La Huriére era tan conocido por celoso católico, que no se dudaba que el estrépito que había dentro de su casa fuese para la mayor gloria de Dios.

Así llegó la mañana en que debía celebrarse

la gran solemnidad, abolida por el gobierno constitucional y que se llama el Corpus.

El tiempo era hermoso y las flores que cubrían las calles llenaban el aire de sus balsámicos perfumes. Chicot, que hacía quince días dormía en el cuarto del rey, despertó a Enrique temprano antes que nadie entrase.

-¡Ah, pobre Chicot! -dijo Enrique-: ¡Mal hayas tú! Nunca he visto un hombre más importuno: me sacas del sueño más dulce que he tenido en mi vida.

-¿Y qué soñabas, hijo mío? -preguntó Chicot.

-Soñaba que Quelus había muerto a Antraguet de una cuchillada en segunda, y que nadaba en la sangre de su adversario. Pero ya es de día: vamos a pedir a Dios que mi sueño se realice; llama, Chicot, llama.

-¿Qué quieres?

-Mi cilicio y mis disciplinas.

-¿No sería mejor que nos sirviesen un buen almuerzo?

-¡Pagano! -exclamó Enrique- ¿Quieres oír la misa del Corpus con el estómago lleno?

-Nada más justo.

-Llama, Chicot, llama.

-Paciencia -repuso Chicot-, no son más que las ocho y tienes tiempo para disciplinarte todo el día. Hablemos primero, ¿quieres hablar un rato con tu amigo? No te arrepentirás, Valois, a fe de Chicot.

-Habla -dijo Enrique-, mas despacha pronto.

-¿Cómo dividimos el día de hoy, hijo mío?

-En tres partes.

-En honra de la Santísima Trinidad, muy bien. Veamos cuáles son esas tres partes.

-Primero la misa en Saint-Germain-l'Auxerrois.

-Bien.

-Al regreso al Louvre la colación.

-Muy bien.

-Después, procesión de penitentes por las calles, deteniéndose en los principales conventos de París comenzando por los Jacobinos y acabando por Santa Genoveva, donde he prometido al prior recogerme hasta mañana en la celda de una especie de santo que pasará la noche en oración para asegurar la victoria de nuestras armas.

-Le conozco.

-¿Al santo?

-Perfectamente.

-Tanto mejor, así me acompañarás, Chicot, y rezaremos juntos.

-Sí, pierde cuidado.

-Entonces, vístete y vamos.

-Aguarda.

-¿Qué?

-Todavía tengo otras cosas que preguntarte...

-¿No puedes preguntarlas mientras me vis-

ten?

-Es preferible preguntártelas a solas.

-Pregunta, pues, y no perdamos tiempo.

-¿Qué hacen los señores de tu Corte?

-Me acompañan.

-¿Y tu hermano?

-También.

-¿Y tu guardia?

-Los guardias franceses me aguardan con

Crillon en el Louvre, y los suizos me aguardan

a la puerta de Santa Genoveva.

-Perfectamente -dijo Chicot-, ya sé cuanto

quería saber.

-¿Puedo ya llamar?

-Llama.

Enrique dio un golpe sobre la plancha de

metal.

-La ceremonia será magnífica -prosiguió

Chicot.

-Espero que sea aceptable a los ojos de Dios.

-Eso lo veremos mañana. Pero dime; Enri-

que, ¿no tienes ninguna cosa que decirme?

-No: ¿se me ha olvidado algo del ceremo-

nial?

-No me refiero a eso.

-¿Pues de qué hablas?

-De nada.

-¿Pues qué me preguntabas?

-Si es cosa decidida que vayas al convento

de Santa Genoveva.

-Indudablemente.

-Y que pases allí la noche.

-He dado mi palabra.

-Pues bien, si nada tienes que decirme, hijo

mío, yo te diré que ese ceremonial no me agra-

da.

-¿Cómo?

-No, y después de comer.. .

-¿Qué?

-Te participaré otra nueva disposición que he imaginado.

-Consiento en ello.

-Igual sería que no consintieras, hijo mío.

-¿Qué quieres decir?

-¡Chit! Ya entran a vestirte. En efecto, los ujieres abrieron las mamparas y dejaron franco el paso al barbero, peluquero y ayuda de cámara, los cuales, apoderándose del rey, le afeitaron, peinaron y vistieron del modo que hemos descrito al principio de esta obra.

Poco antes de que se terminasen estas operaciones, anunció un ujier a Su Alteza el duque de Anjou.

Enrique se volvió hacia él y le recibió con agradable sonrisa.

El duque iba en compañía de Monsoreau, d'Epernon y Aurilly. D'Epernon y Aurilly se quedaron a la puerta,

Enrique, al ver el semblante pálido y espan-

toso de Monsoreau, no pudo contener un ademán de sorpresa.

El duque y el conde lo advirtieron.

-Señor -dijo el duque-, os presento a M. de Monsoreau que quiere ponerse a las órdenes de Vuestra Majestad.

-Lo agradezco -dijo Enrique dirigiéndose al conde-, y tanto más cuanto que según me han dicho habéis estado gravemente herido, ¿no es cierto?

-Sí, señor.

-¿Recibisteis la herida estando de caza?

-Sí, señor.

-Pero ya estáis mejor, ¿no es así?

-Ya me encuentro restablecido.

-Señor -dijo el duque de Anjou-, ¿os agradaría que después de la procesión vaya el conde de Monsoreau a prepararnos una buena cacería a los bosques de Compiegne?

-¿Mas no sabéis que mañana... ?

Iba Enrique a decir: "cuatro amigos míos riñen con cuatro de los vuestros", pero se detuvo recordando que debía guardar secreto.

-No sé nada, señor -repuso el duque de Anjou-: si Vuestra Majestad tiene a bien informarme.. .

-Decía -añadió Enrique-, que como he de pasar la noche en oración en el convento de Santa Genoveva, no estaré quizás mañana' en disposición de salir de caza; mas prepárela el conde, que si no es para mañana será para pasado mañana.

-¿Lo oís? -preguntó el duque a Monsoreau.

-Sí, monseñor -contestó el conde inclinándose.

En aquel momento entraron Schomberg y Quelus: el rey les recibió con los brazos abiertos.

-Aún falta un día -dijo Quelus saludando al rey.

-Sí, pero por fortuna no falta más -dijo Schomberg.

Mientras tanto Monsoreau dijo al duque:

-Parece que me hacéis desterrar, monseñor.

-El deber de un montero mayor, ¿no es preparar partidas de caza para el rey? -dijo el duque riéndose.

-Yo me entiendo -replicó Monsoreau-, y sé bien lo que digo. Esta noche concluye el término que Vuestra Alteza me pidió, y Vuestra Alteza quiere enviarme a Compiegne para eximirme de cumplir su promesa, mas advierta Vuestra Alteza que de aquí a la noche, puedo con una sola palabra...

Francisco cogió a Monsoreau por la muñeca.

-Callad -le dijo-, pues de lo contrario no podré cumplir esa promesa que reclamáis.

-Explicaos.

-Todos conocerán vuestra marcha, pues que

la orden es oficial.

-¿Y qué?

-No marcharéis, os esconderéis en las inmediaciones de vuestra casa, y entonces, creyéndoos ausente, irá el hombre a quien queréis conocer: lo demás es cosa vuestra, pues yo no he prometido más.

-¡Ah! si es así... -dijo Monsoreau.

-Tenéis mi palabra -dijo el duque.

-Tengo otra cosa mejor -replicó Monsoreau-, tengo vuestra firma.

-¡Oh, sí, pardiez! harto que lo sé.

El duque se apartó de Monsoreau para acercarse a su hermano; Aurilly tocó el brazo a d'Epernon.

-Es cosa hecha -exclamó.

-¿Qué?

-M. de Bussy no acudirá mañana al desafío.

-¿No acudirá M. de Bussy?

-Yo respondo de que no.

-¿Y quién podrá impedírselo?

-¿Qué importa con tal que no acuda?

-Si así sucede, querido profeta, os he de dar mil escudos.

-Señores -dijo Enrique terminando de vestirse-, vamos a Saint-Germain-l'Auverrois.

-¿Y de allí al convento de Santa Genoveva? -preguntó el duque.

-Ciertamente -contestó el rey.

-Con eso podéis contar -dijo Chicot mientras se abrochaba el cinturón de su tizona, y Enrique pasó a la galería, donde le aguardaba toda su corte.

LXXXIII. CONTINUACION DEL ANTERIOR

En la víspera del Corpus por la noche, luego que los Guisas y los angevinos arreglaron los pormenores de su plan, M. de Monsoreau se retiró a su casa y halló en ella a Bussy.

Entonces, pensando que aquel valiente gen-

tilhombre, a quien profesaba grande amistad, podría, no estando advertido, comprometerse singularmente, le llamó aparte y le dijo:

-Conde, amigo, ¿me permitiréis que os dé un consejo?

-¿No he de permitir? y aun os suplico que me lo deis.

-Yo en vuestro lugar saldría mañana de París.

-¿Y por qué?

-Todo lo que puedo deciros es que, según las apariencias, vuestra ausencia os salvaría de un gran peligro.

-¿De un gran peligro? -repitió Bussy, mirando ahincadamente a Monsoreau-. ¿Y cuál?

-¿Ignoráis lo que debe pasar mañana?

-Por completo.

-¿De veras?

-A fe de caballero.

-¿Nada os ha dicho el duque de Anjou?

-Nada: el duque de Anjou sólo me confía lo que puede decir en alta voz, y aun debería añadir lo que puede decir a todo el mundo.

-Pues bien, yo que no soy el duque de Anjou, y que quiero a mis amigos por ellos mismos y no por mí, os diré, amigo conde, que se preparan para mañana graves sucesos, y que el partido del duque de Anjou y de los Guisas proyectan un golpe de mano, cuyo resultado podrá muy bien ser el destronamiento del rey.

Bussy contempló a M. de Monsoreau con cierta desconfianza, pero el rostro del montero mayor tenía tal expresión de franqueza, que no le fue posible dudar de la verdad de cuanto acababa de decirle.

-Conde -repuso-, soy del duque de Anjou, ya lo sabéis, es decir, que mi vida y mi espada le pertenecen. El rey, a quien ostensiblemente jamás he ofendido, me guarda rencor y no ha desaprovechado ninguna ocasión de decirme o

hacerme alguna cosa que me ofendiera. Mañana mismo (Bussy bajó la voz), os digo esto en confianza, mañana mismo voy a arriesgar mi vida por humillar a Enrique de Valois en la persona de sus favoritos.

-¿Es decir que estáis decidido a sufrir todas las consecuencias de vuestra adhesión al duque de Anjou?

-Sí.

-Indudablemente sabéis hasta dónde llegan esas consecuencias.

-Sé hasta dónde debo llegar yo: cualquiera que sea el motivo que tenga para quejarme del rey, jamás levantaré mi mano sobre el ungido del Señor: dejaré a los demás que hagan lo que les plazca, y yo, sin atacar ni insultar a nadie, acompañaré al duque de Anjou para defenderle en caso necesario.

M. de Monsoreau reflexionó un instante y poniendo luego la mano sobre el hombro de

Bussy:

-Conde amigo -le dijo-, el duque de Anjou es pérfido, cobarde, traidor, capaz de sacrificar, por celos o por temor, a su más fiel servidor, o a su más leal amigo: abandonadle, querido, seguid mi consejo, id a pasar el día de mañana a vuestra casita de Vincennes o adónde os plazca, pero no vayáis a la procesión del Corpus.

Bussy miró a Monsoreau fijamente.

-¿Y por qué seguís vos al duque de Anjou? -le preguntó.

-Porque, por cosas en que está interesado mi honor -contestó el conde-, necesito de él por algún tiempo.

-Pues bien, lo mismo me sucede a mí -dijo Bussy-, por cosas en que está también interesado mi honor seguiré al duque.

El conde de Monsoreac estrechó la mano a Bussy y ambos se separaron.

Ya hemos dicho en el capítulo anterior lo

que pasó al día siguiente al levantarse el rey.

Monsoreau volvió a su casa y avisó a su mujer su salida para Compiegne, dando al mismo tiempo la orden de hacer todos los preparativos para la marcha.

Alegróse Diana con la noticia, pues aunque sabía por su esposo el desafío de Bussy con d'Epernon, como éste era el que menos reputación de valor y destreza tenía entre los favoritos del rey, era poco el temor que sentía comparado con el orgullo que le infundía el pensar en el combate del día siguiente.

Bussy se había presentado muy de mañana en el palacio del duque, a quien acompañó al Louvre, quedándose en la galería.

El duque se unió a él al volver del cuarto de su hermano, y toda la real comitiva se dirigió a la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois.

Sintió el príncipe algún remordimiento al ver a Bussy tan fresco, tan -leal, tan adicto a su

persona; pero dos cosas combatían sus buenas disposiciones y ahogaban los escrúpulos de su conciencia: el gran dominio que Bussy había adquirido sobre él como todo hombre resuelto le adquiere sobre todo hombre débil, dominio que le inspiraba el temor de verse completamente a merced de su gentilhombre cuando llegara al trono, y el amor de Bussy a madame de Monsoreau, amor cuyo recuerdo humillaba su orgullo y excitaba su envidia.

Sin embargo, como Monsoreau le infundía casi tanto miedo como Bussy, dijo para sí:

-O Bussy me acompaña y auxiliándome con su valor hace triunfar mi causa y entonces poco me importa lo que pueda decir o hacer Monsoreau, o me abandona y entonces ya no le debo nada y le abandonaré también a él.

Estas reflexiones hicieron que el príncipe no apartase un instante la vista de Bussy; vióle entrar risueño y sereno en la iglesia y arrodi-

llarse un poco detrás de él, después de haber cedido cortésmente el paso a M. d'Epernon, su adversario.

Hízole entonces seña para que se aproximase, pues en la posición en que se hallaba le era preciso para verle volver completamente la cabeza y por lo mismo quería tenerle a su izquierda para observarle sin más que mover los ojos.

Ya hacía un cuarto de hora que había comenzado la misa cuando Remigio entró en la iglesia y fue a arrodillarse cerca de su amo. El duque se conmovió al ver al joven médico, pues sabía que era el confidente de los más íntimos pensamientos de Bussy.

En efecto, al cabo de un instante Remigio, después de haber hablado con su amo en voz baja, le dio con mucho disimulo, una carta.

Estremecióse el príncipe al ver el sobre de aquel billete escrito de una letra pequeña, fina y

elegante.

-Es de ella -dijo-, y le anuncia que su marido sale de París.

Bussy dejó caer el billete dentro del sombrero, le abrió y le leyó. El príncipe no veía el billete, pero veía el semblante de Bussy animado con una expresión de júbilo y de amor.

-¡Ah! ¡desgraciado de ti si no me acompañas! -murmuró.

Bussy se llevó la carta a los labios y se la guardó en el pecho cerca del corazón.

El duque miró a todas partes; tal vez si Monsoreau hubiese estado allí no habría tenido la paciencia de esperar hasta la noche para decirle que Bussy era el amante de su mujer.

Acabada la misa, todos volvieron al Louvre, donde estaba preparada una colación para el rey en sus habitaciones, y para los gentileshombres en la galería. Los suizos se hallaban formados a uno y otro lado de la puerta del Louv-

re hasta los aposentos; los guardias franceses estaban en el patio.

Chicot no perdía de vista al rey ni el duque de Anjou se separaba de Bussy.

Éste se aproximó al príncipe al entrar en el Louvre.

-Perdonad, monseñor -dijo-, desearía decir dos palabras a Vuestra Alteza.

-¿Es cosa urgente? -preguntó el duque.

-Muy urgente, monseñor.

-¿No podrás decírmelas en la procesión, puesto que hemos de ir juntos?

-Vuestra Alteza me disimulará, pero justamente lo que quería era pedirle permiso para no asistir a la procesión.

-¿Cómo? -preguntó el duque con cierta alteración de voz que no pudo disimular por completo.

-Monseñor, mañana es gran día, Vuestra Alteza lo sabe, pues que se verifica el desafío entre

los amigos del rey y los vuestros; desearía,
pues, retirarme hoy a mi casita de Vincennes.
-¿De modo que no vienes a la procesión á
que asiste toda la corte, a que asiste el rey?
-No, monseñor, si Vuestra Alteza me lo
permite.
-¿Ni aun irás a buscarme a Santa Genoveva?
-Monseñor, deseo tener todo el día libre.
-Sin embargo -dijo el duque-, si en todo el
día se presentase una ocasión en que yo necesi-
tase de mis amigos...
-Vuestra Alteza no tendrá hoy necesidad de
sus amigos más que para una cosa: para sacar la
espada contra su rey, y ésta es otra de las razo-
nes que yo tengo para solicitar el permiso de
retirarme; no puedo sacar la espada contra na-
die hasta haber arreglado el asunto que tengo
con M. d'Epernon.
Monsoreau había dicho el día anterior al
príncipe que podía contar con Bussy; por consi-

guiente, aquella mudanza era repentina y no podía proceder sino del billete que Remigio había entregado a su amo en la iglesia.

-¿Conque es decir -dijo el duque apretando los dientes-, es -decir que abandonas a tu señor y amo?

-Monseñor -repuso Bussy-, el hombre que expone su vida mañana en un combate encarnizado, sangriento, mortífero, como será el nuestro, no tiene más que un amo, y a este amo es a quien quiero consagrar mis últimas devociones.

-¡Sabes que hoy se decide nuestra suerte, sabes que se trata nada menos que de conquistarme el trono, y me abandonas!

-Monseñor, ya he trabajado bastante por vos: bastante trabajaré mañana. No me pidáis más que la vida.

-Está bien -respondió el duque con voz sorda-, sois libre, M. de Bussy, adiós.

Bussy, sin hacer caso de aquella repentina

frialdad, saludó al príncipe, bajó la escalera del Louvre y se encaminó a paso largo hacia su casa.

El duque llamó a Aurilly.

Aurilly acudió al momento, preguntando:

-¿Qué tenemos, monseñor?

-Él mismo ha pronunciado su sentencia.

-¿No os acompaña?

-No.

-¿Va a la cita que le daban indudablemente en el billete?

-Sí.

-¿Entonces es esta noche?

-Esta noche.

-¿Está avisado M. de Monsoreau?

-De que hay cita sí, pero aun no le he dicho quién es el hombre que acudirá a ella.

-¿Está Vuestra Alteza resuelto a sacrificar al conde de Bussy?

-Estoy resuelto a vengarme, sólo una cosa

temo.

-¿Qué?

-Que Monsoreau se fíe de sus fuerzas y destreza y Bussy se le escape.

-No se preocupe Vuestra Alteza.

-¿Cómo?

-¿Está M. de Bussy definitivamente condenado?

-Sí, ¡pardiez! un hombre que me tiene en tutela, que se apodera de mi voluntad para hacer la suya, que me usurpa mi querida, una especie de león del cual soy más bien guardador que amo, sí, sí, Aurilly, está condenado sin apelación, sin misericordia.

-Pues bien, pierda cuidado Vuestra Alteza, porque si se escapa de las manos de Monsoreau, no se librará de las de otro.

-¿Y quién es ese otro?

-¿Vuestra Alteza me manda que le diga su nombre?

-Sí, te lo mando.

-Ese otro es M. d'Epernon.

-¿D'Epernon el que debe combatir con él mañana?

-Sí, monseñor.

-¿Cómo es eso?

Aurilly iba a empezar su relación cuando llamaron al duque. El rey estaba sentado ya a la mesa y se admiraba de no ver al duque de Anjou, o -por mejor decir Chicot acababa de hacérselo notar, y el rey había hecho llamar a su hermano.

-En la procesión me lo contarás -dijo el duque, y siguió al ujier que le había llamado.

Toda vez que no tendremos tiempo para seguir al duque y a Aurilly por las calles de París, porque tenernos que hablar de otro personaje más importante, diremos ahora a nuestros lectores lo que aconteció entre d'Epernon y el tocador de laúd.

Aquella mañana, al rayar el día, se había presentado d'Epernon en el palacio de Anjou preguntando por Aurilly.

Eran conocidos antiguos: Aurilly había enseñado a d'Epernon a tocar el laúd, y con frecuencia se reunían maestro y discípulo para tocar el violín o puntear la guitarra, como se usaba antes, no solamente en España, sino también en Francia.

Unía, pues, a los dos músicos una tierna amistad templada por la etiqueta.

Por otra parte, d'Epernon, gascón astuto, practicaba el método de insinuación que consiste en captarse la voluntad de los amos por medio de los criados, y había pocos secretos en el palacio de Anjou de que él no fuese sabedor por medio de su amigo Aurilly.

Debemos añadir que con su habilidad diplomática, cuidaba de mantenerse no sólo en la gracia del rey sino en la del duque de Anjou,

con el doble objeto de conservar la amistad del rey reinante y rehuir la enemistad que pudiera tenerle el rey futuro.

El objeto de aquella visita era hablar con Aurilly de su próximo duelo con Bussy. Este duelo le tenía con mucho cuidado, porque jamás fue el valor la cualidad que más brillara en el carácter de d'Epernon, y era necesario ser más que valiente, ser temerario para arrostrar con serenidad un combate con Bussy, que equivalía a arriesgarse a una muerte cierta. Algunos se habían atrevido a ello y habían medido la tierra en la lucha para no volver a levantarse.

A la primera palabra que d'Epernon dijo al músico acerca de su asunto, Aurilly, que conocía el odio que su amo alimentaba en secreto contra Bussy, se lamentó tiernamente de la mala suerte que esperaba a su discípulo, anunciándole que hacía ocho días que M. de Bussy se ejercitaba dos horas cada mañana en tirar a la

espada con un clarín de guardias, que era el jugador más terrible que podía hallarse en París, especie de artista en materia de estocadas, y que habiendo viajado y observado mucho había aprendido de los italianos su juego prudente y cerrado; de los españoles sus amagos sutiles y ataques brillantes, de los alemanes la flexibilidad de la muñeca y la exactitud de los quites y respuestas, y por último, de los salvajes polacos, que entonces se llamaban sármatas, las vueltas, saltos, tumbos y luchas cuerpo a cuerpo.

D'Epernon, durante aquella larga enumeración de probabilidades contrarias, se comió de miedo todo el carmín de que tenía pintadas las uñas.

-Según eso puedo darme por muerto -dijo medio risueño, medio conmovido.

-¡Toma! -respondió Aurilly.

-Pero es absurdo -exclamó d'Epernon- po-

nerse a reñir con un hombre que seguramente le ha de matar a uno. Es como jugar a los dados con quien estuviese seguro de sacar todas las manos el punto doce.

-Eso deberíais haberlo pensado antes de comprometeros.

-Yo eludiré el compromiso -dijo d'Epernon-, ¡diablo!, o soy gascón o no lo soy; ¿pues no es locura morir voluntariamente a los veinticinco años? Pero ahora que pienso en ello... sí... esto es lógico.

-Hablad.

-¿M. de Bussy está seguro de matarme?

-No tengo la menor duda.

-Entonces nuestro duelo deja de ser duelo y se convierte en un asesinato.

-Justamente.

-Y si es un asesinato... ¿Qué diablo?...

-¿Cómo?

-Digo que es permitido evitar un asesinato

por medio de...

-¿De qué?

-Por medio de un homicidio. ¿Y quién me impide a mí matarle antes?

-Nadie, y aun yo también había pensado en eso.

-¿No es esto claro?

-Como la luz del día.

-¿Y natural?

-Naturalísimo.

-Sólo que en lugar de matarle cruelmente con mis propias ruanos, como él quiere hacer conmigo, daré la comisión a otro, porque yo aborrezco la sangre.

-¿Es decir que pagaréis asesinos?

-Sí, ¡pardiez! de igual modo que M. de Guisa y M. de Mayena los pagaron para matar a Saint-Megrin.

-Eso os costará muy caro.

-Daré tres mil escudos.

-Por tres mil escudos, si vuestra gente se entera con quien tiene que habérselas, no podréis ajustar más que seis hombres.

-¿Y no son bastantes?

-¡Seis hombres! M. de Bussy matará cuatro, antes que le toquen siquiera en la ropilla. Acordáos de lo que sucedió en la calle de San Antonio cuando hirió a Schomberg en el muslo, y a vos en el brazo y aturdió de un golpe a Quelus.

-Pues gastaré seis mil escudos si es preciso -repuso d'Epernon-. ¡Pardiez! ya que se haga la cosa, quiero que salga bien hecha.

-¿Tenéis gente a propósito? -dijo Aurilly.

-¡Psé! -respondió d'Epernon-, tengo por ahí gente desocupaba, soldados licenciados y bravos que nada tienen que envidiar a los de Venecia y Florencia.

-Muy bien, muy bien; mas tened cuidado. .

-¿Con qué?

-Conque si no aciertan, os denunciarán.

-Tengo al rey de mi parte. -Eso ya es algo,

mas el rey no puede impedir que Bussy os ma-

te.

-Tenéis razón, es cierto -dijo d'Epernon pen-

sativo.

-Yo os indicaría una combinación -añadió

Aurilly.

-Hablad, amigo mío, explicaos.

-Pero acaso no querríais hacer causa co-

mún...

-Nada me importará, con tal que pueda li-

brarme de ese demonio.

-Pues bien; cierto enemigo de Bussy está ce-

loso.

-¡Hola!

-De modo que a estas horas...

-Y bien, ¿qué?

-Debe de estar preparándole un lazo.

-Adelante.

-Pero le falta dinero; con seis mil escudos

haría vuestro negocio al mismo tiempo que el suyo. Me parece que no tendréis empeño en que recaiga sobre vos el honor de esta jornada.

-¡Pardiez! no, no pido otra cosa sino que se ignore que yo tengo parte en ella.

-Pues mandad a vuestra gente sin daros a conocer, y él utilizará sus servicios.

-Pero yo quisiera conocer a ese hombre.

-Yo os le mostraré hoy por la mañana.

-¿Dónde?

-En el Louvre.

-¿Luego es noble?

-Sí.

-Pues en seguida pondré a vuestra disposición los seis mil escudos.

-¿Queda resuelto eso?

-Irrevocablemente.

-Vamos, pues, al Louvre.

-Vamos.

Ya hemos visto en el capítulo anterior cómo

Aurilly dijo a d'Epernon.

-Perded cuidado, M. de Bussy no se presentará mañana en el desafío.

LXXXIV. LA PROCESIÓN

Terminada la colación entró el rey en su cuarto con Chicot para ponerse el hábito de penitente, y salió un momento después descalzo, con una cuerda atada por la cintura, y echada la capucha sobre la cabeza.

Mientras tanto, los cortesanos se habían disfrazado del mismo modo. El tiempo estaba magnífico, y el piso cubierto de flores; todos ponderaban la esplendidez de los altares colocados en la carrera, y sobre todo del que los frailes de Santa Genoveva habían preparado en la cripta de la capilla.

Una inmensa multitud llenaba las calles que debía recorrer el rey, y principalmente aquellas en que se hallaban los conventos done debía detenerse, que eran los Jacobinos, el Carmen,

Capuchinos y Santa Genoveva.

Abría la marcha el clero de Saint-Germain-l'Auxerrois; seguía luego el arzobispo de París con el Santo Sacramento, precedido de niños que marchaban de espaldas e iban incensando al Santísimo, y de niñas que le arrojaban hojas de rosa.

Detrás iba el rey seguido de sus cuatro amigos, todos descalzos según hemos dicho, y vestidos de penitentes y precediendo al duque de Anjou, que iba con su traje ordinario, acompañado de toda su Corte y seguido de los grandes dignatarios de la corona que ocupaban los puestos que la etiqueta previamente les tenía señalados.

Cerraban la marcha los vecinos y el pueblo de París.

Era ya más de la una cuando la comitiva salió del Louvre. Crillon y los guardias franceses quisieron seguir al rey: mas éste les hizo seña

de que era inútil y se quedaron para guardar el palacio.

A las seis de la tarde, después de haberse detenido la comitiva delante de los diversos altares colocados en la carrera, se encaminó al convento de Santa Genoveva, cuyos frailes apenas divisaron desde el pórtico la cabeza de la procesión, salieron hasta la escalera con su prior, al frente, a recibir a Su Majestad.

En el camino, desde el último altar, que era el de Capuchinos, al convento de Santa Genoveva, el duque de Anjou, que se hallaba en pie desde muy temprano, se puso malo de fatiga y pidió al rey permiso para retirarse a su palacio; permiso que el rey le concedió.

Sus gentileshombres se retiraron también con él, como para demostrar que acompañaban al duque y no al rey.

Pero la verdad era que como tres de ellos debían entrar en combate al día siguiente, no

querían cansarse mucho.

A la puerta del convento despidió el rey a Quelus, Maugiron, Schomberg y d'Epernon, bajo el pretexto de que tenían también necesidad de descanso como Livarot, Ribeirac y Antraguet.

El arzobispo, que por haber dicho la misa muy de mañana y haber asistido después a la procesión no había tomado nada, iba muerto de fatiga: lo mismo ocurría a los individuos del clero, el rey se compadeció de aquellos santos mártires y les despidió a todos.

Luego, volviéndose al prior José Foulon, le dijo con voz gangosa:

-Vedme aquí, padre mío, que vengo como pecador que soy, a buscar el reposo en vuestra soledad.

El prior hizo una reverencia.

El rey, dirigiéndose a los que le habían acompañado hasta allí, les dijo:

-Os doy gracias, señores, id en paz.

Todos saludaron respetuosamente, y el rey penitente subió uno a uno, dándose golpes de pecho, los escalones del convento.

Apenas atravesó el umbral, se cerraron las puertas detrás de él.

El rey estaba tan absorto en sus meditaciones, que no advirtió esta circunstancia, la cual por otra parte nada tenía de extraordinaria después de haber despedido Enrique a su comitiva.

-Primero -dijo el prior- vamos a conducir a Vuestra Majestad a la cripta, que hemos adornado lo mejor posible en honor del rey del cielo y de la tierra.

El rey se contentó con responder con una señal de asentimiento, y siguió al prior.

Mas luego que pasó bajo los sombríos arcos y entre dos filas de frailes que permanecían inmóviles; luego que entró en la capilla, bajáronse veinte capuchas y descubriéronse veinte

cabezas, en cuyos ojos brillaban el júbilo y el orgullo del triunfo.

Aquellos semblantes no eran ciertamente de frailes perezosos y tímidos: el bigote espeso y el color atezado de todos ellos, indicaban la fuerza y la actividad. Muchos se hallaban llenos de cicatrices, y al lado del más orgulloso de todos, del que tenía la cicatriz más ilustre y más célebre, se hallaba el rostro animado y expresivo de una mujer vestida de fraile.

Aquella mujer tenía en la mano unas tijeras de oro que colgaban de una cadena atada a su cintura.

-¡Ah, hermanos míos! -dijo-, al fin tenemos en nuestro poder a Valois.

-Pardiez, sí, hermana -contestó el de la gran cicatriz.

-Todavía no -murmuró el cardenal.

-¿Cómo así?

-¿Dónde tenemos bastante número de tro-

pas del pueblo para contrarrestar los esfuerzos de Crillon y de sus guardias?

-Tenemos otra cosa mejor -contestó el duque de Mayena-, y creedme, no se disparará un solo tiro.

-¿Y cómo se hará sin disparar un tiro? -preguntó la duquesa de Montpensier-; confieso que yo quisiera que hubiese un poco de broma.

-Pues siento decirte, hermana, que no la tendrás. El rey cuando se vea preso gritará, pero nadie responderá a sus gritos. Entonces por medio de la persuación o de la violencia, mas sin mostrarnos, le haremos firmar una abdicación, cuya noticia difundida inmediatamente por la ciudad, dispondrá en nuestro favor al pueblo y a los soldados.

-El plan es bueno y ya no puede frustrarse -dijo la duquesa.

-Algo violento es -dijo el cardenal de Guisa moviendo la cabeza.

-El rey se negará a firmar la abdicación -agregó el caricortado-; es valiente, y preferirá morir.

-Pues que muera -exclamaron Mayena y la duquesa.

-No -contestó con firmeza el duque de Guisa-, no. Quiero suceder a un príncipe que abdica y que se hace despreciable, mas no quiero reemplazar a un hombre asesinado, de quien todos se compadecerían. Además en nuestros planes os habéis olvidado del duque de Anjou el cual, si su hermano muere, reclamará la corona.

-Que la reclame, pardiez, que la reclame -repuso Mayena-; nuestro hermano el cardenal ha previsto ya ese caso: la abdicación de su hermano le comprenderá: el duque de Anjou ha tenido relaciones con los hugonotes y no merece reinar.

-¿Con los hugonotes? ¿estáis seguro?

-¡Pardiez! ¿quién sino el rey de Navarra le ayudó a escaparse?

-Bien.

-Por otra parte, en el acto de abdicación se insertará otra cláusula en nuestro favor; por esta cláusula se os nombrará regente del reino, y de la regencia al trono no hay más que un paso.

-Sí, sí -repuso el cardenal-, yo he previsto todo eso; pero podría suceder que los guardias franceses, para convencerse de que la abdicación es verdadera, y sobre todo espontánea, viniesen al convento. Crillon no gasta bromas, y sería capaz de decir al rey: Señor, la vida está en peligro, pero ante todo salven el honor.

-Eso, a quien corresponde evitarlo -exclamó Mayena-, es al general, y el general ha tomado sus precauciones. Tenemos aquí para sostener el sitio ochenta caballeros, y he mandado distribuir armas a cien frailes. Podremos pues sos-

tenernos un mes aunque sea contra un ejército, y en caso de apuro tenemos ahí el subterráneo para huir con nuestra presa.

-¿Y qué hace en este instante el duque de Anjou?

-El duque de Anjou ha tenido miedo como siempre en la hora del peligro, y se ha retirado a su palacio, donde espera noticias nuestras, en compañía de Bussy y Monsoreau.

-¡Pardiez! aquí es donde debería estar y no en su casa.

-Creo que os engañáis, hermano -dijo el cardenal-; el pueblo y la nobleza, si hubiéramos traído aquí a los dos hermanos, habrían creído que queríamos deshacernos de toda la familia, y lo que sobre todo debemos evitar, es que se nos considere como usurpadores. Nosotros heredamos y nada más. Dejando en libertad al duque de Anjou y a la reina madre haremos que nos bendigan todos, y que nuestros parti-

darios nos admiren, y nadie podrá decirnos una palabra; de otro modo, tendremos por enemigos a Bussy y otras cien espadas muy peligrosas.

-¡Bah! Bussy tiene mañana un desafío con los favoritos.

-¡Buen negocio, les matará sin duda ninguna, y luego será de los nuestros -dijo el duque de Guisa.- Por mi parte, estoy dispuesto a nombrarle general de un ejército en Italia, donde sin duda estallará la guerra. Bussy es un hombre superior, y yo lo estimo mucho.

-Y yo -repuso la duquesa de Montpensier-, en prueba de que no lo estimo menos, prometo darle mi mano si me quedo viuda.

-¡Vuestra mano! -exclamó Mayena.

-Otras damas más elevadas que yo, han hecho más por él, y eso que no era general de ejército.

-Vamos, vamos -dijo Mayena-, eso se verá

después; pensemos ahora en el asunto que tenemos entre manos.

-¿Quién está con el rey? -preguntó el duque de Guisa.

-Creo que el prior y el padre Gorenflot. Conviene que no vea sino gente conocida, para que no se asuste y sospeche lo que le aguarda.

-Sí -dijo Mayena-, comamos el fruto de la conspiración, pero dejemos a otros el cuidado de cogerle.

-¿Está ya en la celda? -preguntó madame de Montpensier impaciente por dar al rey la tercera corona que hacía mucho tiempo le tenía prometida.

-¡Oh! no; primero verá el altar de la cripta y adorará las santas reliquias.

-¿Y luego?

-Luego el prior le dirigirá algunas palabras sonoras sobre la vanidad de los bienes de este mundo; y luego el padre Gorenflot, ya sabéis de

quién hablo, el que pronunció aquel magnífico discurso la noche antes del alistamiento...

-Sí, ¿y qué?

-Procurará alcanzar de su convicción lo que nosotros no queremos arrancar de su debilidad.

-En efecto, valdría muchísimo más que abdicase por persuasión -repuso el duque de Guisa pensativo.

-¡Bah! Enrique es supersticioso y débil -dijo Mayena-, yo aseguro que cederá al miedo del infierno.

-Pues yo no estoy tan seguro como vos -replicó el duque-, pero hemos quemado nuestras naves, y ya no podemos retroceder. Ahora bien, si la tentativa del prior y el discurso de Gorenflot no hacen efecto, echaremos mano de nuestro último recurso que es la intimidación.

-Y entonces, yo raparé la cabeza a mi Valois -exclamó la duquesa volviendo a su idea favorita.

En aquel instante se oyó el sonido de una campanilla en las bóvedas obscurecidas por las primeras sombras de la noche.

-El rey baja a la cripta -dijo el duque de Guisa-; vamos, Mayena, llamad a vuestros amigos y cubrámonos el semblante.

Inmediatamente volvieron las capuchas a cubrir aquellos semblantes animados y orgullosos, aquellos ojos ardientes y aquellas cicatrices significativas: después treinta o cuarenta frailes, precedidos de los tres hermanos se encaminaron a la puerta de la cripta.

LXXXV. CHICOT

El rey se hallaba abismado en una meditación tan profunda, que prometía a los Guisa el logro fácil de su plan.

Visitó la cripta con toda la comunidad, besó la urna de las reliquias, repitiendo a cada ceremonia los golpes de pecho, y mascullando los salmos más lúgubres.

Después empezó el prior sus exhortaciones, escuchándolas el rey con la misma contrición ferviente.

Por último, el duque de Guisa hizo una seña, y el prior, inclinándose delante del rey, le dijo:

-Señor, ¿vendréis ahora a despojaros de vuestra corona terrenal a los pies del Eterno?

-Vamos. . . -repuso el rey.

Al momento, toda la comunidad formada en dos filas siguió al rey, a quien el prior llevaba hacia las celdas situadas a la izquierda en el corredor principal.

Enrique parecía muy contrito: no dejaba de darse golpes de pecho y de pasar las cuentas del rosario de marfil atado a la cintura, que figuraban cabezas de muerto.

Llegaron por último a la celda cuya puerta ocupaba el padre Gorenflot con el rostro iluminado y los ojos brillantes como un carbunclo.

-¿Es aquí? -preguntó el rey.

-Aquí mismo -contestó el frailote.

El rey podía muy bien ignorar adónde debía dirigirse, pues al extremo del corredor se veía una verja misteriosa que daba a una pendiente, cubierta de densas tinieblas. Enrique entró en la celda.

-*¿Hic portus salutís?* -murmuró con voz conmovida.

-Sí, señor -respondió Foulon-, aquí está el puerto.

-Dejadnos solos -dijo Gorenflot haciendo un ademán majestuoso.

Y al momento se cerró la puerta; los circunstantes se apartaron.

El rey, viendo un escabel en el centro de la celda, se sentó poniendo la mano sobre la rodilla.

-¡Ah! ya estás aquí, Herodes, ya te-tenemos, pagano, ya has caído en el garlito, Nabucodo-

nosor -dijo Gorenflot, bruscamente, y apoyando en las cadenas las gruesas manos.

El rey pareció sorprendido y preguntó:

-¿Hablabas conmigo, padre?

-Sí, contigo hablo, ¿y por qué no? ¿puede haber un ultraje que no merezcas?

-¡Padre! -murmuró el rey.

-¡Bah! aquí no hay padre que valga. Y hace tiempo que estoy meditando un discurso. . y ya ha llegado el momento de pronunciarlo. Le divido en tres puntos como hace todo buen predicador: primero, eres un tirano; segundo, eres un sátiro; tercero, en fin, estás destronado; de eso es de lo que te voy a hablar.

-¡Destronado, padre mío! -repitió el rey ocultándose en la sombra.

-Ni más ni menos: aquí no estamos en Polonia, y no te escaparás.

-¿Luego estoy en poder de mis enemigos?

-¡Oh, Valois! Sabe que un rey no es más que

un hombre, y eso cuando es hombre.

-¿Intentaréis hacerme violencia, padre mío?

-¡Pardiez! ¿Crees que te hemos encerrado

aquí para tenerte consideraciones?

-Vos abusáis de la religión, padre.

-¿Acaso hay religión? -preguntó Gorenflot.

-¡Oh! -dijo el .rey-: ¡y es un santo el que dice

semejantes cosas!

-Lo dicho, dicho.

-Os condenaréis, padre.

-¿Por ventura es posible condenarse?

-Habláis como un impío.

-Vamos, dejémonos de jeremiadas: ¿estás

pronto, Valois?

-¿A qué?

-A renunciar la corona; estoy encargado de

proponértelo y te lo propongo.

-Perpetráis un pecado mortal, padre.

-¡Ta, ta! -dijo Gorenflot con cínica sonrisa-;

tengo facultad de absolver y me absuelvo de

antemano; vamos, renuncia, Valois.

-¿A qué habré de renunciar?

-Al trono de Francia.

-¡Primero morir!

-¿Sí? Pues entonces morirás... Mira, ya

vuelve el prior... decídete.

-Tengo guardias y amigos: yo me defende-

ré.

-Puede ser; pero antes te mataremos.

-Dejadme al menos un minuto para re-

flexionar.

-Ni un minuto, ni un segundo.

-Vuestro celo os extravía, hermano -exclamó

el prior.

E hizo con la mano una seña que quería de-

cir:

-Señor, accedemos a vuestra petición.

Luego cerró la puerta.

El rey se puso a reflexionar profundamente.

-¡Vamos! Aceptemos el sacrificio -dijo.

Habían transcurrido diez minutos ínterin Enrique reflexionaba; al cabo de los diez minutos llamaron al ventanillo de la celda.

-Ya está hecho -dijo Gorenflot-: acepta.

El rey percibió un murmullo de alegría y sorpresa en el corredor.

-Leedle el acta de abdicación -dijo una voz que conmovió al rey, hasta el punto de hacerle mirar la rejilla, por la cual un fraile entregó a Gorenflot un pergamino arrollado.

Gorenflot leyó trabajosamente el acta de abdicación, al rey, el cual la oyó con muestra de gran dolor y ocultando la frente entre las manos.

-¿Y si me niego a firmar? -preguntó llorando...

-Os perderéis -contestó el duque de Guisa con voz sorda-. Consideraos muerto para el mundo, y no nos obliguéis a derramar la sangre de un hombre que ha sido nuestro rey.

-No se me obligará a firmar -repuso Enrique.

-Ya había yo previsto eso -murmuró el duque de Guisa dirigiéndose a su hermana, cuya frente se arrugó, y cuyos ojos lanzaron un resplandor siniestro.

-Id, hermano -añadió, dirigiéndose a Mayena-, y haced que todo el mundo se arme y se prepare.

-¿Para qué? -dijo el rey en tono lastimero.

-Para todo -repuso José Foulon.

El rey dio entonces mayores muestras de desesperación.

-¡Pardiez! -exclamó Gorenflot-, yo te aborrecía, Valois, pero ahora te desprecio: vamos, firma o morirás a mis manos.

-Un poco de paciencia, padre -balbuceó el rey-, dejad que me encomiende a Dios para que me dé resignación.

-Quiere reflexionar más -gritó Gorenflot di-

rigiéndose a los de afuera.

-Se le da de plazo hasta las doce de la noche

-dijo el cardenal.

-Gracias, cristiano caritativo -dijo el rey con

el mayor desconsuelo-; Dios te lo pague.

-Su cerebro está en efecto debilitado -

exclamó el duque de Guisa-, y es hacer un ser-

vicio a Francia el destronarle.

-No importa -dijo la duquesa-; aunque esté

débil tendría mucho placer en tonsurarle.

Durante este diálogo, Gorenflot, con los

brazos cruzados delante de Enrique, le injuria-

ba atrozmente, echándole en cara todos sus

excesos.

De pronto sonó un ruido sordo fuera del

convento.

-¡Silencio! -gritó el duque de Guisa.

Todos callaron. Entonces se oyeron fuertes

golpes dados en la sonora puerta del convento.

Mayena echó a correr hacia allá con toda la

rapidez que le permitía su gordura.

-Hermanos -dijo-, en el pórtico hay gente armada.

-Vienen a buscarle -dijo la duquesa.

-Pues que firme al instante -dijo el cardenal.

-¡Firma, Valois, firma! -gritó Gorenflot con voz de trueno.

-Me habéis dado de plazo hasta las doce -dijo el rey con voz humilde.

-¡Hola! te resistes porque crees ser socorrido.

-Sin duda, es probable...

-Que muera si no firma al momomento, -repuso la duquesa con voz agria e impetuosa.

Gorenflot se apoderó de la mano del rey, y le presentó una pluma.

Por momentos iba aumentando el ruido fuera del convento.

-Vienen más tropas -dijo un fraile-; están cercando el atrio.

-¡Vamos! -gritaron impacientes Mayena y la duquesa.

El rey mojó la pluma en el tintero.

-¡Los suizos! -dijo Foulon llegando a toda prisa-. Han invadido el cementerio, y todo el convento está cercado.

-Pues bien, nos defenderemos -repuso resueltamente Mayena-; con rehenes como el que tenemos no se rinde nunca una plaza a discreción.

-¡Ya ha firmado! -gritó Gorenflot arrebatando el pergamino de las manos del rey, el cual escondió la cabeza en la capucha y cubrió la capucha con los brazos.

-Entonces ya somos reyes -dijo el cardenal al duque-; coge pronto ese precioso documento.

El rey, en un acceso de dolor, derribó la única lámpara que alumbraba la escena; pero el duque de Guisa tenía ya en la mano el pergamino.

-¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos? -interrogó un fraile que llegó corriendo y que a pesar del hábito se conocía que era un caballero bien completo y armado-. Crillon ha llegado con los guardias franceses y nos amenaza con derribar las puertas. ¿No oís?

-¡Abrid en nombre del rey! -gritaba Crillon con voz fuerte.

-Ya no hay tal rey -contestó Gorenflot asomándose a la ventana.

-¿Y quién lo dice, bribón? -preguntó Crillon.

-¡Yo, yo! -dijo Gorenflot desde la obscuridad con acento de orgullo de los más provocadores.

-Muchachos -dijo Crillon- tratad de ver dónde está ese bellaco y plantádmele unas cuantas balas en el vientre.

Gorenflot, viendo a los guardias disponer las armas, se dejó caer de espaldas en medio de la celda.

-Echad la puerta abajo, Crillon -dijo en me-

dio del silencio general una voz que erizó los cabellos de todos los frailes verdaderos y fingidos que esperaban en el corredor.

Aquella voz era la de un hombre que salió de las filas, y avanzó hacia la escalera del pórtico.

-Ya voy, señor -contestó Crillon descargando en la puerta principal un violento hachazo que hizo retemblar las paredes.

-¿Qué se ofrece? -dijo el prior asomándose lleno de miedo a una ventana.

-¡Ah! Sois vos, padre prior -exclamó la misma voz altiva y grave-: volvedme a mi bufón, que se ha quedado esta noche en una celda de vuestro convento; necesito a Chicot, pues me aburro en la soledad.

-Y yo me divierto aquí lindamente, hijo mío -repuso Chicot, bajándose la capucha y pasando por entre los frailes que se apartaron llenos de espanto.

En aquel instante, el duque de Guisa, a la luz de una lámpara que mandó llevar, leyó al pie del acta la siguiente firma, conseguida con tanto trabajo:

CHICOT I

-¡Yo Chicot I! -exclamó Chicot-, id con mil demonios.

-Estamos perdidos -gritó el cardenal-, huyamos.

-¡Bah! -dijo Chicot, azotando a Gorenflot, que se encontraba casi desmayado con la cuerda que llevaba a la cintura.

LXXXVI. LOS INTERESES Y EL CAPITAL

A medida que el rey hablaba, la sorpresa de los conjurados se iba convirtiendo en terror. La firma de Chicot I, convirtió el espanto en furor.

Chicot se echó atrás la capucha, se cruzó de brazos, y mientras Gorenflot huía a todo escape, él sostuvo inmóvil y risueño el primer cho-

que.

El momento fue terrible; gran multitud de hombres furiosos se dirigieron al gascón resueltos a vengarse de la burla cruel de que eran víctimas.

Pero aquel hombre desarmado, cuyo pecho se hallaba cubierto por los dos brazos, cuyo semblante burlón parecía que les desafiaba, les contuvo más tal vez, que las exhortaciones del cardenal, el cual les hizo notar, que la muerte de Chicot no serviría de nada, sino por el contrario, el rey la vengaría cruelmente, pues era cómplice de la burla terrible que su bufón les había hecho.

Volvieron a la vaina las dagas y las tizonas, y Chicot, fuese por fidelidad al rey, y era capaz de llevarla hasta este punto, o fuese porque penetrase el pensamiento de los conjurados, continuó riéndose de ellos en sus barbas.

Mientras tanto, las amenazas del rey iban

siendo mayores y los hachazos de Crillon más repetidos. Era evidente que la puerta no podía resistir por mucho tiempo a semejante ataque que los conjurados ni siquiera pensaban en rechazar.

Por lo mismo, el duque de Guisa, después de un momento de deliberación dio la orden de retirada.

Chicot se sonrió.

En las noches que había pasado con Gorenflot, había examinado el subterráneo, y hallado la puerta de salida, había dado parte al rey de este descubrimiento, y el rey había situado delante de aquella puerta a Tocquenot, teniente de guardias suizos.

Era, pues, indudable, que los coaligados iban a caer en el lazo que se les tenía tendido.

El cardenal se eclipsó primero, seguido de unos veinte caballeros; después Chicot vio pasar al duque de Guisa con igual número de frai-

les, y por último a Mayena que por no poder correr a causa de su enorme vientre y de sus anchas espaldas, debía ser naturalmente el encargado de cubrir la retirada.

Cuando pasó Mayena sofocado con su gordura frente a la celda de Gorenflot, Chicot pensó morir de risa.

Diez minutos transcurrieron, durante los cuales estuvo Chicot escuchando atentamente, creyendo oír el ruido de los conjurados que volvían rechazados del subterráneo; pero el ruido continuaba alejándose en vez de acercarse, lo cual le sorprendió extraordinariamente.

Ocurrióle entonces un pensamiento, que convirtió sus carcajadas de risa en gritos de rabia. Pasaba el tiempo, los coaligados no volverían, sin duda habían notado que la puerta estaba guardada y buscado otra salida.

Chicot iba a lanzarse fuera de la celda, cuando de pronto una masa informe obstruyó

la puerta, cuya masa se arrojó a sus pies, arrancándose los cabellos y exclamando:

-¡Ay infeliz de mí! ¡Oh mi buen señor Chicot! ¡Perdón, perdón!

Lo primero que le ocurrió a Chicot al contemplar a Gorenflot a sus pies fue preguntar cómo es que habiendo huido el primero volvía solo, cuando ya debería de estar muy lejos.

-¡Oh, buen monsieur Chicot! -siguió gritando Gorenflot-, perdonad a vuestro indigno amigo que se arrepiente y abraza vuestras rodillas.

-¿Pero cómo no te has escapado con los demás pícaros?

-Porque no he podido pasar por donde pasaban los otros, mi buen señor, porque su Divina Majestad, sin duda para castigarme, me ha hecho tan gordo. ¡Oh desdichado vientre mío! ¡Oh miserable panza! -gritaba el fraile dándose con los dos puños cerrados en el sitio que apos-

trofaba-. ¡Ah! ¿por qué no soy flaco como vos, monseñor Chicot? ¡Cuán bello y sobre todo cuán ventajoso es ser flaco!

Chicot no sabía cuál fuese la causa de las lamentaciones del fraile.

-¿Pero los otros han pasado por alguna parte? -exclamó con voz de trueno-; ¿se han fugado los otros?

-¡Pardiez! -contestó el fraile-, ¿qué queréis que hiciesen? ¿esperar a que les ahorcaran? ¡Oh desdichado vientre!

-Silencio -gritó Chicot-, y contéstame.

Gorenflot se incorporó sobre las rodillas.

-Preguntad, monsieur Chicot -respondió-, tenéis derecho a ello.

-¿Cómo se han escapado los otros?

-A todo correr.

-Ya entiendo, ¿mas por dónde?

-Por el respiradero que da a la cueva del cementerio.

-¿Es ese el camino que tú llamas el subte-
rráneo? contesta pronto.

-No, querido monsieur Chicot; la puerta del subterráneo estaba guardada por fuera: el gran cardenal de Guisa, en el momento de abrirla oyó a un suizo decir: *Mirch durstet,* lo cual quie-
re decir según parece *tengo sed.*

-¡Voto al demonio! -exclamó Chicot-, ya sé lo que significa: de suerte que los fugitivos han tomado otro camino.

-Sí, monsieur Chicot, huyen por la cueva del cementerio.

-¿Adónde da?

-Por un lado a la cripta y por otro a la puer-
ta de Santiago.

-Mientes.

-No, señor.

-Si hubiesen huido por la cueva que da a la cripta, les habría visto pasar por aquí.

-Sí, señor, pero han pensado que no tenían

tiempo para dar tan gran rodeo, y se han escapado por el respiradero.

-¿Qué respiradero?

-Por un respiradero que cae al jardín y que sirve para dar luz al subterráneo.

-¿De suerte que tú?. .

-De suerte que yo por ser excesivamente grueso...

-¿Qué?

-No he podido pasar y me han tirado de los pies para que no interceptase el camino a los otros.

-Pero si tú no has podido .pasar... -exclamó Chicot, animado el semblante por una extraña expresión de alegría.

-No, y sin embargo he hecho grandes esfuerzos; ved cómo tengo las espaldas y el pecho.

-Entonces el otro que es más grueso que tú.

..

-¿Quién es el otro?

-¡Dios mío -dijo Chicot-, si me, ayudáis en esta empresa, os prometo un magnífico cirio!, de modo que tampoco podrá pasar.

-M. Chicot.

-Levántate, canalla.

El fraile se levantó con toda la ligereza que le fue posible.

-Bien, llévame ahora a ese agujero.

-Adonde queráis, M. Chicot.

-Anda delante, miserable, anda. Gorenflot echó a correr con toda la rapidez que le permitía su gordura, levantando de cuando en cuando los brazos al cielo y sin detener el paso, pues Chicot le iba dando correazos por detrás.

Ambos atravesaron el corredor y bajaron al jardín.

-Por aquí, por aquí -exclamó el fraile.

-Anda y calla, pícaro.

Gorenflot hizo el último esfuerzo y llegó a

los árboles, junto a los cuales se oían gemidos.

-¡Allí -es! -dijo-, allí.

Y rendido sin aliento, se dejó caer sobre la hierba.

Chicot se adelantó tres pasos y vio una cosa que se agitaba a flor de tierra.

Al lado de aquella cosa, muy semejante a la parte posterior del animal que Diógenes llamaba bípedo sin plumas, yacían una espada y un hábito de fraile.

Era claro que el desdichado individuo que se encontraba en aquella posición tan crítica y deplorable, se había deshecho sucesivamente de todos los objetos que podían aumentar el volumen de su cuerpo, de modo que sin espada y sin hábito se hallaba reducido a la más simple expresión.

Y, sin embargo, sus esfuerzos para penetrar en la cueva eran completamente inútiles.

-¡Sangre de Cristo! -gritaba con voz sorda-:

más me valiera haber pasado por medio de los guardias. ¡Eh! no tiréis tan fuerte, amigos, yo me iré deslizando suavemente; conozco que voy avanzando algo, aunque poco.

-¡Pardiez, es M. de Mayena! -exclamó Chicot extasiado-. Buen Dios, habéis oído mi súplica y os debo un cirio.

-No en balde me llaman Hércules -continuó la voz cavernosa de Mayena-; yo quitaré de aquí esta piedra. ¡Hem!

E hizo un esfuerzo tan violento que logró mover la piedra.

-Espera un poco -exclamó en voz baja Chicot-, espera.

Y se puso a dar fuertes pisadas imitando las de una persona que corre.

-Ya llegan -murmuraron muchas voces en el subterráneo.

-¡Ah! -dijo Chicot como si llegase sofocado-, ¿eres tú, frailucho miserable?

-No digáis nada, monseñor -dijeron las voces del subterráneo-, cree que sois Gorenflot.

-¡Hola! ¿eres tú, masa informe, *pondus inmobile?* ¡Toma, toma *indigesta moles,* toma!

Y Chicot, viendo por último llegada la hora de su venganza, sacudía con todas las fuerzas de su brazo y con la cuerda que le había servido para castigar a Gorenflot, fuertes golpes sobre las partes carnosas que se ofrecían a su vista,

-No habléis -decían las voces-, cree que sois el fraile.

En efecto, Mayena sofocaba sus gemidos sin dejar de hacer esfuerzos para apartar la piedra.

-¡Ah, conspirador! -gritó Chicot-, ¡ah, fraile indigno! toma por la pereza, toma por la soberbia, toma por la lujuria, toma por la gula, toma por la avaricia, toma por la envidia. Siento que no haya más que siete pecados capitales; más, toma, toma y toma, por todos los vicios que tienes.

-M. Chicot -decía Gorenflot cubierto de sudor-, M. Chicot, compadeceos de mí.

-¡Ah, traidor! -proseguía Chicot, sin dejar de azotar a Mayena-, toma por la traición.

-¡Perdón! -murmuraba Gorenflot creyendo sentir los golpes que caían sobre Mayena-, perdón, querido M. Chicot.

Más Chicot, en vez de detenerse, se embriagaba con la venganza y redoblaba los golpes. Mayena, a pesar de sus esfuerzos, no podía contener los gemidos.

-¡Ah! -prosiguió Chicot-. ¿Por qué en vez de tu cuerpo vulgar no tengo aquí los altos y poderosos omoplatos del duque de Mayena, a quien debo una tanda de palos con los intereses de siete años?... Toma, toma, toma.

Y Chicot, cada vez más exaltado, repitió los azotes con tal furia, que el paciente, haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró apartar la piedra y cayó ensangrentado y destrozado en los

brazos de sus amigos.

El último golpe de Chicot dio en el vacío.

Chicot entonces se volvió, el verdadero Gorenflot estaba desmayado, si no de dolor, de miedo.

Gorenflot lanzó un suspiro y se tendió en el suelo.

-¡Chicot! -gritó el duque de Mayena.

-Sí, yo mismo, sí, yo soy -repuso Chicot-, que quisiera tener en vez de mi débil brazo los cien brazos de Briareo.

LXXXVIL LO QUE SUCEDÍA AL LADO DE LA BASTILLA

Eran las once de la noche; el duque de Anjou aguardaba impaciente en su gabinete, donde por sentirse débil se había retirado, a que un mensajero del duque de Guisa llegase a anunciarle la abdicación del rey su hermano.

Iba y venía desde la ventana a la puerta del gabinete y de la puerta a la ventana, mirando

de vez en cuando el gran reloj cuya péndola producía un sonido lúgubre dentro de la dorada caja.

De pronto oyó el manoteo de un caballo en el patio; creyó que aquel caballo fuese el de su mensajero, y corrió al balcón; pero el caballo, a quien tenía de la brida un palafranero, en vez de venir de fuera, se hallaba esperando a su amo para salir.

El amo salió de los aposentos interiores; era Bussy, que, como capitán de guardias, había ido a dar el santo y seña antes de acudir a su cita.

El duque, al ver al valiente y gallardo joven que siempre le había sido tan fiel, experimentó algún remordimiento; pero a medida que le vio acercarse a la antorcha que un criado tenía en la mano, fue observando en su semblante una expresión tan viva de júbilo esperanza y felicidad, que irritó sus celos.

Mientras tanto Bussy, no sabiendo que el

duque de Anjou le miraba ni menos que con tanto cuidado le estuviese observando la fisonomía, después de haber dado las últimas disposiciones se aseguró la capa en los hombros, montó a caballo y aplicando las dos espuelas, se lanzó, con grande estrépito, bajo la bóveda sonora que conducía a la puerta de la calle.

Por un momento el duque, lleno de inquietud por no ver llegar a nadie pensó enviarle recado inmediatamente, creyendo que antes de ir a la Bastilla se detendría algunos momentos en su casa; mas su imaginación le representó, entonces al joven riéndose con Diana de su amor despreciado y colocándole en la misma línea que al marido, y de nuevo los malos instintos vencieron a los buenos.

Bussy se había sonreído al salir, y. su sonrisa, que acusaba una satisfacción completa, era un insulto para el príncipe. Este, pues, le dejó marchar; si le hubiera visto triste y pensativo,

quizá le habría detenido.

Bussy, apenas salió del palacio de Anjou, acortó el paso como si temiera el ruido, y pasando a su palacio como había previsto el duque, dio el caballo a un palafranero, que estaba escuchando con respeto una lección de veterinaria que le daba Remigio.

-¡Hola! -dijo Bussy, conociendo al joven doctor-. ¿Eres tú, Remigio?

-Sí, monseñor.

-¿Cómo .no te has acostado?

-Sólo hace diez minutos que he entrado en casa, o por mejor decir en vuestra casa; desde que se ha puesto bueno mi enfermo creo que todos los días tienen cuarenta y ocho horas.

-¿Tan largo se te hace el tiempo?

-Muy largo.

-¿Y el amor?

-¡Ah! ya os he dicho muchas veces que no me fío del amor, y en general le tomo tan sólo

como un objeto de estudio útil.

-¿Conque has abandonado a Gertrudis?

-Completamente.

-De recibir golpes, pues no de otro modo se demostraba el amor de mi amazona, que fuera de esto es muy buena muchacha.

-¿Y tu corazón no te dice nada para ella esta noche?

-¿Y por qué esta noche?

-Porque te llevaría en mi compañía.

-¿A la Bastilla?

-Sí.

-¿Vais allá? -Sin duda.

-¿Y Monsoreau?

-En Compiegne, querido, para preparar una partida de caza de orden de Su Majestad.

-¿Estáis seguro de ello? -Esta mañana le ha dado el rey públicamente la orden.

-¡Ah!

Remigio se quedó meditabundo: al cabo de

un rato dijo:

-¿Y qué pensáis hacer?

-He pasado el día en dar gracias a Dios por la felicidad que me enviaba para esta noche, y voy a pasar la noche en disfrutar de esa felicidad.

-Muy bien: Jourdain, mi espada -dijo Remigio.

El palafranero entró en las habitaciones interiores.

-¿Has cambiado de parecer? -preguntó Bussy.

-¿Por qué?

-Como tomas la espada...

-Sí, iré con vos hasta la puerta por dos razones.

-¿Cuáles?

-La primera, porque no tengáis en la calle ningún mal encuentro.

Bussy se sonrió.

-Podéis reiros cuanto os plazca, monseñor, yo sé que no tenéis miedo a nadie y que mi auxilio no es de gran precio; pero no es tan fácil atacar a dos hombres como a uno solo. La segunda razón es que tengo muchos consejos que daros.

-Ven, querido Remigio, ven, hablaremos de ella: después del placer de verla, no conozco otro mayor que ese.

-Y hay algunos -repuso Remigio- que prefieren el placer de hablar de las mujeres a quien aman, al de verlas.

-El tiempo -dijo Bussy- amenaza lluvia.

-El cielo está unas veces claro y otras nublado, pero así me agrada más; porque soy amigo de la variedad -dijo Remigio-. Gracias, Jourdain -añadió dirigiéndose al palafranero que le daba la espada-, estoy a vuestras órdenes, señor conde.

Bussy cogió el brazo del joven doctor, y

ambos se encaminaron hacia la Bastilla.

Remigio había dicho al conde que tenía muchos y muy buenos consejos que darle, y en efecto, apenas echaron a andar empezó a citarle mil textos latinos para probar que no debía ir aquella noche a visitar a Diana, sino que al contrario, debía acostarse tranquilamente en su lecho, porque de ordinario el hombre combate mal después de haber dormido mal. De las apotegmas de la facultad pasó a las citas mitológicas, y contó con mucho gracejo que según costumbre Venus era la que desarmaba a Marte. Bussy se sonreía y Remigio redoblaba sus instancias.

-Mira, Remigio -dijo el conde-, cuando mi mano tiene una espada se adhiere a ella de tal modo, que las fibras de la carne toman la consistencia y flexibilidad del acero, y el acero parece que se anima y se caldea como carne viva. Desde aquel instante mi espada es un brazo y

mi brazo una espada; por consiguiente no hacen al caso aquí las consideraciones de fuerza ni de disposición, pues tina espada no se cansa nunca.

-No, señor, pero se mella.

-No temas nada.

-¡Ah, señor conde! -continuó Remigio-, es que mañana tenéis que mantener un combate como el de Hércules contra Anteo, como el de Teseo contra el Minotauro, como el de los treinta, como el de Bayardo; un combate que tendrá algo de homérico, de gigantesco, de extraordinario; un combate que en los tiempos venideros será conocido con el nombre del combate de Bussy por haber sido el más excelente, y en este combate no quiero que os toquen el pelo de la ropa.

-Pierde cuidado, mi buen Remigio, que yo te aseguro que has de ver prodigios: esta mañana he jugado con cuatro buenos tiradores, y

durante ocho minutos ni uno de ellos pudo tocarme una sola vez al paso que yo les dejé hechos jirones las ropillas. "Salto como un tigre.

-No digo lo contrario, señor conde. ¿Más tendréis mañana la misma fuerza que hoy para saltar?

Aquí Bussy y su cirujano entablaron un diálogo en latín, diálogo que interrumpían frecuentemente con grandes carcajadas.

De este modo llegaron a la esquina -de la calle de San Antonio. -Adiós -dijo Bussy-, ya hemos llegado.

-¿Os espero? -dijo Remigio.

-¿Para qué?

-Para cerciorarme de que en efecto estaréis de vuelta a las dos, y que dormiréis al menos cinco o seis horas antes del combate.

-¿Y si te doy mi palabra?

-¡Oh! entonces me será suficiente. ¡La palabra de Bussy! ¡estaría de ver que dudase yo de

ella!

-Pues bien, te la doy: dentro de dos horas estaré en casa.

-Adiós, monseñor.

-Adiós, Remigio.

Los dos jóvenes se separaron; pero Remigio se detuvo un poco hasta que vio al conde llegar a la puerta y entrar por ella, pues Gertrudis se la abrió sin dificultad no estando Monsoreau en casa.

Luego se dirigió filosofando por las desiertas calles al palacio de Bussy.

Al salir a la plaza de Beauyoder, vio venir hacia él cinco hombres embozados en sus capas y al parecer completamente armados.

Era muy singular que cinco hombres anduviesen por las calles a aquellas horas: Remigio se ocultó detrás de la esquina de una casa.

Cuando los hombres llegaron a diez pasos de él, se detuvieron y saludándose con cortesía,

se fueron dos por un lado y dos por otro, quedándose el quinto en el mismo sitio inmóvil y pensativo.

En aquel momento salió la luna de una nube e iluminó con sus rayos el semblante de aquel hombre.

-¡M. de San Lucas! -exclamó Remigio.

San Lucas levantó la cabeza al oír pronunciar su nombre y vio a un hombre que se dirigía hacia él.

-¡Remigio! -exclamó.

-Remigio en persona, que tiene un placer en no ofreceros sus servicios, pues que según veo estáis perfectamente bueno. ¿Será indiscreción preguntaros lo que hacéis a estas horas tan lejos del Louvre?

-Querido, he andado recorriendo por orden del rey la ciudad: Su Majestad me ha mandado que si oigo decir por ahí que ha hecho renuncia de la corona, conteste que no es cierto.

-¿Y habéis oído hablar de eso?

-Nadie me ha dicho una palabra, y como van a dar las doce y todo se halla tranquilo, pues sólo he encontrado a M. de Monsoreau, he despedido a mis amigos y estaba pensando en volver a casa cuando me has visto.

-¿Cómo? ¿decís M. de Monsoreau?.. .

-Sí.

-¿Habéis encontrado a M. de Monsoreau?

-Con diez o doce hombres armados.

-¡M. de Monsoreau! Imposible.

-¿Por qué ha de ser imposible?

-Porque debe hallarse en Compiegne.

-Debería, pero no está.

-¿Pues y la orden del rey?

-¡Bah! ¿Y quién obedece aquí al rey?

-¿Habéis encontrado a M. de Monsoreau con diez o doce hombres?

-¿Os ha conocido?

-Creo que sí.

-¿Y no erais más que cinco?

-Mis cuatro amigos y yo tan sólo.

-¿Y no os ha acometido?

-Al contrario, ha evitado el combate, y en verdad que me extraña, pues yo esperaba tener que sostener una batalla sangrienta.

-¿Y hacia dónde iba?

-Hacia la calle de Tixeranderie.

-¡Oh, Dios mío! -murmuró Remigio.

-¿Qué? -preguntó San Lucas asustado.

-M. de San Lucas, sin duda va a ocurrir una gran desgracia.

-¿A quién?

-A M. de Bussy.

-¡A Bussy! ¡Pardiez, hablad, Remigio! ya sabéis que soy su amigo.

-¡Qué fatalidad! M. de Bussy creía que sé hallaba en Compiegne...

-¿Y qué?

-Y que podía aprovecharse de su ausencia...

-De suerte que...

-De suerte que en este momento está M. de Bussy con madame Diana.

-¡Ah! -dijo San Lucas-, esto se va poniendo serio.

-Sí -repuso Remigio-, tendrá sospechas, o se las habrán inspirado, y habrá fingido que se marchaba para volver de improviso.

-Aguardad -dijo San Lucas dándose una palmada en la frente.

-¿Se os ocurre alguna buena idea? -dijo Remigio.

-Esto es cosa del duque de Anjou.

-Mas si el duque de Anjou fue el que propuso esta mañana la partida de M. de Monsoreau.

-Pues por eso mismo: ¿tenéis buenos pulmones, Remigio?

-¡Pardiez! como fuelles de fragua.

-Pues corramos, no se pierda un instante: ¿sabes la casa?

-Sí.

-Pues id delante.

Y los dos jóvenes echaron a correr con tal ligereza, que parecían gamos perseguidos.

-¿Nos lleva mucha delantera? -preguntó Remigio sin dejar de correr.

-¿Quién, Monsoreau?

-Sí.

-Un cuarto de hora poco más o menos -añadió San Lucas, saltando un montón de piedras de cinco pies de altura.

-¡Con tal que lleguemos a tiempo! -dijo Remigio sacando la espada para estar pronto en caso necesario a usar de ella.

LXXXVIII. EL ASESINATO

Diana, que creía cierta la ausencia de su marido, recibió sin temor en su estancia a Bussy, el cual se presentó también sin cuidado alguno. Jamás había estado tan alegre la hermosa joven: jamás Bussy había sido tan feliz. En cier-

tos instantes cuya gravedad conoce el alma, el hombre une sus facultades morales a todos los recursos físicos que los sentidos pueden darle, y de esta manera se concentra y se multiplica, aspirando, por decirlo así, con todas sus fuerzas, la vida que puede acabársele de un momento a otro sin que sepa la causa.

Diana, conmovida por el temor del duelo que debía efectuarse al día siguiente, y tanto más turbada, cuanto más procuraba ocultar su turbación, manifestaba a Bussy más ternura que de ordinario; la tristeza, mezclándose con los pensamientos amorosos, comunica al amor el perfume de poesía que le falta; la verdadera pasión no se manifiesta con una alegría bulliciosa, y los ojos de una mujer sinceramente prendada, más veces están húmedos que brillantes.

Lo que aquella noche tenía que decir a su amante era que su vida era la suya; lo que tenía

que concertar con él eran los más seguros medios de fuga; pues no bastaba vencer, sino que después de la victoria era preciso evitar la cólera del rey, siendo probable que Enrique no perdonaría jamás al vencedor la derrota o la muerte de sus favoritos.

-Y además -decía Diana, pasando su brazo en torno del cuello de Bussy y devorando con los ojos el rostro de su amante-; ¿no eres el caballero más valiente de Francia? ¿Para qué necesitas aumentar tu gloria? Eres ya tan superior a los otros hombres, que no sería generoso desear engrandecerte más. Tú no pretendes agradar a las demás mujeres porque me amas y temerías perderme para siempre, ¿no es verdad, Luis? Luis, defiende tu vida: no te digo que pienses en la muerte, porque no hay otro hombre bastante grande, fuerte y poderoso para matar a mi Luis de otra manera que a traición; pero piensa en que puedes ser herido, y bien lo

sabes, pues que a una herida que recibiste combatiendo contra esos mismos hombres debo la dicha de conocerte.

-Tranquilízate -dijo Bussy riéndose-, guardaré el rostro porque no quiero que me lo desfiguren.

-¡Oh! guarda tu persona toda. Séate tan sagrada, Luis mío, corno si tú fueras yo. Piensa en el dolor que sentirías si me vieses volver herida y ensangrentada; pues bien, ese mismo dolor sentiré yo al ver tu sangre. Ten prudencia, valiente león mío, no te encargo otra cosa. Haz lo que aquel romano, cuya historia me leías para tranquilizarme. ¡Oh! imítale bien; deja a tus tres amigos que combatan por sí; auxilia al que más lo necesite, pero si dos o tres hombres te atacan a un tiempo, huye y vuelve después como Horacio, para caer sobre ellos uno por uno, sin que puedan auxiliarse mutuamente.

-Sí, mi querida Diana -repuso Bussy.

-¡Oh! me respondes sin oírme; Luis, me miras y no me escuchas.

-Sí, pero te veo, ¡y eres tan bella!

-No se trata ahora de mi hermosura, se trata de ti, de tu vida, de nuestra vida, mira, te voy a decir una cosa horrible, pero quiero que la sepas para que seas, no más fuerte pero más prudente. Yo tendré valor para ver ese duelo.

-¿Tú?

-Lo veré.

-¿Cómo? no es posible, Diana.

-No, escucha: en este cuarto de al lado hay una ventana que da a una plazuela, y desde la cual se puede ver el cercado de Tournelles.

-Sí, ya recuerdo, esa ventana que se halla a veinte pies del suelo, debajo de la cual, a corta distancia, hay una reja, sobre la que dejaba yo caer el otro día migas de pan para los pájaros.

-Pues desde allí te veré, ten cuidado de situarte de manera que te vea: sabrás que estoy

ahí y aun podrás verme. Pero no, que sería locura, no me mires, porque tu enemigo podría aprovecharse de tu distracción.

-Y matarme, ¿no es cierto? mientras tenía los ojos fijos en ti. Diana, si estuviese sentenciado a morir y dejasen a mi elección el género de muerte, esa sería la que eligiese.

-Sí, mas no estás sentenciado, ni se trata de morir ahora sino de vivir.

-Y viviré, pierde cuidado; por otra parte, tengo buenos compañeros, créeme; tú no conoces a mis amigos, pero yo sí. Antraguet tira a la espada como yo: Ribeirac tiene una serenidad extraordinaria, y de su cuerpo sólo parecen vivos los ojos con los cuales devora a su adversario, y el brazo con que le hiere; Livarot es notable por su agilidad de tigre. La partida es buena, créeme, Diana, y aun yo desearía correr más riesgo para tener más mérito.

-Te creo, querido mío, y me sonrío porque

tengo esperanza; pero escucha y prométeme que me obedecerás.

-Sí, con tal que no me mandes separarme de ti.

-Pues bien, precisamente es eso lo que tengo que mandarte, y tu razón te dirá el motivo.

-No es posible apelar a mi razón cuando me has vuelto loco.

-Déjate de conceptos: tu obediencia es la que yo deseo: obedeciendo es como se dan pruebas de amor.

-Manda, pues.

-Querido, tus ojos están fatigados; vete y recógete para que mañana estés descansado.

-¡Oh! ¡tan pronto!

-Voy a rezar mis oraciones y tú me abrazarás.

-A ti es a quien debían dirigirse oraciones como a los ángeles.

-¿Y crees que los ángeles no se las dirigen a

Dios? -preguntó Diana arrodillándose.

Y con una voz que salía del corazón, y con unas miradas que parecían querer atravesar el techo y llegar hasta el trono de Dios, en las azuladas bóvedas del cielo agregó:

-Señor, si quieres que tu sierva viva feliz y no muera desesperada, protege al hombre que por tu voluntad se ha atravesado en la senda de mi vida para que yo exclusivamente le amase.

Diana acababa de pronunciar estas palabras y Bussy se bajaba para estrecharla en sus brazos y juntas su rostro con el suyo, cuando de pronto saltó en menudos pedazos un cristal de la vidriera, después se abrió ésta y tres hombres se presentaron en el balcón, mientras el cuarto acababa de subir.

Este último llevaba el semblante cubierto con una careta y tenía en la mano izquierda una pistola y en la derecha una espada desnuda.

Bussy permaneció por un momento inmóvil, helado por el grito de terror que dio Diana echándole los brazos al cuello.

El de la careta hizo una seña y sus tres compañeros se adelantaron un paso: uno de ellos estaba armado con un arcabuz.

Bussy apartó a Diana con la mano izquierda y al mismo tiempo sacó con la derecha la espada.

Después retrocedió un poco y la bajó lentamente sin perder de vista a sus adversarios.

-Adelante, muchachos -gritó con voz sepulcral el hombre de la careta-, ya está medio muerto de miedo.

-Te engañas -dijo Bussy-, nunca lo he conocido.

Diana hizo un movimiento para acercarse a él.

-Dejadme libres los movimientos, Diana -dijo con firmeza.

Pero Diana, en vez de obedecer, le echó segunda vez los brazos al cuello.

-Vais a ser causa de que me maten, señora -exclamó Bussy.

Diana se separó de él, conociendo que no podía socorrerle más que de una manera, esto es, obedeciéndole en todo.

-¡Hola! -dijo el de la voz cavernosa-. ¡Sois M. de Bussy! y yo imbécil de mí, que no quería creerlo; ¡qué amigo; qué excelente amigo!

Bussy se mordió los labios y guardó silencio, discurriendo de qué medios de defensa se valdría en aquel cuarto cuando se viese en la precisión de llegar a las manos.

-Sabe -continuó la voz en tono sarcástico que hacía más terrible su vibración lúgubre y profunda-, sabe que el montero mayor está ausente, que ha dejado a su mujer sola, que esa mujer puede tener miedo, y viene a hacerle compañía. ¿Y cuándo? la víspera de un desafío.

Repito que M. de Bussy es un verdadero y excelente amigo.

-¡Ah! ¿Sois vos, M. de Monsoreau? -dijo Bussy-, quitaos la careta, pues que ya os he conocido.

-Así lo haré -repuso el montero mayor, y arrojó lejos de sí la mascarilla de terciopelo negro.

Diana exhaló un débil grito. La palidez del conde era como la de un cadáver, y su sonrisa parecía la de un demonio.

-Acabemos, caballero -dijo Bussy-, no me gusta hacer las cosas con estrépito; eso queda para los héroes de Hornero, que eran semidioses, y podían hablar antes de entrar en combate: yo soy hombre, sólo que soy hombre impávido; o reñimos, o me dejáis pasar.

Monsoreau respondió con una carcajada sorda y estridente que estremeció a Diana, y aumentó hasta el último extremo la ira de Bus-

sy.

-¡Paso! -repitió el joven, sintiendo que se le subía a la cabeza la sangre que un momento antes se le había retirado del corazón.

-¡Hola! –exclamó Monsoreau-, ¡paso! ¿cómo es eso .M. de Bussy?

-Pues en guardia y acabemos -dijo el joven-, que necesito volver a casa y vivo lejos.

-Habéis venido para quedaros aquí caballero, y aquí quedaréis. Entretanto, otros dos hombres fueron sucesivamente presentándose en el balcón, saltando la balaustrada y situándose al lado de sus compañeros.

-Cuatro y dos seis -dijo Bussy-; ¿dónde están los demás?

-Se han quedado a la puerta, y allí esperan -repuso el montero mayor.

Diana se dejó caer de rodillas, y por más esfuerzos que hizo no pudo impedir que Bussy oyera sus sollozos.

Bussy la miró, y luego, volviéndose hacia el conde, dijo:

-Caballero, sabéis que soy hombre de honor.

-Sí -exclamó Monsoreau-, sois hombre de honor, lo mismo que esta señora es mujer casta.

-Bien -respondió Bussy, haciendo un leve movimiento de cabeza de alto a bajo-, la respuesta ha sido pronta pero merecida, y todo se pagará junto. Mas como mañana debo combatir con cuatro gentileshombres que conocéis, y como mi palabra está empeñada con ellos antes que con vos, reclamo el permiso de retirarme esta noche, prometiéndoos, una vez terminado el duelo con los amigos del rey, acudir adonde queráis y cuando queráis.

Monsoreau se encogió de hombros.

-Escuchad -continuó Bussy-, juro a Dios, que luego que haya obtenido satisfacción de los amigos del rey, me pondré a disposición vuestra, y aceptaré las condiciones que queráis. Si

me matan, quedaréis pagado, y si les mato, yo mismo podré pagaros.

Monsoreau se volvió hacia su gente.

-Sus -les dijo-, adelante, muchachos.

-¡Ah! -exclamó Bussy-, ¡cómo me engañaba! no queréis reñir en duelo, queréis cometer un asesinato.

-¡Pardiez! -dijo Monsoreau.

-Sí, ya lo veo; ambos nos engañamos en el juicio que habíamos formado uno de otro; mas tened cuidado, porque el duque de Anjou llevará a mal este crimen, y le vengará.

-Él es quien me envía -dijo Monsoreau.

Bussy se estremeció; Diana levantó las manos al cielo y lanzó un gemido.

-En ese caso -dijo el joven-, nada tengo que esperar sino de mí mismo. Cuidado conmigo.

Y de un revés derribó el reclinatorio, puso enfrente de él una mesa y encima una silla, levantando en un momento una barrera entre él y

sus enemigos.

Este movimiento fue tan rápido que la bala del arcabuz sólo dio en el reclinatorio, en cuyo espesor se introdujo perdiendo su fuerza; mientras tanto Bussy derribó un magnífico aparador del tiempo de Francisco I, y le unió a los demás muebles que formaban el parapeto.

Diana se halló oculta detrás del aparador; comprendía que no podía auxiliar a Bussy sino con sus oraciones, y oraba.

Bussy la miró, después dirigió la vista hacia sus enemigos, y después a su parapeto improvisado.

-Venid ahora -exclamó-, pero cuidado, porque mi espada pica.

Los asesinos, estimulados por Monsoreau, hicieron un movimiento para precipitarse sobre el jabalí que les aguardaba recogido el cuerpo y los ojos ardientes; uno de ellos alargó la mano hasta el reclinatorio para atraérsele hacia sí,

pero antes de que le hubiese tocado, la espada de Bussy, pasando por uno de los huecos, atravesó el brazo en toda su longitud, desde la sangría hasta el hombro.

El asesino lanzó un grito y retrocedió hasta la ventana.

Bussy oyó entonces pasos precipitados en el corredor, y se creyó cogido entre dos fuegos.

Lanzóse hacia la puerta para echar el cerrojo, pero en aquel instante se abrió.

El joven dio un paso atrás para ponerse en defensa a un mismo tiempo contra sus antiguos y nuevos enemigos.

Dos hombres se precipitaron por aquella puerta.

-¡Ah, señor conde! -gritó una voz harto conocida-, ¿llegamos tiempo?

-¡Remigio! -dijo el conde.

-¡Y yo! -dijo otra voz-, parece que aquí se trata de asesinaros, ¿eh?

Bussy conoció aquella voz, y lanzó un grito de alegría.

-¡San Lucas! -dijo.

-El mismo.

-¡Ah! -dijo Bussy-, voy creyendo, amigo Monsoreau, que haréis bien en dejarnos pasar, porque ahora si no os apartáis pasaremos por encima de vuestro cuerpo.

-¡Que suban tres hombres más! -gritó Monsoreau.

Y un instante después, tres nuevos asesinos se presentaron en el balcón.

-¿Qué es esto? ¿viene aquí un ejército? -preguntó San Lucas.

-¡Señor, Dios mío, protegedle! -exclamó Diana.

-¡Infame! -gritó Monsoreau, y se adelantó con intención de matarla.

Bussy vio el ademán: ligero como un tigre se puso de un salto al otro lado del parapeto,

cruzó su espada con la de Monsoreau, luego se tendió a fondo, y le tocó en la garganta, pero como la distancia era demasiado grande, no consiguió más que darle un leve arañazo.

Cinco o seis hombres se arrojaron sobre Bussy.

Uno de ellos cayó muerto por la espada de San Lucas.

-¡Adelante! -gritó Remigio.

-No adelante -dijo Bussy-; al contrario, Remigio, coge a Diana y llévatela.

Monsoreau lanzó un bramido y arrancó una pistola de las manos de uno de los bravos.

Remigio no sabía qué hacer.

-¿Pero y vos? -preguntó.

-¡Llévatela, llévatela? -gritó Bussy-; yo te la confío.

-¡Dios mío! -murmuró Diana-. ¡Dios mío, socorredle!

-Venid, señora -dijo Remigio.

-No, nunca, no le abandonaré. Remigio la tomó en sus brazos.

-¡Bussy! -gritó Diana-. ¡Bussy, socórreme!

La pobre mujer estaba como loca; no distinguía ya a sus amigos de sus enemigos; todo lo que la apartaba de Bussy le parecía funesto y mortal.

-Anda -dijo Bussy-, ya te sigo.

-Sí -gritó Monsoreau-, sí, la seguirás, así lo espero.

Y disparó un pistoletazo.

Bussy vio a Remigio vacilar y después caer con Diana.

Dio un grito y se volvió.

-No es nada, señor conde -dijo Remigio-, la bala ha entrado en mi cuerpo, ella no está herida.

Tres hombres se lanzaron sobre Bussy en el momento en que se volvía, San Lucas se atravesó entre Bussy y ellos; uno de los tres hombres

cayó muerto.

Los otros dos retrocedieron.

-San Lucas -gritó Bussy-, San Lucas, por la que amáis, salvad a Diana.

-¿Y vos?

-Yo soy hombre.

San Lucas se lanzó hacia Diana que había vuelto a arrodillarse, la tomó en sus brazos y desapareció con ella por la puerta.

-¡Arriba! -gritó Monsoreau-. ¡Arriba los de la escalera!

-¡Ah, malvado! -gritó Bussy-. ¡Ah, cobarde!

Monsoreau salió detrás de los asesinos.

Bussy tiró un revés y una estocada; del primero abrió una cabeza por las sienes, y de la segunda atravesó un pecho.

-Ya estamos algo más desembarazados -dijo, y se volvió a su parapeto.

-¡Huíd, señor conde, huíd! -murmuró Remigio.

-¡Yo huir!... ¡Huir delante de asesinos!

Luego, inclinándose hacia el joven, le dijo:

-Es preciso salvar a Diana; pero tú, ¿qué tienes? ¿Dónde te han herido?

-¡Cuidado! -dijo Remigio-. ¡Que os atacan!

Efectivamente, cuatro hombres acababan de entrar por la puerta de la escalera, Bussy se halló entre dos fuegos.

Más no le ocurrió más que un pensamiento.

-¿Y Diana? -gritó.

Entonces, sin perder momento, se lanzó sobre aquellos cuatro hombres; dos de ellos quedaron uno herido y otro muerto.

Luego, viendo que Monsoreau se adelantaba, retrocedió un paso, y se colocó detrás de su parapeto.

-Echad el cerrojo y la llave -gritó Monsoreau-, ya es nuestro. Mientras tanto Remigio, haciendo el último esfuerzo, se arrastró hasta ponerse delante de Bussy, para que su cuerpo le

sirviese también de resguardo.

Hubo una pausa de un instante.

Bussy, con las piernas dobladas, el cuerpo pegado contra la pared, y la espada en guardia, dirigió una mirada en torno suyo.

Siete hombres se hallaban tendidos en el suelo, pero aún quedaban nueve en pie.

Bussy les contó con la vista.

Viendo relucir nueve espadas, oyendo a Monsoreau animar a su gente, sintiendo sus pies bañados en los charcos de sangre que llenaban la habitación, aquel valiente que jamás había conocido el miedo, creyó ver la imagen de la muerte enfrente de sí, que le llamaba con su melancólica sonrisa.

-De nueve -dijo-, aun puedo matar a cinco, pero los otros cuatro me matarán. Aún tengo fuerzas para combatir diez minutos; pues bien, hagamos en estos diez minutos lo que nunca ha hecho ni hará hombre alguno.

Entonces, quitándose la capa y arrollándola en el brazo izquierdo a manera de escudo, se puso de un salto en medio de la sala, como si hubiera sido indigno de su fama pelear detrás de un parapeto. Allí encontró reunidos a los asesinos, y su espada se introdujo en ellos como una víbora entre la hierba; tres veces alargó el brazo contra un cuerpo, tres veces percibió crujir el cuero de los tahalíes o el ante de las ropillas, y tres veces un hilo de sangre tibia corrió hasta su mano derecha por la ranura de la espada.

Mientras tanto, paró veinte golpes de corte y de punta con el brazo izquierdo. La capa estaba cortada en menudos pedazos.

Los asesinos, al ver caer dos hombres y retirarse el tercero, cambiaron de táctica; renunciaron a hacer uso de la espada, y los unos se arrojaron sobre él intentando matarle a culatazos, y los otros dispararon sus pistolas de que hasta

entonces no habían hecho uso. Pero Bussy tuvo la destreza de evitar las balas ya inclinándose a uno y otro lado ya bajándose; en aquella hora suprema todo su ser se multiplicaba, porque no tan sólo veía, oía y combatía, sino que también adivinaba hasta el más súbito y secreto pensamiento de sus enemigos. Bussy, en fin, se encontraba en uno de esos momentos en que la criatura llega al apogeo de la perfección; era menos que un dios, porque era mortal; pero seguramente era más que un hombre.

Entonces pensó, que matando a Monsoreau, acabaría el combate, y le buscó con la vista entre los asesinos; pero Monsoreau, tan sereno como animado estaba Bussy, cargaba las pistolas de su gente, y las tomaba cargadas en sus manos, y hacía fuego oculto siempre detrás de los espadachines. Mas no era cosa difícil para Bussy abrirse paso: arrojóse en medio de ellos, y se halló cara a cara con Monsoreau.

Este, que en aquel instante tenía una pistola cargada en la mano, apuntó a Bussy e hizo fuego.

La bala dio en la hoja de la espada y la rompió a seis pulgadas por cima de la guarnición.

-¡Ya está desarmado! -exclamó Monsoreau.

Bussy dio un paso en retirada y pudo recoger la hoja.

En un momento se la puso en el puño y ató su pañuelo por cima.

Volvió a comenzar entonces la batalla, presentando el prodigioso espectáculo de un hombre casi desarmado, pero también casi sin heridas, espantando a seis hombres bien armados, y formándose una trinchera de cadáveres.

Hízose el combate más terrible que nunca; mientras que los asesinos se precipitaban sobre Bussy, Monsoreau, adivinando su intención de apoderarse de una espada, se ocupaba en reco-

ger las que se hallaban esparcidas por el suelo.

Bussy se veía cercado; la hoja de su espada estaba mellada, torcida, sin punta, y vacilaba en su mano; la fatiga comenzaba a entumecerle el brazo; miró en torno suyo, y vio que uno de los cadáveres se reanimaba, se levantaba sobre las rodillas y le ponía en las manos una larga y fuerte espada.

Aquel cadáver era Remigio, que había realizado el último esfuerzo para ejecutar aquel acto de lealtad.

Bussy lanzó un grito de gozo y dio un salto hacia atrás para quitarse el pañuelo y arrojar la inútil hoja que tenía en la mano.

Mientras tanto, Monsoreau se acercó a Remigio y le descerrajó un pistoletazo en la cabeza.

Remigio cayó entonces para no volverse a levantar.

Bussy lanzó un grito o más bien un rugido.

El nuevo medio de defensa que había encontrado le devolvió las fuerzas; hizo silbar a su espada en círculo, derribando una mano a la derecha y atravesando la mejilla al que se hallaba a la izquierda.

Estos golpes le dejaron libre la puerta.

Ágil y nervioso se lanzó contra ella, y trató de echarla abajo dando una patada que hizo temblar las paredes; pero la puerta cerrada con llave y cerrojo resistió a aquel empuje.

Cansado con aquel esfuerzo, dejó caer el brazo derecho mientras con la mano izquierda intentó descorrer el cerrojo sin dejar de hacer frente a sus adversarios.

En aquel momento recibió un pistoletazo en el muslo y dos estocadas en los costados.

Más había logrado correr el cerrojo y dar vuelta a la llave.

Dio un grito de furor, derribó de un revés al más encarnizado de los bandidos, y tirando

luego una estocada a Monsoreau le tocó en el pecho.

Monsoreau prorrumpió en maldiciones.

-¡Hola! -dijo Bussy abriendo la puerta-, empiezo a creer que escaparé.

Los cuatro hombres que quedaban arrojaron las armas y se lanzaron sobre Bussy; convencidos de que con ellas no podían herirle, tal era su maravillosa destreza, intentaron ahogarle entre sus brazos.

Pero Bussy, a golpes con el pomo de la espada y a cuchilladas no les dejaba respirar.

Monsoreau se acercó dos veces al joven, y dos veces fue herido.

Tres hombres le cogieron del puño de la espada y se la arrancaron de las manos.

Pero Bussy cogió un trípode labrado que servía de taburete, y descargó con él tres golpes sobre sus contrarios; derribó dos hombres, mas el trípode se rompió sobre el hombro del terce-

ro, el cual quedó en pie.

Éste le hirió con la daga en el pecho.

Bussy le cogió del brazo, volvió contra él la daga, y le obligó a darse con ella a sí propio.

El otro saltó por el balcón.

Bussy dio dos pasos para perseguirle, pero Monsoreau, que se hallaba tendido entre los cadáveres, se incorporó y le dio una cuchillada en la articulación de la rodilla.

El joven dio un grito, recogió la primera espada que encontró en el suelo y la hundió con tanta fuerza en el pecho del montero mayor, que le dejó clavado en el sitio.

-¡Oh! -exclamó-, no sé si por último moriré, pero al menos llevo el consuelo de haberte visto morir.

Monsoreau quiso responder, pero su boca entreabierta no pudo articular una palabra, pues en aquel instante se escapó por ella el último suspiro.

Bussy entonces, se arrastró hacia el corredor, perdiendo mucha sangre por la herida del muslo, y sobre todo por la de la pierna.

Dirigió una mirada en torno suyo.

La luna se mostraba en todo su brillo acabando de salir de entre una nube; su luz entraba en aquel cuarto inundado de sangre, reflejaba en los vidrios, iluminaba las paredes estropeadas por los golpes y agujereadas por las balas, y alumbraba al paso los pálidos rostros de los muertos, que en su mayor parte habían conservado al expirar la mirada feroz y amenazadora de los asesinos.

Bussy, aunque herido y medio muerto, sintió una especie de orgullo al contemplar aquel campo de batalla poblado por él de cadáveres.

Había cumplido su palabra, haciendo lo que ningún hombre era capaz de hacer.

Pero todavía no había desaparecido el peligro.

Al llegar a la escalera, vio relucir armas en el patio; oyó un tiro; la bala le atravesó el hombro.

La salida por el patio era imposible.

Entonces recordó la ventana, desde donde Diana le había dicho que presenciaría el combate, y se dirigió a ella con toda la ligereza que sus heridas le permitían.

Se hallaba abierta; veíase desde ella el cielo tachonado de estrellas. Bussy cerró .la puerta con pestillo y cerrojo, después subió con gran trabajo sobre la ventana, y examinó la verja de hierro con ánimo de saltar al otro lado.

-¡Oh! -murmuró-. No tengo fuerzas para tanto.

Pero en aquel momento oyó pasos en la escalera: eran los del patio que subían.

Bussy estaba indefenso; reunió todas sus fuerzas y valiéndose de la única mano y del único pie de que podía hacer uso, comenzó a

bajar.

Más entonces- la suela de las botas se desli-

zó sobre una piedra.

¡Tenía tanta sangre en los pies!

Cayo sobre las puntas de hierro de la verja;

las unas entraron en su cuerpo, las otras en sus

vestidos, y quedó sin poderse desprender de

allí.

En aquel momento pensó en el único amigo

que le quedaba en el mundo.

-¡San Lucas! -gritó-. ¡San Lucas, socorredme!

-¡Ah! ¿Sois vos, M. de Bussy? -gritó una voz

que salía de entre los árboles.

Bussy se estremeció: aquella voz no era la

de San Lucas.

-¡San Lucas! -gritó de nuevo- ¡venid, San

Lucas! no temáis por Diana: he matado a Mon-

soreau.

Creía que San Lucas estaba oculto en las

inmediaciones, y que acudiría al oír esta noticia.

-¡Hola! ¿ha muerto Monsoreau? -preguntó otra voz.

-Sí.

-Bien.

Y Bussy vio salir de la espesura dos hombres enmascarados.

-¡Señores! -exclamó Bussy... ¡señores, en nombre del Cielo socorred a un pobre caballero, que todavía puede salvarse si le socorréis.

-¿Qué haremos, Monseñor? -preguntó a media voz uno de los desconocidos.

-¡Imprudente! -repuso el otro.

-¡Monseñor! -dijo Bussy, que lo había oído todo, pues lo desesperado de su situación le había aguzado los sentidos-. Monseñor, salvadme y os perdonaré el haberme traicionado.

-¿Oyes? -dijo el hombre enmascarado.

-¿Qué mandáis? -preguntó el otro.

-Que le libertes...

Luego añadió con una sonrisa invisible a

causa de la careta:

-De sus dolores.

Bussy volvió la cabeza hacia el lado de donde salía la voz, cuyo acento burlón le parecía impropio de aquel instante.

-¡Oh! Soy perdido -murmuró.

En efecto, en el mismo instante sintió que se apoyaba sobre su pecho la boca de un arcabuz.

Salió el tiro: Bussy dejó caer la cabeza sobre los hombros y extendió los brazos.

-¡Asesino! -gritó-, yo te maldigo.

Y expiró pronunciando el nombre de Diana.

Las gotas de su sangre cayeron desde la verja sobre aquel a quien su compañero había dado el título de monseñor.

-¿Está muerto? -preguntaron varios hombres, que después de haber echado la puerta abajo se asomaron a la ventana.

-Sí -gritó Aurilly-; mas huid, temed la cólera del duque de Anjou, que era su protector y

amigo.

Los hombres, que no deseaban otra cosa, desaparecieron.

El duque escuchó el rumor de sus pasos hasta que dejó de oírlo.

-Ahora, Aurilly -dijo-, sube a ese cuarto y arrójame por la ventana el cuerpo de Monsoreau.

Aurilly subió, buscó entre los cadáveres el del montero mayor, se le cargó sobre los hombros y le arrojó por la ventana como el príncipe se lo había mandado.

Al caer aquel cuerpo salpicó también de sangre las vestiduras del duque de Anjou.

Éste registró la ropilla del montero mayor, y extrajo de ella el documento que había firmado.

-Ya encontré lo que buscaba -dijo-: vamos, nada tenemos que hacer aquí.

-¿Y Diana? -interrogó Aurilly desde arriba.

-¡Pardiez! ya no estoy enamorado de ella, y

pues que no nos ha conocido desátala, desata también a San Lucas y que ambos se vayan donde quieran.

Aurilly desapareció.

-Por esta vez no seré rey de Francia - exclamó el duque rasgando el papel-, pero tampoco seré decapitado por delito de alta traición.

LXXXIX. OTRA VEZ. EL PADRE GORENFLOT

La aventura de la conspiración fue hasta el fin una comedia: los suizos situados a la embocadura de aquel río de intrigas, y los guardias franceses colocados en su confluente, no obstante haber tendido sus redes con ánimo de atrapar a los más gordos conspiradores, no cogieron ni el más miserable pececillo.

Todos habían escapado por el subterráneo.

Crillon, no viendo salir a nadie del convento, echó la puerta abajo, y tomando treinta

hombres de escolta, pasó adelante con el rey.

En los dilatados y obscuros claustros reina-

ba un silencio de muerte.

Crillon, como experto guerrero, habría pre-

ferido el ruido a este silencio: temía una embos-

cada.

Pero en balde envió delante exploradores,

en vano mandó abrir las puertas y ventanas, en

vano registró la cripta; todo estaba desierto.

El rey marchaba de los primeros con la es-

pada, gritando con la mayor fuerza:

-¡Chicot, Chicot!

Nadie contestaba.

-¿Le habrán dado muerte? -decía el rey-.

¡Pardiez! Me pagarán mi bufón por el precio de

un caballero.

-Vuestra Majestad tiene razón, señor, por-

que lo es y de los más valientes.

Chicot no contestaba, porque estaba ocupa-

do en azotar a Mayena y sentía tal placer en

esta ocupación, que no veía ni oía nada de lo que pasaba en torno suyo.

No obstante, luego que Mayena desapareció y que Gorenflot cayó desmayado, como nada distraía su atención oyó que le llamaban y conoció la voz del rey.

-Por aquí, hijo mío, por aquí, gritó con toda su fuerza, procurando mientras tanto levantar a Gorenflot o al menos hacer que se sentase. Consiguiólo, y le dejó apoyado contra un árbol.

La fuerza que se vio obligado a emplear en esta obra caritativa, hizo que su voz fuese menos sonora, y que Enrique creyese notar en ella un acento lastimero.

Pero Chicot, lejos de quejarse se hallaba en toda la exaltación de su triunfo; sólo que viendo el deplorable estado del fraile, meditaba si debería atravesar con la espada su traidora panza, o usar de clemencia con aquel voluminoso to-

nel.

Miraba, pues, a Gorenflot, como Augusto debió mirar a Cinna.

Gorenflot iba lentamente volviendo en sí, y aunque estúpido, conoció la suerte que le esperaba; por lo demás tenía muchos puntos de semejanza con aquella especie de animales incesantemente amenazados por los hombres, y que por instinto conocen que nunca les toca la mano sino para darles golpes, ni la boca sino para comerles.

Tal era la disposición de su ánimo cuando abrió los ojos.

-¡Señor Chicot! -exclamó.

-¡Hola! -repuso el gascón-, ¿no te has muerto?

-Mi buen señor Chicot -continuó el fraile haciendo un esfuerzo sobre su enorme vientre-; ¿es posible que queráis entregarme a mis perseguidores, a mí, a vuestro Gorenflot?

-¡Canalla! -exclamó Chicot con acento de ternura mal disimulado.

Gorenflot se echó a llorar; y después de haber logrado cruzar las manos, procuró retorcerse los brazos.

-Yo -decía-, yo que os he acompañado tantas veces delante de una buena mesa, yo que con tanta gracia bebía según vos, que me llamábais siempre el rey de las esponjas; yo, tan aficionado a las gallinas que hacíais aderezar en el *Cuerno de la Abundancia,* que no dejaba de ellas ni los huesos...

Este último rasgo de elocuencia pareció sublime a Chicot, e inclinó su ánimo a la compasión.

-¡Ya están ahí, justo Dios! -gritó Gorenflot procurando levantarse, pero sin poder conseguirlo-; ¡ya están ahí, ya vienen, muerto soy! ¡Oh, mi buen señor Chicot! auxiliadme.

Y el fraile, no pudiendo levantarse, se humi-

lló hasta dar con el rostro en tierra, que era lo más fácil que en aquel instante podía hacer.

-Levántate -dijo Chicot.

-¿Me perdonáis?

-Veremos.

-Me habéis dado tantos golpes, que ya puedo darme por perdonado.

Chicot se echó a reír. El pobre fraile tenía el ánimo tan turbado, que creía haber recibido los golpes dados a Mayena.

-¿Os reís, mi buen señor Chicot? -preguntó.

-¿No lo ves, animal?

-¿Se me perdona la vida?

-Puede ser.

-No os reiríais si supierais que vuestro Gorenflot iba a morir.

-Eso no es cosa mía -dijo Chicot-, sino del rey; sólo el rey tiene derecho de vida o muerte.

Gorenflot hizo un esfuerzo y logró ponerse de rodillas.

En aquel instante, una viva luz disipó las ti-
nieblas, y una multitud de trajes bordados y de
espadas brillantes rodeó a los dos amigos.
-¡Ah, Chicot, mi querido Chicot! -dijo el rey-
, ¡cuánto me alegro de verte!
-Ya lo oís, mi buen señor Chicot -dijo por lo
bajo el fraile-; nuestro gran monarca se alegra
mucho de veros.
-¿Y qué?
-En su alegría no podrá rehusaros nada de
lo que pidáis.
-¿Al vil Herodes?
-¡Oh! silencio, querido señor Chicot.
-¿Qué tal, señor? -preguntó Chicot volvién-
dose al rey-; ¿cuántos habéis cogido?
-¡Misericordia, Dios mío! -decía Gorenflot.
-Ni uno siquiera -contestó Crillon-: ¡traido-
res! por fuerza han encontrado alguna otra sa-
lida que nosotros ignorábamos.
-Es posible -dijo Chicot.

-¿Pero tú les has visto? -preguntó el rey.

-Seguramente que les he visto.

-¿A todos?

-Desde el primero hasta el último.

-*Confiteor* -decía Gorenflot sin poder continuar el rezo.

-¿Les has conocido?

-No, señor.

-¡Cómo! ¿No has conocido a ninguno?

-Es decir, no he conocido más que a uno, y aun a ese...

-¿Qué?

-No le he conocido por el rostro.

-¿Y quién era?

-M. de Mayena.

-¿M. de Mayena? aquel a quien debías...

-Ya estamos en paz, señor.

-¡Hola! refiéreme cómo ha sido eso, Chicot.

-Después, hijo mío, después; pensemos ahora en lo presente.

-*Confiteor* -repetía Gorenflot sin poder salir de aquí.

-¡Hola! habéis hecho un prisionero -dijo en aquel instante Crillon apoyando su robusta mano sobre el hombro de Gorenflot, que a pesar de su resistencia cedió al golpe.

El fraile perdió el uso de la palabra.

Chicot tardó en contestar, permitiendo que por un momento toda la angustia que nace del más profundo terror, se apoderase del corazón del desgraciado.

Gorenflot estuvo a punto de desmayarse por segunda vez, viéndose rodeado de tantas espadas desnudas, v de tantos hombres coléricos.

En fin, después de un instante de silencio, durante el cual Gorenflot creyó oír el sonido de la trompeta del juicio final:

-Señor -dijo Chicot-, mirad bien a ese fraile.

Uno de los circunstantes aproximó una an-

torcha al rostro de Gorenflot; Gorenflot cerró los ojos para no tener tanto que hacer al pasar de este mundo al otro.

-¿Es el predicador Gorenflot? -exclamó Enrique.

-*Confiteor, confiteor, confiteor* -repitió con tono ligero el fraile.

-El mismo -respondió Chicot.

-El que...

-Justamente -interrumpió el gascón.

-¡Hola! -repuso el rey con acento de satisfacción.

Por el rostro de Gorenflot corría el sudor con tanta abundancia; que hubiera podido llenar en un momento una escudilla.

Y no sin razón sudaba el pobre fraile, porque junto a él oía sonar las espadas, como si el acero mismo, estando dotado de vida, manifestase impaciencia en entablar relaciones con su carne.

Algunos de los concurrentes se le acercaron con aire amenazador. Gorenflot les sintió, aunque no les vio llegar y exhaló un débil gemido.

-Esperad -dijo Chicot-, es preciso enterar al rey de todo.

Y llevándose a Enrique aparte.

-Hijo mío -le dijo en voz baja-, da gracias al Señor por haber permitido que ese santo varón naciese hace unos treinta y cinco años, porque él es quien nos salvó a todos.

-¿Cómo así?

-Ni más ni menos, él es quien me lo ha contado todo de pe a pa.

-¿Cuándo?

-Hace ocho días; de modo que si los enemigos de Vuestra Majestad le llegan a encontrar, puede darse por muerto.

Gorenflot no oyó más que estas últimas palabras.

-¡Muerto! -repitió.

Y se dejó caer sobre las dos manos.

-¡Pobre hombre! -dijo el rey dirigiendo una mirada benévola a aquella masa de carne, que a los ojos de todo hombre sensato no presentaba sino un conjunto de materia capaz de absorber y extinguir el mayor foco de inteligencia-: ¡pobre hombre! le concederemos nuestra protección.

Gorenflot cogió al vuelo aquella mirada compasiva, y se quedó como la máscara del parásito antiguo, riendo por un lado hasta descubrir las muelas, y llorando por otro hasta juntar la boca con las orejas.

-Y harás muy bien, hijo mío -repuso Chicot-, porque ha prestado grandes servicios.

-¿Qué piensas que debemos hacer de él? -preguntó el rey.

-Pienso que si se queda en París correrá mucho peligro.

-¿Y si le doy escolta? -replicó el rey.

Gorenflot oyó estas últimas palabras del rey.

-Bueno, según creo se contentarán con ponerme preso: prefiero la cárcel a la horca, y contad que me den bien de comer...

-No -repuso Chicot-, es inútil; permíteme llevármele.

-¿Adónde?

-A mi casa.

-Pues bien, llévatele y vuelve al Louvre; yo voy a preparar a mis amigos para el desafío de mañana.

-Levantaos, reverendo padre -dijo Chicot al fraile.

-Se burla -murmuró Gorenflot-, ¡corazón de piedra!

-Levántate, bruto -repitió por lo bajo el gascón dándole con la rodilla en la espalda.

-¡Ah! bien merecido lo tengo -exclamó Gorenflot.

-¿Qué dice? -interrogó el rey.

-Señor -contestó Chicot-, recuerda todos sus trabajos, enumera los tormentos que le han hecho pasar, y como sabe lo que vale, al prometerle yo la protección de Vuestra Majestad me ha dicho que bien merecida la tiene.

-¡Pobre diablo! -exclamó el rey-; ten mucho cuidado con él, amigo mío.

-No hay miedo, cuando está conmigo no le falta nada.

-¡Ah, M. Chicot! -dijo Gorenflot- mi querido M. Chicot, ¿adónde me llevan?

-Ahora lo sabrás. Mientras tanto da las gracias a Su Majestad, monstruo de iniquidades, dale las gracias.

-¿De qué?

-Dáselas te digo.

-Señor -balbuceó Gorenflot-, pues que Vuestra Majestad...

-Sí -dijo Enrique-, ya sé todo lo que hicisteis

en vuestro viaje a Lyon, en el día del alista-
miento de la Liga, y por último hoy: no tengáis
cuidado, se os recompensará según lo merecéis.
Gorenflot dio un suspiro.
-¿Dónde está Panurgo? -preguntó Chicot.
-En la cuadra. ¡Pobre animal!
-Pues bien, ve a buscarle, monta en él y
vuelve aquí.
-Está bien, monsieur Chicot.
Y el fraile se encaminó a la cuadra con la
mayor presteza que le fue posible, admirándose
de que no le siguiesen los guardias.
-Ahora hijo mío -dijo Chicot-, quédate con
veinte hombres de escolta, y que se marche Cri-
llon con otros diez.
-¿Adónde?
-Al palacio de Anjou, para que traigan a tu
hermano.
-¿Para qué?
-Para que no se escape por segunda vez.

-¿Pues acaso mi hermano?...

-¿Te ha salido mal el consejo que te he dado hoy?

-No, pardiez.

-Pues bien, haz lo que te digo. Enrique ordenó al coronel de guardias franceses que prendiese al duque de Anjou y le llevara al Louvre.

Crillon, que no profesaba grande afecto al príncipe, se apresuró a salir del convento para cumplimentar la orden.

-¿Y tú? -dijo Enrique.

-Yo espero aquí al santo.

-¿Y en seguida vas a verme al Louvre?

-Antes de una hora.

-Entonces te dejo.

-Adiós, hijo mío.

Enrique salió del convento con el resto de la fuerza.

Chicot se dirigió a la caballeriza, y al llegar

al patio vio salir a Gorenflot montado sobre Panurgo.

Ni aun se le había ocurrido al pobre diablo la idea de escaparse.

-Vamos -exclamó Chicot tomando la brida de Panurgo-, despachemos que nos están esperando.

Gorenflot no puso la menor resístencia, pero derramaba tantas lágrimas que se le veía enflaquecer palpablemente.

-¡Bien lo decía yo! -murmuraba- ¡bien lo decía yo!

Chicot tiraba de la rienda v se encogía de hombros.

XC. CHICOT ADIVINA POR QUÉ TENÍA D'EPERNON ENSANGRENTADOS LOS PIES Y PÁLIDAS LAS MEJILLAS

El rey al volver al Louvre encontró a sus amigos acostados y durmiendo pacíficamente.

Los acontecimientos históricos tienen la ex-

traña propiedad de reflejar su grandeza sobre las circunstancias que les han precedido.

Los que con el prestigio que da la presencia consideren los acontecimientos que debían efectuarse aquella misma mañana, pues eran las dos cuando el rey volvió al Louvre, encontrarán tal vez algún interés en ver a Enrique III, luego de haber estado expuesto a perder la corona, refugiarse al lado de sus amigos que dentro de pocas horas debían exponerse por él a perder la vida.

Al poeta, hombre de naturaleza privilegiado, que no prevé pero que adivina, le parecerán melancólicos y bellos los semblantes de aquellos jóvenes que con el sueño recobran su natural hermosura, que confiados se sonríen, y que semejantes a hermanos acostados en la alcoba paterna descansan en sus lechos puestos unos al lado de otros.

Enrique se adelantó lentamente por medio

de ellos seguido de Chicot, que luego de haber dejado al fraile en lugar seguro había vuelto al lado del rey.

Un lecho, sin embargo, estaba vacío, que era el de d'Epernon.

-¡Imprudente! no ha vuelto aún -murmuró el rey-; ¡loco! ¡reñir mañana con Bussy, con el hombre más valiente de Francia, y ni aun pensar en ello!

-¡Oiga! ¡y es cierto! -dijo Chicot.

-Que le busquen al instante y me le traigan aquí -exclamó el rey-. Que llamen a Miron; quiero que duerma este aturdido aunque sea a pesar suyo, para que con el sueño recobre la fuerza y flexibilidad que necesita para defenderse.

-Señor -exclamó un ujier-, ya está aquí M. d'Epernon.

D'Epernon acababa de entrar en efecto, el cual, habiendo sabido el regreso del rey y sos-

pechando que les haría una visita, se entró disimuladamente en el cuarto, creyendo que no sería notada su llegada.

Más le observaban, y como hemos visto anunciaron su vuelta al rey.

Viendo, pues, que no había medio de librarse de una reprimienda, se presentó lleno de confusión a Enrique.

-¡Hola! ya estás aquí -exclamó el rey-, ven acá y mira a tus amigos.

D'Epernon les miró e hizo seña de que ya les había visto.

-Mira a tus amigos -prosiguió Enrique-, son prudentes y conocen la importancia del combate que ha de verificarse mañana; y tú, desdichado, en lugar de imitarles y dormir con ellos, te vas a correr los garitos y lupanares. ¡Pardiez! Buena figura harás mañana con esa cara tan pálida y no pudiéndote tener en pie ni aún esta noche.

D'Epernon, en efecto, se hallaba muy páli-
do, y tanto, que la observación del rey le aver-
gonzó.

-Vamos -añadió Enrique-, acuéstate y
duerme, yo te lo mando: ¿podrás dormir?

-¿Yo? -respondió d'Epernon, como si esta
pregunta le ofendiese.

-Pregunto si tendrás tiempo para dormir:
¿no sabes que el combate es al amanecer y que
en esta maldita estación amanece a las cuatro?
Son las dos; apenas te quedan dos horas.

-Dos horas bien empleadas valen mucho -
repuso d'Epernoi.

-¿Dormirás?

-Perfectamente, señor.

-Pues yo no lo creo.

-¿Por qué?

-Porque estás muy agitado: indudablemente
piensas en mañana. ¡Ah! Tienes razón, porque
mañana es hoy: pero todavía tengo el consuelo

de que no ha llegado el fatal momento.

-Señor -dijo d'Epernon-, yo dormiré, os lo prometo, mas para eso es necesario que Vuestra Majestad me deje dormir.

-Es justo -dijo Chicot.

En efecto d'Epernon se desnudó y acostó con una tranquilidad y aire de satisfacción que parecieron de buen agüero al rey y a Chicot.

-Es valiente como César -exclamó el rey.

-Tanto -dijo Chicot rascándose la oreja-, que por Dios que no lo entiendo.

-Mira, ya duerme.

Chicot se acercó al lecho, dudando que la serenidad de d'Epernon llegase a tal extremo.

-¡Oh! -dijo de repente.

-¿Qué hay? -preguntó el rey.

-Mira.

Y Chicot indicó con el dedo las botas de d'Epernon.

-¡Sangre! -murmuró el rey.

-Ha pisado sangre, hijo mío. ¡Qué valiente!

-¿Estará herido? -preguntó el rey inquieto.

-¡Bah! Ya te lo habría dicho, y luego, como

no se haya herido como Aquiles en el talón...

-¡Mira, también trae manchada la ropilla,

¿qué le habrá sucedido?

-Tal vez haya matado a alguno -dijo Chicot.

-¿Para qué?

Para acostumbrarse la mano.

-¡Es singular! -dijo el rey.

Chicot se rascó la oreja con más fuerza que

antes, murmurando:

-¡Hum! ¡Hum!

-No me respondes.

-Sí tal: digo hum, hum, y esto significa mu-

chas cosas.

-¡Dios mío! -dijo Enrique-, ¿qué pasa aquí?

¿Qué porvenir me espera? Por fortuna maña-

na...

-Hoy, hijo mío; siempre te confundes.

-Sí, es verdad.

-Y bien, ¿qué ibas a decir?

-Que hoy quedaré tranquilo.

-¿Por qué?

-Porque matarán a esos angevinos malditos.

-¿Lo supones así, Enrique?

-Estoy seguro, son valientes.

-No he oído decir a nadie que los angevinos sean cobardes.

-Sin duda, mas mira los míos qué fuertes son; mira ese brazo de Schomberg, ¡qué músculo! ¡Qué hermosura de brazo!

-¡Ah! ¡Si vieses el de Antraguet!

-Mira ese labio imperioso de Quelus, y esa frente de Maugiron, altivas hasta en el sueño. Con semejantes cualidades es imposible dejar de vencer. ¡Ah! Cuando esos ojos lancen rayos, el enemigo quedará ya medio vencido.

-Amigo mío -exclamó Chicot, moviendo tristemente la cabeza-, debajo de otras frentes

tan altivas como ésta hay también ojos que lan-

zan rayos no menos terribles. ¿Es eso todo lo

que te tranquiliza?

-No, ven y te mostraré otra cosa.

-¿Dónde?

-En mi gabinete.

-Y esa otra cosa que me vas a mostrar, ¿es la

que te inspira confianza?

-Sí.

-Vamos, pues.

-Espera.

Y Enrique dio un paso para acercarse a los

jóvenes.

-¿Qué? -interrogó Chicot.

-Mira, no quiero mañana, o por mejor decir

hoy, entristecerlos: me voy a despedir de ellos

ahora mismo.

Chicot movió la cabeza.

-Despídete, hijo mío -dijo.

El tono de voz con que dijo estas palabras

era tan melancólico, que heló la sangre en las venas del rey e hizo asomar una lágrima ardiente a sus ojos.

-Adiós, amigos míos -murmuró el rey-, quedad con Dios, mis buenos amigos.

Chicot volvió la cabeza a otro lado: su corazón no era de mármol.

Pero al instante, y como a pesar suyo, volvió la vista hacia los jóvenes.

Enrique se inclinaba hacia ellos y les besaba la frente.

La débil luz de una bujía de color de rosa iluminaba aquella escena, y comunicaba su fúnebre color al semblante de los actores y a los tapices del cuarto.

Chicot no era supersticioso; mas cuando vio a Enrique tocar con los labios la frente de Maugiron, la de Quelus y la de Schomberg, le pareció ver a un viviente desconsolado, despidiéndose de muertos ya tendidos en sus tumbas.

-Es extraño -dijo Chicot-, jamás me he enternecido tanto; ¡pobres muchachos!

Apenas acabó el rey de despedirse de sus amigos, abrió d'Epernon los ojos para ver si se había marchado.

En aquel instante salía el rey por la puerta apoyado en el brazo de Chicot.

D'Epernon saltó de la cama y se puso a lavar lo mejor que pudo la sangre de que se hallaban manchadas sus botas y ropilla.

Esta ocupación le trajo a la memoria la escena de la plaza de la Bastilla y murmuró:

-Yo no habría tenido suficiente sangre para aquel hombre que por sí solo ha derramado tanta esta noche.

Y se volvió a acostar.

Mientras tanto, Enrique llevó a Chicot a su gabinete, y abriendo una larga caja de ébano forrada por dentro de raso blanco, le dijo:

-Mira, ahí tienes.

-Ya veo que son espadas -repuso Chicot.

-Sí, espadas; pero espadas benditas querido amigo.

-¿Por quién?

-Por el mismo Padre Santo, el cual me otorga este favor: esa caja, ahí donde la ves, me cuesta veinte caballos y cuatro hombres, sólo por la ida y vuelta a Roma, más al fin tengo las espadas.

-¿Tienen buena punta? -preguntó Chicot.

-Sin duda; pero su gran mérito, Chicot, es el estar benditas.

-Sí, ya lo sé, mas siempre es bueno que tengan buena punta.

-¡Pagano!

-Vamos, hijo mío, hablemos ahora de otra cosa.

-Hablemos, pero pronto.

-¿Quieres dormir?

-No, quiero rezar.

-Entonces hablemos de negocios. ¿Han traído al duque de Anjou?

-Sí, abajo está esperando.

-¿Qué piensas hacer de él?

-Pienso encerrarle en la Bastilla.

-Muy bien pensado; pero te aconsejo que escojas un calabozo bien profundo, seguro y acondicionado; por ejemplo, el que ocupó el condestable de Saint-Pol o el de Santiago de Armagnac.

-No tengas cuidado.

-Yo sé donde venden buen terciopelo negro, hijo mío.

-Chicot, es mi hermano.

-Es justa esa observación; en la corte el luto de la familia es de color de violeta: ¿le hablarás?

-Evidentemente, aunque no fuera más que para quitarle toda esperanza, probándole que se han descubierto sus designios.

-Hum -dijo Chicot.

-¿Crees que hay algún inconveniente en que le hable?

-No, pero yo en tu puesto suprimiría el discurso y doblaría los cerrojos de su prisión.

-Que traigan al duque de Anjou -dijo Enrique.

-Es igual -dijo Chicot, meneando la cabeza-, pero me atengo a lo que he dicho.

Poco después entró el duque pálido y desarmado: Crillon le seguía con la espada en la mano.

-¿Dónde le habéis hallado? -preguntó el rey a Crillon, en el mismo tono en que le hubiera interrogado si el duque no hubiese estado delante.

-Señor, Su Alteza no estaba en su palacio, pero llegó un instante después y le prendimos sin resistencia.

-Fortuna ha sido -dijo el rey con aire de desprecio.

Luego volviéndose hacia el príncipe.

-¿Dónde estabáis? -le preguntó.

-Podéis estar seguro, señor, que cualquiera que fuese el punto donde me encontrara, me ocupaba en cosas que tocan de cerca a Vuestra Majestad.

-Lo creo -dijo Enrique-, y vuestra respuesta me prueba que no he hecho mal en ocuparme también en cosas que os pertenecen.

Francisco se inclinó con respeto y serenidad.

-Vamos, ¿dónde estabais? -repitió el rey dando algunos pasos hacia su hermano-, ¿qué hacíais mientras la captura de vuestros cómplices?

-¿De mis cómplices? -replicó Francisco.

-Sí, de vuestros cómplices.

-Señor, seguramente Vuestra Majestad está mal informado.

-¡Oh! por esta vez no os escaparéis; la serie de vuestros crímenes ha finalizado; tampoco

ahora me sucederéis en el trono, hermano mío.

-Señor, señor, moderaos, yo os lo suplico; positivamente debe de haber alguno que procura irritaros contra mí.

-¡Miserable! -exclamó Enrique furioso-, te he de hacer morir de hambre en un calabozo de la Bastilla.

-Aguardo vuestras órdenes, señor, y las bendigo aunque me condenen a muerte.

-Pero, en fin, ¿dónde estabais, hipócrita?

-Señor, salvando a Vuestra Majestad y trabajando por la gloria y tranquilidad de su reino.

-Vive Dios -exclamó el rey-, que este es el colmo de la audacia.

-¡Bah! -dijo Chicot, recostándose en un sillón-, contadnos eso, señor duque, que debe ser curioso.

-Señor, yo lo habría contado al instante a Vuestra Majestad, si Vuestra- Majestad me hubiese tratado como hermano; pero pues me

trata como un culpable, esperaré a que los sucesos hablen por mí.

Y saludando al rey con una reverencia más profunda que la anterior se volvió hacia Crillon y los demás oficiales, y dijo:

-¿Quién de vosotros es el que va a llevar a la Bastilla al primer príncipe de la sangre?

Chicot se hallaba pensativo: un relámpago iluminó su espíritu.

-¡Ah! –murmuró-, ahora comprendo por qué M. d'Epernon tenía tanta sangre en los pies y tan poca en las mejillas.

XCI. LA HORA DEL COMBATE

El día amaneció hermoso; los vecinos de París ignoraban la noticia, mas los nobles realistas y los consternados partidarios de Guisa esperaban el suceso y tomaban medidas de prudencia para cumplimentar oportunamente al vencedor.

El rey, según dijimos, no durmió en toda la

noche: la pasó rezando y llorando, y como al cabo era valiente, y sobre todo experto en materia de duelos, salió a las tres de la mañana en compañía de Chicot, para prestar a sus amigos el único servicio que estaba en su mano.

Fue a examinar el terreno en que debía verificarse el combate.

La escena fue muy notable, aunque hablando con seriedad debemos decir que muy pocos la notaron.

El rey, vestido con un traje de color obscuro, embozado en una amplia capa, con la espada al lado y los cabellos y los ojos ocultos bajo las alas del sombrero, siguió la calle de San Antonio hasta unos trescientos pasos antes de la Bastilla; pero allí, viendo un numeroso grupo de gente agolpado un poco más arriba de la calle de San Pablo, no quiso aventurarse entre aquella multitud, tomó la calle de Santa Catalina y entró por detrás en el cercado de Tournelles.

Ya sabemos lo que aquella muchedumbre hacía allí; contaba los muertos de la noche anterior.

El rey no quiso llegarse a ella, y por consiguiente no supo lo que había pasado.

Chicot, que había presenciado la disputa, o más bien la conferencia celebrada ocho días antes, explicaba al rey sobre el terreno los puntos que debían ocupar los combatientes y las condiciones del combate.

Enrique, luego de oída la relación de Chicot, se puso a medir el terreno, contó los pasos que había entre los árboles, calculó la reflexión del sol, y dijo:

-Quelus estará en un mal sitio: le dará el sol por la derecha, precisamente en el ojo sano (Quelus en otro desafío había perdido el ojo izquierdo), al paso que Maugiron estará en la sombra. Quelus debería haber escogido el sitio de Maugiron, y Maugiron que tiene buenos ojos

el de Quelus. Hasta ahora esto lo encuentro muy mal arreglado. En cuanto a Schomberg, que tiene débiles las piernas, aquí hay un árbol que puede servirle de apoyo en caso preciso y nada tengo que temer por él; pero Quelus, mi pobre Quelus.. .

Y movió tristemente la cabeza.

-Me das tristeza, rey mío -exclamó Chicot-. Vamos, no te atormentes así, ¡qué diablo! saldrán como salgan.

El rey levantó los ojos al cielo y lanzó un suspiro.

-¡Cómo blasfema, Dios mío! -dijo- mas por fortuna sabéis que es loco.

Chicot se encogió de hombros.

-¿Y d'Epernon? -añadía el rey-, ¡qué injusto soy! No pensaba en él. ¡Qué expuesto va a hallarse con Bussy! Considera, amigo Chicot, la situación de este terreno: a la izquierda una barrera, a la derecha un árbol, detrás un foso;

mira qué dificultades para el pobre d'Epernon que necesitará romper a cada momento, porque Bussy es un tigre, un león, una serpiente, una espada viva, que salta, que se encoge, que se extiende, que se tuerce...

-¡Bah! -repuso Chicot-, me da poco cuidado la suerte de d'Epernon.

-Te engañas, se dejará matar.

-¡Él! no lo creo tan tonto; ya habrá tomado sus precauciones.

-¿Qué precauciones?

-¡Pardiez! Pienso que no entrará en combate.

-¿Cómo? ¿Pues no le has oído hace poco?

-Precisamente.

-Pues si le has oído...

-Precisamente por eso te repito que no entrará en combate.

-¡Hombre incrédulo y descontentadizo!

-Conozco a ese gascón, Enrique; pero si

quieres creerme, regresemos al Louvre, porque ya empieza a amanecer.

-¿Y piensas que yo me quedaré en el Louvre durante el combate?

-Pardiez, te quedarás, porque si aquí te viesen, y tus amigos vencieran, todos dirían que les habían dado el triunfo por medio de un sortilegio, y si fuesen vencidos, que tu presencia les había perjudicado.

-¿Y qué me importan esos dichos y esas interpretaciones? Yo amaré a mis amigos hasta la muerte.

-Me agrada que seas despreocupado, Enrique; me agrada también el afecto que manifiestas a tus amigos, virtud que suele ser muy rara en los príncipes, mas no quiero que dejes al duque de Anjou solo en el Louvre.

-¿No está allí Crillon?

-Crillon es un búfalo, un rinoceronte, un jabalí, todo lo que quieras figurarte que sea bravo

e indomable, mas tu hermano es la culebra, la víbora, la serpiente de cascabel, animal cuyo poder consiste menos en su fuerza que en su veneno.

-Tienes razón, debería haberle encerrado en la Bastilla.

-Bien te dije que hacías mal en llamarle a tu presencia.

-Sí, su seguridad, su aplomo, me sorprendieron, y ese servicio que pretende haberme hecho...

Enrique siguió el consejo de Chicot y tomó con él el camino del Louvre luego de haber dirigido una mirada al futuro campo de batalla.

Todos se hallaban ya levantados en el Louvre cuando el rey y Chicot entraron. Los jóvenes habían despertado los primeros y héchose vestir por sus lacayos.

El rey preguntó qué hacían.

Schomberg acababa de arreglarse el traje.

Quelus se lavaba los ojos con agua de parra, Maugiron estaba bebiendo un vaso de vino de España, y d'Epernon afilando su espada en una piedra.

A d'Epernon podía vérsele, pues para esta operación, había hecho llevar a la puerta del cuarto una piedra de afilar.

-¿Y dices que ese hombre no es un Bayardo? -exclamó Enrique afectuosamente.

-A mí me parece un amolador y nada más - repuso Chicot.

D'Epernon vio al rey y avisó a sus amigos.

Entonces Enrique, a pesar de la resolución que había tomado y que aun sin esta circunstancia no habría podido cumplir, penetró en el cuarto de sus favoritos.

Ya hemos dicho que Enrique III era un rey de aspecto majestuoso y que sabía dominar sus impresiones.

Su rostro tranquilo y casi risueño no mani-

festaba la menor conmoción interior.

-Buenos días, señores -dijo-, parece que estamos ya prontos y con buen ánimo.

-Sí señor, a Dios gracias -contestó Quelus.

-Parecéis triste, Maugiron.

-Soy muy supersticioso según sabe Vuestra Majestad, he tenido malos sueños, y para desechar la tristeza he bebido un dedo de vino de España.

-Amigo -repuso el rey-, debes tener presente lo que dice Miron, que es un gran doctor, a saber, que los sueños proceden de las impresiones que se han recibido por el día; pero no influyen nunca en las acciones del día siguiente, salvo en todos casos la voluntad de Dios.

-Por eso, señor -dijo d'Epernon-, estoy yo bastante animado. Yo también he soñado esta noche, pero a pesar del sueño mi brazo está fuerte y mi golpe de vista es seguro.

Y tiró una estocada a la pared.

-Sí -dijo Chicot-, habéis soñado que teníais sangre en las botas: el sueño no es malo, y quiere decir que seréis un día un vencedor de la especie de los Alejandro y de los Césares.

-Hijos míos -dijo Enrique-, el honor de vuestro príncipe está comprometido, pues es su causa en cierta manera la que defendéis, pero el honor solamente, y no la seguridad de mi persona, porque esta noche he consolidado mi trono de modo que durante algún tiempo no habrá sacudida que pueda ponerle en peligro. Combatid, pues, por la honra.

-Tranquilizaos, señor -repuso Quelus-, podremos perder la vida pero salvaremos el honor.

-Señores -prosiguió el rey-, os amo y os estimo también. Permitid que os dé un consejo: nada de temeridad; no es muriendo como me serviréis, sino matando a vuestros enemigos.

-Por mi parte -añadió d'Epernon-, no le daré

cuartel.

-Yo -dijo Quelus-, no respondo de nada,

haré lo que pueda.

-Y yo -dijo Maugiron-, aseguro a Su Majes-

tad que si muero he de morir matando.

-¿El duelo es a espada sola?

-A espada y daga -dijo Schomberg.

El rey tenía la mano puesta sobre el pecho.

Acaso aquella mano y aquel corazón que se

tocaban, se comunicaban mutuamente sus te-

mores, con sus latidos y pulsaciones; pero en

apariencia el rey, con su aspecto majestuoso,

sus ojos serenos y su labio altivo, parecía mejor

un general que enviaba a sus soldados al com-

bate, que un monarca que enviaba a sus amigos

a la muerte.

-En verdad, rey mío -dijo Chicot- que estás

hermoso en este instante.

Los jóvenes se hallaban ya dispuestos para

marchar: no les faltaba más que despedirse del

rey.

-¿Vais a caballo? -preguntó Enrique.

-No, señor -dijo Quelus-, vamos a pie; así haremos ejercicio y tendremos más suelta la cabeza, pues, según Vuestra Majestad ha dicho mil veces, la cabeza es la que dirige la espada y no el brazo.

-Tenéis razón, hijo mío.

-Dadnos vuestra mano, señor.

Quelus se inclinó y besó la mano del rey: los otros hicieron otro tanto.

D'Epernon se arrodilló diciendo:

-Señor, bendecid mi espada.

-No, d'Epernon -dijo el rey-, dad vuestra espada al paje; os tengo preparadas otras mejores que las vuestras: Chicot, trae las espadas.

-No haré tal -repuso el gascón-; da esa comisión a tu capitán de guardias, hijo mío, yo soy loco pagano, y las bendiciones del cielo podrían convertirse en sortilegios funestos, si a

mi amigo el demonio le diese la gana de mirarme a las manos y viese lo que llevaba.

-¿Qué espadas son esas, señor? -interrogó Schomberg mirando la caja que un oficial acababa de llevar.

-Espadas de Italia, hijo mío -dijo el rey-; espadas fabricadas en Milán; las guarniciones son buenas, ya lo sabéis y como exceptuando a Schomberg, todos tenéis las manos delicadas, el primer latigazo os desarmaría si no las tuvieseis bien defendidas.

-Gracias, señor -dijeron a un tiempo los cuatro jóvenes.

Id, que ya es la hora -dijo el rey no pudiendo dominar por más tiempo su emoción.

-Señor -exclamó Quelus-, ¿no nos animará Vuestra Majestad con su presencia?

-No, eso no estaría bien; combatís sin que yo lo sepa, sin mi autorización, no demos solemnidad a este combate: todos deben creer que es el

resultado de una disputa particular.

Y les despidió con un gesto verdaderamente majestuoso.

Luego que se hubieron retirado, luego que el último lacayo hubo salido del Louvre, luego que dejó de percibirse el ruido de las espadas y de las corazas que llevaban los escuderos armados en guerra, se dejó caer el rey sobre un sillón diciendo:

-¡Ah! yo me muero.

-Y yo -repuso Chicot-, quiero ver el duelo; no sé por qué se me ha metido en la cabeza, que respecto a d'Epernon hemos de ver alguna cosa curiosa.

-¿Me dejas, Chicot? -preguntó el rey con voz lastimera.

-Sí -dijo Chicot-; porque si alguno de ellos no cumpliese con su deber, quiero estar yo allí para reemplazarle y sostener la honra de mi rey.

-Ve, pues -dijo Enrique.

El gascón salió del Louvre con la rapidez del relámpago.

El rey entonces se retiró a su aposento, hizo cerrar las ventanas, prohibió que se diesen gritos, mandó guardar absoluto silencio, y dijo a Crillon, que sabía todo lo que iba a suceder:

-Si somos vencedores, Crillon, vendrás a decírmelo; si somos vencidos, darás tres golpes a mi puerta.

-Está bien, señor -respondió Crillón meneando la cabeza.

XCIL LOS AMIGOS DE BUSSY

Si los amigos del rey pasaron la noche en dormir tranquilamente, los del duque de Anjou no se descuidaron en tomar la misma precaución.

Luego de haber cenado bien todos juntos, aunque en ausencia del duque, que se cuidaba menos de sus favoritos que el rey de los suyos,

se acostaron en buenos lechos en casa de Antraguet, que era la más cercana al campo de batalla.

El escudero de Ribeirac, gran cazador y hábil armero, había pasado todo el día en limpiar, acicalar y afilar las armas. Quedó también encargado de despertar a los jóvenes al amanecer como tenía de costumbre en los días de caza, de función o de desafío.

Antraguet, antes de la cena, fue a hacer una "visita en la calle de San Dionisio a una tenderilla a quien adoraba, y que en todo el barrio era llamada la hermosa estampera, porque su tienda era de estampas. Ribeirac escribió a su madre, y Livarot hizo testamento.

A las tres en punto, es decir, cuando apenas habían despertado los amigos del rey, se encontraban ya nuestros jóvenes en pie, dispuestos y bien armados. Se habían puesto calzones encarnados y medias del mismo color, para que sus

enemigos no viesen la sangre que corriera de sus heridas, y para que ellos mismos no se asustasen al verla; vistiéronse asimismo ropillas de seda gris, a fin de que ningún pliegue dificultase sus movimientos en caso de que combatieran vestidos; en fin, se calzaron zapatos sin tacones, y dieron las espadas a los pajes para tener los brazos y los hombros descansados en el momento del combate.

El tiempo estaba admirable para galanteos, paseos o desafíos; el sol doraba los canalones de los tejados, sobre los cuales caía el brillante rocío de la mañana. De cuando en cuando se exhalaba de los jardines y se esparcía por las calles un olor acre y delicioso: el piso estaba seco y el aire era puro.

Los jóvenes, antes de salir de su casa, enviaron a pedir noticias de Bussy al palacio de Anjou.

Allí les respondieron que Bussy había salido

la noche antes y no había vuelto.

El mensajero se informó de si había salido solo y armado.

Le respondieron que le acompañaba Remigio, y que cada uno llevaba su espada.

Los criados de Bussy no estaban con cuidado por su ausencia, porque ya estaban habituados a verle salir de casa y no volver en mucho tiempo y además tenían confianza en su valor y destreza.

Los tres amigos hicieron que el mensajero les repitiese varias veces estas noticias.

-Está bien -exclamó Antraguet-; ¿no habéis oído decir, señores, que el rey ha dispuesto una partida de caza en el bosque de Compiegnes y que M. de Monsoreau debía salir ayer para hacer los preparativos?

-Sí -contestaron los jóvenes.

-Entonces ya sé dónde está; mientras que el montero mayor sigue la pista al ciervo, Bussy

caza la cierva del montero mayor.

-Perded cuidado, señores, más cerca se halla del terreno que nosotros.

-Sí -dijo Livarot-, pero estará fatigado y sin aliento por no haber dormido.

-¿Acaso Bussy se fatiga? -preguntó Antraguet-. Vamos, en marcha, señores, se reunirá con nosotros al paso.

Todos se pusieron en marcha.

Precisamente en aquel momento distribuía Enrique las espadas a sus amigos: llevaban, pues, los angevinos diez minutos de delantera.

Como Antraguet vivía en la calle de San Eustaquio, tomaron la de los Lombardos, penetraron en la de la Vidriería, y llegaron por último a la de San Antonio.

Todas estas calles se hallaban desiertas. Los labradores que venían de Montreuil, de Vicennes o de Saint-Maur-les-Fossés con leche y legumbres, durmiendo en sus carros o sobre sus

mulas, eran los únicos que hubieran podido ver el valiente escuadrón de los tres jóvenes seguidos de sus pajes y de sus tres escuderos.

Caminaban en silencio, sin proferir bravatas, ni gritos, ni amenazas; el más calavera de los tres era el que iba más pensativo, pues siempre da en qué pensar un duelo, cuando se sabe que por una y otra parte será encarnizado, mortal, sin misericordia.

Cuando estuvieron a la altura de la calle de Santa Catalina, dirigieron los tres la vista a la casita de Monsoreau, con una sonrisa que indicaba que a todos había ocurrido la misma idea.

-Desde ahí bien se verá el combate -dijo Antraguet-, y estoy seguro de que la pobre Diana vendrá más de una vez a ese balcón.

-¡Oiga! -exclamó Ribeirac-, ya ha venido.

-¿De qué lo sabes?

-Está abierto.

-Es verdad: ¿pero por qué estará ahí esa escala habiendo puerta?

-En efecto, es extraño -observó Antraguet.

Los tres se acercaron a la casa, previendo algún suceso extraordinario.

-Y no somos nosotros los únicos que lo extrañan... mirad esos campesinos que pasan y que se ponen de pie en los carros para ver lo que hay dentro.

Los jóvenes se acercaron al balcón.

Un hortelano se hallaba examinando el terreno.

-¡Eh! M. de Monsoreau, ¿venís a vernos? en ese caso despachaos, porque queremos llegar los primeros.

Esperaron, pero inútilmente.

-Nadie contesta -dijo Ribeirac-; ¿mas para qué diablos estará ahí puesta esta escala?

-¡Eh! galopín -dijo Livarot al hortelano-; ¿qué haces ahí? ¿eres tú el que ha puesto esta

escala?

-Dios me libre, señores.

-¿Y por qué? -interrogó Antraguet.

-Mirad allá arriba.

Los tres levantaron la cabeza.

-¡Sangre! -exclamó Ribeirac.

-Sí, señor, sangre -repitió el hortelano-, y por cierto que está bien negra.

-Han forzado la cerradura de la puerta -dijo al mismo tiempo el paje de Antraguet.

Antraguet examinó la puerta, y después por la escala subió al balcón en un momento.

Desde el balcón dirigió la vista a lo interior del aposento.

-¿Qué hay? -preguntaron los otros viéndole vacilar y ponerse pálido.

Un grito terrible fue su única contestación.

Livarot subió detrás de él.

-¡Cadáveres, la muerte, la muerte por todas partes! -exclamó el joven.

Y ambos penetraron en el cuarto.

Ribeirac se quedó abajo para evitar toda sorpresa.

Entretanto, todos los que pasaban se detenían para oír las exclamaciones del hortelano.

En la habitación se veían por todas partes las señales de horrible combate de aquella noche: los ladrillos estaban manchados con un río de sangre; las colgaduras destrozadas por las 'balas y las estocadas; los muebles rotos o manchados yacían por el suelo entre pedazos de carne y de vestidos.

-¡Oh Remigio, pobre Remigio! -dijo de pronto Antraguet.

-¿Muerto? -preguntó Livarot.

-Ya frío.

-¿Pero ha pasado por este cuarto algún regimiento de suizos? -exclamó Lívarot.

-Y al ver la puerta del corredor abierta y manchas de sangre por aquel lado, siguió los

terribles vestigios y llegó hasta la escalera.

Entretanto, Antraguet entró en el cuarto contiguo, y siguió las huellas sangrientas que llegaban hasta la ventana.

Se asomó, y consternado tendió la vista al jardinillo.

En la verja de hierro estaba aún, el cadáver lívido y yerto del desgraciado Bussy.

Al verle, no fue un grito, sino un rugido el que lanzó Antraguet.

Livarot acudió al oírlo.

-Mira -exclamó Antraguet-, mira a Bussy muerto.

-Bussy asesinado, arrojado por una ventana: entra, Ribeirac, entra.

Esto dijo Livarot al dirigirse corriendo al patio, llevándose consigo a Ribeirac, a quien halló en la escalera.

Entraron en el jardín por la puerta del patio.

-Él es sin duda -exclamó Livarot.

-Tiene destrozada la muñeca -observó Ri-

beirac.

-Y dos balazos en el pecho.

-Está acribillado de estocadas.

-¡Ah, pobre Bussy! -gritó Antraguet-: ¡ven-

ganza, venganza! -y al volverse hacia Livarot

tropezó con otro cadáver.

-¡Monsoreau! -exclamó.

-¡Cómo! ¿Monsoreau también?

-Sí, Monsoreau, atravesado como una criba,

y con la cabeza destrozada, seguramente al caer

desde la ventana.

-¿Y su mujer? -gritó Antraguet-. ¡Diana,

madame Diana!

Nadie contestó, excepto el populacho que

comenzaba a agruparse junto a la casa.

-¡Bussy, pobre Bussy! -exclamó Ribeirac,

desesperado.

-Sí -repuso Antraguet-: se han querido des-

hacer del más terrible de todos nosotros.

-Es una cobardía, es una infamia -gritaron Livarot y Ribeirac.

-Vamos a quejarnos al duque -agregó Livarot.

-No -dijo Antraguet-, no dejemos a nadie el cuidado de vengarnos; seríamos mal vengados: esperadme:

Se separó de la ventana, y en un instante bajó donde estaban Livarot y Ribeirac.

-Amigos -dijo-, mirad el noble rostro del más valiente de los hombres; mirad las gotas todavía rojas de su sangre; éste nos da el ejemplo, éste no dejaba a nadie el cuidado de su venganza... ¡Bussy, Bussy! haremos lo que tú, no temas, nos vengaremos.

Al decir esto se quitó el sombrero, besó los labios de Bussy y sacando la espada la bañó en su sangre.

-Bussy -agregó-, juro sobre tu cadáver, que esta mancha de sangre será lavada con la de tus

enemigos.

-Bussy -dijeron los otros dos-, jurarnos matar o morir.

-Señores .-exclamó Antraguet, envainando la espada-, no haya perdón, no haya piedad. ¿Estamos?

Ambos jóvenes extendieron la mano sobre el cadáver, repitiendo:

-No haya perdón, no haya piedad.

-Ahora vamos a ser tres contra cuatro - repuso Livarot.

-Sí, pero no hemos asesinado a nadie -dijo Antraguet-, y Dios protege nuestra inocencia. Adiós, Bussy.

-Adiós, Bussy -repitieron Ribeirac y Livarot.

Y se ausentaron pálidos y consternados de aquella casa maldita. En ella, sin embargo, habían encontrado con la imagen de la muerte, la desesperación profunda, que centuplica las fuerzas; en ella habían adquirido la indignación

generosa que hace al hombre superior a su esencia mortal.

Atravesaron difícilmente por entre la multitud que en aquel cuarto dé hora había aumentado considerablemente.

Al llegar al sitio del desafío hallaron a sus enemigos que les aguardaban, los unos sentados en piedras, los otros subidos en las barreras de tablas.

Al verlos, corrieron hacia ellos avergonzados de haber llegado los últimos.

Los cuatro favoritos se hallaban acompañados de sus cuatro escuderos.

Las cuatro espadas colocadas en tierra, parecían que estaban descansando como ellos.

-Señores -exclamó Quelus levantándose y saludando con gravedad y orgullo-, hemos tenido el honor de esperaros.

-Dispensadnos, señores -dijo Antraguet-: habríamos llegado antes a no haber sido por el

retraso de uno de nuestros compañeros.

-M. de Bussy -dijo d'Epernon-; en efecto, no le veo aquí; algo perezoso está esta mañana.

-Ya que hemos esperado hasta ahora -añadía Schomberg-, esperaremos otro poco más.

-M. de Bussy no vendrá -respondió Antraguet.

Los favoritos quedaron estupefactos, menos d'Epernon, cuyo rostro manifestó otra especie de sensación.

-¿No vendrá? -dijo-. ¡Ah! ¿el valiente de los valientes tiene miedo?

-No puede ser por eso -repuso Quelus.

-Tiene razón -dijo Livarot.

-¿Y por qué no viene? -preguntó Maugiron.

-Porque ha muerto -repuso Antraguet.

-¿Ha muerto? -exclamaron los favoritos.

D'Epernon no dijo nada, y aun se puso algo pálido.

-Y muerto asesinado -agregó Antraguet-;

¿no lo sabíais, señores?

-No -dijo Quelus- ¿por qué lo habíamos de

saber?

-¿Pero es cierto? -preguntó d' Epernon.

Antraguet desnudó la espada.

-Tan cierto -dijo- como que ésta es su san-

gre.

-¡Asesinado! -exclamaron los cuatro amigos

del rey-; ¡Bussy asesinado!

D'Epernon seguía moviendo la cabeza en

señal de duda.

-Esta sangre pide venganza -dijo Ribeirac-:

¿lo entendéis, señores?

-Parece que sospecháis quién la ha derra-

mado.

-¡Pardiez! -dijo Antraguet.

-Explicaos con claridad -exclamó Quelus.

-Mira a quién favorece el crimen, dice el le-

gista -murmuró Antraguet.

-¿Acabaréis de explicaron claramente? -gritó Maugiron con voz de trueno.

-No venimos a otra cosa, señores -dijo Ribeirae-, y tenemos más motivos de los precisos para mataros cien veces.

-Pues entonces mano a las espadas -dijo d'Epernon sacando la suya-, y despachemos.

-¡Hola, qué prisa tenéis, señor gascón! -repuso Livarot-; no hablabais tan alto cuando éramos cuatro contra cuatro.

-¿Es culpa nuestra que no seáis más que tres? -dijo d'Epernon.

-Sí, es culpa vuestra -contestó Antraguet-; Bussy ha muerto porque había quien prefería verle tendido en la tumba a verle de pie sobre el terreno; ha muerto con la mano cortada para que no pudiese manejar el acero; ha muerto porque había quien quería extinguir a toda costa el brillo de aquellos ojos que nos hubieran deslumbrado a todos. ¿Lo entendéis ahora? ¿me

explico con claridad?

Schomberg, Maugiron y d'Epernon brama-

ban de ira.

-Basta, basta, señores -dijo Quelus-. Reti-

raos, M. d'Epernon reñiremos tres contra tres, y

así verán estos señores, que a pesar de nuestro

derecho, no somos capaces de aprovecharnos

de una desgracia que lamentamos tanto-como

ellos. Venid, señores, venid -añadió el joven

echándose atrás el sombrero, levantando la

mano izquierda y agitando con la derecha la

espada-; venid y viéndonos pelear a cielo abier-

to y bajo las miradas de Dios, podréis juzgar si

somos asesinos. Vamos, plaza, plaza.

-¡Ah! -exclamó Schomberg-, antes os tenía

antipatía, ahora os aborrezco.

-Y yo -dijo Antraguet-, hacía una hora pen-

saba contentarme con daros una buena estoca-

da, pero en la actualidad no estaré satisfecho

hasta cortaros el cuello. En guardia, señores, en

guardia.

-¿Con ropillas o sin ellas? -preguntó Schomberg.

-Sin ropilla y sin camisa -repuso Antraguet-, con el pecho desnudo, con el corazón al descubierto.

Los jóvenes se quitaron las ropillas y se arrancaron las camisas.

-¡Calle! -gritó Quelus al desnudarse-, he perdido mi daga; no entraba bien en la vaina, y se habrá caído en el camino.

-O la habréis dejado en casa de M. de Monsoreau, plaza de la Bastilla -observó Antraguet-, en alguna vaina de donde no habréis tenido valor para sacarla.

Quelus lanzó un rugido de rabia y se puso en guardia.

-Advertid que no tiene daga, M. de Antraguet -gritó Chicot que llegaba en aquel instante al campo de batalla.

-Peor para él -dijo Antraguet-; no es culpa mía.

Y sacando la daga con la mano izquierda se puso igualmente en guardia.

XCIII. EL COMBATE

El terreno en que iba a efectuarse este terrible combate, estaba plantado de árboles como hemos dicho, y bastante retirado de toda habitación.

De ordinario sólo le frecuentaban los muchachos que jugaban de día y los borrachos y ladrones que dormían allí por la noche.

Las barreras levantadas por los chalanes servían naturalmente de obstáculo a la muchedumbre, que semejante a las olas de un río sigue una corriente, y no se detiene ni retrocede a no ser que encuentre algún obstáculo.

Los transeúntes no se detenían jamás en aquel sitio.

Además, era muy temprano, y la multitud

tenía un gran motivo que le llamaba la atención en la casa ensangrentada de Monsoreau.

Chicot, conmovido, por más que no era muy sensible por naturaleza, se sentó delante de los lacayos y pajes en una balaustrada de madera.

No amaba a los angevinos, detestaba a los favoritos, mas unos y otros eran valientes, y por sus venas circulaba sangre generosa, que muy pronto iba a derramarse.

D'Epernon quiso arriesgar por última vez una bravata.

-¿Qué es esto? -preguntó-, ¿se me tiene miedo?

-Callaos, charlatán -respondió Antraguet.

-Tengo derecho para reñir -insistió d'Epernon-; la partida quedó arreglada para ocho.

-¡Largo de aquí! -dijo Ribeirac, impacientado y cerrándole el paso.

D'Epernon se volvió contoneándose y en-

vainando su espada.

-Venid -exclamó Chicot-, venid, flor de los valientes; si no, vais a perder un par de zapatos como ayer.

-¿Qué dice ese bufón?

-Digo que en breve correrá la sangre, y si os quedáis ahí os exponéis a mancharos los zapatos como os sucedió anoche.

D'Epernon se quedó pálido como un muerto: toda su jactancia se disipó ante el epigrama de Chicot.

Sentóse a diez pasos de él, y no volvió a mirarle sin espanto.

Ribeirac y Schomberg se acercaron luego del saludo de estilo. Quetus y Antraguet, que se habían puesto ya en guardia, cruzaron los aceros dando ambos un paso adelante.

Maugiron y Livarot, apoyados cada uno en una barrera, se espiaban mutuamente los movimientos haciendo amagos, para ponerse en su

guardia favorita.

Las cinco daban en San Pablo cuando comenzó el combate.

En el rostro de los combatientes estaba retratado el furor; pero sus labios cerrados, su palidez amenazadora, y el involuntario temblor de sus manos, indicaba que su prudencia contenía su furor, y éste, semejante a un caballo fogoso, causaría grandes estragos tan pronto como quedase exento de toda traba.

Durante algunos minutos no se oyó más que el roce de las espadas, no el choque, porque no se tiró ningún golpe.

Ribeirac, cansado, o más bien satisfecho de haber tanteado a su adversario, bajó la mano y esperó un momento.

Schomberg dio dos pasos rápidos, y le asestó un golpe que fue el primer relámpago que salió de la nube.

Ribeirac fue herido: su piel se puso lívida, y

del hombro empezó a salir un chorro de sangre.

Schomberg intentó renovar el golpe; pero Ribeirac levantó su espada parando en primera, y le dio una estocada en el costado.

Cada uno tenía su herida.

-Ahora descansemos algunos momentos si os place -dijo Ribeirac.

Entretanto se iba animando el combate entre Quelus y Antraguet, siendo desventajoso para Quelus por carecer de daga.

Obligado a parar con el brazo izquierdo, y no teniendo defensa en él por haberse quitado hasta la camisa, cada parada le costaba una herida, y aunque todas eran de poca gravedad, al cabo de algunos segundos se encontró con la mano completamente ensangrentada.

Antraguet, por el contrario, no menos diestro que Quelus, y conociendo toda la ventaja que tenía, paraba con extrema prudencia. Tres golpes se tiraron cada uno y la sangre brotó del

pecho de Quelus por tres heridas aunque leves.

A cada golpe Quelus repetía:

-No es nada.

El combate entre Livarot y Maugiron, aun no había traspasado los límites de la prudencia.

Ribeirac, rabiando de dolor y conociendo que Xomenzaba a perder las fuerzas, cayó sobre Schomberg.

Schomberg no retrocedió siquiera un paso, y se limitó a extender la espada.

Los dos jóvenes dieron golpe.

Ribeirac hirió a Schomberg en el cuello: la espada de.. Schomberg atravesó el pecho de Ribeirac.

Ribeirac, herido mortalmente, llevóse la mano izquierda a la herida y con aquel movimiento se descubrió.

Mas Ribeirac, con la mano derecha, cogió la izquierda de su adversario y con la izquierda le hundió en el pecho la daga hasta la guarnición.

La aguda punta le atravesó el corazón.

Schomberg lanzó un grito sordo v cayó de espaldas arrastrando consigo a Ribeirac atravesado con su espada.

Livarot, al ver caer a su amigo, dio un paso de retirada, y corrió hacia él perseguido por Maugiron. En la carrera ganó algunos pasos, y ayudando a levantar a Ribeirac, le sacó de la herida la espada de Schomberg.

Más entonces llegó Maugiron y se vio obligado a defenderse en aquel terreno resbaladizo y en mala posición, porque le daba el sol en los ojos.

Al cabo de un momento Maugiron abrió de una cuchillada la cabeza a Livarot, el cual dejó escapar la espada y cayó de rodillas.

Quelus se veía apurado con Antraguet.

Maugiron se apresuró a acabar con Livarot de una estocada; éste cayó redondo.

D'Epernon lanzó un agudo grito.

Quedaban Quelus y Maugiron contra Antraguet. Quelus tenía todo el cuerpo ensangrentado, pero sus heridas eran leves. Maugiron estaba casi intacto.

Antraguet conoció el peligro en que se encontraba; no había recíbido la menor herida, pero comenzaba a sentirse fatigado, y sin embargo, no era ocasión aquella de pedir descanso a un hombre herido y furioso, y otro que ardía en deseos de derramar su sangre. De un vigoroso quite apartó con violencia la espada de Quelus, y aprovechándose de la ocasión, saltó ligeramente a la otra parte de una barrera.

Quelus le tiró una cuchillada pero no alcanzó sino a los maderos.

En aquel momento Maugiron atacó a Antraguet por el flanco. Antraguet se volvió. Quelus se aprovechó de aquel instante para pasar por debajo de la barrera.

-Es perdido -dijo Chicot.

-¡Viva el rey! -gritó d'Epernon-; firmes, amigos míos, firmes.

-Silencio –exclamó Antraguet-, no insultéis a un hombre que combatirá hasta perder la vida.

-Y que no ha muerto todavía -exclamó Livarot levantándose en aquel instante lleno de sangre y polvo, hundiendo su daga en la espalda de Maugiron, que cayó redondo, exclamando:

-¡Jesús, Dios mío, muerto soy!

Livarot volvió a caer desmayado: la acción que acababa de realizar y la cólera que sentía, habían agotado sus fuerzas.

-M. de Quelus -exclamó Antraguet bajando la espada-, sois un valiente, rendíos, os ofrezco la vida.

¿Por qué me he de rendir? -preguntó Quelus-, ¿estoy tendido en tierra?

-No, pero estáis acribillado de heridas y yo no tengo ninguna.

-¡Viva el rey! -gritó Quelus-, aún tengo mi espada -y tiró una estocada a Antraguet, el cual paró el golpe.

-No, señor, no la tenéis ya -repuso Antraguet asiendo la hoja cerca de la guarnición, torciendo el brazo a Quelus y haciéndole soltar la espada.

Antraguet se hizo una pequeña cortadura en un dedo de la mano izquierda.

-¡Oh! -gritó Quelus-; ¡una espada, una espada! -y de un salto se arrojó como un tigre sobre Antraguet, apretándole entre los brazos.

Antraguet se dejó coger por medio del cuerpo, y pasando la espada a la mano izquierda y la daga a la derecha, empezó a dar repetidas estocadas a Quelus; a cada una de ellas la sangre de su enemigo le salpicaba, mas Quelus no por eso se resignaba a soltar su presa, y a cada herida respondía con el grito de ¡viva el rey! .

Por último logró agarrar la mano que le hería y coger a su enemigo entre las piernas y los brazos.

Antraguet sintió que iba a faltarle la respiración.

En efecto, vaciló y cayó.

Mas al caer, como si todas las circunstancias debieran serle favorables aquel día, ahogó por decirlo así al desgraciado Quelus.

-¡Viva el rey! -murmuró este último en la agonía.

Antraguet logró arrancarse de la presión en que su enemigo le había tenido, y levantándose sobre un brazo, le atravesó el pecho de una estocada.

-Toma -le dijo-, ¿estás satisfecho?

-¡Viva el ...! -dijo Quelus cerrando los ojos.

El silencio y el terror de la muerte reinaba ya en aquel campo de batalla.

Antraguet se levantó manchado de sangre

de su enemigo; no tenía, según dijimos, más que una leve herida en la mano.

D'Epernon, espantado hizo la señal de la cruz y emprendió la fuga como si hubiera sido perseguido por un espectro.

Antraguet dirigió a sus compañeros y enemigos muertos y moribundos la misma mirada que debió de dirigir Horacio al campo de batalla donde se decidieron los destinos de Roma.

Chicot acudió a la carrera y levantó a Quelus, cuya sangre se derramaba por diecinueve heridas.

El movimiento le reanimó.

Abrió los ojos y exclamó:

-Antraguet, os juro por mi honor que estoy inocente de la muerte de Bussy.

-¡Oh! os creo, M. de Quelus -respondió Antraguet enternecido-, os creo.

-Huid -murmuró Quelus-, huid; el rey no os perdonaría si os quedaseis.

-Y yo no os dejaré así -dijo Antraguet-, aunque desde aquí me lleven al patíbulo.

-Huid, joven -dijo Chicot-, y no provoquéis la ira de Dios: os habéis salvado por un milagro, no pidáis al Cielo dos en un mismo día.

Antraguet se aproximó a Ribeirac, que respiraba todavía.

-¿Qué hay? -preguntó éste.

-Somos vencedores -respondió Antraguet en voz baja para no ofender a Quelus.

-Gracias -dijo Ribeirac-: adiós.

Y volvió a caer desmayado.

Antraguet recogió su espada que había dejado caer en la lucha, y luego las de Quelus, Schomberg y Maugiron.

-Acabadme de matar -dijo Quelus-, o dejadme mi espada.

-Tomadla, señor conde -repuso Antraguet presentándosela y haciéndole al mismo tiempo un respetuoso saludo.

Brilló una lágrima en los ojos del herido.

-Habríamos podido ser amigos -balbuceó.

Antraguet le tendió la mano.

-Bien -dijo Chicot-, no es posible portarse de un modo más caballeroso; mas huye, Antraguet, eres digno de vivir.

-¿Y mis compañeros? -preguntó el joven.

-Yo me cuidaré de ellos como de los amigos del rey.

Antraguet se embozó en su capa que le dio su escudero a fin de qué no se viese la sangre de que estaba cubierto, y dejando a los muertos v a los heridos en manos de los pajes y lacayos, desapareció por la puerta de San Antonio.

XCIV. CONCLUSION

El rey se paseaba por la sala de armas, pálido, agitado y temblando al menor ruido. Calculaba, como hombre experimentado, el tiempo que sus amigos habían debido emplear en llegar hasta el sitio del combate, así como todas

las probabilidades buenas o malas que podían deducirse de su carácter, fuerza o destreza.

-Ahora -decía-, ahora cruzan la calle de San Antonio.

Ya entran en el cercado. Ahora sacan las espadas.

Ya debe de haber empezado el combate.

Luego el pobre rey se puso a rezar temblando.

Pero su alma estaba abismada en otros pensamientos, y la oración que sus labios pronunciaban no salía del corazón.

Al cabo de algunos momentos se levantó diciendo:

-Con tal que Quelus se acuerde de aquel golpe que le he enseñado, parando con la espada y dando con la daga.

Lo que es Schomberg tiene serenidad, y matará sin duda a ese Ribeirac.

Maugiron, si no hay alguna circunstancia

extraordinaria que lo impida, pronto se zafará de Livarot; pero d'Epernon, ¡oh! ese debo contarle por muerto. Afortunadamente es el que menos quiero de los cuatro. Lo peor de todo es que, si muere, Bussy, el terrible Bussy, caerá sobre los otros, atendiendo a todas partes. ¡Ah, pobre Quelus! ¡Pobre Schomberg! ¡Pobre Maugiron!

-Señor -dijo Crillon desde la puerta.

-¡Cómo! -exclamó el rey-. ¿Se ha terminado ya el combate?

-No, señor, no traigo ninguna noticia, sino que el duque de Anjou solicita hablar a Vuestra Majestad.

-¿Para qué? -preguntó el rey sin abrir la puerta.

-Dice que ha llegado el instante de declarar a Vuestra Majestad la clase de servicio que le ha prestado, y que lo que tiene que decir calmará en parte los temores que agitan a Vuestra Ma-

jestad en este momento.

-Está bien, vete -dijo el rey.

En aquel momento, al tiempo que Crillon volvíase para obedecer, se oyeron pasos precipitados en la escalera, y una voz que decía a Crillon:

-Quiero hablar al rey ahora mismo.

El rey conocía aquella voz, y abrió la puerta.

-Ven, San Lucas, ven -dijo- ¿qué hay? ¿Pero qué tienes? ¿Qué ha sucedido? ¿Han muerto?

Efectivamente San Lucas, pálido, sin sombrero, sin espada, todo lleno de manchas de sangre, se precipitó en el aposento del rey, arrojándose a los pies de Enrique, y gritando:

-¡Señor, venganza! vengo a pediros venganza.

-Mi pobre San Lucas -dijo el rey-, ¿qué te ocurre? habla, ¿cuál es la causa de esa desesperación?

-Señor -dijo San Lucas-, uno de vuestros va-

sallos, el más noble, uno de vuestros soldados, el más valiente... -No pudo continuar.

-¡Cómo! -dijo Crillon dando un paso adelante para manifestar los derechos que tenía a este título.

-Ha sido asesinado esta noche, traidoramente asesinado -prosiguió San Lucas.

El rey, absorto en una sola idea, se tranquilizó; no era ninguno de sus cuatro amigos, pues que los había visto aquella mañana.

-¿Asesinado? -preguntó- ¿de quién me hablas, San Lucas?

-Señor, no le amáis, bien lo sé -prosiguió San Lucas-; pero era fiel, y si hubiera llegado la ocasión os juro que habría dado toda su sangre por Vuestra Majestad: de otra manera no habría sido amigo mío.

-¡Ah! -dijo el rey, sospechando quién era el muerto.

E iluminó su semblante un relámpago, si no

de alegría, al menos de esperanza.

-¡Venganza, señor, para M. de Bussy! -gritó San Lucas.

-¿Para M. de Bussy? -repitió el rey pronunciando aisladamente cada sílaba de estas palabras.

-Sí, para M. de Bussy, a quien veinte asesinos han dado esta noche de puñaladas. Y bien hicieron en ir veinte, porque catorce han muerto a sus manos.

-¿Han muerto a M. de Bussy?

-Sí, señor.

-Entonces no habrá concurrido al duelo de esta mañana -dijo el rey, cediendo a un movimiento irresistible.

San Lucas lanzó a Enrique una mirada que le hizo volver la cabeza a otro lado. Al volverse vio a Crillon, que de pie junto a la puerta esperaba nuevas órdenes.

Hízole seña de que hiciese entrar al duque

de Anjou.

-No, señor -agregó San Lucas con voz severa-, M. de Bussy no ha acudido en efecto al desafío, y por eso mismo vengo a pedir, no venganza como he dicho antes, sino justicia, pues yo amo a mi rey y quiero que su honor se conserve ileso, y veo que con el asesinato de M. de Bussy se ha hecho un deplorable servicio a Vuestra Majestad.

El duque de Anjou acababa de llegar a la puerta, y se mantenía de pie, inmóvil como una estatua de bronce.

Las palabras de San Lucas iluminaron la mente del rey, y le trajeron a la memoria el servicio que su hermano pretendía haberle prestado.

Dirigió una mirada al duque, y acabaron de disiparse sus dudas, porque el duque le respondió con otra mirada, y una imperceptible inclinación de cabeza.

-¿Sabéis lo que va a decirse ahora? -
preguntó San Lucas-, se dirá que si vuestros
amigos son vencedores, es porque habéis hecho
asesinar a Bussy.
-¿Y quién lo ha de decir, caballero? -
interrogó el rey.
-¡Pardiez, todo el mundo! -dijo Crillon,
mezclándose como de costumbre y sin reparo
alguno en la conversación.
-No, señor -dijo el rey, inquieto y dominado
por la opinión de aquél, que muerto Bussy, era
el más valiente de su reino-, no se dirá eso, por-
que vos declararéis el nombre del asesino.
San Lucas vio avanzar una sombra: era el
duque de Anjou, que acababa de dar dos pasos
en el aposento. Volvióse y le conoció.
-Sí, señor, lo declararé -dijo levantándose-,
porque quiero a toda costa disculpar a Vuestra
Majestad de una acción tan abominable.
-Pues bien, decid.

El duque se detuvo y aguardó tranquila-
mente.
Crillon seguía detrás de él, mirándole de
reojo y moviendo la cabeza.
-Señor -dijo San Lucas-, esta noche se ha
hecho caer a Bussy en un lazo; mientras él visi-
taba a una dama de quien era amado, el ma-
rido, avisado por un traidor, penetró en la habi-
tación acompañado de una multitud de asesi-
nos que ocuparon toda la casa, pues los había
en todas partes, en la calle, en el patio y hasta
en el jardín.
Si no hubiesen estado cerradas, según ya di-
jimos, las ventanas del cuarto del rey, se hubie-
ra podido notar la palidez que cubrió el sem-
blante del príncipe, a pesar de los esfuerzos que
éste hizo para conservar su serenidad.
-Bussy se- defendió como un león, señor;
mas al fin, vencido por el número...
-Murió -interrumpió el rey-, y murió justa-

mente; pues yo no trato de vengar a un adúltero.

-Señor, no he acabado mi relación -añadió San Lucas-. El infeliz, después de haberse defendido por espacio de media hora en el cuarto, después de haber triunfado de sus enemigos, huía herido, mutilado, ensangrentado; no necesitaba sino que se le tendiese una mano caritativa, y yo se la habría tendido si no hubiese caído con la mujer que él me confió en poder de sus asesinos, los cuales me ataron y me pusieron una mordaza en la boca. Por desgracia para ellos, se olvidaron de quitarme la vista, así como me quitaron la palabra, y vi, señor vi que dos hombres se acercaron al desgraciado Bussy, que tenía clavado el muslo en las puntas de una verja de hierro; oí la voz del herido que les suplicaba le socorriesen, porque tenía derecho para creer que aquellos dos hombres eran sus amigos; pues bien, señor, es cosa horrible de

contar, pero todavía era más horrible de ver y de oír; el uno de ellos mandó hacer fuego y el otro obedeció.

Crillon apretó los puños y frunció el ceño.

-¿Y conocisteis al asesino?

-Sí, señor -contestó San Lucas.

Y volviéndose hacia el príncipe, dando a las palabras y. a la acción toda la fuerza y expresión que exigía su furor hasta entonces reprimido, dijo:

-El asesino es Su Alteza: el asesino es el duque de Anjou; el asesino es el amigo.

El rey esperaba este desenlace. El duque oyó a San Lucas sin pestañear.

-Sí -dijo con voz serena-, efectivamente, M. de San Lucas ha visto y oído bien; yo soy quien ordenó matar a M. de Bussy, y Vuestra Majestad me agradecerá esta acción, pues aunque M. de Bussy era mi gentilhombre, esta mañana, por más que le he dicho, no he podido borrar

de él la idea de hacer armas contra Vuestra Majestad.

-¡Mientes, asesino, mientes! -gritó San Lucas-; Bussy, acribillado de heridas, con la mano despedazada, roto el hombro de un balazo, preso por el muslo en una verja de hierro, no se hallaba para otra cosa más que para inspirar compasión a sus más crueles enemigos, y sus más crueles enemigos le habrían socorrido; pero tú, asesino, tú, mandaste matarle como en otro tiempo mandaste matar a todos los amigos, unos después de otros: tú has matado a Bussy, no porque era enemigo de tu hermano, sino porque era confidente de tus secretos. ¡Ah! bien sabía Monsoreau por qué llevabas a cabo este crimen.

-¡Pardiez! -murmuró Crillon-. ¡si yo fuera el rey!

-Hermano mío, ved que me insultan delante de vos -dijo el duque, pálido de miedo, porque

no se creía seguro entre la mano convulsiva de Crillon y la mirada sangrienta de San Lucas.

-Dejadnos solos, Crillon -dijo el rey.

Crillon salió.

-¡Justicia, señor, justicia! -continuó gritando San Lucas.

-Señor -preguntó el duque-, ¿me castigaréis por haber salvado esta mañana a los amigos de Vuestra Majestad y proporcionado un brillante triunfo a vuestra causa que es la mía?

-Y yo -repuso San Lucas, no pudiendo reprimirse-, te digo que la causa a que tú perteneces es una causa maldita, que donde tú pongas el pie debe descargar la cólera de Dios. ¡Señor, señor, si vuestro hermano ha protegido a nuestros amigos, desgraciados de ellos!

El rey se estremeció.

En aquel momento se oyó un vago rumor, después resonaron pasos apresurados en la escalera, y voces agitadas y preguntas.

Luego todo quedó en silencio. En medio de aquel silencio y como si el Cielo hubiese querido manifestar la verdad de las palabras de San Lucas, el vigoroso puño de Crillon hizo temblar la puerta, dando en ella tres golpes con lentitud y solemnidad.

Un sudor frío inundó las sienes de Enrique y descompuso su rostro.

-¡Vencidos! -exclamó-, mis pobres amigos han sido vencidos.

-¿Qué os decía yo, señor? -exclamó San Lucas.

El duque, aterrado, cruzó las manos.

-¿Lo ves, cobarde? -gritó el joven con soberbio acento-, así salvan los asesinatos el honor de los príncipes. Ven, pues a asesinarme a mí, no tengo espada.

Y arrojó su guante de seda al rostro del duque.

Francisco dio un grito de rabia y se puso lí-

vido.

Pero el rey no vio ni oyó nadase había cubierto la frente con las manos, murmurando:

-¡Oh, mis pobres amigos! ¿Quién me dará noticias de ellos?

-Yo, señor -dijo Chicot.

El rey conoció aquella voz amiga y alargó los brazos.

-¿Qué me dices, Chicot?

-Dos han muerto ya y el tercero va a morir.

-¿Quién es ese tercero que no ha muerto aún?

-Quelus, señor.

-¿Y dónde está?

-Le he llevado al palacio de Bussy.

El rey no quiso escuchar más y se lanzó fuera de la estancia dando gritos lastimeros.

San Lucas había llevado a Diana a casa de su amiga Juana de Brissac, por eso tardó tanto en presentarse en el Louvre.

Juana pasó tres días y tres noches al lado de Diana, que se hallaba acometida del más terrible delirio.

Al cuarto día, rendida Juana de fatiga, se retiró a descansar un rato; mas cuando volvió de allí a dos horas, Diana había desaparecido.[5]

Quelus murió en el mismo palacio de Bussy, y en los brazos del rey, después de treinta días de agonía.

Enrique quedó inconsolable. Mandó construir a sus tres amigos magníficos sepulcros, donde estaban representados en estatuas de mármol del tamaño natural; fundó misas por sus almas, las recomendó a los sacerdotes para que les tuviesen presentes en sus plegarias, y todos los días mañana y tarde, siempre que acababa de rezar, repetía este dísetico:

5 Quizá el autor nos dirá lo que fue de ella en su próxima novela titulada *Los cuarenta y cinco,* donde hallaremos varios de los personajes de la *dama de Monsoreau.*

TENGA EL OMNIPOTENTE COMPASIÓN

DE QUELUS, SCHOMBERG Y MAUGIRON.

Por espacio de tres meses tuvo el duque de Anjou guardias de vista; el rey le cobró un odio profundo y no le perdonó jamás.

Cuando llegó el mes de septiembre, Chicot, que no se separaba de su amo, y que había logrado consolarle, si esto hubiese sido posible, recibió la carta que sigue, fechada en el Priorato de Beaune, y escrita por un amanuense:

"Querido M. Chicot:

Los aires son puros en nuestro país y la vendimia promete ser buena este año de Borgoña.

"Dicen que el rey nuestro señor, al cual, según parece, yo salvé la vida, continúa tan triste como siempre; traedlo al Priorato, le haremos beber vino de 1550 que he descubierto en la bodega y que es capaz de borrar el recuerdo de las mayores penas. Esto le alegrará sin duda

alguna, porque en los libros sagrados se halla esta frase admirable:

El vino alegra el corazón del hombre.

“La frase es muy buena en latín, ya la leeréis. Venid, pues, querido monsieur Chicot, venid, en compañía del rey, M. d'Epernon y M. de San Lucas, y veréis cómo engordamos todos.

"Vuestro humilde servidor y amigo:

Fray f. Nepomuceno Gorenflot.”

“P. D. Diréis al rey que aún no he tenido tiempo de rezar por el alma de sus amigos como me mandó, a causa de las ocupaciones que me han asediado con motivo de la toma de posesión del Priorato; pero tan pronto como terminen las vendimias cumpliré con esta obligación.”

-Amén -concluyó Chicot-. ¡Vaya unos pobres diablos bien encomendados a Dios!

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!